

MISTICA CIUDAD DE DIOS

VIDA DE LA VIRGEN MARIA

María de Jesús Agreda

LIBRO III

CAPITULO 1

Comienza el Altísimo a disponer; en María Santísima el misterio de la Encarnación y su ejecución por nueve días antecedentes. Se declare lo que sucedió en el primero.

CAPITULO 2

Continúa el Señor el día segundo los favores y disposición para la Encarnación del Verbo en María Santísima.

CAPITULO 3

Se continúa lo que el Altísimo concedió a María Santísima en el día tercero de los nueve antes de la Encarnación.

CAPITULO 4

Continúa el Altísimo los beneficios de María Santísima en el día cuarto.

CAPITULO 5

Manifiesta el Altísimo a María Santísima nuevos misterios

CAPITULO 6

Manifiesta el Altísimo a María Señora nuestra otros misterios con las obras del día sexto de la creación.

CAPITULO 7

Celebra el Altísimo con la Princesa del cielo nuevo desposorio para las bodas de la Encarnación y la adorna para ellas.

CAPITULO 8

Pide nuestra gran Reina en la presencia del Señor la ejecución de la Encarnación y Redención humana y concede Su Majestad la petición.

CAPITULO 9

Renueva el Altísimo los favores y beneficios en María Santísima y dale de nuevo la posesión de Reina de todo lo criado por última disposición para la Encarnación.

CAPITULO 10

Despacha la beatísima Trinidad al santo arcángel Gabriel que anuncie y evangelice a María Santísima cómo es elegida para Madre de Dios.

CAPITULO 11

Oye María Santísima la embajada del santo ángel; se ejecuta el misterio de la Encarnación, concibiendo al Verbo eterno en su vientre.

CAPITULO 12

De las operaciones que hizo el alma santísima de Cristo Señor nuestro en el primer instante de su concepción, y lo que obró entonces su Madre purísima.

CAPITULO 13

Declárese el estado en que quedó María Santísima después de la Encarnación del Verbo divino en su virginal

vientre.

CAPITULO 14

De la atención y cuidado que María Santísima tenía con su embarazo y algunas cosas que le sucedieron con él.

CAPITULO 15

Conoció María Santísima la voluntad del Señor para visitar a Santa Isabel; pide licencia a San José, sin manifestarle otra cosa.

CAPITULO 16

La jornada de María Santísima a visitar a Santa Isabel y la entrada en casa de Zacarías.

CAPITULO 17

La salutación que hizo la Reina del cielo a Santa Isabel y la santificación de Juan.

CAPITULO 18

Ordena María Santísima sus ejercicios en casa de Zacarías, y algunos sucesos con Santa Isabel.

CAPITULO 19

Algunas conferencias que tenía María Santísima con sus santos ángeles en casa de Santa Isabel y otras con ella misma.

CAPITULO 20

Algunos beneficios singulares que hizo María Santísima en casa de Zacarías a particulares personas.

CAPITULO 21

Pide Santa Isabel a la Reina del cielo la asista a su parto y tiene luz del nacimiento de Juan.

CAPITULO 22

La natividad del precursor de Cristo y lo que hizo en su nacimiento la soberana Señora María Santísima.

CAPITULO 23

Las advertencias y doctrina que dio María Santísima a Santa Isabel por petición suya; circuncidan y le ponen nombre a su hijo y profetiza Zacarías.

CAPITULO 24

Se despide María Santísima de casa de Zacarías para volverse a la suya propia en Nazaret.

CAPITULO 25

La jornada de María Santísima de casa de Zacarías a Nazaret.

CAPITULO 26

Hacen los demonios un conciliábulo en el infierno contra María Santísima.

CAPITULO 27

Previene el Señor a María Santísima para entrar en la batalla con Lucifer y comienza el dragón a perseguirla.

CAPITULO 28

Persevera Lucifer con sus siete legiones en tentar a María Santísima; queda vencido y quebrantada la cabeza de este dragón.

LIBRO III

[Regresar al Principio](#)

CONTIENE LA ALTÍSIMA DISPOSICIÓN QUE EL TODOPODEROSO OBRÓ EN MARÍA SANTÍSIMA PARA LA ENCARNACIÓN DEL VERBO, LO TOCANTE A ESTE MISTERIO, EL EMINENTÍSIMO ESTADO EN QUE QUEDÓ LA FELIZ MADRE, LA VISITACIÓN A SANTA ISABEL Y SANTIFICACIÓN DEL BAUTISTA, LA VUELTA A NAZARET Y UNA MEMORABLE BATALLA QUE TUVO CON LUCIFER.

CAPITULO 1

Comienza el Altísimo a disponer; en María Santísima el misterio de la Encarnación y su ejecución por nueve días antecedentes. Se declare lo que sucedió en el primero.

1. Puso el Muy Alto a nuestra Reina y Señora en las obligaciones de esposa del Santo José y en ocasión de conversar más con los prójimos, para que su vida inculpable fuese a todos ejemplar de suma santidad. Hallándose la divina Señora en este nuevo estado, pensó y discurrió tan altamente y ordenó las operaciones de su vida con tal sabiduría, que fue admirable emulación para la angélica naturaleza y magisterio nunca visto para la humana. Pocos la conocían, y menos la comunicaban; pero éstos, más dichosos, recibían todos tan divinos influjos de aquel cielo de María, que con admirable júbilo y conceptos peregrinos querían dar voces y publicar la lumbré que les encendía los corazones, conociendo se derivaba de la presencia de María purísima. No ignoraba la prudentísima Reina estos efectos de la mano del Altísimo, pero ni era tiempo de fiárselos al mundo, ni su profundísima humildad lo consentía. Pedía al Señor continuamente la ocultase de los hombres y que todos los favores de su diestra redundasen en sola su alabanza y permitiese que fuese ella ignorada y despreciada de todos los mortales, porque no fuese ofendida su bondad infinita.
2. Estas peticiones de su Esposa admitía el Señor en grande parte y disponía su providencia que la misma luz enmudeciese a los que con ella se inclinaban a engrandecerla, y movidos de la virtud divina se dejaban y se convertían al interior, alabando al Señor por la luz que en él sentían, y con una preñez de admiración suspendían el juicio y dejando la criatura se volvían al Criador. Muchos salían de pecado sólo con haberla mirado y otros mejoraban sus vidas y todos se componían a su vista, porque recibían celestiales influencias en sus almas; pero luego se olvidaban del mismo original de donde se copiaba, porque si le tuvieran presente o conservaran su imagen, nadie sufriera el alejarse de ella y todos la buscaran desalados, si Dios no lo impidiera con misterio.
3. En obras de donde tales frutos se cogían y en aumentar los méritos y gracias de donde todo procedía, se ocupó nuestra Reina, esposa de José, por seis meses y diecisiete días, que pasaron de su desposorio hasta la Encarnación del Verbo. Y no puedo detenerme en referir por menor los actos tan heroicos como hizo de todas las virtudes interiores y exteriores, de caridad, humildad, religión, limosnas, beneficios y otras obras de misericordia; porque todo esto excede a la pluma y a la capacidad. Con lo que más se manifestará es con decir que halló el Altísimo en María Santísima la plenitud de su agrado y el lleno de su deseo y la correspondencia de pura criatura debida a su Criador. Con esta santidad y merecimientos se halló Dios como obligado y, a nuestro entender, compelido, para apresurar el paso y extender el brazo de su omnipotencia a la mayor de las maravillas que antes ni después se conocerá, tomando carne humana el Unigénito del Padre en las entrañas virginales de esta Señora.
4. Para ejecutar esta obra con la decencia digna del mismo Dios, previno singularmente a María Santísima por nueve días que inmediatamente precedieron al misterio, y soltando el ímpetu del río (Sal 45,5) de la divinidad, para que inundase con sus influjos a esta ciudad de Dios, le comunicó tantos dones, gracias y favores, que yo enmudezco en el conocimiento que de esta maravilla se me ha dado y se acobarda mi bajeza para referir lo que entiendo; porque la lengua, la pluma y todas las potencias de las criaturas son instrumentos improporcionados para revelar tan encumbrados sacramentos. Y así quiero que se entienda que cuanto aquí dijere es una oscura sombra de la menor parte de esta maravilla y prodigio inexplicable, que no se ha de medir con nuestros limitados términos, mas con el poder divino que no los tiene.
5. El primero día de esta felicísima novena sucedió que la divina princesa María, después de algún pequeño alivio que recibía, se levantó a media noche a imitación de su padre David (Sal 118,62) que éste era el orden y concierto que le había dado el Señor y postrada en la presencia del Altísimo comenzó su acostumbrada oración y santos ejercicios. La hablaron los santos ángeles que la asistían, y la dijeron: “Esposa de nuestro Rey y Señor, levantaos, que Su Majestad os llama.” Se levantó con fervoroso afecto, y respondió: “El Señor manda que del polvo se levante el polvo.” Y

convertida a la cara del mismo Señor que la llamaba, continuó diciendo: “Altísimo y poderoso Dueño mío, ¿qué queréis hacer de mí?” En estas palabras su alma santísima fue en espíritu elevada a otra nueva y más alta habitación, más inmediata al mismo Señor y más remota de todo lo terreno y momentáneo.

6. Sintió luego que allí la disponían con aquellas iluminaciones y purificaciones que recibía otras veces para alguna más alta visión de la divinidad. Y no me detengo en referirlas, porque lo hice en la primera parte (Cf supra p.I n.623-629,632). Con esto se le manifestó la divinidad por visión, no intuitiva, sino abstractiva; pero con tanta evidencia y claridad, que de aquel objeto incomprensible comprendió más esta Señora por este modo que los bienaventurados con el que intuitivamente le conocen y le gozan. Fue esta visión más alta y más profunda que otras de este género; porque cada día la divina Señora se hacía más idónea y unos beneficios, usando tan perfectamente de ellos, la disponían para otros y las repetidas noticias y visiones de la divinidad la hacían más robusta para obrar con mayor fuerza cerca de aquel objeto infinito.

7. Conoció en esta visión nuestra princesa María altísimos secretos de la divinidad y de sus perfecciones, y especialmente de su comunicación ad extra por la obra de la creación; y cómo procedió de la bondad y liberalidad de Dios y cómo para su ser divino y su infinita gloria no había menester las criaturas, porque sin ellas estaba glorioso en sus interminables eternidades, antes de la creación del mundo. Muchos sacramentos y secretos se le comunicaron a nuestra Reina que ni se pueden ni deben manifestar a todos, porque sola ella fue la única y electa (Cant 6,8) para estas delicias (Cant 7,6) del sumo Rey y Señor de lo criado. Pero conociendo Su Alteza en esta visión aquel peso e inclinación de la divinidad para comunicarse *ad extra*, mayor que le tienen todos los elementos cada uno a su centro, y como estaba tan entrañada en la esfera de aquel fuego del divino amor, enardecida en él pidió al Padre eterno enviase al mundo a su Unigénito y diese a los hombres su remedio y a su misma divinidad y perfecciones diese a nuestro entender la satisfacción y ejecución que pedían.

8. Eran para el Señor muy dulces estas palabras de su Esposa, eran la purpúrea venda (Cant 4,3 (A.)) con que ligaba y compelia su amor. Y para venir a la ejecución de sus deseos, quiso prevenir de cerca el tabernáculo o el templo a donde quería descender desde el pecho de su eterno Padre. Determinó darle a su amada y escogida para madre noticia clara de todas las obras ad extra, como las había su omnipotencia fabricado. Y este día en la misma visión le manifestó todo lo que hizo en el día primero de la creación del mundo, que se refiere en el Génesis (Gen 1,1-5 (A.)) y las conoció todas con más claridad y comprensión que si las tuviera presentes a los ojos corporales, porque las conoció primero en el mismo Dios y después en sí mismas.

9. Entendió y conoció cómo en el principio crió el Señor el cielo y la tierra, cuánto y cómo estuvo vacía y las tinieblas sobre la cara del abismo, cómo el espíritu del Señor era llevado sobre las aguas y cómo al divino mandato fue hecha la luz y su condición, y que dividiendo las tinieblas, ellas se llamaron noche y la luz día; y en esto se gastó el primero. Conoció la grandeza de la tierra, su longitud, latitud y profundidad, sus cavernas, infierno, limbo y purgatorio con sus habitantes, las regiones, climas, meridianos y división en las cuatro partes del mundo y todos los que las ocupan y habitan. Conoció con la misma claridad los orbes inferiores y cielo empíreo, y cuándo fueron criados los ángeles en el día primero, y entendió su naturaleza y condiciones, diferencias, jerarquías, oficios, grados y virtudes. Le fue manifestada la rebeldía de los ángeles malos y su caída, con las causas y ocasiones que tuvo - le ocultaba siempre el Señor lo que a ella le tocaba -. Entendió el castigo y efectos del pecado en los demonios, conociéndolos como ellos en sí mismos son; y para fin de este favor del primer día le manifestó de nuevo el Señor, cómo ella era formada de aquella baja materia de la tierra y de la naturaleza de todos los que se convierten en polvo; y no le dijo que sería ella convertida en él, pero le dio tan alto conocimiento del ser terreno, que se humilló la gran Reina hasta el profundo de la nada y siendo inculpable se abatió más que todos los hijos de Adán juntos y llenos de miserias.

10. Toda esta visión y sus efectos ordenaba el Altísimo para abrir en el corazón de María las zanjas tan profundas como pedía el edificio que en ella quería edificar, que tocase hasta la unión sustancial e hipostática de la misma divinidad. Y como la dignidad de Madre de Dios era sin término y de alguna infinidad, convenía que se fundase en una humildad proporcionada y que fuese ilimitada sin pasar los límites de la razón; pero llegando a lo supremo de la virtud, tanto se humilló la Bendita entre las mujeres que la Santísima Trinidad quedó como pagada y satisfecha y -a nuestro modo de entender - obligada a levantarla al grado y dignidad más eminente entre las criaturas y más inmediato a la divinidad; y con este beneplácito la habló Su Majestad y la dijo:

11. “Esposa y paloma mía, grandes son mis deseos de redimir al hombre del pecado, y mi piedad inmensa está como violentada mientras no desciendo a reparar el mundo; pídemme continuamente estos días con grande afecto la ejecución de estos deseos y, postrada en mi real presencia, no cesen tus peticiones y clamores, para que con efecto descienda el Unigénito del Padre a unirse con la humana naturaleza.” A este mandato respondió la divina Princesa, y dijo: “Señor y Dios eterno, cuyo es todo el poder y sabiduría, a cuya voluntad nadie puede resistir (Est 13,9) ¿quién impide vuestra omnipotencia?, ¿quién detiene el corriente impetuoso de vuestra divinidad, para no ejecutar vuestro beneplácito en beneficio de todo el linaje humano? Si acaso, amado mío, soy yo el óbice de este impedimento para beneficio tan inmenso, muera primero que yo resista a vuestro gusto; no puede caer este favor en merecimiento de ninguna criatura, pues no queráis, Dueño y Señor mío, aguardar a que más lo vengamos a desmerecer. Los pecados de los hombres se multiplican y crecen más vuestras ofensas, pues ¿cómo llegaremos a merecer el mismo bien de que nos hacemos cada día más indignos? En vos mismo está, Señor mío, la razón y el motivo de nuestro remedio: vuestra bondad infinita, vuestras misericordias sin número os obligan, los gemidos de los profetas y padres de vuestro pueblo os solicitan, los santos os desean, los pecadores aguardan y todos juntos claman; y si yo vil gusanillo no desmerezco vuestra dignación con mis ingratitudes, os suplico con lo íntimo de mi alma aceleréis el paso y lleguéis a nuestro remedio por vuestra misma gloria.”

12. Acabó esta oración la Princesa del cielo y volvió luego a su ordinario y más natural estado; pero con el nuevo mandato que tenía del Señor fue continuando todo aquel día las peticiones por la Encarnación del Verbo y con profundísima humildad repitió los ejercicios de postrarse en la tierra y orar en forma de cruz; porque el Espíritu Santo que la gobernaba le había enseñado esta postura, de que tanto se había de complacer la Beatísima Trinidad, y como si de su real trono en el cuerpo de la futura Madre del Verbo mirara crucificada la persona de Cristo, así recibía aquel matutino sacrificio de la purísima Virgen, en que prevenía el de su Hijo Santísimo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

13. “Hija mía, no son capaces los mortales para entender las obras indecibles que el brazo de la Omnipotencia obró en mí, disponiéndome para la Encarnación del Verbo Eterno; señaladamente los nueve días que precedieron a tan alto sacramento fue mi espíritu elevado y unido con el ser inmutable de la divinidad y quedó anegado en aquel piélagos de infinitas perfecciones, participando de todas ellas eminentes y divinos efectos que no pueden venir en corazón humano. La ciencia que me comunicó de las criaturas penetraba hasta lo íntimo de todas ellas, con mayor claridad y privilegios que la de todos los espíritus angélicos, siendo ellos tan admirables en este conocimiento de todo lo criado, después de ver a Dios, y las especies de todo lo que entendí me quedaron impresas, para usar de ellas después a mi voluntad.

14. “Lo que de ti quiero ahora ha de ser que, atenta a lo que yo hice con esta ciencia, me imites según tus fuerzas con la luz infusa que para esto has recibido; aprovecha la ciencia de las criaturas, formando de ellas una escala que te encamine a tu Criador, de suerte que en todas busques su principio de donde se originan y su fin a donde se ordenan; de todas te sirve para espejo en que reverbere su divinidad, para recuerdo de su omnipotencia y para incentivos del amor que de ti quiere. Admírate con alabanza de la grandeza y magnificencia del Criador y en su presencia te humilla a lo ínfimo del polvo y nada dificultes de hacer ni padecer para llegar a ser mansa y humilde de corazón. Atiende, carísima, cómo esta virtud fue el fundamento firmísimo de todas las maravillas que obró el Altísimo conmigo; y para que aprecies esta virtud, advierte que entre todas, así como es tan preciosa, también es delicada y peligrosa, y si en alguna cosa la pierdes y no eres humilde en todas sin diferencia, no lo serás con verdad en alguna. Reconoce el ser terreno y corruptible que tienes. y no ignores que el Altísimo con grande providencia formó al hombre de manera que su mismo ser y formación le intimase, le enseñase y repitiese la importante lección de la humildad y que jamás le faltase este magisterio; por esto no le formó de más noble materia y le dejó el peso del santuario (Ex 30,24) en su interior, para que en una balanza ponga el ser infinito y eterno del Señor, y en otra el de su vilísima materia; y con esto le dé a Dios lo que es de Dios (Mt 22,21) y a sí mismo se dé lo que le toca.

15. Yo hice con perfección este juicio para ejemplo y doctrina de los mortales, y quiero que tú le hagas a mi imitación y que tu desvelo y estudio sea en ser humilde, con que darás gusto al Altísimo y a mí, que quiero tu verdadera perfección, y que se funde sobre las zanjas profundísimas de tu conocimiento, y cuanto más las profundes más alto y encumbrado subirá el edificio de la virtud y tu voluntad hallará lugar más íntimo en la del Señor; porque mira desde la altura de su solio a los humildes de la tierra.”(Sal 112,6).

CAPITULO 2

[Regresar al Principio](#)

Continúa el Señor el día segundo los favores y disposición para la Encarnación del Verbo en María Santísima.

16. En la primera parte de esta divina Historia dije (Cf. supra p.I n.219) cómo el cuerpo purísimo de María Santísima fue concebido y formado en toda perfección en espacio de siete días, obrando el Altísimo este milagro para que aquella alma santísima no aguardase el tiempo ordinario de los demás nacidos, pero que se criase y se infundiese anticipadamente, como de hecho sucedió, para que este principio de la reparación del mundo tuviese debida correspondencia al de su creación. Se repitió otra vez la consonancia de estas obras al inmediato tiempo de bajar al mundo su Reparador, para que formado el nuevo Adán, Cristo, descansara Dios, como quien había estrenado todas las fuerzas de su omnipotencia en la mayor de las hazañas y en este descanso se celebrase el sábado delicado de todas sus delicias. Y como para estas maravillas había de intervenir la Madre del divino Verbo, dándole forma humana visible, era necesario que mediando entre los dos extremos de Dios y de los hombres tocase en entrambos, quedando en dignidad inferior a solo Dios y superior a todo lo demás que no era Dios; y a esta dignidad pertenecía la ciencia y conocimiento proporcionado, así de la misma divinidad suprema como de todas las criaturas inferiores.

17. En prosecución de este intento fue continuando el supremo Señor los favores con que dispuso a María Santísima los nueve días que voy declarando, inmediatos a la Encarnación; y llegando el día segundo, a la misma hora de media noche fue visitada Su Alteza en la misma forma que dije en el capítulo pasado, elevándola el poder divino con aquellas disposiciones, cualidades o iluminaciones que la preparaban para las visiones de la divinidad. Se le manifestó este día abstractivamente, como en el primero, y vio las obras que tocaban al día segundo de la creación del mundo: conoció cuándo y cómo hizo Dios la división de las aguas, unas sobre el firmamento y otras debajo, formando en medio el firmamento (Gen 1,6-7) y de las superiores el cielo cristalino que llaman ácueo. Penetró la grandeza, orden, condiciones, movimientos y todas las cualidades y condiciones de los cielos.

18. No era ociosa esta ciencia ni estéril en la prudentísima Virgen, porque redundaban en ella casi inmediatamente de la clarísima luz de la divinidad, y así la inflamaba y enardecía en la admiración, alabanza y amor de la bondad y poder divino, y transformada en el mismo Dios hacía heroicos actos de todas las virtudes, complaciendo a Su Majestad con plenitud de su agrado. Y como el día primero precedente la hizo Dios participante del atributo de su sabiduría, así este segundo día le comunicó en su modo el de la omnipotencia y la dio potestad sobre las influencias de los cielos y planetas y elementos, y mandó que todos la obedeciesen. Quedó esta gran Reina con imperio y dominio sobre el mar, tierra, elementos y orbes celestes, con todas las criaturas que en ellos se contienen.

19. Este dominio y potestad pertenecía también a la dignidad de María Santísima por la razón que arriba he dicho y, a más de esto, por otras dos especiales: la una, porque esta Señora era Reina privilegiada y exenta de la ley común del pecado original y sus efectos; y por esto no debía ser encartada en el padrón universal de los insensatos hijos de Adán, contra quienes dio armas (Sab 5,18 (A.)) el Omnipotente a las criaturas, para vengar sus injurias y castigar la locura de los mortales; porque si ellos no se hubieran convertido inobedientes contra su Criador, tampoco los elementos y sus criaturas les fueran inobedientes ni molestos, ni convirtieran contra ellos el rigor de su actividad e inclemencias; y si esta rebelión de las criaturas fue castigo del pecado, no se había de entender con María Santísima inmaculada e inculpable; ni tampoco en este privilegio debía de ser inferior a la naturaleza angélica, a quien ni alcanza esta pena del pecado ni tiene jurisdicción sobre ella la virtud elemental. Aunque María Santísima era de naturaleza corpórea y terrena, pero en ella fue más estimable, como más peregrino y costoso, el subir a la altura de todas las criaturas terrenas y espirituales y hacerse con sus méritos con digna Reina y Señora de todo lo criado; y más se le debía conceder a la Reina que a los vasallos, más a la Señora que a los siervos.

20. La segunda razón era, porque a esta divina Reina había de obedecer su Hijo Santísimo como a Madre, y pues él era Criador de los elementos y de todas las cosas, estaba puesto en razón que todas ellas obedeciesen a quien el mismo Criador debía su obediencia, y que ella las mandase a todas, pues la persona de Cristo en cuanto hombre había de ser gobernada por su Madre, por obligación y ley de la naturaleza. Y tenía este privilegio grande conveniencia para realzar las virtudes y méritos de María Santísima; porque en ella venía a ser voluntario y meritorio lo que en nosotros es forzoso, y de ordinario contra nuestra voluntad. No usaba la prudentísima Reina de este imperio sobre los elementos y

criaturas indistintamente y en obsequio de su propio sentido y alivio; antes mandó a todas las criaturas que con ella ejercitasen las operaciones y acciones que le podían ser penales y molestas naturalmente, porque en esto había de ser semejante a su Hijo Santísimo y padecer con él. Y no sufriría el amor y humildad de esta gran Señora que las inclemencias de las criaturas se detuvieran y suspendieran privándola del aprecio del padecer, que conocía tan estimable en los ojos del Señor.

21. Sólo en algunas ocasiones, que conocía no ser en obsequio suyo, sino de su Hijo y Criador, imperaba la dulce Madre sobre la fuerza de los elementos y sus operaciones, como veremos adelante (Cf. infra n.543,590,633) en las peregrinaciones de Egipto y en otras ocasiones, donde prudentísimamente juzgaba que convenía, para que las criaturas reconociesen a su Criador y le hiciesen reverencia (Cf. infra 185,485,636; p.III n.471) o le abrigasen y sirviesen en alguna necesidad. ¿Quién de los mortales no se admira en el conocimiento de tan nueva maravilla? Ver una criatura pura y terrena y mujer con el imperio y dominio de todo lo criado, y que en su estimación y en sus ojos se reputase por la más indigna y vil de todas ellas, y con esta consideración mande a las iras de los vientos y al rigor de sus operaciones que se conviertan contra ella, y que por obedientes lo cumplan; pero como temerosos y corteses a tal Señora, obraban más en obsequio de su rendimiento que por vengar la causa de su Criador, como lo hacen con los demás hijos de Adán.

22. En presencia de esta humildad de nuestra invicta Reina, no podemos negar los mortales nuestra vanísima arrogancia, si no le llamo atrevimiento, pues cuando merecíamos que todos los elementos y las fuerzas ofensivas de todo el universo se rebelen contra nuestras insanas, así nos querellamos de su rigor, como si el molestarnos fuera agravio. Condenamos el rigor del frío, no queremos sufrir que nos fatigue el calor, todo lo penoso aborrecemos, y todo el estudio ponemos en culpar estos ministros de la divina justicia y buscar a nuestros sentidos el sagrado de las comodidades y deleites, como si nos hubiera de valer para siempre, y no fuera cierto que nos sacarán de él para más duro castigo de nuestras culpas.

23. Volviendo a estos dones de ciencia y potencia que se le dieron a la Princesa del cielo, y a los demás que la disponían para digna Madre del Unigénito del Eterno Padre, se entenderá su excelencia, considerando en ellos un linaje de infinidad o comprensión participada de la del mismo Dios y semejante a la que después tuvo el alma santísima de Cristo; porque no sólo conoció todas las criaturas con el mismo Dios, pero las comprendía de suerte que las encerraba en su capacidad y pudiera extenderse a conocer otras muchas si hubiera que conocer. Y llamo yo infinidad a esto, porque parece a la condición de la ciencia infinita, y porque juntamente sin sucesión miraba y conocía el número de los cielos, su latitud, profundidad, orden, movimientos, cualidades, materia y forma, los elementos con todas sus condiciones y accidentes, todo lo conocía junto; y sólo ignoraba la Virgen sapientísima el fin próximo de todos estos favores, hasta que llegase la hora de su consentimiento y de la inefable misericordia del Altísimo; pero continuaba estos días sus peticiones fervorosas por la venida del Mesías, porque se lo mandaba el mismo Señor, y le daba a conocer que no se tardaría, porque se llegaba el tiempo destinado.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

24. “Hija mía, por lo que vas entendiendo de mis favores y beneficios para ponerme en la dignidad de Madre del Altísimo, quiero que conozcas el orden admirable de su sabiduría en la creación del hombre. Advierte, pues, cómo su Criador le hizo de nada, no para que fuese siervo, mas para rey y señor de todas las cosas (Gen 1,26) y que de ellas se sirviese con imperio, mando y señorío; pero reconociéndose juntamente por hechura y por imagen de su mismo Hacedor y estando más rendido a él y más atento a su voluntad que las criaturas a la del mismo hombre, porque así lo pide. él, orden de la razón. Y para que no le faltase al hombre la noticia y conocimiento del Criador y de los medios para saber y ejecutar su voluntad, le dio sobre la luz natural otra mayor, más breve, más fácil, más cierta y más sin costa y general para todos, que fue la lumbre de la fe divina, con que conociese el ser de Dios y sus perfecciones y con ellas juntamente sus obras. Con esta ciencia y señorío quedó el hombre bien ordenado, honrado y enriquecido, sin excusa para dedicarse todo a la divina voluntad.

25. “Pero la estulticia de los mortales turba todo este orden y destruye esta divina armonía, cuando el que fue criado para señor y rey de las criaturas se hace vil esclavo de ellas mismas y se sujeta a su servidumbre, deshonorando su dignidad y usando de las cosas visibles, no como señor prudente, pero como inferior indigno, y no reconociéndose superior cuando se constituye y se hace inferiorísimo a lo más ínfimo de las criaturas. Toda esta perversidad nace de

usar de las cosas visibles, no para obsequio del Criador ordenándolas a él con la fe, sino de usar mal de todo, sólo para saciar las pasiones y sentidos con lo deleitable de las criaturas, y por esto aborrecen tanto a las que no lo son.

26. Tú, carísima, mira con la fe a tu Señor y Criador, y en tu alma procura copiar la imagen de sus divinas perfecciones; no pierdas el imperio y el dominio de las criaturas para que ninguna sea superior a tu libertad, antes quiero que de todas triunfes y nada se interponga entre tu alma y tu Dios. Sólo te has de sujetar con alegría, no a lo deleitable de las criaturas, porque se oscurecerá tu entendimiento y enflaquecerá tu voluntad, pero a lo molesto y penoso de sus inclemencias y operaciones, padeciéndolo con alegre voluntad, pues yo lo hice por imitar a mi Hijo Santísimo, aunque tuve potestad para elegir el descanso y no tenía pecados que satisfacer.”

CAPITULO 3

[Regresar al Principio](#)

Se continúa lo que el Altísimo concedió a María Santísima en el día tercero de los nueve antes de la Encarnación.

27. La diestra del omnipotente Dios, que a María Santísima hizo franca la entrada de su divinidad, iba enriqueciendo y adornando con las expensas de sus infinitos atributos aquel purísimo espíritu y cuerpo virginal que había escogido para tabernáculo, para templo y ciudad santa de su habitación; y la divina Señora engolfada en aquel océano de la divinidad se alejaba cada día más del ser terreno y se transformaba en otro celestial, descubriendo nuevos sacramentos que la manifestaba el Altísimo; porque como es objeto infinito y voluntario, aunque se sacie el apetito con lo que recibe, queda más que desear y entender. Ninguna pura criatura llegó ni llegará a donde María Santísima. Penetró en el conocimiento de Dios y de las criaturas y, en estos beneficios, grandes profundidades, sacramentos y secretos, los cuales todas las jerarquías de los ángeles ni hombres juntos no los alcanzarán, a lo menos lo que recibió esta Princesa del cielo para ser Madre del Criador.

28. El día tercero de los nueve que voy declarando, precediendo las mismas preparaciones que dije en el capítulo primero, se le manifestó la divinidad en visión abstractiva como los otros dos días. Muy tarda y desigual es nuestra capacidad para ir entendiendo los aumentos que iban recibiendo estos dones y gracias que acumulaba el Altísimo en la divina María, y a mí me faltan nuevos términos para explicar algo de lo que se me ha manifestado. Me declararé con decir que la sabiduría y poder divino iban proporcionando a la que había de ser Madre del Verbo, para que, en cuanto era posible, llegase a tener una pura criatura la similitud y proporción conveniente con las divinas personas. Y quien mejor entendiere la distancia de estos dos extremos, Dios infinito y criatura humana limitada, podrá alcanzar más de los medios necesarios para juntarlos y proporcionarlos.

29. Iba copiando la divina Señora de los originales de la divinidad nuevos retratos de sus atributos infinitos y virtudes; iba subiendo de punto su hermosura con los retoques, baños y lumines que la daba el pincel de la infinita sabiduría. Y este día tercero se le manifestaron las obras de la creación en el tercero del mundo, como entonces sucedieron (Gen 1,9-13). Conoció cuándo y cómo las aguas, que estaban debajo los cielos, se juntaron al divino imperio en un lugar, despejando la árida, a la que el Señor llamó tierra, y a las congregaciones de las aguas llamó mares. Conoció cómo la tierra germinó la hierba fresca que tuviese su semilla y todo género de plantas y árboles fructíferos también con sus semillas, cada uno en su propia especie. Conoció y penetró la grandeza del mar, su profundidad y divisiones, la correspondencia de los ríos y fuentes que de él se originan y a él corren, las especies de plantas y yerbas, flores, árboles, raíces, frutos y semillas, y que todas y cada una sirven para algún efecto en servicio del hombre. Todo esto lo entendió y penetró nuestra Reina, más clara, distinta y latamente que el mismo Adán y Salomón; y todos los médicos del mundo en esta comparación fueron ignorantes, después de largos estudios y experiencias. María Santísima lo desprendió todo de improviso, como dice la Sabiduría (Sab 7,21 (A.)), y como lo desprendió sin ficción, lo comunicó también sin envidia (Ib. 13); y cuanto dijo allí Salomón se verificó en ella con eminencia incomparable.

30. En algunas ocasiones usó nuestra Reina de esta ciencia para ejercitar la caridad con los pobres y necesitados, como se dirá en lo restante de esta Historia (Cf. infra n.668, 867.868.1048; p.III n.159. 423); pero la tenía en su libertad, y le era tan fácil usar de ella como lo es para un músico tocar un instrumento de su arte en que es muy sabio; y lo mismo fuera de todas las demás ciencias, si quisiera o fuera necesario su ejercicio para servicio del Altísimo, que de todas pudiera usar como maestra en quien estaban recopiladas mejor que en ninguno de los mortales que ha tenido algún especial arte o ciencia. Tenía también superioridad sobre las virtudes, calidades y operaciones de las piedras, yerbas y plantas; y lo que

prometió Cristo nuestro Señor a sus apóstoles y primeros fieles, que no les, dañarían los venenos aunque los bebiesen (Mc 16,18 (A.)), este privilegio tenía la Reina con imperio, para que ni el veneno ni, otra cosa alguna, la pudiese dañar ni ofender sin su voluntad.

31. Estos privilegios, y favores, tuvo siempre ocultos la prudentísima Princesa y Señora y no usaba de ellos para sí misma, como queda dicho; por no negarse al padecer que su Hijo Santísimo escogió; y antes de concebirle y ser madre, era gobernada en esto por la divina luz y noticia que tenía de la pasibilidad que el Verbo humanado había de recibir. Y después que siendo Madre suya vio y experimentó esta verdad en su mismo Hijo y Señor, dio más licencia o por decir mejor, mandaba a las criaturas que la afligiesen con sus fuerzas y operaciones, como lo hacían con su mismo Criador. Y porque no siempre quería el Altísimo que su Esposa única y electa fuese molestada de las criaturas, muchas veces las detenía o impedía para que sin estas pasiones tuviese algunos tiempos en que la divina Princesa gozase de las delicias del sumo Rey .

32. Otro singular privilegio en favor de los mortales recibió María Santísima en la visión de la divinidad que tuvo el tercero día; porque en ella le manifestó Dios por especial modo la inclinación del amor divino al remedio de los hombres y a levantarlos de todas sus miserias. Y en el conocimiento de esa infinita misericordia y lo que con ella-benignamente-había de obrar, le dio el Altísimo a María purísima cierto género de participación más alta de sus mismos atributos, para que después, como Madre y abogada de los pecadores intercediese por ellos. Esta influencia en que participó María Santísima; el amor de Dios a los hombres y su inclinación a remediarlos fue tan divina, y poderosa, que si de allí adelante no la hubiera asistido la virtud del Señor para corroborarla no pudiera sufrir el impetuoso afecto de remediar y salvar a todos los pecadores. Con este amor y caridad, si necesario fuera o conveniente, se entregara infinitas veces a las llamadas, al cuchillo, a los exquisitos tormentos y a la muerte y todos los martirios, angustias, tribulaciones, dolores, enfermedades las padeciera y no las rehusara, antes le fueran grande gozo por la salud de los mortales. Y cuanto han padecido todos, desde el principio del mundo hasta ahora y padecerán hasta el fin, todo fuera poco para el amor de esta misericordiosísima Madre. Vean, pues, los mortales y pecadores lo que deben a María Santísima.

33. De este día podemos decir que la divina Señora quedó hecha Madre de piedad y de misericordia, y de misericordia grande, por dos razones: la una, porque desde entonces con especial afecto y deseo quiso comunicar sin envidia los tesoros de la gracia que había conocido y recibido; y así le resultó de este beneficio tan admirable dulzura y benigno corazón, que le quisiera dar a todos y depositarlos en él para que fueran partícipes del amor divino que allí ardía. La segunda razón es, porque este amor a la salud humana que concibió María purísima fue una de las mayores disposiciones que la proporcionaron para concebir al Verbo Eterno en sus virginales entrañas. Y era muy conveniente que toda fuese misericordia, benignidad, piedad y clemencia la que sola había de engendrar y parir al Verbo humanado, que por su misericordia, clemencia y amor quiso humillarse hasta nuestra naturaleza y nacer de ella pasible por los hombres. El parto dicen que sigue, al vientre, porque lleva sus condiciones, como el agua de, los minerales por donde corre; y aunque este parto salió con ventajas: de divinidad; pero también llevó las condiciones de la Madre en, el grado posible, y no fuera proporcionada para concurrir con él Espíritu Santo a esta concepción, en la que sólo faltó varón, si no tuviera correspondencia con el Hijo en las calidades de la humanidad.

34. Salió de esta visión María Santísima, y todo lo restante del día lo ocupó en las oraciones y peticiones que el Señor la ordenaba, creciendo su fervor y quedando más herido el corazón de su Esposo; de suerte que a nuestro entender ya se le tardaba: el día y la hora de verse en los brazos y a los pechos de su querida.

Doctrina que me dio la Reina Santísima.

35. “Hija mía carísima, grandes fueron los favores que hizo conmigo el brazo del Altísimo en las visiones de su divinidad que me comunicó estos días antes de concebirle en mis entrañas y aunque no se me manifestaba inmediata y claramente sin velo, pero fue por modo altísimo y con efectos reservados a su sabiduría. Y cuando, renovando el conocimiento con las especies que me habían quedado de lo que había visto, me levantaba en espíritu y conocía quién era Dios para los hombres y quiénes ellos para Su Majestad, aquí se inflamaba mi corazón en amor y se dividía de dolor, porque: conocía juntamente el peso del amor inmenso con los mortales y el ingratisimo olvido de tan incomprensible bondad. En esta consideración muriera muchas veces, si no me confortara y conservara el mismo Dios. Y este sacrificio de su sierva fue gratisimo a su Majestad y le aceptó con más complacencia que todos los holocaustos

de la antigua ley, porque miró a mi humildad y se agradó mucho de ella. Y cuando en estos actos me ejercitaba, me hacía grandes misericordias para mí y para mi pueblo.

36. “Estos sacramentos, carísima, te manifiesto para que te levantes a imitarme, según tus flacas fuerzas, ayudadas con la gracia, alcancen mirando como a dechado y ejemplar las obras que has conocido. Pondera mucho y pesa repetidas veces con la luz y la razón cuánto deben corresponder los mortales a tan inmensa piedad y aquella inclinación que tiene Dios a socorrerles. Y a esta verdad has de contraponer el pesado y duro corazón de los mismos hijos de Adán. Y quiero que tu corazón se resuelva y convierta en afectos de agradecimiento al Señor y en compasión de esta desdicha de los hombres. Y te aseguro, hija mía, que el día de la residencia general, la mayor indignación del justo juez ha de ser por haber olvidado los hombres ingratisimos esta verdad, y ella será tan poderosa, que los argüirá aquel día con tal confusión suya, que por ella se arrojaran en el abismo de las penas cuando no hubiera ministros de justicia divina que lo ejecutaran.

37 Para que te desvíes de tan fea culpa, y prevengas aquel horrendo castigo, renueva en la memoria los beneficios que has recibido de aquel amor y clemencia infinita, y advierte que se ha señalado contigo entre muchas generaciones. Y no entiendas que tantos favores y singulares dones han sido para ti sola, sino también para tus hermanos, pues a todos se extiende la divina misericordia. Y por esto el retorno que debes al Señor ha de ser por ti primero, y después por ellos. Y porque tú eres pobre, presenta la vida y méritos de mi Hijo Santísimo, y con ellos juntamente todo lo que yo padecí con la fuerza del amor, para ser agradecida a Dios y a si mismo por alguna recompensa de la ingratitud de los mortales; y en todo esto te ejercitarás muchas veces, acordándote de lo que yo sentía en los mismos actos y ejercicios.”

CAPITULO 4

[Regresar al Principio](#)

Continúa el Altísimo los beneficios de María Santísima en el día cuarto.

38. Se continuaban los favores del Altísimo en nuestra Reina y Señora con los eminentes sacramentos con que el brazo poderoso la iba disponiendo para la vecina dignidad de Madre suya. Llegó el cuarto día de esta preparación y, en correspondencia de los precedentes, fue a la misma hora elevada a la visión de la divinidad en la forma dicha abstractiva, pero con nuevos efectos y más altas iluminaciones de aquel purísimo espíritu. En el poder divino y su sabiduría no hay límite ni término; solamente se le pone nuestra voluntad con sus obras o con la corta capacidad que tiene como criatura finita. En María Santísima no halló el poder divino impedimento por parte de las obras, antes fueron todas con plenitud de santidad y agrado del Señor, obligándole y como él mismo dice (Cant 4,9 (A.)) hiriendo su corazón de amor. Sólo por ser María pura criatura pudo hallar el brazo del Señor alguna tasa, pero dentro de la esfera de pura criatura obró en ella sin tasa ni limitación y sin medida, comunicándole las aguas de la sabiduría, para que las bebiese purísimas y cristalinas en la fuente de la divinidad.

39. Se le manifestó el Altísimo en esta visión con especialísimo luz y le declaró la nueva ley de gracia que el Salvador del mundo había de fundar, con los sacramentos que contiene y el fin para que los establecería y dejaría en la nueva Iglesia evangélica y los auxilios, dones y favores que prevenía para los hombres, con deseo de que todos fuesen salvos y se lograra en ellos el fruto de la Redención. Y fue tanta la sabiduría que en estas visiones desprendió María Santísima, enseñada por el sumo Maestro, enmendador de los sabios (Sab 7,15 (A.)) que, si por imposible algún hombre o ángel lo pudiera escribir, de sola la ciencia de esta Señora se formarían más libros que cuantos se han escrito en el mundo de todas las artes y ciencias y facultades inventadas. Y no es maravilla, siendo la mayor de todas en pura criatura; porque en el corazón y mente de nuestra Princesa se derramó y explayó el océano de la divinidad que los pecados y poca disposición de las criaturas tenían embarazado y represado en sí mismo. Sólo se le ocultaba siempre, hasta su tiempo, que ella era la escogida para Madre del Unigénito del Padre.

40. Entre la dulzura de esta ciencia divina tuvo este día nuestra Reina un amoroso pero íntimo dolor que la misma ciencia le renovó. Conoció por parte del Altísimo los indecibles tesoros de gracias y beneficios que prevenía para los mortales y aquel peso de la divinidad tan inclinado a que todos le gozasen eternamente, y junto con esto conoció y advirtió el mal estado del mundo y cuán ciegamente se impedían los mortales y privaban de la participación de la misma divinidad. De aquí le resultó un nuevo género de martirio con la fuerza que se dolía de la perdición humana, y el deseo de reparar tan lamentable ruina. Sobre esto hizo altísimas oraciones, peticiones, ofrecimientos, sacrificios,

humillaciones y heroicos actos de amor de Dios y de los hombres, para que ninguno, si fuera posible, se perdiese de allí adelante y todos conociesen a su Criador y Reparador y le confesasen, adorasen y amasen. Todo esto le pasaba en la misma visión de la divinidad; y porque estas peticiones fueron al modo de otras dichas, no me alargó en referirlas.

41. Luego le manifestó el Señor en la misma ocasión las obras de la creación del cuarto día (Gen 1,14-19), y conoció la divina princesa María cuándo y cómo fueron formados en el firmamento los luminares del cielo para dividir el día de la noche y para que señalasen los tiempos, los días y los años; y para este fin tuvo ser el mayor luminar del cielo, que es el sol, como presidente y señor del día, y junto con él fue formada la luna, que es el menor luminar y alumbra en las tinieblas de la noche; cómo fueron formadas las estrellas en el octavo cielo, para que con su brillante luz alegrasen la noche y en ella y en el día presidieran con sus varias influencias. Conoció la materia de estos orbes luminosos, su forma, sus calidades, su grandeza, sus varios movimientos, con la uniforme desigualdad de los planetas. Conoció el número de las estrellas y todos los influjos que le comunican a la tierra, a sus vivientes y no vivientes, los efectos que en ellos causan, cómo los alteran y mueven.

42 Y no es esto contra lo que dijo el profeta, salmo 146 (Sal 146,4) que conoce Dios el número de las estrellas y las llama por sus nombres; porque no niega David que puede conceder Su Majestad con su poder infinito a la criatura por gracia lo que tiene Su Alteza por naturaleza. Y claro está que, siendo posible comunicar esta ciencia y redundando en mayor excelencia de María Señora nuestra, no le había de negar este beneficio, pues le concedió otros mayores, y la hizo Reina y Señora de las estrellas como de las demás criaturas. Y venía a ser este beneficio como consiguiente al dominio y señorío que la dio sobre las virtudes, influjos y operaciones de todos los orbes celestiales, mandando a todos ellos la obedeciesen como a su Reina y Señora.

43. De este como precepto que puso el Señor a las criaturas celestes y el dominio que dio a María Santísima sobre ellas, quedó Su Alteza con tanta potestad, que si mandara a las estrellas dejar su asiento en el cielo la obedecieran al punto y fueran a donde esta Señora les ordenara. Lo mismo hicieran el sol y los planetas, y todos detuvieron su curso y movimiento, suspendieran sus influjos y dejaron de obrar al imperio de María. Ya dije arriba (Cf. supra n.21) que alguna vez usaba Su Alteza de este imperio; porque como adelante veremos (Cf. infra p. II n.633,706) le sucedió algunas en Egipto, donde los calores son muy destemplados, mandar al sol que no diese su ardor tan vehemente, ni molestase ni fatigase con sus rayos al niño Dios y Señor suyo, y le obedecía el sol en esto, afligiendo y molestándola a ella, porque así lo quería, y respetando al Sol de justicia que tenía en sus brazos. Lo mismo sucedía con otros planetas, y detenía alguna vez al sol, como hablaré en su lugar (La autora no llega a hablar expresamente de este prodigio, como aquí anuncia; pero cf. p.II n.1390, 1478).

44. Otros muchos sacramentos ocultos manifestó el Altísimo a nuestra gran Reina en esta visión, y cuanto he dicho y diré, de todos me deja el corazón, como violento, porque puedo decir poco de lo que entiendo, y conozco y entiendo mucho menos de lo que sucedió a la divina Señora; y muchos de sus misterios están reservados para manifestarlos su Hijo Santísimo el día del juicio universal, porque ahora no somos capaces de todos. Salió María Santísima de esta visión más inflamada y transformada en aquel objeto infinito y en sus atributos y perfecciones que había conocido, y con el progreso de los favores divinos los hacía ella en las virtudes y multiplicaba los ruegos, las ansias, fervores y los méritos con que aceleraba la Encarnación del Verbo divino y nuestra salud.

Doctrina que me dio la divina Reina.

45. “Carísima hija mía, quiero que hagas mucha ponderación y aprecio de lo que has entendido que yo hice y padecí cuando el Altísimo me dio conocimiento tan alto de su bondad, inclinada con infinito peso a enriquecer a los mortales, y la mala correspondencia y tenebrosa ingratitud de parte de ellos. Cuando de aquella liberalísima dignación descendí a conocer y penetrar la necia dureza de los pecadores, era traspasado mi corazón con una flecha de mortal amargura que me duró toda la vida. Y te quiero manifestar otro misterio: que muchas veces el Altísimo, para sanar la contrición y quebranto de mi corazón en este dolor, solía responderme y me decía: ‘Recibe tú, Esposa mía, lo que el mundo ignorante y ciego desprecia como indigno de recibirlo y conocerlo.’ Y en esta respuesta y promesa soltaba el Altísimo el corriente de sus tesoros, que letificaban mi alma más que la capacidad humana puede alcanzar ni toda lengua explicar.

46. “Quiero, pues, ahora que tú, amiga mía, seas mi compañera en este dolor, tan poco advertido de los vivientes, que yo padecí por ellos. Y para que me imites en él y en los efectos que te causará tan justa pena, debes negarte y olvidarte

de ti misma en todo y coronar tu corazón de espinas y dolores contra lo que hacen los mortales. Lloro tú lo que ellos se ríen y deleitan (Sab. 2,6-9 (A.)) en su eterna damnación, que éste es el oficio más legítimo de las que son con verdad esposas de mi Hijo Santísimo, y sólo se les permite que se deleiten en las lágrimas que derraman por sus pecados y por los del mundo ignorante. Prepara tu corazón con esta disposición para que te haga el Señor participante de sus tesoros, y esto no tanto porque tú quedes rica, cuanto porque Su Majestad cumpla su liberal amor de comunicártelos y justificar las almas. Imítame en todo lo que yo te enseñé, pues conoces ser ésta mi voluntad para contigo.”

CAPITULO 5

[Regresar al Principio](#)

Manifiesta el Altísimo a María Santísima nuevos misterios y sacramentos con las obras del quinto día de la creación, y pide Su Alteza de nuevo la Encarnación del Verbo.

47. Llegó el quinto día de la novena que la Beatísima Trinidad celebraba en el templo de María Santísima, para tomar en ella el Verbo Eterno nuestra forma de hombre, y, corriendo más el velo de los ocultos secretos de la infinita sabiduría, este día le descubrió otros de nuevo, elevándola a la visión abstractiva de la divinidad, como en los días antecedentes que queda declarado: pero siempre las disposiciones e iluminaciones se renovaban con mayores rayos de luz y de carismas que de los tesoros de la infinidad se derivaban en su alma santísima y en sus potencias, con que la divina Señora se iba allegando y asimilando más al ser de Dios y transformándose más y más en él, para llegar a ser digna Madre del mismo Dios.

48. En esta visión habló el Altísimo a la divina Reina para manifestarla otros secretos, y mostrándosele con increíble caricia la dijo: “Esposa mía y paloma mía, en lo escondido de mi pecho has conocido la inmensa liberalidad a que me inclina el amor que tengo al linaje humano y los tesoros ocultos que tengo prevenidos para su felicidad; y puede tanto este amor conmigo, que quiero darles a mi Unigénito para su enseñanza y remedio. También has conocido algo de su mala correspondencia y torpísima ingratitud y el desprecio que hacen los hombres de mi clemencia y amor. Pero aunque te he manifestado parte de su malicia, quiero, amiga mía, que de nuevo conozcas en mi ser el pequeño número de los que me han de conocer y amar como escogidos y cuán dilatado y grande es el de los ingratos y réprobos. Estos pecados sin número y las abominaciones de tantos hombres inmundos y tenebrosos, que con mi ciencia infinita tengo previstos, detienen mi liberal misericordia y han echado candados fuertes por donde han de salir los tesoros de mi divinidad y hacen indigno al mundo para recibirlos.”

49. Conoció la princesa María en estas palabras del Altísimo grandes sacramentos del número de los predestinados y de los réprobos y también la resistencia y óbice que causaban todos los pecados de los hombres juntos en la mente divina para que viniese al mundo el Verbo eterno humanado; y admirada la prudentísima Señora con la vista de la infinita bondad y equidad del Criador y de la inmensa iniquidad y malicia de los hombres, inflamada toda en la llama del divino amor, habló a Su Majestad y le dijo:

50. “Señor mío y Dios infinito, de sabiduría y santidad incomprensible, ¿qué misterio es éste, bien mío, que me habéis manifestado? No tienen medida ni término las maldades de los hombres, pues sola vuestra sabiduría las comprende, pero todas ellas, y otras muchas y mayores, ¿pueden por ventura extinguir vuestra bondad y amor o competir con él? No, Señor y Dueño mío, no ha de ser así; la malicia de los mortales no ha de detener vuestra misericordia. Yo soy la más inútil de todo el linaje humano, pero de su parte os pongo la demanda de vuestra fidelidad. Verdad infalible es que faltará el cielo y la tierra primero que la verdad de vuestras palabras (Mt 24,35); Y también es verdad que la tenéis dada al mundo muchas veces por boca de vuestros profetas santos y por la vuestra a ellos mismos que les daréis su redentor y vuestra salvación. Pues ¿cómo, Dios mío, se dejarán de cumplir esas promesas acreditadas con vuestra infinita sabiduría para no ser engañado y con vuestra bondad para no engañar al hombre? Para hacerles esta promesa y ofrecerles su eterna felicidad en vuestro Verbo humanado, de parte de los mortales no hubo merecimientos, ni os pudo obligar alguna criatura; y si este bien se pudiera merecer, no quedara tan engrandecida vuestra infinita y liberal clemencia; de solo vos mismo os disteis por obligado, que para hacerse Dios hombre sólo en Dios puede haber razón que le obligue; en solo vos está la razón y motivo de habernos criado, y de habernos de reparar después de caídos. No busquéis, Dios mío y Rey altísimo, para la Encarnación más méritos ni más razón que vuestra misericordia y la exaltación de vuestra gloria.”

51. “Verdad es, Esposa mía - respondió el Altísimo - que por mi bondad inmensa me obligué a prometer a los hombres me vestiría de su naturaleza y habitaría con ellos, y que nadie pudo merecer conmigo esta promesa; pero desmerece la ejecución el ingratisimo proceder de los mortales, tan odioso en mi equidad y presencia, pues cuando yo sólo pretendo el interés de su felicidad eterna en retorno de mi amor, conozco y hallo su dureza y que con ella han de malograr y despreciar los tesoros de mi gracia y gloria, y su correspondencia ha de ser dando espinas en lugar de fruto, grandes ofensas por los beneficios y torpe ingratitud por mis largas y liberales misericordias, y el fin de todos estos males será para ellos la privación de mi vista en tormentos eternos. Atiende, amiga mía, a estas verdades escritas en el secreto de mi sabiduría y pondera estos grandes sacramentos; que para ti patente está mi corazón, donde conoces la razón de mi justicia.”

52. No es posible manifestar los ocultos misterios que conoció María Santísima en el Señor, porque vio en él todas las criaturas presentes, pasadas y futuras, con el orden que habían de tener todas las almas, las obras buenas y malas que habían de hacer, el fin que todas habían de tener; y si no fuera confortada con la virtud divina, no pudiera conservar la vida entre los efectos y afectos que causaban en ella esta ciencia y vista de tan recónditos sacramentos y misterios. Pero como en estos nuevos milagros y beneficios disponía Su Majestad tan altos fines, no era escaso sino liberalísimo con su amada y escogida para Madre suya. Y como esta ciencia la desprendía nuestra Reina a los pechos del mismo Dios, con ella se derivaba el fuego de la misma caridad eterna, que la enardecía en amor del mismo Dios y de los prójimos; y continuando sus peticiones, dijo:

53. “Señor y Dios eterno, invisible e inmortal, confieso vuestra justicia, engrandezco vuestras obras, adoro vuestro ser infinito, y reverencio vuestros juicios. Mi corazón se resuelve todo en afectos amorosos, conociendo vuestra bondad sin límite para los hombres y su pesada ingratitud y grosería para vos. Para todos queréis, Dios mío, la vida eterna, pero serán pocos los que agradezcan este inestimable beneficio y muchos los que le perderán por su malicia. Si por esta parte, bien mío, os desobligáis, perdidos somos los mortales, pero si con vuestra ciencia divina tenéis previstas las culpas y malicia de los hombres que tanto os desobligan, con la misma ciencia estáis mirando a vuestro Unigénito humanado y sus obras de infinito valor y aprecio en vuestra aceptación, y éstas sobreabundan a los pecados y sin comparación los exceden. De este hombre y Dios se debe obligar vuestra equidad y por él mismo dárnosle luego a él mismo; y para pedirle otra vez en nombre del linaje humano, yo me visto del mismo espíritu del Verbo hecho hombre en vuestra mente y pido su ejecución y la vida eterna por su mano para todos los mortales.”

54. Se le representó al Eterno Padre en esta petición de María purísima a nuestro modo de hablar cómo su Unigénito había de bajar al virginal vientre de esta gran Reina, y le rindieron sus amorosos y humildes ruegos. Y aunque siempre se le mostraba indeciso, era industria de su regalado amor para oír más la voz de su querida y que sus labios dulces destilaran miel suavísima y sus emisiones fuesen del paraíso (Cant 4,11.13 (A.)). Y para más alargar esta regalada contienda, la respondió el Señor: “Esposa mía dulcísima y mi paloma electa, mucho es lo que me pides y muy poco lo que los hombres me obligan, pues ¿cómo a los indignos se ha de conceder tan raro beneficio? Déjame, amiga mía, que los trate conforme su mala correspondencia.” Respondía nuestra poderosa y piadosa Abogada: “No, Dueño mío, no os dejaré con mi porfía; si mucho es lo que pido, a vos lo pido, que sois rico en misericordias, poderoso en las obras, verdadero en las palabras. Mi padre David dijo de vos y del Verbo Eterno (Sal 109,4): ‘Juró el Señor y no le pesará de haber jurado; tú eres sacerdote según el orden de Melquisedec.’ Venga, pues, este sacerdote que juntamente ha de ser sacrificio por nuestro rescate, venga, pues no os puede pesar de la promesa, porque no prometéis con ignorancia; dulce amor mío, vestida estoy de la virtud de este Hombre Dios, no cesará mi porfía si no me dais la bendición como a mi padre Jacob.” (Gen 32,26).

55. Le fue preguntado a nuestra Reina y Señora en esta lucha divina, como a Jacob, cuál era su nombre. Dijo: “Hija soy de Adán, fabricada por vuestras manos de la materia humilde del polvo.” Y el Altísimo la respondió: “De hoy más será tu nombre la escogida para Madre del Unigénito.” Pero estas últimas palabras las entendieron los cortesanos del cielo, y a ella se le ocultaron hasta su tiempo, percibiendo sola la razón de escogida. Y habiendo perseverado esta contienda amorosa el tiempo que disponía la sabiduría divina y que convenía para enardecer el fervoroso corazón de la escogida, toda la Santísima Trinidad dio su real palabra a María purísima nuestra Reina que luego enviaría al mundo el Verbo Eterno hecho hombre. Con este *fiat*, alegre y llena de incomparable júbilo, pidió la bendición y se la dio el Altísimo. Salió esta mujer fuerte victoriosa más que Jacob de luchar con Dios, porque ella quedó rica, fuerte y llena de despojos y el herido y enflaquecido - a nuestro modo de entender - fue el mismo Dios, quedando ya rendido del amor de esta Señora para vestirse en su sagrado tálamo de la flaqueza humana de nuestra carne pasible, en que disimulase y

encubriese la fortaleza de su divinidad para vencer siendo vencido y darnos la vida con su muerte. Veán y conozcan los mortales cómo María Santísima es la causa de su salvación después de su benditísimo Hijo.

56. Luego en esta misma visión se le manifestaron a nuestra gran Reina las obras del quinto día (Gen 1,20-23) de la creación del mundo en la misma forma que sucedieron; y conoció cómo con la fuerza de la divina palabra fueron engendrados y producidos de las aguas de debajo del firmamento, los imperfectos animales reptiles que andan sobre la tierra, volátiles que corren por el aire y los natátiles que discurren y habitan en las aguas; y de todas estas criaturas conoció el principio, materia, forma y figura en su género, todas las especies de estos animales silvestres, sus condiciones, calidades, utilidades y armonía; las aves del cielo que así llamamos el aire con la variedad y forma de cada especie, su adorno, sus plumas, su ligereza; los innumerables peces del mar y de los ríos, la diferencia de ballenas, su compostura, calidades, cavernas, alimento que les administra el mar, los fines para que sirven, la forma y utilidad que cada una tiene en el mundo. Y Su Majestad mandó singularmente a todo este ejército de criaturas que reconociesen y obedeciesen a María Santísima, dándole potestad para que a todas las mandase y de ellas se sirviese; como sucedió en muchas ocasiones, de que diré algunas en sus lugares (Cf. infra n.185,431,636; p.III n.372). Y con esto salió de la visión de este día, y le ocupó en los ejercicios y peticiones que la mandó el Señor.

Doctrina que me dio la divina Señora.

57. “Hija mía, el más copioso conocimiento de las obras maravillosas que hizo conmigo el brazo del Altísimo, para levantarme con las visiones de la divinidad abstractivas a la dignidad de Madre, está reservado para que los predestinados lo conozcan en la celestial Jerusalén. Allí lo entenderán y verán en el mismo Señor con especial gozo y admiración, como la tuvieron los ángeles cuando el Altísimo se lo manifestaba, por lo que le magnificaban y alababan. Y porque en este beneficio se ha mostrado Su Majestad contigo, entre todas las generaciones, tan liberal y amoroso, dándote la noticia y luz que de estos sacramentos tan ocultos recibes, quiero, amiga mía, que sobre todas las criaturas te señales en alabar y engrandecer su santo nombre por lo que la potencia de su brazo obró conmigo.”

58. “Y luego debes atender con todo tu cuidado a imitarme en las obras que yo hacía con estos grandes y admirables favores. Pide y clama por la salud eterna de tus hermanos y para que el nombre de mi Hijo sea engrandecido y conocido de todo el mundo. Y para estas peticiones has de llegar con una constante determinación, fundada en fe viva y en segura confianza, sin perder de vista tu miseria, con profunda humildad y abatimiento. Con esta prevención has de pelear con el mismo amor divino por el bien de tu pueblo, advirtiéndole que sus victorias más gloriosas es dejarse vencer de los humildes que con rectitud le aman; levántate a ti sobre ti y dale gracias por tus especiales beneficios y por los del linaje humano y convertida a este divino amor merecerás recibir otros de nuevo para ti y tus hermanos; y pide al Señor su bendición siempre que te hallares en su divina presencia.”

CAPITULO 6

[Regresar al Principio](#)

Manifiesta el Altísimo a María Señora nuestra otros misterios con las obras del día sexto de la creación.

59. Perseveraba el Altísimo en disponer de próximo a nuestra divina Princesa para recibir el Verbo Eterno en su virginal vientre, y ella continuaba sin intervalo sus fervientes afectos y oraciones para que viniese al mundo; y llegando la noche del día sexto de los que voy declarando, con la misma voz y fuerza que arriba dije (Cf. supra n.6), fue llamada y llevada en espíritu y, precediendo más intensos grados de iluminaciones, se le manifestó la divinidad con visión abstractiva con el orden que otras veces, pero siempre con efectos más divinos y conocimiento de los atributos del Altísimo más profundo. Gastaba nueve horas en esta oración y salía de ella a la hora de tercia. Y aunque cesaba entonces aquella levantada visión del ser de Dios, no por eso se despedía María Santísima de su vista y oración, antes quedaba en otra, que si respecto de la que dejaba era inferior, pero absolutamente era altísima y mayor que la suprema de todos los santos y justos. Y todos estos favores y dones eran más deificados en los días últimos y próximos a la Encarnación, sin que para esto la impidiesen las ocupaciones activas de su estado, porque allí no se querellaba Marta que María la dejaba sola en sus ministerios (Lc 10,40).

60. Habiendo conocido la divinidad en aquella visión, se le manifestaron luego las obras del día sexto de la Creación del mundo (Gen 1,24-31), como si se hallara presente. Conoció en el mismo Señor cómo a su divina palabra produjo la

tierra el ánima viviente en su género, según lo dice Moisés; entendiendo por este nombre los animales terrestres que por más perfectos que los peces y aves en las operaciones y vida animal se llaman por la parte principal ánima viviente. Conoció y penetró todos estos géneros y especies de animales que fueron criados en este sexto día; y cómo se llamaban unos jumentos, por lo que sirven y ayudan a los hombres, otros bestias, como más fieros y silvestres, otros reptiles, porque se levantan de la tierra poco o nada, y de todos conoció y alcanzó las calidades, iras, fuerzas, ministerios, fines y todas sus condiciones distinta y singularmente. Sobre todos estos animales se le dio imperio y dominio y a ellos precepto que la obedeciesen; y pudiera sin recelo hollar y pisar sobre el áspid y basilisco, que todos se rindieran a sus plantas, y muchas veces lo hicieron a su mandato algunos animales, como sucedió en el nacimiento de su Hijo Santísimo, que el buey y la jumentilla se postraron y calentaron con su aliento al niño Dios, porque se lo mandó la divina Madre.

61. En esta plenitud de ciencia conoció y entendió nuestra divina Reina con suma perfección el oculto modo de encaminar Dios todo lo que criaba para servicio y beneficio del género humano, y en la deuda en que por este beneficio quedaba a su Hacedor. Y fue convenientísimo que María Santísima tuviese este género de sabiduría y comprensión, para que con ella diese el retorno de agradecimiento digno de tales beneficios, cuando ni los hombres ni los ángeles no lo dieron, faltando a la debida correspondencia o no llegando a todo lo que debían las criaturas. Todos estos vacíos llenó la Reina de todas ellas y satisfizo por lo que nosotros no podíamos o no quisimos. Y con la correspondencia que ella dio, dejó como satisfecha a la equidad divina, mediando entre ella y las criaturas, y por su inocencia y agradecimiento se hizo más aceptable que todas ellas, y el Altísimo se dio por más obligado de sola María Santísima que de todo el resto de las demás criaturas. Por este modo tan misterioso se iba disponiendo la venida de Dios al mundo, porque se removía el obstáculo con la santidad de la que había de ser su Madre.

62. Después de la creación de todas las criaturas incapaces de razón, conoció en la misma visión cómo para complemento y perfección del mundo dijo la Beatísima Trinidad: *“Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra”* (Gen 1,26); y cómo con la virtud de este divino decreto fue formado el primer hombre de tierra para origen de los demás. Conoció profundamente la armonía del cuerpo humano y el alma y sus potencias, creación e infusión en el cuerpo, la unión que con él tiene para componer el todo; y en la fábrica del cuerpo humano conoció todas las partes singularmente, el número de los huesos, venas, arterias, nervios y ligación con el concurso de los cuatro humores en el temperamento conveniente, la facultad de alimentarse, alterarse, nutrirse y moverse localmente y cómo por la desigualdad o mutación de toda esta armonía se causaban las enfermedades y cómo se reparaban. Todo lo entendió y penetró sin engaño nuestra prudentísima Virgen más que todos los filósofos del mundo y más que los mismos ángeles.

63. Le manifestó a si mismo el Señor el feliz estado de la justicia original en que puso a nuestros primeros padres Adán y Eva, y conoció las condiciones, hermosura y perfección de la inocencia y de la gracia, y lo poco que perseveraron en ella; entendió el modo cómo fueron tentados y vencidos con la astucia de la serpiente y los efectos que hizo el pecado, el furor y el odio de los demonios contra el linaje humano. A la vista de todos estos objetos hizo nuestra Reina grandes y heroicos actos de sumo agrado para el Altísimo: reconoció ser hija de aquellos primeros padres, descendiente de una naturaleza tan ingrata a su Criador y en este conocimiento se humilló en la divina presencia, hiriendo el corazón de Dios y obligándole a que la levantase sobre todo lo criado. Tomó por su cuenta llorar aquella primera culpa con todas las demás que de ella resultaron, como si de todas fuera ella la delincuente. Por esto se pudo ya llamar *“feliz culpa”* (Pregón pascual de la liturgia del Sábado santo) a aquella que mereció ser llorada con tan preciosas lágrimas en la estimación del Señor, que comenzaron a ser fiadoras y prenda cierta de nuestra redención.

64. Rindió dignas gracias al Criador por la ostentosa obra de la creación del hombre. Consideró atentamente su desobediencia y la seducción y engaño de Eva, y en su mente propuso la perpetua obediencia que aquellos primeros padres negaron a su Dios y Señor; y fue tan acepto en sus ojos este rendimiento, que ordenó Su Majestad se cumpliese y ejecutase este día en presencia de los cortesanos del cielo la verdad figurada en la historia del rey Asuero, de quien fue reprobada la reina Vasti y privada de la dignidad real por su desobediencia, y en su lugar fue levantada por reina la humilde y graciosa Ester (Est 2,1ss).

65. Se correspondían en todo estos misterios con admirable consonancia. Porque el sumo y verdadero Rey, para ostentar la grandeza de su poder y tesoros de su divinidad, hizo el gran convite de la creación y, prevenida la mesa franca de todas las criaturas, llamó al convidado, el linaje humano, en la creación de sus primeros padres. Desobedeció Vasti, nuestra madre Eva, mal rendida al divino precepto, y con aprobación y admirable alabanza de los ángeles mandó

el verdadero Asuero en este día que fuese levantada a la dignidad de Reina de todo lo criado la humildísima Ester, María Santísima, llena de gracia y hermosura, escogida entre todas las hijas del linaje humano para su Restauradora y Madre de su Criador.

66. Y para la plenitud de este misterio infundió el Altísimo en el corazón de nuestra Reina en esta visión nuevo aborrecimiento con el demonio, como le tuvo Ester con Amán, y así sucedió que le derribó de su privanza, digo, del imperio y mando que tenía en el mundo, y le quebrantó la cabeza de su soberbia, llevándole hasta el patíbulo de la cruz, donde él pretendió destruir y vencer al Hombre Dios, para que allí fuese castigado y vencido; que en todo intervino María Santísima, como diremos en su lugar (Cf. infra n.1364). Y así como la enemiga de este gran dragón comenzó desde el cielo contra la mujer que vio en él vestida del sol, que dijimos era esta divina Señora (Cf. supra p.1 n.95), así también duró la contienda hasta que por ella fue privado de su tirano dominio; y como en lugar de Amán soberbio fue honrado el fidelísimo Mardoqueo, así fue puesto el castísimo y fidelísimo José que cuidaba de la salud de nuestra divina Ester y continuamente la pedía rogase por la libertad de su pueblo que éstas eran las continuas pláticas del Santo José y de su esposa purísima y por ella fue levantado a la grandeza de santidad que alcanzó y a tan excelente dignidad, que le dio el supremo Rey el anillo de su sello, para que con él mandase al mismo Dios humanado, que le estaba sujeto, como dice el Evangelio (Lc 2,51 (A.)). Con esto, salió de esta visión nuestra Reina.

Doctrina que me dio la divina Señora.

67. “Admirable fue, hija mía, este don de la humildad que me concedió el Altísimo en este suceso que has escrito; y pues no desecha Su Majestad a quien le llama, ni su favor se niega al que se dispone a recibirlo, quiero que tú me imites y seas mi compañera en el ejercicio de esta virtud. Yo no tenía parte en la culpa de Adán, que fui exenta de su inobediencia, mas porque tuve parte de su naturaleza, y por sola ella era hija suya, me humillé hasta aniquilarme en mi estimación. Pues con este ejemplo ¿hasta dónde se debe humillar quien tuvo parte no sólo en la primera culpa, pero después ha cometido otras sin número? Y el motivo y fin de este humilde conocimiento, no ha de ser tanto remover la pena de estas culpas, cuanto restaurar y recompensar la honra que en ellas se le quitó y negó al Creador y Señor de todos.

68. “Si un hermano tuyo ofendiera gravemente a tu padre natural, no fueras tú hija agradecida y leal de tu padre, ni hermana verdadera de tu hermano, si no te dolieras de la ofensa y lloraras como propia la ruina, porque al padre se debe toda reverencia y al hermano debes el amor como a ti misma; pues considera, carísima, y examina con la luz verdadera cuánta diferencia hay de vuestro Padre que está en los cielos al padre natural y que todos sois hijos suyos y unidos con vínculo de estrecha obligación de hermanos y siervos de un Señor verdadero; y como te humillarías y llorarías con grande confusión y vergüenza, si tus hermanos naturales cometieran alguna culpa afrentosa, así quiero que lo hagas por las que cometen los mortales contra Dios, doliéndote con vergüenza como si a ti te las atribuyeras. Esto fue lo que yo hice conociendo la inobediencia de Adán y Eva y los males que de ella se siguieron al linaje humano; y se complació el Altísimo de mi reconocimiento y caridad, porque es muy agradable a sus ojos el que llora los pecados de que se olvida quien los comete.

69. Junto con esto, estarás advertida que por grandes y levantados que sean los favores que recibes del Altísimo, no por esto te descuides del peligro, ni tampoco desprecies el acudir y descender a las obras de obligación y de caridad. Y esto no es dejar a Dios; pues la fe te enseña y la luz te gobierna para que le lleves contigo en toda ocupación y lugar y sólo te dejes a ti misma y a tu gusto por cumplir el de tu Señor y esposo. No te dejes llevar en estos afectos del peso de la inclinación, ni de la buena intención y gusto interior, que muchas veces se encubre con esta capa el mayor peligro; y en estas dudas o ignorancias siempre sirve de contraste y de maestro la obediencia santa, por la que gobernarás tus acciones seguramente sin hacer otra elección, porque están vinculadas grandes victorias y progresos de merecimientos al verdadero rendimiento y sujeción del dictamen propio al ajeno. No has de tener jamás querer o no querer, y con eso cantarás victorias (Prov 21,28) y vencerás los enemigos.

CAPITULO 7

[Regresar al Principio](#)

Celebra el Altísimo con la Princesa del cielo nuevo desposorio para las bodas de la Encarnación y la adorna para ellas.

70. Grandes son las obras del Altísimo (Sal 110,2 (A.)), porque todas fueron y son hechas con plenitud de ciencia y de bondad, en equidad y medida (Sab 11,21). Ninguna es manca, inútil ni defectuosa, superflua ni vana; todas son exquisitas y magníficas, como el mismo Señor que con la medida de su voluntad quiso hacerlas y conservarlas, y las quiso como convenían, para ser en ellas conocido y magnificado. Pero todas las obras de Dios *ad extra*, fuera del misterio de la Encarnación, aunque son grandes, estupendas y admirables, y más admirables que comprensibles, no son más de una pequeña centella (Eclo 42,23 (A.)) despedida del inmenso abismo de la divinidad. Sólo este gran sacramento de hacerse Dios hombre pasible y mortal es la obra grande de todo el poder y sabiduría infinita y la que excede sin medida a las demás obras y maravillas de su brazo poderoso; porque en este misterio, no una centella de la divinidad, pero todo aquel volcán del infinito incendio, que Dios es, bajó y se comunicó a los hombres, juntándose con indisoluble y eterna unión a nuestra terrena y humana naturaleza.

71. Si esta maravilla y sacramento del Rey se ha de medir con su misma grandeza, consiguiente era que la mujer, de cuyo vientre había de tomar forma de hombre, fuese tan perfecta y adornada de todas sus riquezas, que nada le faltase de los dones y gracias posibles y que todas fuesen tan llenas, que ninguna padeciese mengua ni defecto alguno. Pues como esto era puesto en razón y convenía a la grandeza del Omnipotente, así lo cumplió con María Santísima, mejor que el rey Asuero con la graciosa Ester, para levantarla al trono de su grandeza. Previno el Altísimo a nuestra Reina María con tales favores, privilegios y dones nunca imaginados de las criaturas, que cuando salió a vista de los cortesanos de este gran Rey de los siglos inmortal (1 Tim 1,17), conocieron todos y alabaron el poder divino y que, si eligió una mujer para Madre, pudo y supo hacerla digna para hacerse Hijo suyo.

72. Llegó el día séptimo y vecino de este misterio y, a la misma hora que en los pasados he dicho, fue llamada y elevada en espíritu la divina Señora, pero con una diferencia de los días precedentes; porque en éste fue llevada corporalmente por mano de sus santos ángeles al cielo empíreo, quedando en su lugar uno de ellos que la representase en cuerpo aparente. Puesta en aquel supremo cielo, vio la divinidad con abstractiva visión como otros días, pero siempre con nueva y mayor luz y misterios más profundos, que aquel objeto voluntario sabe y puede ocultar y manifestar. Oyó luego una voz que salía del trono real, y decía: “Esposa y paloma electa, ven, graciosa y amada nuestra, que hallaste gracia en nuestros ojos y eres escogida entre millares y de nuevo te queremos admitir por nuestra Esposa única, y para esto queremos darte el adorno y hermosura digna de nuestros deseos.”

73. A esta voz y razones, la humildísima entre los humildes se abatió y aniquiló en la presencia del Altísimo, sobre todo lo que alcanza la humana capacidad, y toda rendida al beneplácito divino, con agradable encogimiento respondió: “Aquí está, Señor, el polvo, aquí este vil gusanillo, aquí está la pobre esclava vuestra, para que se cumpla en ella vuestro mayor agrado. Servíos, bien mío, del instrumento humilde de vuestro querer, gobernadle con vuestra diestra.” - Mandó luego el Altísimo a dos serafines, de los más allegados al trono y excelentes en dignidad, que asistiesen a aquella divina mujer, y acompañados de otros se pusieron en forma visible al pie del trono, donde estaba María Santísima más inflamada que todos ellos en el amor divino.

74. Era espectáculo de nueva admiración y júbilo para todos los espíritus angélicos ver en aquel lugar celestial, nunca hollado de otras plantas, una humilde doncella consagrada para Reina suya y más inmediata al mismo Dios entre todas las criaturas, ver en el cielo tan apreciada y valorada aquella mujer (Prov 31,10) que ignoraba el mundo y como no conocida la despreciaba, ver a la naturaleza humana con las arras y principio de ser levantada sobre los coros celestiales y ya interpuesta en ellos. ¡Oh qué santa y dulce emulación pudiera causarles esta peregrina maravilla a los cortesanos antiguos de la superior Jerusalén! ¡Oh qué conceptos formaban en alabanza del Autor! ¡Oh qué afectos de humildad repetían, sujetando sus elevados entendimientos a la voluntad y ordenación divina! Reconocían ser justo y santo que levante a los humildes y que favorezca a la humana humildad y la adelante a la angélica.

75. Estando en esta loable admiración los moradores del cielo, la Beatísima Trinidad a nuestro bajo modo de entender y de hablar confería entre sí misma cuán agradable era en sus ojos la princesa María, cómo había correspondido perfecta y enteramente a los beneficios y dones que se le habían fiado, cuánto con ellos había granjeado la gloria que adecuadamente daba al mismo Señor y cómo no tenía falta ni defecto, ni impedimento para la dignidad de Madre del Verbo para que era destinada. Y junto con esto, determinaron las tres divinas personas que fuese levantada esta criatura al supremo grado de gracia y amistad del mismo Dios, que ninguna otra pura criatura había tenido ni tendrá jamás, y en aquel instante la dieron a ella sola más que tenían todas juntas. Con esta determinación la Beatísima Trinidad se

complació y agradó de la santidad suprema de María, como ideada y concebida en su mente divina.

76. Y en correspondencia de esta santidad y en su ejecución, y en testimonio de la benevolencia con que el mismo Señor la comunicaba nuevas influencias de su divina naturaleza, ordenó y mandó que fuese María Santísima adornada visiblemente con una vestidura y joyas misteriosas, que señalasen los dones interiores de las gracias y privilegios que le daban como a Reina y Esposa. Y aunque este adorno y desposorio se le concedió otras veces, como queda dicho (cf. supra p.I n.435), cuando fue presentada al templo, pero en esta ocasión fue con circunstancias de nueva excelencia y admiración, porque servía de más próxima disposición para el milagro de la Encarnación.

77. Vistieron luego los dos serafines por mandado del Señor a María Santísima una tunicela o vestidura larga, que como símbolo de su pureza y gracia era tan hermosa y de tan rara candidez y belleza refulgente, que sólo un rayo de luz de los que sin número despedía, si apareciera al mundo, le diera mayor claridad sólo él que todo el número de las estrellas si fueran soles; porque en su comparación toda la luz que nosotros conocemos pareciera oscuridad. Al mismo tiempo que la vestían los serafines, le dio el Altísimo profunda Inteligencia de la obligación en que la dejaba aquel beneficio de corresponder a Su Majestad con la fidelidad y amor y con un alto y excelente modo de obrar, que en todo conocía, pero siempre se le ocultaba el fin que tenía el Señor de recibir carne en su virginal vientre. Todo lo demás reconocía nuestra gran Señora, y por todo se humillaba con indecible prudencia y pedía el favor divino para corresponder a tal beneficio y favor.

78. Sobre la vestidura la pusieron los mismos serafines una cintura, símbolo del temor santo que se le infundía; era muy rica, como de piedras varias en extremo refulgentes, que la agraciaban y hermoseaban mucho. Y al mismo tiempo la fuente de la luz que tenía presente la divina Princesa la iluminó e ilustró para que conociese y entendiese altísimamente las razones por que debe ser *temido* Dios de toda criatura. Y con este don de temor del Señor quedó ajustadamente ceñida, como convenía a una criatura pura que tan familiarmente había de tratar y conversar con el mismo Criador, siendo verdadera Madre suya.

79. Conoció luego que la adornaban de hermosísimos y dilatados cabellos recogidos con un rico apretador, y ellos eran más brillantes que el oro subido y refulgente. Y en este adorno entendió se le concedía que todos sus pensamientos toda la vida fuesen altos y divinos, inflamados en subidísima caridad, significada por el oro. Y junto con esto se le infundieron de nuevo hábitos de sabiduría y ciencia clarísima, con que quedasen ceñidos y recogidos varia y hermosamente estos cabellos en una participación inexplicable de los atributos de ciencia y sabiduría del mismo Dios. La concedieron también para sandalias o calzado que todos los pasos y movimientos fuesen hermosísimos (Cant 7,1) y encaminados siempre a los más altos y santos fines de la gloria del Altísimo. Y cogieron este calzado con especial gracia de solicitud y diligencia en el bien obrar para con Dios y con los prójimos, al modo que sucedió cuando con prontitud fue a visitar a Santa Isabel y San Juan (Lc 1,39); con que esta hija del Príncipe (Cant 7,1) salió hermosísima en sus pasos.

80. Las manos las adornaban con manillas, infundiéndola nueva magnanimidad para obras grandes, con participación del atributo de la magnificencia, y así las extendió siempre para cosas fuertes (Prov 31,19). En los dedos la hermosearon con anillos, para que con los nuevos dones del Espíritu divino en las cosas menores o en materias más inferiores obrase superiormente con levantado modo, intención y circunstancias, que hiciesen todas sus obras grandiosas y admirables. Añadieron juntamente a esto un collar o banda que le pusieron lleno de inestimables y brillantes piedras preciosas y pendiente una cifra de tres más excelentes, que en las tres virtudes fe, esperanza y caridad correspondía a las tres divinas personas. Le renovaron con este adorno los hábitos de estas nobilísimas virtudes para el uso que de ellas había menester en los misterios de la Encarnación y Redención.

81. En las orejas le pusieron unas arracadas de oro con gusanillos de plata (Cant 1,10 (A.)), preparando sus oídos con este adorno para la embajada que luego había de oír del santo Arcángel Gabriel, y se le dio especial ciencia para que la oyese con atención y respondiese con discreción, formando razones prudentísimas y agradables a la voluntad divina; y en especial para que del metal sonoro y puro de la plata de su candidez resonase en los oídos del Señor y quedasen en el pecho de la divinidad aquellas deseadas y sagradas palabras: *Fiat mihi secundum verbum tuum* (Lc 1,38).

82. Sembraron luego la vestidura de unas cifras que servían como de realces o bordaduras de finísimos matices y oro, que algunas decían: “María, Madre de Dios”, y otras, “María, Virgen y Madre;” mas no se le manifestaron ni

descifraron entonces estas cifras misteriosas a ella sino a los ángeles santos; y los matices eran los hábitos excelentes de todas las virtudes en eminentísimo grado y los actos que a ellas correspondían sobre todo lo que han obrado todas las demás criaturas intelectuales. Y para complemento de toda esta belleza la dieron por agua de rostro muchas iluminaciones y resplandores, que se derivaron en esta divina Señora de la vecindad y participación del infinito ser y perfecciones del mismo Dios; que para recibirle real y verdaderamente en su vientre virginal, convenía haberle recibido por gracia en el sumo grado posible a pura criatura.

83. Con este adorno y hermosura quedó nuestra princesa María tan bella y agradable, que pudo el Rey supremo codiciarla (Sal 44,12 (A.)). Y por lo que en otras partes he dicho de sus virtudes (Cf. supra p.I n.226-235, 482-611), y será forzoso repetir en toda esta divina Historia, no me detengo más en explicar este adorno, que fue con nuevas condiciones y efectos más divinos. Y todo cabe en el poder infinito y en el inmenso campo de la perfección y santidad, donde siempre hay mucho que añadir y entender sobre lo que nosotros alcanzamos a conocer. Y llegando a este mar de María purísima, quedamos siempre muy a las márgenes de su grandeza; y mi entendimiento de lo que ha conocido queda siempre con gran preñez de conceptos que no puede explicar.

Doctrina que me dio la Reina Santísima María.

84. “Hija mía, las ocultas oficinas y recámaras del Altísimo son de Rey divino y Señor omnipotente y por esto son sin medida y número las ricas joyas que en ellas tiene para componer el adorno de sus esposas y escogidas. Y como enriqueció mi alma, pudiera hacer lo mismo con otras innumerables y siempre le sobrara infinito. Y aunque a ninguna otra criatura dará tanto su liberal mano como me concedió a mí, no será porque no puede o no quiere, sino porque ninguna se dispondrá para la gracia como yo lo hice; pero con muchas es liberalísimo el Todopoderoso y las enriquece grandemente, porque le impiden menos y se disponen más que otras.

85. “Yo deseo, carísima, que no pongas impedimento al amor del Señor para ti, antes quiero te dispongas para recibir los dones y presea con que te quiere prevenir, para que seas digna de su tálamo de esposo. Y advierte que todas las almas justas reciben este adorno de su mano, pero cada una en su grado de amistad y gracia de que se hace capaz. Y si tú deseas llegar a los más levantados quilates de esta perfección y estar digna de la presencia de tu Señor y Esposo, procura crecer y ser robusta en el amor; pero éste crece, cuando crece la negación y mortificación. Todo lo terreno has de negar y olvidar y todas tus inclinaciones a ti misma y a lo visible se han de extinguir en ti, y sólo en el amor divino has de crecer y adelantarte. Lávate y purifícate en la sangre de Cristo tu reparador y aplícate este lavatorio muchas veces, repitiendo el amoroso dolor de la contrición de tus culpas. Con esto hallarás gracia en sus ojos y tu hermosura le será de codicia y tu adorno estará lleno de toda perfección y pureza.

86. “Y habiendo tú sido tan favorecida y señalada del Señor en estos beneficios, razón es que sobre muchas generaciones seas agradecida y con incesante alabanza le engrandezcas por lo que contigo se ha dignado. Y si este vicio de la ingratitud es tan feo y reprehensible en las criaturas que menos deben, cuando luego como terrenas y groseras olvidan con desprecio los beneficios del Señor, mayor será la culpa de esta villanía en tus obligaciones. Y no te engañes con pretexto de humillarte, porque hay mucha diferencia entre la humildad agradecida y la ingratitud humillada con engaño; y debes advertir que muchas veces hace grandes favores el Señor a los indignos, para manifestar su bondad y grandeza y para que no se alce nadie con ellos, conociendo su propia indignidad, que ha de ser de contrapeso y triaca contra el veneno de la presunción; pero siempre se compadece con esto el agradecimiento, conociendo que todo don perfecto es y viene del Padre de las lumbres (Sant 1,17) y nunca por sí le pudo merecer la criatura, sino que se le da por sola su bondad, con que debe quedar rendida y cautiva del agradecimiento.”

CAPITULO 8

[Regresar al Principio](#)

Pide nuestra gran Reina en la presencia del Señor la ejecución de la Encarnación y Redención humana y concede Su Majestad la petición.

87. Estaba la divina princesa María Santísima tan llena de gracia y hermosura y el corazón de Dios estaba tan herido (Cant 4,9 (A.)) de sus tiernos afectos y deseos, que ya ellos le obligaban a volar del seno del eterno Padre al tálamo de su virginal vientre y a romper aquella larga rémora que le detenía por más de cinco mil años para no venir al mundo. Pero

como esta nueva maravilla se había de ejecutar con plenitud de sabiduría y equidad, la dispuso el Señor de tal suerte, que la misma Princesa de los cielos fuese Madre digna del Verbo humanado y juntamente medianera eficaz de su venida, mucho más que lo fue Ester del rescate de su pueblo. Ardía en el corazón de María Santísima el fuego que el mismo Dios había encendido en él, y pedía sin cesar su salvación para el linaje humano, pero encogías e la humildísima Señora, sabiendo que por el pecado de Adán estaba promulgada la sentencia de muerte y privación eterna de la cara de Dios para los mortales.

88. Entre el amor y la humildad había una divina lucha en el corazón purísimo de María, y con amorosos y humildes afectos repetía muchas veces: “¡Oh quién fuera poderosa para alcanzar el remedio de mis hermanos! ¡Oh quién sacara del seno del Padre a su Unigénito y le trasladara a nuestra mortalidad! ¡Oh quién le obligara para que a nuestra naturaleza le diera aquel ósculo de su boca que le pidió la Esposa! (Cant 1,1 (A.)) Pero ¿cómo lo podemos solicitar los mismos hijos y descendientes del malhechor que cometió la culpa? ¿Cómo podremos traer a nosotros al mismo que nuestros padres alejaron tanto? ¡Oh amor mío, si yo os viese a los pechos de vuestra madre (Cant 8, 1) la naturaleza! ¡Oh lumbre de la lumbre, Dios verdadero de Dios verdadero, si descendieseis inclinando vuestros cielos (Sal 143,5) y dando luz a los que viven de asiento en las tinieblas (Is 9,2)! ¡Si pacificaseis a vuestro Padre, y si al soberbio Amán (Est 14,13), nuestro enemigo el demonio, le derribase vuestro divino brazo, que es vuestro Unigénito! ¿Quién será medianera para que saque del altar celestial, como la tenaza de oro (Is 6,6 (A.)), aquella brasa de la divinidad, como el serafín sacó el fuego que nos dice vuestro profeta, para purificar al mundo?”

89. Esta oración repetía María Santísima en el día octavo de los que voy declarando, y a la hora de media noche, elevada y abstraída en el Señor, oyó que Su Majestad la respondía: “Esposa y paloma mía, ven, escogida mía, que no se entiende contigo la común ley (Est 15,13); exenta eres del pecado y libre estás de sus efectos desde el instante de tu concepción; y cuando te di el ser, desvió de ti la vara de mi justicia y derribé en tu cuello la de mi gran clemencia, para que no se extendiese a ti el general edicto del pecado. Ven a mí, y no desmayes en tu humildad y conocimiento de tu naturaleza; yo levanto al humilde, y lleno de riquezas al que es pobre; de tu parte me tienes y favorable será contigo mi liberal misericordia.”

90. Estas palabras oyó intelectualmente nuestra Reina, y luego conoció que por mano de sus santos ángeles era llevada corporalmente al cielo, como el día precedente, y que en su lugar quedaba uno de los mismos de su guarda. Subió de nuevo a la presencia del Altísimo, tan rica de tesoros de su gracia y dones, tan próspera y tan hermosa, que singularmente en esta ocasión admirados los espíritus soberanos decían unos a otros en alabanza del Altísimo: [¿Quién es ésta, que sube del desierto tan afluyente de delicias? (Cant 8,5 (A.)) ¿Quién es ésta que estriba y hace fuerza a su amado (1b) para llevarle consigo a la habitación terrena? ¿Quién es la que se levanta como aurora, más hermosa que la luna, escogida como el sol? (Cant 6,9) ¿Cómo sube tan refulgente de la tierra llena de tinieblas? ¿Cómo es tan esforzada y valerosa en tan frágil naturaleza? ¿Cómo tan poderosa, que quiere vencer al Omnipotente? Y ¿cómo estando cerrado el cielo a los hijos de Adán, se le franquea la entrada a esta singular mujer de aquella misma descendencia?”

91. Recibió el Altísimo a su electa y única esposa María Santísima en su presencia, y aunque no fue por visión intuitiva de la divinidad sino abstractiva, pero fue con incomparables favores de iluminaciones y purificaciones que el mismo Señor la dio, cuales hasta aquel día había reservado; porque fueron tan divinas estas disposiciones que a nuestro entender el mismo Dios que las obraba se admiró, encareciendo la misma hechura de su brazo poderoso; y como enamorado de ella, la habló y la dijo (Cant 6,12): *Revertere, revertere Sunamitis, ut intueamur te*; “Esposa mía, perfectísima paloma y amiga mía, agradable a mis ojos, vuélvete y conviértete a nosotros para que te veamos y nos agrademos de tu hermosura; no me pesa de haber criado al hombre, me deleito en su formación, pues tú naciste de él; vean mis espíritus celestiales cuán dignamente he querido y quiero elegirte por mi Esposa y Reina de todas mis criaturas; conozcan cómo me deleito con razón en tu tálamo, a donde mi Unigénito, después de la gloria de mi pecho, será más glorificado. Entiendan todos que si justamente repudié a Eva, la primera reina de la tierra, por su inobediencia, te levanto y te pongo en la suprema dignidad, mostrándome magnífico y poderoso con tu humildad purísima y desprecio.

92. Fue para los ángeles este día de mayor júbilo y gozo accidental que otro alguno había sido desde su creación. Y cuando la Beatísima Trinidad eligió y declaró por Reina y Señora de las criaturas a su Esposa y Madre del Verbo Eterno, la reconocieron y admitieron los ángeles y todos los espíritus celestiales por Superiora y Señora y la cantaron dulces himnos de gloria y alabanza del Autor. En estos ocultos y admirables misterios estaba la divina reina María

absorta en el abismo de la divinidad y luz de sus infinitas perfecciones; y con esta admiración disponía el Señor que no atendiese a todo lo que sucedía, y así se le ocultó siempre el sacramento de ser elegida por Madre del Unigénito hasta su tiempo. No hizo jamás el Señor tales cosas con nación alguna (Sal 147,20 (A.)), ni con otra criatura se manifestó tan grande y poderoso, como este día con María Santísima.

93. Añadió más el Altísimo, y la dijo con extremada dignación: “Esposa y electa mía, pues hallaste gracia en mis ojos, pídemelo sin recelo lo que desees y te aseguro como Dios fidelísimo y poderoso Rey que no desearé tus peticiones ni te negaré lo que pidieres.” Se humilló profundamente nuestra gran Princesa, y debajo de la promesa y real palabra del Señor, levantándose con segura confianza, respondió y dijo: “Señor mío y Dios altísimo, si en vuestros ojos hallé gracia (Gen 18,3), aunque soy polvo y ceniza, hablaré en vuestra real presencia y derramaré mi corazón.” (Sal 61,9). La aseguró otra vez Su Majestad y la mandó pidiese todo lo que fuese su voluntad en presencia de todos los cortesanos del cielo, aunque fuese parte de su reino (Est 5,3). “No pido, Señor mío - respondió María purísima - parte de vuestro reino para mí, pero le pido todo entero para todo el linaje humano, que son mis hermanos. Pido, altísimo y poderoso Rey, que por vuestra piedad inmensa nos enviéis a vuestro Unigénito y Redentor nuestro, para que satisfaciendo por todos los pecados del mundo alcance vuestro pueblo la libertad que desea, y quedando satisfecha vuestra justicia se publique la paz (Ez 34,25) en la tierra a los hombres y se les haga franca la entrada de los cielos que por sus culpas están cerrados. Vea ya toda carne vuestra salud (Is 52,10), dense la paz y la justicia aquel estrecho abrazo y el ósculo que pedía David (Sal 84,11), y tengamos los mortales maestro (Is 30,20), guía y reparador, cabeza que viva y converse con nosotros (Bar 3,38); llegue ya, Dios mío, el día de vuestras promesas, cúmplanse vuestras palabras y venga nuestro Mesías por tantos siglos deseado. Esta es mi ansia y a esto se alientan mis ruegos con la dignación de vuestra infinita clemencia.”

94. El altísimo Señor, que para obligarse disponía y movía las peticiones de su amada Esposa, se inclinó benigno a ellas, y la respondió con singular clemencia: “Agradables son tus ruegos a mi voluntad y aceptas son tus peticiones; hágase como tú lo pides; yo quiero, hija y esposa mía, lo que tú desees; y en fe de esta verdad, te doy mi palabra y te prometo que con gran brevedad bajará mi Unigénito a la tierra y se vestirá y unirá con la naturaleza humana, y tus deseos aceptables tendrán ejecución y cumplimiento.”

95. Con esta certificación de la divina palabra sintió nuestra gran Princesa en su interior nueva luz y seguridad de que se llegaba ya el fin de aquella larga y prolija noche del pecado y de las antiguas leyes y se acercaba la nueva claridad de la Redención humana. Y como le tocaban tan de cerca y tan de lleno los rayos del sol de justicia que se acercaba para nacer de sus entrañas, estaba como hermosísima aurora abrasada y refulgente con los arboles lo digo así de la divinidad, que la transformaba toda en ella misma, y con afectos de amor y agradecimiento del beneficio de la próxima redención daba incesantes alabanzas al Señor en su nombre y de todos los mortales. Y en esta ocupación gastó aquel día, después que por los mismos ángeles fue restituida a la tierra. Me duelo siempre de mi ignorancia y cortedad en explicar estos arcanos tan levantados, y si los doctos y letrados grandes no podrán hacerlo adecuadamente, ¿cómo llegará a esto una pobre y vil mujer? Supla mi ignorancia la luz de la piedad cristiana y disculpe mi atrevimiento la obediencia.

Doctrina que me dio la Reina María Santísima.

96. “Hija mía carísima, ¡y qué lejos están de la sabiduría mundana las obras admirables que conmigo hizo el poder divino en estos sacramentos de la Encarnación del Verbo Eterno en mi vientre! No los puede investigar la carne, ni la sangre, ni los mismos ángeles y serafines más levantados por sí a solas, ni pueden conocer misterios tan escondidos y fuera del orden de la gracia de las demás criaturas. Alaba tú, amiga mía, por ellos al Señor con incesante amor y agradecimiento, y no seas ya tarda en entender la grandeza de su divino amor y lo mucho que hace por sus amigos y carísimos, deseando levantarlos del polvo y enriquecerlos por diversos modos. Si esta verdad penetras, ella te obligará al agradecimiento y te moverá a obrar cosas grandes como fidelísima hija y esposa.

97. “Y para que más te dispongas y alientes, te advierto que el Señor a sus escogidas las dice muchas veces aquellas palabras (Cant 6,12). *Revertere, revertere, ut intueamur te*; porque recibe tanto agrado de sus obras, que como un padre se regala con su hijo muy agraciado y hermoso que sólo tiene, mirándole muchas veces con caricia, y como un artífice con la obra perfecta de sus manos y un rey con la ciudad rica que ha ganado y un amigo con otro que mucho ama, más sin comparación que todos estos se recrea el Altísimo y se complace con aquellas almas que elige para sus delicias, y al paso que ellas se disponen y adelantan, crecen también los favores y beneplácito del mismo Señor. Si esta ciencia

alcanzaran los mortales que tienen luz de fe, por solo este agrado del Altísimo debían no sólo no pecar, pero hacer grandes obras hasta morir, por servir y amar a quien tan liberal es en premiar, regalar y favorecer.

98. “Cuando en este día octavo que has escrito me dijo el Señor en el cielo aquellas palabras: *Revertere, revertere*, que le mirase para que los espíritus celestiales me vieses, fue tanto el agrado que conocí recibía Su Majestad divina, que sólo él excedió a todo cuanto le han agradado y complacerán todas las almas santas en lo supremo de su santidad, y se complació en mí su dignación más que en todos los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, y todo el resto de los santos. Y de este agrado y aceptación del Altísimo redundaron en mi espíritu tantas influencias de gracias y participación de la divinidad, que ni lo puedes conocer ni explicar perfectamente estando en carne mortal. Pero te declaro este secreto misterioso, para que alabes a su autor y trabajes disponiéndote para que, en mi lugar y nombre, mientras te durare el destierro de la patria, extiendas y dilates tu brazo a cosas fuertes (Prov 31,19) y des al Señor el beneplácito que de ti desea, procurándole siempre con granjear sus beneficios y solicitarlos para ti y tus prójimos con perfecta caridad.”

CAPITULO 9

[Regresar al Principio](#)

Renueva el Altísimo los favores y beneficios en María Santísima y dale de nuevo la posesión de Reina de todo lo criado por última disposición para la Encarnación.

99. El último y noveno día de los que más de cerca preparaba el Altísimo su tabernáculo para santificarle (Sal 45,5) con su venida, determinó renovar sus maravillas y multiplicar las señales, recopilando los favores y beneficios que hasta aquel día había comunicado a la princesa María. Pero de tal manera obraba en ella el Altísimo, que, cuando sacaba de sus tesoros infinitos cosas antiguas, siempre añadía muchas nuevas (Mt 13,52 (A.)); y todos estos grados y maravillas caben entre humillarse Dios a ser hombre y levantar una mujer a ser su Madre. Para descender Dios al otro extremo de ser hombre, ni se pudo en sí mudar, ni lo había menester, porque quedándose inmutable en sí mismo, pudo unir a su persona nuestra naturaleza, mas para llegar una mujer de cuerpo terreno a dar su misma sustancia con quien se uniese Dios y fuese hombre, parecía necesario pasar un infinito espacio y venir a ponerse tan distante de las otras criaturas, cuanto llegaba a avecindar con el mismo Dios.

100. Llegó, pues, el día en que María Santísima había de quedar en esta última disposición tan próxima a Dios como ser Madre suya; y aquella noche, a la misma hora del mayor silencio, fue llamada por el mismo Señor, como en las precedentes se dijo. Respondió la humilde y prudente Reina: “Aparejado está mi corazón (Sal 107,2), Señor y Rey altísimo, para que en mí se haga vuestro divino beneplácito.” Luego fue llevada en cuerpo y alma, como los días antecedentes, por mano de sus ángeles al cielo empíreo y puesta en presencia del trono real del Altísimo, y Su Majestad poderosa la levantó y colocó a su lado, señalándole el asiento y lugar que para siempre había de tener en su presencia, y fue el más alto y más inmediato al mismo Dios, fuera del que se reservaba para la humanidad del Verbo; porque excedía sin comparación al de todos los demás bienaventurados y a todos juntos.

101. De aquel lugar vio luego la divinidad con abstractiva visión, como las otras veces antecedentes, y, ocultándole la dignidad de Madre de Dios, le manifestó Su Majestad tan altos y nuevos sacramentos que por su profundidad y por mi ignorancia no puedo declararlos. Vio de nuevo la divinidad, todas las cosas criadas y muchas posibles y futuras; y las corpóreas se le manifestaron, dándosele Dios a conocer en sí mismas por especies corpóreas y sensibles, como si las tuviera todas presentes a los sentidos exteriores, y como si en la esfera de la potencia visiva las percibiera con los ojos corporales. Conoció junta toda la fábrica del universo, que antes había conocido por sus partes, y las criaturas que en él se contienen, con distinción y como si las tuviera presentes en un lienzo. Vio toda su armonía, orden, conexión y dependencia que tienen entre sí, y todas de la voluntad divina que las cría, gobierna y conserva a cada una en su lugar y en su ser. Vio de nuevo todos los cielos y estrellas, elementos y sus moradores, el purgatorio, limbo, infierno, con todos cuantos vivían en aquellas cavernas. Y como el puesto donde estaba la Reina de las criaturas era eminente a todas y sólo a Dios era inferior, así lo fue también la ciencia que la dieron, porque sola era inferior del mismo Señor y superior a todo lo criado.

102. Estando la divina Señora absorta en la admiración de lo que el Altísimo le manifestaba y dándole por todo el retorno de alabanza y gloria que se debía a tal Señor, la habló Su Majestad, y la dijo: “Electa mía y paloma mía, todas

las criaturas visibles que conoces, las he criado y las conservo con mi providencia en tanta variedad y hermosura sólo por el amor que tengo a los hombres. Y de todas las almas que hasta ahora he criado, y las que hasta el fin he determinado criar, se ha de elegir y entresacar una congregación de fieles, que sean segregados y lavados en la sangre del Cordero que quitará los pecados del mundo (Ap 7,14). Estos serán el fruto especial de la Redención que ha de obrar y gozarán de sus efectos por medio de la nueva ley de gracia y sacramentos que en ella les dará su Reparador; y después llegarán, los que perseveraren, a la participación de mi eterna gloria y amistad. Por estos escogidos en primer intento he criado tantas y maravillosas obras, y si todos me quisieran servir, adorar y conocer mi santo nombre, cuanto es de mi parte, para todos y para cada uno singularmente criara tantos tesoros y los ordenara a la posesión de cada uno.

103. “Y cuando hubiera criado sola una de las criaturas que son capaces de mi gracia y de mi gloria, a sola ella la hiciera dueña y señora de todo lo criado, pues todo es menos que hacerla participante de mi amistad y felicidad eterna. Tú, Esposa mía, eres mi escogida y hallaste gracia en mi corazón, y así te hago señora de todos estos bienes y te doy la posesión y dominio de todos ellos, para que, si fueres esposa fiel, como te quiero, los distribuyas y dispenses a quien por tu mano o intercesión me los pidiere; que para esto los deposito en las tuyas.” Se le puso la Santísima Trinidad a María nuestra princesa una corona en la cabeza, consagrándola por suprema Reina de todo lo criado, y estaba sembrada y esmaltada con unas cifras que decían: “Madre de Dios;” pero sin entenderlas ella por entonces, porque solos las conocían los divinos espíritus, admirados de la magnificencia del Señor con esta doncella dichosísima y bendita entre las mujeres, a quien ellos reverenciaron y veneraron por su Reina legítima y Señora suya y de todo lo criado.

104. Todos estos portentos obraba la diestra del Altísimo con muy conveniente orden de su infinita sabiduría; porque antes de bajar a tomar carne humana en el virginal vientre de esta Señora, convenía que todos los cortesanos de este gran Rey reconociesen a su Madre por Reina y Señora y por esto la diesen debida reverencia. Y era justo y conveniente al buen orden que primero la hiciera Dios Reina y después Madre del Príncipe de las eternidades, pues quien había de parir al Príncipe de necesidad había de ser Reina y reconocida por sus vasallos; pues en que la conociesen los ángeles no había inconveniente ni necesidad de ocultársela, antes era como deuda del Altísimo a la majestad de su divinidad, que su tabernáculo escogido para morada suya fuese prevenido y calificado con todas excelencias de dignidad y perfección, alteza y magnificencia que se le pudiesen comunicar, sin que se le negase alguna; y así la recibieron y reconocieron los santos ángeles, dándole honor de Reina y Señora.

105. Para poner la última mano en esta prodigiosa obra de María Santísima, extendió el Señor su brazo poderoso y por sí mismo renovó el espíritu y potencias de esta gran Señora, dándole nuevas iluminaciones, hábitos y cualidades, cuya grandeza y condiciones no caben en términos terrenos. Era éste el último retoque y pincel de esta imagen viva del mismo Dios, para formar en ella y de ella misma la forma que había de vestirse el Verbo eterno, que por esencia era imagen del Padre eterno (2 Cor 4,4) y figura de su sustancia (He 1,3 (A.)). Pero quedó todo este templo de María Santísima mejor que el de Salomón, vestido dentro y fuera del oro purísimo (3 Re 6,30) de la divinidad, sin que por alguna parte se pudiese descubrir en ella algún átomo de terrena hija de Adán. Toda quedó deificada con divisas de divinidad, porque habiendo de salir el Verbo divino del seno del Eterno Padre para bajar al de María, la preparó de suerte que hallase en ella la similitud posible entre madre y padre.

106. No me quedan nuevas razones para decir como quisiera los efectos que todos estos favores hicieron en el corazón de nuestra gran Reina y Señora. No llega el juicio humano a concebirlos, ¿cómo llegarán las palabras a explicarlos? Pero lo que mayor admiración me hace de la luz que se me ha dado en estos tan altos misterios es la humildad de esta divina mujer y la porfía entre ella y el poder divino. ¡Raro prodigio y milagro de humildad es ver a esta doncella, María Santísima, levantada a la suprema dignidad y santidad después de Dios y que entonces se humille y aniquile a lo más ínfimo de todas las criaturas, y que a fuerza de esta humildad no entrase en el pensamiento de esta Señora que pudiese ser madre del Mesías! Y no sólo esto, pero ni imaginó de sí cosa grande, ni admirable sobre sí (Sal 130,1). No se levantaron sus ojos ni corazón, antes bien cuanto la ensalzaban más las obras del brazo del Señor, tanto sentía humildemente de sí misma. Justo fue, por cierto, que atendiese a su humildad el todopoderoso Dios y que por ella la llamen todas las generaciones dichosa y bienaventurada (Lc 1,48).

Doctrina que me dio la Reina y Señora del cielo.

107. “Hija mía, no es digna esposa del Altísimo la que tiene amor interesado y servil, porque la esposa no ha de amar

ni temer como la esclava, ni tampoco ha de servir por el jornal del estipendio. Pero aunque su amor ha de ser filial y generoso por el agrado y bondad inmensa de su esposo, con todo eso se ha de obligar mucho para esto de verle tan rico y liberal; y que por el amor que tiene a las almas haya criado tanta variedad de bienes visibles, para que sirvan todos a quien sirve a Su Majestad, y sobre todo por los tesoros ocultos que tiene prevenidos en abundancia de dulzura para los que le temen (Sal 30,20), como hijos de esta verdad. Quiero, que te des por muy obligada a tu Señor y Padre, Esposo y Amigo, conociendo cuán ricas son las almas que por gracia llegan a ser hijas y carísimas tuyas; pues, como poderoso padre, tiene prevenidos tantos y tan diversos bienes para sus hijos, y todos para cada uno, si fueren necesarios. No tiene descargo el desamor de los hombres en medio de tantos motivos e incentivos, ni su ingratitud admite disculpa a vista de tantos beneficios y los estando recibiendo sin medida.

108. “Advierte, pues, carísima, que no eres advenediza (Ef 2,19) ni extraña en esta casa del Señor, que es su Iglesia Santa, pero eres doméstica y esposa de Cristo entre los santos, alimentada con sus favores y regalos de esposa. Y porque todos los tesoros y riquezas que son del esposo pertenecen a la legítima esposa, considera de cuántos te hace participante y señora. Goza, pues, de todos como doméstica y cela su honra como hija y esposa tan favorecida y agradece todas estas obras y beneficios, como si para ti sola fueran criados por tu Señor, y ámale y reverénciale por ti y por los demás prójimos, para quienes fue tan liberal. Y en todo esto imita con tus flacas fuerzas lo que has entendido que yo hacía, y advierte, hija, que será muy de mi agrado que engrandezcas y alabes al Todopoderoso, con fervoroso afecto, por lo que su diestra divina me favoreció y enriqueció esta novena, que fue sobre toda ponderación humana.”

CAPITULO 10

[Regresar al Principio](#)

Despacha la beatísima Trinidad al santo arcángel Gabriel que anuncie y evangelice a María Santísima cómo es elegida para Madre de Dios.

109. Determinado estaba por infinitos siglos, pero escondido en el secreto pecho de la sabiduría eterna, el tiempo y hora conveniente en que oportunamente se había de manifestar en la carne el gran sacramento de piedad, justificado en el espíritu, predicado a los hombres, declarado a los ángeles y creído en el mundo (1 Tim 3,16 (A.)). Llegó, pues, la plenitud de este tiempo (Gal 4,4), que hasta entonces, aunque lleno de profecías y promesas, estaba muy vacío, porque le faltaba el lleno de María Santísima, por cuya voluntad y consentimiento habían de tener todos los siglos su complemento, que era el Verbo Eterno humanado, pasible y reparador. Estaba predestinado este misterio antes de los siglos (1 Cor 2,7), para que en ellos se ejecutase por mano de nuestra divina doncella; y estando ella en el mundo, no se debía dilatar la Redención humana y venida del Unigénito del Padre, pues ya no andaría como de prestado en tabernáculos (2 Sam 7,6 (A.)) o ajenas casas, mas viviría de asiento en su templo y casa propia, edificada y enriquecida con sus mismas anticipadas expensas (1 Par 22,5 (A.)), mejor que el templo de Salomón con las de su padre David.

110. En esta plenitud de tiempo prefinido determinó el Altísimo enviar su Hijo unigénito al mundo, y confiriendo a nuestro modo de entender y de hablar los decretos de su eternidad con las profecías y testificaciones hechas a los hombres desde el principio del mundo, y todo esto con el estado y santidad a que había levantado a María Santísima, juzgó convenía todo esto así para la exaltación de su santo nombre y que se manifestase a los santos ángeles la ejecución de esta su eterna voluntad y decreto y por ellos se: comenzase a poner por obra. Habló Su Majestad al santo arcángel Gabriel con aquella voz o palabra que les intima su santa voluntad; y aunque el orden común de ilustrar Dios a sus divinos espíritus es comenzar por los superiores y que aquéllos purifiquen e iluminen a los inferiores por su orden hasta llegar a los últimos, manifestando unos a otros lo que Dios reveló a los primeros, pero en esta ocasión no fue así, porque inmediatamente recibió este santo arcángel del mismo Señor su embajada.

111. A la insinuación de la voluntad divina estuvo presto San Gabriel, como a los pies del trono, y atento al ser inmutable del Altísimo, y Su Majestad por sí le mandó y declaró la legacía que había de hacer a María Santísima y las mismas palabras con que la había de saludar y hablar; de manera que su primer autor fue el mismo Dios, que las formó en su mente divina, y de allí pasaron al santo arcángel, y por él a María purísima. Reveló junto con estas palabras el Señor muchos y ocultos sacramentos de la Encarnación al santo príncipe Gabriel, y la Santísima Trinidad le mandó fuese [y] anunciase a la divina doncella cómo la elegía entre las mujeres para que fuese Madre del Verbo eterno y en su virginal vientre le concibiese por obra del Espíritu Santo, y ella quedando siempre virgen; y todo lo demás que

el embajador divino había de manifestar y hablar con su gran Reina y Señora.

112. Luego declaró Su Majestad a todo el resto de los ángeles cómo era llegado el tiempo de la Redención humana y que disponía bajar al mundo sin dilación, pues ya tenía prevenida y adornada para Madre suya a María Santísima, como en su presencia lo había hecho, dándole esta suprema dignidad. Oyeron los divinos espíritus la voz de su Criador y, con incomparable gozo y hecho de gracias por el cumplimiento de su eterna y perfecta voluntad, cantaron nuevos cánticos de alabanza, repitiendo siempre en ellos aquel himno de Sión: *“Santo, santo, santo eres, Dios y Señor de Sabaot (Is 6,3) Justo y poderoso eres, Señor Dios nuestro, que vives en las alturas y miras a los humildes de la tierra (Sal 112,5-6). Admirables son todas tus obras, Altísimo, encumbrado en tus pensamientos.”*

113. Obedeciendo con especial gozo el soberano príncipe Gabriel al divino mandato, descendió del supremo cielo, acompañado de muchos millares de ángeles hermosísimos que le seguían en forma visible. La de este gran príncipe y legado era como de un mancebo elegantísimo y de rara belleza: su rostro tenía refulgente y despedía muchos rayos de resplandor, su semblante grave y majestuoso, sus pasos medidos, las acciones compuestas, sus palabras ponderosas y eficaces y todo él representaba, entre severidad y agrado, mayor deidad que otros ángeles de los que había visto la divina Señora hasta entonces en aquella forma. Llevaba diadema de singular resplandor y sus vestiduras rozagantes descubrían varios colores, pero todos refulgentes y muy brillantes, y en el pecho llevaba como engastada una cruz bellísima que descubría el misterio de la Encarnación a que se encaminaba su embajada, y todas estas circunstancias solicitaron más la atención y afecto de la prudentísima Reina.

114. Todo este celestial ejército con su cabeza y príncipe San Gabriel encaminó su vuelo a Nazaret, ciudad de la provincia de Galilea, y a la morada de María Santísima, que era una casa humilde y su retrete un estrecho aposento desnudo de los adornos que usa el mundo, para desmentir sus vilezas y desnudez de mayores bienes. Era la divina Señora en esta ocasión de edad de catorce años, seis meses y diecisiete días, porque cumplió los años a ocho de septiembre, y los seis meses y diecisiete días corrían desde aquél hasta éste en que se obró el mayor de los misterios que Dios obró en el mundo.

115. La persona de esta divina Reina era dispuesta y de más altura que la común de aquella edad en otras mujeres, pero muy elegante del cuerpo, con suma proporción y perfección: el rostro más largo que redondo, pero gracioso, y no flaco ni grueso, el color claro y tánico moreno; la frente espaciosa con proporción; las cejas en arco perfectísimas; los ojos grandes y graves, con increíble e indecible hermosura y columbino agrado, el color entre negro y verde oscuro; la nariz seguida y perfecta; la boca pequeña y los labios colorados y sin extremo delgados ni gruesos; y toda ella en estos dones de naturaleza era tan proporcionada y hermosa que ninguna otra criatura humana lo fue tanto. El mirarla causaba a un mismo tiempo alegría y reverencia, afición y temor reverencial; atraía el corazón y le detenía en una suave veneración; movía para alabarla y enmudecía su grandeza y muchas gracias y perfecciones; y causaba en todos los que advertían divinos efectos que no se pueden fácilmente explicar; pero llenaba el corazón de celestiales influjos y movimientos divinos que encaminaban a Dios.

116. Su vestidura era humilde, pobre y limpia, de color plateado, oscuro o pardo que tiraba a color de ceniza, compuesto y aliñado sin curiosidad, pero con suma modestia y honestidad. Cuando se acercaba la embajada del cielo, ignorándolo ella, estaba en altísima contemplación sobre los misterios que había renovado el Señor en ella con tan repetidos favores los nueve días antecedentes. Y por haberla asegurado el mismo Señor, como arriba dijimos (Cf. supra n.94), que su Unigénito descendería luego a tomar forma humana, estaba la gran Reina fervorosa y alegre en la fe de esta palabra y, renovando sus humildes y encendidos afectos, decía en su corazón: *“¿Es posible que ha llegado el tiempo tan dichoso en que ha de bajar el Verbo del Eterno Padre a nacer y conversar con los hombres (Bar 3,38), que le ha de tener el mundo en posesión, que le han de ver los mortales con ojos de carne, que ha de nacer aquella luz inaccesible, para iluminar a los que están poseídos de tinieblas? ¡Oh quién mereciera verle y conocerle! ¡Oh quién besara la tierra donde pusiera sus divinas plantas!”*

117. *“Alegraos, cielos, y consuélense la tierra (Sal 95,11), y todos eternamente le bendigan y alaben, pues ya su felicidad eterna está vecina. ¡Oh hijos de Adán afligidos por la culpa, pero hechuras de mi amado, luego levantaréis la cabeza y sacudiréis el yugo de vuestra antigua cautividad! Ya se acerca vuestra redención, ya viene vuestra salud. ¡Oh padres antiguos y profetas, con todos los justos que esperáis en el seno de Abrahán detenidos en el limbo, luego llegará vuestro consuelo, no tardará vuestro deseado y prometido Redentor! Todos le magnifiquemos y cantemos himnos de*

alabanza. ¡Oh quién fuera sierva de sus siervas! ¡Oh quién fuera esclava de aquella que Isaías (Is 7,14) le señaló por Madre! ¡Oh Emmanuel, Dios y hombre verdadero! ¡Oh llave de David, que has de franquear los cielos! ¡Oh Sabiduría eterna! ¡Oh Legislador de la nueva Iglesia! Ven, ven, Señor, a nosotros y libra de la cautividad a tu pueblo, vea toda carne tu salvación (Cf. las antífonas mayores, llamadas de la Oh, y el oficio litúrgico del Adviento).

118. En estas peticiones y operaciones, y muchas que no alcanza mi lengua a explicar, estaba María Santísima en la hora que llegó el ángel San Gabriel. Estaba purísima en el alma, perfectísima en el cuerpo, nobilísima en los pensamientos, eminentísima en santidad, llena de gracias y toda divinizada y agradable a los ojos de Dios, que pudo ser digna Madre suya y eficaz instrumento para sacarle del seno del Padre y traerle a su virginal vientre. Ella fue el poderoso medio de nuestra redención y se la debemos por muchos títulos, y por esto merece que todas las naciones y generaciones la bendigan y eternamente la alaben (Lc 1,48). Lo que sucedió con la entrada del embajador celestial diré en el capítulo siguiente:

119. Sólo advierto ahora una cosa digna de admiración, que para recibir la anunciación del santo arcángel y para el efecto de tan alto misterio como se había de obrar en esta divina Señora, la dejó Su Majestad en el ser y estado común de las virtudes que dije en la primera parte (Cf. supra p.I n.677-717). Y esto dispuso el Altísimo porque este misterio se había de obrar como sacramento de fe, interviniendo las operaciones de esta virtud con las de la esperanza y caridad, y así la dejó el Señor en ellas para que creyese y esperase en las divinas palabras. Y precediendo estos actos se siguió lo que luego diré con la cortedad de mis términos y limitadas razones; y la grandeza de los sacramentos me hace más pobre de ellas para explicarlos.

Doctrina de la Reina y Señora del cielo.

120. “Hija mía, con especial afecto te manifiesto ahora mi voluntad y el deseo que tengo de que te hagas digna del trato íntimo y familiar con Dios, y que para esto te dispongas con gran desvelo y solicitud, llorando tus culpas y olvidando y negando todo lo visible, de suerte que para ti no imagines ya otra cosa fuera de Dios. Para esto te conviene poner en ejecución toda la doctrina que hasta ahora te he enseñado, y en lo que adelante hubieres de escribir te manifestaré. Yo te encaminaré y guiaré para cómo te has de gobernar en esta familiaridad y trato con los favores que de su dignación recibieres, concibiéndole en tu pecho por la fe, por la luz y gracia que te diere. Y si primero no te dispones con esta amonestación, no alcanzarás el cumplimiento de tus deseos, ni yo el fruto de mi doctrina que te doy como tu maestra.

121. “Pues hallaste sin merecerlo el tesoro escondido y la preciosa margarita (Mt 13,44.46) de mi enseñanza y doctrina, desprecia cuanto pudieras poseer, para apropiarte sola esta prenda de inestimable precio; que con ella recibirás todos los bienes juntos y te harás digna de la amistad íntima del Señor y de su habitación eterna en tu corazón. En recambio de esta gran dicha, quiero mueras a todo lo terreno y ofrezcas tu voluntad deshecha en afectos de agradecido amor, y que a imitación mía de tal manera seas humilde, que de tu parte quedes persuadida y reconocida que nada vales, ni puedes, ni mereces, ni eres digna de ser admitida por esclava de las siervas de Cristo.

122. “Advierte qué lejos estaba yo de imaginar la dignidad que el Altísimo me prevenía de Madre suya; y esto era en ocasión que ya me había prometido la brevedad de su venida al mundo y me obligaba a desearla con tantos afectos de amor, que el día antes de este maravilloso sacramento me pareció hubiera muerto, resuelto mi corazón en estas congojas amorosas, si la divina providencia no me confortara. Dilataba mi espíritu con la seguridad de que luego descendería del cielo el Unigénito del eterno Padre, y por otra parte mi humildad me inclinaba a pensar si por vivir yo en el mundo se retardaría su venida. Considera, pues, carísima, el sacramento de mi pecho y qué ejemplar es éste para ti y para todos los mortales. Y porque es dificultoso que recibas y escribas tan alta sabiduría, mírame en el Señor, donde a su divina luz meditarás y entenderás mis acciones perfectísimas; sígueme por su imitación y camina por mis huellas.”

CAPITULO 11

[Regresar al Principio](#)

Oye María Santísima la embajada del santo ángel; se ejecuta el misterio de la Encarnación, concibiendo al Verbo eterno en su vientre.

123. Confesar quiero en presencia del cielo y de la tierra y sus moradores y del Criador universal de todo y Dios eterno que, llegando a tomar la pluma para escribir el arcano misterio de la Encarnación, desfallecen mis flacas fuerzas, enmudece mi lengua y se hielan mis discursos, se pasman mis potencias y me hallo toda atajada y sumergido el entendimiento, encaminándole a la divina luz que me gobierna y enseña. En ella se conoce todo sin engaño, se entiende sin rodeos, y veo mi insuficiencia y conozco el vacío de las palabras y la cortedad de los términos, para llenar los conceptos de un sacramento que en epílogo comprende al mismo Dios y a la mayor obra y maravilla de su omnipotencia. Veo en este misterio la divina y admirable armonía de la infinita providencia y sabiduría, con que desde su eternidad lo ordenó y previno y desde la creación del mundo lo ha venido encaminando, para que todas sus obras y criaturas viniesen a ser medio ajustado para el fin altísimo de bajar Dios al mundo hecho hombre.

124. Veo cómo para descender el Verbo eterno del seno de su Padre aguardó y eligió por tiempo y la hora más oportuna el silencio de la media noche (Sab 18,14 (A.)) de la ignorancia de los mortales, cuando toda la posteridad de Adán estaba sepultada y absorta en el sueño del olvido y en la ignorancia de su Dios verdadero, sin haber quien abriese su boca para confesarle y bendecirle, salvo algunos pocos de su pueblo. Todo el resto del mundo estaba con silencio y lleno de tinieblas, habiendo corrido una larga noche de cinco mil y casi doscientos años, sucediendo unos siglos y generaciones a otras, cada cual en el tiempo prefinido y determinado por la eterna sabiduría, para que todos pudiesen conocer a su Criador y topar con él, pues le tenían tan cerca que en sí mismo les daba vida, ser y movimiento (Act 17,27-28 (A.)). Pero como no llegaba el claro día de la luz inaccesible, aunque de los mortales andaban algunos como ciegos, tocando las criaturas, no atinaban con la divinidad, y sin conocerla, se la daban a las cosas sensibles y más viles de la tierra (Rom 1,23).

125. Llegó, pues, el dichoso día en que despreciando el Altísimo los largos siglos de tan pesada ignorancia (Act 17,30), determinó manifestarse a los hombres y dar principio a la Redención del linaje humano, tomando su naturaleza en las entrañas de María Santísima, prevenida para este misterio, como queda dicho (Cf. supra c.I al 9). Y para mejor declarar lo que de él se me manifiesta, es forzoso anticipar algunos sacramentos ocultos que sucedieron al descender el Unigénito del pecho de su eterno Padre. Supongo que entre las divinas personas, como la fe lo enseña, aunque hay distinción personal, no hay desigualdad en la sabiduría, omnipotencia, ni en los demás atributos, como tampoco la puede haber en la sustancia de la divina naturaleza; y como en dignidad y perfección infinita son iguales, así también lo son en las operaciones que llaman *ad extra*, porque salen fuera del mismo Dios a producir alguna criatura o cosa temporal. Estas operaciones son indivisas entre las tres divinas personas, porque no las hace una sola persona, sino todas tres en cuanto son un mismo Dios y tienen una sabiduría, un entendimiento y una voluntad; y así como sabe el Hijo y quiere y obra lo que sabe y quiere el Padre, así también el Espíritu Santo sabe y quiere y obra lo mismo que el Padre y el Hijo.

126. Con esto indivisión ejecutaron y obraron todas tres personas con una misma acción la obra de la Encarnación, aunque sola la persona del Verbo recibió en sí a la naturaleza de hombre, uniéndola hipostáticamente a sí mismo; y por esto decimos que fue enviado el Hijo por el eterno Padre, de cuyo entendimiento procede, y que le envió su Padre por obra del Espíritu Santo, que intervino en esta misión. Y como la persona del Hijo era la que venía a humanarse al mundo, antes que sin salir del seno del Padre descendiese de los cielos y en aquel divino consistorio, en nombre de la misma humanidad que había de recibir en su persona, hizo una proposición y petición, representando los merecimientos previstos, para que por ellos se le concediese a todo el linaje humano su redención y el perdón de los pecados, por quienes había de satisfacer a la divina justicia. Pidió el fiat de la beatísima voluntad del Padre que: le enviaba, para aceptar el rescate por medio de sus obras y pasión santísima y de los misterios que quería obrar en la nueva Iglesia y ley de gracia.

127. Aceptó el eterno Padre esta petición y méritos previstos del Verbo y le concedió todo lo que propuso y pidió para los mortales, y él mismo le encomendó a sus escogidos y predestinados como herencia o heredad suya; y por esto dijo el mismo Cristo nuestro Señor por San Juan que no perdió ni perecieron los que su Padre le dio, porque los guardó todos, salvo el hijo de perdición (Jn 17,12; 18,9), que fue Judas. Y otra vez dije que de sus ovejas nadie le arrebataría alguna de su mano (Jn 10,28), ni de su Padre. Y lo mismo fuera de todos los nacidos, si como fue suficiente la Redención se ayudaran ellos para que fuera eficaz para todos y en todos; pues a ninguno excluyó su divina misericordia, si todos la admitieran por medio de su Reparador.

128. Todo esto a nuestro entender precedía en el cielo en el trono de la Beatísima Trinidad, antes del fiat de María

Santísima, que luego diré. Y al tiempo de descender a sus virginales entrañas el Unigénito del Padre, se conmovieron los cielos y todas las criaturas. Y por la unión inseparable de las tres divinas personas, bajaron todas con la del Verbo, que sólo había de encarnar; y con el Señor y Dios de los ejércitos salieron todos los de la celestial milicia, llenos de invencible fortaleza y resplandor. Y aunque no era necesario despejar el camino, porque la divinidad lo llena todo y está en todo lugar y nada le puede estorbar, con todo eso, respetando los cielos materiales a su mismo Criador, le hicieron reverencia y se abrieron y dividieron todos once con los elementos inferiores: las estrellas se innovaron en su luz, la luna y sol con los demás planetas apresuraron el curso al obsequio de su Hacedor, para estar presentes a la mayor de sus obras y maravillas.

129. No conocieron los mortales esta conmoción y novedad de todas las criaturas, así porque sucedió de noche, como porque el mismo Señor quiso que sólo fuese manifiesta a los ángeles, que con nueva admiración le alabaron, conociendo tan ocultos como venerables misterios escondidos a los hombres, que estaban lejos de tales maravillas y beneficios admirables para los mismos espíritus angélicos, a quienes por entonces solos se remitía el dar gloria, alabanza y veneración por ellos a su Hacedor. Sólo en el corazón de algunos justos infundió el Altísimo en aquella hora un nuevo movimiento e influjo de extraordinario júbilo, a cuyo sentimiento atendieron todos y fueron conmovidos a atención, formaron nuevos y grandes conceptos del Señor; y algunos fueron inspirados, sospechando si aquella novedad que sentían era efecto de la venida del Mesías a redimir el mundo, pero todos callaron, porque cada cual imaginaba que sólo él había tenido aquella novedad y pensamiento, disponiéndolo así el poder divino.

130. En las demás criaturas hubo también su renovación y mudanza. Las aves se movieron con cantos y alborozo extraordinario, las plantas y los árboles se mejoraron en sus frutos y fragancia y respectivamente todas las demás criaturas sintieron o recibieron alguna oculta vivificación y mudanza. Pero quien la recibió mayor, fueron los padres y santos que estaban en el limbo, a donde fue enviado el arcángel San Miguel para que les diese tan alegres nuevas y con ellas los consoló y dejó llenos de júbilo y nuevas alabanzas. Sólo para el infierno hubo nuevo pesar y dolor, porque al descender el Verbo eterno de las alturas sintieron los demonios una fuerza impetuosa del poder divino, que les sobrevino como las olas del mar y dio con todos ellos en lo más profundo de aquellas cavernas tenebrosas, sin poderlo resistir ni levantarse. Y después que lo permitió la voluntad divina, salieron al mundo y discurrieron por él, inquirendo si había alguna novedad a que atribuir la que en sí mismos habían sentido, pero no pudieron rastrear la causa, aunque hicieron algunas juntas para conferirla; porque el poder divino les ocultó el sacramento de su Encarnación y el modo de concebir María Santísima al Verbo humanado, como adelante veremos (Cf. infra n.326), y sólo en la muerte y en la cruz acabaron de conocer que Cristo era Dios y hombre verdadero, como allí diremos (Cf. infra n.1416).

131. Para ejecutar el Altísimo este misterio entró el santo arcángel Gabriel, en la forma que dije en el capítulo pasado (Cf. supra n.113), en el retrete donde estaba orando María Santísima, acompañado de innumerables ángeles en forma humana visible y respectivamente todos refulgentes con incomparable hermosura. Era jueves a las siete de la tarde al oscurecer la noche. Vio la divina Princesa de los cielos y le miró con suma modestia y templanza, no más de lo que bastaba para reconocerle por ángel del Señor, y conociéndole, con su acostumbrada humildad quiso hacerle reverencia; no lo consintió el santo Príncipe, antes él la hizo profundamente como a su Reina y Señora, en quien adoraba los divinos misterios de su Criador, y junto con eso reconocía que ya desde aquel día se mudaban los antiguos tiempos y costumbre de que los hombres adorasen a los ángeles, como lo hizo Abrahán (Gen 18,2 (A.)), porque levantada la naturaleza humana a la dignidad del mismo Dios en la persona del Verbo, ya quedaban los hombres adoptados por hijos suyos y compañeros o hermanos de los mismos ángeles, como se lo dijo al evangelista San Juan el que no le consintió adoración (Ap 19,10 (A.)).

132. Saludó el santo arcángel a nuestra Reina y suya, y la dijo: “*Ave gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus*” (Lc 1,28). Se turbó sin alteración la más humilde de las criaturas, oyendo esta nueva salutación del ángel. Y la turbación tuvo en ella dos causas: la una, su profunda humildad con que se reputaba por inferior a todos los mortales, y oyendo, al mismo tiempo que juzgaba de sí tan bajamente, saludarla y llamarla bendita entre todas las mujeres, le causó novedad. La segunda causa fue que, al mismo tiempo cuando oyó la salutación y la confería en su pecho como la iba oyendo, tuvo inteligencia del Señor que la elegía para Madre suya, y esto la turbó mucho más, por el concepto que de sí tenía formado. Y por esta turbación prosiguió el ángel declarándole el orden del Señor, y diciéndola: “*No temas, María, porque hallaste gracia con el Señor; advierte que concebirás un hijo en tu vientre y le parirás y le pondrás por nombre Jesús; será grande y será llamado Hijo del Altísimo.*” Y lo demás que prosiguió el santo arcángel (Ib. 30-31).

133. Sola nuestra prudentísima y humilde Reina pudo entre las puras criaturas dar la ponderación y magnificencia debida a tan nuevo y singular sacramento, y como conoció su grandeza, dignamente se admiró y turbó. Pero convirtió su corazón humilde al Señor, que no podía negarle sus peticiones, y en su secreto le pidió nueva luz y asistencia para gobernarse en tan arduo negocio; porque como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n.119) la dejó el Altísimo para obrar este misterio en el estado común de la fe, esperanza y caridad, suspendiendo otros géneros de favores y elevaciones interiores que frecuente o continuamente recibía. En esta disposición replicó y dijo a San Gabriel lo que prosigue San Lucas (Lc 1,34): “¿Cómo ha de ser esto de concebir y parir hijo, porque ni conozco varón ni lo puedo conocer?” Al mismo tiempo representaba en su interior al Señor el voto de castidad que había hecho y el desposorio que Su Majestad había celebrado con ella.

134. La respondió el santo príncipe Gabriel: “Señora, sin conocer varón, es fácil al poder divino haceros madre; y el Espíritu Santo vendrá con su presencia y estará de nuevo con vos, y la virtud del Altísimo os hará sombra para que de vos pueda nacer el Santo de los Santos, que se llamará Hijo de Dios. Y advertid que vuestra deuda Elizabet también ha concebido un hijo en su estéril senectud, y éste es el sexto mes de su concepción; porque nada es imposible para con Dios (Ib. 35-37), y el mismo que hace concebir y parir a la que era estéril, puede hacer que vos, Señora, lleguéis a ser su Madre quedando siempre Virgen y más consagrada vuestra gran pureza; y al Hijo que pariereis le dará Dios el trono de su padre David, y su remo será eterno en la casa de Jacob (Ib. 32). No ignoráis, Señora, la profecía de Isaías, que concebirá una virgen y parirá un hijo que se llamará Emmanuel, que es *Dios con nosotros* (Is 7,14 (A.)). Esta profecía es infalible y se ha de cumplir en vuestra persona. A si mismo sabéis el gran misterio de la zarza que vio Moisés ardiendo sin ofenderla el fuego (Ex 3,2) para significar en esto las dos naturalezas divina y humana, sin que ésta sea consumida de la divina, y que la Madre del Mesías le concebirá y parirá sin que su pureza virginal quede violada. Acordaos también, Señora, de la promesa que hizo nuestro Dios eterno al patriarca Abrahán, que después del cautiverio de su posteridad en Egipto a la cuarta generación (Gen 15,16) volverían a esta tierra; y el misterio de esta promesa era que en esta cuarta generación* por vuestro medio rescataría Dios humanado a todo el linaje de Adán de la opresión del demonio. Y aquella escala que vio Jacob dormido (Gen 28,12), fue una figura expresa del camino real que el Verbo eterno en carne humana abriría, para que los mortales subiesen a los cielos y los ángeles bajasen a la tierra, a donde bajaría el Unigénito del Padre para conversar en ella con los hombres y comunicarles los tesoros de su divinidad con la participación de las virtudes y perfecciones que están en su ser inmutable y eterno.” * (El misterio de esta cuarta generación es que se hallan cuatro generaciones: primera, de Adán sin padre ni madre; segunda, de Eva sin madre; tercera, concepción de padre y madre, que es la común de todos; cuarta, de madre sin padre, que es la de Jesucristo Nuestro Señor. (Nota puesta por la autora al margen.)

135. Con estas razones y otras muchas informó el embajador del cielo a María Santísima, para quitarla la turbación de su embajada con la noticia de las antiguas promesas y profecías de la Escritura y con la fe y conocimiento de ellas y del poder infinito del Altísimo. Pero como la misma Señora excedía a los mismos ángeles en sabiduría, prudencia y toda santidad, detenías e en la respuesta para darla con el acuerdo que la dio; porque fue tal cual convenía al mayor de los misterios y sacramentos del poder divino. Ponderó esta gran Señora que de su respuesta estaba pendiente el desempeño de la Beatísima Trinidad, el cumplimiento de sus promesas y profecías, el más agradable y acepto sacrificio de cuantos se le habían ofrecido, el abrir las puertas del paraíso, la victoria y triunfo del infierno, la redención de todo el linaje humano, la satisfacción y recompensa de la divina justicia, la fundación de la nueva ley de gracia, la gloria de los hombres, el gozo de los ángeles y todo lo que se contiene en haberse de humanar el Unigénito del Padre y tomar forma de siervo (Flp 2,7) en sus virginales entrañas.

136. Grande maravilla por cierto, y digna de nuestra admiración, que todos estos misterios, y los que cada uno encierra, los dejase el Altísimo en mano de una humilde doncella y todo dependiese de su *fiat*. Pero digna y seguramente lo remitió a la sabiduría y fortaleza de esta mujer fuerte, que pensándolo con tanta magnificencia y altura no le dejó frustrada su confianza que tenía en ella (Prov 31,11). Las obras que se quedan dentro del mismo Dios no necesitan de la cooperación de criaturas, que no pueden tener parte en ellas, ni Dios puede esperarlas para obrar *ad intra*; pero en las obras *ad extra* contingentes, entre las cuales la mayor y más excelente fue hacerse hombre, no la quiso ejecutar sin la cooperación de María Santísima y sin que ella diese su libre consentimiento; para que con ella y por ella diese este complemento a todas sus obras, que sacó a luz fuera de sí mismo, para que le debiésemos este beneficio a la Madre de la sabiduría y nuestra Reparadora.

137. Consideró y penetró profundamente esta gran Señora el campo tan espacioso de la dignidad de Madre de Dios para comprarle (Ib. 16ss) con un *fiat*; se vistió de fortaleza más que humana y gustó y vio cuán buena era la negociación y comercio de la divinidad. Entendió las sendas de sus ocultos beneficios, adornó se de fortaleza y hermosura; y

habiendo conferido consigo misma y con el parainfo celestial Gabriel la grandeza de tan altos y divinos sacramentos, estando muy capaz de la embajada que recibía, fue su purísimo espíritu absorto y elevado en admiración, reverencia y sumo intensísimo amor del mismo Dios; y con la fuerza de estos movimientos y afectos soberanos, como con efecto connatural de ellos, fue su castísimo corazón casi prensado y comprimido con una fuerza que le hizo destilar tres gotas de su purísima sangre (Teoría fisiológica defendida por algunos autores de la época) y, puestas en el natural lugar para la concepción del cuerpo de Cristo Señor nuestro, fue formado de ellas por la virtud del divino y Santo Espíritu; de suerte que la materia de que se fabricó la humanidad santísima del Verbo para nuestra redención, la dio y administró el Corazón de María purísima a fuerza de amor, real y verdaderamente. Y al mismo tiempo con la humildad nunca harto encarecida, inclinando un poco la cabeza y juntas las manos, pronunció aquellas palabras que fueron el principio de nuestra reparación: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* (Lc 1,38).

138. Al pronunciar este *fiat* tan dulce para los oídos de Dios y tan feliz para nosotros, en un instante se obraron cuatro cosas: la primera, formarse el cuerpo santísimo de Cristo Señor nuestro de aquellas tres gotas de sangre que administró el corazón de María Santísima; la segunda, ser criada el alma santísima del mismo Señor, que también fue criada como las demás; la tercera, unirse el alma y cuerpo y componer su humanidad perfectísima: la cuarta, unirse la divinidad en la persona del Verbo con la humanidad, que con ella unida hipostáticamente hizo en un supuesto la Encarnación, y fue formado Cristo Dios y hombre verdadero, Señor y Redentor nuestro. Sucedió esto viernes a 25 de marzo al romper del alba, o a los crepúsculos de la luz, a la misma hora que fue formado nuestro primer padre Adán, y en el año de la Creación del mundo de cinco mil ciento noventa y nueve, como lo cuenta la Iglesia Romana en el Martirologio, gobernada por el Espíritu Santo. Esta cuenta es la verdadera y cierta, y así se me ha declarado, preguntándolo por orden de la obediencia. Y conforme a esto, el mundo fue criado por el mes de marzo, que corresponde a su principio de la creación; y porque las obras del Altísimo todas son perfectas (Dt 32,4) y acabadas, las plantas y los árboles salieron de la mano de Su Majestad con frutos, y siempre los tuvieron sin perderlos si el pecado no hubiera alterado a toda la naturaleza, como lo diré de intento en otro tratado, si fuere voluntad del Señor, y lo dejo ahora por no pertenecer a éste. (La autora parece referirse a su obra inédita *Libro ... que trata de la redondez del mundo y elementos y algo de los cielos*; se encuentra en el fondo agredano de la biblioteca de Aránzazu (Guipúzcoa), 39 p. sin n., incompleto. En el mismo archivo se halla un *Breve compendio del grado de luz y ciencia infusa que tuvo la Venerable Madre Sor María de Jesús de Agreda de todo el universo desde el centro de la tierra hasta el ciclo empíreo exclusive*, de autor desconocido. Cf. también CASTRO, Manuel de, OFM, *Manuscritos franciscanos de la Biblioteca Nacional de Madrid: Archivo Ibero-Americano* (1959) 269-328 Y (1961) 133-225; especialmente la página 317, "Sor María de Jesús de Agreda, Mapa de Orbes celestiales")

139. En el mismo instante de tiempo que celebró el Todopoderoso las bodas de la unión hipostática en el tálamo virginal de María Santísima, fue la divina Señora elevada a la visión beatífica y se le manifestó la divinidad intuitiva y claramente y conoció en ella altísimos sacramentos, de que hablaré en el capítulo siguiente. Especialmente se le mostraron patentes los secretos de aquellas cifras que recibió en el adorno que dejó dicho (Cf. supra n.82) la pusieron en el capítulo 7, y también las que traían sus ángeles. El divino Niño iba creciendo naturalmente en el lugar del útero con el alimento, sustancia y sangre de la Madre Santísima, como los demás hombres, aunque más libre y exento de las imperfecciones que los demás hijos de Adán padecen en aquel lugar y estado; porque de algunas accidentales y no pertenecientes a la sustancia de la generación, que son efectos del pecado, estuvo libre la Emperatriz del cielo, y de las superfluidades imperfectas que en las mujeres son naturales y comunes, de que los demás niños se forman, sustentan y crecen; pues para dar la materia que le faltaba de la naturaleza infecta de las descendientes de Eva, sucedía que se la administraba, ejercitando actos heroicos de las virtudes, y en especial de la caridad. Y como las operaciones fervorosas del alma y los afectos amorosos naturalmente alteran los humores y sangre, la encaminaba la divina Providencia al sustento del niño divino, con que era alimentada naturalmente la humanidad de nuestro Redentor y la divinidad recreada con el beneplácito de heroicas virtudes. De manera que María Santísima administró al Espíritu Santo, para la formación del cuerpo, sangre pura, limpia, como concebida sin pecado, y libre de sus pensiones. Y la que en las demás madres, para ir creciendo los hijos, es imperfecta e inmunda, la Reina del cielo daba la más pura, sustancial y delicada, porque a poder de afectos de amor y de las demás virtudes se la comunicaba, y también la sustancia de lo mismo que la divina Reina comía. Y como sabía que el ejercicio de sustentarse ella era para dar alimento al Hijo de Dios y suyo, le tomaba siempre con actos tan heroicos, que admiraba a los espíritus angélicos que en acciones humanas tan comunes pudiese haber realces tan soberanos de merecimiento y de agrado del Señor.

140. Quedó esta divina Señora en la posesión de Madre del mismo Dios con tales privilegios, que cuantos he dicho hasta ahora y diré adelante no son aún lo menos de su excelencia, ni mi lengua lo puede manifestar; porque ni al entendimiento le es posible debidamente concebirlo, ni los más doctos ni sabios hallarán términos adecuados para explicarlos. Los humildes, que entienden el arte del amor divino, lo conocerán por la luz infusa y por el gusto y sabor interior con que se perciben tales sacramentos. No sólo quedó María Santísima hecha cielo, templo y habitación de la

Santísima Trinidad y transformada, elevada y deificada con la especial y nueva asistencia de la divinidad en su vientre purísimo, pero también aquella humilde casa y pobre oratorio quedó todo divinizado y consagrado por nuevo santuario del Señor. Y los divinos espíritus, que testigos de esta maravilla asistían a contemplarla, con nuevos cánticos de alabanza y con indecible júbilo engrandecían al Omnipotente y en compañía de la felicísima Madre le bendecían en su nombre, y del linaje humano, que ignoraba el mayor de sus beneficios y misericordias.

Doctrina de la Reina Santísima María.

141. “Hija mía, admirada te veo, con razón, por haber conocido con nueva luz el misterio de humillarse la divinidad a unirse con la naturaleza humana en el vientre de una pobre doncella como yo lo era. Quiero, pues, carísima, que conviertas la atención a ti misma y ponderes que se humilló Dios viniendo a mis entrañas, no para mí sola, mas también para ti misma como para mí. El Señor es infinito en misericordias y su amor no tiene límite; y de tal manera atiende y asiste a cualquiera de las almas que le reciben y se regala con ella, como si sola aquélla hubiera criado y por ella se hubiera hecho hombre. Por esta razón debes considerarte como sola en el mundo, para agradecer con todas tus fuerzas de afecte, la venida del Señor a él; y después le darás gracias, porque juntamente vino para todos. Y si con viva fe entiendes y confiesas que el mismo Dios, infinito en atributos y eterno en la majestad, que bajó a tomar carne humana en mis entrañas, ese mismo te busca, te llama, te regala, acaricia y se convierte a ti todo (Gal 2,20) como si fueras tú sola criatura suya, pondera bien y considera a qué te obliga tan admirable, dignación y convierte esta admiración en actos vivos de fe y de amor: pues todo lo debes a tal Rey y Señor, que se dignó de venir a ti, cuando no le pudiste buscar ni alcanzar.

142. “Todo cuanto este Señor te puede dar fuera de sí mismo te pareciera mucho, mirándolo con luz y afecto humano, sin atender a lo superior. Y es verdad que de la mano de tan eminente y supremo Rey cualquiera dádiva es digna de estimación. Pero si atiendes al mismo Dios y le conoces con luz divina y sabes que te hizo capaz de su divinidad, entonces verás que si ella no se te comunicara y viniera Dios a ti todo lo criado fuera nada y despreciable para ti, y sólo te gozarás y quietarás con saber que tienes tal Dios, tan amoroso, amable, tan poderoso, suave, rico, y que siendo tal y tan infinito, se digna de humillarse a tu bajeza para levantarte del polvo y enriquecer tu pobreza y hacer contigo oficio de pastor, de padre, de esposo y amigo fidelísimo.

143. “Atiende, pues, hija mía, en tu secreto a los efectos de esta verdad. Pondera bien y confiere el amor dulcísimo de este gran Rey para contigo en su puntualidad, en sus regalos y caricias, en los favores que recibes, en los trabajos que de ti fía, en la lucerna que ha encendido su divina ciencia en tu pecho para conocer altamente la infinita grandeza de su mismo ser, lo admirable de sus obras y misterios más ocultos, la verdad de todo y el no ser de lo visible. Esta ciencia es el primer ser y principio, la base y fundamento de la doctrina que te he dado para que llegues a conocer el decoro y magnificencia con que has de tratar los favores y beneficios de este Señor y Dios, tu verdadero bien, tesoro, luz y guía. Mírale como a Dios infinito, amoroso y terrible. Oye, carísima, mis palabras, mi enseñanza y disciplina, que en ella está la paz y lumbre de los ojos.”

CAPITULO 12

[Regresar al Principio](#)

De las operaciones que hizo el alma santísima de Cristo Señor nuestro en el primer instante de su concepción, y lo que obró entonces su Madre purísima.

114. Para entender mejor las primeras operaciones del alma santísima de Cristo nuestro Señor, suponemos lo que en el capítulo pasado, núm. 138, queda advertido: que todo lo sustancial de este divino misterio como es la formación del cuerpo, creación e infusión del alma y la unión de la individua humanidad con la persona del Verbo, sucedió y se obró en un instante; de manera que no podemos decir que en algún instante de tiempo fue Cristo nuestro bien hombre puro, porque siempre fue hombre y Dios verdadero; pues cuando había de llegar la humanidad a llamarse hombre ya era y se halló Dios, y así no se pudo llamar hombre solo ni en un instante, sino Hombre-Dios y Dios-Hombre. Y como al ser natural, siendo operativo se puede seguir luego la operación y acción de sus potencias, por esto en el mismo instante que se ejecutó la Encarnación fue beatificada el alma santísima de Cristo nuestro Señor con la visión y amor beatífico, topando luego a nuestro modo de entender sus potencias de entendimiento y voluntad con la misma divinidad que su

ser de naturaleza había topado, uniéndose a ella por su sustancia, y las potencias por sus operaciones perfectísimas, al mismo ser de Dios, para que en el ser y obrar quedase todo deificado.

145. La grande admiración de este sacramento es que tanta gloria, y de más a más toda la grandeza de la divinidad inmensa, estuviesen resumidas en tan pequeño epílogo, como un cuerpecito no mayor que una abeja o una almendra no muy grande, porque no era mayor que esto la cantidad del cuerpo santísimo de Cristo Señor nuestro, cuando se celebró la Concepción y Unión hipostática; y que asimismo quedase aquella gran pequeñez con suma gloria y pasibilidad, porque juntamente fue su humanidad gloriosa y pasible, fue comprensor y viador. Pero el mismo Dios, que en su poder y sabiduría es infinito, pudo estrechar tanto y encoger su misma divinidad siempre infinita, que sin dejar de serlo la encerrase en la corta esfera de un cuerpo tan pequeño por admirable y con nuevo modo de estar en él. Y con la misma omnipotencia hizo que aquella alma santísima de Cristo nuestro Señor en la parte superior de las más nobles operaciones fuese gloriosa y comprensora, y que toda aquella gloria sin medida quedase como represada en lo supremo de su alma, y suspensos los efectos y dotes que había de comunicar consiguientemente a su cuerpo, para que según esta razón fuese juntamente pasible y viador, sólo para dar lugar a nuestra redención por medio de su cruz, pasión y muerte.

146. Para obrar todas estas operaciones y las demás que había de hacer la santísima humanidad, se le infundieron en el mismo instante de su concepción todos los hábitos que convenían a sus potencias y eran necesarios para las acciones y operaciones, así de comprensor como de pasible y viador; y así tuvo ciencia beata e infusa, tuvo gracia justificante y los dones del Espíritu Santo, que, como dice Isaías (Is 11,2 (A.)), descansaron en Cristo. Tuvo todas las virtudes, excepto la fe y esperanza, que no se compadecían con la visión y posesión beatífica. Y si alguna otra virtud hay que suponga alguna imperfección en el que la tiene, no podía estar en el Santo de los santos, que ni pudo hacer pecado ni se halló engaño en su boca (Is 53,9; 1 Pe 2,22). De la dignidad y excelencia de la ciencia y gracia, virtudes y perfecciones de Cristo nuestro Señor, no es necesario hacer aquí más relación, porque esto enseñan los sagrados doctores y los maestros de teología largamente. Basta para mí saber que todo fue tan perfecto cuanto pudo extenderse el poder divino y a donde no alcanza el juicio humano, porque donde estaba la misma fuente (Sal 35,10), que es la divinidad, había de beber aquella alma santísima de Cristo del torrente sin límite ni tasa, como dice David (Sal 109,7 (A.)). Así tuvo plenitud de todas las virtudes y perfecciones.

147. Deificada y adornada el alma santísima de Cristo nuestro Señor con la divinidad y sus dones, el orden que tuvieron sus operaciones fue éste: la primera, ver y conocer la divinidad intuitivamente como es en sí y como estaba unida a su humanidad santísima; luego, amarla con sumo amor beatífico; tras de esto, reconocer el ser de la humanidad inferior al ser de Dios; y se humilló profundísimamente, y con esta humillación dio gracias al inmutable ser de Dios por haberle criado y por el beneficio de la unión hipostática, con que le levantó al ser de Dios, juntamente siendo hombre. Conoció también cómo su humanidad santísima era pasible y el fin de la Redención, y con este conocimiento se ofreció en sacrificio acepto por Redentor del linaje humano y admitiendo el ser pasible en nombre suyo y de los hombres dio gracias al Eterno Padre. Reconoció la compostura de su humanidad santísima, la materia de que había sido formada y cómo María purísima se la administró a fuerza de caridad y de ejercitar heroicas virtudes. Tomó la posesión de aquel santo tabernáculo y morada, se agradó de él y de su hermosura eminentísima y se complació y adjudicó se por propiedad suya para *in aeternum* el alma de la más perfecta y pura criatura. Alabó al eterno Padre porque la había criado con tan excelentísimos realces de gracias y dones y porque la había hecho exenta y libre de la común ley del pecado en que todos los descendientes de Adán habían incurrido, siendo hija suya. Oró por la purísima Señora y por San José, pidió la salud eterna para ellos. Todas estas obras y otras que hizo fueron altísimas, como de hombre y Dios verdadero y, fuera de las que tocan a la visión y amor beatífico, con todas y con cualquiera de ellas mereció tanto que con su valor y precio se pudieran redimir infinitos mundos, si fuera posible que los hubiera.

148. Y con solo el acto de obediencia que hizo la santísima humanidad unida al Verbo, de admitir la pasibilidad y que la gloria de su alma no resultase al cuerpo, fuera superabundante nuestra redención. Mas aunque sobreabundaba para nuestro remedio, no saciaba su amor inmenso para los hombres, si con voluntad efectiva no nos amara hasta el fin del amor (Jn 13,1) que era el mismo fin de su vida, entregándola por nosotros con las demostraciones y condiciones de mayor afecto que el entendimiento humano y angélico pudo imaginar. Y si al primer instante que entró en el mundo nos enriqueció tanto, ¡qué tesoros, qué riquezas de merecimientos nos dejaría cuando salió de él, por su pasión y muerte de cruz, después de treinta y tres años de trabajos y operaciones tan divinas! ¡Oh inmenso amor!, ¡oh caridad sin término!, ¡oh misericordia sin medida!, ¡oh piedad liberalísima! y ¡oh ingratitud y olvido torpísimo de los mortales a la

vista de tan inaudito como importante beneficio! ¿Qué fuera de nosotros sin él? Y ¿qué hiciéramos con este Señor y Redentor nuestro, si él hubiera hecho menos por nosotros, pues no nos obliga y mueve haber hecho todo lo que pudo? Si no le correspondemos como Redentor que nos dio vida y libertad eterna, oigámosle como maestro, sigámosle como capitán, como luz y caudillo que nos enseña el camino de nuestra verdadera felicidad.

149. No trabajó este Señor y Maestro para sí, ni merecía el premio de su alma santísima, ni los aumentos de su gracia, mereciéndolo todo para nosotros; porque él no lo había menester, ni podía recibir aumento de gracia ni de gloria, que de todo estaba lleno, como dijo el evangelista (Jn 1,14 (A.)), porque era Unigénito del Padre, junto con ser hombre. No tuvo en esto símil ni lo puede tener, porque todos los santos y puras criaturas merecieron para sí mismos y trabajaron con fin de su premio; sólo el amor de Cristo fue sin interés todo para nosotros. Y si estudió y aprovechó (Lc 2,52) en la escuela de la experiencia, eso mismo hizo también para enseñarnos y enriquecernos con la experiencia de la obediencia (Heb 5,8) y con los méritos infinitos que alcanzó y con el ejemplo que nos dio (1 Pe 2,21) para que fuésemos doctos y sabios en el arte del amor; que no se aprende perfectamente con solos los afectos y deseos, si no se pone en práctica con obras verdaderas y efectivas. En los misterios de la vida santísima de Cristo nuestro Señor no me alargaré, por mi incapacidad, y me remitiré a los evangelistas, tomando sólo aquello que fuere necesario para esta divina Historia de su Madre y Señora nuestra; porque estando tan juntas y encadenadas las vidas del Hijo y Madre santísimos, no puedo excusarme de tomar algo de los Evangelios y añadir también otras cosas que ellos no dijeron, porque no era necesario para su historia, ni para los primeros tiempos de la Iglesia Católica.

150. A todas las operaciones dichas, que obró Cristo Señor nuestro en el instante de su concepción, se siguió en otro instante la visión beatífica de la divinidad que tuvo su Madre Santísima, como queda dicho en el capítulo pasado, núm. 139; Y en un instante de tiempo puede haber muchos que llaman de naturaleza. En esta visión conoció la divina Señora con claridad y distinción el misterio de la Unión Hipostática de las dos naturalezas divina y humana en la persona del Verbo eterno, y la beatísima Trinidad la confirmó en el título, nombre y derecho de Madre de Dios, como en toda verdad y rigor lo era, siendo madre natural de un hijo que era Dios eterno, con la misma certeza y verdad que era hombre. Y aunque esta gran Señora no cooperó inmediatamente a la unión de la divinidad con la humanidad, no por esto perdía el derecho de Madre verdadera de Dios, pues concurrió administrando la materia y cooperando con sus potencias, en cuanto le tocaba como madre; y más madre que las otras, pues en aquella concepción y generación concurría ella sola sin obra de varón. Y como en las otras generaciones se llaman padre y madre los agentes que concurren con el concurso natural que a cada uno le dio la naturaleza, aunque no concurren inmediatamente a la creación del alma ni infusión de ella en el cuerpo del hijo, así también y con mayor razón María Santísima se debía llamar y se llama Madre de Dios, pues en la generación de Cristo, Dios y hombre verdadero, sola ella concurrió como Madre sin otra causa natural y mediante este concurso y generación nació Cristo hombre y Dios.

151. Conoció a si mismo en esta visión la Virgen Madre todos los misterios futuros de la vida y muerte de su Hijo dulcísimo y de la Redención del linaje humano y nueva ley del Evangelio que con ella se había de fundar, y otros grandiosos y ocultos secretos que a ningún otro santo se le manifestaron. Viéndose la prudentísima Reina en la presencia clara de la divinidad y con la plenitud de ciencia y dones que como a Madre del Verbo se le dieron, se humilló ante el trono de Su Majestad inmensa y toda deshecha en su humildad y amor adoró al Señor en su ser infinito y luego en la unión de la humanidad santísima. Le dio gracias por el beneficio y dignidad de Madre que había recibido y por el que hacía Su Majestad a todo el linaje humano. Le dio alabanzas y gloria por todos los mortales. Se ofreció en sacrificio acepto, para servir, criar y alimentar a su Hijo dulcísimo y para asistirle y cooperar, cuanto de su parte fuese posible, a la obra de la Redención, y la Santísima Trinidad la admitió y señaló por coadjutora para este sacramento. Pidió nueva gracia y luz divina para esto y para gobernarse en la dignidad y ministerio de Madre del Verbo humanado y tratarle con la veneración y magnificencia debida al mismo Dios. Ofreció a su Hijo Santísimo todos los hijos de Adán futuros, con los padres del limbo, y en nombre de todos y de sí misma hizo muchos actos heroicos de virtudes y grandes peticiones, que no me detengo en referirlas por haber dicho otras en diferentes ocasiones (Cf. supra n.II,50,53,88,93; antes p.I n.233,334,438), de que se puede colegir lo que haría la divina Reina en ésta que excedía tanto a todo lo demás, hasta aquel dichoso y feliz día.

152. En la petición que hizo para gobernarse dignamente como Madre del Unigénito del Padre, fue más instante y afectuosa con el Altísimo, porque a esto le obligaba su humilde corazón y estaba más de próximo la razón de su encogimiento y deseaba ser gobernada en este oficio de madre para todas sus acciones. La respondió el Todopoderoso: Paloma mía, no temas, que yo te asistiré y gobernaré, ordenándote todo lo que hubieres de hacer con mi Hijo

unigénito. Con esta promesa volvió y salió del éxtasis en que había sucedido todo lo que he dicho, y fue el más admirable que tuvo. Restituida a sus sentidos, lo primero que hizo fue postrarse en tierra y adorar a su Hijo Santísimo, Dios y hombre, concebido en su virginal vientre; porque esta acción no la había hecho con las potencias y sentidos corporales y exteriores, y ninguna de las que pudo hacer en obsequio de su Criador, dejó pasarle ni de ejecutarla la prudentísima Madre. Desde entonces reconoció y sintió nuevos efectos divinos en su alma santísima y en todas sus potencias interiores y exteriores. Y aunque toda su vida había tenido nobilísimo estado en la disposición de su alma y cuerpo santísimo, pero desde este día de la Encarnación del Verbo quedó más espiritualizada y divinizada con nuevos realces de gracia y dones indecibles.

153. Pero nadie piense que todos estos favores y unión con la divinidad y humanidad de su Hijo Santísimo lo recibió la purísima Madre para que viviese siempre en delicias espirituales, gozando y no padeciendo. No fue así, porque a imitación de su dulcísimo Hijo, en el modo posible, vivió esta Señora gozando y padeciendo juntamente, sirviéndole de instrumento penetrante para su corazón la memoria y noticia tan alta que había recibido de los trabajos y muerte de su Hijo Santísimo. Y este dolor se medía con la ciencia y con el amor que tal Madre debía y tenía a tal Hijo y frecuentemente se le renovaba con su presencia y conversación. Y aunque toda la vida de Cristo y de su Madre Santísimos fue un continuado martirio y ejercicio de la cruz, padeciendo incesantes penalidades y trabajos, pero en el candidísimo y amoroso corazón de la divina Señora hubo este linaje especial de padecer: que siempre traía presente la pasión, tormentos, ignominias y muerte de su Hijo. Y con el dolor de treinta y tres años continuados celebró la vigilia tan larga de nuestra redención, estando oculto este sacramento en su pecho solo, sin compañía ni alivio de criaturas.

154. Con este doloroso amor, llena de dulzura amarga, solía muchas veces atender a su Hijo Santísimo, y antes y después de su nacimiento, hablándole en lo íntimo del corazón, le repetía estas razones: Señor y Dueño de mi alma, hijo dulcísimo de mis entrañas, ¿cómo me habéis dado la posesión de madre con la dolorosa pensión de haberos de perder quedando huérfana, sin vuestra deseable compañía? Apenas tenéis cuerpo donde recibir la vida, cuando ya conocéis la sentencia de vuestra dolorosa muerte para rescate de los hombres. La primera de vuestras obras fuera de sobreabundante precio y satisfacción de sus pecados. ¡Oh si con esto se diera por satisfecha la justicia del eterno Padre, y la muerte y las tormentas se ejecutaran en mí! De mi sangre y de mi ser habéis tomado cuerpo, sin el cual no fuera posible padecer vos, que sois Dios impasible e inmortal. Pues si yo administré el instrumento o el sujeto de los dolores, padezca yo también con vos la misma muerte. ¡Oh inhumana culpa, cómo siendo tan cruel y causa de tantos males has merecido llegar a tanta dicha, que fuese su Reparador el mismo que por ser el sumo bien te pudo hacer feliz! ¡Oh dulcísimo Hijo y amor mío, quién te sirviera de resguardo, quién te defendiera de tus enemigos! ¡Oh si fuera voluntad del Padre que yo te guardara y apartara de la muerte y muriera en tu compañía y no te apartaras de la mía! Pero no sucederá ahora lo que al patriarca Abrahán, porque se ejecutará lo determinado. Cúmplase la voluntad del Señor. - Estos suspiros amorosos repetía muchas veces nuestra Reina, como diré adelante (Cf. infra n.513,601,611,685, etc.), aceptándolos el eterno Padre por sacrificio agradable y siendo dulce regalo para el Hijo Santísimo.

Doctrina que me dio nuestra Reina y Señora.

155. Hija mía, pues con la fe y luz divina llegaste a conocer la grandeza de la divinidad y su inefable dignación en descender del cielo para ti y para todos los mortales, no recibas estos beneficios para que en ti sean ociosos y sin fruto. Adora el ser de Dios con profunda reverencia y aláble por lo que conoces de su bondad. No recibas la luz y gracia en vano (2 Cor 6,1), y te sirva de ejemplar y estímulo lo que hizo mi Hijo Santísimo, y yo a su imitación, como lo has conocido; pues siendo verdadero Dios, y yo Madre suya, porque en cuanto hombre era criada su humanidad santísima, reconocimos nuestro ser humano y nos humillamos y confesamos la divinidad más que ninguna criatura puede comprender. Esta reverencia y culto has de ofrecer a Dios en todo tiempo y lugar sin diferencia, pero más especialmente cuando recibes al mismo Señor sacramentado. En este admirable sacramento vienen y están en ti por nuevo modo incomprensible la divinidad y humanidad de mi Hijo Santísimo y se manifiesta su magnífica dignación, poco advertida y respetada de los mortales para dar el retorno de tanto amor.

156. Sea, pues, tu reconocimiento con tan profunda humildad, reverencia y culto, cuanto alcanzaren todas tus fuerzas y potencias, pues aunque más se adelanten y extiendan será menos de lo que tú debes y Dios merece. Y para que suplas en lo posible tu insuficiencia, ofrecerás lo que mi Hijo Santísimo y yo hicimos, y juntarás tu espíritu y afecto con el de la Iglesia triunfante y militante, y con él pedirás, ofreciendo para esto tu misma vida, que todas las naciones vengan a conocer, confesar y adorar a su verdadero Dios humanado por todos; y agradece los beneficios que ha hecho y hace a

todos los que le conocen y le ignoran, a los que le confiesan y niegan. Y sobre todo quiero de ti, carísima, lo que al Señor será muy acepto, y a mí será muy agradable, que te duelas y con dulce afecto te lastimes de la grosería e ignorancia, tardanza y peligro de los hijos de los hombres, de la ingratitud de los fieles hijos de la Iglesia, que han recibido la luz de la fe divina y viven tan olvidados en su interior de estas obras y beneficios de la Encarnación, y aun del mismo Dios, que sólo parece se diferencian de los infieles en algunas ceremonias y obras del culto exterior; pero éstas hacen sin alma y sentimiento del corazón y muchas veces en ellas ofenden y provocan la divina justicia que debían aplacar.

157. Esta ignorancia y torpeza les nace de no se disponer para adquirir y alcanzar la verdadera ciencia del Altísimo, y así merecen que se aparte de ellos la divina luz y los deje en la posesión de sus pesadas tinieblas, con que se hacen más indignos que los mismos infieles y su castigo será mayor sin comparación. Duélete de tanto daño de tus prójimos y pide el remedio con lo íntimo de tu corazón. Y para que te alejes más de tan formidable peligro, no niegues los favores y beneficios que recibes, ni con color de ser humilde los desprecies ni olvides. Acuérdate y confiere en tu corazón cuán lejos tomó la corrida (Sal 18,7) la gracia del Altísimo para llamarte. Considera cómo te ha esperado consolándote, asegurándote en tus dudas, pacificando tus temores, disimulando y perdonando tus faltas, multiplicando favores, caricias y beneficios. Y te aseguro, hija mía, que debes confesar de corazón que no hizo el Altísimo tal con ninguna otra generación, pues tú nada valías ni podías, antes eras pobre y más inútil que otras. Sea tu agradecimiento mayor que de todas las criaturas.

CAPITULO 13

[Regresar al Principio](#)

Declárese el estado en que quedó María Santísima después de la Encarnación del Verbo divino en su virginal vientre.

158. Cuanto voy descubriendo más los divinos efectos y disposición que resultaron en la Reina del cielo después de concebir al Verbo eterno, tantas más dificultades se me ofrecen para continuar esta obra, por hallarme anegada en altos y encumbrados misterios y con razones y términos tan desiguales a lo que de ellos entiendo. Pero siente mi alma tal suavidad y dulzura en este propio defecto, que no me deja arrepentir de todo lo intentado, y la obediencia me anima y aun me compele para vencer lo que en un ánimo débil de mujer fuera muy violento, si me faltara la seguridad y fuerza de este apoyo para explicarme; y más en este capítulo, que se me han propuesto los dotes de gloria que los bienaventurados gozan en el cielo, con cuyo ejemplo manifestaré lo que entiendo del estado que tuvo la divina emperatriz María, después que fue Madre del mismo Dios.

159. Dos cosas considero para mi intento en los bienaventurados: la una de parte suya, la otra de parte del mismo Dios. De esta parte del Señor hay la divinidad clara y manifiesta con todas sus perfecciones y atributos, que se llama objeto beatífico, gloria y felicidad objetiva y último fin donde se termina y descansa toda criatura. De parte de los santos se hallan las operaciones beatíficas de la visión y amor y otras que se siguen a éstas en aquel estado felicísimo que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni pudo caer en pensamiento de los hombres (Is 64,4; 1 Cor 2,9 (A.)). Entre los dones y efectos de esta gloria que tienen los santos, hay algunos que se llaman dotes, y se los dan, como a la Esposa, para el estado del matrimonio espiritual que han de consumir en el gozo de la eterna felicidad. Y como la esposa temporal adquiere el dominio y señorío de su dote y el usufructo es común a ella y al esposo, así también en la gloria estos dotes se les dan a los santos como propios suyos y el uso es común a Dios, en cuanto se glorifica en sus santos, y a ellos, en cuanto gozan de estos inefables dones, que según los méritos y dignidad de cada uno son más o menos excelentes. Pero no los reciben más de los santos, que son de la naturaleza del Esposo, que es Cristo nuestro bien, que son los hombres y no los ángeles; porque el Verbo humanado no hizo con los ángeles el desposorio (Heb 2,16) que celebró con la humana naturaleza, juntándose con ella en aquel gran sacramento que dijo el Apóstol (Ef 5,32 (A.)) en Cristo y en la Iglesia. Y como el esposo Cristo en cuanto hombre consta, como los demás, de alma y cuerpo, y todo se ha de glorificar en su presencia, por eso los dotes de gloria pertenecen al alma y cuerpo. Tres tocan al alma, que se llaman visión, comprensión y fruición; y cuatro al cuerpo: claridad, impassibilidad, sutilidad y agilidad, y éstos son propiamente efectos de la gloria que tiene el alma.

160. De todos estos dotes tuvo nuestra reina María alguna participación en esta vida, especialmente después de la

Encarnación del Verbo eterno en su vientre virginal. Y aunque es verdad que a los bienaventurados se les dan los dotes como a compresores, en prendas y arras de la eterna felicidad inamisible y como en firmeza de aquel estado que jamás se ha de mudar, y por esto no se conceden a los viadores, (criaturas que en esta vida caminan hacia la vida eterna futura) pero con todo eso, se le concedieron a María Santísima en algún modo, no como comprensora sino como viadora, (peregrina en la tierra y moradora del cielo) no de asiento pero como a tiempos y de paso y con la diferencia que diremos. Y para que se entienda mejor la conveniencia de este raro beneficio con la soberana Reina, se advierta lo que dijimos en el capítulo 7 y en los demás (Cf. supra n.70-122) hasta el de la Encarnación; que en ellos se declara la disposición y desposorio con que previno el Altísimo a su Madre Santísima para levantarla a esta dignidad. Y el día que en su virginal vientre tomó carne humana el divino Verbo se consumó este matrimonio espiritual en algún modo, en cuanto a esta divina Señora, con la visión beatífica tan excelente y levantada que se le concedió aquel día, como queda dicho (Cf. supra n.39); aunque para todos los demás fieles fue como desposorio (Os 2,19) que se consumará en la patria celestial.

161. Tenía otra condición nuestra gran Reina y Señora para estos privilegios: que estaba exenta de toda culpa actual y original y confirmada en gracia con impecabilidad actual; y con estas condiciones estaba capaz para celebrar este matrimonio en nombre de la Iglesia militante y comprometer todos en ella, para que en el mismo punto que fue Madre del Reparador se estrenasen en ella sus merecimientos previstos, y con aquella gloria y visión transeúnte de la divinidad quedase como por fiadora abonada de que no se les negaría el mismo premio a todos los hijos de Adán, si se disponían a merecerlo con la gracia de su Redentor. Era a si mismo de mucho agrado para el divino Verbo humanado que luego su ardentísimo amor y merecimientos infinitos se lograsen en la que juntamente era su Madre, su primera Esposa y tálamo de la divinidad, y que el premio acompañase al mérito donde no se hallaba impedimento. Y con estos privilegios y favores que hacía Cristo nuestro bien a su Madre Santísima, satisfacía y saciaba en parte el amor que la tenía, y con ella a todos los mortales; porque para el amor divino era plazo largo esperar treinta y tres años para manifestar su divinidad a su misma Madre. Y aunque otras veces le había hecho este beneficio como se dijo en la primera parte (Cf. supra p.I n.333, 430) pero en esta ocasión de la Encarnación fue con diferentes condiciones, como en imitación y correspondencia de la gloria que recibió el alma santísima de su Hijo, aunque no de asiento sino de paso, en cuanto se compadecía con el estado común de viadera.

162. Conforme a esto, el día que María Santísima tomó la posesión real de Madre del Verbo eterno, concibiéndole en sus entrañas, en el desposorio que celebró Dios con nuestra naturaleza, nos dio derecho a nuestra redención, y en la consumación de este matrimonio espiritual, beatificando a su Madre Santísima y dándole los dotes de la gloria, se nos prometió lo mismo por premio de nuestros merecimientos, en virtud de los de su Hijo Santísimo nuestro Reparador. Pero de tal manera levantó el Señor a su Madre sobre toda la gloria de los santos en el beneficio que este día le hizo, que todos los ángeles y hombres no pudieron llegar en lo supremo de su visión y amor beatífico al que tuvo esta divina Señora; y lo mismo fue en los dotes que redundan de la gloria del alma al cuerpo, porque todo correspondía a la inocencia, santidad y méritos que tenía, y éstos correspondían a la suprema dignidad entre las criaturas de ser Madre de su Criador.

163. Y llegando a los dotes en particular, el premio del alma es la clara visión beatífica, que corresponde al conocimiento oscuro de la fe de los viadores. Esta visión se le concedió a María Santísima las veces y en los grados que dejo declarado (Cf. supra ib) y diré adelante (Cf. infra n.473, 956, 1471,1523; p.III n.62, 494, 603, 616,654.685). Fuera de esta visión intuitiva tuvo otras muchas abstractivas de la divinidad, como arriba se ha dicho (Cf. supra n.6-101). Y aunque todas eran de paso, pero de ellas le quedaban en su entendimiento tan claras aunque diferentes especies, que con ellas gozaba de una noticia y luz de la divinidad tan alta, que no hallo términos para explicarla; porque en esto fue singular esta Señora entre las criaturas, y en este modo permanecía en ella el efecto de este dote compatible con ser viadora. (peregrina en la tierra y moradora del cielo) Y cuando tal vez se le escondía el Señor, suspendiendo el uso de estas especies para otros altos fines, usaba de sola la fe infusa, que en ella era sobreexcelente y eficazísima. De manera que, por un modo o por otro, jamás perdió de vista aquel objeto divino y sumo bien, ni apartó de él los ojos del alma por un solo instante; pero en los nueve meses que tuvo en su vientre al Verbo humanado, gozó mucho más de la vista y regalos de la divinidad.

164. El segundo dote es comprensión o tensión o aprensión, que es tener conseguido el fin que corresponde a la esperanza y le buscamos por ella para llegar a poseerle inadmisiblemente. Esta posesión y comprensión tuvo María Santísima en los modos que corresponden a las visiones dichas, porque como veía a la divinidad así la poseía. Y cuando quedaba en la fe sola y pura, era en ella la esperanza más firme y segura que lo fue ni será en pura criatura, como también era mayor su fe. Y a más de esto, como la firmeza de la posesión se funda mucho de parte de la criatura

en la santidad segura y en no poder pecar, por esta parte venía a ser tan privilegiada nuestra divina Señora, que su firmeza y seguridad en poseer a Dios competía en algún modo, siendo ella viadora, con la firmeza y seguridad de los bienaventurados; porque por parte de la inculpable e impecable santidad tenía seguro el no poder perder jamás a Dios, aunque la causa de esta seguridad en ella, viadora, no era la misma que en ellos gloriosos. En los meses de su embarazo tuvo esta posesión de Dios por varios modos de gracias especiales y milagrosas, con que el Altísimo se le manifestaba y unía con su alma purísima.

165. El tercero dote es fruición y corresponde a la caridad que no se acaba (1 Cor 13,8), pero se perfecciona en la gloria; porque la fruición consiste en amar al sumo Bien poseído, y esto hace la caridad en la patria, donde así como le conoce y tiene como él es en sí mismo, así también le ama por sí mismo. Y aunque ahora, cuando somos viadores, le amamos también por sí mismo, pero es grande la diferencia: que ahora le amamos con deseo y le conocemos no como él está en sí, mas como se nos representa en especies ajenas o por enigmas (Ib. 12). Y así no perfecciona nuestro amor, ni con él nos quietamos, ni recibimos la plenitud de gozo, aunque tengamos mucho en amarle. Pero a su vista clara y posesión le veremos como él es en sí mismo y por sí mismo y no por enigmas, y por eso le amaremos como debe ser amado y cuanto podemos amarle respectivamente, y perfeccionará nuestro amor, quietados (Sal 16,15) con su fruición, sin dejarnos qué desear.

166. De este dote tuvo María Santísima más condiciones que de todos en algún modo; porque su amor ardentísimo, dado que en alguna condición fuese inferior al de los bienaventurados, cuando estaba sin visión clara de la divinidad, fue superior en otras muchas excelencias, aun en el estado común que tenía. Nadie tuvo la ciencia divina que esta Señora, y con ella conoció cómo debía ser Dios amado por sí mismo; y esta ciencia se ayudaba de las especies y memoria de la misma divinidad que había visto y gozado en más alto grado que los ángeles. Y como el amor le medía con este conocimiento de Dios, era consiguiente que en él se aventajase a los bienaventurados en todo lo que no era la inmediata posesión y estar en el término para no crecer ni aumentarse. Y si por su profundísima humildad permitía el Señor o condescendía con dar lugar a que obrando como viadora temiese con reverencia y trabajase por no disgustar a su amado, pero este receloso amor era perfectísimo y por el mismo Dios, y en ella causaba incomparable gozo y delectación correspondiente a la condición y excelencia del mismo amor divino que tenía.

167. En cuanto a los dotes del cuerpo que redundan en él de la gloria y dotes del alma, y son parte de la gloria accidental de los bienaventurados, digo que sirven para la perfección de los cuerpos gloriosos en el sentido y en el movimiento, para que en todo lo posible se asimilen a las almas y sin impedimento de su terrena materialidad estén dispuestos para obedecer a la voluntad de los santos, que en aquel estado felicísimo no puede ser imperfecta ni contraria a la voluntad divina. Para los sentidos han menester dos dotes: uno que disponga para recibir las especies sensitivas, y esto perfecciona el dote de la claridad; otro para que el cuerpo no reciba las acciones o pasiones nocivas y corruptibles, y para esto sirve la impasibilidad. Otros ha menester para el movimiento: uno para vencer la resistencia o tardanza de parte de su misma gravedad, y para esto se le concede el dote de agilidad; otro ha menester para vencer la resistencia ajena de los otros cuerpos, y para esto sirve la sutilidad. Y con estos dotes vienen a quedar los cuerpos gloriosos, claros, incorruptibles, ágiles y sutiles.

168. De todos estos privilegios tuvo parte en esta vida nuestra gran Reina y Señora. Porque el dote de la claridad hace capaz al cuerpo glorioso de recibir la luz y despedirla juntamente de sí mismo, quitándole aquella oscuridad opaca e impura y dejándole más transparente que un cristal clarísimo. Y cuando María Santísima gozaba de la visión clara y beatífica participaba su virginal cuerpo de este privilegio sobre todo lo que alcanza el entendimiento humano. Y después de estas visiones le quedaba un linaje de esta claridad y pureza que fuera admiración rara y peregrina, si se pudiera percibir con el sentido. Algo se le manifestaba en su hermosísimo rostro, como diré adelante, en especial en la tercera parte (Cf. infra n.219, 329, 422,560; p.III n.3, 6, 40, 449, 586, etc.), aunque no todos la conocieron ni la vieron de los que la trataban, porque el Señor le ponía cortina y velo, para que no se comunicase siempre ni indiferentemente. Pero en muchos efectos sentía ella misma el privilegio de este dote, que en otros estaba como disimulado, suspenso y oculto, y no reconocía el embarazo de la opacidad terrena que los demás sentimos.

169. Conoció algo de esta claridad Santa Isabel, cuando viendo a María santísima exclamó con admiración y dijo (Lc 1,43). “¿De dónde me vino a mí que venga la Madre de mi Criador adonde yo estoy?” No era capaz el mundo de conocer este sacramento del Rey, ni era tiempo oportuno de manifestarle, pero en algo tenía siempre el rostro más claro y lustroso que otras criaturas, y lo restante tenía una disposición sobre todo orden natural de los demás cuerpos y

causaba en ella una como complexión delicadísima y espiritualizada, y como un cristal suave animado que para el tacto no tuviera aspereza de carne, sino una suavidad como de seda floja muy blanda y fina; que no hallo otros ejemplos con que darme a entender. Pero no parecerá mucho esto en la Madre del mismo Dios, porque le traía en su vientre y le había visto tantas veces, y muchas cara a cara; pues a Moisés, de la comunicación que tuvo en el monte con Dios, mucho más inferior que la de María Santísima, no podían los hebreos mirarle cara a cara ni sufrir su resplandor cuando bajó del monte (Ex 34,30). Y no hay duda que si con especial providencia no ocultara el Señor y detuviera la claridad que la cara y el cuerpo de su purísima Madre despidiera de sí, ilustrara el mundo más que mil soles juntos y ninguno de los mortales pudiera naturalmente sufrir sus refulgentes resplandores, pues aun estando ocultos y detenidos descubría en su divino rostro lo que bastaba para causar en todos cuantos la miraban el efecto que en San Dionisio Areopagita, cuando la vio (Cf. la nota 3 del cap. 4 del libro I).

170. La impasibilidad causa en el cuerpo glorioso una disposición por la cual ningún agente, fuera del mismo Dios, lo puede alterar ni mudar, por más poderosa que sea su virtud activa. De este privilegio participó nuestra Reina en dos maneras: la una, en cuanto al temperamento del cuerpo y sus humores, porque los tuvo con tal peso y medida, que no podía contraer ni padecer enfermedades, ni otras pensiones humanas que nacen de la desigualdad de los cuatro humores, y por esta parte era casi impasible; la otra fue por el dominio e imperio poderoso que tuvo sobre todas las criaturas, como arriba se dijo (Cf. supra n.18,30,43,56,60), porque ninguna la ofendiera sin su consentimiento y voluntad. Y podemos añadir otra tercera participación de la impasibilidad, que fue la asistencia de la virtud divina correspondiente a su inocencia. Porque si los primeros padres en el paraíso no padecieran muerte violenta si perseveraran en la justicia original, y este privilegio gozaran no por virtud intrínseca o inherente porque si les hiriera una lanza pudieran morir, sino por virtud asistente del Señor que los guardara de no ser heridos, con mayor título se le debía esta protección a la inocencia de la soberana María, y así le gozaba como Señora, y los primeros padres le tuvieron, y tuvieron sus descendientes como siervos y vasallos.

171. No usó de estos privilegios nuestra humilde Reina, porque los renunció para imitar a su Hijo Santísimo y merecer y cooperar a nuestra redención; que por todo este quiso padecer y padeció más que los mártires. Y con razón humana no se puede ponderar cuántos fueron sus trabajos, de los cuales diremos en toda esta divina Historia dejando mucho más, porque no alcanzan las razones y términos comunes a ponderarlo. Pero advierto dos cosas: la una, que el padecer de nuestra Reina no tenía relación a las culpas propias, que en ella no las había, y así padecía sin la amargura y acedía que está embebida en las penas que padecemos con memoria y atención a nuestros propios pecados y en sujetos que los han cometido; la otra es que para padecer María Santísima fue confortada divinamente en correspondencia de su ardentísimo amor, porque no pudiera sufrir naturalmente el padecer tanto como su amor le pedía, y por el mismo amor la concedía el Altísimo.

172. La sutilidad es un privilegio que aparta del cuerpo glorioso la densidad o impedimento que tiene por su materia cuantitativa para penetrarse con otro semejante y estar en un mismo lugar con él; y así el cuerpo sutilizado del bienaventurado queda con condiciones de espíritu, que puede sin dificultad penetrar otro cuerpo de cantidad y sin dividirse ni apartarse se pone en el mismo lugar, como lo hizo el cuerpo de Cristo Señor nuestro saliendo del sepulcro y entrando a los apóstoles cerradas las puertas (Jn 20,19) y penetrando los cuerpos que cerraban aquellos lugares. Participó este dote María Santísima no sólo mientras gozaba de las visiones beatíficas, pero después le tuvo como a su voluntad para usar de él muchas veces, como sucedió en algunas apariciones que hizo corporalmente en su vida, como adelante diremos (Cf. infra p.III n.193,325,352,399,560,562,568), porque en todas usó de esta sutilidad penetrando otros cuerpos.

173. El último dote de la agilidad sirve al cuerpo glorioso de virtud tan poderosa para moverse de un lugar a otro que sin impedimento de la gravedad terrestre se moverá de un instante a otro a diferentes lugares, al modo de los espíritus, que no tienen cuerpo y se mueven por su misma voluntad. Tuvo María Santísima una admirable y continua participación de esta agilidad, que especialmente le resultó de las visiones divinas; porque no sentía en su cuerpo la gravedad terrena y pesada que los demás, y así caminaba sin la tardanza que los demás y sin molestia pudiera moverse velocísimamente sin sentir quebranto y fatiga como nosotros. Y todo esto era consiguiente al estado y condiciones de su cuerpo tan espiritualizado y bien formado. Y en el tiempo de los nueve meses que estuvo preñada, sintió menos el gravamen del cuerpo, aunque, para padecer lo que convenía, daba lugar a las molestias para que obrasen en ella y la fatigasen. Con tan admirable modo y perfección tenía todos estos privilegios y usaba de ellos, que yo me hallo sin palabras para explicar lo que se me ha manifestado, porque es mucho más que cuanto he dicho y puedo decir.

174. Reina del cielo y Señora mía, después que vuestra dignación me adoptó por hija, quedó vuestra palabra en empeño de ser mi guía y mi maestra. Con esta fe me atrevo a proponeros una duda en que me hallo: ¿Como, Madre y Dueña mía, habiendo llegado vuestra alma santísima a ver y gozar de Dios las veces que Su Majestad altísima lo dispuso, no quedó siempre bienaventurada? y ¿cómo no decimos que siempre lo fuisteis, pues no había en vos culpa alguna ni otro obstáculo para serlo, según la luz que de vuestra excelente dignidad y santidad se me ha dado?

Respuesta y doctrina de la misma Reina y Señora nuestra.

175. “Hija mía carísima, tú dudas como quien me ama y preguntes como quien ignora. Advierte, pues, que la perpetuidad y duración es una de las partes de felicidad y bienaventuranza destinada para los santos, porque ha de ser del todo perfecta; y si fuera sólo por algún tiempo, le faltara el complemento y adecuación necesaria para ser suma y perfecta felicidad. Y tampoco es compatible por ley común y ordinaria que la criatura sea gloriosa y esté juntamente sujeta a padecer, aunque no tenga pecado. Y si en esto se dispensó con mi Hijo Santísimo, fue porque siendo hombre y Dios verdadero no debía carecer de la visión beatífica su alma santísima unida a la divinidad hipostáticamente; y siendo juntamente Redentor del linaje humano, no pudiera padecer ni pagar la deuda del pecado, que es la pena, si no fuera pasible en el cuerpo. Pero yo era pura criatura y no siempre había de gozar de la visión debida al que era Dios, ni tampoco me podía llamar siempre bienaventurada, porque sólo de paso lo era. Y con estas condiciones estaba bien dispuesto que padeciese a tiempos y gozase a otros, y que fuese más continuo el padecer y merecer que aquel gozar, porque era viadora y no comprensora.

176. “Y dispuso el Altísimo con justa ley que las condiciones de la vida eterna no se gocen en la mortal (Ex 33,20) y que el venir a la inmortalidad sea pasando por la muerte corporal y precediendo los merecimientos en estado pasible, cual es el de la vida presente de los hombres. Y aunque la muerte en todos los hijos de Adán fue estipendio (Rom 6,23) y castigo del pecado, y por este título yo no tenía parte en la muerte ni en los otros efectos y castigos del pecado, pero el Altísimo ordenó que yo también entrase en la vida y felicidad eterna por medio de la muerte corporal, como lo hizo mi Hijo Santísimo; porque en esto no había inconveniente para mí y había muchas conveniencias en seguir el camino real de todos y granjear grandes frutos de merecimientos y gloria por medio del padecer y morir. Otra conveniencia había en esto para los hombres, que conociesen cómo mi Hijo Santísimo y yo, que era su Madre, éramos de verdadera naturaleza humana como los demás, pues éramos mortales como ellos. Y con este conocimiento venía a ser más eficaz el ejemplo que dejábamos a los hombres para imitar en la carne pasible las obras que nosotros habíamos hecho en ella, y todo redundaba en mayor gloria y exaltación de mi Hijo y Señor, y mía. Y todo esto se evacuara en mucha parte, si fueran continuas en mí las visiones de la divinidad. Pero después que concebí al Verbo eterno, fueron más frecuentes y mayores los beneficios y favores, como de quien ya le tenía por más propio y más vecino.

177. “Con esto respondo a tus dudas. Y por mucho que hayas entendido y trabajado para manifestar los privilegios y efectos que yo gozaba en la vida mortal, no será posible que alcances todo lo que en mí obraba el brazo poderoso del Altísimo. Y mucho menos de lo que entiendes podrás declarar con palabras materiales. Advierte ahora a la doctrina consiguiente a la que te enseñé en los capítulos precedentes. Si yo fui el ejemplar que debes imitar, recibiendo la venida del mismo Dios a las almas y al mundo con la reverencia, culto, humildad y agradecimiento y amor que se le debe, consiguiente será que, si tú lo haces a imitación mía, y lo mismo las demás almas, venga a ti el Altísimo para comunicarte y obrar efectos divinos, como en mí lo hizo, aunque en ti y en las demás sean inferiores y menos eficaces. Porque si la criatura desde el principio que tiene uso de razón comenzase a caminar al Señor como debe, enderezando sus pasos por las sendas derechas de la salud y vida, Su Majestad altísima, que ama a sus hechuras, le saldría al encuentro (Sab 6,15), anticipando sus favores y comunicación; que le parece largo el plazo de aguardar al fin de la peregrinación para manifestarse a sus amigos.

178. Y de aquí nace que, por medio de la fe, esperanza y caridad y por el uso de los sacramentos dignamente recibidos, se les comuniquen a las almas muchos y divinos efectos que su dignación les da, unos por el modo común de la gracia y otros por orden más sobrenatural y milagroso, y cada uno más o menos, conforme a su disposición y a los fines del mismo Señor, que no luego se conocen. Y si las almas no pusieran obstáculo de su parte, fuera tan liberal con ellas el amor divino como lo es con algunas que se disponen, a quienes da mayor luz y noticia de su ser inmutable y con un éxtasis divino y dulcísimo las transforma en sí mismo y las comunica muchos efectos de la bienaventuranza; porque se deja tener y gozar por aquel oculto abrazo que sintió la esposa, cuando dijo: Le tengo y no le dejaré, habiéndolo hallado (Cant 3,4 (A.)). Y de esta presencia y posesión le da el mismo Señor muchas prendas y señales para que

le posea en amor quieto como los santos, aunque sea por tiempo limitado. Tan liberal como esto es Dios, nuestro Dueño y Señor, en remunerar los afectos de amor y los trabajos que recibe la criatura por obligarle, tenerle y no perderle.

179. “Y con esta violencia suave del amor desfallece y muere la criatura a todo lo terreno, que por esto se llama el amor fuerte como la muerte (Cant 8,6). Y de esta muerte resucita a nueva vida espiritual, donde se hace capaz de recibir nueva participación de la bienaventuranza y de sus dotes, porque goza más frecuente de la sombra y de los dulces frutos del sumo bien que ama (Cant 2,3 (A.)). Y de estos ocultos sacramentos redunda a la parte inferior y animal un género de claridad que la purifica de los efectos de las tinieblas espirituales, la hace fuerte y como impasible para sufrir y padecer todo lo adverso a la naturaleza de la carne y con una sed sutilísima apetece todas las dificultades y violencias que padece el reino de los cielos (Mt 11,12), queda ágil y sin la gravedad terrena, de suerte que muchas veces siente este privilegio el mismo cuerpo, que de suyo es pesado, y con esto se le facilitan los trabajos que antes le parecían graves. De todos estos efectos, hija mía, tienes ciencia y experiencia, y te los he declarado y representado para que más te dispongas y trabajes y procedas de manera que el Altísimo, como agente divino y poderoso, te halle materia dispuesta y sin resistencia ni óbice para obrar en ti su beneplácito.”

CAPITULO 14

[Regresar al Principio](#)

De la atención y cuidado que María Santísima tenía con su embarazo y algunas cosas que le sucedieron con él.

180. Luego que nuestra Reina y Señora volvió en sus sentidos de aquel éxtasis que tuvo en la Concepción del Verbo Eterno humanado, se postró en tierra y le adoró en su vientre, como queda dicho en el capítulo 12, núm. 152. Esta adoración continuó toda su vida, comenzándola cada día a media noche, y hasta la otra siguiente solía repetir las genuflexiones trescientas veces y más, si tenía oportunidad, y en esto fue más diligente los nueve meses de su divino embarazo. Y para cumplir con plenitud las nuevas obligaciones en que se hallaba, sin faltar a las de su estado, con el nuevo depósito del eterno Padre que tenía en su virginal tálamo, puso toda su atención sobre muchas y fervorosas peticiones para guardar el tesoro del cielo que se le había fiado. Dedicó para esto de nuevo su alma santísima y sus potencias, ejercitando todos los actos de las virtudes en grado tan heroico y supremo, que causaba nueva admiración a los mismos ángeles. Dedicó también y consagró todas las demás acciones corporales para obsequio y servicio del Dios y hombre infante que traía en su virgíneo cuerpo. Si comía, dormía, trabajaba y descansaba, todo lo encaminaba a la nutrición y conservación de su dulcísimo Hijo y en todas estas obras se enardecía en amor divino.

181. El día siguiente a la Encarnación se le manifestaron en forma corpórea los mil ángeles que la asistían y con profunda humildad adoraron en el vientre de la Madre a su Rey humanado, y a ella la reconocieron de nuevo por Reina y Señora y la dieron debido culto y reverencia y la dijeron: “Ahora, Señora, sois la verdadera Arca del Testamento que encerráis al mismo Legislador y la ley y guardáis el maná del cielo, que es nuestro pan verdadero. Recibid, Reina nuestra, la enhorabuena de vuestra dignidad y suma dicha, que por ella engrandecemos al Altísimo, porque justamente os eligió por su Madre y tabernáculo. Nos ofrecemos de nuevo a vuestro obsequio y servicio, para obedeceros como vasallos y siervos del Rey supremo y todopoderoso, de quien sois Madre verdadera. Este ofrecimiento y nueva veneración de los santos ángeles renovó en la Madre de la sabiduría incomparables efectos de humildad, agradecimiento y amor divino. Porque en aquel prudentísimo corazón, donde estaba el peso del santuario para dar a todas las cosas el valor y precio que se debe, hizo gran ponderación el verse reverenciada y reconocida por Señora y Reina de los espíritus angélicos; y aunque era más el verse Madre del mismo Rey y Señor de todo lo criado, pero todos estos beneficios y dignidad se le manifestaban más por las demostraciones y obsequio de los santos ángeles.

182. Cumplían ellos estos ministerios como ejecutores y ministros (Heb 1,14) de la voluntad del Altísimo y, cuando su Reina y Señora nuestra estaba sola, todos la asistían en forma corpórea y la servían en sus acciones y ocupaciones corporales, y si trabajaba de manos la administraban lo que era necesario. Si acaso comía alguna vez en ausencia de San José, la servían de maestresalas en su pobre mesa y humildes manjares. A cualquiera parte la acompañaban y hacían escolta y en el servicio de San José la ayudaban. Y con todos estos favores y socorros no se olvidaba la divina Señora de pedir licencia al Maestro de los maestros para todas las acciones y obras que había de hacer y pedirle su dirección y asistencia. Tan acertados y tan bien gobernados eran todos sus ejercicios con la plenitud que sólo el mismo

Señor puede comprender y ponderar.

183. A más de esta enseñanza ordinaria en el tiempo que tuvo en su vientre santísimo al Verbo humanado, sentía su presencia divina por diversos modos, todos admirables y dulcísimos. Unas veces se le manifestaba por visión abstractiva, como arriba he dicho (Cf. supra p.I n.229, 237, 312, 383, 389, 734, 742; p.II n.6-8). Otras le conocía y veía en el modo que estaba en su virginal templo, unido hipostáticamente a la naturaleza humana. Otras se le manifestaba la humanidad santísima como si por un viril cristalino la mirara, sirviendo para esto el mismo vientre y cuerpo purísimo; materno, y este género de visión era de especial consuelo y júbilo, para la gran Reina. Otras veces conocía que de la divinidad resultaba en el cuerpo del niño Dios algún influjo de la gloria de su alma santísima, con que le comunicaba algunos efectos de bienaventurado y glorioso, especialmente la claridad y luz que del cuerpo natural del Hijo resultaba en la Madre con un ilapso inefable y divino. Y este favor la transformaba toda en otro ser, inflamando su corazón y causando en toda ella tales efectos, que ninguna capacidad de criaturas los puede explicar. Extiéndase y dilátase el juicio más levantado de los supremos serafines y quedará oprimido de esta gloria (Prov 25,27), porque toda esta divina Reina era un cielo intelectual y animado y en ella sola estaba epilogada la grandeza y gloria que no pueden abarcar ni ceñir los dilatados fines de los mismos cielos (3 Re 8,27).

184. Se alternaban y se sucedían estos beneficios y otros con los ejercicios de la divina Madre, con la variedad y diferencia de operaciones que ejercitaban, unas espirituales, otras manuales y corporales; unas en servir a su esposo, otras en beneficio de los prójimos; y todo esto junto y gobernado por la sabiduría de una doncella hacía armonía admirable y dulcísima para los oídos del Señor y admirable para todos los espíritus angélicos. Y cuando entre esta variedad quedaba la Señora del mundo más en su natural estado, porque así lo disponía el Altísimo, padecía un deliquio causado de la fuerza y violencia de su mismo amor; porque con verdad pudo decir lo que por ella dijo Salomón en nombre de la esposa: Socorredme con flores, porque estoy enferma de amor (Cant 2,5 (A.)); y así sucedía que con la herida penetrante de esta dulcísima flecha llegaba al extremo de la vida, pero luego la confortaba el brazo poderoso del Altísimo por modo sobrenatural.

185. Y tal vez para darla algún aliento sensible, por el mismo imperio del Señor venían a visitarla muchas avecillas, y como si tuvieran discurso la saludaban con sus meneos y la daban concertadísima música a coros y aguardaban su bendición para despedirse de ella. Señaladamente sucedió esto luego que concibió al Verbo divino, como dándole la enhorabuena de su dignidad, después que lo hicieron los santos ángeles. Y este día les habló la Señora de las criaturas, mandando a diversos géneros de aves que con ella estaban, a que reconociesen a su Criador, y en agradecimiento del ser y hermosura que las había dado, y de su conservación, le cantasen y alabasen. Y luego la obedecieron como a Señora y de nuevo hicieron coros y cantaron con muy dulce armonía y humillándose hasta el suelo hicieron reverencia al Criador y a su Madre, que le tenía en su vientre. Solían otras veces traerle flores en los picos y se las ponían en las manos, aguardando que les mandase cantar o callar a su voluntad. También sucedía que con las inclemencias de los tiempos venían algunas avecillas al amparo de su divina Señora, y Su Alteza las admitía y sustentaba con admirable afecto de su inocencia y glorificando al Criador de todo.

186. Y no debe extrañar nuestra tibia ignorancia estas maravillas, pues aunque la materia en que se obraban pudiera estimarse por pequeña, pero las obras del Altísimo todas son grandes y venerables en sus fines, y también eran grandiosas las obras de nuestra prudentísima Reina en cualquiera materia que las hiciese. ¿Y quién hay tan ignorante o temerario que no conozca cuán digna acción de la criatura racional es conocer la participación del ser de Dios y de sus perfecciones en todas las criaturas, buscarle y hallarle, bendecirle y magnificarle en todas ellas, por admirable, poderoso, liberal y santo, como lo hacía la Santísima María, sin haber tiempo ni lugar ni criatura visible que para ella fuese ociosa? ¿Y cómo también no se confundirá nuestro ingratisimo olvido? ¿Cómo no se ablandará nuestra dureza? ¿Cómo no se encenderá nuestro tibio corazón, hallándonos reprendidos y enseñados de las criaturas irracionales, que sólo por aquella participación de su ser recibido de ser Dios le alaban sin ofenderle y los hombres que han participado la imagen y semejanza del mismo Dios, con capacidad de conocerle y gozarle eternamente, le olvidan sin conocerle, si le conocen no le alaban y sin quererle servir le ofenden? Con ningún derecho se han de preferir éstos a los animales brutos, pues vienen a ser peores que ellos (Sal 48,13,21).

Doctrina de la Santísima Reina y Señora nuestra.

187. “Hija mía, prevenida estás de mi doctrina hasta ahora, para desear y procurar la ciencia divina, que deseo mucho

aprendas, para que con ella entiendas y conozcas profundamente el decoro y reverencia con que has de tratar con Dios. Y de nuevo te advierto que entre los mortales esta ciencia es muy dificultosa y de pocos codiciada, con mucho daño suyo, por su ignorancia; porque de ella nace que, cuando llegan a tratar con el Altísimo y de su culto y servicio, no hacen el concepto digno de su grandeza infinita, ni se desnudan de las imágenes tenebrosas y operaciones terrenas, que los hacen torpes y carnales, indignos e improporcionados para el magnífico trato de la divinidad soberana. Y a esta grosería se sigue otro desorden, que si tratan con los prójimos se entregan sin orden, sin medida y sin modo a las acciones sensitivas, perdiendo totalmente la memoria y atención de su Criador, y con el mismo furor de sus pasiones se entregan a todo lo terreno.

188. “Quiero, pues, carísima, que te alejes de este peligro y desprendas la ciencia cuyo objeto es el inmutable ser de Dios y sus infinitos atributos, y de tal manera le has de conocer y unirte con él, que ninguna cosa criada se interponga entre tu espíritu y alma y entre el verdadero y sumo bien. En todo tiempo, lugar, ocupación y operaciones le has de tener a la vista, sin soltarle (Cant 3,4) de aquel íntimo abrazo de tu corazón. Y para esto te advierto y te mando que le trates con magnificencia, con decoro, con reverencia y temor íntimo de tu pecho. Y cualquiera cosa de las que tocan a su divino culto, quiero que la trates con toda atención y aprecio. Y sobre todo, para entrar en su presencia por la oración y deprecaciones, desnúdate de toda imagen sensible y terrena. Y porque la humana fragilidad no puede siempre ser estable en la fuerza del amor, ni sufrir sus movimientos violentos para el ser terreno, admite algún alivio decente y tal que en él halles también al mismo Dios: como alabarle en la hermosura de los cielos y estrellas, en la variedad de las yerbas, en la apacible vista de los campos, en la fuerza de los elementos y más en la naturaleza de los ángeles y en la gloria de los santos.

189. “Pero siempre estarás advertida, sin olvidar jamás este documento, que por ningún suceso ni trabajo busques alivio, ni admitas divertimento con criaturas humanas; y entre ellas menos con los hombres, porque en tu natural flaco e inclinado a no dar pena, puedes tener peligro de exceder y pasar la raya de lo que es lícito y justo, introduciéndose el gusto sensible más de lo que conviene a las religiosas esposas de mi Hijo Santísimo. En todas las criaturas humanas corre riesgo este descuido, porque si a la naturaleza frágil se le da rienda, ella no atiende a la razón ni a la verdadera luz del espíritu, mas olvidándolo todo sigue a ciegas el ímpetu de la pasión y ésta su deleite. Contra este general peligro se ordenó el encerramiento y retiro de las almas consagradas a mi Hijo y Señor, para cortar de raíz las ocasiones infelices y desgraciadas de aquellas religiosas que de voluntad las buscan y se entregan a ellas. Tus alivios, carísima, y de tus hermanas no han de ser tan llenos de peligro y de mortal veneno, y siempre has de buscar de intento los que hallarás en el secreto de tu pecho y en el retrete de tu Esposo, que es fiel en consolar al triste y asistir al atribulado” (Sal 90,15).

CAPITULO 15

[Regresar al Principio](#)

Conoció María Santísima la voluntad del Señor para visitar a Santa Isabel; pide licencia a San José, sin manifestarle otra cosa.

190. Por la relación del embajador del cielo San Gabriel conoció María Santísima cómo su deuda Isabel que se tenía por estéril había concebido un hijo y que ya estaba en el sexto mes de su embarazo (Lc 1,36). Y después, en unas de las visiones intelectuales que tuvo, la reveló el Altísimo que el hijo milagroso que pariría Santa Isabel sería grande delante del mismo Señor y sería profeta y precursor (Ib. 15-17) del Verbo humanado que ella traía en su virginal vientre, y otros misterios grandes de la santidad y ministerios de San Juan. En esta misma visión y en otras conoció también la divina Reina el agrado y beneplácito del Señor, en que fuese a visitar a su deuda Isabel, para que ella y su hijo que tenía en el vientre fuesen santificados con la presencia de su Reparador; porque disponía Su Majestad estrenar los efectos de su venida al mundo y sus merecimientos en su mismo Precursor, comunicándole el corriente de su divina gracia, con que fuese como fruto temporáneo y anticipado de la Redención humana.

191. Por este nuevo sacramento que conoció la prudentísima Virgen, hizo gracias al Señor con admirable júbilo de su espíritu, porque se dignaba de hacer aquel favor al alma del que había de ser su profeta y precursor y a su madre Isabel. Y ofreciéndose al cumplimiento del divino beneplácito, habló con Su Majestad y le dijo: “Altísimo Señor, principio y causa de todo bien, eternamente sea glorificado vuestro nombre y de todas las naciones sea conocido y

alabado. Yo, la menor de las criaturas, os doy humildes gracias por la misericordia que tan liberal queréis mostrar con vuestra sierva Isabel y con el hijo de su vientre. Si es beneplácito de vuestra dignación que me enseñéis de que yo os sirva en esta obra, aquí estoy preparada, Señor mío, para obedecer con prontitud a vuestros divinos mandatos.” La respondió el Altísimo: “Paloma mía y amiga mía, escogida entre las criaturas, de verdad te digo que por tu intercesión y por tu amor atenderé como Padre y Dios liberalísimo a tu prima Isabel y al hijo que de ella ha de nacer, eligiéndole por mi profeta y precursor del Verbo en ti hecho hombre, y los miro como a cosas propias y allegadas a ti. Y así quiero que vaya mi Unigénito y tuyo a visitar a la madre y a rescatar al hijo de la prisión de la primera culpa, para que antes del tiempo común y ordinario de los otros hombres suene la voz de sus palabras y alabanza en mis oídos (Cant 2,14) y santificando su alma les sean revelados los misterios de la Encarnación y Redención. Y para esto quiero, esposa mía, que vayas a visitar a Isabel, porque todas las tres Personas divinas elegimos a su hijo para grandes obras de nuestro beneplácito.”

192. A este mandato del Señor respondió la obedientísima Madre: “Bien sabéis, Dueño y Señor mío, que todo mi corazón y mis deseos se encaminan a vuestro divino beneplácito y quiero con diligencia cumplir lo que mandáis a vuestra humilde sierva. Dadme, bien mío, licencia para que la pida a mi esposo José y que haga esta jornada con su obediencia y gusto. Y para que del vuestro no me aparte, gobernad en ella todas mis acciones y enderezad mis pasos a la mayor gloria de vuestro santo nombre, y recibid para esto el sacrificio de salir en público y dejar mi retirada soledad. Y quisiera yo, Rey y Dios de mi alma, ofrecer más que mis deseos en esto, hallando que padecer por vuestro amor todo lo que fuere de mayor servicio y agrado vuestro, para que no estuviera ocioso el afecto de mi alma.”

193. Salió de esta visión nuestra gran Reina y, llamando a los mil ángeles de su guarda, se le manifestaron en forma corpórea, y les declaró el mandato del Altísimo, pidiéndoles que en aquella jornada la asistiesen muy cuidadosos y solícitos, para enseñarla a cumplir aquella obediencia con el mayor agrado del Señor y la defendiesen y guardasen de los peligros, para que en todo lo que se le ofreciese en aquel viaje ella obrase perfectamente. Se ofrecieron los santos príncipes a obedecerla y servirla con admirable rendimiento. Esto mismo solía hacer en otras ocasiones la Maestra de toda prudencia y humildad, que siendo ella más sabia y más perfecta en el obrar que los mismos ángeles, con todo eso, por el estado de viadora y por la condición de la inferior naturaleza que tenía, para dar a sus obras toda plenitud de perfección, consultaba y llamaba a sus santos ángeles, que siendo inferiores en santidad la guardaban y asistían, y con su dirección disponía las acciones humanas, gobernadas todas por otra parte con el instinto del Espíritu Santo. Y los divinos espíritus la obedecían con la presteza y puntualidad propia a su naturaleza y debida a su misma Reina y Señora. Y con ella hablaban y conferían coloquios dulcísimos y alternaban cánticos de sumo honor y alabanza del Altísimo. Y otras veces trataba de los misterios soberanos del Verbo encarnado, de la unión hipostática, del sacramento de la Redención humana, de los triunfos que alcanzaría, de los frutos y beneficios que de sus obras recibirían los mortales. Y sería alargarme mucho, si hubiera de escribir todo lo que en esta parte se me ha manifestado.

194. Determinó luego la humilde esposa pedir licencia a San José para poner por obra lo que la mandaba el Altísimo y sin manifestarle este mandato, siendo en todo prudentísima, un día le dijo estas palabras: “Señor y esposo mío, por la divina luz he conocido cómo la dignación del Altísimo ha favorecido a Isabel mi prima, mujer de Zacarías, dándole el fruto que pedía en un hijo que ha concebido, y espero en su bondad inmensa que siendo mi prima estéril, habiéndole concedido este singular beneficio, será para mucho agrado y gloria del Señor. Yo juzgo que en tal ocasión como ésta me corre obligación decente de ir a visitarla y tratar con ella algunas cosas convenientes a su consuelo y su bien espiritual. Si esta obra, señor, es de vuestro gusto, la haré con vuestra licencia, estando sujeta en todo a vuestra disposición y voluntad. Considerad vos lo mejor y mandadme lo que debo hacer.”

195. Fue para el Señor muy agradable esta discreción y silencio de María Santísima, llena de tan humilde rendimiento como digna de su capacidad para que se depositasen en su pecho los grandes sacramentos del Rey (Tob 12,7). Y por esto y por la confianza en su fidelidad con que obraba esta gran Señora, dispuso Su Majestad el corazón purísimo del Santo José, dándole su luz divina para lo que debía hacer conforme a la voluntad del mismo Señor. Este es premio del humilde que pide consejo, hallarle seguro y con acierto, y también es consiguiente al santo y discreto celo dame prudente cuando se le piden. Con esta dirección respondió el santo esposo a nuestra Reina: “Ya sabéis, Señora y esposa mía, que mis deseos todos están dedicados para serviros con toda mi atención y diligencia, porque de vuestra gran virtud confío, como debo, no se inclinará vuestra rectísima voluntad a cosa alguna que no sea de mayor agrado y gloria del Altísimo, como creo lo será esta jornada. Y porque no extrañen que vais en ella sin la compañía de vuestro esposo, yo iré con mucho gusto para cuidar de vuestro servicio en el camino. Determinad el día para que vayamos

juntos.”

196. Agradeció María Santísima a su prudente esposo José el cuidadoso afecto y que tan atentamente cooperase a la voluntad divina en lo que sabía era de su servicio y gloria; y determinaron entrambos partir luego a casa de Isabel (Lc 1,39), previniendo sin dilación la recámara para el viaje, que toda se vino a resumir en alguna fruta, pan y pocos pececillos que le trajo el Santo José y en una humilde bestezuela que buscó prestada, para llevar en ella toda la recámara y a su Esposa y Reina de todo lo criado. Con esta prevención partieron de Nazaret para Judea, y la jornada proseguiré en el capítulo siguiente. Pero al salir de su pobre casa la gran Señora del mundo hincó las rodillas a los pies de su esposo San José y le pidió su bendición para dar principio a la jornada en el nombre del Señor. Se encogió el santo viendo la humildad tan rara de su esposa, que ya con tantas experiencias tenía muy conocida, y deteníase en bendecirla, pero la mansedumbre y dulce instancia de María Santísima le venció y el santo la bendijo en nombre del Altísimo. Y a los primeros pasos levantó la divina Señora los ojos al cielo y el corazón a Dios, enderezándolos a cumplir el divino beneplácito, llevando en su vientre al Unigénito del Padre y suyo para santificar a Juan en el de su madre Isabel.

Doctrina que me dio la divina Reina y Señora.

197. “Hija mía carísima, muchas veces te fío y manifiesto el amor de mi pecho, porque deseo grandemente que se encienda en el tuyo y te aproveches de la doctrina que te doy. Dichosa es el alma a quien manifiesta el Altísimo su voluntad santa y perfecta, pero más feliz y bienaventurada es quien conociéndola pone en ejecución lo que ha conocido. Por muchos medios enseña Dios a los mortales el camino y sendas de la vida eterna: por los Evangelios y Santas Escrituras, por los sacramentos y leyes de la Santa Iglesia, por otros libros y ejemplos de los santos, y especialmente por medio de la doctrina y obediencia de sus ministros, de quienes dijo Su Majestad: Quien a vosotros oye, a mí me oye (Lc 10,16); que el obedecerlos a ellos es obedecer al mismo Señor. Cuando por alguno de estos caminos llegares a conocer la divina voluntad, quiero de ti que con ligerísimo vuelo, sirviéndote de alas la humildad y la obediencia, o como un rayo prestísimo, así seas pronta en ejercitarla y en cumplir el divino beneplácito.

198. “Fuera de estos modos de enseñanza, tiene otros el Altísimo para encaminar las almas, intimándoles su voluntad perfecta sobrenaturalmente, por donde les revela muchos sacramentos. Este orden tiene sus grados y muy diferentes, y no todos son ordinarios ni comunes a las almas, porque dispensa el Altísimo su luz con medida y peso: unas veces habla el corazón y sentidos interiores con imperio, otras corrigiendo, otras amonestando y enseñando, otras veces mueve al corazón para que él lo pida y otras le propone claramente lo que el mismo Señor desea, para que se mueva el alma a ejecutarlo, y otras suele proponer en sí mismo, como en un claro espejo, grandes misterios que vea y conozca el entendimiento y ame la voluntad. Pero siempre este gran Dios y sumo bien es dulcísimo en mandar, poderoso en dar fuerzas para obedecer, justo en sus órdenes y presto en disponer las cosas para ser obedecido y eficaz en vencer los impedimentos, para que se cumpla su santísima voluntad.

199. “En recibir esta luz divina te quiero, hija mía, muy atenta, y en ejecutarla muy presta y diligente; y para oír al Señor y percibir esta voz tan delicada y espiritualizada es necesario que las potencias del alma estén purgadas de la grosería terrena y que toda la criatura viva según el espíritu, porque el hombre animal no percibe las cosas levantadas y divinas (1 Cor 2,14). Atiende, pues, a tu secreto (Is 24,16) y olvida todo lo de fuera; oye, hija mía, e inclina tu oído (Sal 44,11) despedida de todo lo visible. Y para que seas diligente, ama; que el amor es fuego y no sabe dilatar sus efectos donde halla dispuesta la materia, y tu corazón siempre le quiero dispuesto y preparado. Y cuando el Altísimo te mandare o enseñare alguna cosa en beneficio de las almas, y más para su salud eterna, ofrécete con rendimiento, porque son el precio más estimable de la sangre del Cordero (1 Pe 1,18-19) y del amor divino. No te impidas para esto con tu misma bajeza ni encogimiento, pero vence el temor que te acobarda, que si tú vales poco y eres inútil para todo, el Altísimo es rico, poderoso, grande, y por sí mismo hizo todas las cosas (Is 44,24), y no carecerá de premio tu prontitud y efecto, aunque sólo quiero que te mueva el beneplácito de tu Señor.”

CAPITULO 16

[Regresar al Principio](#)

La jornada de María Santísima a visitar a Santa Isabel y la entrada en casa de Zacarías.

200. Levantándose en aquellos días, dice el texto sagrado (Lc 1,39 (A.)) María Santísima caminó con mucha diligencia a las montañas y ciudad de Judá. Este levantarse nuestra divina Reina y Señora no fue sólo disponerse exteriormente y partir de Nazaret a su jornada, porque también significa el movimiento de su espíritu y voluntad con que por el divino impulso y mandato se levantó interiormente de aquel humilde retiro y lugar que con su mismo concepto y estimación tenía. De allí se levantó como de los pies del Altísimo, cuya voluntad y beneplácito esperaba para cumplirle, como la más humilde sierva que dijo David (Sal 122,2) *tiene puestos los ojos en las manos de su señora*, aguardando que la mande. Y levantándose con la voz del Señor encaminó su afecto dulcísimo a cumplir su voluntad santísima, en apresurar sin dilación la santificación del Precursor del Verbo humanado, que estaba en el vientre de Isabel como encarcelado con las prisiones del primer pecado. Este era el término y el fin de esta feliz jornada; para él se levantó la Princesa de los cielos y caminó con la presteza y diligencia que dice el evangelista San Lucas.

201. Dejando, pues, la casa de sus padres y olvidando su pueblo (Sal 44,11), tomaron el camino los castísimos esposos María y José y le enderezaron a casa de Zacarías en las montañas de Judea, que distaba veintisiete leguas de Nazaret, (Legua: Unidad antigua de longitud que expresa la distancia que una persona o un caballo pueden andar en una hora. Legua castellana: 4,19 km or 5000 varas castellanas) y gran parte de él era áspero y fragoso para tan delicada y tierna doncella. Toda la comodidad para tan desigual trabajo era un humilde jumentillo, en que comenzó y prosiguió el viaje; y aunque iba destinado sólo para su alivio y servicio, pero la más humilde y modesta de las criaturas se apeaba de él muchas veces y rogaba a su esposo José partiesen el trabajo y comodidad y que fuese el santo con algún alivio, sirviéndose de la bestezuela para esto. Nunca lo admitió el prudente esposo y, por condescender en algo con los ruegos de la divina Señora, consentía que algunos ratos fuese con él a pie, mientras le parecía lo podía sufrir su delicadeza, sin fatigarse demasiado, y luego con gran decoro y reverencia la pedía no rehusase el admitir aquel pequeño alivio, y la Reina celestial obedecía, prosiguiendo a caballo lo restante.

202. Con estas humildes competencias continuaban sus jornadas María Santísima y José, y en ellas distribuían el tiempo sin dejar ocioso sólo un punto. Caminaban en soledad, sin compañía de criaturas humanas, pero los asistían en todo los mil ángeles que guardaban el lecho de Salomón (Cant 3,7), María Santísima, que aunque iban en forma visible sirviendo a su gran Reina y a su Hijo Santísimo en su vientre, sola ella los veía; y atendiendo a los ángeles y a José su esposo, caminaba la Madre de la gracia, llenando los campos y los montes de fragancia suavísima con su presencia y con los divinos loores en que sin intervalo alguno se ocupaba. Unas veces hablaba con sus ángeles y alternativamente hacían cánticos divinos, con motivos diferentes de los misterios de la divinidad y de las obras de la Creación y Encarnación, con que de nuevo se enardecía en divinos afectos el cándido corazón de la purísima Señora. Y a todo esto ayudaba San José su esposo con el templado silencio que guardaba, recogiendo su espíritu en sí mismo con alta contemplación y dando lugar para que, a su entender, hiciera lo mismo su devota esposa.

203. Otras veces hablaban los dos y conferían muchas cosas de la salud de sus almas y de las misericordias del Señor, de la venida del Mesías y de las profecías que de él estaban anunciadas a los antiguos padres, y otros misterios y sacramentos del Altísimo. Sucedió en este viaje una cosa admirable para el santo esposo José: amaba tiernamente a su esposa con el amor santo y castísimo, ordenado (Cant 2,4) con especial gracia y dispensación del mismo amor divino; y a más de este privilegio era el santo, por otro no pequeño, de condición nobilísima, cortés, agradable y apacible; y todo esto obraba en él una solicitud prudentísima y amorosa a que le movía desde el principio la misma santidad y grandeza, que conocía en su divina esposa, como objeto próximo de aquellos dones del cielo. Con esto iba el santo cuidando de María Santísima y preguntándole muchas veces si se fatigaba y cansaba y en qué la podía aliviar y servir. Pero como ya la Reina del cielo llevaba en su tálamo virginal el divino fuego del Verbo humanado, sentía el Santo José ignorando la causa nuevos efectos en su alma por las palabras y conversación de su amada esposa, con que se reconocía más inflamado en el amor divino y con altísimo conocimiento de estos misterios que hablaban, con una llama interior y nueva luz que le espiritualizaba y le renovaba todo. Y cuanto más proseguían el camino y las pláticas celestiales, tanto más crecían estos favores, de que conocía ser instrumento las palabras de su esposa que penetraban su corazón e inflamaban la voluntad al divino amor.

204. Era tan grande esta novedad, que no pudo dejar de atender mucho a ella el discreto esposo José; y aunque conoció le venía todo por medio de María Santísima, y con la admiración se consolara con saber la causa e inquirirla sin curiosidad, con todo esto por su gran modestia no se atrevió a preguntarle cosa alguna, disponiéndolo así el Señor, porque no era tiempo de que conociese entonces el sacramento del Rey, que en el vientre virginal estaba escondido. Miraba la divina Princesa a su esposo, conociendo todo cuanto pasaba en el secreto de su pecho, y discurriendo con su prudencia se le representó que naturalmente era forzoso venir a manifestarse su embarazo sin poderse ocultar a su

carísimo y castísimo esposo. No sabía entonces la gran Señora el modo con que Dios gobernaría este sacramento; pero aunque no había recibido orden ni mandato suyo para que le ocultase, su divina prudencia y discreción la enseñaron cuán bueno era esconderle como sacramento grande y el mayor de todos los misterios; y así le tuvo oculto y secreto sin hablar palabra de él con su esposo, ni en esta ocasión, ni antes en la anunciación del ángel, ni después en los cuidados que adelante diremos (Cf. *infra* n.375-394), cuando llegó el caso de conocer el Santo José el embarazo.

205. ¡Oh discreción admirable y prudencia más que humana! Se dejó toda la gran Reina en la divina providencia, esperando lo que disponía, pero sintió algún cuidado y pena, previniendo la que su esposo santo podía recibir, y considerando que no podía anticipadamente sacarle de ella o divertirla. Y le crecía más este cuidado, atendiendo al que tenía el santo en servirla y en cuidar de ella con tanto amor y solicitud, a que se debía igual correspondencia en todo lo que prudentemente fuera posible. Por esto hizo especial oración al Señor, representándole su cuidadoso afecto y deseos del acierto, y el que San José había menester en la ocasión que esperaba, pidiendo para todo la asistencia y dirección divina. Y con esta suspensión ejercitó Su Alteza grandes y heroicos actos de fe, esperanza, caridad, prudencia, humildad, paciencia y fortaleza, dando plenitud de santidad a todo lo que se ofrecía; porque en cada cosa obraba lo más perfecto.

206. Esta jornada fue la primera peregrinación que hizo el Verbo humanado en el mundo, cuatro días después de haber entrado en él; que no pudo sufrir mayor dilación ni tardanza su ardentísimo amor en comenzar a encender el fuego que venía a derramar en él (Lc 12,49), dando principio a la justificación de los mortales en su divino precursor. Y esta presteza comunicó a su Madre Santísima, para que con festinación se levantase y fuese a visitar a Isabel. Y la divinísima Señora sirvió en esta ocasión de carroza al verdadero Salomón, pero más rica, más adornada y ligera que la del primero, a que la comparó el mismo Salomón (Cant 3,9-10) en sus Cantares; y así fue más gloriosa esta jornada y con mayor júbilo y magnificencia del Unigénito del Padre, porque caminaba con descanso en el tálamo virginal de su Madre y gozando de sus delicias amorosas, con que le adoraba, le bendecía, le miraba, le hablaba, le oía y respondía, y sola ella, que entonces era el archivo real de este tesoro y la secretaria de tan magnífico sacramento, le veneraba y agradecía por sí y por todo el linaje humano, mucho más que los hombres y los ángeles juntos.

207. En el discurso del camino, que les duró cuatro días, ejercitaron los peregrinos María Santísima y José, no sólo las virtudes que miran a Dios como objeto y otras interiores, pero muchos actos de caridad con los prójimos; porque no podía estar ociosa en presencia de los necesitados de socorro. No hallaban en todas las posadas igual acogida, porque algunos como rústicos los despedían dejados en su natural inadvertencia, otros los admitían con amor movidos de la divina gracia. Pero a ninguno negaba la Madre de la misericordia la que podía ejercitar con él, y para esto iba cuidadosa si decentemente podía visitar o topar pobres, enfermos y afligidos, y a todos los socorría y consolaba, o sanaba de sus dolencias. No me detengo en referir todos los casos que en esto sucedieron. Sólo digo la buena dicha de una pobre doncella enferma que topó nuestra gran Reina en un lugar por donde pasaba el día primero del viaje. Viola Su Majestad y la movió a ternura y compasión la enfermedad, que era gravísima; y usando de la potestad de Señora de las criaturas, mandó a la fiebre que dejase a aquella mujer y a los humores que se compusiesen y ordenasen, reducidos a su natural estado y temperamento. Y con este mandato y la dulcísima presencia de María purísima, quedó al punto la enferma libre y sana de su dolencia en el cuerpo y mejorada en el espíritu; y después fue creciendo hasta llegar a ser perfecta y santa, porque le quedó estampada en el pecho la memoria y las especies imaginarias de la autora de su bien, y en el corazón le quedó un íntimo amor, aunque no vio más a la divina Señora, ni se divulgó el milagro.

208. Prosiguiendo sus jornadas llegaron María Santísima y José su esposo el cuarto día a la ciudad de Judá, que era donde vivían Isabel y Zacarías. Y éste era el nombre propio y particular de aquel lugar, donde a la sazón vivían los padres de San Juan, y así lo especificó el evangelista San Lucas llamándola Judá (Lc 1,39); aunque los expositores del Evangelio comúnmente han creído que este nombre no era propio de la ciudad donde vivían Isabel y Zacarías, sino común de aquella provincia que se llama Judá o Judea, como también por esto se llamaban montañas de Judea aquellos montes que de la parte austral de Jerusalén corren hada el mediodía. Pero lo que a mí se me ha manifestado es que la ciudad se llamaba Judá y que el evangelista la nombró por su propio nombre, aunque los doctores y expositores han entendido por el nombre de Judá la provincia a donde pertenecía. Y la razón de esto ha resultado de que aquella ciudad que se llamaba Judá se arruinó por años después de la muerte de Cristo Señor nuestro, y como los expositores no alcanzaron la memoria de tal ciudad, entendieron que San Lucas por nombre Judá había dicho la provincia y no el lugar, y de aquí ha resultado la variedad de opiniones sobre cuál era la ciudad donde sucedió la visitación de María Santísima a Santa Isabel.

209. Y porque la obediencia me ha ordenado que declare más exactamente este punto por la novedad que puede causar y habiendo hecho lo que sobre esto se me ha mandado, digo que la casa de Zacarías e Isabel, donde sucedió la visitación, fue en el mismo puesto donde ahora son venerados estos misterios divinos por los fieles y peregrinos que acuden o viven en los Santos Lugares de Palestina. Y aunque la ciudad de Judá, donde estaba la casa de Zacarías, fue derruida, no permitió el Señor que se olvidase y borrarse la memoria de tan venerables lugares donde tantos misterios se habían obrado, quedando consagrados con las plantas de María Santísima, de Cristo Señor nuestro y del Bautista y sus santos padres. Y así tuvieron luz divina los antiguos fieles que edificaron aquellas iglesias y repararon los Lugares Santos para conocer con ella y con alguna tradición la verdad de todo y renovar la memoria de tan admirables sacramentos, y que gozásemos del beneficio de venerar los y adorarlos los fieles que ahora vivimos, protestando y confesando la fe Católica en los lugares sagrados de nuestra redención.

210. Para mayor noticia de esto se advierta que el demonio, después que en la muerte de Cristo Señor nuestro conoció que era Dios y Redentor de los hombres, pretendió con increíble furor borrar la memoria, como dice Jeremías (Jer 11,19 (A.)), de la tierra de los vivientes, y lo mismo de su Madre Santísima. Y así, procuró una vez que se ocultase y soterrase la santísima cruz, otra que fuese cautiva en Persia, y con este intento procuró que fuesen arruinados y extinguidos muchos de los Lugares Santos. De aquí resultó que los ángeles santos trasladasen tantas veces la venerable y santa Casa de Loreto; porque el mismo dragón que perseguía a esta divina Señora (Ap 12,13), tenía ya reducidos los ánimos de los moradores de la tierra para que extinguiesen y arruinasen aquel sagrado oratorio que había sido la oficina donde se obró el altísimo misterio de la Encarnación. Y por esta misma astucia del enemigo se arruinó la antigua ciudad de Judá, ya por negligencia de los moradores que se fueron acabando, ya por desgracias e infortunos sucesos; aunque no dio lugar el Señor para que pereciese y se arruinase del todo la casa de Zacarías, por los sacramentos que allí se habían celebrado.

211. Distaba esta ciudad, como he dicho, veintisiete leguas de Nazaret, y de Jerusalén dos leguas poco más o menos, hacia la parte donde tiene su principio el torrente Sorec en las montañas de Judea. Y después del nacimiento de San Juan y despedidos María Santísima y José para volverse a Nazaret, tuvo Santa Isabel una revelación divina que amenazaba de próximo una gran ruina y calamidad para los niños de Belén y su comarca. Y aunque esta revelación fue con esta generalidad, sin más claridad ni especificación, movió a la madre de San Juan para que con Zacarías su marido se retirase a Hebrón, que estaba ocho leguas poco más o menos de Jerusalén, y así lo hicieron; porque eran ricos y nobles, y no sólo en Judá y en Hebrón pero en otros lugares tenían casas y hacienda. Y cuando María Santísima y José, huyendo de Herodes, se fueron peregrinando a Egipto (Mt 2,14), algunos meses después de la natividad del Verbo y más de la del Bautista, entonces Santa Isabel y Zacarías estaban en Hebrón; y Zacarías murió cuatro meses después que nació Cristo Señor nuestro, que serían diez después del nacimiento de su hijo San Juan. Esto me parece suficiente ahora para declarar esta duda, y que la casa de la visitación ni fue en Jerusalén, ni en Belén, ni en Hebrón, sino en la ciudad que se llamaba Judá. Y así lo he entendido con la luz del Señor que los demás misterios de esta divina Historia, y después de nuevo me lo declaró el santo ángel en virtud de la nueva obediencia que tuve para preguntárselo otra vez (Nota de la autora al margen de este número: “Algunos mapas de Palestina señalan esta ciudad de Judá en este lugar, que dice en los orígenes del río Sodec; y con lo que dice en esta declaración se responde derechamente a Juliano y Porfirio, herejes, que redarguyeron al evangelista San Lucas de mal historiador, pues fue tan exacto declarando el nombre de la ciudad de la casa de Zacarías. Véanse los expositores y especialmente la *Historia de la Tierra Santa* del Padre Cuaresmio, libro VI, cap.2 y en los siguientes”, Cf. QUARESMIUS, F. *Historica, theologica et moralis Terrae Sanctae elucidatio*, Antverpiae 1639).

212. A esta ciudad de Judá y casa de Zacarías llegaron María Santísima y José. Y para prevenirla se adelantó algunos pasos el santo esposo, y llamando saludó a los moradores, diciendo: “El Señor sea con vosotros, y llene vuestras almas de su divina gracia.” Estaba ya prevenida Santa Isabel, porque el mismo Señor la había revelado que María de Nazaret su deuda partía a visitarla; aunque sólo había conocido por esta visión cómo la divina Señora era muy agradable en los ojos del Altísimo, pero el misterio de ser Madre de Dios no se le había revelado hasta que las dos se saludaron a solas. Pero salió luego Isabel con algunos de su familia a recibir a María Santísima, la cual previno en la salutación, como más humilde y menor en años, a su prima, y la dijo: “El Señor sea con vos, prima y carísima mía.” – “El mismo Señor, - respondió Isabel,- os premie el haber venido a darme este consuelo.” Con esta salutación subieron a la casa de Zacarías, y retirándose las dos primas a solas, sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio nuestra Reina y Señora.

213. “Hija mía, cuando la criatura hace digno aprecio de las buenas obras y de la obediencia del Señor que se las manda para gloria suya, de aquí le nace gran facilidad en obrarlas, grande y suavísima dulzura en emprenderlas y una

presteza diligente en continuarlas y proseguirlas; y estos efectos dan testimonio de la verdad y utilidad que hay en ellas. Mas no puede el alma sentir este efecto y experiencia, si no está muy rendida al Señor, mirando y levantando los ojos a su divino beneplácito para oírlo con alegría y ejecutarlo con presteza, olvidándose de su propia inclinación y comodidad, como el siervo fiel, que sólo quiere hacer la voluntad de su señor y no la suya. Este es el modo de obedecer fructuoso que deben todas las criaturas a Dios, y mucho más las religiosas que así lo prometieron. Y para que tú, carísima, le consigas perfectamente, advierte con qué aprecio habla David en muchas partes de los preceptos del Señor, de sus palabras y de su justificación y efectos que causaron en el profeta, y ahora en las almas; pues confiesa que a los niños hacen sabios (Sal 18,8), que alegran el corazón humano (Ib. 9), que iluminan los ojos de las almas, que para sus pies eran luz clarísima (Sal 118,105) que son más dulces que la miel y más deseables y estimables que el oro y que las piedras más preciosas (Sal 18,11). Esta prontitud y rendimiento a la divina voluntad y su ley hizo a David conforme al corazón de Dios (1 Sam 13,14; Act 13,22), porque tales quiere Su Majestad a sus siervos y amigos.”

214. “Atiende, pues, hija mía, con todo aprecio a las obras de virtud y perfección que conoces son del beneplácito de tu Señor, y ninguna desprecies, ni resistas, ni la dejes de emprender por más violencia que sientas en tu inclinación y flaqueza. Fía del Señor y aplícate a la ejecución, que luego vencerá su poder todas las dificultades, y luego conocerás con feliz experiencia cuán ligera es la carga y suave el yugo del Señor (Mt 11 30) y que no fue engaño el decirlo Su Majestad, como lo quieren suponer los tibios y negligentes, que con su torpeza y desconfianza tácitamente rechazan esta verdad. Quiero también que para imitarme en esta perfección adviertas el beneficio que me hizo la dignación divina, dándome una piedad y afecto suavísimo con las criaturas, como hechuras y participantes de la bondad y ser divino. Con este afecto deseaba consolar, aliviar y animar a todas las almas, y con una natural compasión les procuraba todo bien espiritual y corporal, y a ninguno por grande pecador que fuese le deseaba mal ninguno, antes a éstos me inclinaba con grande fuerza de mi compasivo corazón para solicitarles su salud eterna. Y de aquí me resultó el cuidado de la pena que mi esposo José había de recibir con mi embarazo, porque a él le debía más que a todos. Esta suave compasión la tenía también muy particular con los afligidos y enfermos, y a todos procuraba granjearles algún alivio. Y en esta condición quiero de ti que usando de ella prudentemente me imites como lo conoces.”

CAPITULO 17

[Regresar al Principio](#)

La salutación que hizo la Reina del cielo a Santa Isabel y la santificación de Juan.

215. Cumplido el sexto mes del embarazo de Santa Isabel, estaba en la caverna de su vientre el Precursor futuro de Cristo nuestro bien, cuando llegó la madre Santísima María a la casa de Zacarías, La condición del cuerpo del niño Juan era en el orden natural muy perfecta, y más que otras, por el milagro que intervino en su concepción de madre estéril y porque se ordenaba para depositar en él la santidad mayor entre los nacidos (Mt 11,11), que Dios le tenía prevenida. Pero entonces su alma estaba poseída de las tinieblas del pecado que había contraído en Adán, como los demás hijos de este primero y común padre del linaje humano. Y como por ley común y general no pueden los mortales recibir la luz de la gracia antes de salir a esta luz material del sol, por esto, después del primer pecado que se contrae con la naturaleza, viene a servir el vientre materno como de cárcel o calabozo de todos los que fuimos reos en nuestro padre y cabeza Adán. A su gran profeta y precursor determinó Cristo Señor nuestro adelantar en este gran beneficio, anticipándole la luz de la gracia y justificación a los seis meses que Santa Isabel le había concebido, para que su santidad fuese privilegiada como lo había de ser el oficio de precursor y bautista.

216. Después de la primera salutación que hizo María Santísima a su prima Santa Isabel, se retiraron las dos a solas, como dije en el fin del capítulo pasado (Cf. supra n.212). Y luego la Madre de la gracia saludó (Lc 1,40) de nuevo a su deuda, y la dijo: “Dios te salve, prima y carísima mía, y su divina luz te comunique gracia y vida.” Con esta voz de María Santísima quedó Santa Isabel llena del Espíritu Santo (Ib. 41) y tan iluminado su interior, que en un instante conoció altísimos misterios y sacramentos. Estos efectos y los que sintió al mismo tiempo el niño Juan en el vientre de su madre resultaron de la presencia del Verbo humanado en el tálamo de María, donde sirviéndose de su voz como de instrumento comenzó a usar de la potestad que le dio el Padre eterno para salvar y justificar las almas como su Reparador. Y como la ejecutaba como hombre, estando en el mismo vientre virginal aquel cuerpecito de ocho días concebido ¡cosa maravillosa! se puso en forma y postura humilde de orar y pedir al Padre, y oró y pidió la justificación de su Precursor futuro y la alcanzó de la Santísima Trinidad.

217. Fue San Juan en el vientre materno el tercero por quien en particular hizo oración nuestro Redentor, estando también en el de María Santísima; porque ella fue la primera por quien dio gracias y pidió y oró al Padre, y por esposo suyo entró San José en el segundo lugar en las peticiones que hizo el Verbo humanado, como dijimos en el capítulo 12 (Cf. supra n.147); Y el tercero entró el precursor Juan entre las peticiones particulares por personas determinadas y nombradas por el mismo Señor; tanta fue la felicidad y privilegios de San Juan. Presentó Cristo Señor nuestro al eterno Padre los méritos y pasión y muerte que venía a padecer por los hombres, y en virtud de esto pidió la santificación de aquella alma, y nombró y señaló al niño que había de nacer santo para precursor suyo y que diese testimonio de su venida al mundo y preparase los corazones de su pueblo, para que le conociesen y recibiesen, y que para tan alto ministerio se le concediesen a aquella persona elegida todas las gracias, dones y favores convenientes y proporcionados; y todo lo concedió el Padre, como lo pidió su Unigénito humanado.

218. Esto precedió a la salutación y voz de María Santísima y al pronunciar la divina Señora las palabras referidas, miró al niño en el vientre de Santa Isabel y le dio uso de razón perfectísima, ilustrándole con especiales auxilios de la divina luz, para que se preparase, conociendo el bien que le hacían. Y con esta disposición fue santificado del pecado original y constituido hijo adoptivo del Señor y lleno del Espíritu Santo con abundantísima gracia y plenitud de dones y virtudes, y sus potencias quedaron santificadas con la gracia, sujetas y subordinadas a la razón; con que se cumplió lo que había dicho el ángel San Gabriel a Zacarías (Lc 1,15 (A.)), que su hijo sería lleno del Espíritu Santo y desde el vientre de su madre. Al mismo tiempo el dichoso niño desde su lugar vio al Verbo encarnado, sirviéndole como de vidriera las paredes de la caverna uteral y de cristales purísimos el tálamo de las virgíneas entrañas de María Santísima, y adoró puesto de rodillas a su Redentor y Criador. Y éste fue el movimiento y júbilo que su madre Santa Isabel reconoció y sintió en su infante y en su vientre. Otros muchos actos hizo el niño Juan en este beneficio, ejercitando todas las virtudes de fe, esperanza, caridad, culto, agradecimiento, humildad, devoción y las demás que allí podría obrar. Y desde aquel instante comenzó a merecer y crecer en santidad, sin perderla jamás ni dejar de obrar con todo el vigor de la gracia.

219. Conoció Santa Isabel al mismo tiempo el misterio de la Encarnación, la santificación de su hijo propio y el fin y sacramentos de esta nueva maravilla; conoció también la pureza virginal y dignidad de María Santísima. Y en aquella ocasión, estando la divina Reina toda absorta en la visión de estos misterios y de la divinidad que los obraba en su Hijo Santísimo, quedó toda divinizada y llena de luz y claridad de los dotes que participaba; y Santa Isabel la vio con esta majestad, y como por viril purísimo vio al Verbo humanado en el tálamo virginal, como en una litera de encendido y animado cristal. De todos estos admirables efectos fue instrumento eficaz la voz de María Santísima, tan fuerte y poderosa como dulce en los oídos del Altísimo; y toda esta virtud era como participada de la que tuvo aquella poderosa palabra: *Fiat mihi secundum verbum tuum* (Lc 1,38), con que trajo al eterno Verbo del pecho del Padre a su mente y a su vientre.

220. Admirada Santa Isabel con lo que sentía y conocía en tan divinos sacramentos, fue toda conmovida con espiritual júbilo del Espíritu Santo y, mirando a la Reina del mundo y a lo que en ella veía, con alta voz prorrumpió en aquellas palabras que refiere San Lucas (Ib. 42-45): *“Bendita eres tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre; ¿y de dónde a mí esto que venga la Madre de mi Señor adonde yo estoy? Pues luego que llegó a mis oídos la voz de tu salutación, se exultó y alegró el infante en mi vientre. Bienaventurada eres tú que creíste, porque en ti se cumplirán perfectamente todas las cosas que el Señor te dijo.”* En estas palabras proféticas recopiló Santa Isabel grandes excelencias de María Santísima, conociendo con la divina luz lo que había hecho el poder divino en ella y lo que de presente hacía y después en lo futuro había de suceder. Y todo lo conoció y entendió el niño Juan en su vientre, que percibía las palabras de su madre, y ella era ilustrada por la ocasión de su santificación; y engrandeció ella a María Santísima por entrambos como al instrumento de su felicidad a quien él no podía por su boca bendecir ni alabar desde el vientre.

221. A las palabras de Santa Isabel, con que engrandeció a nuestra gran Reina, respondió la Maestra de la sabiduría y humildad, remitiéndolas todas a su Autor mismo y con dulcísima y suavísima voz entonó el cántico de la Magnificat que refiere San Lucas, y dijo (Ib. 46-55): *“Magnifica mi alma al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios que es mi salvación; porque atendió a la humildad de su sierva, y por eso todas las generaciones me dirán bienaventurada. Porque el Poderoso hizo conmigo grandes cosas, y su santo nombre. Y su misericordia se extenderá de generación en generaciones para los que le temen. En su brazo manifestó su potencia; destruyó a los soberbios con el espíritu de su corazón. Derribó a los poderosos de su silla y levantó a los humildes. A los que tenían hambre llenó de bienes, y dejó*

vacíos a los que estaban ricos. Recibió a su siervo Israel, y se acordó de su misericordia, como lo dijo a nuestros padres Abrahán y su generación por todos los siglos.”

222. Como Santa Isabel fue la primera que oyó este dulce cántico de la boca de María Santísima, así también fue la primera que le entendió y con su infusa inteligencia le comentó. Entendió en él grandes misterios de los que encerró su autora en tan pocas razones. Magnificó el espíritu de María Santísima al Señor por la excelencia de su ser infinito; refirió y dio a él toda la gloria y alabanza, como a principio y fin de todas sus obras, conociendo y confesando que sólo en Dios se debe gloriarse y alegrar toda criatura, pues él solo es todo su bien y su salud. Confesó a sí mismo la equidad y magnificencia del Altísimo en atender a los humildes y poner en ellos su divino amor y espíritu con abundancia, y cuán digna cosa es que los mortales vean, conozcan y ponderen que por esta humildad alcanzó ella que todas las naciones la llamasen bienaventurada; y con ella merecerán también esta misma dicha todos los humildes, cada uno en su grado. Manifestó también en sola una palabra todas las misericordias, beneficios y favores que hizo con ella el Todopoderoso y su santo y admirable nombre, llamándolas grandes cosas, porque ninguna fue pequeña en capacidad y disposición tan inmensa como la de esta gran Reina y Señora.

223. Y como las misericordias del Altísimo redundaron de la plenitud de María Santísima para todo el linaje humano y ella fue la puerta del cielo por donde todas salieron y salen y por donde todos hemos de entrar a la participación de la divinidad, por esto confesó que la misericordia del Señor con ella se extendería por todas las generaciones para comunicarse a los que le temen. Y así como las misericordias infinitas levantan a los humildes y buscan a los que temen, también el poderoso brazo de su justicia disipa y destruye a los soberbios con la mente de su corazón y los derriba de su silla para colocar en ella a los pobres y humildes. Esta justicia del Señor se estrenó con admiración y gloria en la cabeza de los soberbios Lucifer y en sus secuaces, cuando los disipó y derribó el brazo poderoso del Altísimo porque ellos mismos se precipitaron de aquel lugar y asiento levantado de la naturaleza y de la gracia, que tenían en la primera voluntad de la mente divina y de su amor, con que quiere que sean todos salvos (1 Tim 2,4); y su precipitación fue su desvanecimiento con que intentaron subir (Is 14,13) adonde ni podían ni debían, y con esta arrogancia toparon contra los justos e investigables juicios del Señor, que disiparon y derribaron el soberbio ángel y todos los de su séquito (Ap 12,9), y en su lugar fueron colocados los humildes por medio de María Santísima, madre y archivo de las antiguas misericordias.

224. Por esta misma razón dice y confiesa también esta divina Señora que enriqueció Dios a los pobres, llenándolos de la abundancia de sus tesoros de gracia y gloria, y a los ricos de propia estimación, presunción y arrogancia, y a los que llenan su corazón de los falsos bienes que tiene el mundo por riquezas y felicidad, a éstos los despidió y despidió el Altísimo de sí mismo, vacíos de la verdad, que no puede caber en corazones tan ocupados y llenos de mentira y falacia. Recibió a su siervo y a su niño Israel, acordándose de su misericordia, para enseñarle dónde está la prudencia (Bar 3,14), dónde está la verdad, dónde está el entendimiento, dónde la vida larga y su alimento, dónde está la lumbre de los ojos y la paz. A éste enseñó el camino de la prudencia y las ocultas sendas de la sabiduría y disciplina, que se escondió de los príncipes de las gentes y no la conocieron los poderosos que predominan sobre las bestias de la tierra y se entretienen y juegan con las aves del cielo y amontonan los tesoros de plata y oro; ni la alcanzaron los hijos de Agar y los habitantes de Teman, que son los sabios y prudentes soberbios de este mundo. Pero entrégasela el Altísimo a los que son hijos de luz y de Abrahán por la fe (Gal 3,7), por la esperanza y obediencia, porque así se lo prometió a él y a su posteridad y generación espiritual, por el bendito y dichoso fruto del vientre virginal de la Santísima María.

225. Entendió Santa Isabel estos escondidos misterios, oyendo a la Reina de las criaturas; y no sólo eso, que yo puedo manifestar, entendió la dichosa matrona, pero muchos y mayores sacramentos que no alcanza mi entendimiento; ni tampoco me quiero alargar en todo lo que se me ha declarado, porque me dilataría demasiado en este discurso. Pero en las dulces pláticas y conferencias divinas que tuvieron estas dos señoras y mujeres santas y prudentes, María purísima y su prima Isabel, me acordaron los dos serafines que vio Isaías (Is 6,2-3 (A.)) sobre el trono del Altísimo, alternando aquel cántico divino y siempre nuevo: “Santo, Santo, Santo, etc.”, cubriendo con dos alas su cabeza, con dos los pies y volando con otras dos. Claro está que el encendido amor de estas divinas Señoras excedía a todos los serafines, y sola María Santísima amaba más que todos ellos. En este divino incendio se abrasaban, extendiendo las alas de los pechos para manifestárselos una a otra y para volar a la más levantada inteligencia de los misterios del Altísimo. Con otras dos alas de rara sabiduría cubrían su cabeza, porque entrambos propusieron y concertaron el secreto del sacramento del Rey y guardarle para sí solas toda la vida, y porque también cautivaron y sujetaron su discurso, creyendo con rendimiento, sin altivez ni curiosidad. Cubrieron asimismo los pies del Señor y suyos con alas de serafines, estando

humilladas y aniquiladas en su baja estimación a la vista de tanta Majestad. Y si María Santísima encerraba en su virginal vientre al mismo Dios de la majestad, con razón y toda verdad diremos que cubría el trono donde el Señor tenía su asiento.

226. Cuando fue hora que saliesen las dos Señoras de su retiro, Santa Isabel ofreció a la Reina del cielo su persona por esclava y a toda su familia y casa para su servicio, y que para su quietud y recogimiento admitiese un aposento de que ella misma usaba para la oración, por más retirado y acomodado para esta ocupación. La divina Princesa con rendido agradecimiento admitió el aposento y le señaló para su recogimiento y para dormir; y nadie entró en él fuera de las dos primas. Y en lo demás se ofreció a servir y asistir a Santa Isabel como sierva, pues para esto dijo había venido a visitarla y consolarla. ¡Oh qué amistad tan dulce, tan verdadera e inseparable, unida con el mayor vínculo del amor divino! Admirable veo al Señor en manifestar este gran sacramento de su Encarnación a tres mujeres primero que a otro ninguno del linaje humano; porque la primera fue Santa Ana, como queda dicho en su lugar (Cf. supra p.I n.184), la segunda fue su Hija y Madre del Verbo, María Santísima, la tercera fue Santa Isabel y su Hijo con ella, pero en el vientre de su madre, que no se reputa por otra persona a que fue manifiesto; que *lo necio de Dios es más sabio que los hombres*, como dijo San Pablo (1 Cor 1,25 (A.)).

227. Salieron María Santísima e Isabel de su retiro entrada ya la noche, habiendo estado grande rato en él, y la Reina vio a Zacarías que estaba con su mudez y le pidió su bendición como a sacerdote del Señor, y el santo se la dio. Pero aunque le vio con piedad y ternura de que estaba mudo, como sabía el sacramento que había encerrado en aquel trabajo, no se movió a remediarle por entonces, pero hizo oración por él. Santa Isabel, que ya conocía la buena dicha del castísimo esposo José, aunque entonces la ignoraba él, le acarició y regaló con grande reverencia y estimación. Y después de tres días que había estado en casa de Zacarías, pidió licencia a su divina esposa María para volverse a Nazaret, dejándola en compañía de Santa Isabel para que la asistiese en su embarazo. Se despidió el santo esposo con acuerdo que volvería por la Reina cuando le diese aviso; y Santa Isabel le ofreció algunos dones que llevase a su casa, de todo recibió muy poco, y esto por la instancia que le hizo, porque era el varón de Dios no sólo amador de la pobreza, pero de corazón magnánimo y generoso. Con esto caminó la vuelta de Nazaret con la bestezuela que había traído. Y en su casa le sirvió en ausencia de su esposa una mujer vecina y deuda, que solía acudir a las cosas que se le ofrecían traer de fuera cuando estaba en su casa María Santísima Señora nuestra.

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora nuestra.

228. “Hija mía, para que en tu corazón más se encienda la llama del deseo con que te veo siempre de conseguir la gracia y amistad de Dios, deseo yo mucho que conozcas la dignidad y excelencia y felicidad grande de un alma, cuando llega a recibir esta hermosura; pero es tan admirable y de tanto valor, que no la podrás comprender aunque yo te la manifieste, y mucho menos es posible que lo expliques con tus palabras. Atiende al Señor y mírale con su divina luz que recibes, y en ella conocerás cómo es más gloriosa obra para el Señor justificar sola un alma, que haber criado todos los orbes del cielo y de la tierra con el complemento y perfección natural que tienen. Y si por estas maravillas que perciben las criaturas en mucha parte por los sentidos corporales conocen a Dios por grande y poderoso (Rom 1,20), ¿qué dirían y qué juzgarían, si viesen con los ojos del alma lo que vale y monta la hermosura de la gracia en tantas criaturas capaces de recibirla?

229. “No hay términos ni palabras con que adecuar lo que en sí es aquella participación del Señor y perfecciones de Dios que contiene la gracia santificante: poco es llamarla más pura y blanca que la nieve, más refulgente que el sol, más preciosa que el oro y que las piedras, más apacible, más amable y agradable que todos los deleitables regalos y caricias y más hermosa que todo cuanto puede imaginar el deseo de las criaturas. Atiende asimismo a la fealdad del pecado, para que por su contrario vengas en mayor conocimiento de la gracia, porque ni las tinieblas, ni la corrupción, ni lo más horrible, espantable y feo, llega a compararse con ella y con su mal olor. Mucho conocieron de esto los mártires y los santos que; por conseguir esta hermosura y no caer en aquella infeliz ruina, no temieron el fuego, ni las fieras, las navajas, tormentos, cárceles, ignominias, penas, dolores, ni la misma muerte, ni el prolongado y perpetuo padecer (Heb 11,36-37); que todo esto es menos, pesa menos y vale más poco y no se debe estimar por conseguir un solo grado de gracia; y éste y muchos puede tener un alma, aunque sea la más desechada del mundo. Y todo esto ignoran los hombres, que sólo estiman y codician la fugitiva y aparente hermosura de las criaturas, y lo que no la tiene es para ellos vil y contenible.

230. Por esto conocerás algo del beneficio que hizo el Verbo humanado a su precursor Juan en el vientre de su madre; y él lo conoció, y con este conocimiento saltó en él de alegría y júbilo. Conocerás asimismo cuánto debes tú hacer y padecer para conseguir esta felicidad y no perder ni manchar tan estimable hermosura con culpa alguna, por leve que sea, ni retardarla con ninguna imperfección. Y quiero que, a imitación de lo que yo hice con Isabel mi prima, no admitas ni introduzcas amistad con humana criatura y sólo trates con quien puedes y debes hablar de las obras del Altísimo y sus misterios y que te pueda enseñar el camino verdadero de su divino beneplácito. Y aunque tengas grandes ocupaciones y cuidados, no dejes ni olvides los ejercicios espirituales y el orden de vida perfecta, porque éste no sólo se ha de conservar y guardar en la comodidad, pero también en la mayor contradicción, dificultad y ocupaciones, porque la naturaleza imperfecta con poca ocasión se relaja.”

CAPITULO 18

De Nuevo al principio

Ordena María Santísima sus ejercicios en casa de Zacarías, y algunos sucesos con Santa Isabel.

231. Santificado ya el precursor Juan y renovada su madre Santa Isabel con mayores dones y beneficios, que fue todo el principal intento de la visitación de María Santísima, determinó la gran Reina disponer las ocupaciones que había de tener en casa de Zacarías, porque no en todo podían ser uniformes a las que tenía en la suya. Para encaminar su deseo con la dirección del Espíritu divino se recogió y postró en presencia del Altísimo y le pidió, como solía, la gobernarse y ordenarse lo que debía hacer el tiempo que estuviese en casa de sus siervos Isabel y Zacarías, para que en todo fuese agradable y cumplierse enteramente el mayor beneplácito de su altísima Majestad. Oyó su petición el Señor y la respondió, diciéndola: “Esposa y paloma mía, yo gobernaré todas tus acciones y encaminaré tus pasos a mi mayor servicio y agrado y te señalaré el día que quiero que vuelvas a tu casa; y mientras estuvieres en la de mi sierva Isabel, tratarás y conversarás con ella, y en lo demás continúa tus ejercicios y peticiones, en especial por la salud de los hombres y para que no use con ellos de mi justicia por las incesantes ofensas que contra mi bondad multiplican. Y en esta petición me ofrecerás por ellos el Cordero sin mancilla (1 Pe 1,19) que tienes en tu vientre, que quita los pecados del mundo (Jn 1,29). Estas serán ahora tus ocupaciones.”

232. Con este magisterio y nuevo mandato del Altísimo, ordenó la Princesa de los cielos todas las ocupaciones que había de tener en casa de su prima Isabel. Se levantaba a media noche, continuando siempre este ejercicio, y en él vacaba a la incesante contemplación de los misterios divinos, dando a la vigilia y al sueño lo que perfectísimamente y con proporción correspondía al estado natural del cuerpo. En cada uno de estos tiempos y en todos recibía nuevos favores, ilustraciones, elevaciones y regalos del Altísimo. Tuvo en aquellos tres meses muchas visiones de la divinidad por el modo abstractivo, que era el más frecuente, y más lo era la visión de la humanidad santísima del Verbo con la unión hipostática, porque su virginal tálamo, donde le traía, era su perpetuo altar y oratorio. Le miraba con los aumentos que cada día iba recibiendo aquel sagrado cuerpo, y en esta vista, y los sacramentos que cada día se le manifestaban en el campo interminable de la divinidad y poder divino, crecía también el espíritu de esta gran Señora; y muchas veces con el incendio del amor y sus ardientes afectos llegara a desfallecer y morir, si no fuera confortada por la virtud del Señor. Acudía entre estos disimulados oficios a todos los que se ofrecían del servicio y consuelo de su prima Santa Isabel, aunque sin darles un momento más de lo que la caridad pedía. Volvía luego a su retiro y soledad, donde con mayor libertad se derramaba el espíritu en la presencia del Señor.

233. Tampoco estaba ociosa por ocuparse en el interior, que al mismo tiempo trabajaba en algunas obras de manos muchos ratos. y fue tan feliz en todo el precursor Juan, que esta gran Reina con las suyas le hizo y labró los fajos y mantillas en que se envolvió y crió, porque le solicitó esta buena dicha la devoción y atención de su madre Santa Isabel, que con la humildad de sierva que la tenía se lo suplicó a la divina Señora, y ella con increíble amor y obediencia lo hizo por ejercitarse en esta virtud y obedecer a quien quería servir como la más inferior de sus criadas; que siempre en humildad y obediencia vencía María Santísima a todos. Y aunque Santa Isabel procuraba anticiparse en muchas cosas a servirla, pero ella con su rara prudencia y sabiduría incomparable se anticipaba y lo prevenía todo para ganar siempre el triunfo de la virtud.

234. Tenían sobre esto las dos primas grandes y dulces competencias de sumo agrado para el Altísimo y admiración de los ángeles; porque Santa Isabel era muy solícita y cuidadosa en servir a nuestra Señora y gran Reina y en que lo

hiciesen todos los de su familia; pero la que era maestra de las virtudes, María Santísima, más atenta y oficiosa prevenía y divertía los cuidados de su prima, y la decía: “Amiga y prima mía, yo tengo mi consuelo en ser mandada y obedecer toda mi vida; no es bien que vuestro amor me prive del que yo recibo en esto, siendo la menor; la misma razón pide que sirva no sólo a vos como a mi madre, pero a todos los de vuestra casa; tratadme como a vuestra sierva mientras estuviere en vuestra compañía.” Respondió Santa Isabel: “Señora y amada mía, antes me toca a mí obedeceros y a vos mandarme y gobernarme en todas las cosas; y esto os pido yo con más justicia, porque si vos, Señora, queréis ejercitar la humildad, yo debo el culto y reverencia a mi Dios y Señor que tenéis en vuestro virginal vientre, y conozco vuestra dignidad digna de toda honra y reverencia.” Replicaba la prudentísima Virgen: “Mi Hijo y mi Señor no me eligió por Madre para que en esta vida me diesen tal veneración como a Señora, porque su reino no es de este mundo (Jn 18,36), ni viene a él a ser servido, más a servir (Mt 20,28) y padecer y enseñar a obedecer y humillarse los mortales, condenando su soberbia y fausto. Pues si esto me enseña Su Majestad altísima, y se llama oprobio de los hombres (Sal 21,7), ¿cómo yo, que soy su esclava, y no merezco la compañía de las criaturas, consentiré que me sirvan las que son formadas a su imagen y semejanza?” (Gen 1,27)

235. Instaba siempre Santa Isabel, y decía: “Señora y amparo mío, eso será para quien ignora el sacramento que en vos se encierra, pero yo, que sin merecerlo recibí del Señor esta noticia, seré muy reprehensible en su presencia, si no le doy en vos la veneración que debo como a Dios y a vos como a su Madre; que a entrambos es justo sirva como esclava a sus señores.” Respondió a esto María Santísima: “Amiga y hermana mía, esa reverencia que debéis y deseáis dar, se debe al Señor que tengo en mis entrañas, que es verdadero y sumo bien y nuestro Salvador, pero a mí que soy pura criatura y entre ellas un pobre gusanillo, miradme como lo que soy por mí, aunque adoréis al Criador queme eligió por pobre para su morada, y con la misma luz de la verdad daréis a Dios lo que se debe y a mí lo que me toca, que es servir y ser inferior a todos; y esto os pido yo por mi consuelo y por el mismo Señor que traigo en mis entrañas.”

236. En estas felicísimas y dichosas emulaciones gastaban algunos ratos María Santísima y su deuda Santa Isabel. Pero la sabiduría divina de nuestra Reina la hacía tan estudiosa e ingeniosa en materias de humildad y obediencia, que siempre quedaba victoriosa, hallando medios y caminos con que obedecer y ser mandada; y así lo hizo con Santa Isabel todo el tiempo que estuvieron juntas, pero de tal suerte que entrambos respectivamente trataban con magnificencia el sacramento del Señor que en su pecho estaba oculto y depositado en María Santísima, como Madre y Señora de las virtudes y de la gracia, y su prima Isabel como matrona prudentísima y llena de la divina luz del Espíritu Santo. Y con ella dispuso cómo proceder con la Madre del mismo Dios, dándole gusto y obedeciéndola en lo que podía y juntamente reverenciando su dignidad, y en ella a su Criador. Propuso en su corazón que si alguna cosa ordenase a la Madre de Dios, sería por obedecerla y satisfacer a su voluntad; y cuando lo hacía pedía licencia y perdón al Señor, y junto con esto no la ordenaba cosa alguna con imperio sino rogándola; y sólo en lo que era para algún alivio de la Reina, como para que durmiese y comiese, la hacía mayor fuerza; y también la pidió hiciese alguna labor de manos para ella, y las hizo; pero nunca Santa Isabel usó de ellas, porque las guardó con veneración.

237. Por estos modos conseguía María Santísima la práctica de la doctrina que venía a enseñar el Verbo humanado, humillándose el que era forma del Padre eterno (Flp 2,6), figura de su sustancia (Heb 1,3) y Dios verdadero de Dios verdadero, para tomar la forma y ministerio de siervo. Madre era esta Señora del mismo Dios, Reina de todo lo criado, superior en excelencia y dignidad a todas las criaturas y siempre fue sierva humilde de la menor de ellas y jamás admitió obsequio ni servicio suyo como porque se le debiese, ni jamás se engrió ni dejó de hacer humildísimo juicio. ¿Qué dirá aquí ahora nuestra execrable presunción y soberbia, pues muchos llenos de abominables culpas somos tan insensatos, que con aborrecible demencia juzgamos se nos debe el obsequio y veneración de todo el mundo? y si nos le niegan, perdemos tan aprisa el poco seso que las pasiones nos han dejado. Toda esta divina Historia es una estampa de humildad y una sentencia contra nuestra soberbia. Y porque a mí no me toca de oficio enseñar ni corregir, pero ser enseñada y gobernada, ruego y pido a todos los fieles, hijos de la luz, que pongamos este ejemplar delante de los ojos, para humillarnos en su presencia.

238. No fuera dificultoso para el Señor retraer a su Madre Santísima de tantos extremos de humildad y de muchas acciones con que la ejercitaba, y pudiera engrandecerla con las criaturas, ordenando que fuera aclamada, honrada y respetada de todas con las demostraciones que sabe hacerlo el mundo con aquellos que quiere honrar y celebrar, como lo hizo Asuero con Mardoqueo (Est 6,10 (A.)). Y por ventura, si esto lo hubiera de gobernar el juicio de los hombres, ordenara que una mujer más santa que todos los órdenes del cielo y que en su vientre tenía al Criador de los mismos ángeles y cielos estuviera siempre guardada, retirada y adorada de todos; y les pareciera cosa indigna que se ocupara en

cosas humildes y serviles y que dejara de mandarlo todo y admitir toda reverencia y autoridad. Hasta aquí llega la humana sabiduría, si puede llamarse sabiduría la que tan poco alcanza. Pero no cabe este engaño en la ciencia verdadera de los santos, participada de la sabiduría infinita del Criador, que pone el nombre y precio justo a las honras y no trueca las suertes de las criaturas. Mucho le quitara y poco le diera el Altísimo a su querida Madre en esta vida, si la privara y retrajera de las obras de profundísima humildad y la levantara en el aplauso exterior de los hombres; y mucho le faltara al mundo, si no tuviera esta doctrina y escuela en que aprender y este ejemplo con que humillar y confundir su soberbia.

239. Fue Santa Isabel muy favorecida del Señor desde el día que le tuvo por huésped en su casa, en el vientre de su Madre Virgen. Y con las continuas pláticas y trato familiar de esta divina Reina, como sabía y conocía los misterios de la Encarnación, fue creciendo la gran matrona en todo género de santidad, como quien la bebía en su fuente. Algunas veces merecía ver a María Santísima en oración arrebatada y levantada del suelo y toda llena de divinos resplandores y hermosura, que no podía verle el rostro ni pudiera sufrir su presencia si no la confortara la virtud divina. En estas ocasiones y en otras, cuando a excusa de María Santísima podía mirarla, se postraba y se ponía de rodillas delante y en presencia suya y adoraba al Verbo encarnado en el templo del virginal vientre de la beatísima Madre. Todos los misterios que conoció por la divina luz y por el trato de la gran Reina los guardó Santa Isabel en su pecho, como depositaria fidelísima y secretaria muy prudente de lo que se le había fiado. Sólo con su hijo Juan y con Zacarías, en lo que vivió después del nacimiento del hijo, pudo Santa Isabel conferir algo de los sacramentos que todos conocieron; pero en todo fue mujer fuerte, sabia y muy santa.

Doctrina que me dio la Reina Santísima María.

240. “Hija mía, los beneficios del Altísimo y la noticia de sus divinos misterios en las almas atentas engendran un linaje de inclinación y aprecio de la humildad que con fuerza eficaz y suave las lleva, como la ligereza al fuego y la gravedad a la piedra, a su lugar legítimo y natural. Esto hace la verdadera luz, que coloca y pone a la criatura en el conocimiento claro de sí misma y a las obras de la gracia las reduce a su origen, de donde viene todo perfecto don (Sant 1,17), y así constituye en su centro a cada uno. Y éste es el orden rectísimo de la buena razón, que turba y casi violenta la falsa presunción de los mortales; por esto la soberbia, y el corazón donde vive, no sabe apetecer el desprecio ni consentirle, ni sufre superior y aun de los iguales se ofende y todo lo violenta por ser solo y sobre todos. Pero el corazón humilde con los beneficios mayores se aniquila más y de ellos le nace una codicia y un afán ardiente en su quietud, para abatirse y buscar el último lugar, y se halla violentado cuando no le tiene inferior a todos y cuando le falta la humillación.

241. “En mí conocerás, carísima, la práctica verdadera de esta doctrina; pues ninguno de los favores y beneficios que obró la divina diestra conmigo fue pequeño, pero nunca mi corazón se elevó (Sal 130,1) ni anduvo sobre sí con presunción, ni supo codiciar más que el abatimiento y último lugar de todas las criaturas. Esta imitación quiero de ti con especial deseo y que tu solicitud sea ser menos entre todos y ser mandada, abatida y reputada por inútil; y en la presencia del Señor y de los hombres te has de juzgar por menos que el mismo polvo de la tierra. No puedes negar que ninguna generación ha sido más beneficiada que lo eres tú y ninguna lo ha merecido menos; pues ¿cómo recompensarás esta gran deuda si no te humillas a todos, y más que todos los hijos de Adán, y si no engendras conceptos altos y afectos amorosos de la humildad? Bueno es obedecer a tus prelados y maestros y así lo debes hacer siempre, pero yo quiero de tí que te adelantes más y obedezcas al más pequeño en todo lo que no fuere culpable, como obedecieras al mayor superior; y en esto es mi voluntad que seas muy estudiosa, como yo lo era.

242. “Sólo con tus súbditas advertirás a dispensar este rendimiento con más cuidado, para que conociendo tu deseo de obedecer, no quieran que alguna vez lo hagas en lo que no conviene. Pero sin que pierdan ellas su rendimiento, puedes tú granjear mucho dándoles ejemplo con tenerle siempre en lo justo, sin derogar a la autoridad de prelada. Cualquier disgusto o injuria, si alguna se hiciere sola a ti, admítela con gran aprecio, sin mover tus labios para defenderte ni querrellarte, y las que fueren contra Dios repréndelas, sin mezclar tu causa con la de Su Majestad, porque para defenderte jamás has de hallar causa y para la honra de Dios siempre; pero ni para la una ni para la otra no has de moverte con ira ni enojo desordenado. También quiero que tengas gran prudencia en disimular y ocultar los favores del Señor, porque el sacramento del Rey no se ha de manifestar (Tob 12,7) livianamente, ni los hombres carnales son capaces (1 Cor 2,14) ni dignos de los misterios del Espíritu Santo. En todo me imita y sigue, pues deseas ser mi hija carísima, que con obedecerme lo conseguirás y obligarás al Todopoderoso para que te fortalezca y enderece tus pasos a lo que quiere

obrar en ti; no le resistas, sino dispón y prepara tu corazón suave y presto para obedecer a su luz y gracia; no esté en ti vacía (2 Cor 6,1), sino obra diligente y vayan llenas de perfección tus acciones.”

CAPITULO 19

[Regresar al Principio](#)

Algunas conferencias que tenía María Santísima con sus santos ángeles en casa de Santa Isabel y otras con ella misma.

243. La plenitud de la sabiduría y gracia de María Santísima con su inmensa capacidad no podían dejar vacío ningún tiempo, ni lugar, ni ocasión a que no diese el lleno de la mayor perfección, obrando en todo tiempo y sazón lo que pedía y podía, sin faltar a lo más santo y excelente de la virtud. Y como en todas partes era peregrina en la tierra y moradora del cielo, y ella misma era el cielo intelectual y más glorioso, y el templo vivo de la habitación del mismo Dios, siempre traía consigo el oratorio y el sagrario, y no hacía diferencia en esto de su casa propia a la de Isabel su prima, ni otra ninguna no le impedía lugar ni tiempo ni ocupación. A todo era superior y sin embarazo vacaba incesantemente a la vista y fuerza del amor; y entre todo esto a tiempos oportunos confería con las criaturas y trataba con ellas lo que pedía la ocasión y lo que la prudentísima Señora podía y convenía dar a cada cosa. Y porque su conversación más continua en estos tres meses que estuvo en casa de Zacarías era con Santa Isabel y con los santos ángeles de su guarda, diré en este capítulo algo de lo que confería con ellos y otras cosas que con la misma Santa le sucedieron.

244. En hallándose libre y sola nuestra divina Princesa, pasaba muchos ratos abstraída y elevada en las contemplaciones y visiones divinas que tenía, y unas veces en ellas y otras fuera de ellas solía conferir con sus santos ángeles los misterios y sacramentos de su amoroso pecho. Un día, luego que estuvo en casa de Zacarías, les habló y dijo: “Espíritus celestiales, custodios y compañeros míos, embajadores del Altísimo y luceros de su divinidad, venid y alentad mi corazón preso y herido de su divino amor, que le aflige su misma limitación, porque no puede corresponder con obras a la debida deuda que reconoce y adonde se extienden sus deseos. Venid, príncipes soberanos, y alabad conmigo el admirable nombre del Señor y engrandezcámosle por sus santísimos pensamientos y obras. Ayudad a este pobre gusanillo para que bendiga a su Hacedor, que se dignó piadoso de mirar esta pequeñez. Hablemos de las maravillas de mi Esposo, tratemos de la hermosura de mi Señor, de mi Hijo amantísimo, desahóguese este corazón, hallando a quién manifestar sus íntimos suspiros con vosotros, amigos y compañeros míos, que conocéis mi secreto y mi tesoro que depositó el Altísimo en la estrechez de este vaso frágil y limitado. Grandes son estos sacramentos divinos y admirables son estos misterios y, aunque con afectos dulces los contemplo, pero su grandeza soberana me aniquila, su profundidad me anega, la misma eficacia de mi amor me desfallece y me renueva. Nunca mi abrasado corazón se satisface, no alcanza entero reposo, porque mi deseo se adelanta a mis obras y mi obligación a mis deseos, y me querello de mí misma, porque no obro lo que deseo, ni deseo todo lo que debo, y siempre me hallo vencida y limitada en el retorno. Serafines soberanos, oíd mis ansias amorosas; enferma estoy de amor (Cant 2,5), abridme vuestros pechos, donde reverbera la hermosura de mi Dueño, para que los resplandores de su luz, las señas de su belleza entretegan la vida que desfallece por su amor.”

245. “Madre de nuestro Criador y Señora nuestra - respondieron los santos ángeles, - vos tenéis en posesión verdadera al Todopoderoso y sumo bien, y pues le tenéis con tan estrecho lazo y sois su verdadera Esposa y Madre, gozadle y tenedle eternamente. Esposa y Madre sois del Dios de amor, y si en vos está la causa única y la fuente de la vida, nadie vivirá con ella como vos, Reina y Señora nuestra. Mas no queráis en vuestro amor tan encendido hallar descanso, pues la condición y estado de viadora (peregrina en la tierra y moradora del cielo) no permite ahora que vuestros afectos lleguen a su término, ni se retarden en adquirir nuevos aumentos de mayores méritos y corona. A todas las naciones exceden sin comparación vuestras obligaciones, pero siempre han de crecer y ser mayores, y nunca vuestro amor tan encendido se adecuará con el objeto, porque es eterno y en perfecciones infinito y sin medida, y siempre de su grandeza quedaréis dichosamente vencida; pues nadie le puede comprender, sino él a sí mismo se comprende y se ama cuanto debe ser amado. Y siempre vos, Señora, hallaréis en él que desear más y más que amar, y esto pertenece a su grandeza y nuestra gloria.”

246. Con estos coloquios y conferencias se encendía más el fuego del divino amor en el corazón de María Santísima,

porque en ella se cumplió legítimamente el mandato del Señor: que en su tabernáculo y altar ardiese continuamente el fuego del holocausto y que le fomentase el antiguo sacerdote para que fuese perpetuo (Lev 6,12-13). Esta verdad se ejecutó en María Santísima, donde estaban juntos el tabernáculo, el altar y el sumo y nuevo sacerdote Cristo nuestro Señor, que conservaba este divino incendio y le acrecentaba cada día administrando nueva materia de favores, beneficios e influjos de su divinidad; y la muy excelsa Señora asimismo administraba sus continuas obras, sobre cuyo incomparable valor caían los nuevos dones del Señor, que acrecentaban su santidad y gracia. Y después que esta Señora entró en el mundo, se encendió el fuego de su amor divino, para no extinguirse en aquel altar por toda la eternidad del mismo Dios. Tan perpetuo fue y continuo, y será, el fuego de este vivo santuario.

247. Otras veces hablaba y conversaba con los santos ángeles, manifestándosele en forma humana, como en diversas partes he dicho (Cf. supra p.I n.329, 421, 761; p.II n.181, 202, etc.); y la más repetida conversación era de los misterios del Verbo humanado, y en esto era tan profunda, hablando de las Escrituras y profetas, que causaba admiración a los mismos ángeles. En una ocasión confiriendo con ellos estos sacramentos venerables, les dijo: “Señores míos y siervos del Altísimo y sus amigos, lastimado está mi corazón y penetrado con flechas dolorosas, considerando lo que de mi Hijo Santísimo dicen las Escrituras Santas, y lo que escribieron Isaías (Is 53,2ss (A.)) y Jeremías (Jer 11,19 (A.)) de los acerbísimos dolores y tormentos que le esperan, y Salomón dice (Sab 2,20 (A.)) que le condenarán a torpísimo género de muerte, y siempre hablan los profetas con grande ponderación y exageración de su pasión y muerte y todo ha de venir a ejecutarse en él. ¡Oh si fuera la voluntad de Su Alteza que yo viviera entonces para entregarme a la muerte por el autor de mi vida! Se aflige mi espíritu, confiriendo en mi pecho estas verdades infalibles, y que de mis entrañas ha de salir mi bien y mi Señor a padecer. ¡Oh quién le guardara y le defendiera de sus enemigos! Decidme, príncipes soberanos, ¿con qué obras o por qué medios obligaré al eterno Padre para que se convierta contra mí el rigor de su justicia y quede libre el inocente que no puede tener culpa? Bien conozco que para satisfacer a Dios infinito, ofendido de los hombres, se piden obras de Dios humanado, pero con la primera que hizo mi Hijo Santísimo ha merecido más que pudo perder y ofender el linaje humano. Pues si esto es suficiente, decidme: ¿será posible que yo muera por excusar su muerte y sus tormentos? No se desgraciara por mis deseos humildes, no le disgustarán mis angustias. Pero ¿qué digo y a dónde me lleva la pena y el afecto? Pues en todo quiero que se cumpla la voluntad divina a que estoy rendida.”

248. Estos y otros semejantes coloquios tenía María Santísima con sus ángeles, especialmente en el tiempo de su embarazo; y los divinos espíritus la respondían a todos sus cuidados con grande reverencia y la confortaban y consolaban renovándole la memoria de los mismos sacramentos que ella conocía y proponiéndole las razones y conveniencias de que muriese Cristo nuestro Señor para rescate del linaje humano, para vencer al demonio y privarle de su tiranía y para la gloria del eterno Padre y exaltación del santísimo y altísimo Señor, Hijo suyo. Fueron tantos y tan altos los misterios de esta gran Reina con sus ángeles, que ni lengua humana los puede referir, ni nuestra capacidad en esta vida puede percibir tantas cosas. En el Señor veremos las que ahora no alcanzamos cuando le gocemos. Y por lo poco que he dicho puede nuestra piedad venir a la consideración de otras cosas mayores.

249. Era también Santa Isabel muy capaz e ilustrada en las divinas Escrituras, y lo fue mucho más desde la hora de la visitación, y así confería con ella nuestra Reina los misterios divinos que conocía y entendía la santa matrona, y fue más informada y enseñada por la doctrina de María Santísima, por cuya intercesión recibió grandes beneficios y dones del cielo. Se admiraba muchas veces de ver y oír la profunda sabiduría de la Madre de Dios y de nuevo la volvía a bendecir, y le decía: “Bendita seáis, Señora mía y Madre de mi Señor, entre todas las mujeres (Lc 1,42), y todas las naciones engrandezcan vuestra dignidad y la conozcan. Dichosísima sois por el tesoro riquísimo que portáis en vuestro virginal vientre; yo os doy humildes y afectuosas enhorabuenas del gozo que tendréis en vuestro espíritu, cuando el sol de justicia esté en vuestros brazos y le alimentéis a vuestros virgíneos pechos. Acordaos entonces, Señora mía, de vuestra sierva y ofrededme a vuestro Hijo Santísimo y mi Dios verdadero en la carne humana, para que reciba mi corazón en sacrificio. ¡Oh quién mereciera serviros desde ahora y asistiros! Pero si desmerezco conseguir esta dicha, tenga yo la de que llevéis mi corazón en vuestro pecho, pues no sin causa temo se me ha de dividir cuando me aparte de vos.” Otros dulcísimos afectos de amor tiernísimo tenía Santa Isabel en compañía y presencia de María Santísima; y la prudentísima Señora la consolaba, renovaba y vivificaba con sus divinas y eficaces razones. Y entre estas acciones tan excelentes y soberanas interponía otras muchas de humildad y abatimiento, sirviendo no sólo a su prima Santa Isabel, pero a las criadas de su casa. Y cuando alcanzaba ocasión barría la casa de su deuda, y siempre el oratorio donde estaba de ordinario, y con las criadas lavaba los platos, y otras cosas obraba de profunda humildad. Y no se extraña que particularice estas acciones tan pequeñas, porque la grandeza de nuestra gran Reina las engrandece para nuestra enseñanza y que a su vista se desvanezca nuestra soberbia y se abata nuestra villantez. Cuando Santa Isabel

sabía los oficios humildes que ejercitaba la Madre de piedad, lo sentía y la impedía, y por esto la divina Señora se ocultaba cuanto le era posible de su prima.

250. ¡Oh Reina y Señora de los cielos y de la tierra, amparo y abogada nuestra!, aunque sois maestra de toda santidad y perfección, con admiración de vuestra humildad me atrevo, Madre mía, a preguntaros: ¿cómo sabiendo que en vuestro virginal vientre estaba el Unigénito del Padre humanado y que como Madre suya os queríais gobernar en todo, se humillaba vuestra grandeza a tan bajas acciones como barrer el suelo y las demás obras, pues, a nuestro entender, por la reverencia de vuestro Hijo Santísimo las podíais excusar sin faltar a vuestro deseo? El mío, Señora, es entender cómo se gobernaba en esto Vuestra Majestad.

Respuesta y doctrina de la Reina del cielo.

251. “Hija mía, para responder a tu duda, a más de lo que dejé escrito en el capítulo precedente, debes advertir que ninguna ocupación o acto exterior en materia de virtud, por más humilde que sea, puede impedir, si se ordena bien, para dar el culto, reverencia y alabanza al Criador de todas las cosas; porque estas virtudes no se excluyen unas a otras; antes son todas compatibles en la criatura, y más en mí, que siempre tuve presente al sumo bien sin perderle de vista por un medio o por otro. Y así le adoraba y respetaba en todas las acciones, refiriéndolas siempre a su mayor gloria; y el mismo Señor, que hizo y ordenó todas las cosas, ninguna desprecia, ni tampoco le ofenden ni le tocan las cosas ínfimas. Y el alma que le ama de veras no extraña cosa alguna de estas humildes en su divina presencia, porque todas le buscan y le hallan como principio y fin de toda criatura. Y porque no puede vivir la que es terrena sin estas acciones humildes, y otras que son inseparables de la condición frágil y de la conservación de la naturaleza, es necesario entender bien esta doctrina para gobernarse en ellas; porque si acudiendo a estas acciones y pensiones no atendiese a su Criador, haría muchos y largos intervalos en las virtudes y méritos y en el uso de las interiores, y todo es mengua y defecto reprehensible y poco advertido de las criaturas terrenas.

252. “Por esta doctrina debes regular tus acciones terrenas, cualquiera que sean, para que no pierdas el tiempo, que jamás se recompensa; y sea comiendo (1 Cor 10,31), trabajando, descansando, durmiendo y velando, en cualquiera tiempo, lugar y ocupación, en todas adora, reverencia y mira a tu Señor grande y poderoso, que todo lo llena y lo conserva. Y quiero que entiendas ahora, que a mí lo que más me movía y excitaba para hacer todos los actos de humildad, era la consideración de que mi Hijo Santísimo venía humilde para enseñar con doctrina y con ejemplo esta virtud en el mundo y desterrar la vanidad y soberbia de los hombres y arrancar esta semilla que sembró Lucifer entre los mortales con el primer pecado. Y me dio Su Majestad tan alto conocimiento de lo que se agrada de esta virtud, que por hacer sólo un acto de los que has referido, como barrer el suelo o besar los pies a un pobre, padeciera los mayores tormentos del mundo. Y no hallarás tú palabras con que ponderar este afecto que yo tuve, ni tampoco la excelencia y nobleza de la humildad. En el Señor lo conocerás y entenderás lo que no puedes manifestar con razones.

253. Pero escribe esta doctrina en tu corazón y guárdala por arancel de tu vida, y ejercitándote siempre en todo lo que desprecia la vanidad humana, despréciala tú a ella como execrable y odiosa en los ojos del Altísimo. Y con este proceder humilde sean siempre tus pensamientos nobilísimos y tu conversación en los cielos (Flp 3,20) y con los espíritus angélicos; trata y conversa con ellos, que te darán nueva luz de la divinidad y misterios de Cristo mi Hijo Santísimo. Con las criaturas sean tus conversaciones tales que de ellas quedes siempre más fervorosa, y tú a ellas las despiertes y muevas a la humildad y amor divino. Toma el último lugar en tu interior entre todas las criaturas, y cuando llegue la ocasión y tiempo de ejercitar los actos de humildad, te hallarás pronta para ellos; y serás señora de tus pasiones, si primero en tu concepto te has conocido por la menor y más débil e inútil de las criaturas.”

CAPITULO 20

[Regresar al Principio](#)

Algunos beneficios singulares que hizo Maria Santísima en casa de Zacarías a particulares personas.

254. Conocida condición del amor es ser oficioso y activo como el fuego, si halla materia en que obrar; y esto más tiene este fuego espiritual, que si no la tiene la busca. Este Maestro ha enseñado tantas invenciones y artes de las virtudes a los amadores de Cristo, que no los deja estar ociosos. Y como no es ciego ni insano, conoce bien la condición de su nobilísimo objeto y sólo sabe tener celos de que no le amen todos, y así le procura comunicar sin

emulación y envidia. Y si en el limitado amor que en comparación de María Santísima todos tienen a Dios, aunque sean más fervorosos y santos (Sentido de la frase: por más fervorosos y santos que sean), fue tan admirable y poderoso el celo de las almas, como sabemos de lo que por ellas hicieron, ¿qué sería lo que esta gran Reina obró en beneficio de los prójimos, pues ella era la Madre del amor divino (Eclo 24,24) y traía consigo al mismo fuego vivo y verdadero que se venía a encender en el mundo? (Lc 12,49) En toda esta divina Historia conocerán los mortales cuánto deben a esta Señora; y aunque sería imposible referir los casos particulares y beneficios que hizo a muchas almas, con todo eso, para que por algunos se conozcan otros, diré en este capítulo algo de lo que sucedió en esta materia, estando la Reina en casa de su prima Santa Isabel.

255. Servía en aquella casa una criada de inclinaciones siniestras, inquieta, de condición iracunda y acostumbrada a jurar y maldecir. Con estos vicios y otros desórdenes que hacía, guardando el aire a sus dueños, estaba tan rendida al demonio, que fácilmente la movía este tirano a cualquiera miseria y desacierto, y por espacio de catorce años la asistían y acompañaban muchos demonios, sin dejarla un punto, para asegurar la presa de su alma; sólo cuando esta mujer estaba en presencia de la señora del cielo María Santísima se retiraban los enemigos, porque como otras veces he dicho (Cf. supra p.1 n.285,691.695,697) la virtud de nuestra Reina los atormentaba, y más en esta ocasión que tenía en su virginal relicario al Señor poderoso y Dios de las virtudes. Y como desviándose aquellos crueles exactores no sentía la criada los malos efectos de su compañía y, por otra parte, la dulce vista y trato de la Reina iba obrando en ella nuevos beneficios, comenzó la mujer a inclinarse y aficionarse mucho a su Reparadora y procuraba asistirle con mucho afecto y ofrecérsele a su servicio y granjear todo el tiempo que podía para ir a donde estaba Su Alteza, y la miraba con reverencia; porque entre sus torcidas inclinaciones tenía una buena, que era un linaje de natural piedad y compasión de los necesitados y humildes y se inclinaba a ellos y a hacerles bien.

256. La divina Princesa, que conocía y veía todas las inclinaciones de aquella mujer, el estado de su conciencia, el peligro de su alma y la malicia de los demonios contra ella, convirtió los ojos de su misericordia y la miró con piadoso afecto de madre. Y aunque aquella asistencia y dominio de los demonios conoció Su Majestad que era justa pena de los pecados de aquella mujer, con todo eso, hizo oración por ella y le alcanzó el perdón, el remedio y la salvación. Luego mandó a los demonios, con el poder que tenía, dejasen aquella criatura libre y no volviesen más a turbarla y molestarla. Y como no podían resistir al imperio de nuestra gran Reina, se rindieron y atemorizados huyeron ignorando la causa de aquel poder de María Santísima; pero conferían entre sí mismos con indignada admiración y decían: “¿Quién es esta mujer que sobre nosotros tiene tan extraordinario imperio? ¿De dónde le viene tan exquisito poder, que obra todo lo que quiere?” Concibieron por esto los enemigos nueva indignación y saña contra la que les quebrantaba la cabeza (Gen 3,15). Pero aquella feliz pecadora quedó libre de sus uñas, y María Santísima la amonestó, corrigió y enseñó el camino de la salud y la trocó en otra mujer blanda de corazón y sin condición. Y en esta renovación perseveró toda la vida, reconociendo que todo le había venido por mano de nuestra Reina, aunque no supo ni penetró el misterio de su dignidad, pero fue humilde, agradecida y acabó su vida santamente.

257. No era de mejor condición que esta criada otra mujer vecina de casa de Zacarías, que por serlo solía entrar en ella y acudir a la conversación de los de la familia de Santa Isabel. Vivía licenciosamente en la guarda de la honestidad, y como entendió la llegada de nuestra gran Reina a aquella ciudad, su compostura y recato, dijo con liviandad y curiosidad: “¿Quién es esta forastera que nos ha venido por huésped y vecina, tan a lo santo y retirado?” Y con el deseo vano y curioso de inquirir novedades, que tales personas suelen tener, procuró ver a la divina Señora y reconocer el traje y la cara que tenía. Impertinente y ocioso era este fin, mas no lo fue en el efecto; porque habiéndolo conseguido quedó esta mujer tan herida en el corazón, que con la presencia y vista de María Santísima se trocó en otra y transformó en nuevo ser. Mudó sus inclinaciones, y sin conocer la virtud de aquel eficaz instrumento, la sintió, produciendo sus ojos arroyos de lágrimas copiosísimos con íntimo dolor de sus pecados. Y sólo con haber puesto la vista con atención curiosa en la Madre de la pureza virginal, sacó esta feliz mujer en recambio la virtud de la castidad, quedando libre de los hábitos e inclinaciones sensuales. Se retiró entonces con este dolor a llorar su mala vida, y después solicitó el ver y hablar a la Madre de la gracia, y Su Alteza se lo concedió para confirmarla en ella, como quien sabía y conocía el suceso y que tenía el origen de la gracia en su divino vientre, que hace santos y justifica; en cuya virtud obraba la Abogada de los pecadores. Admitió a ésta con maternal afecto de piedad, la amonestó y catequizó en la virtud, y con esto la dejó mejorada y esforzada para la perseverancia.

258. Por este modo hizo nuestra gran Señora muchas obras y conversiones admirables de gran número de almas, aunque siempre con silencio y raro secreto. Toda la familia de Santa Isabel y Zacarías quedó santificada de su trato y

conversación. A los que eran justos los mejoró y acrecentó en nuevos dones y favores, a los que no lo eran los justificó su intercesión e ilustró y a todos los rindió su reverencial amor con tanta fuerza, que cada uno a porfía la obedecía y reconocía por Madre, por amparo y consuelo en todas las necesidades. Y estos efectos obraba su vista y con pocas palabras, aunque nunca negaba las necesarias para tales obras. Como a todos penetraba el secreto del corazón y conocía el estado de la conciencia, aplicaba a cada uno su más oportuna medicina. Algunas veces, aunque no era esto siempre, le manifestaba el Señor si los que veía eran de los escogidos o réprobos, del número de los predestinados o condenados. Pero uno y otro hacía en su corazón admirables efectos de virtud perfectísima; porque a los justos y predestinados que conocía les echaba muchas bendiciones y esto mismo hace ahora desde el cielo y el Señor le daba la enhorabuena, y ella pedía los conservase en su gracia y amistad; y por esto hacía incomparables diligencias y peticiones. Cuando veía alguno en pecado, clamaba con afecto íntimo por su justificación y de ordinario la conseguía; y si era réprobo lloraba con amargura y se humillaba en la presencia del Altísimo por la pérdida de aquella imagen y obra de la divinidad; y porque otras no se condenasen hacía profundas oraciones, ofrecimientos y humillaciones y toda era una llama del divino amor que jamás descansaba ni sosegaba en obrar cosas grandes.

Doctrina que me dio la divina Reina y Señora.

259. “Hija mía carísima, en dos puntos como dos polos se ha de mover toda la armonía de tus potencias y cuidados; y éstos han de ser: estar tú en amistad y gracia del Altísimo y procurar la misma para otras almas. En esto se resuelva toda tu vida y ocupaciones. Y por conseguir tan altos fines, si necesario fuere, no quiero que perdones trabajo ni diligencia alguna, pidiéndolo al Señor y ofreciéndote a padecer hasta la muerte y padeciendo con ejecución todo lo que se ofreciere y tus fuerzas alcancen. Y aunque para solicitar el bien de las almas no has de hacer demostraciones extraordinarias con las criaturas, porque a tu sexo no son convenientes, pero has de buscar y aplicar prudentemente todos los medios ocultos y más eficaces que conocieres. Si eres hija mía y esposa de mi Hijo Santísimo, considera que la hacienda de nuestra casa son las criaturas racionales, a quien como prendas ricas compró con el precio de su vida, de su muerte y de su misma sangre; porque se le perdieron por su inobediencia, habiéndolas él mismo criado y encaminado para sí mismo.

260. “Pues cuando el Señor te enviare o encaminare alguna alma necesitada y te diere a conocer su estado, trabaja con fidelidad por su remedio, llora y clama con afecto íntimo y fervoroso por alcanzar de Dios el reparo de tanto daño y peligro y no regatees medio alguno divino y humano, en la forma que a ti te toca, para conseguir la salud y vida del alma que se te entregare. Y con la prudencia y medida que te tengo advertida, no te encojas en amonestar y rogar lo que entendieres le conviene, y con todo secreto trabaja por beneficiarla. Y asimismo quiero que, cuando fuere necesario, mandes a los demonios con todo imperio en nombre del omnipotente Dios y mío que se alejen y desvíen de las almas que conocieres oprimidas por ellos; y pasando esto en secreto, bien puedes desencogerte y dilatarte para ejecutarlo. Y considera que te ha puesto el Señor y te pondrá en ocasiones que puedas obrar esta doctrina. No la olvides ni malogres, que obligada te tiene Su Majestad, como a hija, para que cuides de la hacienda y casa de tu padre, y no debes sosegar mientras no lo haces con toda diligencia. No temas, que todo lo podrás en el que te conforta (Flp 4,13), y su poder divino corroborará tu brazo para grandes obras.”

CAPITULO 21

[Regresar al Principio](#)

Pide Santa Isabel a la Reina del cielo la asista a su parto y tiene luz del nacimiento de Juan.

261. Corrían ya más de dos meses después de la venida de la Princesa del cielo a casa de Santa Isabel, y la discreta matrona prevenía ya su mismo dolor con la partida y ausencia de la gran Señora del mundo. Temía, con razón, perder la posesión de tanta dicha y conocía que no podía caer debajo de merecimientos humanos, y como humilde y santa ponderaba más en su corazón sus propias culpas, recelándose si por ellas se le ausentaría aquella hermosa luna con el sol de justicia que encerraba en su tálamo virginal. Lloraba algunas veces a solas con suspiros porque no hallaba medios para detener el sol, que tan claro día de gracia y luz le había causado. Suplicaba al Señor con muchas lágrimas pusiera en el corazón de su prima y señora María Santísima no la dejase sola; a lo menos, que no la privase tan presto de su amable compañía. La servía con gran veneración, asistencia y cuidado. Meditaba qué haría para obligarla; y no era maravilla que tan grande santa y tan advertida y prudente mujer solicitase lo que pudieran codiciar los mismos

ángeles, pues a más de la luz divina que con grande plenitud había recibido del Espíritu Santo, para conocer la suprema santidad y dignidad de la Virgen Madre, ella por sí misma, con su dulcísima y divina conversación y con los efectos que Santa Isabel sentía de su trato, la había robado el corazón; de suerte que sin especial favor no pudiera vivir, apartándose de ella, después que la conoció y trató.

262. Para consolarse en esta pena, determinó Santa Isabel manifestársela a la divina Señora, que no estaba ignorante en ella, y con gran rendimiento y veneración la dijo: “Prima y Señora mía, por el respeto y atención con que os debo servir, no me he atrevido hasta ahora a manifestaros mi deseo y una pena que tiene poseído mi corazón; dándome licencia para que yo busque el alivio con manifestaros mis cuidados, los referiré, pues sólo vivo con la esperanza de lo que deseo. El Señor por su divina dignación me hizo singular misericordia de traeros a donde yo tuviese la dicha, que no pude merecer, de trataros y conocer los misterios que en vos, Señora mía, tiene encerrados la divina providencia. Yo indigna, por este beneficio le alabo eternamente. Vos sois el templo vivo de la gloria del Altísimo, el Arca del Testamento que guardáis el maná con que viven los mismos ángeles; vosotros sois las tablas de la ley verdadera, escrita con el mismo ser de Dios. Considero mi bajeza y cuán rica me hizo Su Majestad en un instante, hallándome, sin merecerlo, con el tesoro de los cielos en mi casa y con la que eligió por Madre suya entre las mujeres; temo ya con razón que desobligada ofenderos a Vos y el fruto de vuestro vientre con mis pecados, desamparéis esta pobre esclava, dejándome desierta y sola de tan grande bien que ahora gozo. Posible es para el Señor, si fuese también voluntad vuestra, que yo alcanzase la felicidad de serviros y no apartarme de vos en lo que me resta de vida; y si el ir a vuestra casa tiene más dificultad, más fácil será quedaros en la mía y llamar a vuestro santo esposo José, para que los dos viváis en ella como dueños y señores, a quienes serviré como sierva y con el afecto que mueve mi deseo. Y aunque no merezco lo que pido, os suplico no despreciéis mi humilde petición, pues el Altísimo excedió con sus favores a mis merecimientos y deseos.”

263. Oyó María Santísima con dulcísimo agrado la proposición y súplica de su prima Santa Isabel, y la respondió diciendo: “Carísima amiga de mi alma, vuestros afectos santos y piadosos serán aceptos al Altísimo y vuestros deseos agradables a sus ojos. Yo los agradezco de corazón, pero en todos nuestros cuidados y propósitos es debido que acudamos a la voluntad divina y a ella subordinemos con todo rendimiento la nuestra. Y aunque ésta es obligación de todos los nacidos, bien sabéis, amiga mía, que yo le debo más que todos, pues con el poder de su brazo me levantó del polvo y con piedad inmensa miró a mi bajeza (Lc 1,48.51). Todas mis palabras y movimientos se han de gobernar por la voluntad de mi Señor e Hijo, no he de tener querer ni no querer, más de su divina disposición. Presentaremos a Su Majestad vuestros deseos, y aquello que ordenare de su mayor beneplácito eso ejecutaremos. A mi esposo José debo también obedecer, y sin su orden y disposición no puedo yo, carísima, elegir mis ocupaciones, ni lugar y casa para vivir, y es razón estemos a la obediencia (Ef 5,12) de los que son nuestras cabezas y superiores.”

264. A estas razones tan eficaces de la Princesa del cielo sujetó Santa Isabel su dictamen y deseos, y con humilde rendimiento dijo: “Señora mía, yo quiero obedecer a vuestra voluntad y reverencio vuestra doctrina. Sólo os represento de nuevo el amor íntimo de mi corazón rendido a vuestro servicio; y si lo que de mis deseos he propuesto no puedo conseguirlo, ni es conforme a la divina voluntad, a lo menos, si posible fuese, deseo, Reina mía, que no me desamparéis antes que salga a luz el hijo que tengo en mis entrañas, para que así como en ellas ha conocido y adorado a su Redentor en las vuestras, goce de su divina presencia y luz antes que de ninguna otra criatura, y reciba vuestra bendición, que dé principio a los pasos de su vida (Prov 16,9), a la vista del que se los ha de encaminar rectamente. Y usted, que sois la Madre de la gracia, le presentéis a su Criador y le alcancéis de su bondad inmensa la perseverancia de la que por medio de vuestra voz dulcísima recibió, cuando yo sin merecerlo la sentí en mis oídos. Permitidme, pues, amparo mío, que yo vea a mi hijo en vuestros brazos, donde se ha de reclinar el mismo Dios que crió y formó el cielo y tierra y por su mandato permanecen. No se estreche ni coarte por mis culpas la grandeza de vuestra maternal piedad, ni a mí me neguéis este consuelo y a mi hijo tan gran dicha, que como madre se la solicito y la deseo sin merecerla.”

265. No quiso María Santísima negar esta última petición a su santa prima y ofreció pedir al Señor el cumplimiento de su deseo; y a ella le encargó lo hiciese, para saber su santísima voluntad. Con este acuerdo las dos madres de los mejores dos hijos que han nacido en el mundo se retiraron al oratorio de la divina Princesa y puestas en oración presentaron al Altísimo sus peticiones. María purísima tuvo un éxtasis, donde conoció con nueva luz divina el misterio, vida y méritos del precursor San Juan y lo que había de obrar, preparando con su predicación los caminos de los corazones humanos para recibir a su Redentor y Maestro; y de estos grandes sacramentos sola a Santa Isabel manifestó

aquello que convenía entendiéndose. Conoció también la gran santidad de la misma Santa su prima, y que su muerte sería breve, y antes la de Zacarías. Y con el amor que tenía nuestra piadosa Madre a su deuda, la presentó al Señor y le pidió la asistiese en su muerte, y también presentó sus deseos en lo que había pedido del parto de su hijo. En lo demás de quedarse Su Alteza en casa de Zacarías, nada pidió la prudentísima Virgen, porque con la divina ciencia que tenía conoció luego no era conveniente, ni voluntad del Altísimo, que viviese siempre en casa de su prima, como ella lo deseaba.

266. La respondió Su Majestad a estas peticiones: “Esposa y paloma mía, mi beneplácito es que asistas y consueles a mi sierva Isabel, acudiéndola en su parto, que ya está muy vecino, porque sólo le faltan ocho días; y después que se haya circuncidado el hijo que pariere, te volverás a tu casa con José tu esposo. Y me presentarás a mi siervo Juan después que haya nacido, que para mí será aceptable sacrificio; y persevera, amiga mía, en pedirme la salud eterna para las almas.” Al mismo tiempo acompañaba Santa Isabel con sus peticiones a las de la Reina del cielo y tierra, y suplicaba al Señor mandase a su Santísima Madre y Esposa que no la desamparase en su parto; y le fue revelado cómo ya estaba muy cerca, y otras cosas de gran alivio y consuelo en sus cuidados.

267. Volvió María Santísima de su raptó y acabada la oración confirieron las dos madres cómo ya se acercaba el parto de Santa Isabel, según el aviso del Señor que entrambos habían tenido; y con el ardiente deseo de su buena dicha le preguntó luego la santa matrona a nuestra Reina: “Señora mía, decidme, os suplico, si mereceré el bien que os he pedido de teneros conmigo al suceso de mi parto, ya tan inmediato.” Respondió Su Majestad: “Amiga y prima mía, el Altísimo ha oído y admitido nuestras peticiones y se ha dignado mandarme que cumpla vuestro deseo y os sirva en esta ocasión, como lo haré, aguardando no sólo a vuestro parto, pero también a que vuestro infante quede circuncidado según la ley; que todo se ejecutará en quince días.” Con esta determinación de María Santísima se renovó el júbilo de su santa prima Isabel, y reconociendo este gran beneficio, dio por él humildes gracias al Señor y también a la Reina Santísima. Y habiéndose recreado y vivificado con sus avisos y advertencias, trató la santa matrona de prevenirse para el parto y para la partida de su soberana prima.

Doctrina que me dio la divina Reina y Señora María Santísima.

268. “Hija mía, cuando el deseo de la criatura nace de afecto pío y devoto, encaminado con intención recta a santos fines, no se desagrada el Altísimo de que se le proponga, como sea con rendimiento a su mayor agrado y con resignación, para ejecutar lo que su divina Providencia dispusiere de todo. Y cuando las almas se ponen en presencia del Señor con esta conformidad e igualdad de ánimo, como piadoso padre las mira y siempre las concede lo que es justo y las niega y desvía lo que no lo es, o no les conviene para su salud verdadera. De celo piadoso y bueno nació el deseo que mi prima Isabel tenía, de acompañarme toda su vida y no alejarse de mí, pero no era esto conveniente, conforme a la determinación del Altísimo que tenía de todas mis operaciones, peregrinaciones y sucesos que me esperaban. Y aunque se le negó esta petición, no desagradó al Señor en ella, pero se le concedió lo que no impedía a los decretos de su santa voluntad y sabiduría infinita, y resultaba en beneficio suyo y de su hijo Juan. Y por el amor que a mí me tuvieron hijo y madre y por mi intercesión, los enriqueció el Todopoderoso de grandes bienes y favores. Siempre es medio efficacísimo con Su Majestad pedirle con buena voluntad e intención por medio de mi intercesión y devoción.

269. “Todas tus peticiones y ruegos quiero que los ofrezcas en nombre de mi Hijo Santísimo y en el mío y confía sin recelo que serán admitidos, si con rectísima intención del agrado de Dios los encaminares. Mírame con afecto amoroso como a Madre, amparo y refugio tuyo y entrégate a mi devoción y amor; y advierte, carísima, que el deseo que tengo de tu mayor bien me obliga a enseñarte el medio más poderoso y eficaz por donde con la divina gracia llegues a conseguir grandes tesoros y beneficios de la liberalísima mano del Señor. No te indispongas para ellos, ni los retardes por tu remisión temerosa. Y si deseas granjearme para que te ame como a hija muy querida, desvélate en imitar lo que de mí te manifiesto y enseño; y en esto emplea tus fuerzas y cuidado, dando por bien empleado cuanto trabajares por conseguir el efecto de mi enseñanza y doctrina.”

CAPITULO 22

[Regresar al Principio](#)

La natividad del precursor de Cristo y lo que hizo en su nacimiento la soberana Señora María Santísima.

270. Llegó la hora de nacer al mundo el lucero (Jn 5,35) que prevenía al claro sol de justicia y anunciaba el deseado día de la ley de gracia. Era tiempo oportuno de que saliese a luz el gran profeta del Altísimo, y más que profeta, Juan, que preparando los corazones de los hombres señalase con su dedo al Cordero que había de remediar y santificar el mundo (Lc 1,76.8, 26.1, 17; Jn 1,29). Y primero que saliese del materno vientre, manifestó el Señor al bendito niño que se llegaba la hora de su nacimiento para comenzar la carrera de todos los mortales en la común luz de todos. Tenía el infante uso perfecto de razón, elevado con la divina luz y ciencia infusa que de la presencia del Verbo humanado había recibido, y con ella conoció y atendió que llegaba a tomar puerto en una tierra maldita (Gen 3,17) y llena de peligrosas espinas y a poner los pies en un mundo lleno de lazos y sembrado de maldades, donde muchos padecían naufragio y perecían.

271. Entre este conocimiento y el orden divino y natural de nacer, estaba el grande niño como suspenso y dudoso; porque de una parte las causas naturales habían conseguido su término en formar y alimentar el cuerpo hasta su perfección, con que naturalmente era compelido con fuerza para nacer, y él lo conocía y sentía que le despedía y arrojaba la posada materna; se juntaba a la eficacia de la naturaleza la voluntad expresa del Señor que se lo mandaba, y por otra parte conocía y ponderaba el riesgo de la peligrosa carrera de la vida mortal; y entre el temor y la obediencia se detenía con el miedo y se movía con prontitud. Quisiera resistir y quería obedecer, y decía consigo mismo: “¿A dónde voy, si entro en el conflicto del peligro de perder a Dios? ¿Cómo me entregaré a la conversación de los mortales, donde tantos se deslumbran, pierden el seso y camino de la vida? En tinieblas estoy en el vientre de mi madre, pero a otras paso de mayor peligro. Oprimido estaba desde que recibí la luz de la razón, pero más me aflige el ensanche y libertad de los mortales. Pero vamos, Señor, con vuestra voluntad al mundo, que siempre el ejecutarla es lo mejor, y si en vuestro servicio, oh Rey altísimo, se puede emplear mi vida y mis potencias, esto sólo me facilitará salir a luz y admitir la carrera. Dadme, Señor, vuestra bendición para pasar al mundo.”

272. Mereció con esta petición el precursor de Cristo que Su Majestad al punto del nacer le diese de nuevo su bendición y gracia. Y así lo conoció el dichoso niño, porque tuvo presente a Dios en su mente y que le enviaba a obrar cosas grandes en su servicio y le prometía su gracia para ejecutarlas. Y antes de referir el parto felicísima de Santa Isabel, para ajustar el tiempo en que sucedió con el texto de los sagrados evangelistas, advierto que el embarazo de esta admirable concepción duró nueve meses menos nueve días; porque, en virtud del milagro con que se le dio fecundidad a la madre estéril, se perfeccionó el concepto en este tiempo y llegó al estado de nacer; y cuando San Gabriel dijo a María Santísima que su prima Isabel estaba preñada en el sexto mes (Lc 1,36), hace de entender que no era cumplido, porque faltaba de ocho a nueve días. Dije también arriba (Cf. supra n.206), capítulo 16, que al cuarto día después de la Encarnación del Verbo partió la divina Señora a visitar a Santa Isabel; y porque no fue luego inmediatamente, dijo San Lucas que salió María Santísima en aquellos días y fue con diligencia a la montaña (Lc 1,39), y en el camino gastaron otros cuatro días, como queda dicho en el mismo lugar, núm. 207.

273. Advierto a si mismo que, cuando el mismo evangelista dice que María Santísima estuvo casi tres meses (Ib. 56) en casa de Santa Isabel, sólo faltaron de dos a tres días para cumplirse, porque en todo fue puntual el texto del Evangelio. Y conforme a esta cuenta es forzoso que María Santísima, Señora nuestra, se hallase no sólo en el parto de Santa Isabel y nacimiento de San Juan, pero también en la circuncisión y determinación de su misterioso nombre, como luego diré (Cf. infra n.290). Porque contando ocho días después que encarnó el Verbo, llegó nuestra Señora con San José a casa de Zacarías a dos de abril, conforme nuestra cuenta de los meses solares, y llegó aquel día por la tarde; añadiendo ahora otros tres meses menos dos días, que se comienzan de tres de abril, se cumple este término a primero de julio inclusive, que es el día octavo de la natividad de San Juan y el de su circuncisión; y a otro día de mañana partió María Santísima para volverse a Nazaret. Y aunque el evangelista San Lucas cuenta y dice la vuelta de nuestra Reina a su casa primero que el parto de Santa Isabel, no fue antes sino después; y el texto sagrado anticipó la narración de la jornada de la divina Reina, por acabar todo lo que a ella tocaba y proseguir la historia del nacimiento del precursor, sin interrumpir otra vez el hilo de su discurso; y así se me ha dado a entender para escribirlo.

274. Acercándose, pues, la hora del deseado parto, sintió la madre Santa Isabel que se movía en su vientre el niño, como si se pusiera en pie; y todo era efecto de la misma naturaleza y de la obediencia del infante. Y con algunos dolores moderados que sobrevinieron a la madre, dio aviso a la princesa María, pero no la llamó para que asistiese presente al parto, porque la digna reverencia debida a la excelencia de María y al fruto que tenía en su virginal vientre la detuvo prudentemente para no pedir lo que no parecía decencia. Tampoco fue la gran Señora en persona a donde estaba su prima, pero le envió las mantillas y fajos que tenía prevenidos para envolver al dichoso infante. Nació luego

muy perfecto y crecido, testificando en la limpieza de su cuerpo la que traía en su alma, porque no tuvo tantas impuridades como otros niños. Le envolvieron en las mantillas, que antes eran grandes reliquias dignas de veneración. Y dentro de algún conveniente espacio, estando ya Santa Isabel compuesta y aliñada, salió María Santísima de su oratorio, mandándosele el Señor, y fue a visitar al niño y a la madre y darle la enhorabuena.

275. Recibió la Reina en sus brazos al recién nacido a petición de su madre y le ofreció como oblación nueva al eterno Padre, y Su Majestad la recibió con aprobación y agrado y como primicias de las obras del Verbo humanado y ejecución de sus divinos decretos. El felicísimo niño, que lleno del Espíritu Santo conoció a su legítima Reina y Señora, la hizo reverencia no sólo interior, sino exterior, con una disimulada inclinación de la cabeza, y de nuevo adoró al Verbo divino hecho hombre en el tálamo de su Madre purísima, donde se le manifestó entonces con especialísima luz. Y como también conocía el beneficio que entre los mortales había recibido, hizo el reconocido infante grandes actos de agradecimiento, amor, humildad y veneración a Dios hombre y a su Madre Virgen. Y ofreciéndole la divina Señora al Padre eterno, hizo por ésta esta oración: “Altísimo Señor y Padre nuestro, santo y poderoso, recibid en vuestro servicio las estrenas y temporáneo fruto de vuestro Hijo Santísimo y mi Señor. Este es el santificado y rescatado por vuestro Unigénito del poder y efectos del pecado y de vuestros antiguos enemigos. Recibid este sacrificio matutino e infundid en él con vuestra santa bendición vuestro divino Espíritu, para que sea fiel dispensador del misterio a que le destináis en honra vuestra y de vuestro Unigénito.” Fue en todo eficaz esta oración de nuestra Reina y Señora, y conoció cómo el Altísimo enriquecía al niño señalado y escogido para su precursor, y él también sintió en su espíritu el efecto de tan admirables beneficios.

276. Mientras la gran Reina y Señora del universo tuvo en sus brazos al infante Juan, estuvo disimuladamente en un éxtasis dulcísimo por algún breve espacio, y en él hizo la oración y ofrecimiento por el niño, teniéndole reclinado en su pecho, donde en breve espacio había de reclinar al Unigénito del Padre y suyo. Esta fue singularísima prerrogativa y excelencia del gran precursor, no alcanzada de otro alguno de los santos. Y no es mucho que el ángel le predicase por grande en la presencia del Señor (Lc 1,15), pues antes de nacer le visitó y santificó, y en naciendo fue levantado y puesto en el trono de la gracia y estrenó los brazos en que se había de reclinar el mismo Dios humanado, y dio motivo a su madre dulcísima para que desease recibir en ellos a su mismo Hijo y Señor y que esta memoria le causase regalados afectos con su precursor, niño recién nacido. Conoció Santa Isabel estos divinos sacramentos, porque se los manifestaba el Señor, mirando a su milagroso hijo en los brazos de la que era más Madre que ella misma; pues a Santa Isabel le debía la naturaleza y a María purísima el ser de tan excelente gracia. Todo esto hacía una suavísima consonancia en el pecho de las dos felicísimas y dichosas madres, y del niño, que también tenía luz de tan venerables misterios; y con las demostraciones pàrvulas de sus tiernos miembros declaraba el júbilo de su espíritu y se inclinaba a la divina Señora y solicitaba sus caricias y no apartarse de ella. Le regalaba la dulcísima Señora, pero con tanta majestad y templanza, que jamás le besó, como suele permitir tal edad, porque sus castísimos labios los guardó y reservó intactos para su Hijo Santísimo. Ni tampoco miró con atención a la cara del niño, porque toda la puso en la santidad de su alma, y apenas le conociera por las especies de sus ojos. Tal era la prudencia y modestia de la gran Reina del cielo.

277. Luego se divulgó el nacimiento de Juan, como dice San Lucas (Ib. 58), y toda la parentela y vecindad vinieron a dar la enhorabuena a Zacarías y a Santa Isabel, porque su casa era rica, noble y estimada por toda la comarca, y la santidad de los dos tenía granjeados los corazones de cuantos los conocían, Y por estas razones, y haberlos visto tantos años sin sucesión de hijos, y haber llegado Santa Isabel a edad madura y estéril, causó en todos mayor novedad y admiración y suma alegría, conociendo que aquél era más hijo de milagro que de naturaleza. El santo sacerdote Zacarías estaba siempre mudo para manifestar su júbilo, porque no era llegada la hora en que tan misteriosamente se había de soltar su lengua. Pero con otras demostraciones daba señales del gozo interior que tenía y al Altísimo ofrecía afectuosas alabanzas y repetidas gracias por el beneficio tan raro que ya reconocía después de su incredulidad, de que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina y Señora del cielo.

278. “Hija mía carísima, no te admires de que mi siervo Juan temiese y dificultase salir al mundo, porque no saben amarle tanto los hijos ignorantes del siglo, cuanto saben los sabios aborrecerle y temer sus peligros con ciencia divina y luz de lo alto. Esta tenía en eminente grado el que nacía para precursor de mi Hijo Santísimo, y por esta parte, conociendo el detrimento, era consiguiente el temor de lo que conocía, Pero le sirvió para entrar en el mundo

felizmente, porque el que más le conoce y aborrece, navega más seguro en sus encumbradas olas y profundo golfo. Con tanto enojo, contradicción y aborrecimiento de lo terreno comenzó el dichoso niño su carrera, que jamás dio treguas a esta enemistad. No ajustó las paces, ni admitió las venenosas lisonjas de la carne, ni dio sus sentidos a la vanidad, ni se abrieron sus ojos para verla, y en esta demanda de aborrecer al mundo y todo lo que hay en él, dio la vida por la justicia. No puede ser pacífico y confederado con Babilonia el ciudadano de la verdadera Jerusalén, ni es compatible solicitar la gracia del Altísimo, estar en ella y juntamente en amistad de sus declarados enemigos; porque nadie pudo ni puede servir a dos señores encontrados, ni estar juntas la luz y las tinieblas, Cristo y Belial.

279. “Guárdate, carísima, más que del fuego de los que viven poseídos de las tinieblas y son amadores del mundo, porque la sabiduría de los hijos del siglo es carnal y diabólica y sus caminos tenebrosos llevan a la muerte. Y cuando fuere necesario encaminar alguno a la vida verdadera, aunque para esto debes ofrecer la tuya natural, siempre has de reservar la paz de tu interior. Tres lugares te señalo para que en ellos vivas y de donde nunca salgas con la atención, y si alguna vez te mandare el Señor acudir a las necesidades de las criaturas, quiero que sea sin perder este refugio; como el que vive en un castillo rodeado de enemigos, que para negociar lo forzoso sale a la puerta y de allí dispone lo que conviene con tanta circunspección, que más atiende al camino por donde volverse a retirar y esconder que a los negocios de fuera, y siempre está cuidadoso y sobresaltado del peligro. Esto mismo debes atender tú, si quieres vivir segura, porque no dudes te rodean enemigos crueles y venenosos más que áspides y basiliscos.

280. “Los lugares de tu habitación han de ser la divinidad del Altísimo, la humanidad de mi Hijo Santísimo y el secreto de tu interior. En la divinidad has de vivir como la perla encerrada en su concha y el pez en el mar, en cuyos espacios interminables dilatarás tus afectos y deseos. La humanidad santísima será el muro que te defienda, y su pecho patente el tálamo donde te reclines y descanses debajo de la sombra de sus alas (Sal 16,8). Tu interior te dará pacífica alegría con el testimonio de la conciencia, y ella te facilitará, si la conservas pura, el trato amigable y dulce de tu Esposo. Para que a todo esto te ayudes con el retiro corporal y sensible, gusto y quiero que le guardes en tu tribuna o celda y que sólo salgas de ella cuando la fuerza de la obediencia o el ejercicio de la caridad te compeliere. Y te manifiesto un secreto, y es que hay demonios destinados por Lucifer, con expreso orden suyo, para que aguarden a los religiosos y religiosas cuando salen fuera de su recogimiento, para embestirles luego y darles batería con tentaciones que los derriben. Y éstos no entran fácilmente en las celdas, porque allí no hay tanta ocasión de hablar, ver y de usar mal de los sentidos, en que de ordinario hacen ellos presa y se ceban como lobos carnívoros. Y por esto los atormenta el retiro y el recato que en él guardan los religiosos y le aborrecen, porque desconfían de vencerlos mientras no los cogen entre el peligro de la conversación humana.

281. “Y generalmente es cierta que los demonios no tienen poder sobre las almas, cuando por alguna culpa venial o mortal respectivamente no se le sujetan y no les dan entrada; porque el pecado mortal les da un derecho como expreso sobre quien le comete para atraerlo a otros, y el venial, así como enflaquece las fuerzas del alma, se le aumentan al enemigo para tentar, y con las imperfecciones se retarda el mérito y progreso de la virtud a lo más perfecto, y también esto anima al adversario. Y cuando conoce que el alma sufre su propia tibieza, o se pone livianamente al peligro con una ociosa liviandad y olvido de su daño, entonces la astuta serpiente la acecha y sigue para tocarla con su mortal veneno, y como a una simple avecilla la lleva inadvertida, hasta que caiga en algún lazo de muchos que siembra para este fin.

282. “Admírate, pues, hija mía, de lo que sobre esto conoces con la divina luz y llora con íntimo dolor la ruina de tantas almas absortas en este peligroso sueño. Ellas viven oscurecidas con sus pasiones y depravadas inclinaciones, olvidadas del peligro, insensibles en el daño, inadvertidas en las ocasiones; y en vez de prevenir las y temerlas, las buscan con ignorancia ciega, siguen con ímpetu furioso sus torcidas inclinaciones a lo deleitable, no ponen freno a las pasiones y deseos, ni advierten dónde ponen los pies, se arrojan a cualquiera peligro y precipicio. Los enemigos son innumerables, su astucia diabólica e insaciable, su vigilancia sin treguas, su ira incansable, su diligencia sin descuido; pues ¿qué mucho si de semejantes extremos o, por mejor decir, de tan disímiles y desiguales, se siguen tan irreparables daños en los vivientes, y que siendo infinito el número de los necios (Eccl 1,15), sean sin número el de los réprobos, y el demonio se ensoberbezca con tantos triunfos como le dan los mortales con su propia y formidable perdición? Te guarde Dios eterno de tanta desdicha, y llora y duelete de la de tus hermanos y pide siempre el remedio en cuanto fuere posible.

[Regresar al Principio](#)***Las advertencias y doctrina que dio María Santísima a Santa Isabel por petición suya; circuncidan y le ponen nombre a su hijo y profetiza Zacarías.***

283. Era inexcusable la vuelta de María Santísima para Nazaret, habiendo ya nacido el precursor de Cristo; y aunque Santa Isabel como prudente y sabia se conformaba en esto con la divina disposición, y con ella moderaba en parte su dolor, con todo eso deseaba recompensar en algo su soledad con la enseñanza y doctrina de la Madre de la sabiduría. Con este intento la habló, y la dijo: “Señora mía y Madre de mi Criador, yo conozco que ya disponéis vuestra partida y mi soledad, en que me ha de faltar vuestra amable compañía, amparo y protección. Os suplico, prima mía, que en ausencia vuestra merezca yo quedar con alguna instrucción que me ayude a gobernar todas mis acciones para mayor agrado del Altísimo. En vuestro virginal tálamo tenéis al Maestro que enmienda a los sabios (Sab 7,15) y a la misma fuente de la luz y por él venís a participarla para todos; comunicad a vuestra sierva alguno de los rayos que reverberan en vuestro purísimo espíritu, para que el mío sea ilustrado y encaminado por las sendas rectas de la justicia (Sal 22,3), hasta llegar a ver el Dios de los dioses en Sión.” (Sal 83,8).

284. Estas razones de Santa Isabel movieron en María Santísima alguna ternura y compasión, y con ella respondió, dándole a su prima celestiales documentos para gobernarse en lo que le restaba de vida y que sería breve; pero que el Altísimo cuidaría del niño, y también la misma Reina se lo pediría a Su Majestad. Y aunque no es posible referir todo lo que la divina Señora advirtió y aconsejó a Santa Isabel en estas dulcísimas pláticas para despedirse, diré algo, como se me ha manifestado, o como alcanzan mis cortos términos, de lo que entiendo. Dijo María Santísima: “Prima y amiga mía, el Señor os eligió para sus obras y sacramentos altísimos, de que se dignó comunicaros tanta luz y que yo os manifestase mi corazón. En él os llevo escrita para presentaros ante su grandeza, y no me olvidaré de vuestra piedad humilde que habéis mostrado con la más inútil de las criaturas; pero de mi Hijo Santísimo y mi Señor espero recibiréis copiosa remuneración.

285. “Levantad siempre vuestro espíritu y mente a las alturas y con la luz de la gracia que tenéis no perdáis de vista al inmutable ser de Dios eterno e infinito y la dignación de su bondad inmensa con que se movió a criar, hacer de nada las criaturas, para levantarlas a su gloria y enriquecerlas con sus dones. Esta deuda común de toda criatura la hizo más propia para nosotras la misericordia del Altísimo, cuando nos adelantó en esta noticia y luz, para que nos dilatemos hasta recompensar con nuevo agradecimiento la ciega ingratitud de los mortales, que con ella están más lejos de conocer y magnificar a su Criador. Y éste ha de ser nuestro oficio, desembarazando el corazón, porque libre y suelto camine a su dichoso fin. Para esto, amiga mía, os encargo mucho le alejéis y desviéis de todo lo terreno, aunque sea de las cosas propias, para que desasida de los impedimentos de la tierra os levantéis a los divinos llamamientos y esperando la venida del Señor, y que cuando llegue respondáis con alegría y sin violencia dolorosa, que el alma siente cuando es tiempo de dividirse del cuerpo y de todo lo demás que ama con demasía. Ahora que es el tiempo de padecer y de adquirir la corona, procuremos merecerla y caminar con velocidad para llegar a la íntima unión de nuestro verdadero y sumo bien.

286. “A Zacarías, vuestro marido y cabeza, el tiempo que tuviere de vida, procurad con especial rendimiento obedecerle, amarle y servirle. A vuestro milagroso hijo ofrecedle siempre a su Criador, y en Su Majestad y para él, podéis amarle como madre, porque será gran profeta, y con el celo de Elías (Lc 1,17) que le dará el Altísimo defenderá su ley y su honor, procurando la exaltación de su santo nombre. Y mi Hijo Santísimo, que le ha elegido por su precursor y embajador de su venida y doctrina, le favorecerá como a su privado y llenará de dones de su diestra y le hará grande y admirable en las generaciones y generaciones y manifestará al mundo su grandeza y santidad.

287. “En toda vuestra casa y familia procurad con ardiente celo que sea temido, venerado y reverenciado el santo nombre de nuestro Dios y Señor de Abrahán, Isaac y Jacob. Y sobre este cuidado le tendréis grande de favorecer a los necesitados y pobres cuanto fuere posible; enriquecedlos con los bienes temporales que con abundante mano os concedió el Altísimo, para que con la misma liberalidad los dispenséis con los menesterosos, pues son más suyos que vuestros cuando todos somos hijos de un Padre que está en los cielos, cuyo es todo lo criado; y no es razón que siendo el padre rico, quiera un hijo ser y estar sobrado para que su hermano viva pobre y desvalido, y en eso seréis muy aceptable al Dios de las misericordias inmortal. Continudad lo que hacéis y ejecutad lo que tenéis pensado, pues Zacarías lo remite a vuestra disposición; con este permiso podéis ser liberal. Con todos los trabajos que el Señor os

diere confirmaréis vuestra esperanza y con las criaturas seréis benigna, mansa, humilde, apacible y muy paciente, con interior júbilo del alma, aunque sean algunas instrumento de vuestro ejercicio y corona. Por los altísimos misterios que el Señor os ha manifestado, bendecidle eternamente y pedidle la salvación de las almas con incesante amor y celo; y por mí rogaréis a su grandeza me gobierne y encamine para que yo dispense dignamente y con su agrado el sacramento que de tan humilde y pobre sierva ha fiado su bondad inmensa. Enviad por mi esposo que me acompañe, y en el ínterin disponed la circuncisión de vuestro niño y ponedle por nombre Juan; porque éste le ha dado el Altísimo y es decreto de su inmutable voluntad.

288. Este razonamiento, con otras palabras de vida eterna que habló María Santísima, hicieron en el corazón de Santa Isabel efectos tan divinos, que quedó la santa matrona por un rato absorta y enmudecida con la fuerza del espíritu que la iluminaba, enseñaba y la levantaba en pensamientos y afectos de tan celestial doctrina; porque el Altísimo, mediante las palabras de su Madre purísima como instrumento vivo, vivificaba y renovaba el corazón de su sierva. Y después de moderadas algo sus lágrimas, habló y dijo: “Señora mía y Reina de todo lo criado, entre mi dolor y mi consuelo estoy enmudecida. Oíd las palabras de lo íntimo de mi corazón, que allí se forman las que no puedo manifestar. Mis afectos os dirán lo que mi lengua no puede pronunciar. Al Todopoderoso remito el retorno de lo que me favorecéis, que es el remunerador de lo que los pobres recibimos. Sólo os pido que, pues en todo sois mi amparo y causa de mi bien, me alcancéis gracia y fuerzas para ejecutar vuestra doctrina y tolerar la ausencia de vuestra dulce compañía, que es grande mi dolor.”

289. Trataron luego de la circuncisión del niño de Isabel, porque ya se llegaba el tiempo determinado por la ley. Y conforme a la costumbre de los judíos, en especial de los nobles, se juntaron en casa de Zacarías muchos deudos de su linaje y otros conocidos y llegaron a conferir qué nombre se le daría al infante; porque a más de que en esto solían hacer grandes reparos y consultas y era costumbre en ellos ventilar el nombre que se había de poner a los hijos, en esta ocasión la razón era extraordinaria, por la calidad de Zacarías y Santa Isabel y porque todos ponderaban mucho la maravilla de haber concebido y parido siendo vieja y estéril y en ello suponían algún misterio grande. Estaba mudo Zacarías, y así fue necesario que su mujer Santa Isabel presidiese en aquella junta; y sobre el concepto y veneración que de ella todos hacían, estaba tan renovada y realzada en santidad, después de la visita y conocimiento de la Reina del cielo y de sus misterios y larga conversación, que todos los deudos y vecinos y otros muchos conocieron esta mudanza; porque hasta en el rostro manifestaba un linaje de resplandor que la hacía venerable y admirable, y se conoció en ella la reverberación de los rayos de la divinidad, en cuya vecindad vivía.

290. Se halló presente a esta junta la divina Señora María Santísima, porque Santa Isabel se lo pidió con mucha instancia, y la venció para esto, interponiendo un género de mandato muy reverencial y humilde. Obedeció la gran Señora, pero alcanzando primero del Altísimo que no la diese a conocer ni manifestase cosa alguna de sus ocultos beneficios por donde fuese aplaudida y celebrada. Consiguió su deseo la humildísima entre los humildes. Y como los del mundo dejan humillar a los que con ostentación no se manifiestan y señalan, no hubo quien reparase en ella con atención particular, más que sola Santa Isabel, que la miraba con interior y exterior veneración y reconocía que por su dirección se gobernaba el acierto de aquella determinación. Sucedió luego lo que se refiere en el Evangelio de San Lucas (Ib. 59-63), que unos llamaban al niño Zacarías como a su padre, pero la prudente madre, asistida de la Maestra Santísima, dijo: “Mi hijo se ha de llamar Juan.” Replicaron los deudos que nadie de su linaje había tenido tal nombre; porque siempre se ha hecho grande estimación de los nombres de los más ilustres antecesores para imitarlos en algo. Santa Isabel hizo nueva instancia que el niño se llamase Juan.

291. Aunque estaba mudo Zacarías, desearon los parientes saber por señas lo que sentía sobre esto, y pidiendo con ellas la pluma escribió: *Joannes est nomen ejus* (Ib. 63). Al mismo tiempo que lo escribía, usando María Santísima de la potestad que tenía de Reina, concedida por Dios sobre las cosas naturales criadas, mandó a la mudez de Zacarías que le dejase libre y a su lengua que se desatase y bendijese al Señor, que era ya tiempo. Ya este divino imperio se halló libre y comenzó a hablar con admiración y temor de todos los presentes, como el Evangelio dice (Ib. 64-65). Y aunque es verdad que el santo arcángel Gabriel, como parece del mismo Evangelio, le dijo a Zacarías que por su incredulidad quedaría mudo hasta que se cumpliese lo que le anunciaba, pero esto no es contrario de lo que aquí digo; porque el Señor, cuando revela algún decreto de su divina voluntad, aunque sea eficaz y absoluto, no siempre declara los medios por donde lo ha de ejecutar como los tiene previstos en su ciencia infinita; y así el Angel declaró a Zacarías la pena de su incredulidad en la mudez, mas no le dijo que se la quitaría por intercesión de María Santísima, aunque así lo tenía previsto y determinado.

292. Pues así como la voz de María Señora nuestra fue instrumento para santificar al niño Juan y a su madre Isabel, también su imperio oculto y su oración fueron instrumentos del beneficio de Zacarías en soltarse su lengua, y que fuese también lleno de Espíritu Santo y del don de la profecía con que habló, y dijo (Ib. 68-79): “Bendito es el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y hecho la Redención de su pueblo. Y levantó para nosotros la fuerza de la salvación en la casa de su siervo David. Así como lo tenía dicho por la boca de sus santos, que fueron sus profetas de los pasados siglos. La salvación desde nuestros enemigos, y de mano de todos aquellos que nos aborrecieron. Para usar de su misericordia con nuestros padres, y hacer memoria de su santo Testamento. El juramento, que juró a nuestro padre Abrahán, que se nos daría a nosotros; Para que sin temor, quedando libres de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos, En santidad y justicia en su presencia todos los días de nuestra vida. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo; porque irás delante de su cara para preparar sus caminos, Para dar ciencia y noticia de salvación a su pueblo en la remisión de sus pecados; Por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, en las cuales nos visitó naciendo de las alturas, Para dar luz a los que de asiento viven en tinieblas y sombra de la muerte; y enderezar nuestros pies en el camino de la paz.”

293. En este divino cántico recopiló Zacarías los altísimos misterios que los antiguos profetas habían dicho por más extenso de la divinidad, humanidad y redención de Cristo, que todos profetizaron; y en pocas palabras encerró muchos y grandes sacramentos y los entendió con la copiosa gracia que iluminó su espíritu y le levantó con ardentísimo fervor en presencia de todos los que habían concurrido a este acto de la circuncisión de su hijo; porque todos vieron el milagro de desatársele la lengua y profetizar tan divinos misterios; cuya inteligencia, como la tuvo el santo sacerdote, no fácilmente puedo yo explicar.

294. Bendito sea el Señor Dios de Israel, dice, conociendo que pudo el Altísimo con solo su querer o su palabra hacer la Redención de su pueblo y darle la salvación eterna; pero no se valió de solo su poder, sino también de su inmensa bondad y misericordia, bajando el mismo Hijo del eterno Padre a visitar su pueblo y hacer oficio de Hermano en la naturaleza humana, de Maestro en la doctrina y ejemplo y de Redentor en la vida, pasión y muerte de cruz. Conoció entonces Zacarías la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo y con claridad sobrenatural vio este gran misterio ejecutado en el tálamo virginal de María Santísima. Entendió asimismo la exaltación de la humanidad del Verbo con el triunfo que había de alcanzar Cristo Dios y hombre, dando salvación eterna al linaje humano, conforme a las promesas divinas hechas a David, su padre y ascendiente. Y que esta misma promesa estaba hecha al mundo por las profecías de los santos y profetas, desde su principio y primero ser; porque desde la creación y primera formación comenzó Dios a encaminar la naturaleza y la gracia para su venida al mundo, encaminando desde Adán todas sus obras para este dichoso fin.

295. Entendió cómo el Altísimo ordenó que por estos medios alcanzásemos la salvación de la gracia y vida eterna, que nuestros enemigos perdieron por su soberbia y pertinaz inobediencia, por lo cual fueron derribados al profundo; y las sillas que les tocaran, si fueran obedientes, quedaron destinadas para los que lo fuesen entre los mortales. Y desde entonces se convirtió contra ellos la enemistad y odio de la antigua serpiente concebida contra el mismo Dios, en cuya mente divina estábamos entonces encerrados y decretados por su eterna y santa voluntad; y que habiendo caído de su amistad y gracia nuestros primeros padres Adán y Eva, los levantó y puso en lugar y estado de esperanza y no los dejó ni castigó como a los rebeldes ángeles, antes para asegurar a sus descendientes de la misericordia que con ellos tenía, envió y destinó los vaticinios y figuras en que dispuso el Antiguo Testamento que había de ratificar y cumplir en el Nuevo con la venida del Reparador y Redentor. Y para que tuviese mayor firmeza esta esperanza, se lo prometió a nuestro padre Abrahán con la fuerza de su juramento que hizo de hacerle padre de su pueblo y de la fe. Y para que asegurados de tan admirable y poderoso beneficio, como prometernos y darnos a su mismo Hijo hecho hombre, con la libertad de hijos de adopción en que por él éramos reengendrados, sirviésemos al mismo Dios sin temor de nuestros enemigos, que ya por nuestro Redentor estaban rendidos y vencidos.

296. Y para que entiésemos lo que nos había granjeado con su venida el Verbo eterno para servir con libertad al Altísimo, dice que fue la justicia y santidad con que renovó al mundo y fundó su nueva ley de gracia por todos los días del siglo presente y por los de cada uno de los hijos de la Iglesia, en donde han de vivir en santidad y justicia, si como todos pueden, todos lo hicieran. Y porque conoció Zacarías en su hijo Juan el principio de la ejecución de tantos sacramentos como le mostraba la divina luz, convirtiéndose a él le dio la enhorabuena y le intimó y profetizó su dignidad, santidad y ministerio, diciendo: “Y tú, niño, te llamarás profeta del Altísimo, porque irás delante de su cara, que es su divinidad, aparejando sus caminos con la luz que darás a su pueblo de la venida de su Reparador, para que

con su predicación tengan los judíos noticia y ciencia de su salvación eterna, que es Cristo nuestro Señor su prometido Mesías; y le reciban disponiéndose con el bautismo de la penitencia y remisión de los pecados y conozcan que viene a perdonar a los suyos y los de todo el mundo; pues a todo esto le movieron las entrañas de su misericordia, por la cual, y no por nuestros merecimientos, se dignó de visitarnos, naciendo y descendiendo de lo alto del seno de su eterno Padre para dar luz a los que, ignorando la verdad por tan largos siglos, han estado y están como asentados en las tinieblas y sombra de la eterna muerte, y enderezando sus pasos y los nuestros en el camino de la verdadera paz que aguardamos.”

297. Todos estos misterios con mayor plenitud y profundidad entendió Zacarías por divina revelación, y los comprendió en su profecía. Y algunos de los que presentes le oyeron, fueron también ilustrados con los rayos de la luz del Altísimo, para conocer cómo era ya llegado el tiempo del Mesías y cumplimiento de las profecías antiguas. Y con la noticia y vista de tan nuevas maravillas y prodigios, admirados decían (Ib. 66): “¿Quién será este niño con quien la mano del Señor se manifiesta tan poderosa y admirable?” El infante fue circuncidado y le pusieron Juan por nombre, en que su padre y madre milagrosamente concurren, y cumplieron en todo con la ley; y en las montañas de Judea se divulgaron estas maravillas.

298. Reina y Señora de todo lo criado, admirada de estas maravillosas obras que por vuestra intervención hizo el brazo poderoso en vuestros siervos Isabel, Juan y Zacarías, considero el diferente modo que tuvo en ellas la divina Providencia y vuestra rara discreción. Porque al hijo y a la madre sirvió de instrumento vuestra dulcísima palabra, para ser santificados con plenitud del Espíritu Santo, y esta obra fue oculta y en secreto; y para que hablase Zacarías y fuese a si mismo ilustrado, sólo intervino vuestra oración e imperio oculto, y este beneficio fue manifiesto a los circunstantes, que conocieron la gracia del Señor en el santo sacerdote. Ignoro la razón de estos prodigios, y presento a vuestra dignación todas mis ignorancias, para que como maestra mía me gobernéis.

Respuesta y doctrina de la Reina y Señora del mundo.

299. “Hija mía, por dos razones fueron ocultos los efectos divinos que mi Hijo Santísimo obró por mí en San Juan y en su madre Isabel, y no los de Zacarías. La una, porque Isabel mi sierva exclamó y habló con claridad en alabanza del Verbo humanado en mis entrañas y mía, y convenía que entonces no se manifestase tan expresamente el misterio ni mi dignidad, porque la venida del Mesías se había de manifestar por otros medios más convenientes. La otra razón fue, porque no todos los corazones estaban dispuestos como el de Isabel para recibir tan preciosa y nueva semilla, ni percibieran sacramentos tan altos con la veneración debida. Y fuera de esto, para manifestar entonces lo que convenía, era más a propósito el sacerdote Zacarías por su dignidad, de quien se pudiera recibir el principio de la luz con más aceptación que de Santa Isabel en presencia de su marido; y lo que dijo ella se reservó para su tiempo. Y aunque las palabras del Señor ellas se llevan consigo la fuerza, con todo eso era más suave y acomodado modo aquel medio del sacerdote para los ignorantes y poco ejercitados en los misterios divinos.

300. “Convenía asimismo acreditar y honrar la dignidad del sacerdote, de quien hace tanta estimación el Altísimo, que si en ellos halla la disposición debida siempre los engrandece y comunica su espíritu, para que el mundo los tenga en veneración como a sus escogidos y ungidos; y en ellos tienen menos peligros las maravillas del Señor, por mucho que se manifiesten; y si correspondieran a su dignidad, habrían de ser sus obras de serafines y sus semblantes de ángeles entre las demás criaturas, su rostro había de resplandecer como el de Moisés cuando salió de la presencia y trato del Señor (Ex 34,29) y por lo menos deben de comunicar con los demás hombres de manera que se hagan respetar y venerar después del mismo Dios. Y quiero, carísima, que entiendas está hoy el Altísimo muy indignado con el mundo, entre otras ofensas por las que recibe sobre esto, así de los sacerdotes como de los legos. Con los sacerdotes, porque olvidados de su altísima dignidad, la ultrajan con hacerse viles y contentibles y manuales, y escandalosos muchos, dando mal ejemplo al mundo, que ocasionan con el desprecio de su santificación. Y con los legos, porque son temerarios y atrevidos contra los cristos del Señor, a los cuales, aunque sean imperfectos y no de loable conversación, con todo eso los deben honrar y reverenciar en lugar de Cristo mi Hijo Santísimo en la tierra.

301. “Por esta veneración del sacerdote procedí yo también diferentemente que con Santa Isabel. Porque si bien el Altísimo ordenó que fuese yo el conducto o instrumento para comunicarles su divino Espíritu, pero a Isabel de tal suerte la saludé que con la voz de mi salutación mostré alguna superioridad, para mandar al pecado original que su hijo tenía, y desde entonces se le había de perdonar por medio de mis palabras, dejando llenos de Espíritu Santo a hijo y

madre. Y como yo no había contraído el pecado original, sino que fui libre y exenta de él, tuve imperio y dominio en aquella ocasión, mandándole como Señora que había triunfado de él por la preservación del Altísimo, y no como esclava, como lo quedan todos los hijos de Adán que en él pecaron. Pues para librar a mi siervo Juan de esta servidumbre y prisiones del pecado, quiso el Señor que imperase como quien jamás había estado sujeta a él. A Zacarías no le saludé por este modo de dominio, mas rogué por él, guardándole la reverencia y decoro que pedía su dignidad y mi recato. Y aun el mandar a su lengua que se desatase, aunque fue mental y ocultamente, no lo hiciera yo por el respeto del sacerdote, si no me lo mandara el Altísimo, dándome también a conocer que la persona del sacerdote no estaba bien dispuesta con la imperfección y defecto de la mudez; porque con todas sus potencias ha de estar expedito y dispuesto para el servicio y alabanza del Señor. Y porque en esta materia de respetar a los sacerdotes te diré más en otra ocasión, baste ahora esto para responderte a la duda que tenías.

302. “La doctrina que ahora te doy sea, que con todas las personas que tratares, superiores o inferiores, de todas procures ser enseñada en el camino de la virtud y vida eterna. Y en esto imitarás lo que hizo conmigo mi sierva Isabel, pidiendo a todos, con el modo y prudencia que debes, te adiestren y encaminen; que por esta humildad dispone tal vez el Señor la buena dirección y acierto y envía su luz divina; y lo hará contigo, si procedes con sencilla discreción y celo de la virtud. Procura también arrojar de ti o no admitir ningún linaje o asomo de lisonjas de criaturas y las conversaciones donde las puedes oír, porque esta fascinación oscurece la luz y pervierte el sentido inadvertido. Y el Señor es tan celoso con las almas que mucho ama, que al punto se retira si ellas admiten alabanzas humanas y se pagan de sus lisonjas, porque con esta liviandad se hacen indignas de sus favores. Y no es posible concurrir juntos en un alma la adulación del mundo y los regalos del Altísimo, los cuales son verdaderos, santos, puros, estables, que humillan, limpian, pacifican e ilustran el corazón: y por el contrario las caricias, lisonjas de las criaturas son vanas, inconstantes, falaces, impuras y mentirosas, como salidas de la boca de aquellos que ninguno deja de mentir; y todo lo que es mentira es obra del enemigo.

303. “Tu Esposo, hija mía carísima, no quiere que tus orejas se apliquen a oír ni admitir fabulaciones falsas y terrenas, ni que las adulaciones del mundo las inficionen ni manchen, y así quiero que para todos estos engaños venenosos las tengas cerradas y defendidas con fuerte custodia para que no los percibas. Y si tu Dueño y Señor se deleita de hablarte al corazón palabras de vida eterna, razón será que para oír sus caricias y atender a su amor te hagas insensible, sorda y muerta a todo lo terreno, y que todo sea tormento y muerte para ti. Mira que le debes grande fineza y que todo el infierno junto, valiéndose de la blandura de tu natural, quiere pervertírtele, para que le tengas suave para las criaturas e ingrato a Dios eterno. Vela y cuida de resistirle fuerte en la fe (1 Pe 5,9) de tu amado Dueño y Esposo.”

CAPITULO 24

[Regresar al Principio](#)

Se despide María Santísima de casa de Zacarías para volverse a la suya propia en Nazaret.

304. Para volver María Santísima a su casa de Nazaret, vino de ella su felicísimo esposo José, llamado por orden de Santa Isabel y llegando a casa de Zacarías, donde le aguardaban, fue recibido y respetado con incomparable devoción y reverencia de Isabel y Zacarías; después que también el santo sacerdote conocía que el gran patriarca era depositario de los sacramentos y tesoros del cielo, que aun no le eran manifiestos. Le recibió su divina esposa con humilde y prudente júbilo y arrodillándose en su presencia le pidió la bendición, como solía, y que la perdonase lo que había faltado a servirle en aquellos casi tres meses que había estado asistiendo a Isabel su prima. Y aunque en esto ni había hecho culpa ni imperfección, antes había cumplido la voluntad divina con grande agrado y beneplácito del mismo Señor y conformidad de su esposo, con todo eso, con aquella cortés y caricias a humildad quiso la prudentísima Señora recompensar a su esposo lo que con su ausencia le había faltado de consuelo. El Santo José le respondió, que con haberla visto quedaba aliviado de la pena de su ausencia y lo que su presencia le hubiera dado de consuelo. Y habiendo descansado algún día, determinaron el de su partida.

305. Se despidió luego la princesa María del sacerdote Zacarías, que como estaba ya ilustrado con la ciencia del Señor y conocía la dignidad de su Madre Virgen, la habló con suma reverencia como a sagrario vivo de la divinidad y humanidad del Verbo eterno. “Señora mía - la dijo - alabad eternamente y bendecid a vuestro Hacedor que se dignó por su misericordia infinita de elegiros entre todas las criaturas para Madre suya, depositaria única de todos sus

grandes bienes y sacramentos; y acordaos de mí, vuestro siervo, para pedir a nuestro Dios y Señor me envíe en paz de este destierro a la seguridad del verdadero bien que esperamos; y que por usted merezca ser digno de llegar a ver su divino rostro, que es la gloria de los santos. Y acordaos también, Señora, de mi casa y familia, en especial de mi hijo Juan, y rogad al Altísimo por vuestro pueblo.”

306. La gran Señora se puso de rodillas delante del sacerdote y le pidió con profunda humildad la bendijese. Se retiraba de hacerlo Zacarías, y antes la suplicaba le diese ella su bendición a él. Pero nadie podía vencer en humildad a la que era maestra y madre de esta virtud y de toda la santidad, y así obligó al sacerdote a que le echase su bendición y él se la dio movido con la divina luz. Y tomando las palabras de las Escrituras sagradas la dijo: “La diestra del todopoderoso y verdadero Dios te asista siempre y te libre de todo mal (Sal 120,7); tengas la gracia de su eficaz protección y te llene del rocío del cielo y de la grosura de la tierra, y te dé abundancia de pan y vino; te sirvan los pueblos y te adoren los tribus, porque eres tabernáculo de Dios; serás Señora de tus hermanos y los hijos de tu madre se arrodillarán en tu presencia. El que te magnificare y bendijere será engrandecido y bendito, y el que no te bendijere y alabare será maldito (Gen 27,28-29). Conozcan en ti a Dios todas las naciones y sea por ti engrandecido el nombre del Dios altísimo de Jacob.” (Jdt 13,31).

307. En retorno de esta profética bendición, María Santísima besó la mano del sacerdote Zacarías y le pidió la perdonase lo que pudiera haber causado y deservido en su casa. El santo viejo se enterneció mucho en esta despedida y con las razones de la más pura y amable de las criaturas, y guardó siempre en su pecho el secreto de los misterios que en presencia de María Santísima le habían sido revelados. Sola una vez que se halló en una junta o congregación de los sacerdotes que solían juntarse en el templo, dándole la enhorabuena de su hijo y de haberse acabado el trabajo de su mudéz en su nacimiento, movido con la fuerza de su espíritu y respondiendo a lo que se trataba, dijo: “Creo con firmeza infalible que nos ha visitado el Altísimo, enviándonos ya al mundo el Mesías prometido que ha de redimir su pueblo.” Pero no declaró más lo que sabía del misterio. Pero de oírle estas razones el santo sacerdote Simeón, que estaba presente, concibió un gran afecto del espíritu, y con este impulso dijo: “No permitáis, Señor Dios de Israel, que vuestro siervo salga de este valle de miserias, antes que vea vuestra salvación y Reparador de su pueblo.” Y a estas razones aludieron las que dijo después en el templo (Lc 2,28-32), cuando recibió en sus palmas al niño Dios presentado, como adelante (Cf. infra n.599) diremos. Y desde esta ocasión se fue más encendiendo su afectuoso deseo de ver al Verbo divino encarnado.

308. Dejando a Zacarías lleno de lágrimas y ternura, fue María Señora nuestra a despedirse de su prima Santa Isabel, que como mujer de corazón más blando, como deuda y como quien había gozado tantos días de la dulce conversación de la Madre de la gracia y que por su intervención había recibido tantas de la mano del Señor, no era mucho desfalleciera con el dolor, ausentándose la causa de tantos bienes recibidos y la presencia y esperanza de recibir otros muchos. Se le dividía el corazón a la santa matrona llegando a despedirse la Señora del cielo y tierra, que amaba más que a su misma vida; y con pocas razones, porque no las podía formal, pero con copiosas lágrimas y sollozos, le descubría lo íntimo de su pecho. La serenísima Reina, como invicta y superior a todos los movimientos de las pasiones naturales, estuvo con severidad agradable dueña de sí misma, y hablando a Santa Isabel, la dijo: “Amiga y prima mía, no queráis afligiros tanto por mi partida, pues la caridad del Altísimo, en quien con verdad os amo, no conoce división ni distancia de tiempo ni lugar. En Su Majestad os miro y en él os tendré presente, y usted también siempre me hallaréis en él mismo. Breve es el tiempo que nos apartamos corporalmente, pues todos los días de la vida humana son tan breves (Job 14,5), y alcanzando con la divina gracia victoria de nuestros enemigos, muy presto nos veremos y gozaremos eternamente en la celestial Jerusalén, donde no hay dolor, ni llanto (Ap 21,4), ni división. En el ínterin, carísima mía, todo el bien hallaréis en el Señor y también me tendréis y veréis a mí en él; quede en vuestro corazón y os consuele.” No alargó más la plática nuestra prudentísima Reina, por atajar el llanto de Isabel, y puesta de rodillas la pidió la bendición y perdón de lo que la podía haber molestado con su compañía. Hizo instancia hasta que se la dio, y la misma hizo Santa Isabel para que la divina Señora la volviese el retorno con otra bendición, y por no negarla este consuelo, se la dio María Santísima.

309. Llegó la Reina también a ver al niño Juan y recibéndole en sus brazos le echó muchas bendiciones eficaces y misteriosas. El milagroso infante por dispensación divina habló a la Virgen Madre, aunque en voz baja y de párvulo. “Madre sois del mismo Dios la dijo y Reina de todo lo criado, depositaria del tesoro inestimable del cielo, amparo y protectora de mí, vuestro siervo; dadme vuestra bendición y no me falte vuestra intercesión y vuestra gracia.” Besó tres veces la mano de la Reina el niño y adoró en su virginal vientre al Verbo humanado y le pidió su bendición y gracia, y

con suma reverencia se ofreció a su servicio. El niño Dios se mostró agradable y con benevolencia a su precursor; y todo esto lo conoció y miraba la felicísima madre María Santísima. Y en todo procedía y obraba con plenitud de ciencia divina, dando a cada uno de estos grandes misterios la veneración y aprecio que pedía; porque trataba magníficamente a la sabiduría de Dios (2 Mac 2,9) y sus obras.

310. Quedó toda la casa de Zacarías santificada de la presencia de María Santísima y del Verbo humanado en sus entrañas, edificada de su ejemplo, enseñada de su conversación y doctrina, aficionada a su dulcísimo trato y modestia. Y llevándose los corazones de aquella dichosa familia, los dejó a todos en ella llenos de dones celestiales que les mereció y alcanzó de su Hijo Santísimo. Su santo esposo José quedó en gran veneración con Zacarías, Isabel y Juan, que conocieron su dignidad, antes que a él mismo se le manifestase. Y despidiéndose el dichoso Patriarca de todos, alegre con su tesoro, aunque no del todo conocido, partió para Nazaret; y lo que sucedió en el viaje diré en el capítulo siguiente. Pero antes de comenzarle María Santísima pidió la bendición de rodillas a su esposo, como en tales ocasiones lo hacía, y habiéndosela dado, principiaron la jornada.”

Doctrina de la Reina María Santísima.

311. “Hija mía, aquella dichosa alma a quien Dios elige para su trato regalado y alta perfección, siempre debe tener el corazón preparado (Eclo 2,20) y no turbado, para todo lo que Su Majestad quisiere disponer y hacer en ella, sin resistencia; y de su parte debe ejecutarlo todo con prontitud. Yo lo hice así, cuando el Altísimo me mandó salir de mi casa y dejar mi amable retiro para venir a la de mi sierva Isabel, y lo mismo cuando me ordenó la dejase. Todo lo ejecuté con pronta alegría; y aunque de Isabel y su familia recibí tantos beneficios, y con el amor y benevolencia que has conocido, pero no obstante esto, en sabiendo la voluntad del Señor, aunque me hallé obligada, puse todo afecto propio, sin admitir más de lo que era compatible de caridad y compasión con la presteza de la obediencia que debía al divino mandato.

312. “Hija mía carísima, ¡cómo procurarías esta verdadera y perfecta resignación, si del todo conocieras su valor y cuán agradable es a los ojos del Señor y útil y provechosa para el alma! Trabaja, pues, por conseguirla con mi imitación, a que tantas veces te convidó y te persuadido. El mayor impedimento para llegar a este grado de perfección es admitir afectos o inclinaciones particulares a cosas terrenas, porque éstas hacen indigna al alma de que el Señor la elija para sus delicias y la manifieste su voluntad. Y si la conocen las almas, las detiene el amor vil que han puesto en otras cosas, y con este asimiento no están capaces de la prontitud y alegría con que deben obedecer al gusto de su Señor. Reconoce, hija, este peligro y no admitas en tu corazón afecto alguno particular, porque te deseo muy perfecta y docta en este arte del amor divino y que tu obediencia sea de ángel y tu amor de serafín. Tal quiero que seas en todas tus acciones, pues a esto te obliga mi amor, y te lo enseña la ciencia y luz que recibes.

313. “No te quiero decir que no has de ser sensible, que esto no es posible a la criatura naturalmente, pero cuando te sucediere alguna cosa adversa, o te faltare lo que te pareciere útil o necesario y apetecible, entonces con alegre igualdad te deja toda en el Señor y le hagas sacrificio de alabanza, porque se hace su voluntad santa en lo que a ti te tocaba. Y con atender sólo al beneplácito de su divina disposición y que todo lo demás es momentáneo, te hallarás pronta y fácil en la victoria de ti misma y lograrás todas las ocasiones de humillarte al poder de la mano del Señor. También te advierto que me imites en el respeto y veneración de los sacerdotes y que para hablarles y despedirte les pidas siempre la bendición; y esto mismo harás con el Altísimo para cualquiera obra que comencares. A los superiores te muestra siempre con rendimiento y sumisión. A las mujeres que vinieren a pedirte consejo, amonéstalas si fueren casadas que sean obedientes a sus maridos, sujetas y pacíficas en sus casas y familias, recogidas en ellas y cuidadosas en cumplir con sus obligaciones. Pero que no se ahoguen ni entreguen totalmente a los cuidados con pretexto de necesidad, pues más se les ha de suplir por la bondad y liberalidad del Altísimo, que por su demasiada negociación. En los sucesos que a mí me tocaron en mi estado, hallarás para esto la doctrina y ejemplar verdadero, y toda mi vida lo será para que las almas compongan la perfección que deben en todos sus estados; por esto no te doy advertencias para cada uno.”

CAPITULO 25

[Regresar al Principio](#)

La jornada de María Santísima de casa de Zacarías a Nazaret.

314. Para dar la vuelta de la ciudad de Judá a la de Nazaret, salió María Santísima, vivo tabernáculo de Dios vivo, caminando por las montañas de Judea en compañía de su fidelísimo esposo José. Y aunque los evangelistas no dicen la festinación y diligencia con que hizo esta jornada, como lo dijo San Lucas de la primera (Lc 1,39), por el misterio especial que aquella prisa encerraba, también este viaje y vuelta a Nazaret caminó la Princesa del cielo con gran presteza para los sucesos que la esperaban en casa. Y todas las peregrinaciones de esta divina Señora fueron una mística demostración de sus progresos espirituales e interiores; porque ella era el verdadero tabernáculo del Señor que nunca descansaba de asiento (1 Par 17,5) en la peregrinación de la vida mortal, antes procediendo y pasando cada día de un estado muy alto de sabiduría y gracia a otro más levantado y superior, siempre caminaba y siempre era única y peregrina en este camino de la tierra prometida, y siempre llevaba consigo misma el propiciatorio verdadero, donde sin intermisión, con aumentos de sus dones y favores propios, solicitaba y adquiría nuestra salvación para nosotros.

315. Tardaron en esta jornada nuestra gran Reina y San José otros cuatro días, como en la venida, que dije en el capítulo 16 (Cf. supra n.207). Y en el modo de caminar y en sus divinas pláticas y conversaciones que tenían en todo el viaje, sucedió lo mismo que allá dije, y no es necesario repetirlo ahora. En las contiendas ordinarias de humildad que tenían, siempre vencía nuestra Reina, salvo cuando interponía su santo esposo la obediencia de sus mandatos; que el rendirse obediente era la mayor humildad. Pero como iba ya preñada de tres meses, caminaba más atenta y cuidadosa, no porque le fuese grave ni pesado su embarazo, que antes le era de alivio suavísimo, mas la prudente y atenta Madre cuidaba mucho de su tesoro, porque le miraba con los aumentos y progresos naturales que cada día iba recibiendo el cuerpo santísimo de su Hijo en su virginal vientre. Y no obstante la facilidad y ligereza del embarazo, algunas veces la fatigaba el trabajo del camino y el calor, porque para no padecer, no se valía de los privilegios de Reina y Señora de las criaturas, antes daba lugar a las molestias y cansancio, para ser en todo maestra de perfección y estampa única de su Hijo Santísimo.

316. Como su divino embarazo era en la parte de la naturaleza tan perfecto y su persona elegantísima y delicada y todo sin defecto alguno, naturalmente le crecía el vientre y reconocía la discretísima esposa que sería imposible ocultarle muchos días a su castísimo y fidelísimo esposo. Con esta consideración le miraba ya con mayor ternura y compasión, por el sobresalto que de cerca le amenazaba, de que deseara excusarle, si conociera la voluntad divina. Pero el Señor no le respondió a estos cuidados, porque disponía el suceso por los medios más oportunos para gloria suya, merecimiento de San José y de su Madre Virgen. Con todo esto en su secreto la gran Señora pedía a Su Majestad que previniese el corazón del santo esposo con la paciencia y sabiduría que había menester y le asistiese con su gracia, para que en la ocasión que esperaba obrase con beneplácito y agrado de la voluntad divina; porque siempre juzgaba había de recibir gran dolor, viéndola preñada.

317. Prosiguiendo el camino hizo en él la Señora del mundo algunas obras admirables, aunque siempre con modo oculto y secreto. Sucedió que llegaron a un lugar no lejos de Jerusalén, y en la misma posada concurrió aquella noche alguna gente de otro lugar pequeño que pasaban a la ciudad santa y llevaban una mujer moza y enferma a buscarle algún remedio, como en lugar más populoso y grande, y aunque la conocían por muy enferma, ignoraban sus dolencias y la causa de ellas. Había sido aquella mujer muy virtuosa; y conociendo el común enemigo su natural y virtudes adelantadas, se convirtió contra ella, como lo hace siempre contra los amigos de Dios y enemigos suyos. Persiguiéndola, la hizo caer en algunas culpas, y para llevarla de un abismo en otro, la tentó con falsas ilusiones de desconfianza y desordenado dolor de su propia deshonra, y turbándole el juicio halló lugar este dragón de entrarse en la afligida mujer y poseerla con otros muchos demonios. Ya dije en la primera parte (Cf. supra p.I n.132), que concibió grande ira el infernal dragón contra todas las mujeres virtuosas después que vio en el cielo aquella mujer vestida del sol (Ap 12,1), de cuya generación son las demás que la siguen, como del capítulo 12 del Apocalipsis se colige; y por este enojo estaba muy soberbio y ufano con la posesión de aquel cuerpo y alma de la afligida mujer y la trataba como tirano enemigo.

318. Vio nuestra divina Princesa en su posada a aquella mujer enferma y conoció su dolencia que todos ignoraban; y movida de su maternal misericordia, oró y pidió a su Hijo Santísimo la diese salud de cuerpo y alma. Y conociendo la voluntad divina que se inclinaba a clemencia, y usando de la potestad de Reina, mandó a los demonios saliesen al punto de aquella mujer y la dejasen libre sin volver más a molestarla; que se fuesen a los profundos, como su legítima y propia habitación. Este mandato de nuestra gran Reina y Señora no fue vocal, sino mental o imaginario, de manera que lo pudieran percibir los inmundos espíritus; pero fue tan eficaz y poderoso, que sin dilación salieron Lucifer y sus

compañeros de aquel cuerpo y fueron lanzados en las tinieblas del infierno. Quedó la dichosa mujer libre y suspensa de tan inopinado suceso, pero inclinóse con un movimiento del corazón a la purísima y santísima Señora, la miró con especial veneración y afecto, y con esta vista recibió otros dos beneficios: el uno, que se le movió el interior con íntimo dolor de sus pecados; el otro, que se le quitaban o deshacían los malos efectos y reliquias que le habían dejado en el cuerpo aquellos injustos poseedores que algún tiempo había sentido y padecido. Reconoció que aquella divina forastera, encontrada por su gran dicha en el camino, tenía parte en el bien que sentía y que había recibido del cielo. Habló con ella, y respondiéndola nuestra Reina al corazón, la exhortó y amonestó a la perseverancia, y también se la mereció para adelante. Los deudos que con ella iban conocieron también el milagro, pero lo atribuyeron a la promesa que iban cumpliendo de llevarla al templo de Jerusalén, ofreciendo en él alguna limosna. Y así lo hicieron alabando a Dios, pero ignorando el instrumento de aquel beneficio.

319. Fue grande y furiosa la turbación que recibió Lucifer, viéndose arrojado con solo el imperio de María Santísima y desposeído de esta mujer, y con rabiosa indignación se admiraba y decía: “¿Quién es esta mujercilla que con tanta fuerza nos manda y nos oprime? ¿Qué novedad es ésta y cómo la sufre mi soberbia? Conviene que todos reparemos en esto y tratemos de aniquilarla.” Y porque en el capítulo siguiente diré más en este punto, lo dejo ahora. Pero llegando nuestros caminantes divinos a otra posada, que era dueño de ella un hombre de mala condición y costumbres; y para comenzar a ser dichoso, ordenó Dios que recibiese con ánimo piadoso y benévolo a María Santísima y a José su esposo; les hizo más cortesía y servicios de los que solía hacer a otros huéspedes; y porque el retorno fuese también más aventajado, la gran Reina, que conoció el estado de la conciencia estragado de su hospedero, oró por él y le dejó el fruto de esta oración en pago del hospedaje, dejándole justificada el alma, mejorada la vida y también la hacienda; que por un pequeño beneficio que hizo a sus huéspedes soberanos, se le acrecentó Dios de allí adelante. Otras muchas maravillas hizo la Madre de la gracia en este viaje, porque sus emisiones eran divinas (Cant 4,13) y todo lo santificaba si hallaba disposición en las almas. Dieron fin a su jornada llegando a Nazaret, donde la Princesa del cielo aliñó y limpió su casa con asistencia y ayuda de sus santos ángeles, que en estos tan humildes ministerios siempre la acompañaban como émulos de su humildad y celosos de su veneración y culto. El Santo José se ocupaba en su ordinario trabajo para sustentar a la Reina, y ella no frustraba la esperanza del corazón del santo (Prov 31,11). Se ceñía de nueva fortaleza para los misterios que aguardaba y extendía su mano a cosas fuertes (Ib. 17,19), y en su secreto gozaba de la continua vista del tesoro de su vientre, y con ella de incomparables favores, delicias y regalos. Granjeaba grandiosos merecimientos e incomparable agrado de Dios.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

320. “Hija mía, las almas fieles que conocen a Dios por la luz de la fe y son hijas de la Iglesia, para usar de esta virtud y de las que con ella se les infunden, no debían de hacer diferencia de tiempos, ni lugares ni ocupaciones; porque Dios está presente en todas las cosas y las llena de su ser infinito, y en cualquiera lugar y ocasión se halla la fe para adorarle y reconocerle en espíritu y verdad (Jn 4,23). Y así como a la creación, por donde recibe el alma el ser primero, se sigue la conservación, y a la vida la respiración, en que nunca admite intervalo, como tampoco en la nutrición y aumento, hasta llegar al término, a este modo la criatura racional, después de ser regenerada por la fe y la gracia, debía no interrumpir jamás el aumento de esta vida espiritual, obrando siempre obras de vida con la fe, esperanza y amor en todo tiempo y lugar. Y por el olvido y descuido que los hombres tienen en esto, y más los hijos de la Iglesia, vienen a tener la vida de la fe como si no la tuviesen, porque la dejan morir, perdiendo la caridad. Y son éstos los que recibieron en vano (Sal 23,4) esta nueva alma, como lo dice David, porque no usan de ella más que si no la hubieran recibido.

321. “Tu vida espiritual quiero yo, carísima, que no tenga más vacíos ni intervalos que la natural. Siempre has de obrar con la vida de la gracia y dones del Altísimo, orando, amando, alabando, creyendo, esperando y adorando a este Señor en espíritu y verdad, sin diferencia de tiempos, de ocupaciones ni de lugar. En todo está presente y de todas las criaturas racionales quiere ser amado y servido. Por lo que te encargo que, cuando llegaren a ti las almas con este olvido o con otras culpas y fatigadas del demonio, pide por ellas con viva fe y confianza; que si el Señor no obrare siempre al modo que lo deseas, y ellas piden, lo hará ocultamente, y tú conseguirás el haberle dado gusto, trabajando como fiel hija y esposa. Y si en todo procedes como quiere de ti, te aseguro que para el beneficio de las almas te concederá muchos privilegios de esposa. Atiende en esto a lo que yo hacía cuando miraba a las almas en desgracia del Señor y el cuidado y celo con que trabajaba por todas, y señaladamente por algunas. Y a imitación mía, y para obligarme cuando el Altísimo te manifestare el estado de algunas almas, o ellas te lo declararen, trabaja y pide por todas y amonéstalas con prudencia, humildad y recato; que el Todopoderoso no quiere obres tú con ruido, ni que los

efectos de tu trabajo se manifiesten, sino que sean ocultos, que en esto se mide a tu natural encogimiento y deseo y quiere en ti lo más seguro. Y aunque por todas las almas has de pedir, más eficazmente por aquellas que conocieres ser más conforme a la voluntad divina.”

CAPITULO 26

[Regresar al Principio](#)

Hacen los demonios un conciliábulo en el infierno contra María Santísima.

322. En el instante que se ejecutó el inefable misterio de la Encarnación, dije arriba en su lugar, capítulo 11, núm. 140, que Lucifer y todo el infierno sintieron la virtud del brazo poderoso del Altísimo, que los derribó a lo más profundo de las cavernas infernales. Estuvieron allí oprimidos algunos días, hasta que el luismo Señor con su admirable providencia dio permiso para que saliesen de aquella opresión, cuya causa ignoraban. Se levantó, pues, el dragón grande y salió al mundo para rodear la tierra, reconociendo en toda ella si había alguna novedad a que atribuir la que él y sus ministros habían sentido en sí mismos. Esta diligencia no la quiso fiar el soberbio príncipe de las tinieblas de solos sus compañeros, pero salió él mismo con ellos y, discurriendo por todo el orbe, con suma astucia y malignidad anduvo inquiriendo y acechando por varios modos para investigar lo que deseaba. Gastó en esta diligencia tres meses y al fin de ellos volvió al infierno tan ignorante de la verdad como de él había salido; porque no eran tan divinos misterios para que él los entendiese por entonces, siendo tan tenebrosa su malignidad, que ni había de gozar de sus admirables efectos, ni por ellos había de glorificar ni bendecir a su Hacedor como nosotros, para quienes fue la Redención.

323. Se hallaba más confuso y congojoso el enemigo de Dios, sin saber a qué atribuir su nueva desdicha, y para consultar el caso convocó a todas las cuadrillas infernales, sin reservar demonio alguno. Y puesto en lugar eminente en aquel conciliábulo, le hizo este razonamiento: “Bien sabéis, súbditos míos, la solicitud grande que he puesto, después que Dios nos arrojó de su casa y destruyó de nuestra potestad, en vengarme, procurando yo destruir la suya. y aunque no le puedo tocar a él, pero en los hombres a quien ama no he perdido tiempo ni ocasión para traerlos a mi dominio, y con mis fuerzas he poblado mi reino y tengo tantas gentes y naciones que me siguen y obedecen, y cada día voy ganando innumerables almas y apartándolas del conocimiento y obediencia de Dios, para que no lleguen a gozar lo que nosotros perdimos, antes los he de traer a estas penas sempiternas que padecemos, pues han seguido mi doctrina y mis pisadas, y en ellas vengaré la ira que tengo concebida contra su Creador. Pero todo lo referido me parece poco, y siempre me tiene sobresaltado esta novedad que hemos sentido, porque no nos ha sucedido cosa como ésta después que nos arrojaron del cielo, ni tan gran fuerza nos ha oprimido y arruinado; y reconozco que vuestras fuerzas y las mías se han quebrantado mucho. Este efecto tan nuevo y extraordinario sin duda tiene nuevas causas, y en nuestra flaqueza siento gran temor que nuestro imperio se ha arruinado.

324. Este negocio pide nuestra advertencia, y mi furor está constante y la ira de mi venganza no está satisfecha. Yo he salido y rodeado todo el orbe, reconociendo a todos sus moradores con gran cuidado, y no he topado cosa notable. A las mujeres virtuosas y perfectas del género de aquella nuestra enemiga que conocimos en el cielo, a todas he observado y perseguido por encontrarla entre ellas, mas no hallo indicios de que haya nacido; porque ninguna hallo con las condiciones que me parece ha de tener la que ha de ser Madre del Mesías. Una doncella, que yo temía por sus grandes virtudes y la perseguí en el templo, ya está casada, y así no puede ser ella la que buscamos, porque Isaías dijo (Is 7,14) que había de ser virgen. Con todo eso la temo y aborrezco, porque será posible que siendo tan virtuosa nazca de ella la Madre del Mesías o algún gran profeta, y hasta ahora no la he podido sujetar en cosa alguna, y de su vida alcanzo menos que de las otras. Siempre me ha resistido invencible, y fácilmente se me borra de la memoria, y cuando me acuerdo, no puedo acercarme tanto a ella. Y no acabo de conocer si esta dificultad y olvido son misteriosos, o nacen de mi mismo desprecio que hago de una mujercilla. Pero yo volveré sobre mí, porque en dos ocasiones estos días me ha mandado y no hemos podido resistir a su imperio y magnanimidad, con que nos ha desterrado de nuestra posesión que teníamos en aquellas personas de donde nos arrojó. Esto es muy digno de reparo, y sólo por lo que se ha mostrado en estas ocasiones merece mi indignación. Determino perseguirla y rendirla y que vosotros me ayudéis en esta empresa con todas vuestras fuerzas y malicia; que quien se señalare en esta victoria, recibirá grandes premios de mi gran poder.

325. Toda la infernal canalla, que atentos oyeron a Lucifer, alabaron y aprobaron sus intentos, y le dijeron no tuviese

cuidado que por aquella mujer se desharían ni menguarían sus triunfos, pues tan pujante estaba su poder y debajo de él tenía casi todo el mundo. y luego fueron arbitrando los medios que tomarían para perseguir a María Santísima, por mujer señalada y singular en santidad y virtudes, y no por Madre del Verbo humanado, que entonces, como he dicho (Cf. supra n.130), ignoraban los demonios el sacramento escondido. De este acuerdo se le siguió luego a la divina Princesa una larga contienda con Lucifer y sus ministros de maldad, para que muchas veces le quebrantase la cabeza a este dragón infernal. Y aunque ésta fue gran batalla contra él, y muy señalada en la vida de esta gran Señora, pero después tuvo otra mayor, cuando quedó en el mundo, después de la subida de su Hijo Santísimo a los cielos. Y de ésta hablaré en la tercera parte (Cf. infra p.III n.451-527) de la divina Historia, para donde me han remitido; porque fue muy misteriosa, como ya era conocida de Lucifer por Madre de Dios, y de ella habló San Juan en el capítulo 12 del Apocalipsis, como diré en su lugar. (Cf. infra p.III n.505-532).

326. En la dispensación de los misterios incomparables de la Encarnación, fue admirable la providencia del Altísimo, y ahora lo es en el gobierno de la Iglesia Católica. Y no hay duda que a esta fuerte y suave providencia convenía ocultar a los demonios muchas cosas que no es bien las alcancen, así porque son indignos de conocer los sagrados misterios, por lo que arriba dije (Cf. supra n.318), como también porque en estos enemigos se ha de manifestar más el poder divino, para que estén debajo de él oprimidos. Y a más de esto, porque con la ignorancia de las obras que Dios les oculta, corre más suavemente el orden de la Iglesia y la ejecución de todos los sacramentos que Dios ha obrado en ella, y la ira desmedida del demonio se enfrena mejor en lo que Su Majestad no le quiere dar permiso. Y aunque siempre le puede y pudiera oprimir y detener, pero todo lo dispensa el Altísimo con el modo más conveniente a su bondad infinita. Por esto ocultó el Señor de estos enemigos la dignidad de María Santísima y el modo milagroso de su embarazo, su integridad virginal antes y después del parto; y con haberla dado esposo se disimulaba más esto. Tampoco conocieron la divinidad de Cristo nuestro Señor con infalible y firme juicio hasta la hora de su muerte, y desde entonces entendieron muchos misterios de la Redención en que se habían alucinado y deslumbrado; porque si entonces le hubieran conocido, antes hubieran procurado estorbar su muerte, como lo dijo el apóstol (1 Cor 2,8 (A.)), que incitar a los judíos para que se la dieran más cruel, como adelante declararemos en su lugar (Cf. infra n.1228,1251,1259,1273), y pretendieran impedir la Redención, y manifestar al mundo que era Cristo verdadero Dios. Y por esto, cuando le conoció y confesó San Pedro (Mt 16,16 (A.)), le mandó a él y a los demás apóstoles que a nadie lo dijese; y aunque por los milagros que hacía el Salvador, y por los demonios que expelía de los cuerpos, como refiere San Lucas (Lc 4,33-35, 8,30-37 (A.)), venían en sospechas de que era el Mesías y le llamaban Hijo de Dios altísimo, no consentía Su Majestad que dijese esto; ni tampoco lo afirmaban con certeza que tuviesen, porque luego se les desvanecían las sospechas con ver a Cristo nuestro Señor pobre, despreciado y fatigado, porque nunca penetraron el misterio de la humildad del Salvador; su soberbia desvanecida se le deslumbraba.

327. Pues como Lucifer no conocía la dignidad de Madre de Dios en María Santísima, cuando la previno esta persecución, aunque fue terrible como se verá (Cf. infra n.335-374), con todo eso fue más cruel otra que después padeció sabiendo quién era (Cf. infra p.III n.452ss). Y si en esta ocasión de que voy hablando entendiera que ella era la que había visto en el cielo vestida del sol y que le había de quebrantar la cabeza, se enfureciera y deshiciera en su rabia, convirtiéndose en rayos de ira. Y si considerándola solamente mujer santa y perfecta se indignaron todos tanto, cierto es que si conocieran su excelencia, hubieran turbado toda la naturaleza, cuanto ellos pudieran para perseguirla y acabar con ella. Pero como el dragón y sus aliados ignoraban, por una parte, el oculto misterio de la divina Señora y, por otra, sentían en ella tan poderosa virtud y la santidad tan extremada, con esta confusión andaban atentando y conjeturando y se preguntaban unos a otros quién sería aquella mujer, contra quien tan flacas reconocían sus fuerzas, y si por ventura era la que entre las criaturas había de tener el preeminente lugar.

328. Otros respondían que no era posible ser aquella mujer Madre del Mesías que aguardaban los fieles porque, a más de tener marido, ella y él eran muy pobres y humildes y poco celebrados en el mundo, y no se manifestaban con milagros y prodigios, ni se dejaban estimar ni temer de los hombres. Y como Lucifer y sus ministros son tan soberbios, no se persuadían que con la grandeza y dignidad de Madre de Dios eran compatibles tan extremado desprecio de sí misma y tan rara humildad; y todo lo que a él le había descontentado tanto, viéndose con menor excelencia, juzgaba que el que era poderoso no lo eligiera para sí. Al fin le engañó su misma arrogancia y desvanecida soberbia, que son los vicios más tenebrosos para cegar el entendimiento, y precipitar la voluntad. Por esto dijo Salomón (Sab 2,21 (A.)) que su propia malicia los había cegado, para que no conocieran que el Verbo Eterno había de elegir tales medios para destruir la arrogancia y altivez de este dragón, cuyos pensamientos distaban de los juicios del altísimo Señor más que el cielo dista de la tierra (Is 55,9); porque juzgaba que Dios bajaría al mundo contra él con grande aparato y ostentación ruidosa,

humillando con potencia a los soberbios, a los príncipes y monarcas que el mismo demonio tenía desvanecidos; como se vio en tantos que precedieron a la venida de Cristo nuestro Señor, tan llenos de soberbia y presunción, que parecían haber perdido el seso y el conocimiento de ser mortales y terrenos. Todo esto lo medía Lucifer por su propia cabeza, y le parecía que Dios había de proceder en esta venida como procede él con su furor y condición contra las obras de nuestro Señor.

329. Pero Su Majestad, que es sabiduría infinita, lo hizo todo al contrario de lo que juzgó Lucifer, porque vino a vencerle, no con sola su omnipotencia, pero con la humildad, mansedumbre, obediencia y pobreza, que son las armas de su milicia (2 Cor 10,4), y no con ostentación, fausto y vanidad mundana, que se alimenta con las riquezas de la tierra. Vino disimulado y oculto en el aparato, eligió Madre pobre, y todo lo que el mundo aprecia vino a desestimar y a enseñar la ciencia de la vida con doctrina y con ejemplo; con que se halló el demonio engañado y vencido con los medios que más le oprimen y atormentan.

330. Ignorando todos estos misterios, anduvo Lucifer algunos días acechando y reconociendo la condición natural de María Santísima, su complexión, compostura, sus inclinaciones y el sosiego de sus acciones, tan iguales y medidas, que era lo que a este enemigo no se le encubría. Y conociendo que todo esto era tan perfecto y la condición tan dulce y que todo junto era un muro invencible, volvió a consultar a los demonios, proponiéndoles la dificultad que sentía en aquella mujer para tentarla y que era empresa de gran cuidado. Fabricaron todos grandes y diversas máquinas de tentaciones con que acometerla, ayudándose unos a otros en esta demanda. Y de cómo lo ejecutaron hablaré en los capítulos siguientes, y del triunfo glorioso que alcanzó la soberana Princesa de todos estos enemigos y de sus dañados y malignos consejos fraguados con iniquidad.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

331. “Hija mía, te deseo muy advertida y atenta para que no seas poseída de la ignorancia y tinieblas con que comúnmente están oscurecidos los mortales, olvidando su salvación eterna, sin considerar su peligro, por la incesante persecución de los demonios para perderlos. Así duermen, descansan y se olvidan los hombres, como si no tuviesen enemigos fuertes y vigilantes. Este formidable descuido se origina de dos causas: la una, que los hombres están tan entregados a lo terreno, animal (1 Cor 2,14) y sensible, que no saben sentir otras heridas más de las que tocan al sentido animal; todo lo demás interior no les ofende en su estimación. La otra razón es porque los príncipes de las tinieblas son invisibles y ocultos al sentido (Ef. 6,12), y como los hombres carnales no los tocan, ni los ven, ni sienten, se olvidan de temerlos; siendo así que por eso mismo debían de estar más atentos y cuidadosos, porque los enemigos invisibles son más astutos y diestros en ofender a traición, y por eso el peligro es tanto más cierto cuanto es menos manifiesto, y las heridas tanto más mortales cuanto menos sensibles, imperceptibles y menos sentidas.

332. “Oye, hija, las verdades más importantes para la vida verdadera y eterna. Atiende a mis consejos, ejecuta mi doctrina y recibe mis amonestaciones, porque si te dejas con descuido, enmudeceré contigo. Advierte, pues, lo que hasta ahora no has penetrado de la condición de estos enemigos: porque te hago saber que ningún entendimiento, ni lengua de hombres, ni de los ángeles, pueden manifestar la ira (Ap 12,12) y furiosa saña que Lucifer y sus demonios tienen concebida contra los mortales, porque son imagen del mismo Dios y capaces de gozarle eternamente. Sólo el mismo Señor comprende la iniquidad y maldad de aquel pecho soberbio y revelado contra su santo nombre y adoración. Y si con su poderoso brazo no tuviera oprimidos a estos enemigos, en un momento destruirían el mundo, y más que leones hambrientos, dragones y fieras despedazarían a todos los hombres y rasgarían sus carnes. Pero el Padre piadosísimo, padre de las misericordias, defiende y enfrena esta ira y guarda entre sus brazos a sus hijuelos para que no caigan en el furor de estos lobos infernales.

333. “Considera, pues, ahora, con la ponderación que pudieres, si hay dolor tan lamentable como ver tantos hombres oscurecidos y olvidados de tal peligro, y que unos por liviandad, por ligeras causas, por un deleite breve y momentáneo, otros por negligencia y otros por sus apetitos desordenados, se arrojen todos voluntariamente, desde el refugio donde los pone el Altísimo, a las furiosas manos de tan impíos y crueles enemigos; y esto no para que una hora, un día, un mes o un año ejecuten en ellos su furor, sino para que lo hagan eternamente con tormentos indecibles e imponderables. Admírate, hija mía, y teme de ver tan horrenda y formidable estulticia de los mortales impenitentes, y que los fieles, que esto conocen por fe, hayan perdido el seso y los tenga el demonio tan dementados y ciegos en medio de la luz que les administra la fe verdadera y católica que profesan, que ni ven ni conocen el peligro, ni saben

apartarse de él.

334. “Y para que tú más le temas y te guardes, advierte que este dragón te reconoce y acecha desde la hora que fuiste creada y saliste al mundo, y noche y día te rodea sin descansar, para aguardar lance en que hacer presa en ti, y observa tus naturales inclinaciones, y aun los beneficios del Señor, para hacerte guerra con tus propias armas. Hace consulta con otros demonios sobre tu ruina y les promete premios a los que más la solicitaren; y para esto pesan tus acciones con grande desvelo y miden tus pasos y todos trabajan en arrojarte lazos y peligros para cada obra y acción que intentas. Todas estas verdades quiero veas en el Señor, donde conocerás a dónde llegan, y mídelas después con la experiencia que tienes, que careándolo entenderás si es razón que duermas entre tantos peligros. y aunque a todos los nacidos les importa este desvelo, a ti más que a otro ninguno por especiales razones, que aunque no todas te las manifiesto ahora, no por eso dudes de que te conviene vivir vigilantísima y atenta; y basta que conozcas tu natural blando y frágil, de que se aprovecharán contra ti tus enemigos.”

CAPITULO 27

[Regresar al Principio](#)

Previene el Señor a María Santísima para entrar en la batalla con Lucifer y comienza el dragón a perseguirla.

335. El Verbo eterno, que humanado en el vientre de María Virgen la tenía ya por Madre y conocía los consejos de Lucifer, no sólo con la sabiduría increada en cuanto Dios, pero también con la ciencia criada en cuanto hombre, estaba atento a la defensa de su tabernáculo, más estimable que todo el resto de las otras criaturas. Y para vestir de nueva fortaleza a la invencible Señora contra la osadía loca de aquel alevoso dragón y sus cuadrillas, se movió la humanidad santísima y estuvo como en pie en el tabernáculo virginal, como en forma de quien se opone y ocurre a la batalla, indignado contra los príncipes de las tinieblas. En esta postura hizo oración al Padre eterno, pidiéndole renovase sus favores y gracias con su misma Madre, para que fortalecida de nuevo quebrantase la cabeza de la serpiente antigua, para que humillado y oprimido por una mujer quedasen frustrados sus intentos y debilitadas sus fuerzas, y la Reina de las alturas saliese victoriosa y triunfando del infierno, con gloria y alabanza del mismo ser de Dios y de la Madre y Virgen.

336. Como lo pidió Cristo Señor nuestro, así lo concedió y decretó la Beatísima Trinidad. Y luego por un modo inefable se le manifestó a la Virgen Madre su Hijo Santísimo que tenía en su vientre, y en esta visión se le comunicó una abundantísima plenitud de bienes, gracias y dones indecibles, y con nueva sabiduría conoció altísimos misterios y muy ocultos, que yo no puedo declarar. Especialmente entendió que Lucifer tenía fabricadas grandes máquinas y soberbios pensamientos contra la gloria del mismo Señor, y que la arrogancia de este enemigo se extendía a beberse las aguas puras del Jordán (Job 40,18). Y dándole el Altísimo estas noticias, la dijo Su Majestad: “Esposa y paloma mía, el sediento furor del dragón infernal es tan insaciable contra mi santo nombre y contra los que le adoran, *que* sin excepción de nadie a todos pretende derribar y borrar mi nombre de la tierra de los vivientes con osadía y presunción formidable. Yo quiero, amada mía, que tú vuelvas por mi causa y defiendas mi honor santo, peleando en mi nombre con este cruel enemigo; que yo estaré contigo en la batalla, pues estoy en tu virginal vientre. y antes de salir al mundo, quiero que con mi virtud divina los destruyas y confundas, porque están persuadidos que se acerca la Redención de los hombres y desean, primero que llegue, destruir a todos y ganar las almas del mundo sin reservar alguna. De tu fidelidad y amor fío esta victoria. Tú pelearás en mi nombre y yo en ti con este dragón y serpiente antigua.”

337. Este aviso del Señor, y la noticia de tan ocultos sacramentos, hicieron en el corazón de la divina Madre tales efectos, que no halló palabras con que manifestar lo que conozco. Y sabiendo que era voluntad de su Hijo Santísimo que la celosísima Reina defendiera la honra del Altísimo, se inflamó tanto en su divino amor y se vistió de fortaleza tan invencible, que si cada uno de los demonios fuera un infierno entero con el furor y malicia de todos, fueran unas flacas hormigas y muy débiles para oponerse a la virtud incomparable de nuestra capitana; a todos los aniquilara y venciera con la menor de sus virtudes y celo de la gloria y honra del Señor. Ordenó este divino protector y amparador nuestro dar a su Madre Santísima este glorioso triunfo del infierno, para que no se levantase más la soberbia arrogante de sus enemigos, cuando se apresuraban tanto a perder el mundo antes que llegase su remedio, y para que los mortales nos hallásemos obligados no sólo a tan inestimable amor de su Hijo Santísimo, pero también a nuestra divina reparadora y defensora, que saliendo a la batalla le detuvo, le venció, le oprimió, para que no estuviese más incapaz y

como imposibilitado el linaje humano de recibir a su Redentor.

338. ¡Oh hijos de los hombres de corazón tardo y pesado! ¿Cómo no atendemos a tan admirables beneficios? ¿Quién es el hombre (Sal 8,5) que así le estimas y favoreces, Rey altísimo? ¿A tu misma Madre Reina y Señora nuestra ofreces a la batalla y al trabajo por nuestra defensa? ¿Quién oyó jamás ejemplo semejante? ¿Quién pudo hallar tal fuerza e ingenio de amor? ¿Dónde tenemos el juicio? ¿Quién nos ha privado del buen uso de la razón? ¿Qué dureza es la nuestra? ¿Quién tan fea ingratitud nos ha introducido? ¿Cómo no se confunden los hombres que tanto aman la honra y se desvelan en ella, cometiendo tal vileza y tan infame ingratitud, como olvidarse de esta obligación? El agradecerla y pagarla con la misma vida, fuera nobleza y honra verdadera de los mortales hijos de Adán.

339. A este conflicto y batalla contra Lucifer se ofreció la obediente Madre, por la honra de su Hijo Santísimo y su Dios y nuestro. Respondió a lo que la mandaba, y dijo: “Altísimo Señor y bien mío, de cuya bondad infinita he recibido el ser y gracia y la luz que confieso; vuestra soy toda, y vos, Señor, sois por vuestra dignación Hijo mío; haced de vuestra sierva lo que fuere de mayor gloria y agrado vuestro; que si vos, Señor, estáis en mí y yo en vos, ¿quién será poderoso contra la virtud de vuestra voluntad? Yo seré instrumento de vuestro brazo invencible; dadme vuestra fortaleza, y venid conmigo, y vamos contra el infierno y a la batalla con el dragón y todos sus aliados.” - Mientras la divina Reina hacía esta oración, salió Lucifer de sus conciliábulos tan arrogante y soberbio contra ella, que a todas las demás almas, de cuya perdición está sediento, las reputaba por cosa de muy poco aprecio. Y si este furor infernal se pudiera conocer como él era, entenderíamos bien lo que dijo de él Dios al santo Job (Job 41,18), que estimaba y reputaba el acero como pajuelas y el bronce como madero carcomido. Tal como ésta era la ira de este dragón contra María Santísima; y no es menor ahora, respectivamente, contra las almas, que a la más santa, invicta y fuerte la desestima su arrogancia como una hojarasca seca. ¿Qué hará de los pecadores, que como cañas vacías y podridas no le resisten? Sola la fe viva y la humildad del corazón son armas dobles con que le vencen y rinden gloriosamente.

340. Para dar principio a la batalla, traía consigo Lucifer las siete legiones con sus principales cabezas, que señaló en su caída del cielo (Ap. 12,3), para que tentasen a los hombres en los siete pecados capitales. Y a cada uno de estos siete escuadrones encargó la demanda contra la Princesa inculpable, para que en ella y contra ella estrenasen sus mayores bríos. Estaba la invencible Señora en oración y, permitiéndolo entonces el Señor, entró la primera legión para tentarla de soberbia, que era el especial ministerio de estos enemigos. Y para disponer las pasiones o inclinaciones naturales, alterando los humores del cuerpo que es el modo común de tentar a otras almas procuraron acercarse a la divina Señora, juzgando que era como las demás criaturas de pasiones desordenadas por la culpa; pero no pudieron acercarse a ella tanto como deseaban, porque sentían una invencible virtud y fragancia de su santidad, que los atormentaba más que el mismo fuego que parecían. Y con ser esto así, y que el semblante sólo de María Santísima les penetraba con sumo dolor, con todo era tan furiosa y desmedida la rabia que concebían, que posponían este tormento, porfiando y forcejando para llegarse más, deseando ofenderla y alterarla.

341. Era grande el número de los demonios, y María Santísima una sola y pura mujer, pero sola ella era tan formidable y terrible (Cant 6,3 (A.)) contra ellos como muchos ejércitos bien ordenados. Se le presentaban cuanto podían estos enemigos con iniquísimas fabulaciones (Sal 118,85), pero la soberana Princesa, enseñándonos a vencer, no se movió, ni alteró, ni mudó el semblante ni el color; no hizo caso de ellos, ni los atendía más que si fueran debilísimas hormigas; los despreció con invicto y magnánimo corazón; porque esta guerra, como se hace con las virtudes, no ha de ser con extremos, estrépito ni ruido, sino con serenidad, con sosiego, paz interior y modestia exterior. Tampoco pudieron alterarla las pasiones ni apetitos, porque esto no caía debajo de la jurisdicción del demonio en nuestra Reina, que estaba toda subordinada a la razón, y ésta a Dios, y no había tocado en la armonía de sus potencias el golpe de la primera culpa ni las había desconcertado, como en los demás hijos de Adán. Y por esto las flechas de estos enemigos eran, como dijo David (Sal 63,8 (A.)), de párvulos y sus máquinas eran como tiros sin munición, y sólo contra sí mismos eran fuertes, porque les redundaba su flaqueza en vivo tormento. Y aunque ellos ignoraban la inocencia y justicia original de María Santísima, y por eso no alcanzaban tampoco que no la podían ofender las comunes tentaciones, pero en la grandeza de su semblante y constancia conjeturaban su mismo desprecio y que la ofendían muy poco. Y no sólo era poco, pero nada; porque, como dijo el evangelista en el Apocalipsis (Ap 12,16), y en la primera parte advertí (Cf. supra p. 1 n.129-130), la tierra ayudó a la mujer vestida del sol, cuando el dragón arrojó contra ella las impetuosas aguas de tentaciones; porque el cuerpo terreno de esta Señora no estaba viciado en sus potencias y pasiones, como los demás que tocó la culpa.

342. Tomaron estos demonios figuras corpóreas, terribles y espantosas, y añadiendo crueles aullidos y tremendas voces y bramidos, fingían grandes ruidos, amenazas y movimientos de la tierra y de la casa, que amenazaba ruina, y otros desatinos semejantes, para turbar, espantar o mover a la Princesa del mundo: que sólo con esto, o retraerla de la oración, se tuvieran por victoriosos. Pero el invencible y dilatado corazón de María Santísima no se turbó, ni alteró, ni hizo mudanza alguna. Y se ha de advertir aquí que para entrar en esta batalla dejó el Señor a su Madre Santísima en el estado común de la fe y virtudes que ella tenía y suspendió el influjo de otros favores y regalos que continuamente solía recibir fuera de estas ocasiones. Ordenó el Altísimo esto, porque el triunfo de su Madre fuese más glorioso y excelente, a más de otras razones que tiene Dios en este modo de proceder con las almas; que sus juicios, en cómo se avienen con ellas, son inescrutables (Rom 11,33) y ocultos. Algunas veces solía pronunciar la gran Señora, y decir: “¿Quién como Dios que vive en las alturas y mira a los humildes en el cielo y en la tierra?” (Sal 112,5-6) Y con estas palabras arruinaba aquellas bisarmas que se le ponían delante.

343. Mudaron estos lobos hambrientos su piel y tomaron la de oveja, dejando las figuras espantosas y transformándose en ángeles de luz muy resplandecientes, hermosos. Y llegándose a la divina Señora, la dijeron: “Venciste, venciste, fuerte eres, y venimos a asistirte y premiar tu invencible valor.” Y con estas lisonjas fabulosas la rodearon, ofreciéndola su favor, pero la prudentísima Señora recogió todos sus sentidos y, levantándose sobre sí por medio de las virtudes infusas, adoró al Señor en espíritu y en verdad y, despreciando los lazos de aquellas lenguas inicuas y fabulosas mentiras (Eclo 51,3 (A.)), habló a su Hijo Santísimo y le dijo: “Señor y mi Dueño, fortaleza mía, luz verdadera de la luz, sólo en vuestro amparo está toda mi confianza y la exaltación de vuestro santo nombre. A todos los que lo contradicen, anatematizo, aborrezco y detesto.” Perseveraban los obradores de la maldad en proponer insanias falsas a la Maestra de la ciencia y en ofrecer alabanzas fingidas sobre las estrellas a la que se humillaba más que las ínfimas criaturas; y la dijeron que la querían señalar entre las mujeres y hacerla un exquisito favor, que era elegirla en nombre del Señor por Madre del Mesías y que fuese su santidad sobre los patriarcas y profetas.

344. El autor de esta maraña fue el mismo Lucifer, cuya malicia se descubre en ella para que otras almas la conozcan; pero para la Reina del cielo era ridícula, ofrecerle lo que ella era, y ellos eran los engañados y alucinados no sólo en ofrecer lo que ni sabían ni podían dar, sino en ignorar los sacramentos del Rey del cielo que se encerraban en la dichosísima mujer que ellos perseguían. Con todo esto fue grande la iniquidad del dragón, porque sabía él que no podía cumplir lo que prometía, pero quiso rastrear si acaso nuestra divina Señora lo esa, o si daba algún indicio de saberlo. No ignoró la prudencia de María Santísima esta duplicidad de Lucifer, y despreciándola estuvo con admirable severidad y entereza. Y lo que hizo entre las adulaciones falsas fue continuar la oración y adorar al Señor postrándose en la tierra y confesándole se humillaba a sí misma y se reputaba por la más despreciable de las criaturas y que el mismo polvo que pisaba; y con esta oración y humildad degolló la soberbia presuntuosa de Lucifer todo el tiempo que le duró esta tentación. Y en lo demás que en ella sucedió, la sagacidad de los demonios, su crueldad y fabulaciones mentirosas que intentaron, no me ha parecido referirlo todo, ni alargarme a lo que se me ha manifestado, porque basta lo dicho para nuestra enseñanza y no todo se puede fiar de la ignorancia de las criaturas terrenas y frágiles.

345. Desmayados y vencidos estos enemigos de la primera legión, llegaron los de la segunda, para tentar de avaricia a la más pobre del mundo. La ofrecieron grandes riquezas, plata, oro y joyas muy preciosas: y porque no pareciesen promesas en el aire, le pusieron delante muchas cosas de todo esto, aunque aparentes, pareciéndoles que el sentido tiene gran fuerza para incitar a la voluntad a lo presente deleitable. Añadieron a este engaño otros muchos de razones dolosas, y la dijeron que Dios la enviaba todo aquello para que lo distribuyese a los pobres. Y como nada de esto admitiese, mudaron el ingenio y la dijeron que era injusta cosa estar ella tan pobre, pues era tan santa, y que más razón había para que fuese Señora de aquellas riquezas que otros pecadores y malos; que lo contrario fuera injusticia y desorden de la providencia del Señor, tener pobres a los justos y ricos, y prósperos a los malos y enemigos.

346. En vano se arroja la red dice el Sabio (Prov 1,17 (A.)) ante los ojos de las ligeras aves. En todas las tentaciones contra nuestra soberana Princesa era esto verdad; pero en esta de la avaricia era más desatinada la malicia de la serpiente, pues tendía la red en cosas tan terrenas y viles contra la fénix de la pobreza, que tan lejos de la tierra había levantado su vuelo sobre los mismos serafines. Nunca la prudentísima Señora, aunque estaba llena de sabiduría divina, se puso a razones con estos enemigos; como tampoco debe nadie hacerlo, pues ellos pugnan con la verdad manifiesta y no se darán por convencidos de ella aunque la conozcan. Y por esto se valió María Santísima de algunas palabras de la Escritura, pronunciándolas con severa humildad, y dijo aquella del salmo 118 (Sal 118, 111): *Haereditate acquisivi testimonia tua in aeternum*. “Yo elegí por heredad y riquezas guardar los testimonios y ley de ti, Señor mío.” Y añadió

otras, alabando y bendiciendo al Altísimo con acción de gracias, porque a ella la había criado y conservado, sustentándola sin merecerlo. Y con este modo tan lleno de sabiduría venció y confundió la segunda tentación, quedando atormentados y confusos los obreros de la maldad.

347. Llegó la tercera legión con el inmundo príncipe que tienen en la flaqueza de la carne; y en ésta forcejaron más, porque hallaron más imposibilidad para ejecutar cosa alguna de las que deseaban; y así consiguieron menos, si menos puede haber en unas que en otras. Intentaron introducirle algunas sugerencias y representaciones feas y fabricar otras monstruosidades indecibles. Pero todo se quedó en el aire, porque la purísima Virgen, cuando reconoció la condición de este vicio, se recogió toda al interior y dejó suspendido todo el uso de sus sentidos sin operación ninguna, y así no pudo tocar en ellos sugestión de cosa alguna, ni entrar especie a su pensamiento, porque nada llegó a sus potencias. Y con la voluntad fervorosa renovó muchas veces el voto de castidad en la presencia interior del Señor, y mereció más en esta ocasión que todas las vírgenes que han sido y serán en el mundo. Y el Todopoderoso le dio en esta materia tal virtud, que no despidió el fuego encerrado en el bronce la munición que está delante con tal fuerza y presteza, como eran arrojados los enemigos cuando intentaban tocar a la pureza de María Santísima con alguna tentación.

348. La cuarta legión y tentación fue contra la mansedumbre y paciencia, procurando mover la ira de la mansísima paloma. Y esta tentación fue más molesta, porque los enemigos trasegaron toda la casa. Rompieron y destrozaron todo cuanto había en ella, en ocasiones y con tal modo que más pudieran irritar a la mansísima Señora; y todo este daño repararon luego sus santos ángeles. Vencidos en esto los demonios, tomaron figuras de algunas mujeres conocidas de la serenísima Princesa y fueron a ella con mayor indignación y furor que si lo fueran verdaderas, y la dijeron exorbitantes contumelias, atreviéndose a amenazarla y quitarle de su casa algunas cosas de las más necesarias. Pero todas estas maquinaciones eran frívolas para quien los conocía como María Santísima, que no hicieron ademán, ni acción alguna que no la penetrase, aunque se abstraía totalmente de ellas, sin moverse ni alterarse, sino con majestad de Reina lo despreciaba todo. Temieron los malignos espíritus que eran conocidos, y por eso despreciados, y tomaron otro instrumento de una mujer verdadera, de condición acomodada para su intento. A ésta la movieron contra la Princesa del cielo con una arte diabólica, porque tomó un demonio la forma de otra su amiga y la dijo que María la de José la había deshonrado en su ausencia, hablando de ella muchos desaciertos que fingió el demonio nuestro enemigo.

349. Esta engañada mujer, que por otra parte tenía muy ligera la ira, se fue toda muy enfurecida a nuestra mansísima cordera María Santísima y la dijo en su rostro execrables injurias y insultos. Pero dejándola poco a poco derramar el enojo concebido, la habló Su Alteza con palabras tan humildes y dulces, que la trocó toda y le puso blando el corazón. Y cuando estuvo más en sí, la consoló y sosegó, amonestándola se guardase del demonio, y dándole alguna limosna, porque era pobre, la despidió en paz; con que se desvaneció este enredo, como otros muchos de esta condición que fabricó el padre de la mentira Lucifer, no sólo para irritar a la mansísima Señora, sino también para de camino desacreditarla. Pero el Altísimo previno la defensa de la honra de su Madre Santísima por medio de su misma perfección, humildad y prudencia, de tal suerte que jamás pudo el demonio desacreditarla en cosa alguna; porque ella obraba y procedía con todos tan mansa y sabiamente, que la multitud de máquinas que fraguaba el dragón se destruían sin tener efecto. La igualdad y mansedumbre, que en este género de tentaciones tuvo la soberana Señora, fue de admiración para los ángeles, y aun los mismos demonios se admiraban, aunque diferentemente, de ver tal modo de obrar en una criatura humana y mujer, porque jamás habían conocido otra semejante.

350. Entró la quinta legión con la tentación de gula; y aunque la antigua serpiente no le dijo a nuestra Reina que hiciera de las piedras pan, como después a su Hijo Santísimo (Mt 4,3), porque no le había visto hacer milagros tan grandes por habersele ocultado, pero la tentó como a la primera mujer con golosina; y la pusieron delante grandes regalos que con la apariencia convidasen y despertasen el apetito, y procuraron alterarla los humores naturales, para que sintiese alguna hambre bastarda; y con otras sugerencias se cansaron en incitarla, para que atendiese a lo que la ofrecían. Pero todas estas diligencias fueron vanas y sin efecto alguno, porque de todos estos objetos tan materiales y terrenos estaba el corazón alto de nuestra Princesa y Señora tan lejos como el cielo de la tierra. Y tampoco empleó sus sentidos en atender a la golosina, que ni la percibió casi; porque en todo iba deshaciendo lo que había hecho nuestra madre Eva, que, incauta y sin atención al peligro, puso la vista en la hermosura del árbol de la ciencia y en su dulce fruto y luego alargó la mano y comió, dando principio a nuestro daño. No lo hizo así María Santísima, que cerró y abstrajo sus sentidos, aunque no tenía el peligro que Eva; pero ella quedó vencida para nuestra perdición, y la gran Reina victoriosa para nuestro rescate y remedio.

351. Muy desmayada llegó la sexta tentación de la envidia, viendo el despecho de los antecedentes enemigos; porque si bien ellos no conocían toda la perfección con que obraba la Madre de la santidad, pero sentían su invencible fuerza, y la conocían tan inmóvil, que se desahuciaban de poderla reducir a ninguno de sus depravados intentos. Con todo eso, el implacable odio del dragón y su nunca reconocida soberbia no se rendían, antes añadieron nuevos ingenios para provocar a la amantísima del Señor y de los prójimos a que envidiase en otros lo que ella misma poseía, y lo que aborrecía como inútil y peligroso. La hicieron una relación muy larga de muchos bienes de gracias naturales que otras tenían, y la decían que a ella no se las había dado Dios. Y por si los dones sobrenaturales le fueran más eficaz motivo de la emulación, la referían grandes favores y beneficios que la diestra del Todopoderoso había comunicado a otros y a ella no. Pero estas mentirosas fabulaciones ¿cómo podían embarazar a la misma que era Madre de todas las gracias y dones del cielo? Y porque en todas las criaturas que la podían representar habían recibido los beneficios del Señor, eran todos menos que ser Madre del Autor de la gracia; y por la que le había Su Majestad comunicado, y el fuego de caridad que ardía en su pecho, deseaba con vivas ansias que la diestra del Altísimo los enriqueciese y los favoreciese liberalmente. Pues ¿cómo había de hallar lugar la envidia donde abundaba la caridad? Pero no desistían los crueles enemigos. Representaron luego a la divina Reina la felicidad aparente de otros que con riquezas y bienes de fortuna se juzgaban por dichosos en esta vida y triunfaban en el mundo, y movieron a diversas personas para que fuesen a María Santísima, y le dijese al mismo tiempo el consuelo que tenían en hallarse ricas y bien afortunadas; como si esta engañosa felicidad de los mortales no estuviera reprobada tantas veces en las divinas Escrituras, y era ciencia y doctrina que la Reina del cielo y su Hijo Santísimo venían a enseñar con ejemplo al mundo.

352. A estas personas que llegaban a nuestra divina Maestra, las encaminaba a usar bien de los dones y riquezas temporales y dar gracias por ellos a su Hacedor, y ella misma lo hacía, supliendo el defecto de la ingratitud ordinaria de los hombres. Y aunque la humildísima Señora se juzgaba por no digna del menor de los beneficios del Altísimo, pero en hecho de verdad su dignidad y santidad eminentísima protestaban en ella lo que en su nombre dijeron los profetas: “Conmigo están las riquezas y la gloria, los tesoros y la justicia. Mi fruto es mejor que la plata, oro y que las piedras muy preciosas” (Prov 8,18-19 (A.)). “En mí está toda la gracia del camino y de la verdad, y toda la esperanza de la vida y de la virtud” (Eclo 24,25 (A.)). Y con esta excelencia y superioridad vencía a sus enemigos, dejándolos como atónitos y confusos de ver que donde estrenaban todas sus fuerzas y astucia conseguían menos y se hallaban más arruinados.

353. Perseveró con todo esto su porfía hasta llegar con la séptima tentación de pereza; pretendiendo introducirla en María Santísima con despertarle algunos achaques corporales y lasitud o cansancio y tristeza, que es un arte poco conocida, con que este pecado de la pereza hace grandes suertes en muchas almas y las impide su aprovechamiento en la virtud. Añadieron a esto más sugerencias, de que estando cansada dilatase algunos ejercicios para cuando estuviese más bien dispuesta; que no es menor astucia cuando nos engaña a los demás, y no la percibimos ni conocemos lo que es menester. Sobre toda esta malicia procuraron impedir a la Santísima Señora en algunos ejercicios por medio de criaturas humanas, solicitando quien la fuese a estorbar en tiempos intempestivos, para retardarla en alguna de sus acciones y ocupaciones santas, que a sus horas y tiempos tenía destinadas. Pero todas estas maquinaciones conocía la prudentísima y diligentísima Princesa, y las desvanecía con su sabiduría y solicitud, sin que jamás el enemigo consiguiese el impedirla en cosa alguna para que en todo no obrase con plenitud de perfección. Quedaron estos enemigos como desesperados y debilitados, y Lucifer furioso contra ellos y contra sí mismo. Pero renovando su rabiosa soberbia, determinaron acometer juntos, como diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina María Santísima.

354. “Hija mía, aunque has resumido en breve compendio la prolija batalla de mis tentaciones, quiero que de lo escrito, y de lo demás que en Dios has conocido, saques las reglas y doctrina de resistir y vencer al infierno. Y para esto el mejor modo de pelear es despreciar al demonio, considerándole enemigo del altísimo Dios, sin temor santo y sin esperanza de algún bien, desahuciado del remedio en su desdicha pertinaz y sin arrepentimiento de su maldad, y con esta verdad infalible te debes mostrar contra él superior, magnánima e inmutable, tratándole como a despreciador de la honra y culto de su Dios. Y sabiendo que defiendes tan justa causa, no te debes acobardar, antes con todo esfuerzo y valentía le has de resistir y contradecir en todo cuanto intentare, como si estuvieses al lado del mismo Señor por cuyo nombre peleas; pues no hay duda que Su Majestad asiste a quien legítimamente pelea. Tú estás en lugar y estado de esperanza y ordenada para gloria eterna, si trabajas con fidelidad por tu Dios y Señor.

355. “Considera, pues, que los demonios aborrecen con implacable odio lo que tú amas y deseas, que son la honra de

Dios y tu felicidad eterna, y te quieren privar a ti de lo que ellos no pueden restaurar. Y al demonio le tiene Dios reprobado, y a ti ofrece su gracia, virtud y fortaleza para vencer a su enemigo y tuyo y conseguir tu dichoso fin del eterno descanso, si trabajares fielmente y observares los mandamientos del Señor. Y aunque la arrogancia del dragón es grande (Is 16,6), pero su flaqueza es mayor, y no supone más que un átomo debilísimo en presencia de la virtud divina. Pero como su astucia ingeniosa y su malicia excede tanto a los mortales, no le conviene al alma llegar a razones ni pláticas con él, ahora sea visible o invisiblemente, porque de su entendimiento tenebroso, como de un horno de fuego, salen tinieblas y confusión que oscurecen el juicio de los mortales; y si les escuchan, le llenan de fabulaciones y tinieblas, para que ni se conozca la verdad y hermosura de la virtud, ni la fealdad de sus engañosos venenosos, y con esto no saben apartar las almas lo precioso de lo vil (Jer 15,19), la vida de la muerte, ni la verdad de la mentira, y así caen en manos de este impío y cruel dragón.

356. “Sea para ti regla inviolable, que en las tentaciones no atiendas a lo que te proponen, ni escuches ni discurras sobre ello. y si pudieras sacudirte y alejarte de manera que no lo percibas, ni conozcas su mala condición, esto será lo más seguro; mirándolas de lejos, porque siempre envía el demonio delante alguna prevención para introducir su engaño, en especial a las almas que teme él le resistirán la entrada, si no la facilita primero. Y así suele comenzar por tristeza, caimiento de corazón, o con algún movimiento y fuerza que divierta y distraiga al alma de la atención y afecto del Señor, y luego llega con el veneno en vaso de oro, para que no cause tanto horror. Al punto que reconozcas en ti alguno de estos indicios, pues ya tienes experiencia, obediencia y doctrina, quiero que con alas de paloma levantes el vuelo y te alejes hasta llegar al refugio del Altísimo (Sal 54,7-8), llamándole en tu favor y presentándole los méritos de mi Hijo Santísimo. Y también debes recurrir a mi protección como a tu Madre y Maestra y a la de tus ángeles devotos y a todos los demás del Señor. Cierra también tus sentidos con presteza y júzgate muerta a ellos, o como alma de la otra vida a donde no llega la jurisdicción de la serpiente y exactor tirano. Ocupate más entonces en el ejercicio de los actos virtuosos contrarios a los vicios que te propone, y en especial en la fe y esperanza y en el amor, que echan fuera la cobardía y temor (1 Jn 4,18) con que se enflaquece la voluntad para resistir.

357. “Las razones para vencer a Lucifer has de buscar sólo en Dios, y no se las des a este enemigo, porque no te llene de fascinaciones confusas. Juzga por cosa indigna, a más de ser peligrosa, ponerte con él a razones, ni atender al enemigo de quien amas y tuyo. Muéstrate superior y magnánima contra él y ofrécete a la guarda de todas las virtudes para siempre, y contenta con este tesoro te retira en él; que la mayor destreza de los hijos de Dios en esta batalla es huir muy lejos, porque el demonio es soberbio y siente que le desprecien y desea que le oigan, confiado en su arrogancia y embustes. Y de aquí le nace la porfía para que le admitan en alguna cosa, porque el mentiroso no puede fiar en la fuerza de la verdad, pues no la dice, y así pone la confianza en ser molesto y en vestir el engaño con apariencia de bien y de verdad. Y mientras este ministro de maldad no se halla despreciado, nunca piensa que le han conocido, y como importuna mosca vuelve a la parte que reconoce más próxima a la corrupción.

358. “Y no menos advertida has de ser cuando tu enemigo se valiere contra ti de otras criaturas, como lo hará por uno de dos caminos: moviéndolas a demasiado amor, o al contrario a aborrecimiento. Donde conocieres desordenado afecto en los que te tratan, guarda el mismo documento que en huir del demonio, pero con esta diferencia: que a él le aborrezcas y a las demás criaturas las consideres hechuras del Señor y no les niegues lo que en Su Majestad y por él les debes. Pero en retirarte, míralo s a todos como a enemigos; pues para lo que Dios quiere de ti, y en el estado que estás, será demonio el que a las demás personas quiera inducir a que te aparten del mismo Señor y de lo que le debes. Si, por el otro extremo, te persiguieren con aborrecimiento, corresponde con amor y mansedumbre, rogando por los que te aborrecen y persiguen (Mt 5,44), y esto sea con afecto íntimo del corazón. Y si necesario fuere quebrantar la ira de alguno con palabras blandas, o deshacer algún engaño en satisfacción de la verdad, lo harás, no por tu disculpa, sino por sosegar a tus hermanos y por su bien y paz interior y exterior; y con esto te vencerás de una vez a ti misma y a los que te aborrecieren. Para fundar todo esto es necesario cortar los vicios capitales por las raíces, arrancarlas del todo, muriendo a los movimientos del apetito en que se arrijan estos siete vicios capitales con que tienta el demonio; que todos los siembra en las pasiones y apetitos desordenados e inmortificados.”

CAPITULO 28

[Regresar al Principio](#)

Persevera Lucifer con sus siete legiones en tentar a María Santísima; queda vencido y quebrantada la cabeza de

este dragón.

359. Si pudiera el príncipe de las tinieblas retroceder en su maldad, con las victorias que la Reina del cielo había alcanzado, quedara deshecha y humillada aquella exorbitante soberbia, pero como se levanta siempre contra Dios (Sal 73,23) y nunca se sacia de su malicia, quedó vencido, mas no de voluntad rendido. Se ardía en las llamas de su inextinto furor hallándose vencido, y tan vencido, de una humilde y tierna mujer, cuando él y sus ministros infernales habían rendido a tantos hombres fuertes y mujeres magnánimas. Llegó a conocer este enemigo que María Santísima estaba preñada, ordenándolo así Dios, aunque sólo conocieron era niño verdadero, porque la divinidad y otros misterios siempre les eran ocultos; con que se persuadieron no era el Mesías prometido, pues era niño como los demás hombres. Y este engaño les disuadió también que María Santísima no era Madre del Verbo, de quien ellos temían les había de quebrantar la cabeza (Gen 3,15) el Hijo y Madre santísimos. Con todo eso juzgaron que de mujer tan fuerte y victoriosa nacería algún varón insigne en santidad, y previniendo esto el dragón grande, concibió contra el fruto de María Santísima aquel furor que San Juan dijo en el capítulo 12 del Apocalipsis que otras veces he referido (Cf. supra p.I n.105) esperando a que pariese para devorarlo.

360. Sintió Lucifer una oculta virtud que le oprimía, mirando hacia aquel niño encerrado en el vientre de su Madre Santísima, y aunque sólo conoció que en su presencia se hallaba flaco de fuerzas y como atado, esto le enfurecía para intentar cuantos medios pudiese en destrucción de aquel Hijo, para él tan sospechoso, y de la Madre, que reconocía tan superior en la batalla. Se le manifestó a la divina Señora por varios modos, y tomando figuras espantosas visibles, como un fierísimo toro y como dragón formidable y en otras formas, quería llegarse a ella y no podía, acometía y se hallaba impedido, sin saber de quién ni cómo. Forcejaba como una fiera atada y daba espantosos bramidos, que si Dios no los ocultara atemorizaran al mundo y muchos murieran de espanto; arrojaba por la boca fuego y humo de azufre con espumajos venenosos; y todo esto veía y oía la divina princesa María, sin inmutarse ni moverse más que si fuera un mosquito. Hizo otras alteraciones en los vientos, en la tierra y en la casa, trasegándolo y alterándolo todo, pero tampoco perdió por esto María Santísima la serenidad y sosiego interior y exterior; que siempre estuvo invicta y superior a todo.

361. Hallándose Lucifer tan vencido, abrió su inmundísima boca y movió su lengua mentirosa e impura y soltó la represa de su malignidad, proponiendo y pronunciando en presencia de la divina Emperatriz todas cuantas herejías y sectas infernales había fraguado con ayuda de sus depravados ministros. Porque después que fueron todos arrojados del cielo y conocieron que el Verbo divino había de tomar carne humana, para ser cabeza de un pueblo a quien regalaría con favores y doctrina celestial, determinó el dragón fabricar errores, sectas y herejías contra todas las verdades que iba conociendo en orden a la noticia, amor y culto del Altísimo. Y en esto se ocuparon los demonios muchos años que pasaron hasta la venida de Cristo nuestro Señor al mundo; y todo este veneno tenía represado Lucifer en su pecho, como serpiente antigua. Le derramó todo contra la Madre de la verdad y pureza y, deseando inficionarla, dijo todos los errores que contra Dios y su verdad había fraguado hasta aquel día.

362. No conviene referirlas aquí menos que las tentaciones del capítulo antecedente porque no sólo es peligroso para los flacos, pero los muy fuertes deben temer este aliento pestífero de Lucifer; y todo lo arrojó y derramó en esta ocasión. Y por lo que he conocido, creo sin duda no quedó error, idolatría ni herejía de cuantas se han conocido hasta hoy en el mundo, que no se le representase este dragón a la soberana María; para que de ella pudiese cantar la Iglesia Santa, gratificándole sus victorias con toda verdad, que degolló y ahogó todas las herejías ella sola en el mundo universo (*Gaude, Maria Virgo: cunctas haereses sola interemisti in universo mundo* (Ant. del Oficio litúrgico de María en el Breviario)). Así lo hizo nuestra victoriosa Sunamitis (Cant 7,1 (A.)), donde nada se hallaba que no fuesen coros de virtudes ordenadas en forma de escuadrones para oprimir, degollar y confundir los ejércitos infernales. A todas sus falsedades y a cada una de ellas singularmente, las fue contradiciendo, detestando, anatematizando con una invicta fe y confesión altísima, protestando las verdades contrarias y magnificando por ellas al Señor como verdadero, justo y santo, y formando cánticos de alabanza en que se encerraban las virtudes y doctrina verdadera, santa, pura y loable. Pidió con fervorosa oración al Señor que humillase la altiva soberbia de los demonios en esto y les enfrenase para que no derramasen tanta y tan venenosa doctrina en el mundo, y que no prevaleciese la que había derramado y la que adelante intentaría sembrar entre los hombres.

363. Por esta gran victoria de nuestra divina Reina, y por la oración que hizo, entendí que el Altísimo con justicia impidió al demonio para que no sembrase tanta cizaña de errores en el mundo como deseaba y los pecados de los

hombres merecían. Y aunque por ellos han sido tantas las herejías y sectas, como hasta hoy se han visto, pero fueran muchas más si María Santísima no hubiera quebrantado la cabeza al dragón con tan insignes victorias, oración y peticiones. Y lo que nos puede consolar entre el dolor y amargura de ver tan afligida a la Santa Iglesia de tantos enemigos infieles, es un gran misterio que aquí se me ha dado a entender: que en este triunfo de María Santísima, y otro que tuvo después de la Ascensión de su Hijo Santísimo a los cielos, de que hablaré en la tercera parte (Cf. infra p.III n.528), le concedió Su Majestad a nuestra Reina en premio de estas batallas que por su intercesión y virtudes se habían de consumir y extinguir las herejías y sectas falsas que hay contra la Santa Iglesia en el mundo. El tiempo destinado y señalado para este beneficio no le he conocido; pero aunque esta promesa del Señor tenga alguna condición tácita u oculta, estoy cierta que, si los príncipes católicos y sus vasallos obligaran a esta gran Reina del cielo y de la tierra y la invocaran como a su única patrona y protectora y aplicaran todas sus grandezas y riquezas, su poder y mando a la exaltación de la fe y nombre de Dios y de María purísima ésta será por ventura la condición de la promesa fueran como instrumentos suyos en destruir y debelar los infieles, desterrando las sectas y errores que tan perdido tienen al mundo, y contra ellos alcanzaran insignes y grandes victorias.

364. Antes que naciera Cristo Redentor nuestro, le pareció al demonio, como insinué en el capítulo pasado (Cf. supra n.336), que se retardaba su venida por los pecados del mundo; y para impedirla del todo pretendió aumentar este óbice y multiplicar más errores y culpas entre los mortales; y esta iniquísima soberbia confundió el Señor por mano de su Madre Santísima con tan grandiosos triunfos como alcanzó. Después que nació Dios y hombre por nosotros y murió, pretendió el mismo dragón impedir y malograr el fruto de su sangre y el efecto de nuestra redención, y para esto comenzó a fraguar y sembrar los errores, que después de los apóstoles han afligido y afligen a la Santa Iglesia. La victoria contra esta maldad infernal también la tiene remitida Cristo nuestro Señor a su Madre Santísima, porque sola ella lo mereció y pudo merecerlo. Y por ella se extinguió la idolatría con la predicación del Evangelio; por ella se consumieron otras sectas antiguas, como la de Arrio, Nestorio, Pelagio y otros; y también ha ayudado el trabajo y solicitud de los reyes, príncipes y padres y doctores de la Iglesia Santa. Pues ¿cómo se puede dudar que, si ahora con ardiente celo hicieran los mismos príncipes católicos, eclesiásticos y legos la diligencia que les toca, ayudando digámoslo así a esta divina Señora, dejara ella de asistirlos y hacerlos felicísimos en esta vida y en la otra y degollara todas las herejías en el mundo? Para este fin ha enriquecido tanto el Señor a su Iglesia y a los reinos y monarquías católicas, porque si no fuera para esto, mejor estuvieran siendo pobres; pero no era conveniente hacerlo todo por milagros, sino con los medios naturales de que se podían valer con las riquezas. Pero si cumplen con esta obligación o no cumplen, no es para mí el juzgarlo; sólo me toca decir lo que el Señor me ha dado a conocer: de que son injustos poseedores de los títulos honrosos y potestad suprema que les da la Iglesia, si no la ayudan y defienden y solicitan con sus riquezas que no se malogre la sangre de Cristo nuestro Señor, pues en esto se diferencian los príncipes cristianos de los infieles.

365. Volviendo a mi discurso digo que el Altísimo con la previsión de su infinita ciencia conoció la iniquidad del infernal dragón, y que ejecutando su indignación contra la Iglesia con la semilla de sus errores que tenía fabricados, turbaría muchos fieles y arrastraría con su extremidad las estrellas (Ap. 12,4) de este cielo militante, que eran los justos; con que la divina justicia sería más provocada y el fruto de la Redención casi impedido. Determinó Su Majestad con inmensa piedad ocurrir a este daño que amenazaba al mundo. Y para disponerlo todo con mayor equidad y gloria de su santo nombre, ordenó que María Santísima le obligase, porque sola ella era digna de los privilegios, dones y prerrogativas con que había de vencer al infierno, y sola esta eminentísima Señora era capaz para empresa tan ardua y de rendir al corazón del mismo Dios con su santidad, pureza, méritos y oraciones. Y porque redundaba en mayor exaltación de la virtud divina, que por todas las eternidades fuese manifiesto que había vencido a Lucifer y su séquito por medio de una pura criatura y mujer, como él había derribado al linaje humano por medio de otra, y para todo esto no había otra más idónea que su misma Madre a quien se lo debiese la Iglesia y todo el mundo; por estas razones y otras que conoceremos en Dios, le dio Su Majestad el cuchillo de su potencia en la mano a nuestra victoriosa capitana, para que degollase al dragón infernal; y que esta potestad no se le revocase jamás, antes con ella defendiese y amparase desde los cielos a la Iglesia militante, según los trabajos y necesidades que en los tiempos futuros se le ofreciesen.

366. Perseverando, pues, Lucifer en su infeliz contienda, como he dicho, en forma visible con sus cuadrillas infernales, la serenísima María jamás convirtió a ellos la vista, ni los atendió, aunque los oía, porque así convenía. Y porque el oído no se impide ni cierra como los ojos, procuraba no llegasen a la imaginativa ni al interior especies de lo que decían. Tampoco habló con ellos más palabra de mandarles algunas veces que enmudeciesen en sus blasfemias. Y

este mandato era tan eficaz, que les compelió a pegar las bocas con la tierra; y en el ínterin hacía la divina Señora grandes cánticos de alabanza y gloria del Altísimo. Y con hablar sólo con Su Majestad y protestar las divinas verdades, eran tan oprimidos y atormentados, que se mordían unos a otros como lobos carnívoros o como perros rabiosos; porque cualquiera acción de la Emperatriz María era para ellos una encendida flecha, cualquiera de sus palabras un rayo que los abrasaba con mayor tormento que el mismo infierno. Y no es esto encarecimiento, pues el dragón y sus secuaces pretendieron huir y apartarse de la presencia de María Santísima que los confundía y atormentaba, pero el Señor con una fuerza oculta los detenía para engrandecer el glorioso triunfo de su Madre y Esposa y confundir más y aniquilar la soberbia de Lucifer. Y para esto ordenó y permitió Su Majestad que los mismos demonios se humillasen a pedir a la divina Señora los mandase ir y los arrojase de su presencia a donde ella quisiese. Y así los envió imperiosamente al infierno, donde estuvieron algún espacio de tiempo. Y la gran vencedora quedó toda absorta en las divinas alabanzas y acción de gracias.

367. Cuando el Señor dio permiso para que Lucifer se levantase, volvió a la batalla, tomando por instrumentos unos vecinos de la casa de San José; y sembrando entre ellos y sus mujeres una diabólica cizaña de discordias sobre intereses temporales, tomó el demonio forma humana de una persona amiga de todos, y les dijo que no se inquietasen entre sí mismos, porque de toda aquella diferencia tenía la culpa María la de José. La mujer que representaba el demonio era de crédito y autoridad, y con eso les persuadió mejor. Y aunque el Señor no permitió que en cosa grave se violase el crédito de su Madre Santísima, con todo eso dio permiso, para su gloria y mayor corona, que todas estas personas engañadas la ejercitasen en esta ocasión. Fueron de mancomún juntas a casa de San José y en presencia del santo esposo llamaron a María Santísima y la dijeron palabras ásperas, porque las inquietaba en sus casas y no las dejaba vivir en paz. Este suceso fue para la inocentísima Señora de algún dolor, por la pena de San José, que ya en aquella ocasión había comenzado a reparar en el crecimiento de su virginal vientre, y ella le miraba su corazón y los pensamientos que comenzaban a darle algún cuidado. Con todo esto, como sabia y prudente procuró vencer y redimir al trabajo con humildad, paciencia y viva fe. No se disculpó ni volvió por su inocente proceder, antes se humilló y con sumisión pidió a aquellas engañadas vecinas, que si en algo las había ofendido la perdonasen y se aquietasen; y con palabras llenas de dulzura y ciencia las ilustró y pacificó con hacerles entender que ellos no tenían culpa unos contra otros. Y satisfechos de esto y edificados de la humildad con que los había respondido, se volvieron a sus casas en paz, y el demonio huyó, porque no pudo sufrir tanta santidad y sabiduría del cielo.

368. San José quedó algo triste y pensativo y dio lugar al discurso, como diré en los capítulos de adelante (Cf. infra n.375-394). Pero el demonio, aunque ignoraba el principal motivo de la pena de San José, se quiso valer de la ocasión que ninguna pierde para inquietarle. Mas conjeturando si la causa era algún disgusto que tuviese con su esposa o por hallarse pobre y con tan corta hacienda, a entrambos cosas tiró el demonio, aunque desatinó en ellas, porque envió algunas sugerencias de despecho a San José para que se desconsolase con su pobreza y la recibiese con impaciencia o tristeza; y asimismo le representó que María su esposa se ocupaba mucho tiempo en sus recogimientos y oraciones y no trabajaba, que para tan pobres era mucho ocio y descuido. Pero San José, como recto y magnánimo de corazón y de alta perfección, despreció fácilmente estas sugerencias y las arrojó de sí; y aunque no tuviera otra causa más que el cuidado que le daba ocultamente el embarazo de su esposa, con éste ahogara todos los demás. Y dejándole el Señor en el principio de estos celos, le alivió de la tentación del demonio por intercesión de María Santísima, que estaba atenta a todo lo que pasaba en el corazón de su fidelísimo esposo y pidió a su Hijo Santísimo se diese por servido y satisfecho de la pena que le daba verla preñada y le aliviase las demás.

369. Ordenó el Altísimo que la Princesa del cielo tuviese esta prolija batalla de Lucifer, y le dio permiso para que él, junto con todas sus legiones, acabasen de estrenar todas sus fuerzas y malicia, para que en todo y por todo quedasen hollados, quebrantados y vencidos, y la divina Señora consiguiese el mayor triunfo del infierno, que jamás pura criatura pudo alcanzar. Llegaron juntos estos escuadrones de maldad con su caudillo infernal y se presentaron ante la divina Reina; y con invencible furor renovaron todas las máquinas de tentaciones juntas, de que antes se habían valido por partes, y añadieron lo poco que pudieron, que no me ha parecido referirlas; porque todas casi quedan dichas arriba en los dos capítulos. Estuvo tan inmóvil, superior y serena, como si fueran los coros supremos de los ángeles los que oían estas fabulaciones del enemigo; y ninguna impresión peregrina tocó ni alteró este cielo de María Santísima, aunque los espantos, los terrores, las amenazas, las lisonjas, fabulaciones y falsedades fueron como de toda la malicia junta del dragón que derramó su corriente (Ap 12,15) contra esta mujer invicta y fuerte, María Santísima.

370. Estando en este conflicto, ejercitando actos heroicos de todas las virtudes contra sus enemigos, tuvo conocimiento

de que el Altísimo ordenaba y quería que humillase y quebrantase la soberbia del dragón, usando del poder y potestad de Madre de Dios y de la autoridad de tan grande dignidad. Y levantándose con ferventísimo e invencible valor, se volvió a los demonios, y dijo: “¿Quién como Dios, que vive en las alturas” (Sal 112,5)? Y repitiendo estas razones, añadió luego: “Príncipe de las tinieblas, autor del pecado y de la muerte, en nombre del Altísimo te mando que enmudezcas, y con tus ministros te arrojo al profundo de las cavernas infernales, para donde estáis deputados, de donde no salgáis hasta que el Mesías prometido os quebrante y sujete o lo permita.” Estaba la Emperadora divina llena de luz y resplandor del cielo, y el dragón soberbio pretendió resistirse algo a este imperio y convirtió a él la fuerza del poder que tenía, y le humilló más y con mayor pena; que por esto le alcanzó sobre todos los demonios. Cayeron al profundo juntos y quedaron apegados a lo ínfimo del infierno, al modo que arriba dije (Cf. supra n.130) en el misterio de la Encarnación, y diré adelante (Cf. infra n.999, 1421) en la tentación y muerte de Cristo nuestro Señor. Y cuando volvió este dragón a la otra batalla, que tengo citada para la tercera parte (Cf. supra n.327 e infra p.III n.452ss), con la misma Reina del cielo, le venció tan admirablemente, que por ella y su Hijo Santísimo he conocido fue quebrantada la cabeza de Lucifer, quedó inepto y desvalido y quebrantadas sus fuerzas, de manera que, si las criaturas humanas no se las dan con su malicia, le pueden muy bien vencer y resistir con la divina gracia.

371. Luego se le manifestó el Señor a su Madre Santísima y en premio de tan gloriosa victoria la comunicó nuevos dones y favores; y los mil ángeles de su guarda con otros innumerables se le manifestaron corporalmente y le hicieron nuevos cánticos de alabanza del Altísimo y suya, y con celestial armonía de dulces voces sensibles le cantaron lo que de Judit, que fue figura de este triunfo y le aplica la Iglesia Santa (En el Breviario en la festividad de la Inmaculada): “Toda eres hermosa, toda eres hermosa, María Señora nuestra, y no hay en ti mácula de culpa; tú eres la gloria de Jerusalén la celestial, tú la alegría de Israel, tú la honra del pueblo del Señor, tú la que magnificas su santo nombre, y abogada de los pecadores, que los defiendes de su enemigo soberbio. OH María! Llena eres de gracia y de todas las perfecciones.” Quedó la divina Señora llena de júbilo alabando al Autor de todo bien y refiriéndole los que recibía. Y volvió al cuidado de su esposo, como diré en los capítulos siguientes.

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora nuestra.

372. “Hija mía, el recato que debe tener el alma para no ponerse en razones con los enemigos invisibles, no le impide para que con autoridad imperiosa los mande en el nombre del Altísimo que enmudezcan y se desvíen y confundan. Así quiero yo que tú lo hagas en las ocasiones oportunas que te persiguieren, porque no hay armas tan poderosas contra la malicia del dragón, como mostrarse la criatura humana imperiosa y superior, en fe de que es hija de su Padre verdadero que está en los cielos, y de quien recibe aquella virtud y confianza contra él. La causa de esto es, porque todo el cuidado de Lucifer es, después que cayó del cielo, ponerle en desviar a las almas de su Criador y sembrar cizaña y división entre el Padre celestial y los hijos adoptados y entre la esposa y el Esposo de las almas. Y cuando conoce que alguna está unida con su Criador y como vivo miembro de su cabeza Cristo, cobra esfuerzo y autoridad en la voluntad para perseguirla con furor rabioso, y envidioso emplea su malicia y fabulaciones en destruirla; pero como ve que no lo puede conseguir, y que es refugio y protección (Sal 17,3) verdadera e inexpugnable la del Altísimo para las almas, desfallece en sus empeños y se reconoce oprimido con incomparable tormento. Y si la esposa regalada con magisterio y autoridad le desprecia y arroja, no hay gusano ni hormiga más débil que este gigante soberbio.

373. “Con la verdad de esta doctrina te debes animar y fortalecer, cuando el Todopoderoso ordenare que te halle la tribulación y te cerquen los dolores de la muerte (ib. 5) en las tentaciones grandes como yo las padecí, porque ésta es la mejor ocasión para que el Esposo haga experiencia de la fidelidad de la verdadera esposa. Y si lo es, no se ha de contentar el amor con solos afectos sin dar otro fruto, porque sólo el deseo que nada cuesta al alma no es prueba suficiente de su amor, ni de la estimación que hace del bien que dice aprecia y ama. La fortaleza y constancia en el padecer con dilatado y magnánimo corazón en las tribulaciones, éstos son los testigos del verdadero amor. Y si tú deseas tanto hacer alguna demostración y satisfacer a tu Esposo, la mayor será que, cuando más afligida y sin recurso humano te hallares, entonces te muestres más invencible y confiada en tu Dios y Señor, y esperes, si fuere necesario, contra la esperanza (ROM 4,18), pues no duerme ni dormita el que se llama amparo de Israel (Sal 120,4), y cuando sea tiempo mandará al mar y a los vientos y hará tranquilidad (MT 8,26).

374. “Pero debes, hija mía, estar muy advertida en los principios de las tentaciones, donde hay grande peligro si el alma se comienza luego a conturbar con ellas, soltando a las pasiones de la concupiscible o irascible, con que se oscurece y ofusca la luz de la razón. Porque si el demonio reconoce esta alteración y que levanta tan grande polvareda

y tempestad en las potencias, como su crueldad es tan implacable e insaciable, cobra mayor aliento y añade fuego a fuego, enfureciéndose más, juzgando y pareciéndole que no tiene el alma quien la defienda y libre de sus manos; y aumentándose más el rigor de la tentación, crece también el peligro de no resistir a lo más fuerte de ella quien se comenzó a rendir en el principio. Todo esto te advierto para que temas el riesgo de los primeros descuidos. Nunca le tengas en cosa que tanto importa, antes bien has de perseverar en la igualdad de tus acciones en cualquiera tentación que tengas, continuando en tu interior el dulce y devoto trato del Señor, y con los prójimos la suavidad y caridad y blandura prudente que con ellos debes tener, anteponiéndote con oración y templanza de tus pasiones al desorden que el enemigo quiere poner en ellas.”

MISTICA CIUDAD DE DIOS

VIDA DE LA VIRGEN MARIA

María de Jesús Agreda

LIBRO IV

CAPITULO 1

Conoce el Santo José el embarazo de su esposa María Virgen y entra en grande cuidado sabiendo que en él no tenía parte.

CAPITULO 2

Se aumentan los celos a San José, determina dejar a su esposa y hace oración sobre ello.

CAPITULO 3

Habla el ángel del Señor a San José en sueños y le declara el misterio de la Encarnación, y los efectos de esta embajada.

CAPITULO 4

Pide San José perdón a María Santísima su esposa, y la divina Señora le consuela con gran prudencia.

CAPITULO 5

Determina San José servir en todo con reverencia a María Santísima, y lo que Su Alteza hizo, y otras cosas del modo de proceder de entrambos.

CAPITULO 6

Algunas conferencias y pláticas de María Santísima y José en cosas divinas, y otros sucesos admirables.

CAPITULO 7

Previene María Santísima las mantillas y fajos para el niño Dios con ardentísimo deseo de verle ya nacido de su vientre.

CAPITULO 8

Se publica el edicto del emperador César Augusto de empadronar todo el imperio, y lo que hizo San José cuando lo supo.

CAPITULO 9

La jornada que María Santísima hizo de Nazaret a Belén en compañía del santo esposo José, y los ángeles que la asistían.

CAPITULO 10

Nace Cristo nuestro bien de María Virgen en Belén de Judea.

CAPITULO 11

Cómo los santos ángeles evangelizaron en diversas partes el nacimiento de nuestro Salvador, y los pastores vinieron a adorarle.

CAPITULO 12

Lo que se le ocultó al demonio del misterio del nacimiento del Verbo humanado y otras cosas hasta la Circuncisión.

CAPITULO 13

Conoció María Santísima la voluntad del Señor para que su Hijo unigénito se circuncidase, y trátalo con San José;

viene del cielo el nombre santísimo de Jesús.

CAPITULO 14

Circuncidan al niño Dios y le ponen por nombre Jesús.

CAPITULO 15

Persevera María Santísima con el niño Dios en el portal del nacimiento hasta la venida de los Reyes.

CAPITULO 16

Vienen los tres Reyes magos del oriente y adoran al Verbo humanado en Belén.

CAPITULO 17

Vuelven los Reyes magos por segunda vez a ver y adorar al infante Jesús, le ofrecen sus dones y despedidos toman otro camino para sus tierras.

CAPITULO 18

Distribuyen María Santísima y José los dones de los Reyes magos y se detienen en Belén hasta la presentación del infante Jesús en el templo.

CAPITULO 19

Parten María Santísima y José con el infante Jesús de Belén a Jerusalén, para presentarle en el templo y cumplir la ley.

CAPITULO 20

De la presentación del infante Jesús en el templo y lo que sucedió en ella.

CAPITULO 21

Previene el Señor a María Santísima para la fuga a Egipto, habla el ángel a San José y otras advertencias en todo esto.

CAPITULO 22

Comienzan la jornada a Egipto Jesús, María y José, acompañados de los espíritus angélicos, y llegan a la ciudad de Gaza.

CAPITULO 23

Prosiguen las jornadas Jesús, María y José de la ciudad de Gaza hasta Heliópolis de Egipto.

CAPITULO 24

Llegan á Egipto los peregrinos Jesús, María y José con algún rodeo hasta la ciudad de Heliópolis y suceden grandes maravillas.

CAPITULO 25

Toman asiento en la ciudad de Heliópolis Jesús, María y José por voluntad divina; ordenan allí su vida el tiempo de su destierro.

CAPITULO 26

De las maravillas que en Heliópolis de Egipto obraron el infante Jesús y su Madre Santísima y San José.

CAPITULO 27

Determina Herodes la muerte de los inocentes, conócelo María Santísima y esconden a San Juan de la muerte.

CAPITULO 28

Habla el infante Jesús a San José cumplido un año y trata la Madre Santísima de ponerle en pie y calzarle y comienza a celebrar los días de la Encarnación y nacimiento.

CAPITULO 29

Viste la Madre Santísima al infante Jesús la túnica inconsútil y le calza, y las acciones y ejercicios que el mismo Señor hacía.

CAPITULO 30

Vuelven de Egipto a Nazaret Jesús, María y José por la voluntad del Altísimo.

LIBRO IV

[Regresar al Principio](#)

CONTIENE LOS RECELOS DE SAN JOSÉ, CONOCIENDO EL EMBARAZO DE MARÍA SANTÍSIMA; EL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR; SU CIRCUNCISIÓN; LA ADORACIÓN DE LOS REYES Y PRESENTACIÓN DEL INFANTE JESÚS EN EL TEMPLO; LA FUGA A EGIPTO, MUERTE DE LOS INOCENTES Y LA VUELTA A NAZARET.

CAPITULO 1

Conoce el Santo José el embarazo de su esposa María Virgen y entra en grande cuidado sabiendo que en él no tenía parte.

375. Del divino embarazo de la Princesa del cielo corría ya el quinto mes cuando el castísimo José, esposo suyo, había comenzado a tener algún reparo en la disposición y crecimiento de su vientre virginal; porque en la perfección natural y elegancia de la divina esposa, como arriba dije (Cf. Sutra n.115), se podía ocultar menos y descubrirse más cualquiera señal y desigualdad que tuviera. Un día, saliendo María Santísima de su oratorio, la miró con este cuidado San José y conoció con mayor certeza la novedad (MT 1,18), sin que pudiese el discurso desmentir a los ojos en lo que les era notorio. Quedó el varón de Dios herido el corazón con una flecha de dolor que le penetró hasta lo más íntimo, sin hallar resistencia a las fuerzas de sus causas que a un mismo tiempo se juntaron en su alma. La primera el amor castísimo, pero muy intenso y verdadero, que tenía a su fidelísima esposa, donde desde el principio estaba su corazón más que en depósito, y con el agradable trato y santidad sin semejante de la gran Señora se había confirmado más este vínculo del alma de San José en obsequio suyo. Y como ella era tan perfecta y cabal en la modestia y humilde severidad, entre el respeto cuidadoso de servirla, tenía el Santo José un deseo, como natural a su amor, de la correspondencia del de su esposa. Y esto ordenó así el Señor para que con el cuidado de esta recíproca satisfacción le tuviese mayor el santo en servir y estimar a la divina Señora.

376. Cumplía con esta obligación San José como fidelísimo esposo y despensero del sacramento que aún le estaba oculto; y cuanto era más atento a servir y venerar a su esposa y su amor era purísimo y castísimo, santo y justo, tanto era mayor el deseo de que ella le correspondiese; aunque jamás se lo manifestó ni le habló en esto, así por la reverencia a que le obligaba la majestad humilde de su esposa, como porque no le había sido molesto aquel cuidado a vista de su trato y comunicación, conversación y pureza más que de ángel. Pero cuando se halló en este aprieto, testificándole la vista la novedad que no podía negarle, quedó su alma dividida con el sobresalto. Aunque satisfecho que en su esposa había aquel nuevo accidente, no dio al discurso más de lo que no pudo negar a los ojos, porque como era varón santo y recto (MT 1,19), aunque conoció el efecto, suspendió el juicio de la causa; porque si se persuadiera a que su esposa tenía culpa, sin duda el santo muriera de dolor naturalmente.

377. Se juntó a esta causa la certeza de que no tenía parte en el embarazo que conocía por sus ojos, y que la deshonra era por esto inevitable, cuando se llegase a saber. Y este cuidado era de tanto peso para San José, cuanto él era de corazón más generoso y honrado y con su gran prudencia sabía ponderar el trabajo de la deshonra propia y de su esposa, si llegaban a padecerla. Y la tercera causa, que daba mayor torcedor al santo esposo, era el riesgo de entregar a su esposa para que conforme a la ley fuese apedreada (Lev 20,10; DDT 22,23-24) que era el castigo de las adúlteras si fuese convencida de este crimen. Entre estas consideraciones, como entre puntas de acero, se halló el corazón de San José herido de una pena o de muchas juntas, sin hallar de improviso otro sagrado con que aliviarse más de la asentada satisfacción que tenía de su esposa. Pero como todas las señales testificaban la impensada novedad y no se le ofrecía al santo varón alguna salida contra ellas, ni tampoco se atrevía a comunicar su dolorosa aflicción con persona alguna, se

hallaba rodeado de los dolores de la muerte (Sal 17,5) y sentía con experiencia que la emulación es dura como el infierno (Kant 8,6).

378. Quería discurrir a solas, y el dolor le suspendía las potencias. Si el pensamiento quería seguir al sentido en las sospechas, todas se desvanecían como el hielo a la fuerza del sol y como el humo en el viento, acordándose de la experimentada santidad de su recatada y advertida esposa. Si quería suspender el afecto de su castísimo amor, no podía, porque siempre la hallaba digno objeto de ser amado, y la verdad, aunque oculta, tenía más fuerzas para atraer que el engaño aparente de la infidelidad para desviarle. No se podía romper aquel vínculo asegurado con fiadores tan abonados de verdad, de razón y de justicia. Para declararse con su divina esposa, no hallaba conveniencia, ni tampoco se lo permitía aquella igualdad severa y divinamente humilde que en ella conocía. Y aunque veía la mudanza en el vientre, no correspondía el proceder tan puro y santo a tal descuido como se pudiera presumir, porque aquella culpa no se compadecía con tanta pureza, igualdad, santidad, discreción, y con todas las gracias juntas en que era manifiesto el aumento cada día en María Santísima.

379. Apeló de sus penas el santo esposo José para el tribunal del Señor, por medio de la oración, y puesto en su presencia, dijo: “Altísimo Dios y Señor eterno, no son ocultos a vuestra divina presencia mis deseos y gemidos. Combatido me hallo de las violentas olas que por mis sentidos han llegado a herir mi corazón. Yo le entregué seguro a la esposa que recibí de vuestra mano. De su grande santidad he confiado (Prov. 31,11), y los testigos de la novedad que en ella veo me ponen en cuestión de dolor y temor de frustrarse mis esperanzas. Nadie que hasta hoy la ha conocido, pudo poner duda en su recato y excelentes virtudes, pero tampoco puedo negar que está preñada. Juzgar que ha sido infiel y que os ha ofendido, será temeridad a la vista de tan peregrina pureza y santidad; negar lo que la vista me asegura, es imposible; mas no lo será morir a fuerza de esta pena, si aquí no hay encerrado algún misterio que yo no alcanzo. La razón la disculpa, el sentido la condena. Ella me oculta la causa del embarazo, yo le veo; ¿qué he de hacer? Conferimos al principio los votos de castidad que entrambos prometimos para vuestra gloria, y si fuera posible que hubiera violado vuestra fe y la mía, yo defendiera vuestra honra y por vuestro amor depusiera la mía. Pero ¿cómo tal pureza y santidad en todo lo demás se puede conservar, si hubiera cometido tan grave crimen? ¿Y cómo siendo santa y tan prudente me cela este suceso? Suspendo el juicio y me detengo, ignorando la causa de lo que veo. Derramo en vuestra presencia (Sal 141,3) mi afligido espíritu, OH Dios de Abrahán, de Isaac y Jacob. Recibid mis lágrimas en acepto sacrificio, y si mis culpas merecieron vuestra indignación, obligaos, Señor, de vuestra propia clemencia y benignidad y no despreciéis tan vivas penas. No juzgo que María os ha ofendido, pero tampoco, siendo yo su esposo, puedo presumir misterio alguno de que no puedo ser digno. Governad mi entendimiento y corazón con vuestra luz divina, para que yo conozca y ejecute lo más acepto a vuestro beneplácito.”

380. Perseveró en esta oración San José con muchos más afectos y peticiones; porque si bien se le representó que había algún misterio que él ignoraba en el embarazo de María Santísima, pero no se aseguraba en esto, porque no tenía más razones de las que por mayor se le ofrecían y para dar salida al juicio de que tenía culpa en el embarazo, respetando la santidad de la divina Señora; y así no llegó al pensamiento del santo que podía ser Madre del Mesías. Suspendía las sospechas algunas veces, y otras se las aumentaban y arrastraban las evidencias, y así fluctuando padecía impetuosas olas por una y otra parte; y de mareado y rendido solía quedarse en una penosa calma, sin determinarse a creer cosa alguna con que vencer la duda y aquietarse el corazón y obrar conforme la certeza que de una parte u otra tuviera para gobernarse. Por esto fue tan grande el tormento de San José, que pudo ser evidente prueba de su incomparable prudencia y santidad, y merecer con este trabajo que le hiciera Dios idóneo para el singular beneficio que le prevenía.

381. Todo lo que pasaba por el corazón de San José en secreto era manifiesto a la Princesa del cielo, que lo estaba mirando con ciencia divina y luz que tenía; y aunque su santísimo corazón estaba lleno de ternura y compasión de lo que padecía su esposo, no le hablaba palabra en ello, pero le servía con sumo rendimiento y cuidado. Y el varón de Dios al descuido la miraba con mayor cuidado que otro hombre jamás ha tenido; y como sirviéndole a la mesa y en otras ocupaciones domésticas la gran Señora, aunque el embarazo no era grave ni penoso, hacía algunas acciones y movimientos con que era forzoso descubrirse más, atendía a todo San José y se certificaba más de la verdad con mayor aflicción de su alma. Y no obstante que era santo y recto, pero después que se desposó con María Santísima, se dejaba respetar y servir de ella, guardando en todo la autoridad de cabeza y varón, aunque lo templaba con rara humildad y prudencia. Pero mientras ignoró el misterio de su esposa juzgó que debía mostrarse siempre superior con la templanza conveniente, a imitación de los padres antiguos y patriarcas, de quienes no debía degenerar, para que las mujeres fuesen obedientes y rendidas a sus maridos. Y tenía razón en este modo de gobernarse, si María Santísima, Señora

nuestra, fuera como las demás mujeres. Mas aunque era tan diferente, ninguna hubo ni habrá jamás tan obediente, humilde y sujeta a su marido como lo estuvo la Reina eminentísima a su esposo. Le servía con incomparable respeto y puntualidad; y aunque conocía sus cuidados y atención a su embarazo, no por eso se excusó de hacer todas las acciones que le tocaban, ni cuidó de disimular ni excusar la novedad de su divino vientre; porque este rodeo y artificio o duplicidad no se compadecía con la verdad y candidez angélica que tenía, ni con la generosidad y grandeza de su nobilísimo corazón.

382. Bien pudiera la gran Señora alegar en su abono la verdad de su inocencia inculpable y la testificación de su prima Santa Isabel y Zacarías, porque en aquel tiempo era cuando San José, si sospechara culpa en ella, se la podía mejor atribuir; y por este modo, o por otros, aunque no le manifestara el misterio, se podía disculpar y sacar de cuidado a San José. Pero nada hizo la Maestra de la prudencia y humildad, porque no se compadecía con estas virtudes volver por sí y fiar la satisfacción de tan misteriosa verdad de su propio testimonio; todo lo remitió con gran sabiduría a la disposición divina. Y aunque la compasión de su esposo y el amor que le tenía la inclinaban a consolarle y despenarle, no lo hizo disculpándose ni ocultando su preñez, sino sirviéndole con mayores demostraciones y procurando regalarle y preguntándole lo que deseaba y quería que ella hiciese y otras demostraciones de rendimiento y amor. Muchas veces le servía de rodillas, y aunque algo consolaba esto a San José, por otra parte le daba mayores motivos de afligirse, considerando las muchas causas que tenía para amar y estimar a quien no sabía si le había ofendido. Hacía la divina Señora continua oración por él y pedía el Altísimo le mirase y consolase; y remitíase toda a la voluntad de Su Majestad.

383. No podía San José ocultar del todo su amarguísima pena, y así estaba muchas veces pensativo, triste, suspenso; y llevado de este dolor hablaba a su divina esposa con alguna severidad más que antes, porque éste era como efecto inseparable de su afligido corazón y no por indignación ni venganza; que esto nunca llegó a su pensamiento, como se verá adelante (Cf. infra n.388). Pero la prudentísima Señora no mudó su semblante ni hizo demostración alguna de sentimiento, antes por esto cuidaba más del alivio de su esposo. Le servía a la mesa, le daba el asiento, le traía la comida, le administraba la bebida, y después de todo esto, que hacía con incomparable gracia, la mandaba San José que se asentase y cada hora se iba asegurando más en la certeza del embarazo. No hay duda que fue esta ocasión una de las que más ejercitaron no sólo a San José, pero a la Princesa del cielo, y que en ella se manifestó mucho la profundísima humildad y sabiduría de su alma santísima, y dio lugar el Señor a ejercitar y probar todas sus virtudes; porque no sólo no le mandó callar el sacramento de su embarazo, pero no le manifestó su voluntad divina tan expresamente como en otros sucesos. Todo parece lo remitió Dios y lo fió de la ciencia y virtudes divinas de su escogida esposa, dejándola obrar con ellas sin otra especial ilustración o favor. Daba ocasión la divina providencia a María Santísima y a su fidelísimo esposo José, para que respectivamente cada uno ejercitase con heroicos actos las virtudes y dones que les había infundido, y se deleitaba a nuestro entender con la fe, esperanza y amor, con la humildad, paciencia, quietud y serenidad de aquellos cándidos corazones en medio de tan dolorosa aflicción. Y para engrandecer su gloria y dar al mundo este ejemplar de santidad y prudencia y oír los clamores dulces de la Madre Santísima y su castísimo esposo, que le eran gratos y agradables; y que se hacía como sordo a nuestro entender porque los repitiesen, y disimulaba el responderles hasta el tiempo oportuno y conveniente.

Doctrina de la Santísima Reina y Señora nuestra.

384. “Hija mía carísima, altísimos son los pensamientos y fines del Señor, y su providencia con las almas es fuerte y suave, y en el gobierno de todas admirable, especialmente de sus amigos y escogidos. Y si los mortales acabasen de conocer el amoroso cuidado con que atiende a dirigirlos y encaminarlos este Padre de las misericordias, descuidarían más de sí mismos y no se entregarían a tan molestos, inútiles y peligrosos cuidados con que viven afanados y solicitando varias dependencias de otras criaturas; porque se dejarían seguros a la sabiduría y amor infinito, que con dulzura y suavidad paternal cuidaría de todos sus pensamientos, palabras y acciones y de todo lo que les conviene. No quiero que tú ignores esta verdad; pero que entiendas del Señor cómo desde su eternidad tiene en su mente divina presentes a todos los predestinados que han de ser en diversos tiempos y edades, y con la invencible fuerza de su infinita sabiduría y bondad va disponiendo y encaminando todos los bienes que les convienen, para que al fin se consiga lo que de ellos tiene el Señor determinado.

385. “Por esto le importa tanto a la criatura racional dejarse encaminar de la mano del Señor, entregándose toda a su disposición divina; porque los hombres mortales ignoran sus caminos y el fin que por ellos han de tener, y no pueden

por sí mismos hacer elección con su insipiencia, si no es con grande temeridad y peligro de su perdición. Pero si se entregan de todo corazón a la providencia del Altísimo, reconociéndole por Padre y a sí mismos por hijos y hechuras suyas, Su Majestad se constituye por su protector, amparo y gobernador con tanto amor, que quiere conozca el cielo y la tierra cómo es oficio que le toca a él mismo gobernar a los suyos y gobernar a los que de él se fían y se le entregan. Y si fuera Dios capaz de recibir pena o de tener celos como los hombres, los tuviera de que otra criatura se hiciera parte en el cuidado de las almas, y de que ellas acudan a buscar cosa alguna de las que necesitan en otro alguno fuera del mismo Señor, que lo tiene por su cuenta. Y no pueden los mortales ignorar esta verdad, si consideran lo que entre ellos mismos hace un padre por sus hijos, un esposo por su esposa, un amigo con otro y un príncipe con el privado a quien ama y quiere honrar. Todo esto es nada en comparación del amor que Dios tiene a los suyos y lo que quiere y puede hacer por ellos.

386. “Pero aunque por mayor y en general crean esta verdad los hombres, ninguno puede alcanzar cuál es el amor divino y sus efectos particulares con las almas que totalmente se resignan y dejan a su voluntad. Ni lo que tú, hija mía, conoces, lo puedes manifestar, ni conviene, mas no lo pierdas de vista en el Señor. Su Majestad dice (Lc 21,18) que no perecerá un cabello de sus electos, porque todos los tiene numerados. El gobierna sus pasos a la vida y se los desvía de la muerte, atiende a sus obras, corrige sus defectos con amor, se adelanta a sus deseos, se anticipa en sus cuidados, defiéndoles en el peligro, los regala en la quietud, los conforta en la batalla, les asiste en la tribulación; defiéndelos del engaño con su sabiduría, los santifica con su bondad, fortalécelos con su poder; y como infinito, a quien nadie puede resistir ni impedir su voluntad, así ejecuta lo que puede y puede todo lo que quiere y quiere entregarse todo al justo que está en gracia y se fía de sólo él. ¡Quién puede ponderar cuántos y cuáles serán los bienes que derrama en un corazón dispuesto de esta manera para recibirlos!

387. “Si tú, amiga mía, quieres que te alcance esta buena dicha, imítame con verdadero cuidado y conviértelo todo desde hoy a conseguir con eficacia una verdadera resignación en la Providencia divina. Y si te enviare tribulaciones, penas o trabajos, recíbelos y abrázalos con igual corazón y serenidad, con quietud de tu espíritu, paciencia, fe viva y esperanza en la bondad del Altísimo, que siempre te dará lo más seguro y conveniente para tu salvación. No hagas elección de cosa alguna, que Dios sabe y conoce tus caminos; fíate de tu Padre y Esposo celestial, que con amor fidelísimo te patrocina y ampara; atiende a mis obras, pues no se ocultan: y advierte que fuera de los trabajos que tocaron a mi Hijo Santísimo, el mayor que padecí en mi vida fue el de las tribulaciones de mi esposo José y sus penas en la ocasión que vas escribiendo.”

CAPITULO 2

[Regresar al Principio](#)

Se aumentan los celos a San José, determina dejar a su esposa y hace oración sobre ello.

388. En la tormenta de cuidados que combatían al rectísimo corazón de San José, procuraba tal vez con su prudencia buscar alguna calma y cobrar aliento en su afligido ahogo, discurriendo a solas y procurando reducir a duda el embarazo de su esposa, pero de este engaño le sacaba cada día el aumento del vientre virginal, que con el tiempo se iba manifestando con mayores evidencias; y no hallaba otra causa el Santo glorioso adonde recurrir, y ésta se le frustraba y era poco constante, pues pasaba de la duda que buscaba a la certeza vehemente, cuanto más crecía el embarazo. Y en sus aumentos estaba más agradable y sin sospecha de otros achaques la divina Princesa, que de todas maneras la iba perfeccionando en hermosura, salud, agilidad y belleza; cebos y motivos mayores de la sospecha y lazos de su castísimo amor y pena, sin poder apartar todos esos efectos a un tiempo con varias olas que le atormentaban y de manera le rindieron, que llegó a persuadirse del todo en la evidencia. Y aunque siempre se conformaba su espíritu con la voluntad de Dios, pero la carne enferma sintió lo sumo del dolor del alma, con que llegó a su punto, donde no halló salida alguna en la causa de su tristeza. Sintió quebranto o deliquio en las fuerzas del cuerpo, que aunque no llegó a ser enfermedad determinada, con todo eso se le debilitaron las fuerzas y puso algo demacrado, y se le conocía en el rostro la profunda tristeza y melancolía que le afligía. Y como la padecía tan a solas sin buscar el alivio de comunicarla o desahogar por algún camino el aprieto de su corazón, como lo hacen ordinariamente los otros hombres, con esto venía a ser más grave y menos reparable naturalmente la tribulación que el Santo padecía.

389. No era menos dolor el que a María Santísima penetraba el corazón; pero aunque era grandísimo, era también

mayor el espacio de su dilatadísimo y generoso ánimo y con él disimulaba sus penas, pero no el cuidado que le daban las de San José su esposo; con que determinó asistirle más y cuidar de su salud y regalo. Pero como en la prudentísima Reina era inviolable ley el obrar todas las acciones en plenitud de sabiduría y perfección, callaba siempre la verdad del misterio que no tenía orden de manifestar, y aunque sola ella era la que pudiera aliviar a su esposo José por este camino, no lo hizo por respetar y guardar el sacramento del Rey celestial. Por sí misma hacía cuanto podía; le hablaba en su salud y le preguntaba qué deseaba hiciese ella para su servicio y alivio del achaque que tanto le desfallecía. Le rogaba tomase algún descanso y regalo, pues era justo acudir a la necesidad y reparar las fuerzas desfallecidas del cuerpo para trabajar después por el Señor. Atendía San José a todo lo que su esposa divina hacía, y ponderando consigo aquella virtud y discreción y sintiendo los efectos santos de su trato y presencia, dijo: “¿Es posible que mujer de tales costumbres y donde tanto se manifiesta la gracia del Señor, me ponga a mí en tal tribulación? ¿Cómo se compadece esta prudencia y santidad con las señales que veo de haber sido infiel a Dios, y a mí, que tan de corazón la amo? Si quiero despedirla o alejarme, pierdo su deseable compañía, todo mi consuelo, mi casa y mi quietud. ¿Qué bien hallaré como ella, si me retiro? ¿Qué consuelo, si me falta éste? Pero todo pesa menos que la deshonra de tan infeliz fortuna y que de mí se entienda he sido cómplice en algún delito. Ocultarse el suceso, no es posible, porque todo lo ha de manifestar el tiempo, aunque yo ahora lo disimule y calle. Hacerme yo autor de este embarazo, será mentira vil contra mi propia conciencia y reputación. Ni lo puedo reconocer por mío, ni atribuirlo a la causa que ignoro. Pues ¿qué haré en tal aprieto? El menor de mis males será ausentarme y dejar mi casa, antes que llegue el parto, en que me hallaré más confuso y afligido, sin saber qué consejo y determinación tomaré, viendo en mi casa hijo que no es mío.”

390. La Princesa del cielo, que con gran dolor miraba la determinación de su esposo San José en dejarla y ausentarse, se convirtió a los santos ángeles y custodios suyos, y les dijo: “Espíritus bienaventurados y ministros del supremo Rey que os levantó a la felicidad de que gozáis y por su dignación me acompañáis como fidelísimos siervos suyos y centinelas mías, yo os pido, amigos míos, que presentéis a su clemencia las aflicciones de mi esposo José. Pedid que le consuele y mire como verdadero Dios y Padre. Y vosotros, que prestamente obedecéis a sus palabras, oíd también mis ruegos; por el que siendo infinito se quiso encarnar en mis entrañas, os lo pido, ruego y suplico, que sin dilación acudáis al aprieto en que se halla el corazón fidelísimo de mi esposo, y aliviándole de sus penas le quitéis del ánimo y pensamiento la determinación que ha tomado de ausentarse.” Obedecieron a su Reina los ángeles que destinó para este fin y luego ocultamente enviaron al corazón de San José muchas inspiraciones santas, persuadiéndole de nuevo que su esposa María era santa y perfectísima, que no se podía creer de ella cosa indigna, que Dios era incomprendible en sus obras y ocultísimo en sus rectos juicios y que siempre era fidelísimo en los que confían en él, que a nadie desprecia ni desampara en la tribulación.

391. Con estas y otras inspiraciones santas se sosegaba un poco el turbado espíritu de San José, aunque no sabía por el orden que le venían; pero como el objeto de su tristeza no se mejoraba, luego volvía a ella sin hallar salida de cosa fija y cierta en que asegurarse, y volvió a renovar los intentos de ausentarse y dejar a su esposa. Conociendo esto la divina Señora, juzgó que ya era necesario prevenir este peligro y pedir al Señor con más instancia el remedio. Se convirtió toda a su Hijo santísimo que tenía en su vientre, y con íntimo afecto y fervor le dijo: ‘Señor y bien de mi alma, si me dais licencia, aunque soy polvo y ceniza, hablaré en vuestra presencia real y manifestaré mis gemidos que a vos no pueden esconderse. Justo es, Dueño mío, que yo no sea remisa en ayudar al esposo que me disteis de vuestra mano. Lo veo en la tribulación que está puesto, por vuestra providencia, y no será piedad dejarle en ella. Si hallo gracia en vuestros ojos (Ex 34,9), os suplico, Señor y Dios eterno, por el amor que os obligó a venir a las entrañas de vuestra esclava para remedio de los hombres, tengáis por bien de consolar a vuestro siervo José y disponerle para que ayude al cumplimiento de vuestras grandes obras. No estará bien vuestra esclava sin esposo que la ampare y patrocine y le sirva de resguardo. No permitáis, Dios y Señor mío, que ejecute su determinación y ausentándose me deje.’”

392. Respondió el Altísimo a esta petición: “Paloma y amiga mía, yo acudiré con presteza al consuelo de mi siervo José y, en declarándole yo por medio de mi ángel el sacramento que ignora, le podrás hablar en él con claridad todo lo que contigo he obrado, sin que para adelante guardes en esto más silencio. Yo le llenaré de mi espíritu y le haré capaz de lo que debe hacer en estos misterios. Y él te ayudará en ellos y te asistirá a todo lo que te sucediere.” Con esta promesa del Señor quedó María Santísima confortada y consolada, dando rendidas gracias al mismo Señor que con tan admirable orden disponía todas las cosas en medida y peso (Sab 11,21); porque a más del consuelo que tuvo la gran Señora, quedando sin aquel cuidado, conoció cuán conveniente era para su esposo José haber padecido aquella tribulación en que se probase y dilatase su espíritu para las cosas grandes que se habían de fiar de él.

393. Al mismo tiempo estaba San José confiriendo sus dudas consigo mismo, habiendo ya pasado dos meses en esta gran tribulación; y vencido de la dificultad, dijo: “Yo no hallo medio más oportuno a mi dolor que ausentarme. Mi esposa confieso que es perfectísima, y nada veo en ella que no la acredite por santa, pero al fin está preñada y no alcanzo este misterio. No quiero ofender su virtud con entregarla a la ejecución de la ley, pero tampoco puedo aguardar el suceso del embarazo. Partiré luego y me dejaré a la providencia del Señor que me gobierne.” Determinó partir aquella noche siguiente, y para la jornada previno un vestido que tenía con alguna ropa que mudarse, y todo lo juntó en un fardelillo. Había cobrado un poco de dinero que de su trabajo le debían y con esta recámara dispuso partir a media noche. Pero por la novedad del caso, y por la costumbre, habiéndose recogido con este intento, hizo oración al Señor, y le dijo: “Altísimo Dios eterno de nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob, verdadero y único amparo de los pobres y afligidos, manifiesto es a vuestra clemencia el dolor y aflicción de que mi corazón está poseído, y también, Señor, conocéis, aunque soy indigno, mi inocencia en la causa de mi pena y la infamia y peligro que me amenaza del estado de mi esposa. No la juzgo por adúltera, porque conozco en ella grandes virtudes y perfección, pero con certeza veo que está preñada. La causa y el modo del suceso yo lo ignoro, mas no le hallo salida en que quietarme. Determino por menor daño el alejarme de ella a donde nadie me conozca y entregado a vuestra providencia acabaré mi vida en un desierto. No me desamparéis, Señor mío y Dios eterno, porque sólo deseo vuestra mayor honra y servicio.”

394. Se postró en tierra San José haciendo voto de llevar al templo de Jerusalén a ofrecer parte de aquel poco dinero que tenía para su viaje; y esto era porque Dios amparase y defendiese a su esposa María de las calumnias de los hombres y la librase de todo mal. Tanta era la rectitud del varón de Dios y el aprecio que hacía de la divina Señora. Después de esta oración se recogió a dormir un poco, para salirse a media noche a excusa de su esposa; y en el sueño le sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. La gran Princesa del cielo, segura de la divina palabra, estaba desde su retiro mirando lo que San José hacía y disponía; que el Todopoderoso se lo mostraba. Y conociendo el voto que por ella había hecho y el fardillo y peculio tan pobre que había prevenido, llena de ternura y compasión, hizo nueva oración por él con hecho de gracias, alabando al Señor en sus obras y en el orden con que las dispone sobre todo el pensamiento de los hombres. Dio lugar Su Majestad para que entrambos, María Santísima y San José, llegasen al extremo del aprieto y dolor interior, para que, a más de los méritos que con este dilatado martirio acumulaban, fuese más admirable y estimable el beneficio de la consolación divina. Y aunque la gran Señora estaba constantísima en la fe y esperanza de que el Altísimo acudiría oportunamente el remedio de todo, y por esto callaba y no manifestaba el sacramento del Rey, que no le había mandado declarar, con todo eso la afligió muchísimo la determinación de San José; porque se le representaron los grandes inconvenientes de dejarla sola, sin arrimo y compañía que la amparase y consolase por el orden común y natural, pues no todo se había de buscar por orden milagroso y sobrenatural. Pero todos estos ahogos no fueron bastantes a que faltase a ejercitar virtudes tan excelentes como la de la magnanimidad, tolerando las aflicciones, sospechas y determinaciones de San José; la de la prudencia, mirando que el sacramento era grande y que no era bien por sí determinarse en descubrirle; la del silencio, callando como mujer fuerte, señalándose entre todas, sabiendo detenerse en no decir lo que tantas razones humanas había para hablar; la paciencia, sufriendo; y la humildad, dando lugar a las sospechas de San José. Y otras muchas virtudes ejercitó admirablemente en este trabajo, con que nos enseñó a esperar el remedio del Altísimo en las mayores tribulaciones.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

395. “Hija mía, la doctrina que te doy, con el ejemplar que has escrito de mi silencio, sea que le tengas por arancel para gobernarte en los favores y sacramentos del Señor, guardándolos en el secreto de tu pecho. Y aunque te parezca conveniente para el consuelo de alguna alma manifestarlos, este juicio no le debes hacer por ti sola, sin primero consultarlo con Dios y después con la obediencia; porque estas materias espirituales no se han de gobernar por afecto humano, donde obran tanto las pasiones o inclinaciones de la criatura, y con ellas hay grande peligro de que juzgue por conveniente lo que es pernicioso y por servicio de Dios lo que es ofensa suya; y el discernir entre los movimientos interiores, conociendo cuáles son divinos que nacen de la gracia, y cuáles humanos, engendrados de afectos desordenados, esto no se alcanza con los ojos de la carne y de la sangre. Y aunque distan mucho estos dos afectos y sus causas, con todo eso, si la criatura no está muy ilustrada y muerta a las pasiones, no puede conocer esta diferencia ni separar lo precioso de lo vil. Y este peligro es mayor cuando concurre o interviene algún motivo temporal y humano, porque entonces el amor propio y natural se suele introducir a dispensar y gobernar las cosas divinas y espirituales con repetidos y peligrosos precipicios.

396. “Sea, pues, documento general, que si no es a quien te gobierna, jamás sin orden mío declares cosa alguna. Y

pues yo me he constituido por tu maestra, no faltaré a darte orden y consejo en esto y en todo lo demás, para que no te desvíes de la voluntad de mi Hijo Santísimo. Pero advierte que hagas grande aprecio de los favores y beneficios del Altísimo. Trátalos con magnificencia (Ecl. 39,20), y prefiere su estimación, agradecimiento y ejecución a todas las cosas inferiores, y más a las que son de tu inclinación. A mí me obligó mucho al silencio el temor reverencial que tuve, juzgando como debía por tan estimable el tesoro que en mí estaba depositado. Y no obstante la obligación natural y el amor que tenía a mi señor y esposo San José y el dolor y compasión de sus aflicciones de que yo deseara sacarle, disimulé y callé, anteponiendo a todo el gusto del Señor y remitiéndole la causa que él reservaba para sí solo. Aprende también con esto a no disculparte jamás, aunque más inocente te halles, en lo que te imputan. Obliga al Señor, fiándolo de su amor. Pon por su cuenta tu crédito; y en el ínterin vence con paciencia, humildad y con obras y palabras blandas a quien te ofendiere. Sobre todo esto, te advierto que jamás de nadie juzgues mal, aunque veas a los ojos indicios que te muevan; que la caridad perfecta y sencilla te enseñará a dar salida prudente a todo y a deshacer las culpas ajenas. Y para esto puso Dios por ejemplo a mi esposo San José, pues nadie tuvo más indicios y ninguno fue más prudente en detener el juicio; porque en ley de caridad discreta y santa, prudencia es y no temeridad remitirse a causas superiores que no se alcanzan, antes que juzgar y culpar a los prójimos en lo que no es manifiesta culpa. No te doy aquí especial doctrina para los del estado del matrimonio, porque la tienen manifiesta en el discurso de mi vida; y de, ésta se pueden aprovechar todos, aunque ahora la enderezo a tu aprovechamiento, que deseo con especial amor. Óyeme, carísima, y ejecuta mis consejos y palabras de vida.”

CAPITULO 3

[Regresar al Principio](#)

Habla el ángel del Señor a San José en sueños y le declara el misterio de la Encarnación, y los efectos de esta embajada.

397. El dolor de los celos es tan vigilante despertador a quien los tiene, que repetidas veces, en lugar de despertarle, le desvela y le quita el reposo y sueño. Nadie padeció esta dolencia como San José, aunque en la verdad ninguno tuvo menos causa para ellos, si entonces la conociera. Era dotado de grande ciencia y luz para penetrar y ver la santidad y condiciones de su divina esposa, que eran inestimables. Y encontrándose en esta noticia las razones que le obligaban a dejar la posesión de tanto bien, era forzoso que *añadiendo ciencia* de lo que perdía, *añadiese el dolor* (Ecl. 1,18) de dejarlo. Por esta razón excedió el dolor de San José a todo lo que en esta materia han padecido los hombres, porque ninguno hizo mayor concepto de su pérdida, ni nadie pudo conocerla ni estimarla como él. Pero junto con esto hubo una gran diferencia entre los celos o recelos de este fiel siervo y los demás que suelen padecer este trabajo. Porque los celos añaden al vehemente y ferviente amor un gran cuidado de no perder y conservar lo que se ama, y a este afecto, por natural necesidad, se sigue el dolor de perderlo e imaginar que alguno se le puede quitar; y este dolor o dolencia es la que comúnmente llaman celos, y en los sujetos que tienen las pasiones desordenadas, por falta de prudencia y de otras virtudes, suele causar la pena y dolor efectos desiguales de ira, furor, envidia contra la misma persona amada, o contra el consorte que impide el retorno del amor, ahora sea malo bien ordenado; y se levantan las tempestades de imaginaciones y sospechas adelantadas, que las mismas pasiones engendran, de que se originan las veleidades de querer y aborrecer, de amar y arrepentirse, y la irascible y concupiscible andan en continua lucha, sin haber razón ni prudencia que las sujete e impere, porque este linaje de dolencia oscurece el entendimiento, pervierte la razón y arroja de sí a la prudencia.

398. Pero en San José no hubo estos desórdenes viciosos, ni pudo tenerlos, no sólo por su insigne santidad, sino por la de su esposa, porque en ella no conocía culpa que le indignase, ni hizo concepto el santo que tenía empleado su amor en otro alguno, contra quien o de quien tuviese envidia para repelerle con ira. Y sólo consintieron los celos de San José en la grandeza de su amor una duda o sospecha condicionada de que si su castísima esposa le había correspondido en el amor; porque no hallaba cómo vencer esta duda con la razón determinada como lo eran los indicios del recelo. Y no fue menester más certeza de su cuidado para que el dolor fuese tan vehemente, porque en prenda tan propia como la esposa justo es no admitir consorte, y para que las experiencias obrasen tal dolencia bastaba que el amor vehemente y casto del santo poseyera todo el corazón a vista del menor indicio de infidelidad y de perder el más perfecto, hermoso y agradable objeto de su entendimiento y voluntad. Que cuando el amor tiene tan justos motivos, grandes y eficaces son los lazos y coyundas que le detienen, fortísimas las prisiones, y más, no habiendo contrarios de imperfecciones que las rompan. Que nuestra Reina en lo divino, ni natural, no tenía cosa que moderase y templase el amor de su santo

esposo, sino que le fomentase por repetidos títulos y causas.

399. Con este dolor, que ya llegó a tristeza, se quedó un poco dormido San José después de la oración que arriba dije, seguro que se despertaría a su tiempo para salir de su casa a media noche, sin que a su parecer fuese sentido de su esposa. Estaba la divina Señora aguardando el remedio y solicitando con sus humildes peticiones el reparo, porque conocía que, llegando la tribulación de su turbado esposo a tal punto y a lo sumo del dolor, se acercaba el tiempo de la misericordia y del alivio de tan afligido corazón. Envió el Altísimo al santo arcángel Gabriel para que, estando San José durmiendo, le manifestase por divina revelación el misterio del embarazo de su esposa María. Y el ángel, cumpliendo esta legacía, fue a San José, y le habló en sueños, como dice San Mateo (Mt 1,20-23), y le declaró todo el misterio de la Encarnación y Redención en las palabras que el evangelista refiere. Alguna admiración puede hacer - y a mí me la ha motivado - por qué el Santo Arcángel habló a San José en sueños y no en vela, pues el misterio era tan alto y no fácil de entender, y más en la disposición del santo tan turbada y afligida, y a otros se les manifestó el mismo sacramento, no durmiendo, sino estando despiertos.

400. En estas obras del Señor la última razón es de su divina voluntad en todo justa, santa y perfecta; pero de lo que he conocido diré algunas cosas, como pudiere, para nuestra enseñanza. La primera razón es porque San José era tan prudente y lleno de divina luz y tenía tan alto concepto de María Santísima Señora nuestra, que no fue necesario persuadirle por medios más fuertes, para que se asegurase de su dignidad y de los misterios de la Encarnación; porque en los corazones dispuestos se logran bien las inspiraciones divinas. La segunda razón fue porque su turbación había comenzado por los sentidos, viendo el embarazo de su esposa, y fue justo que, si ellos dieron motivo al engaño o sospecha, fuesen como mortificados y privados de la visión angélica y de que por ellos entrase el desengaño de la verdad. La tercera razón es como consiguiente a ésta, porque San José, aunque no cometió culpa, padeció aquella turbación con que los sentidos quedaron como entorpecidos y poco idóneos para la vista y comunicación sensible del santo ángel; y así era conveniente que le hablase y diese la embajada en ocasión que los sentidos, escandalizados de antes, estuviesen entonces impedidos con la suspensión de sus operaciones; y después el santo varón, estando en ellos, se purificó y dispuso con muchos actos, como diré, para recibir el influjo del Espíritu Santo; que para todo impedía la turbación.

401. De estas razones se entenderá por qué Dios hablaba en sueños a los padres antiguos, más que ahora con los fieles hijos de la ley evangélica, donde es menos ordinario este modo de revelaciones en sueños y más frecuente hablar los ángeles con mayor manifestación y comunicación. La razón de esto es porque, según la divina disposición, el mayor impedimento y óbice que indisponen para que las almas no tengan muy familiar trato y comunicación con Dios y sus ángeles, son los pecados, aunque sean leves, y aun las imperfecciones de nuestras operaciones. Y después que el Verbo divino se humanó y trató con los hombres, se purificaron los sentidos y se purifican cada día nuestras potencias, quedando santificadas con el buen uso de los sacramentos sensibles, con que en algún modo se espiritualizan y elevan, se desentorpecen y habilitan en sus operaciones para la participación de las influencias divinas. Y este beneficio debemos más que los antiguos a la sangre de Cristo nuestro Señor, en cuya virtud somos santificados por los sacramentos, recibiendo en ellos efectos divinos de gracias especiales y en algunos el carácter espiritual que nos señala y dispone para más altos fines. Pero cuando el Señor hablaba o habla ahora alguna vez en sueños, excluye a las operaciones de los sentidos, como ineptas o indispuestas para entrar en las bodas espirituales de su comunicación e influjos espirituales.

402. Se colige también de esta doctrina, que para recibir el alma los favores ocultos del Señor no sólo se requiere que esté sin culpa y que tenga merecimientos y gracia, sino que tenga también quietud y tranquilidad de paz; porque si está turbada la república de las potencias, como en el Santo José, no está dispuesta para efectos tan divinos y delicados como los que recibe el alma con la vista del Señor y sus caricias. Y esto es tan ordinario, que por mucho que esté mereciendo la criatura con la tribulación y padeciendo aflicciones, cual estaba el esposo de la Reina, con todo eso, impide aquella alteración, porque en el padecer hay trabajo y conflicto con las tinieblas y el gozar es descansar en paz en la posesión de la luz, y no es compatible con ella estar a la vista de las tinieblas aunque sea para desterrarlas. Pero en medio del conflicto y pelea de las tentaciones, que es como en sueños o de noche, se suele sentir y percibir la voz del Señor por medio de los ángeles, como sucedió a nuestro Santo José, que oyó y entendió todo lo que decía ^(1b) San Gabriel, que no temiese estar con su esposa María, porque era obra del Espíritu Santo lo que tenía en su vientre, y pariría un hijo, a quien llamaría Jesús, y sería Salvador de su pueblo, y en todo este misterio se cumpliría la profecía de Isaías, que dijo ^(1s 7,14) cómo concebiría una Virgen y pariría un hijo que se llamaría Emmanuel, que significa Dios con

nosotros. No vio San José al ángel con especies imaginarias, sólo oyó la voz interior y en ella entendió el misterio. De las palabras que le dijo se colige que ya San José en su determinación había dejado a María Santísima, pues le mandó que sin temor la recibiese.

403. Despertó San José capaz del misterio revelado y que su esposa era Madre verdadera del mismo Dios. Y entre el mismo gozo de su dicha y no pensada suerte y el nuevo dolor de lo que había hecho, se postró en tierra y con otra humilde turbación, temeroso y alegre, hizo actos heroicos de humildad y reconocimiento. Dio gracias al Señor por el misterio que le había revelado y por haberle hecho Su Majestad esposo de la que escogió por Madre, no mereciendo ser esclavo suyo. Con este conocimiento y acciones de las virtudes, quedó sereno el espíritu de San José y dispuesto para recibir nuevos efectos del Espíritu Santo. Y con la duda y turbación pasada se asentaron en él los fundamentos muy profundos de la humildad, que había de tener a quien se fiaba la dispensación de los más altos consejos del Señor; y la memoria de este suceso fue un magisterio que le duró toda la vida. Hecha esta oración a Dios, comenzó el santo varón a reprenderse a sí mismo a solas, diciendo: “Oh esposa mía divina y mansísima paloma, escogida por el Muy Alto para morada y Madre suya, ¿cómo este indigno esclavo tuvo osadía para poner en duda tu fidelidad? ¿Cómo el polvo y ceniza dio lugar a que le sirviese la que es Reina del cielo y tierra y Señora de todo lo criado? ¿Cómo no he besado el suelo que tocaron tus plantas? ¿Cómo no he puesto todo el cuidado en servirte de rodillas? ¿Cómo levantaré mis ojos a tu presencia y me atreveré a estar en tu compañía y desplegar mis labios para hablarte? Señor y Dios eterno, dadme gracia y fuerzas para pedirla me perdone, y poned en su corazón que use de misericordia y no desprecie a este reconocido siervo, como lo merezco. ¡Ay de mí, que como estaba llena de luz y gracia, y en sí encierra el autor de la luz, le serían patentes todos mis pensamientos y, habiéndolos tenido de dejarla con efecto, atrevimiento será parecer delante sus ojos! Conozco mi grosero proceder y pesado engaño, pues a vista de tanta santidad admití indignos pensamientos y dudas de la fidelísima correspondencia que yo merecía. Y si en castigo mío permitiera vuestra justicia que yo ejecutara mi errada determinación, ¿cuál fuera ahora mi desdicha? Eternamente agradeceré, altísimo Señor, tan incomparable beneficio. Dadme, Rey poderosísimo, con qué volver alguna digna retribución. Iré a mi señora y esposa, confiado en la dulzura de su clemencia, y postrado a sus pies le pediré perdón, para que por ella, usted, mi Dios y Señor eterno, me miréis como Padre y perdonéis mi desacierto.”

404. Con esta mudanza salió el santo esposo de su pobre aposento, hallándose despierto tan diferente, como dichoso, de cual se había recogido al sueño. Y como la Reina del cielo estaba siempre retirada, no quiso despertarla de la dulzura de su contemplación, hasta que ella quisiese (Cant 2,7). En el ínterin deslió el varón de Dios el fardelillo que había prevenido, derramando abundantes lágrimas con afectos muy contrarios de los que antes había sentido y llorado. Y comenzando a reverenciar a su divina esposa, previno la casa, limpió el suelo que habían de hollar las sagradas plantas y preparó otras hacenduelas que solía remitir a la divina Señora cuando no conocía su dignidad, y determinó mudar de intento y estilo en el proceder con ella, aplicándose a sí mismo el oficio de siervo y a ella de señora. Y sobre esto desde aquel día tuvieron entre los dos admirables contiendas sobre quién había de servir y mostrarse más humilde. Todo lo que pasaba por San José estaba mirando la Reina de los cielos, sin escondérsele pensamiento ni movimiento alguno. Y cuando fue hora, llegó el santo al aposento de Su Alteza, que le aguardaba con la mansedumbre, gusto y agrado que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la divina Señora María Santísima.

405. “Hija mía, en lo que has entendido sobre este capítulo, tienes un dulce motivo de alabar al Señor, conociendo el orden admirable de su sabiduría en afligir y consolar (1 Sam 2,6) a sus siervos y escogidos; en lo uno y otro sapientísimo y piadosísimo para sacarlos de todo con mayores aumentos de merecimiento y gloria. Sobre esta advertencia quiero que tú recibas otra muy importante para tu gobierno y para el estrecho trato que quiere el Altísimo contigo. Esto es, que procures con toda atención conservarte siempre en tranquilidad y paz interior, sin admitir turbación que te la quite ni impida por ningún suceso de esta vida mortal, sirviéndote de ejemplo y doctrina lo que sucedió a mi esposo San José en la ocasión que has escrito. No quiere el Altísimo que con la tribulación se turbe la criatura, sino que merezca, no que desfallezca, sino que haga experiencias de lo que puede con la gracia. Y aunque los vientos fuertes de las tentaciones suelen arrojar al puerto de la mayor paz y conocimiento de Dios y de la misma turbación puede la criatura sacar su conocimiento y humillación, pero si no se reduce a la tranquilidad y sosiego interior, no está dispuesta para que la visite el Señor, la llame y levante a sus caricias; porque no viene Su Majestad en torbellino (3 Re 19,12), ni los rayos de aquel supremo sol de justicia se perciben, mientras no hay sereno en las almas.”

406. Y si la falta de este sosiego impide tanto para el trato íntimo del Altísimo, claro está que las culpas son mayor óbice para alcanzar este beneficio grande. En esta doctrina te quiero muy atenta y que no pienses tienes derecho para usar de tus potencias contra ella. Y pues tantas veces has ofendido al Señor, clama a su misericordia, llora y lávate ampliamente (Sal 50,4), y advierte que tienes obligación, pena de ser condenada por infiel, de guardar tu alma y conservarla para eterna morada del Todopoderoso, pura, limpia y serena, para que su Dueño la posea y dignamente habite en ella. El orden de tus potencias y sentidos ha de ser una armonía de instrumentos de música suavísima y delicada, y cuanto más lo son, tanto mayor es el peligro de destemplarse, y el cuidado ha de ser mayor, por esta razón, de guardarlos y conservarlos intactos de todo lo terreno; porque sólo el aire infecto de los objetos mundanos basta para destemplan, turbar e inficionar las potencias tan consagradas a Dios. Trabaja, pues, y vive cuidadosa contigo misma y ten imperio sobre tus potencias y sus operaciones. Y si alguna vez te destemplares, turbares o desconcertares en este orden, procura atender a la divina luz, recibéndola sin inmutación ni celos y obrando con ella lo más perfecto y puro. Y para esto te doy por ejemplo a mi santo esposo José, que sin tardanza ni sospecha dio crédito al santo ángel y luego con pronta obediencia ejercitó lo que le fue mandado; con que mereció ser levantado a grandes premios y dignidad. Y si tanto se humilló, sin haber pecado en lo que hizo, sólo por haberse turbado con tantos fundamentos, aunque aparentes, considera tú, que eres un pobre gusanillo, cuánto debes reconocerte y pegarte con el polvo, llorando tus negligencias y culpas, hasta que el Altísimo te mire como Padre y como Esposo.”

CAPITULO 4

[Regresar al Principio](#)

Pide San José perdón a María Santísima su esposa, y la divina Señora le consuela con gran prudencia.

407. Aguardaba el reconocido esposo José que María Santísima y esposa suya saliera del recogimiento, y cuando fue hora abrió la puerta del pobre aposento donde habitaba la Madre del Rey celestial y luego el santo esposo se arrojó a sus pies y con profunda humildad y veneración la dijo: “Señora y esposa mía, Madre verdadera del eterno Verbo, aquí está vuestro siervo postrado a los pies de vuestra clemencia. Por el mismo Dios y Señor vuestro, que tenéis en vuestro virginal vientre, os pido perdonéis mi atrevimiento. Seguro estoy, Señora, que ninguno de mis pensamientos es oculto a vuestra sabiduría y luz divina. Grande fue mi osadía en intentar dejaros y no ha sido menor la grosería con que hasta ahora os he tratado como a mi inferior, sin haberos servido como a Madre de mi Señor y Dios. Pero también sabéis que lo hice todo con ignorancia, porque no sabía el sacramento del Rey celestial y la grandeza de vuestra dignidad, aunque veneraba en vos otros dones del Altísimo. No atendáis, Señora mía, a las ignorancias de una vil criatura, que ya reconocida ofrece el corazón y la vida a vuestro obsequio y servicio. No me levantaré de vuestros pies, sin saber que estoy en vuestra gracia y perdonado de mi desorden, alcanzada vuestra benevolencia y bendición.”

408. Oyendo María Santísima las humildes razones de San José su esposo, sintió diversos efectos; porque con gran ternura se alegró en el Señor, de verle capaz de los misterios de la Encarnación, que los confesaba y veneraba con tan alta fe y humildad. Pero la afligió un poco la determinación, que vio en el mismo esposo, de tratarla para adelante con el respeto y rendimiento que ofrecía, porque con esta novedad se le representó a la humilde Señora que se le iba de las manos la ocasión de obedecer y humillarse como sierva de su esposo. Y como el que de repente se halla sin alguna joya o tesoro que grandemente estimaba, así María Santísima se contristó con aprehender que San José no la trataría como a inferior y sujeta en todo, por haberla conocido Madre del Señor. Levantó de sus pies al santo esposo y ella se puso a los suyos, y aunque procuró impedirla, no pudo, porque en humildad era invencible, y respondiendo a San José, dijo: “Yo, señor y esposo mío, soy la que debo pedir os me perdonéis, y vos quien ha de remitir las penas y amarguras que de mí habéis recibido, y así os lo suplico puesta a vuestros pies, y que olvidéis vuestros cuidados, pues el Altísimo admitió vuestros deseos y las aflicciones que en ellos padecisteis.”

409. Le pareció a la divina Señora consolar a su esposo, y para esto y no para disculparse, añadió y le dijo: “Del oculto sacramento que en mí tiene encerrado el brazo del Altísimo, no pudo mi deseo daros noticia alguna por sola mi inclinación, porque como esclava de Su Alteza era justo aguardar su voluntad perfecta y santa. No callé porque no os estimo como a mi señor y esposo; siempre soy y seré fiel sierva vuestra, correspondo a vuestros deseos y afectos santos. Pero lo que con lo íntimo de mi corazón os pido por el Señor que tengo en mis entrañas, es que en vuestra conversación y trato no mudéis el orden y estilo que hasta ahora. No me hizo el Señor Madre suya para ser servida y ser señora en esta vida, sino para ser de todos sierva y de vos esclava, obedeciendo a vuestra voluntad. Este es, señor,

mi oficio, y sin él viviré afligida y sin consuelo. Justo es que me le deis, pues así lo ordenó el Altísimo, dándome vuestro amparo y solicitud, para que yo a vuestra sombra esté segura y con vuestra ayuda pueda criar al fruto de mi vientre, a mi Dios y Señor.” Con estas razones y otras llenas de suavidad efficacísima consoló y sosegó María Santísima a San José y le levantó del suelo para conferir todo lo que era necesario. Y para esto, como la divina Señora no sólo estaba llena de Espíritu Santo, pero tenía consigo, como Madre, al Verbo divino de quien procede con el Padre, obró con especial modo en la ilustración de San José, y recibió el santo Gran plenitud de las divinas influencias. Y renovado todo en fervor y espíritu dijo:

410. “Bendita sois, Señora, entre todas las mujeres, dichosa y bienaventurada en todas las naciones y generaciones. Sea engrandecido con alabanza eterna el Criador de cielo y tierra, porque de lo supremo de su real trono os miró y eligió para su habitación y en vos sola nos cumplió las antiguas promesas que hizo a nuestros padres y profetas. Todas las generaciones le bendigan, porque con ninguna se magnificó tanto como lo hizo con vuestra humildad, y a mí, el más vil de los vivientes, por su divina dignación me eligió por vuestro siervo.” En estas bendiciones y palabras que habló San José estuvo ilustrado del Espíritu divino, al modo que Santa Isabel cuando respondió a la salutación de nuestra Reina y Señora, aunque la luz y ciencia que recibió el santísimo esposo fue admirable, como para su dignidad y ministerio convenía. Y la divina Señora, oyendo las palabras del bendito Santo, respondió también con el cántico de Magnificat, que repitiéndolo como lo había dicho a Santa Isabel, añadió otros nuevos, y en ellos fue toda inflamada y elevada en un éxtasis altísimo y levantada de la tierra en un globo de refulgente luz que la rodeaba, y toda quedó transformada como con dotes de gloria.

411. Con la vista de tan divino objeto quedó San José admirado y lleno de incomparable júbilo, porque nunca había visto a su benditísima esposa con semejante gloria y eminente excelencia. Y entonces la conoció con gran claridad y plenitud, porque se le manifestó juntamente la integridad y pureza de la Princesa del cielo y el misterio de su dignidad, y vio y conoció en su virginal tálamo a la humanidad santísima del niño Dios y la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo; y con profunda humildad y reverencia le adoró y reconoció por su verdadero Redentor y con heroicos actos de amor se ofreció a Su Majestad. Y el Señor le miró con benignidad y clemencia, cual a ninguna otra criatura, porque le aceptó y dio título de padre putativo, y para corresponder a tan nuevo renombre le dio tanta plenitud de ciencia y dones celestiales como la piedad cristiana puede y debe presumir. Y no me detengo en decir lo mucho que de las excelencias de San José se me ha declarado, porque sería menester me alargara más de lo que pide el intento de esta Historia.

412. Pero si fue argumento de la grandeza del ánimo del glorioso San José y claro indicio de su insigne santidad, no morir o desfallecer con los celos de su amada esposa, de mayor admiración es que no le oprimiese el inopinado gozo que recibió con lo que le sucedió en este desengaño. En lo primero se descubrió su santidad; pero en lo segundo recibió tales aumentos y dones del Señor, que si no le dilatara Dios el corazón ni los pudiera recibir, ni resistir el júbilo de su espíritu, En todo fue renovado y elevado, para tratar dignamente con la que era Madre del mismo Dios y esposa propia suya y para dispensar juntamente con ella lo que era necesario al misterio de la Encarnación y crianza del Verbo humanado, como adelante diré y para que en todo quedase más capaz y reconociese las obligaciones de servir a su divina esposa, se le dio también noticia que todos los dones y beneficios recibidos de la mano del Altísimo le habían venido por ella y para ella y los de antes de ser su esposo, por haberlo elegido el Señor para esta dignidad, y los que entonces le daban, por haberlos ella granjeado y merecido. Y conoció la incomparable prudencia con que la gran Señora había procedido con el mismo santo, no sólo en servirle con tan inviolable obediencia y profunda humildad, pero consolándole en su tribulación, solicitándole la gracia y asistencia del Espíritu Santo, disimulando con suma discreción, y después pacificándole, quietándole y disponiéndole para que estuviese apto y capaz de recibir las influencias del divino Espíritu. Y así como la Princesa del cielo había sido el instrumento de la santificación del Bautista y de su madre Santa Isabel, lo fue también para la plenitud de gracia que recibió San José con mayor abundancia. Y todo lo conoció y entendió el dichosísimo esposo y correspondió a todo como siervo fidelísimo y agradecido.

413. De estos grandes sacramentos y otros muchos que sucedieron a nuestra Reina y a su esposo San José, no hicieron memoria los sagrados evangelistas, no sólo porque ellos los guardaron en su pecho, sin que la humilde Señora ni San José a nadie los manifestasen, pero también porque no fue necesario introducir estas maravillas en la vida de Cristo nuestro Señor que escribieron, para que con su fe se defendiese la nueva Iglesia y ley de gracia; antes pudiera ser poco conveniente para la gentilidad en su primera conversión. Y la admirable Providencia con sus ocultos juicios, secretos

inescrutables, reservó estas cosas para sacar de sus tesoros las que son nuevas y son antiguas (Mt 13,52), en el tiempo más oportuno previsto con su divina sabiduría, cuando, fundada ya la Iglesia y asentada la Fe Católica, se hallasen los fieles necesitados de la intercesión, amparo y protección de su gran Reina y Señora. Y conociendo con nueva luz cuán amorosa madre y poderosa abogada tienen en los cielos con su Hijo Santísimo, a quien el Padre tiene dada la potestad de juzgar (Jn 5,22), acudiesen a ella por el remedio como a único refugio y sagrado de los pecadores. Si han llegado estos afligidos tiempos a la Iglesia, díganlo sus lágrimas y tribulaciones, pues nunca fueron mayores que cuando sus mismos hijos, criados a sus pechos, éstos la afligen, la destruyen y disipan los tesoros de la sangre de su Esposo, y esto con mayor crueldad que los más conjurados enemigos. Pues cuando clama la necesidad, cuando da voces la sangre de los hijos derramada y mucho mayores las de la sangre de nuestro pontífice Cristo conculcada y poluta con varios pretextos de justicia, ¿qué hacen los más fieles, los más católicos y constantes hijos de esta afligida Madre? ¿Cómo callan tanto? ¿Cómo no claman a María Santísima? ¿Cómo no la invocan y no la obligan? ¿Qué mucho que el remedio tarde, si nos detenemos en buscarle y en conocer a esta Señora por Madre verdadera del mismo Dios? Confieso se encierran magníficos misterios en esta ciudad de Dios (Sal 86,3) y con fe viva y confesión los predicamos. Son tantos, que su mayor noticia queda reservada para después de la general Resurrección y los santos los conocerán en el Altísimo. Pero en el ínterin atiendan los corazones píos y fieles a la dignación de esta su amantísima Reina y Señora en desplegar algunos de tantos y tan ocultos sacramentos por un vilísimo instrumento, que en su debilidad y encogimiento sólo pudiera alentarle el mandato y beneplácito de la Madre de piedad intimado repetidas veces.

Doctrina de la divina Reina y Señora nuestra.

414. “Hija mía, con el deseo que te manifiesto de que compongas tu vida por el espejo de la mía, y mis obras sean la norma inviolable de las tuyas, te declaro en esta Historia no sólo los sacramentos y misterios que escribes, pero otros muchos que no puedes declarar ni manifestar; porque todos han de quedar grabados en las tablas de tu corazón, y por eso renuevo en ti la memoria de la lección donde debes aprender la ciencia de la vida eterna, cumpliendo con el magisterio de maestra. Sé pronta en obedecer y ejecutar como obediente y solícita discípula, y te sirva ahora por ejemplo el humilde cuidado y desvelo de mi esposo San José, su sumisión y el aprecio que hizo de la divina luz y enseñanza, y cómo, por hallarle el corazón preparado y con buena disposición para cumplir con presteza la voluntad divina, le trocó y reformó todo con tanta plenitud de gracia, como le convenía para el ministerio a que el Altísimo le destinaba. Sea, pues, el conocimiento de tus culpas para humillarte con rendimiento, y no para que con pretexto de que eres indigna impidas el Señor en lo que de ti se quisiere servir.

415. “Pero en esta ocasión te quiero manifestar una justa queja y grave indignación del Altísimo con los mortales, para que la entiendas mejor con la divina luz a vista de la humildad y mansedumbre que yo tuve con mi esposo José. Esta queja del Señor y mía es por la inhumana perversidad que tienen los hombres en tratarse los unos a los otros sin caridad y humildad; en que concurren tres pecados que desobligan mucho al Altísimo y a mí para usar de misericordia con ellos. El primero es que, conociendo los hombres cómo todos son hijos de un Padre que está en los cielos, hechuras de su mano, formados de una misma naturaleza, alimentados graciosamente, vivificados con su providencia y criados a una mesa de los divinos misterios y sacramentos, en especial con su mismo cuerpo y sangre; que todo esto lo olviden y pospongan, atravesándose un liviano y terreno interés, y como hombres sin razón se turban, se indignan y llenan de discordias, de rencillas, de traiciones y murmuraciones y tal vez de impías e inhumanas venganzas y mortales odios de unos con otros. Lo segundo es que, cuando por la humana fragilidad y poca mortificación, turbados por la tentación del demonio, caigan en alguna culpa de éstas, no procuren luego arrojarla y reconciliarse entre sí mismos, como hermanos que están a la vista del justo juez, y le nieguen de padre misericordioso, solicitándole juez severo y rígido de sus pecados, pues ninguno más que los del odio y venganza irritan su justicia. Lo tercero, que mucho le indigna, es que tal vez cuando alguno quiere reconciliarse con su hermano, no lo admita el que se juzga por ofendido y pide más satisfacción de la que él mismo sabe que satisface al Señor, y aun de la que se quiere valer con Su Majestad; pues todos quieren que contritos y humillados los reciba, admita y perdone el mismo Dios, que fue más ofendido, y ellos, que son polvo y ceniza, piden la venganza de su hermano y no se dan por satisfechos con aquello que se contenta el supremo Señor para perdonarlos.

416. “De todos los pecados que cometen los hijos de la Iglesia, ninguno es más aborrecible que éstos en los ojos del Altísimo; y así lo conocerás en el mismo Dios y en la fuerza que puso en su divina ley, mandando perdonar al hermano, aunque peque contra él setecientas veces (Mt 18,22 (A.)); y aunque cada día sean muchas, como diga que le pesa de ello, manda el Señor que el hermano ofendido le perdone otras tantas veces sin número (Lc 17,3-4 (A.)). Y contra el que

no lo hiciere pone tan formidables penas, porque escandaliza a los demás, como se colige de decir el mismo Dios aquella amenaza: ¡Ay del que escandalizare, y por quien el escándalo viene y sucede! Mejor le fuera caer en el profundo del mar con una pesada muela de molino al cuello (Lc 17,1-2; Mt 18,6); que fue significar el peligro del remedio de estos pecados y su dificultad, como la tiene el que cayere en el mar con una rueda de molino al cuello, y también señala el castigo que tendrá en el profundo de las penas eternas; y por esto será sano consejo a los fieles que antes quieran sacarse los ojos (Lc 17,1-2; Mt 18,6) y cortarse las manos, pues así mandó mi Hijo Santísimo, que escandalizar a los pequeños con estos pecados.

417. “Oh hija mía carísima, ¡cuánto debes llorar con lágrimas de sangre la fealdad y los daños de este pecado! El que contrista al Espíritu Santo (Ef 4,30), el que da soberbios triunfos al demonio, el que hace monstruos de las criaturas racionales y les borra la imagen de su Padre celestial. ¡Qué cosa más fea, más impropia y monstruosa que ver a un hombre de tierra, que sólo tiene corrupción y gusanos, levantarse contra otro como él con tanta soberbia y arrogancia! No hallarás palabras con que ponderar esta maldad, para persuadir a los mortales que la teman y se guarden de la ira del Señor. Pero tú, carísima, guarda tu corazón de este contagio y estampa y graba en él doctrina tan útil y provechosa para ejecutarla. Y nunca juzgues que en ofender a los prójimos y escandalizarlos hay culpa pequeña, porque todas pesan mucho en la presencia de Dios. Enmudece y pon custodia (Sal 140,3) fuerte a todas tus potencias y sentidos para la observancia rigurosa de la caridad con las hechuras del Altísimo. Dame a mí este agrado, que te quiero perfectísima en tan excelente virtud y te la impongo como precepto riguroso mío, y que jamás pienses, hables ni obres cosa alguna en ofensa de tus prójimos, ni por algún título consientas que tus súbditas lo hagan, si pudieres, ni otro alguno en tu presencia. Y pondera, carísima, lo que te pido, porque ésta es la ciencia más divina y menos entendida de los mortales. Te sirva de único y eficaz remedio para tus pasiones, y de ejemplo que te compela, mi humildad, mansedumbre, efecto del amor sencillo con que amaba no sólo a mi esposo, mas a todos los hijos de mi Señor y Padre celestial, que los estimé y miré como redimidos y comprados con tan alto precio. Con verdad y fidelidad, fineza y caridad, advierte a tus religiosas de que, aunque se ofende gravemente la divina Majestad de todos los que no cumplen este mandamiento que mi Hijo llamó suyo y nuevo (Jn 13,34.15,12), sin comparación es mayor la indignación contra los religiosos, que habiendo de ser ellos los hijos perfectos de su Padre y Maestro de esta virtud, hay muchos que la destruyen como los mundanos, y son éstos más odiosos que ellos.”

CAPITULO 5

[Regresar al Principio](#)

Determina San José servir en todo con reverencia a María Santísima, y lo que Su Alteza hizo, y otras cosas del modo de proceder de entrambos.

418. Quedó el fidelísimo esposo José con tan alto y digno concepto de su esposa María Santísima, después que le fue revelada su dignidad y el sacramento de la Encarnación, que le mudó en nuevo hombre, aunque siempre había sido muy santo y perfecto; con que determinó proceder con la divina Señora con nuevo estilo y reverencia, como diré adelante. Era esto conforme a la sabiduría del santo y debido a la excelencia de su esposa, pues él era siervo y ella Señora del cielo y tierra, y así lo conoció San José con divina luz. Y para satisfacer a su afecto y obligación, honrando y venerando a la que conocía por Madre del mismo Dios, cuando a solas la hablaba o pasaba por delante de ella la hincaba la rodilla con grande reverencia, y no quería consentir que ella le sirviese, ni administrase, ni se ocupase en otros ministerios humildes, como eran limpiar la casa y los platos y otras cosas semejantes, porque todas quería hacerlas el felicísimo esposo, por no derogar a la dignidad de la Reina.

419. Pero la divina Señora, que entre los humildes fue humildísima y nadie la podía vencer en humildad, dispuso las cosas de manera que siempre quedase en sus manos la palma de todas las virtudes. Pidió a San José que no la diese aquella reverencia de hincar la rodilla en su presencia, porque aunque aquella veneración se le debía al Señor que traía en su vientre, pero que mientras estaba en él y no se manifestaba no se podía distinguir en aquella acción la persona de Cristo de la suya. Y por esta persuasión el santo se ajustó al gusto de la Reina del cielo y sólo cuando ella no lo percibía daba aquel culto al Señor que tenía en sus entrañas, y a ella como a Madre suya respectivamente, según a cada uno se le debía. Sobre ejercitar las demás acciones y obras serviles, tuvieron humildes contiendas, porque San José no se podía vencer en consentir que la gran Reina y Señora las hiciese, y por esto procuraba anticiparse. Lo mismo hacía la divina esposa, ganándole por la mano en cuanto podía. Pero como en el tiempo que ella estaba

recogida tenía lugar San José de prevenir muchas de estas obras serviles, le frustraba sus anhelos continuados de ser sierva y que como a tal le perteneciese obrar lo poco y mucho doméstico de su casa. Herida de estos afectos acudió la divina Señora a Dios con humildes querellas y le pidió que con efecto obligase a su esposo para que no la impidiese el ejercitar como deseaba la humildad. Y como esta virtud es tan poderosa en el tribunal divino y tiene franca entrada (Eclo 35,21), no hay súplica pequeña acompañada con ella, porque todas las hace grandes e inclina al ser inmutable de Dios a la clemencia. Oyó esta petición y dispuso que el santo ángel custodio del bendito esposo le hablase interiormente, y le dijese lo siguiente: “No frustres los deseos humildes de la que es superior a todas las criaturas del cielo y tierra. En lo exterior da lugar a que te sirva y en lo interior guárdale suma reverencia, y en todo tiempo y lugar da culto al Verbo humanado, cuya voluntad es, con su divina Madre, venir a servir y no a ser servidos (Mt 20,28), para enseñar al mundo la ciencia de la vida y la excelencia de la humildad. En algunas cosas de trabajo puedes aliviarla, y siempre en ella reverencia al Señor de todo lo criado.”

420. Con esta instrucción y mandato del Altísimo, dio lugar San José a los ejercicios humildes de la divina Princesa, y entrambos tuvieron ocasión de ofrecer a Dios sacrificio acepto de su voluntad:

María Santísima, logrando siempre su profundísima humildad y obediencia a su esposo en todos los actos de estas virtudes, que con heroica perfección obraba sin omitir alguno que pudiese hacer; y San José, obedeciendo al Altísimo con prudente y santa confusión, que le ocasionaba verse administrado y servido de la que reconocía por Señora suya y de todo lo criado y Madre del mismo Dios y Criador. Y con este motivo recompensaba el prudente santo la humildad que no podía ejercitar en otros actos que remitía a su esposa, porque esto le humillaba más y le obligaba a abatirse en su estimación con mayor temor reverencial, y con él miraba a María Santísima, y en ella al Señor que portaba en su virginal tálamo, donde le adoraba, dándole magnificencia y gloria. Y algunas veces en premio de su santidad y reverencia, o para mayor motivo de todo, se le manifestaba el niño Dios humanado por admirable modo, y le miraba en el vientre de su Madre purísima como por un viril cristalino. Y la soberana Reina trataba y confería más familiarmente con el glorioso Santo José los misterios de la Encarnación, porque no se recelaba tanto de estas divinas pláticas después que el dichosísimo santo fue ilustrado e informado de los magníficos sacramentos de la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana en el virgíneo tálamo de su esposa.

421. Las conversaciones y pláticas celestiales que tenían María Santísima y el bienaventurado San José, ninguna lengua humana es capaz de manifestarlas. Diré algo en los capítulos siguientes, como supiere. Pero ¿quién podrá declarar los efectos que hacía en el felicísimo y devoto corazón de este santo, verse no sólo esposo de la que era Madre verdadera de su Criador, pero hallarse también servido de ella, como si fuera una humilde esclava, y considerándola en grado de santidad y dignidad sobre todos los supremos serafines y sola a Dios inferior? Y si la divina diestra enriqueció con bendiciones la casa y la persona de Obededón por haber hospedado algunos meses la figurativa arca del Antiguo Testamento (2 Sam 6,11 (A.)), ¿qué bendiciones daría a San José, de quien había hecho confianza del arca verdadera y del mismo Legislador que se encerraba en ella? Incomparable fue la dicha y fidelidad de este santo. Y no sólo porque en su casa tenía el Arca del Nuevo Testamento viva y verdadera, el altar, sacrificio y templo, que todo se le entregó, mas porque le tuvo dignamente como fiel siervo y prudente fue constituido por el mismo Señor sobre su familia, para que a todo acudiese en oportuno tiempo (Mt 24,45), como dispensador fidelísimo. Todas las naciones y generaciones le conozcan y bendigan, le prediquen sus alabanzas, pues no hizo el Altísimo con ninguna otra (Sal 147,20) lo que con San José. Yo, indigna y pobre gusanillo, en la luz de tan venerables sacramentos engrandezco y magnifico a este Señor Dios, confesándole por santo, justo, misericordioso, sabio y admirable en la disposición de todas sus grandes obras.

422. La humilde pero dichosa casa de José estaba distribuida en tres aposentos, en que casi toda ella se resolvía, para la ordinaria habitación de los dos esposos; porque no tuvieron criado ni criada alguna. En un aposento dormía San José, en otro trabajaba y tenía los instrumentos de su oficio de carpintero, en el tercero asistía de ordinario y dormía la Reina de los cielos, y en él tenía para esto una tarima hecha por mano de San José; y este orden guardaron desde el principio que se desposaron y vinieron a su casa. Antes de saber el santo esposo la dignidad de su soberana esposa y Señora, iba muy raras veces a verla, porque mientras no salía de su retiro, acudía él a sus labores, si no era en algún negocio que era muy necesario consultarla. Pero después que fue informado de la causa de su felicidad, estaba el santo varón más cuidadoso y, por renovar su consuelo, acudía muy de ordinario al retrete de la soberana Señora, para visitarla y saber qué le mandaba. Pero llegaba siempre con extremada humildad y reverencial temor, y antes de hablarla reconocía con silencio la ocupación que tenía la divina Reina; y muchas veces la veía en éxtasis elevada de la

tierra y llena de refulgentísima luz, otras acompañada de sus santos ángeles en divinos coloquios con ellos, otras la hallaba postrada en tierra en forma de cruz y hablando con el Señor. De todos estos favores fue participante el felicísimo esposo José. Pero cuando la gran Señora estaba en esta disposición y ocupaciones, no se atrevía más que a mirarla con profunda reverencia, y merecía tal vez oír suavísima armonía de la música celestial que los ángeles daban a su Reina y una fragancia admirable que le confortaba, y todo lo llenaba de júbilo y alegría espiritual.

423. Vivían solos en su casa los dos santos esposos, porque no tenían criado alguno, como he dicho (Cf. supra n.422), no sólo por su profunda humildad, mas también fue conveniente, porque no hubiese testigos de tantas visibles maravillas como sucedían entre ellos, de que no debían participar los de fuera. Tampoco la Princesa del cielo salía de su casa, si no es con urgentísima causa del servicio de Dios y beneficio de los prójimos; porque si otra cosa era necesaria, acudía a traerla aquella dichosa mujer su vecina, que dije (Cf. supra n.227) sirvió a San José mientras María Santísima estuvo en casa de Zacarías; y de estos servicios recibió tan buen retorno, que no sólo ella fue santa y perfecta, pero toda su casa y familia fue bien afortunada con el amparo de la Reina y Señora del mundo, que cuidó mucho de esta mujer, y por estar vecina la acudió a curar en algunas enfermedades, y al fin a ella y a todos sus familiares los llenó de bendiciones del cielo.

424. Nunca San José vio dormir a la divina esposa, ni supo con experiencia si dormía, aunque se lo suplicaba el santo para que tomase algún alivio, y más en el tiempo de su sagrado embarazo. El descanso de la Princesa era la tarima que dije arriba (Cf. supra n.422), hecha por mano del mismo San José, y en ella tenía dos mantas entre las cuales se recogía para tomar algún breve y santo sueño. Su vestido interior era una túnica o camisa de tela como algodón, más suave que el paño común y ordinario. Y esta túnica jamás se la mudó después que salió del templo, ni se envejeció, ni manchó, ni la vio persona alguna, ni San José supo si la traía, porque sólo vio el vestido exterior que a todos los demás era manifiesto. Este vestido era de color de ceniza, como he dicho (Cf. supra p.I n. 401), y sólo éste y las tocas mudaba alguna vez la gran Señora del cielo, no porque estuviese nada manchado, antes porque siendo visible a todos excusase la advertencia de verle siempre en un estado. Porque ninguna cosa de las que llevaba en su purísimo y virginal cuerpo, se manchó ni ensució, porque ni sudaba, ni tenía las pensiones que en esto padecen los cuerpos sujetos a pecado de los hijos de Adán, antes era en todo purísima, y las labores de sus manos eran con sumo aliño y limpieza, y con el mismo administraba la ropa y lo demás necesario a San José. La comida era poquísima y limitada, pero cada día, y con el mismo santo, y nunca comió carne, aunque él la comiese y ella la aderezase. Su sustento era fruta, pescado, y lo ordinario pan y yerbas cocidas, pero de todo tomaba en medida y peso, sólo aquello que pedía precisamente el alimento de la naturaleza y el calor natural, sin que sobrase cosa alguna que pasase a exceso y corrupción dañosa; y lo mismo era de la bebida, aunque de los actos fervorosos le redundaba algún ardor preternatural. Este orden de la comida, en la cantidad siempre le guardó respectivamente, aunque en la calidad, con los varios sucesos de su vida santísima, se mudó y varió, como diré adelante (Cf. infra n.1038, 1109, etc.).

425. En todo fue María purísima de consumada perfección, sin que le faltase gracia alguna y todas con el lleno de consumada perfección en lo natural y sobrenatural. Sólo a mis palabras les falta para explicarlo, porque jamás me satisfacen, viendo cuán atrás quedan de lo que conozco; cuánto más de lo que en sí mismo contiene tan soberano objeto. Siempre me recelo de mi insuficiencia y me quejo de mis limitados términos y coartadas razones. Temo de que soy más atrevida de lo que debo, prosiguiendo lo que tanto excede a mis fuerzas, pero las de la obediencia me llevan no sé con qué fuerza suave, que compele mi encogimiento y violenta el retiro, que me motiva mirar a buena luz la grandeza de la obra y la pequeñez de mi discurso. Por la obediencia obro, y por ella me salen al encuentro tantos bienes; ella saldrá a disculparme.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

426. “Hija mía, en la escuela de la humildad te quiero estudiosa y diligente, como te enseñará todo el proceso de mi vida; y éste ha de ser el primero y el último de tus cuidados, si quieres prevenirte para los dulces abrazos del Señor y asegurar sus favores y gozar de los tesoros de la luz ocultos a los soberbios (Mt 11,25), porque sin el fiador abonado de la humildad, a ninguna criatura se le pueden fiar tales riquezas. Todas tus competencias quiero que sean por humillarte más y más en tu reputación y estimación, y en las acciones exteriores sintiendo lo que obras, para que obres lo que sintieres de ti. Doctrina y confusión ha de ser para ti y para todas las almas, que tienen al Señor por Padre y Esposo, ver que pueda más la presunción y soberbia con los hijos de la sabiduría mundana, que no la humildad y conocimiento verdadero con los hijos de la luz. Advierte en el desvelo, en el estudio y solicitud infatigable de los

hombres altivos y arrogantes. Mira sus competencias por valer en el mundo, sus pretensiones nunca satisfechas, aunque vanas, cómo obran conforme a lo que engañosamente de sí mismos presumen, cómo presumen lo que no son y con no serlo o por no serlo lo obran, para granjear los bienes que aunque terrenos no los merecen. Pues será confusión y afrenta para los escogidos, que pueda más con los hijos de perdición el engaño que en ellos la verdad, y que sean tan contados en el mundo los que quieren competir en el servicio de Dios y su Criador con los que sirven a la vanidad, que sean todos los llamados y pocos los escogidos (Mt 20,16).

427. “Procura, pues, hija mía, ganar esta ciencia, y en ella la palma a los hijos de las tinieblas; y en contraposición de su soberbia atiende a lo que yo hice para vencerla en el mundo con estudio de la humildad. En esto te queremos el Señor y yo muy sabia y capaz. Nunca pierdas ocasión de hacer las obras humildes, ni consientas que nadie te las estorbe, y si te faltaren ocasiones de humillarte o no las tuvieres tan frecuentes, búscalas y pídelas a Dios que te las dé, porque gusta Su Majestad de ver esta solicitud y competencia en lo que tanto desea. Y sólo por este beneplácito debías ser muy oficiosa y solícita, como hija de su casa, doméstica y esposa suya; que también para esto te enseñará la ambición humana a no ser negligente. Atiende lo que se afana una mujer en su casa y familia por acrecentar y adelantar su hacienda: no pierden ocasión en que lograrla, nada les parece mucho y si alguna cosa, por menuda que sea, se les pierde, el corazón se les va tras ella (Lc 15,8). Todo esto enseña la codicia humana y no es razón que sea más estéril la sabiduría del cielo, por negligencia de quien la recibe. Y así quiero no se halle en ti descuido ni olvido en lo que tanto te importa, ni pierdas ocasión en que puedas humillarte y trabajar por la gloria de tu Señor; pero que las procures y solicites y todas como fidelísima hija y esposa las logres, para que halles gracia en los ojos del Señor y en los míos, como lo deseas.”

CAPITULO 6

[Regresar al Principio](#)

Algunas conferencias y pláticas de María Santísima y José en cosas divinas, y otros sucesos admirables.

428. Antes que San José tuviera noticia del misterio de la Encarnación, solía la Princesa del cielo leerle en algunos ratos oportunos las divinas Escrituras, en especial los Salmos y otros profetas, y como sapientísima Maestra se las explicaba, y el santo esposo, que también era capaz de esta sabiduría, le preguntaba muchas cosas, admirándose y consolándose con las respuestas divinas que su esposa le daba; con que alternativamente bendecían y alababan al Señor. Pero después que el santo bendito fue ilustrado con la noticia de este gran sacramento, hablaba con él nuestra Reina como con quien era elegido para coadjutor de las obras admirables de nuestra reparación, y con mayor claridad y despliego conferían todas las profecías y divinos oráculos de la concepción del Verbo por Madre Virgen, de su nacimiento, educación y vida santísima. Y todo lo explicaba Su Alteza previniendo y confirmando lo que debían hacer cuando llegase el día tan deseado en que el niño naciese al mundo y ella le tuviese en sus brazos y alimentase con su virginal leche y el santo esposo participase de esta suma felicidad entre todos los mortales. Sólo de la muerte y pasión, y de lo que sobre esto escribieron Isaías y Jeremías, hablaba menos, porque no le pareció a la prudentísima Reina afligir a su esposo, que era de corazón blando y sencillo, con anticipar esta memoria, ni informarle más de lo que él podía saber por las conferencias que entre los antiguos pasaban sobre la venida del Mesías, y cómo había de ser. Y también quiso aguardar la prudentísima Virgen que el Señor lo manifestase a su siervo, o ella conociese su divina voluntad.

429. Pero con estas dulces pláticas y conferencias era todo inflamado el fidelísimo y dichoso esposo, y con lágrimas de júbilo decía a su divina esposa: “¿Es posible, Señora mía, que en vuestros brazos castísimos he de ver a mi Dios y Reparador? ¿Que le adoraré en ellos, le oiré y tocaré, y mis ojos verán su divino rostro, y será el sudor del mío tan bien afortunado que se ha de emplear en su servicio y sustento, que vivirá con nosotros y comeremos a su mesa, le hablaremos y conversaremos? ¿De dónde a mí tan grande dicha que nadie la pudo merecer? ¡OH, cómo me duele ser tan pobre! ¡Quién tuviera ricos palacios para recibirle y muchos tesoros que ofrecerle!” Le respondía la soberana Reina: “Señor y esposo mío, razón es que vuestro afecto cuidadoso se extienda a todo lo posible en obsequio de su Criador, pero no quiere este gran Dios y Señor nuestro venir al mundo por medio de las riquezas y majestad temporal y ostentosa, porque de ninguna de estas cosas necesita, ni por ellas bajara de los cielos a la tierra. Sólo viene a remediar al mundo y encaminara los hombres por las sendas rectas de la vida eterna, y esto ha de ser por medio de la humildad y pobreza, y en ella quiere nacer, vivir y morir, para desterrar de los corazones mortales la pesada codicia y arrogancia

que les impide su felicidad. Por esto escogió nuestra pobre y humilde casa, y no nos quiere ricos de los bienes aparentes, falaces y transitorios, que son vanidad de vanidades y aflicción de espíritu (CLH 1,1.15), oprimen, oscurecen el entendimiento para conocer y penetrar la luz.”

430. Otras veces la pedía el santo a la purísima Señora que le enseñase la condición y ser de las virtudes, en especial del amor de Dios, para saber cómo había de proceder con el Altísimo humanado y para no ser reprobado por siervo inútil e incapaz de servirle. Con estas peticiones condescendía la Reina y Maestra de las virtudes y se las declaraba a su esposo y el modo de obrar en ellas con toda plenitud de perfección. Pero en todos estos documentos procedía con tan rara discreción y humildad, que no pareciese maestra, aunque lo era, ni de su mismo esposo, antes lo disponía en orden de conferencias, o hablando con el Señor, y otras veces preguntando ella a San José e informándole con las mismas preguntas; y en todo dejaba siempre en salvo su profundísima humildad, sin que se hallara ni un ademán en contrario en la prudentísima Señora. Estas pláticas algunas veces, y otras la lección de las Escrituras Santas, mezclaban con el trabajo corporal, cuando era forzoso acudir a él. Y aunque pudiera aliviar a San José la compasión de la amabilísima Señora, que con rara discreción se la mostraba de verle trabajado y cansado, pero a este alivio añadía la doctrina celestial, con cuya atención el santo dichoso trabajaba más con las virtudes que con las manos. Y la mansísima paloma, con prudencia de Virgen sapientísima, le asistía con este divino alimento, declarándole el fruto dichosísimo de los trabajos. Y como en su estimación se juzgaba indigna de que su esposo la sustentase con ellos, con esta consideración estaba siempre humillada, como deudora de aquel sudor de San José y recibéndolo como una gran limosna y liberal favor. Todas estas razones la obligaban, como si fuera la criatura más inútil de la tierra. Y aunque no podía ayudar al santo esposo en el trabajo de su oficio, porque no era para las fuerzas de mujeres, y mucho menos para la modestia y compostura de la divina Reina, pero con todo eso, en lo que se ajustaba con ella le servía como una humilde criada, ni era posible que su discreta humildad y agradecimiento que a San José tenía sufriese menor correspondencia de su pecho nobilísimo.

431. Entre otras cosas visibles milagrosas que fueron manifiestas a San José con las pláticas de María Santísima, sucedió un día por estos tiempos de su embarazo que vinieron muchas aves de diferente género a festejar a la Reina y Señora de las criaturas, y rodeándola como quien le hacía un coro, le cantaron con admirable armonía, como solían otras veces: y siempre eran cánticos milagrosos, como el venir a visitar a la divina Señora. Nunca San José había visto hasta aquel día esta maravilla, y lleno de admiración y júbilo dijo a su soberana esposa: “¿Es posible, Señora mía, que han de cumplir las avecillas simples y las criaturas sin razón con sus obligaciones mejor que yo? Razón será que si ellas os reconocen, sirven y reverencian en lo que pueden, me deis lugar a mí para que yo cumpla con lo que debo de justicia” Le respondió la prudentísima Virgen: “Señor mío, en lo que hacen estas avecillas del cielo nos ofrece su Autor un eficaz motivo para que nosotros, que le conocemos, hagamos digno empleo de todas nuestras fuerzas y potencias en su alabanza, como ellas le vienen a reconocer en mi vientre; pero yo soy criatura, y por eso no se me debe a mí la veneración, ni es razón yo la admita, pero debe procurar que todos alaben al Muy Alto, porque miró a su sierva (Lc 1,48) y me enriqueció con los tesoros de su divinidad.”

432. Sucedió también no pocas veces que la divina Señora y su esposo San José se hallaban pobres y destituidos del socorro necesario para la vida, porque con los pobres eran liberalísimos de lo que tenían, y nunca eran solícitos (Mt 6,25), como los hijos de este siglo, en prevenir la comida y el vestido con las diligencias anticipadas de la desconfiada codicia; y el Señor disponía para que la fe y la paciencia de su Madre Santísima y de San José no estuviesen ociosas, y porque estas necesidades eran para la divina Señora de incomparable consuelo, no sólo por el amor de la pobreza, sino también por su prodigiosa humildad, con que se juzgaba por indigna del sustento necesario para vivir y le parecía justísimo que sola a ella le faltase como a quien no lo merecía. Y con esta confesión bendecía al Señor en su pobreza, y sólo para su esposo San José, que le reputaba por digno, como santo y justo, pedía al Altísimo le diese en la necesidad el socorro que de su mano esperaba. No se olvidaba el Todopoderoso de sus pobres hasta el fin (Sal 73,19), porque dando lugar al merecimiento y ejercicio, daba también el alimento en el tiempo más oportuno (Sal 144,15). Y esto disponía su providencia divina por varios modos. Algunas veces movía el corazón de sus vecinos y conocidos de María Santísima y el glorioso San José, para que los acudiesen con alguna dádiva graciosa o debida. Otras, y más de ordinario, los socorría Santa Isabel desde su casa; porque después que estuvo en ella la Reina del cielo quedó la devotísima matrona con este cuidado de acudirles a tiempos con algunos beneficios y dones, a que la correspondía siempre la humilde Princesa con alguna obra o labor de sus manos. Y en ocasiones oportunas se valía también, para mayor gloria del Altísimo, de la potestad que como Señora de las criaturas tenía sobre ellas, y mandaba a las aves del aire que le trajesen peces del mar o frutas del campo, y lo ejecutaban al punto, y tal vez le traían algún pan en los

picos, de donde el Señor lo disponía. Y muchas veces era testigo de todo esto el santo y dichoso esposo.

433. Por ministerio de los santos ángeles eran socorridos también en algunas ocasiones por admirable modo. Y para referir uno de los muchos milagros que con ellos sucedieron a María Santísima y José, se ha de suponer que la grandeza del ánimo y la fe y liberalidad del santo eran tan grandes, que nunca pudo entrar en su afecto, ni además de codicia, ni solicitud alguna. Y aunque trabajaba de sus manos, y también la divina esposa, jamás pedían precio por la obra, ni decían: esto vale o me habéis de dar; porque hacían las obras no por interés, sino por obediencia o caridad de quien las pedía y dejaban en su mano que les diese algún retorno, recibéndolo no tanto por precio y paga como por limosna graciosa. Esta era la santidad y perfección que desprendía San José en la escuela del cielo que tenía en su casa. Y por esta orden tal vez, porque no les recompensaban su trabajo, venían a estar necesitados y faltarles la comida a su tiempo, hasta que el Señor la proveía. Un día sucedió que pasada la hora ordinaria se hallaron sin tener cosa alguna que comer; y para dar gracias al Señor por este trabajo y esperar que abriese su poderosa mano (Ib. 16), se estuvieron en oración hasta muy tarde, y en el ínterin los santos ángeles les previnieron la comida y les pusieron la mesa, y en ella algunas frutas y pan blanquísimo y peces, y sobre todo un género de guisado o conserva de admirable suavidad y virtud. Y luego fueron algunos de los ángeles a llamar a su Reina, y otros a San José su esposo. Salieron de sus retiros, y reconociendo el beneficio del cielo, con lágrimas y fervor dieron gracias al Muy Alto, y comieron; y después hicieron grandiosos cánticos de alabanza.

434. Otros muchos sucesos semejantes a éstos les pasaban muy de ordinario a María Santísima y a su esposo; que como estaban solos, sin testigos de quien ocultar estas maravillas, no las recateaba el Señor con ellos, que eran los dispenseros de la mayor de las maravillas de su brazo poderoso. Sólo advierto que cuando digo cómo hacía la divina Señora cánticos de alabanza o por sí sola o junto con San José y los ángeles, siempre se entienda eran cánticos nuevos; como el que hizo Ana, la madre de Samuel (1 Sam 2,1ss), y el de Moisés (Dt 32,1ss.; Ex 15,1ss), Ezequías (Is 38,10ss) y otros profetas, cuando recibían algún beneficio grande de la mano del Señor. Y si hubieran quedado escritos los que hizo y compuso la Reina del cielo, se pudiera hacer un grande volumen y de incomparable admiración para el mundo.

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora nuestra.

435. “Hija mía muy amada, quiero que muchas veces sea renovada en ti la ciencia del Señor y que tenga ciencia de VOZ (Sab 1,7) en ti, para que conozcas y conozcan los mortales el peligroso engaño y perverso juicio que hacen, como amadores de la mentira (Sal 4,3), en las cosas temporales y visibles. ¿Quién hay de los hombres que no esté comprendido en la fascinación de la desmedida codicia (Sab 4,12)? Todos comúnmente ponen su confianza en el oro y en los bienes temporales, y para acrecentarlos emplean todo el cuidado en las fuerzas humanas; con que en este afán ocupan la vida y tiempo que les fue dado para merecer la felicidad y descanso eterno. Y de tal manera se entregan a este penoso laberinto y desvelo, como si no conocieran a Dios ni su providencia, porque no se acuerdan de pedirle lo que desean, ni tampoco lo apetecen de manera que lo pidan y lo esperen de su mano. Y así lo pierden todo, porque lo fían de la solicitud de la mentira y del engaño, en que libran el efecto de sus deseos terrenos. Esta ciega codicia es raíz de todos los males (1 Tim 6,10), porque en castigo suyo, indignado el Señor de tanta perversidad, deja a los mortales que se entreguen a tan fea y servil esclavitud y se endurezcan las voluntades. Y luego por mayor castigo aparta el Altísimo de ellos su vista, como de objetos aborrecibles, y les niega su paternal protección, que es la última desdicha en la vida humana.

436. “Y aunque es verdad que de los ojos del Señor nadie se puede esconder (Sal 138,7ss), pero cuando los prevaricadores y enemigos de su ley le desobligan, de tal manera aleja de ellos su amorosa vista y atención de su providencia, que vienen a quedar en manos de su propio deseo (Sal 80,13) y no consiguen ni alcanzan los efectos del paternal cuidado que tiene el Señor de aquellos que ponen toda su confianza en él. Los que la ponen en su propia solicitud y en el oro que tocan y sienten, cogen el efecto de aquello que esperaban. Pero lo que dista el ser divino y su poder infinito de la vileza y limitación de los mortales, tanto distan los efectos de la humana codicia de los de la providencia del Altísimo, que se constituye por amparo y protección de los humildes que fían en él; porque a éstos mira Su Majestad con amor y caricia, se regala con ellos, los pone en su pecho y atiende a todos sus deseos y cuidados. Pobres éramos mi santo esposo José y yo, y padecimos a tiempos grandes necesidades, pero ninguna fue poderosa para que en nuestro corazón entrase el contagio de la avaricia ni codicia. Sólo cuidábamos de la gloria del Altísimo, dejándonos a su fidelísimo y amoroso cuidado; y de esto se obligó tanto, como has entendido y escrito, pues por tan diversos modos remediaba nuestra pobreza, hasta mandar a los espíritus angélicos que le asisten nos proveyesen y preparasen la comida.

437. “No quiero decir en esto que los mortales se dejen con ociosidad y negligencia, antes es justo que trabajen todos, y en no hacerlo hay también su vicio muy reprehensible. Pero ni el ocio ni el cuidado han de ser desordenados, ni la criatura ha de poner su confianza en su propia solicitud, ni ésta ha de ahogar ni impedir el amor divino, ni ha de querer más de lo que basta para pasar la vida con templanza, ni se ha de persuadir que para conseguirlo le faltará la providencia de su Criador, ni cuando le pareciere a la criatura que tarde se ha de afligir ni desconfiar. Ni tampoco el que tiene abundancia ha de esperar en ella (Eclo 31,8), ni entregarse al ocio para olvidarse que es hombre sujeto a la pena del trabajar. Y así la abundancia como la pobreza se han de atribuir a Dios, para usar de ellas santa y ordenadamente en gloria del Criador y gobernador de todo. Si los hombres se gobernasen con esta ciencia, a nadie faltaría la asistencia del Señor, como de Padre verdadero, y no fuera de escándalo al pobre la necesidad, ni al rico la prosperidad. De ti, hija mía, quiero la ejecución de esta doctrina; y aunque en ti la doy a todos, especialmente la has de enseñar a tus súbditas, para que no se turben ni desconfíen por las necesidades que padecieren, ni sean desordenadamente solícitas de la comida y vestido (Mt 6,25), sino que confíen del Muy Alto y se dejen a su providencia; porque si ellas le corresponden en el amor, yo las aseguro que jamás les faltará lo que hubieren menester. También las amonesto a que siempre sean sus conversaciones (1 Pe 1,15) y pláticas en cosas divinas y santas y en alabanza y gloria del Señor, según la doctrina de sus maestros y Escrituras y santos libros, para que su conversación sea en los cielos (Flp 3,20) con el Altísimo, y conmigo que soy su madre y prelada, y con los espíritus angélicos, para que sean como ellos en el amor.”

CAPITULO 7

[Regresar al Principio](#)

Previene María Santísima las mantillas y fajos para el niño Dios con ardentísimo deseo de verle ya nacido de su vientre.

438. Estaba ya muy adelante el divino embarazo de la Madre del eterno Verbo María Santísima, y para obrar en todo con plenitud de celestial prudencia, aunque sabía que era preciso prevenir mantillas y lo demás necesario para el deseado parto, nada quiso disponer sin la voluntad y orden del Señor y de su santo esposo, para cumplir en todo con las condiciones de sierva obediente y fidelísima. Aunque en aquello que era oficio sólo de madre, y madre sola de su Hijo Santísimo, en quien ninguna criatura tenía parte, podía obrar por sí sola, no lo hizo, sino que habló a su santo esposo José, y le dijo: “Señor mío, ya es tiempo de prevenir las cosas necesarias para el nacimiento de mi Hijo Santísimo. Y aunque Su Majestad infinita quiere ser tratado como los hijos de los hombres, humillándose a padecer sus penalidades, pero de nuestra parte es razón que en su servicio y obsequio, en el cuidado de su niñez y asistencia mostremos que le reconocemos por nuestro Dios y verdadero Rey y Señor. Si me dais licencia, comenzaré a disponer los fajos y mantillas para recibirle y criarle. Yo tengo una tela hilada de mi mano que servirá ahora para los primeros paños de lino, y vos, señor, buscaréis otra de lana que sea suave, blanda y de color humilde para las mantillas; que para más adelante yo le haré una túnica inconsútil y tejida, que será a propósito. Y para que acertemos en todo, hagamos especial oración, pidiendo a Su Alteza nos gobierne, encamine y nos manifieste su voluntad divina, de manera que procedamos con su mayor agrado.”

439. “Esposa y Señora mía - respondió San José, - si con la misma sangre del corazón fuera posible servir a mi Señor y Dios y hacer lo que mandáis, yo me tuviera por satisfecho y por dichoso de derramarla con atrocísimos tormentos, y en falta de esto quisiera tener grandes riquezas y brocados con que servirlos en esta ocasión. Disponed lo que fuere conveniente, que en todo quiero obedeceros como vuestro siervo.” Hicieron oración, y a cada uno singularmente respondió el Altísimo con una misma voz, renovando la ciencia y noticia que antes había tenido la soberana Señora muchas veces; porque de nuevo dijo Su Majestad a ella y a su esposo José: “Yo he venido del cielo a la tierra, para levantar la humildad y humillar la soberbia, para honrar la pobreza y desprestigiar las riquezas, a deshacer la vanidad y fundar la verdad y a hacer aprecio digno de los trabajos. Y por esto es mi voluntad, que en la humanidad que he recibido me tratéis en lo exterior como si fuera hijo de entrambos, y en el interior me reconoceréis por Hijo de mi eterno Padre y verdadero Dios, con la veneración y amor que como a hombre y Dios se me debe.”

440. Confirmados María Santísima y José con esta voz divina en la sabiduría con que habían de proceder en la crianza del niño Dios, confirieron el más alto y perfecto estilo de reverenciarle como a su verdadero Dios infinito que se ha visto en puras criaturas y tratarle juntamente en los ojos del mundo como si fuera hijo de entrambos, pues así lo

pensarían los hombres y lo quería el mismo Señor. Y este acuerdo y mandato cumplieron con tanta plenitud, que fue admiración del cielo; y adelante diré más en esto (Cf. infra n.506,508,536,545,etc). Determinaron a si mismo, que en la esfera y estado de su pobreza era razón hacer en obsequio del niño Dios cuanto fuese posible, sin exceder ni faltar para que el sacramento del Rey estuviese oculto con el velo de la humilde pobreza y el encendido amor que tenían no quedase frustrado en lo que podían ejecutarle. Luego San José, en recambio de algunas obras de sus manos, buscó dos telas de lana, como la divina esposa había dicho: una blanca y otra de color más morado que pardo, entrambos las mayores que pudo hallar, y de ellas cortó la divina Reina las primeras mantillas para su Hijo Santísimo; y de la tela que ella había hilado y tejido cortó las camisillas y sabanillas en que empañarle. Era esta tela muy delicada, como de tales manos, y la comenzó desde el día en que entró en su casa con San José, con intento de llevarla a ofrecer al templo. Y aunque este deseo se conmutó tan mejorado, con todo eso, de la que sobró, hechas las alhajas del niño Dios, cumplió la ofrenda en el templo santo de Jerusalén. Todos estos aliños y ropa necesaria para el divino parto los hizo la gran Señora por sus manos y los cosió y aderezó estando siempre de rodillas y con lágrimas de incomparable devoción. Previno San José flores y yerbas, las que pudo hallar, y otras cosas aromáticas de que la diligente Madre hizo agua olorosa más que de ángeles, y rociando los fajos consagrados para la hostia y sacrificio (Ef. 5,2) que esperaba, los dobló y aliñó y puso en una caja, en que después los llevó consigo a Belén, como diré adelante (Cf. infra n.452).

441. Todas estas obras de la princesa del cielo María Santísima se han de entender y pesar no desnudas y sin alma, como yo las refiero, sino vestidas de hermosura, llenas de santidad y magnificencia (Sal 95,6) y en mayor colmo y plenitud de perfección que el humano juicio puede investigar. Porque todas las obras de la sabiduría divina las trataba magníficamente (2 Mac 2,9 (A.)) y como Madre de la misma sabiduría y Reina de las virtudes, ofrecía el sacrificio de la nueva dedicación y templo de Dios vivo en la humanidad santísima de su Hijo, que había de nacer al mundo. Conocía la soberana Señora más que todo el resto de las criaturas la incomprendible alteza del misterio de humanarse Dios y bajar al mundo, y no incrédula, sino admirada, con encendido amor y veneración repetía muchas veces lo que Salomón fabricando el templo (2 Par 6,18 (A.)): ¿Cómo será posible que habite Dios con los hombres en la tierra? Si todo el cielo y los cielos de los cielos son estrechos para recibiros, ¿cuánto lo será esta habitación de la humanidad que se ha fabricado en mis entrañas? Pero si aquel templo, que sirvió tan solamente para oír Dios las oraciones que se ofrecían en él, se fabricó y dedicó con tan espléndido aparato de oro, plata, tesoros y sacrificios (3 Re 6,1ss), ¿qué haría la Madre del verdadero Salomón en la fábrica y dedicación del templo vivo donde habitaba corporalmente la plenitud y verdadera divinidad (Col 2,9) del mismo Dios eterno e incomparable? Todo lo que en sombras contenían aquellos sacrificios y tesoros sin número que para el templo figurativo se ofrecían, lo cumplió María Santísima, no con prevenciones de oro y plata ni brocados, que en este tiempo no buscaba Dios estas ofrendas, pero con las virtudes heroicas y con las riquezas de la gracia y dones del Altísimo, con que hacía cánticos de alabanza. Ofrecía holocaustos de su ardentísimo corazón, discurría por todas las Escrituras sagradas, y los himnos, salmos y cánticos los aplicaban y reducía a este misterio, añadiendo mucho más. Las figuras antiguas las obraba verdadera y místicamente con ejercicio de las virtudes y actos interiores y exteriores. Convidaba y llamaba a todas las criaturas para que alabasen y diesen honor, alabanza y gloria a su Criador y le esperasen para ser santificadas con su venida al mundo. Y en muchas de estas obras la acompañaba su felicísimo y dichoso esposo José.

442. Los altísimos merecimientos que acumulaba la Princesa del cielo con estos actos y ejercicios, y el agrado y complacencia que en ellos recibía el Señor, no basta lengua ni entendimiento humano criado para manifestarlo. Y si el menor grado de gracia que recibe cualquiera criatura con un acto de virtud que ejercite, vale más que todo el universo y natural, ¿qué aumentos de gracia alcanzaría la que no sólo excedió a los antiguos sacrificios, ofrendas y holocaustos y a todos los merecimientos humanos, pero a los de los supremos serafines, excediéndoles mucho? Y llegaban a tal extremo los afectos amorosos de la divina Señora, esperando a su Hijo y Dios verdadero, para recibirle en sus brazos, criarle a sus pechos, alimentarle de su mano, tratarle y servirle, adorándole hecho hombre de su misma carne y sangre, que en este incendio dulcísimo de amor se hubiera exhalado y resuelto, si con milagrosa asistencia del mismo Dios no fuera preservada de la muerte y confortada y corroborada su vida. Y muchas veces la perdiera, si muchas no la conservara su Hijo Santísimo, porque de ordinario le miraba en su virginal vientre, y con claridad divina veía su humanidad unida a la divinidad y todos los actos interiores de aquella santísima alma y el modo y postura del cuerpo y las oraciones que hacía por ella, por San José y por todo el linaje humano, y singularmente por los predestinados. Todos estos y otros misterios conocía, y en la imitación y alabanza se inflamaba toda, como quien tenía encerrado en su pecho el fuego abrasador que ilumina y no consume (Ex 3,2).

443. Entre tantos incendios de la divina llama decía algunas veces hablando con su Hijo Santísimo: “Amor mío dulcísimo, Criador del universo, ¿cuándo gozarán mis ojos de la luz de vuestro divino rostro? ¿Cuándo se consagrarán mis brazos en el altar de la hostia que aguarda vuestro eterno Padre? ¿Cuándo besando como sierva, donde hollaren vuestras plantas, llegaré como madre al ósculo deseado de mi alma (Cant 1,1), para que participe con vuestro divino aliento de vuestro mismo Espíritu? ¿Cuándo la luz inaccesible, que sois vos, Dios verdadero de Dios verdadero y lumbré de la lumbré (Credo niceno-constantinopolitano), se manifestará a los mortales, después de tantos siglos que os han tenido oculto a nuestra vista? ¿Cuándo los hijos de Adán, cautivos por sus culpas, conocerán su Redentor, verán su salvación, hallarán entre sí mismos a su Maestro, su Hermano y Padre verdadero? ¡Oh vida mía, luz de mi alma, virtud mía, querido mío, por quien vivo muriendo! Hijo de mis entrañas, ¿cómo hará oficio de madre la que no lo sabe hacer de esclava ni merece tal título? ¿Cómo os trataré yo dignamente, que soy un gusanillo vil y pobre? ¿Cómo os serviré y administraré, siendo vos la misma santidad y bondad infinita, yo polvo y ceniza? ¿Cómo osaré hablar en vuestra presencia ni estar ante vuestro divino acatamiento? Vos, dueña de todo mi ser, que me escogisteis, siendo pequeña, entre las demás hijas de Adán, gobernad mis acciones, encaminad mis deseos, inflamad mis afectos, para que en todo acierte a daros gusto y agrado. ¿Y qué haré yo, bien mío, si de mis entrañas salís al mundo a padecer afrentas y morir por el linaje humano, si no muero con vos y os acompaño al sacrificio, siendo mi ser y mi vida? Quite la mía la causa y motivo que ha de quitar la vuestra, pues tan unidas están. Menos bastará que vuestra muerte, para redimir el mundo y millares de mundos; muera yo por vos y padezca vuestras ignominias, y vos con vuestro amor y luz santificad al mundo y alumbrad las tinieblas de los mortales. Y si no es posible revocar el decreto del eterno Padre, para que sea la Redención copiosa (Sal 129,7) y quede satisfecha vuestra excesiva caridad, recibid mis afectos, y tenga yo parte en todos los trabajos de vuestra vida, pues sois mi Hijo y Señor.

444. La variedad de estos y otros efectos dulcísimos hacían hermosísima a la Reina de los cielos en los ojos del Príncipe ^(Est 2,9) de las eternidades que tenía en el tálamo de su virginal vientre. Y todos se solían mover conforme las acciones de aquella humanidad santísima deificada, porque las miraba la digna Madre para imitarlas. Y tal vez el niño Dios en aquella sagrada caverna se ponía de rodillas para orar al Padre, tras en forma de cruz, como ensayándose para ella. Y desde allí, como desde el supremo trono de los cielos lo hace ahora, miraba y conocía con la ciencia de su alma santísima todo lo que ahora conoce, sin que se le escondiese criatura alguna presente, pasada, ni futura, con todos sus pensamientos y movimientos, y a todos atendía como Maestro y Redentor. Y como todos estos misterios eran manifiestos a su divina Madre y para corresponder a esta ciencia estaba llena de gracias y dones celestiales, obraba en todo con tan alta plenitud y santidad, que no hay palabras para que la humana capacidad pueda explicarlo. Pero si nuestro juicio no está pervertido y nuestro corazón no es de piedra, insensible y duro, no será posible que a la vista y al toque de tan eficaces como admirables obras no se halle herido de dolor amoroso y rendido agradecimiento.

Doctrina que me dio la Reina Santísima María.

445. “De este capítulo quiero, hija mía, quedas advertida de la decencia con que se han de tratar todas las cosas consagradas y dedicadas al divino culto; y a si mismo quede reprendida la irreverencia con que los mismos ministros del Señor le ofenden en este descuido. Y no deben despreciar ni olvidar el enojo que tiene Su Majestad contra ellos, por la grosera descortesía e ingratitud con que tratan los ornamentos y cosas sagradas que de ordinario tienen entre las manos sin atención ni respeto alguno. Y mucho mayor es la indignación del Altísimo con los que tienen frutos y estipendios de su sangre preciosísima y los gastan y consumen en vanidades y torpezas o cosas profanas y menos decentes. Buscan para sus regalos y comodidades lo más precioso y estimable, y para el culto y honra del Altísimo aplican lo más grosero, despreciado y vil. Y cuando esto sucede, en especial en los lienzos que tocan al cuerpo y sangre de mi Hijo Santísimo, como son los corporales y purificadores, quiero que entiendas cómo los santos ángeles, que asisten al eminente y altísimo sacrificio de la misa, están como corridos y desvían la vista de semejantes ministros y se admiran de que tenga el Todopoderoso tan largo sufrimiento con ellos y que disimule su osadía y desacato. Y aunque no todos le cometen en esto, pero son muchos; y patos los que se señalan en demostración y cuidado del culto divino y tratan en lo exterior las cosas sagradas con más respeto; pero éstos son los menos, y aun entre ellos no todos lo hacen con intención recta y por la reverencia debida, sino por vanidad y otros fines terrenos; de manera que vienen a ser muy raros los que puramente y con ánimo sencillo adoran al Criador en espíritu y verdad (Jn 4,24).

446. “Considera, carísima, qué podremos sentir los que estamos a la vista del ser incomprensible del Altísimo y conocemos que su bondad inmensa crió a los hombres para que le adorasen y diesen reverencia y culto, y para eso les dejó esta ley en la misma naturaleza y les entregó todo el resto de las criaturas graciosamente; y luego miramos la

ingratitude con que ellos corresponden a su Criador inmenso, pues las mismas cosas que reciben de su liberal mano se las regatean para honrarle, y para esto eligen lo más vil y desechado (Mal 1,8). Y para sus vanidades lo más precioso y estimable. Esta culpa es poco advertida y conocida, y así quiero que tú no sólo la llores con verdadero dolor, pero que la recompenses en lo que fuere posible, mientras fueres prelada. Da lo mejor al Señor y advierte a tus religiosas que con sencillo y devoto corazón se ocupen en el aliño y limpieza de las cosas sagradas; y no sólo en las de su convento, pero trabajando por hacer lo mismo para las iglesias pobres que tienen falta de corporales y otras alhajas de ornamentos. Y tengan segura confianza que les pagará el Señor este santo celo de su sagrado culto y remediará su pobreza y acudirá como Padre a las necesidades del convento, que nunca por esto vendrá a mayor pobreza. Este es el oficio más propio y legítimo de las esposas de Cristo y en él debían ejercitarse el tiempo que les sobra después del coro y otras obligaciones de la obediencia. Y si todas las religiosas tomaran de intento estas ocupaciones tan honestas, loables y agradables a Dios, nada les faltara para la vida, y en la tierra formarían un estado angélico y celestial. Y porque no quieren atender a este obsequio del Señor, se convierten muchas, dejadas de su mano, a tan peligrosas liviandades y distracciones, que por abominables a mis ojos no quiero que las escribas ni las pienses, salvo para llorarlas con lo íntimo del corazón y pedir a Dios el remedio de los pecados que tanto le irritan, ofenden y desagradan.

447. “Mas porque mi voluntad con especiales razones se inclina a mirar amorosamente a las monjas de tu convento, quiero que en mi nombre y de mi parte las amonestes y compelas con amorosa fuerza, para que siempre vivan retiradas y muertas al mundo, con inviolable olvido de todo lo que hay en él, y que entre sí mismas sea su trato en el cielo (Flp 3,20) y en cosas divinas, y que sobre toda estimación conserven la paz y caridad intacta que tantas veces les amonestas. Y si en esto me obedecieren, yo les ofrezco mi protección eterna y me constituyo por su Madre, amparo y defensa, como lo soy tuya, y les ofrezco asimismo mi continua y eficaz intercesión con mi Hijo Santísimo si no me desobligaren. Y para todo esto las persuadirás siempre a mi especial devoción y amor y que le escriban en su corazón; que con esta fidelidad de su parte alcanzarán todo lo que tú desees, y más que yo haré con ellas. Y para que con alegría se ocupen prontas en las cosas del culto divino y tomen por su cuenta todo lo que a esto pertenece, acuérdales lo que yo hacía para servicio de mi Hijo Santísimo y del templo. Y quiero que entiendas que los santos ángeles se admiraban del celo, cuidado, atención y limpieza con que trataba todas las cosas que habían de servir a mi Hijo y Señor. Y esta solicitud amorosa y reverente previno en mí todo lo que era necesario para su crianza, sin que jamás me faltase, como algunos han pensado, con qué cubrirle y servirle, como entenderás en toda esta Historia, porque no cabía en mi prudencia y amor ser negligente o inadvertida en esto.”

CAPITULO 8

[Regresar al Principio](#)

Se publica el edicto del emperador César Augusto de empadronar todo el imperio, y lo que hizo San José cuando lo supo.

448. Determinado estaba por la voluntad inmutable del Altísimo que el Unigénito del Padre naciera en la ciudad de Belén; y en virtud de este divino decreto lo profetizaron mucho antes de cumplirse los santos y profetas antiguos, porque la determinación de la voluntad del Señor absoluta siempre es infalible, y faltarán los cielos y la tierra antes que deje de cumplirse (Mt 24,35), pues nadie puede resistir a ella (Est 13,9). La ejecución de este decreto inmutable dispuso el Señor por medio de un edicto que publicó el emperador César Augusto en el imperio romano, para que como refiere San Lucas (Lc 2,1 (A.)) se escribiese o numerase todo el orbe. Se extendía entonces el imperio romano a la mayor parte de lo que se conocía del orbe, y por eso se llamaban señores de todo el mundo, no haciendo cuenta de lo demás. Y esta descripción era para confesarse todos por vasallos del emperador y tributarle cierto censo, como a señor natural en lo temporal; y para este reconocimiento acudía cada uno a escribirse en el registro común de su propia ciudad (ib. 3). Llegó este edicto a Nazaret, y a noticia de San José, y volviendo a su casa, porque lo había oído fuera de ella, afligido y contristado, refirió a su divina esposa lo que pasaba con la novedad del edicto. La prudentísima Virgen respondió: “No os ponga en ese cuidado, señor mío y esposo, el edicto del emperador terreno, que todos nuestros sucesos están por cuenta del Señor y Rey del cielo y tierra, y su providencia nos asistirá y gobernará en cualquiera caso. Dejémonos en su confianza, que no seremos defraudados.”

449. Estaba María Santísima capaz de todos los misterios de su Hijo Santísimo y sabía ya las profecías y el cumplimiento de ellas y que el Unigénito del Padre y suyo había de nacer en Belén como peregrino y pobre. Pero nada

de todo esto manifestó a San José, porque sin orden del Señor no declaraba su secreto. Y lo que no se le mandaba decir, todo lo callaba con admirable prudencia, no obstante el deseo de consolar a su fidelísimo y santo esposo José, porque se quería dejar a su gobierno y obediencia y no proceder como prudente y sabia consigo misma (Prov 3,7 (A.)) contra el consejo del Sabio. Trataron luego de lo que debían hacer, porque ya se acercaba el parto de la divina Señora, estando su embarazo tan adelante, y San José la dijo: “Reina del cielo y tierra y Señora mía, si no tenéis orden del Altísimo para otra cosa, paréceme forzoso que yo vaya a cumplir con este edicto del emperador. Y aunque bastaría ir solo porque a las cabezas de las familias les compete esta legacía, no me atreveré a dejaros sin asistir a vuestro servicio, ni yo tampoco viviré sin vuestra presencia, ni tendré un punto de sosiego estando ausente; no es posible que mi corazón se aquiete sin veros. Y para que vayáis conmigo a nuestra ciudad de Belén, donde nos toca esta profesión de la obediencia del emperador, veo que vuestro divino parto está muy cerca, y así por esto como por mi gran pobreza temo ponerme en tan evidente riesgo. Si os sucediese el parto en el camino con descomodidad y no poderla reparar, sería para mí de incomparable desconuelo. Este cuidado me aflige. Os suplico, Señora mía, lo presentéis delante el Altísimo y le pidáis oiga mis deseos de no apartarme de vuestra compañía.

450. Obedeció la humilde esposa a lo que ordenaba San José, y, aunque no ignoraba la voluntad divina, tampoco quiso omitir esta acción de pura obediencia, como súbdita sumisísima. Presentó el Señor la voluntad y deseos de su fidelísimo esposo, y la respondió Su Majestad: “Amiga y paloma mía, obedece a mi siervo José en lo que te ha propuesto y desea. Acompaña en la jornada. Yo seré contigo y te asistiré con mi paternal amor y protección en los trabajos y tribulaciones que por mí padecerás y, aunque serán muy grandes, mi brazo poderoso te sacará gloriosa de todas. Tus pasos serán hermosos en mis ojos (Cant 7,1), no temas y camina, porque ésta es mi voluntad. Luego mandó el Señor, a vista de la divina Madre, a los ángeles santos de su guarda, con nueva intimación y precepto que la sirviesen en aquella jornada con especial asistencia y advertido cuidado, según los magníficos y misteriosos sucesos que se le ofrecerían en toda ella. Y sobre los mil ángeles que de ordinario la guardaban, mandó el mismo Señor a otros nueve mil más que asistiesen a su Reina y Señora, y la sirviesen de suerte que la acompañasen todos diez mil juntos, desde el día que comenzase la jornada. Así lo cumplieron todos, como fidelísimos siervos y ministros del Señor, y la sirvieron, como adelante diré (Cf. infra n.456-461,470,589,619,622,631,634,etc.). Y la gran Reina fue renovada y preparada con nueva luz divina, en que conoció nuevos misterios de los trabajos que se le ofrecerían nacido el niño Dios, con la persecución de Herodes y otros cuidados y tribulaciones que sobrevendrían. Y para todo ofreció su invicto corazón preparado (Sal 107,2) y no turbado, y dio gracias al Señor por todo lo que en ella obraba y disponía.

451. Volvió la gran Reina del cielo con la respuesta a San José y le declaró la voluntad del Altísimo de que le obedeciese y acompañase en su jornada a Belén. Con que el santo esposo quedó lleno de nuevo júbilo y consuelo, y reconociendo este gran favor de la mano del Señor, le dio gracias con profundos actos de humildad y reverencia, y hablando a su divina esposa, la dijo: “Señora mía, y causa de mi alegría, de mi felicidad y dicha, sólo me resta dolerme en este viaje de los trabajos que en él habéis de padecer, por no tener caudal para vencerlos y llevaros con la comodidad que yo quisiera preveniros para la peregrinación. Pero deudos y conocidos y amigos hallaremos en Belén de nuestra familia, que yo espero nos recibirán con caridad, y allí descansaréis de la molestia del camino, si lo dispone el Altísimo, como yo vuestro siervo lo deseo.” Era verdad que el santo esposo José lo prevenía así con su afecto, mas el Señor tenía dispuesto lo que él entonces ignoraba; y porque se le frustraron sus deseos sintió después mayor amargura y dolor, como se verá. No declaró María Santísima a José lo que en el Señor tenía previsto del misterio de su divino parto, aunque sabía no sucedería lo que él pensaba, pero antes bien animándole, le dijo: “Esposo y señor mío, yo voy con mucho gusto en vuestra compañía y haremos la jornada como pobres en el nombre del Altísimo, pues no desprecia Su Alteza la misma pobreza, que viene a buscar con tanto amor. Y supuesto será su protección y amparo con nosotros en la necesidad y en el trabajo, pongamos en ella nuestra confianza. Y vos, señor mío, poned por su cuenta todos vuestros cuidados.”

452. Determinaron luego el día de su partida, y el santo esposo con diligencia salió por Nazaret a buscar alguna bestezuela en que llevar a la Señora del mundo: y no fácilmente pudo hallarla, por la mucha gente que salía a diferentes ciudades a cumplir con el mismo edicto del emperador. Pero después de muchas diligencias y penoso cuidado halló San José un jumentillo humilde, que si pudiéramos llamarle dichoso, lo había sido entre todos los animales irracionales, pues no sólo llevó a la Reina de todo lo criado, y en ella al Rey y Señor de los reyes y señores, pero después se halló en el nacimiento del niño (Is 1,3) y dio a su Criador el obsequio que los hombres le negaron, como adelante se dirá (Cf. infra n .485). Previnieron lo necesario para el viaje, que fue jornada de cinco días; y era la recámara de los divinos caminantes con el mismo aparato que llevaron en la primera peregrinación que hicieron a casa de Zacarías,

como arriba se dijo, libro III, capítulo 15, número 196, porque sólo llevaban pan y fruta y algunos peces, que era el ordinario manjar y regalo de que usaban. Y como la prudentísima Virgen tenía luz de que tardaría mucho tiempo en volver a su casa, no sólo llevó consigo las mantillas y fajos prevenidos para su divino parto, pero dispuso las cosas con disimulación, de manera que todas estuviesen al intento de los fines del Señor y sucesos que esperaba; y dejaron encargada su casa a quien cuidase de ella mientras volvían.

453. Llegó el día y hora de partir para Belén, y como el fidelísimo y dichoso José trataba ya con nueva y suma reverencia a su soberana esposa, andaba como vigilante y cuidadoso siervo inquiriendo y procurando en qué darla gusto y servirla, y la pidió con grande afecto le advirtiese de todo lo que deseaba y que él ignorase para su agrado, descanso y alivio, y dar beneplácito al Señor que llevaba en su virginal vientre. Agradeció la humilde Reina estos afectos santos de su esposo, y remitiéndolos a la gloria y obsequio de su Hijo Santísimo, le consoló y animó para el trabajo del camino, con asegurarle de nuevo el agrado que tenía Su Majestad de todos sus cuidados, y que recibiesen con igualdad y alegría del corazón las penalidades que como pobres se les seguirían en la jornada. Y para darle principio se hincó de rodillas la Emperatriz de las alturas y pidió a San José le diese su bendición. Y aunque el varón de Dios se encogió mucho y dificultó el hacerlo por la dignidad de su esposa, pero ella venció en humildad y le obligó a que se la diese. Lo hizo San José con gran temor y reverencia, y luego con abundantes lágrimas se postró en tierra y la pidió le ofreciese de nuevo a su Hijo Santísimo y le alcanzase perdón y su divina gracia. Con esta preparación partieron de Nazaret a Belén, en medio del invierno, que hacía el viaje más penoso y desacomodado. Pero la Madre de la vida, que la llevaba en su vientre, sólo atendía a sus divinos efectos y recíprocos coloquios, mirándole siempre en su tálamo virginal, imitándole en sus obras y dándole mayor agrado y gloria que todo el resto de las criaturas juntas.

Doctrina que me dio la Reina Santísima María.

454. “Hija mía, todo el discurso de mi vida y en cada uno de los capítulos y misterios que vas escribiendo conocerás la divina y admirable providencia del Altísimo y su paternal amor para conmigo, su humilde sierva. Y aunque la capacidad humana no puede dignamente penetrar y ponderar estas obras admirables y de tan alta sabiduría, pero debe venerarlas con todas sus fuerzas y disponerse para mi imitación y para la participación de los favores que el Señor me hizo. Porque no han de imaginar los mortales que sólo en mí y para mí se quiso mostrar Dios santo, poderoso y bueno infinitamente; y es cierto que si alguna y todas las almas se entregasen del todo a la disposición y gobierno de este Señor, conocieran luego con experiencia aquella misma fidelidad, puntualidad y suavísima eficacia con que disponía Su Majestad conmigo todas las cosas que tocaban a su gloria y servicio y también gustaran aquellos dulcísimos efectos y movimientos divinos que yo sentía con el rendimiento que tenía a su santísima voluntad, y no menos recibieran respectivamente la abundancia de sus dones, que como en un piélago infinito están casi represados en su divinidad. Y de la manera que si al peso de las aguas del mar se les diese algún conducto por donde según su inclinación hallasen despedida, correrían con invencible ímpetu, así procederían la gracia y beneficios del Señor sobre las criaturas racionales si ellas diesen lugar y no impidiesen su corriente. Esta ciencia ignoran los mortales, porque no se detienen a pensar y considerar las obras del Altísimo.

455. “De ti quiero que la estudies y escribas en tu pecho, y que a si mismo aprendas de mis obras el secreto que debes guardar de tu interior y lo que en él tienes, y la pronta obediencia y rendimiento a todos, anteponiendo siempre el parecer ajeno a tu dictamen propio. Pero esto ha de ser de manera que para obedecer a tus superiores y padre espiritual has de cerrar los ojos, aunque conozcas que en alguna cosa que te mandan ha de suceder lo contrario, como sabía yo que no sería lo que mi santo esposo José esperaba sucedería en la jornada de Belén. Y si esto te mandase otro inferior o igual, calla y disimula y ejecuta todo lo que no fuere culpa o imperfección. Oye a todos con silencio y advertencia para que aprendas. En hablar serás muy tarda y detenida, que esto es ser prudente y advertida. También te acuerdo de nuevo, que para todo lo que hicieres pidas al Señor te dé su bendición, para que no te apartes de su divino beneplácito. Y si tuvieses oportunidad, pide también licencia y bendición a tu padre espiritual y maestro, porque no te falte el gran merecimiento y perfección de estas obras, y me des a mí el agrado que de ti deseo.”

CAPITULO 9

[Regresar al Principio](#)

La jornada que Maria Santísima hizo de Nazaret a Belén en compañía del santo esposo José, y los ángeles que la

asistían.

456. Partieron de Nazaret para Belén María purísima y el glorioso San José, a los ojos del mundo tan solos como pobres y humildes peregrinos, sin que nadie de los mortales los reputase ni estimase más de lo que con él tienen granjeado la humildad y pobreza. Pero, ¡oh admirables sacramentos del Altísimo, ocultos a los soberbios e inescrutables para la prudencia carnal! No caminaban solos, pobres ni despreciados, sino prósperos, abundantes y magníficos: eran el objeto más digno del eterno Padre y de su amor inmenso y lo más estimable de sus ojos, llevaban consigo el tesoro del cielo y de la misma divinidad, los veneraban toda la corte de los ciudadanos celestiales y reconocían las criaturas insensibles la viva y verdadera Arca del Testamento, mejor que las aguas del Jordán a su figura y sombra cuando corteses se dividieron para hacerle franco el paso a ella y a los que la seguían (Jos 3,16 (A.)). Los acompañaron los diez mil ángeles que arriba dije, núm. 450; fueron señalados por el mismo Dios para que sirviesen a Su Majestad y a su Santísima Madre en toda esta jornada; y estos escuadrones celestiales iban en forma humana visible para la divina Señora, más refulgentes cada uno que otros tantos soles, haciéndola escolta, y ella iba en medio de todos más guarnecida y defendida que el lecho de Salomón con los sesenta valentísimos de Israel (Cant 3,7 (A.)) que ceñidas las espadas le rodeaban. Fuera de estos diez mil ángeles asistían otros muchos que bajaban y subían a los cielos, enviados del Padre eterno a su Unigénito humanado y a su Madre Santísima, y de ellos volvían con las legacías que eran enviados y despachados.

457. Con este real aparato oculto a los mortales caminaban María Santísima y José, seguros de que a sus pies no les ofendería la piedra (Sal 90,12 (A.)) de la tribulación, porque mandó a sus ángeles el Señor que los llevasen en las manos de su defensa y custodia. Y este mandato cumplían los ministros fidelísimos, sirviendo como vasallos a su gran Reina, con admiración de alabanza y gozo, viendo recopilados en una pura criatura tantos sacramentos juntos, tales perfecciones, grandezas y tesoros de la divinidad, y todo con la dignidad y decencia que aun a su misma capacidad angélica excedía. Hacían nuevos cánticos al Señor, contemplándole sumo Rey de gloria descansando en su reclinatorio de oro (Cant 3,10 (A.)), y a la divina Madre, ya como carroza incorruptible y viva, ya como espiga fértil de la tierra prometida (Lev 23,10) que encerraba el grano vivo, ya como nave rica del mercader (Prov 31,14 (A.)), que le llevaba a que naciera en la "casa del pan" (Belén), para que muriendo en la tierra (Jn 12,24 (A.)) fuese multiplicado en el cielo. Les duró cinco días la jornada; que por el embarazo de la Madre Virgen, ordenó su Esposo llevarla muy despacio. Y nunca la soberana Reina conoció noche en este viaje; porque, algunos días que caminaban parte de ella, despedían los ángeles tan grande resplandor como todas las iluminarias del cielo juntas cuando al mediodía tienen su mayor fuerza en la más clara serenidad. Y de este beneficio y de la vista de los ángeles gozaba San José en aquellas horas de las noches; y entonces se formaba un coro celestial de todos juntos, en que la gran Señora y su esposo alternaban con los soberanos espíritus admirables cánticos e himnos de alabanza, con que los campos se convertían en nuevos cielos. Y de la vista y resplandor de sus ministros y vasallos gozó la Reina en todo el viaje, y de dulcísimos coloquios interiores que tenía con ellos.

458. Con estos admirables favores y regalos mezclaba el Señor algunas penalidades y molestias que se ofrecían a su divina Madre en el viaje. Porque el concurso de la gente en las posadas, por los muchos que caminaban con la ocasión del imperial edicto, era muy penoso e incómodo para el recato y modestia de la purísima Madre y Virgen y para su esposo, porque como pobres y encogidos eran menos admitidos que otros y les alcanzaba más descomodidad que a los muy ricos; que el mundo, gobernado por lo sensible, de ordinario distribuye sus favores al revés y con acepción de personas. Oían nuestros santos peregrinos repetidas palabras ásperas en las posadas a donde llegaban fatigados, y en algunas los despedían como a gente inútil y despreciable, y muchas veces admitían a la Señora de cielo y tierra en un rincón de un portal, y otras aun no le alcanzaba; y se retiraban ella y su esposo a otros lugares más humildes y menos decentes en la estimación del mundo; pero en cualquiera lugar, por contentible que fuese, estaba la corte de los ciudadanos del cielo con su Rey supremo y Reina soberana, y luego todos la rodeaban y encerraban como un impenetrable muro, con que el tálamo de Salomón estaba seguro y defendido de los temores nocturnos (Cant 3,8 (A.)). Y su fidelísimo esposo José, viendo a la Señora de los cielos tan guarnecida de sus ejércitos divinos, descansaba y dormía, porque ella también cuidaba de esto, para que se aliviase algo del trabajo del camino. Y ella se quedaba en coloquios celestiales con los diez mil ángeles que la asistían.

459. Aunque Salomón en los Cantares comprendió grandes misterios de la Reina del cielo por diversas metáforas y similitudes, pero en el capítulo 3 habló más expresamente de lo que sucedió a la divina Madre en el embarazo de su Hijo Santísimo y en esta jornada que hizo para su sagrado parto; porque entonces fue cuando se cumplió a la letra todo

lo que allí se dice del lecho de Salomón, de su carroza y reclinatorio de oro, de la guarda que le puso de los fortísimos de Israel que gozan de la visión divina y todo lo demás que contiene aquella profecía, cuya inteligencia basta haberla apuntado en lo que se ha dicho para convertir toda mi admiración al sacramento de la sabiduría infinita en estas obras tan venerables para la criatura. ¿Quién habrá de los mortales tan duro que no se ablande su corazón, o tan soberbio que no se confunda, o tan inadvertido que no se admire de ver una maravilla compuesta de tan varios y contrarios extremos? ¡Dios infinito y verdaderamente oculto y escondido en el tálamo virginal de una doncella tierna llena de hermosura y gracia, inocente, pura, suave, dulce, amable a los ojos de Dios y de los hombres, sobre todo cuanto el mismo Señor ha criado y criará jamás! ¡Esta gran Señora, con el tesoro de la divinidad, despreciada, afligida, desestimada y arrojada de la ciega ignorancia y soberbia mundana! Y por otra parte, en los lugares más contentibles, ¡amada y estimada de la beatísima Trinidad, regalada de sus caricias, servida de sus ángeles, reverenciada, defendida y amparada de su grande y vigilante custodia! ¡Oh hijos de los hombres, tardos y duros de corazón (Sal 4,3), qué engañosos son vuestros pesos y juicio, como dice David (Sal 61,10), que estimáis a los ricos, despreciáis a los pobres, levantáis a los soberbios y abatís a los humildes, arrojáis a los justos y aplaudís a los vanos! Ciego es vuestro dictamen, y errada vuestra elección, con que os halláis frustrados en vuestros mismos deseos. Ambiciosos que buscáis riquezas y tesoros y os halláis pobres y abrazados con el aire, si recibierais al Arca verdadera de Dios, recibirais y conseguirais muchas bendiciones de la diestra divina, como Obededón (2 Sam 6,11), pero porque la despreciasteis, os sucedió a muchos lo que a Oza (Ib. 7), que quedasteis castigados.

460. Conocía y miraba la divina Señora entre todo esto la variedad de almas que había en todos los que iban y venían y penetraba sus pensamientos más ocultos y el estado que cada una tenía, en gracia o en pecado, y los grados que en estos diferentes extremos tenían; y de muchas almas conocía si eran predestinadas o réprobas, si habían de perseverar o caer o levantarse; y toda esta variedad le daba motivos de ejercitar heroicos actos de virtudes con unos y por otros; porque para muchos alcanzaba la perseverancia, para otros eficaz auxilio con que se levantasen del pecado a la gracia, por otros lloraba y clamaba al Señor con íntimos afectos, y por los réprobos, aunque no pidiese tan eficazmente, sentía intensísimo dolor de su final perdición. Y fatigada muchas veces con estas penas, más sin comparación que con el trabajo del camino, sentía algún desfallecimiento en el cuerpo, y los santos ángeles, llenos de refulgente luz y hermosura, la reclinaban en sus brazos, para que en ellos descansase y recibiese algún alivio. A los enfermos, afligidos y necesitados consolaba por el camino, sólo con orar por ellos y pedir a su Hijo Santísimo el remedio de sus trabajos y necesidades; porque en esta jornada, por la multitud y concurso de la gente, se retiraba a solas sin hablar, atendiendo mucho a su divino embarazo, que ya se manifestaba a todos. Este era el retorno que la Madre de misericordia daba a los mortales por el mal hospedaje que de ellos recibía.

461. Y para mayor confusión de la ingratitude humana, sucedió alguna vez que, como era invierno, llegaban a las posadas con grandes fríos de las nieves y lluvias que no quiso el Señor les faltase esta penalidad [y] era necesario retirarse a los mismos lugares viles donde estaban los animales, porque no les daban otro mejor los hombres; y la cortesía y humanidad que les faltaba a ellos, tenían las bestias, retirándose y respetando a su Hacedor y a su Madre, que le tenía en su virginal vientre. Bien pudiera la Señora de las criaturas mandar a los vientos, a la escarcha y a la nieve que no la ofendieran, pero no lo hacía por no privarse de la imitación de Cristo su Hijo Santísimo en padecer, aun antes que él saliese de su virgíneo vientre, y así la fatigaron algo estas inclemencias en el camino. Pero el cuidadoso y fiel esposo San José atendía mucho a abrirla, y más lo hacían los espíritus angélicos, en especial el príncipe San Miguel, que siempre asistió al lado diestro de su Reina, sin desampararla un punto en este viaje, y repetidas veces la servía, llevándola del brazo cuando se hallaba algo cansada. Y cuando era voluntad del Señor la defendía de los temporales inclementes y hacía otros muchos oficios en obsequio de la divina Señora y del bendito fruto de su vientre, Jesús.

462. Con la variedad alternada de estas maravillas llegaron nuestros peregrinos, María Santísima y José, a la ciudad de Belén el quinto día de su jornada a las cuatro de la tarde, sábado, que en aquel tiempo del solsticio hiemal ya a la hora dicha se despidió el sol y se acerca la noche. Entraron en la ciudad buscando alguna casa de posada, y discurriendo muchas calles, no sólo por posadas y mesones, pero por las casas de los conocidos y de su familia más cercanos, de ninguno fueron admitidos y de muchos despedidos con desgracia y con desprecios. Seguía la honestísima Reina a su esposo, llamando él de casa en casa y de puerta en puerta, entre el tumulto de la mucha gente. Y aunque no ignoraba que los corazones y las casas de los hombres estarían cerrados para ellos, con todo eso por obedecer a San José quiso padecer aquel trabajo y honestísimo pudor o vergüenza que para su recato, y en el estado y edad que se hallaba, fue de mayor pena que faltarles la posada. Discurriendo por la ciudad llegaron a la casa donde estaba el registro y padrón

público, y por no volver a ella se escribieron, y pagaron el fisco y la moneda del tributo real, con que salieron ya de este cuidado. Prosiguieron su diligencia y fueron a otras posadas, y habiéndola buscado en más de cincuenta casas, de todas fueron arrojados y despedidos; admirándose los espíritus soberanos de los altísimos misterios del Señor, de la paciencia y mansedumbre de su Madre Virgen y de la insensible dureza de los hombres. Con esta admiración bendecían al Altísimo en sus obras y ocultos sacramentos, porque desde aquel día quiso acreditar y levantar a tanta gloria la humildad y pobreza despreciada de los mortales.

463. Eran las nueve de la noche cuando el fidelísimo José lleno de amargura e íntimo dolor se volvió a su esposa prudentísima, y la dijo: “Señora mía dulcísima, mi corazón desfallece de dolor en esta ocasión viendo que no puedo acomodarme, no sólo como vos lo merecéis y mi afecto lo deseaba, pero ningún abrigo ni descanso, que raras veces o nunca se le niega al más pobre y despreciado del mundo. Misterio sin duda tiene esta permisión del cielo, que no se muevan los corazones de los hombres a recibirnos en sus casas. Me acuerdo, Señora, que fuera de los muros de la ciudad está una cueva que suele servir de albergue a los pastores y a su ganado. Lleguémonos allá, que si por dicha está desocupada, allí tendréis del cielo algún amparo cuando nos falta de la tierra.” Le respondió la prudentísima Virgen: “Esposo y señor mío, no se aflija vuestro piadosísimo corazón, porque no se ejecutan los deseos ardentísimos que produce el afecto que tenéis al Señor. Y pues le tengo en mis entrañas, por él mismo os suplico que le demos gracias por lo que así dispone. El lugar que me decís será muy a propósito para mi deseo. Conviértanse vuestras lágrimas en gozo con el amor y posesión de la pobreza, que es el tesoro rico e inestimable de mi Hijo Santísimo. Este viene a buscar desde los cielos, preparémosle con júbilo del alma, que no tiene la mía otro consuelo, y vea yo que me le dais en esto. Vamos contentos a donde el Señor nos guía.” Encaminaron para allá los santos ángeles a los divinos esposos, sirviéndoles de lucidísimas antorchas, y llegando al portal o cueva, la hallaron desocupada y sola. Y llenos de celestial consuelo, por este beneficio alabaron al Señor, y sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

464. “Hija mía carísima, si eres de corazón blando y dócil para el Señor, poderosos serán los misterios divinos que has escrito y entendido para mover en ti afectos dulces y amorosos con el Autor de tantas y tales maravillas, en cuya presencia quiero de ti que desde hoy hagas nuevo y grande aprecio de verte desechada y desestimada del mundo. Y dime, amiga, si en recambio de este olvido y menosprecio admitido con voluntad alegre, pone Dios en ti los ojos y la fuerza de su amor suavísimo, ¿por qué no comprarás tan barato lo que vale no menos que infinito precio? ¿Qué te darán los hombres cuando más te celebren y te estimen? ¿Y qué dejarás si los desprecias? ¿No es todo mentira y vanidad? ¿No es una sombra fugitiva y momentánea que se les desvanece entre las manos a los que trabajan por cogerla? Pues cuando todo lo tuvieras en las tuyas, ¿qué hicieras en despreciarlo de balde? Considera bien cuánto menos harás en arrojarlo por granjear el amor del mismo Dios, el mío y de sus ángeles; niégalo todo, carísima, y de corazón; y si no te despreciare el mundo tanto como debes desearlo, despréciale tú a él y queda libre, expedita y sola, para que te acompañe el todo y sumo bien y recibas con plenitud los felicísimos efectos de su amor y con libertad le correspondas.

465. “Es tan fiel amante mi Hijo Santísimo de las almas, que me puso a mí por maestra y ejemplar vivo para enseñarlas el amor de la humildad y el eficaz desprecio de la vanidad y soberbia. Y también fue orden suya que para su grandeza y para mí, su sierva y Madre, faltase abrigo y acogida entre los hombres, dando motivo con este desamparo para que después las almas enamoradas y afectuosas se le ofrezcan, y obligarse con tan fina voluntad a venir y estar en ellas; como también buscó la soledad y la pobreza, no porque para sí tuviese necesidad de estos medios para obrar las virtudes en grado perfectísimo, sino para enseñar a los mortales que éste era el camino más breve y seguro para lo levantado del amor divino y unión con el mismo Dios.

466. “Bien sabes, carísima, que incesantemente eres enseñada y amonestada con la luz de lo alto, para que olvidada de lo terreno y visible te ciñas de fortaleza (Prov 31,17) y te levantes a imitarme, copiando en ti, según tus fuerzas, los actos y virtudes que de mi vida te manifiesto. Y éste es el primer intento de la ciencia que recibes para escribirla, porque tengas en mí este arancel y de él te valgas para componer tu vida y obras al modo que yo imitaba las de mi Hijo dulcísimo. Y el temor que te ha causado este mandato, imaginándole superior a tus fuerzas, le has de moderar y cobrar ánimo con lo que dice mi Hijo Santísimo por el evangelista San Mateo (Mt 5,48 (A.)): *Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.* Esta voluntad del Altísimo que propone a su Iglesia Santa no es imposible a sus hijos, y si ellos de su parte se disponen, a ninguno le negará esta gracia, para conseguir la semejanza con el Padre celestial, porque esto les

mereció mi Hijo Santísimo; pero el pesado olvido y desprecio que hacen los hombres de su redención impide que se consiga en ellos eficazmente su fruto.

467. ‘De ti, hija mía, quiero especialmente esta perfección y te convido para ella por medio de la suave ley del amor a que encamino mi doctrina. Considera y pesa con la divina luz en qué obligación te pongo, y trabaja para corresponder a ella con prudencia de hija fiel y solícita, sin que te embarace dificultad o trabajo alguno, ni omitir virtud ni acción de perfección por ardua que sea. Ni te has de contentar con solicitar tu amistad con Dios y la salvación propia, pero si quieres ser perfecta a mi imitación y cumplir con lo que enseña el Evangelio, has de procurar la salvación de otras almas y la exaltación del santo nombre de mi Hijo y ser instrumento en su mano poderosa para cosas fuertes y de su mayor agrado y gloria.’”

CAPITULO 10

[Regresar al Principio](#)

Nace Cristo nuestro bien de María Virgen en Belén de Judea.

468. El palacio que tenía prevenido el supremo Rey de los reyes y Señor de los señores para hospedar en el mundo a su eterno Hijo humanado para los hombres, era la más pobre y humilde choza o cueva, a donde María Santísima y José se retiraron despedidos de los hospicios y piedad natural de los mismos hombres, como queda dicho en el capítulo pasado. Era este lugar tan despreciado y contentible, que con estar la ciudad de Belén tan llena de forasteros que faltaban posadas en que habitar, con todo eso nadie se dignó de ocuparle ni bajar a él, porque era cierto no les competía ni les venía bien sino a los maestros de la humildad y pobreza, Cristo nuestro bien y su purísima Madre. Y por este medio les reservó para ellos la sabiduría del eterno Padre, consagrándole con los adornos de desnudez, soledad y pobreza por el primer templo de la luz y casa del verdadero sol de justicia (Mal 4,2), que para los rectos de corazón había de nacer de la candidísima aurora María, en medio de las tinieblas de la noche símbolo de las del pecado que ocupaban todo el mundo.

469. Entraron María Santísima y José en este prevenido hospicio, y con el resplandor que despedían los diez mil ángeles que los acompañaban pudieron fácilmente reconocerle pobre y solo, como lo deseaban, con gran consuelo y lágrimas de alegría. Luego los dos santos peregrinos hincados de rodillas alabaron al Señor y le dieron gracias por aquel beneficio, que no ignoraban era dispuesto por los ocultos juicios de la eterna Sabiduría. De este gran sacramento estuvo más capaz la divina princesa María, porque en santificando con sus plantas aquella felicísima cuevecita, sintió una plenitud de júbilo interior que la elevó y vivificó toda, y pidió al Señor pagase con liberal mano a todos los vecinos de la ciudad que, despidiéndola de sus casas, la habían ocasionado tanto bien como en aquella humildísima choza la esperaba. Era toda de unos peñascos naturales y toscos, sin género de curiosidad ni artificio y tal que los hombres la juzgaron por conveniente para solo albergue de animales, pero el eterno Padre la tenía destinada para abrigo y habitación de su mismo Hijo.

470. Los espíritus angélicos, que como milicia celestial guardaban a su Reina y Señora, se ordenaron en forma de escuadrones, como quien hacía cuerpo de guardia en el palacio real. Y en la forma corpórea y humana que tenían, se le manifestaban también al santo esposo José, que en aquella ocasión era conveniente gozase de este favor, así por aliviar su pena, viendo tan adornado y hermoso aquel pobre hospicio con las riquezas del cielo, como para aliviar y animar su corazón y levantarle más para los sucesos que prevenía el Señor aquella noche y en tan despreciado lugar. La gran Reina y Emperatriz del cielo, que ya estaba informada del misterio que se había de celebrar, determinó limpiar con sus manos aquella cueva que luego había de servir de trono real y propiciatorio sagrado, porque ni a ella le faltase ejercicio de humildad, ni a su Hijo unigénito aquel culto y reverencia que era el que en tal ocasión podía prevenirle por adorno de su templo.

471. El santo esposo José, atento a la majestad de su divina esposa, que ella parece olvidaba en presencia de la humildad, la suplicó no le quitase a él aquel oficio que entonces le tocaba y, adelantándose, comenzó a limpiar el suelo y rincones de la cueva, aunque no por eso dejó de hacerlo juntamente con él la humilde Señora. Y porque estando los santos ángeles en forma humana visible -parece que, a nuestro entender, se hallaran corridos a vista de tan devota porfía y de la humildad de su Reina-, luego con emulación santa ayudaron a este ejercicio o, por mejor decir, en brevísimo espacio limpiaron y despejaron toda aquella caverna, dejándola aliñada y llena de fragancia. San José

encendió fuego con el aderezo que para ello traía, y porque el frío era grande, se llegaron a él para recibir algún alivio, y del pobre sustento que llevaban comieron o cenaron con incomparable alegría de sus almas; aunque la Reina del cielo y tierra con la vecina hora de su divino parto estaba tan absorta y abstraída en el misterio, que nada comiera si no mediara la obediencia de su esposo.

472. Dieron gracias al Señor, como acostumbraban, después de haber comido; y deteniéndose un breve espacio en esto y en conferir los misterios del Verbo humanado, la prudentísima Virgen reconocía se le llegaba el parto felicísimo. Rogó a su esposo José se recogiese a descansar y dormir un poco, porque ya la noche corría muy adelante. Obedeció el varón divino a su esposa y la pidió que también ella hiciese lo mismo, y para esto aliñó y previno con las ropas que traían un pesebre algo ancho, que estaba en el suelo de la cueva para servicio de los animales que en ella recogían. Y dejando a María Santísima acomodada en este tálamo, se retiró el Santo José a un rincón del portal, donde se puso en oración. Fue luego visitado del Espíritu divino y sintió una fuerza suavísima y extraordinaria con que fue arrebatado y elevado en un éxtasis altísimo, donde se le mostró todo lo que sucedió aquella noche en la cueva dichosa; porque no volvió a sus sentidos hasta que le llamó la divina esposa. Y este fue el sueño que allí recibió José, más alto y más feliz que el de Adán en el paraíso (Gen 2,21 (A.)).

473. En el lugar que estaba la Reina de las criaturas fue al mismo tiempo movida de un fuerte llamamiento del Altísimo con eficaz y dulce transformación que la levantó sobre todo lo criado y sintió nuevos efectos del poder divino, porque fue este éxtasis de los más raros y admirables de su vida santísima. Luego fue levantándose más con nuevos lúmenes y cualidades que la dio el Altísimo, de los que en otras ocasiones he declarado, para llegar a la visión clara de la divinidad. Con estas disposiciones se le corrió la cortina y vio intuitivamente al mismo Dios con tanta gloria y plenitud de ciencia, que todo entendimiento angélico y humano ni lo puede explicar, ni adecuadamente entender. Renovóse en ella la noticia de los misterios de la divinidad y humanidad santísima de su Hijo, que en otras visiones se le había dado, y de nuevo se le manifestaron otros secretos encerrados en aquel archivo inexhausto del divino pecho. Y yo no tengo bastantes, capaces y adecuados términos ni palabras para manifestar lo que de estos sacramentos he conocido con la luz divina; que su abundancia y fecundidad me hace pobre de razones.

474. Le declaró el Altísimo a su Madre Virgen cómo era tiempo de salir al mundo de su virginal tálamo, y el modo cómo esto había de ser cumplido y ejecutado. Y conoció la prudentísima Señora en esta visión las razones y fines altísimos de tan admirables obras y sacramentos, así de parte del mismo Señor, como de lo que tocaba a las criaturas, para quien se ordenaban inmediatamente. Se postró ante el trono real de la divinidad y, dándole gloria y magnificencia, gracias y alabanzas por sí y las que todas las criaturas le debían por tan inefable misericordia y dignación de su inmenso amor, pidió a Su Majestad nueva luz y gracia para obrar dignamente en el servicio, obsequio, educación del Verbo humanado, que había de recibir en sus brazos y alimentar con su virginal leche. Esta petición hizo la divina Madre con humildad profundísima, como quien entendía la alteza de tan nuevo sacramento, cual era el criar y tratar como madre a Dios hecho hombre, y porque se juzgaba indigna de tal oficio, para cuyo cumplimiento los supremos serafines eran insuficientes. Prudente y humildemente lo pensaba y pesaba la Madre de la sabiduría (Eclo 24,24), y porque se humilló hasta el polvo y se deshizo toda en presencia del Altísimo, la levantó Su Majestad y de nuevo la dio título de Madre suya, y la mandó que como Madre legítima y verdadera ejercitase este oficio y ministerio: que le tratase como a Hijo del eterno Padre y juntamente Hijo de sus entrañas. Y todo se le pudo fiar a tal Madre, en que encierro todo lo que no puedo explicar con más palabras.

475. IorlEstuvo María Santísima en este rapto y visión beatífica más de una hora inmediata a su divino parto; y al mismo tiempo que salía de ella y volvía en sus sentidos, reconoció y vio que el cuerpo del niño Dios se movía en su virginal vientre, soltándose y despidiéndose de aquel natural lugar donde había estado nueve meses, y se encaminaba a salir de aquel sagrado tálamo. Este movimiento del niño no sólo no causó en la Virgen Madre dolor y pena, como sucede a las demás hijas de Adán y Eva en sus partos, pero antes la renovó toda en júbilo y alegría incomparable, causando en su alma y cuerpo virgíneo efectos tan divinos y levantados, que sobrepujan y exceden a todo pensamiento criado. Quedó en el cuerpo tan espiritualizada, tan hermosa y refulgente, que no parecía criatura humana y terrena: el rostro despedía rayos de luz como un sol entre color encarnado bellísimo, el semblante gravísimo con admirable majestad y el afecto inflamado y fervoroso. Estaba puesta de rodillas en el pesebre, los ojos levantados al cielo, las manos juntas y llegadas al pecho, el espíritu elevado en la divinidad y toda ella deificada. Y con esta disposición, en el término de aquel divino rapto, dio al mundo la eminentísima Señora al Unigénito del Padre y suyo (Lc 2,7) y nuestro Salvador Jesús, Dios y hombre verdadero, a la hora de media noche, día de domingo, y el año de la Creación del

mundo, que la Iglesia Romana enseña, de cinco mil ciento noventa y nueve; que esta cuenta se me ha declarado es la cierta y verdadera.

476. Otras circunstancias y condiciones de este divinísimo parto, aunque todos los fieles las suponen por milagrosas, pero como no tuvieron otros testigos más que a la misma Reina del cielo y sus cortesanos, no se pueden saber todas en particular, salvo las que el mismo Señor ha manifestado a su Santa Iglesia en común, o a particulares almas por diversos modos. Y porque en esto creo hay alguna variedad, y la materia es altísima y en todo venerable, habiendo yo declarado a mis preladados que me gobiernan lo que conocí de estos misterios para escribirlos, me ordenó la obediencia que de nuevo los consultase con la divina luz y preguntase a la Emperatriz del cielo mi madre y maestra, y a los santos ángeles que me asisten y sueltan las dificultades que se me ofrecen, algunas particularidades que convenían a la mayor declaración del parto sacratísimo de María, Madre de Jesús, Redentor nuestro. Y habiendo cumplido con este mandato, volví a entender lo mismo, y me fue declarado que sucedió en la forma siguiente:

477. En el término de la visión beatífica y raptado de la Madre siempre Virgen, que dejó declarado (Cf. supra n.473), nació de ella el sol de justicia, Hijo del eterno Padre y suyo, limpio, hermosísimo, refulgente y puro, dejándola en su virginal entereza y pureza más divinizada y consagrada; porque no dividió, sino que penetró el virginal claustro, como los rayos del sol, que sin herir la vidriera cristalina, la penetra y deja más hermosa y refulgente. Y antes de explicar el modo milagroso como esto se ejecutó, digo que nació el niño Dios solo y puro, sin aquella túnica que llaman *secundina* en la que nacen comúnmente enredados los otros niños y están envueltos en ella en los vientres de sus madres. Y no me detengo en declarar la causa de donde pudo nacer y originarse el error que se ha introducido de lo contrario. Basta saber y suponer que en la generación del Verbo humanado y en su nacimiento, el brazo poderoso del Altísimo tomó y eligió de la naturaleza todo aquello que pertenecía a la verdad y sustancia de la generación humana, para que el Verbo hecho hombre verdadero, verdaderamente se llamase concebido, engendrado y nacido como hijo de la sustancia de su Madre siempre Virgen. Pero en las demás condiciones que no son de esencia, sino accidentales a la generación y natividad, no sólo se han de apartar de Cristo Señor nuestro y de su Madre Santísima las que tienen relación y dependencia de la culpa original o actual, pero otras muchas que no derogan a la sustancia de la generación o nacimiento y en los mismos términos de la naturaleza contienen alguna impuridad o superfluidad no necesaria para que la Reina del cielo se llame Madre verdadera y Cristo Señor nuestro hijo suyo y que nació de ella. Porque ni estos efectos del pecado o naturaleza eran necesarios para la verdad de la humanidad santísima, ni tampoco para el oficio de Redentor o Maestro; y lo que no fue necesario para estos tres fines, y por otra parte redundaba en mayor excelencia de Cristo y de su Madre santísimos, ¿no se ha de negar a entrambos? Ni los milagros que para ello fueron necesarios se han de recatear con el Autor de la naturaleza y gracia y con la que fue su digna Madre, prevenida, adornada y siempre favorecida y hermoseedada; que la divina diestra en todos tiempos la estuvo enriqueciendo de gracias y dones y se extendió con su poder a todo lo que en pura criatura fue posible.

478. Conforme a esta verdad, no derogaba a la razón de madre verdadera que fuese virgen en concebir y parir por obra del Espíritu Santo, quedando siempre virgen. Y aunque sin culpa suya pudiera perder este privilegio la naturaleza, pero le faltara a la divina Madre tan rara y singular excelencia; y porque no estuviese y careciese de ella, se la concedió el poder de su Hijo Santísimo. También pudiera nacer el niño Dios con aquella túnica o piel que los demás, pero esto no era necesario para nacer como hijo de su legítima Madre, y por esto no la sacó consigo del vientre virginal y materno, como tampoco pagó a la naturaleza este parto otras pensiones y tributos de menos pureza que contribuyen los demás por el orden común de nacer. El Verbo humanado no era justo que pasase por las leyes comunes de los hijos de Adán, antes era como consiguiente al milagroso modo de nacer, que fuese privilegiado y libre de todo lo que pudiera ser materia de corrupción o menos limpieza; y aquella túnica secundina no se había de corromper fuera del virginal vientre, por haber estado tan contigua o continua con su cuerpo santísimo y ser parte de la sangre y sustancia materna; ni tampoco era conveniente guardarla y conservarla, ni que la tocasen a ella las condiciones y privilegios que se le comunican al divino cuerpo, para salir penetrando el de su Madre Santísima, como diré luego. Y el milagro con que se había de disponer de esta piel sagrada, si saliera del vientre, se pudo obrar mejor quedándose en él, sin salir fuera.

479. Nació, pues, el niño Dios del tálamo virginal solo y sin otra cosa material o corporal que le acompañase, pero salió glorioso y transfigurado; porque la divinidad y sabiduría infinita dispuso y ordenó que la gloria del alma santísima redundase y se comunicase al cuerpo del niño Dios al tiempo del nacer, participando los dotes de gloria, como sucedió después en el Tabor (Mt 17,2 (A.)) en presencia de los tres apóstoles. Y no fue necesaria esta maravilla para penetrar el claustro virginal y dejarle ileso en su virginal integridad, porque sin estos dotes pudiera Dios hacer otros

milagros: que naciera el niño dejando virgen a la Madre, como lo dicen los doctores santos (S. TOMÁS, *Summa*, III, q.28 a.2 ad 2. (Nota de la autora.)) que no conocieron otro misterio en esta natividad. Pero la voluntad divina fue que la beatísima Madre viese a su Hijo hombre-Dios la primera vez glorioso en el cuerpo para dos fines: el uno, que con la vista de aquel objeto divino la prudentísima Madre concibiese la reverencia altísima con que había de tratar a su Hijo, Dios y hombre verdadero; y aunque antes había sido informada de esto, con todo eso ordenó el Señor que por este medio como experimental se la infundiese nueva gracia, correspondiente a la experiencia que tomaba de la divina excelencia de su dulcísimo Hijo y de su majestad y grandeza; el segundo fin de esta maravilla fue como premio de la fidelidad y santidad de la divina Madre, para que sus ojos purísimos y castísimos, que a todo lo terreno se habían cerrado por el amor de su Hijo Santísimo, le viesen luego en naciendo con tanta gloria y recibiesen aquel gozo y premio de su lealtad y fineza.

480. El sagrado evangelista San Lucas dice (Lc 2,7) que la Madre Virgen, habiendo parido a su Hijo primogénito, le envolvió en paños y le reclinó en un pesebre. Y no declara quién le llevó a sus manos desde su virginal vientre, porque esto no pertenecía a su intento. Pero fueron ministros de esta acción los dos príncipes soberanos San Miguel y San Gabriel, que como asistían en forma humana corpórea al misterio, al punto que el Verbo humanado, penetrándose con su virtud por el tálamo virginal, salió a luz, en debida distancia le recibieron en sus manos con incomparable reverencia, y al modo que el sacerdote propone al pueblo la sagrada hostia para que la adore, así estos dos celestiales ministros presentaron a los ojos de la divina Madre a su Hijo glorioso y refulgente. Todo esto sucedió en breve espacio. Y al punto que los santos Ángeles presentaron al niño Dios a su Madre, recíprocamente se miraron Hijo y Madre santísimos, hiriendo ella el corazón del dulce niño y quedando juntamente llevada y transformada en él. Y desde las manos de los dos santos príncipes habló el Príncipe celestial a su feliz Madre, y la dijo: “Madre, asimílate a mí, que por el ser humano que me has dado quiero desde hoy darte otro nuevo ser de gracia más levantado, que siendo de pura criatura se asimile al mío, que soy Dios y hombre por imitación perfecta.” Respondió la prudentísima Madre: “*Trae me post te, in odorem unguentorum tuorum curremos*” (Cant 1,3 (A.)). “Llévame, Señor, tras de ti y correremos en el olor de tus unguentos.” Aquí se cumplieron muchos de los ocultos misterios de los Cantares; y entre el niño Dios y su Madre Virgen pasaron otros de los divinos coloquios que allí se refieren, como: “*Mi amado para mí y yo para él*” (Cant 2,16), y *se convierte para mí* (Cant 7,10). *Atiende qué hermosa eres, amiga mía, y tus ojos son de paloma. Atiende qué hermoso eres, dilecto mío*” (Cant 1,14-15); y otros muchos sacramentos que para referirlos sería necesario dilatar más de lo que es necesario este capítulo.

481. Con las palabras que oyó María Santísima de la boca de su Hijo dilectísimo juntamente la fueron patentes los actos interiores de su alma santísima unida a la divinidad, para que imitándolos se asimilase a él. Y este beneficio fue el mayor que recibió la fidelísima y dichosa Madre de su Hijo, hombre y Dios verdadero no sólo porque desde aquella hora fue continuo por toda su vida, pero porque fue el ejemplar vivo de donde ella copió la suya, con toda la similitud posible entre la que era pura criatura y Cristo hombre y Dios verdadero. Al mismo tiempo conoció y sintió la divina Señora la presencia de la Santísima Trinidad, y oyó la voz del Padre eterno que decía: “*Este es mi Hijo amado, en quien recibo grande agrado y complacencia*” (Mt 17,5). Y la prudentísima Madre, divinizada toda entre tan encumbrados sacramentos, respondió y dijo: “Eterno Padre y Dios altísimo, Señor y Criador del universo, dadme de nuevo vuestra licencia y bendición para que con ella reciba en mis brazos al deseado de las gentes (Ag 2,8), y enseñadme a cumplir en el ministerio de madre indigna y de esclava fiel vuestra divina voluntad.” Oyó luego una voz que le decía: “Recibe a tu unigénito Hijo, imítale, críale y advierte que me lo has de sacrificar cuando yo te le pida. Aliméntale como madre y reverénciale como a tu verdadero Dios.” Respondió la divina Madre: “Aquí está la hechura de vuestras divinas manos, adornadme de vuestra gracia para que vuestro Hijo y mi Dios me admita por su esclava; y dándome la suficiencia de vuestro gran poder, yo acierte en su servicio, y no sea atrevimiento que la humilde criatura tenga en sus manos y alimente con su leche a su mismo Señor y Criador.”

482. Acabados estos coloquios tan llenos de divinos misterios, el niño Dios suspendió el milagro o volvió a continuar el que suspendía los dotes y gloria de su cuerpo santísimo, quedando represada sólo en el alma, y se mostró sin ellos en su ser natural y pasible. Y en este estado le vio también su Madre purísima, y con profunda humildad y reverencia, adorándole en la postura que ella estaba de rodillas, le recibió de manos de los santos ángeles que le tenían. Y cuando le vio en las suyas, le habló y le dijo: “Dulcísimo amor mío, lumbré de mis ojos y ser de mi alma, venid en hora buena al mundo, sol de justicia (Mal 4,2), para desterrar las tinieblas del pecado y de la muerte. Dios verdadero de Dios verdadero, redimid a vuestros siervos, y vea toda carne a quien le trae la salud (Is 52,10). Recibid para vuestro obsequio a vuestra esclava y suplid mi insuficiencia para serviros. Hacedme, Hijo mío, tal como queréis que sea con vos.” Luego

se convirtió la prudentísima Madre a ofrecer su Unigénito al eterno Padre, y dijo: “Altísimo Criador de todo el universo, aquí está el altar y el sacrificio aceptable a vuestros ojos. Desde esta hora, Señor mío, mirad al linaje humano con misericordia, y cuando merezcamos vuestra indignación, tiempo es de que se aplaque con vuestro Hijo y mío. Descanse ya la justicia, y magnifíquese vuestra misericordia, pues para esto se ha vestido el Verbo divino la similitud de la carne del pecado (Rom 8,3) y se ha hecho hermano de los mortales y pecadores. Por este título los reconozco por hijos y pido con lo íntimo de mi corazón por ellos. Usted, Señor poderoso, me habéis hecho Madre de vuestro Unigénito sin merecerlo, porque esta dignidad es sobre todos merecimientos de criaturas, pero debo a los hombres en parte la ocasión que han dado a mi incomparable dicha, pues por ellos soy Madre del Verbo humanado pasible y Redentor de todos. No les negaré mi amor, mi cuidado y desvelo para su remedio. Recibid, eterno Dios, mis deseos y peticiones para lo que es de vuestro mismo agrado y voluntad.”

483. Se convirtió también la Madre de misericordia a todos los mortales, y hablando con ellos dijo: “Consuélnense los afligidos, alégrense los desconsolados, levántense los caídos, pacifíquense los turbados, resuciten los muertos, letifíquense los justos, alégrense los santos, reciban nuevo júbilo los espíritus celestiales, alviense los profetas y patriarcas del limbo y todas las generaciones alaben y magnifiquen al Señor que renovó sus maravillas. Venid, venid, pobres; llegad, párvulos, sin temor, que en mis manos tengo hecho cordero manso al que se llama león; al poderoso, flaco; al invencible, rendido. Venid por la vida, llegad por la salvación, acercaos por el descanso eterno, que para todos le tengo y se os dará de balde y le comunicaré sin envidia. No queráis ser tardos y pesados de corazón, oh hijos de los hombres. Y usted, dulce bien de mi alma, dadme licencia para que reciba de vos aquel deseado ósculo de todas las criaturas.” Con esto la felicísima Madre aplicó sus divinos y castísimos labios a las caricias tiernas y amorosas del niño Dios, que las esperaba como Hijo suyo verdadero.

484. Y sin dejarle de sus brazos, sirvió de altar y de sagrario donde los diez mil ángeles en forma humana adoraron a su Criador hecho hombre. Y como la Beatísima Trinidad asistía con especial modo al nacimiento del Verbo encarnado, quedó el cielo como desierto de sus moradores, porque toda aquella corte invisible se trasladó a la feliz cueva de Belén y adoró también a su Criador en hábito nuevo y peregrino. Y en su alabanza entonaron los santos ángeles aquel nuevo cántico: “*Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis*” - “*Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*” (Lc 2,14). Y con dulcísima y sonora armonía le repitieron, admirados de las nuevas maravillas que veían puestas en ejecución y de la indecible prudencia, gracia, humildad y hermosura de una doncella tierna de quince años, depositaria y ministra digna de tales y tantos sacramentos.

485. Ya era hora que la prudentísima y advertida Señora llamase a su fidelísimo esposo San José, que, como arriba dije (Cf. supra n.472), estaba en divino éxtasis, donde conoció por revelación todos los misterios del sagrado parto que en aquella noche se celebraron. Pero convenía también que con los sentidos corporales viese y tratase, adorase y reverenciase al Verbo humanado, antes que otro alguno de los mortales, pues él solo era entre todos escogido para dispensar fiel de tan alto sacramento. Volvió del éxtasis mediante la voluntad de su divina Esposa, y restituido en sus sentidos, lo primero que vio fue el niño Dios en los brazos de su virgen Madre, arrimado a su sagrado rostro y pecho. Allí le adoró con profundísima humildad y lágrimas. Le besó los pies con nuevo júbilo y admiración, que le arrebatara y disolviera la vida, si no le conservara la virtud divina, y los sentidos perdiera, si no fuera necesario usar de ellos en aquella ocasión. Luego que el Santo José adoró al niño, la prudentísima Madre pidió licencia a su mismo Hijo para asentarse, que hasta entonces había estado de rodillas, y administrándole San José los fajos y pañales que traían, le envolvió en ellos con incomparable reverencia, devoción y aliño, y así empañado y fajado, con sabiduría divina le reclinó la misma Madre en el pesebre, como el evangelista San Lucas dice (Lc 2,7), aplicando algunas pajas y heno a una piedra, para acomodarle en el primer lecho que tuvo Dios hombre en la tierra fuera de los brazos de su Madre. Vino luego, por voluntad divina, de aquellos campos un buey con suma presteza, y entrando en la cueva se juntó al jumentillo que la misma Reina había llevado; y ella les mandó adorasen con la reverencia que podían y reconociesen a su Criador. Obedecieron los humildes animales al mandato de su Señora y se postraron ante el niño y con su aliento le calentaron y sirvieron con el obsequio que le negaron los hombres. Así estuvo Dios hecho hombre envuelto en paños, reclinado en el pesebre entre dos animales, y se cumplió milagrosamente la profecía: *que conoció el buey a su dueño y el jumento al pesebre de su señor, y no lo conoció Israel, ni su pueblo tuvo inteligencia* (Is 1,3).

Doctrina de la Reina María Santísima.

486. “Hija mía, si los mortales tuvieran desocupado el corazón y sano juicio para considerar dignamente este gran

sacramento de piedad que el Altísimo obró por ellos, poderosa fuera su memoria para reducirlos al camino de la vida y rendirlos al amor de su Criador y Reparador. Porque siendo los hombres capaces de razón, si de ella usaran con la dignidad y libertad que deben, ¿quién fuera tan insensible y duro que no se enterneciera y moviera a la vista de su Dios humanado y humillado a nacer pobre, despreciado, desconocido, en un pesebre entre animales brutos, sólo con el abrigo de una madre pobre y desechada de la estulticia y arrogancia del mundo? En presencia de tan alta sabiduría y misterio, ¿quién se atreverá a amar la vanidad y soberbia, que aborrece y condena el Criador de cielo y tierra con su ejemplo? Ni tampoco podrá aborrecer la humildad, pobreza y desnudez, que el mismo Señor amó y eligió para sí, enseñando el medio verdadero de la vida eterna. Pocos son los que se detienen a considerar esta verdad y ejemplo, y con tan fea ingratitud son pocos los que consiguen el fruto de tan grandes sacramentos.

487. ‘Pero si la dignación de mi Hijo Santísimo se ha mostrado tan liberal contigo en la ciencia y luz tan clara que te ha dado de estos admirables beneficios del linaje humano, considera bien, carísima, tu obligación y pondera cuánto y cómo debes obrar con la luz que recibes. Y para que correspondas a esta deuda, te advierto y exhorto de nuevo que olvides todo lo terreno y lo pierdas de vista y no quieras ni admitas otra cosa del mundo más de lo que te puede alejar y ocultar de él y de sus moradores, para que desnudo el corazón de todo afecto terreno, te dispongas para celebrar en él los misterios de la pobreza, humildad y amor de tu Dios humanado. Aprende de mi ejemplo la reverencia, temor y respeto con que le has de tratar, como yo lo hacía cuando le tenía en mis brazos; y ejecutarás esta doctrina cuando tú le recibas en tu pecho en el venerable sacramento de la Eucaristía, donde está el mismo Dios y hombre verdadero que nació de mis entrañas. Y en este sacramento le recibes y tienes realmente tan cerca, que está dentro de ti misma con la verdad que yo le trataba y tenía, aunque por otro modo.

488. “En esta reverencia y temor santo quiero que seas extremada, y que también adviertas y entiendas, que con la obra de entrar Dios sacramentado en tu pecho te dice lo mismo que a mí me dijo en aquellas razones: Que me asimilase a él, como lo has entendido y escrito. El bajar del cielo a la tierra, nacer en pobreza y humildad, vivir y morir en ella con tan raro ejemplo y enseñanza del desprecio del mundo y de sus engaños, y la ciencia que de estas obras te ha dado, señalándose contigo en alta y encumbrada inteligencia y penetración, todo esto ha de ser para ti una voz viva que debes oír con íntima atención de tu alma y escribirla en tu corazón, para que con discreción hagas propios los beneficios comunes y entiendas que de ti quiere mi Hijo Santísimo y mi Señor los agradezcas y recibas, como si por ti (Gal 2,20) sola hubiera bajado del cielo a redimirte y obrar todas las maravillas y doctrina que dejó en su Iglesia Santa.”

CAPITULO 11

[Regresar al Principio](#)

Cómo los santos ángeles evangelizaron en diversas partes el nacimiento de nuestro Salvador, y los pastores vinieron a adorarle.

489. Habiendo celebrado los cortesanos del cielo en el portal de Belén el nacimiento de su Dios humanado y nuestro Reparador, fueron luego despachados algunos de ellos por el mismo Señor a diversas partes, para que evangelizasen las dichosas nuevas a los que según la divina voluntad estaban dispuestos para oírlas. El santo príncipe Miguel fue a los santos padres del limbo y les anunció cómo el Unigénito del Padre eterno hecho hombre había ya nacido y quedaba en el mundo y en un pesebre entre animales, humilde y manso cual ellos le habían profetizado. Y especialmente habló a los santos Joaquín y Ana de parte de la dichosa Madre, porque ella misma se lo ordenó, y les dio la enhorabuena de que ya tenía en sus brazos al deseado de las gentes y prenunciado de todos los profetas y patriarcas. Fue el día de mayor consuelo y alegría que en su largo destierro había tenido toda aquella gran congregación de justos y santos. Y reconociendo todos al nuevo Hombre y Dios verdadero por autor de la salvación eterna, hicieron nuevos cánticos en su alabanza y le adoraron y dieron culto. San Joaquín y Ana, por medio del parainfo del cielo San Miguel, pidieron a María su hija santísima que en su nombre reverenciase al niño Dios, fruto bendito de su virginal vientre, y así lo hizo luego la gran Reina del mundo, oyendo con extremado júbilo todo lo que el santo Príncipe le refirió de los padres del limbo.

490. Otro ángel de los que guardaban y asistían a la divina Madre fue enviado a Santa Isabel y su hijo Juan, y habiéndoles anunciado la nueva natividad del Redentor, la prudente matrona con su hijo, aunque era tan niño y tierno, se postraron en tierra y adoraron a su Dios humanado en espíritu y verdad (Jn 4,23). Y el niño que estaba consagrado para

su precursor fue renovado interiormente con nuevo espíritu más inflamado que el de Elías, causando estos misterios en los mismos ángeles nueva admiración y alabanza. Pidieron también San Juan y su madre a nuestra Reina, por medio de los ángeles, que en nombre de los dos adorase a su Hijo Santísimo y los ofreciese de nuevo a su servicio; y todo lo cumplió luego la Reina celestial.

491. Con este aviso despachó luego Santa Isabel un propio a Belén y con él envió un regalo a la feliz Madre del niño Dios, que fue algún dinero, lienzo y otras cosas para abrigo del recién nacido y de su pobre Madre y esposo. Fue el propio con solo orden que visitase a su prima y a José y que atendiese a la comodidad y necesidad que tuviesen, y de esto y su salud trajese nuevas ciertas. No tuvo este hombre más noticia del sacramento que sólo lo exterior que vio y reconoció, pero admirado y tocado de una fuerza divina volvió renovado interiormente y con júbilo admirable contó a Santa Isabel la pobreza y agrado de su deuda y del niño y José, y los efectos que de verlo todo había sentido; y en el corazón dispuesto de la piadosa matrona fueron admirables los que obró tan sincera relación. Y si no interviniera la voluntad divina para el secreto y recato de tan alto sacramento, no se pudiera contener para dejar de visitar a la Madre Virgen y al niño Dios recién nacido. De las cosas que les envió tomó alguna parte la Reina, para suplir en algo la pobreza en que se hallaba, y lo demás distribuyó con los pobres; que de éstos no quiso le faltase compañía los días que estuvo en el portal o cueva del nacimiento.

492. Fueron también otros ángeles a dar las mismas nuevas a Zacarías, a Simeón y Ana la profetisa, y a otros algunos justos y santos, de quienes se pudo fiar el nuevo misterio de nuestra redención; porque hallándolos el Señor dignamente prevenidos para recibirle con alabanza y fruto, parecía como deuda a su virtud no ocultarle el beneficio que se concedía al linaje humano. Y aunque no todos los justos de la tierra conocieron entonces este sacramento, pero en todos hubo algunos efectos divinos en la hora que nació el Salvador del mundo, porque todos los que estaban en gracia sintieron interior júbilo, nuevo y sobrenatural, ignorando la causa en particular. Y no sólo hubo mutaciones en los ángeles y en los justos, sino en otras criaturas insensibles, porque todas las influencias de los planetas se renovaron y mejoraron. El sol apresuró mucho su curso, las estrellas dieron mayor resplandor, y para los Reyes magos se formó aquella noche la milagrosa estrella (Mt 2,2) que los encaminó a Belén; muchos árboles dieron flor y otros frutos, algunos templos de ídolos se arruinaron y otros ídolos cayeron y salieron de ellos demonios. Y de todos estos milagros, y otros que fueron manifiestos al mundo aquel día, daban diferentes causas los hombres desatinando en la verdad. Sólo entre los justos hubo muchos que con impulso divino sospecharon o creyeron que Dios había venido al mundo, aunque con certeza nadie lo supo, fuera de aquellos a quienes Él mismo lo reveló. Entre ellos fueron los tres Reyes magos, a quienes enviaron otros ángeles de los custodios de la Reina, que a cada uno singularmente, donde estaban en las partes del oriente, les revelaran intelectualmente por habla interior cómo el Redentor del linaje humano había nacido en pobreza y humildad. Y con esta revelación se les infundieron nuevos deseos de buscarle y adorarle, y luego vieron la señalada estrella que los encaminó a Belén, como diré adelante (Cf. infra p.II n.552ss).

493. Entre todos fueron muy dichosos los pastores (Lc 2,8) de aquella región, que desvelados guardaban sus rebaños a la misma hora del nacimiento. Y no sólo porque velaban con aquel honesto cuidado y trabajo que padecían por Dios, mas también porque eran pobres, humildes y despreciados del mundo, justos y sencillos de corazón, eran de los que en el pueblo de Israel esperaban con fervor y deseaban la venida del Mesías, y de ella hablaban y conferían repetidas veces. Tenían mayor semejanza con el autor de la vida, tanto cuanto eran más disímiles del fausto, vanidad y ostentación mundana y lejos de su diabólica astucia. Representaban con estas nobles condiciones el oficio que venía a ejercer el Pastor bueno, a reconocer sus ovejas y ser de ellas reconocido (Jn 10,14). Por estar en tan conveniente disposición, merecieron ser citados y convidados como primicias de los santos por el mismo Señor, para que entre los mortales fuesen ellos los primeros a quien se manifestase y comunicase el Verbo eterno humanado, y de quien se diese por alabado, servido y adorado. Para esto fue enviado el mismo arcángel San Gabriel y, hallándolos en su vigilia, se les apareció en forma humana visible con gran resplandor de candidísima luz.

494. Se hallaron los pastores repentinamente rodeados y bañados de celestial resplandor, y con la vista del ángel, como poco ejercitados en tales revelaciones, temieron con gran pavor. Y el santo príncipe los animó, y les dijo: “Hombres sinceros, no queráis temer, que os evangelizo un grande gozo, y es que para vosotros ha nacido hoy el Salvador Cristo Señor nuestro en la ciudad de David. Y os doy por señal de esta verdad, que hallaréis al infante envuelto en paños y puesto en un pesebre.” A estas palabras del santo arcángel sobrevino de improviso gran multitud de celestial milicia, que con dulces voces y armonía alabaron al Muy Alto, y dijeron: “*Gloria en las alturas a Dios y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*” (Lc 2,9ss). Y repitiendo este divino cántico tan nuevo en el mundo, desaparecieron los santos

ángeles; sucediendo todo esto en la cuarta vigilia de la noche. Con esta visión angélica quedaron los humildes y dichosos pastores llenos de luz divina, encendidos y fervorosos, con deseo uniforme de lograr su felicidad y llegar a reconocer con sus ojos el misterio altísimo que ya habían percibido por el oído.

495. Las señas que les dio el santo ángel no parecían muy a propósito ni proporcionadas con los ojos de la carne para la grandeza del recién nacido; porque estar en un pesebre envuelto en humildes y pobres paños, no fueran indicios eficaces para conocer la majestad de rey, si no la penetraran con divina luz, de que fueron ilustrados y enseñados. Y porque estaban desnudos de la arrogancia y sabiduría mundana, fueron brevemente instruidos en la divina. Y confiriendo entre sí mismos lo que cada uno sentía de la nueva embajada, se determinaron de ir a toda prisa a Belén y ver la maravilla que habían oído de parte del Señor. Partieron luego sin dilación, y entrando en la cueva o portal hallaron, como dice el evangelista San Lucas (Ib. (A.)), a María, a José y al infante reclinado en el pesebre. Y viendo todo esto conocieron la verdad de lo que habían oído del niño. A esta experiencia y visión se siguió una ilustración interior que recibieron con la vista del Verbo humanado; porque cuando los pastores pusieron en él los ojos, el mismo niño divino también los miró, despidiendo de su rostro grande resplandor, con cuyos rayos y refulgencia hirió el corazón sencillo de cada uno de aquellos pobres y felices hombres, y con eficacia divina los trocó y renovó en nuevo ser de gracia y santidad, dejándolos elevados y llenos de ciencia divina de los misterios altísimos de la Encarnación y Redención del linaje humano.

496. Se postraron todos en tierra y adoraron al Verbo humanado, y no ya como hombres rústicos e ignorantes, sino como sabios y prudentes le alabaron, confesaron y engrandecieron por verdadero Dios y hombre, Reparador y Redentor del linaje humano. La divina Señora y Madre del infante Dios estaba atenta a todo lo que decían, hacían y obraban los pastores, exterior e interior, porque penetraba lo íntimo de sus corazones. Y con altísima sabiduría y prudencia confería y guardaba todas estas cosas en su pecho (Ib. 19), careándolas con los misterios que en él tenía y con las Santas Escrituras y profecías. Y como ella era entonces el órgano del Espíritu Santo y la lengua del infante, habló a los pastores y los instruyó, amonestó y exhortó a la perseverancia en el amor divino y servicio del Altísimo. Ellos también la preguntaron a su modo y respondieron muchas cosas de los misterios que habían conocido; y estuvieron en el portal desde el punto de amanecer hasta después del mediodía, que habiéndoles dado de comer nuestra gran Reina, los despidió llenos de gracias y consolación celestial.

497. En los días que estuvieron en el portal María Santísima, el niño y José, volvieron algunas veces a visitarlos estos santos pastores y les trajeron algunos regalos de lo que su pobreza alcanzaba. Y lo que el evangelista San Lucas dice (Ib. 18 (A.)), que se admiraban los que oyeron hablar a los pastores de lo que habían visto, no sucedió hasta después que la Reina con el niño y José se fue y se alejó de Belén; porque lo dispuso así la divina sabiduría y que no lo pudiesen publicar antes los pastores. Y no todos los que los oyeron les dieron crédito, juzgándolos algunos por gente rústica e ignorante, pero ellos fueron santos y llenos de ciencia divina hasta la muerte. Entre los que les dieron crédito fue Herodes, aunque no por fe ni piedad santa, sino por el temor mundano y pésimo de perder el reino. Y entre los niños que quitó la vida, fueron algunos hijos de estos santos hombres, que también merecieron esta grande dicha, y sus padres los ofrecieron con alegría al martirio, que ellos deseaban, y a padecer por el Señor que conocían.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

498. “Hija mía, tan reprehensible es como ordinario y común entre los mortales el olvido y poca advertencia en las obras de su Reparador, siendo así que todas fueron misteriosas, llenas de amor, de misericordia y enseñanza para ellos. Tú fuiste llamada y escogida para que con la ciencia y luz que recibes no incurras en esta peligrosa torpeza y grosería; y así quiero que en los misterios que has escrito ahora atiendas y ponderes el ardentísimo amor de mi Hijo Santísimo en comunicarse a los hombres luego que nació en el mundo, para que sin dilación participasen el fruto y alegría de su venida. No conocen esta obligación los hombres, porque son pocos los que penetran las que tienen a tan singulares beneficios, como también fue poco el número de los que en naciendo vieron al Verbo humanado y le agradecieron su venida. Pero ignoran la causa de su desdicha y ceguera, que ni fue ni es de parte del Señor ni de su amor, sino de los pecados y mala disposición de los mismos hombres; porque si no lo impidiera o desmereciera su mal estado, a todos o a muchos se les hubiera dado la misma luz que se les dio a los justos, a los pastores y a los Reyes. Y de haber sido tan pocos, entenderás cuán infeliz estado tenía el mundo cuando el Verbo humanado nació en él; y el desdichado que ahora tiene, cuando están con más evidencia y tan pocas memorias para el retorno debido.

499. “Pondera ahora la indisposición de los mortales en el siglo presente, donde estando la luz del Evangelio tan declarada y confirmada con las obras y maravillas que Dios ha obrado en su Iglesia, con todo eso son tan pocos los perfectos y que se quieran disponer para la mayor participación de los efectos y fruto de la Redención. Y aunque por ser tan dilatado el número de los necios (Ecl 1,15) y tan desmesurados los vicios, piensan algunos que son muchos los perfectos, porque no los ven tan atrevidos contra Dios. No son tantos como se piensa, y muchos menos de los que debían ser, cuando está Dios tan ofendido de los infieles y tan deseoso de comunicar los tesoros de su gracia a la Iglesia Santa por los merecimientos de su Unigénito hecho hombre. Advierte, pues, carísima, a qué te obliga la noticia tan clara que recibes de estas verdades. Vive atenta, cuidadosa y desvelada para corresponder a quien te obliga tanto, sin que pierdas tiempo, ni lugar, ni ocasión en obrar lo más santo y perfecto que conoces; pues no cumplirás con menos. Mira que te amonesto, compelo y mando que no recibas en vano (2 Cor 6,1) favor tan singular, no tengas ociosa la gracia y la luz, sino obra con plenitud de perfección y agradecimiento.”

CAPITULO 12

[Regresar al Principio](#)

Lo que se le ocultó al demonio del misterio del nacimiento del Verbo humanado y otras cosas hasta la Circuncisión.

500. Para todos los mortales fue dichosa y felicísima la venida del Verbo eterno humanado al mundo, cuanto era de parte del mismo Señor, porque vino para dar vida y luz a todos los que estábamos en las tinieblas y sombras de la muerte (Lc 1,79 (A.)). Y si los réprobos e incrédulos tropezaron y ofenden en esta piedra angular (Rom 9,33), buscando su ruina donde podían y debían hallar la Resurrección a la eterna vida, esto no fue culpa de la piedra, mas antes de quien la hizo piedra de escándalo, ofendiendo en ella. Sólo para el infierno fue terrible la Natividad del niño Dios, que era el fuerte y el invencible que venía a despojar de su tirano imperio a aquel fuerte armado (Lc 11,21 (A.)) de la mentira, que guardaba su castillo con pacífica pero injusta posesión de largo tiempo. Para derribar a este príncipe del mundo y de las tinieblas fue justo que se le ocultase el sacramento de esta venida del Verbo, pues no sólo era indigno por su malicia para conocer los misterios de la sabiduría infinita, pero convenía que la divina providencia diese lugar para que la propia malicia de este enemigo le cegase y oscureciese; pues con ella había introducido en el mundo el engaño y ceguera de la culpa, derribando a todo el linaje de Adán en su caída.

501. Por esta disposición divina se le ocultaron a Lucifer y sus ministros muchas cosas que naturalmente pudieran conocer en la natividad del Verbo y en el discurso de su vida santísima, como en esta Historia es forzoso repetir algunas veces (Cf. supra n.326; infra n.928, 937, 995, etc.). Porque si conociera con certeza que Cristo era Dios verdadero, es evidente que no le procurara la muerte, antes se la impidiera (1 Cor 2,8 (A.)), de que diré más en su lugar (Cf. infra n.1205,1251,1324). En el misterio de la natividad sólo conoció que María Santísima había parido un hijo en pobreza y en el portal desamparado y que no halló posada ni abrigo, y después la circuncisión del niño y otras cosas que supuesta su soberbia más podían deslumbrarle la verdad que declarársela. Pero no conoció el modo del nacimiento, ni que la feliz Madre quedó Virgen, ni que lo estaba antes, ni conoció las embajadas de los ángeles a los justos, ni a los pastores, ni sus pláticas, ni la adoración que dieron al niño Dios, ni después vio la estrella, ni supo la causa de la venida de los Reyes, y aunque los vieron hacer la jornada juzgaron era por otros fines temporales. Tampoco penetraron la causa de la mudanza que hubo en los elementos, astros y planetas, aunque vieron sus mutaciones y efectos, pero se les ocultó el fin y la plática que los Magos tuvieron con Herodes, y su entrada en el portal y la adoración y dones que ofrecieron. Y aunque conocieron el furor de Herodes, a que ayudaron contra los niños, pero no entendieron su depravado intento por entonces, y así fomentaron su crueldad. Y aunque Lucifer conjeturó si buscaba al Mesías, le pareció disparate y hacía irrisión de Herodes, porque en su soberbio juicio era desatino pensar que el Verbo, cuando venía a señorearse del mundo, fuese con modo oculto y humilde, sino con ostentoso poder y majestad, de que estaba tan lejos el niño Dios, nacido de madre pobre y despreciada de los hombres.

502. Con este engaño Lucifer, habiendo reconocido algunas novedades de las que sucedieron en la natividad, juntó a sus ministros en el infierno, y les dijo: “No hallo causa para temer por las cosas que en el mundo hemos reconocido, porque la mujer a quien tanto hemos perseguido, aunque ha parido un hijo, pero esto ha sido en suma pobreza, y tan desconocido que no halló una posada donde recogerse; y todo esto bien conocemos cuán lejos está del poder que Dios tiene y de su grandeza. Y si ha de venir contra nosotros, como no se nos ha mostrado y entendido no son fuerzas las

que tiene para resistir a nuestra potencia, no hay que temer que éste sea el Mesías, y más viendo que tratan de circuncidarlo como a los demás hombres; que esto no viene a propósito con haber de ser salvador del mundo, pues él necesita del remedio de la culpa. Todas estas señales son contra los intentos de venir Dios al mundo, y me parece podemos estar seguros por ahora de que no ha venido.” Aprobaron los ministros de maldad este juicio de su dañada cabeza y quedaron satisfechos de no haber nacido el Mesías, porque todos eran cómplices en la malicia que los oscurecía y persuadía. (Sab 2,21). No cabía en la vanidad y soberbia implacable de Lucifer que se humillase la Majestad y Grandeza; y como él apetecía el aplauso y ostentación, reverencia y magnificencia, y si pudiera conseguir y alcanzar que todas las criaturas le adoraran las obligara a ello, por esto no cabía en su juicio que, siendo poderoso Dios para hacerlo, consintiese lo contrario y se sujetase a la humildad, que él tanto aborrecía.

503. Oh hijos de la vanidad, ¡qué ejemplares son éstos para nuestro desengaño! Mucho nos debe atraer y compeler la humildad de Cristo nuestro bien y maestro, pero si ésta no nos mueve, deténganos y atemorícenos la soberbia de Lucifer. ¡Oh vicio y pecado formidable sobre toda ponderación humana; pues a un ángel lleno de ciencia de tal manera le oscureciste, que de la bondad infinita del mismo Dios aun no pudo hacer otro juicio más del que hizo de sí mismo y de su propia malicia! Pues ¿qué discurrirá el hombre, que por sí es ignorante, si se le junta la soberbia y la culpa? ¡Oh infeliz y necio Lucifer! ¿Cómo desatinaste en una cosa tan llena de razón y hermosura? ¿Qué hay más amable que la humildad y mansedumbre junta con la majestad y el poder? ¿Por qué ignoras, vil criatura, que el no saberse humillar es flaqueza de juicio y nace de corazón abatido? El que es magnánimo y verdaderamente grande no se paga de la vanidad, ni sabe apetecer lo que es tan vil, ni le puede satisfacer lo falaz y aparente. Manifiesta cosa es que para la verdad eres tenebroso y ciego y guía oscurísima de los ciegos (Mt 15,14), pues no alcanzaste a conocer que la grandeza y bondad del amor divino se manifestaba y engrandecía con humildad y obediencia hasta la muerte de cruz (Flp 2,8).

504. Todos los engaños y demencia de Lucifer y sus ministros miraba la Madre de la sabiduría y Señora nuestra, y con digna ponderación de tan altos misterios confesaba y bendecía al Señor, porque los ocultaba de los soberbios y arrogantes y los revelaba a los humildes y pobres (Mt 11,25), comenzando a vencer la tiranía del demonio. Hacía la piadosa Madre fervientes oraciones y peticiones por todos los mortales, que por sus propias culpas eran indignos de conocer luego la luz que para su remedio había nacido en el mundo, y todo lo presentaba a su Hijo dulcísimo con incomparable amor y compasión de los pecadores. Y en estas obras gastaba la mayor parte del tiempo que se detuvo en el portal del nacimiento. Pero como aquel puesto era desacomodado y tan expuesto a las inclemencias del tiempo, estaba la gran Señora más cuidadosa del abrigo de su tierno y dulce infante, y como prudentísima trajo prevenido un mantillo con que abrigarle, a más de los fajos ordinarios, y cubriéndole con él le tenía continuamente en el sagrado tabernáculo de sus brazos, si no es cuando se le daba a su esposo San José, que para hacerle más dichoso quiso también le ayudase en esto y sirviese a Dios humanado en el ministerio de padre.

505. La primera vez que el santo esposo recibió al niño Dios en los brazos, le dijo María Santísima: “Esposo y amparo mío, recibid en vuestros brazos al Criador del cielo y tierra y gozad su amable compañía y dulzura, para que mi Señor y Dios tenga en vuestro obsequio sus regalos y delicias (Prov 8,31). Tomad el tesoro del eterno Padre y participad del beneficio del linaje humano.” Y hablando interiormente con el niño Dios, le dijo: “Amor dulcísimo de mi alma y lumbre de mis ojos, descansad en los brazos de vuestro siervo y amigo José mi esposo; tened con él vuestros regalos y por ellos disimulad mis groserías. Siento mucho estar sin vos un solo instante, pero a quien es digno quiero sin envidia comunicar el bien (Sab 7,13) que con verdad recibo.” El fidelísimo esposo, reconociendo su nueva dicha, se humilló hasta la tierra y respondió: Señora y Reina del mundo, esposa mía, ¿cómo yo, indigno, me atreveré a tener en mis brazos al mismo Dios, en cuya presencia tiemblan las columnas del cielo (Job 26,11)? ¿Cómo este vil gusanillo tendrá ánimo para admitir tan peregrino favor? Polvo y ceniza soy, pero vos, Señora, suplid mi poquedad y pedid a Su Alteza me mire con clemencia y me disponga con su gracia.

506. Entre el deseo de recibir al niño Dios y el temor reverencial que detenía al santo esposo, hizo actos heroicos de amor, de fe, de humildad y profunda reverencia, y con ella y un temblor prudentísimo, puesto de rodillas, le recibió de las manos de su Madre Santísima, derramando dulcísimas y copiosas lágrimas de júbilo y alegría tan nueva para el dichoso santo, como lo era el beneficio. El niño Dios le miró con semblante caricioso y al mismo tiempo le renovó todo en el interior con tan divinos efectos, que no es posible reducirlos a palabras. Hizo el santo esposo nuevos cánticos de alabanza, hallándose enriquecido con tan magníficos beneficios y favores. Y después que por algún tiempo había gozado su espíritu de los efectos dulcísimos que recibió de tener en sus manos al mismo Señor que en la suya encierra los cielos y la tierra, se le volvió a la feliz y dichosa Madre, estando entrambos María y José arrodillados para

darle y recibirle. Y con esta reverencia le tomaba siempre y le dejaba de sus brazos la prudentísima Señora, y lo mismo hacía su esposo cuando le tocaba esta dichosa suerte. Y antes de llegar a Su Majestad, hacían tres genuflexiones, besando la tierra con actos heroicos de humildad, culto y reverencia que ejercitaban la gran Reina y el bienaventurado San José, cuando le daban y recibían de uno a otro.

507. Cuando la divina Madre juzgó que ya era tiempo de darle el pecho, con humilde reverencia pidió licencia a su mismo Hijo, porque si bien le debía alimentar como a Hijo y hombre verdadero, le miraba juntamente como a verdadero Dios y Señor y conocía la distancia del ser divino infinito al de pura criatura, como ella era. Y como esta ciencia en la prudentísima Virgen era indefectible, sin mengua ni intervalo, ni una pequeña inadvertencia no tuvo. Siempre atendía a todo y comprendía y obraba con plenitud lo más alto y perfecto, y así cuidaba de alimentar, servir y guardar a su niño Dios, no con conturbada solicitud, sino con incesante atención, reverencia y prudencia, causando nueva admiración a los mismos ángeles, cuya ciencia no llegaba a comprender las heroicas obras de una doncella tierna y niña. Y como siempre la asistían corporalmente desde que estuvo en el portal del nacimiento, la servían y administraban en todas las cosas que eran necesarias para el obsequio del niño Dios y de la misma Madre. Y todos juntos estos misterios son tan dulces y admirables y tan dignos de nuestra atención y memoria, que no podemos negar cuán reprehensible es nuestra grosería en olvidarlos y cuán enemigos somos de nosotros mismos privándonos de su memoria y los divinos efectos que con ella sienten los hijos fieles y agradecidos.

508. Con la inteligencia que se me ha dado de la veneración con que María Santísima y el glorioso San José trataban al niño Dios humanado y la reverencia de los coros angélicos, pudiera alargar mucho este discurso; pero aunque no lo hago, quiero confesar me hallo en medio de esta luz muy turbada y reprendida, conociendo la poca veneración con que audazmente he tratado con Dios hasta ahora, y las muchas culpas que en esto he cometido se me han hecho patentes. Para asistir en estas obras a la Reina, todos los ángeles santos que la acompañaban estuvieron en forma humana visible, desde el nacimiento hasta que con el niño fue a Egipto, como adelante diré (Cf. *infra* n.619ss). Y el cuidado de la humilde y amorosa Madre con su niño Dios era tan incesante, que sólo para tomar algún sustento le dejaba de sus brazos en los de San José algunas veces y otras en los de los santos príncipes Miguel y Gabriel; porque estos dos arcángeles le pidieron que mientras comían o trabajaba San José, se le diese a ellos. Y así lo dejaba en manos de los ángeles, cumpliéndose admirablemente lo que dijo David (Sal 90,12 (A.)): “En sus manos te llevarán, etc.” No dormía la diligentísima Madre por guardar a su Hijo Santísimo, hasta que Su Majestad le dijo que durmiese y descansase. Y para esto, en premio de su cuidado, le dio un linaje de sueño más nuevo y milagroso del que hasta entonces había tenido, cuando juntamente dormía y su corazón velaba, continuando o no interrumpiendo las inteligencias y contemplación divina. Pero desde este día añadió el Señor otro milagro a éste, y fue que dormía la gran Señora lo que era necesario y tenía fuerza en los brazos para sustentar y tener al niño como si velara, y le miraba con el entendimiento, como si le viera con los ojos del cuerpo, conociendo intelectualmente todo lo que hacía ella y el niño exteriormente. Y con esta maravilla se ejecutó lo que dijo en los Cantares (Cant 5,2 (A.)): “Yo duermo y mi corazón vela.”

509. Los cánticos de alabanza y gloria del Señor que hacía nuestra Reina celestial al niño, alternando con los santos ángeles y también con su esposo José, no puedo explicarlos con mis cortas razones y limitados términos; y de solo esto había mucho que escribir porque eran muy continuos, pero su noticia está reservada para especial gozo de los escogidos. Entre los mortales fue dichosísimo y privilegiado en esto el fidelísimo José, que muchas veces los participaba y entendía. Y a más de este favor gozaba de otro para su alma de singular aprecio y consuelo, que la prudentísima esposa le daba; porque muchas veces hablando con él del niño le nombrada *nuestro Hijo*, no porque fuese hijo natural de José el que sólo era hijo del eterno Padre y de sola su Madre Virgen, pero porque en el juicio de los hombres era reputado por hijo de José. Y este favor y privilegio del santo era de incomparable gozo y estimación para él, y por esto se le renovaba la divina Señora su esposa.

Doctrina que me dio la Reina y Señora del cielo.

510. “Hija mía, te veo con devota emulación de la dicha de mis obras, de las de mi esposo y de mis ángeles en la compañía de mi Hijo Santísimo, porque le teníamos a la vista como tú lo desearas, si fuera posible. Y quiero consolarte y encaminar tu afecto en lo que debes y puedes obrar según tu condición, para conseguir en el grado posible la felicidad que en nosotros ponderas y te lleva el corazón. Advierte, pues, carísima, lo que bastamente has podido conocer de los diferentes caminos por donde lleva Dios en su Iglesia a las almas a quienes ama y busca con paternal afecto. Esta ciencia has podido alcanzar con la experiencia de tantos llamamientos y luz particular como has recibido,

hallando siempre al Señor a las puertas de tu corazón, llamando (Ap. 3,20) y esperando tanto tiempo, solicitándote con repetidos favores y doctrina altísima, para enseñarte y asegurarte de que su dignación te ha dispuesto y señalado para el estrecho vínculo de amor y trato suyo, y para que tú con atentísima solicitud procures la pureza grande que para esta vocación se requiere.

511. “Tampoco ignoras, pues te lo enseña la fe, que Dios está en todo lugar por presencia, esencia y potencia de su divinidad, y que le son patentes todos tus pensamientos, tus deseos y gemidos, sin que ninguno se le oculte. Y si con esta verdad trabajas como fiel sierva para conservar la gracia que recibes por medio de los sacramentos santos y por otros conductos de la divina disposición, estará contigo el Señor por otro modo de especial asistencia, y con ella te amará y regalará como a esposa dilecta suya. Pues si todo esto conoces y lo entiendes, dime ahora, ¿qué te queda que desear y envidiar, cuando tienes el lleno de tus ansias y suspiros? Lo que te resta y yo de ti quiero, es que con esa emulación santa trabajes por imitar la conversación y condición de los ángeles, la pureza de mi esposo, y copiar en ti la forma de mi vida, en cuanto fuere posible, para que seas digna morada del Altísimo. En ejecutar esta doctrina has de poner todo el esfuerzo y deseo o emulación con que quisieras haberte hallado, donde vieras y adoraras a mi Hijo Santísimo en su nacimiento y niñez; porque si me imitas, segura puedes estar que me tendrás por tu maestra y amparo, y al Señor en tu alma con segura posesión. Y con esta certeza le puedes hablar, regalándote con él y abrazándole, como quien le tiene consigo, pues para comunicar estas delicias con las almas puras y limpias tomó carne humana y se hizo niño. Pero siempre le mira como a grande y como Dios, aunque niño, para que las caricias sean con reverencia y el amor con el santo temor; pues lo uno se le debe, y a lo otro se digna por su inmensa bondad y magnífica misericordia.

512. En este trato del Señor has de ser continua y sin intervalos de tibieza que le cause hastío, porque tu ocupación legítima y de asiento ha de ser el amor y alabanza de su ser infinito. Todo lo demás quiero que tomes muy de paso, de manera que apenas te hallen las cosas visibles y terrenas para detenerte un punto en ellas. En este vuelo te has de juzgar, y que no tienes otra cosa a que atender de veras, fuera del sumo y verdadero bien que buscas. A mí sola has de imitar, sólo para Dios has de vivir; todo lo demás ni ha de ser para ti, ni tú para ello. Pero los dones y bienes que recibes, quiero los dispenses y comuniques para beneficio de tus prójimos, con el orden de la caridad perfecta, que por eso no se evacua (1 Cor 13,8), antes se aumenta más. En esto has de guardar el modo que te conviene, según tu condición y estado, como otras veces te he mostrado y enseñado.”

CAPITULO 13

[Regresar al Principio](#)

Conoció María Santísima la voluntad del Señor para que su Hijo unigénito se circuncidase, y trátalo con San José; viene del cielo el nombre santísimo de Jesús.

513. Luego que la prudentísima Virgen se halló Madre con la Encarnación del Verbo Divino en sus entrañas, comenzó a conferir consigo misma los trabajos y penalidades que su Hijo dulcísimo venía a padecer. Y como la noticia que tenía de las Escrituras era tan profunda, comprendía en ellas todos los misterios que contenían, y con esta ciencia iba previniendo y pesando con incomparable compasión lo que había de padecer por la Redención humana. Este dolor previsto y prevenido con tanta ciencia, fue un prolongado martirio de la mansísima Madre del Cordero que había de ser sacrificado. Pero en cuanto al misterio de la circuncisión, que había de ser tras del nacimiento, no tenía la divina Señora orden expreso ni conocimiento de la voluntad del eterno Padre. Con esta suspensión solicitaba la compasión, los afectos y dulce voz de la tierna y amorosa Madre. Consideraba ella con su prudencia que su Hijo Santísimo venía a honrar su ley, acreditándola con guardarla y confirmándola con la ejecución y cumplimiento, y que a más de esto venía a padecer por los hombres y que su ardentísimo amor no rehusaba el dolor de la circuncisión, y que por otros fines podría ser conveniente admitirla.

514. Por otra parte, el maternal amor y compasión la inclinaban a excusar a su dulcísimo niño de padecer esta penalidad, si fuera posible; y también porque la circuncisión era sacramento para limpiar del pecado original, de que el infante Dios estaba tan libre, sin haberle contraído en Adán. Con esta indiferencia entre el amor de su Hijo Santísimo y la obediencia del eterno Padre, hizo la prudentísima Señora muchos actos heroicos de virtudes, de incomparable agrado para Su Majestad. Y aunque pudiera salir de esta duda, preguntando al Señor luego lo que había de hacer, pero

como era igualmente prudente y humilde se detenía. Ni tampoco lo preguntó a sus ángeles, porque con admirable sabiduría aguardaba el tiempo y sazón oportuno y conveniente de la divina providencia en todas las cosas y jamás se adelantaba con ahogo ni curiosidad a inquirir ni saber las cosas por orden sobrenatural extraordinario, y mucho menos cuando esto había de ser para aliviarse de alguna pena. Y cuando ocurría negocio grave y dudoso, en que se podía atravesar ofensa del Señor, o algún urgente suceso para el bien de las criaturas en que era necesario saber la divina voluntad, pedía primero licencia para suplicarle la declarase su agrado y beneplácito.

515. Y no es esto contrario a lo que en otra parte dejo escrito en el primer tomo, lib. II, cap. 10, que María Santísima nada hacía sin pedir al Señor licencia y consultarlo con Su Majestad, porque esta conferencia y conocimiento del beneplácito divino no era inquiriendo con deseo de extraordinaria revelación, que en esto, como queda dicho, era detenida y prudentísima, y en casos raros las pedía; pero sin nueva revelación consultaba la luz habitual y sobrenatural del Espíritu Santo, que la gobernaba y encaminaba en todas sus acciones, y levantando allí la vista interior, conocía en ella la mayor perfección y santidad en obrar las cosas y en las acciones comunes. Y aunque es verdad que la Reina del cielo tenía diferentes razones y como especial derecho para pedir al Señor el conocimiento de su voluntad por cualquier modo, pero como era la gran Señora ejemplar y norma de santidad y discreción, no se valía de este orden y gobierno, salvo en los casos que convenía, y en lo demás se regía cumpliendo a la letra lo que dijo David (Sal 122,2 (A.)): *“Como los ojos de la esclava en las manos de su señora, así están mis ojos en las del Señor, hasta que su misericordia sea con nosotros.”* Pero esta luz ordinaria en la Señora del mundo era mayor que en todos los mortales juntos, y en ella pedía el *fiat* que conocía de la voluntad divina.

516. El misterio de la circuncisión era particular y único y pedía especial ilustración del Señor, y ésta esperaba la prudente Madre oportunamente; y en el ínterin, hablando con la ley que la ordenaba, decía entre sí misma: *“¡Oh ley común, justa y santa eres, pero muy dura para mi corazón, si le has de herir en quien es su vida y dueño verdadero! ¡Que seas rigurosa para limpiar de culpa a quien la tiene, justo es; pero que ejecutes tu fuerza en el inocente que no pudo tener delito, exceso de rigor parece, si no te acredita su amor! ¡Oh si fuera gusto de mi amado excusar esta pena! Pero ¿cómo la rehusará quien viene a buscarlas y a abrazarse con la cruz, a cumplir y perfeccionar la ley (Mt 5,17)? ¡Oh cruel instrumento, si ejecutaras el golpe en mi propia vida y no en el dueño que me la dio! Oh Hijo mío, dulce amor y lumbre de mi alma, ¿posible es que tan presto derramaréis la sangre que vale más que el cielo y tierra? Mi amorosa pena me inclina a excusar la vuestra y eximiros de la ley común que como a tu autor no os comprende, mas el deseo de cumplir con ella me obliga a entregaros a su rigor, si usted, dulce vida mía, no conmutáis la pena en que yo la padezca. El ser humano que tenéis de Adán, yo, Señor mío, os le he dado, pero sin mácula de culpa, y para esto dispensó conmigo vuestra omnipotencia en la común ley de contraerla. Por la parte que sois Hijo del eterno Padre y figura de su sustancia (Heb 1,3) por la generación eterna, distáis infinito del pecado. Pues ¿cómo, Dueño mío, queréis sujetaros a la ley de su remedio? Pero ya veo, Hijo mío, que sois Maestro y Redentor de los hombres y que habéis de confirmar con ejemplo la doctrina y no perderéis punto en esto. ¡Oh Padre eterno, si es posible, pierda el cuchillo ahora su rigor y la carne su sensibilidad, ejecútese el dolor en este vil gusano, cumpla con la ley vuestro unigénito Hijo y sienta yo sola su dolorosa pena! ¡Oh cruel, oh inhumana culpa que tan presto das lo acedo a quien no te pudo cometer! ¡Oh hijos de Adán, aborreced y temed al pecado, que para su remedio ha menester derramar sangre y penas del mismo Dios y Señor!”*

517. Este dolor mezclaba la piadosa Madre con el gozo de ver nacido y en sus brazos al Unigénito del Padre, y así lo pasó los días que hubo hasta la circuncisión, acompañándola en él su castísimo esposo José, porque sólo con él habló del misterio, aunque fueron pocas palabras por la compasión y lágrimas de entrambos. Y antes que se cumplieran los ocho días del nacimiento, la prudentísima Reina puesta en la presencia del Señor habló con Su Majestad sobre su duda, y le dijo: *“Altísimo Rey, padre de mi Señor, aquí está vuestra esclava con el verdadero sacrificio y hostia en las manos. Mi gemido y su causa no están ocultos a vuestra sabiduría (Sal 37,10). Conozca yo, Señor, vuestro divino beneplácito en lo que debo hacer con vuestro Hijo y mío para cumplir con la ley. Y si con padecer yo los dolores de su rigor y mucho más, puedo rescatar a mi dulcísimo niño y Dios verdadero, aparejado está mi corazón (Sal 56,8), y también para no excusarlos, si por vuestra voluntad ha de ser circuncidado.”*

518. La respondió el Altísimo, diciendo: *“Hija y paloma mía, no se aflija tu corazón por entregar a tu Hijo al cuchillo y al dolor de la circuncisión, pues yo le envié al mundo para darle ejemplo y para que dé fin a la ley de Moisés cumpliéndola enteramente. Si el hábito de la humanidad, que tú le has dado como madre natural, ha de ser roto con la herida de su carne y juntamente de tu alma, también padece en la honra, siendo Hijo natural mío por eterna*

generación, imagen de mi sustancia, igual conmigo en naturaleza, majestad y gloria, pues le entrego a la ley y sacramento que quita el pecado, sin manifestar a los hombres que no puede tenerle. Ya sabes, hija mía, que para éste y otros mayores trabajos me has de entregar a tu Unigénito y mío. Déjale, pues, que derrame su sangre y me dé primicias de la salud eterna de los hombres.”

519. Con esta determinación del eterno Padre se conformó la divina Señora, como cooperadora de nuestro remedio, con tanta plenitud de toda santidad que no cabe en razones humanas. Ofrecióle luego con rendida obediencia y con ardentísimo amor a su Hijo unigénito, y dijo: “Señor y Dios altísimo, la víctima y hostia de vuestro aceptable sacrificio ofrezco con todo mi corazón, aunque lleno de compasión y de dolor de que los hombres hayan ofendido a vuestra bondad inmensa, de manera que sea necesaria satisfacción de persona que sea Dios. Eternamente os alabo, porque con infinito amor miráis a la criatura, no perdonando a vuestro mismo Hijo (Rom 8,32) por su remedio. Yo, que por vuestra dignación soy Madre suya, debo sobre todos los mortales y demás criaturas estar rendida a vuestro beneplácito, y así os entrego al mansísimo Cordero que ha de quitar los pecados del mundo por su inocencia. Pero si posible es que se temple el rigor de este cuchillo en mi dulce niño, acrecentándose en mi pecho, poderoso es vuestro brazo para conmutarlo.”

520. Salió de esta oración María Santísima, y sin manifestar a San José lo que en ella había entendido, con rara prudencia y razones dulcísimas le previno para disponer la circuncisión (Lc 2,21) del niño Dios. Le dijo, como consultándole y pidiéndole su parecer, que llegándose ya al tiempo señalado por la ley (Gen 17,12) para la circuncisión del divino infante, parecía forzoso cumplir con ella, pues no tenían orden para hacer lo contrario; y que los dos estaban más obligados al Altísimo que todas las criaturas juntas y debían ser más puntuales en cumplir sus preceptos y más rendidos a padecer por su amor, en retorno de tan incomparable deuda y en el cuidado de servir a su Hijo Santísimo, estando en todo pendientes de su divino beneplácito. A estas razones la respondió el santísimo esposo con suma veneración y grande sabiduría, y dijo que en todo se conformaba con la divina voluntad manifestada con la ley común, pues no sabía otra cosa del Señor; y que el Verbo humanado, aunque en cuanto Dios no estaba sujeto a la ley, pero que vestido de la humanidad, siendo en todo perfectísimo Maestro y Redentor, gustaría de conformarse con los demás hombres en su cumplimiento. Y preguntó a su divina esposa cómo se había de ejecutar la circuncisión.

521. Respondió María Santísima que, cumpliendo la ley en sustancia, en el modo le parecía que fuese como en los demás niños que se circuncidaban, pero que ella no debía dejarle ni entregarle a otra persona alguna, que le llevaría y tendría en sus brazos. Y porque la complexión y delicadeza natural del niño será causa para sentir más el dolor que los demás circuncidados, es razón prevenir la medicina que a la herida se suele aplicar a otros niños. Y a más de esto pidió a San José buscarse luego un pornito de cristal o vidrio en que recibir la sagrada reliquia de la circuncisión del niño Dios, para guardarla consigo. Y en el ínterin la advertida Madre previno paños en que cayese la sangre que se había de comenzar a verter en precio de nuestro rescate, para que ni una gota no se perdiese ni cayese entonces en la tierra. Preparado todo esto, dispuso la divina Señora que San José avisase y pidiese al sacerdote que viniese a la cueva, porque el niño no saliese de allí, y por su mano se hiciese la circuncisión, como ministro más decente y digno de tan oculto y grande misterio.

522. Luego trataron María Santísima y San José del nombre que al niño Dios habían de dar en la circuncisión, y el santo esposo dijo: “Señora mía, cuando el Angel del Altísimo me declaró este gran sacramento, me ordenó también que a vuestro sagrado Hijo le llamásemos JESÚS.” Respondió la Virgen Madre: “El mismo nombre me declaró a mí cuando tomó carne en mi vientre; y sabiendo el nombre de la boca del Altísimo por sus ministros los ángeles, justo es que con humilde reverencia veneremos los ocultos juicios e inescrutables de su sabiduría infinita en este santo nombre, y que mi Hijo y Señor se llame JESÚS. Y así se lo manifestaremos al sacerdote, para que escriba este divino nombre en el registro de los demás niños circuncisos.”

523. Estando la gran Señora del cielo y San José en esta conferencia, descendieron de las alturas innumerables ángeles en forma humana con vestiduras blancas y refulgentes, descubriendo unos resaltos de encarnado, todos de admirable hermosura. Traían palmas en las manos y coronas en las cabezas, que cada una despedía de sí mayor claridad que muchos soles, y en comparación de la belleza de estos santos príncipes, todo lo visible y hermoso de la naturaleza parece fealdad. Pero lo que más sobresalía en su hermosura, era una divisa o venera en el pecho, como grabada o embutida en él, debajo un viril en que cada uno tenía escrito el nombre dulcísimo de JESÚS. Y la luz y refulgencia que despedía cada uno de los nombres excedía a la de todos los ángeles juntos, con que venía a ser la variedad en

tanta multitud tan rara y peregrina, que ni con palabras se puede explicar, ni con nuestra imaginación percibir. Se partieron estos santos ángeles en dos coros en la cueva, mirando todos a su Rey y Señor en los virginales brazos de la felicísima Madre. Venían como por cabezas de este ejército los dos grandes príncipes San Miguel y San Gabriel, con mayor resplandor que los otros ángeles, y a más de todos ellos traían los dos en las manos el nombre santísimo de JESÚS, escrito con mayores letras en unas como tarjetas de incomparable resplandor y hermosura.

524. Se presentaron los dos príncipes singularmente a su Reina, y la dijeron: Señora, éste es el nombre de vuestro Hijo, que está escrito en la mente de Dios desde *ab aeterno*, y toda la Beatísima Trinidad se le ha dado a vuestro Unigénito y Señor nuestro, con potestad de salvar al linaje humano; y le asienta en la silla y trono de David, reinará en él, castigará a sus enemigos y triunfando de ellos los humillará hasta ponerlos por peana de sus pies, y juzgando con equidad, levantará a sus amigos para colocarlos en la gloria de su diestra. Pero todo esto ha de ser a costa de trabajos y de sangre, y ahora la derramará con este nombre, porque es de Salvador y Redentor, y serán las primicias de lo que ha de padecer por la obediencia del Eterno Padre. Todos los ministros y espíritus del Altísimo que aquí venimos, somos enviados y destinados por la divina Trinidad para servir al Unigénito del Padre y vuestro y asistir presentes a todos los misterios y sacramentos de la ley de gracia y acompañarle y ministrarle hasta que suba triunfante a la celestial Jerusalén, abriendo las puertas al linaje humano, y después le gozaremos con especial gloria accidental sobre los demás bienaventurados, a quienes no fue dada esta felicísima comisión. Todo esto oyó y vio el dichosísimo esposo San José con la Reina del cielo; pero la inteligencia no fue igual, porque la Madre de la sabiduría entendió y penetró altísimos misterios de la Redención, y aunque San José conoció muchos respectivamente, no como su divina esposa; pero entrambos fueron llenos de júbilo y admiración, y con nuevos cánticos glorificaron al Señor. Y lo que les pasó en varios y admirables sucesos, no es posible reducirlo a razones, que no se hallarán, ni términos adecuados para manifestar mi concepto.

Doctrina que me dio María Santísima Señora nuestra.

525. “Hija mía, quiero renovar en ti la doctrina y luz que has recibido para tratar con suma reverencia a tu Señor y esposo, porque la humildad y temor reverencial han de crecer en las almas, al paso que reciben más particulares y extraordinarios favores. Por no tener esta ciencia muchas almas, unas se hacen indignas o incapaces de grandes beneficios; otras, que los reciben, llegan a incurrir en una peligrosa y torpe grosería que ofende mucho al Señor, porque de la suavidad dulce y amorosa, con que su dignación divina muchas veces las regala y acaricia, suelen tomar un linaje de osadía o presuntuosa parvulez para tratar a la Majestad infinita sin la reverencia que deben y con vana curiosidad investigar y preguntar por caminos sobrenaturales lo que es sobre su entendimiento y no les conviene saber. Este atrevimiento nace de juzgar y obrar con ignorancia terrena el trato familiar con el Altísimo, pareciéndoles que ha de ser al modo del que suele tener una criatura humana con otra igual suya.

526. “Pero en este juicio se engaña mucho el alma, midiendo la reverencia y respeto que se le debe a la Majestad infinita con la familiaridad y trato igual que hace el amor humano entre los mortales. En las criaturas racionales la naturaleza es igual, aunque las condiciones y accidentes sean diversos, y con el amor y amistad familiar se puede olvidar la diferencia que las haces desiguales y gobernarse el trato amigable por los movimientos humanos. Pero el amor divino nunca debe olvidar la excelencia inestimable del objeto infinito, pues así como él mira a la Bondad inmensa, y por eso no tiene modo que le limite, así la reverencia mira a la majestad del ser divino; y como en Dios son inseparables la bondad y la majestad, también en la criatura no se han de apartar la reverencia del amor, y siempre ha de preceder la luz de la fe divina, que al amante le manifiesta la esencia del objeto que ama, y ella ha de despertar y fomentar el temor reverencial y dar peso y medida a los afectos desiguales que el amor ciego e inadvertido suele engendrar, cuando obra sin acordarse de la excelencia y desigualdad del amado.

527. Cuando la criatura es de corazón grande y está ejercitada y habituada en la ciencia del temor santo y reverencial, no tiene este peligro de olvidarse de la reverencia debida al Altísimo con la frecuencia de los favores, aunque sean grandes; porque no se entrega inadvertida a los gustos espirituales, ni por ellos pierde la prudente atención a la suprema Majestad, antes la respeta y reverencia más, cuanto más la ama y la conoce; y con estas almas trata el Señor como un amigo con otro. Sea, pues, regla inviolable para ti, hija mía, que cuando gozares de los más estrechos abrazos y regalos del Altísimo, tanto más atenta estés a respetar la grandeza de su ser infinito e inmutable, a magnificarle y amarle juntamente. Y con esta ciencia conocerás mejor y ponderarás el beneficio que recibes y no incurrirás en el peligro y audacia de los que livianamente quieren en cualquiera suceso párvulo o grande inquirir y preguntar el secreto

del Señor, y que su prudentísima providencia se incline y atienda a la vana curiosidad que los mueve con alguna pasión y desorden, que nace, no del celo y amor santo, sino de afectos humanos y reprobables.

528. “Atiende en esto al peso con que yo obraba y me detenía en mis dudas, pues en hallar gracia en los ojos del Señor, ninguna criatura con inmensa distancia se puede igualar conmigo. Y con ser esto así, y tener en mis brazos al mismo Dios, y ser su Madre verdadera, nunca me atreví a pedirle me declarase cosa alguna por extraordinario modo, ni por saberla y aliviarme de alguna pena, ni por otro fin humano; que todo esto fuera flaqueza natural, curiosidad vana o vicio reprobable, y no puede haber nada de esto en mí. Pero cuando la necesidad me obligaba para gloria del Señor, o la ocasión era inexcusable, pedía licencia a Su Majestad para proponerle mi deseo; y aunque le hallaba siempre muy propicio y con caricia me respondía, preguntándome que qué quería de su misericordia, con todo esto me aniquilaba y humillaba hasta el polvo y sólo pedía me enseñase lo más acepto y agradable a sus ojos.

529. “Escribe, hija mía, en tu corazón este documento y advierte que jamás con deseo desordenado y curioso quieras inquirir ni saber cosa alguna sobre la razón humana. Porque a más de que el Señor no responde a tal insipiente, por lo que le desagrade, está el demonio muy atento a este vicio en las personas que tratan de vida espiritual; y como de ordinario es él el autor de estos afectos de viciosa curiosidad y los mueve con su astucia, con ella misma suele responder a ellos, transfigurado en ángel de luz (2 Cor 11,14), con que engaña a los imperfectos e incautos. Y cuando estas preguntas sólo fuesen movidas de la naturaleza e inclinación, tampoco se ha de seguir ni atender, porque en negocio tan alto como el trato con el Señor no se ha de seguir el dictamen ni la razón por sus apetitos y pasiones; que la naturaleza infecta y depravada por el pecado está muy desordenada y tiene movimientos sin concierto y desmedidos, que no es justo escucharlos y gobernarse por ellos. Tampoco por aliviarse la criatura de penas y trabajos, ha de recurrir a las divinas revelaciones, porque la esposa de Cristo y el verdadero siervo suyo no han de usar de sus favores para huir de la cruz, sino para buscarla y llevarla con el Señor, y dejarse en la que le diere a su divina disposición. Todo esto quiero yo de ti con el encogimiento del temor, declinando a este extremo por apartarte del contrario. Desde hoy quiero que mejores el motivo y obres por amor en todo, como más perfecto en sus fines. Este no tiene tasa ni modo; y así quiero ames con exceso y temas con moderación lo que baste para no quebrantar la ley del Altísimo y ordenar todas tus operaciones interiores y obras exteriores con rectitud. En esto sé cuidadosa y oficiosa, aunque te cueste mucho trabajo y penalidad; pues yo la padecí en circuncidar a mi Hijo Santísimo, y lo hice porque en las leyes santas se nos declaraba e intimaba la voluntad del Señor, a quien en todo y por todo debemos obedecer.

CAPITULO 14

[Regresar al Principio](#)

Circuncidan al niño Dios y le ponen por nombre Jesús.

530. En la ciudad de Belén había su particular sinagoga, como en otras de Israel, donde se juntaba el pueblo a orar, que por esto se llamaba también casa de oración, y juntamente a oír la ley de Moisés, la cual leía y declaraba un sacerdote en el púlpito con alta voz para que el pueblo entendiese sus preceptos. Pero en esta sinagoga no se ofrecían los sacrificios, porque estaba reservado para el templo de Jerusalén, si el Señor no disponía otra cosa; por no haber dejado esto con libertad del pueblo, como consta del Deuteronomio (Dt 12,5-6 (A.)), para huir del peligro de la idolatría. Pero el sacerdote, que era maestro o ministro de la ley, solía serlo también de la circuncisión, no por precepto que obligase, porque cualquiera podía circuncidar aunque no fuera sacerdote, sino por especial devoción de las madres, que muchas se movían pensando que los niños no peligrarían tanto si eran circuncisados por mano de sacerdote. Nuestra gran Reina, no por este temor, sino por la dignidad del niño, quiso que el ministro de su circuncisión fuese el sacerdote que estaba en Belén, y para este fin le llamó el esposo dichoso San José.

531. Vino el sacerdote al portal o cueva del nacimiento, donde le esperaba el Verbo humanado y su Madre Virgen que le tenía en sus brazos, y con el sacerdote vinieron otros dos ministros que solían ayudar en el ministerio de la circuncisión. El horror del lugar humilde admiró y desazonó un poco al sacerdote, pero la prudentísima Reina le habló y recibió con tal modestia y agrado, que eficazmente le compelió a mudarse el rigor en devoción y admiración de la compostura y majestad honestísima de la Madre, que sin conocer la causa le movió a reverencia y respeto de tan rara criatura. Y cuando puso los ojos el sacerdote en el semblante de la Madre y del niño que tenía en sus brazos, sintió en el corazón un nuevo movimiento que le inclinó a gran devoción y ternura, admirado de lo que veía entre tanta pobreza

y en tan humilde y despreciado lugar. Y cuando llegó al contacto de la carne deificada del infante Dios, fue renovado todo con una oculta virtud que le santificó y perfeccionó y, dándole nuevo ser de gracia, le llevó hasta ser santo y muy agradable al Altísimo Señor.

532. Para hacer la circuncisión con la reverencia exterior que en aquel lugar era posible, encendió San José dos velas de cera; y el sacerdote dijo a la Virgen Madre que se apartase un poco y entregase el niño a los ministros, porque la vista del sacrificio no la afligiese. Este mandato causó alguna duda en la gran Señora; que su humildad y rendimiento la inclinaba a obedecer al sacerdote, y por otra parte la llevaba el amor y reverencia de su Unigénito. Y para no faltar a estas dos virtudes, pidió licencia al sacerdote con humilde sumisión, y le dijo tuviese gusto, si era posible, que ella asistiese al sacramento de la circuncisión, por lo que le veneraba; y que también se hallaba con ánimo de tener en sus brazos a su Hijo, pues allí había poca disposición para dejarle y alejarse; y sólo le suplicaba que con la piedad posible se hiciese la circuncisión, por la delicadeza del niño. El sacerdote ofreció hacerlo y permitió que la misma Madre tuviese al niño en sus manos para el ministerio; y ella fue el altar sagrado en que se comenzaron a cumplir las verdades figuradas de los antiguos sacrificios, ofreciendo este nuevo y matutino en sus brazos, para que en todas las condiciones fuese acepto al eterno Padre.

533. Desenvolvió la divina Madre a su Hijo Santísimo de los paños en que estaba y sacó del pecho una toalla o lienzo que tenía prevenido al calor natural, por el rigor del frío que entonces hacía; y con este lienzo tomó en sus manos al niño, de manera que la reliquia y sangre de la circuncisión se recibiesen en él. Y el sacerdote hizo su oficio y circuncidó al niño Dios y hombre verdadero, que al mismo tiempo con inmensa caridad ofreció al eterno Padre tres cosas de tanto precio, que cada una era suficiente para la redención de mil mundos. La primera fue admitir forma de pecador (Flp 2,7), siendo inocente e Hijo de Dios vivo, porque recibía el sacramento que se aplicaba para limpiar del pecado original y se sujetaba a la ley que no debía. La segunda fue el dolor, que le sintió como verdadero y perfecto hombre. La tercera fue el amor ardentísimo con que comenzaba a derramar su sangre en precio del linaje humano; y dio gracias al Padre porque le había dado forma humana en que padecer para su gloria y exaltación.

534. Esta oración y sacrificio de Jesús nuestro bien aceptó el Padre y comenzó a nuestro entender a darse por satisfecho y pagado de la deuda del linaje humano. Y el Verbo encarnado ofreció estas primicias de su sangre en prendas de que toda la daría para consumir la Redención y extinguir la obligación en que estaban los hijos de Adán. Todas las acciones y operaciones interiores del Unigénito miraba su Santísima Madre y entendía con profunda sabiduría el misterio de este sacramento y acompañaba a su Hijo y Señor en lo que iba obrando respectivamente como a ella le tocaba. Lloró también el niño Dios como hombre verdadero. Y aunque el dolor de la herida fue gravísimo, así por su sensible complexión como por la crueldad del cuchillo de pedernal, no fueron tanta causa de sus lágrimas el natural dolor y sentimiento, como la sobrenatural ciencia con que miraba la dureza de los mortales, más invencible y fuerte que la piedra, para resistir a su dulcísimo amor y a la llama que venía a encender en el mundo (Lc 12,49) y en los corazones de los profesores de la fe. Lloró también la tierna y amorosa Madre, como candidísima oveja que levanta el balido con su inocente cordero. Y con recíproco amor y compasión, él se retrajo para la Madre, y ella dulcemente le arrió con caricia a su virginal pecho; y recogió la sagrada reliquia y sangre derramada y la entregó entonces a San José, para cuidar ella del niño Dios y envolverle en sus paños. El sacerdote extrañó algo las lágrimas de la Madre, y aunque ignoraba el misterio, le pareció que la belleza del niño podía con razón causar tanto dolor, amargura y amor en la que le había parido.

535. En todas estas obras fue la Reina del cielo tan prudente, prevenida y magnánima, que admiró a los coros de los ángeles y dio sumo agrado al Criador. En todas resplandeció la divina sabiduría que la encaminaba, dando a cada una el lleno de perfección, como si sola aquella hiciera. Estuvo invicta para tener al niño en la circuncisión, cuidadosa para recoger la reliquia, compasiva para lastimarse y llorar con él, sintiendo su dolor; amorosa para acariciarle, diligente para abrigarle, fervorosa para imitarle en sus obras y siempre religiosa para tratarle con suma reverencia, sin que faltase o interrumpiese en estos actos, ni uno estorbase la atención y perfección del otro. Admirable espectáculo en una doncella de quince años, y que a los ángeles fue como un género de enseñanza y admiración muy nueva. Entre todo esto preguntó el sacerdote qué nombre daban sus padres al niño circuncidado, y la gran Señora, atenta siempre al respeto de su esposo, le dijo lo declarase. El Santo José con la veneración digna se convirtió a ella, dándole a entender que saliese de su boca tan dulce nombre. Y con divina disposición a un mismo tiempo pronunciaron los dos, María y José: "*Jesús es su nombre.*" Respondió el sacerdote: Muy conformes están los padres y es grande el nombre que le ponen al niño; y luego le escribió en el memorial o nómina de los demás del pueblo. Al escribirle sintió el sacerdote

grande conmoción interior, que le obligó a derramar muchas lágrimas, y admirado de lo que sentía e ignoraba, dijo: “Tengo por cierto que este niño ha de ser un gran profeta del Señor. Tened gran cuidado de su crianza, y decidme en qué puedo yo acudir a vuestras necesidades.” Respondieron María Santísima y José al sacerdote con humilde agradecimiento, y con alguna ofrenda que le hicieron de las velas y otras cosas, le despidieron.

536. Quedaron solos María Santísima y José con Jesús, y de nuevo celebraron los dos el misterio de la circuncisión del niño, confiriéndole con dulces lágrimas y cánticos que hicieron al nombre dulcísimo de JESÚS, cuya noticia, como de otras maravillas he dicho, se reserva para gloria accidental de los santos. La prudentísima Madre curó al niño Dios de la herida del cuchillo con las medicinas que a otros solían aplicarse, y el tiempo que le duró el dolor y la cura no le dejó un punto de sus brazos de día ni de noche. No cabe en la ponderación y capacidad humana explicar el cuidadoso amor de la divina Madre, porque el natural afecto fue el mayor que otra alguna pudo tener a sus hijos y el sobrenatural excedía a todos los santos y los ángeles juntos. La reverencia y culto no tiene comparación con otra cosa criada. Estas eran las delicias del Verbo humanado que deseaba y tenía con los hijos de los hombres (Prov 8,31). Y entre los dolores que sentía por las acciones que arriba he dicho, tenía su amoroso corazón este regalo con la eminente santidad de su Madre Virgen. Y aunque de sola ella se agradaba sobre todos los mortales y descansaba en su amor, con todo eso la humille Reina le procuraba aliviar por todos los medios que le eran posibles. Para esto pidió a los santos ángeles, que allí asistían, hiciesen música a su Dios humanado, niño y dolorido. Obedecieron a su Reina y Señora los ministros del Altísimo y en voces materiales le cantaron con celestial armonía los mismos cánticos que ella había impuesto por sí y con su esposo, en loor del nuevo y dulce nombre de JESÚS.

537. Con esta música tan dulce, que en su comparación toda la de los hombres fuera confusión ofensiva, entretenía la divina Señora a su Hijo dulcísimo, y mucho más con la que ella misma le daba con la armonía de sus heroicas virtudes que en su alma santísima hacían coros de ejércitos, como se lo dijo el mismo Señor y Esposo en los Cantares (Cant 7,1 (A.)), Duro es el corazón humano y más que tardo y pesado en conocer y agradecer tan venerables sacramentos, ordenados para su eterna salud con inmenso amor de su Criador y Reparador. ¡Oh dulce bien mío y vida de mi alma, qué mal retorno te damos por las finezas de tu amor eterno! ¡Oh caridad sin término ni medida, pues no te puedes extinguir con las muchas aguas (Cant 8,7 (A.)) de nuestras ingratitudes tan desleales y groseras! No pudo la bondad y santidad por esencia descender más por nuestro amor, ni hacer mayor fineza que tomar forma de pecador, recibiendo en sí la inocencia el remedio de la culpa que no podía tocarle. Si desprecian los hombres este ejemplo, si olvidan este beneficio, ¿cómo se atreven a decir que tienen juicio? ¿Cómo presumen y se glorían de sabios, de prudentes y entendidos? Prudencia fuera, si no te mueven, hombre ingrato, tales obras de Dios, afligirte y llorar tan lamentable estulticia y dureza de ánimo, pues no deshace el hielo de tu corazón el fuego del amor divino.

Doctrina de la Reina Santísima María Señora nuestra.

538. “Hija mía, quiero que con atención consideres el beneficio y favor que recibes dándote a conocer el cuidado, solicitud y devoción caricias a con que yo servía a mi Hijo Santísimo y dulcísimo en los misterios que has escrito. No te da el Altísimo esta luz tan especial para que sólo te detengas en el regalo de conocerla y que con ella recibes, sino para que me imites en todo como fiel sierva, y como eres señalada en la noticia de los misterios de mi Hijo, lo seas también en el agradecimiento de sus obras. Considera, pues, carísima, cuán mal pagado es el amor de mi Hijo y Señor de los mortales y aun poco agradecido de los justos y olvidado. Toma por tu cuenta, en cuanto alcanzaren tus flacas fuerzas, recompensarle este agravio y ofensa, amándole, agradeciéndole y sirviéndole por ti y por todos los demás que no lo hacen. Para esto has de ser ángel en la prontitud, ferviente en el celo, puntual en las ocasiones y de todo punto has de morir a lo terreno, soltando y quebrantando las prisiones de las inclinaciones humanas, para levantar el vuelo a donde el Señor te llama.

539. “No ignoras, hija mía, la eficacia dulce que tiene la memoria viva de las obras que hizo mi Hijo Santísimo por los hombres; y aunque puedes ayudarte tanto con esta luz para ser agradecida, con todo eso, para que más temas incurrir en el peligro del olvido, te advierto que los bienaventurados en el cielo, conociendo a la luz divina estos misterios, se admiran de sí mismos por lo poco que atendieron a ellos siendo viadores. Y si pudieran ser capaces de pena, se lastimaran sumamente por la tardanza o descuido en que incurrieron en el aprecio de las obras de la Redención e imitación de Cristo. Y todos los ángeles y santos, con una ponderación oculta a los mortales, se admiran de la crueldad que ha poseído sus corazones contra sí mismos y contra su Criador y Salvador; pues de ninguno tienen compasión, ni de lo que el Señor padeció, ni tampoco de los que a ellos les espera que padecer. Y cuando con amargura irremediable

conozcan los réprobos su formidable olvido (Sab 5,4ss) y que no atendieron a las obras de Cristo su Redentor, esta confusión y despecho será intolerable pena y sola ella será castigo sobre toda ponderación, viendo la copiosa Redención (Sal 129,7) que despreciaron. Oye, hija mía, e inclina tu oreja (Sal 44,11) a mis consejos y doctrina de vida eterna. Arroja de tus potencias toda imagen y afecto de criatura humana y convierte todo tu corazón y mente a los misterios y beneficios de la Redención. Entrégate toda a ellos, medítalos, piénsalos, pésalos, agrádelcelos como si tú fueras sola y ellos para ti y por cada uno de los hombres. En ellos hallarás la vida, la verdad y el camino de la eternidad, y sirviéndole no le podrás errar, antes hallarás la lumbre de los ojos y la paz (Bar 3,14).”

CAPITULO 15

[Regresar al Principio](#)

Persevera María Santísima con el niño Dios en el portal del nacimiento hasta la venida de los Reyes.

540. Por la ciencia infusa que nuestra gran Reina tenía de las divinas Escrituras y tan altas y soberanas revelaciones, sabía que los Reyes magos del oriente vendrían a reconocer y adorar a su Hijo Santísimo por verdadero Dios. Y en especial estaba de próximo capaz de este misterio por la noticia que se les envió con el ángel del nacimiento del Verbo humanado, como arriba se dijo en el capítulo 2, número 492; que todo lo conoció la Madre Virgen. San José no tuvo noticia de este sacramento, porque no se le había revelado, ni la prudentísima esposa le había informado de su secreto, porque en todo era sabia y advertida y aguardaba que obrase en estos misterios la divina voluntad con su disposición suave (Sab 8,1) y oportuna. Por esto el santo esposo, celebrada la circuncisión, propuso a la Señora del cielo que le parecía necesario dejar aquel lugar desamparado y pobre, por la incomodidad que en él había para el abrigo del niño Dios y de ella misma, y que ya en Belén se hallaría posada desocupada, donde podrían recogerse mientras llegaba el tiempo de llevar el niño a presentarle en el templo de Jerusalén. Esto propuso el fidelísimo y cuidadoso esposo, solícito de que con su pobreza no le faltase la abundancia ni regalos que deseaba para servir a Hijo y Madre, y en todo se remitía a la voluntad de su divina esposa.

541. Le respondió la humilde Reina sin manifestarle el misterio, y le dijo: “Esposo y Señor mío, yo estoy rendida a vuestra obediencia y a donde fuere vuestra voluntad os seguiré con mucho gusto; disponer lo que mejor os pareciere.” Tenía la divina Señora algún cariño a la cueva por la humildad y pobreza del lugar y por haberla consagrado el Verbo humanado con los misterios de su nacimiento y circuncisión, y con el que esperaba de los Reyes, aunque no sabía el tiempo, ni cuándo llegarían. Piadoso era este afecto y lleno de devoción y veneración, mas con todo eso antepuso la obediencia de su esposo a su particular afecto y se resignó en ella para ser en todo ejemplar y dechado de perfección altísima. Puso esta dejación e igualdad a San José en mayor duda y cuidado, porque deseaba que su esposa determinase lo que debía hacer. Y estando en esta conferencia, respondió el Señor por los dos santos príncipes Miguel y Gabriel, que asistían corporalmente al servicio de su Dios y Señor y a la gran Reina, y dijeron: “La voluntad divina ha ordenado que en este mismo lugar adoren al Verbo divino humanado los tres Reyes de la tierra que vienen en busca del Rey del cielo del oriente. Diez días hace que caminan, porque tuvieron luego aviso del santo nacimiento y al punto se pusieron en camino y llegarán aquí con brevedad, y se cumplirán los vaticinios de los profetas, como muy de lejos lo conocieron y profetizaron.

542. Con este nuevo aviso quedó San José gozoso e informado de la voluntad del Señor, y su esposa María Santísima le dijo: “Señor mío, este lugar escogido por el Altísimo para tan magníficos misterios, aunque es pobre y desacomodado a los ojos del mundo, mas en los de su sabiduría es rico, precioso y estimable y el mejor de la tierra, pues el Señor de los cielos se ha pagado de él, consagrándole con su real presencia. Poderoso es para que en este sitio, que es verdadera tierra de promisión, gocemos de su vista. Y si fuere voluntad suya, nos dará algún alivio y abrigo contra los rigores del tiempo los pocos días que aquí estaremos.” Se consoló San José y se alentó mucho con todas estas razones de la prudentísima Reina, y le respondió que, pues el niño Dios cumpliría con la ley de la presentación al templo, como lo había hecho con la de la circuncisión, hasta que llegase el día se podían estar en aquel lugar sagrado sin volver primero a Nazaret, por estar lejos y el tiempo trabajoso. Y si acaso el rigor los obligase a retirar a la ciudad por huir de él, lo podían hacer, pues de Belén a Jerusalén estaban solas dos leguas. (Legua: Unidad antigua de longitud que expresa la distancia que una persona o un caballo pueden andar en una hora. Legua castellana: 4,19 km or 5000 varas castellanas)

543. En todo se conformó María Santísima con la voluntad de su cuidadoso esposo, inclinándose siempre su deseo a no desamparar aquel sagrado tabernáculo, más santo y venerable que el *Sancta Sanctorum* del templo, mientras llegaba

el tiempo de presentar en él a su Unigénito, para quien previno todo el abrigo posible, con que le defendiese de los fríos y rigores del tiempo. Previno también el portal para la llegada de los Reyes, limpiándole de nuevo, lo que permitía su natural desaliño y pobreza humilde del sitio. Pero la mayor diligencia y prevención que hizo para el niño Dios fue tenerle siempre en sus brazos, cuando no era forzoso dejarle. Y sobre todo usó de la potestad de Señora y Reina de todas las criaturas, cuando se enfurecían las inclemencias del invierno, porque mandaba al frío y a los vientos, nieves y heladas, que no ofendiesen a su Criador, sino que con ella sola usasen de sus rigores y ásperas influencias que como elementos enviaban. Decía la divina Señora: “Detened vuestra ira con vuestro mismo Criador, Autor, Dueño y Conservador, que os dio el ser y la virtud y operación. Advertid, criaturas de mi Amado, que vuestro rigor le recibisteis por la culpa y se encamina a castigar (Sab 5,18) la inobediencia del primer Adán y su prosapia. Pero con el segundo, que viene a reparar aquella caída, y no pudo tener en ella parte, habéis de ser corteses, respetando y no ofendiendo a quien debéis obsequio y rendimiento. Yo os lo mando en nombre suyo, y que no le deis ninguna molestia ni desagrado.”

544. Digna era de nuestra admiración e imitación la pronta obediencia de las criaturas irracionales a la voluntad divina, intimada por la Madre del mismo Dios; porque sucedía, cuando ella lo mandaba, que la nieve ni agua no llegaba a ella por más de diez varas de distancia, y los vientos se detenían, y el aire ambiente se templaba y mudaba en un templado calor. A esta maravilla se juntaba otra: que al mismo tiempo que el niño Dios en sus brazos recibía este obsequio de los elementos sintiendo algún abrigo, la Madre Virgen experimentaba y le hería el frío y aspereza de las inclemencias en el punto y grado que le podían causar con su fuerza natural. Y esto sucedía porque en todo la obedecían, y ella no quería excusar para sí misma el trabajo de que reservaba a su tierno niño y Dios magnífico, como Madre amorosa y Señora de las criaturas, sobre quien imperaba. Al santo y dichoso José llegaba el privilegio que al dulce infante y conocía la mudanza de la inclemencia en clemencia, pero no sabía que aquellos efectos fuesen por mandado de su divina esposa y obras de su potencia; porque ella no le manifestaba este privilegio, que no tenía orden del Altísimo para hacerlo.

545. El gobierno y modo que guardaba la gran Reina del cielo en alimentar a su niño Jesús, era dándole su virginal leche tres veces al día, y siempre con tanta reverencia, que le pedía licencia y que la perdonase la indignidad, humillándose y reconociéndose inferior. Y muchos tiempos, cuando le tenía en sus brazos, estaba de rodillas adorándole; y si era necesario asentarse le pedía siempre licencia. Con la misma reverencia se le daba a San José y le recibía, como dije arriba (Cf. supra n.506). Muchas veces le besaba los pies, y cuando había de hacer lo mismo en el rostro le pedía interiormente su benevolencia y consentimiento. Le correspondía a estas caricias de madre su dulcísimo Hijo, no sólo con el semblante agradable que las recibía, sin dejar la majestad, pero con otras acciones que hacía al modo de los otros niños, aunque con diferente serenidad y peso. Lo más ordinario era reclinarse amorosamente en el pecho de la purísima Madre y otras en el hombro, cogiéndole con sus bracitos divinos el cuello. Y en estas caricias era tan atenta y advertida la emperatriz María, que ni con pequeñeces, como otras madres, le solicitaba, ni con temor le retiraba. En todo era prudentísima y perfecta, sin defecto ni exceso reprehensible; y el mayor amor del Hijo Santísimo y la manifestación de él la pegaba más con el polvo y la dejaba con profunda reverencia, la cual medía sus afectos y les daba mayores realces de magnificencia.

546. Otro más alto linaje de caricias tenían el niño Dios y la Madre Virgen; porque a más de conocer ella siempre con la luz divina los actos interiores del alma santísima de su Unigénito, como queda dicho (Cf. supra n.481,534), sucedía muchas veces, teniéndole en sus brazos, que con otro nuevo beneficio se le manifestaba la humanidad como un viril cristalino, y por ella o en ella miraba la unión hipostática y el alma del mismo niño Dios y todas las operaciones que obraba, orando al eterno Padre por el linaje humano. Y estas obras y peticiones iba imitando la divina Señora, quedando toda absorta y transformada en su mismo Hijo. Y Su Majestad la miraba con accidental gozo y delicias, como recreándose en la pureza de tal criatura y gozándose de haberla criado, y haberse humanado la divinidad para formar tan viva imagen de ella y de la humanidad que de su virginal sustancia había tomado. En este misterio se me ofreció lo que dijeron a Holofernes sus capitanes, cuando vieron a la hermosa Judit en los campos de Betulia (Jdt 10,18 (A.)): “*Quién despreciará el pueblo de los hebreos y no juzgará por muy acertada la guerra contra ellos, teniendo tan agraciadas mujeres?*” Misteriosa y verdadera parece esta razón en el Verbo humanado, pues él pudo decir a su eterno Padre y a todo el resto de las criaturas lo mismo con más justa causa: ¿Quién no dará por bien empleado y puesto en razón haber yo venido del cielo a tomar carne humana en la tierra y degollar al demonio, mundo y carne, venciéndolos y aniquilándolos, si entre los hijos de Adán se halla tal mujer como mi Madre? ¡Oh dulce amor mío, virtud de mi virtud y vida de mi alma, Jesús amoroso, mirad que es sola María Santísima la que hay con tal hermosura en la naturaleza

humana! Pero es única y electa (Cant 6,8) y tan perfecta para vuestro agrado, Dueño y Señor mío, que no sólo equivale pero excede sin término ni límite a todo el resto de vuestro pueblo, y ella sola recompensa la fealdad de todo el linaje de Adán.

547. Sentía la dulce Madre tales efectos entre estas delicias de su unigénito niño Dios verdadero, que la dejaban toda espiritualizada y deificada de nuevo. Y en los vuelos que padecía su espíritu purísimo, muchas veces rompiera las ataduras del cuerpo terreno y le hubiera desamparado su alma con el incendio de su amor, resolviéndose la vida, si milagrosamente no fuera confortada y preservada. Hablaba con su Hijo Santísimo interior y exteriormente palabras tan dignas y ponderosas, que no caben en nuestro grosero lenguaje. Todo lo que yo pueda referir será muy desigual, según lo que se me ha manifestado. Le decía: “¡Oh amor mío, dulce vida de mi alma! ¿Quién sois vos y quién soy yo? ¿Qué queréis hacer de mí, humanándose tanto vuestra magnificencia a favorecer al inútil polvo? ¿Qué hará vuestra esclava por vuestro amor y por la deuda que os reconoce? ¿Qué os retribuiré por lo mucho que me habéis dado (Sal 115,12)? Mi ser, mi vida, potencias y sentidos, mis deseos y ansias, todo es vuestro. Consolad a esta sierva y Madre vuestra para que no desfallezca en el afecto de serviros, a la vista de su insuficiencia, y porque no muere por amaros. ¡Oh qué limitada es la capacidad humana! ¡Qué coartado el poder! ¡Qué limitados los afectos, pues no pueden llegar a satisfacer con equidad a vuestro amor! Pero siempre habéis de vencer en ser magnífico y misericordioso con vuestras criaturas y cantar victorias y triunfos de amor, y nosotras reconocidas debemos rendirnos y darnos por vencidas en vuestro poder. Quedaremos humillados y pegados con el polvo y vuestra grandeza magnificada y ensalzada por todas las eternidades.” Conocía la divina Señora en la ciencia de su Hijo Santísimo algunas veces las almas que en el discurso de la nueva ley de gracia se habían de señalar en el amor divino, las obras que habían de hacer, los martirios que habían de padecer por la imitación del mismo Señor; y con esta ciencia era inflamada en emulación de amor tan fuerte, que era mayor martirio el del deseo de la Reina que todos los que ha habido de obra. Y le sucedía lo que dijo el Esposo en los Cantares (Cant 8,6 (A.)), que la emulación del amor era fuerte como la muerte y dura como el infierno. A estos afectos que tenía la amorosa Madre de morir porque no moría, la respondió el Hijo Santísimo las palabras que allí se refieren (Ib): “*Ponme por señal o por sello en tu corazón y en tu brazo,*” dándole el efecto y la inteligencia juntamente. Con este divino martirio fue María Santísima mártir antes que todos los mártires. Y entre estos lirios y azucenas (Cant 2,16 (A.)) se apacentaba el cordero mansísimo Jesús, mientras aspiraba el día de la gracia y se inclinaban las sombras de la ley antigua.

548. No comió el niño Dios cosa alguna mientras recibió el pecho virginal de su Madre Santísima, porque sólo con la leche se alimentó, y ésta era tan suave, dulce y sustancial, como engendrada en cuerpo tan puro, perfecto y de complexión acendradísima, y medida con calidades sin desorden ni desigualdad. Ningún otro cuerpo y salud fue semejante a él; y la sagrada leche, aunque se guardara mucho tiempo, se preservara de corrupción por sus mismas calidades, y por especial privilegio, nunca se alterara ni se corrompiera, siendo así que la leche de otras mujeres luego se tuerce e inmuta, como la experiencia lo enseña.

549. El felicísimo esposo José no sólo gozaba de los favores y caricias del niño Dios, como testigo de vista de lo que tenían Hijo y Madre Santísimos, pero también fue digno de recibirlos del mismo Jesús inmediatamente, porque muchas veces se le ponía la divina Esposa en sus brazos, cuando era necesario hacer ella alguna obra en que no le pudiese tener consigo, como aderezar la comida, alinear los fajos del niño y barrer la casa; en estas ocasiones le tenía San José y siempre sentía efectos divinos en su alma. Y exteriormente el mismo niño Jesús le mostraba agradable semblante y se reclinaba en el pecho del santo y con el peso y majestad de Rey le hacía algunas caricias con demostración de afecto, como suelen los infantes con los demás padres, aunque con San José no era esto tan de ordinario, ni con tanta caricia como con la verdadera Madre y Virgen. Y cuando ella lo dejaba, tenía la reliquia de la circuncisión, la cual traía consigo de ordinario el glorioso San José, para que le sirviese de consuelo. Estaban siempre los dos divinos esposos enriquecidos: ella con el Hijo Santísimo y él con su sagrada sangre y carne deificada. La tenían en un pomito de cristal, como dejó dicho (Cf. supra n.521,534), que buscó San José y le compró con el dinero que les envió Santa Isabel; y en él cerró la gran Señora el prepucio y la sangre que se vertió en la circuncisión, cortándole del lienzo que sirvió en este ministerio. Y para más asegurarlo todo, estando el pomillo guarnecido con plata por la boca, la cerró la poderosa Reina con sólo su imperio; con el cual se juntaron y soldaron los labios del brocal de plata, mejor que si los ajustara el artífice que los hizo. Y en esta forma guardó toda la vida la prudente Madre estas reliquias; y después entregó tan precioso tesoro a los apóstoles, y se le dejó como vinculado en la Santa Iglesia. En el mar inmenso de estos misterios me hallo tan anegada e imposibilitada con la ignorancia de mujer y limitados términos para explicarlos, que remito muchos a la fe y piedad cristiana.

Doctrina que me dio la Reina Santísima María.

550. “Hija mía, advertida quedas en el capítulo pasado (Cf. supra n.529) para no inquirir por orden sobrenatural cosa alguna del Señor, ni por aliviarte del padecer, ni por natural inclinación y menos por vana curiosidad. Ahora te advierto que tampoco por ninguno de estos motivos has de dar lugar a tus afectos para codiciar ni ejecutar cosa alguna natural o exterior; porque en todas las operaciones de tus potencias y obras de los sentidos has de moderar y rendir tus inclinaciones, sin darles lo que piden, aunque sea con color aparente de virtud o piedad. No tenía yo peligro de exceder en estos afectos, por mi inculpable inocencia, ni tampoco le faltaba piedad al deseo que tenía de asistir al portal donde mi Hijo Santísimo había nacido y recibido la circuncisión; mas con todo eso no quise manifestar mi deseo, aun siendo preguntada de mi esposo, porque antepuse la obediencia a esta piedad y conocí era más seguro para las almas y de mayor agrado al Señor buscar su santa voluntad por consejo y parecer ajeno que por la inclinación propia. En mí fue esto mayor mérito y perfección; pero en ti y en las demás almas, que tenéis peligro de errar por el dictamen propio, ha de ser esta ley más rigurosa para prevenirle y desviarle con discreción y diligencia; porque la criatura ignorante y de corazón tan limitado se arrima fácilmente con sus afectos y párvulas inclinaciones a cosas pequeñas, y tal vez se ocupa toda con lo poco como con lo mucho, y lo que es nada le parece algo, y todo esto la inhabilita y priva de grandes bienes espirituales, de gracia, luz y merecimiento.

551. “Esta doctrina, con toda la que te he de dar, escribirás en tu corazón y procura hacer en él un memorial de todo lo que yo obraba, para que como lo conoces lo entiendas y ejecutes. Y atiende a la reverencia, amor y cuidado, al temor santo y circunspecto con que yo trataba a mi Hijo Santísimo. Y aunque siempre viví con este desvelo, pero después que le concebí en mi vientre, jamás le perdí de vista, ni me retardé en el amor que entonces me comunicó Su Alteza. Y con este ardor de más agradarle, no descansaba mi corazón, hasta que unida y absorta en la participación de aquel sumo bien y último fin, me quietaba a tiempos como en mi centro; pero luego volvía a mi continua solicitud, como quien prosigue su camino, sin detenerse en lo que no le ayudaba y le retarda su deseo. Tan lejos estaba mi corazón de apearse a cosa alguna de las de la tierra, ni seguir inclinación sensible, que en esto vivía como si no fuera de la común naturaleza terrena. Y si las demás criaturas no están libres de las pasiones, o no las vencen en el grado que pueden, no se querellen de la naturaleza sino de su misma voluntad; que antes la naturaleza flaca se puede quejar de ellas, porque podían con el imperio de la razón regirla y encaminarla y no lo hacen, antes la dejan seguir sus desórdenes y la ayudan con la voluntad libre y con el entendimiento le buscan más objetos, peligros y ocasiones en que se pierda. Por estos precipicios que ofrece la vida humana te advierto, carísima mía, que ninguna cosa visible, aunque sea necesaria y al parecer muy justa, ni la apetezcas ni la busques. Y de todo lo que usas por necesidad, la celda, el vestido y sustento y lo demás, sea por obediencia con beneplácito de los preladados; porque el Señor lo quiere y yo lo apruebo, para que uses de ello en servicio del Todopoderoso. Por tantos registros como los que te he insinuado ha de pasar todo lo que obrares.”

CAPITULO 16

[Regresar al Principio](#)

Vienen los tres Reyes magos del oriente y adoran al Verbo humanado en Belén.

552. Los tres Reyes magos que vinieron en busca del niño Dios recién nacido eran naturales de la Persia, Arabia y Sabbá (Sal 71,10 (A.)), partes orientales de Palestina. Y su venida profetizaron señaladamente David, y antes de él Balaán, cuando por voluntad divina bendijo al pueblo de Israel, habiéndole conducido el rey Balaac de los moabitas para que le maldijese (Num 23-24). Entre estas bendiciones dijo Balaán que vería al rey Cristo, aunque no luego, y que le miraría, aunque no muy cerca (Num 24,17); porque no lo vio por sí sino por los Magos sus descendientes, ni fue luego sino después de muchos siglos. Dijo también que nacería una estrella de Jacob (Ib), porque sería para señalar al que nacía para reinar eternamente en la casa de Jacob (Lc 1,32).

553. Eran estos tres Reyes muy sabios en las ciencias naturales y leídos en las Escrituras del pueblo de Dios, y por su mucha ciencia fueron llamados Magos. Y por las noticias de las Escrituras y conferencias con algunos de los hebreos, llegaron a tener alguna creencia de la venida del Mesías que aquel pueblo esperaba. Eran a más de esto hombres rectos, verdaderos y de gran justicia en el gobierno de sus estados; que como no eran tan dilatados como los reinos de estos tiempos, los gobernaban con facilidad por sí mismos y administraban justicia como reyes sabios y prudentes;

porque éste es el oficio legítimo del rey, y para eso dice el Espíritu Santo que tiene Dios su corazón en las manos (Prov 21,1), para encaminarle como las divisiones de las aguas a lo que fuere su santa voluntad. Tenían también corazones grandes y magnánimos, sin la avaricia ni codicia, que tanto los oprime y envilece y apoca los ánimos de los príncipes. Y por estar vecinos en los estados estos Magos y no lejos unos de otros, se conocían y comunicaban en las virtudes morales que tenían y en las ciencias que profesaban, y se noticiaban de cosas mayores y superiores que alcanzaban; en todo eran amigos y correspondientes fidelísimos.

554. Ya queda dicho en el capítulo 11, núm. 492, cómo la misma noche que nació el Verbo humanado fueron avisados de su natividad temporal por ministerio de los santos ángeles. Y sucedió en esta forma: que uno de los custodios de nuestra Reina, superior a los que tenían aquellos tres Reyes, fue enviado desde el portal, y como superior ilustró a los tres ángeles de los Reyes, declarándoles la voluntad y legacía del Señor, para que ellos, cada uno a su encomendado, manifestase el misterio de la Encarnación y nacimiento de Cristo nuestro Redentor. Luego los tres ángeles hablaron en sueños, cada cual al Mago que le tocaba, en una misma hora. Y éste es el orden común de las revelaciones angélicas, pasar del Señor a las almas por el de los mismos ángeles. Fue esta ilustración de los Reyes muy copiosa y clara de los misterios de la Encarnación, porque fueron informados cómo era nacido el Rey de los Judíos, Dios y hombre verdadero, que era el Mesías y Redentor que esperaban, el que estaba prometido en sus Escrituras y profecías, y que les sería dada para buscarle aquella estrella que Balaán había profetizado. Entendieron también los tres Reyes, cada uno por sí, cómo se daba este aviso a los otros dos, y que no era beneficio ni maravilla para quedarse ociosa, sino que obrasen a la luz divina lo que ella les enseñaba. Fueron elevados y encendidos en grande amor y deseos de conocer a Dios hecho hombre, adorarle por su Criador y Redentor y servirle con más alta perfección, ayudándoles para fado esto las excelentes virtudes morales que habían adquirido, porque con ellas estaban bien dispuestos para recibir la luz divina.

555. Después de esta revelación del cielo, que tuvieron los tres Reyes magos en sueño, salieron de él y luego se postraron a una misma hora en tierra y pegados con el polvo adoraron en espíritu al ser de Dios inmutable. Engrandecieron su misericordia y bondad infinita, por haber tomado el Verbo divino carne humana de una Virgen para redimir al mundo y dar salud eterna a los hombres. Luego todos tres, gobernados singularmente con un mismo espíritu, determinaron partir sin dilación a Judea en busca del niño Dios, para adorarle. Previnieron los tres dones que llevarle, oro, incienso y mirra en igual cantidad, porque en todo eran guiados con misterio, y sin haberse comunicado fueron uniformes en las disposiciones y determinaciones. Y para partir con presteza a la ligera, prepararon el mismo día lo necesario de camellos, recámara y criados para el viaje. Y sin atender a la novedad que causaría en el pueblo, ni que iban a reino extraño y con poca autoridad ni aparato, sin llevar noticia cierta de lugar ni señas para conocer al niño, determinaron con fervoroso celo y ardiente amor partir luego a buscarle.

556. Al mismo tiempo, el santo ángel que fue desde Belén a los Reyes formó de la materia del aire una estrella refulgentísima, aunque no de tanta magnitud como las del firmamento, porque ésta no subió más alta que pedía el fin de su formación y quedó en la región aérea para encaminar y guiar a los santos Reyes hasta el portal donde estaba el niño Dios. Pero era de claridad nueva y diferente que la del sol y de las otras estrellas, y con su luz hermosísima alumbraba de noche, como antorcha lucidísima, y de día se manifestaba entre el resplandor del sol con extraordinaria actividad. Al salir de su casa cada uno de estos Reyes, aunque de lugares diferentes, vieron la nueva estrella (Mt 2,2), siendo ella una sola; porque fue colocada en tal distancia y altura que a todos tres pudo ser patente a un mismo tiempo. Y encaminándose todos tres hacia donde los convidaba la milagrosa estrella, se juntaron brevemente; y luego se les acercó mucho más, bajando y descendiendo multitud de grados en la región del aire, con que gozaban más inmediatamente de su refulgencia. Y confirieron juntos las revelaciones que habían tenido y los intentos que cada uno llevaba, que eran uno mismo. Y en esta conferencia se encendieron más en la devoción y deseos de adorar al niño Dios recién nacido. Quedaron admirados y magnificando al Todopoderoso en sus obras y encumbrados misterios.

557. Prosiguieron los Magos sus jornadas, encaminados de la estrella, sin perderla de vista hasta que llegaron a Jerusalén; y así por esto como porque aquella gran ciudad era la cabeza y metrópoli de los judíos, sospecharon que ella sería la patria donde había nacido su legítimo y verdadero Rey. Entraron por la ciudad, preguntando públicamente por él, y diciendo (Mt 2,1ss): “¿A dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque en el oriente hemos visto su estrella que manifiesta su nacimiento y venimos a verle y adorarle.” Llegó esta novedad a los oídos de Herodes, que a la sazón, aunque injustamente, reinaba en Judea y vivía en Jerusalén; y sobresaltado el inicuo Rey con oír que había nacido otro más legítimo, se turbó y escandalizó mucho, y con él toda la ciudad se alteró; unos por lisonjearle y otros

por el temor de la novedad. Y luego, como San Mateo refiere (Ib. (A.)), mandó Herodes hacer junta de los príncipes de los sacerdotes y escribas, y les preguntó dónde había de nacer Cristo, a quien ellos, según sus profecías y escrituras, esperaban. Le respondieron que, según el vaticinio de un profeta, que es Miqueas (Miq 5,2 (A.)), había de nacer en Belén, porque dejó escrito que de ella saldría el Gobernador que había de regir el pueblo de Israel.

558. Informado Herodes del lugar del nacimiento del nuevo Rey de Israel y meditando desde luego dolosamente destruirle, despidió a los sacerdotes y llamó secretamente a los Reyes magos para informarse del tiempo que habían visto la estrella pregonera de su nacimiento. Y como ellos con sinceridad se lo manifestasen, los remitió a Belén, y les dijo, con disimulada malicia: “d y preguntad por el infante, y en hallándole me daréis luego aviso, para que yo también vaya a reconocerle y adorarlo.” Partieron los Magos, quedando el hipócrita rey mal seguro y congojado con señales tan infalibles de haber nacido en el mundo el Señor legítimo de los judíos. Y aunque pudiera sosegarle en la posesión de su grandeza el saber que no podía reinar tan presto un niño recién nacido, pero es tan débil y engañosa la prosperidad humana, que sólo un infante la derriba, y un amago, aunque sea de lejos, y sólo imaginarlo impide todo el consuelo y gusto que engañosamente ofrece a quien la tiene.

559. En saliendo los Magos de Jerusalén, hallaron la estrella que a la entrada habían perdido y con su luz llegaron a Belén y al portal del nacimiento, sobre el cual detuvo su curso y se inclinó entrando por la puerta y menguando su forma corporal, hasta ponerse sobre la cabeza del infante Jesús, no paró, y le bañó todo con su luz, y luego se deshizo y resolvió la materia de que se formó primero. Estaba ya nuestra gran Reina prevenida por el Señor de la llegada de los Reyes, y cuando entendió que estaban cerca del portal, dio noticia de ello al santo esposo José, no para que se apartase, sino para que asistiese a su lado, como lo hizo. Y aunque el texto sagrado del Evangelio no lo dice, porque esto no era necesario para el misterio, como tampoco otras cosas que dejaron los evangelistas en silencio, pero es cierto que el Santo José estuvo presente cuando los Reyes adoraron al infante Jesús. Y no era necesario cautelar esto, porque los Magos venían ya ilustrados de que la Madre del recién nacido era Virgen y él Dios verdadero y no hijo de San José. Ni Dios trajera a los Reyes para que le adorasen y, por no estar catequizados, faltasen en cesa tan esencial como juzgarle por hijo de José de madre no virgen; de todo venían ilustrados y sintiendo altísimamente de lo perteneciente a tan magníficos y encumbrados sacramentos.

560. Aguardaba la divina Madre con el infante Dios en sus brazos a los devotos y piadosos Reyes, y estaba con incomparable modestia y hermosura, descubriendo entre la humilde pobreza indicios de majestad más que humana, con algo de resplandor en el rostro. El niño le tenía mucho mayor y derramaba grande refulgencia de luz, con que estaba toda aquella caverna hecha cielo. Entraron en ella los tres Reyes orientales y a la vista primera del Hijo y de la Madre quedaron por gran rato admirados y suspensos. Se postraron en tierra y en esta postura reverenciaron y adoraron al infante, reconociéndole por verdadero Dios y hombre y reparador del linaje humano. Y con el poder divino y vista y presencia del dulcísimo Jesús, fueron de nuevo ilustrados interiormente. Conocieron la multitud de espíritus angélicos que, como siervos y ministros del gran Rey de los reyes y Señor de los señores (Ap 19,16), asistían con temblor y reverencia. Se levantaron en pie y luego dieron la enhorabuena a su Reina y nuestra de ser Madre del Hijo del eterno Padre, y llegaron a darle reverencia, hincadas las rodillas. Le pidieron la mano para besársela, como en sus reinos se acostumbraba con las reinas. La prudentísima Señora retiró la suya y ofreció la del Redentor del mundo, y dijo: “Mi espíritu se alegró en el Señor y mi alma le bendice y alaba; porque entre todas las naciones os llamó y eligió, para que con vuestros ojos lleguéis a ver y conocer lo que muchos reyes y profetas desearon (Lc 10,24) y no lo consiguieron, que es al eterno Verbo encarnado y humanado. Magnifiquemos y alabemos su nombre por los sacramentos y misericordias que usa con su pueblo, besemos la tierra que santifica con su real presencia.”

561. Con estas razones de María Santísima se humillaron de nuevo los tres Reyes, adorando al infante Jesús, y reconocieron el beneficio grande de haberles nacido tan temprano el sol de justicia, para ilustrar sus tinieblas. Hecho esto, hablaron al santo esposo José, engrandeciendo su felicidad de ser esposo de la Madre del mismo Dios, y por ella le dieron la enhorabuena, admirados y compadecidos *de* tanta pobreza y que en ella se encerrasen los mayores misterios del cielo y tierra. Pasaron en estas cosas tres horas, y los Reyes pidieron licencia a María Santísima para ir a la ciudad a tomar posada, por no haber lugar para detenerse en la cueva y estar en ella. Los seguían alguna gente, pero solos los Magos participaron los efectos de la luz y de la gracia. Los demás, que sólo paraban y atendían lo exterior y miraban el estado pobre y despreciable de la Madre y de su esposo, aunque tuvieron alguna admiración de la novedad no conocieron el misterio. Se despidieron y se fueron los Reyes, y quedaron María y José con el infante solos, dando gloria a Su Majestad con nuevos cánticos de alabanza, porque su nombre comenzaba a ser conocido y adorado de las

gentes. Lo demás que hicieron los Reyes, diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

562. “Hija mía, en los sucesos que contiene este capítulo, había gran fundamento para enseñar a los reyes y príncipes, y a los demás hijos de la Iglesia Santa, en la pronta devoción y humildad de los Magos, para imitarla, y en la dureza inicua de Herodes, para temerla; porque cada uno cogió el fruto de sus obras. Los Reyes, de las muchas virtudes y justicia que guardaban, y Herodes, de su ciega ambición y soberbia, con que injustamente reinaba, y de otros pecados en que le despeñó su inclinación sin rienda ni moderación. Pero basta esto para los que viven en el mundo, y las demás doctrinas que tienen en la Santa Iglesia; para ti debes aplicar la enseñanza de lo que has escrito, advirtiéndote que toda la perfección de la vida cristiana se ha de fundar en las verdades católicas y en el conocimiento de ellas constante y firme, como lo enseña la santa fe de la Iglesia. Y para más imprimirlas en tu corazón, te has de aprovechar de todo lo que leyeres y oyeres de las divinas Escrituras y de otros libros devotos y doctrinales de las virtudes. Y a esta fe santa ha de seguir la ejecución de ellas, con abundancia de todas las buenas obras, esperando siempre la visitación y venida (Tit 2,13) del Altísimo.

563. “Con esta disposición estará tu voluntad pronta, como yo la quiero, para que en ti halle la del Todopoderoso la suavidad y rendimiento necesario para no tener resistencia a lo que te manifestare, sino que en conociéndolo lo ejecutes, sin otros respetos de criaturas y te ofrezco que, si lo hicieres como debes, yo seré tu estrella y te guiaré por las sendas del Señor (Prov 4,11), para que con velocidad camines hasta ver y gozar en Sión (Sal 83,8) de la cara de tu Dios y sumo bien. En esta doctrina, y en lo que sucedió a los devotos Reyes del oriente, se encierra una verdad esencialísima para la salvación de las almas; pero conocida de muy pocas y advertida de menos: esto es, que las inspiraciones y llamamientos que envía Dios a las criaturas regularmente tienen este orden: que las primeras mueven a obrar algunas virtudes, y si a éstas responde el alma, envía el Altísimo otras mayores para obrar más excelentemente, y aprovechándose de unas se dispone para otras y recibe nuevos y mayores auxilios; y por este orden van creciendo los favores del Señor, según la criatura va correspondiendo a ellos. De donde entenderás dos cosas: la una, cuán grave daño es despreciar las obras de cualquiera virtud y no ejecutarlas según las divinas inspiraciones dictan; la segunda, que muchas veces daría Dios grandes auxilios a las almas, si ellas comenzasen a responder con los menores; porque está aparejado y como esperando que le den lugar, para obrar según la equidad de sus juicios y justicia, y porque desprecian este orden y proceder de sus vocaciones, suspende el corriente de su divinidad y no concede lo que él desea y las almas habían de recibir, si no pusieran óbice e impedimento, y por esto van de un abismo en otro (Sal 41,8).

564. Los Magos y Herodes llevaron encontrados caminos; que los unos correspondieron con buenas obras a los primeros auxilios e inspiraciones, y así se dispusieron con muchas virtudes para ser llamados y traídos por la revelación divina al conocimiento de los misterios de la Encarnación, nacimiento del Verbo divino y Redención del linaje humano, y de esta felicidad a la de ser santos y perfectos en el camino del cielo. Por el contrario le sucedió a Herodes, que su dureza y desprecio que hizo de obrar bien con los auxilios del Señor, le trajo a tan desmedida soberbia y ambición, y estos vicios le arrastraron hasta el último precipicio de crueldad, intentando quitar la vida, primero que otro alguno de los hombres, al Redentor del mundo, y fingirse para esto piadoso y devoto con simulada piedad, y reventando su furiosa indignación y por encontrarle, quitó la vida a los niños inocentes para que no se frustrasen sus dañados y perversos intentos.”

CAPITULO 17

[Regresar al Principio](#)

Vuelven los Reyes magos por segunda vez a ver y adorar al infante Jesús, le ofrecen sus dones y despedidos toman otro camino para sus tierras.

565. Del portal del nacimiento, a donde los tres Reyes entraron vía recta desde su camino, se fueron a descansar a la posada dentro de la ciudad de Belén; y retirándose aquella noche a un aposento a solas, estuvieron grande espacio de tiempo, con abundancia de lágrimas y suspiros, confirmando lo que habían visto y los efectos que a cada uno había causado y lo que habían notado en el niño Dios y en su Madre Santísima. Con esta conferencia se inflamaron más en el amor divino, admirándose de la majestad y resplandor del infante Jesús, de la prudencia, severidad y pudor divino de la Madre, de la santidad del esposo José y de la pobreza de todos tres, de la humildad del lugar donde había querido

nacer el Señor de tierra y cielo. Sentían los devotos Reyes la llama del divino incendio que abrasaba sus piadosos corazones, y sin poderse contener rompían en razones de gran dulzura y acciones de mucha veneración y amor. Decían: “¿Qué fuego es éste que sentimos? ¿Qué eficacia la de este gran Rey, que nos mueve a tales deseos y afectos? ¿Qué haremos para tratar con los hombres? ¿Cómo pondremos modo y tasa a nuestros gemidos y suspiros? ¿Qué harán los que han conocido tan oculto, nuevo y soberano misterio? ¡Oh grandeza del Omnipotente escondida (Is 45,15) por los hombres y disimulada en tanta pobreza! ¡Oh humildad nunca imaginada de los mortales! ¡Quién os pudiera traer a todos para que ninguno se privara de esta felicidad!”

566. Entre estas divinas conferencias se acordaron los Magos de la estrecha necesidad que tenían Jesús, María y José en su cueva y determinaron enviarles luego algún regalo en que les mostrasen su caricia, y ellos diesen aquel ensanche al afecto que tenían de servirlos, mientras no podían hacer otra cosa. Les remitieron con sus criados muchos de los regalos que para ellos estaban prevenidos y otros que buscaron. Los recibieron María Santísima y José con humilde reconocimiento; y el retorno fue, no gracias secas, como hacen los demás, sino muchas bendiciones eficaces de consuelo espiritual para los tres Reyes. Tuvo con este regalo nuestra gran Reina y Señora con qué hacerles a sus ordinarios convidados, los pobres, opulenta comida; que acostumbrados a sus limosnas y más aficionados a la suavidad de sus palabras, la visitaban y buscaban de ordinario. Los Reyes se recogieron llenos de incomparable júbilo del Señor, y en sueños los avisó el ángel de su jornada.

567. El día siguiente en amaneciendo volvieron a la cueva del nacimiento, para ofrecer al Rey celestial los dones que traían prevenidos. Llegaron y postrados en tierra le adoraron con nueva y profundísima humildad, y abriendo sus tesoros, como dice el Evangelio (Mt 2,11), le ofrecieron oro, incienso y mirra. Hablaron con la divina Madre y la consultaron muchas dudas y negocios de los que tocaban a los misterios de la fe y cosas pertenecientes a sus conciencias y gobierno de sus estados; porque deseaban volver de todo informados y capaces para gobernarse santa y perfectamente en sus obras. La gran Señora los oyó con sumo agrado, y cuando la informaban confería con el infante en su interior todo lo que había de responder y enseñar a aquellos nuevos hijos de su ley santa. Y como maestra e instrumento de la sabiduría divina respondió a todas las dudas que le propusieron tan altamente, santificándolos y enseñándoles de suerte que, admirados y atraídos de la ciencia y suavidad de la Reina, no podían apartarse de ella, y fue necesario que uno de los ángeles del Señor les dijese que era su voluntad y forzoso el volverse a sus patrias. Y no es maravilla que esto les sucediese, porque a las palabras de María Santísima fueron ilustrados del Espíritu Santo y llenos de ciencia infusa en todo lo que preguntaron y en otras muchas materias.

568. Recibió la divina Madre los dones de los Reyes y en su nombre los ofreció al infante Jesús. Y su Majestad con agradable semblante mostró que los admitía y les dio su bendición, de manera que los mismos Reyes lo vieron y conocieron que la daba en retomo de los dones ofrecidos, con abundancia de dones del cielo y más de ciento por uno (Mt 19,29). A la divina Princesa ofrecieron algunas joyas, al uso de su patria, de gran valor, pero esto, que no era de misterio ni pertenecía a él, se lo volvió Su Alteza a los Reyes y sólo reservó los tres dones de oro, incienso y mirra. Y para enviarlos más consolados, les dio algunos paños de los que había envuelto al niño Dios, porque ni tenía ni podía haber otras prendas visibles con que enviarlos enriquecidos de su presencia. Recibieron los tres Reyes estas reliquias con tanta veneración y aprecio, que guarneciéndolas en oro y piedras preciosas las guardaron. Y en testimonio de su grandeza derramaban tan fragancia de sí y daban tan copioso olor, que se percibía casi de una legua de distancia. (Legua: Unidad antigua de longitud que expresa la distancia que una persona o un caballo pueden andar en una hora. Legua castellana: 4,19 km or 2,6 varas Castellanas.) Pero con esta calidad y diferencia, que sólo se comunicaba a los que tenían fe de la venida de Dios al mundo, y los demás incrédulos no participaron de este favor, ni sentían la fragancia de las preciosas reliquias, con las cuales hicieron grandes milagros en sus patrias.

569. Ofrecieron también los Reyes a la Madre del dulcísimo Jesús servirla con sus haciendas y posesiones, y que si no gustaba de ellas y quería vivir en aquel lugar del nacimiento de su Hijo Santísimo, le edificarían allí casa para estar con más comodidad. Estos ofrecimientos agradeció la prudentísima Madre sin admitirlos. Y para despedirse de ella los Reyes, la rogaron con íntimo afecto del corazón que jamás se olvidase de ellos, y así se lo prometió y cumplió; y lo mismo pidieron a San José. Y con la bendición de todos tres se despidieron con tal afecto y ternura, que parecía dejaban allí sus corazones, en lágrimas y suspiros convertidos. Tomaron otro camino diferente, por no volver a Herodes por Jerusalén, que el ángel aquella noche les amonestó en sueños no lo hiciesen. Y al partir de Belén fueron guiados por otro camino, apareciéndoles la misma u otra estrella para este intento, y los llevó hasta el lugar donde se habían juntado y de allí cada uno volvió a su patria.

570. Lo restante de la vida de estos felicísimos Reyes fue correspondiente a su divina vocación, porque en sus estados vivieron y procedieron como discípulos de la Maestra de la santidad, por cuya doctrina gobernaron sus almas y sus reinos. Y con su ejemplo, vida y noticia que dieron del Salvador del mundo, convirtieron gran número de almas al conocimiento de Dios y camino de la salvación. Y después de esto, llenos de días y merecimientos, acabaron su carrera en santidad y justicia, siendo favorecidos en vida y muerte de la Madre de misericordia. Despedidos los Reyes, quedaron la divina Señora y José en nuevos cánticos de alabanza por las maravillas del Altísimo. Y las conferían con las divinas Escrituras y profecías de los patriarcas, conociendo cómo se iban cumpliendo en el infante Jesús. Pero la prudentísima Madre, que profundamente penetraba estos altísimos sacramentos, lo conservaba todo y lo confería consigo misma en su pecho (Lc 2,19). Los santos ángeles que asistían a estos misterios dieron la enhorabuena a su Reina, de que fuese su Hijo Santísimo conocido, adorado por los hombres y Su Majestad humanado, y le cantaron nuevos cánticos, magnificándole por las misericordias que obraban con los hombres.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

571. “Hija mía, grandes fueron los dones que ofrecieron los Reyes a mi Hijo Santísimo, pero mayor el afecto de amor con que los daban y el misterio que significaban; por todo esto le fueron muy aceptos y agradables a Su Majestad. Esto quiero yo que tú le ofrezcas, dándole gracias porque te hizo pobre en el estado y profesión; porque te aseguro, amiga, que no hay para el Altísimo otro más precioso don ni ofrenda que la pobreza voluntaria, pues son muy pocos hoy en el mundo los que usan bien de las riquezas temporales y que las ofrezcan a su Dios y Señor con la largueza y afecto que estos santos Reyes. Los pobres del Señor, tanto número como hay, experimentan bien y testifican cuán cruel y avarienta se ha hecho la naturaleza humana, pues con haber tantos necesitados, son tan pocos remediados de los ricos. Esta impiedad tan descortés de los hombres ofende a los ángeles y contrista al Espíritu Santo, viendo a la nobleza de las almas tan envilecida y abatida, sirviendo todos a la torpe codicia del dinero con sus fuerzas y potencias. Y como si se hubieran criado para sí solos las riquezas, así se las apropian y las niegan a los pobres, sus hermanos de su misma carne y naturaleza; y al mismo Dios que las crió no se las dan, siendo el que las conserva y puede darlas y quitarlas a su voluntad. Y lo más lamentable es que, cuando pueden los ricos comprar la vida eterna con la hacienda (Lc 16,9), con ella misma granjean su perdición, por usar de este beneficio del Señor como hombres insensatos y necios.

572. “Este daño es general en los hijos de Adán, y por eso es tan excelente y segura la voluntaria pobreza; pero en ella, partiendo con alegría lo poco con el pobre, se hace ofrenda grande al Señor de todos. Y tú puedes hacerla de lo que te toca para tu sustento, dando una parte al pobre, deseando remediar a todos, si con tu trabajo y sudor fuera posible. Pero tu continua ofrenda ha de ser las obras de amor, que es el oro, y la oración continua, que es el incienso, y la tolerancia igual en los trabajos y verdadera mortificación en todo, que es la mirra. Y lo que obras por el Señor, ofrécelo con fervoroso afecto y prontitud, sin tibieza ni temor, porque las obras remisas o muertas no son sacrificio aceptable a los ojos de Su Majestad. Para ofrecer incesantemente estos dones de tus propios actos es menester que la fe y la luz divina esté siempre encendida en tu corazón, proponiéndote el objeto a quien has de alabar, magnificar y el estímulo de amor con que siempre estás obligada de la diestra del Altísimo, para que no ceses en este dulce ejercicio, tan propio de las esposas de Su Majestad, pues el título es significación de amor y deuda de continuo afecto.”

CAPITULO 18

[Regresar al Principio](#)

Distribuyen María Santísima y José los dones de los Reyes magos y se detienen en Belén hasta la presentación del infante Jesús en el templo.

573. Despedidos los tres Reyes magos y habiéndose celebrado en el portal el gran misterio de la adoración del infante Jesús, no quedaba otro que esperar en aquel lugar pobre y sagrado sino salir de él. La prudentísima Madre dijo a San José: “Señor mío y esposo, esta ofrenda que los Reyes han dejado a nuestro Dios y niño no ha de estar ociosa, pero ha de servir a Su Majestad, empleándose luego en lo que fuere de su voluntad y obsequio. Yo nada merezco, aunque sea de cosas temporales; disponed de todo como de cosa de mi Hijo y vuestra.” Respondió el fidelísimo esposo con su acostumbrada humildad y cortesía, remitiéndose a la voluntad de la divina Señora, para que por ella se distribuyese. Instó de nuevo Su Majestad, y dijo: “Si por humildad queréis, señor mío, excusaros, hacedlo por la caridad de los pobres, que piden la parte que les toca, pues tienen derecho a las cosas que su Padre celestial crió para su alimento.”

Confirieron luego entre María purísima y San José cómo se distribuyesen en tres partes: una para llevar al templo de Jerusalén, que fue el incienso y mirra y parte del oro; otra para ofrecer al sacerdote que circuncidó al niño, que se emplease en su servicio y de la sinagoga o lugar de oración que había en Belén; y la tercera para distribuir con los pobres. Y así lo ejecutaron con liberal y fervoroso afecto.

574. Para salir de aquel portal, ordenó el Todopoderoso que una mujer pobre, honrada y piadosa fuese algunas veces a ver a nuestra Reina al mismo portal; porque era la casa donde vivía pegada a los muros de la ciudad, no lejos de aquel lugar sagrado. Esta devota mujer, oyendo la fama de los Reyes e ignorando lo que habían hecho, fue un día después a hablar a María Santísima, y la dijo si sabía lo que pasaba de que unos Magos, que decían eran reyes, habían venido de lejos a buscar al Mesías. La divina Princesa con esta ocasión, y conociendo el buen natural de la mujer, la instruyó y catequizó en la fe común, sin declararle en particular el sacramento escondido del Rey que en sí misma encerraba y en el dulcísimo niño que tenía en sus divinos brazos. La dio también alguna parte del oro destinado para los pobres, con que se remediase. Con estos beneficios quedó mejorada en todo la suerte de la feliz mujer, y ella aficionada a su maestra y bienhechora. Le ofreció su casa, y siendo pobre era más acomodada para hospicio de los artífices o fundadores de la santa pobreza. Le hizo grande instancia la pobre mujer, viendo la descomodidad del portal donde María Santísima y el feliz esposo estaban con el niño. No desechó el ofrecimiento la Reina y con estimación respondió a la mujer que la avisaría de su determinación. Y confiriéndolo luego con San José, se resolvieron en ir a pasar a la casa de la devota mujer y esperar allí el tiempo de la purificación y presentación al templo. Les obligó más a esta determinación el estar cerca del portal del nacimiento, y también que comenzaba a concurrir en él mucha gente, por el rumor que se iba publicando del suceso y venida de los Reyes.

575. Desampararon María Santísima, San José y el niño el sagrado portal, porque ya era forzoso, aunque con gran cariño y ternura, y se fueron a hospedar a la casa de la feliz mujer, que los recibió con suma caridad y les dejó libre lo mejor de la habitación que tenía. Los fueron acompañando todos los ángeles y ministros del Altísimo, en la misma forma humana que siempre los asistían. Y porque la divina Madre y su esposo desde la posada frecuentaban las estaciones de aquel santuario, iban y venían con ellos la multitud de príncipes que los servían. Y a más de esto, para guarda y custodia del portal o cueva cuando el niño y Madre salieron de ella, puso Dios un ángel que le guardase, como el del paraíso (Gen 3,24); y así ha estado y está hoy en la puerta de la cueva del nacimiento con una espada, y nunca más entró en aquel lugar santo ningún animal, y si el santo ángel no impide la entrada de los enemigos infieles, en cuyo poder está aquél y los demás lugares sagrados, es por los juicios del Altísimo, que deja obrar a los hombres por los fines de su sabiduría y justicia; y porque no era necesario este milagro, si los príncipes cristianos tuvieran ferviente celo de la honra y gloria de Cristo para procurar la restauración de aquellos Santos Lugares consagrados con la sangre y plantas del mismo Señor y de su Madre Santísima y con las obras de nuestra redención; y cuando esto no fuera posible, no hay excusa para no procurar a lo menos la decencia de aquellos misteriosos lugares con toda diligencia y fe, que el que la tuviere, grandes montes vencerá (Mt 17,19), porque todo le es posible al creyente (Mc 9,22) y se me ha dado a entender que la devoción piadosa y la veneración de la Tierra Santa es uno de los medios más eficaces y poderosos para establecer y asegurar las monarquías católicas; y quien lo fuere no puede negar que ahorrar a otros gastos excesivos y excusados, para emplearlos en tan piadosa empresa, fuera grata a Dios y a los hombres, pues para honestar estos gastos no es menester buscar razones peregrinas.

576. Retirada María purísima con su Hijo y Dios a la posada que halló cerca del portal, perseveró en ella hasta el tiempo que conforme a la ley se había de presentar purificada al templo con su primogénito. Y para este misterio determinó en su ánimo la santísima entre las criaturas disponerse dignamente con deseos fervorosos de llevar a presentar al eterno Padre en el templo su infante Jesús, e imitándole ella y presentándose con él adornada y hermoseedada con grandes obras que hiciesen digna hostia y ofrenda para el Altísimo. Con esta atención hizo la divina Señora aquellos días, hasta la purificación, tales y tan heroicos actos de amor y de todas las virtudes, que ni lengua de hombres ni ángeles lo pueden explicar; ¿cuánto menos podrá una mujer en todo inútil y llena de ignorancia? La piedad y devoción cristiana merecerá sentir estos misterios, y los que para su contemplación y veneración se dispusieren. Y por algunos favores más inteligibles que recibió la Virgen Madre, se podrán colegir y rastrear otros que no caben en palabras.

577. Desde el nacimiento habló el infante Jesús con su dulcísima Madre en voz inteligible, cuando la dijo, luego que nació: “Imítame, Esposa mía y asimílate a mí,” como dije en su lugar, capítulo 10 (Cf. supra n.480). Y aunque siempre la hablaba con perfectísima pronunciación, era a solas, porque el santo esposo José nunca le oyó hablar, hasta que fue el

niño creciendo y habló después de un año con él. Ni tampoco la divina Señora le declaró este favor a su esposo, porque conocía era sólo para ella. Las palabras del niño Dios eran con la majestad digna de su grandeza y con la eficacia de su poder infinito y como con la más pura y santa, la más sabia y prudente de las criaturas, fuera de sí mismo, y como con verdadera Madre suya. Algunas veces decía: “Paloma mía, querida mía, Madre mía carísima.” Y en estos coloquios y delicias que se contienen en los Cantares de Salomón, y otros más continuos interiores, pasaban Hijo y Madre Santísimos, con que recibía más favores la divina Princesa y oyó palabras tan de dulzura y caricia, que han excedido a las de los Cantares de Salomón, y más que han dicho ni pensado todas las almas justas y santas desde el principio hasta el fin del mundo. Muchas veces repetía el infante Jesús, entre estos amables misterios, aquellas palabras: “Asimílate a mí, Madre y paloma.” Y como eran razones de vida y virtud infinita, y a ellas acompañaba la ciencia divina que tenía María Santísima de todas las operaciones que obraba interiormente el alma de su Hijo unigénito, no hay lengua que pueda explicar, ni pensamiento percibir los efectos de estas obras tan recónditas en el candidísimo e inflamado corazón de la Madre de Hijo que era hombre y Dios.

578. Entre algunas excelencias más raras y beneficios de María purísima, el primero es ser Madre de Dios, que fue el fundamento de todas; el segundo, ser concebida sin pecado; el tercero, gozar en esta vida muchas veces la visión beatífica de paso; el cuarto lugar tiene este favor, de que gozaba continuamente, viendo con claridad el alma santísima de su Hijo y todas sus operaciones para imitarlas. La tenía presente, como un espejo clarísimo y purísimo en que se miraba y remiraba, adornándose con las preciosas joyas de aquella alma santísima copiadas en sí misma. La miraba unida al Verbo divino y cómo se reconocía inferior en la humanidad con profunda humildad. Conocía con vista clarísima los actos de agradecimiento y alabanza que daba, por haberla criado de nada como a todas las demás almas, y por los dones y beneficios que sobre todas había recibido en cuanto criatura, y especialmente por haberla levantado y sublimado a su naturaleza humana a la unión inseparable de la divinidad. Atendía a las peticiones, oraciones y súplicas, que hacía incesantes, que presentaba al eterno Padre por el linaje humano, y cómo en todas las demás obras iba disponiendo y encaminando su redención y enseñanza, como único Reparador y Maestro de vida eterna.

579. Todas estas obras de la santísima humanidad de Cristo nuestro bien iba imitando su Madre purísima. Y en toda esta Historia hay mucho que decir de tan gran misterio, porque siempre tuvo este dechado y ejemplar a la vista, donde formó todas las acciones y operaciones desde la Encarnación y nacimiento de su Hijo, y como abeja oficiosa fue componiendo el panal dulcísimo de las delicias del Verbo humanado. Y Su Majestad, que vino del cielo a ser nuestro Redentor y Maestro, quiso que su Madre Santísima, de quien recibió el ser humano, participase por altísimo y singular modo los frutos de la general redención y que fuese única y señalada discípula, en quien se estampase al vivo su doctrina, formándola tan semejante a sí mismo, cuanto era posible en pura criatura. Por estos beneficios y fines del Verbo humanado se ha de colegir la grandeza de las obras de su Madre Santísima y las delicias que tenía con él en sus brazos, reclinándole en su pecho, que era el tálamo y lecho florido (Cant 1,15 (A.)) de este verdadero Esposo.

580. En los días que la Reina Santísima se detuvo en Belén hasta la purificación, concurrió alguna gente a visitarla y hablarla, aunque casi todos eran de los más pobres: unos por la limosna que de su mano recibían, otros por haber sabido que los Magos habían estado en el portal, y todos hablaban de esta novedad y de la venida del Mesías, porque en aquellos días, no sin dispensación divina, estaba muy público entre los judíos que se llegaba el tiempo en que había de nacer en el mundo, y se hablaba comúnmente de esto. Con ocasión de todas estas pláticas se le ofrecían a la prudentísima Madre repetidas ocasiones de obrar grandiosamente, no sólo en guardar secreto en su pecho y conferir en él todo lo que oía y veía (Lc 2,19), pero también en encaminar muchas almas al conocimiento de Dios, confirmarlas en la fe, instruir las en las virtudes, alumbrarlas en los misterios del Mesías que esperaban y sacarlas de grandes ignorancias en que estaban, como gente vulgar y poco capaz de las cosas divinas. La decían algunas veces tantas novelas y cuentos de mujeres en estas materias, que oyéndolas el santo y sencillo esposo José se solía sonreír y admirar de las respuestas llenas de sabiduría y eficacia divina con que la gran Señora respondía y enseñaba a todos; cómo los toleraba, sufría y encaminaba a la verdad y conocimiento de la luz, con profunda humildad y severidad apacible, dejando a todos gustosos, consolados y capaces de lo que les convenía; porque les hablaba palabras de vida eterna (Jn 6,69), que les penetraba hasta el corazón, los fervorizaba y alentaba.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima Señora nuestra.

581. “Hija mía, a la vista clara de la luz divina conocí yo, sobre todas las criaturas, el bajo precio y estimación que tienen delante el Altísimo los dones y riquezas de la tierra, y por esto me fue trabajoso y enojoso a mi santa libertad

hallarme cargada con los tesoros de los Reyes ofrecidos a mi Hijo Santísimo; pero como en todas mis obras había de resplandecer la humildad y obediencia, no quise apropiarlos a mí, ni dispensarlos por mi voluntad, sino por la de mi esposo José; y en esta resignación hice concepto como si fuera sierva suya y como si nada de aquellos bienes temporales me tocara, porque es cosa fea, y para vosotras las criaturas flacas muy peligrosa, atribuiros o apropiaros cosa ninguna de bienes terrenos, así de hacienda como de honra, pues todo esto se hace con codicia, ambición y ostentación vana.

582. “He querido, carísima, decirte todo esto para que en todas materias quedes enseñada de no admitir dones ni honras humanas, como si algo te debieran, ni lo apropias a ti misma, y esto menos cuando lo recibes de personas poderosas y calificadas; guarda tu libertad interior y no hagas ostentación de lo que nada vale, ni te puede justificar para con Dios. Si algo te presentaren, nunca digas esto me han dado, ni esto me han traído, sino esto envía el Señor para la comunidad, pidan a Su Majestad por el instrumento de esta misericordia suya; y nombrarle, para que lo hagan en particular y no se frustre el fin del que hace la limosna. Tampoco la recibas por tu mano, que es insinuar codicia, sino las oficiales dedicadas para ese fin; y si por el oficio de prelada fuere necesario después de estar dentro el convento darlo a quien le pertenece para distribuirlo al común, sea con magisterio de desprecio, manifestando no está allí el afecto, aunque al Altísimo y al que te hizo el bien se le has de agradecer, y conocer no le mereces. Lo que traen a las demás religiosas debes agradecerlo por prelada, y con toda solicitud cuidar luego se aplique al cuerpo de la comunidad, sin tomar para ti cosa alguna; y no mires con curiosidad lo que viene al convento, porque no se deleite el sentido, ni se incline a apetecerlo o gustar le hagan tales beneficios, que el natural frágil y lleno de pasiones incurre en muchos defectos repetidas veces y muy pocas veces se hace consideración de ellos; no se le puede fiar nada a la naturaleza infecta, porque siempre quiere más de lo que tiene y nunca dice basta y cuanto más recibe mayor sed le queda para más.

583. “Pero en lo que te quiero más advertida es en el trato íntimo y frecuente con el Señor, por incesante amor, alabanza y reverencia. En esto quiero, hija mía, que trabajes con todas tus fuerzas y que apliques tus potencias y sentidos sin intervalo, con desvelo y cuidado; porque sin él es forzoso que la parte inferior, que agrava el alma (Sab 9,15), la derribe y atierre, la divierta y precipite, haciéndola perder de vista el sumo bien. Y este trato amoroso del Señor es tan delicado, que sólo de atender y oír al enemigo en sus fabulaciones se pierde; y por esto solicita él con gran desvelo que le atiendan, como quien sabe que el castigo de haberle escuchado será escondérsele al alma el objeto de su amor; y luego la que inadvertidamente ignoró su hermosura (Cant 1,7 (A.)) sale tras de las pisadas de sus descuidos, desposeída de suavidad divina, y cuando, a mal de su grado, experimenta el daño en su dolor, quiere volver a buscarla y no siempre se halla ni se le restituye; y como el demonio que la engañó le ofrece otros deleites tan viles y desiguales de aquellos a que tenía acostumbrado el gusto interior, de aquí le resulta y se origina nueva tristeza, turbación, caimiento, tibieza, hastío y toda se llena de confusión y peligro.

584. De esta verdad tienes tú, carísima, alguna experiencia, por tus descuidos y tardanza en creer los beneficios del Señor. Ya es tiempo que seas prudente en tu sinceridad y constante en conservar el fuego del santuario, sin perder de vista un punto el mismo objeto a que yo siempre estuve atenta con la fuerza de toda mi alma y potencias. Y aunque es grande la distancia de ti, que eres un vil gusanillo, a lo que en mí te propongo que imites y no puedes gozar del bien verdadero tan inmediato como yo le tenía, ni obrar con las condiciones que yo lo hacía, pero, pues yo te enseño y manifiesto lo que obraba imitando a mi Hijo Santísimo, puedes, según tus fuerzas, imitarme a mí, entendiendo que le miras por otro viril; mas porque yo le miraba por el de su humanidad santísima, y tú por el de mi alma y persona. Y si a todos llama y convida el Todopoderoso a esta alta perfección si quieren seguirla, considera tú lo que debes hacer por ella, pues tan larga y poderosa se muestra contigo la diestra del Altísimo para traerte tras de sí (Ib. 3).

CAPITULO 19

[Regresar al Principio](#)

Parten María Santísima y José con el infante Jesús de Belén a Jerusalén, para presentarle en el templo y cumplir la ley.

585. Cumplíanse ya los cuarenta días que conforme a la ley (Lev 12,4 (A.)) se juzgaba por inmunda la mujer que paría hijo y perseveraba en la purificación del parto hasta que después iba al templo. Para cumplir la Madre de la misma pureza

con esta ley, y de camino con la otra del Éxodo (Ex 13,12 (A.)) en que mandaba Dios le santificasen y ofreciesen todos los primogénitos, determinó pasar a Jerusalén, donde se había de presentar en el templo con el Unigénito del eterno Padre suyo y purificarse conforme las demás mujeres madres. Y en el cumplimiento de estas dos leyes, para la que a ella le tocaba, no tuvo duda ni reparo alguno en obedecer como las demás madres; no porque ignorase su inocencia y pureza propia, que desde la Encarnación del Verbo la sabía, y que no había contraído el común pecado original, y tampoco ignoraba que había concebido por obra del Espíritu Santo y parido sin dolor, quedando siempre virgen y más pura que el sol; pero en cuanto a rendirse a la ley común no dudaba su prudencia, y también lo solicitaba el ardiente afecto de humillarse y pegarse con el polvo, que siempre estaba en su corazón.

586. En la presentación que tocaba a su Hijo Santísimo pudo tener algún reparo, como sucedió en la circuncisión, porque le conocía por Dios verdadero, superior a las leyes que él mismo había puesto; pero de la voluntad del Señor fue informada con luz divina y con los mismos actos del alma santísima del Verbo humanado, porque en ella vio los deseos que tenía de santificarse, ofreciéndose viva hostia (Ef 5,2) al eterno Padre, en agradecimiento de haber formado su cuerpo purísimo y criado su alma santísima, y destinándose para sacrificio aceptable por el linaje humano y salud de los mortales; y aunque estos actos siempre los tuvo la humanidad santísima del Verbo, no sólo como comprensor, conformándose con la voluntad divina, pero también como viador y Redentor, con todo eso, quiso, conforme a la ley, hacer esta ofrenda a su Padre en su santo templo, donde todos le adoraban y magnificaban, como en casa de oración, expiación y sacrificios.

587. Trató la gran Señora con su esposo de la jornada, y habiéndola ordenado para estar en Jerusalén el día determinado por la ley y prevenido lo necesario, se despidieron de la piadosa mujer su hospedera; y dejándola llena de bendiciones del cielo, cuyos frutos cogió copiosamente, aunque ignoraba el misterio de sus divinos huéspedes, fueron luego a visitar el portal o cueva del nacimiento, para ordenar de allí su viaje con la última veneración de aquel humilde sagrario, pero rico de felicidad, no conocido por entonces. Entregó la Madre a San José el niño Jesús para postrarse en tierra y adorar el suelo, testigo de tan venerables misterios, y habiéndolo hecho con incomparable devoción y ternura, habló a su esposo y le dijo: “Señor, dadme la bendición, para hacer con ella esta jornada, como me la dais siempre que salgo de vuestra casa, y también os suplico que me deis licencia para hacerla a pie y descalza, pues he de llevar en mis brazos la hostia que se ha de ofrecer al eterno Padre. Esta obra es misteriosa, y deseo hacerla con las condiciones y magnificencia que pide, en cuanto me fuere posible.” Usaba nuestra Reina, por honestidad, de un calzado que le cubría los pies y le servía casi de medias; era de una hierba de que usaban los pobres, como cáñamo o malvas, curado y tejido grosero y fuertemente, y aunque pobre, limpio y con decente aliño.

588. San José la respondió que se levantase, porque estaba de rodillas, y dijo: “El altísimo Hijo del eterno Padre, que tengo en mis brazos, os dé su bendición; sea también enhorabuena que caminando a pie le llevéis en los vuestros, pero no habéis de ir descalza, porque el tiempo no lo permite, y vuestro deseo será acepto delante del Señor, porque os le ha dado.” De esta autoridad de cabeza en mandar a María Santísima usaba San José, aunque con gran respeto, por no defraudarla del gozo que tenía la gran Reina en humillarse y obedecer; y como el santo esposo la obedecía también y se mortificaba y humillaba en mandarla, venían a ser entrambos obedientes y humildes recíprocamente. El negarla que fuese descalza a Jerusalén, lo hizo San José temiendo no le ofendiesen los fríos para la salud, y el temerlo nacía de que no sabía la admirable complexión y compostura del cuerpo virginal y perfectísimo, ni otros privilegios de que la diestra divina la había dotado. La obediente Reina no replicó más al santo esposo y obedeció a su mandato en no ir descalza; y para recibir de sus manos al infante Jesús se postró en tierra y le dio gracias, adorándole por los beneficios que en aquel sagrado portal había obrado con ella y para todo el linaje humano; y pidió a Su Majestad conservase aquel sagrario con reverencia y entre católicos y que siempre fuese de ellos estimado y venerado, y al santo ángel destinado para guardarle, se le encargó y encomendó de nuevo. Se cubrió con un manto para el camino, y recibiendo en sus brazos al tesoro del cielo y aplicándole a su pecho virginal, le cubrió con grande aliño para defenderle del temporal del invierno.

589. Partieron del portal, pidiendo la bendición entrambos al niño Dios, y Su Majestad se la dio visiblemente; y San José acomodó en el jumentillo la caja de los fajos del divino infante, y con ellos la parte de los dones de los Reyes que reservaron para ofrecer al templo. Con esto se ordenó de Belén a Jerusalén la procesión más solemne que se vio jamás en el templo, porque en compañía del Príncipe de las eternidades, Jesús y de la Reina su madre y José su esposo, partieron de la cueva del nacimiento los diez mil ángeles que habían asistido en estos misterios y los otros que del cielo descendieron con el santo y dulce nombre de Jesús en la circuncisión (Cf. supra n.523). Todos estos cortesanos del cielo

iban en forma visible humana, tan hermosos y refulgentes, que en comparación de su belleza todo lo precioso y deleitable del mundo era menos que de barro y que la escoria, comparado con el oro finísimo; y al sol, cuando más en su fuerza estaba, le oscurecían, y cuando faltaba en las noches las hacían días clarísimos; de su vista gozaba la divina Reina y su esposo José. Celebraban todos el misterio con nuevos y altísimos cánticos de alabanza al niño Dios que se iba a presentar al templo; y así caminaron dos leguas, que hay de Belén a Jerusalén.

590. En aquella ocasión, que no sería sin dispensación divina, era el tiempo destemplado, de frío y hielos, que no perdonando a su mismo Criador humanado y niño tierno, le afligían hasta que temblando como verdadero hombre lloraba en los brazos de su amorosa Madre, dejando más herido su corazón de compasión y amor que de las inclemencias el cuerpo. Se volvió a los vientos y elementos la poderosa Emperatriz y como Señora de todos los reprendió con divina indignación, porque ofendían a su mismo Hacedor, y con imperio les mandó que moderasen su rigor con el niño Dios, pero no con ella. Obedecieron los elementos al orden de su legítima y verdadera Señora, y el aire frío se convirtió en una blanda y templada marea para el infante, pero con la Madre no corrigió su destemplado rigor; y así le sentía ella y no su dulce niño, como en tres ocasiones he dicho (Cf. supra n.20.21, 543, 544) y repetiré adelante (Cf. infra n.633). Convirtiéndose también contra el pecado la que no le había contraído, y dijo: “¡Oh culpa desconcertada y en todo inhumana, pues para tu remedio es necesario que el mismo Criador de todo sea afligido de las criaturas que dio ser y las está conservando! Terrible monstruo y horrendo eres, ofensiva a Dios y destruidora de las criaturas, las conviertes en abominación y las privas de la mayor felicidad de amigas de Dios. ¡Oh hijos de los hombres! ¿Hasta cuándo habéis de ser de corazón grave y habéis de amar la vanidad y mentira (Sal 4,3)? No seáis tan ingratos para con el altísimo Dios y crueles con vosotros mismos. Abrid los ojos y mirad vuestro peligro. No despreciéis los preceptos de vuestro Padre celestial ni olvidéis la enseñanza de vuestra Madre (Prov 1,8), que os engendré por la caridad, y tomando el Unigénito del Padre carne humana en mis entrañas, me hizo Madre de toda la naturaleza; como tal os amo y, si me fuera posible y voluntad del Altísimo que yo padeciera todas las penalidades que ha habido desde Adán acá, las admitiera con gusto por vuestra salud.”

591. En el tiempo que continuaba la jornada nuestra divina Señora con el niño Dios, sucedió en Jerusalén que Simeón, sumo sacerdote, fue ilustrado del Espíritu Santo cómo el Verbo humanado venía a presentarse al templo en los brazos de su Madre; la misma revelación tuvo la santa viuda Ana; y de la pobreza y trabajo con que venían, acompañados de José, esposo de la purísima Señora. Y confirmando luego los dos santos esta revelación e ilustración, llamaron al mayordomo del templo que cuidaba de lo temporal y dándole las señas de los caminantes que venían le mandaron saliese a la puerta del camino de Belén y los recibiese en su casa con toda benevolencia y caridad. Así lo hizo el mayordomo, con que la gran Reina y su esposo recibieron mucho consuelo, por el cuidado que traían de buscar posada que fuese decente para su divino infante. Dejándolos en su casa el dichoso hospederero, volvió a dar cuenta al sumo sacerdote.

592. Aquella tarde, antes de recogerse, trataron María Santísima y José lo que debían hacer; y la prudentísima Señora advirtió que llevase luego la misma tarde al templo los dones de los Reyes, para ofrecerlos en silencio y sin ruido, como se deben hacer las limosnas y ofrendas, y que de camino trajese el santo esposo las tortolillas (Lc 2,24) que habían de ofrecer al otro día en público con el infante Jesús. Lo ejecutó así San José y, como forastero y poco conocido, dio la mirra, incienso y oro al que recibía los dones en el templo, no dejando lugar para que se advirtiese quién había ofrecido tan gran limosna; y aunque pudo con ella comprar el cordero, que ofrecían los más ricos con los primogénitos (Lev 12,6-8), no lo hizo, porque fuera desproporción del traje humilde y pobre de la Madre y niño y del esposo ofrecer dones de ricos en lo público, y no convenía degeneraren acción alguna de su pobreza y humildad aunque fuera con fin piadoso y honesto, porque en todo fue maestra de perfección la Madre de la sabiduría y su Hijo Santísimo de la pobreza, en que nació, vivió y murió.

593. Era Simeón, como dice San Lucas (Lc 2,25ss. (A.)), justo y temeroso y esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo, que estaba en él, le había revelado que no pasaría la muerte sin ver primero al Cristo del Señor, y que movido del Espíritu vino al templo; porque aquella noche, a más de lo que había entendido, fue de nuevo ilustrado con la divina luz, y en ella conoció con mayor claridad todos los misterios de la Encarnación y Redención humana, y que en María Santísima se habían cumplido las profecías de Isaías (Is 7,14.9,1 (A.)) que una Virgen concebiría y pariría un hijo, y de la vara de José nacería una flor que sería Cristo, y todo lo demás de éstas y otras profecías; tuvo luz muy clara de la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo y de los misterios de la pasión y muerte del Redentor. Con la inteligencia de cosas tan altas quedó el Santo Simeón elevado y todo fervorizado, con deseos de ver al Redentor del

mundo; y como ya tenía noticia que venía a presentarse al Padre, fue llevado Simeón al templo en espíritu el día siguiente, que es en la fuerza de esta divina luz; y sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. También la santa mujer Ana tuvo revelación la misma noche de muchos de estos misterios respectivamente, y fue grande el gozo de su espíritu porque, como dije en la primera parte (Cf. supra p.I, n.423) de esta Historia, ella había sido maestra de nuestra Reina cuando estuvo en el templo; y dice el evangelista que no se apartaba de él (Lc 2,37), sirviendo de día y noche con ayunos y oraciones, y que era profetisa, hija de Samuel, del tribu de Aser, y habiendo vivido siete años con su marido era ya de ochenta y cuatro; y habló proféticamente del niño Dios, como se verá (Cf. infra n.600).

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

594. “Hija mía, una de las miserias que hacen infelices o poco felices a las almas es contentarse con hacer las obras de virtud con negligencia y sin fervor, como si obraran cosa de poca importancia o casual. Por esta ignorancia y vileza de corazón llegan pocas al trato y amistad íntima con el Señor, que sólo se alcanza con el amor ferviente. Y se llama ferviente o fervoroso, porque al modo del agua que con el fuego hierve, así este amor con la violencia suave del divino incendio del Espíritu Santo levanta al alma sobre sí, sobre todo lo criado y sobre sus mismas obras; porque amando se enciende más y del mismo amor le nace un insaciable afecto, con el cual no sólo desprecia y olvida lo terreno, pero ni le satisface ni sacia todo lo bueno; y como el corazón humano, cuando no alcanza lo que mucho ama, si le es posible, se enardece más en el deseo de conseguirlo con nuevos medios, por esto si el alma tiene ferviente caridad, siempre con ella misma halla qué desear y qué hacer por el amado y todo cuanto obra le parece poco; y así busca y pasa de la voluntad buena ala perfecta (Rom 12,2 (A.)) y de ésta a la de mayor beneplácito del Señor, hasta llegar a la perfectísima e íntima unión y transformación en el mismo Dios.

595. “De aquí entenderás, carísima, la razón por que deseaba ir descalza al templo, llevando a mi Hijo Santísimo a presentarle en él y cumplir también con la ley de la purificación; porque a mis obras daba todo el lleno de perfección posible, con la fuerza del amor que siempre me pedía lo más perfecto y agradable al Señor, y me movía a ello esta fervorosa ansia en obrar todas las virtudes en colmo de perfección. Trabaja por imitar con toda diligencia la que en mí conoces, porque te advierto, amiga, que este linaje de amor y de obrar es lo que el Altísimo está deseando y esperando como tras de los cancelles, que dijo la esposa (Cant 2,9 (A.)), mirando cómo ella obra todas las cosas, y tan cerca que sólo un cancel media para que goce de su vista; porque rendido y enamorado se va tras las almas que así le aman y sirven en todas sus obras, como también se desvía de las tibias y negligentes, o acude a ellas con una común y general providencia. Aspira tú siempre a lo más perfecto y puro de las virtudes y en ellas estudia e inventa siempre nuevos modos y trazas de amor, de manera que todas tus fuerzas y potencias interiores y exteriores estén siempre ocupadas y oficiosas en lo más alto y excelente para el agrado del Señor; y todos estos afectos comunícalos y sujétalos a la obediencia y consejo de tu maestro y padre espiritual, para hacer lo que mandare, que esto es lo primero y más seguro.”

CAPITULO 20

[Regresar al Principio](#)

De la presentación del infante Jesús en el templo y lo que sucedió en ella.

596. No sólo por virtud de la creación era la humanidad santísima de Cristo propia del eterno Padre, como las demás criaturas, pero por especial modo y derecho le pertenecía también por virtud de la unión hipostática con la persona del Verbo, que era engendrada de su misma sustancia, como Hijo unigénito y verdadero Dios de Dios verdadero; pero con todo eso determinó el Padre que le fuese presentado su Hijo en el templo, así por el misterio como por el cumplimiento de su santa ley, cuyo fin era Cristo nuestro Señor (Rom 10,4), pues por esto fue ordenado que los judíos santificasen y ofreciesen todos sus primogénitos (Ex 13,2), esperando siempre al que lo había de ser del eterno Padre y de su Madre Santísima; y en esto, a nuestro modo de entender, se hubo Su Majestad como sucede entre los hombres, que gustan se les trate y repita alguna cosa de que tienen agrado y complacencia, pues aunque todo lo conocía y sabía el Padre con infinita sabiduría tenía gusto en la ofrenda del Verbo humanado que por tantos títulos era suyo.

597. Esta voluntad del eterno Padre, que era la misma de su Hijo Santísimo en cuanto un Dios, conocía la Madre de la vida y también la de la humanidad de su Unigénito, cuya alma y operaciones miraba conforme en todo con la voluntad del Padre; y con esta ciencia pasó en coloquios divinos la gran Princesa aquella noche que llegaron a Jerusalén antes

de la presentación, y hablando con el Padre decía: “Señor y Dios altísimo, Padre de mi Señor, festivo día será éste para el cielo y tierra, en que os ofrezco y traigo a vuestro santo templo la hostia viva, que es el tesoro de vuestra misma divinidad; rica es, Señor y Dios mío, esta oblación, y bien podéis por ella franquear vuestras misericordias al linaje humano, perdonando a los pecadores que torcieron los caminos rectos, consolando a los tristes, socorriendo a los necesitados, enriqueciendo a los pobres, favoreciendo a los desvalidos, alumbrando a los ciegos y encaminando a los errados; esto es, Señor mío, lo que yo os pido, ofreciéndoo a vuestro Unigénito y también es Hijo mío por vuestra dignación y clemencia; y si me le habéis dado Dios, yo os le presento Dios y Hombre juntamente, y lo que vale es infinito y menos lo que pido; rica vuelvo a vuestro santo templo de donde salí pobre y mi alma os magnificará eternamente, porque tan liberal y poderosa se mostró conmigo vuestra diestra divina.”

598. Llegada la mañana, para que en los brazos de la purísima alba saliese el sol del cielo a vista del mundo, la divina Señora, prevenidas las tortolillas y dos velas, aliñó al infante Jesús en sus paños, y con el santo esposo José salieron de la posada para el templo. Se ordenó la procesión y en ella iban los santos ángeles que vinieron desde Belén en la misma forma corpórea y hermosísima, como dije arriba (Cf. supra n.589), pero en ésta añadieron los espíritus santísimos muchos cánticos dulcísimos que le decían al niño Dios con armonía de suavísima y concertada música, que sólo María purísima los percibió. Y a más de los diez mil que iban en esta forma, descendieron del cielo otros innumerables y, juntos con los que tenían la venera del santo nombre de JESÚS, acompañaron al Verbo divino humanado a esta presentación; y éstos iban incorpóreamente como ellos son, y la divina Princesa sola los podía ver. Llegando a la puerta del templo, sintió la felicísima Madre nuevos y altísimos efectos interiores de dulcísima devoción y prosiguiendo hasta el lugar que llegaban las demás se inclinó y puesta de rodillas adoró al Señor en espíritu y verdad en su santo templo y se presentó ante su altísima y magnífica Majestad con su Hijo en los brazos. Luego se le manifestó con visión intelectual la Santísima Trinidad y salió una voz del Padre, oyéndola sola María purísima, que decía: “*Este es mi amado Hijo, en el cual yo tengo mi agrado*” (Mt 17,5). El dichoso entre los varones, San José, sintió al mismo tiempo nueva conmoción de suavidad del Espíritu Santo, que le llenó de gozo y luz divina.

599. El sumo sacerdote Simeón, movido también por el Espíritu Santo; como arriba se dijo, capítulo precedente (Cf. supra n.593), entró luego en el templo y encaminándose al lugar donde estaba la Reina con su infante Jesús en los brazos vio a Hijo y Madre llenos de resplandor y de gloria respectivamente. Era este sacerdote lleno de años y en todo venerable, y también lo era la profetisa Ana, que, como dice el Evangelio (Lc 2,25-38), vino allí a la misma hora y vio a la Madre con el Hijo con admirable y divina luz. Llegaron llenos de júbilo celestial a la Reina del cielo y el sacerdote recibió de sus manos al infante Jesús en sus palmas y levantando los ojos al cielo le ofreció al eterno Padre y pronunció aquel cántico lleno de misterios: “Ahora, Señor, despedirás a tu siervo, según tu palabra, en paz; porque ya mis ojos vieron al que es tu saludable; al cual pusiste delante la cara de todos los pueblos; lumbré para la revelación de las gentes, y gloria de Israel tu pueblo.” (Ib. 29-32). Y fue como decir: “Ahora, Señor, me soltarás y dejarás ir libre y en paz, suelto de las cadenas de este mortal cuerpo, donde me detenían las esperanzas de tu promesa y el deseo de ver a tu Unigénito hecho carne; ya gozaré de paz segura y verdadera, pues han visto mis ojos a tu saludable, tu Hijo unigénito hecho hombre, unido con nuestra naturaleza, para darle salud eterna, destinada y decretada antes de los siglos en el secreto de tu divina sabiduría y misericordia infinita; ya, Señor, le preparaste y le pusiste delante de todos los mortales, sacándole a luz al mundo para que todos le gocen, si todos le quieren, y tomar de él la salud y la luz que alumbrará a todo hombre en el universo; porque él es la lumbré que se ha de revelar a las gentes y para gloria de tu escogido pueblo de Israel.”

600. Oyeron este cántico de Simeón María Santísima Y José, admirándose de lo que decía y con tanto espíritu; y llámales el evangelista (Ib. 33) padres del niño Dios, según la opinión del pueblo, porque esto sucedió en público. Y Simeón prosiguió diciéndole a la Madre Santísima del infante Jesús, a quien se convirtió con atención: “Advertid, Señora, que este niño está puesto para ruina y para salvación de muchos en Israel y para señal o blanco de grandes contradicciones, y vuestra alma, suya de él, traspasará un cuchillo, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.” Hasta aquí dijo Simeón. Y como sacerdote dio la bendición a los felices padres del niño. Y luego la profetisa Ana confesó al Verbo humanado y con luz del Espíritu divino habló de sus misterios muchas cosas con los que esperaban la Redención de Israel. Y con los dos santos viejos quedó testificada en público la venida del Mesías a redimir su pueblo.

601. Al mismo tiempo que el sacerdote Simeón pronunciaba las palabras proféticas de la pasión y muerte del Señor, cifradas en el nombre de cuchillo y señal de contradicción, el mismo niño abajó cabeza, y con esta acción y muchos

actos de obediencia interior aceptó la profecía del sacerdote, *como* sentencia del eterno Padre declarada por su ministro. Todo esto vio y conoció la amorosa Madre y con la inteligencia de tan dolorosos misterios comenzó a sentir de presente la verdad de la profecía de Simeón, quedando herido desde luego el corazón con el cuchillo que la amenazaba para adelante; porque le fue patente y como en un espejo claro se propusieron a la vista interior todos los misterios que comprendía la profecía: cómo su Hijo Santísimo sería piedra de escándalo, y ruina a los incrédulos y vida para los fieles; la caída de la sinagoga y levantamiento de la Iglesia en la gentilidad; el triunfo que ganaría de los demonios y de la muerte, pero que le había de costar mucho y sería con la suya afrentosa y dolorosa de cruz; la contradicción que el infante Jesús en sí mismo y en su Iglesia había de padecer de los condenados en tan grande multitud y número; y también la excelencia de los predestinados. Todo lo conoció María Santísima y entre gozo y dolor de su alma purísima, elevada en actos perfectísimos por los misterios ocultísimos y la profecía de Simeón, ejerció eminentes operaciones y le quedó en la memoria, sin olvidarlo jamás un solo punto, todo lo que conoció y vio con la luz divina y por las palabras proféticas de Simeón: y con tal vivo dolor miraba a su Hijo Santísimo siempre, renovando la amargura que como Madre, y Madre de Hijo Dios y hombre, sabía sola sentir dignamente lo que los hombres y criaturas humanas y de corazones ingratos no sabemos sentir. El santo esposo José, cuando oyó estas profecías, entendió también muchos de los misterios de la Redención y trabajos del dulcísimo Jesús, pero no se los manifestó el Señor tan copiosa y expresamente como los conoció y penetró su divina esposa, porque había diferentes razones y el santo no lo había de ver todo en su vida.

602. Acabado este acto, la gran Señora besó la mano al sacerdote y le pidió de nuevo la bendición, y lo mismo hizo con Ana, su antigua maestra, porque el ser Madre del mismo Dios y la mayor dignidad que ha habido ni habrá entre todas las mujeres, ángeles y hombres, no la impedían los actos de profunda humildad. Y con esto se volvió a su posada, y con el niño Dios, su esposo y la compañía de los catorce mil ángeles que la asistían, se compuso la procesión y caminaron. Se detuvo por, su devoción, como abajo diré (Cf. infra n.606ss), algunos días en Jerusalén y en ellos habló con el sacerdote algunas veces misterios de la Redención, y profecías que le había dicho; y aunque las palabras de la prudentísima Madre eran pocas, medidas, y graves, como eran tan ponderosas y llenas de sabiduría, dejaron al sacerdote admirado Y con nuevos gozos y efectos altísimos y dulcísimos en su alma; y lo mismo sucedió con la santa profetisa Ana; y entrambos murieron en el Señor en breves días. En la posada fueron hospedados por cuenta del sacerdote; y los días que estuvo nuestra Reina en ella frecuentaba el templo, y en él recibió nuevos favores y consolaciones del dolor que le causaron las profecías del sacerdote; Y para que le fuesen más dulces le habló su Santísimo Hijo una vez, Y la dijo: “Madre carísima y paloma mía, enjugad las lágrimas de vuestros ojos y dilatad vuestro cándido corazón, pues la voluntad de mi Padre es que yo reciba muerte de cruz. Compañera mía quiere que seáis, en mis trabajos y penas, y yo las quiero padecer por las almas que son hechuras de mis manos a mi imagen y semejanza, para llevarlas a mi reino triunfando de mis enemigos y que vivan conmigo eternamente. Esto mismo es lo que vos deseáis conmigo.” Respondió la Madre: “¡Oh dulcísimo amor mío e hijo de mis entrañas! Si el acompañaros fuera no sólo para asistiros con la vista y compasión, sino para morir juntamente con vos, fuera mayor alivio, porque será mayor dolor vivir yo viendoos morir.” En estos ejercicios y afectos amorosos y compasivos pasó algunos días, hasta que tuvo San José el aviso de ir huyendo a Egipto, como diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina María Santísima.

603. “Hija mía, el ejemplo y doctrina de lo que has escrito te enseña la constancia y dilatación que has de procurar en tu corazón, estando preparada para admitir lo próspero y adverso, lo dulce y amargo con igual semblante. ¡Oh carísima, qué estrecho y qué apocado es el corazón humano para recibir lo penoso y contrario a sus terrenas inclinaciones! ¡Cómo se indigna con los trabajos! ¡Qué impaciente los recibe! ¡Qué insufrible juzga todo lo que se opone a su gusto! ¡Y cómo olvida que su Maestro y Señor los padeció primero y los acreditó y santificó en sí mismo! Grande confusión y aun atrevimiento es que aborrezcan los fieles el padecer después que mi Hijo Santísimo padeció por ellos, pues antes que muriera abrazaron muchos santos la cruz sólo con la esperanza de que en ella padecería Cristo, aunque no lo vieron. Y si en todos es tan fea esta mala correspondencia, pondera bien, carísima, cuánto lo sería en ti, que tan ansiosa te muestras para alcanzar la amistad y gracia del Altísimo y merecer el título de esposa y de amiga suya, ser toda para él y que Su Majestad sea para ti, y también los anhelos que tienes de ser mi discípula y que yo sea tu maestra, seguirme e imitarme como hija fiel a su madre. Todo esto no se ha de resolver en sólo afectos y decir muchas veces: ‘Señor, Señor,’ y en llegando a la ocasión de gustar el cáliz y la cruz de los trabajos contristarte, afligirte y huir de las penas en que se ha de probar la verdad del corazón afectuoso y enamorado.

604. “Todo esto sería negar con las obras lo que protestas con las promesas y salir del camino de la vida eterna, porque no puedes seguir a Cristo si no abrazas la cruz y te alegras con ella, ni tampoco me hallarás a mí por otro camino. Si las criaturas te faltan, si la tentación te amenaza, si la tribulación te aflige y los dolores de la muerte te cercaren (Sal 17,5), por ninguna de estas cosas te has de turbar ni te has de mostrar cobarde, pues a mi Hijo Santísimo y a mí nos desagrada tanto que impidas y malogres su poderosa gracia para defenderte; si no, la desluces y la recibes en vano y, a más de esto, darás al demonio gran triunfo, que se gloria mucho de que ha turbado o rendido a la que se tiene por discípula de Cristo mi Señor y mía, y comenzando a desfallecer en lo poco te vendrá a oprimir en lo mucho. Confía, pues, de la protección del Altísimo y que corres por mi cuenta, y con esta fe, cuando te llegare la tribulación, responde animosa: ‘El Señor es mi iluminación y mi salud, ¿a quién temeré? Es mi protector, ¿cómo ando fluctuando (Sal 26,1)? Tengo Madre, Maestra, Reina y Señora, que me amparará y cuidará de mi aflicción.’

605. “Con esta seguridad procura conservar la paz interior y no me pierdas de vista para imitar mis obras y seguir mis pisadas. Advierte el dolor que traspasó mi corazón con las profecías de Simeón, y en esta pena estuve igual, sin inmutarme, ni alteración alguna, aunque traspasada el alma y corazón de dolor. De todo tomaba motivo para glorificar y reverenciar su admirable sabiduría. Si los trabajos y penas transitorias se admiten con alegre y sereno corazón, espiritualizan a la criatura, la elevan y la dan ciencia divina con que hace digno aprecio del padecer y halla luego el consuelo y el fruto del desengaño y mortificación de las pasiones. Esta es ciencia de la escuela del Redentor escondida de los vivientes en Babilonia y amadores de la vanidad. Quiero también que me imites en respetar a los sacerdotes y ministros del Señor, que ahora tienen mayor excelencia y dignidad que en la ley antigua después que el Verbo divino se unió a la naturaleza humana y se hizo sacerdote eterno según el orden de Melquisedec (Sal 109,4). Oye su doctrina y enseñanza como dimanada de Su Majestad, en cuyo lugar están; advierte la potestad y autoridad que les da en el Evangelio, diciendo: ‘Quien a vosotros oye, a mí oye; quien a vosotros obedece, a mí obedece’ (Lc 10,16). Ejecuta lo más santo, como te lo enseñarán; y tu continua memoria sea en meditar lo que padeció mi Hijo Santísimo, de tal manera que sea tu alma participante de sus dolores y te engendre tal acedia y amargura en los contentos terrenos, que todo lo visible pospongas y olvides por seguir al Autor de la vida eterna.”

CAPITULO 21

[Regresar al Principio](#)

Previene el Señor a María Santísima para la fuga a Egipto, habla el ángel a San José y otras advertencias en todo esto.

606. Cuando María Santísima y el gloriosísimo José volvieron de presentar en el templo a su infante Jesús, determinaron de perseverar en Jerusalén nueve días y en ellos visitar al templo nueve veces, repitiendo cada día la ofrenda de la sagrada hostia de su Hijo Santísimo que tenían en depósito, en hecho de gracias de tan singular beneficio que entre todas las criaturas habían recibido. Veneraba la divina Señora con especial devoción el número de nueve, en memoria de los nueve días que fue prevenida y adornada para la Encarnación del Verbo divino, como queda dicho en el principio de esta segunda parte por los primeros diez capítulos, y también por los nueve meses que le trajo en su virginal vientre; y por esta atención deseaba hacer la novena con su niño Dios, ofreciéndole tantas veces al eterno Padre como oblación aceptable para los altos fines que la gran Señora tenía. Comenzaron la novena y cada día iban al templo antes de la hora de tercia y estaban hasta la tarde en oración, eligiendo el lugar más inferior con el infante Jesús, para que dignamente oyesen aquella merecida honra que dio el dueño del convite en el Evangelio al convidado humilde, cuando le dijo: “Amigo, sube más arriba” (Lc 14,10). Así lo mereció nuestra humildísima Reina y lo ejecutó con ella el eterno Padre, ante cuya presencia derramaba su espíritu (Sal 141,3) y un día de éstos oró y dijo:

607. “Rey altísimo, Señor y Criador universal de todo lo que tiene ser, aquí está en vuestra presencia divina el polvo inútil y ceniza a quien sola vuestra dignación inefable ha levantado a la gracia que ni supe ni pude merecer. Me hallo, Señor mío, obligada y compelida del corriente impetuoso de vuestros beneficios para ser agradecida, pero ¿qué retribución digna podrá ofrecer la que siendo nada recibió el ser y la vida y sobre ella tan incomparables misericordias y favores de vuestra liberalísima diestra? ¿Qué retorno puede volver en obsequio de vuestra inmensa grandeza? ¿Qué reverencia a vuestra majestad? ¿Qué dádiva a vuestra divinidad infinita la que es criatura limitada? Mi alma, mi ser y mis potencias, todo lo recibí y recibo de vuestra mano y muchas veces lo tengo ofrecido y sacrificado a vuestra gloria. Confieso mi deuda, no sólo por lo que me habéis dado, pero más con el amor con que me

la disteis, y porque entre todas las criaturas me preservó vuestra bondad infinita del contagio de la culpa y me eligió para dar forma de hombre a vuestro Unigénito y con tenerle en mi vientre y a mis pechos, siendo hija de Adán de materia vil y terrena. Conozco, altísimo Señor, esta inefable dignación vuestra y en el agradecimiento desfallece mi corazón y mi vida se resuelve en afectos de vuestro divino amor, pues nada tengo que retribuir por todo lo que vuestro gran poder se ha señalado con vuestra sierva. Pero ya se alienta mi corazón y se alegra en lo que tiene que ofrecer a vuestra grandeza, que es uno mismo con vos en la sustancia, igual en la majestad, perfecciones y atributos, la generación de vuestro entendimiento, la imagen de vuestro mismo ser, la plenitud de vuestro agrado, vuestro Hijo unigénito y dilectísimo; ésta es, eterno Padre y Dios altísimo, la dádiva que os ofrezco, la hostia que os traigo, segura de que la admitiréis, y habiéndole recibido Dios, le vuelvo Dios y hombre. No tengo yo, Señor, ni tendrán las criaturas otra cosa más que dar, ni Vuestra Majestad otro don más precioso que pedirles, y es tan grande que basta para retribución de lo que yo he recibido. En su nombre y en el mío os le ofrezco y presento a vuestra grandeza; y porque siendo Madre de vuestro Unigénito y dándole carne humana le hice hermano de los mortales y él quiso venir a ser su Redentor y Maestro, a mí me toca abogar por ellos y tomar su causa por mi cuenta y clamar por su remedio. Es, pues, Padre de mi Unigénito, Dios de las misericordias, yo os le ofrezco de todo mi corazón y con él y por él pido perdonéis a los pecadores y que derraméis sobre el linaje humano vuestras misericordias antiguas y renovéis nuevas señales y modo de ejecutar vuestras maravillas (Eclo 36,6). Este es el León de Judá (Ap 5,5) hecho ya cordero para quitar los pecados del mundo (Jn 1,29); es el tesoro de vuestra divinidad.”

608. Estas y otras oraciones y peticiones semejantes hizo la Madre de piedad y misericordia en los primeros días de la novena que comenzó en el templo, y a todas le respondió el eterno Padre, aceptándolas con la ofrenda de su Unigénito por sacrificio agradable y enamorándose de nuevo de la pureza de su Hija única y electa y mirando su santidad con beneplácito. Y en retorno de estas peticiones la concedió su invicta Majestad grandes y nuevos privilegios y que todo cuanto pidiese mientras durare el mundo para sus devotos lo alcanzaría, y que los grandes pecadores, como se valiesen de su intercesión, hallarían remedio, que en la nueva Iglesia y ley evangélica de Cristo su Hijo Santísimo fuese con él cooperadora y maestra, en especial después de la Ascensión a los cielos, quedando la Reina por amparo e instrumento del poder divino en ella, como diré en la tercera parte (Cf. infra p.III n.2) de esta Historia. Otros muchos favores y misterios comunicó el Altísimo a la divina Madre en estas peticiones, que ni caben en palabras ni se pueden manifestar con mis cortos y limitados términos.

609. Y prosiguiendo en ellas, como llegase el quinto día después de la presentación y purificación, estando la divina Señora en el templo con su infante Dios en los brazos, se le manifestó la divinidad, aunque no intuitivamente, y fue toda elevada y llena del Espíritu Santo; que si bien ya lo estaba, pero como Dios es infinito en su poder y tesoros, nunca da tanto que no le quede más quedar a las puras criaturas. En esta visión abstractiva quiso el Altísimo preparar de nuevo a su única esposa, previniéndola para los trabajos que la esperaban; y hablándola y confortándola la dijo: “Esposa y paloma mía, tus intentos y deseos son gratos a mis ojos y en ellos me deleito siempre, pero no puedes proseguir los nueve días de tu devoción que has comenzado, porque quiero tengas otro ejercicio de padecer por mi amor y que para criar a tu Hijo y salvarle su vida salgas de tu casa y patria y te ausentes con él y con José tu esposo pasando a Egipto, donde estaréis hasta que yo ordene otra cosa, porque Herodes ha de intentar la muerte del infante; la jornada es larga, trabajosa y de muchas incomodidades, padécelas por mí; yo estoy y estaré contigo siempre.”

610. Cualquiera otra santidad y fe pudiera padecer alguna turbación, como la han tenido grande los incrédulos, viendo que Dios poderoso huye de un hombre mísero y terreno y para salvar la vida humana se aleja y ausenta, como si fuera capaz de este temor o si no fuera hombre y Dios juntamente; pero la prudentísima y obediente Madre no replicó ni dudó, no se turbó ni inmutó con esta impensada novedad, y respondió, diciendo: “Señor y Dueño mío, aquí está vuestra sierva con preparado corazón para morir, si necesario fuere, por vuestro amor; disponed de mí a vuestra voluntad; sólo pido que vuestra bondad inmensa, no mirando mis pocos méritos y desagradecimientos, no permita llegue a ser afligido mi Hijo y Señor y que los trabajos vengan sólo para mí, que debo padecerlos.” La remitió el Señor a San José, para que en todo le siguiese en la jornada, y con esto salió de la visión, habiéndola tenido sin perder los sentidos exteriores, porque tenía en los brazos al infante Jesús, y sólo en la parte superior del alma fue elevada; aunque de allá redundaron otros dones en los sentidos, que los dejaron espiritualizados y como testificando que el alma estaba donde amaba más que donde animaba.

611. Pero el amor incomparable que tenía la gran Reina a su Hijo Santísimo enterneció algo su corazón materno y compasivo, considerando los trabajos que había conocido en la visión para el niño Dios, y derramando muchas

lágrimas salió del templo para su posada, sin manifestar a su esposo la causa de su dolor; y el santo entendía que sólo era la profecía de Simeón que habían oído, pero como el fidelísimo José la amaba tanto y de su condición era oficioso y solícito, se turbó un poco viendo a su esposa tan llorosa y afligida y que no le manifestaba la causa si la tenía de nuevo. Esta turbación fue una, entre otras razones, para que el ángel santo le hablase en sueños, como en la ocasión del embarazo de la Reina dije arriba (Cf. supra n.400); porque aquella misma noche, estando San José durmiendo, se le apareció en sueños el mismo santo ángel y le dijo, como refiere San Mateo (Mt 2,13 (A.)): *“Levántate, y con el niño y su Madre huye a Egipto, y allí estarás hasta que yo te vuelva a dar otro aviso; porque Herodes ha de buscar al niño para quitarle la vida.”* Al punto se levantó el santo esposo lleno de cuidado y pena, previniendo la de su amantísima esposa, y llegándose a donde estaba retirada la dijo: *“Señora mía, la voluntad del Altísimo quiere que seamos afligidos, porque su ángel santo me ha hablado y declarado que gusta y ordena Su Majestad que con el niño nos vayamos huyendo a Egipto, porque Herodes trata de quitarle la vida. Animaos, Señora, para el trabajo de este suceso y decidme qué puedo yo hacer de vuestro alivio, pues tengo el ser y la vida para servicio de nuestro dulce niño y vuestro.”*

612. *“Esposo y señor mío”* - respondió la Reina – *“si de la mano liberalísima del Muy Alto recibimos tantos bienes de gracia, razón es que con alegría recibamos los trabajos temporales (Job 2,10). Con nosotros llevaremos al Criador de cielo y tierra, y si nos ha puesto cerca de sí mismo, ¿qué mano será poderosa para ofendernos, aunque sea del rey Herodes? Y donde llevamos a todo nuestro bien y el sumo bien, el tesoro del cielo, a nuestro dueño, nuestra guía y luz verdadera, no puede ser destierro, pues él es nuestro descanso, parte y patria; todo lo tenemos con su compañía, vamos a cumplir su voluntad.”* Llegaron María Santísima y José a donde estaba en una cuna el infante Jesús, que no acaso dormía en aquella ocasión. Le descubrió la divina Madre y no despertó porque aguardó aquellas tiernas y dolorosas palabras de su amada: *“Huye, querido mío, y sea como el cervatillo y el cabrito por los montes aromáticos (Cant 8,14 (A.)), venid, querido mío, salgamos fuera, vamos a vivir en las villas” (Cant 7,11 (A.)). “Dulce amor mío - añadió la tierna Madre, - cordero mansísimo, vuestro poder no se limita por el que tienen los reyes de la tierra, pero queréis con altísima sabiduría encubrirle por amor de los mismos hombres. ¿Quién de los mortales puede pensar, bien mío, que os quitará la vida, pues vuestro poder aniquila el suyo? Si vos la dais a todos, ¿por qué os la quitan? Si los buscáis para darles la que es eterna, ¿cómo ellos quieren daros muerte? Pero ¿quién comprenderá los ocultos secretos de vuestra providencia? Es, Señor y lumbre de mi alma, dadme licencia para que os despierte, que si Vos dormís, vuestro corazón vela.” (Cant 5,2).*

613. Algunas razones semejantes a éstas dijo también el Santo José, y luego la divina Madre, hincadas las rodillas, despertó y tomó en sus brazos al dulcísimo infante, y él, para enternecerla más y mostrarse verdadero hombre, lloró un poco ¡oh maravillas del Altísimo en cosas tan pequeñas a nuestro flaco juicio!; mas luego se acalló, y pidiéndole la bendición su purísima Madre y San José se la dio el niño, viéndolo entrambos; y cogiendo sus pobres mantillas en la caja que las trajeron, partieron sin dilación a poco más de media noche, llevando el jumentillo en que vino la Reina desde Nazaret, y con toda prisa caminaron hacia Egipto, como diré en el capítulo siguiente.

614. Y para concluir éste se me ha dado a entender la concordia de los dos evangelistas San Mateo y San Lucas sobre este misterio; porque, como escribieron todos con la asistencia y luz del Espíritu Santo, con ella misma conocía cada uno lo que escribían los otros tres y lo que dejaban de decir, y de aquí es que por la divina voluntad escribieron todos cuatro algunas mismas cosas y sucesos de la vida de Cristo Señor nuestro y de la historia evangélica y en otras cosas escribieron unos lo que omitían otros, como consta del Evangelio de San Juan y de los demás. San Mateo escribió la adoración de los Reyes y la fuga a Egipto (Mt 2,1ss) y no la escribió San Lucas, y éste escribió la circuncisión y presentación y purificación (Lc 2,22ss) que omitió San Mateo. Y así como San Mateo, en refiriendo la despedida de los Reyes magos, entra luego contando que el ángel habló a San José para que huyesen a Egipto (Mt 2,13), sin hablar de la presentación, y no por eso se sigue que no presentaron primero al niño Dios, porque es cierto que se hizo después de pasados los Reyes y antes de salir para Egipto, como lo cuenta San Lucas (Lc 2,22ss); así también, aunque el mismo San Lucas tras de la presentación y purificación escribe que se fueron, a Nazaret (Ib. 39); no por eso se sigue, que no fueron primero a Egipto, porque sin duda fueron como lo escribe San Mateo, aunque lo omitió San Lucas que ni antes ni después escribió esta huida, porque ya estaba escrita por San Mateo (Mt 2,14). Y fue inmediatamente después de la presentación, sin que María Santísima y José volviesen primero a Nazaret. Y no habiendo de escribir San Lucas, esta jornada, era forzoso para continuar el hilo de su historia que tras la presentación escribiera la vuelta a Nazaret. Y decir que acabado lo que mandaba la ley se volvieron a Galilea, no fue negar que fueran a Egipto sino continuar la narración dejando de contar la huida de Herodes. Y del misto texto de San Lucas (Lc 2,39) se colige que la ida a Nazaret fue después que volvieron de Egipto, porque dice que el niño crecía y era confortado con sabiduría y se conocía en él la

gracia; lo cual no podía ser antes de los años cumplidos de la infancia, que era después de la venida de Egipto y cuando en los niños se descubre el principio del uso de la razón.

615. También se me ha dado a entender cuán necio ha sido el escándalo de los infieles o incrédulos que comenzaron a tropezar en esta piedra angular, Cristo nuestro bien, desde su niñez, viéndole huir a Egipto para defenderse de Herodes, como si esto fuera falta de poder y no misterio para otros fines más altos que defender su vida de la crueldad de un hombre pecador. Bastaba para quietar el corazón bien dispuesto lo que el mismo evangelista dice (Mt 2,15 (A.)): “Que se había de cumplir la profecía de Oseas, que dice en nombre del Padre eterno: Desde Egipto llamé a mi Hijo.” (Os 11,1 (A.)). Y los fines que tuvo en enviarle allá y en llamarle, son muy misteriosos y algo diré adelante (Cf. infra n.641). Pero cuando todas las obras del Verbo humanado no fueran tan admirables y llenas de sacramentos, nadie que tenga sano juicio puede redargüir ni ignorar la suave providencia con que Dios gobierna las causas segundas, dejando obrar a la voluntad humana según su libertad; y por esta razón, y no por falta de poder, consiente en el mundo tantas injurias y ofensas de idolatrías, herejías y otros pecados que no son menores que el de Herodes, y consintió el de Judas y de los que de hecho maltrataron y crucificaron a Su Majestad; y claro está que todo esto lo pudo impedir y no lo hizo, no sólo por obrar la Redención, mas porque consiguió este bien para nosotros dejando obrar a los hombres por la libertad de su voluntad, dándoles la gracia y auxilios que convenía a su divina providencia para que con ellos obraron el bien, si los hombres quisieran usar de su libertad para el bien, como lo hacen para el mal.

616. Con esta misma suavidad de su providencia da tiempo y espera a la conversión de los pecadores, como se la dio a Herodes; y si usara de su absoluto poder e hiciera grandes milagros para atajar los efectos de las causas segundas, se confundiera el orden de la naturaleza y en cierto modo fuera contrario como autor de la gracia a sí mismo como autor de la naturaleza; y por esto los milagros han de ser raros y pocas veces, cuando hay causa o fin particular; que para esto los reservó Dios para sus tiempos oportunos, en que se manifiesta su potencia y se conociese ser autor de todo y sin dependencia de las mismas cosas a quien dio el ser y da la conservación. Tampoco debe admirar que consintiese la muerte de los niños inocentes que degolló Herodes (Mt 2,16), porque en esto no convino defenderlos por milagro, pues aquella muerte les granjeó la vida eterna con abundante premio; y ésta sin comparación vale más que la temporal, que se ha de posponer y perder por ella, y si todos los niños vivieran y murieran con la muerte natural por ventura no todos fueran salvos. Las obras del Señor son justificadas y santas en todo, aunque no luego alcancemos nosotros las razones de su equidad, pero en el mismo Señor las conoceremos cuando le veamos cara a cara.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

617. “Hija mía, entre las cosas que para tu enseñanza debes advertir en este capítulo, sea la primera el humilde agradecimiento de los beneficios que recibes, pues entre las generaciones eres tan señalada y enriquecida con lo que mi Hijo y yo hacemos contigo, sin merecerlo tú. Yo repetía muchas veces el verso de David: ‘¿Qué daré al Señor por todo lo que me ha dado?’ (Sal 115,12) Y con este afecto agradecido me humillaba hasta el polvo, juzgándome por inútil entre las criaturas. Pues si conoces que yo hacía esto, siendo Madre verdadera del mismo Dios, pondera bien cuál es tu obligación, cuando con tanta verdad te debes confesar indigna y desmerecedora de lo que recibes, pobre para agradecerlo y pagarlo. Esta insuficiencia de tu miseria y debilidad has de suplir ofreciendo al eterno Padre la hostia viva de su Unigénito humanado y especialmente cuando le recibes sacramentado y le tienes en tu pecho; que en esto también imitarás a David, que después de la pregunta que decía de qué daría al Señor por lo que le había favorecido, el Señor respondía: “El cáliz de la salud recibiré e invocaré el nombre del Altísimo” (Ib. 13). Has de recibir y obrar la salud de la salvación obrando lo que conduce a ella y dar el retorno con el perfecto proceder, invocar el nombre del Señor y ofrecerle su Unigénito, que es el que obró la virtud y la salud y el que la mereció y puede ser retorno adecuado de lo que recibió el linaje humano y tú singularmente de su poderosa mano. Yo le di forma humana para que conversase con los hombres y fuese de todos como propio suyo, y Su Majestad se puso debajo de las especies de pan y vino para apropiarse más a cada uno en singular y para que como cosa suya le gozase y ofreciese al Padre, supliendo las almas con esta oblación lo que sin ella no pudieran darle y quedando el Altísimo como satisfecho con ella, pues no puede querer otra cosa más aceptable ni pedirla a las criaturas.

618. “Tras de esta oblación, es muy acepta la que hacen las almas abrazando y tolerando con igualdad de ánimo y sufrimiento paciente los trabajos y adversidades de la vida mortal, y de esta doctrina fuimos maestros eminentes mi Hijo Santísimo y yo, y Su Majestad comenzó a enseñarla desde el instante que le concebí en mis entrañas, porque luego principiamos a peregrinar y padecer, y en naciendo al mundo sufrimos la persecución en el destierro a que nos

obligó Herodes, y duró el padecer hasta morir Su Majestad en la cruz; y yo trabajé hasta el fin de mi vida, como en toda ella lo irás conociendo y escribiendo. Y pues tanto padecemos por las criaturas y para remedio suyo quiero que en esta conformidad nos imites, como esposa suya e hija mía, padeciendo con dilatado corazón y trabajando por aumentarle a tu Señor y Dueño la hacienda tan preciosa a su aceptación de las almas que compró con su vida y sangre. Nunca has de recatear trabajo, dificultad, amargura ni dolores, si por alguno de éstos puedes granjearle a Dios alguna alma o ayudarla a salir de pecado y mejorar su vida; y no te acobarde el ser tan inútil y pobre ni que se logra poco tu deseo y trabajo, que no sabes cómo lo aceptará el Altísimo y se dará por servido, y por lo menos tú debes trabajar oficiosamente y no comer el pan ociosa en su casa” (Prov 31,27).

CAPITULO 22

[Regresar al Principio](#)

Comienzan la jornada a Egipto Jesús, María y José, acompañados de los espíritus angélicos, y llegan a la ciudad de Gaza.

619. Salieron de Jerusalén a su destierro nuestros peregrinos divinos, encubiertos con el silencio y oscuridad de la noche, pero llenos del cuidado que se debía a la prenda del cielo que consigo llevaban a tierra extraña y para ellos no conocida; y si bien la fe y la esperanza los alentaba, porque no podía ser más alta y segura que la de nuestra Reina y de su fidelísimo esposo, mas con todo eso daba el Señor lugar a la pena, porque naturalmente era inexcusable en el amor que tenían al infante Jesús, y porque tampoco en particular no sabían todos los accidentes de tan larga jornada, ni el fin de ella, ni cómo serían recibidos en Egipto siendo extranjeros, ni la comodidad que tendrían para criar al niño y llevarle por todo el camino sin grandes penalidades. Trabajos y cuidados saltearon el corazón de los padres santísimos al partir con tanta prisa desde su posada, pero se moderó mucho este dolor con la asistencia de los cortesanos del cielo, que luego se manifestaron los diez mil arriba dichos (Cf. supra n.589) en forma visible humana, con su acostumbrada hermosura y resplandor con que hicieron de la noche clarísimo día a los divinos caminantes, y saliendo de las puertas de la ciudad se humillaron y adoraron al Verbo humanado en los brazos de su Madre Virgen, y a ella la alentaron ofreciéndose a su servicio y obediencia de nuevo y que la acompañarían y guiarían en el camino por donde fuese la voluntad del Señor.

620. Al corazón afligido cualquiera alivio le parece estimable, pero éste, por ser grande, confortó mucho a nuestra Reina y a su esposo José; y con mucho esfuerzo comenzaron sus jornadas, saliendo de Jerusalén por la puerta y camino que guía a Nazaret (En el autógrafo dice así, Nazaret; pero es sin duda un lapsus y quiere decir Belén, como se desprende de lo que sigue), y la divina Madre se inclinó con algún deseo de llegar al lugar del nacimiento, para adorar aquella sagrada cueva y pesebre que fue el primer hospicio de su Hijo Santísimo en el mundo, pero los santos ángeles la respondieron al pensamiento antes de manifestarle, y la dijeron: “Reina y Señora nuestra, Madre de nuestro Criador, conviene que apresuremos el viaje y sin divertirnos prosigamos el camino, porque con la diversión de los Reyes magos sin volver por Jerusalén y después con las palabras del sacerdote Simeón y Ana se ha movido el pueblo y algunos han comenzado a decir que sois Madre del Mesías; otros, que tenéis noticia de él, y otros, que vuestro Hijo es profeta. Y sobre que los Reyes os visitaron en Belén, hay varios juicios, y de todo está informado Herodes y ha mandado que con gran desvelo os busquen y en esto se pondrá excesiva diligencia, y por esta causa os ha mandado el Altísimo partir de noche y con tanta prisa.”

621. Obedeció la Reina del cielo a la voluntad del Todopoderoso declarada por sus ministros los santos ángeles, y desde el camino hizo reverencia al sagrado lugar del nacimiento de su Unigénito, renovando la memoria de los misterios que en él se habían obrado y de los favores que allí había recibido; y el santo ángel que estaba por guarda de aquel sagrado salió al camino en forma visible y adoró al Verbo humanado en los brazos de su divina Madre, con que recibió ella nuevo consuelo y alegría porque le vio y habló. Inclínose también el afecto de la piadosa Señora a tomar el camino de Hebrón, porque se desviaba muy poco del que llevaban y en aquella ocasión estaba en la misma ciudad Santa Isabel, su amiga y deuda, con su hijo San Juan; pero el cuidado de San José, que era de mayor temor, previno también este divertimento y detención, y dijo a la divina esposa: “Señora mía, yo juzgo que nos importa mucho no detener un punto la jornada, pero adelantarla todo lo posible para retirarnos luego del peligro, y por esto no conviene que vayamos por Hebrón donde más fácilmente nos buscarán que en otra parte.” – “Hágase vuestra voluntad - respondió la humilde Reina, - pero con ella pediré a uno de estos espíritus celestiales vaya a dar aviso a Isabel mi prima de la causa de nuestro viaje, para que ponga en cobro a su niño, porque la indignación de Herodes alcanzará

hasta llegar a ellos.”

622. Sabía la Reina del cielo el intento de Herodes para degollar los niños, aunque no lo manifestó entonces. Pero lo que aquí me admira es la humildad y obediencia de María Santísima, tan raras y advertidas en todo, pues no sólo obedeció a San José en lo que él le ordenaba, sino en lo que le tocaba a ella sola, que era enviar el ángel a Santa Isabel, no quiso ejecutarlo sin voluntad y obediencia de su esposo, aunque pudo ella por sí mentalmente enviarle y ordenarlo. Confieso mi confusión y tardanza, pues en la fuente purísima de las aguas que tengo a la vista, no sacio mi sed, ni me aprovecho de la luz y ejemplar que en ella se me propone, aunque es tan vivo, tan suave, poderoso y dulce para obligar y atraer a todos a negar la propia y dañosa voluntad. Con la de su esposo despachó nuestra gran Maestra uno de los principales ángeles que asistían para que diese noticia a Santa Isabel de lo que pasaba, y como superiora a los ángeles en esta ocasión informó a su legado mentalmente de lo que había de decir a la Santa matrona y al niño Juan.

623. Llegó el santo ángel a la feliz y bendita Isabel y conforme al orden y voluntad de su Reina la informó de todo lo que convenía. La dijo cómo la Madre del mismo Dios iba con él huyendo a Egipto de la indignación de Herodes y del cuidado que ponía en buscarle para quitarle la vida, y que por asegurar a Juan le ocultase y pusiese en cobro y la declaró otros misterios del Verbo humanado, como se lo ordenó la divina Madre. Con esta embajada quedó Santa Isabel llena de admiración y gozo y dijo al santo ángel cómo deseaba salir al camino a adorar al infante Jesús y ver a su dichosa Madre, y preguntó si podría alcanzarlos. El santo ángel la respondió que su Rey y Señor humanado iba con la feliz Madre lejos de Hebrón y no convenía detenerlos; con que se despidió la santa de su esperanza. Y dándole al ángel dulces memorias para Hijo y Madre, quedó muy tierna y llorosa, y el paraninfo volvió a la Reina con la respuesta. Luego Santa Isabel despachó un enviado a toda diligencia y con algunos regalos le envió en alcance de los divinos caminantes y les dio cosas de comer y dineros y con qué hacer mantillas para el niño, previniendo la necesidad, con que iban a tierra no conocida. Los alcanzó el enviado en la ciudad de Gaza que dista de Jerusalén poco menos de veinte horas de camino y está en la ribera del río Besor, camino de Palestina para Egipto, no lejos del mar Mediterráneo.

624. En esta ciudad de Gaza descansaron dos días, por haberse fatigado algo San José y el jumentillo en que iba la Reina, y de allí despidieron al criado de Santa Isabel sin descuidarse el santo esposo de advertirle no dijese a nadie dónde los había topado; pero con mayor cuidado previno Dios este peligro, porque le quitó de la memoria a aquel hombre lo que San José le encargó que callase y sólo la tuvo para volver la respuesta a su ama Santa Isabel. Y del regalo que envió a los caminantes hizo María Santísima convite a los pobres, que no los podía olvidar la que era madre de ellos, y de las telas un mantillo para abrigar al niño Dios y para San José otra capa acomodada para el camino y tiempo. Y previno otras cosas de las que podían llevar en su pobre recámara, porque en cuanto la prudentísima Señora podía hacer con su diligencia y trabajo no quería enseñar milagros para sustentar a su Hijo y a San José, que en esto se gobernaban por el orden natural y común, hasta donde llegaban sus fuerzas. En los dos días que estuvieron en aquella ciudad, para no dejarla sin grandes bienes, hizo María purísima algunas obras maravillosas: libró a dos enfermos de peligro de muerte y dándoles salud; a otra mujer baldada la dejó sana y buena; en las almas de muchos que la vieron y hablaron obró efectos divinos del conocimiento de Dios y mudanza de vida; y todos sintieron grandes motivos de alabar al Criador; pero a nadie manifestaron su patria ni el intento del viaje, porque si con esta noticia se juntara la que daban sus obras admirables fuera posible que las diligencias de Herodes rastrearán su jornada y los siguieran.

625. Para manifestar lo que se me ha dado a conocer de las obras que por el camino hacían el infante Jesús y su Madre Virgen, me faltan las palabras dignas y mucho más la devoción y peso que piden tan admirables y ocultos sacramentos. Siempre servían los brazos de María purísima de lecho regalado al nuevo y verdadero rey Salomón (Cant 3,7). Y mirando ella los secretos de aquella humanidad y alma santísima, sucedía algunas veces que, Hijo y Madre, comenzando él, alternaban dulces coloquios y cánticos de alabanza, engrandeciendo primero el infinito ser de Dios con todos sus atributos y perfecciones. Y para estas obras daba Su Majestad a la Madre reina nueva luz y visiones intelectuales, en que conocía el misterio altísimo de la unidad de la esencia en la trinidad de las personas; las operaciones *ad intra* de la generación del Verbo y procesión del Espíritu Santo; cómo siempre son y fueron el Verbo engendrado por obra del entendimiento y el Espíritu Santo inspirado por obra de la voluntad, no porque allí hay sucesión de antes y después, porque todo es junto en la eternidad, sino porque nosotros lo conocemos al modo de la duración sucesiva del tiempo. Entendía también la gran Señora cómo las tres personas se comprenden recíprocamente con un mismo entender y cómo conocen a la persona del Verbo unida a la humanidad y los efectos que en ella resultan de la divinidad unida.

626. Con esta ciencia tan alta descendía de la divinidad a la humanidad, y ordenaba nuevos cánticos en alabanza y agradecimiento de haber criado aquella alma y humanidad santísima, en alma y cuerpo perfectísima; el alma llena de sabiduría, gracia y dones del Espíritu Santo con la plenitud y abundancia posible; el cuerpo purísimo y en sumo grado bien dispuesto y complexionado. Y luego miraba todos los actos tan heroicos y excelentes de sus potencias, y habiéndolos imitado todos respectivamente pasaba a bendecirle y darle gracias por haberla hecho Madre suya, concebida sin pecado, escogida entre millares, engrandecida y enriquecida con todos los favores y dones de su diestra poderosa que caben en pura criatura. En la exaltación y gloria de éstos y otros sacramentos que en ellos se encierran hablaba el niño y respondía la Madre lo que no cabe en lengua de ángeles ni en pensamiento de ninguna criatura. Y a todo esto atendía la divina Señora, sin faltar al cuidado de abrigar al niño, darle leche tres veces al día, de regalarle y acariciarle como madre más amorosa y atenta que todas juntas las otras madres con sus hijos.

627. Otras veces le hablaba y decía: “Dulcísimo amor e Hijo mío, dadme licencia para que os pregunte y manifieste mi deseo, aunque vos, Señor mío, le conocéis, pero para consuelo de oír vuestras palabras en responderme decidme, vida de mi alma y lumbre de mis ojos, si os fatiga el trabajo del camino y os afligen las inclemencias del tiempo y elementos y qué puedo hacer yo en servicio y alivio de vuestras penas.” Respondió el niño Dios: “Los trabajos, Madre mía, y el fatigarme por el amor de mi Padre eterno y de los hombres, a quienes vengo a enseñar y redimir, todos se me hacen fáciles y muy dulces y más en vuestra compañía.” Lloraba el niño algunas veces con serenidad muy grave y de varón perfecto y afligida la amorosa Madre atendía luego a la causa buscándola en su interior que conocía y miraba, y allí entendía que eran lágrimas de amor y compasión por el remedio de los hombres y por sus ingraticudes; y en está pena y llanto también le acompañaba la dulce Madre y solía, como compasiva tórtola, acompañarle en el llanto y como piadosa madre le acariciaba y le besaba con incomparable reverencia. El dichoso José atendía muchas veces a estos misterios tan divinos y de ellos tenía alguna luz con que aliviaba el cansancio del camino. Otras veces hablaba con su esposa, preguntándole cómo iba y si gustaba de alguna cosa para sí o para el niño y se llegaba a él y le adoraba besándole el pie y pidiéndole la bendición y algunas veces le tomaba en sus brazos. Con estos consuelos entretenía dulcemente el gran Patriarca las molestias del camino y su divina esposa le alentaba y animaba, atendiendo a todo con magnánimo corazón, sin embarazarle la atención interior para el cuidado de lo visible, ni esto para la altura de sus encumbrados pensamientos y frecuentes afectos, porque en todo era perfectísima.

Doctrina de la divina Madre y Señora.

628. “Hija mía carísima, para la imitación y ciencia que en ti quiero sobre lo que has escrito, te será ejemplar la admiración y afectos que hacía en mi alma la luz divina con que conocía a mi Hijo Santísimo sujetarse de voluntad al furor inhumano de los malos hombres, como sucedió con Herodes en esta ocasión que fuimos huyendo de su ira y después a los malos ministros de los pontífices y magistrados. En todas las obras del Altísimo resplandece su grandeza, su bondad y sabiduría infinita, pero lo que más admiraba mi entendimiento era cuando conocía a un mismo tiempo con luz altísima el ser de Dios en la persona del Verbo unida a la humanidad y que era mi Hijo Santísimo Dios eterno, poderoso, infinito y criador de todo y conservador, y que no sólo de este beneficio pendía la vida y ser de aquel inicuo rey, pero que la humanidad santísima pedía y rogaba al Padre para que al mismo tiempo le diese inspiraciones, auxilios y muchos bienes, y que siéndole tan fácil castigarle no lo hizo, sino que con sus súplicas le alcanzó no lo fuese efectivamente y según su malicia. Y aunque al fin se perdió como prescito y pertinaz, pero tiene menos pena que le dieran si mi Hijo Santísimo no hubiera rogado por él. Todo esto, y lo que aquí se encierra de la incomparable misericordia y mansedumbre de mi Hijo Santísimo, procuré yo imitar, porque como maestro me enseñaba con obras lo que después había de amonestar con ejemplo, palabras y ejecuciones del amor de los enemigos. Y cuando conocía yo que ocultaba y disimulaba su poder infinito y siendo león invencible se dejaba como cordero humilde y mansísimo al furor de los lobos carniceros, mi corazón se deshacía y desfallecían mis fuerzas, deseando amarle e imitarle y seguirle en su amor y caridad, paciencia y mansedumbre.

629. “Este ejemplar te propongo para que siempre le llesves delante y entiendas cómo y hasta dónde debes sufrir, padecer, perdonar y amar a quien te ofendiere, pues ni tú ni las demás criaturas estáis inocentes y sin alguna culpa y muchos con repetidas y graves para merecerlo. Pero si por medio de las persecuciones has de conseguir el grande bien de esta imitación, ¿qué razón habrá para que no las aprecies por grande dicha y ames a quien te ocasiona lo sumo de la perfección y agradezcas este beneficio, no juzgando por enemigo antes por bienhechor tuyo a quien te pone en ocasión de lo que tanto te importa? Con el objeto que se te ha propuesto no tendrás disculpa si en esto faltas, pues te le hace como presente la divina luz y lo que de él conoces y penetras.”

CAPITULO 23

[Regresar al Principio](#)

Prosiguen las jornadas Jesús, María y José de la ciudad de Gaza hasta Heliópolis de Egipto.

630. El día tercero después que nuestros peregrinos llegaron a Gaza partieron de aquella ciudad para Egipto y dejando luego los poblados de Palestina se metieron en los desiertos arenosos que se llaman de Bersabé, encaminándose por espacio de sesenta leguas (Aproximadamente 251 km. - Legua castellana = 4,19 km) y más de despoblados para llegar a tomar asiento en la ciudad de Heliópolis, que ahora se llama El Cairo de Egipto. En este desierto peregrinaron algunos días, porque las jornadas eran cortas, así por la descomodidad del camino tan arenoso como por el trabajo que padecieron con la falta de abrigo y de sustento. Y porque fueron muchos los sucesos que en esta soledad tuvieron diré algunos de donde se entenderán otros, porque todos no es necesario referirlos. Y para conocer lo mucho que padecieron María y José y también el infante Jesús en esta peregrinación, se debe suponer que dio lugar el Altísimo para que su Unigénito humanado con su Madre Santísima y San José sintiesen las molestias y penalidades de este destierro. Y aunque la divina Señora las padecía con pacificación, pero se afligió mucho sin perderla, y lo mismo respectivamente su fidelísima esposo, porque entrambos padecieron muchas incomodidades y molestias en sus personas, y mayores en el corazón de la Madre por las de su Hijo y de José, y él por las del niño y de la esposa y que no podía remediarlos con su diligencia y trabajo.

631. Era forzoso en aquel desierto pasar las noches al sereno y sin abrigo en todas las sesenta leguas de despoblado, y esto en tiempo de invierno, porque la jornada sucedió en el mes de febrero, comenzándola seis días después de la purificación, como se infiere de lo que dije en el capítulo pasado (Cf. supra n.909,613). La primera noche que se hallaron solos en aquellos campos se arrimaron a la falda de un montecilla, que fue sólo el recurso que tuvieron, y la Reina del cielo con su niño en los brazos se sentó en la tierra y allí tomaron algún aliento y cenaron de lo que llevaban desde Gaza; y la Emperatriz del cielo dio el pecho a su infante Jesús y Su Majestad con semblante apacible consoló a la Madre y su esposo; cuya diligencia con su propia capa y unos palos formó un tabernáculo o pabellón para que el Verbo divino y María Santísima se defendiesen algo del sereno, abrigándolos con aquella tienda de campo tan estrecha y humilde; y la misma noche los diez mil ángeles que con admiración asistían a los peregrinos del mundo hicieron cuerpo de guardia a su Rey y Reina, cogiéndolos en medio de una rueda o circuito que formaron en cuerpo visible humano. Conoció la gran Señora que su Hijo Santísimo ofrecía al Padre eterno aquel desamparo y trabajos y los de la misma Madre y San José, y en esta ocasión y los demás actos que aquella alma deificada hacía le acompañó la Reina lo más de la noche, y el niño Dios durmió un poco en sus brazos, pero ella siempre estuvo en vela y coloquios divinos con el Altísimo y con los ángeles; y el Santo José se recostó en la tierra, la cabeza sobre la arquilla de las mantillas y pobre ropa que llevaban.

632. Prosiguieron el día siguiente su camino y luego les faltó en el viaje la prevención de pan y algunas frutas que llevaban, con que la Señora del cielo y tierra y su santo esposo llegaron a padecer grande y extrema necesidad y a sentir el hambre, y aunque la padeció mayor San José, pero entrambos la sintieron con harta aflicción. Un día sucedió, a las primeras jornadas, que pasaron hasta las nueve de la noche sin haber tomado cosa alguna de sustento, aun de aquel pobre y grosero mantenimiento que comían y después del trabajo y molestia del camino cuando necesitaba más la naturaleza de ser refrigerada, y como no se podía suplir esta necesidad con ninguna diligencia humana, la divina Señora convertida al Altísimo dijo: “Dios eterno, grande y poderoso, yo os doy gracias y bendigo por las magníficas obras de vuestro beneplácito y porque sin merecerlo yo por sola vuestra dignación me disteis el ser, vida y con ella me habéis conservado y levantado, siendo polvo e inútil criatura. No he dado por estos beneficios el digno retorno, pues ¿cómo pediré para mí lo que no puedo recompensar? Pero, Señor y Padre mío, mirad a vuestro Unigénito y concededme con qué le alimente la vida natural y también la de mi esposo, para que con ella sirva a Vuestra Majestad y yo a vuestra Palabra hecha carne (Jn 1,14) por la salud humana.”

633. Para que estos clamores de la dulcísima Madre naciesen de mayor tribulación; dio lugar el Altísimo a los elementos para que con sus inclemencias los afligiesen sobre el hambre, cansancio y desamparo, porque se levantó un temporal de agua y vientos muy destemplados que los cegaba y fatigaba mucho. Este trabajo afligió más a la piadosa y amorosa Madre por el cuidado del niño Dios, tan delicado y tierno, que aún no tenía cincuenta días, y aunque le cubrió y abrigó cuanto pudo, pero no bastó para que como verdadero hombre no sintiese la inclemencia y rigor del tiempo,

manifestándolo con llorar y tiritar de frío, como lo hicieran los demás niños hombres puros. Entonces la cuidadosa Madre, usando del poder de Reina y Señora de las criaturas, mandó con imperio a los elementos que no ofendiesen a su mismo Criador, sino que le sirviesen de abrigo y refrigerio y que con ella ejecutasen el rigor. Sucedió así, como en las ocasiones que arriba dije (Cf. supra n.543, 544,590) del nacimiento y camino de Jerusalén, porque luego se templó el viento y cesó la cellisca sin llegar a donde estaban Hijo y Madre. Y en retorno de este amoroso cuidado, el infante Jesús mandó a sus ángeles que diesen a su amantísima Madre y la sirviesen de cortina, que la abrigasen del rigor de los elementos. Lo hicieron al punto, y formando un globo de resplandor muy denso y hermoso por extremo, encerraron en él a su Dios humanado y a la Madre y esposo, dejándolos más guarnecidos y defendidos que estuvieran con los palacios y paños ricos de los poderosos del mundo; y esto mismo hicieron otras veces en aquel desierto.

634. Pero les faltaba la comida y les afligía la necesidad que con humana industria era irreparable, y dejándolos llegar el Señor a este punto e inclinado a las peticiones justas de su esposa, los proveyó por mano de los mismos ángeles, porque luego les trajeron pan suavísimo y frutas muy hermosas y sazoadas y a más de esto un licor dulcísimo, y los mismos ángeles se lo administraron y sirvieron. Y después todos juntos hacían cánticos de gracias y alabando al Señor que da alimento a toda carne (Sal 135,25 (A.)) en tiempo que sea oportuno, para que los pobres coman y sean saciados (Sal 21,27 (A.)), porque sus ojos y esperanzas están puestos en su real providencia y largueza (Sal 144,15 (A.)). Estos fueron los platos delicados con que regaló el Señor desde su mesa a sus tres Peregrinos y desterrados en el desierto de Bersabé (3 Re 19,3 (A.)), que fue el mismo donde Elías huyendo de Jezabel fue confortado con el subcinericio pan que le dio el ángel del Señor para llegar hasta el monte Horeb. Pero ni este pan, ni el que antes le habían servido milagrosamente los cuervos con carnes que comiese a la mañana y a la tarde en el torrente de Carit, ni el maná que llovió del cielo a los israelitas (Ex 16,13 (A.)), aunque se llamaba pan de ángeles y llovido del cielo; ni las codornices que las trajo el viento áfrico, ni el pabellón de nube (Num 10,34 (A.)) con que eran refrigerados, ninguno de estos alimentos y beneficios se puede comparar con lo que hizo el Señor en este viaje con su Unigénito humanado, con la divina Madre y su esposo. No eran estos favores para alimentar a un profeta y pueblo ingrato y tan mal mirado, mas para dar vida y alimento al mismo Dios hecho hombre y a su verdadera Madre y para conservar la vida natural de donde estaba pendiente la eterna de todo el linaje humano y si este manjar divino era conforme a la excelencia de los convidados, así también el agradecimiento y correspondencia era excesiva y muy según la grandeza del beneficio. Y para que fuese todo más oportuno, siempre consentía el Señor que la necesidad llegase al extremo y que ella misma pidiese el socorro del cielo.

635. Se alegren con este ejemplo los pobres y no desmayen los hambrientos, esperen los desamparados, y nadie se querelle de la divina Providencia por afligido y menesteroso que se halle. ¿Cuándo faltó el Señor a quien espera en él? ¿Cuándo volvió su paternal rostro a los hijos contristados y pobres? Hermanos somos de su Unigénito humanado, hijos y herederos de sus bienes y también hijos de su Madre piadosísima. Pues, ¡oh hijos de Dios y de María Santísima!, ¿cómo desconfiáis de tales Padres en vuestra pobreza? ¿Por qué les negáis a ellos esta gloria y a vosotros el derecho de que os alimenten y socorran? Llegad, llegad con humildad y confianza, que los ojos de vuestros Padres os miran, sus oídos oyen el clamor de vuestra necesidad y las manos de esta Señora están extendidas al pobre y sus palmas abiertas al necesitado (Prov 31,20 (A.)). Y vosotros, ricos de este siglo, ¿por qué o cómo confiáis en solas vuestras inciertas riquezas (1 Tim 6,17 (A.)), con peligro de desfallecer en la fe y granjeando de contado gravísimos cuidados y dolores, como os amenaza el Apóstol? No confesáis ni profesáis en la codicia ser hijos de Dios y de su Madre, antes lo negáis con las obras y os reputáis por ilegítimos o hijos de otros padres, porque el verdadero y legítimo sólo sabe confiar en el cuidado y amor de sus padres verdaderos y les agravia si pone su esperanza en otros, no sólo extraños pero enemigas. Esta verdad me enseña la divina luz y me compele la caridad a decirla.

636. No sólo cuidaba el altísimo Padre de alimentar a nuestros peregrinos, pero también de recrearlos visiblemente para alivio de la molestia del camino y prolija soledad. Y sucedía algunas veces, que llegando la divina Madre a descansar y sentarse en el suelo con su infante Dios, venían de las montañas a ella mucho número de aves, como en otra ocasión dije (Cf. supra n.185), y con suavidad de gorjeos y variedad de sus plumas la entretenían y recreaban y se le ponían en los hombros y en las manos, para regalarse con ella. Y la prudentísima Reina las admitía y convidaba, mandándoles que reconociesen a su Criador y le hiciesen cánticos y reverencia en agradecimiento de que les había criado tan hermosas y vestidas de plumas para gozar del aire y de la tierra y con sus frutos las daba cada día su vida y conservación con el alimento necesario. A todo esto obedecían las aves con movimientos y cánticos dulcísimos, y con otros más dulces y sonoros para el infante Jesús le hablaba la amorosa Madre, alabándole, bendiciéndole y reconociéndole por su Dios y por su Hijo y Autor de todas las maravillas. A estos coloquios tan llenos de suavidad ayudaban también los santos ángeles, alternando con la gran Señora y con aquellas simples avecillas, y todo hacía una

armonía más espiritual que sensible, de admirable consonancia para la criatura racional.

637. Otras veces la divina Princesa hablaba con el niño y le decía: “Amor mío y lumbre de mi alma, ¿cómo aliviare yo vuestro trabajo? ¿Cómo excusare vuestra molestia? Y ¿cómo haré que no sea penoso para vos este camino tan pesado? ¡Oh quién os llevara no en los brazos, sino en mi pecho y de él pudiera hacer blando lecho en que sin molestia fuerais reclinado!” Respondía el dulcísimo Jesús: “Madre mía querida, muy aliviado voy en vuestros brazos, descansado en vuestro pecho, gustoso con vuestros afectos y regalado con vuestras palabras.” Otras veces, Hijo y Madre se hablaban con el interior y se respondían, y estos coloquios eran tan altos y divinos que no caben en nuestras palabras. Al santo esposo José le alcanzaban muchos de estos misterios y consuelos, con que se le hacía fácil el camino y olvidaba sus molestias y sentía la suavidad y dulzura de su deseable compañía, aunque no sabía ni oía que el Niño hablaba sensiblemente con la Madre, porque este favor era para ella sola por entonces, como dije arriba (Cf. supra n.577), y en este modo prosiguieron nuestros desterrados su camino para Egipto.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima Señora nuestra.

638. “Hija mía, así como los que conocen al Señor saben esperar en él (Sal 9,11), así los que no esperan en su bondad y amor inmenso no tienen perfecto conocimiento de Su Majestad, y al defecto de la fe y esperanza se sigue el no amarle y luego poner el amor donde está la confianza, muy alto concepto y estimación. Y en este error consiste todo el daño y ruina de los mortales, porque de la bondad infinita que les dio el ser y conservación hacen tan bajo concepto, que por esto no saben poner en Dios toda su confianza, y desfalleciendo en ella falta el amor que le debían y le convierten a las criaturas y confían y aprecian en ellas lo que apetecen, que es el poder, las riquezas, el fausto y la vanidad. Y aunque los fieles pueden ocurrir a este daño con la fe y esperanza infusa, pero todos las dejan muertas y ociosas y sin usar de ellas se abaten a las cosas bajas: y unos esperan en las riquezas, si las tienen; otros las codician, sino las poseen; otros las procuran por camino y medios muy perversos; otros confían en los poderosos y los lisonjean y aplauden; con que vienen a ser muy pocos los que le quedan al Señor que le merezcan su cuidadosa providencia y se fíen de ella y le conozcan por Padre que cuida de sus hijos y los alimenta y conserva, sin desamparar a ninguno en la necesidad.

639. “Este engaño tenebroso ha dado al mundo tantos amadores y le ha llenado de avaricia y concupiscencia contra la voluntad y gusto del Criador y ha hecho desatinar a los hombres en lo mismo que desean o lo menos debían desear; porque todos comúnmente confiesan que desean las riquezas y bienes temporales para remediar su necesidad, y dicen esto porque no debían desear otra cosa, pero en hecho de verdad mienten muchos porque apetecen lo superfluo y no necesario, para que sirva no a la natural necesidad, sino a la soberbia del mundo. Pero si desearan los hombres sólo aquello que con verdad necesitan, fuera desatino poner su confianza en las criaturas y no en Dios, que con infalible providencia acude hasta a los polluelos de los cuervos (Sal 149,9), como si sus claznidos fueran voces que llaman a su Criador. Con esta seguridad no pude yo temer en mi destierro y larga peregrinación, y porque fiaba del Señor acudía su providencia en el tiempo del aprieto. Y tú, hija mía, que conoces esta gran providencia, no te aflijas sin modo en las necesidades, ni faltes a tus obligaciones por buscar medios para socorrerles, ni confíes en diligencias humanas ni en criaturas, pues habiendo hecho lo que te toca, el medio eficaz es fiar del Señor, sin turbarte ni alterarte y esperar con paciencia, aunque se dilate algo el remedio, que siempre llegará en el tiempo más conveniente y oportuno (Sal 144,15) y cuando más se manifieste el paternal amor del Señor; como sucedió conmigo y mi esposo en nuestra necesidad y pobreza.

640. “Los que no sufren con paciencia y no quieren padecer necesidad y los que se convierten a cisternas disipadas (Jer 2,13) confiando en la mentira y en los poderosos, los que no se satisfacen con lo moderado y apetecen con ardiente codicia lo que no han menester para la vida y los que tenazmente guardan lo que tienen para que no les falte, negando a los pobres la limosna que se les debe, todos éstos pueden temer con razón que les faltará aquello que no pueden aguardar de la Providencia divina, si ella fuera tan escasa en dar como ellos en esperar y en dar por su amor al necesitado; pero el Padre verdadero, que está en los cielos, hace que nazca el sol sobre los justos e injustos y da la lluvia sobre los buenos y los malos (Mt 5,45 (A.)) y acude a todos dándoles vida y alimento. Pero así como los beneficios son comunes a buenos y malos, así el dar mayores bienes temporales a unos y negarlos a otros no es regla del amor que Dios les tiene, porque antes quiere pobres a los escogidos y predestinados (Sant 2,5): lo uno, porque adquieran mayores merecimientos y premios; lo otro, porque no se enreden con el amor de los bienes temporales, porque son pocos los que saben usar bien de ellos y poseerlos sin desordenada codicia. Y aunque no teníamos este peligro mi Hijo Santísimo y yo, pero quiso Su Majestad con el ejemplo enseñar a los hombres esta divina ciencia en que les va la vida

eterna.”

CAPITULO 24

[Regresar al Principio](#)

Llegan á Egipto los peregrinos Jesús, María y José con algún rodeo hasta la ciudad de Heliópolis y suceden grandes maravillas.

641. Ya toqué arriba (Cf. supra n.615) que la fuga del Verbo humanado tuvo otros misterios y más altos fines que retirarse de Herodes y defenderse de su ira, porque esto antes fue medio que tomó el Señor para irse a Egipto y obrar allí las maravillas que hizo, de que hablaron los antiguos profetas, y muy expresamente Isaías (Is 19,1 (A.)), cuando dijo que subiría el Señor sobre una nube ligera y entraría en Egipto y se moverían los simulacros de Egipto delante de su cara y se turbaría el corazón de los egipcios en medio de ellos, y otras cosas, que contiene aquella profecía y sucedieron por los tiempos del nacimiento de Cristo nuestro Señor. Pero dejando lo que no pertenece a mi intento, digo que, prosiguiendo su peregrinación Jesús, María y José en la forma que queda declarado, llegaron con sus jornadas a la tierra y poblados de Egipto. Y para llegar a tomar asiento en Heliópolis fueron guiados por los ángeles, ordenándolo el Señor, con algún rodeo, para entrar primero en otros muchos lugares donde Su Majestad quería obrar algunas maravillas y beneficios de los que había de enriquecer a Egipto. Y así gastaron en estos viajes más de cincuenta días, y desde Belén o Jerusalén anduvieron más de doscientas leguas, aunque por otro camino más derecho no fuera necesario caminar tanto a donde tomaron asiento y domicilio.

642. Eran los egipcios muy dados a la idolatría y supersticiones que de ordinario la acompañan y hasta los pequeños lugares de aquella provincia estaban llenos de ídolos; de muchos había templos y en ellos vivían varios demonios, a donde acudían los infelices moradores a adorarles con sacrificios y ceremonias ordenadas por los mismos demonios y les daban respuestas y oráculos a sus preguntas de que la gente necia y supersticiosa se dejaba llevar ciegamente. Con estos engaños vivían tan dementados y asidos a la adoración del demonio, que era menester el brazo fuerte del Señor que es el Verbo humanado para rescatar aquel pueblo desamparado y sacarle de la opresión en que le tenía Lucifer, más dura y peligrosa que en la que pusieron ellos al pueblo de Dios (Ex 1,6ss. (A.)). Para alcanzar este vencimiento del demonio y alumbrar a los que vivían en la región y sombra de la muerte (Lc 1,79) y que aquel pueblo viese la luz grande que dijo Isaías (Is 9,2 (A.)), determinó el Altísimo que el sol de justicia Cristo, a pocos días de su nacimiento, apareciese en Egipto en los brazos de su felicísima Madre y que fuese girando y rodeando la tierra para ilustrarla toda con la virtud de su divina luz.

643. Llegó, pues, el infante Jesús con su Madre y San José a la tierra poblada de Egipto, y al entrar en los lugares el niño Dios en los brazos de la Madre, levantando los ojos al cielo y puestas sus manos oraba al Padre y pedía por la salud de aquellos moradores cautivos del demonio y luego sobre los que allí estaban en los ídolos usaba de la potestad divina y real y los lanzaba y arrojaba al profundo, y como rayos despedidos de la nube salían y bajaban hasta lo más remoto de las cavernas infernales y tenebrosas. Al mismo punto con grande estrépito caían los ídolos, se hundían los templos y se arruinaban los altares de la idolatría. La causa de prodigiosos efectos era notoria a la divina Señora, que acompañaba a su Hijo Santísimo en sus peticiones como cooperadora en todo de la salud humana. San José también conocía que todas éstas eran obras del Verbo humanado y por ellas, con admiración santa, le bendecía y alababa. Pero los demonios, aunque sentían la fuerza del poder de Dios, no conocían de dónde salía aquella virtud.

644. Se admiraban los pueblos de los gitanos con tan impensada novedad, aunque entre los más sabios había alguna luz o tradición recibida de los antiguos, desde el tiempo que Jeremías (Jer 43,8-13 (A.)) estuvo en Egipto, de que un Rey de los judíos vendría a aquel reino y serían destruidos los templos de los ídolos de Egipto. Pero de esta venida no tenían noticia los del pueblo ni tampoco los sabios del modo cómo había de suceder, y así era común el temor y confusión de todos, porque se turbaron y temieron, conforme a la profecía de Isaías (Is 9,1). Con esta mutación, preguntándose unos a otros, llegaban algunos a nuestra gran Reina y Señora y a San José y con la curiosidad de ver los forasteros hablaban con ellos de la ruina de sus templos y dioses que adoraban. Y tomando ocasión de estas preguntas la Madre de la sabiduría comenzó a desengañar aquellos pueblos, dándoles noticia del verdadero Dios y enseñándoles que sólo él era único y Criador del cielo y de la tierra y el que debía ser sólo adorado y reconocido por Dios, y que los demás eran falsos y mentirosos y que no se distinguían de los maderos o barro o metales de que eran formados, ni tenían ojos ni

oídos ni poder alguno, y que los mismos artífices los podían deshacer y destruir como los hicieron y también cualquiera otro hombre, porque todos eran más nobles y poderosos, y que las respuestas que daban eran de los demonios que en ellos estaban, mentirosos y engañosos, y no tenían virtud verdadera porque sólo Dios era verdadero.

645. Como la divina Señora era tan suave y dulce en sus palabras y ellas tan vivas y eficaces, su semblante tan apacible y amable y los efectos de sus pláticas eran tan saludables, con esto corría la voz de los forasteros y peregrinos en los lugares donde llegaban y concurría harta gente a verlos y a oírlos. Y como al mismo tiempo obraba la oración y petición del Verbo humanado y les granjeaba grandes auxilios y sucedía la novedad de arruinarse los ídolos, era increíble la conmoción de la gente y la mudanza de los corazones, convirtiéndose al conocimiento del verdadero Dios y haciendo penitencia de los pecados, sin saber de dónde ni por qué medio les venía este bien. Prosiguieron Jesús y María por muchos pueblos de Egipto, obrando estas maravillas y otras muchas, desterrando los demonios no sólo de los ídolos, sino también de muchos cuerpos que tenían poseídos, curando muchos enfermos de grandes y peligrosas enfermedades y alumbrando los corazones de varias gentes y catequizando y enseñando la divina Señora y San José el camino de la verdad y vida eterna. Y con estos beneficios temporales y otros a que tanto se mueve el vulgo ignorante y terreno, eran traídos muchos a oír la enseñanza y doctrina de la vida y salud de sus almas.

646. Llegaron a la ciudad de Hermópolis, que está hacia la Tebaida, y algunos la llaman ciudad de Mercurio. Había en ella muchos ídolos y demonios muy poderosos, y en particular asistía uno en un árbol que estaba a la entrada de la ciudad; que de haberle venerado los vecinos por su grandeza y hermosura, tomó ocasión el demonio para usurpar aquella adoración colocando su silla en aquel árbol. Y cuando llegó el Verbo humanado a su vista, no sólo dejó el demonio aquel asiento derribado al profundo, pero el árbol se inclinó hasta el suelo como agradecido de su suerte, porque aun las criaturas insensibles testificasen cuán tirano dominio es el de este enemigo. Y el milagro de inclinarse los árboles sucedió otras veces en el camino por donde pasaba su Criador, aunque no quedó memoria de todos, pero esta maravilla de Hermópolis perseveró muchos siglos, porque después las hojas y fruto de aquel árbol curaban de varias enfermedades. Y de este milagro escribieron algunos autores (Cf., por ejemplo, Nicéforo (L.10 c.31), Sozomeno (L.5 c.20), Broccardo (*Descriptio Terrae Sanctae*, p.II c4), como también de otro de los que sucedieron en las ciudades por donde pasaban con la venida y habitación del Verbo encarnado y de su Madre Santísima en aquella tierra; como de una fuente que está cerca de El Cairo, donde la divina Señora cogió agua y bebió ella y el niño y lavó sus mantillas; que todo esto fue verdad, y hasta ahora ha durado la tradición y veneración de aquellas maravillas, no sólo entre los fieles que visitan los lugares santos, pero entre los mismos infieles que a tiempos reciben algunos beneficios temporales de la mano del Señor, o para justificar con ellos más su causa, o para que se conserve aquella memoria. También la hay de otros lugares donde estuvieron y obraron grandes maravillas, pero no es necesario hacer ahora aquí relación de ellas, porque su principal asistencia mientras estuvieron en Egipto fue en la ciudad de Heliópolis, que no sin misterio se llama Ciudad del Sol y ahora le dicen El Gran Cairo.

647. Escribiendo estas maravillas, pregunté a la gran Reina del cielo con admiración cómo con el niño Dios había peregrinado tantas tierras y lugares no conocidos, pareciéndome que por esta causa se habían aumentado mucho sus trabajos y penalidades. Me respondió Su Majestad: “No te admires de que para granjear tantas almas peregrinásemos mi Hijo Santísimo y yo, pues por una sola, si fuera necesario, rodeáramos todo el mundo si no hubiera otro remedio.” Pero si nos parece mucho lo que hicieron por la salud humana, es porque ignoramos el inmenso amor *con que* nos amaron y porque tampoco sabemos amar nosotros en retorno de esta deuda.

648. Con la novedad que sintió el infierno, viendo bajar a él tanto número de demonios arrojados con nueva y extraña virtud para ellos, se alteró mucho Lucifer y abrasándose en el fuego de su furor salió al mundo, discurriendo por muchas partes para investigar la causa de tan nuevos sucesos. Pasó por todo Egipto, donde habían caído los templos y altares con sus ídolos, y llegando a Heliópolis, que era mayor ciudad y por eso en ella había sido más notable la destrucción de su imperio, procuró saber y examinar con grande atención qué gente había en ella. Y no halló novedad en *que* topar, mas de que María Santísima había venido a aquella ciudad y tierra, porque del infante Jesús no hizo consideración juzgándole niño como los demás sin diferencia, porque él no la conocía. Pero como de las virtudes y santidad de la prudente Madre y Virgen había sido vencido tantas veces, entró en nuevos recelos, aunque le parecía poco una mujer para tan grandes obras, pero con todo eso determinó de nuevo perseguirla y valerse para esto de sus ministros de maldad.

649. Volvió luego al infierno y convocando un conciliábulo de los príncipes de tinieblas les dio cuenta de la ruina de

los ídolos y templos de Egipto; porque los demonios, cuando salieron de ellos, fueron arrojados por el poder divino con tanta presteza, confusión y pena, que no percibieron lo que sucedía a los ídolos y lugares que dejaban, pero Lucifer, informándoles de todo lo que pasaba y que su imperio se iba destruyendo en todo Egipto, les dijo que no hallaba ni comprendía la causa de su ruina, porque sólo había topado en aquella tierra la mujer su enemiga así la llamaba el dragón a María Santísima, de cuya virtud, aunque conocía era muy señalada, no presumía tan grande fuerza como habían experimentado en aquella ocasión, pero con todo eso determinaba hacerle nueva guerra y que todos se previniesen para ella. Respondieron los ministros de Lucifer que estaban prontos para obedecerle y consolándole en su desesperado furor le ofrecieron la victoria, como si fueran sus fuerzas iguales a su arrogancia (Is 16,6).

650. Salieron juntas del infierno muchas legiones y se encaminaron para Egipto, a donde estaba la Reina de los cielos, pareciéndoles que si la vencían, sólo con este triunfo restauraban su pérdida y recuperarían todo lo que en aquel miserable reino les había quitado el poder de Dios, de quien sospechaban era instrumento María Santísima. Y pretendiendo llegarse a tentarla conforme a sus intentos diabólicos, fue cosa maravillosa que no pudieron acercarse a ella por más de dos mil pasos de distancia, porque los detenía ocultamente la virtud divina que reconocían salía de hacia la misma Señora. Y aunque Lucifer y los demás enemigos forcejaban y porfiaban, eran debilitados y detenidos como en fuertes prisiones que los atormentaban, sin poderse alargar a donde estaba la invictísima Reina mirándolo todo con el poder del mismo Dios en sus brazos y perseverando Lucifer en esta contienda, fue repentinamente otra vez lanzado en el profundo con todos sus escuadrones de maldad. Esta opresión y arruinamiento dio gran tormento y cuidado al dragón, y como en estos días, después de la Encarnación, se habían repetido algunas, como queda dicho (cf. supra n.130,318,370,643), dio en sospechar si el Mesías era venido al mundo. Mas como le estaba oculto el misterio y él le aguardaba muy patente y ruidoso, quedaba siempre confuso y equivocado, lleno de furor y rabia que le atormentaba, y se desvanecía en inquirir la causa de su dolencia y cuanto más la discurría más la ignoraba y menos la conocía.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

651. “Hija mía, grande es y sobre todo bien estimable el consuelo de las almas fieles y amigas de mi Hijo Santísimo, cuando con fe viva consideran que sirven a un Señor que es Dios de los dioses y Señor de los señores, el que sólo tiene el imperio, la potestad y dominio de todo lo criado; el que reina y triunfa de sus enemigos. En esta verdad se deleita el entendimiento, se recrea la memoria, se goza la voluntad y todas las potencias del alma devota se entregan sin recelo a la suavidad que sienten con tan nobles operaciones; mirando a aquel objeto de bondad, santidad y poder infinito que de nadie tiene necesidad y de cuya voluntad pende todo lo criado. ¡Oh cuántos bienes juntos pierden las criaturas que olvidadas de su felicidad emplean todo el tiempo de la vida y sus potencias en atender a lo visible, amar lo momentáneo y buscar los bienes aparentes y falaces! Con la ciencia y luz que tienes, querría yo, hija mía, que te rescates de este peligro y que tu entendimiento y memoria se ocupen siempre con la verdad del ser de Dios. En este mar interminable te engolfa y anega, repitiendo continuamente: ‘¿Quién como Dios nuestro, que habita en las alturas y mira a los humildes en el cielo y en la tierra (Sal 112,5-6 (A.))?’ ¿Quién como el que es todopoderoso y de nadie tiene dependencia, el que humilla a los soberbios y derriba a los que el mundo ciego llama poderosos, el que triunfa del demonio y le oprime hasta el profundo?’

652. “Y para que mejor puedas dilatar tu corazón en estas verdades y cobrar con ellas mayor superioridad sobre los enemigos del Altísimo y tuyos, quiero que me imites según tu posible, gloriándote en las victorias y triunfos de su brazo poderoso y procurando tener alguna parte en las que quiere alcanzar siempre de este cruel dragón. No es posible que lengua de criatura, aunque sea de los serafines, declare lo que mi alma sentía, cuando miraba en mis brazos a mi Hijo Santísimo que obraba tantas maravillas contra sus enemigos y en beneficio de aquellas almas ciegas y tiranizadas de sus errores y que la exaltación del nombre del Altísimo crecía y se dilataba por su Unigénito humanado. Con este júbilo magnificaba mi alma al Señor y con mi Hijo Santísimo hacía nuevos cánticos de alabanza como Madre suya y Esposa del divino Espíritu. Tú eres hija de la Iglesia Santa y esposa de mi Hijo benditísimo y favorecida de su gracia, justo es que seas diligente y celosa en adquirirle esta gloria y exaltación, trabajando contra sus enemigos y peleando con ellos para que tu Esposo tenga este triunfo.”

CAPITULO 25

[Regresar al Principio](#)

Toman asiento en la ciudad de Heliópolis Jesús, María y José por voluntad divina; ordenan allí su vida el tiempo de su destierro.

653. Las memorias que en muchos lugares de Egipto quedaron de algunas maravillas que fue obrando en ellos el Verbo humanado, darían ocasión a los santos y otros autores para que escribiesen unos que estuvieron en una ciudad los desterrados y otros lo afirmasen de otras, pero todos pueden decir verdad y concordarse, hablando de diferentes tiempos en que estuvo en Hermópolis, en Menfis o Babilonia de Egipto y en Mataria, pues no sólo estuvo en estas ciudades, pero también en otras. Lo que yo he entendido es que habiendo discurrido por ellas llegaron a Heliópolis y allí tomaron su asiento, porque los santos ángeles que les guiaban dijeron a la divina Reina y a San José que en aquella ciudad habían de parar; donde, a más de la ruina de los ídolos y sus templos que sucedió con su llegada como en las demás, determinaba allí el Señor hacer otras maravillas para su gloria y rescate de muchas almas y que a los moradores de aquella ciudad según el feliz pronóstico de su nombre, que era Ciudad de Sol les saliese el sol de justicia y gracia que más copiosa les alumbrase. Y con este aviso tomaron allí posada común, y luego salió San José a buscarla, ofreciendo el pago que fuese justo, y el Señor dispuso que hallase una casa humilde y pobre pero capaz para su habitación y retirada un poco de la ciudad, como la deseaba la Reina del cielo.

654. Hallando, pues, este domicilio en Heliópolis, tomaron asiento en él. Y recogiendo luego la divina Señora con su Hijo Santísimo y con su esposo José a este retiro, se postró en tierra besándola con profunda humildad y afectuoso agradecimiento y dio gracias al Altísimo por haber hallado aquel descanso después de tan molesta y prolija peregrinación, y a la misma tierra y elementos agradeció el beneficio de sustentarla a ella, que por su incomparable humildad se juzgaba siempre por indigna de todo lo que recibía. Adoró al ser inmutable de Dios en aquel puesto, enderezando a su culto y reverencia cuanto en él había de obrar. Interiormente hizo obsequio y sacrificio de sus potencias y sentidos y se ofreció a padecer pronta, alegre y diligente cuantos trabajos fuese servido el Todopoderoso de enviarle en aquel destierro, que su prudencia los prevenía y su afecto los abrazaba. Los apreciaba con la ciencia divina, porque con ella había conocido que en el tribunal divino son bien admitidos y que su Hijo Santísimo los había de tener por herencia y tesoro riquísimo. Y de este alto ejercicio y encumbrada habitación se humanó a limpiar y aliñar la pobre casilla con ayuda de los santos ángeles, buscando prestado hasta el instrumento con que limpiarla. Y aunque se hallaron nuestros divinos forasteros bastante acomodados de las pobres paredes de la casa, les faltaba todo lo demás de la comida y homenaje necesario para la vida. Y porque estaban ya en poblado faltó el regalo milagroso con que en la soledad eran socorridos por mano de los ángeles y los remitió el Señor a la mesa ordinaria de los más pobres, que es la limosna mendigada y habiendo llegado a sentir la necesidad y padecer hambre salió San José a pedirlo por amor de Dios, para que con tal ejemplo ni se querellen los pobres de su aflicción, ni se confundan de remediarla por este medio cuando no hallaren otro, pues tan temprano se estrenó el mendigar para sustentar la vida del mismo Señor de todo lo criado, para obligarse de camino a dar ciento por uno (Mt 19,29) de contado.

655. Los tres días primeros después que llegaron a Heliópolis, como tampoco en otros lugares de Egipto, no tuvo la Reina del cielo para sí y su Unigénito más alimentos de los que pidió de limosna su padre putativo José, hasta que con su trabajo comenzó a ganar algún socorro. Y con él hizo una tarima desnuda en que se reclinaba la Madre y una cuna para el Hijo, porque el santo esposo no tenía otra cama más que la tierra pura y la casa sin alhajas, hasta que con su propio sudor pudo adquirir algunas de las inexcusables para vivir todos tres. Y no quiero pasar en silencio lo que se me ha dado a conocer: que en medio de tan extremada pobreza y necesidades no hicieron memoria María y José Santísimos de su casa de Nazaret, ni de sus deudos ni amigos, de los dones de los Reyes que distribuyeron y los podían haber guardado. Nada de esto echaron menos, ni se querellaron de hallarse en tanto aprieto y desamparo, con atención a lo pasado y temor de lo futuro, antes en todo estuvieron con incomparable igualdad, alegría y quietud, dejándose a la divina providencia en su desabrigo y mayor pobreza. ¡Oh poquedad de nuestros infieles corazones!, ¡y qué de afanes tan turbados y penosos suelen padecer en hallándose pobres y con alguna necesidad! Luego nos querellamos que perdimos la ocasión, que pudimos prevenir o granjear este o aquel remedio, que si hiciéramos esto o aquello no nos viéramos en este o aquel aprieto. Todas estas congojas son vanas y estultísimas, por lo que no son de remedio alguno. Y aunque fuera bueno no haber dado causa a nuestros trabajos con las culpas que muchas veces los granjeamos, pero de ordinario sentimos el daño temporal adquirido y no el pecado por donde lo merecimos. Tardos y necios de corazón somos para percibir las cosas espirituales de nuestra justificación y aumentos de la gracia, y sensibles, terrenos y audaces para entregarnos a las terrenas y sus afanes. Reprensión severa es para nuestra grosería y terrenidad la de nuestros extranjeros.

656. La prudentísima Señora y su esposo se acomodaron con alegría, solos y desamparados de todo lo temporal, en la pobre casilla que hallaron. Y de tres aposentos que tenía, el uno se consagró para templo o sagrario donde estuviese el infante Jesús y con él su purísima Madre, y allí se pusieron la cuna y la tarima desnuda, hasta que después de algunos días, con el trabajo del santo esposo y la piedad de unas devotas mujeres que se aficionaron a la Reina, alcanzaron a tener alguna ropa con que abrigarse todos; otro aposento se destinó para el santo esposo, donde dormía y se recogía a orar; y el tercero servía de oficina y taller para trabajar en su oficio. Viendo la gran Señora la extremada pobreza en que estaban y que el trabajo de San José había de ser mayor para sustentarse en tierra donde no eran conocidos, determinó ayudarle trabajando también ella con sus manos para aliviarle en lo que pudiese. Y como lo determinó lo ejecutó, buscando labores de manos por medio de aquellas mujeres piadosas que comenzaron a tratarla aficionadas de su modestia y suavidad. Y como todo cuanto hacía y tocaba salía de sus manos tan perfecto, corrió luego la voz de su aliño en las labores y nunca le faltó en qué trabajar para alimentar a su Hijo hombre y Dios verdadero.

657. Para granjear todo lo que era necesario de comer, vestir San José, alhajar su casa, aunque pobremente, y pagar los alquileres de ella, le pareció a nuestra Reina que era bien gastar todo el día en el trabajo y velar toda la noche en sus ejercicios espirituales. Y esto determinó no porque tuviese alguna codicia, ni tampoco porque de día faltase un punto a la contemplación, porque siempre estaba en ella y en presencia del niño Dios, como tantas veces se ha dicho y siempre diré. Pero algunas horas que vacaba de día a especiales ejercicios quiso trasladarlos a la noche para trabajar más y no pedir ni esperar que Dios obrase milagro en lo que con su diligencia y añadiendo más trabajo se podía conseguir; porque en tales casos más pidiéramos milagro para comodidad que por necesidad. Pedía la prudentísima Reina al eterno Padre que su misericordia los proveyese de lo necesario para alimentar a su Hijo unigénito, pero juntamente trabajaba. Y como quien no fía de sí misma ni de su diligencia, pedía trabajando lo que por este medio nos concede el Señor a las demás criaturas.

658. Se agradó mucho el niño Dios de esta prudencia de su Madre y de la conformidad que tenía con su estrecha pobreza, y en retorno de esta fidelidad de Madre quiso aliviarla en algo del trabajo que había comenzado. Y un día desde la cuna le habló, y la dijo: “Madre mía, yo quiero disponer el orden de vuestra vida y trabajo corporal.” Se puso luego arrodillada la divina Madre, y respondió: “Amor dulcísimo mío y dueño de todo mi ser, yo os alabo y magnifico porque habéis condescendido con mi deseo y pensamiento que se encaminaba a que vuestra divina voluntad dirigiese mis pasos, enderezase mis obras a vuestro beneplácito y ordenase la ocupación que había de tener en cada hora del día según vuestro agrado. Y pues se ha humanado vuestra deidad y se dignado vuestra grandeza a condescender con mis anhelos, hablad, lumbre de mis ojos, que vuestra sierva oye.” (1Sam 3,10). Dijo el Señor: “Madre mía carísima, desde entrada la noche ésta era la hora que nosotros contamos por las nueve dormiréis y descansaréis algo; y de media noche hasta el amanecer os ocuparéis en los ejercicios de la contemplación conmigo y alabaremos a mi eterno Padre; luego acudiréis a prevenir lo necesario para vuestra comida y de José; después a darme a mí alimento y me tendréis en vuestros brazos hasta la hora de tercia, que me pondréis en los de vuestro esposo para alivio de su trabajo, y os retiraréis a vuestro recogimiento hasta la hora de administrarle la comida y luego volveréis a la labor. Y porque aquí no tenéis las Escrituras sagradas, cuya lección os era de consuelo, leeréis en mi ciencia la doctrina de la vida eterna, para que en todo me sigáis con perfecta imitación. Y orad siempre al eterno Padre por los pecadores.”

659. Con este arancel se gobernó María Santísima todo el tiempo que estuvo en Egipto. Y cada día daba el pecho al niño Dios tres veces, porque cuando le señaló la primera que había de darle, no le mandó que no se le diese otras veces, como desde el nacimiento lo hizo. Cuando la divina Madre hacía labor estaba siempre en presencia del infante Jesús de rodillas y entre los coloquios y conferencias que tenían era muy de ordinario, el Rey desde la cuna y la Reina desde su labor, hacer cánticos misteriosos de alabanza. Y si estuvieran escritos, fueran más que todos los salmos y cánticos que celebra la Iglesia y cuanto hoy hay escrito en ella, pues no hay duda que hablaría el mismo Dios por el instrumento de su humanidad y Madre Santísima con mayor alteza y admiración que por David, Moisés, María, Ana y todos los profetas. Y en estos cánticos siempre la divina Madre quedaba renovada y llena de nuevos afectos a la divinidad y eficaces anhelos a la unión con su ser inmutable, porque sola ella era la fénix que renacía en este incendio y el águila real que podía mirar al sol de la inefable luz de hito en hito y tan de cerca, a donde otra ninguna criatura pudo levantar el vuelo. Cumplía con el fin para cual que el Verbo divino tomó carne en sus virgíneas entrañas, de encaminar y llevar a su eterno Padre a las criaturas racionales. Y como entre todas era la sola que no la impedía el óbice del pecado ni sus efectos las pasiones ni apetitos, sino que estaba libre de todo lo terreno y gravamen de la naturaleza, volaba tras de su amado y se levantaba a encumbrada habitación y no paraba hasta llegar a su centro que era la divinidad. Y como siempre tenía a su vista el camino y luz que era el Verbo humanado y el deseo y afecto

encaminado al ser inmutable del Altísimo, corría fervorosa a él y estaba más en el fin que en el medio, donde amaba más que donde animaba.

660. Dormía también algunas veces el niño Dios, presente la feliz y dichosa Madre para que también fuese verdad en esto lo que dijo: “Yo duermo y mi corazón vela.” (Cant 5,2) Y como para ella aquel cuerpo santísimo de su Hijo era viril purísimo y claro por donde miraba y penetraba el secreto de su alma deificada y sus operaciones, se miraba y se remiraba en aquel espejo inmaculado y era de especial consuelo a la divina Señora ver tan desvelada la parte superior del alma santísima de su Hijo en obras tan heroicas de viador y juntamente comprensor y al mismo tiempo dormir los sentidos con tanta quietud y rara hermosura del niño, estando todo lo humano unido a la divinidad hipostáticamente. De los afectos dulces y elevaciones inflamadas y obras heroicas que la Reina del cielo hacía en estas ocasiones, no basta para hablar nuestra lengua sin ofender la materia, pero donde faltan palabras obre la fe y el corazón.

661. Cuando era tiempo de dar a San José el alivio de tener al infante Jesús, le decía la divina Madre: “Hijo y Señor mío, mirad a vuestro fiel siervo con amor de hijo y de padre y tened vuestras delicias con la pureza de su alma tan sencilla y acepta a vuestros ojos.” Y al santo le decía: “Esposo mío, recibid en vuestros brazos al Señor que contiene en su puño todos los orbes del cielo y tierra, a quienes dio el ser por sola su bondad inmensa. Y aliviad vuestro cansancio con el que es la gloria de todo lo criado.” Este favor agradecía el santo con profunda humildad y solía preguntar a su esposa divina si se atrevería él a mostrar al niño alguna caricia. Y asegurado de la prudente Madre lo hacía y con este alivio olvidaba la molestia de su trabajo y todos se le hacían fáciles y muy dulces. Siempre que comían María Santísima y San José tenían consigo al infante, y en administrando la comida la divina Reina le recibía en sus brazos y comía con grande aliño teniéndole en ellos, y daba a su alma purísima dulcísimo y mayor alimento que al cuerpo, reverenciándole, adorándole y amándole como a Dios eterno sustentándole en sus brazos como a niño le acariciaba con cariño de madre afectuosa a hijo querido. No es posible ponderar la atención con que se ejercitaba en los dos oficios: de criatura para su Criador, mirándole según la divinidad Hijo del eterno Padre, como Rey de los reyes y Señor de los señores (Ap 19,16), Hacedor y Conservador de todo el universo; y como hombre verdadero en su infancia, para servirle y criarle. En estos dos extremos y motivos de amor era toda enardecida y encendida en actos heroicos de admiración, alabanza y afectuoso amor. En todo lo demás que obraban los dos divinos esposos, sólo puedo decir que eran admiración de los ángeles y que daban el lleno a la santidad y agrado del Señor.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

662. “Hija mía, siendo verdad como lo es que yo entré en Egipto con mi Hijo santísimo y mi esposo, donde ni conocíamos amigos ni deudos, en tierra de religión extraña, sin abrigo, amparo, ni socorro humano para alimentar a un Hijo que tanto amaba, bien se deja entender la tribulación y trabajos que padecemos, pues el Señor daba lugar a que nos afligieran. Y no puede caer en tu consideración la paciencia y tolerancia con que los llevamos, ni los mismos ángeles son suficientes a ponderar el premio que me dio el Altísimo por el amor y conformidad con que lo llevé todo más que si estuviera en suma prosperidad. Verdad es que me dolía mucho de ver a mi esposo en tanta necesidad y aprieto, pero en esta misma pena bendecía al Señor con alegría de padecerla. En esta nobilísima paciencia y pacífica dilatación quiero, hija mía, que me imites en las ocasiones que te pusiere el Señor y que en ellas sepas dispensar con prudencia del interior y exterior, dando a cada cual lo que debes en la acción y contemplación sin que una a otra se impidan.

663. Cuando les faltare a tus súbditas lo necesario para la vida, trabaja en buscarlo debidamente. Y en dejar tú la quietud propia alguna vez por esta obligación, no es perderla, y más con la advertencia que te he dado muchas veces para que por ninguna ocupación pierdas al Señor de vista, pues con su divina luz y gracia todo se puede hacer si eres cuidadosa sin turbarte. Y cuando por medios humanos se puede granjear debidamente, no se han de esperar milagros ni excusarse de trabajar a cuenta de que Dios lo proveerá y acudirá sobrenaturalmente, porque Su Majestad concurre con los medios suaves, comunes y convenientes y el trabajar el cuerpo es medio oportuno porque sirva con el alma y haga su sacrificio al Señor y adquiera su merecimiento en la forma que puede. Y trabajando la criatura racional, puede alabar a Dios y adorarle en espíritu y verdad (Jn 4,23). Y para que tú lo hagas, ordena todas tus acciones a su actual beneplácito y consúltalas con Su Majestad, pesándolas en el peso del santuario, teniendo atención fija a la divina luz que te infunde el Todopoderoso.

[Regresar al Principio](#)

De las maravillas que en Heliópolis de Egipto obraron el infante Jesús y su Madre Santísima y San José.

664. Cuando Isaías dijo que entraría el Señor en Egipto sobre una ligera nube (Is 19,1) para las maravillas que en aquel reino quería obrar, en llamar nube a su Madre Santísima o, como otros dicen, a la humanidad que de ella tomó, no hay duda que con esta metáfora quiso significar que por medio de esta nube divina había de fertilizar y fecundar aquella tierra estéril de los corazones de sus habitantes, para que de allí adelante produjese nuevos frutos de santidad y conocimiento de Dios, como sucedió después que entró en ella esta nube celestial. Porque luego se dilató la fe del verdadero Dios en Egipto, se destruyó la idolatría, se abrió camino para la vida eterna, que hasta entonces le había tenido cerrado el demonio, tanto que apenas había en aquella provincia quien conociera la divinidad verdadera cuando llegó a ella el Verbo humanado. Y aunque algunos habían alcanzado esta noticia con la comunicación de los hebreos que había en aquella tierra, pero en este conocimiento mezclaban grandes errores, supersticiones y culto del demonio, como en otro tiempo lo hicieron los babilonios que vinieron a vivir a Samaria. Pero después que alumbró el sol de justicia a Egipto y la fertilizó la nube aliviada de toda culpa, María Santísima, quedó fecunda de santidad y gracia que dio copioso fruto por muchos siglos, como se vio en los santos que después produjo y en los ermitaños, en tanto número que hicieron destilar aquellos montes (Jn 3,18) y labrar dulcísima miel de santidad y perfección cristiana.

665. Para disponer el Señor este beneficio que prevenía a los egipcios, tomó asiento en la ciudad de Heliópolis, como queda dicho y entrando en ella, como era tan poblada y llena de ídolos, templos, altares del demonio y todos se hundieron con grande estruendo y pavor de los vecinos, fue grande el movimiento y turbación que padeció toda la ciudad con esta novedad impensada. Andaban todos como atónitos y fuera de sí, y juntándose la curiosidad de ver a los forasteros recién llegados, fueron muchos hombres y mujeres a hablar a nuestra gran Reina y al glorioso San José. La divina Madre, que sabía el misterio y voluntad del Altísimo, respondió a todos hablándoles muy al corazón, prudente, sabia y dulcemente, dejándolos admirados de su agrado incomparable, ilustrados con la altísima doctrina que les decía y con el desengaño que les daba de los errores en que estaban, y con curar de camino algunos enfermos de los que iban a ella los remediaba y consolaba de todas maneras. Se fueron divulgando de suerte estos milagros, que en breve tiempo vino tan gran concurso de gente a buscar a la forastera divina, que obligó a la prudentísima Señora a pedir a su Hijo Santísimo le ordenase lo que era su voluntad hiciese con aquella gente. El niño Dios la respondió que a todos los informase de la verdad y conocimiento de la divinidad y los enseñase su culto y cómo habían de salir de pecado.

666. Este oficio de predicadora y maestra de los egipcios ejercitó nuestra celestial Princesa como instrumento de su Hijo Santísimo que daba virtud a sus palabras. Y fue tanto el fruto que se hizo en aquellas almas, que fueran menester muchos libros si se hubieran de referir las maravillas que sucedieron y las almas que se convirtieron a la verdad en los siete años que estuvieron en aquella provincia, porque toda quedó santificada y llena de bendiciones de dulzura (Sal 20,4). Siempre que la divina Señora oía y respondía a los que venían a ella, tomaba en sus brazos al infante Jesús, como al que era autor de aquella gracia y de todas las que recibían los pecadores. Hablaba a todos como a cada uno según su capacidad había menester para percibir y entender la doctrina de la vida eterna. Dioles conocimiento y luz, no sólo de la divinidad y que Dios era uno solo e imposible haber muchos dioses, también les enseñó todos los artículos y verdades que tocaban a la divinidad y a la creación del mundo y luego les declaró cómo el mismo Dios lo había de redimir y reparar y les enseñó todos los mandamientos que tocan al decálogo, que son de la misma ley natural, y el modo con que debían dar culto a Dios y adorarle y esperar la Redención del género humano.

667. Los dio a entender cómo había demonios, enemigos del verdadero Dios y de los hombres, y los desengañó de los errores que tenían en esto con sus ídolos y con las respuestas fabulosas que les daban y los feísimos pecados a que los inducían y provocaban por ir a consultarlos y cómo después ocultamente los tentaban con sugerencias y movimientos desordenados. Y aunque la Señora del cielo era tan pura y libre de todo lo imperfecto, con todo eso, por la gloria del Altísimo y remedio de aquellas almas, no se dedignaba de disuadirlas de los pecados impuros y torpísimos en que estaba todo Egipto anegado. Les declaró también cómo el Reparador de tantos males que había de vencer al demonio, conforme a lo que de él estaba escrito era ya venido, aunque no les dijo que le tenía en sus brazos. Y porque mejor se admitiese toda esta doctrina y se aficionasen a la verdad, la confirmaba con grandes milagros, curando todo género de enfermedades y endemoniados que de diversas partes venían. Y algunas veces iba la misma Reina a los hospitales y allí hacía admirables beneficios a los enfermos. Y en todas partes consolaba a los tristes, aliviaba a los afligidos, remediaba a los necesitados y a todos los reducía con suave amor, los amonestaba con severidad apacible y los

obligaba con ser su bienhechora.

668. En la cura de los enfermos y llagados se halló la divina Señora dudosa entre dos afectos: el uno el de la caridad que la obligaba a curar las llagas con sus manos propias; el otro del recato para no tocar a nadie. Y porque todo lo consiguiese como convenía, la respondió su Hijo Santísimo que a los hombres los curase con sólo palabras y amonestándolos, que así quedarían sanos, y a las mujeres podría curar con sus manos, tocando y limpiando sus llagas. y así lo hizo desde entonces, usando oficios de madre y enfermera, respectivamente, hasta que después, pasados dos años, comenzó también San José a curar enfermos, como diré; pero a las mujeres acudía más la Reina, con tan incomparable caridad que con ser la misma pureza y tan delicada, libre de enfermedades y pensiones de ellas, les curaba sus llagas por ulceradas que fuesen y las aplicaba con las manos los paños y vendas necesarias y así se compadecía como si en cada una de las enfermas padeciera sus trabajos. Y algunas veces sucedía que para curarlas pedía licencia a su Santísimo Hijo para dejarle de sus brazos y le reclinaba en la cuna y acudía a los pobres, donde por otro modo estaba el mismo Señor de los pobres con la caritativa y humilde Señora. Pero en estas obras y curas, es cosa admirable que jamás miraba la modestísima Señora al rostro de nadie hombre ni mujer. Y aunque la llaga estuviera en él, era tan extremado su recato, que por atender no pudiera después conocer a ninguno por la cara, si por otro medio no los conociera a todos con la luz interior.

669. Con los calores destemplados de Egipto y muchos desórdenes de aquella miserable gente, eran graves y ordinarias las enfermedades de aquella tierra. Y algunos años, de los que allí estuvieron el infante Jesús y su Santísima Madre, se encendió peste en Heliópolis y otros lugares. Y con estas causas y la fama de las maravillas que obraban, concurría mucha gente a ellos de toda la tierra y volvían sanos en el cuerpo y las almas. Y para que la gracia del Señor se derramase en ellos con mayor abundancia y la Madre piadosísima tuviese coadjutor en las misericordias que obraba como instrumento vivo de su Unigénito, determinó Su Majestad, a petición de la divina Señora, que San José también acudiese al ministerio de la enseñanza y a curar los enfermos, y para esto le alcanzó nueva luz interior y gracia de sanidad. Y al tercero año que estaba en Egipto, comenzó el santo esposo a ejercitar estos dones del cielo. Y él enseñaba, curaba y catequizaba de ordinario a los hombres y la gran Señora a las mujeres. Con estos beneficios tan continuos y la gracia y eficacia que estaba derramada en los labios de nuestra Reina (Sal 44,3), era increíble el fruto que hacían por la afición que todos sentían, rendidos a su modestia y atraídos de la virtud de su santidad. Le ofrecían muchos dones y haciendas para que se sirviese de ellas, pero jamás admitió cosa alguna para sí ni la reservó, porque siempre se alimentaron del trabajo de sus manos y de San José. Y cuando, tal vez, recibía alguna dádiva de quien Su Alteza conocía que era justo y conveniente, todo lo distribuía en los pobres y necesitados. Y sólo para este fin consentía con la piedad y consuelo de algunos devotos, y aun a éstos muchas veces les daba en retorno alguna cosa de las labores que hacía. De estas maravillosas obras se puede colegir cuáles y cuántas serían las que hicieron en Egipto por espacio de siete años que estuvieron en Heliópolis, porque todas en particular es imposible reducir las a número y relación.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

670. “Hija mía, admiración te ha hecho el conocer las obras de misericordia que yo ejercitaba en Egipto, acudiendo a curar los pobres y enfermos de tantas enfermados para darles salud en el cuerpo y en las almas, pero entenderás cuánto se compadecía esto con mi recato y afecto a retirarme, si atiendes al inmenso amor con que mi Hijo Santísimo quiso ir luego en naciendo a remediar aquel reino y estrenar en sus moradores el fuego de caridad que ardía en su pecho para la salud de los mortales. Esta caridad me comunicó a mí y me hizo instrumento de la suya y de su poder, sin el cual no me atreviera por mí misma a tantas obras, porque siempre me inclinaba a no hablar ni comunicar a nadie, pero la voluntad de mi Hijo y Señor era mi gobierno en todo. Y de ti, amiga, quiero yo que a imitación mía trabajes en el bien y salud de tus prójimos, procurando seguirme en esto con la perfección y condiciones que yo obraba. No has de buscar tú las ocasiones, mas el Señor te las enviará, salvo cuando por alguna grande razón fuere necesario que tú te ofrezcas a ella. Pero en todas trabaja, advierte y alumbrá a los que pudieres con la luz que tienes, no como quien toma oficio de maestra, sino como quien consuela y se compadece de los trabajos de sus hermanos y quiere aprender la paciencia en ellos, usando de mucha humildad y detención prudente junto con el uso de la caridad.

671. “A tus súbditas amonesta, corrige y gobierna, encaminándolas a la mayor virtud y agrado del Señor, porque después de obrarlo tú con perfección, el mayor será para Su Alteza que animes y enseñes a los demás según tus fuerzas y gracia que has recibido. Y por los que no puedes hablar, pide y clama por su remedio incesantemente, y con esto

extenderás la caridad a todos. Y porque no puedes servir a los enfermos de fuera, recompénsalo en las de tu casa acudiendo a su servicio, regalo y limpieza por ti misma. Y en esto no te imagines superiora por el oficio de prelada, pues por él eres madre y lo has de mostrar en el cuidado y amor de todas, y en lo demás siempre has de ser menor en tu estimación. Y porque el mundo ordinariamente ocupa a los más pobres y despreciados en servir a los enfermos, porque como ignorante no conoce la alteza de este ministerio, por esto, yo te doy a ti como a pobre y la más inferior el oficio de enfermera para que imitándome le ejecutes.”

CAPITULO 27

[Regresar al Principio](#)

Determina Herodes la muerte de los inocentes, conócelo María Santísima y esconden a San Juan de la muerte.

672. Dejemos ahora en Egipto al infante Jesús con su Madre Santísima y San José santificando aquel reino con su presencia y beneficios que no mereció Judea, y volvamos a saber en qué paró la diabólica astucia e hipocresía de Herodes. Aguardó el inicuo rey la vuelta de los Magos y la relación que le harían de haber hallado y adorado al nuevo Rey de los judíos recién nacido, para quitarle inhumanamente la vida. Se halló burlado, sabiendo que los Magos habían estado en Belén con Maria y José Santísimos y que tomando otro camino estarían ya fuera de los fines de Palestina, que de todo esto fue informado, con otras cosas de las que en el templo habían sucedido; porque engañándose con su misma astucia, aguardó algunos días hasta que ya le pareció que los Reyes orientales tardaban y el cuidado de su ambición le obligó a preguntar por ellos. Consultó de nuevo algunos letrados de la ley y como concordaban lo que decían de Belén conforme a las Escrituras y lo que allí había sucedido, mandó con gran pesquisa buscasen a nuestra Reina con su niño dulcísimo y al glorioso San José. Pero el Señor, que les mandó salir de noche de Jerusalén, consiguientemente ocultó su viaje, para que nadie lo supiese ni hallase rastro alguno de su fuga. Y sin poderlos descubrir los ministros de Herodes ni otro alguno, le respondieron que no parecía tal hombre, mujer, ni niño en toda la tierra.

673. Se encendió con esto la indignación de Herodes (Mt 2,16), sin dejarle sosegar un punto y sin hallar medio ni remedio para atajar el daño que temía con el nuevo Rey. Pero el demonio, que le conoció dispuesto para toda maldad, le arrojó en el pensamiento grandes sugestiones para consolarle, proponiéndole que usase de su real poder y que degollase todos los niños de aquella comarca que no pasasen de dos años, porque entre ellos sería inexcusable topar con el Rey de los judíos que había nacido en aquel tiempo. Se alegró el tirano rey con este pensamiento que jamás cayó en otro bárbaro y le abrazó sin el temor y horror que pudiera causar tan cruenta acción en cualquier hombre racional. Y pensando y discurriendo cómo ejecutarlo a satisfacción y gusto de su ira, hizo juntar algunas tropas de milicia y con los ministros de mayor confianza que las gobernasen les mandó por graves penas que degollasen todos los niños que no tuviesen más de dos años en Belén y su comarca. Y como lo mandó Herodes se fue ejecutando y llenándose toda la tierra de confusión, de llantos y de lágrimas de los padres, madres y deudos de los inocentes condenados a muerte, sin que nadie lo pudiese resistir ni remediar.

674. Salió este impío mandato de Herodes a los seis meses del nacimiento de nuestro Redentor. Y cuando se comenzó a ejecutar, sucedió que nuestra gran Reina estaba un día con su Hijo Santísimo en los brazos y mirando a su alma y operaciones conoció en ella como en un claro espejo todo lo que pasaba en Belén, más claramente que si estuviera presente a los clamores de los niños y de sus padres. Vio también la divina Señora cómo su Hijo Santísimo pedía al Padre eterno por los padres y madres de los inocentes y que a los difuntos los ofrecía como primicias de su muerte y que, por ser sacrificados a cuenta del mismo Redentor, pedía se les diese uso de razón para que voluntariamente ofreciesen sus vidas y admitiesen la muerte en gloria del mismo Señor y les pagase con premios y coronas de mártires lo que padecían. Y todo lo concedió el Padre eterno, y lo conoció nuestra Reina en su Hijo unigénito y le acompañó e imitó en el ofrecimiento y peticiones que hacía, y a los padres y madres de los niños mártires acompañó también en el dolor y compasión por la muerte de sus hijos y ella fue la verdadera y primera Raquel que lloró a los hijos de Belén y suyos (Mt 2,17-18); y ninguna otra madre supo llorarlos como ella, porque ninguna supo ser madre como lo era nuestra Reina y Señora.

675. No tenía entonces noticia de lo que Santa Isabel había hecho para reservar a su hijo Juan, conforme al aviso que la misma Reina le había dado por el ángel cuando salieron de Jerusalén para Egipto, como arriba se dijo, (capítulo 22,

núm. 623). Y aunque no dudaba se cumplirían en él todos los misterios que de su oficio de precursor había conocido por la divina luz, con todo eso, no sabía el cuidado y trabajo en que la crueldad de Herodes había puesto a la santa matrona Isabel y a su hijo, ni por qué medio se habrían defendido de ella. No se atrevió la dulcísima Madre a preguntar a su Hijo Santísimo este suceso, por la reverencia y prudencia con que le trataba en estas revelaciones, y con humildad y paciencia se aniquilaba y encogía. Pero Su Majestad la respondió al piadoso y compasivo deseo y la declaró cómo Zacarías, padre de San Juan, había muerto cuatro meses después de su virginal parto y casi tres después que Sus Majestades habían salido de Jerusalén, y que Santa Isabel, ya viuda, no tenía otra compañía más que la de su hijo y niño Juan y con él pasaba su soledad y desamparo, retirada en lugar apartado; porque, con el aviso que tuvo del ángel y viendo después la crueldad que comenzaba a ejecutar Herodes, se había resuelto a huir al desierto con su niño y habitar entre las fieras por apartarse de la persecución de Herodes, y que esta resolución había tomado Santa Isabel con impulso y aprobación del Altísimo y estaba oculta en una cueva o peñasco donde con trabajo y descomodidad grande se sustentaba a sí y a su niño Juan.

676. Conoció asimismo la divina Señora que Santa Isabel, después de tres años de aquella vida solitaria, moriría en el Señor y Juan quedaría en aquel lugar desierto, comenzando una vida angélica y solitaria, y que no se apartaría de allí hasta que por orden del Altísimo saliese a predicar penitencia como precursor suyo. Todos estos misterios y sacramentos manifestó el infante Jesús a su Madre Santísima, con otros ocultos y profundos beneficios que recibieron Santa Isabel y su hijo en aquel desierto. Y lo conoció todo por el mismo modo que le enseñó la muerte de los niños inocentes. Y con esta noticia quedó la divina Reina llena de gozo y compasión: lo uno, por saber que el niño Juan y su madre estaban en salvo, y lo otro, por los trabajos que en aquella soledad padecían; y luego pidió licencia a su Hijo Santísimo para cuidar desde allí de su prima Isabel y del niño Juan. Y desde entonces con voluntad del mismo Señor los enviaba frecuentemente a visitar con los ángeles que le servía y con ellos mismos le remitía algunas cosas de comida, que era el mayor regalo que tuvieron en aquel yermo el hijo y madre solitarios. Y por este medio de los ángeles tuvo con ellos continua y oculta correspondencia nuestra gran Señora desde Egipto. Y cuando llegó la hora de morir Santa Isabel le envió grande número de sus ángeles, para que la asistiesen y ayudasen junto con su niño Juan, que entonces era de cuatro años, y con los mismos ángeles enterró a su madre difunta en aquel desierto. Y desde entonces cada día envió la Reina a San Juan la comida, hasta que tuvo edad para sustentarse por su industria y trabajo con las yerbas y raíces y miel silvestre (Mc 1,6) con que vivió en tan admirable abstinencia, de que diré algo adelante (cf. *infra* n.943).

677. Entre todas estas obras tan admirables, ni la lengua, ni el pensamiento de las criaturas pueden alcanzar los méritos y aumentos de santidad y gracia que acumulaba y congregaba María Santísima, porque de todo usaba con prudencia más que angélica. Y lo que la motivó a admiración, ternura y alabanza del Todopoderoso fue ver, cuando su Hijo Santísimo y la misma Señora pidieron por los niños inocentes al eterno Padre, cuán liberal anduvo su divina providencia con ellos, pues conoció como si estuviera presente el excesivo número que murieron y que a todos, con no tener los mayores más de dos años, otros ocho días, otros a dos meses y otros a seis y así entre todos más o menos, les fue concedido uso de razón y se les infundió altísimo conocimiento del ser de Dios y perfecta caridad, fe y esperanza, con que ejercitaron heroicos actos de fe, culto, reverencia, amor y compasión de sus padres; pidieron por ellos y en remuneración de su sentimiento que les diese el Señor luz y gracia para que procurasen los bienes eternos; admitían el martirio de voluntad, quedándose la naturaleza en la flaqueza de su edad pueril, con que sentían más sensiblemente y se aumentaba su merecimiento; multitud de ángeles los asistían y los llevaban al limbo o seno de Abrahán y con su presencia alegraron a los santos Padres, porque les confirmaron las breves esperanzas de su libertad. Todo esto fue efecto de las peticiones del niño Dios y oraciones de María Santísima. Y conociendo estas maravillas se enardecía en amor, y dijo: "*Laudate, pueri, Dominum*" (Sal 112,1), y acompañándolos la Emperatriz de las alturas alabó al autor de tan magníficas obras, dignas de su bondad y omnipotencia. Sola María purísima las conocía y trataba con la sabiduría y ponderación que pedían, pero sola ella era la que sin ejemplo, siendo tan allegada al mismo Dios, conoció el grado y punto de la humildad y la tuvo en su perfección, porque, siendo ella la Madre de la pureza, inocencia y santidad, se humilló más que supieron humillarse todas las criaturas profundamente humilladas con sus mismas culpas. Sola María Santísima, entre todas las criaturas, alcanzó este género de humillarse a vista de los más altos beneficios y dones que todas juntas recibieron, porque sola ella penetró dignamente que la criatura no puede dar el retorno proporcionado a los beneficios y menos al amor infinito de donde se originan en Dios; y humillándose la divina Señora con esta ciencia medía con ella su amor, su agradecimiento y humildad y daba la plenitud a todo, en cuanto la criatura pura era capaz de dar digna retribución, sólo con conocer que ninguna de ellas es digna por otro modo.

678. En el fin de este capítulo quiero advertir que en muchas cosas de las que voy escribiendo me consta hay gran diversidad de opiniones entre los santos Padres y autores, como las hay sobre el tiempo en que Herodes ejecutó su crueldad con los niños inocentes y si fue con los recién nacidos o con los que tenían algunos días y no pasaban de dos años, y otras dudas en cuya declaración no me detengo, porque no es necesario para mi intento y porque yo escribo sólo aquello que se me va enseñando y dictando, o lo que la obediencia algunas veces me ordena que pregunte para tejer mejor esta divina Historia. Y en las cosas que escribo no convenía introducir disputas, porque desde el principio, como entonces dije (Cf. supra p.II n.10), entendí del Señor que quería escribiese toda esta obra sin opiniones, sino con la verdad que la divina luz me enseñaría. Y el juzgar si lo que escribo tiene conveniencia con la verdad de la Escritura y con la majestad y grandeza del argumento que trato y si tienen las entre sí mismas conveniente consecuencia y conexión, todo esto lo remito a la doctrina de mis maestros y prelados y al juicio de los sabios y piadosos. La variedad de opiniones es casi necesaria entre los que escriben, gobernándose unos por otros autores y siguiendo los postreros a los que mejor les satisfacen de los antiguos; pero lo más de unos y otros, fuera de las historias canónicas, se funda en conjeturas o en autores dudosos, y yo no podía escribir por este orden, porque soy mujer ignorante.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

679. “Hija mía de lo que dejas escrito en este capítulo quiero que te sirva de doctrina el dolor y el escarmiento con que lo has escrito. El dolor, por conocer que la criatura noble y criada por la mano del Señor a su imagen y semejanza, con tan excelentes y divinas condiciones como conocer a Dios, amarle y ser capaz de verle y gozarle eternamente, se olvide tanto de esta dignidad y se deje envilecer y abatir a brutales y horribles apetitos, como derramar la sangre inocente de quien no podía hacer a nadie injuria, Esta compasión te ha de obligar a llorar la ruina de tantas almas, y más en el siglo que vives, donde la misma ambición que a Herodes ha encendido tan crueles odios y enemistades entre los hijos de la Iglesia, dando causa a la pérdida de infinitas almas y que la sangre de mi Hijo Santísimo, que se derramó en precio y rescate suyo, se malogre y pierda; llora este daño amargamente.

680. “Pero escarmienta en otros y pondera lo que puede una ciega pasión admitida en la concupiscible; porque si de lleno coge el corazón, o le abrasa en fuego de concupiscencia si ejecuta su deseo, o en el de la ira si no le puede conseguir. Teme, hija mía, este peligro, no sólo en lo que hizo la ambición de Herodes, sino también en lo que cada hora entiendes y conoces de otras personas. Y advierte mucho en no aficionarte a alguna cosa, por pequeña que te parezca, que para encender un gran fuego basta comenzar por una pequeñísima centella. Y en esta materia de mortificación de las inclinaciones te repito muchas veces esta doctrina y lo haré más en lo que resta, porque es la mayor dificultad de la virtud morir a todo lo deleitable y sensible, y porque no puedes tú ser instrumento en las manos del Señor, como Su Majestad lo quiere, si no borras de tus potencias hasta las especies de toda criatura para que no hallen entrada a tu voluntad. Y para ti quiero que sea ley inviolable que todo lo que tiene ser, fuera de Dios y de sus ángeles y santos, sea como si para ti no fuese. Esta ha de ser tu profesión, y para eso te hace el Señor patentes sus secretos y te convida con su trato familiar e íntimo y yo con el mío, para que sin Su Majestad no vivas ni lo quieras.”

CAPITULO 28

[Regresar al Principio](#)

Habla el infante Jesús a San José cumplido un año y trata la Madre Santísima de ponerle en pie y calzarle y comienza a celebrar los días de la Encarnación y nacimiento.

681. En una de las conferencias y pláticas que tenían María Santísima y su esposo José de los misterios del Señor sucedió que un día, cumplido el primer año del infante Jesús, determinó Su Alteza romper el silencio y hablar en voz clara y formada al fidelísimo José, que hacía oficio de padre cuidadoso, como había hablado con la divina Madre desde el nacimiento, según arriba dije, capítulo 18, número 577. Y estando los dos santísimos esposos tratando del ser infinito de Dios y de la bondad que le había obligado a tan excesivo amor como enviar del cielo a su Unigénito para Maestro y Redentor de los hombres, dándole forma humana en que tratase con ellos y padeciese las penalidades de la naturaleza depravada, en esta meditación se admiraba mucho San José de las obras del Señor, encendiéndose en afectos de agradecimiento y alabanza de su amor. En esta ocasión el niño Dios, que estaba en los brazos de su Madre, haciendo de ellos la primera cátedra de maestro, habló a San José en voz inteligible, y le dijo: “Padre mío, yo vine del cielo a la tierra para ser luz del mundo y rescatarle de las tinieblas del pecado, y para buscar y conocer mis ovejas

como buen pastor y darles pasto y alimento de vida eterna y enseñarles el camino para ella y abrir las puertas que por sus pecados estaban cerradas; quiero que seáis los dos hijos de la luz, pues la tenéis tan cerca.”

682. Estas palabras del infante Jesús, como llenas de vida y de eficacia divina, infundieron en el corazón del patriarca San José nuevo amor, reverencia y alegría. Se puso de rodillas a los pies del niño Dios con humildad profundísima y le dio gracias porque la primera palabra que le había oído pronunciar fue llamarle Padre. Le pidió a Su Majestad con muchas lágrimas que su luz divina le alumbrase y llevase al cumplimiento de su perfecta voluntad y le enseñase a ser agradecido a tan incomparables beneficios como recibía de su larga mano. Los padres que mucho aman a sus hijos reciben gran consuelo y gloria cuando en ellos descubren algún pronóstico de que serán sabios o grandes en las virtudes, y aunque no lo sean, con la natural inclinación que les tienen, suelen celebrar y encarecer mucho las pequeñeces que sus hijos hacen y dicen, porque todo esto puede el afecto tierno con los hijos pequeñuelos. Pero aunque San José no era padre natural del niño Dios, sino putativo, el amor que le tenía excedía sin medida a todo lo que los padres naturales han amado a sus hijos, porque en él fue la gracia y aun la naturaleza más poderosa que en otros y en todos los padres juntos: y por este amor y aprecio que tenía de ser padre putativo del infante Jesús, se ha de medir el júbilo de su alma purísima oyéndose llamar padre del Hijo del mismo Dios y eterno Padre y viéndole tan hermoso y lleno de gracia y que le comenzaba a hablar con tan alta doctrina y sabiduría.

683. Todo aquel año primero del niño Dios le había traído su dulcísima Madre envuelto en los fajos y mantillas que suelen estar los otros niños, porque en esto no quiso señalarse diferente, en testimonio de su verdadera humanidad y también del amor de los mortales por quienes padecía aquella molestia que pudo excusar. Y juzgando la prudentísima Madre que ya era tiempo oportuno de sacarle de los fajos y ponerle en pie, o calzarle, como acá dicen, puesta de rodillas delante del niño Dios que estaba en la cuna, le dijo: “Hijo mío y amor dulcísimo de mi alma y mi Señor, deseo como vuestra esclava ser puntual en daros gusto. Ya, lumbre de mis ojos, habéis estado mucho tiempo oprimido en las ligaduras de las fajas y en esto habéis hecho gran fineza de amor por los hombres, tiempo es ya que mudéis traje. Decidme, Dueño mío, ¿qué haré para ponerlos en pie?”

684. “Madre mía - respondió el infante Jesús, - por el amor que tengo a las almas que yo crié y vengo a redimir, no me han parecido molestas las ataduras de mi niñez, pues en mi edad perfecta he de ser atado, preso y entregado a mis enemigos y por ellos a la muerte. Y si esta memoria es dulce para mí por el gusto de mi eterno Padre, todo lo demás me será fácil. Mi vestido ha de ser sólo uno en este mundo, porque de él sólo quiero lo que me ha de cubrir, aunque todo lo criado es mío por haberle dado ser, pero lo entrego a los hombres para que más me deban y enseñarles también cómo por mi ejemplo y amor han de negar y despreciar todo lo que es superfluo para la vida natural. Me vestiréis, Madre mía, de una túnica talar, de color humilde y común; ésta sola llevaré y crecerá conmigo. Y ha de ser sobre la que en mi muerte se han de echar suertes, porque aun ésta no ha de quedar a mi disposición, sino de otros, para que vean los hombres que nací y quiero vivir pobre y desnudo de las cosas visibles, que como son terrenas oprimen y oscurecen el corazón humano. En el punto que fui concebido en vuestro virginal vientre, hice este dejamiento y renunciación de lo que encierra y contiene el mundo, aunque todo es mío por la unión de mi naturaleza humana a la persona divina, y no tuve otra acción en esto visible más de para ofrecerlo todo a mi eterno Padre renunciándolo por su amor, admitiendo sólo aquello que la vida natural pedía para darla después por los hombres. Con este ejemplo quiero enseñar y reprender al mundo para que ame la pobreza y no la desprecie, pues cuando yo, que soy señor de todo, lo desví y renuncio todo, será confusión de los que me conocieren por la fe codiciar lo que yo enseñé a despreciar.”

685. Hicieron en la divina Madre las palabras del niño Dios admirables y diversos efectos; porque la memoria o representación de la muerte y prisiones de su Hijo Santísimo traspasó su corazón candidísimo y compasivo y la doctrina y ejemplo de tan extremada pobreza y desnudez la admiró y provocó de nuevo a su imitación. El amor inmenso a los mortales la inflamó también para agradecerlo al Señor por todos, y en esto hizo actos heroicos de muchas virtudes. Y conociendo que el infante Jesús no quería más vestido ni calzado, dijo a Su Majestad: “Hijo y Señor mío, no tendrá vuestra Madre corazón ni ánimo para en edad tan tierna ponerlos en el suelo los pies desnudos, admitid, amor mío, algún reparo en ellos que os defienda. Y también conozco que la vestidura áspera que me pedís, sin usar debajo otra de lienzo, ha de lastimar mucho vuestra delicada naturaleza y edad.” El infante Jesús la respondió: “Madre mía, admito para los pies alguna cosa pobre, hasta que llegue el tiempo de mi predicación, porque entonces la he de hacer descalzo; pero el lienzo no le quiero usar, porque es fomento de la carne y de muchos vicios en los hombres, y con mi ejemplo quiero enseñar a muchos que le renunciarán por mi imitación y amor.”

686. Puso luego la celestial Reina gran diligencia en cumplir la voluntad de su Santísimo Hijo y buscando lana natural y sin teñir la hiló por sus manos muy delgada y de ella tejió una tunicela de una vez y sin costura, al modo de lo que se hace de aguja, y más propiamente parecía a lo que llaman terliz, porque hacía un cordoncillo y no era como el paño liso. La tejió en un telarcillo, como las labores que llaman punto, sacándola toda de una pieza inconsútil misteriosamente. Y tuvo dos cosas milagrosas: la una, que salió toda igual y sin ruga; la otra, que se le mejoró y mudó el color natural a la lana, a petición y voluntad de la divina Señora, en el color entre morado y plateado perfectísimo, quedando en un medio que no se podía determinar a ningún color, porque ni parecía del todo morada, ni plateada, ni parda que llaman fraileco, y de todo tenía. Hizo también unas sandalias como alpargatas de un hilo fuerte, con que calzó al niño Dios, y a más de esto, hizo una media tunicela de lienzo para que le sirviese de paños de honestidad; y en el capítulo siguiente diré lo que sucedió al vestir al infante Jesús.

687. Se cumplió por entonces el año de los misterios de la Encarnación y natividad del Verbo divino respectivamente cada uno después que estaban en Egipto, y celebrando estos días tan festivos para la celestial Reina comenzó esta costumbre desde el primer año y la conservó toda la vida, como se verá en la tercera parte (Cf. infra p.III n.642ss) de los misterios que después fueron sucediendo. El de la Encarnación celebraba comenzando nueve días antes grandes ejercicios, en correspondencia de los nueve que precedieron, disponiéndola con tan admirables y grandes beneficios, como en el principio de esta segunda parte queda dicho (Cf supra n.4). Y el día que correspondía al de la Encarnación y anunciación convidaba a los santos ángeles del cielo con los de su guarda, para que la ayudasen a la celebración de estos magníficos misterios, a reconocer y dar dignas gracias al Altísimo. Y al mismo infante Jesús pedía postrada en tierra en forma de cruz, que por ella alabase al eterno Padre y le agradeciese lo que su divina diestra la favoreció y lo que hizo por el linaje humano dándole a su mismo Unigénito. Lo mismo repetía, cuando se cumplía el año de su virginal parto. Y estos días era la divina Señora muy favorecida y regalada del Altísimo, porque renovaba la continua memoria y reconocimiento de tan altos sacramentos. Y porque había tenido inteligencia de lo que obligaba al eterno Padre y le complacía el sacrificio de dolor que hacía postrada en tierra en cruz, con la memoria de que en ella había de ser clavado su divino Cordero, usaba de este ejercicio en todas las festividades, pidiendo se aplacase la divina justicia y solicitando misericordia para los pecadores. Y enardecida en el fuego de la caridad, se levantaba y daba fin a la celebración de las festividades con cánticos admirables que decía alternativamente con los ángeles santos, los cuales ordenaban capilla de celestial y sonora música con que decían su verso y respondía la Reina más dulcemente para los oídos de Dios que todos los coros de los encumbrados serafines y bienaventurados y con mayor aceptación, porque resonaban los ecos de sus excelentes virtudes hasta llegar al consistorio de la beatísima Trinidad y tribunal del ser de Dios eterno.

Doctrina que me dio la Reina y Señora del cielo.

688. “Hija mía, no puede tu capacidad ni de todas las criaturas juntas alcanzar perfectamente cuál fue el espíritu de pobreza de mi Hijo Santísimo y el que me enseñó a mí; pero de lo que yo te he manifestado a ti puedes conocer mucho de la excelencia de esta virtud que tanto amó su Autor y Maestro y de lo que aborreció el vicio de la codicia. No podía el Criador aborrecer las mismas cosas a que dio el ser, pero conoció con su inmensa sabiduría el incomparable daño que los mortales habían de recibir de la avaricia y codicia desordenada de las cosas visibles y que este insano amor había de pervertir la mayor parte de la naturaleza humana, y según la ciencia que tuvo del número de los pecadores y réprobos que perdería el vicio de la avaricia y codicia, así fue el aborrecimiento que les tuvo.

689. “Para ocurrir a este daño y prevenirle algún antídoto y medicina, eligió mi Hijo Santísimo la pobreza y la enseñó con palabra y ejemplo de tan admirable desnudez, y para que, si los mortales no se aprovecharan de este medicamento, tuviese justificada su causa el médico que les previno la salud y el remedio. Esta misma doctrina enseñé y ejercité yo en toda mi vida y con ella plantaron la Iglesia los apóstoles y lo mismo han hecho y enseñado los patriarcas y santos que la han reformado y la sustentan, porque todos han amado la pobreza, como medio único y eficaz de la santidad, y han aborrecido las riquezas, como incentivo de todos los males y raíz de los vicios (1 Tim 6,10). Esta pobreza quiero que ames y la busques con toda diligencia, porque es el ornato de las esposas de mi Hijo dulcísimo, sin el cual te aseguro, carísima, que las desconoce y repudia como desiguales y disímiles monstruosamente, pues no tiene proporción la esposa rica y abundante de superfluas alhajas con el esposo pobrísimo y destituido de todo, ni puede haber amor recíproco con tanta desigualdad.

690. “Y si como hija legítima quieres imitarme perfectamente según tus fuerzas, como lo debes hacer, claro está que

yo, pobre, no te reconoceré por hija si tú no lo eres, ni amaré en ti lo que aborrecí para mí. También te advierto que no te olvides de los beneficios del Altísimo que tan largamente recibes, y si en esto no eres muy atenta y agradecida, con la misma gravedad y tardanza de la naturaleza vendrás con facilidad a caer en este olvido y grosería. Renueva cada día esta memoria repetidas veces, dando siempre gracias al Señor con afecto amoroso y humilde; y entre todos los beneficios son memorables haberte llamado y aguardado, disimulado y encubierto tus faltas, y sobre esto multiplicado tan repetidos favores. Este recuerdo causará en tu corazón efectos dulces de amor y fuertes para trabajar con diligencia y en el Señor hallarás gracia y nueva remuneración, porque se obliga mucho del corazón fiel y agradecido y por el contrario se ofende grandemente de que sus beneficios y obras no sean estimadas y agradecidas; porque como las hace con plenitud de amor, quiere ser correspondido con el retorno oficioso, leal y afectuoso.”

CAPITULO 29

[Regresar al Principio](#)

Viste la Madre Santísima al infante Jesús la túnica inconsútil y le calza, y las acciones y ejercicios que el mismo Señor hacía.

691. Para vestir al niño Dios la tunicela tejida con los paños y sandalias que la Madre misma había trabajado con sus manos, se puso la prudentísima Señora arrodillada en presencia de su dulcísimo Hijo y le habló de esta manera: “Señor altísimo, Criador de los cielos y de la tierra, yo deseaba vestiros, si fuera posible, según la dignidad de vuestra divina persona; también quisiera yo poder haber hecho el vestido que os traigo de la sangre de mi corazón, pero juzgo será de vuestro agrado por lo que tiene de pobre y humilde. Perdonad, Señor y Dueño mío, las faltas y recibid el afecto de este inútil polvo y ceniza y dadme licencia para que os le vista.” Admitió el infante Jesús el servicio y obsequio de su purísima Madre, y luego ella le vistió y le calzó y le puso en pie. La tunicela le vino a su medida hasta cubrirle el pie sin arrastrarle y las mangas le cubrían hasta la mitad de las manos, y de nada se tomó antes medida. El cuello de la túnica era redondo, sin estar abierto por delante, y algo levantado y ajustado casi a la garganta, y con ser así se le vistió su divina Madre por la cabeza del niño sin abrirle, porque la obedecía el vestido para acomodarle graciosamente a su voluntad. Y jamás se le quitó hasta que los sayones le desnudaron para azotarle y después para crucificarle, porque siempre fue creciendo con el sagrado cuerpo todo lo que era necesario. Lo mismo sucedió de las sandalias y de los paños interiores que le puso la advertida Madre. Y nada se gastó ni envejeció en treinta y dos años: ni la túnica perdió el color y lustre con que la sacó de sus manos la gran Señora y mucho menos se manchó ni ensució, porque siempre estuvo en un mismo ser. Y las vestiduras que depuso el Redentor del mundo (Jn 13,4) para lavar los pies a sus apóstoles, era un manto o capa que llevaba sobre los hombros, y éste le hizo también la misma Virgen después que volvieron a Nazaret, y fue creciendo como la túnica, y del mismo color, algo más oscuro, tejido de aquel modo

692. Quedó en pie el infante y Señor de las eternidades, que desde su nacimiento había estado envuelto en pañales y de ordinario en los brazos de su Madre Santísima. Pareció hermosísimo sobre los hijos de los hombres (Sal 44,3). Y los ángeles se admiraron de la elección que hizo de tan humilde y pobre traje el que viste a los cielos de luz y a los campos de hermosura. Anduvo luego por sus pies perfectamente en presencia de sus padres, porque con los de fuera se disimuló algún tiempo esta maravilla, recibéndole la Reina en sus brazos cuando concurrían los extraños y de fuera de su casa. Fue incomparable el júbilo de la divina Señora y del santo esposo José viendo a su infante andar en pie y de tan rara hermosura. Recibió el pecho de su Madre purísima hasta cumplir año y medio y le dejó, y en lo restante comió siempre poco en la cantidad y en la calidad. Su comida era al principio unas sopillas en aceite y frutas o pescado, y hasta que fue creciendo le daba la Virgen Madre tres veces de comer, como antes la leche, a la mañana, tarde y a la noche. Jamás el niño Dios lo pidió, pero la amorosa Madre cuidaba con rara advertencia de darle a sus tiempos la comida, hasta que ya crecido comía a las mismas horas que los divinos esposos y no más. Así perseveró hasta la edad perfecta, de que hablaré adelante. Y cuando comía con sus padres, siempre aguardaban que el niño divino diese la bendición al principio y las gracias al fin de la comida.

693. Después que el infante Jesús andaba por sí mismo, comenzó a retirarse y estar solo algunos ratos en el oratorio de su Madre. Y deseando la prudentísima Señora saber la voluntad de su Hijo Santísimo en estar solo o con ella, la respondió el mismo Señor al pensamiento y la dijo: “Madre mía, entrad y estad conmigo siempre, para que me imitéis y copiéis respectivamente mis obras, porque en vos quiero que se ejecute y estampe la alta perfección que he deseado para las almas. Porque ellas no hubieran resistido a mi primera voluntad de que fueran llenas de santidad y dones, los

recibieran copiosísimos y abundantes, pero habiéndolo impedido el linaje humano, quiero que en vos sola se cumpla todo mi beneplácito y se depositen en vuestra alma los tesoros y bienes de mi diestra, que las demás criaturas han malogrado y perdido. Atended, pues, a mis obras, para imitarme en ellas.”

694. Con este orden se constituyó de nuevo la divina Señora por discípula de su Hijo Santísimo, y desde entonces entre los dos pasaron tantos y tan ocultos misterios, que ni es posible decirlos ni se conocerán hasta el día de la eternidad. Se postraba muchas veces en tierra el niño Dios, otras se ponía en el aire en cruz levantado del suelo y siempre oraba al Padre por la salud de los mortales. Y en todo le seguía y le imitaba su amantísima Madre, porque le eran manifiestas las operaciones interiores del alma santísima de su dulcísimo Hijo como las exteriores del cuerpo. De esta ciencia y conocimiento de María purísima he hablado algunas veces en esta Historia (Cf. supra n.481,534,546) y es fuerza renovar su memoria muchas, porque ésta fue la luz y ejemplar por donde copió su santidad, y fue tan singular beneficio para Su Alteza, que no le pueden comprender ni manifestar todas juntas las criaturas. No siempre tenía la gran Señora visiones de la divinidad, pero siempre la tuvo de la humanidad y alma santísima de su Hijo y de todas sus obras, y por especial modo miraba los efectos que resultaban en ella de las uniones hipostática y beatífica. Aunque en sustancia no siempre veía la gloria ni la unión, pero conocía los actos interiores con que la humanidad reverenciaba magnificaba y amaba a la divinidad a que estaba unida; y este favor fue singular en la Madre Virgen.

695. En estos ejercicios (Cf. infra n.848,912) sucedía muchas veces que el infante Jesús, a vista de su Madre Santísima, lloraba y sudaba sangre que antes del huerto sudó muchas veces y la divina Señora le limpiaba el rostro; y en su interior miraba y conocía la causa de aquella congoja, que siempre era la perdición de los réprobos, ingratos a los beneficios de su Criador y Reparador, y por haberse de malograr en ellos las obras del poder y bondad infinita del Señor. Otras veces le hallaba su Madre felicísima todo refulgente y lleno de resplandor y que los ángeles le cantaban dulces cánticos de alabanza, y conocía también que el eterno Padre se complacía de su Hijo único y dilecto (Mt 17,5). Todas estas maravillas comenzaron desde que el niño Dios estuvo en pie cumplido un año de edad, y de todas fue testigo sola su Madre Santísima, en cuyo corazón se habían de depositar (Lc 2,19) como en la que sola era única y escogida para su Hijo y Criador. Las obras con que acompañaba al infante Jesús, de amor, de alabanza, reverencia y gratitud, las peticiones que hacía por el linaje humano, todo excede a mi capacidad para decir lo que conozco; me remito a la fe y piedad cristiana.”

696. Crecía el infante Jesús con admiración y agrado de todos los que le conocían; y llegando a tocar en los seis años comenzó a salir de su casa algunas veces para ir a los enfermos y hospitales, donde visitaba a los necesitados y misteriosamente los consolaba y confortaba en sus trabajos. Conocíanle muchos en Heliópolis; y con la fuerza de su divinidad y santidad atraía a sí los corazones de todos, y muchas personas le ofrecían algunas dádivas y según las razones y motivos que con su ciencia conocía las recibía, o despedía, y dispensaba entre los pobres. Pero con la admiración que causaban sus razones llenas de sabiduría y su compostura modestísima y grave, iban muchos a dar el parabién y bendiciones a sus padres de que tenían tal Hijo. Y aunque todo esto era ignorando el mundo los misterios y dignidad de Hijo y Madre, con todo eso daba lugar el Señor del mundo, como honrador de su Madre Santísima, para que la venerasen en él y por él en cuanto era posible entonces, sin conocer los hombres la razón particular de darle la mayor reverencia.

697. Muchos niños de Heliópolis se llegaban a nuestro infante Jesús, como es ordinario en la igual edad y similitud exterior. Y como en ellos no había discurso ni malicia grande para inquirir ni juzgar si era más que hombre ni impedir la luz, se la daba el Maestro de la verdad a todos los que convenía y los informaba de la noticia de la divinidad y de las virtudes, los doctrinaba y catequizaba en el camino de la vida eterna más abundantemente que a los mayores. Y como sus palabras eran vivas y eficaces (Heb 4,12), los atraía y movía, imprimiéndolas en sus corazones de manera que cuantos tuvieron esta dicha fueron después grandes varones y santos, porque con el tiempo dieron el fruto de aquella celestial semilla sembrada tan temprano en sus almas.

698. De todas estas obras admirables tenía noticia la divina Madre; y cuando su Hijo Santísimo venía de hacer la voluntad de su eterno Padre, mirando por las ovejas que le encomendó, estando a solas se postraba la Reina de los ángeles en tierra, para darle gracias por los beneficios que hacía a los párvulos e inocentes que no le conocían por su Dios verdadero, y le besaba el pie como a Pontífice sumo de los cielos y de la tierra. Y lo mismo hacía cuando el niño salía fuera, y Su Majestad la levantaba del suelo con agrado y benevolencia de Hijo. Le pedía también la Madre su bendición para todas las obras que hacía, y jamás perdía ocasión en que no ejercitase todos los actos de virtud con el

afecto y fuerza de la gracia. Nunca la tuvo vacía, sino que obró con toda plenitud, aumentando la que la daban. Buscaba muchos modos y medios para humillarse esta gran Señora, adorando al Verbo humanado con genuflexiones profundísimas, postraciones afectuosas y otras ceremonias llenas de santidad y prudencia. Y esto fue con tal sabiduría, que causaba admiración a los mismos ángeles que la asistían, y unos a otros, alternando divinas alabanzas, se decían: “¿Quién es esta pura criatura tan afluyente de delicias (Cant 8,5) para nuestro Criador y su Hijo? ¿Quién es esta tan advertida y sabia en dar honra y reverencia al Altísimo, que en su atención y presteza se nos adelanta a todos con afecto incomparable?”

699. En el trato y conversación de sus padres, después que comenzó a crecer y andar este admirable y hermoso niño, guardaba más severidad que siendo de menos edad y cesaron las caricias más tiernas, aunque siempre habían sido con la medida que arriba se dijo, porque en su semblante mostraba tanta majestad de su oculta deidad, que si no la templara con alguna suavidad y agrado muchas veces causara tan gran temor reverencial que no se atrevieran a hablarle. Pero con su vista sentía la divina Madre y también San José eficaces y divinos efectos, en que se manifestaba la fuerza de la divinidad y su poder y asimismo que era Padre benigno y piadosísimo. Junto con esta grave majestad y magnificencia se mostraba Hijo de la divina Madre, y a San José le trataba como a quien tenía este nombre y oficio; así los obedecía (Lc 2,51) como hijo humildísimo a sus padres. Y todos estos oficios y acciones de severidad y obediencia, majestad y humildad, gravedad divina y apacibilidad humana las dispensaba el Verbo encarnado con sabiduría infinita, dando a cada uno lo que pedía, sin que se confundiesen ni encontrasen la grandeza con la pequeñez. Y la celestial Señora estaba atentísima a todos estos sacramentos y sola ella penetraba alta y dignamente lo que a pura criatura era posible las obras de su Hijo Santísimo y el modo que en ellas tenía su inmensa sabiduría. Y sería intentar un imposible querer con palabras declarar los efectos que todo esto hacía en su purísimo y prudentísimo espíritu y cómo imitaba a su dulcísimo Hijo copiando en sí misma una viva imagen de su inefable santidad. Las almas que se redujeron y salvaron en Heliópolis y en todo Egipto, los enfermos que curaron, las maravillas que obraron en siete años que fueron sus moradores, no se pueden reducir a número; tan dichosa culpa fue la crueldad de Herodes para Egipto; y tanta es la fuerza de la bondad y sabiduría infinita, que los mismos males y pecados ordena a grandes bienes y los saca de ellos, y si en una parte le arrojan y cierran la puerta para sus misericordias, llama en otras y hace que se las abran y le den entrada, porque la propensión que tiene a favorecer al linaje humano y su ardiente caridad no la pueden extinguir las muchas aguas de nuestras culpas e ingratitudes (Cant 8,7).

Doctrina que me dio la Reina de los cielos María Santísima.

700. “Hija mía, desde el primer mandato que tuviste de escribir esta Historia de mi vida, has conocido que entre otros fines del Señor, uno es dar a conocer al mundo lo que deben los mortales a su divino amor y al mío, de que viven tan insensibles y olvidados. Verdad es que todo se comprende y manifiesta en haberlos amado hasta morir en cruz por ellos, que fue el último término a que pudieron llegar los efectos de su inmensa caridad, pero a muchos ingratisimos les da hastío la memoria de este beneficio y para ellos y para todos sería nuevo incentivo y estímulo conocer algo de lo que hizo Su Majestad por ellos en treinta y tres años, pues cualquiera de sus obras fue de infinito aprecio y merece agradecimiento eterno. A mí me puso el poder divino por testigo de todo, y te aseguro, carísima, que desde el primer instante que fue concebido en mi vientre no descansó ni cesó de clamar al Padre y pedir por la salvación de los hombres. Y desde allí comenzó a abrazar la cruz, no sólo con el afecto, sino también con efecto en el modo que era posible, usando de la postura de crucificado en su niñez, y estos ejercicios continuó por toda la vida. Y en ellos le imité yo, acompañándole en las obras y peticiones que hacía por los hombres, después del primer acto que hizo de agradecer los beneficios de su humanidad santísima.

701. “Vean ahora los mortales si yo, que fui testigo y cooperadora de su salud, lo seré también en el día del juicio de cuán bien justificada tiene Dios su causa con ellos, y si justísimamente les negaré mi intercesión a los que han despreciado y olvidado neciamente tantos y tan suficientes favores y beneficios, efectos del divino amor de mi Hijo Santísimo y mío. ¿Qué respuesta, qué descargo, qué disculpa tendrán estando tan advertidos, amonestados e ilustrados de la verdad? ¿Cómo los ingratos y pertinaces han de esperar misericordia de un Dios justísimo y rectísimo, que les dio tiempo determinado y oportuno y en él los convidó, llamó, esperó y favoreció con inmensos beneficios, y todos los malograron y perdieron por seguir la vanidad? Teme, hija mía, este mayor de los peligros y ceguedades y renueva en tu memoria las obras de mi Hijo Santísimo y las mías y con todo fervor imitalas y continúa los ejercicios de la cruz con orden de la obediencia, para que tengas en ellos presentes lo que debes imitar y agradecer. Pero advierte que mi Hijo y Señor pudo, sin tanto padecer, redimir al linaje humano y quiso acrecentar sus penas con inmenso amor de las almas.

La correspondencia debida a tal dignación ha de ser no contentarse la criatura con poco, como lo hacen de ordinario los hombres con infeliz ignorancia; añade tú una virtud y trabajo a otros, para que correspondas a tu obligación y acompañes a mi Señor y a mí en lo que trabajamos en el mundo, y todo ofrécelo por las almas, juntándolo con sus merecimientos en la presencia del Padre eterno.

CAPITULO 30

[Regresar al Principio](#)

Vuelven de Egipto a Nazaret Jesús, María y José por la voluntad del Altísimo.

702. Cumplió los siete años de su edad el infante Jesús estando en Egipto, que era el tiempo de aquel misterioso destierro destinado por la eterna sabiduría, y para que se cumpliesen las profecías era necesario que se volviese a Nazaret. Esta voluntad intimó el eterno Padre a la humanidad de su Hijo Santísimo un día en presencia de su divina Madre, estando juntos en sus ejercicios, y ella la conoció en el espejo de aquella alma deificada y vio cómo aceptaba la obediencia del Padre para ejecutarla. Hizo lo mismo la gran Señora, aunque en Egipto tenía ya más conocidos y devotos que en Nazaret. No manifestaron Hijo y Madre a San José el nuevo orden del cielo, pero aquella noche le habló en sueños el ángel del Señor, como San Mateo dice (Mt 2,19), y le avisó que tomase al niño y a la Madre y se volviese a tierra de Israel, porque ya Herodes y los que con él procuraban la muerte del niño Dios eran muertos. Tanto quiere el Altísimo el buen orden en todas las cosas criadas, que con ser Dios verdadero el niño Jesús y su Madre tan superior en santidad a San José, con todo eso no quiso que la disposición de la jornada a Galilea saliese del Hijo ni de la Madre Santísimos, sino que lo remitió todo a San José, que en aquella familia tan divina tenía oficio de cabeza; para dar forma y ejemplar a todos los mortales de lo que agrada al Señor que todas las cosas se gobiernen por el orden natural y dispuesto por su providencia y que los inferiores y súbditos en el cuerpo místico, aunque sean más excelentes en otras cualidades y virtudes, han de obedecer y rendirse a los que son superiores y prelados en el oficio visible.

703. Fue luego San José a dar cuenta al infante Jesús y a su purísima Madre del mandato del Señor y entrambos le respondieron que se hiciese la voluntad del Padre celestial. Y con esto determinaron su jornada sin dilación y distribuyeron a los pobres las pocas alhajas que tenían en su casa. Y esto se hizo por mano del niño Dios, porque la divina Madre le daba muchas veces lo que había de llevar de limosna a los necesitados, conociendo que el niño, como Dios de misericordias, la quería ejecutar por sus manos. Y cuando le daba su Madre Santísima estas limosnas, se hincaba de rodillas y le decía: [Tomad, Hijo y Señor mío, lo que deseáis, para repartirlo con nuestros amigos los pobres, hermanos vuestros.] En aquella feliz casa, que por la habitación de los siete años quedó santificada y consagrada en templo por el sumo sacerdote Jesús, entraron a vivir unas personas de las más devotas y piadosas que dejaban en Heliópolis; porque su santidad y virtudes les granjearon la dicha que ellos no conocían, aunque por lo que habían visto y experimentado se reputaron por bien afortunados en vivir donde sus devotos forasteros habían habitado tantos años. Y esta piedad y afecto devoto les fue pagada con abundante luz y auxilios para conseguir la felicidad eterna.

704. Partieron de Heliópolis para Palestina con la misma compañía de los ángeles que habían llevado en la otra jornada. La gran Reina iba en un asnillo con el niño Dios en su falda y San José caminaba a pie muy cerca del Hijo y Madre. La despedida de los conocidos y amigos que tenían fue muy dolorosa para todos los que perdían tan grandes bienhechores, y con increíbles lágrimas y sollozos se despedían de ellos, conociendo y confesando que perdían todo su consuelo, su amparo y el remedio de sus necesidades. Y con el amor que les tenían los egipcios a los tres, parecía muy dificultoso que los permitiesen salir de Heliópolis si no lo facilitara el poder divino, porque ocultamente en sus corazones sentían la noche de sus miserias con ausentárseles el sol que en ellas les alumbraba y consolaba. Antes de salir a los despoblados pasaron por algunos lugares de Egipto y en todos fueron derramando gracia y beneficios, porque no eran ya tan ocultas las maravillas hechas hasta entonces que no hubiese gran noticia en toda aquella provincia. Y con esta fama extendida por toda la tierra salían a buscar su remedio los enfermos, afligidos y necesitados y todos le llevaban en alma y cuerpo. Curaron muchos dolientes y expelieron gran multitud de demonios, sin que ellos conociesen quién los arrojaba al profundo, aunque sentían la virtud divina que los compelia y hacía tantos bienes a los hombres.

705. No me detengo en referir los sucesos particulares que tuvieron en esta jornada y salida de Egipto el infante Jesús y

su beatísima Madre, porque no es necesario, ni sería posible sin detenerme mucho en esta Historia; basta decir que todos los que llegaron a ellos con algún afecto piadoso, más o menos salieron de su presencia ilustrados de la verdad y socorridos de la gracia y heridos del divino amor y sentían una oculta fuerza que los movía y obligaba a seguir el bien y dejando el camino de la muerte buscar el de la eterna vida. Venían al Hijo traídos del Padre (Jn 6,44 (A.)) y volvían al Padre enviados por el Hijo (Jn 14,6 (A.)) con la divina luz que encendía en sus entendimientos para conocer la divinidad del Padre, si bien la ocultaba en sí mismo porque no era tiempo de manifestarla, aunque siempre y en todos tiempos obraba divinos efectos de aquel fuego que venía a derramar y encender en el mundo (Lc 12,49 (A.)).

706. Cumplidos en Egipto los misterios que la divina voluntad tenía determinados y dejando aquel reino lleno de milagros y maravillas, salieron nuestros divinos peregrinos de la tierra poblada y entraron en los desiertos por donde habían venido. Y en ellos padecieron otros nuevos trabajos, semejantes a los que llevaron cuando fueron desde Palestina, porque siempre daba el Señor tiempo y lugar a la necesidad y tribulación para que el remedio fuese oportuno (Sal 144,15) y en estos aprietos se le enviaba él mismo por mano de los ángeles santos, algunas veces por el modo que en la primera jornada (Cf. supra n.634), otras veces mandándoles el mismo infante Jesús que trajesen la comida a su Madre Santísima y a su esposo, que para gozar más de este favor oía el orden que se les daba a los ministros espirituales y cómo obedecían y se ofrecían prontos y veía lo que traían; con que se alentaba y consolaba el santo Patriarca en la pena de no tener el sustento necesario para el Rey y Reina de los cielos. Otras veces usaba el niño Dios de la potestad divina, y de algún pedazo de pan hacía que se multiplicase todo lo necesario. Lo demás de esta jornada fue como tengo dicho en la primera parte, capítulo 22, y por esto no me ha parecido necesario repetirlo. Pero cuando llegaron a los términos de Palestina, el cuidadoso esposo tuvo noticia que Arquelao había sucedido en el reino de Judea por Herodes su padre (Mt 2,22). Y temiendo si con el reino habría heredado la crueldad contra el infante Jesús, torció el camino y sin subir a Jerusalén ni tocar en Judea atravesó por la tierra del tribu de Dan y de Isacar a la inferior Galilea, caminando por la costa del mar Mediterráneo, dejando a la mano derecha a Jerusalén.

707. Pasaron a Nazaret, su patria, porque el Niño se había de llamar Nazareno (Ib. 23), y hallaron su antigua y pobre casa en poder de aquella mujer santa y deuda de San José en tercer grado que, como dije en el tercero libro, capítulo 17, núm. 227, acudió a servirle cuando nuestra Reina estuvo ausente en casa de Santa Isabel, y antes de salir de Judea, cuando partieron para Egipto, la había escrito el santo esposo cuidase de la casa y de lo que dejaban en ella. Todo lo hallaron muy guardado, y a su deuda, que los recibió con gran consuelo por el amor que tenía a nuestra gran Reina, aunque entonces no sabía su dignidad. Entró la divina Señora con su Hijo Santísimo y su esposo José y luego se postró en tierra, adorando al Señor y dándole gracias por haberlos traído a su quietud, libres de la crueldad de Herodes y defendidos de los peligros de su destierro y de tan largas y molestas jornadas, y sobre todo de que venía con su Hijo Santísimo tan crecido y lleno de gracia y virtud (Lc 2,40).

708. Ordenó luego la beatísima Madre su vida y ejercicios con disposición del niño Dios, no porque en el camino se hubiese desordenado en cosa alguna, que siempre la prudentísima Señora continuaba respectivamente las acciones perfectísimas en el camino, a imitación de su Hijo Santísimo, pero estando ya quieta en su casa, tenía disposición para hacer muchas cosas que fuera de ella no era posible, aunque en todas partes la mayor solicitud era cooperar con su Hijo Santísimo en la salud de las almas, que era la obra encomendada del eterno Padre. Para este fin altísimo ordenó nuestra Reina sus ejercicios con el mismo Redentor y en ellos se ocupaban, como en el discurso de esta parte veremos. El santo esposo José dispuso también lo que tocaba a sus ocupaciones y oficio, para granjear con su trabajo el sustento del niño Dios y de la Madre y de sí mismo. Tanta fue la felicidad de este santo Patriarca, que si en los demás hijos de Adán fue castigo y pena condenarlos al trabajo de sus manos y al sudor de su cara (Gen 3,17-19 (A.)) para alimentar con él la vida natural, pero en San José fue bendición, beneficio y consuelo sin igual elegirle para que su trabajo y sudor alimentase al mismo Dios y a su Madre, cuyo es el cielo y tierra y cuanto en ellos se contiene.

709. El agradecer este cuidado y trabajo del Santo José tomó por su cuenta la Reina de los ángeles, y en correspondencia de esto le servía y cuidaba de su pobre comida y regalo con incomparable atención y cuidado, agradecimiento y benevolencia. Le estaba obediente en todo y humillada en su estimación como si fuera sierva y no esposa y, lo que más es, Madre del mismo Criador y Señor de todo. Se reputaba por indigna de cuanto tenía ser y de la misma tierra que la sustentaba, porque juzgaba que de justicia le debían faltar todas las cosas. Y en el conocimiento de haber sido criada de nada, sin poder obligar a Dios para este beneficio ni después, a su parecer, para otro alguno, fundó tanto su rara humildad, que siempre vivía pegada con el polvo y más deshecha que él en su propia estimación. Cualquiera beneficio, por pequeño que fuese, le agradecía con admirable sabiduría al Señor como a primer origen y

causa de todo bien y a las criaturas como instrumentos de su poder y bondad: a unos porque le hacían beneficios, a otros porque se los negaban, a otros porque la sufrían, a todos se reconocía deudora y los llenaba de bendiciones de dulzura y se ponía a los pies de todos, buscando medios y artificios, arbitrios y trazas para que en ningún tiempo ni ocasión se le pasase sin obrar en todo lo más santo, perfecto y levantado de las virtudes, con admiración de los ángeles, agrado y beneplácito del Altísimo.

Doctrina que me dio la misma Reina del cielo.

710. “Hija mía, en las obras que el Altísimo hizo conmigo, mandándome peregrinar de unas partes y reinos a otros, nunca se turbó mi corazón ni se contristó mi espíritu, porque siempre le tuve preparado para ejecutar en todo la voluntad divina. Y aunque Su Majestad me daba a conocer los fines altísimos de sus obras, pero no era esto siempre en los principios, para que más padeciese, porque en el rendimiento de la criatura no se han de buscar más razones de que lo manda el Criador y que él lo dispone todo. Y sólo por estas noticias se reducen las almas, que sólo aprenden a dar gusto al Señor, sin distinguir sucesos prósperos ni adversos y sin atender a los sentimientos de sus propias inclinaciones. En esta sabiduría quiero de ti que te adelantes y a imitación mía y por lo que estás obligada a mi Hijo Santísimo recibas lo próspero y adverso de la vida mortal con una misma cara, igualdad de ánimo y serenidad, sin que lo uno te contriste ni lo otro te levante en vana alegría, y sólo atiendas a que todo lo ordena el Altísimo por su beneplácito.

711. “La vida humana está tejida con esta variedad de sucesos: unos de gusto y otros de pena para los mortales, unos que aborrecen y otros que desean; y como la criatura es de corazón limitado y estrecho, de aquí le nace inclinarse con desigualdad a estos extremos, porque admite con demasiado gusto lo que ama y desea y, por el contrario, se desconsuela y contrista cuando le sucede lo que aborrece y no quería. Y estas transmutaciones y vaivenes hacen peligrar a todas o muchas virtudes, porque el amor desordenado de alguna cosa que no consigue la mueve luego a apetecer otra, buscando en deseos nuevos el alivio de la pena en los que no consiguió, y si los consigue se embriaga y desmanda en el gusto de tener lo que apetecía, y con estas veleidades se arroja a mayores desórdenes de diferentes movimientos y pasiones. Advierte, pues, carísima, este peligro y atájale por la raíz, conservando tu corazón independiente y sólo atento a la divina providencia, sin dejarle inclinar a lo que apetecieres y te diere gusto, ni aborrecer lo que te fuere penoso. Y sólo en la voluntad de tu Señor te alegra y deleita, y no te precipiten tus deseos ni te acobarden tus temores de cualquier suceso, ni tampoco las ocupaciones exteriores te impidan ni te diviertan de tus santos ejercicios, y mucho menos el respeto y atención de criaturas, y en todo atiende a lo que yo hacía; sigue mis pisadas afectuosa y diligente.”

MISTICA CIUDAD DE DIOS

VIDA DE LA VIRGEN MARIA

María de Jesús Agreda

LIBRO V

CAPITULO 1

Dispone el Señor a María Santísima con alguna severidad y ausencia estando en Nazaret, y de los fines que tuvo en este ejercicio.

CAPITULO 2

Se le manifiestan a María Santísima las operaciones del alma de su Hijo nuestro Redentor de nuevo y todo lo que se le había ocultado, y comienza a informarla de la ley de gracia.

CAPITULO 3

Subían a Jerusalén todos los años María Santísima y José conforme a la ley y llevaban consigo al infante Jesús.

CAPITULO 4

A los doce años del infante Jesús sube con sus padres a Jerusalén y se queda oculto de ellos en el templo.

CAPITULO 5

Después de tres días hallan María Santísima y José al infante Jesús en el templo disputando con los doctores.

CAPITULO 6

Una visión que tuvo María Santísima a los doce años del infante Jesús, para continuar en ella la imagen y doctrina de la ley evangélica.

CAPITULO 7

Se declaran más expresamente los fines del Señor en la doctrina que enseñó a María Santísima y los modos con que lo ejecutaba.

CAPITULO 8

Se declara el modo como nuestra gran Reina ejecutaba la doctrina del Evangelio que su Hijo Santísimo la enseñaba.

CAPITULO 9

Se declara cómo conoció María Santísima los artículos de fe que había de creer la Santa Iglesia y lo que hizo con este favor.

CAPITULO 10

Tuvo María Santísima nueva luz de los Diez Mandamientos y lo que obró con este beneficio.

CAPITULO 11

La inteligencia que tuvo María Santísima de los siete sacramentos que Cristo Señor nuestro había de instituir y de los cinco preceptos de la Iglesia.

CAPITULO 12

Continuaba Cristo Redentor nuestro las oraciones y peticiones por nosotros, le asistía su Madre Santísima y tenía nuevas inteligencias.

CAPITULO 13

Cumple María Santísima treinta y tres años de edad y permanece en aquella disposición su virginal cuerpo, y dispone cómo sustentar con su trabajo a su Hijo Santísimo y a José.

CAPITULO 14

Los trabajos y enfermedades que padeció San José en los últimos años de su vida y cómo le servía en ellos la Reina del cielo su esposa.

CAPITULO 15

Del tránsito felicísimo de San José y lo que sucedió en él, y le asistieron Jesús nuestro Salvador y María Santísima Señora nuestra.

CAPITULO 16

La edad que tenía la Reina del cielo cuando murió San José y algunos privilegios del santo esposo.

CAPITULO 17

Las ocupaciones de María Santísima después de la muerte de San José y algunos sucesos con sus ángeles.

CAPITULO 18

Se continúan otros misterios y ocupaciones de nuestra gran Reina y Señora con su Hijo Santísimo, cuando vivían solos antes de su predicación.

CAPITULO 19

Dispone Cristo Señor nuestro su predicación dando alguna noticia de la venida del Mesías, asistiéndole su Madre Santísima, y comienza a turbarse el infierno.

CAPITULO 20

Convoca Lucifer un conciliábulo en el infierno para tratar de impedir las obras de Cristo nuestro Redentor y de su Madre Santísima.

CAPITULO 21

Habiendo recibido San Juan grandes favores de María Santísima, tiene orden del Espíritu Santo para salir a predicar y primero le envía a la divina Señora una cruz que tenía.

CAPITULO 22

Ofrece María Santísima al eterno Padre a su Hijo unigénito para la Redención humana, concédele en retorno de este sacrificio una visión clara de la divinidad y se despide del mismo Hijo para ir Su Majestad a predicar al desierto.

CAPITULO 23

Las ocupaciones que la Madre Virgen tenía en ausencia de su Hijo Santísimo y los coloquios con sus santos ángeles.

CAPITULO 24

Llega el Salvador Jesús a la ribera del Jordán, donde le bautizó San Juan y pidió también ser bautizado del mismo Señor.

CAPITULO 25

Camina nuestro Redentor del Bautismo al desierto, donde se ejercita en grandes victorias de las virtudes contra nuestros vicios; tiene noticia su Madre santísima y le imita perfectamente.

CAPITULO 26

Permite Cristo nuestro Salvador ser tentado de Lucifer después del ayuno, véncelo Su Majestad y tiene noticia de todo su Madre Santísima.

CAPITULO 27

Sale Cristo nuestro Redentor del desierto, vuelve a donde estaba San Juan y se ocupa en Judea en algunas obras hasta la vocación de los primeros discípulos; todo lo conocía e imitaba María Santísima.

CAPITULO 28

Comienza Cristo Redentor nuestro a recibir y llamar sus discípulos en presencia del Bautista y da principio a la predicación. Manda el Altísimo a la divina Madre que le siga.

CAPITULO 29

Vuelve Cristo nuestro Salvador con los primeros cinco discípulos a Nazaret, bautiza a su Madre Santísima y lo que en todo esto sucedió.

LIBRO V

[Regresar al Principio](#)

CONTIENE LA PERFECCIÓN CON QUE MARÍA SANTÍSIMA COPIABA E IMITABA LAS OPERACIONES DEL ALMA DE SU HIJO AMANTÍSIMO, Y CÓMO LA INFORMABA DE LA LEY DE GRACIA, ARTÍCULOS DE LA FE, SACRAMENTOS Y DIEZ MANDAMIENTOS, Y LA PRONTITUD Y ALTEZA CON QUE LA OBSERVABA; LA MUERTE DE SAN JOSÉ; LA PREDICACIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA; EL AYUNO Y BAUTISMO DE NUESTRO REDENTOR; LA VOCACIÓN DE LOS PRIMEROS DISCÍPULOS Y EL BAUTISMO DE LA VIRGEN MARÍA SEÑORA NUESTRA.

CAPITULO 1

Dispone el Señor a María Santísima con alguna severidad y ausencia estando en Nazaret, y de los fines que tuvo en este ejercicio.

712. Vinieron ya de asiento a Nazaret Jesús, María y José, donde se convirtió en nuevo cielo aquella humilde y pobre morada en que vivían. Y para decir yo los misterios y sacramentos que pasaron entre el niño Dios y su purísima Madre hasta cumplir Su Alteza los doce años de edad y después hasta la predicación, fueran necesarios muchos libros y capítulos y en todos dijera poco, por la grandeza inefable del objeto y por la pequeñez de mujer ignorante cual yo soy. Diré algo con la luz que me ha dado esta gran Señora y dejaré siempre oculto lo más que se podía decir, porque no todo es posible ni conveniente alcanzarlo en esta vida y se reserva para la que esperamos.

713. A pocos días de la vuelta de Egipto a Nazaret, determinó el Señor ejercitar a su Madre Santísima al modo que lo hizo en su niñez, como queda dicho en el segundo libro de la primera parte, capítulo 27, aunque ahora estaba más robusta en el uso del amor y plenitud de sabiduría. Pero como el poder de Dios es infinito y la materia de su divino amor es inmensa y también la capacidad de la Reina era superior a todas las criaturas, ordenó el mismo Señor levantarla a mayor estado de santidad y méritos. Y junto con esto, como verdadero maestro de espíritu, quiso formar una discípula tan sabia y excelente que después fuese maestra consumada y ejemplar vivo de la doctrina de su Maestro, como lo fue María Santísima después de la Ascensión de su Hijo y Señor nuestro a los cielos, de que trataré en la tercera parte (Cf. infra p.III n.106, 183,209). Era también conveniente y necesario para la honra de Cristo nuestro Redentor que la doctrina evangélica con que y en que había de fundar la nueva ley de gracia, tan santa, sin mácula y sin ruga (Ef 5,27), quedase acreditada en su eficacia y virtud, formando alguna pura criatura en quien se hallasen sus efectos adecuada y cabalmente y fuese lo más perfecto en aquel género, por donde se regulasen y midiesen todos los demás inferiores. Y estaba puesto en razón que esta criatura fuese la beatísima María, como Madre y más allegada al Maestro y mismo Señor de la santidad.

714. Determinó el Altísimo que la divina Señora fuese la primera discípula de su escuela y primogénita de la nueva ley de gracia, la estampa adecuada de su idea y la materia dispuesta donde como en cera blanda se imprimiera el sello de su doctrina y santidad, para que Hijo y Madre fuesen las dos tablas verdaderas de la nueva ley que venía a enseñar al mundo. Y para conseguir este altísimo fin, prevenido en la divina sabiduría, le manifestó todos los misterios de la ley evangélica y de su doctrina, y todo lo trató y confirió con ella desde que vinieron de Egipto hasta que salió el Redentor del mundo a predicar, como en el discurso de adelante veremos. En estos ocultos sacramentos se ocuparon el Verbo

humanado y su Madre Santísima veinte y tres años que estuvieron en Nazaret antes de la predicación. Y como tocaba todo esto a la divina Madre, cuya vida no escribieron los evangelistas, por esto lo dejaron en silencio, salvo lo que sucedió a los doce años cuando el infante Jesús se hizo perdido en Jerusalén, como lo refiere San Lucas (Lc 2,41ss (A.)) y adelante diré (Cf. infra n.747). En este tiempo sola María Santísima fue discípula de su Hijo unigénito. Y sobre los inefables dones de santidad y gracia que hasta aquella hora le había comunicado, le infundió nueva luz y la hizo participante de su divina ciencia, depositando en ella y grabando en su corazón toda la ley de gracia y la doctrina que hasta el fin del mundo había de enseñar en su Iglesia evangélica. Y esto fue por tan alto modo, que no se puede explicar con razones ni palabras, pero quedó la gran Señora tan docta y sabia, que bastaba para ilustrar muchos mundos, si los hubiera, con su enseñanza.

715. Y para levantar este edificio en el corazón purísimo de su Madre Santísima sobre todo lo que no era Dios, echó los fundamentos el mismo Señor, probándola en la fortaleza del amor y de todas las virtudes. Para esto se le ausentó el Señor interiormente, retirándosele de aquella vista ordinaria que le causaba continuo júbilo y gozo espiritual correspondiente a este beneficio. No digo que la dejó el Señor, pero que, estando con ella y en ella por inefable gracia y modo, se le ocultó su vista y suspendió los efectos dulcísimos que con ella tenía, ignorando la divina Señora el modo y la causa, porque nada le manifestó Su Majestad. A más de esto, el mismo Hijo y niño Dios, sin darle a entender otra cosa, se le mostró más severo que solía y estaba menos con ella corporalmente, porque se retiraba muchas veces y le hablaba pocas palabras, y aquellas con grande entereza y majestad. Y lo que más podía afligirla fue hallar eclipsado aquel sol que reverberaba en el cristalino espejo de la humanidad santísima, en que solía ver las operaciones de su alma purísima, de manera que ya no las podía ver como solía, para ir copiando aquella imagen viva como antes lo hacía.

716. Esta novedad, sin otro aviso alguno, fue el crisol en que se renovó y subió de quilates el oro purísimo del amor santo de nuestra gran Reina. Porque admirada de lo que sin hallarse prevenida le había sucedido, luego recurrió al humilde concepto que de sí misma tenía, juzgándose indigna de la vista del Señor que se le había escondido, y todo lo atribuyó a que su ingratitud y poca correspondencia no habían dado al Altísimo y Padre de las misericordias el retorno que le debía por los beneficios de su larguísima mano. No sentía la prudentísima Reina que le faltasen los regalos dulcísimos y caricias ordinarias del Señor, pero el recelo de que si le había disgustado o si había faltado en alguna cosa de su servicio y beneplácito, esto la traspasaba el corazón candidísimo con una flecha de dolor. No sabe pensar menos el amor cuando es tan verdadero y noble, porque todo se emplea en el gusto y bien del bien que ama, y cuando le imagina sin este gusto o recela descontento no sabe descansar fuera del agrado y satisfacción del amado. Estas congojas amorosas de la divina Madre eran para su Hijo Santísimo de sumo agrado, porque le enamoraban de nuevo y los afectos tiernos de su única y dilecta le herían el corazón (Cant 4,9), mas con amorosa industria, cuando la dulce Madre le buscaba (Cant 3,1) y quería hablarle, se mostraba siempre severo y disimulado. Y con esta entereza misteriosa el incendio del castísimo corazón de la Madre levantaba la llama, como la fragua y la hoguera con el rocío.

717. Hacía la cándida paloma, heroicos actos de todas las virtudes: se humillaba más que el polvo, reverenciaba a su Hijo Santísimo con profunda adoración, bendecía al Padre y le daba gracias por sus admirables obras y beneficios, conformándose con su divina disposición y beneplácito; buscaba su voluntad santa y perfecta para cumplirla en todo; encendíase en amor, en fe y en esperanza; y en todas las obras y sucesos aquel nardo fragantísimo despedía olor de suavidad para el Rey de los reyes (Cant 1,11), que descansaba en el corazón de María Santísima como en su lecho y tálamo florido (Cant 1,15) y oloroso. Perseveraba en continuas peticiones con lágrimas, con gemidos y con repetidos suspiros de lo íntimo del corazón, derramaba su oración en la presencia del Señor y pronunciaba su tribulación ante el divino acatamiento (Sal 141,3 (A.)). Y muchas veces vocalmente le decía palabras de incomparable dulzura y amoroso dolor.

718. “Criador de todo el universo - decía, - Dios eterno y poderoso, infinito en sabiduría y bondad, incomprensible en el ser y perfecciones, bien sé que mi gemido no se esconde a vuestra sabiduría (Sal 37,10) y conocéis, bien mío, la herida que traspasa mi corazón. Si como inútil sierva he faltado a vuestro servicio y gusto, ¿por qué, vida de mi alma, no me afligís y castigáis con todos los dolores y penas de la vida mortal en que me hallo y que no vea yo la severidad de vuestro rostro que merece quien os ha ofendido? Todos los trabajos fueran menos, pero no sufre mi corazón hallaros indignado, porque solo vos, Señor, sois mi vida, mi bien, mi gloria y mi tesoro. No estima ni reputa mi corazón otra cosa alguna de todo lo que habéis criado, ni sus especies entraron en mi alma, más de para magnificar vuestra grandeza y reconoceros por dueño y Criador de todo. Pues ¿qué haré yo, bien mío y mi Señor, si me falta la lumbre de mis ojos (Sal 37,11), el blanco de mis deseos, el norte de mi peregrinación, la vida que me da ser y todo el ser que me

alimenta y da la vida? ¿Quién dará fuentes a mis ojos (Jér 9,1) para que lloren el no haberme aprovechado de tantos bienes recibidos, de haber sido tan ingrata en el retorno que debía? Dueño mío, mi luz, mi guía, mi camino y mi maestro, que con vuestras obras sobre perfectísimas y excelentes gobernabais las mías frágiles y tibias, si me ocultáis este ejemplar ¿cómo regularé yo mi vida a vuestro gusto? ¿Quién me llevará segura en este oscuro destierro? ¿Qué haré? ¿A quién me convertiré si vos me despedís de vuestro amparo?”

719. No descansaba con todo esto la cierva herida, pero como sedienta de las fuentes purísimas de la gracia acudía también a sus santos ángeles y con ellos tenía largas conferencias y coloquios, y les decía: “Príncipes soberanos y privados íntimos del supremo Rey, amigos suyos y custodios míos, por vuestra segura felicidad de ver siempre su divino rostro en la luz inaccesible, os pido que me digáis la causa de su enojo, si le tiene. Clamad también por mí en su real presencia, para que por vuestros ruegos me perdone, si por ventura le ofendí. Acordadle, amigos míos, que soy polvo, aunque fabricada por sus manos y sellada con su imagen, que no se olvide de esta pobre hasta el fin (Sal 73,19), pues humilde le confiesa y engrandece. Pedid que dé aliento a mi pavor y vida a quien no la tiene sin amarle. Decidme, ¿cómo y con qué le daré gusto y mereceré la alegría de su rostro?” La respondieron los ángeles: “Reina y Señora nuestra, dilatado es vuestro corazón para que no le venza la tribulación y nadie como vos está capaz de cuán cerca está el Señor del afligido que le llama (Sal 90,15). Atento está sin duda a vuestro afecto y no desprecia vuestros gemidos amorosos. Siempre le hallaréis piadoso Padre y a vuestro Unigénito afectuoso Hijo, mirando vuestras lágrimas.” “¿Será por ventura atrevimiento - replicaba la amantísima Madre - llegarme a su presencia? ¿Será mucha osadía pedirle postrada me perdone si en alguna falta le di disgusto? ¿Qué haré? ¿Qué remedio hallaré en mis recelos?” “No desagrada a nuestro Rey - respondían los santos príncipes - el corazón humilde, en él pone los ojos de su amor y nunca se disgusta de los clamores de quien ama en lo que amorosamente obra.”

720. Entretenían y consolaban algo los santos ángeles a su Reina y Señora con estos coloquios y respuestas, significándole en ellas, debajo de razones generales, el singular amor y agrado del Altísimo con sus dulcísimas congojas; y no se declaraban más porque el mismo Señor quería tener en ellas sus delicias. Y aunque su Hijo Santísimo en cuanto hombre verdadero, con el natural amor que como a Madre, y Madre sola y sin padre, la debía y le tenía, llegaba a enternecerse muchas veces con la natural compasión de verla tan afligida y llorosa, pero con todo eso guardaba y ocultaba su compasión con la entereza de su semblante y algunas veces que la amantísima Madre le llamaba para que fuese a comer se detenía y otras iba sin mirarla y sin hablarla palabra. Pero aunque en todas estas ocasiones la gran Señora derramaba muchas lágrimas y representaba a su Hijo Santísimo las amorosas congojas de su pecho, todo lo hacía con tan gran medida y peso y acciones tan prudentes y llenas de sabiduría, que si en Dios pudiera haber admiración como es cierto que no puede la tuviera Su Majestad de hallar en una pura criatura tan gran lleno de santidad y perfecciones. Pero el infante Jesús, en cuanto hombre, recibía especial gozo y complacencia de ver tan bien logrados en su Madre Virgen los efectos de su divino amor y gracia, y los santos ángeles le daban nueva gloria y cánticos de alabanza por este admirable e inaudito prodigio de virtudes.

721. Para que el infante Jesús durmiese y descansase, le tenía su amorosa Madre prevenida por manos del patriarca San José una tarima y sobre ella una sola manta, porque desde que salió de la cuna, cuando estaban en Egipto, no quiso admitir otra cama ni más abrigo; y aun en aquella tarima no se echaba, ni se servía siempre de ella, pero algunas veces estando asentado en el áspero lecho se reclinaba en él sobre una almohada pobre y de lana, que la misma Señora había hecho. Y cuando Su Alteza le quiso prevenir mejor cama, respondió el Hijo Santísimo que la suya donde se había de extender sería sólo el tálamo de la cruz, para enseñar al mundo con ejemplo que no se ha de pasar al eterno descanso por los que ama Babilonia y que en la vida mortal el padecer es alivio. Desde entonces le imitó en este modo de reclinarse la divina Señora con nuevo cuidado y atención. Y cuando era ya tarde y tiempo de recogerse, tenía costumbre la celestial Maestra de humildad postrarse delante de su Hijo Santísimo que estaba en la tarima, y allí le pedía cada noche la perdonase no haberse empleado en servirle aquel día con más cuidado, ni ser tan agradecida a sus beneficios como debía, y le daba gracias de nuevo por todo y le confesaba con muchas lágrimas por verdadero Dios y Redentor del mundo, y no se levantaba del suelo hasta que su Hijo unigénito se lo mandaba y la bendecía. Este mismo ejercicio repetía por la mañana, para que el divino Maestro y Preceptor le ordenase lo que todo el día había de obrar en su servicio, y así lo hacía Su Majestad con mucho amor.

722. Pero en esta ocasión de su severidad mudó también el estilo y el semblante; y cuando la candidísima Madre llegaba a reverenciarle y adorarle en su acostumbrado ejercicio, aunque acrecentaba sus lágrimas y gemidos de lo íntimo del corazón, no le respondía palabra más de oírla con severidad y la mandaba que se fuese. Y no hay

ponderación que llegue a manifestar los efectos que obraba en el corazón purísimo y columbino de la amorosa Madre ver a su Hijo, Dios y hombre verdadero, tan mudado en el semblante, tan grave en el rostro y tan escaso en las palabras, y en todo el exterior tan diferente de lo que solía mostrarse con ella. Examinaba la divina Señora su interior, reconocía el orden de sus obras, las condiciones, las circunstancias de ellas, y daba muchas vueltas con la atención y memoria por aquella oficina celestial de su alma y potencias, y aunque no podía hallar en ella parte alguna de tinieblas, porque todo era luz, santidad, pureza y gracia, con todo eso, como sabía que ante los ojos de Dios ni los cielos ni las estrellas son limpios, como dice Job (Job 15,15.25,5.4,18 (A.)), y hallan qué reprender en los más angélicos espíritus, temía la gran Reina si acaso ignoraba algún defecto que fuese al Señor patente. Y con este recelo padecía deliquios de amor, que, como es fuerte como la muerte (Cant 8,6 (A.)), en esta nobilísima emulación, aunque llena de toda sabiduría, causa dolores de inextinguible pena. Le duró muchos días a nuestra Reina este ejercicio en que su Hijo Santísimo la probó con incomparable gozo y la levantó al estado de Maestra universal de las criaturas, remunerando la lealtad y fineza de su amor con abundante y copiosa gracia sobre la mucha que tenía; y después sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

723. “Hija mía, te veo deseosa de ser discípula de mi Hijo Santísimo por lo que has entendido y escrito de cómo yo lo fui. Y para tu consuelo quiero que adviertas y conozcas que el oficio de maestro no lo ejercitó Su Majestad sola una vez ni en el tiempo que en forma humana enseñó su doctrina, como se contiene en los Evangelios y en su Iglesia, pero siempre hace el mismo oficio con las almas y le haré hasta el fin del mundo, amonestando, dictando e inspirándoles lo mejor y más santo para que lo pongan por obra. Y esto hace con todas absolutamente, aunque, según su divina voluntad o la disposición y atención de cada una, reciben mayor o menor enseñanza. Si de esta verdad te hubieras aprovechado siempre, larga experiencia tienes de que el altísimo Señor no se dedigna de ser maestro del pobre, ni de enseñar al despreciado y pecador, si quieren atender a su doctrina interior. Y porque ahora deseas saber la disposición que de tu parte quiere Su Majestad tengas para hacer contigo el oficio de maestro en el grado que tu corazón lo codicia, quiero de parte del mismo Señor decírtelo y asegurarte que, si te hallare materia dispuesta, pondrá en tu alma, como verdadero y sabio Artífice y Maestro, su sabiduría luz y enseñanza con grande plenitud.

724. “En primer lugar, debes tener la cadencia limpia, pura, serena, quieta y un desvelo incesante de no caer en culpa ni imperfección por ningún suceso del mundo. Con esto juntamente te has de alejar y despedir de todo lo terreno, de manera que, como otras veces te he amonestado, no quede en ti especie ni memoria de cosa alguna humana ni visible, sino sólo el corazón sencillo, sereno y claro. Y cuando tuvieras el interior tan despejado y libre de tinieblas y especies terrenas que las causan, entonces atenderás al Señor, inclinando tus oídos como hija carísima que olvida su pueblo de esa Babilonia vana y la casa de su padre Adán, y todos los resabios de la culpa, y te aseguro que te hablará palabras de vida eterna (Jn 6,69). Y luego te conviene que le oigas con reverencia y agradecimiento humilde, que hagas de su doctrina digno aprecio y que la ejecutes con toda puntualidad y diligencia, porque a este gran Señor y Maestro de las almas nada se le puede ocultar, y se desvía y retira con disgusto cuando la criatura es ingrata y negligente en obedecerle y agradecerle tan alto beneficio. Y no han de pensar las almas que estos retiros del Altísimo les suceden siempre como el que tuvo conmigo, porque en mí fue sin culpa y con excesivo amor, pero en las criaturas, donde hay tantos pecados, groserías, ingratitudes y negligencias, suele ser pena y castigo merecido.

725. “Atiende, pues, ahora, hija mía, y advierte tus omisiones y faltas en hacer la estimación digna que debes a la doctrina y luz que con particular enseñanza has recibido del divino Maestro y de mis amonestaciones. Modera ya los temores desordenados y no dudes más si es el Señor quien te habla y enseña, pues la misma doctrina da testimonio de su verdad y te asegura de su autor, porque es santa, pura, perfecta y sin mácula; ella enseña lo mejor y te reprende cualquier defecto, por mínimo que sea, y sobre esto te la aprueban tus maestros y padres espirituales. Quiero también que tengas siempre cuidado, imitándome en lo que has escrito, de venir a mí cada noche y mañana inviolablemente, pues soy tu maestra, y con humildad me digas tus culpas reconociéndolas con dolor y contrición perfecta, para que yo sea intercesora con el Señor y como madre alcance de él que te perdone. Y a más de esto, luego que cometieres alguna culpa o imperfección, la reconoce y llora sin dilación y pide al Señor perdón con deseo de enmendarte. Y si fueras atenta y fiel en esto que te mando, serás discípula del Altísimo y mía, como deseas, porque la pureza del alma y la gracia es la más eminente y adecuada disposición para recibir las influencias de la luz divina y ciencia infusa que comunica el Redentor del mundo a los que son discípulos verdaderos.”

CAPITULO 2

[Regresar al Principio](#)

Se le manifiestan a María Santísima las operaciones del alma de su Hijo nuestro Redentor de nuevo y todo lo que se le había ocultado, y comienza a informarla de la ley de gracia.

726. De la naturaleza y condiciones del amor, de sus causas y efectos ha hecho grandes y largos discursos el entendimiento humano; y para explicar yo el amor santo y divino de María Santísima, Señora nuestra, fuera necesario añadir mucho a todo lo que está dicho y escrito en materia del amor, porque, después del que tuvo el alma santísima de Cristo nuestro Señor, ninguno hubo tan noble y excelente en todas las criaturas humanas y angélicas como el que tuvo y tiene la divina Señora, pues mereció llamarse Madre del amor hermoso (Eclo 24,24 (A.)). Uno mismo es en todos el objeto y materia del amor santo, que es Dios por sí mismo y las demás cosas criadas por él, pero el sujeto donde este amor se recibe, las causas por donde se engendra, los efectos que produce, son muy desiguales, y en nuestra gran Reina estuvieron en el supremo grado de pura criatura. En ella fueron sin medida y tasa la pureza del corazón, la fe, la esperanza, el temor santo y filial, la ciencia y sabiduría, los beneficios, la memoria y aprecio de ellos, y todas las demás causas que puede tener el amor santo y divino. No se engendra esta llama ni se enciende al modo del amor insano y ciego que entra por la estulticia de los sentidos y después no se le halla razón ni camino, porque el amor santo y puro entra por el conocimiento nobilísimo, por la fuerza de su bondad infinita y suavidad inexplicable, que como Dios es sabiduría y bondad no sólo quiere ser amado con dulzura, sino también con sabiduría y ciencia de lo que se ama.

727. Alguna semejanza tienen estos amores, en los efectos más que en las causas, porque, si una vez rinden el corazón y se apoderan de él, salen con dificultad; y de aquí nace el dolor que siente el corazón humano cuando halla desvío y sequedad o menos correspondencia en lo que ama, porque esto es lo mismo que obligarle a arrojar de sí el amor, y como él se apodera tanto del corazón y no halla fácil la salida, aunque alguna vez se la proponga la razón, viene a causar dolores de muerte esta dura violencia que padece. Todo esto es locura e insania en el amor ciego y mundano, pero en el amor divino es suma sabiduría, porque, donde no se puede hallar razón para dejar de amar, la mayor prudencia es buscarlas para amar más íntimamente y obligar al Amado; y como la voluntad en este empeño emplea toda su libertad, tanto cuanto más libremente ama al sumo Bien, tanto viene a quedar menos libre para dejarle de amar; y en esta gloriosa porfía, siendo la voluntad la señora y la reina del alma, viene a quedar felizmente esclava de su mismo amor y ni quiere ni casi puede negarse a esta libre servidumbre; y por esta libre violencia, si halla desvío o celos en el sumo bien que ama, padece dolores y deliquios de muerte como a quien le falta el objeto de la vida, porque sólo vive con amar y saber que es amada.

728. De aquí se entenderá algo de lo mucho que padeció el corazón ardentísimo y purísimo de nuestra Reina con la ausencia del Señor y con ocultársele el objeto de su amor, dejándola padecer tantos días los celos que tenía de si le había disgustado. Porque siendo ella un compendio casi inmenso de humildad y amor divino y no sabiendo la causa de aquella severidad y desvío de su Amado, vino a padecer un martirio el más dulce y más riguroso que jamás alcanzó el ingenio humano ni angélico. Sola María Santísima, que fue Madre del santo amor y llegó a lo sumo que pudo caber en pura criatura, sola ella supo y pudo padecer este martirio, en que excedió a todas las penas de los mártires y penitencias de los confesores. Y en Su Alteza se ejecutó lo que dijo el Esposo en los Cantares (Cant 8,7): “*Si diere el hombre toda la sustancia de su casa por el amor, la despreciará como si fuera nada.*” Porque todo lo visible y criado y su misma vida olvidó en esta ocasión y lo reputó por nada, hasta hallar la gracia y el amor de su Hijo Santísimo y su Dios, que temía haber perdido, aunque siempre le poseía. No se puede explicar con palabras su cuidado, solicitud, desvelo y diligencias que hizo para obligar a su Hijo dulcísimo y al Padre eterno.

729. Pasaron treinta días que le duraba este conflicto y eran muchos siglos para quien un solo momento no parece podía vivir sin la satisfacción de su amor y del Amado. Y, a nuestro modo de entender, no podía ya el corazón de nuestro infante Jesús contenerse ni resistir más a la fuerza del amor que tenía a su dulcísima Madre, porque también el mismo Señor padecía una admirable y suave violencia en tenerla tan afligida y suspensa. Sucedió que entró un día la humilde y soberana Reina a la presencia del niño Dios y, arrojándose a sus pies, con lágrimas y suspiros de lo íntimo del alma le habló y le dijo: “Dulcísimo amor y bien mío, ¿qué monta la poquedad de este polvo y ceniza comparada con vuestro inmenso poder? ¿Qué puede toda la miseria de la criatura para vuestra bondad sin fin? En todo excedéis a

nuestra bajeza, y con el inmenso piélago de vuestra misericordia se anegan nuestras imperfecciones y defectos. Si no he acertado a serviros, como confieso debo, castigad mis negligencias y perdonadlas, pero vea yo, Hijo y Señor mío, la alegría de vuestra cara, que es mi salud, y aquella luz deseada que me daba vida y ser. Aquí está la pobre, pegada con el polvo, y no me levantaré de vuestros pies hasta que vea claro el espejo en que se miraba mi alma.”

730. Estas razones y otras llenas de sabiduría y ardentísimo amor dijo nuestra gran Reina humillada y delante de su Hijo Santísimo, y como Su Majestad deseaba más que la misma Señora restituirla a sus delicias, le respondió con mucho agrado esta palabra: “Madre mía, levantaos.” Y como esta voz era pronunciada del mismo que era Palabra del eterno Padre, tuvo tanta eficacia que con ella instantáneamente quedó la divina Madre toda transformada y elevada en un altísimo éxtasis en que vio a la divinidad abstractivamente. Y en esta visión la recibió el Señor con dulcísimos abrazos y razones de Padre y Esposo, con que pasó de las lágrimas en júbilo, de pena en gozo y de amargura en suavísima dulzura. La manifestó Su Majestad grandes misterios de sus altos fines en la nueva ley evangélica y, para escribirla toda en su candidísimo corazón, la señaló y destinó la Beatísima Trinidad por primogénita y primera discípula del Verbo humanado, para que formase en ella como el padrón y ejemplar por donde se habían de copiar todos los santos apóstoles, mártires, doctores, confesores, vírgenes y los demás justos de la nueva Iglesia y ley de gracia, que el Verbo había de fundar en la Redención humana.

731. A este misterio corresponde todo lo que la divina Señora dijo de sí misma, como la Iglesia Santa se lo aplica, en el capítulo 24 del Eclesiástico debajo del tipo de la sabiduría divina. Y no me detengo en la declaración de este capítulo, porque sabido el sacramento que voy escribiendo se deja entender cómo le conviene a nuestra gran Reina todo cuanto allí dice el Espíritu Santo en su nombre. Baste referir algo de la letra para que todos entiendan parte de tan admirable sacramento. *“Yo salí - dice esta Señora (Eclo 24,5-16) - de la boca del Altísimo, primogénita antes que todas las criaturas. Yo hice que naciera en el cielo la lumbré indefectible y como niebla cubrí toda la tierra. Yo habité en las alturas y mi trono en la columna de la nube. Yo sola giré los cielos y penetré el profundo del abismo y anduve en las olas del mar y estuve en toda la tierra; y tuve el primado en todos los pueblos y gentes; y con mi virtud puse las plantas en el corazón de todos los excelsos y humildes; y en todas estas cosas busqué descanso y en la herencia del Señor estaré de asiento. Entonces me mandó el Criador de todo, y me dijo; y el que me crió a mí descansará en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob y hereda a Israel y extiende tus raíces en mis escogidos. Desde ab initio y antes de los siglos fui criada, y hasta el futuro siglo permaneceré y en la habitación santa administré delante de él. Y así fui confirmada en Sión y juntamente descansé en la ciudad santificada y tuve potestad en Jerusalén; y eché raíces en el pueblo honorificado y su herencia es en la parte de mi Dios y en la plenitud de los santos mi detención.”*

732. Continúa luego el Eclesiástico otras excelencias de María Santísima y vuelve a decir (Eclo 24,22-31): *“Yo extendí mis ramos como el terebinto y son de honor y de gracia. Yo di fruto de suave olor, como la vid, y mis flores son frutos de honor y honestidad: Yo soy la Madre del amor hermoso y del conocimiento y santa esperanza. En mí está la gracia de todo camino y verdad, en mí toda la esperanza de la vida y de la virtud. Pasad a mí todos los que me deseáis y seréis llenos de mis generaciones, porque mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia sobre la miel y el panal; mi memoria en todas las generaciones de los siglos. Los que me gustaren aún tendrán hambre y los que bebieren tendrán sed. El que me oyere no será confundido, el que en mí obrare no pecará y los que me ilustraren alcanzarán eterna vida.”* Hasta aquí basta de la letra del capítulo del Eclesiástico, en que el corazón humano y piadoso sentirá luego tanta preñez de misterios y sacramentos de María Santísima, que su virtud oculta la llevará el corazón a esta Señora y Madre de la gracia y le dará a sentir en sus palabras su inexplicable grandeza y excelencia, en que la constituyó la doctrina y magisterio de su Hijo Santísimo por decreto de la beatísima Trinidad. Esta eminente Princesa fue el arca verdadera del Nuevo Testamento, y del remanente de su sabiduría y gracia, como de un mar inmenso, redundó todo cuanto recibieron y recibirán los demás santos hasta el fin del mundo.

733. Volvió de su éxtasis la divina Madre y de nuevo adoró a su Hijo Santísimo y le pidió la perdonase si en su servicio había cometido alguna negligencia. La respondió Su Majestad, levantándola de donde estaba postrada, y la dijo: “Madre mía, de vuestro corazón y afectos estoy muy agradado y quiero que le dilatéis y preparéis de nuevo para recibir mis testimonios. Yo cumpliré la voluntad de mi Padre y escribiré en vuestro pecho la doctrina evangélica que vengo a enseñar al mundo. Y vos, Madre, la pondréis en ejecución, como yo deseo y quiero.” Respondió la Reina purísima: “Hijo y Señor mío, halle yo gracia en vuestros ojos, y gobernad mis potencias por los caminos rectos de vuestro beneplácito. Y hablad, Dueño mío, que vuestra sierva oye y os seguirá hasta la muerte.” En esta conferencia que tuvieron el niño Dios y su Madre Santísima, se le descubrió y manifestó de nuevo a la gran Señora todo el interior

del alma santísima de Cristo con sus operaciones; y creció este beneficio desde aquella ocasión, así de parte del sujeto, que era la divina discípula, como de la del objeto, porque recibió más clara y alta luz y en su Hijo Santísimo vio toda la nueva ley evangélica, con todos sus misterios, sacramentos y doctrina, según el divino Arquitecto la tenía ideada en su mente y determinada en su voluntad de reparador y maestro de los hombres. Y a más de este magisterio, que fue para sola María Santísima, añadía otro, porque con palabras la enseñaba y declaraba lo oculto de su sabiduría (Sal 50,8) y lo que no alcanzaron todos los hombres y los ángeles. De esta sabiduría, que aprendió María purísima sin ficción, comunicó sin envidia (Sab 7,13) toda la luz que derramó antes, y más después, de la Ascensión de Cristo nuestro Señor.

734. Bien conozco que pertenecía a esta Historia manifestar aquí los ocultísimos misterios que pasaron entre Cristo Señor nuestro y su Madre en estos años de su puericia y juventud hasta la predicación, porque todas estas cosas se ejecutaron con la divina Madre y en su enseñanza, pero de nuevo confieso lo que dije arriba, números 711, 712 y 713, de mi incapacidad y de todas las criaturas para tan alto argumento. Y también fuera necesario para esta declaración escribir todos los misterios y secretos de la divina Escritura, toda la doctrina cristiana, las virtudes, todas las tradiciones de la Santa Iglesia, la confutación de los errores y sectas falsas, las determinaciones de todos los concilios sagrados y todo lo que sustenta la Iglesia y la conservará hasta el fin del mundo, y luego otros grandes misterios de la vida y gloria de los santos; porque todo esto se escribió en el corazón purísimo de nuestra gran Reina y cuantas obras hizo el Redentor y Maestro para que la Redención y la doctrina de su Iglesia fuese copiosa (Sal 129,7): lo que escribieron los evangelistas y apóstoles, los profetas y padres antiguos, lo que obraron después todos los santos, la luz que tuvieron los doctores, lo que padecieron los mártires y vírgenes, la gracia que recibieron para hacerlo y padecerlo. Todo esto y mucho más que no se puede explicar conoció María Santísima individualmente con grande penetración, comprensión y evidencia, y lo agradeció, y obró en todo, cuanto era posible a pura criatura, para con el eterno Padre como autor de todo y con su Hijo unigénito como cabeza de la Iglesia. De todo hablaré adelante, lo que me fuere posible.

735. Y no por ocuparse en tales obras con la plenitud que pedían, atendiendo a su Hijo y Maestro, faltaba jamás a las que le tocaban en su servicio corporal y cuidado de su vida y la de San José, porque a todo acudía sin mengua ni defecto, dándoles la comida y sirviéndolos, y a su Hijo Santísimo siempre hincadas las rodillas con incomparable reverencia. Cuidaba también de que el infante Jesús asistiese al consuelo de su Padre putativo, como si fuera natural. Y el niño Dios obedecía a su Madre en todo esto y asistía muchos ratos con San José en su trabajo corporal, en que el santo era continuo, para sustentar con el sudor de su cara al Hijo del eterno Padre y a su Madre. Y cuando el infante Dios fue creciendo ayudaba algunas veces a San José en lo que era posible a la edad, y otras veces hacía algunos milagros, sin atención a las fuerzas naturales, para que el santo esposo se alentase y se le facilitase más el trabajo, porque en esta materia eran aquellas maravillas entre los tres a solas.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

736. “Hija mía, yo te llamo de nuevo desde este día para mi discípula y compañera en obrar la doctrina celestial que mi Hijo Santísimo enseñó a su Iglesia por medio de los sagrados Evangelios y Escrituras. Y quiero de ti que con nueva diligencia y atención prepares tu corazón, para que como tierra escogida reciba la semilla viva y santa de la palabra del Señor y sea su fruto ciendoblado. Convierte tu corazón atento a mis palabras y, junto con esto, sea tu continua lección los Evangelios, y medita y pesa en tu secreto la doctrina y misterios que en ellos entenderás. Oye la voz de tu Esposo y Maestro, a todos convida y llama a sus palabras de vida eterna. Pero es tan grande el engaño peligroso de la vida mortal, que son muy pocas las almas que quieren oír y entender el camino de la luz. Siguen muchos lo deleitable que les administra el príncipe de las tinieblas, y quien camina con ellas no sabe a dónde endereza su fin. A ti te llama el Altísimo para el camino y sendas de la verdadera luz; síguela por mi imitación y conseguirás mi deseo. Niégate a todo lo terreno y visible, no lo conozcas ni mires, no lo quieras ni atiendas, huye de ser conocida, no tengan en ti parte las criaturas, guarda tu secreto y tu tesoro de la fascinación humana y diabólica. Todo lo conseguirás si como discípula de mi Hijo Santísimo y mía ejecutares la doctrina del Evangelio que te enseñamos con la perfección que debes. Y para que te compela a tan alto fin, ten presente el beneficio de haberte llamado la disposición divina para que seas novicia y profesora de la imitación respectivamente de mi vida, doctrina y virtudes, siguiendo mis pisadas, y de este estado pases al noviciado más levantado y profesión perfecta de la religión Católica, ajustándote a la doctrina evangélica e imitación del Redentor del mundo, corriendo tras el olor de sus unguentos y por las sendas rectas de su verdad. El primer estado de discípula mía ha de ser disposición para serlo de mi Hijo Santísimo, y los dos para alcanzar el último de la unión con el ser inmutable de Dios; y todos tres son beneficios de incomparable valor que te ponen en empeño de ser más perfecta que los encumbrados serafines, y la diestra divina te los ha concedido para disponerte, prepararte y

hacerte idónea y capaz de recibir la enseñanza, inteligencia y luz de mi vida, obras, virtudes, misterios y sacramentos, para que los escribas. Y el muy alto Señor se ha dignado de concederte esta liberal misericordia, sin merecerla tú, por mi intercesión y ruegos. Y los he hecho eficaces, en remuneración de que has rendido tu dictamen temeroso y cobarde a la voluntad del Altísimo y obediencia de tus preladados, que repetidas veces te han manifestado e te intimado escribas mi Historia. El premio más favorable y útil para tu alma es el que te han dado en estos tres estados o caminos místicos, altísimos y misteriosos, ocultos a la prudencia carnal y agradables a la aceptación divina. Tienen copiosísimas doctrinas, como te han enseñado y has experimentado en orden a conseguir su fin. Escríbelas aparte y haz tratado de ellas, que es voluntad de mi Hijo Santísimo. Su título sea el que tienes prometido en la introducción de esta Historia que dice: *Leyes de la Esposa, ápices de su casto amor y fruto cogido del árbol de la vida* de esta obra.” (Cf. la edición de esta obra por Eduardo Royo, Herederos de Juan Gili, Barcelona, 1916).

CAPITULO 3

[Regresar al Principio](#)

Subían a Jerusalén todos los años María Santísima y José conforme a la ley y llevaban consigo al infante Jesús.

737. Algunos días después que nuestra Reina y Señora con su Hijo Santísimo y su esposo San José estaba de asiento en Nazaret, llegó el tiempo en que obligaba el precepto de la ley de Moisés a los israelitas que se presentasen en Jerusalén delante del Señor. Este mandato obligaba tres veces en el año, como parece en el Exodo (Ex 34,23) y Deuteronomio (Dt 16,16). Pero no obligaba a las mujeres sino a los varones, y por esto podían ir por su devoción o dejar de ir, porque no tenían mandato ni tampoco se lo prohibían. La divina Señora y su esposo confirmaron qué debían hacer en estas ocasiones. El santo se inclinaba a llevar consigo a la gran Reina su esposa y al Hijo Santísimo, para ofrecerle de nuevo al eterno Padre, como siempre lo hacía, en el templo. A la Madre purísima también la tiraba la piedad y culto del Señor, pero como en cosas semejantes no se movía fácilmente sin el consejo y doctrina de su maestro el Verbo humanado, le consultó sobre esta determinación. Y la que tomaron fue que San José fuese las dos veces del año solo a Jerusalén y que la tercera subiesen todos tres juntos. Estas solemnidades en que iban los israelitas al templo eran: una la de *los Tabernáculos*, otra de *las Hebdómadas*, que es por Pentecostés, y la otra la de *los Azimos*, que era la Pascua de Parascève; y a ésta subían Jesús dulcísimo, María purísima y San José juntos. Duraba siete días, y en ella sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. A las otras dos fiestas subía solo San José, sin el niño ni la Madre.

738. Las dos veces que subía el santo esposo José en el año solo a Jerusalén, hacía esta peregrinación por sí y por su esposa divina y en nombre del Verbo humanado, con cuya doctrina y favores iba el santo lleno de gracia, devoción y dones celestiales a ofrecer al eterno Padre la ofrenda que dejaba reservada como en depósito para su tiempo. Y en el ínterin, como sustituto del Hijo y de la Madre, que quedaban orando por él, hacía en el templo de Jerusalén misteriosas oraciones, ofreciendo el sacrificio de sus labios. Y como en él ofrecía y presentaba a Jesús y a María Santísimos, era oblación aceptable para el eterno Padre sobre todas cuantas le ofrecían lo restante del pueblo israelítico. Pero cuando subían el Verbo humanado y la Virgen Madre por *la fiesta de la Pascua* en compañía de San José, era este viaje más admirable para él y los cortesanos del cielo, porque siempre se formaba en el camino aquella procesión solemnísimas que otras veces en semejantes ocasiones queda dicho (Cf. *supra* n.456,589,619) de los tres caminantes Jesús, María y José y los diez mil ángeles que los acompañaban en forma humana visible; y todos iban con la hermosura refulgente y profunda reverencia que acostumbraban, sirviendo a su Criador y Reina, como en otras jornadas he dicho; era ésta de casi treinta leguas, que dista Nazaret de Jerusalén, y a la ida y vuelta se guardaba el mismo orden en este acompañamiento y obsequio de los santos ángeles, según la necesidad y disposición del Verbo humanado.

739. Tardaban en estas jornadas respectivamente más que en otras, porque después que volvieron a Nazaret desde Egipto el infante Jesús quiso andarlas a pie, y así caminaban todos tres, Hijo y Padres santísimos; y era necesario ir despacio, porque el infante Jesús comenzó luego a fatigarse en servicio del eterno Padre y en beneficio nuestro y no quería usar de su poder inmenso para excusar la molestia del camino, antes procedía como hombre pasible, dando licencia o lugar a las causas naturales para que tuviesen sus efectos propios, como lo era el cansarle y fatigarle el trabajo del camino y aunque el primer año que hicieron esta jornada tuvo cuidado la divina Madre y su esposo de aliviar algo al niño Dios recibéndole alguna vez en los brazos, pero este descanso era muy breve y en adelante fue siempre por sus pies. No le impedía este trabajo la dulcísima Madre, porque conocía su voluntad de padecer, pero le llevaba de ordinario de la mano, y otras veces el santo patriarca José; y como el infante se cansaba y encendía, la Madre prudentísima y amorosa, con la natural compasión, se enternecía y lloraba muchas veces. Le preguntaba de su

molestia y cansancio y le limpiaba el divino rostro, más hermoso que los cielos y sus lumbreras; y todo esto hacía la Reina puesta de rodillas con incomparable reverencia, y el divino niño la respondía con agrado y la manifestaba el gusto con que recibía aquellos trabajos por la gloria de su eterno Padre y bien de los hombres. En estas pláticas y conferencias de cánticos y alabanzas divinas ocupaban mucha parte del camino, como en otras jornadas queda dicho (Cf. supra n.627,637).

740. Otras veces, como la gran Reina y Señora miraba por una parte las acciones interiores de su Hijo Santísimo y por otra la perfección de la humanidad deificada, su hermosura y operaciones, en que se iba manifestando su divina gracia, el modo como iba creciendo en el ser y obrar de hombre verdadero, y todo lo confería la prudentísima Señora en su corazón (Lc 2,19), hacía heroicos actos de todas las virtudes y se inflamaba y encendía en el divino amor. Miraba también al infante como a Hijo del eterno Padre y verdadero Dios y, sin faltar al amor de madre natural y verdadera, atendía a la reverencia que le debía como a su Dios y Criador, y todo esto cabía juntamente en aquel cándido y purísimo corazón. El niño caminaba muchas veces esparciéndole el viento sus cabellos que le fueron creciendo no más de lo necesario, y ninguno le faltó hasta los que le arrancaron los verdugos y en esta vista del infante Jesús sentía la dulcísima Madre otros efectos y afectos llenos de suavidad y sabiduría. Y en todo lo que interior y exteriormente obraba, era admirable para los ángeles y agradable a su Hijo Santísimo y Criador.

741. En todas estas jornadas, que hacían Hijo y Madre al templo, ejecutaban heroicas obras en beneficio de las almas, porque convertían muchas al conocimiento del Señor y las sacaban de pecado y las justificaban, reduciéndolas al camino de la vida eterna; aunque todo esto lo obraban por modo oculto, porque no era tiempo de manifestarse el Maestro de la verdad. Pero como la divina Madre conocía que estas eran las obras que a su Hijo Santísimo le encomendó el eterno Padre y que entonces se habían de ejecutar en secreto, concurría a ellas como instrumento de la voluntad del Reparador del mundo, pero disimulado y encubierto. Y para gobernarse en todo con plenitud de sabiduría, la prudentísima Maestra siempre consultaba y preguntaba al niño Dios todo lo que habían de hacer en aquellas peregrinaciones, a qué lugares y posadas habían de ir, porque en estas resoluciones conocía la Princesa celestial que su Hijo Santísimo disponía los medios oportunos para las obras admirables que su sabiduría tenía previstas y determinadas.

742. Donde hacían las noches, unas veces en las posadas, otras en el campo que algunas se quedaban en él el niño Dios y su Madre purísima nunca se dividían uno de otro. Siempre la gran Señora asistía con su Hijo y Maestro y atendía a sus acciones, para imitarlas en todo y seguir las. Lo mismo hacía en el templo, donde miraba y conocía las oraciones y peticiones del Verbo humanado que hacía a su eterno Padre, y cómo según la humanidad en que era inferior se humillaba y reconocía con profunda reverencia los dones que recibía de la divinidad. Y algunas veces la beatísima Madre oía la voz del Padre que decía: *“Este es mi Hijo dilectísimo, en quien yo tengo mi complacencia y me deleito”* (Mt 17,5) Otras veces conocía y miraba la gran Señora que su Hijo Santísimo oraba por ella al Padre eterno y se la ofrecía como Madre verdadera, y este conocimiento era de incomparable júbilo para ella. Conocía también cómo oraba por el linaje humano, y que por todos estos fines ofrecía el Hijo sus obras y trabajos. En estas peticiones le acompañaba, imitaba y seguía.”

743. Sucedió también otras veces que los santos ángeles hacían cánticos y música suavísima al Verbo humanado, así cuando entraban en el templo, como en los caminos, y la feliz Madre los oía, miraba y entendía todos aquellos misterios y era llena de nueva luz y sabiduría, y su purísimo corazón se enardecía e inflamaba en el divino amor, y el Altísimo la comunicaba nuevos dones y favores, que no es posible comprenderlos con mis cortas razones. Pero con ellos la prevenía y preparaba para los trabajos que había de padecer, porque muchas veces, después de tan admirables beneficios, se le representaban como en un mapa todas las afrentas, ignominias y dolores que en aquella ciudad de Jerusalén padecería su Hijo Santísimo. Y para que luego lo mirase todo en él con más dolor, solía Su Majestad al mismo tiempo ponerse a orar delante y en presencia de la dulcísima Madre, y, como le miraba con la luz de la divina sabiduría y le amaba como a su Dios y juntamente como a Hijo verdadero, era traspasada con el cuchillo penetrante que le dijo Simeón (Lc 2,35) y derramaba muchas lágrimas previniendo las injurias que había de recibir su dulcísimo Hijo, las penas y la muerte ignominiosa que le habían de dar y que aquella hermosura sobre todos los hijos de los hombres (Sal 44,3) sería afeada más que de un leproso (Is 53,3) y que todo lo verían sus ojos. Y para mitigarle algo el dolor solía el niño Dios volverse a ella y le decía que dilatase su corazón con la caridad que tenía al linaje humano y ofreciese al eterno Padre aquellas penas de entrambos para remedio de los hombres. Y este ofrecimiento hacían juntos Hijo y Madre Santísimos, complaciéndose en él la Beatísima Trinidad; y especialmente le aplicaban por los fieles, y más en

particular para los predestinados, que habían de lograr los merecimientos y redención del Verbo humanado. En estas ocupaciones gastaban señaladamente Jesús y María dulcísimos los días que subían a visitar el templo de Jerusalén.

Doctrina que me dio la Reina María Santísima.

744. “Hija mía, si con atenta y profunda consideración ponderas el peso de tus obligaciones, muy fácil y suave te parecerá el trabajo que repetidas veces te encargo en cumplir con los mandamientos y ley santa del Señor. Este ha de ser el primer paso de tu peregrinación como principio y fundamento de toda la perfección cristiana. Pero muchas veces te he enseñado que el cumplir con los preceptos del Señor ha de ser no con tibieza y frialdad sino con todo fervor y devoción, porque ella te moverá y compelerá a que no te contentes con lo común de la virtud sólo, pero que te adelantes en muchas obras voluntarias, añadiendo por amor lo que no te impone Dios por obligación; que ésta es industria de su sabiduría, para darse por obligado de sus verdaderos siervos y amigos, como de ti lo quiere estar. Considera, carísima, que el camino de la vida mortal a la eterna es largo, penoso y peligroso: largo por la distancia, penoso por la dificultad, peligroso por la fragilidad humana y astucia de los enemigos. Y sobre todo esto el tiempo es breve, el fin incierto; y éste, o muy dichoso o infeliz y desdichado, y el uno y otro irrevocables. Y después del pecado de Adán, la vida animal y terrena de los mortales es poderosa contra quien la sigue, las prisiones de las pasiones fuertes, la guerra continua, lo deleitable está presente al sentido y le fascina fácilmente, lo honesto es más oculto en sus efectos y conocimiento, y todo esto junto hace la peregrinación dudosa en su acierto y llena de peligros y dificultades.

745. “Entre todos no es el menor, por la humana flaqueza, el de la carne, que por esto y por más continuo y doméstico derriba a muchos de la gracia. Pero el modo más breve y seguro de vencerle ha de ser para ti y para todos, disponer tu vida en amargura y dolor, sin admitir en ella descanso ni deleite de los sentidos y hacer pacto inviolable con ellos de que no se desmanden, ni se inclinen más de a lo que la fuerza y regla de la razón permite; y sobre este cuidado has de añadir otro, de anhelar siempre al mayor beneplácito del Señor y al fin último adonde deseas llegar. Para todo esto te conviene atender a mi imitación siempre, a que te convidó y llamo con deseo de que llegues a la plenitud de la virtud y santidad. Atiende a la puntualidad y fervor con que yo obraba tantas cosas, no porque me las mandaba el Señor, sino porque yo conocía eran de su mayor agrado. Multiplica tú los actos fervorosos, las devociones, los ejercicios espirituales, y en todo las peticiones y ofrecimientos al eterno Padre por el remedio de los mortales; ayúdalas también con el ejemplo y amonestaciones que pudieres; consuela a los tristes, anima a los flacos, ayuda a los caídos, y por todos ofrece si fuere necesario tu misma sangre y vida; y sobre todo esto agradece a mi Hijo Santísimo que sufra tan benignamente la torpe ingratitud de los hombres, sin faltar a su conservación y beneficios; atiende al invicto amor que les tuvo y tiene, y cómo yo le acompañé, y ahora lo hago en esta caridad; y tú, quiero que sigas a tu dulce Esposo en tan excelente virtud y a mí que soy tu maestra.”

CAPITULO 4

[Regresar al Principio](#)

A los doce años del infante Jesús sube con sus padres a Jerusalén y se queda oculto de ellos en el templo.

746. Continuaban, como queda dicho (Cf. supra n.737), todos los años la estación y jornada que hacían al templo Jesús, María y José Santísimos en el tiempo de la Pascua de los Azimos (Lev 23,6 (A.)). Y llegando el niño Dios a los doce años de su edad, cuando convenía ya que amaneciesen los resplandores de su inaccesible y divina luz, subieron al mismo tiempo a Jerusalén, como lo acostumbraban (Lc 2,42). Esta solemnidad de los Azimos duraba siete días, conforme a la disposición de la ley (Dt 16,8), y eran los más célebres el primero y el último día, y por esto se detenían nuestros divinos y celestiales peregrinos en Jerusalén todo aquel septenario, celebrando la fiesta con el culto del Señor y oraciones que acostumbraban los demás israelitas, si bien en el oculto sacramento eran tan singulares y diferentes de todos los demás. Y la dichosa Madre y su santo esposo respectivamente recibían de la mano del Señor en estos días favores y beneficios sobre todo pensamiento humano,

747. Pasado el día séptimo de la solemnidad se volvieron para Nazaret y al salir de la ciudad de Jerusalén dejó el niño Dios a sus padres, sin que ellos lo pudiesen advertir, y se quedó oculto, prosiguiendo ellos su jornada ignorantes del suceso. Para ejecutar esto se valió el Señor de la costumbre y concurso de la gente que, como era tan grande en aquellas solemnidades, solían dividirse las tropas de los forasteros apartándose las mujeres de los hombres, por la decencia y recato conveniente; y los niños que llevaban a estas festividades acompañaban a los padres o madres sin

diferencia, porque en esto no había peligro de indecencia; con que pudo pensar San José que el infante Jesús iba en compañía de su Santísima Madre, a quien asistía de ordinario, y no pudo imaginar que iría sin él, porque la divina Reina le amaba y conocía sobre toda criatura angélica y humana. La gran Señora no tuvo tantas razones para juzgar que iba su Hijo Santísimo con el patriarca San José, pero el mismo Señor la divirtió con otros pensamientos divinos y santos, para que al principio no atendiese y que después, cuando se reconoció sola sin su amado y dulcísimo Hijo, pensase que lo llevaba consigo el gloriosísimo San José y que para su consuelo le acompañaba el Señor de las alturas.

748. Con esta presunción caminaron María y José Santísimos todo un día, como dice San Lucas (Lc 2,44). Y como se iban despidiendo y saliendo de la ciudad por diferentes caminos los forasteros, se iban después juntando cada uno con su mujer o familia. Se hallaron María Santísima y su esposo en el lugar donde habían de posar y concurrir juntos la primera noche después que salieron de Jerusalén. Y viendo la gran Señora que el niño Dios no venía con San José como lo había pensado y que tampoco el patriarca le hallaba con su Madre, quedaron los dos casi enmudecidos con el susto y admiración, sin poderse hablar por mucho rato; y cada uno respectivamente, gobernando el juicio por su profundísima humildad, se hizo cargo a sí mismo de haberse descuidado en haber dejado a su Hijo Santísimo que se perdiese de vista; porque ignoraban el misterio y el modo como Su Majestad lo había ejecutado. Cobraron los divinos esposos algún aliento y con sumo dolor confirieron lo que debían hacer, y la amorosa Madre dijo a San José: “Esposo y Señor mío, no sosegará mi corazón, si no volvemos con toda diligencia a buscar a mi Hijo Santísimo.” Lo hicieron así, comenzando la pesquisa entre los deudos y conocidos, y ninguno pudo darles noticia de él, ni aliviarles su dolor, antes bien se les acrecentó de nuevo con las respuestas de que no le habían visto en el camino desde Jerusalén.

749. Se convirtió la afligida Madre a sus santos ángeles, y los que llevaban aquella venera del santísimo nombre de Jesús que dije hablando de la circuncisión (Cf. supra n.523) se habían quedado con el mismo Señor y los demás acompañaban a su Madre purísima; y esto sucedía siempre que se dividían; a éstos, que eran diez mil, preguntó su Reina y les dijo: “Amigos y compañeros míos, bien conocéis la justa causa de mi dolor. Yo os pido que en tan amarga aflicción seáis vosotros mi consuelo, dándome noticia de mi Amado, para que yo le busque y le halle (Cant 3,2). Dad algún aliento a mi lastimado corazón, que ausente de su bien y de su vida se sale de su lugar para buscarle.” Los santos ángeles, que sabían la voluntad del Señor en dar a Su Madre Santísima aquella ocasión de tantos merecimientos y que no era tiempo de manifestarle el sacramento, aunque no perdían de vista a su Criador y nuestro Reparador, la respondieron consolándola con otras razones, pero no le dijeron entonces dónde estaba su Hijo Santísimo, ni las ocupaciones que tenía; y con esta respuesta y nuevas dudas que le causaron a la prudentísima Señora, crecían con sumo dolor sus cuidados, lágrimas y suspiros, para buscar, con diligencia, no la dracma perdida como la otra mujer del Evangelio (Lc 15,8 (A.)), sino todo el tesoro del cielo y tierra.

750. Discurría consigo misma la Madre de la sabiduría, formando en su corazón diversos pensamientos. Y lo primero se le ofrecía si Arquelao, imitando la crueldad de su padre Herodes, había tenido noticia del infante Jesús y le habría preso. Y aunque sabía por las divinas Escrituras y revelaciones y por la doctrina de su Hijo Santísimo y maestro divino, que no era llegado el tiempo de la muerte y pasión de su Redentor y nuestro ni entonces le quitarían la vida, pero llegó a recelarse y temer que le hubiesen cogido y puesto en prisiones y le maltratasen. Sospechaba también con humildad profundísima si por ventura le había ella disgustado con su servicio y asistencia, y se había retirado al desierto con su futuro precursor San Juan. Otras veces, hablando con su bien ausente, le decía: “Dulce amor y gloria de mi alma, con el deseo que tenéis de padecer por los hombres, ningún trabajo y penalidad excusaréis con vuestra inmensa caridad, antes me recelo, Dueño y Señor mío, que los buscaréis de intento. ¿A dónde iré? ¿Dónde os hallaré, lumbre de mis ojos? ¿Queréis que desfallezca mi vida con el cuchillo que la dividió de vuestra presencia? Pero no me admiro, bien mío, castigéis con vuestra ausencia a la que no supo lograr el beneficio de vuestra compañía. ¿Por qué, Señor mío, me habéis enriquecido con los regalos dulces de vuestra infancia, si tan temprano había de carecer de vuestra amable asistencia y doctrina? Pero, ¡ay de mí! que como no pude merecer el teneros por Hijo y gozaros este tiempo, confieso lo que debo agradeceros el que vuestra dignación me quiso admitir por esclava. Y si porque soy indigna Madre vuestra puedo valerme de este título para buscaros por mi Dios y por mi bien, dadme, Señor, licencia para hacerlo y concededme lo que me falta para ser digna de hallaros, que con vos viviré yo en el desierto, en las penas, trabajos, tribulaciones y en cualquiera parte. Dueño mío, mi alma desea que con dolores y tormentos me dejéis merecer en parte o morir si no os hallo o vivir en vuestro servicio y compañía. Cuando vuestro ser divino se ocultó de mi interior, me quedó la presencia de vuestra amable humanidad y, aunque severa y menos cariñosa que acostumbraba, hallaba vuestros pies a que arrojarme; mas ahora carezco de esta dicha y de todo punto se me ha escondido el sol que me alumbraba y sólo me quedaron las angustias y gemidos. ¡Ay vida de mi alma, qué de suspiros de lo íntimo del

corazón os pueda enviar!, pero no son dignos de vuestra clemencia, pues no tengo noticia dónde os hallarán mis ojos.”

751. Perseveró la candidísima paloma en lágrimas y gemidos, sin descansar, sin sosegar, sin dormir ni comer los tres días continuos. Y aunque los diez mil ángeles la acompañaban corporalmente en forma humana y la miraban tan afligida y dolorosa, con todo eso no le manifestaban dónde hallaría al infante perdido. Y el día tercero se resolvió la gran Reina en ir a buscarle al desierto, donde estaba San Juan, porque se inclinaba más a que estaría con él su Hijo Santísimo, pues no hallaba indicios de que Arquelao le tuviese preso. Cuando ya quería ejecutar esta determinación y echar el paso para ella, la detuvieron los santos ángeles y la dijeron que no fuese al desierto, porque el divino Verbo humanado no estaba en él. Determinó también ir a Belén, por si por ventura estaba en el portal donde había nacido, y de esta diligencia la divirtieron los santos ángeles también, diciendo que el Señor no estaba tan lejos. Y aunque la beatísima Madre oía estas respuestas y conocía que los espíritus soberanos no ignoraban dónde estaba el infante Jesús, fue tan advertida, humilde y detenida con su rara prudencia, que no les replicó ni preguntó más dónde le hallaría, porque coligió se lo ocultaban con voluntad del Señor. Con tanta magnificencia y veneración trataba la Reina de los mismos ángeles los sacramentos del Altísimo y a sus ministros y embajadores. Y este suceso fue uno de los que se le ofrecieron en qué descubrir la grandeza de su real y magnánimo corazón.

752. No llegó al dolor que tuvo Maria Santísima en esta ocasión el que han tenido y padecido todos los mártires; ni la paciencia, conformidad y tolerancia de esta Señora tuvo igual ni lo puede tener, porque la pérdida de su Hijo Santísimo era sobre todo lo criado; el conocimiento, el amor y el aprecio más que toda ponderación imaginable; la duda era tan grande, sin conocer la causa, como ya he dicho. Y a más de esto la dejó el Señor aquellos tres días en el estado común que solía tener cuando carecía de los particulares favores y casi en el estado ordinario de la gracia, porque, fuera de la vista y habla de los santos ángeles, suspendió otros regalos y beneficios que frecuentemente comunicaba a su alma santísima; y de todo esto se conoce en parte cuál sería el dolor de la divina y amorosa Madre. Pero, ¡oh prodigio de santidad y prudencia, fortaleza y perfección!, que con tan inaudito trabajo y excesiva pena no se turbó, ni perdió la paz interior ni exterior, ni tuvo pensamiento de ira ni despecho, ni otro movimiento o palabra desigual, ni desordenada tristeza o enojo, como de ordinario sucede a los demás hijos de Adán en los grandes trabajos, y aun sin ellos se desconciertan todas sus pasiones y potencias. Pero la Señora de las virtudes obró en todas ellas con celestial armonía y consonancia, y aunque su dolor la tuvo herido el corazón y era sin medida, la hubo en todas sus acciones, y no cesó ni faltó a la reverencia y alabanza del Señor, ni hizo intervalo en las oraciones y peticiones por el linaje humano y porque se le concediese hallar a su Santísimo Hijo.

753. Con esta sabiduría divina y con suma diligencia le buscó tres días continuos, preguntando a diferentes personas y discurriendo y dando señas de su amado a las hijas de Jerusalén, rodeando la ciudad por las calles y plazas; cumpliéndose en esta ocasión lo que de esta gran Señora dejó dicho Salomón en los Cantares (Cant 3,2,5,8-10 (A.)). Le preguntaban algunas mujeres qué señas eran las de su único y perdido niño, y ella respondía con las que dio la esposa en nombre suyo: *“Mi querido es blanco y colorado, escogido entre millares.”* La oyó una mujer entre otras que la dijo: “Ese niño con las mismas señas llegó ayer a mi puerta a pedir limosna y se la di, y su agrado y hermosura robó mi corazón. Y cuando le di limosna, sentí en mi interior una dulce fuerza y compasión de ver pobre y sin amparo un niño tan gracioso.” - Estas fueron las primeras nuevas que halló en Jerusalén la dolorosa Madre de su Unigénito y respirando un poco en su dolor prosiguió con la pesquisa, y algunas otras personas le dijeron casi lo mismo. Con estos indicios encaminó sus pasos al hospital de la ciudad, juzgando hallaría entre los pobres al Esposo y Artífice de la pobreza, como entre sus legítimos hermanos y amigos. Y preguntando por él respondieron que el niño que tenía aquellas señales los había visitado aquellos tres días, llevándoles algunas limosnas y dejándolos muy consolados en sus trabajos.

754. Todos estos indicios y señales causaban en la divina Señora dulcísimos y muy tiernos afectos que de lo íntimo del corazón enviaba a su oculto y escondido Hijo. Y luego se le ofreció que, pues no estaba con los pobres, asistiría sin duda en el templo, como en casa de Dios y de oración. A este pensamiento le respondieron los santos ángeles: “Reina y Señora nuestra, cerca está vuestro consuelo, luego veréis la lumbre de vuestros ojos, apresurad el paso y llegad al templo.” El glorioso patriarca San José vino en esta ocasión a presencia de su esposa, que por doblar las diligencias había tomado otro camino para buscar al niño Dios, y por otro ángel fue también avisado que caminase al templo. Y todos tres días padeció incomparable y excesiva aflicción y dolor, discurriendo de unas partes a otras, unas veces con su divina esposa, otras sin ella, y con gravísima pena. Y hubiera llegado su vida a manifiesto peligro, si la mano del Señor no le confortara y si la prudentísima Señora no le consolara y cuidara de que tomara algún alimento y descansara

de su gran fatiga algunos ratos, porque su verdadero y fino afecto al niño Dios le llevaba vehemente y ansioso a buscarse sin acordarse de alimentar la vida ni socorrer la naturaleza. Con el aviso de los santos príncipes fueron María purísima y San José al templo, donde sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

755. “Hija mía, por experiencia muy repetida saben los mortales que no se pierde sin dolor aquello que se ama y posee con deleite. Esta verdad, tan conocida con la prueba, debía enseñar y redargüir a los mundanos del desamor que tienen con su Dios y Criador, pues donde le pierden tantos son tan pocos los que se duelen de esta pérdida, porque nunca merecieron amarle ni poseerle por la fuerza de la gracia. Y como no les duele perder el bien que ni aman ni poseyeron, por eso, ya perdido, se descuidan de buscarle. Pero hay gran diferencia en estas pérdidas o ausencias del verdadero Bien, porque no es lo mismo ocultarse Dios del alma para examen de su amor y aumento de las virtudes, o alejarse de ella en pena de sus culpas. Lo primero es industria del amor divino y medio para más comunicarse a la criatura que lo desea y merece. Lo segundo es justo castigo de la indignación divina. En la primera ausencia del Señor se humilla el alma por el temor santo y filial amor y duda que tiene de la causa y, aunque no la reprenda la conciencia, el corazón blando y amoroso conoce el peligro, siente la pérdida y viene como dice el Sabio (Prov 28,14 (A.)) a ser bienaventurado porque siempre está pávido y temeroso de tal pérdida, y el hombre no sabe si es digno del amor o aborrecimiento de Dios (Ecl 9,1 (A.)), y todo se reserva para el fin, y en el ínterin en esta vida mortal comúnmente suceden las cosas al justo y al pecador sin diferencia (Ecl 9,2 (A.)).

756. “Este peligro dijo el Sabio (Ecl 9,3) que era el mayor y el pésimo en todas las cosas que suceden debajo del sol, porque los impíos y réprobos se llenan de malicia y dureza de corazón con falsa y peligrosa seguridad, viendo que sin diferencia suceden las cosas a ellos y a los demás, y que no se puede conocer con certeza quién es el escogido o el réprobo, el amigo o enemigo, justo o pecador, quién merece el odio y quién el amor. Pero si los hombres recurriesen sin pasión y sin engaño a la conciencia, ella respondería a cada uno la verdad que le conviene saber; pues cuando reclama contra los pecados cometidos, estulticia torpísima es no atribuirse a sí misma los males y daños que padece y no reconocerse desamparada y sin la presencia de la gracia y con la pérdida del todo y sumo bien. Y si estuviera libre la razón, el mayor argumento era no sentir con íntimo dolor la pérdida o la falta del gozo espiritual y efectos de la gracia; porque faltar este sentimiento a una alma criada y ordenada para la eterna felicidad, fuerte indicio es que ni la desea ni la ama, pues no la busca con diligencia hasta llegar a tener alguna satisfacción y seguridad prudente, que puede alcanzar en esta vida mortal, de que no ha perdido por su culpa el sumo Bien.

757. Yo perdí a mi Hijo Santísimo en cuanto a la presencia corporal y, aunque fue con esperanza de hallarle, el amor y la duda de la causa de su ausencia no me dieron reposo hasta volver a hallarle. Esto quiero que tú imites, carísima, ahora le pierdas por culpa tuya o por industria suya. Y para que no sea por castigo, lo debes procurar con tanta fuerza, que ni la tribulación, ni la angustia, ni la necesidad, ni el peligro, ni la persecución, ni el cuchillo, lo alto ni profundo dividan entre ti y tu bien (Rom 8,35); pues si tú eres fiel como se lo debes y no le quieres perder, no serán poderosos para privarte de él los ángeles, ni principados, ni potestades, ni otra alguna criatura (Rom 8,38). Tan fuerte es el vínculo de su amor y sus cadenas, que nadie las puede romper si no es la misma voluntad de la criatura.”

CAPITULO 5

[Regresar al Principio](#)

Después de tres días hallan María Santísima y José al infante Jesús en el templo disputando con los doctores.

758. En el capítulo pasado (Cf. supra n.747) queda respondido en parte a la duda que algunos podían tener cómo nuestra divina Reina y Señora, siendo tan advertida y diligente en acompañar y servir a su Hijo Santísimo, le perdió de vista para que se quedase en Jerusalén. Y aunque bastaba por respuesta saber que así lo pudo disponer el mismo Señor, pero con todo eso diré aquí más del modo como sucedió, sin descuido o inadvertencia voluntaria de la amorosa Madre. Cierto es que, a más de valerse para esto el niño Dios del concurso de la gente, usó de otro medio sobrenatural que era casi necesario para divertir la atención de su cuidadosa Madre y compañera, porque sin este medio no dejara ella de atender a que se le apartaba el sol que la guiaba en todos sus caminos. Sucedió que, al dividirse los varones de las mujeres, como queda dicho, el poderoso Señor infundió en su divina Madre una visión intelectual de la divinidad, con que la fuerza de aquel altísimo objeto la llamó y llevó toda al interior, y quedó tan abstraída, enardecida y llevada de

los sentidos, que sólo pudo usar de ellos para proseguir el camino por grande espacio, y en lo demás quedó toda embriagada en la suavidad de la divina consolación y vista del Señor. San José tuvo la causa que ya dije (Cf. supra .ibidem), aunque también fue llevado su interior con otra altísima contemplación que hizo más fácil y misterioso el engaño de que el niño iba con su Madre. Y por este modo se ausentó de los dos, quedándose en Jerusalén; y cuando a largo rato advirtió y se halló sola la Reina y sin su Hijo Santísimo, sospechó estaba con su Padre putativo.

759. Sucedió esto muy cerca de las puertas de la ciudad, a donde se volvió luego el niño Dios discurriendo por las calles; y mirando con la vista de su divina ciencia todo lo que en ellas le había de suceder, lo ofreció a su eterno Padre por la salud de las almas. Pidió limosna aquellos tres días para calificar desde entonces a la humilde mendicación como primogénita de la santa pobreza. Visitó los hospitales de los pobres y consolándolos a todos partió con ellos las limosnas que había recibido, y dio salud ocultamente a algunos enfermos del cuerpo y a muchos de las almas, ilustrándolos interiormente y reduciéndolos al camino de la vida eterna. Y con algunos de los bienhechores que le dieron limosna, hizo estas maravillas con mayor abundancia de gracia y luz, para comenzar a cumplir desde luego la promesa que después había de hacer a su Iglesia: que quien recibe al justo y al profeta en nombre de profeta, recibirá merced y premio de justo. (Mt 10,41 (A.)).

760. Habiéndose ocupado en estas y otras obras de la voluntad del eterno Padre, fue al templo. Y el día que dice el evangelista San Lucas (Lc 2,46 (A.)), se juntaron los rabinos, que eran los doctores y maestros de la ley, en un lugar donde se conferían algunas dudas y puntos de las Escrituras. En aquella ocasión se disputaba de la venida del Mesías, porque de las novedades y maravillas que se habían conocido en aquellos años desde el nacimiento del Bautista y venida de los Reyes orientales, había crecido el rumor entre los judíos de que ya era cumplido el tiempo y estaba en el mundo aunque no era conocido. Estaban todos asentados en sus lugares con la autoridad que suelen representar los maestros y los que se tienen por doctos. Se llegó el infante Jesús a la junta de aquellos magnates, y el que era Rey de los reyes y Señor de los señores (1 Tim 6,15; Ap 19,16 (A.)), la misma Sabiduría infinita y el que enmienda a los sabios (Sab 7,15 (A.)) se presentó delante de los maestros del mundo como discípulo humilde, manifestando que se acercaba para oír lo que se disputaba y hacerse capaz de la materia que en ella se confería, que era sobre si el Mesías prometido era venido o llegado el tiempo de que viniese al mundo.

761. Las opiniones de los letrados variaban mucho sobre este artículo, afirmando unos y negando otros. Y los de la parte negativa alegaban algunos testimonios de las Escrituras y profecías entendidas como grosería que dijo el Apóstol: (2 Cor 3,6 (A.)) "*Mata la letra entendida sin espíritu.*" Porque estos sabios consigo mismos afirmaban que el Mesías había de venir con majestad y grandeza de rey para dar libertad a su pueblo con la fuerza de su gran poder, rescatándole temporalmente de toda servidumbre de los gentiles, y de esta potencia y libertad no había indicios en el estado que tenían los hebreos, imposibilitados para sacudir de su cuello el yugo de los romanos y de su imperio. Este parecer hizo gran fuerza en aquel pueblo carnal y ciego, porque la majestad y grandeza del Mesías prometido y la Redención que con su poder divino venía a conceder a su pueblo la entendían ellos para sí solos y que había de ser temporal y terrena, como todavía lo esperan hoy los judíos obcecados con el velamen que oscurece sus corazones (Is 6,10). Hoy no acaban de conocer que la gloria, la majestad y poder de nuestro Redentor, y la libertad que vino a dar al mundo, no es terrena, temporal y percedera, sino celestial, espiritual y eterna, y no sólo para los judíos, aunque a ellos se les ofreció primero, sino a todo el linaje humano de Adán sin diferencia.

762. Reconoció el maestro de la verdad, Jesús, que la disputa se concluía en este error, porque si bien algunos se inclinaban a la razón contraria, eran pocos, y éstos quedaban oprimidos de la autoridad y razones de los otros. Y como Su Majestad divina había venido al mundo para dar testimonio de la verdad (Jn 18,37), que era él mismo, no quiso consentir en esta ocasión, donde tanto importaba manifestarla, que con la autoridad de los sabios quedase establecido el engaño y error contrario. No sufrió su caridad inmensa ver aquella ignorancia de sus obras y fines altísimos en los maestros, que debían ser idóneos ministros de la doctrina verdadera para enseñar al pueblo el camino de la vida y el autor de ella nuestro Reparador. Se acercó más el niño Dios a la plática para manifestar la gracia que estaba derramada en sus labios (Sal 44,3). Entró en medio de todos con rara majestad y hermosura, como quien deseaba preguntar alguna duda. Y con su agradable semblante despertó en aquellos sabios el deseo de oírle con atención.

763. Habló el niño Dios y dijo: "La duda que se ha tratado, de la venida del Mesías y su resolución, he oído y entendido enteramente. Y para proponer mi dificultad en esta determinación, supongo de los profetas dicen que su venida será con gran poder y majestad, como aquí se ha referido con los testimonios alegados. Porque Isaías dice que

será nuestro Legislador y Rey, que salvará a su pueblo (Is 33,22) y en otra parte afirma que vendrá de lejos con furor grande (Is 30,27), como también lo aseguró David, que abrasará a todos sus enemigos (Sal 96,3), Y Daniel afirma que todos los tribus y naciones le servirán (Dan 7,14), y el Eclesiástico dice que vendrá con él gran multitud de santos (Eclo 24,3-4), y los profetas y Escrituras están llenas de semejantes promesas, para manifestar su venida con señales harto claras y patentes si se miran con atención y luz. Pero la duda se funda en estos y otros lugares de los profetas, que todos han de ser igualmente verdaderos aunque en la corteza parezcan encontrados, y así es forzoso concuerden, dando a cada uno el sentido en que puede y debe convenir con el otro. Pues ¿cómo entenderemos ahora lo que dice el mismo Isaías que vendrá de la tierra de los vivientes y que encontrará su generación (Is 53,8), que será saciado de oprobios (Is 53,11), que será llevado a morir como la oveja al matadero y que no abrirá su boca (Is 53,7)? Jeremías afirma que los enemigos del Mesías se juntarán para perseguirle y echar ponzoña en su pan y borrar su nombre de la tierra (Jer 11,18), aunque no prevalecerán; David dijo que sería el oprobio del pueblo y de los hombres y como gusano hollado y despreciado (Sal 21,7-8); Zacarías, que vendrá manso y humilde, asentado sobre una humilde bestia (Zac 9,9). Y todos los profetas dicen lo mismo de las señales que ha de traer el Mesías prometido.”

764. Pues “¿cómo será posible - añadió el niño Dios - ajustar estas profecías, si suponemos que el Mesías ha de venir con potencia de armas y majestad para vencer a todos los reyes y monarcas con violencia y derramando sangre ajena? No podemos negar que habiendo de venir dos veces, una y la primera para redimir el mundo y otra para juzgarle, las profecías se hayan de aplicar a estas dos venidas dando a cada una lo que le toca. Y como los fines de estas dos venidas han de ser diferentes, también lo serán las condiciones, pues no ha de haber en entrambos un mismo oficio sino muy diversos y contrarios. En la primera ha de vencer al demonio, derribándole del imperio que adquirió sobre las almas por el primer pecado; y para esto en primer lugar ha de satisfacer a Dios por todo el linaje humano y luego enseñar a los hombres con palabra y ejemplo el camino de la vida eterna y cómo deben vencer a los mismos enemigos y servir y adorar a su Criador y Redentor, cómo han de corresponder a los dones y beneficios de su mano y usar bien; de todos estos fines se ha de ajustar su vida y doctrina en la primera venida. La segunda ha de ser a pedir cuenta a todos en el juicio universal y dar a cada uno el galardón de sus obras buenas o malas, castigando a sus enemigos con furor e indignación. Y esto dicen los profetas de la segunda venida.

765. “Y conforme a esto, si queremos entender que la venida primera será con poder y majestad y, como dijo David, que reinará de mar a mar (Sal 71,8) y que su reino será glorioso, como dicen otros profetas, todo esto no se puede entender materialmente del reino y aparato majestuoso, sensible y corporal, sino del nuevo reino espiritual que fundará en nueva Iglesia, que se extienda por todo el orbe con majestad, poder y riquezas de gracia y virtudes contra el demonio. Y con esta concordia quedan uniformes todas las Escrituras, que no es posible convenir en otro sentido. Y el estar el pueblo de Dios debajo del imperio romano y sin poderse restituir al suyo propio, no sólo no es señal de no haber venido el Mesías, pero antes es infalible testimonio de que ha venido al mundo, pues nuestro patriarca Jacob dejó esta señal para que sus descendientes lo conociesen, viendo al tribu de Judá sin el cetro y gobierno de Israel (Gen 49,10), y ahora confesáis que ni éste ni otro de los tribus esperan tenerle ni recuperarle. Todo esto prueban también las semanas de Daniel (Dan 9,25), que ya es forzoso estar cumplidas. Y el que tuviere memoria se acordará de lo que he oído, que hace pocos años se vio en Belén a media noche grande resplandor y a unos pastores pobres les fue dicho que el Redentor había nacido y luego vinieron del oriente ciertos reyes guiados de una estrella, buscando al Rey de los judíos para adorarle; y todo estaba así profetizado. Y creyéndolo por infalible el rey Herodes, padre de Arquelao, quitó la vida a tantos niños sólo por quitársela entre todos al Rey que había nacido, de quien temía sucedería en el reino de Israel.”

766. Otras razones dijo con éstas el infante Jesús con la eficacia de quien preguntando enseñaba con potestad divina. Y los escribas y letrados que le oyeron enmudecieron todos y convencidos se miraban unos a otros y con admiración grande se preguntaban: “¿Qué maravilla es ésta? ¡Y qué muchacho tan prodigioso! ¿De dónde ha venido o cuyo es este niño?” Pero quedándose en esta admiración, no conocieron ni sospecharon quién era el que así los enseñaba y alumbraba de tan importante verdad. En esta ocasión, antes que el niño Dios acabara su razonamiento, llegaron su Madre Santísima y el castísimo esposo San José a tiempo de oírle las últimas razones. Y concluyendo el argumento se levantaron con estupor y admirados todos los maestros de la ley. Y la divina Señora, absorta en el júbilo que recibió, se llegó a su Hijo amantísimo y en presencia de todos los circunstantes le dijo lo que refiere San Lucas (Lc 2,48-49): “Hijo, ¿por qué lo habéis hecho así? Mirad que vuestro Padre y yo llenos de dolor os andábamos a buscar.” Esta amorosa querella dijo la divina Madre con igual reverencia y afecto, adorándole como a Dios y representándole su aflicción como a Hijo. Respondió Su Majestad: “Pues ¿para qué me buscabais? ¿No sabéis que me conviene cuidar de las

cosas que tocan a mi Padre?”

767. El misterio de estas palabras, dice el evangelista que no le entendieron ellos, porque se les ocultó entonces a María Santísima y a San José. Y esto procedió de dos causas: la una, porque el gozo interior que cogieron de lo que habían sembrado con lágrimas, les llevó mucho, motivado con la presencia de su rico tesoro que habían hallado; la otra razón fue porque no llegaron a tiempo de hacerse capaces de la materia que se había tratado en aquella disputa; y a más de estas razones hubo otra para nuestra advertidísima Reina y fue el estar puesta la cortina que le ocultaba el interior de su Hijo Santísimo, donde todo lo pudiera conocer, y no se le manifestó luego que le halló hasta después. Se despidieron los letrados, confiriendo el asombro que llevaban de haber oído la Sabiduría eterna, aunque no la conocían. Y quedando casi a solas la Madre beatísima con su Hijo Santísimo, le dijo con maternal afecto: “Dad licencia, Hijo mío, a mi desfallecido corazón” - esto dijo echándole los brazos - para que manifieste su dolor y pena, porque en ella no se resuelva la vida si es de provecho para serviros; y no me arrojéis de vuestra cara, admitidme por vuestra esclava. Y si fue descuido mío el perderos de vista, perdonadme y hacedme digna de vos y no me castigéis con vuestra ausencia.” El niño Dios la recibió con agrado y se le ofreció por maestro y compañero hasta el tiempo oportuno y conveniente. Con esto descansó aquel columbino y encendido corazón de la gran Señora, y caminaron a Nazaret.

768. Pero en alejándose un poco de Jerusalén, cuando se hallaron solos en el camino, la prudentísima Señora se postró en tierra y adoró a su Hijo Santísimo y le pidió su bendición, porque no lo había hecho exteriormente cuando le halló en el templo entre la gente; tan advertida y atenta estaba a no perder ocasión en que obrar con la plenitud de su santidad. El infante Jesús la levantó del suelo y la habló con agradable semblante y dulcísimas razones, y luego corrió el velo y le manifestó de nuevo su alma santísima y operaciones con mayor claridad y profundidad que antes. Y en el interior del Hijo Dios conoció la divina Madre todos los misterios y obras que el mismo Señor había hecho en aquellos tres días de ausencia y entendió todo cuanto había pasado en la disputa de los doctores y lo que el infante Jesús les dijo y las razones que tuvo para no manifestarse con más claridad por Mesías verdadero; y otros muchos secretos y sacramentos ocultos le reveló y manifestó a su Madre Virgen, como archivo en quien se depositaban todos los tesoros del Verbo humanado, para que por todos y en todos ella diese el retorno de gloria y alabanza que se debía al Autor de tantas maravillas. Y todo lo hizo la Madre Virgen con agrado y aprobación del mismo Señor. Luego pidió a Su Majestad descansase un poco en el campo y recibiese algún sustento, y lo admitió de mano de la gran Señora, que de todo cuidaba como Madre de la misma Sabiduría.

769. En el discurso del camino confería la divina Madre con su dulcísimo Hijo los misterios que le había manifestado en su interior de la disputa de los doctores, y el celestial maestro de nuevo la informó vocalmente de lo que por inteligencia le mostró y en particular la declaró que aquellos letrados y escribas no vinieron en conocimiento de que Su Majestad era el Mesías por la presunción y arrogancia que tenían de su ciencia propia, porque con las tinieblas de la soberbia estaban oscurecidos sus entendimientos para no percibir la divina luz, aunque fue tan grande la que el niño Dios les propuso, y sus razones les convencían bastantemente si tuvieran dispuesto el afecto de la voluntad con humildad y deseo de la verdad; y por el impedimento que pusieron, no toparon con ella estando tan patente a sus ojos. Convirtió nuestro Redentor muchas almas al camino de la salvación en esta jornada, y en estando presente su Madre Santísima la tomaba por instrumento de estas maravillas y por medio de sus razones prudentísimas y santas amonestaciones ilustraba los corazones de todos los que la divina Señora hablaba. Dieron salud a muchos enfermos, consolaron a los afligidos y tristes y por todas partes iban derramando gracia y misericordias sin perder lugar ni ocasión oportuna. Y porque en otras jornadas que hicieron dejó escritas algunas particulares maravillas semejantes a éstas (Cf. supra n.624,645, 667, 669,704), no me alargó ahora en referir otras, que sería menester muchos capítulos y tiempo para contarlas todas y me llaman otras cosas más precisas de esta Historia.

770. Llegaron de vuelta a Nazaret, donde se ocuparon en lo que diré adelante. El evangelista San Lucas (Lc 2,51-52) compendiosamente encerró los misterios de su historia en pocas palabras, diciendo que el infante Jesús estaba sujeto a sus padres se entiende María Santísima y su esposo José y que su divina Madre notaba y confería todos estos sucesos, guardándolos en su corazón, y que Jesús aprovechaba en sabiduría, edad y gracia acerca de Dios y de los hombres, de que adelante diré lo que hubiere entendido. Y ahora sólo refiero que la humildad y obediencia de nuestro Dios y Maestro con sus padres fue nueva admiración de los ángeles, y también lo fue la dignidad y excelencia de su Madre Santísima, que mereció se le sujetase y entregase el mismo Dios humanado, para que con amparo de San José le gobernase y dispusiese de él como de cosa suya propia. Y aunque esta sujeción y obediencia era como consiguiente a

la maternidad natural, pero con todo eso, para usar del derecho de Madre en el gobierno de su Hijo, como superiora en este género, fue necesaria diferente gracia que para concebirle y parirle. Y estas gracias convenientes y proporcionadas tuvo María Santísima con plenitud para todos estos ministerios y oficios, y la tuvo tan llena que de su plenitud redundaba en el felicísimo esposo San José, para que también él fuese digno padre putativo de Jesús dulcísimo y cabeza de esta familia.

771. A la obediencia y rendimiento del Hijo Santísimo con su Madre correspondía de su parte la gran Señora con obras heroicas; y entre otras excelencias tuvo una casi incomprensible humildad y devotísimo agradecimiento de que Su Majestad se hubiese dignado de estar en su compañía y volver a ella. Este beneficio, que juzgaba la divina Reina por tan nuevo como a sí misma por indigna, acrecentó en su fidelísimo corazón el amor y solicitud de servir a su Hijo Dios. Y era tan incesante en agradecerle, tan puntual, atenta y cuidadosa en servirle, y siempre de rodillas y pegada con el polvo, que admiraba a los encumbrados serafines. Y a más de esto en imitarle en todas sus acciones, como las conocía, era oficiosísima y ponía toda su atención y cuidado en dibujarlas y ejecutarlas respectivamente; que con esta plenitud de santidad tenía herido el corazón de Cristo nuestro Señor (Cant 4,9) y a nuestro modo de entender, le tenía preso con cadenas de invencible amor. Y obligado este Señor como Dios y como Hijo verdadero de esta divina Princesa, había entre Hijo y Madre una recíproca correspondencia y divino círculo de amor y de obras, que se levantaba sobre todo entendimiento criado. Porque en el mar océano de María entraban todos los corrientes caudalosos de las gracias y favores del Verbo humanado, y este mar no redundaba (Ecl 1,7 (A.)) porque tenía capacidad y senos para recibirlos, pero se volvían estos corrientes a su principio, remitiéndolos a él la feliz Madre de la sabiduría, para que corriesen otra vez, como si estos flujos y reflujos de la divinidad anduvieran entre el Hijo Dios y su Madre sola. Este es el misterio de estar tan repetidos aquellos humildes reconocimientos de la esposa: “Mi querido para mí y yo para él, que se apacienta entre los lirios mientras se acerca el día y se desvían las sombras (Cant 2,16-17 (A.)). Y otras veces: Yo para mi Amado y él para mí (Cant 6,2 (A.)). Yo para mi dilecto y él se convierte a mí.” (Cant 7,10 (A.)).

772. El fuego del amor divino que ardía en el pecho de nuestro Redentor y que vino a encender en la tierra (Lc 12,49), era como forzoso que hallando materia próxima y dispuesta, cual era el corazón purísimo de su Madre, hiciese y obrase con suma actividad efectos tan sin límite, que sólo el mismo Señor los pudo conocer como los pudo obrar. Sola una cosa advierto, que se me ha dado inteligencia de ella, y es que en las demostraciones exteriores del amor que tenía el Verbo humanado a su Madre Santísima medía las obras y señales, no con el afecto y natural inclinación de Hijo, sino con el estado que la gran Reina tenía de merecer como viadora; porque conoció Su Majestad que si en estas demostraciones y favores la regalara tanto como le pedía la inclinación del natural amor de Hijo a tal Madre, la impidiera algo con el continuo gozo de las delicias de su amado para merecer menos de lo que convenía. Y por esto detuvo el Señor en parte esta natural fuerza de su misma humanidad y dio lugar para que su divina Madre, aunque era tan santa, obrase y mereciese padeciendo sin el continuo y dulce premio que pudiera tener en los favores visibles de su Hijo Santísimo. Y por esta razón en la conversación ordinaria guardaba el niño Dios más entereza y serenidad, y aunque la diligentísima Señora era tan cuidadosa en servirle, administrarle y prevenir todo lo que era necesario con incomparable reverencia, el Hijo Santísimo no hacía en esto tantas demostraciones cuanto le obligaba la solicitud de su Madre.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

773. “Hija mía, todas las obras de mi Hijo Santísimo y mías están llenas de misteriosa doctrina y enseñanza para los mortales que con atenta reverencia las consideran. Se ausentó Su Majestad de mí para que buscándole con dolor y lágrimas le hallase con alegría y fruto de mi espíritu. Y quiero que tú me imites en este misterio, buscándole con tal amargura que te despierte una solicitud incesante, sin descansar toda tu vida en cosa alguna hasta que le tengas y no le dejes (Cant 3,4). Para que entiendas mejor el sacramento del Señor, advierte que su sabiduría infinita de tal manera cría a las criaturas capaces de su eterna felicidad, que las pone en el camino, pero ausentes y dudosas de ella misma, para que, mientras no llegan a poseerla, siempre vivan solícitas y dolorosas y esta solicitud engendre en la misma criatura continuo temor y aborrecimiento del pecado, que es por quien sólo la puede perder, y para que entre el bullicio de la conversación humana no se deje enlazar ni enredar en las cosas visibles y terrenas. A este cuidado ayuda el Criador, añadiendo a la razón natural las virtudes de fe y esperanza, que son el estímulo del amor con que se busca y se halla el último fin de la criatura, y a más de estas virtudes y otras que infunde en el bautismo envía inspiraciones y auxilios con que despertar y mover al alma ausente del mismo Señor, para que no le olvide ni se olvide de sí misma mientras carece de su amable presencia, antes prosiga su carrera hasta llegar al deseado fin, donde hallará todo el lleno

de su inclinación y deseos.

774. “De aquí entenderás la torpe ignorancia de los mortales y qué pocos son los que se detienen a considerar el orden misterioso de su creación y justificación y las obras del Altísimo encaminadas a tan alto fin. Y de este olvido se siguen tantos males como padecen las criaturas, tomando posesión de los bienes terrenos y deleites engañosos como si fueran su felicidad y último fin. Y esta es la suma perversidad contra el orden del Criador, porque quieren los mortales en la vida transitoria y breve gozar de lo visible, como si fuera su último fin, habiendo de usar de las criaturas para conseguir el sumo bien y no para perderle. Advierte, pues, carísima, este riesgo de la estulticia humana, y todo lo deleitable y su gozo y risa júzgalo por error (Ecl 2,2) y al contentamiento sensible dile que se deja engañar en vano y que es madre de la estulticia, que embriaga el corazón, impide y destruye toda la verdadera sabiduría. Vive siempre en temor santo de perder la vida eterna y no te alegres fuera del Señor hasta conseguirla, huye de la conversación humana, teme sus peligros y si en alguno te pusiere Dios por medio de la obediencia para gloria suya, aunque debes fiar de su protección, pero no debes ser remisa ni descuidada en guardarte. No fíes tu natural a la amistad ni trato de criaturas, en que está tu mayor peligro, porque te dio el Señor condición agradecida y blanda para que fácilmente te inclinases a no resistirle en sus obras y empleases en su amor el beneficio que te hizo; pero si das entrada al amor de las criaturas, te llevarán sin duda y alejarán del sumo Bien y pervertirás el orden y las obras de su sabiduría infinita, y es cosa indigna emplear el mayor beneficio de la naturaleza en objeto que no sea el más noble de toda ella. Levántate sobre todo lo criado y a ti sobre ti, realza las operaciones de las potencias y representales el objeto nobilísimo del ser de Dios, el de mi Hijo dilecto y tu Esposo, que es especiosa su forma entre los hijos de los hombres (Sal 44,3), y ámale de todo tu corazón, alma y mente.”

CAPITULO 6

[Regresar al Principio](#)

Una visión que tuvo María Santísima a los doce años del infante Jesús, para continuar en ella la imagen y doctrina de la ley evangélica.

775. En los capítulos 1 y 2 de este libro di principio a lo que en éste y en los siguientes he de proseguir, no sin justo recelo de mi embarazado y corto discurso y mucho más de la tibieza de mi corazón, para tratar de los ocultos sacramentos que sucedieron entre el Verbo humanado y su beatísima Madre los diez y ocho años que estuvieron en Nazaret, desde la venida de Jerusalén y disputa de los doctores hasta los treinta de la edad del Señor, que salió a la predicación. En la margen de este piélagos de misterios me hallo turbada y encogida, suplicando al muy alto y excelso Señor, con afecto íntimo del alma, mande a un ángel tome la pluma y que no quede agraviado este asunto, o que Su Majestad, como poderoso y sabio, hable por mí y me ilustre, que encamine mis potencias para que gobernadas por su divina luz sean instrumento de sola su voluntad y verdad y no tenga parte en ellas la fragilidad humana en la cortedad de una ignorante mujer.

776. Ya dije arriba (Cf. supra n.714), en los capítulos citados, cómo nuestra gran Señora fue la única y primera discípula de su Hijo Santísimo, escogida entre todas las criaturas para imagen electa donde se estampase la nueva ley del Evangelio y de su autor y sirviese en su nueva Iglesia como de padrón y dechado único a cuya imitación se formasen los demás santos y efectos de la Redención humana. En esta obra procedió el Verbo humanado como un excelente artífice que tiene comprendida el arte del pintar con todas sus partes y condiciones, que entre muchas obras de sus manos procura acabar una con todo primor y destreza, que ella misma le acredite y publique la grandeza de su hacedor y sea como ejemplar de todas sus obras. Cierto es que toda la santidad y gloria de los santos fue obra del amor de Cristo y de sus merecimientos y todos fueron obras perfectísimas de sus manos, pero comparadas con la grandeza de María Santísima parecen pequeñas y borrones del arte, porque todos los santos tuvieron algunos. Sola esta imagen viva de su Unigénito no le tuvo, y la primera pincelada que se dio en su formación fue de más alto primor que los últimos retoques de los supremos espíritus y santos. Ella es el padrón de toda la santidad y virtudes de los demás y el término a donde llegó el amor de Cristo en pura criatura, porque a ninguna se le dio la gracia y gloria que María Santísima no pudo recibir y ella recibió toda la que no se pudo dar a otras, y le dio su Hijo benditísimo toda la que pudo ella recibir y él le pudo comunicar.

777. La variedad de santos y sus grados engrandecen con silencio al Artífice de tanta santidad y los menores o

pequeños hacen mayores a los grandes y todos juntos magnifican a María Santísima, quedando gloriosamente excedidos de su incomparable santidad y felizmente bienaventurados de la parte en que la imitan, entrando en este orden cuya perfección redonda en todos. Y si María purísima es la suprema que levantó de punto el orden de los justos, por eso mismo vino a ser como un instrumento o motivo de la gloria que en tal grado tienen todos los santos. Y porque en el modo que tuvo Cristo nuestro Señor de formar esta imagen de su santidad se vio, aunque de lejos, su primor, atiéndase a lo que trabajó en ella y en todo el resto de la Iglesia; pues para fundarla y enriquecerla, llamar a los apóstoles, predicar a su pueblo, establecer la nueva ley del Evangelio bastó la predicación de tres años, en que superabundantemente cumplió esta obra que le encomendó su Padre eterno y justificó y santificó a todos los creyentes, y para estampar en su beatísima Madre la imagen de su santidad, no sólo se empleó tres años sino tres veces diez, obrando incesantemente en ella con la fuerza de su divino amor y potencia, sin hacer intervalo en que no añadiese cada hora gracias a gracias, dones a dones, beneficios a beneficios, santidad a santidad; y sobre todo quedó en estado de retocarla de nuevo con lo que recibió después que Cristo su Hijo Santísimo subió al Padre, como diré en la tercera parte. Se turba la razón, desfallece el discurso a la vista de esta gran Señora, porque fue escogida como el sol (Cant 6,9) y no sufre su refulgencia ser registrada por ojos terrenos ni de otra criatura.

778. Comenzó a manifestar esta voluntad Cristo nuestro Redentor con su divina Madre después que volvieron de Egipto a Nazaret, como queda dicho arriba (Cf. supra n.713), y siempre la fue prosiguiendo con el oficio de maestro que la enseñaba y con el poder divino que la ilustra con nuevas inteligencias de los misterios de la Encarnación y Redención. Después que volvieron de Jerusalén a los doce años del niño Dios, tuvo la gran Reina una visión de la divinidad, no intuitiva, sino por especies, pero muy alta y llena de nuevas influencias de la misma divinidad y noticias de los secretos del Altísimo. En especial conoció los decretos de la mente y voluntad del Señor en orden a la ley de gracia que había de fundar el Verbo humanado y la potestad que para esto le era dada por el consistorio de la beatísima Trinidad. Vio juntamente que con este fin el eterno Padre entregaba a su Hijo hecho hombre aquel libro cerrado, que refiere San Juan en el capítulo 5 del Apocalipsis (Ap 5,1ss), con siete sellos, que nadie se hallaba en el cielo ni en la tierra que le abriese y soltase los sellos, hasta que el Cordero lo hizo con su pasión, muerte, doctrina y merecimientos, con que manifestó y declaró a los hombres el secreto de aquel libro, que era toda la nueva ley del Evangelio y la Iglesia que con él se había de fundar en el mundo.

779. Luego conoció la divina Señora cómo decretaba la Santísima Trinidad que entre todo el linaje humano ella fuese la primera que leyese aquel libro y le entendiese, que su Unigénito se le abriese y manifestase todo enteramente y que ejecutase cuanto en él se contenía, y fuese la primera que, como acompañando al Verbo, a quien había dado carne, le siguiese y tuviese su legítimo lugar inmediato a él mismo en las sendas que bajando del cielo había manifestado en aquel libro para que subiesen a él los mortales desde la tierra, y en la que era su Madre verdadera se depositase aquel Testamento. Vio cómo el Hijo del eterno Padre y suyo aceptaba aquel decreto con grande beneplácito y agrado, y que su humanidad santísima le obedecía con indecible gozo, por ser ella su Madre; y el eterno Padre se convertía a la purísima Señora y le decía:

780. “Esposa y paloma mía, prepara tu corazón, para que según nuestro beneplácito te hagamos participante de la plenitud de nuestra ciencia y para que se escriba en tu alma el Nuevo Testamento y ley santa de mi Unigénito. Fervoriza tus deseos y aplica tu mente al conocimiento y ejecución de nuestra doctrina y preceptos. Recibe los dones de nuestro liberal poder y amor contigo. Y para que nos vuelvas la digna retribución, advierte que por la disposición de nuestra infinita sabiduría determinamos que mi Unigénito, en la humanidad que de ti ha tomado, tenga en una pura criatura la imagen y similitud posible, que sea como efecto y fruto proporcionado a sus merecimientos y en él sea magnificado y engrandecido con digna retribución su santo nombre. Atiende, pues, hija y electa mía, que se te pide de tu parte gran disposición. Prepárate para las obras y misterios de nuestra poderosa diestra.”

781. “Señor eterno y Dios inmenso - respondió la humildísima Señora - en vuestra divina y real presencia estoy postrada, conociendo a la vista de vuestro ser infinito el mío tan deshecho que es la misma nada. Reconozco vuestra grandeza y mi pequeñez. Me hallo indigna del nombre de esclava vuestra, y por la benignidad con que vuestra clemencia me ha mirado ofrezco el fruto de mi vientre y vuestro Unigénito, y a Su Majestad suplico responda por su indigna Madre y sierva. Preparado está mi corazón y en agradecimiento de vuestras misericordias desfallece y se deshace en afectos, porque no puede ejecutar las vehemencias de sus anhelos. Pero si hallé gracia en vuestros ojos, hablaré, Señor y Dueño mío, en vuestra presencia, sólo para pedir y suplicar a Vuestra Real Majestad que hagáis en vuestra esclava todo lo que pedís y mandáis, pues nadie puede obrarlo fuera de vos mismo, Señor y Rey altísimo y si

de mi parte pedís el corazón libre y rendido, yo le ofrezco para padecer y obedecer a vuestra voluntad hasta morir.” Luego la divina Princesa fue llena de nuevas influencias de la divinidad, iluminada, purificada, espiritualizada y preparada con mayor plenitud del Espíritu Santo que hasta aquel día, porque fue este beneficio muy memorable para la Emperatriz de las alturas; y aunque todos eran tan encumbrados y sin ejemplo ni otro símil en las demás criaturas, y por esto cada uno parecía el supremo y que señalaba el *non plus ultra*, pero en la participación de las divinas perfecciones no hay limitación de su parte si no falta la capacidad de la criatura, y como ésta era grande y crecía más en la Reina del cielo con los mismos favores, se disponía con unos grandes para otros mayores; y como el poder divino no hallaba óbice que le impidiese, encaminaba todos sus tesoros a depositarlos en el archivo seguro y fidelísima de María Santísima Señora nuestra.

782. Salió toda renovada de esta visión extática y fuese a la presencia de su Hijo Santísimo y postrada a sus pies le dijo: “Señor mío, mi luz y mi maestro, aquí está vuestra indigna Madre, preparada para el cumplimiento de vuestra santa voluntad. Admitidme de nuevo por discípula y sierva y tomad en vuestra poderosa mano el instrumento de vuestra sabiduría y querer. Ejecutad en mí el beneplácito del Padre eterno y vuestro.” Recibió el Hijo Santísimo a su Madre con majestad y autoridad de maestro y la hizo una amonestación altísima. La enseñó con poderosas razones y gran peso el valor y profundidad que contenían las misteriosas obras que el Padre eterno le había encomendado sobre el negocio de la Redención humana y la fundación de la nueva Iglesia y ley evangélica que en la divina mente se había determinado. Le declaró y le manifestó de nuevo cómo en la ejecución de tan altos y escondidos misterios ella había de ser su compañera y coadjutora, estrenando y recibiendo las primicias de la gracia, y que para esto había de asistirle la purísima Señora en sus trabajos y hasta la muerte de cruz, siguiéndole con ánimo aparejado, grande, constante, invencible y dilatado. La dio celestial doctrina, encaminada a que se preparase para recibir toda la ley evangélica, entenderla, penetrarla y ejecutar todos sus preceptos y consejos con altísima perfección. Otros grandes sacramentos declaró el infante Jesús a su beatísima Madre en esta ocasión sobre las obras que haría en el mundo. Y a todo se ofreció la divina Señora con profunda humildad y obediencia, reverencia, agradecimiento y amor vehementísimo y afectuoso.

Doctrina que me dio la divina Señora.

783. “Hija mía, muchas veces en el discurso de tu vida, y más en este tiempo que escribes la mía, te he llamado y convidado para que me sigas por la imitación mayor que tus fuerzas pudieren con la divina gracia. Ahora de nuevo te intimo esta obligación y llamamiento, después que la dignación del Altísimo te ha dado inteligencia y luz tan clara del sacramento que su brazo poderoso obró en mi corazón, escribiendo en él toda la ley de gracia y doctrina de su Evangelio, y el efecto que hizo en mí este beneficio y el modo con que yo lo agradecí y correspondí en la imitación adecuada y perfectísima de mi Santísimo Hijo y Maestro. El conocimiento que tienes de todo esto has de reputar por uno de los mayores favores y beneficios que te ha concedido Su Majestad, pues en él hallarás la suma y epílogo de la mayor santidad y encumbrada perfección como en clarísimo espejo, y serán patentes a tu mente las sendas de la divina luz por donde camines segura y sin las tinieblas de la ignorancia que comprenden a los mortales.

784. “Ven, pues, hija mía, ven en mi seguimiento; y para que me imites como de ti quiero y seas iluminada en tu entendimiento, levantado el espíritu, preparado el corazón y fervorizada la voluntad, disponte con la libertad separada de todo, que te pide tu Esposo; aléjate de lo terreno y visible, deja todo género de criaturas, niégate a ti misma, cierra los sentidos a las fabulaciones falsas del mundo y del demonio; y en sus tentaciones te advierto que no te embaraces mucho, ni te aflijas, porque si consigues el detenerte para que no camines, con esto habrá alcanzado de ti una gran victoria y no llegarás a ser robusta en la perfección. Atiende, pues, al Señor, codicioso de la hermosura de tu alma (Sal 44.12), liberal para concedértela, poderoso para depositar en ella los tesoros de su sabiduría y solícito para obligarte a que tú los recibas. Déjale que escriba en tu pecho su divina ley evangélica, y en ella sea tu continuo estudio, tu meditación de día y noche (Sal 1.2), tu memoria y alimento, la vida de tu alma y el néctar de tu gusto espiritual, con que conseguirás lo que de ti quiere el Altísimo y yo y tú deseas.”

CAPITULO 7

[Regresar al Principio](#)

Se declaran más expresamente los fines del Señor en la doctrina que enseñó a María Santísima y los modos con que

lo ejecutaba.

785. Cualquiera de las causas que obran con libertad y conocimiento de sus acciones, es necesario que tenga en ellas algún fin, razones y motivos, con cuyo conocimiento se determine y se mueva para hacerlas; y al conocimiento de los fines se sigue la consultación o elección de los medios para conseguirlos. Este orden es más cierto en las obras de Dios, que es suprema y primera causa y de infinita sabiduría, con la cual dispone y ejecuta todas las cosas, tocando de fin a fin con fortaleza y suavidad, como dice el Sabio (Sab 8,1 (A.)); y en ninguna pretende el no ser y la muerte, antes bien las hace todas para que tengan ser y vida (Sab 1,13-14 (A.)). Y cuanto son más admirables las obras del Altísimo tanto más particulares y levantados son los fines que en ellas pretende conseguir. Y aunque el fin último de todas es la gloria de sí mismo y su manifestación, pero esto va ordenado con su infinita ciencia, como una cadena de varios eslabones que, sucediendo unos a otros, llegan desde la ínfima criatura hasta la suprema y más inmediata al mismo Dios, autor y fin universal de todas.

786. Toda la excelencia de santidad de nuestra gran Señora se comprende en haberla hecho Dios estampa o imagen viva de su mismo Hijo Santísimo, y tan ajustada y parecida en la gracia y operaciones, que por comunicación y privilegio parecía otro Cristo. Y éste fue un divino y singular comercio entre Hijo y Madre, porque ella le dio la forma y ser de la naturaleza humana y el mismo Señor le dio a ella otro ser espiritual y de gracia, en que tuviesen respectivamente similitud y semejanza como la de su humanidad. Los fines que tuvo el Altísimo fueron dignos de tan rara maravilla y la mayor de sus obras en pura criatura. Y en los capítulos pasados, primero, segundo y sexto (Cf. supra n. 713,730,782), he dicho algo de esta conveniencia por parte de la honra de Cristo nuestro Redentor y de la eficacia de su doctrina y merecimientos; que para el crédito de todo era como necesario que en su Madre Santísima se conociese la santidad y pureza de la doctrina de Cristo nuestro Señor y su autor y maestro, la eficacia de la ley evangélica y el fruto de la Redención y todo redundase en la suma gloria que parella se le debía al mismo Señor. Y en sola su Madre se halló esto con más intensión y perfección que en todo el resto de la Iglesia Santa y de sus predestinados.

787. El segundo fin que tuvo en esta obra el Señor mira también al ministerio de Redentor, porque las obras de nuestra reparación habían de corresponder a las de la creación del mundo y la medicina del pecado a su introducción; y así convenía que, como el primer Adán tuvo compañera en la culpa a nuestra madre Eva y le ayudó y movió para cometerla y que en él como en cabeza se perdiese el linaje humano, así también sucediese en el reparo de tan gran ruina que el segundo y celestial Adán, Cristo nuestro Señor, tuviese compañera y coadjutora en la Redención a su purísima Madre y que ella concurriese y cooperase al remedio, aunque sólo en Cristo, que es nuestra cabeza, estuviese la virtud y la causa adecuada de la general redención. Y para que este misterio se ejecutase con la dignidad y proporción que convenía, fue necesario que se cumpliese entre Cristo nuestro Señor y María Santísima lo que dijo el Altísimo en la formación de los primeros padres: *“No es bien que esté solo el hombre; hagamosle otro semejante que le ayude”* (Gen 2,18). Y así lo hizo el Señor, como pudo hacerlo, de tal suerte que él mismo hablando ya por el segundo Adán, Cristo, pudo decir: *“Este es hueso de mis huesos y carne de mi carne y se llamará varonil porque fue formada del varón.”* (Gen 2,23). Y no me detengo en mayor declaración de este sacramento, pues ella se viene luego a los ojos de la razón ilustrada con la fe y luz divina y se conoce la similitud de Cristo y su Madre Santísima.

788. Otro motivo concurrió también a este misterio; y aunque aquí le pongo el tercero en la ejecución, fue primero en la intención, porque mira a la eterna predestinación de Cristo Señor nuestro, conforme a lo que dije en la primera parte (Cf. supra p.I n.39). Porque el motivo de encarnar el Verbo eterno y venir al mundo por ejemplar y maestro de las criaturas que fue el primero de esta maravilla había de tener proporción y correspondencia a la grandeza de tal obra, que era la mayor de todas y el inmediato fin a donde todas se habían de referir. Y para guardar la divina sabiduría este orden y proporción, era conveniente que entre las puras criaturas hubiese alguna que adecuase a la divina voluntad en su determinación de venir a ser maestro y adoptarnos en la dignidad de hijos por su doctrina y gracia. Y si no hubiera hecho Dios a María altísima, predestinandola entre las criaturas con el grado de santidad y semejante a la humanidad de su Hijo Santísimo, le faltara a Dios este motivo en el mundo, con que a nuestro grosero modo de hablar honestaba y disculpaba o justificaba su determinación de humanarse conforme al orden y modo manifestado a nosotros de su omnipotencia. Y considero en esto lo que sucedió a Moisés con sus tablas de la ley, escritas con el dedo de Dios, que cuando vio idolatrar al pueblo las rompió, juzgando a los desleales por indignos de aquel beneficio, pero después se escribió la ley en otras tablas fabricadas por manos humanas (Ex 31,18.32, 19.34,1) y aquellas perseveraron en el mundo. Las primeras tablas, donde formadas por la mano del Señor se escribió su ley, se rompieron por la primera culpa, y no

tuviéramos ley evangélica si no hubiera otras tablas, Cristo y María, formadas por otro modo: ella por el común y ordinario y él por el concurso de la voluntad y sustancia de María. Y si esta gran Señora no concurriera y cooperara como digna a la determinación de esta ley, nos quedaríamos sin ella los demás mortales.

789. Todos estos fines tan soberanos abrazan la voluntad de Cristo nuestro bien, con la plenitud de su divina ciencia y gracia, enseñando a su beatísima Madre los misterios de la ley evangélica. Y para que no sólo quedase capaz de todos sino también de los diferentes modos de entenderla y saliese tan sabia discípula que pudiese después ser ella misma consumada maestra y madre de la sabiduría, usaba el Señor de diferentes medios en ilustrarla. Unas veces con aquella visión abstractiva de la divinidad, que en estos tiempos la tuvo más frecuente; otras, cuando no la tenía, le quedaba una como visión intelectual, más habitual y menos clara. Y en la una y otra conocía expresamente toda la Iglesia militante, con el orden y sucesión que había tenido desde el principio del mundo hasta la Encarnación y que desde entonces había de llevar hasta el fin del mundo y después en la bienaventuranza. Y esta noticia era tan clara, distinta y comprensiva, que se extendía a conocer todos los santos y justos y los que más se habían de señalar en la Iglesia, los apóstoles, mártires, patriarcas de las religiones, doctores, confesores y vírgenes. Todos los conocía nuestra Reina singularmente, con las obras, méritos y gracia que habían de alcanzar y el premio que les había de corresponder.

790. Conoció también los sacramentos que su Hijo Santísimo quería establecer en su Santa Iglesia, la eficacia que tendrían, los efectos que harían en quien los recibiese, según las diferentes disposiciones, y cómo todo pendía de la santidad y méritos de su Hijo Santísimo y nuestro reparador. Tuvo asimismo noticia clara de toda la doctrina que había de predicar y enseñar, de las Escrituras antiguas y futuras y todos los misterios que contienen en los cuatro sentidos, literal, moral, alegórico y anagógico, y todo lo que habían de escribir en ellos los expositores, y sobre esto entendía la divina discípula mucho más. Y conoció que se le daba esta ciencia para que fuese maestra de la Iglesia Santa, como en efecto lo fue en ausencia de su Hijo Santísimo después que subió a los cielos, y para que aquellos nuevos hijos y fieles reengendrados en la gracia tuviesen en la divina Señora madre amorosa y cuidadosa que los criase a los pechos de su doctrina como con leche suavísima, propio alimento de niños. Y fue así que la beatísima Señora en estos diez y ocho años que estuvo con su Hijo recibió y como digirió la sustancia evangélica, que es la doctrina de nuestro Salvador Cristo, recibéndola del mismo Señor. Y habiéndola gustado y conocido su negociación (Prov 31,18 (A.)), sacó de ella el alimento dulce con que criar a la primitiva Iglesia, que en sus fieles estaba tierna y no tan capaz del manjar sólido y fuerte de la doctrina y Escrituras y de la imitación perfecta de su Maestro y Redentor. Y porque de este punto hablaré en la tercera parte (Cf. infra p.III n.106ss), que es su propio lugar, no me alargo más.

791. Sin estas visiones y enseñanza, tenía la gran Señora la de su Hijo Santísimo y de su humanidad en dos modos que hasta ahora he repetido (Cf. supra n.481, 694). El uno, en el espejo de su alma santísima y de sus operaciones interiores y en cierto modo de la misma ciencia que él tenía de todas las cosas (Cf. supra n.733,782); allí por otro modo era informada de los consejos del Redentor y artífice de la santidad y de los decretos que tenía del que en la Iglesia había de obrar por sí y por sus ministros. El otro modo era por la instrucción exterior de palabra, porque confería el Señor con su digna Madre todas las cosas que en él y en la divinidad le había manifestado y, desde lo superior hasta lo más ínfimo, todo cuanto pertenecía a la Iglesia lo comunicaba con ella; y no sólo esto, sino las cosas que habían de corresponder a los tiempos y sucesos de la ley evangélica con la gentilidad y sectas falsas. De todo hizo capaz a su divina discípula y nuestra maestra. Y antes que el Señor comenzara la predicación, ya María Santísima estaba ejercitada en su doctrina y la dejaba practicada en ella con suma perfección, porque la plenitud de las obras de nuestra gran Reina correspondía a la de su inmensa sabiduría y ciencia, y ésta fue tan profunda y con especies tan claras, que así como nada ignoraba tampoco padeció equivocación ni en las especies ni en las palabras, ni jamás le faltaron las necesarias, ni añadió una sola superflua, ni trocó una por otra, ni tuvo necesidad de discurrir para hablar y explicar los misterios más ocultos de las Escrituras, en las ocasiones que fue necesario hacerlo en la primitiva Iglesia.

Doctrina que me dio la divina Madre y Señora nuestra.

792. “Hija mía, la bondad y clemencia del Altísimo, que por sí mismo dio el ser y le da a todas las criaturas y a ninguna niega su grande providencia, es fidelísima en dar su luz a todas las almas, para que puedan entrar en el camino de su conocimiento y por él en el de la eterna vida, si la misma alma no se impide y oscurece esta luz por sus culpas y deja la conquista del reino de los cielos. Pero con aquellas almas que por sus secretos juicios llama a su Iglesia se muestra más liberal, porque en el bautismo les infunde con la gracia otras virtudes, que se llaman esencialmente infusas, que no puede la criatura adquirirlas por sí misma, y otras infusas accidentalmente, que con sus

obras pudiera adquirir trabajando pero anticípase las el Señor, para que se halle el alma pronta y más devota en guardar su santa ley. A otras almas, sobre esta común lumbre de la fe, añade su clemencia especiales dones sobrenaturales de mayor inteligencia y virtud, para obrar y conocer los misterios de la ley evangélica. Y en este beneficio se ha mostrado contigo más liberal que con muchas generaciones y te ha obligado para que te señales en el amor y correspondencia que le debes, estando siempre humillada y pegada en el polvo.

793. “Y para que de todo estés advertida, con el cuidado y amor de madre te quiero enseñar como maestra la astucia con que Satanás procura destruir estas obras del Señor; porque desde la hora que las criaturas entran en el uso de la razón, la siguen a cada una muchos demonios vigilantes y asistentes, para que al tiempo en que debían las almas levantar su mente al conocimiento de Dios y comenzar las operaciones de las virtudes infusas en el bautismo, entonces los demonios con increíble furor y astucia procuren arrancar esta divina semilla y, si no pueden, la impiden para que no dé fruto, inclinando a los hombres a obras viciosas, inútiles y púvulas. Con esta iniquidad los divierten para que no usen de la fe, ni esperanza, ni otras virtudes, ni se acuerden que son cristianos, ni atiendan al conocimiento de su Dios y misterios de la Redención y vida eterna. Y a más de esto introduce el mismo enemigo en los padres una torpe inadvertencia o ciego amor carnal con sus hijos y en los maestros incita a otros descuidos, para que no reparen en su mala educación y los dejen depravar y adquirir muchos hábitos viciosos y perder las virtudes y sus buenas inclinaciones; y con esto vayan caminando a la perdición.

794. “Pero el piadosísimo Señor no se olvida de ocurrir a este peligro, renovando la luz interior con nuevos auxilios y santas inspiraciones, con la doctrina de la Santa Iglesia por sus predicadores y ministros, con el uso y eficaz remedio de los sacramentos y con otros medios que aplica para reducirlos al camino de la vida. Y si con tantos remedios son menos los que vuelven a la salud espiritual, la causa más poderosa para impedirlos son la mala ley de los vicios y costumbres depravadas que mamaron en su puericia. Porque es verdadera aquella sentencia del Deuteronomio (Dt 33,25 (A.)): “*Cuales fueron los días de la juventud, tal será la senectud.*” Y con esto los demonios van cobrando mayor ánimo y más tirano imperio sobre las almas, juzgando que como se les sujetaron cuando tenían menos y menores culpas, lo harán más fácilmente cuando sin temor vayan cometiendo otras muchas y mayores. Y para ellas les incitan y ponen más loca osadía, porque sucede que con cada pecado que la criatura comete pierde más las fuerzas espirituales y se rinde al demonio y como tirano enemigo cobra imperio sobre ella y la sujeta en la maldad y miseria, con que llega a estar debajo los pies de su iniquidad y le lleva adonde quiere, de precipicio a despeño y de abismo en abismo; castigo merecido a quien por el primer pecado se le sujetó. Por estos medios ha derribado Lucifer tanto número de almas al profundo, y cada día las lleva, levantándose en su soberbia contra Dios. Y por aquí ha introducido en el mundo su tiranía y el olvido de los novísimos de los hombres, muerte, juicio, infierno y gloria, y de abismo en abismo ha despeñado tantas naciones hasta caer en errores tan ciegos y bestiales como contienen todas las herejías y sectas falsas de los infieles. Atiende, pues, hija mía, a tan formidable peligro y nunca falte de tu memoria la ley de Dios, sus preceptos y mandamientos, las verdades católicas y doctrina evangélica. No pase día alguno sin que mucho tiempo medites en ellos, y aconseja lo mismo a tus religiosas y a todos los que te oyeren, porque su adversario el demonio trabaja y se desvela por oscurecer su entendimiento y olvidarlo de la divina ley, para que no encamine a la voluntad, que es potencia ciega, a los actos de su justificación, que se consigue con fe viva, esperanza cierta, amor fervoroso y corazón contrito y humillado (Sal 50,19).

CAPITULO 8

[Regresar al Principio](#)

Se declara el modo como nuestra gran Reina ejecutaba la doctrina del Evangelio que su Hijo Santísimo la enseñaba.

795. En la edad y en las obras iba creciendo nuestro Salvador, pasando ya de la puericia, y en todas consumando las obras que en cada una le encomendó el eterno Padre en beneficio de los hombres. No predicaba en público, ni tampoco hacía entonces en Galilea tan patentes milagros como hizo después y había hecho antes algunos en Egipto, pero oculta y disimuladamente siempre obraba grandes efectos en las almas y en los cuerpos de muchos. Visitaba los pobres y enfermos, consolaba los tristes y afligidos y a éstos y otros muchos reducía a la salud eterna de las almas, ilustrándolas con el consejo particular y moviéndolas con internas inspiraciones y favores, para que se convirtiesen a su Criador y apartasen del demonio y de la muerte. Estos beneficios eran continuos, y para hacerlos salía muchas veces

de casa de su beatísima Madre. Y aunque los hombres conocían que con las palabras y presencia de Jesús eran movidos y renovados, pero, como en el misterio estaban ignorantes, enmudecían no sabiendo a quién atribuirlo más que al mismo Dios. La gran Señora del mundo conocía en el espejo del alma santísima de su Hijo y por otros medios todas estas maravillas que hacía, y en estando juntos le adoraba y daba gracias por ellas, postrada siempre a sus pies.

796. Lo restante del tiempo gastaba el Hijo Santísimo con su Madre y ocupándole en oración y enseñarla y conferir con ella los cuidados que como buen pastor tenía de su querida grey y los méritos que para su remedio quería acumular y los medios que en orden a su salud determinaba aplicar. Atendía la prudentísima Madre a todo y cooperaba con su divina sabiduría y amor, asistiéndole en los oficios que disponía con el linaje humano, de padre, hermano, amigo y maestro, abogado, protector y reparador. Y estas conferencias tenían o por palabras o por las mismas operaciones interiores, con que Hijo y Madre también se hablaban y entendían. Le decía el Hijo Santísimo: “Madre mía, el fruto de mis obras en que quiero fundar la Iglesia ha de ser una doctrina y ciencia, que creída y ejecutada sea vida y salud de los hombres; una ley santa y eficaz, poderosa para extinguir el mortal veneno que Lucifer derramó en los corazones humanos por la primera culpa. Quiero que por medio de mis preceptos y consejos se espiritualicen y levanten a la participación y semejanza de mí mismo y sean depósitos de mis tesoros viviendo en carne, y después lleguen a la participación de mi eterna gloria. Quiero dar al mundo renovada, mejorada y con nueva luz y eficacia la ley que di a Moisés, para que comprenda preceptos y consejos.”

797. Todos estos intentos del Maestro de la vida conocía su divina Madre con profundísima ciencia y con igual amor los admitía, reverenciaba y agradecía, en nombre de todo el linaje humano. Y como el Señor le iba manifestando singularmente todos y cada uno de estos grandes sacramentos, iba conociendo Su Alteza la eficacia que daría a todos y a la ley y doctrina del Evangelio y los efectos que en las almas haría si la guardasen y el premio que les correspondería, y de antemano obró en todo como si lo ejecutara por cada una de las criaturas. Conoció expresamente todos los cuatro Evangelios, con las palabras formales y misterios que los evangelistas los habían de escribir y en sí misma entendió la doctrina de todos, porque su ciencia excedía a la de los mismos escritores y pudiera ser su maestra en declarárselos, sin atender a sus palabras. Conoció a sí mismo que aquella ciencia era como copiada de la de Cristo y que con ella eran como trasladados y copiados los Evangelios que se habían de escribir y quedaban en depósito en su alma, como las tablas de la ley en el arca del testamento, para que sirviesen de originales legítimos y verdaderos a todos los santos y justos de la ley de gracia, porque todos habían de copiar la santidad y virtudes de la que estaba en el archivo de la gracia, María Santísima.

798. Le dio también a conocer su divino Maestro la obligación en que la ponía de obrar y ejecutar con suma perfección toda esta doctrina, para los altísimos fines que tenía en este raro beneficio y favor. Y si aquí hubiéramos de contar cuán adecuada y cabalmente lo cumplió nuestra gran Reina y Señora, fuera necesario repetir en este capítulo toda su vida, pues fue toda una suma del Evangelio, copiada de su mismo Hijo y Maestro. Véase lo que esta doctrina ha obrado en los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, en los demás santos y justos que han sido y serán hasta el fin del mundo; nadie, fuera del mismo Señor, lo puede referir y mucho menos comprender. Pues consideremos que todos los santos y justos fueron concebidos en pecado y todos pusieron algún impedimento, y no obstante esto pudieron crecer en virtudes, santidad y gracia, pero dejaron algún vacío para ella; mas nuestra divina Señora no padeció estos defectos ni menguantes en la santidad y sola ella fue materia dispuesta adecuadamente, sin formas repugnantes a la actividad del brazo poderoso y a sus dones, fue la que sin embarazo ni resistencia recibió el torrente impetuoso de la divinidad (Sal 45,5), comunicada por su mismo Hijo y Dios verdadero. Y de aquí entenderemos que sólo en la visión clara del Señor y en aquella felicidad eterna llegaremos a conocer lo que fuere conveniente de la santidad y excelencia de esta maravilla de su omnipotencia.

799. Y cuando ahora, hablando en general y por mayor, quiera yo explicar algo de lo que se me ha manifestado, no hallo términos con que decirlo; porque nuestra gran Reina y Maestra guardaba los preceptos y doctrina de los consejos evangélicos según la profunda inteligencia que de todos le habían dado, y ninguna criatura es capaz de conocer a dónde llegaba la ciencia e inteligencia de la Madre de la sabiduría en la doctrina de Cristo, y lo que se entiende excede a los términos y palabras que todos alcanzamos. Pongamos ejemplo en la doctrina de aquel primer sermón que hizo el Maestro de la vida a sus discípulos en el monte, como lo refiere San Mateo en el capítulo 5 (Cf. Lc 6,20ss (A.)), donde se comprendió la suma de la perfección evangélica en que fundaba su Iglesia, declarando por bienaventurados a todos los que le siguiesen.

800. “*Bienaventurados* - dijo nuestro Señor y Maestro “*los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*” (Mt. 5,3). Este fue el primero y sólido fundamento de toda la vida evangélica. Y aunque los apóstoles y con ellos nuestro Padre San Francisco la entendieron altamente, pero sola María Santísima fue la que llegó a penetrar y pesar la grandeza de la pobreza de espíritu; y como la entendió, la ejecutó hasta lo último de potencia. No entró en su corazón imagen de riquezas temporales, ni conoció esta inclinación, sino que, amando las cosas como hechuras del Señor, las aborrecía en cuanto eran tropiezo y embarazo del amor divino y usó de ellas parcísimamente y sólo en cuanto la movían o ayudaban a glorificar al Criador. A esta perfectísima y admirable pobreza era como debida la posesión de Reina de todos los cielos y criaturas. Todo esto es verdad; pero todo es poco para lo que entendió, apreció y obró nuestra gran Señora el tesoro de la pobreza de espíritu, que es la primera bienaventuranza.

801. La segunda: “*Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*” (Mt 5,4). En esta doctrina y en su ejecución excedió María Santísima con su mansedumbre dulcísima, no sólo a todos los mortales, como Moisés en su tiempo a todos los que entonces eran (Num 12,3 (A.)), pero a los mismos ángeles y serafines, porque esta candidísima paloma en carne mortal estuvo más libre en su interior y potencias de turbarse y airarse en ellas, que los espíritus que no tienen sensibilidad como nosotros. Y en este grado inexplicable fue señora de sus potencias y operaciones del cuerpo terreno y también de los corazones de todos los que la trataban, y poseía la tierra de todas maneras, sujetándose a su obediencia apacible. La tercera: “*Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.*” (Mt 5,5) Entendió María Santísima la excelencia de las lágrimas y su valor, y también la estulticia y peligro de la risa y alegría mundana (Prov 14,13), más de lo que ninguna lengua puede explicar; pues cuando todos los hijos de Adán, concebidos en pecado original y después manchados con los actuales, se entregan a la risa y deleites, esta divina Madre, sin tener culpa alguna ni haberla tenido, conoció que la vida mortal era para llorar la ausencia del sumo bien y los pecados que contra él fueron y son cometidos; los lloró dolorosamente por todos, y merecieron estas lágrimas inocentísimas las consolaciones y favores que recibió del Señor. Siempre estuvo su purísimo corazón en prensa a la vista de las ofensas hechas a su amado y Dios eterno, con que destilaba agua que derramaban sus ojos y su pan de día y de noche era llorar (Sal 41,4) las ingratitudes de los pecadores contra su Criador y Redentor. Ninguna pura criatura ni todas juntas lloraron más que la Reina de los Angeles, estando en ellas la causa del llanto y lágrimas por la culpa y en María Santísima la del gozo y leticia por la gracia.

802. En la cuarta bendición, que hace “*bienaventurados a los sedientos y hambrientos de la justicia*” (Mt 5,6), alcanzó nuestra divina Señora el misterio de esta hambre y sed y la padeció mayor que el hastío de ella que todos los enemigos de Dios han tenido y tendrán. Porque llegando a lo supremo de la justicia y santidad, siempre estuvo sedienta de hacer más por ella y a esta sed correspondía la plenitud de gracia con que la saciaba el Señor, aplicándole el torrente de sus tesoros y suavidad de la divinidad. La quinta: “*bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia de Dios*” (Mt 5,7), tuvo un grado tan excelente y noble que sólo en ella se pudo hallar; por donde se llama Madre de misericordia, como el Señor se llama Padre de las misericordias (2 Cor 1,3). Y fue que, siendo ella inocentísima, sin culpa alguna de que pedir a Dios misericordia, la tuvo en supremo grado de todo el linaje humano y le remedió con ella. Y porque conoció con altísima ciencia la excelencia de esta virtud, jamás la negó ni negará a nadie que se la pidiere, imitando en esto perfectísimamente al mismo Dios, como también en adelantarse (Sal 58,11) y salir al encuentro a los pobres y necesitados para ofrecerles el remedio.

803. La sexta bendición, que toca a *los limpios de corazón, para ver a Dios* (Mt 5,8), estuvo en María Santísima sin semejante. Porque era electa como el sol (Cant 6,9), imitando al verdadero sol de justicia y al material que nos alumbra y no se mancha de las cosas inferiores e inmundas; y en el corazón y potencias de nuestra Princesa purísima jamás entró especie ni imagen de cosa impura, antes en esto estaba como imposibilitada por la pureza de sus limpísimos pensamientos, a que desde el primer instante pudo corresponder la visión que tuvo en él de la divinidad y después las demás que en esta Historia se refieren (Cf. supra p.I n.333,430; p.II n.138,473; infra p.III n.62,494,etc.), aunque por el estado de viadora fueron de paso y no perpetuas. La séptima, de los “*pacíficos que se llamarán hijos de Dios*” (Mt 5,9), se le concedió a nuestra Reina con admirable sabiduría, como la había menester para conservar la paz de su corazón y potencias en los sobresaltos y tribulaciones de la vida, pasión y muerte de su Hijo Santísimo. Y en todas estas ocasiones y las demás fue un vivo retrato de su pacificación. Nunca se turbó desordenadamente y supo admitir las mayores penas con la suprema paz, quedando en todo perfecta Hija del Padre celestial; y este título de Hija del Padre eterno se le debía singularmente por esta excelencia. La octava, que *beatifica “a los que padecen por la justicia”* (Mt 5,10), llegó en María Santísima a lo sumo posible; pues quitarle la honra y la vida a su Hijo Santísimo y Señor del mundo, por predicar la justicia y enseñarla a los hombres, y con las condiciones que tuvo esta injuria, sola María y el mismo Dios la

padecieron con alguna igualdad, pues era ella verdadera Madre, como el Señor era Padre de su Unigénito. Y sola esta Señora imitó a Su Majestad en sufrir esta persecución y conoció que hasta allí había de ejecutar la doctrina que su divino Maestro enseñaría en el Evangelio.

804. A este modo puedo declarar algo de lo que he conocido de la ciencia de nuestra gran Señora en comprender la doctrina del Evangelio y en obrarla. Y lo mismo que he declarado en las bienaventuranzas podía decir de los demás preceptos y consejos del Evangelio y de sus parábolas; como son el precepto de amar a los enemigos, perdonar las injurias, hacer las obras ocultas o sin gloria vana, huir la hipocresía; y con esta doctrina toda la de los consejos de perfección y las parábolas del tesoro, de la margarita, de las vírgenes, de la semilla, de los talentos y cuantas contienen todos cuatro evangelistas. Porque todas las entendió con la doctrina que contenían, con los fines altísimos a donde el divino Maestro las encaminaba, y todo lo más santo y ajustado a su divina voluntad entendió cómo se había de obrar y así lo ejecutó sin omitir sola una tilde ni una letra (Mt 5,18). Y de esta Señora podemos decir lo mismo que dijo Cristo nuestro bien: *que no vino a soltar la ley sino a cumplirla.*

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

805. “Hija mía, al verdadero maestro de la virtud le conviene enseñar lo que obra y obrar lo que enseña (Mt 5,19), porque el decir y el hacer son dos partes del magisterio, para que las palabras enseñen y el ejemplo mueva y acredite lo que se enseña, para que sea admitido y ejecutado; todo esto hizo mi Hijo Santísimo, y yo a su imitación. Y porque no siempre había de estar Su Majestad ni yo tampoco en el mundo, quiso dejar los sagrados Evangelios como trasunto de su vida, y también de la mía, para que los hijos de la luz, creyendo en ella y siguiéndola, ajustasen sus vidas con la de su Maestro, con la observancia de la doctrina evangélica que les dejaba; pues en ella quedaba practicada la doctrina que el mismo Señor me enseñó y me ordenó a mí para que le imitase; tanto como esto pesan los sagrados Evangelios y tanto los debes estimar y tener en extremada veneración. Y te advierto que para mi Hijo Santísimo y para mí es de grande gloria y complacencia ver que sus divinas palabras, y las que contienen su vida, son respetadas y estimadas dignamente de los hombres, y por el contrario reputa el Señor por grande injuria que sean los Evangelios y su doctrina olvidada de los hijos de la Iglesia, porque hay tantos en ella que no entienden, atienden, ni agradecen este beneficio, ni hacen de él más memoria que si fueran paganos o no tuvieran la luz de la fe.

806. Tu deuda es grande en esta parte, porque te ha dado ciencia de la veneración y aprecio que yo hice de la doctrina evangélica y de lo que trabajé en ponerla por obra; y si en esto no has podido conocer todo lo que yo obraba y entendía que no es posible a tu capacidad por lo menos con ninguna nación he mostrado mi dignación más que contigo en este beneficio. Atiende, pues, con gran desvelo cómo has de corresponder a él y no malograr el amor que has concebido con las divinas Escrituras, y más con los Evangelios y su altísima doctrina. Ella ha de ser tu lucerna (Sal 118,105) encendida en tu corazón, y mi vida tu ejemplar y modelo, que sirva para formar la tuya. Pondera cuánto vale y te importa hacerlo con toda diligencia y el gusto que recibirá mi Hijo y mi Señor y que de nuevo me daré yo por obligada para hacer contigo el oficio de madre y maestra. Teme el peligro de no atender a los llamamientos divinos, que por este olvido se pierden innumerables almas, y siendo tan frecuentes y admirables los que tienes de la liberal misericordia del Todopoderoso y no correspondiendo a ellos sería tu grosería reprehensible y aborrecible al Señor, a mí y a sus santos.

CAPITULO 9

[Regresar al Principio](#)

Se declara cómo conoció María Santísima los artículos de fe que había de creer la Santa Iglesia y lo que hizo con este favor.

807. El fundamento inmutable de nuestra justificación y la raíz de toda la santidad es la fe de las verdades que reveló Dios a su Santa Iglesia; y así la fundó sobre esta firmeza, como arquitecto prudentísimo que edifica su casa sobre la piedra firme, para que los ímpetus furiosos de las avenidas y diluvios no la puedan mover (Lc 6,48 (A.)). Esta es la estabilidad invencible de la Iglesia evangélica, que es sola una, Católica, Romana. Una, en la unidad de la fe, de la esperanza y caridad que en ella se fundan; una sin división ni contradicción, como las hay en todas las sinagogas de Satanás (Ap 2,9), que son todas las falsas sectas, errores y herejías, tan tenebrosas y oscuras que no sólo se encuentran unas con otras y todas con la razón, pero cada una se encuentra consigo misma en sus errores, afirmando y creyendo

cosas repugnantes y contrarias entre sí y que las unas derriban a las otras y prevalecen. Y contra todas queda siempre invicta nuestra santa fe, sin que las puertas del infierno prevalezcan ni una tilde contra ella (Mt 16,18 (A.)), aunque más ha pretendido y pretende embestirla para ventilarla y zarandearla como trigo, como a su vicario Pedro (Lc 22,31 (A.)), y en él a todos sus sucesores; así se lo dijo el Maestro de la vida.

808. Para que nuestra divina Señora recibiera adecuada noticia de toda la doctrina evangélica y de la ley de gracia, era necesario que en el océano de estas maravillas y gracias entrara la noticia de todas las verdades católicas que en el tiempo del Evangelio habían de ser creídas de los fieles, y en particular de los artículos a donde como a sus principios y orígenes se reducen. Porque todo esto cabía en la capacidad de María Santísima y todo se pudo fiar de su incomparable sabiduría, hasta los mismos artículos y verdades católicas que le tocaban a ella y se habían de creer en la Iglesia; porque todo lo conoció como diré adelante (Cf. infra n.812) con la circunstancia de los tiempos y lugares y medios y modos con que en los siglos futuros sucedería todo oportunamente, cuando fuese necesario. Para informar a la beatísima Madre, especialmente de estos artículos, la dio el Señor una visión de la divinidad en el modo abstractivo que otras veces he dicho; y en ella se le manifestaron ocultísimos sacramentos de los investigables juicios del Altísimo y de su providencia, y conoció la clemencia de su infinita bondad con que había ordenado el beneficio de la santa fe infusa, para que las criaturas ausentes de la vista de la divinidad la pudieran conocer breve y fácilmente sin diferencia y sin aguardar ni buscar esta noticia por la ciencia natural, que alcanzan muy pocos y éstos muy limitada; pero nuestra Fe Católica desde el primer uso de razón nos lleva luego al conocimiento, no sólo de la divinidad en tres personas, sino, de la humanidad de Cristo Señor nuestro y de los medios para conseguir la eterna vida; todo lo cual no alcanzan las ciencias humanas, infecundas y estériles si no las realza la fuerza y virtud de la fe divina.

809. Conoció en esta visión nuestra gran Reina todos estos misterios profundamente y cuanto en ellos se contiene, y que la Santa Iglesia tendría los catorce artículos de la fe Católica desde su principio, y que después determinaría en diversos tiempos muchas proposiciones y verdades que en ellos y en las divinas Escrituras estaban encerrados como en su raíz, que cultivándola produce el fruto. Y después de conocer todo esto en el Señor, saliendo de la visión que he referido, lo vio con otra ordinaria que tengo declarada; (Cf. supra n.481,534,546,694) en el alma santísima de Cristo y conoció cómo toda esta fábrica estaba ideada en la mente del divino Artífice, y después lo confirió todo con Su Majestad, cómo se había de ejecutar, y que la divina Princesa era la primera que lo había de creer singular y perfectamente, y así lo fue ejecutando en cada uno de los artículos por sí. En el primero de los siete que pertenecen a la divinidad, creyendo conoció cómo era *uno solo el verdadero Dios*, independiente, necesario, infinito, inmenso en sus atributos y perfecciones, inmutable y eterno; y cuán debido y justo y necesario era a las criaturas creer esta verdad y confesarla. Dio gracias por la revelación de este artículo, y pidió a su Hijo Santísimo continuase este favor con el linaje humano y les diese gracia a los hombres para que le admitiesen y conociesen la verdadera divinidad. Con esta luz infalible, aunque oscura, conoció la culpa de la idolatría que ignora esta verdad y la lloró con amargura y dolor incomparable y en su oposición hizo grandiosos actos de fe y de reverencia al Dios único y verdadero y otros muchos de todas las virtudes que pedía este conocimiento.

810. El segundo artículo, *creer que es Padre*, lo creyó, y conoció que se daba para que los mortales pasasen del conocimiento de la Divinidad al de la Trinidad de las Personas que en ella hay y de los otros artículos que la explican y suponen, para que llegasen a conocer perfectamente su último fin, cómo le habían de gozar y los medios para conseguirle. Entendió cómo la persona del Padre no podía nacer ni proceder de otra y que ella era como el origen de todo, y así se le atribuye la creación de cielo y tierra y todas sus criaturas, como al que es sin principio y lo es de cuanto tiene ser. Por este artículo dio gracias nuestra divina Señora en nombre de todo el linaje humano, y obró todo lo que pedía esta verdad. El tercero artículo, *creer que es Hijo*, lo creyó la Madre de la gracia con especialísima luz y conocimiento de las procesiones *ad intra*; de las cuales la primera en orden de origen es la eterna generación del Hijo, que por obra de entendimiento es engendrado y lo será *ab aeterno* de solo el Padre, no siendo postrero sino igual en la divinidad, eternidad, infinitud y atributos. El cuarto artículo, *creer que es Espíritu Santo*, lo creyó y entendió, conociendo que la tercera persona del Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo como de un principio por acto de voluntad, quedando igual con las dos personas, sin otra diferencia entre ellas más que la distinción personal que resulta de las emanaciones y procesiones del entendimiento y voluntad infinitos. Y aunque de este misterio tenía María Santísima las noticias y visiones que en otras ocasiones dejo declaradas (Cf. supra p.1 n.123, 229,312), en ésta se le renovaron con las condiciones y circunstancias de haber de ser artículos de fe en la Iglesia futura y con inteligencia de las herejías que contra estos artículos sembraría Lucifer, como las había fraguado en su cabeza desde que cayó del cielo y conoció la Encarnación del Verbo. Y contra todos estos errores hizo la beatísima Señora grandes actos, al modo que dejo dicho.

811. El quinto artículo, *que el Señor es Creador*, creyó María Santísima conociendo cómo la creación de todas las cosas, aunque se atribuye al Padre, como dejó declarado, núm. 810, es común a todas las tres Personas, en cuanto son un solo Dios infinito y poderoso; y que de solo él penden las criaturas en su ser y conservación y que ninguna tiene virtud para crear a otra produciéndola de nada que es la creación aunque sea ángel y la criatura un gusanillo porque sólo el que es independiente en su ser puede obrar sin dependencia de otra causa inferior o superior. Entendió la necesidad de este artículo en la Iglesia Santa contra los engaños de Lucifer, para que Dios fuese conocido y respetado por autor de todas las criaturas. El sexto artículo, *que es Salvador*, entendió de nuevo con todos los misterios que encierra de la predestinación, vocación y justificación final, y de los réprobos, que por no aprovecharse de los medios oportunos que la misericordia divina les había ofrecido y les daría perderían la felicidad eterna. Conoció también la fidelísima Señora cómo convenía ser Salvador a las tres divinas Personas y cómo a la del Verbo especialmente en cuanto hombre, porque él se había de entregar en precio y rescate y el mismo Dios lo había de aceptar, dándose por satisfecho por los pecados original y actuales. Y atendía esta gran Reina a todos los sacramentos y misterios que la Santa Iglesia había de recibir y creer y en la inteligencia de todos hacía heroicos actos de muchas virtudes. En el séptimo artículo, *que es Glorificador*, entendió lo que contenía para las criaturas mortales, de la felicidad que les estaba prevenida en la fruición y vista beatífica y cuánto les importa tener fe de esta verdad, para disponerse a conseguirla y reputarse no por vecinos de la tierra sino por peregrinos en ella y ciudadanos del cielo (Ef 2,19), en cuya fe y esperanza viviesen consolados en este destierro.

812. De los siete artículos que pertenecen a la humanidad tuvo igual conocimiento nuestra gran Reina, pero con nuevos efectos en su candidísimo y humilde corazón. Porque en el primero, que su Hijo Santísimo fue concebido en cuanto hombre por obra del Espíritu Santo, como este misterio se había obrado en su virginal tálamo y conoció que sería artículo de fe en la Santa Iglesia militante con los demás que se siguen, fueron inexplicables los afectos que movió esta noticia en la prudentísima Señora. Se humilló hasta lo ínfimo de las criaturas y profundo de la tierra, profundo el conocimiento de que había sido criada de nada, abrió zanjas y puso el cimiento de la humildad para el encumbrado y alto edificio de la plenitud de ciencia infusa y excelente perfección que iba edificando la diestra del Muy Alto en su Santísima Madre. Alabó al Todopoderoso y le dio gracias por sí misma y por todo el linaje humano, porque eligió tan admirable y eficaz medio para atraer el Señor a sí todos los corazones, obrando este beneficio y obligándoles a que le tuviesen presente por la fe cristiana. Lo mismo hizo en el segundo artículo, que Cristo nuestro Señor nació de María Virgen antes, en el parto y después de él. En este misterio de su intacta virginidad, que tanto la divina Reina había estimado, y el haberla elegido el Señor por Madre con estas condiciones entre todas las criaturas, en la decencia y dignidad de este privilegio, así para la gloria del Señor como para la suya, y que todo lo había de creer y confesar la Iglesia Santa con certeza de fe Católica; en todo esto y lo demás que creyó y conoció la gran Señora no es posible con razones manifestar la alteza de sus operaciones y obras que hizo, dando a cada uno de estos misterios la plenitud que pedía de magnificencia, culto, creencia, alabanza y agradecimiento, quedándose ella con más profundidad humillada y cuanto era levantada se aniquilaba y pegaba con el polvo.

813. Es el tercero artículo que Cristo nuestro Señor padeció muerte y pasión. El cuarto, que descendió a los infiernos y sacó las almas de los santos Padres que estaban en el limbo esperando su venida. El quinto, que resucitó entre los muertos. El sexto, que subió a los cielos y se asentó a la diestra del Padre eterno. El séptimo, que de allí ha de venir a juzgar vivos y muertos en el juicio universal, para dar a cada uno el galardón de las obras que hubiere hecho. Estos artículos como todos los demás creyó y conoció y entendió María Santísima cuanto a la sustancia, cuanto al orden y conveniencias y la necesidad que tenían los mortales de esta fe. Y ella sola llenó su vacío y suplió los defectos de todos los que no han creído ni creerán y la mengua de nuestra tibieza en creer las divinas verdades y en darles el peso, la veneración y agradecidos efectos que piden. Llame toda la Iglesia a nuestra Reina dichosísima y bienaventurada porque creyó (Lc 1,45), no sólo al embajador del cielo, sino también porque después de aquella fe creyó los artículos que se formaron y determinaron en su tálamo virginal, y los creyó por sí y por todos los hijos de Adán. Ella fue la Maestra de la divina fe y la que a vista de los cortesanos del cielo enarbó el estandarte de los fieles en el mundo. Ella fue la primera Reina Católica del orbe y la que no tendrá segunda, pero tendrán segura Madre en ella los verdaderos católicos y por este título especial son hijos suyos si la llaman, porque sin duda esta piadosa Madre y Capitana de la fe Católica mira con especial amor a los que la siguen en esta gran virtud y en su propagación y defensa.

814. Fuera este discurso muy prolijo, si en él hubiera yo de manifestar todo lo que se me ha declarado de la fe de nuestra gran Señora, de sus condiciones y circunstancias con que penetraba cada uno de los catorce artículos y de las

verdades católicas que en ellos se encierran. Las conferencias que sobre esto tenía con su divino maestro Jesús, las preguntas que acerca de ellos le hacía con inaudita humildad y prudencia, las respuestas que su Hijo dulcísimo le daba, los profundos secretos que amantísimamente la declaraba y otros venerables sacramentos que sólo a Hijo y Madre eran manifiestos, no tengo yo palabras para tan divinos misterios. Y también se me ha dado a entender que no todos conviene manifestarlos en esta vida mortal, pero todo este nuevo y divino testamento quedó depositado en María Santísima y fielísimamente le guardó ella sola, para dispensar a sus tiempos lo que de aquel tesoro pedían y piden las necesidades de la Santa Iglesia. ¡Dichosa y bienaventurada Madre!, pues si el hijo sabio es alegría del padre (Prov 10,1 (A.)), ¿quién podrá explicar la que recibió esta gran Reina de la gloria que resultaba al eterno Padre de su Hijo unigénito, de quien ella era Madre, con los misterios de sus obras, que conoció en las verdades de la fe santa de la Iglesia?

Doctrina que me dio la divina Señora María Santísima.

815. “Hija, no es capaz el estado de la vida mortal para que en él se pueda conocer lo que yo sentí con la fe y noticia infusa de los artículos que mi Hijo Santísimo disponía para la Santa Iglesia y lo que en esta creencia obraron mis potencias. Y es forzoso que a ti te falten términos para que declares lo que has entendido, porque todos los que alcanza el sentido son cortos para comprender el concepto de este misterio y manifestarlo; pero lo que de ti quiero y te mando es lo que con el favor divino puedes hacer: que guardes con toda reverencia y cuidado el tesoro que has hallado de la doctrina y ciencia de tan venerables sacramentos. Porque como madre te aviso y te advierto de la crueldad tan sagaz con que se desvelan tus enemigos para robártele. Atiende solícita y cuidadosa, que te hallen vestida de fortaleza (Prov 31,17), y tus domésticos, que son tus potencias y sentidos, con vestiduras dobladas de interior (Prov 31,21) y exterior custodia que resista a la batería de tus tentaciones. Pero las armas ofensivas y poderosas para vencer a los que te hacen guerra han de ser los artículos de la fe Católica, porque su continuo ejercicio y firme credulidad, la meditación y atención ilumina las almas, destierra los errores, descubre los engaños de Satanás y los deshace como los rayos del sol a las livianas nubes, y a más de esto sirve de alimento y sustancia espiritual que hace robustas las almas para las guerras del Señor.

816. “Y si los fieles no sienten estos y otros mayores y más admirables efectos de la fe, no es porque a ella le falte la eficacia y virtud para hacerlos, sino que de parte de los creyentes hay tanto olvido y negligencia en algunos y otros se entregan tan ciegamente a la vida carnal y bestial, que malogran este beneficio de la fe y apenas se acuerdan de usar de ella más que si no la hubieran recibido. Y viendo ellos cómo los infieles no la tienen, y ponderando su desdicha e infidelidad, como es razón, vienen a ser mucho peores que ellos por esta aborrecible ingratitud y desprecio de tan alto y soberano don. De ti quiero, carísima hija mía, que le agradezcas con profunda humildad y fervoroso afecto, que le ejercites con incesantes actos heroicos, que medites siempre los misterios que te enseña la fe, para que sin embarazos terrenos goces de los divinos y dulcísimos efectos que causa. Y tanto más eficaces y poderosos serán en ti, cuanto más viva y penetrante fuere la noticia que te diere la fe. Y concurriendo de tu parte con la diligencia que te toca, crecerá la luz y la inteligencia de los encumbrados y admirables misterios y sacramentos del ser de Dios trino y uno, de la unión hipostática de las dos naturalezas, divina y humana, de la vida, muerte y Resurrección de mi Hijo Santísimo y de todos los demás que obró; con que gustarás de su suavidad (Sal 33,9) y cogerás copioso fruto digno del descanso y felicidad eterna.”

CAPITULO 10

[Regresar al Principio](#)

Tuvo María Santísima nueva luz de los Diez Mandamientos y lo que obró con este beneficio.

817. Como los artículos de la fe Católica pertenecen a los actos del entendimiento, de quienes son objeto, así los mandamientos tocan a los actos de la voluntad. Y aunque todos los actos libres penden de la voluntad en todas las virtudes infusas y adquiridas, pero no igualmente salen de ella, porque los actos de la fe libre nacen inmediatamente del entendimiento que los produce y sólo penden de la voluntad en cuanto ella los manda con afecto puro, santo, pío y reverencial; porque los objetos y verdades oscuras no necesitan al entendimiento para que sin consulta de la voluntad las crea y así aguarda lo que quiere la voluntad, pero en las demás virtudes la misma voluntad por sí obra y sólo pide del entendimiento que la proponga lo que ha de hacer, como quien lleva la luz delante. Pero ésta es tan señora y libre, que no admite imperio del entendimiento ni violencia de nadie; y así lo ordenó el altísimo Señor para que, ninguno le

sirva por tristeza o necesidad, con violencia o compelido, sino ingenuamente libre y con alegría, como lo enseña el Apóstol (2 Cor 8,7).

818. Estando María Santísima ilustrada tan divinamente de los artículos y verdades de la fe Católica, para que fuese renovada en la ciencia de los diez preceptos del Decálogo tuvo otra visión de la divinidad en el mismo modo que se dijo en el capítulo pasado (Cf. supra n.808). Y en ella se le manifestaron con mayor plenitud y claridad todos los misterios de los divinos Mandamientos, cómo estaban decretados en la mente divina para encaminar a los mortales hasta la vida eterna y cómo se le habían dado a Moisés en las dos tablas: en la primera los tres que tocan al honor del mismo Dios y en la segunda los siete que se ejercitan con el próximo; y que el Redentor del mundo, su Hijo Santísimo, los había de renovar en los corazones humanos, comenzando de la misma Reina y Señora la observancia de todos y de cuanto en sí comprenden. Conoció también el orden que tenían y la necesidad de que por él llegasen los hombres a la participación de la divinidad. Tuvo inteligencia clara de la equidad, sabiduría y justicia con que estaban ordenados los Mandamientos por la voluntad divina, y que era ley santa, inmaculada, suave, ligera, pura, verdadera y acendrada para las criaturas, porque era tan justa y conforme a la naturaleza capaz de razón que la podían y debían abrazar con estimación y gusto, y que el Autor tenía preparada la gracia para ayudar a su observancia. Otros muchos y muy altos secretos y misterios ocultos conoció en esta visión nuestra gran Reina sobre el estado de la Iglesia Santa y los que en ella habían de guardar sus divinos preceptos y los que los habían de quebrantar y despreciar para no recibirlos o no guardarlos ni admitirlos.

819. Salió de esta visión la candidísima paloma enardecida y transformada en el amor y celo de la ley divina y luego fue a su Hijo Santísimo, en cuyo interior la conoció de nuevo, como en los decretos de su sabiduría y voluntad la tenía dispuesta para renovarla en la ley de gracia, y conoció asimismo con abundante luz el beneplácito de Su Majestad y el deseo de que ella fuese la estampa viva de todos los preceptos que contenía. Verdad es que la gran Señora como he dicho repetidas veces (Cf. supra p.I n.499, 636, etc) tenía ciencia habitual y perpetua de todos estos misterios y sacramentos, para que usase de ella continuamente, pero con todo eso se le renovaban estos hábitos y recibían mayor intensión cada día. Y como la extensión y profundidad de los objetos era casi inmensa, quedaba siempre como infinito campo a donde extender la vista de su interior y conocer nuevos secretos y misterios; y en esta ocasión eran muchos los que de nuevo la enseñaba el divino Maestro, proponiéndole su ley santa y preceptos con el orden y modo convenientísimo que habían de tener en la Iglesia militante de su evangelio y singularmente de cada uno le daba copiosas y singulares inteligencias con nuevas circunstancias. Y aunque nuestra limitada capacidad y noticia no pueden alcanzar tan altos y soberanos sacramentos, a la divina Señora ninguno se le ocultó, ni su profundísima ciencia se ha de medir con la regla de nuestro corto entendimiento.

820. Se ofreció humillada a su Hijo Santísimo, y con preparado corazón para obedecerle en la guarda de sus mandamientos le pidió le enseñase y diese su divino favor para ejecutar todo lo que en ellos mandaba. La respondió Su Majestad diciendo: “Madre mía, electa y predestinada por mi eterna voluntad y sabiduría para el mayor agrado y beneplácito de mi Padre, que en cuanto a mi divinidad es el mismo: nuestro amor eterno, que nos obligó a comunicar nuestra divinidad a las criaturas levantándolas a la participación de nuestra gloria y felicidad, ordenó esta ley santa y pura por donde llegasen los mortales a conseguir el fin para que fueron criados por nuestra clemencia. Y este deseo que tenemos descansará en ti, paloma y amiga mía, dejando en tu corazón grabada nuestra ley divina con tanta eficacia y claridad, que desde tu ser por toda la eternidad no pueda ser oscurecida ni borrada y que su eficacia no sea impedida ni en cosa alguna quede vacía, como en los demás hijos de Adán. Advierte, Sunamitis, y carísima, que toda es inmaculada y pura esta ley, y la queremos depositar en sujeto inmaculado y purísimo, en quien se glorifiquen nuestros pensamientos y obras.

821. Estas palabras, que en la divina Madre tuvieron la eficacia de lo que contenían, la renovaron y deificaron con la inteligencia y práctica de los diez preceptos y de sus misterios singularmente; y convirtiendo su atención a la celestial luz y el ánimo a la obediencia de su divino Maestro entendió aquel primero y mayor precepto: Amarás a Dios sobre todas las cosas, de todo tu corazón, de toda tu mente, con todas tus fuerzas y fortaleza, como después lo escribieron los evangelistas (Mt 22,37; Mc 12,30; Lc 10,27 (A.)) y antes Moisés en el Deuteronomio (Dt 6,5 (A.)), con aquellas condiciones que le puso el Señor, mandando que se guardase en el corazón y los padres le enseñasen a sus hijos y todos meditasen en él en casa y fuera de ella, sentados y caminando, durmiendo y velando, y siempre le trajesen delante los ojos interiores del alma. Y como le entendió nuestra Reina, así cumplió este *mandamiento del amor de Dios*, con todas las condiciones y eficacia que Su Majestad le mandó. Y si ninguno de los hijos de los hombres en esta

vida llegó a cumplirle con toda plenitud, María Santísima se la dio en carne mortal más que los supremos y abrasados serafines, santos y bienaventurados en el cielo. Y no me alargo ahora más en esto, porque de la caridad de la gran Reina dije algo en la primera parte (Cf. supra p.I n.521ss), hablando de sus virtudes. Pero en esta ocasión señaladamente lloró con amargura los pecados que se habían de cometer en el mundo contra este gran mandamiento y tomó por su cuenta recompensar con su amor las menguas y defectos que en él habían de incurrir los mortales.

822. Al primer precepto del amor siguen los otros dos, que son: *el segundo, de no deshonrarle jurando vanamente, y honrarle en sus fiestas guardándolas y santificándolas*, que es el tercero. Estos mandamientos penetró y comprendió la Madre de la sabiduría y los puso en su corazón humilde y pío y les dio el supremo grado de veneración y culto de la divinidad. Ponderó dignamente la injuria de la criatura contra el ser inmutable de Dios y su bondad infinita en jurar por ella vana o falsamente o blasfemando contra la veneración debida a Dios en sí mismo y en sus santos. Y con el dolor que tuvo, conociendo los pecados que atrevidamente hacían y harían los hombres contra este mandamiento, pidió a los santos ángeles que la asistían que de su parte de la gran Reina encargasen a todos los demás custodios de los hijos de la Santa Iglesia que detuviesen a las criaturas que guardaba cada uno en cometer este desacato contra Dios, y para moderarlos les diesen inspiraciones y luz, y por otros medios los crucificasen y atemorizasen con el temor de Dios, para que no jurasen ni blasfemasen su santo nombre y, a más de esto, que pidiesen al Altísimo que diese muchas bendiciones de dulzura a los que se abstienen en jurar en vano y reverencian su ser inmutable, y la misma súplica con grande fervor y afecto hacía la purísima Señora. En cuanto a la santificación de las fiestas, que es el tercer mandamiento, tuvo la gran Reina de los ángeles conocimiento en estas visiones de todas las festividades que habían de caer debajo de precepto en la Santa Iglesia y del modo cómo se habían de celebrar y guardar. Y aunque desde que estaba en Egipto como dije en su lugar (Cf. supra n.687) había comenzado a celebrar las que tocaban a los misterios precedentes, pero desde esta noticia celebró otras fiestas, como de la Santísima Trinidad y las pertenecientes a su Hijo y de los ángeles, y a ellos convidaba para estas solemnidades y para las demás que la Santa Iglesia había de ordenar, y por todas hacía cánticos de alabanza y agradecimiento al Señor. Y estos días señalados para el divino culto particularmente los ocupaba todos en él, no porque a su admirable atención interior la embarazasen las acciones corporales ni impidiesen su espíritu, sino para ejecutar lo que entendía se debía hacer santificando las fiestas del Señor y mirando a lo futuro de la ley de gracia, que con santa emulación y pronta obediencia quiso adelantarse a obrar todo lo que contenía, como primera discípula del Redentor del mundo.

823. La misma ciencia y comprensión tuvo María Santísima respectivamente de los otros siete mandamientos que nos ordenan a nuestros prójimos y miran a ellos. En el cuarto, de honrar a los padres, conoció todo lo que comprendía por nombre de padres y cómo después del honor divino tiene el segundo lugar el que deben los hijos a los padres y cómo se le han de dar en la reverencia y en ayudarles y también la obligación de parte de los padres para con los hijos. En el quinto mandamiento, de no matar, conoció asimismo la Madre clementísima la justificación de este precepto, porque el Señor es autor de la vida y ser del hombre y no le quiso dar este dominio al mismo que la tiene, cuanto más a otro prójimo para que se la quite ni le haga injuria en ella. Y como la vida es el primero de los bienes de la naturaleza y fundamento de la gracia, alabó al Señor nuestra gran Reina porque así ordenaba este mandamiento en beneficio de los mortales. Y como los miraba hechuras del mismo Dios y capaces de su gracia y gloria y precio de la sangre que su Hijo había de ofrecer por ellos, hizo grandes peticiones sobre la guarda de este precepto en la Iglesia.

824. La condición del sexto mandamiento conoció nuestra purísima Señora al modo que los bienaventurados, que no miran el peligro de la humana flaqueza en sí mismo sino en los mortales y lo conocen sin que les toque. De más alto lugar de gracia lo miraba y conocía María Santísima sin el deseo sensual, que no pudo contraer por su preservación. Y fueron tales los afectos que tuvo esta gran honradora de la castidad, amándola y llorando los pecados de los mortales contra ella, que de nuevo hirió el corazón del Altísimo (Cant 4,9) y, a nuestro modo de hablar, consoló a su Hijo Santísimo en lo que le ofenderían los mortales contra este precepto. Y porque conoció que en la ley del Evangelio se extendería su observancia a instituir congregaciones de vírgenes y religiosos que prometiesen esta virtud de la castidad, pidió al Señor que les dejase vinculada su bendición. Y a instancia de la purísima Madre lo hizo Su Majestad y señaló el premio especial que corresponde a la virginidad, porque siguieron en ella a la que fue Virgen y Madre del Cordero (Sal 44,15). Y porque esta virtud se había de extender tanto a su imitación en la ley del Evangelio, dio al Señor gracias incomparables con afectuoso júbilo. No me detengo más en referir lo que estimaba esta virtud, porque dije algo hablando de ella en la primera parte (Cf. supra p.I n.434) y en otras ocasiones (Cf. supra n.133, 347).

825. De los demás preceptos el séptimo, no hurtarás; el octavo, no levantarás falso testimonio; el noveno, no codiciarás

la mujer ajena; el décimo, no desearás los bienes y cosas ajenas tuvo María Santísima la inteligencia singularmente que en los demás. Y en cada uno hacía grandes actos de lo que pedía su cumplimiento y de alabanza al Señor, agradeciéndole por todo el linaje humano que lo encaminase tan sabia y eficazmente a su eterna felicidad, por una ley tan bien ordenada en beneficio de los mismos hombres. Pues con su observancia no sólo aseguraban el premio que para siempre se les prometía, sino que también en la vida presente podían gozar de la paz y tranquilidad que los hiciera en su modo y respectivamente bienaventurados. Porque si todas las criaturas racionales se ajustaran a la equidad de la ley divina y se determinaran a guardarla y observar sus mandamientos, gozaran de una felicidad gustosísima y muy amable del testimonio de la buena conciencia, que todos los sustos humanos no se pueden comparar al consuelo que motiva ser fieles en lo poco y en lo mucho de la ley (Mt 25,21). Y este beneficio más debemos a Cristo nuestro Redentor, que nos vinculó en el bien obrar satisfacción, descanso, consuelo y muchas felicidades juntas en la vida presente. Y si todos no lo conseguimos nace de que no guardamos sus mandamientos, y los trabajos, calamidades y desdichas del pueblo son como efectos inseparables del desorden de los mortales, y dando cada uno la causa de su parte, somos tan insensatos que en llegando el trabajo luego vamos a buscar a quién imputarle, estando dentro de cada uno la causa.

826. ¿Quién bastará a ponderar los daños que en la vida presente nacen de hurtar lo ajeno y de no guardar el mandamiento que lo prohíbe, contentándose cada uno con su suerte y esperando en ella el socorro del Señor, que no desprecia a las aves del cielo ni se olvida de los ínfimos gusanillos? ¿Qué miserias y aflicciones no están padeciendo los del pueblo cristiano por no contenerse los príncipes en los reinos que les dio el sumo Rey? Antes pretendiendo ellos extender el brazo y sus coronas, no han dejado en el mundo quietud ni paz, haciendas, vidas ni almas para su Criador. Los testimonios falsos y mentiras, que ofenden a la suma verdad y a la comunicación humana, no causan menos daños y discordias, con que se trasiega la paz y tranquilidad de los corazones de los mortales y uno y otro los indisponen para ser asiento y morada de su Criador, que es lo que quiere de ellos. El codiciar la mujer ajena y adulterar contra justicia, violar la ley santa del matrimonio, confirmada y santificada por Cristo nuestro Señor con el sacramento, ¿cuántos males ocultos y manifiestos ha causado y causa entre los católicos? Y si pensamos que muchos están escondidos a los ojos del mundo ¡ya lo estuvieran más! pero en los ojos de Dios que es justísimo y recto juez, no se pasan sin castigo de presente y después será más severo cuanto más ha disimulado Su Majestad, por no destruir la república cristiana castigando ahora dignamente este pecado.

827. De todas estas verdades era testigo nuestra gran Reina, mirándolas en el Señor, y aunque conocía la vileza de los hombres, que tan ligeramente y por cosas tan ínfimas pierden el decoro y respeto al mismo Dios, y que Su Majestad tan benignamente previno la necesidad de ponerles tantas leyes y preceptos, con todo esto ni se escandalizó la prudentísima Señora de la humana fragilidad, ni se admiraba de nuestras ingratitudes, antes bien como piadosa madre se compadecía de todos los mortales y con ardentísimo amor los amaba y agradecía por ellos las obras del Altísimo y recompensaba las transgresiones que habían de cometer contra la ley evangélica y rogaba y pedía para todos la perfección y observancia de ella. Toda la comprensión de los diez preceptos en los dos que son amar a Dios y al prójimo como a sí mismo, conoció María Santísima profundamente y que en estos dos objetos bien entendidos y practicados se resuelve toda la verdadera sabiduría, pues el que alcanza su ejecución no está lejos del reino de Dios, como lo dijo el mismo Señor en el Evangelio (Mc 12,34), y que la guarda de estos preceptos se antepone y vale más que los sacrificios y holocaustos (Mc 12,33). Y en el grado que tuvo esta ciencia nuestra gran Maestra, puso en práctica la doctrina de esta santa ley, como se contiene en los Evangelios, sin faltar a la observancia de todos los preceptos y consejos de él ni omitir el menor. Y sola esta divina Princesa obró más la doctrina del Redentor del mundo, su Hijo Santísimo, que todo el resto de los santos y fieles de la Santa Iglesia.

Doctrina que me dio la divina Señora y Reina del cielo.

828. “Hija mía, si el Verbo del eterno Padre bajó de su seno a tomar en mi vientre la humanidad y redimir en ella al linaje humano, necesario era que, para dar luz a los que estaban en las tinieblas y sombra de la muerte (Lc 1,79) y llevarlos a la felicidad que habían perdido, viniera Su Majestad a ser su luz, su camino, su verdad y su vida (Jn 14,6), y que les diese una ley tan santa que los justificase, tan clara que los ilustrase, tan segura que les diese confianza, tan poderosa que los moviese, tan eficaz que los ayudase y tan verdadera que a todos los que la guardan diese alegría y sabiduría. Para obrar estos efectos y otros tan admirables tiene virtud la inmaculada ley del Evangelio en sus preceptos y consejos, y de tal manera compone y ordena a las criaturas racionales, que sólo en guardarla consiste toda su felicidad espiritual y corporal, temporal y eterna. Y por esto entenderás la ciega ignorancia de los mortales con que los

engaña la fascinación de sus mortales enemigos, pues inclinándose tanto los hombres a su felicidad propia y deseándola todos, son tan pocos los que atinan con ella, porque no la buscan en la ley divina donde solamente pueden hallarla.

829. “Prepara tu corazón con esta ciencia, para que el Señor a imitación mía escriba en él su santa ley, y de tal manera te aleja y olvida de todo lo visible y terreno, que todas tus potencias queden libres y despejadas de otras imágenes y especies y solas se hallen en ellas las que fijare el dedo del Señor, de su doctrina y beneplácito, como se contiene en las verdades del Evangelio. Y para que tus deseos no se frustren ni sean estériles, pide continuamente de día y de noche al Señor que te haga digna de este beneficio y promesa de mi Hijo Santísimo. Considera con atención que este descuido sería en ti más aborrecible que en todos los demás vivientes, pues a ninguno más que a ti ha llamado y compelido a su divino amor con semejantes fuerzas y beneficios como a ti. En el día de esta abundancia y en la noche de la tentación y tribulación tendrás presente esta deuda y el celo del Señor, para que ni los favores te levanten, ni las penas y aflicciones te opriman; y así lo conseguirás si en el uno y otro estado te conviertes a la divina ley escrita en tu corazón, para guardarla inviolablemente y sin remisión ni descuido, con toda perfección y advertencia. Y en cuanto al amor de los próximos, aplica siempre aquella primera regla con que se debe medir para ejecutarla, de querer para ellos lo que para ti misma (Mt 22,39). Si tú deseas y apetece que piensen y hablen bien de ti y que obren, eso has de ejecutar con tus hermanos; si sientes que te ofendan en cualquiera niñería huye de darles ese pesar y si en otros te parece mal que disgusten a los próximos no lo hagas, pues ya conoces que desdice a su regla y medida y a lo que el Altísimo manda. Llorra también tus culpas y las de tus prójimos, porque son contra Dios y su ley santa, y ésta es buena caridad con el Señor y con ellos. Y duélete de los trabajos ajenos como de los tuyos, imitándome en este amor.”

CAPITULO 11

[Regresar al Principio](#)

La inteligencia que tuvo María Santísima de los siete sacramentos que Cristo Señor nuestro había de instituir y de los cinco preceptos de la Iglesia.

830. Para complemento de la hermosura y riquezas de la Santa Iglesia fue conveniente que su artífice, Cristo nuestro Reparador, ordenase en ella los siete sacramentos que tiene, donde quedasen como en común depósito los tesoros infinitos de sus merecimientos y el mismo Autor de todo, por inefable modo de asistencia pero real y verdadera, para que los hijos fieles se alimentasen de su hacienda y consolasen con su presencia, en prendas de la que esperan gozar eternamente y cara a cara. Era también necesario para la plenitud de ciencia y gracia de María Santísima, que todos estos misterios y tesoros se trasladasen a su dilatado y ardiente corazón, para que por el modo posible quedase depositada y estampada en él toda la ley de gracia al modo que lo estaba en su Hijo Santísimo, pues en su ausencia había de ser Maestra de la Iglesia y enseñar a sus primogénitos el rigor y puntualidad con que todos estos sacramentos se habían de venerar y recibir.

831. Se le manifestó todo esto a la gran Señora con nueva luz en el mismo interior de su Hijo Santísimo, con distinción de cada misterio en singular. Y lo primero, conoció cómo la antigua ley de la dura circuncisión se había de sepultar con honor, entrando en su lugar el suavísimo y admirable sacramento del Bautismo. Tuvo inteligencia de la materia de este sacramento, que había de ser agua pura elemental, y que la forma sería con las mismas palabras que fue determinado, expresando las tres divinas personas con los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo, para que *los* fieles profesasen la fe explícita de la Santísima Trinidad. Entendió la virtud que al bautismo había de comunicar Cristo, su autor y Señor nuestro, quedando con eficacia para santificar perfectísimamente de todos los pecados y librar de sus penas. Vio los efectos admirables que había de causar en todos los que le recibiesen, regenerándolos y reengendrándolos en el ser de hijos adoptivos y herederos del reino de su Padre e infundiéndoles las virtudes de fe, esperanza y caridad y otras muchas y el carácter sobrenatural y espiritual que como sello real se había de imprimir en las almas por virtud del bautismo para señalar los hijos de la Santa Iglesia; y todo lo demás que toca a este sagrado sacramento y sus efectos lo conoció María Santísima. Y luego se le pidió a su Hijo Santísimo, con ardentísimo deseo de recibirle a su tiempo, y Su Majestad se lo prometió y dio después, como diré en su lugar (Cf. infra n.1030).

832. Del sacramento de la Confirmación, que es el segundo, tuvo la gran Señora el mismo conocimiento y cómo se daría en la Santa Iglesia después del Bautismo. Porque este sacramento primero engendra a los hijos de la gracia y el

sacramento de la confirmación los hace robustos y esforzados para confesar la fe santa recibida en el bautismo y les aumenta la primera gracia y añade la particular para su propio fin. Conoció la materia y forma, ministros de este sacramento y los efectos de gracias y carácter que imprime en el alma, y cómo por la crisma del bálsamo y aceite, que hacen la materia de este sacramento, se representa la luz de las buenas obras y el olor de Cristo (2 Cor 2,15), que con ellas derraman los fieles confesándole, y lo mismo dicen las palabras de la forma, cada cosa en su modo. En todas estas inteligencias hacía heroicos actos de lo íntimo del corazón nuestra gran Reina, de alabanza, agradecimiento y peticiones fervorosas porque todos los hombres viniesen a sacar agua de estas fuentes del Salvador (Is 12,3) y gozasen de tan incomparables tesoros, conociéndole y confesándole por su verdadero Dios y Redentor. Lloraba con amargura la pérdida lamentable de los muchos que a vista del Evangelio habían de carecer por sus pecados de tan eficaces medicinas.

833. En el tercero sacramento, que es la penitencia, conoció la divina Señora la conveniencia y necesidad de este medio para restituirse las almas a la gracia y amistad de Dios, supuesta la fragilidad humana con que tantas veces se pierde. Entendió qué partes y qué ministros había de tener este sacramento y la facilidad con que los hijos de la Iglesia podrían usar de él con efectos tan admirables. Y por lo que conoció de este beneficio, como verdadera Madre de misericordia y de sus hijos los fieles, dio especiales gracias al Señor con increíble júbilo de ver tan fácil medicina para tan repetida dolencia como las ordinarias culpas de los hombres. Se postró en tierra y en nombre de la Iglesia admitió e hizo reverencia al tribunal santo de *la Confesión*, donde con inefable clemencia ordenó el Señor que se resolviese y determinase la causa de tanto peso para las almas como la justificación y vida eterna o la muerte y condenación, remitiendo al arbitrio de los sacerdotes absolver de los pecados o negar la absolución.

834. Llegó la prudentísima Señora a la particular inteligencia del soberano misterio y sacramento de *la Eucaristía* y de esta maravilla entendió y conoció con grande penetración más secretos que los supremos serafines, porque se le manifestó el modo sobrenatural con que estarían la humanidad y divinidad de su Hijo Santísimo debajo de las especies del pan y vino, la virtud de las palabras para consagrar el cuerpo y sangre, pasando y convirtiendo una sustancia en otra perseverando los accidentes sin sujeto, cómo estaría a un mismo tiempo en tantas y diversas partes, cómo se ordenaría el misterio sacrosanto de la Misa para consagrarle y ofrecerle en sacrificio al eterno Padre hasta el fin del siglo, cómo sería adorado y venerado en la Santa Iglesia Católica en tantos templos por todo el mundo, qué efectos causaría en los que dignamente le habían de recibir más o menos dispuestos y prevenidos y cuáles y cuán malos en aquellos que indignamente le recibiesen. De la fe de los católicos tuvo inteligencia y de los errores de los herejes contra este incomparable beneficio y sobre todo del amor inmenso con que su Hijo Santísimo había determinado darse en comida y alimento de vida eterna a cada uno de los mortales.

835. En estas y otras muy altas inteligencias que tuvo María Santísima de este augustísimo sacramento se inflamó su castísimo pecho en nuevos incendios de amor sobre todo el juicio de los hombres; y aunque en todos los artículos de la fe y en los sacramentos que conoció hizo nuevos cánticos en cada uno, pero en este gran misterio desplegó más su corazón y postrada en tierra hizo nuevas demostraciones de amor, culto, alabanza, agradecimiento y humillación a tan alto beneficio y de dolor y sentimiento por los que le habían de malograr y convertir en su misma condenación. Se encendió en ardientes deseos de ver este sacramento instituido y si la fuerza del Altísimo no la confortara, la de sus afectos le resolviera la vida natural, aunque el estar a la vista de su Hijo Santísimo saciaba la sed de sus congojas y la entretenía hasta su tiempo. Pero desde luego se previno, pidiendo a Su Majestad la comunión de su cuerpo sacramentado para cuando llegase la hora de consagrarse, y dijo la divina Reina: “Altísimo Señor mío y vida verdadera de mi alma, ¿merecerá por ventura este vil gusanillo y oprobio de los hombres recibiros en su pecho? ¿Seré yo tan dichosa que vuelva a recibiros en mi cuerpo y en mi alma? ¿Será vuestra morada y tabernáculo mi pecho, donde descanséis y yo os tenga gozando de vuestros estrechos abrazos y vos, amado mío, de los de vuestra sierva?”

836. Le respondió el divino Maestro: “Madre y paloma mía, muchas veces me recibiréis sacramentado y después de mi muerte y subida a los cielos gozaréis de este consuelo, porque será mi habitación continua en el descanso de vuestro candidísimo y amoroso pecho, que yo elegí para morada de mi agrado y beneplácito.” Con esta promesa del Señor se humilló de nuevo la gran Reina y pegada con el polvo le dio gracias por ella con admiración del cielo y desde aquella hora encaminó todos sus afectos y obras con ánimo de prepararse y disponerse para recibir a su tiempo la Sagrada Comunión de su Hijo sacramentado; y en todos los años que pasaron desde esta ocasión, ni se olvidó ni interrumpió los actos de voluntad. Era su memoria como otras veces he dicho (Cf. supra p.I n.537, 604) tenaz y constante como de ángel y la ciencia más alta que todos ellos, y como siempre se acordaba de este misterio y de otros, siempre obraba conforme a

la memoria y ciencia que tenía. Hizo también desde entonces grandes peticiones al Señor que diese luz a los mortales para conocer y venerar este altísimo sacramento y recibirle dignamente. Y si algunas veces llegamos a recibirle con esta disposición ¡quiera el mismo Señor que sea siempre! fuera de los merecimientos de Su Majestad lo debernos a las lágrimas y clamores de esta divina Madre, que nos lo granjeó y mereció. Y cuando atrevida y audazmente alguno se desmesura en recibirle con pecado, advierta que, a más de la sacrílega injuria que comete contra su Dios y Redentor, ofende también a su Madre Santísima, porque desprecia y malogra su amor, deseos piadosos, sus oraciones, lágrimas y suspiros. Trabajemos por apartarnos de tan horrendo delito.

837. En el quinto *sacramento, de la extremaunción*, (o Unción de los enfermos) tuvo María Santísima inteligencia del fin admirable a donde le ordenó el Señor y de su materia, forma y ministro. Conoció que la materia había de ser óleo bendito de olivas por ser símbolo de la misericordia; la forma, las palabras deprecatorias, ungiendo los sentidos con que pecamos; y el ministro, sacerdote solo y no quien no lo sea; los fines y efectos de este sacramento, que serían el socorro de los fieles enfermos en el peligro y fin de la vida, contra las asechanzas y tentaciones del enemigo, que en aquella última hora son muchas y terribles. Y así por este sacramento se le da a quien le recibe dignamente gracia para recobrar las fuerzas espirituales que debilitaron los pecados cometidos y también, si conviene, para esto se le da alivio en la salud del cuerpo; se mueve a si mismo el interior a nueva devoción y deseos de ver a Dios y se perdonan los pecados veniales con algunas reliquias y efectos de los mortales, y el cuerpo del enfermo queda signado, aunque no da carácter, pero déjale como sellado para que el demonio tema de llegar a él donde por gracia y sacramentalmente ha estado el Señor como en su tabernáculo. Y por este privilegio en el sacramento de la extremaunción se le quita a Lucifer la superioridad y derecho que adquirió por los pecados original y actuales contra nosotros, para que el cuerpo del justo, que ha de resucitar y en su alma propia ha de gozar de Dios, vuelva señalado y defendido con este sacramento a unirse con su alma. Todo esto conoció y agradeció en nombre de los fieles nuestra fidelísima Madre y Señora.

838. Del sexto sacramento, del Orden Sacerdotal, entendió cómo la providencia de su Hijo Santísimo, prudentísimo artífice de la gracia y de la Iglesia, ordenaba en ella ministros proporcionados con los sacramentos que instituía, para que por ellos santificasen el cuerpo místico de los fieles y consagrasen el cuerpo y sangre del mismo Señor, y para darles esta dignidad superior a todos los demás hombres y a los mismos ángeles ordenó otro nuevo sacramento de orden y consagración. Con este conocimiento se le infundió tan extremada reverencia a los sacerdotes por su dignidad, que desde entonces con profunda humildad comenzó a respetarlos y venerarlos y pidió al Altísimo los hiciera dignos ministros y muy idóneos para su oficio y que a los demás fieles diese conocimiento para que los venerasen. Y lloró las ofensas de Dios que los unos y los otros habían de cometer, cada cual contra su obligación; y porque en otras partes he dicho (Cf. supra p.I n.467; p.II n.532, 602) y diré (Cf. infra n.1455; p.III n.92, 151, etc) más del respeto grande que nuestra gran Reina tenía a los sacerdotes, no me detengo ahora en esto. Todo lo demás que toca a la materia y forma de este sacramento conoció María Santísima y sus efectos y ministros que había de tener.

839. En el último y séptimo sacramento, del Matrimonio, fue a si mismo informada nuestra divina Señora de los grandes fines que tuvo el Redentor del mundo para hacer sacramento con que en la ley evangélica quedase bendita y santificada la propagación de los fieles y significado el misterio del matrimonio espiritual del mismo Cristo con la Iglesia Santa (Ef. 5,32) con más eficacia que antes de ella. Entendió cómo se había de continuar este sacramento, qué forma y materia tenía y cuán grandes bienes resultarían por él en los hijos de la Iglesia Santa y todo lo demás que pertenece a sus efectos y necesidad o virtud; y por todo hizo cánticos de alabanza y agradecimiento en nombre de los católicos que habían de recibir este beneficio. Luego se le manifestaron las ceremonias santas y ritos con que se había de gobernar la Iglesia en los tiempos futuros para el culto divino y orden de las buenas costumbres. Conoció también todas las leyes que había de establecer para esto, en particular los cinco mandamientos, de oír misa los días de fiesta, de confesar a sus tiempos y comulgar el santísimo cuerpo de Cristo sacramentado, de ayunar los días que están señalados, de pagar diezmos y primicias de los frutos que da el Señor en la tierra.

840. En todos estos preceptos eclesiásticos conoció María Santísima altísimos misterios de la justificación y razón que tenían, de los efectos que causarían en los fieles y de la necesidad que había de ellos en la santa y nueva Iglesia, para que sus hijos, guardando el primero de todos estos mandamientos, tuviesen días señalados para buscar a Dios y en ellos asistiesen al sagrado misterio y sacrificio de la misa, que se había de ofrecer por vivos y difuntos, y en él renovasen la profesión de la fe y memoria de la pasión y muerte de Cristo con que fuimos redimidos, y en el modo posible cooperasen a la grandeza y ofrecimiento de tan supremo sacrificio y consiguiesen de él tantos frutos y bienes

como recibe la Santa Iglesia del misterio sacrosanto de la Misa. Conoció también cuán necesario era obligar a nuestra deslealtad y descuido, para que no despreciase largo tiempo el restituirse a la gracia y amistad de Dios por medio de la confesión sacramental y confirmarla con la sagrada Comunión; porque, a más del peligro y del daño a que se arriesgan los que se olvidan o descuidan en el uso de estos sacramentos, hacen otra injuria a su autor frustrándole sus deseos y el amor con que los ordenó para nuestro remedio, y como esto no se puede hacer sin gran desprecio, tácito o expreso, viene a ser injuria muy pesada para quien la comete.

841. De los dos últimos preceptos, del ayunar y pagar diezmos, tuvo la misma inteligencia y de cuán necesario era que los hijos de la Santa Iglesia procuren vencer a sus enemigos que les pueden impedir su salvación, como a tantos infelices y negligentes sucede por no mortificar y rendir sus pasiones, que de ordinario se fomentan con el vicio de la carne y éste se mortifica con el ayuno, en que singularmente nos dio ejemplo el Maestro de la vida, aunque no tenía que vencer como nosotros al *tomes peccati*. En el pagar los diezmos entendió María Santísima era especial orden del Señor que los hijos de la Santa Iglesia de los bienes temporales de la tierra le pagasen aquel tributo, reconociéndole por supremo Señor y Criador de todo y agradeciendo aquellos frutos que su providencia les daba para conservar la vida, y que ofrecidos al Señor estos diezmos se convirtiesen en beneficio y alimento de los sacerdotes y ministros de la Iglesia, para que fuesen más agradecidos al mismo Señor, de cuya mesa son proveídos tan abundantemente, y junto con esto entendiesen su obligación de cuidar siempre de la salud espiritual de los fieles y de sus necesidades, pues el sudor del pueblo se convertía en su beneficio y sustentación, para que toda la vida se empleasen en el culto divino y utilidad de la Iglesia Santa.

842. Mucho me he ceñido en la sucinta declaración de tan ocultos y grandiosos misterios como sucedieron a nuestra divina Emperatriz y se obraron en su inflamado y dilatado corazón con la noticia que le dio el Altísimo de la ley y nueva Iglesia del Evangelio. El temor me ha detenido para no ser muy prolija, y mucho más el de no errar, manifestando mi pecho y lo que en él está depositado de lo que con la inteligencia he conocido. La luz de la santa fe que profesamos, gobernada con la prudencia y piedad cristiana, encaminarán el corazón católico que con atención se aplicare a la veneración de tan altos sacramentos, y considerando con viva fe la armonía maravillosa de leyes y sacramentos, doctrina y tantos misterios como encierra la Iglesia Católica y se ha gobernado con ellos admirablemente desde su principio y se gobernará firme y estable hasta el fin del Inundo. Todo esto junto por admirable modo estuvo en el interior de nuestra Reina y Señora y en él a nuestro entender se ensayó Cristo Redentor del mundo para fabricar la Iglesia Santa y anticipadamente la depositó toda en su Madre purísima, para que ella gozase de los tesoros la primera con superabundancia y gozándolos obrase, amase, creyese, esperase y agradeciese por todos los demás mortales y llorase sus pecados, para que no por ellos se impidiese el corriente de tantas misericordias para el linaje humano, y para que María Santísima fuese la escritura pública donde se escribiese todo cuanto Dios había de obrar por la Redención humana y quedase como obligado a cumplirlo, tomándola por coadjutora y dejando escrito en su corazón el memorial de las maravillas que quería obrar.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

843. “Hija mía, muchas veces te he representado cuán injurioso es para el Altísimo y peligroso para los mortales el olvido y el descuido que tenéis de las obras misteriosas y tan admirables que su divina clemencia ordenó para vuestro remedio, con que las despreciáis; el maternal amor me solicita a renovar en ti algo de esta memoria y el dolor de tan lamentable daño. ¿Dónde está el juicio y el seso de los hombres, que tan peligrosamente desprecian su salud eterna y la gloria de su Criador y Reparador? Las puertas de la gracia y de la gloria están patentes, y no sólo no quieren entrar por ellas, pero saliéndoles la misma vida y luz al encuentro cierran las suyas para que no entre en sus corazones llenos de tinieblas y de muerte. ¡Oh crueldad más que inhumana del pecador, pues siendo tu enfermedad mortal y la más peligrosa de todas no quieres admitir el remedio cuando graciosamente te le ofrecen! ¿Cuál sería el difunto que no se reconociese muy obligado a quien le restituyese la vida? ¿Cuál el enfermo que no diese gracias al médico que le curó de su dolencia? Pues si los hijos de los hombres conocen esto y saben ser agradecidos a quien les da la salud y la vida que luego han de perder y sólo sirve de restituirlos a nuevos peligros y trabajos, ¿Cómo son tan necios y pesados de corazón, que ni agradecen ni reconocen a quien les da salud y vida de descanso eterno y los quiere rescatar de las penas que ni tendrán fin, ni tienen ponderación bastante?

844. “¡Oh carísima mía! ¿Cómo puedo yo reconocer por hijos y ser madre de los que así desprecian a mi único y amantísimo Hijo y Señor y su liberal clemencia? La conocen los ángeles y santos en el cielo y se admiran de la grosera

ingratitude y peligro de los vivientes y se justifica en su presencia la rectitud de la divina justicia. Mucho te he dado a conocer de estos secretos en esta Historia y ahora te declaro más, para que me imites y acompañes en lo que yo lloré amargamente esta infeliz calamidad, en que ha sido grandemente Dios ofendido y lo es, y llorando tú sus ofensas procura de tu parte enmendarlas. Y quiero de ti que no pase día ninguno sin rendir humilde agradecimiento a su grandeza, porque ordenó los santos sacramentos y sufre el mal uso de ellos en los malos fieles; los recibe con profunda reverencia, fe y esperanza firme. Y por el amor que tienes al santo sacramento de la penitencia, debes procurar llegar a él con la disposición y partes que enseña la Santa Iglesia y sus doctores para recibirle fructuosamente; frecuéntale con humilde y agradecido corazón todos los días, y siempre que te hallares con culpa no dilates el remedio de este sacramento; lávate y limpia tu alma, que es torpísimo descuido conocerse maculada del pecado y dejarse mucho tiempo, ni un solo instante, en su fealdad.

845. “Singularmente quiero que entiendas la indignación del omnipotente Dios, aunque no podrás conocerla entera y dignamente, contra los que atrevidos y con loca osadía reciben indignamente estos sagrados sacramentos y en especial el augustísimo del altar. ¡Oh alma, y cuánto pesa esta culpa en la estimación del Señor y de los santos! ¡Y no sólo recibirle indignamente, pero las irreverencias que se cometen en las iglesias y en su real presencia! ¿Cómo pueden decir los hijos de la Iglesia que tienen fe de esta verdad y que la respetan, si estando en tantas partes Cristo sacramentado, no sólo no le visitan ni reverencian, pero en su presencia cometen tales sacrilegios, cuales no se atreven los paganos en su falsa secta? Esta es causa que pedía muchos avisos y libros, y te advierto, hija mía, que los hombres en el siglo presente tienen muy desobligada a la equidad del Señor, para que no les declare lo que mi piedad desea para su remedio; pero lo que han de saber ahora es que su juicio será formidable y sin misericordia, como de siervos malos e infieles condenados por su misma boca (Lc 19,22). Esto podrás advertir a todos los que quisieren oírte y aconsejarles que cada día vayan siquiera a los templos, donde está Dios sacramentado, a darle culto de adoración y reverencia y procuren asistir con ella oyendo misa, que no saben los hombres cuánto pierden por esta negligencia.”

CAPITULO 12

[Regresar al Principio](#)

Continuaba Cristo Redentor nuestro las oraciones y peticiones por nosotros, le asistía su Madre Santísima y tenía nuevas inteligencias.

846. Por más que se procure extender nuestro limitado discurso en manifestar y glorificar las obras misteriosas de Cristo nuestro Redentor y de su Madre Santísima, siempre quedará vencido y muy lejos de alcanzar la grandeza de estos sacramentos, porque son mayores, como dice el Eclesiástico (Eclo 43,32-36 (A.)), que toda nuestra alabanza y nunca los vimos ni comprenderemos y siempre quedarán ocultas otras cosas mayores que cuantas dijéremos, porque son muy pocas las que alcanzamos y éstas aún no las merecemos entender, ni explicar lo que entendemos. Insuficiente es el entendimiento del más supremo serafín para dar peso y fondo a los secretos que pasaron entre Jesús y María Santísima en los años que vivieron juntos; particularmente en los que voy hablando, cuando el Maestro de la luz la informaba de todo lo que había de comprender, en esta sexta edad del mundo que había de durar la ley del Evangelio hasta el fin, y lo que en mil seiscientos y más de cincuenta y siete años ha sucedido y lo que resta, que ignoramos, hasta el día del juicio. Todo lo conoció nuestra divina Señora en la escuela de su Hijo Santísimo, porque Su Majestad se lo declaró todo y lo confirmó con ella, señalándole los tiempos, lugares, reinos y provincias y lo que en cada una había de suceder en el discurso de la Iglesia; y esto fue con tal claridad, que si después viviera esta gran Señora en carne mortal conociera todos los individuos de la Santa Iglesia por sus personas y nombres, como le sucedió con los que vio y comunicó en vida, que cuando llegaban a su presencia no los comenzaba a conocer de nuevo más que por el sentido, que correspondía a la noticia interior en que ya estaba informada.

847. Cuando la beatísima Madre de la sabiduría entendía y conocía estos misterios en el interior de su Hijo Santísimo y en los actos de sus potencias, no alcanzaba a penetrar tanto como la misma alma de Cristo unida a la divinidad hipostática y beatíficamente, porque la gran Señora era pura criatura y no bienaventurada por visión continua, ni tampoco conocía siempre las especies y lumbre beatífica de aquella alma beatísima más de la visión clara de la divinidad. Pero en las demás que tenía de los misterios de la Iglesia militante conocía las especies imaginarias de las potencias interiores de Cristo Señor nuestro y también conocía cómo dependían de su voluntad santísima y que decretaba y ordenaba todas aquellas obras para tales tiempos, lugares y ocasiones, y conocía por otro modo cómo la

voluntad humana del Salvador se conformaba con la divina y era gobernada por ella en todo cuanto determinaba y disponía. Y toda esta armonía divina se extendía a mover la voluntad y potencias de la misma Señora, para que obrase y cooperase con la propia voluntad de su Hijo Santísimo y mediante ella con la divina, y por este modo había una similitud inefable entre Cristo y María Santísimos y ella concurría como coadjutora de la fábrica de la ley evangélica y de la Iglesia Santa.

848. Y todos estos ocultísimos sacramentos se ejecutaban de ordinario en aquel humilde oratorio de la Reina donde se celebró el mayor de los misterios de la Encarnación del Verbo divino en su virginal tálamo; que si bien era tan estrecho y pobre, que sólo consistía en unas paredes desnudas y muy angostas, pero cupo en él toda la grandeza infinita del que es inmenso y de él salió todo lo que ha dado y da la majestad y deidad que hoy tienen todos los templos ricos del orbe y sus innumerables santuarios. En esta *sancta sanctorum* oraba de ordinario el sumo sacerdote de la nueva ley Cristo Señor nuestro, y su continua oración se concluía en hacer al Padre fervorosas peticiones por los hombres y conferir con su Madre Virgen todas las obras de la Redención y los ricos dones y tesoros de gracia que prevenía para dejarles en el Nuevo Testamento a los hijos de la luz y de la Santa Iglesia vinculados en ella. Pedía muchas veces al eterno Padre que los pecados de los hombres y su durísima ingratitud no fuesen causa para impedirles la Redención; y como Cristo tuvo siempre igualmente en su ciencia previstas y presentes las culpas del linaje humano y la condenación de tantas almas ingratas a este beneficio, el saber el Verbo humanado que había de morir por ellos le puso siempre en grande agonía y le obligó muchas veces a sudar sangre. Y aunque los evangelistas hacen mención de sola una antes de la pasión (Lc 22,44), porque no escribieron todos los sucesos de su vida santísima, es sin duda que este sudor le tuvo muchas veces y le vio su Madre Santísima (Cf. supra n.695). Y así se me ha declarado en algunas inteligencias.

849. La postura con que oraba nuestro bien y Maestro era algunas veces arrodillado, otras postrado y en forma de cruz, otras en el aire en la misma postura, que amaba mucho; y solía decir orando y en presencia de su Madre: “Oh cruz dichosísima ¿cuándo me hallaré en tus brazos y tú recibirás los míos, para que en ti clavados estén patentes para recibir a todos los pecadores? Pero si bajé del cielo para llamarlos al camino de mi imitación y participación, siempre están abiertos para abrazarlos y enriquecerlos a todos. Venid, pues, todos los que estáis ciegos, a la luz; venid, pobres, a los tesoros de mi gracia; venid, párvulos, a las caricias y regalos de vuestro Padre verdadero; venid, afligidos y fatigados, que yo os aliviare y refrigerare (Mt 11,28); venid, justos, que sois mi posesión y herencia; venid, todos los hijos de Adán, que a todos llamo. Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6) y a nadie la negaré si la queréis recibir. Eterno Padre mío, hechuras son de vuestra mano, no los despreciéis, que yo me ofrezco por ellos a la muerte de cruz, para entregarlos justificados y libres, si ellos lo admiten, y restituidos al gremio de vuestros electos y reino celestial, donde sea vuestro nombre glorificado.”

850. A todo esto se hallaba presente la piadosa Madre y en la pureza de su alma, como en cristal sin mácula, reverberaba la luz de su Unigénito y como eco de sus voces interiores y exteriores las repetía e imitaba en todo, acompañándole en las oraciones y peticiones y en la misma postura que las hacía el Salvador. Y cuando la gran Señora le vio la primera vez sudar sangre, quedó, como amorosa madre, traspasado el corazón de dolor, con admiración del efecto que causaban en Cristo Señor nuestro los pecados de los hombres y su desagradecimiento, previsto por el mismo Señor que todo lo conocía la divina Madre; y con dolorosa angustia convertida a los mortales decía: “¡Oh hijos de los hombres, qué poco entendéis cuánto estima el Criador en vosotros su imagen y semejanza, pues en precio de vuestro rescate ofrece su misma sangre y os aprecia más que derramarla a ella! ¡Oh quién tuviera vuestra voluntad en la mía, para reduciros a su amor y obediencia! Benditos sean de su diestra los justos y agradecidos, que han de ser hijos fieles de su Padre. Sean llenos de su luz y de los tesoros de su gracia los que han de corresponder a los deseos ardientes de mi Señor, para darles su salud eterna. ¡Oh quién fuera esclava humilde de los hijos de Adán, para obligarlos, con servirlos, a que pusieran término a sus culpas y propio daño! Señor y Dueño mío, vida y lumbre de mi alma, ¿quién es de corazón tan duro y villano, tan enemigo de sí mismo, que no se reconoce obligado y preso de vuestros beneficios? ¿Quién tan ingrato y desconocido, que ignore vuestro amor ardentísimo? ¿Y cómo sufrirá mi corazón que los hombres, tan beneficiados de vuestras manos, sean tan rebeldes y groseros? Oh hijos de Adán, convertid vuestra impiedad inhumana contra mí. Afligidme y despreciadme, con tal que paguéis a mi querido Dueño el amor y reverencia que le debéis a sus finezas. Usted, Hijo y Señor mío, es lumbre de la lumbre, Hijo del eterno Padre, figura de su sustancia, eterno y tan infinito como él, igual en la esencia y atributos, por la parte que sois con él un Dios y una suprema Majestad. Sois escogido entre millares (Cant 5,10), hermosísimo sobre los hijos de los hombres, santo, inocente y sin defecto alguno (Heb 7,26); pues, ¿cómo, bien eterno, ignoran los mortales el objeto nobilísimo de su amor, el principio que les dio ser y el fin en que consiste su verdadera felicidad? ¡Oh si diera yo la vida para que todos

salieran de su engaño!”

851. Otras muchas razones decía con éstas la divina Señora, en cuya noticia desfallece mi corazón y mi lengua, para explicar los afectos tan ardientes de aquella candidísima paloma; y con este amor y profundísima reverencia limpiaba la sangre que sudaba su dulcísimo Hijo. Otras veces le hallaba en diferente y contraria disposición, lleno de gloria y resplandor, transfigurado como después lo estuvo en el Tabor, y acompañado de gran multitud de ángeles en forma humana que le adoraban y con sonoras y dulces voces cantaban himnos y nuevos cánticos de alabanza al Unigénito del Padre hecho hombre. Y estas músicas celestiales oía nuestra Señora y asistía a ellas otras veces, aunque no estuviese Cristo Señor nuestro transfigurado, porque la voluntad divina ordenaba en algunas ocasiones que la parte sensitiva de la humanidad del Verbo recibiese aquel alivio, como en otras le tenía transfigurado con la redundancia de la gloria del alma que se comunicaba al cuerpo, aunque esto fue pocas veces. Pero cuando la divina Madre le hallaba y miraba en aquella forma gloriosa, o cuando sentía las músicas de los ángeles, participaba con tanta abundancia de aquel júbilo y deleite celestial, que si no fuera su espíritu tan robusto y no la confortara su mismo Hijo y Señor, desfallecieran todas sus fuerzas naturales; y también los santos ángeles la confortaban en los deliquios del cuerpo que en tales ocasiones solía llegar a sentir.

852. Sucedió muchas veces que, estando su Hijo Santísimo en alguna de estas disposiciones de congoja o gozo orando al eterno Padre y como confiriendo los misterios altísimos de la Redención, le respondía la misma persona del Padre, aprobando o concediendo lo que pedía el Hijo para el remedio de los hombres, o representándole a la humanidad santísima los decretos ocultos de la predestinación o reprobación y condenación de algunos. Todo esto lo entendía y oía nuestra gran Reina y Señora, humillándose hasta la tierra. Con incomparable temor reverencial adoraba al Todopoderoso y acompañaba a su Unigénito en las oraciones y peticiones y en el agradecimiento que ofrecía al Padre por: sus grandes obras y dignación con los hombres, y alababa sus juicios investigables. Y todos estos secretos y misterios confería la prudentísima Virgen en el consejo de su pecho y los guardaba en el archivo de su dilatado corazón y de todo se servía como de fomento y materia con que encender más y conservar el fuego del santuario que en su interior ardía; porque ninguno de estos beneficios ni secretos favores que recibía era en ella ocioso y sin fruto, a todos correspondía según el mayor agrado y gusto del Señor, a todo daba el lleno y correspondencia que convenía, para que se lograsen los fines del Altísimo y todas sus obras quedasen conocidas y agradecidas, cuanto de una pura criatura era posible.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

853. “Hija mía, una de las razones por que los hombres deben llamarme María de misericordia, es por el amor piadoso con que deseo íntimamente que todos lleguen a quedar saciados del torrente de la gracia y que gusten la suavidad del Señor como yo lo hice. A todos los convido y llamo, para que sedientos lleguen conmigo a las aguas de la divinidad. Lleguen los más pobres y afligidos, que si me respondieren y siguieren, yo les ofrezco mi poderosa protección y amparo e interceder con mi Hijo y solicitarles el maná escondido (Ap 2,17) que les dé alimento y vida. Ven tú, amiga mía; ven y llega, carísima, para que me sigas y recibas el nombre nuevo, que sólo le conoce quien le consigue. Levántate del polvo y sacude y despide todo lo terreno y momentáneo y llégate a lo celestial. Niégate a ti misma con todas las operaciones de la fragilidad humana y con la verdadera luz que tienes de las que hizo mi Hijo Santísimo y yo también a su imitación; contempla este ejemplar y remírate en este espejo, para componer la hermosura que quiere y desea en ti el sumo Rey (Sal 44,12).

854. “Y porque este medio es el más poderoso para que consigas la perfección que deseas con el lleno de tus obras, quiero que para regular todas tus acciones escribas en tu corazón esta advertencia, que cuando hubieres de hacer alguna obra interior o exterior, antes que la ejecutes confieras contigo misma si lo que vas a decir o hacer lo hiciéramos mi Hijo Santísimo y yo y con qué intención tan recta lo ordenáramos a la gloria del Altísimo y al bien de nuestros próximos; y si conocieres que lo hacíamos o lo hiciéramos con este fin, ejecútalo para imitarnos, pero si entiendes lo contrario, suspéndelo y no lo hagas, que yo tuve esta advertencia con mi Señor y Maestro, aunque no tenía contradicción como tú para el bien, mas deseaba imitarle perfectísimamente; y en esta imitación consiste la participación fructuosa de su santidad, porque enseña y obliga en todo a lo más perfecto y agradable a Dios. A más de esto te advierto que desde hoy no hagas obra, ni hables, ni admitas pensamiento alguno sin pedirme licencia antes que te determines, consultándolo conmigo como con tu Madre y Maestra; y si te respondiere darás gracias al Señor por ello y si no te respondo y tú perseverares en esta fidelidad te aseguro y prometo de parte del Señor te dará luz de lo que

fuere más conforme a su perfectísima voluntad; pero todo lo ejecuta con la obediencia de tu padre espiritual y nunca olvides este ejercicio.”

CAPITULO 13

[Regresar al Principio](#)

Cumple María Santísima treinta y tres años de edad y permanece en aquella disposición su virginal cuerpo, y dispone cómo sustentar con su trabajo a su Hijo Santísimo y a José.

855. Se ocupaba nuestra gran Reina y Señora en los divinos ejercicios y misterios que hasta ahora he insinuado más que he declarado en especial después que su Hijo Santísimo pasó de los doce años. Corrió el tiempo y habiendo cumplido nuestro Salvador los diez y ocho años de su adolescencia, según la cuenta de su Encarnación y nacimiento que arriba se hizo (Cf. supra n.138,475), llegó su beatísima Madre a cumplir treinta y tres años de su edad perfecta y juvenil; y le llamo así, porque según las partes en que la edad de los hombres comúnmente se divide, ahora sean seis o siete, la de treinta y tres años es la de su perfección y aumento natural y pertenece al fin de la juventud, como unos dicen, o al principio de ella, como otros cuentan; pero en cualquiera división de las edades es el término de la perfección natural comúnmente treinta y tres años, y en él permanece muy poco porque luego comienza a declinar la naturaleza corruptible, que nunca permanece en un estado (Job 14,2) como la luna en llegando al punto de su lleno; y en esta declinación de la edad media adelante no sólo no crece el cuerpo en la longitud pero, aunque reciba algún aumento en la profundidad y grueso, no es aumento de perfección antes suele ser vicio de la naturaleza. Y por esta razón murió Cristo nuestro Señor cumplida la edad de los treinta y tres años, porque su amor ardentísimo quiso esperar que su cuerpo sagrado llegase al término de su natural perfección y vigor y en todo proporcionado para ofrecer por nosotros su humanidad santísima con todos los dones de naturaleza y gracia, no porque ésta creciese en él, sino para que le correspondiese la naturaleza y nada le faltase que dar y sacrificar por el linaje humano. Por esta misma razón, dicen que creó el Altísimo a nuestros primeros padres Adán y Eva en la perfección que tuvieran de treinta y tres años; si bien es verdad que en aquella edad primera y segunda del mundo, cuando la vida era más larga, dividiendo las edades de los hombres en seis o siete, o más o menos partes, había de tocar a cada una muchos más años que ahora, cuando después de David a la senectud tocan los setenta años (Sal 89,10).

856. Llegó la Emperatriz del cielo a los treinta y tres años y en el cumplimiento de ellos se halló su virginal cuerpo en la perfección natural tan proporcionada y hermosa, que era admiración, no sólo de la naturaleza humana, sino de los mismos espíritus angélicos. Había crecido en la altura y en la forma de grosura proporcionadamente en todos los miembros, hasta el término de la perfección suma de una humana criatura, y quedó semejante a la humanidad santísima de su Hijo cuando estaba en aquella edad, y en el rostro y color se parecían en extremo, guardando la diferencia de que Cristo era perfectísimo varón y su Madre, con proporción, perfectísima mujer. Y aunque en los demás mortales regularmente comienza desde esta edad la declinación y caída de la natural perfección, porque desfallece algo el húmedo radical y el calor innato, se desigualan los humores y abundan más los terrestres, se suele comenzar a encanecer el pelo, arrugar el rostro, a enfriar la sangre y debilitar algo de las fuerzas y todo el compuesto humano, sin que la industria pueda detenerle del todo, comienza a declinar a la senectud y corrupción; pero en María Santísima no fue así, porque su admirable composición y vigor se conservaron en aquella perfección y estado que adquirió en los treinta y tres años, sin retroceder ni desfallecer en ella, y cuando llegó a los setenta años que vivió como diré en su lugar (Cf. infra p.III n.736) estaba en la misma entereza que de treinta y tres y con las mismas fuerzas y disposición del virginal cuerpo.

857. Conoció la gran Señora este beneficio y privilegio que le concedía el Altísimo y dióle gracias por él y entendió que era para que siempre se conservase en ella la semejanza de la humanidad de su Hijo Santísimo, aun en esta perfección de la naturaleza, si bien sería con diferencia en la vida; porque el Señor la daría en aquella edad y la divina Señora la tendría más larga, pero siempre con esta correspondencia. El Santo José, aunque no era muy viejo, pero cuando la Señora del mundo llegó a los treinta y tres años estaba ya muy quebrantado en las fuerzas del cuerpo, porque los cuidados y peregrinaciones y el continuo trabajo que había tenido para sustentar a su esposa y al Señor del mundo le habían debilitado más que la edad; y el mismo Señor, que le quería adelantar en el ejercicio de la paciencia y otras virtudes, dio lugar a que padeciese algunas enfermedades y dolores como diré en el capítulo siguiente que le impedían mucho para el trabajo corporal. Conociendo esto la prudentísima esposa, que siempre le había estimado,

querido y servido más que ninguna otra del mundo a su marido, le habló y le dijo: “Esposo y señor mío, me hallo muy obligada de vuestra fidelidad y trabajo, desvelo y cuidado que siempre habéis tenido, pues con el sudor de vuestra cara hasta ahora habéis dado alimento a vuestra sierva y a mi Hijo Santísimo y Dios verdadero y en esta solicitud habéis gastado vuestras fuerzas y lo mejor de vuestra salud y vida, amparándome y cuidando de la mía; de la mano del Altísimo recibiréis el galardón de tales obras y las bendiciones de dulzura que merecéis. Yo os suplico, señor mío, que descanséis ahora del trabajo, pues ya no le pueden tolerar vuestras flacas fuerzas. Yo quiero ser agradecida y trabajar ahora para vuestro servicio en lo que el Señor nos diere vida.”

858. Oyó el Santo las razones de su dulcísima esposa, vertiendo muchísimas lágrimas de humilde agradecimiento y consuelo, y aunque hizo alguna instancia pidiéndola permitiese que continuase siempre su trabajo, pero al fin se rindió a sus ruegos, obedeciendo a su esposa y Señora del mundo. Y de allí adelante cesó en el trabajo corporal de sus manos con que ganaba la comida para todos tres, y los instrumentos de su oficio de carpintero los dieron de limosna, para que nada estuviera ocioso y superfluo en aquella casa y familia. Desocupado ya San José de este cuidado, se convirtió todo a la contemplación de los misterios que guardaba en depósito y ejercicio de las virtudes, y como en esto fue tan feliz y bienaventurado, estando a la vista y conversación de la divina Sabiduría humanada y de la que era Madre de ella, llegó el varón de Dios a tanto colmo de santidad en orden a sí mismo que, después de su divina esposa, o se adelantó a todos o ninguno a él. Y como la misma Señora del cielo, también su Hijo Santísimo, que asistían y servían en sus enfermedades al felicísimo varón, le consolaban y alentaban con tanta puntualidad, no hay términos para manifestar los afectos de humildad, reverencia y amor que este beneficio causaba en el corazón sencillo y agradecido de San José; fue sin duda de admiración y gozo para los espíritus angélicos y de sumo agrado y beneplácito al Altísimo.

859. Tomó por su cuenta la Señora del mundo sustentar desde entonces con su trabajo a su Hijo Santísimo y a su esposo, disponiéndolo así la eterna Sabiduría para el colmo de todo género de virtudes y merecimientos y para ejemplo y confusión de las hijas e hijos de Adán y Eva. Nos propuso por dechado a esta mujer fuerte (Prov 31, 10ss (A.)), vestida de hermosura y fortaleza, como en aquella edad la tenía, ceñida de valor y roborando su brazo para extender sus palmas a los pobres, para comprar el campo y plantar la viña con el fruto de sus manos. Confió en ella es de los Proverbios el corazón de su varón, no sólo de su esposo José, sino el de su Hijo Dios y hombre verdadero, maestro de la pobreza y pobre de los pobres, y no se hallaron frustrados. Comenzó la gran Reina a trabajar más, hilando y tejiendo lino y lana y ejecutando misteriosamente todo lo que Salomón dijo de ella en los Proverbios, capítulo 31; y porque declaré este capítulo al fin de la primera parte, no me parece repetirlo ahora, aunque muchas cosas de las que allí dije eran para esta ocasión, cuando con especial modo las obró nuestra Reina, y las acciones exteriores y materiales.

860. No le faltaran al Señor medios para sustentar la vida humana y la de su Madre Santísima y San José, pues no sólo con el pan se sustenta y vive el hombre, pero con su palabra podía hacerlo, como él mismo lo dijo (Mt 4,4), y también podía milagrosamente traer cada día la comida; pero le faltara al mundo este ejemplar de ver a su Madre Santísima, Señora de todo lo criado, trabajar para adquirir la comida, y a la misma Virgen le faltara este premio si no hubiera tenido aquellos merecimientos. Todo lo ordenó el Maestro de nuestra salud con admirable providencia para gloria de la gran Reina y enseñanza nuestra. La diligencia y cuidado con que prudente acudía a todo, no se puede explicar con palabras. Trabajaba mucho; y porque guardaba siempre la soledad y retiro, la acudía aquella dichosísima mujer su vecina, que otras veces he dicho (Cf. supra n.227, 423), y llevaba las labores que hacía la gran Reina y le traía lo necesario. Y cuando le decía lo que había de hacer o traer jamás fue imperando, sino rogándola y pidiéndole con suma humildad, explorando primero su voluntad, y para que precediera el saberla le decía si quería o gustaba hacerlo. Su Hijo Santísimo y la divina Madre no comían carne; su sustento era sólo pescados, frutas, yerbas, y esto con admirable templanza y abstinencia. Para San José aderezaba comida de carne, y aunque en todo resplandecía la necesidad y pobreza, suplía uno y otro el aliño y sazón que le daba nuestra divina Princesa y su fervorosa voluntad y agrado con que lo administraba. Dormía poco la diligente Señora y mucha parte de la noche gastaba algunas veces en el trabajo y lo permitía el Señor más que cuando estaba en Egipto, como dije entonces (Cf. supra n.658). Algunas veces sucedía que no alcanzaba el trabajo y la labor para conmutarla en todo lo que era necesario, porque San José había menester más regalo que en lo restante de su vida, y vestido. Entonces entraba el poder de Cristo nuestro Señor y multiplicaba las cosas que tenían en casa o mandaba a los ángeles que lo trajesen, pero más ejercitaba estas maravillas con su Madre Santísima, disponiendo cómo en poco tiempo trabajase mucho de sus manos y en ellas se multiplicase su trabajo.

861. “Hija mía, en lo que has escrito de mi trabajo has entendido altísima doctrina para tu gobierno y mi imitación y para que no la olvides del todo te la reduciré a estos documentos. Quiero que me imites en tres virtudes que has reconocido tenía en lo que has escrito: prudencia, caridad y justicia, en que reparan poco los mortales. Con la prudencia has de prevenir las necesidades de tus próximas y el modo de socorrerlas posible a tu estado, con la caridad te has de mover diligente y amorosa a remediarlas y la justicia te enseñará que es obligación hacerlo así, como para ti podías desearlo y como lo desea el necesitado. Al que no tiene ojos han de ser los tuyos para él (Job 29,15), al que le faltan oídos has de enseñar y al que no tiene manos le han de servir las tuyas trabajando para él. Y aunque esta doctrina, conforme a tu estado, la debes ejercitar siempre en lo espiritual, pero también quiero que la entiendas en lo temporal y que en todo seas fidelísima en imitarme; pues yo previne la necesidad de mi esposo y me dispuse a servirle y sustentarle, juzgando que lo debía, y con ardiente caridad lo hice por medio de mi trabajo hasta que murió. Y aunque el Señor me le había dado para que él me sustentase a mí, y así lo hizo con suma fidelidad todo el tiempo que tuvo fuerzas, pero cuando le faltaron era mía esta obligación, pues el mismo Señor me las daba y fuera gran falta no corresponderle con fineza y fidelidad.

862. “No atienden a este ejemplo los hijos de la Iglesia y así entre ellos se ha introducido una impía perversidad que inclina grandemente al justo juez a castigarlos severamente; pues naciendo todos los mortales para trabajar, no sólo después del pecado cuando ya lo tienen merecido por pena, sino desde la creación del primer hombre, no sólo no se reparte el trabajo en todos, pero los más poderosos y ricos y los que el mundo llama señores y nobles todos procuran eximirse de esta ley común y que el trabajo cargue en los humildes y pobres de la república y que éstos sustenten con su mismo sudor el fausto y soberbia de los ricos y el flaco y débil sirva al fuerte y poderoso. Y en muchos soberbios puede tanto esta perversidad, que llegan a pensar se les debe este obsequio y con este dictamen los supeditan, abaten y desprecian y presumen que ellos sólo viven para sí y para gozar del ocio y delicias del mundo y de sus bienes, y aun no pagan el corto estipendio de su trabajo. En esta materia de no satisfacer a los pobres y sirvientes y en lo demás que en esto has conocido, pudieras escribir gravísimas maldades que se hacen contra el orden y voluntad del Altísimo, pero basta saber que, como ellos pervierten la justicia y razón y no quieren participar del trabajo de los hombres, así también se mudará con ellos el orden de la misericordia que se concede a los pequeños y despreciados y los que detuvo la soberbia en su pesada ociosidad serán castigados con los demonios, a quienes imitaron en ella.

863. “Tú, carísima, atiende para que conozcas este engaño y siempre el trabajo esté delante de ti con mi ejemplo y te alejes de los hijos de Belial, que tan ociosos buscan el aplauso de la vanidad para trabajar en vano. No te juzgues prelada ni superior, sino esclava de tus súbditas, y más de la más débil y humilde, y de todas sin diferencia diligente sierva. Acúdelas, si necesario fuere, trabajando para alimentarlas; y esto has de entender que te toca, no por prelada, sino también porque la religiosa es tu hermana, hija de tu Padre celestial y hechura del Señor, que es tu Esposo. Y habiendo recibido tú más que todas de su liberal mano, también estás obligada a trabajar más que otra alguna, pues lo merecías menos. A las enfermas y flacas alívalas del trabajo corporal y tómale tú por ellas. Y no sólo quiero que cargues a las otras del trabajo que tú puedes llevar y te pertenece, sino antes carga sobre tus hombros, en cuanto fuere posible, el de todas como sierva suya y la menor y como quiero que lo entiendas y te juzgues. Y porque no podrás tú hacerlo todo y conviene que distribuyas los trabajos corporales a tus súbditas, advierte que en esto tengas igualdad y orden, no cargando más a la que con humildad resiste menos o es más flaca, antes bien quiero cuides de humillar a la que fuere más altiva y soberbia y se aplica de mala gana al trabajo; pero esto sea sin irritarlas con mucha aspereza, antes con humilde cordura y severidad has de obligar a las tibias y de dificultosa condición, que entren en el yugo de la santa obediencia, y en esto le haces el mayor beneficio que puedes y tú satisfaces a tu obligación y conciencia; y has de procurar que así lo entiendan. Y todo lo conseguirás si no aceptas persona de ninguna condición y si a cada una le das lo que puede en el trabajo y lo que necesita y ha menester para sí; y esto con equidad e igualdad, obligándolas y compeliéndolas a que aborrezcan la ociosidad y flojedad, viéndote trabajar la primera en lo más difícil, que con esto adquirirás una libertad humilde para mandarlas; pero lo que tú puedas hacer no lo mandes a ninguna, para que tú goces el fruto y el premio de tu trabajo a mi imitación y obedeciendo a lo que te amonesto y ordeno.

CAPITULO 14

[Regresar al Principio](#)

Los trabajos y enfermedades que padeció San José en los últimos años de su vida y cómo le servía en ellos la Reina del cielo su esposa.

864. Común inadvertencia es de todos los que fuimos llamados a la luz y profesión de la santa fe y escuela y séquito de Cristo nuestro bien, buscarle como nuestro Redentor de las culpas y no tanto como Maestro de los trabajos. Todos queremos gozar del fruto de la reparación y Redención humana y que nos abriese las puertas de la gracia y de la gloria, mas no atendemos tanto a seguirle en el camino de la cruz por donde él entró en la suya y nos convidó a buscar la nuestra. Y aunque los católicos no atendemos a esto con el error insano de los herejes, porque confesamos que sin obras y sin trabajos no hay premio ni corona y que es blasfemia muy sacrílega valernos de los méritos de Cristo nuestro Señor para pecar sin rienda y sin temor, pero con toda esta verdad, en la práctica de las obras que corresponde a la fe algunos católicos hijos de la Santa Iglesia se quieren diferenciar poco de los que están en tinieblas, pues así huyen de las obras penales y meritorias como si entendieran que sin ellas pueden seguir a su Maestro y llegar a ser partícipes de su gloria.

865. Salgamos de este engaño práctico y entendamos bien que el padecer no fue sólo para Cristo nuestro Señor, sino también para nosotros, y que si padeció muerte y trabajos como Redentor del mundo, también fue Maestro que nos enseñó y convidó a llevar su cruz, y la comunicó a sus amigos de manera que al más privado le dio mayor ración y parte del padecer, y ninguno entró en el cielo, si pudo merecerlo, sin que lo mereciese por sus obras; y desde su Madre Santísima y los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, todos caminaron por trabajos y el que más se dispuso a padecer tiene más abundante el premio y corona. Y porque, siendo el mismo Señor el ejemplar más vivo y admirable, tenemos osadía y audacia para decir que si padeció como hombre era juntamente Dios poderoso y verdadero y más para admirarse la flaqueza humana que para imitarle, a esta excusa nos ocurre Su Majestad con el ejemplo de su Madre y nuestra Reina purísima e inocentísima y con el de su esposo santísimo y el de tantos hombres y mujeres, flacos y débiles como nosotros y con menos culpas, que le imitaron y siguieron por el camino de la cruz; porque no padeció el Señor para sólo admiración nuestra, sino para ser admirable ejemplo que imitásemos, y el ser Dios verdadero no le impidió para padecer y sentir los trabajos, antes por ser inculpable e inocente fue mayor su dolor y más sensibles sus penas.

866. Por este camino real llevó al esposo de su Madre Santísima, José, a quien amaba Su Majestad sobre todos los hijos de los hombres, y para acrecentar los merecimientos y corona antes que se le acabase el término de merecerla le dio en los últimos años de su vida algunas enfermedades de calenturas y dolores vehementes de cabeza y coyunturas del cuerpo muy sensibles y que le afligieron y extenuaron mucho: y sobre estas enfermedades tuvo otro modo de padecer más dulce, pero muy doloroso, que le resultaba de la fuerza del amor ardentísimo que tenía, porque era tan vehemente que muchas veces tenía unos vuelos y éxtasis tan impetuosos y fuertes, que su espíritu purísimo rompiera las cadenas del cuerpo, si el mismo Señor, que se los daba, no le asistiera dando virtud y fuerzas para no desfallecer con el dolor. Mas en esta dulce violencia le dejaba Su Majestad padecer hasta su tiempo y, por la flaqueza natural de un cuerpo tan extenuado y debilitado, venía a ser este ejercicio de incomparables merecimientos para el dichoso santo, no sólo en los efectos de dolor que padecía, sino también en la causa del amor de donde le resultarían.

867. Nuestra gran Reina y esposa suya era testigo de todos estos misterios y, como en otras partes he dicho (Cf. supra n.368, 381, 394,404), conocía el interior de San José, para que no le faltase el gozo de tener tan santo esposo y tan amado del Señor. Miraba y penetraba la candidez y pureza de aquella alma, sus inflamados afectos, sus altos y divinos pensamientos, la paciencia y mansedumbre columbina de su corazón en las enfermedades y dolores, el peso y gravedad de ellos y que ni por esto ni los demás trabajos nunca se quejaba ni suspiraba, ni pedía alivio en ellos, ni en la flaqueza y necesidad que padecía, porque todo lo toleraba el gran Patriarca con incomparable sufrimiento y grandeza de su ánimo. Pero como la prudentísima esposa lo atendía todo y le daba el peso y estimación digna, vino a tener en tanta veneración a San José que con ninguna ponderación se puede explicar. Trabajaba con increíble gozo para sustentarle y regalarle, aunque el mayor de los regalos era guisarle y administrarle la comida sazónadamente con sus virginales manos; y porque todo le parecía poco a la divina Señora respecto de la necesidad de su esposo y menos en comparación de lo que le amaba, solía usar de la potestad de Reina y Señora de todo lo criado y con ella algunas veces mandaba a los manjares que aderezaba para su santo enfermo que le diesen especial virtud y fuerza y sabor al gusto, pues era para conservar la vida del santo, justo y electo del Altísimo.

868. Así como la gran Señora lo mandaba sucedía, obedeciéndola todas las criaturas, y cuando San José comía el manjar que llevaba estas bendiciones de dulzura y sentía sus efectos solía decir a la Reina: “Señora y esposa mía, ¿qué alimento y manjar de vida es éste, que así me vivifica, recrea el gusto, restaura mis fuerzas y llena de nuevo júbilo todo mi interior y espíritu? Le servía la comida la Emperatriz del cielo puesta de rodillas y cuando estaba más

impedido y trabajado le descalzaba en la misma postura y en su flaqueza le ayudaba llevándole del brazo. Y aunque el humilde santo procuraba animarse mucho y excusar a su esposa algunos de estos trabajos, no era posible impedirselo, por la noticia que ella tenía conociendo todos sus dolores y flaquezas del dichosísimo varón y las horas, tiempos y ocasiones de socorrerle en ellos, con que acudía luego la divina enfermera y asistía a lo que su enfermo tenía necesidad. Le decía también muchas razones de singular alivio y consuelo, como Maestra de la sabiduría y de las virtudes. Y en los últimos tres años de la vida del santo, cuando se agravaron más sus enfermedades, le asistía la Reina de día y de noche y sólo faltaba en lo que se ocupaba sirviendo y administrando a su Hijo Santísimo, aunque también el mismo Señor le acompañaba y le ayudaba a servir al santo esposo, salvo lo que era preciso para acudir a otras obras. Jamás hubo otro enfermo ni lo habrá tan bien servido, regalado y asistido. Tanta fue la dicha y méritos del varón de Dios José, porque él solo mereció tener por esposa a la misma que fue Esposa del Espíritu Santo.

869. No satisfacía la divina Señora a su misma piedad con San José sirviéndole como he dicho y así procuraba otros medios para su alivio y consuelo. Unas veces pedía al Señor con ardentísima caridad le diese a ella los dolores que padecía su esposo y le aliviase a él, y para esto se reputaba por digna y merecedora de todos los trabajos de las criaturas, como la inferior de ellas, y así lo alegaba la Madre y Maestra de la santidad en la presencia del Muy Alto y representaba su deuda mayor que de todos los nacidos y que no le daba el retorno digno que debía, pero ofrecía preparado el corazón para todo género de aflicciones y dolores. Alegaba también la santidad de San José, su pureza, candidez y las delicias que tenía el Señor en aquel corazón hecho a la medida del de Su Majestad. Le pedía muchas bendiciones para él y le daba reconocidas gracias por haber criado un varón tan digno de sus favores, lleno de santidad y rectitud. Convidaba a los ángeles para que le alabasen y engrandeciesen por ello y ponderando la gloria y sabiduría del Altísimo en estas obras le bendecía con nuevos cánticos; porque miraba por una parte las penas y dolores de su amado esposo y por ésta se compadecía y lastimaba, por otra parte conocía sus méritos y el agrado del Señor en ellos y en la paciencia del santo se alegraba y engrandecía el Señor; y en todas estas obras y noticia que de ellas tenía ejecutaba la divina Señora diversas acciones y operaciones de las virtudes que a cada una pertenecía, pero todas en grado tan alto y eminente, que causaba admiración a los espíritus angélicos. Pero mayor la pudiera causar a la ignorancia de los mortales ver que una criatura humana diese el lleno a tantas cosas juntas y que en ellas no se encontrase la solicitud de Marta con la contemplación y ocio de María, asimilándose en esto a los ángeles y espíritus soberanos que nos asisten y guardan sin perder de vista al Altísimo, pero María purísima los excedía en la atención a Dios y junto con eso trabajar con los sentidos corpóreos, de que ellos carecían; siendo hija de Adán terrena, era espíritu celestial, estando con la parte superior del alma en las alturas y en el ejercicio del amor y con la parte inferior ejerciendo la caridad con su santo esposo.

870. Sucedió en otras ocasiones que la piadosa Reina conocía la acerbidad y rigor de los graves dolores que su esposo San José padecía y movida de tierna compasión pedía con humildad licencia a su Hijo Santísimo y con ella mandaba a los accidentes dolorosos y sus causas naturales que suspendiesen su actividad y no afligiesen tanto al justo y amado del Señor. Y con este alivio, obedeciendo todas las criaturas a su gran Señora, quedaba el santo esposo libre y descansado, tal vez por un día, otras más, para volver a padecer de nuevo cuando el Altísimo lo ordenaba. En otras ocasiones mandaba también a los santos ángeles, como Reina suya, aunque no con imperio sino rogando, que consolasen a San José y le animasen en sus dolores y trabajos como lo pedía la condición frágil de la carne. Y con este orden se le manifestaban los ángeles al dichoso enfermo en forma humana visible y llenos de hermosura y refulgencia y le hablaban de la divinidad y sus perfecciones infinitas y tal vez con dulcísimas y concertadas voces le hacían música celestial, cantándole himnos y cánticos divinos, con que le confortaban en el cuerpo y encendían el amor de su alma purísima. Y para mayor colmo de la santidad y júbilo del felicísimo varón, tenía especial conocimiento y luz, no sólo de estos beneficios y favores tan divinos, pero de la santidad de su virginal esposa y del amor que le tenía a él, de la caridad interior con que le trataba y servía y de otras excelencias y prerrogativas de la gran Señora del mundo. Y todo esto junto causaba tales efectos en San José y le reducía a tal estado de merecimientos, que ninguna lengua no puede explicar ni entendimiento humano en vida mortal entender ni comprender.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

871. “Hija mía, una de las obras virtuosas más agradables al Señor y más fructuosas para las almas es el ejercicio de la caridad con los enfermos, porque en él se cumple una grande parte de aquella ley natural, que haga con su hermano cada uno lo que desea se haga con él. En el Evangelio se pone esta causa por una de las que alegrará el Señor para dar eterno premio a los justos y el no haber cumplido con esta ley se pone por una de las causas de la condenación de los

réprobos (Mt 35,34ss); y allí se da la razón: porque como todos los hombres son hijos de un Padre celestial y por esto reputa Su Majestad por beneficio o agravio suyo el que se hace con sus hijos que le representan, como aun entre los mismos hombres sucede. Y sobre este vínculo de hermandad tienes tú otros con las religiosas, que eres su madre y ellas son esposas de Cristo mi Hijo Santísimo y mi Señor como tú, y han recibido de él menos beneficios. De manera que por más títulos estás obligada a servir las y cuidar de ellas en sus enfermedades y por esto en otra parte (Cf. supra n.671) te he mandado que te juzgues por enfermera de todas, como la menor y más obligada, y quiero que te des por muy agradecida de este mandato, porque te doy con él un oficio tan estimable que en la casa del Señor es grande. Y para cumplir con él, no encargues a otras lo que tú puedes hacer por ti en servicio de las enfermas; y lo que no puedes hacer por otras ocupaciones de tu oficio de prelada amonéstalo y encárgalo con instancia a las que por la obediencia les toca este ministerio. Y a más de cumplir en todo esto con la caridad común, hay otra razón para que a las religiosas se les acuda en las enfermedades con todo cuidado y puntualidad posible: porque no sea que contristadas y necesitadas vuelvan los ojos y el corazón al mundo y se acuerden de la casa de sus padres. Y cree que por este camino entran grandes daños a las religiones, porque la naturaleza humana es tan mal sufrida que, oprimida, si le falta lo que le pertenece, salta a sus mayores precipicios.

872. “Para todo esto y porque aciertes a la práctica y ejecución de esta doctrina, te servirá de estímulo y dechado la caridad que yo mostré con mi esposo José en sus enfermedades. Muy tarda es la caridad, y aun la urbanidad, que aguarda le pida el necesitado lo que le falta. Yo no esperaba a esto, porque acudía antes que me pidiese lo necesario y mi afecto y conocimiento prevenían la petición y así le consolaba, no sólo con el beneficio, sino con el afecto y atención tan cuidadosa. Sentía sus dolores y trabajo con íntima compasión, pero junto con esto alababa al Muy Alto y le daba gracias por el beneficio que a su siervo hacía, y si alguna vez procuraba aliviarle, no era para quitarle la ocasión del padecer, sino para que con este socorro se animase a más y glorificase al autor de todo lo bueno y santo, y a estas virtudes le exhortaba y animaba. Con semejante fineza se ha de ejercitar tan noble virtud, previniendo cuanto fuere posible la necesidad del enfermo y flaco y animándole con la compasión y exhortación, deseándole este bien sin que pierda el mayor del padecer. No te turbe el amor sensible cuando enfermen tus hermanas, aunque sean las que más necesitas o amas, que en esto pierden el mérito del trabajo muchas almas en el mundo y en la religión, porque el dolor con color de compasión los descompone cuando ven enfermos o peligrosos a los amigos y allegados y en algún modo quieren reprender las obras del Señor no conformándose con ellas. Para todo les di yo ejemplo y de ti quiero le imites perfectamente siguiendo mis pasos.”

CAPITULO 15

[Regresar al Principio](#)

Del tránsito felicísimo de San José y lo que sucedió en él, y le asistieron Jesús nuestro Salvador y María Santísima Señora nuestra.

873. Corrían ya ocho años que las enfermedades y dolencia del más que dichoso San José le ejercitaban, purificando cada día más su generoso espíritu en el crisol de la paciencia y del amor divino, y creciendo también los años con los accidentes se iban debilitando sus flacas fuerzas, desfalleciendo el cuerpo y acercándose al término inexcusable de la vida, en que se paga el común estipendio de la muerte que debemos todos los hijos de Adán. Crecía también el cuidado y solicitud de su divina esposa y nuestra Reina en asistirle y servirle con inviolable puntualidad, y conociendo la amantísima Señora con su rara sabiduría que ya estaba muy cerca la hora o el día último de su castísimo esposo para salir de este pesado destierro, fuese a la presencia de su Hijo Santísimo y le habló diciendo: “Señor y Dios altísimo, Hijo del eterno Padre y Salvador del mundo, el tiempo determinado por vuestra voluntad eterna para la muerte de vuestro siervo José se llega, como con vuestra luz divina lo conozco. Yo os suplico, por vuestras antiguas misericordias y bondad infinita, que le asista en esta hora el brazo poderoso de Vuestra Majestad, para que su muerte sea preciosa en vuestros ojos (Sal 115,15) como fue tan agradable la rectitud de su vida, para que vaya de ella en paz con esperanzas ciertas de los eternos premios, para el día que vuestra dignación abra las puertas de los cielos a todos los creyentes. Acordaos, Hijo mío, del amor y humildad de vuestro siervo, del colmo de sus méritos y virtudes, de su fidelidad y solicitud conmigo y que a vuestra grandeza y a mí, humilde sierva vuestra, nos alimentó el Justo con el sudor de su cara.”

874. La respondió nuestro Salvador: “Madre mía, aceptables son vuestras peticiones en mi agrado y en mi presencia

están los merecimientos de José. Yo le asistiré ahora y le señalaré lugar y asiento para su tiempo entre los príncipes de mi pueblo (Sal 112,8), y tan eminente que sea admiración para los ángeles y motivo de alabanza para ellos y los hombres, y con ninguna generación haré lo que con vuestro esposo.” Dio gracias la gran Señora a su Hijo dulcísimo por esta promesa, y nueve días antes de la muerte de San José le asistieron Hijo y Madre Santísimos, de día y de noche, sin dejarle solo sin alguno de los dos, y en estos nueve días, por mandado del mismo Señor, tres veces cada día los santos ángeles daban música celestial al dichoso enfermo con cánticos de loores del Altísimo y bendiciones del mismo Santo. Y a más de esto se sintió en toda aquella humilde pero inestimable casa una suavísima fragancia de olores tan admirables, que confortaba no sólo al varón Santo José, sino a todos los que llegaron a sentirla, que fueron muchos de fuera, a donde redundaba.

875. Un día antes que muriese sucedió que, inflamado todo en el divino amor con estos beneficios, tuvo un éxtasis altísimo que le duró veinte y cuatro horas, conservándole el Señor las fuerzas y la vida por milagroso concurso; y en este grandioso raptó vio claramente la divina esencia y en ella se le manifestó sin velo ni rebozo lo que por la fe había creído, así de la divinidad incomprendible como del misterio de la Encarnación y Redención humana y de la Iglesia militante, con todos los sacramentos que a ella pertenecen, y la ‘eatisima Trinidad le señaló y destinó por precursor de Cristo nuestro Salvador para los santos padres y profetas del limbo, y le mandó que les evangelizase de nuevo su redención y los previniese para esperar la ida y visita que les haría el mismo Señor para sacarlos de aquel seno de Abrahán a la eterna felicidad y descanso. Y todo esto conoció María Santísima en el alma de su Hijo y en su interior, en la misma forma que otros misterios, y como le había sucedido a su amantísimo esposo, y por todo hizo la gran Princesa dignas gracias al mismo Señor.

876. Volvió San José de este raptó lleno su rostro de admirable resplandor y hermosura y su mente toda deificada de la vista del ser de Dios, y hablando con su esposa santísima la pidió su bendición y ella a su Hijo benditísimo que se la diese y su divina Majestad lo hizo. Luego la gran Reina, maestra de la humildad, puesta de rodillas pidió a San José también la bendijese como esposo y cabeza, y no sin divino impulso el varón de Dios por consolar a la prudentísima esposa la dio su bendición a la despedida, y ella le besó la mano con que la bendijo y le pidió que de su parte saludase a los santos padres del limbo, y para que el humildísimo José cerrase el testamento de su vida con el sello de esta virtud pidió perdón a su divina esposa de lo que en su servicio y estimación había faltado como hombre flaco y terreno y que en aquella hora no le faltase su asistencia y con la intercesión de sus ruegos. A su Hijo santísimo le agradeció también el santo esposo los beneficios que de su mano liberalísima había recibido toda la vida, y en especial en aquella enfermedad, y las últimas palabras que dijo San José hablando con ella, fueron: “Bendita sois entre todas las mujeres y escogida entre todas las criaturas. Los ángeles y los hombres os alaben, todas las generaciones conozcan, magnifiquen y engrandezcan vuestra dignidad, y sea por vos conocido, adorado y exaltado el nombre del Altísimo por todos los futuros siglos y eternamente alabado por haberos criado tan agradable a sus ojos y de todos los espíritus bienaventurados, y espero gozar de vuestra vista en la patria celestial.”

877. Convirtiósese luego el varón de Dios a Cristo Señor nuestro, y para hablar a Su Majestad con profunda reverencia en aquella hora intentó ponerse de rodillas en el suelo, pero el dulcísimo Jesús llegó a él y le recibió en sus brazos y estando reclinada la cabeza en ellos dijo: “Señor mío y Dios altísimo, Hijo del eterno Padre, Criador y Redentor del mundo, dad vuestra bendición eterna a vuestro esclavo y hechura de vuestras manos; perdonad, Rey piadosísimo, las culpas que como indigno he cometido en vuestro servicio y compañía. Yo os confieso, engrandezco y con rendido corazón os doy eternamente gracias, porque entre los hombres me eligió vuestra inefable dignación para esposo de vuestra verdadera Madre; vuestra grandeza y gloria misma sean mi agradecimiento por todas las eternidades.” El Redentor del mundo le dio la bendición y le dijo: “Padre mío, descansad en paz y en la gracia de mi Padre celestial y mía, y a mis profetas y santos, que os esperan en el limbo, daréis alegres nuevas de que se llega ya su redención.” En estas palabras del mismo Jesús y en sus brazos espiró el santo y felicísimo José, y Su Majestad le cerró los ojos; y al mismo tiempo la multitud de los ángeles que asistían con su Rey supremo y Reina hicieron dulces cánticos de alabanza con voces celestiales y sonoras y luego por mandato de Su Alteza llevaron la santísima alma al limbo de padres y profetas, donde todos la conocieron, llena de resplandores de incomparable gracia, como padre putativo del Redentor del mundo y su gran privado, digno de singular veneración; y conforme a la voluntad y mandato del Señor que llevaba causó nueva alegría en aquella innumerable congregación de santos, con las nuevas que les evangelizó de que se llegaba ya su rescate.

878. No se ha de pasar en silencio que la preciosa muerte de San José, aunque le precedieron tan larga enfermedad y

dolores, no fueron solos ellos la causa y accidentes que tuvo, porque con todas sus enfermedades pudiera naturalmente dilatarse más el último plazo de su vida, si no se juntaran los efectos y accidentes que le causaba el ardentísimo fuego de amor que ardía en su rectísimo corazón; y para que esta felicísima muerte fuese más triunfo del amor que pena de las culpas, suspendió el Señor el concurso especial y milagroso con que conservaba las fuerzas naturales de su siervo, para que no las venciese la violencia del amor, y faltando este concurso se rindió la naturaleza y soltó el vínculo y lazo que detenía aquella alma santísima en las prisiones de la mortalidad del cuerpo, en cuya división consiste nuestra muerte; y así fue el amor la última dolencia de sus enfermedades, que dije arriba (Cf. supra n.866), Y ésta fue también la mayor y más gloriosa, pues con ella la muerte es sueño del cuerpo y principio de la segura vida.

879. La gran Señora de los cielos, viendo a su esposo difunto, preparó su cuerpo para la sepultura y le vistió conforme a la costumbre de los demás, sin que llegasen a él otras manos que las suyas y de los santos ángeles que en forma humana la ayudaron; y para que nada faltase al recato honestísimo de la Madre Virgen vistió el Señor el cuerpo difunto de San José con resplandor admirable que le cubría para no ser visto más que el rostro, y así no le vio la purísima esposa, aunque le vistió para el entierro. Y a la fragancia que de él salía acudió alguna gente, y de esto y verle tan hermoso y tratable como si fuera vivo, causaba a todos grande admiración; y con asistencia de los parientes y conocidos y otros muchos, y en especial del Redentor del mundo y su beatísima Madre y gran multitud de ángeles, fue llevado el sagrado cuerpo del glorioso San José a la común sepultura. Pero en todas estas ocasiones y acciones guardó la prudentísima Reina su inmutable compostura y gravedad, sin mudar el semblante con ademanes livianos y mujeriles, ni la pena le impidió para acudir a todas las cosas necesarias al obsequio de su esposo difunto y de su Hijo Santísimo; a todo daba lugar el corazón real y magnífico de la Señora de las gentes. Luego dio gracias al mismo Hijo y Dios verdadero por los favores que había hecho al santo esposo, y añadiendo mayores colmos y realces de humildad, postrada ante su Hijo Santísimo le dijo estas razones: “Señor y Dueño de todo mi ser, Hijo verdadero y Maestro mío, la santidad de José mi esposo pudo deteneros hasta ahora para que mereciéramos vuestra deseable compañía, pero con la muerte de vuestro amado siervo puedo yo recelarme de perder el bien que no merezco; obligaos, Señor, de vuestra bondad misma para no desampararme, recibidme de nuevo por vuestra sierva, admitiendo los humildes deseos y ansias del corazón que os ama.” Recibió el Salvador del mundo este nuevo ofrecimiento de su Madre Santísima y la ofreció también de nuevo que no la dejaría sola, hasta que fuese tiempo de salir por la obediencia del eterno Padre a comenzar la predicación.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

880. “Hija mía carísima, no ha sido sin causa particular que tu corazón se haya movido con especial compasión y piedad de los que están en el artículo de la muerte para desear tú ayudarles en aquella hora, porque es verdad, como lo has conocido, que entonces padecen las almas increíbles y peligrosos trabajos de las asechanzas del demonio y de la misma naturaleza y objetos visibles. Y aquel punto es en el que se concluye el proceso de la vida, para que sobre él caiga la última sentencia de muerte o vida eterna, de pena o gloria perdurable; y porque el Altísimo que te ha dado ese afecto quiere condescender con él para que así lo ejecutes, te confirmo en eso mismo y te amonesto concurras de tu parte con todas tus fuerzas y conato a obedecernos. Advierte, pues, amiga, que cuando Lucifer y sus ministros de tinieblas reconocen por los accidentes y causas naturales que los hombres tienen peligrosa y mortal enfermedad, luego al punto se previenen de toda su malicia y astucia para embestir en el pobre ignorante enfermo y derribarle, si pueden, con varias tentaciones; y como a los enemigos se les acaba el plazo para perseguir las almas, quieren recompensar con su ira, añadiendo de su maldad lo que les falta de tiempo.

881. “Para esto se juntan como lobos carnívoros y procuran reconocer de nuevo el estado del enfermo en lo natural y adquirido, considerando sus inclinaciones, hábitos y costumbres, y por qué parte de sus afectos tiene mayor flaqueza, para hacerle por allí más guerra y batería. A los que desordenadamente aman la vida, les persuade a que no es tanto el peligro, o impide que nadie les desengañe; a los que han sido remisos y negligentes en el uso de los santos sacramentos los entibia de nuevo y les pone mayores dificultades y dilaciones, para que mueran sin ellos o los reciban sin fruto y con mala disposición; a otros les propone sugerencias de confusión para que no descubran su conciencia y pecados; a otros embaraza y retarda para que no declaren sus obligaciones ni desenreden las conciencias; a otros, que aman la vanidad, les propone que ordenen, aun en aquella hora postrera, muchas cosas muy vanas y soberbias para después de su muerte; a otros, avarientos y sensuales, los inclina con mucha fuerza a lo que ciegamente amaron; y de todos los malos hábitos y costumbres se vale el cruel enemigo para arrastrarlos tras los objetos y dificultarles o imposibilitarles el remedio; y cuantos actos obraron pecaminosos en la vida, con que adquirieron hábitos viciosos,

fueron dar prendas al común enemigo y armas ofensivas con que les haga guerra y dé batería en aquella tremenda hora de la muerte, y con cada apetito ejecutado se le abrió camino y senda por donde entrar al castillo del alma, y en el interior de ella arroja su depravado aliento, levanta tinieblas densas, que son sus propios efectos, para que no se admitan las divinas inspiraciones, ni tengan verdadero dolor de sus pecados, ni hagan penitencia de su mala vida.

882. “Y generalmente hacen estos enemigos grande estrago en aquella hora con la esperanza engañosa de que vivirán más los enfermos y con el tiempo podrán ejecutar lo que les inspira Dios entonces por medio de sus ángeles, y con este engaño se hallan burlados y perdidos. Y también es grande en aquella hora el peligro de los que han despreciado en vida el remedio de los santos sacramentos, porque este desprecio, que para el Señor y los santos es muy ofensivo, suele castigarle la divina justicia dejando a estas almas en manos de su mal consejo, pues no se quisieron aprovechar del remedio oportuno en su tiempo, y con haberle despreciado merecen que por justos juicios sean despreciadas en la última hora, para donde aguardaron con loca osadía a buscar la salud eterna. Muy pocos son los justos a quienes esta antigua serpiente en el peligro último no acometa con increíble saña. Y si a los muy santos pretende derribar entonces, ¿qué esperan los viciosos, negligentes y llenos de pecados, que toda la vida han empleado en desmerecer la gracia y favor divino y no se hallan con obras que les puedan valer contra el enemigo? Mi santo esposo José fue uno de los que gozaron este privilegio de no ver ni sentir al demonio en aquel trance, porque al intentarlo estos malignos sintieron contra sí una virtud poderosa que los detuvo lejos y los santos ángeles los arrojaron y lanzaron al profundo y el sentirse tan oprimidos y aterrados a tu modo de entenderlos dejó turbados, suspensos y como aturridos; y fue ocasión para que en el infierno hiciera Lucifer una junta o conciliábulo para consultar esta novedad y discurrir por el mundo, inquiriendo si acaso el Mesías estaba ya en él, y sucedió lo que dirás en su lugar (Cf. infra n.933).

883. “De aquí entenderás el sumo peligro de la muerte y cuántas almas perecen en aquella hora, cuando comienzan a obrar los merecimientos y los pecados. Y no te declaro los muchos que se pierden y condenan, porque no mueras de pena si lo sabes y tienes amor verdadero del Señor, pero la regla general es que a la buena vida le espera buena muerte, lo demás es dudoso y muy raro y contingente. Y el remedio y seguro ha de ser tomar de lejos la corrida, y así te advierto que cada día que amaneciére para ti, en viendo la luz, pienses si aquel será el último de tu vida, y como si lo hubiera de ser, pues no sabes si lo será, compongas tu alma de manera que con alegre rostro recibas la muerte si viniere. Y no dilates un punto el dolerte de tus pecados y el propósito de confesarlos, si los tuvieres, y enmendar hasta la mínima imperfección, de manera que no dejes en tu conciencia defecto alguno de que te reprendan, sin dolerte y lavarte con la sangre de Cristo mi Hijo santísimo y ponerte en estado que puedas parecer delante del justo Juez, que te ha de examinar y juzgar hasta el mínimo pensamiento y movimiento de tus potencias.

884. “Y para que ayudes como lo deseas a los que están en aquel extremo peligroso, en primer lugar aconseja a todos los que pudieres lo mismo que te he dicho y que vivan con cuidado de sus almas para tener dichosa muerte. A más de esto harás oración por este intento todos los días, sin perder ninguno, y con afectos fervorosos y clamores pide al Todopoderoso que desvanezca los engaños de los demonios y quebrante sus lazos y consejos que arman contra los que agonizan o están en aquel artículo y que todos sean confundidos por su diestra divina. Esta oración sabes que hacía yo por los mortales y en ella quiero que me imites. Y a si mismo te ordeno que para ayudarlos mejor mandes e imperes a los mismos demonios que se desvíen de ellos y no los opriman, que bien puedes usar de esta virtud aunque no estés presente, pues lo está el Señor en cuyo nombre los has de mandar y compeler para su mayor gloria y honra.

885. “A tus religiosas, en estas ocasiones, dallas luz de lo que deben hacer, sin turbarlas; amonéstalas y asístelas para que luego reciban los santos sacramentos y que siempre los frecuenten; procura y trabaja en animarlas y consolarlas, hablándoles cosas de Dios y de sus misterios y Escrituras que despierten sus buenos deseos y afectos y se dispongan para recibir la luz e influencias de lo alto; aliéntalas en la esperanza y fortalécelas contra las tentaciones y enséñalas cómo las han de resistir y vencer, procurando conocerlas primero que ellas mismas te las manifestarán y si no el Altísimo te dará luz para que las entiendas y a cada una se le aplique la medicina que le conviene, porque las enfermedades espirituales son difíciles de conocerse y curarse. Todo lo que te amonesto has de ejecutar, como hija carísima, en obsequio del Señor, y yo te alcanzaré de su grandeza algunos privilegios para ti y para los que desees ayudar en aquella terrible hora. No seas escasa en la caridad, que no has de obrar en esto por lo que tú eres, sino por lo que el Altísimo quiere obrar en ti por sí mismo.”

[Regresar al Principio](#)

La edad que tenía la Reina del cielo cuando murió San José y algunos privilegios del santo esposo.

886. Todo el curso de la vida del felicísimo de los hombres San José llegó a sesenta años y algunos días más, porque de treinta y tres se desposó con María Santísima y en su compañía vivió veinte y siete poco más; y cuando murió el santo esposo quedó la gran Señora de edad de cuarenta y un años y entrada casi medio año en cuarenta y dos, porque a los catorce años fue desposada con San José como se dijo en la primera parte, capítulo 22 libro II y los veinte y siete que vivieron juntos hacen cuarenta y uno y más lo que corrió de 8 de septiembre hasta la dichosa muerte del santísimo esposo. En esta edad se halló la Reina del cielo con la misma disposición y perfección natural que consiguió a los treinta y tres años, porque ni retrocedió, ni se envejeció, ni desfalleció de aquel perfectísimo estado, como en el capítulo 13 de este libro queda dicho (Cf. *supra* n.856). Pero tuvo natural sentimiento y dolor de la muerte de San José, porque le amaba como a esposo, como a santo y tan excelente en la perfección, como amparo y bienhechor suyo. Y aunque este dolor en la prudentísima Señora fue bien ordenado y perfectísimo, pero no fue pequeño, porque el amor era grande y mayor porque conocía el grado de santidad que tenía su esposo entre los mayores santos que están escritos en el libro de la vida y mente del Altísimo, y si lo que se amó de corazón no se pierde sin dolor, mayor será el dolor de perder lo que se amaba mucho.

887. No pertenece al intento de esta Historia escribir de propósito las excelencias de la santidad de San José, ni yo tengo orden de hacerlo más de en lo que basta generalmente para manifestar más la dignidad de su esposa y nuestra Reina, a cuyos merecimientos, después de los de su Santísimo Hijo, se deben atribuir los dones y gracias que puso el Altísimo en el glorio Patriarca. Y cuando la divina Señora no fuera la causa meritoria o instrumento de la santidad de su esposo, por lo menos era el fin inmediato a donde se ordenaba, porque todo el colmo de virtudes y gracia que comunicó el Señor a su siervo José, todo lo hizo para que fuese digno esposo y amparo de la que elegía por Madre. Y por esta regla y por el amor y aprecio que hizo el mismo Dios de su Madre Santísima se ha de medir la santidad de San José; y según el concepto que yo tengo, si en el mundo hubiera otro hombre más perfecto y de mejores condiciones, ése diera el Señor por esposo a su misma Madre, y pues le dio al patriarca San José, él sería sin contradicción el mejor que Dios tenía en la tierra. Y habiéndole criado y prevenido para tan altos fines, es cierto que le haría con su poderosa diestra, idóneo y proporcionado con ellos, y esta proporción, a nuestro entender de la luz divina, había de ser por la santidad, virtudes, dones, gracias e inclinaciones infusas y naturales.

888. Entre este gran Patriarca y los demás santos reconozco una diferencia en los dones que recibieron de gracia: porque a muchos santos se les dieron otros favores y privilegios que no miraban todos a su propia santidad, sino a otros intentos y fines del servicio del Altísimo en otros hombres, y así eran como dones o gracias *gratis datas* o remotas de la santidad, pero en nuestro Patriarca bendito todos los dones eran añadiéndole virtudes y santidad; porque el ministerio a donde se destinaban y encaminaban era efecto de santidad y obras suyas, y siendo más santo y angélico era más idóneo para esposo de María Santísima y depositario del tesoro y sacramento del cielo y todo él había de ser un milagro de santidad, como lo fue. Comenzó esta maravilla desde la formación de su cuerpo en el vientre de su madre, porque asistió en ella particular providencia del Señor, y así fue compuesto con igualdad proporcionada de los cuatro humores, con extremadas cualidades, complexión y templanza o temperamento, para que luego fuese tierra bendita y le cayese por suerte una buena alma (*Sab 8,19*) y rectitud de inclinaciones. Fue santificado en el vientre de su madre a los siete meses de su concepción y le quedó atado el *fomes peccati* por toda la vida y jamás tuvo movimiento impuro ni desordenado; y aunque no le dieron uso de razón en esta santificación primera más de sólo justificarle del pecado original, pero su madre sintió entonces nuevo júbilo del Espíritu Santo y sin entender todo el misterio hizo grandes actos de virtud y juzgó que su hijo, o lo que tenía en el vientre, sería admirable en los ojos de Dios y de los hombres.

889. Nació el santo varón José perfectísimo y muy hermoso en lo natural y causó en sus padres y allegados extraordinaria alegría, al modo de la que hubo en el nacimiento del Bautista, aunque la causa de ella fue más oculta. Le aceleró el Señor el uso de la razón, dándosele al tercero año muy perfecto, con ciencia infusa y nuevo aumento de la gracia y virtudes. Desde entonces comenzó el niño a conocer a Dios por la fe, y también por el natural discurso y ciencia le conoció como primera causa y autor de todas las cosas, y atendía y percibía altamente todo lo que se hablaba de Dios y de sus obras, y desde aquella edad tuvo muy levantada oración y contemplación y ejercicio admirable de las virtudes que su edad pueril permitía, de manera que cuando a los siete o más años llega a los demás el uso de razón ya

San José era varón perfecto en ella y en la santidad. Era blando de condición, caritativo, afable, sencillo y en todo descubría no sólo inclinaciones santas sino angélicas, y creciendo en virtudes y perfección llegó con vida irreprochable a la edad que se desposó con María Santísima.

890. Para acrecentarle entonces los dones de la gracia y confirmarle en ellos, intervinieron las peticiones de la divina Señora, porque instantáneamente suplicó al Muy Alto que si le mandaba tomar aquel estado santificase a su esposo José para que se conformase con sus castísimos pensamientos y deseos. Oyóla el Señor y conociéndolo la divina Reina obró Su Majestad con la fuerza de su brazo poderoso copiosamente en el espíritu y potencias del patriarca San José efectos tan divinos, que no se pueden reducir a palabras, porque le infundió perfectísimos hábitos de todas las virtudes y dones. Rectificó de nuevo sus potencias y le llenó de gracia, confirmándole en ella por admirable modo, y en la virtud y dones de la castidad quedó el santo Esposo más levantado que el supremo de los serafines, porque la pureza que ellos tienen sin cuerpo se le concedió a San José en cuerpo terreno y carne mortal, y jamás entró a sus potencias imagen ni especie de cosa impura de la naturaleza animal y sensible. Y con el olvido de todo esto y con una sinceridad columbina y angélica, le dispusieron para estar en la compañía y presencia de la purísima entre todas las criaturas, porque sin este privilegio no fuera idóneo para tan grande dignidad y rara excelencia.

891. En las demás virtudes respectivamente fue admirable y señalado y en especial en la caridad, como quien estaba en la fuente para saciarse de aquella agua viva que salta a la vida eterna (Jn 4,14) o como vecino de la esfera del fuego, siendo materia dispuesta para encenderse en ella sin alguna resistencia. Y el mayor encarecimiento de esta virtud en nuestro enamorado esposo fue lo que dije en el capítulo pasado (Cf. supra n.878); pues el amor de Dios le enfermó y él mismo fue el instrumento que le cortó el hilo de la vida y él le hizo privilegiado en la muerte, porque las congojas dulces del amor sobreexcedieron y como absorbieron a las de la naturaleza y éstas obraron menos que aquéllas; y como estaba presente el objeto del amor, Cristo Señor nuestro y su Madre, y a entrambos los tenía el santo por más propios que ninguno de los nacidos pudo ni puede tenerlos, era como inexcusable que aquel candidísimo y fidelísimo corazón se resolviera en afectos y efectos de tan peregrina caridad. ¡Bendito sea el autor de tan grandes maravillas y bendito sea el felicísimo de los mortales José, en quien todas se obraron dignamente!, ¡digno es de que todas las generaciones y naciones le conozcan y bendigan, pues con ninguna otra hizo tales cosas el Señor, ni tanto les manifestó su amor!

892. De las visiones y revelaciones divinas con que fue favorecido San José, he dicho algo en todo el discurso de esta Historia (Cf. supra n.422, 433, 471,875), y fueron muchas más que se pueden decir; pero lo más se encierra en haber conocido los misterios de Cristo Señor nuestro y de su Madre Santísima y haber vivido en su compañía tantos años, reputado por padre del mismo Señor y verdadero esposo de la Reina. Pero algunos privilegios he entendido, que por su gran santidad le concedió el Altísimo, para los que le invocaren por su intercesor, si dignamente lo hacen. El primero es para alcanzar la virtud de la castidad y vencer los peligros de la sensualidad carnal. El segundo, para alcanzar auxilios poderosos para salir del pecado y volver a la amistad de Dios. El tercero, para alcanzar por su medio la gracia y devoción de María Santísima. El cuarto, para conseguir buena muerte y en aquella hora defensa contra el demonio. El quinto, que temiesen los mismos demonios oír el nombre de San José. El sexto, para alcanzar salud corporal y remedio en otros trabajos. El séptimo privilegio, para alcanzar sucesión de hijos en las familias. Estos y otros muchos favores hace Dios a los que debidamente y como conviene le piden por la intercesión del esposo de nuestra Reina San José; y pido yo a todos los fieles hijos de la Santa Iglesia que sean muy devotos suyos, y los conocerán por experiencia, si se disponen como conviene para recibirlos y merecerlos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

893. “Hija mía, aunque has escrito que mi esposo José es nobilísimo entre los santos y príncipes de la celestial Jerusalén, pero ni tú puedes ahora manifestar su eminente santidad, ni los mortales pueden conocerla antes de llegar a la vista de la divinidad, donde con admiración y alabanza del mismo Señor se harán capaces de este sacramento; y el día último, cuando todos los hombres sean juzgados, llorarán amargamente los infelices condenados no haber conocido por sus pecados este medio tan poderoso y eficaz para su salvación, ni haberse valido de él como pudieran, para granjear la amistad del justo juez. Y todos los del mundo han ignorado mucho los privilegios y prerrogativas que el altísimo Señor concedió a mi santo esposo y cuánto puede su intercesión con Su Majestad y conmigo, porque te aseguro, carísima, que en presencia de la divina justicia es uno de los grandes privados para detenerla contra los pecadores.

894. “Y por la noticia y luz que de este sacramento has recibido, quiero que seas muy agradecida a la dignación del Señor y al favor que en esto hago contigo; y de aquí adelante en lo restante de tu vida procures adelantarte en la devoción y cordial afecto de mi santo esposo y bendecir al Señor porque tan liberal le favoreció y por el gozo que yo tuve de conocerlo. En todas tus necesidades te has de valer de su intercesión y solicitarle muchos devotos, y que tus religiosas se señalen mucho en esto, pues lo que pide mi esposo en el cielo concede el Altísimo en la tierra y a sus peticiones y palabras tiene vinculados grandes y extraordinarios favores para los hombres, si ellos no se hacen indignos de recibirlos. Y todos estos privilegios corresponden a la perfección columbina de este admirable santo y a sus virtudes tan grandiosas, porque la divina clemencia se inclinó a ellas y le miró liberalísimamente, para conceder admirables misericordias para él y para los que se valieren de su intercesión.”

CAPITULO 17

[Regresar al Principio](#)

Las ocupaciones de María Santísima después de la muerte de San José y algunos sucesos con sus ángeles.

895. Toda la perfección de la vida cristiana se reduce toda a las dos vidas que conoce la Iglesia, vida activa y vida contemplativa. A la activa pertenecen las operaciones corporales o sensibles y que se ejercitan con los próximos en las cosas humanas, que son muchas y muy variadas y tocan en las virtudes morales, de quien reciben su perfección propia todas estas acciones de la vida activa. A la contemplativa pertenecen las operaciones interiores del entendimiento y voluntad, cuyo objeto es nobilísimo y espiritual y propio de la criatura intelectual y racional, y por eso esta vida contemplativa es más excelente que la activa y por sí misma es más amable, como más quieta, deleitable y hermosa y que se llega más al último fin que es Dios, en cuyo altísimo conocimiento y amor consiste, y así participa más de la vida eterna, que toda es contemplativa. Estas son las dos hermanas Marta y María (Lc 10,38-42), una quieta y regalada, otra solícita y turbada; y las otras dos también hermanas y esposas Lía y Raquel (Gen 29,16ss), una fecunda pero fea y de malos ojos, otra hermosa y agraciada pero al principio estéril; porque la vida activa es más fructuosa, aunque dividida en muchas y variadas ocupaciones en que se turba y no tiene tan claros ojos para levantarlos y penetrar las cosas altas y divinas; pero la contemplativa es hermosísima, aunque al principio no es tan fecunda, porque su fruto le da más tarde por medio de la oración y méritos, que suponen grande perfección y amistad de Dios, para obligarle a que extienda su liberalidad con otras almas, pero éstos suelen ser frutos de bendiciones muy copiosas y de grande aprecio.

896. El juntar estas dos vidas es el colmo de la perfección cristiana, pero tan dificultoso como se vio en Marta y María, en Lía y Raquel, que no fueron sola una sino dos diferentes, cada una para representar la vida que significaba; porque ninguna de las dos las pudo comprender entrambos en su representación, con la dificultad que hay de juntarlas en un sujeto en grado perfecto a un mismo tiempo. Y aunque en esto han trabajado mucho los santos, y a lo mismo se ordena la doctrina de los maestros de espíritu, tantas instrucciones de los varones apostólicos y doctos, los ejemplos de los apóstoles y patronos de las sagradas religiones, que todos procuraron juntar la contemplación con la acción, en cuanto con la divina gracia les era concedido; pero siempre conocieron que la vida activa, por la multitud de sus acciones, en los objetos inferiores derrama el corazón y le turba, como lo dijo el Señor a Marta, y por más que trabaje en recogerse a su quietud y reposo para levantarse a los ojos altísimos de la contemplación, no lo puede conseguir sin grande dificultad en esta vida y por breve tiempo, salvo con otro especial privilegio de la diestra del Altísimo. Por esta razón los santos que se dieron a la contemplación, de intento buscaron los yermos y soledades acomodadas para vacar a ella, y los demás que juntamente atendían a la vida activa y salud de las almas por la predicación y doctrina, tomaban parte del tiempo en que se retiraban de las acciones exteriores y en lo demás partían los días, dando unas horas a la contemplación y otras a las ocupaciones activas, y obrándolo todo con perfección alcanzaron el mérito y premio de entrambos vidas, que sólo se funda en el amor y gracia como principal causa.

897. Sola María Santísima juntó estas dos vidas en grado supremo, sin embarazarse en ella la contemplación altísima y ardentísima por las acciones exteriores de la vida activa. En ella estuvo la solicitud de Marta sin turbación y el reposo y sosiego de María sin descansar en el ocio corporal, tuvo la hermosura de Raquel y la fecundidad de Lía y sola nuestra prudentísima y gran Reina comprendió en la verdad lo que significaron estas diferentes hermanas. Y aunque sirvió a su esposo enfermo y le sustentó con su trabajo, y junto con esto a su Hijo Santísimo, como se ha dicho (Cf. supra n.859), no por eso en estas acciones y ocupaciones interrumpía, ni cesaba, ni se embarazaba su divinísima contemplación, ni se hallaba necesitada de buscar tiempos de soledad y retiro para serenar su pacífico corazón y

levantarse sobre los más supremos serafines. Pero con todo eso, cuando se halló sola y desocupada de la compañía de su esposo, ordenó su vida y ejercicios a ocuparse en solo el ministerio del amor interior. Conoció luego en el interior de su Hijo Santísimo que aquella era su misma voluntad y que moderase el trabajo corporal que había tenido en asistir de día y de noche a la labor para acudir a su santo enfermo, y que en lugar de este ejercicio pasado asistiese con Su Majestad a las peticiones y obras altísimas que hacía.

898. Le manifestó también el mismo Señor que para el moderado alimento que habían de usar bastaba trabajar algún rato del día, porque de allí adelante no habían de comer más de una sola vez por tarde, pues hasta entonces habían guardado otra orden, por el amor que tenían a San José y acompañarle por su consuelo en las horas y tiempos de la comida. Y desde entonces no comieron el Hijo Santísimo y su beatísima Madre más de sola una vez a la hora de las seis de la tarde, y muchos días la comida era solo pan, otras añadía la divina Señora frutas, yerbas o pescados, y éste era el mayor regalo de los Reyes del cielo y tierra. Y aunque siempre fue suma la templanza y admirable la abstinencia, pero cuando quedaron solos fue mayor y no dispensaron sino en la calidad del manjar y en la hora de comer. Cuando eran convidados comían en cantidad poca de lo que les daban, sin excusarse, comenzando a ejecutar el consejo que después había de dar a sus discípulos cuando fuesen a predicar (Lc 10,8). El pobre manjar de que usaban los divinos Reyes le servía la gran Señora a su Hijo Santísimo de rodillas, pidiéndole licencia para hacerlo, y algunas veces lo aderezaba con la misma reverencia, porque era para alimento del Hijo y Dios verdadero.

899. No había sido impedimento la presencia del Santo José para que la prudentísima Madre tratase a su Hijo Santísimo con toda reverencia, sin perder punto ni acción de las que debía y convenían entonces, pero después que murió el santo ejerció la gran Señora con más frecuencia las postraciones y genuflexiones que acostumbraba (Cf. supra n.180), porque siempre era mayor la libertad para esto en presencia de los ángeles solos, que en la de su mismo esposo que era hombre; y muchas veces estaba postrada en tierra hasta que el mismo Señor la mandaba levantar, y muy frecuentemente le besaba los pies, otras veces la mano, y de ordinario con lágrimas de profundísima humildad y reverencia; y siempre estaba en presencia de Su Majestad con acciones o señales de adoración y ardentísimo amor, pendiente de su divino beneplácito, atenta a su interior para imitarle. Y aunque no tenía culpas ni una mínima negligencia o imperfección en el servicio y amor de su Hijo altísimo, con todo esto estaba siempre mejor que lo dijo el Profeta (Sal 122,2 (A.)) como están los ojos del siervo y de la esclava cuidadosos en manos de sus dueños, para alcanzar de ellos la gracia que desea. Y no es posible que venga en algún humano pensamiento la ciencia del Señor que tuvo nuestra Reina para entender y obrar tantas y tan divinas acciones como hizo en compañía del Verbo humanado estos años que vivieron juntos y solos, sin otra compañía más de los ángeles que los acompañaban y servían. Ellos solos fueron los testigos de vista, con admiración y alabanza peregrina de verse tan inferiores a la sabiduría y pureza de una pura criatura que fue digna de tanta santidad, porque sola ella dio el lleno de las obras de la gracia.

900. Con los mismos ángeles santos tuvo la Reina del cielo en este tiempo dulcísimas contiendas y emulaciones sobre las acciones ordinarias y humildes que eran necesarias para el servicio del Verbo humanado y de su humilde casa, porque no había en ella quien las pudiera hacer fuera de la misma Emperatriz y divina Señora, y estos nobilísimos y fieles vasallos y ministros, que asistían para esto en forma humana, estaban prontos y cuidadosos para acudir a todo. La gran Reina quería hacer por sí misma todas las cosas humildes con sus manos, de barrer y alinear las pobres alhajas, limpiar los platos y vasos y disponer todo lo necesario; pero los cortesanos del Altísimo, como verdaderamente cortesanos y más prestos en las operaciones, aunque no más humildes, solían adelantarse en prevenir estas acciones antes que su Reina llegase a ella, y tal vez, y muchas a tiempos, los encontraba Su Alteza ejecutando lo que ella deseaba porque los santos ángeles se habían adelantado, pero al punto obedecían a su palabra y la dejaban cumplir con el afecto de su humildad y amor. Y para que en esto no la impidiesen sus deseos, hablaba con los santos ángeles y les decía: “Ministros del Altísimo, que sois espíritus purísimos en donde reverberan las luces con que su divinidad me ilumina, estos humildes y serviles oficios no convienen a vuestro estado y a vuestra naturaleza y condición sino a la mía, que a más de ser de tierra soy la menor de todos los mortales y la más obligada esclava de mi Señor y de mi Hijo; dejadme, amigos míos, hacer los ministerios que me tocan, pues yo puedo lograrlos en el servicio del Altísimo con el mérito que vosotros no tendréis por vuestra dignidad y estado. Yo conozco el precio de estas serviles obras que el mundo desprecia y no me dio el Altísimo esta luz para que yo las fíe de otro sino para ejecutarlas por mí misma.”

901. “Reina y Señora nuestra - respondían los ángeles - verdad es que en vuestros ojos y en la aceptación del Altísimo son tan estimables estas obras como vos lo conocéis; pero si con ellas conseguís el precioso fruto de vuestra incomparable humildad, advertid también que nosotros faltaremos a la obediencia que debernos al Señor si no os

servimos como Su Majestad altísima nos lo ha mandado, y siendo vos nuestra legítima Señora faltaríamos también a la justicia en omitir cualquiera obsequio que en este reconocimiento nos fuere de lo alto permitido; y el mérito que no alcanzáis no ejecutando estas obras serviles, fácilmente, Señora, le recompensa la mortificación de no cumplirlas y el deseo ardentísimo con que las procuráis.” Replicaba a estas razones la prudentísima Madre y decía: “No, señores y espíritus soberanos, no ha de ser así como queréis; porque si vosotros juzgáis por grande obligación servirme a mí como a Madre de vuestro gran Señor, de cuya mano sois hechuras, advertid que a mí me levantó del polvo para esta dignidad y mi deuda en tal beneficio viene a ser mayor que la vuestra, y siendo tanto mayor mi obligación también ha de serlo mi retorno; y si vosotros queréis servir a mi Hijo como criaturas hechas de su mano, yo debo servirle por ese mismo título y tengo más el ser su Madre para servirle como a Hijo, y siempre me hallaréis con más derecho que vosotros para ser siempre humilde, pegarme con el polvo y ser agradecida.”

902. Estas y otras semejantes eran las contiendas dulces y admirables que tenían María Santísima y sus ángeles, en que siempre quedaba la palma de la humildad en manos de su Reina y Maestra. Ignore con justicia el mundo tan ocultos sacramentos de que le hace indigno la vanidad y soberbia, juzgue por párvulos y contentibles la necia arrogancia estos oficios y ocupaciones humildes y serviles y los aprecien los cortesanos del cielo que conocen su valor y los solicite la misma Reina de los cielos y de la tierra que supo darles su estimación; pero dejemos ahora al mundo, o con su ignorancia o con su disculpa, sea lo que fuere, porque la humildad no es para los altivos de corazón, ni el servir en los oficios humildes se compadece con la púrpura y holandas, ni el barrer y lavar platos se ajusta con las costosas joyas y brocados, ni para todos sin diferencia son las preciosas margaritas de estas virtudes. Pero si en la escuela de la humildad y desprecio en las religiones digo se pegase el contagio de la soberbia mundana y se tuviese por mengua y deshonor esta humillación, no podemos negar que sería vergonzosa o muy reprehensible soberbia. Si las religiosas o religiosos despreciamos estos oficios y ocupaciones serviles y tenemos por bajeza, a fuera del mundo, el hacerlos, ¿con qué ánimo nos ponemos en presencia de los ángeles y de su Reina y nuestra, que tuvo por estimabilísima honra las obras que nosotros juzgamos por contentibles, bajeza y deshonor?

903. Hermanas mías, hijas de esta gran Reina y Señora, con vosotras hablo, las que tras ella sois llamadas y llevadas al tálamo del Rey con exultación y verdadera alegría (Sal 44,16 (A.)): no queráis degenerar del título honorífico de tal Madre, y si ella misma que era Reina de los ángeles y de los hombres se humillaba a estas obras humildes e inferiores, si barría y servía en la más baja ocupación, ¿qué parecerá en sus ojos y en los del mismo Dios y Señor que la esclava sea altiva, soberbia y desvanecida y que desprecie la humildad? Vaya fuera de nuestra comunidad este engaño, dejémosle a Babilonia y sus moradores, honrémonos de lo que tuvo Su Alteza por corona, y sea vergonzosa confusión; afrenta y severa reprensión para nosotras no tener las mismas competencias que tuvo ella con los ángeles sobre quién había de vencer en humildad. Adelantémonos a porfía a las obras humildes y serviles y causemos en nuestros ángeles santos y compañeros fieles esta emulación tan agradable a nuestra gran Reina y a su Hijo santísimo y nuestro Esposo.

904. Y para que entendamos que sin humildad sólida y verdadera es temeridad pagarnos de consolaciones espirituales o sensibles mal seguras, y el apetercerlas sería loca osadía, atendamos a nuestra divina Maestra, que es el ejemplar consumado de la vida santa y perfecta. Con las obras humildes y serviles que hacía se alternaban en la gran Reina los favores y regalos del cielo; porque sucedía muchas veces, cuando estaba con su Hijo Santísimo retirados en oración, que los santos ángeles con dulces voces y armonía les cantaban los himnos y cánticos que la beatísima Madre había compuesto en alabanza del ser de Dios infinito y del misterio de la unión hipostática de la naturaleza humana en la persona divina del Verbo. Y para que repitiesen estos cánticos a su mismo Señor y Criador, solía la Reina llamar a los ángeles y pedirles que alternando con ella los versos hicieran otros cánticos de nuevo, y la obedecían, con admiración de los mismos ángeles, viendo la profunda sabiduría de su gran Reina, por lo que de nuevo componía y decía. Y después, cuando su Hijo Santísimo se retiraba a descansar, o cuando comía, les mandaba, como Madre de su Criador y que cuidaba amorosamente de regalarle, que le hiciesen música en su nombre, y el Señor lo permitía cuando la prudentísima Madre lo ordenaba, dando lugar a la ardiente caridad y veneración con que estos últimos años le servía. Y para decir yo lo que sobre esto se me ha manifestado, era necesario muy largo discurso y mayor capacidad que la mía; por lo que he insinuado se puede conocer algo de tan profundos sacramentos y hallar motivo para magnificar y bendecir a esta gran Señora y Reina, a quien todas las naciones conozcan y prediquen por bendita entre todas las criaturas y Madre dignísima del Criador y Redentor del mundo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

905. “Hija mía, antes que prosigas a declarar otros misterios, quiero que estés capaz del que tenían todas las cosas que ordenó el Altísimo conmigo por respeto de mi santo esposo José. Cuando me desposé con él, me mandó mudase orden en la comida y otras obras exteriores para ajustarme con su modo de proceder, porque era cabeza y yo en lo común era inferior; y esto mismo hizo mi Hijo Santísimo siendo Dios verdadero, por estar sujeto (Lc 2,51 (A.)) en lo exterior al que juzgaba el mundo por su padre. Y cuando quedamos solos, muerto mi esposo, que faltó este motivo, volvimos a nuestro orden y gobierno en la comida y otras operaciones, y no quiso Su Majestad que San José se acomodase a nosotros sino nosotros con él, como lo pedía el orden común de mi estado; ni tampoco interpuso Su Majestad milagros, para que él pasase sin el orden y alimento que acostumbraba, porque en todo procedía como maestro de las virtudes, para enseñar a todos lo más perfecto: a los padres y a los hijos, ya los prelados y superiores y superiores, súbditos e inferiores. A los padres, que amen a sus hijos, les ayuden, sustenten, amonesten, corrijan y encaminen a la salvación sin remisión ni descuido. A los hijos, que amen, estimen y honren a sus padres como instrumentos de su vida y ser, los obedezcan diligentes, guardando todos la ley natural y divina, que se lo enseña ella misma y lo contrario es monstruo muy feo y horrendo. Los prelados y superiores han de amar a los súbditos y mandarles como a hijos; y éstos han de obedecer sin resistencia, aunque sean de otras condiciones y calidades mejores que los prelados, porque en la dignidad que representa a Dios siempre el prelado es mayor, pero la caridad verdadera los ha de hacer una misma cosa a todos.

906. “Y para que alcances esta gran virtud, quiero que te acomodes y ajustes a tus hermanas y súbditas, sin ceremonias ni ademanes imperfectos, sino que trates con ellas con llaneza y sinceridad columbina: ora tú cuando ellas oran y come y trabaja cuando ellas lo hacen y en la recreación las asiste, porque la mayor perfección en las congregaciones se funda en seguir el espíritu común de todas y si lo hicieres serán gobernada por el Espíritu Santo, que rige las comunidades bien concertadas. Con este orden te puedes adelantar en la abstinencia, comiendo menos que todas, aunque te pongan lo mismo que a ellas, y con disimulación, sin hacerte singular, deja lo que quisieres por el amor de tu Esposo y mío. Y si no te impidiere alguna grave enfermedad, no dejes ni faltes jamás de las comunidades, cuando la obediencia de los prelados tal vez no te ocupare, y asiste en ellas con especial reverencia y temor, atención y devoción, que allí serás visitada del Señor muchas veces.

907. Quiero asimismo que de este capítulo adviertas la cautela cuidadosa que debes tener en ocultar las obras que pudieres hacer en secreto a mi ejemplo; pues aunque yo no tenía que reparar de hacerlas todas en presencia de mi santo esposo José sin peligro alguno, con todo esto les daba este punto de perfección y de prudencia, que de suyo las hace más loables el recato. Pero éste no es necesario en las obras comunes y obligatorias con que debes dar ejemplo sin ocultar la luz, que el faltar en esto podía ser escándalo y digno de reprehensión. Otras muchas obras que se pueden hacer en secreto y escondidas de los ojos de las criaturas, no se han de exponer livianamente al peligro de la publicidad y ostentación. En este retiro pueden hacer muchas genuflexiones como yo las hacía, y postrada y pegada con la tierra podrás humillarte, adorando a la suprema majestad del Altísimo, para que el cuerpo mortal que agrava al alma (Sab 9,15) sea ofrecido como en sacrificio aceptable por satisfacer a los movimientos desordenados que ha tenido contra la razón y justicia, y para que en ti no haya cosa alguna que deje de ser ofrecida y dedicada al servicio de tu Criador y Esposo, y con estas operaciones recompense el cuerpo en algún modo lo mucho que impidió y hace perder al alma con sus pasiones y defectos terrenos.

908. Con este intento procura siempre tenerle muy sujeto, y que los beneficios que se le hacen sólo sirvan de sustentarle en servidumbre del alma y no para que se deleite en sus antojos y apetitos. Le mortifica y quebrántale muriendo a todo lo que es deleitable al sentido, hasta que las operaciones comunes y necesarias para la vida antes le sean de pena que de gusto, antes de amargura que de peligrosa delectación. Y aunque en otras ocasiones te he hablado y manifestado el valor de esta humillación y mortificación, ahora con mi ejemplo quedarás más enseñada del aprecio que debes hacer de cualquier acto de humildad y mortificación. Y te mando ahora que ninguno desprecies, ni juzgues por pequeño, sino que en tu estimación le has de reputar por un tesoro inestimable, procurando ganarle para ti. Y en esto has de ser codiciosa y avarienta, adelantándote a los oficios serviles de barrer y limpiar la casa y hacer las más inferiores obras de toda ella y servir a las enfermas y necesitadas, como en otras ocasiones te lo he mandado; y en todas me pondrás delante de tus ojos por dechado, para que te sirva de estímulo mi solicitud en esta humildad y de alegría imitarme y confusión el descuido de no hacerlo. Y si en mí fue tan necesaria esta fundamental virtud para hallar gracia y agrado en los ojos del Señor, no habiéndole desagradado ni ofendido desde que tuve ser, y para que su diestra divina me levantara me humillé, ¿cuánto más necesitas tú de pegarte con el polvo y deshacerte en tu ser, que fuiste concebida en pecado y le has ofendido repetidas veces? Humíllate hasta el no ser y reconoce que el que te dio el

Altísimo le empleaste mal, con que el ser te ha de servir de más humillación para que halles el tesoro de la gracia.

CAPITULO 18

[Regresar al Principio](#)

Se continúan otros misterios y ocupaciones de nuestra gran Reina y Señora con su Hijo Santísimo, cuando vivían solos antes de su predicación.

909. Muchos de los ocultos sacramentos y venerables misterios que intervinieron entre Jesús y María su Madre Santísima están reservados para gozo accidental de los predestinados en la vida eterna, como en otros lugares he dicho (Cf. supra n.57, 536, 694,712). Y los más altos e inefables sucedieron en los cuatro años que vivieron juntos y solos en su casa después de la dichosa muerte de San José, hasta la predicación del mismo Señor. Imposible es que alguna criatura mortal pueda dignamente penetrar tan profundos secretos, ¿cuánto menos podré yo manifestar lo que de ellos he entendido con mi rudeza? y en lo que dijere se conocerá la causa de esto. Era el alma de Cristo Señor nuestro espejo clarísimo y sin mácula, donde, como queda dicho (Cf. supra n.809 y lugares allí citados), su Madre Santísima miraba y conocía todos los misterios y sacramentos que disponía el mismo Señor, como cabeza y artífice de la Santa Iglesia y como reparador de todo el linaje humano y maestro de la salud eterna y como ángel del gran consejo, que cumplía y ejecutaba el que desde *ab aeterno* estaba predestinado en el consistorio de la beatísima Trinidad.

910. En disponer esta obra que le encargó su eterno Padre para ejecutarla con la suma perfección que pudo darle como hombre que juntamente era Dios verdadero, se ocupó Cristo nuestro bien toda la vida que gastó en el mundo, y procediendo más al termino y acercándose a la dispensación de tan alto sacramento, iban también obrando con mayor fuerza y eficacia de su sabiduría y poder. Y de todos estos misterios era testigo y depósito fidelísimo el corazón de nuestra gran Reina y Señora, y en todo cooperaba con su Hijo Santísimo, como su coadjutora en las obras de la reparación humana. Y según esto, para entender enteramente la sabiduría de la divina Madre y las obras que con ella hacía en la dispensación de los misterios de la Redención, era necesario entender también lo que encerraba la ciencia de Cristo nuestro Salvador y las obras de su amor y prudencia, con que iba encaminando los medios oportunos y convenientes para los fines altísimos que pretendía. Y en lo poco que yo dijere de las obras de su Madre Santísimo, siempre he de suponer las del Hijo Santísimo, con quien cooperaba en ellas, imitándole como a su ejemplar y dechado.

911. Estaba ya el Salvador del mundo en edad de veinte y seis años, y como su santísima humanidad procedía en la natural perfección y se llegaba al término, guardaba Su Majestad admirable correspondencia en la demostración de sus mayores obras, como más vecinas a la de nuestra redención. Y todo este sacramento encerró el evangelista San Lucas en aquellas breves palabras con que cerró el capítulo 2: “*Y Jesús aprovechaba en sabiduría, edad y gracia con Dios y con los hombres*” (Lc 2,52); entre los cuales su beatísima Madre conocía y cooperaba con estos aumentos y progresos de su Hijo Santísimo, sin ocultársele cosa alguna de las que como a pura criatura le pudo comunicar el Señor, que era hombre y Dios. Entre estos divinos y ocultos sacramentos conoció la gran Señora por estos años cómo su Hijo y Dios verdadero del trono de su sabiduría miraba y dilataba su vista, no sólo la increada de la divinidad, sino también la de su alma santísima, sobre todos los mortales, a quienes había de alcanzar la Redención en cuanto a la suficiencia, y que consigo mismo confería el valor de la Redención, el peso que tenía en la aceptación y aprecio del eterno Padre y cómo para cerrar las puertas del infierno a los mortales y revocarlos a la eterna vida había descendido del ciclo a padecer durísima pasión y muerte; y con todo eso la estulticia y dureza de los que nacerían después de haberse puesto en una cruz por su remedio, haría violencia y fuerza para dilatar las puertas de la muerte y volver a abrir más el infierno, con ciega ignorancia de los que montan aquellos infelicitísimos y horribles tormentos, En esta ciencia y ponderación se afligió y sintió grandes congojas la humanidad de Cristo Señor nuestro y llegó a sudar sangre como otras veces sucedía (Cf. supra n.695,848) y en estos conflictos siempre perseveraba el divino Maestro en las peticiones que hacía por todos aquellos que habían de ser redimidos; y por la obediencia del eterno Padre deseaba con ardentísimo amor ofrecerse en aceptable sacrificio y en rescate de los hombres, porque si no a todos alcanzase la eficacia de sus méritos y sangre, por lo menos quedase satisfecha la justicia divina y recompensaba la ofensa de la divinidad y justificada la equidad y rectitud de la justicia divina para el tiempo del castigo que sobre los incrédulos o ingratos estaba prevenido desde la eternidad. A la vista de tan profundos secretos que la gran Señora conocía, acompañaba a su Hijo Santísimo en las congojas y ponderación que con su sabiduría respectivamente hacía, y a esto se juntaba la compasión dolorosa de madre, viendo al fruto de su virginal vientre tan gravemente afligido. Y muchas veces llegó la mansísima paloma a

llorar lágrimas de sangre, cuando el Salvador la sudaba, y era traspasada de incomparable dolor; porque sola esta prudentísima Señora y su Hijo, Dios y hombre verdadero, llegaron a ponderar en el peso del santuario ajustadamente lo que monta morir Dios en una cruz para cerrar el infierno, puesto en una balanza, y en la otra el duro y ciego corazón de los mortales, forcejando para meterse en manos de la eterna muerte.

913. Sucedió en estas congojas que la amantísima Madre llegaba a padecer unos deliquios casi mortales, y lo fueran sin duda si la virtud divina no la confortara para que no muriera. Y el dulcísimo Hijo y Señor en retorno de este fidelísimo amor y compasión mandaba a los ángeles que la consolasen y tuviesen reclinada, y otras veces que la hiciesen celestial música con cánticos de alabanza y gloria de la divinidad y humanidad de Su Majestad que ella misma había hecho. Otras veces el mismo Señor la reclinaba en sus brazos y le daba nuevas inteligencias de que no se entendía con ella aquella inicua ley del pecado y de sus efectos. Otras veces, estando así reclinada, lo cantaban los mismos ángeles con admiración y era trasformada y arrebatada en divinos éxtasis, en que recibía grandes y nuevas influencias de la divinidad; aquí era donde la escogida, la única y la perfecta estaba reclinada sobre la siniestra de la humanidad y era regalada y abrazada con la diestra de la divinidad (Cant 2,6 (A.)); aquí donde su amantísimo Hijo y conjuraba y mandaba a las hijas de Jerusalén no despertasen a su querida, mientras ella no quisiese (Cant 3,5 (A.); ib.2,7), de aquel sueño que le curaba las dolencias y enfermedades de amor; y allí era donde los espíritus soberanos se admiraban de ver que se levantaba sobre todos, estribando en su dilectísimo Hijo (Cant 8,5 (A.)) y vestida con esta variedad, a su diestra (Sal 44,10), la bendecían y magnificaban entre todas las criaturas.

914. Conocía la gran Reina en otras ocasiones altísimos secretos de la predestinación de los electos por los méritos de la Redención y cómo estaban escritos en la memoria eterna de su Hijo Santísimo y el modo con que Su Majestad les aplicaba sus merecimientos y oraba por ellos para que fuese eficaz el valor de su rescate y cómo el amor y gracia de que se hacían indignos los réprobos se convertía a los predestinados según su disposición. Y entre todos éstos conocía cómo aplicaba el Señor su sabiduría y cuidado a los que había de llamar a su apostolado y séquito y que los iba alistando en su determinación y ciencia ocultísima debajo el estandarte de su cruz para que ellos le llevasen después por el mundo; y como buen capitán general que dispone las cosas en su mente para alguna conquista o batalla muy ardua y trabajosa y distribuye los cargos y ministerios de la milicia, eligiendo para ellos los soldados más esforzados e idóneos y conforme a la condición de cada uno y les señala puestos y lugares convenientes, así Cristo nuestro Redentor, para entrar en la conquista del mundo y despojar al demonio de su tiránica posesión, desde la alteza de la persona del Verbo ordenaba la nueva milicia que había de levantar y cómo había de distribuir los oficios, grados y dignidades de sus esforzados capitanes y a dónde les había de señalar puestos, y todas las prevenciones y aparato de esta guerra estaba depositado en su sabiduría y voluntad santísima, todo como lo había de ir obrando.

915. Y todo esto era patente y manifiesto a la prudentísima Madre, y le fueron dadas especies infusas de muchos predestinados, en especial de los apóstoles y discípulos y de gran número de los que fueron llamados a la primitiva Iglesia y después en el discurso de ella. Y cuando vio a los apóstoles y a los demás los conocía antes de tratarlos, por el conocimiento sobrenatural que de ellos había tenido en Dios, y como el divino Maestro antes de llamarlos había orado por ellos y pedido su vocación, también la gran Señora hizo la misma oración y petición. De manera que, en los auxilios y favores que recibieron los apóstoles antes de oír y conocer a su Maestro, para estar dispuestos y prevenidos para recibir la vocación que después había de hacer de ellos al apostolado, en todo tuvo parte la Madre de la gracia. Y como en estos años ya se acercaba la predicación, hacía oración por ellos nuestro Salvador con más instancia y les envió mayores y más fuertes inspiraciones; también las peticiones de la divina Señora fueron más fervorosas y eficaces en su género; y cuando después llegaban a su presencia y entraban en el séquito de su Hijo, así los discípulos como otros, solía decirle: “Estos son, Hijo y Señor mío, el fruto de vuestras oraciones y voluntad santa.” Y hacía cánticos de alabanza y agradecimiento, porque veía cumplido el deseo del Señor y traídos a su escuela los que Su Majestad había elegido del mundo.

916. En la prudente consideración de estas maravillas solía nuestra gran Reina quedar absorta y admirada con incomparables alabanzas y júbilo de su espíritu, y en él hacía heroicos actos de amor y adoraba los secretos juicios del Altísimo, y transformada toda y abrasada en aquel fuego que salía de la divinidad para derramarse y encender el mundo solía decir unas veces dentro de su ardentísimo corazón, otras en voz alta y sensible: ¡Oh amor infinito! ¡Oh voluntad de bondad infalible e inmensa! ¿Cómo no te conocen los mortales? ¿Cómo te desprecian y olvidan? ¿Por qué tu fineza ha de ser tan mal pagada? Oh trabajos, penas, suspiros, clamores, deseos y peticiones de mi Amado, todo más estimable que las margaritas, el oro y todos los tesoros del mundo, ¿quién será tan ingrato e infeliz que os quiera

despreciar? ¡Oh hijos de Adán, quién muriera por cada uno de vosotros muchas veces, para desengañar vuestra ignorancia, ablandar vuestra dureza y prevenir vuestra desdicha!” Después de tan avisados afectos y oraciones, comunicaba de palabra la feliz Madre con su Hijo todos estos sacramentos y el sumo Rey la consolaba y dilatava el corazón con renovar la memoria de la estimación que tenía en los ojos del Altísimo, la gracia y gloria de los predestinados y sus grandes merecimientos, en comparación de la ingratitude y dureza de los réprobos. Y en especial la informaba del amor que ella misma conocía de Su Majestad y de la beatísima Trinidad para con la misma Señora y de lo que se complacía de su correspondencia y pureza inmaculada.

917. Otras veces el mismo Señor la informaba de lo que había de hacer en comenzando la predicación y cómo había de cooperar con Su Majestad y ayudarle en todas las obras y gobierno de la nueva Iglesia, y cómo había de sobrellevar las faltas de los apóstoles, la negación de San Pedro, la incredulidad de Tomás, la alevosía de Judas y otros sucesos que conocía para adelante. Y desde entonces propuso la oficiosa Señora de trabajar mucho para reducir aquel traidor discípulo, y así lo ejecutó, como diré en su lugar (Cf. infra n.1086, 1089, 1093,1112). Y de haber despreciado Judas estos favores, concibiendo alguna impiedad e indevoción con la Madre de la gracia, comenzó su perdición. De tantos misterios y sacramentos quedó informada la divina Señora por su Hijo Santísimo y tanta fue la grandeza de la sabiduría y ciencia divina que en ella depositó, que todo encarecimiento es limitado, porque sólo pudo excederla la ciencia del mismo Señor y ella excedió a todos los serafines y querubines. Pero si nuestro Salvador Jesús y su Madre Santísima emplearon todos estos dones de ciencia y gracia en beneficio de los mortales, y si un solo suspiro de Cristo nuestro Señor era de inestimable precio para todas las criaturas, y aunque los de su digna Madre no tenían tanto valor porque eran de pura criatura y menor excelencia, pero valían en la aceptación del Señor más que todo el resto de la naturaleza criada; multipliquemos ahora la suma de lo que hicieron Hijo y Madre por nosotros, no sólo en morir en una cruz nuestro Salvador después de tan inauditos tormentos, sino las peticiones, lágrimas, sudor de sangre tantas veces, y que en todo y lo demás que ignoramos fue su coadjutora y cooperadora la Madre de misericordia, y todo para nosotros. ¡Oh ingratitude humana! ¡Oh dureza más que diamantina en corazones de carne! ¿Dónde está nuestro seso?, ¿dónde la razón?, ¿dónde la misma compasión y agradecimiento de la naturaleza, que inficionada e infecta se mueve de los objetos sensibles a lástima y estimación de lo que es su precipicio y muerte eterna y olvida el mayor favor de la Redención y la compasión y dolor de la pasión del Señor, que con ella le ofrece la vida y descanso que ha de durar para siempre?

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

918. “Hija mía, verdad es que, cuando tú o todos los mortales hablaran con lenguas de ángeles, no llegaron a declarar los beneficios y favores que yo recibí de la diestra del Altísimo en los últimos años que mi Hijo Santísimo estuvo conmigo. Estas obras del Señor tienen un linaje de incomprendibilidad que para ti y para todos los mortales son inefables, pero con la noticia especial que tú has recibido de tan ocultos sacramentos quiero que alabes y bendigas al Todopoderoso por lo que hizo conmigo y porque así me levantó del polvo a dignidad y favores tan inefables. Y aunque tu amor con mi Hijo y Señor ha de ser libre, como de hija fidelísima y esposa muy amorosa y no de esclava interesada y violenta, con todo quiero, para aliento de la humana flaqueza y de la esperanza, que tengas memoria de la suavidad del amor divino y cuán dulce es este Señor (Sal 33,9) para los que con amor filial le temen. Oh hija mía carísima, si no impidieran los pecados de los hombres y si no resistieran a la inclinación de aquella infinita bondad, ¡cómo gustaran de sus delicias y favores sin medida! A tu modo de entender, le debes imaginar como violento y contristado de que se opongán los mortales a este deseo de inmensa ponderación, y de tal manera lo hacen que no sólo se acostumbran a ser indignos de gustar del Señor, sino a no creer que otros participan de esta suavidad y favores que quisiera comunicar a todos.

919. Advierte, a si mismo, que seas agradecida a los trabajos y a las incesantes obras que hizo mi Hijo Santísimo por los hombres y a lo que en ellas yo le acompañé, como se te ha mostrado. De su pasión y muerte tienen los católicos más memoria, porque se la representa la Santa Iglesia, aunque pocos se acuerdan de ser agradecidos; pero menos son los que advierten en las demás obras de mi Hijo y mías y que no perdió Su Majestad una hora ni un momento en que no emplease su gracia y dones en beneficio del linaje humano, para rescatarlos a todos de la eterna condenación y hacerlos partícipes de su gloria. Estas obras de mi Señor y Dios humanado serán testigos contra el olvido y dureza de los fieles, en especial el día del juicio. Y si tú, que tienes esta luz y doctrina del Altísimo y mi enseñanza, no fueres agradecida, será mayor tu confusión, pues habrá sido más pesada tu culpa, y no sólo has de corresponder a tantos beneficios generales, sino también a los especiales y particulares que cada día reconoces. Prevén desde luego este

peligro y corresponde como hija mía y discípula de mi enseñanza y no dilates un punto el obrar bien y lo mejor, cuando puedes hacerlo, y para todo atiende a la luz interior y a la doctrina de tus prelados y ministros del Señor: que si respondes a unos favores y beneficios, está segura que alargará el Altísimo su mano poderosa con otros mayores y te llenará de sus riquezas y tesoros.”

CAPITULO 19

[Regresar al Principio](#)

Dispone Cristo Señor nuestro su predicación dando alguna noticia de la venida del Mesías, asistiéndole su Madre Santísima, y comienza a turbarse el infierno.

920. El incendio de la divina caridad que ardía en el pecho de nuestro Redentor y Maestro estaba como encerrado y violento hasta el tiempo destinado y oportuno en que se había de manifestar o quebrantando la tinaja y vaso de su humanidad santísima o desabrochando el pecho por medio de la predicación y milagros patentes a los hombres. Y aunque es verdad que el fuego en el pecho no se puede esconder, como dice Salomón (Prov 6,27 (A.)), sin que se abrasen los vestidos, y así manifestó siempre nuestro Salvador el que tenía en su corazón porque salían de él algunas centellas y luces en todas las obras que hizo desde el punto de su Encarnación, pero en comparación de lo que a su tiempo había de obrar y de la inmensa llama que ocultaba siempre estaba como encerrado y disimulado. Había llegado ya su Majestad a la edad de perfecta adolescencia, y tocando en los veinte y siete años parece que, a nuestro modo de entender, ya no se podía resistir tanto, ni detener en el ímpetu de su amor y el deseo de adelantarse en la obediencia de su eterno Padre en santificar a los hombres. Se afligía mucho, oraba, ayunaba y salía más a los pueblos y a comunicar con los mortales, y muchas veces pasaba las noches en los montes en oración y solía detenerse dos y tres días fuera de su casa sin volver a su Madre Santísima.

921. La prudentísima Señora, que ya en estas salidas y ausencias de su Hijo Santísimo comenzaba a sentir sus trabajos y penas que se iban acercando, era traspasada su alma y corazón del cuchillo que prevenía su piadoso y devoto afecto y se convertía toda en incendio divino y enardecida en actos tiernos y amorosos de su Amado. La asistían en estas ausencias del Hijo sus vasallos y cortesanos los santos ángeles en forma visible, y la gran Señora les proponía su dolor y les pedía fuesen a su Hijo y Señor y le trajesen nuevas de sus ocupaciones y ejercicios. La obedecían los ángeles como a su Reina y con las noticias que le daban frecuentemente acompañaba desde su retiro al sumo Rey Cristo en las oraciones, peticiones y ejercicios que hacía. Y cuando volvía Su Majestad, le recibía postrada en tierra y le adoraba y daba gracias por los beneficios que con los pecadores había derramado. Le servía, y como madre amorosa procuraba aliviarle y prevenirle algún pobre regalo, de que la humanidad santísima necesitaba como verdadera y pasible, porque sucedía haber pasado dos o tres días sin descanso, sin comer y sin dormir. Conocía luego la beatísima Madre los cuidados del Salvador por el modo que ya he dicho (Cf. supra n.911,914,915), y Su Majestad la informaba de ellos y de las obras que disponía y de los ocultos beneficios que a muchas almas había comunicado, dándoles conocimiento y luz de la divinidad y de la Redención humana.

922. Con esta noticia la gran Reina habló a su Hijo Santísimo y le dijo: “Señor mío, verdadero y sumo bien de las almas: veo ya, lumbre de mis ojos, que vuestro ardentísimo amor que tenéis de los hombres no descansa ni sosiega sin emplearse en procurarles su salud eterna; éste es el oficio propio de vuestra caridad y la obra que os encargó vuestro Padre eterno. Y vuestras palabras y obras de inestimable valor es forzoso que lleven tras de sí los corazones de muchos, pero ¡Oh dulcísimo amor mío! yo deseo que lo hicieran todos y correspondieran los mortales a vuestra solicitud y fineza de caridad. Aquí está, Señor, vuestra esclava, preparado el corazón para emplearse todo en vuestro mayor agrado y ofrecer la vida, si fuere necesaria, para que en todas las criaturas se consigan los deseos de vuestro ardentísimo amor, que todo se emplea en traerlas a vuestra gracia y amistad.” Este ofrecimiento hizo la Madre de misericordia a su Hijo Santísimo, movida de la fuerza de su inflamada caridad que la obligaba a procurar y desear el fruto de las obras y doctrina de nuestro verdadero Reparador y Maestro, y como la prudentísima Señora las pesaba dignamente y conocía su valor, no quisiera que se malograsen en ninguna de las almas, ni tampoco quedaran sin el agradecimiento que merecían. Y con esta inefable caridad deseaba ayudar al Señor, o por decir mejor a los hombres, que habían de oír sus divinas palabras y ser testigos de sus obras, para que correspondiesen a este beneficio y no perdiesen la ocasión de su remedio. Deseaba también, como en hecho de verdad lo hacía, rendir dignas gracias al Señor y alabanza por las maravillosas obras que hacía en beneficiar las almas, para que todas estas misericordias

fuesen reconocidas y agradecidas, así las que eran eficaces como las que por culpa de los hombres no lo eran. Y en este género de merecimientos fueron tan ocultos como admirables los que alcanzó nuestra gran Señora, porque en todas las obras de Cristo Señor nuestro tuvo ella un linaje de participación altísima, no sólo de parte de la causa con quien concurría cooperando su caridad, sino también de parte de los efectos, porque con cada una de las almas obraba la gran Señora como si en algún modo ella recibiera el beneficio. Y de esto hablaré más en la tercera parte (Cf. infra p.III n.III, 168, etc.).

923. Al ofrecimiento de la amorosa Madre respondió su Hijo Santísimo: “Madre y amiga mía, ya se llega el tiempo en que me conviene, conforme a la voluntad de mi eterno Padre, comenzar a disponer algunos corazones para que reciban la luz de mi doctrina y tengan noticia de haber llegado el tiempo señalado y oportuno de la salud humana. En esta obra quiero que me acompañéis siguiéndome; y pedid a mi Padre encamine con su divina luz los corazones de los mortales y despierte sus interiores para que con intención recta admitan la ciencia que les daré ahora de la venida de su Reparador y Maestro al mundo.” Con esta exhortación de Cristo nuestro Señor se dispuso la beatísima Madre a seguirle y acompañarle, como lo deseaba, en sus jornadas. Y desde aquel día, casi en todas las salidas que hizo el divino Maestro, le acompañó la Madre cuando salía fuera de Nazaret.

924. Comenzó el Señor esta obra con más frecuencia tres años antes de empezar la predicación y recibir y ordenar el bautismo, y en compañía de nuestra gran Reina hizo muchas salidas y jornadas por los lugares de la comarca de Nazaret y hacia la parte del tribu de Neftalí, conforme a la profecía de Isaías (Is 9,1), y en otras partes. Y conversando con los hombres comenzó a darles noticia de la venida del Mesías, asegurándoles estaba ya en el mundo y en el reino de Israel. Esta nueva luz daba el Redentor a los mortales, sin manifestar que él era a quien esperaban; porque el primer testimonio de que era Hijo del eterno Padre fue el que dio el mismo Padre públicamente cuando dijo en el Jordán: “*Este es mi Hijo amado, de quien o en quien tengo yo mi agrado*” (Mt 3,17). Pero sin manifestar el mismo Unigénito humanado su dignidad en particular, comenzó a dar noticia de ella en general por modo de relación de que lo sabía con certeza; y sin hacer milagros públicos ni otras demostraciones, ocultamente acompañaba esta enseñanza y testimonios con interiores inspiraciones y auxilios que derramaba en los corazones de los que conservaba y trataba; y así prevenía y disponía con esta fe común, para que después con más facilidad la recibiesen en particular.

925. Se introducía con los hombres que con su divina sabiduría conocía idóneos, capaces y aparejados, o menos ineptos para admitir la semilla de la verdad, y a los más ignorantes acordaba y representaba las señales que todos habían sabido de la venida del Mesías en la venida de los Reyes orientales y la muerte de los niños inocentes, y otras cosas semejantes. A los más sabios añadía los testimonios de las profecías que ya eran cumplidas, declarándoles esta verdad como su único y singular Maestro, y de todo comprobaba estaba ya el Mesías en Israel y les manifestaba el reino de Dios y el camino para llegar a él. Y como en su divina persona se veía tanta hermosura, gracia, apacibilidad, mansedumbre y suavidad de palabras, y éstas eran a lo disimulado tan vivas y eficaces, y a todo acompañaba la virtud de sus auxilios secretos, era grande el fruto que resultaba de este admirable modo de enseñar, porque muchas almas salían de pecado, otras mejoraban la vida y todas estas y muchas quedaban capaces y catequizadas de grandes misterios y en especial de que ya estaba en su reino el Mesías que esperaban.

926. A estas obras de misericordia grande añadía el divino Maestro otras muchas; porque consolaba a los tristes, aliviaba a los oprimidos, visitaba a los enfermos y afligidos, animaba a los pusilánimes, daba consejos de vida saludable a los ignorantes, asistía a los que estaban en la agonía de la muerte, a muchos daba salud ocultamente en el cuerpo y remediaba grandes necesidades, y a todos los encaminaba por las sendas de la vida y de la paz verdadera. Y cuantos llegaban a él, o le oían con ánimo piadoso y sin pertinacia, eran llenos de luz y dones de la poderosa diestra de su divinidad; y no es posible reducir a número ni estimación digna las admirables obras que hizo el Redentor en estos tres años antes de su bautismo y predicación pública, y todas eran por ocultísimo modo, de manera que sin manifestarse por autor de la salud, la comunicó y dio a grandísimo número de almas. Pero en casi todas estas maravillas estaba presente la gran Señora María Santísima, como testigo y coadjutora fidelísima del Maestro de la vida, y como todo le era patente a todo cooperaba y lo agradecía en nombre de las mismas criaturas beneficiadas de la divina misericordia. Hacía cánticos de alabanza al Todopoderoso, pedía por las almas, como quien conocía el interior de todas y sus dolencias, y con sus oraciones y peticiones les granjeaba estos beneficios y favores. Y también por sí misma exhortaba, aconsejaba y atraía a muchos a la doctrina de su Hijo y les daba noticia de la venida del Mesías; aunque estas exhortaciones y enseñanza las hacía más entre las mujeres que entre los varones y con ellas ejercitaba las mismas obras de misericordia que su Hijo Santísimo hacía con ellos.

927. Pocas personas acompañaban y seguían al Salvador y a su Madre Santísima en estos primeros años, porque no era tiempo de llamarlos al secta de su doctrina, y así los dejaba en sus casas informados con la divina luz y mejorados en ella. Pero la compañía ordinaria de Sus Majestades eran los santos ángeles, que los servían como fidelísimos vasallos y diligentes ministros; y aunque en estas jornadas volvían muchas veces Jesús y María a Nazaret a su casa, pero en los días que andaban fuera tuvieron mayor necesidad del ministerio de los cortesanos del cielo, porque algunas noches las pasaban al sereno en el campo con continua oración, y entonces los servían los ángeles como de abrigo y tienda para defenderlos en parte de las inclemencias del tiempo y tal vez les traían algo de alimento que comiesen; otras, lo pedían de limosna el mismo Señor y su Madre Santísima, y sólo recibían en propia especie la comida y no en dinero ni otra especial dádiva o limosna. Y cuando se dividían por algún tiempo para acudir el Señor a visitar los hospitales y la Reina a otras enfermas, siempre la acompañaban innumerables ángeles en forma visible, y por su medio hacían algunas obras de piedad, y ellos la daban noticia de las que obraba su Hijo Santísimo; y no me detengo en referir las particulares maravillas que hacían, los trabajos y descomodidades que padecieron en caminos, posadas y en las ocasiones que buscaba el común enemigo para impedir aquellas obras; basta saber que el Maestro de la vida y su Madre Santísima eran pobres y peregrinos y eligieron el camino del padecer, sin rehusar trabajo alguno por nuestra salud.

928. A todo género de personas comunicaban el divino Maestro y su Madre Santísima esta luz de su venida al mundo por el modo disimulado que he dicho (Cf. supra n.924); pero los pobres fueron en este beneficio más privilegiados y evangelizados (Lc 7,22), porque ellos de ordinario están más dispuestos, como quien tiene menos pecados y mayores luces por estar los entendimientos despejados y libres de afares para recibirlas y admitir la doctrina. Son a si mismo más humildes y aplicados al rendimiento de la voluntad y discurso y a otras obras honestas y virtuosas; y como en estos tres años no usaba Cristo Señor nuestro del magisterio público y doctrina, ni enseñaba con potestad manifiesta y con la confirmación de los milagros, se allegaba más a los humildes y pobres, que con menos fuerza de enseñanza se reducen a la verdad. Pero con todo eso la antigua serpiente estuvo muy atenta a muchas obras de las que hacían Jesús y María Santísimos, porque no todas le fueron ocultas, aunque sí el poder con que las hicieron. Reconoció que con sus palabras y exhortaciones muchos pecadores se reducían a penitencia, enmendaban sus vidas y salían de su tiránico dominio, otros se mejoraban mucho en la virtud y en todos cuantos oían a los Maestros de la vida, reconocía el común enemigo gran mudanza y novedad.

929. Y lo que más le alteró fue lo que sucedía con muchos que a la hora de la muerte intentaba derribar y no podía; antes bien, como esta bestia ¡qué cruel y sagaz! acomete en aquella última hora con mayor saña a las almas, sucedía muchas veces que si el dragón cruento había llegado al enfermo y después entraban Cristo nuestro Señor o su Madre Santísima, sentía el demonio una virtud poderosa que le arrojaba con todos sus ministros hasta el profundo de las cavernas eternas, y si primero habían llegado adonde estaba el enfermo los reyes del cielo Jesús y María, no podían los demonios acercarse al aposento, ni tenían parte en el que así moría con esta ayuda. Y como este dragón sentía la virtud divina e ignoraba la causa, concibió furiosa alteración y rabia y trató de poner remedio en este daño que sentía; y sobre todo esto sucedió lo que diremos en el capítulo siguiente, por no alargarme más en éste.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

930. “Hija mía, con la inteligencia que te doy de las obras misteriosas de mi Hijo Santísimo y mías, te veo admirada porque, siendo tan poderosas para reducir los corazones de los mortales, hayan estado muchas de ellas ocultas hasta ahora. Pero tu admiración no ha de ser de la que los hombres ignoran de estos misterios, sino que habiendo conocido tantos de la vida y obras de mi Señor y suyo los tengo tan olvidados y despreciados. Si no fueran de pesados corazones, si atendieran con afecto a las verdades divinas, poderosos motivos tienen en la vida de mi Hijo y mía con lo que de ella saben para ser agradecidos. Por los artículos de la santa fe Católica y por tantas verdades divinas como les enseña y propone la Iglesia Santa, se pudieran reducir muchos mundos; pues por ellas conocen que el Unigénito del eterno Padre se vistió de la forma de siervo en carne mortal para redimirnos con afrentosa muerte de cruz y les adquirió la vida eterna, dando la suya temporal, y revocándolos de la muerte del infierno. Y si este beneficio se tomara a peso, y los mortales no fueran tan ingratos con su Dios y Reparador y tan crueles consigo mismos, ninguno perdiera la ocasión de su remedio, ni se entregara a la condenación eterna; pues admírate, carísima, y llora con llanto irreparable la perdición formidable de tantos necios e ingratos y olvidados de Dios, de lo que le deben y de sí mismos.

931. Otras veces te he dicho (Cf. supra n.883) que el número de estos infelices réprobos es tan grande y el de los que se

salvan tan pequeño, que no es conveniente declararle más en particular, porque si lo entendieras y eres hija verdadera de la Iglesia y esposa de Cristo mi Hijo y Señor, habías de morir con el dolor de tal desdicha; pero lo que puedes saber es que toda esta perdición y los daños que padece el pueblo cristiano en el gobierno y en otras cosas que le afligen, así en las cabezas como en los miembros de este cuerpo místico de los eclesiásticos como de los seculares, todo se origina y redonda del olvido y desprecio que tienen de la vida de Cristo y de las obras de la Redención humana. Y si en esto se tomara algún medio para despertar su memoria y agradecimiento y procedieran como hijos fieles y reconocidos a su Hacedor y Reparador y a mí que soy su intercesora, se aplacara la indignación del justo Juez y tuviera algún remedio la general ruina, azote de los católicos, y se aplacara el eterno Padre, que justamente vuelve por la honra de su Hijo y castiga con más rigor a los siervos que saben la voluntad de su Señor y no la cumplen.

932. Encarecen mucho los fieles en la Iglesia Santa el pecado de los judíos incrédulos en quitar la vida a su Dios y Maestro, y es así que fue gravísimo y mereció los castigos de aquel ingrato pueblo; pero no advierten los católicos que sus pecados tienen otras condiciones en que exceden a los que cometieron los judíos, pues aunque su ignorancia fue culpable al fin la tuvieron de la verdad, y entonces el Señor se les entregó de voluntad, permitiendo que obrasen las tinieblas y su potestad (Lc 22,53), en que por sus culpas estaban los judíos oprimidos; pero hoy los católicos no tienen esta ignorancia, antes están en medio de la luz y con ella conocen y penetran los misterios divinos de la Encarnación y Redención, y la Santa Iglesia está fundada, amplificada e ilustrada con maravillas, con santos, con las Escrituras, y conoce y confiesa las verdades que los otros no alcanzaron, y con todo este cúmulo de favores, beneficios, ciencia y luz, viven muchos como infieles o como si no tuvieran a los ojos tantos motivos que los despierten y obliguen y tantos castigos que los atemorizen. ¿Pues cómo pueden con estas condiciones imaginar que otros pecados han sido mayores y más graves que los suyos? ¿Y cómo no temen que su castigo será más lamentable? Oh hija mía, pondera mucho esta doctrina y teme con temor santo; te humilla hasta el polvo y te reconoce por la inferior de las criaturas delante el Altísimo; mira las obras de tu Redentor y Maestro, encaminalas y aplicalas a tu justificación con dolor y penitencia de tus culpas; imítame y sigue mis caminos como en la divina luz los conoces. Y no sólo quiero que trabajes para ti sola, sino también para tus hermanos; y esto ha de ser pidiendo y padeciendo por ellos y amonestando con caridad a los que pudieres, supliendo con ella lo que no te hubieren obligado; y procura mostrarte más en solicitar el bien de quien te ofendiere, sufriendo a todos, humillándote hasta los más ínfimos, y a los necesitados en la hora de la muerte, como tienes orden de hacerlo (Cf. supra n.884,885), sé solícita en ayudarles con fervorosa caridad y firme confianza.

CAPITULO 20

[Regresar al Principio](#)

Convoca Lucifer un conciliábulo en el infierno para tratar de impedir las obras de Cristo nuestro Redentor y de su Madre Santísima.

933. No estaba el tiránico imperio de Lucifer en el mundo tan pacífico, después que se obró en él la Encarnación del Verbo divino, como en los siglos pasados había estado, porque, desde la hora que descendió del cielo el Hijo del eterno Padre y tomó carne en el tálamo virginal de María Santísima, sintió este fuerte armado otra mayor fuerza de causa más poderosa (Lc 11,21 (A.)) que le oprimía y aterraba, como queda dicho en su lugar (Cf. supra n.130); y después sintió la misma cuando el infante Jesús y su Madre entraron en Egipto, como también he referido (Cf. supra n.643); y en otras muchas ocasiones fue oprimido y vencido este dragón con la virtud divina por mano de nuestra gran Reina. Y juntándose a estos sucesos la novedad que sintió con las obras que comenzó a ejecutar nuestro Salvador, que en el capítulo pasado se han referido, todo junto vino a engendrar en esta antigua serpiente grandes sospechas y recelos de haber alguna otra causa grande en el mundo. Pero como para él era tan oculto este sacramento de la Redención humana, andaba alucinado en su furor, sin atinar con la verdad, no obstante que desde su caída del cielo estuvo siempre sobresaltado y vigilante para rastrear cuándo y cómo bajaba el Verbo eterno a tomar carne humana, porque esta obra maravillosa era la que más temía su arrogancia y soberbia. Y este cuidado le obligó a juntar tantos consejos como en esta Historia he referido (Cf. supra n.322,502,649) y los que adelante diré (Cf. infra n.1067,1128).

934. Hallándose, pues, lleno de confusión este enemigo con lo que le sucedía a él y a sus ministros con Jesús y María, confirió consigo mismo en qué virtud le arrojaban y oprimían cuando intentaba llegar a pervertir a los que estaban agonizando o vecinos a la muerte y lo demás que sucedía con la asistencia de la Reina del cielo, y como no pudo investigar el secreto determinó consultar a sus mayores ministros de las tinieblas, que en astucia y malicia eran más

eminentes. Dio un bramido o voz muy tremenda en el infierno, al modo que entre los demonios se entienden, y con ella los convocó a todos, por la subordinación que con él tienen; y estando todos juntos les hizo un razonamiento y les dijo: “Ministros y compañeros míos, que siempre habéis seguido mi justa parcialidad, bien sabéis que en el primer estado que nos puso el Criador de todas las cosas le reconocimos por causa universal de todo nuestro ser y así le respetamos; pero luego que en agravio de nuestra hermosura y eminencia, que tiene tanta deidad, nos puso precepto que adorásemos y sirviésemos a la persona del Verbo en la forma humana que quería tomar, resistimos a su voluntad, porque no obstante que yo conociese le debía esta reverencia como a Dios, pero siendo juntamente hombre de naturaleza vil y tan inferior a la mía, no pude sufrir la sujeción a él y que no se hiciese conmigo lo que se determinaba hacer con aquel hombre. Y no sólo nos mandó adorarle a él, pero también reconocer por superiora a una mujer, que había de ser pura criatura terrena, por Madre suya. Estos agravios tan injuriosos reconocí yo y vosotros conmigo, y nos opusimos a ellos y determinamos resistir a esta obediencia y por ello fuimos castigados con el infeliz estado y penas que padecemos. Pero aunque estas verdades las conocemos y con terror las confesamos aquí entre nosotros (Sant 2,19 (A.)), no conviene hacerlo delante de los hombres, y así os lo mando, para que no puedan conocer nuestra ignorancia y flaqueza.

935. “Pero si este hombre y Dios que ha de ser y su Madre han de causar nuestra ruina, claro está que su venida al mundo ha de ser nuestro mayor tormento y despecho, y que por esto he de trabajar con todo mi poder para impedirlo y destruirlos, aunque sea pervirtiendo y trasegando todo el orbe de la tierra. Hasta ahora ya conocéis cuán invencibles han sido mis fuerzas, pues tanta parte del mundo obedece mi imperio y le tengo sujeto a mi voluntad y astucia; pero de algunos años a esta parte os he visto en muchas ocasiones oprimidos, arrojados y algo debilitados y vuestras fuerzas enflaquecidas y yo siento una potencia superior que parece me ata y me acobarda. He discurrido por todo el mundo algunas veces con vosotros, procurando saber si en él hay alguna novedad a que atribuir esta pérdida y opresión que sentimos y si acaso está en él este Mesías prometido al pueblo escogido de Dios; y no sólo no le hallamos en toda la tierra, pero no descubrimos indicios ciertos de su venida y de la ostentación y ruido que hará entre los hombres. Con todo eso me recelo que ya se acercan los tiempos de venir del cielo a la tierra; y así conviene que todos nos esforcemos con grande saña para destruirle a él y a la mujer que escogiere por su Madre, y a quien más en esto trabajare le daré mayor premio de agradecimiento. Hasta ahora en todos los hombres hallo culpas y efectos de ellas y ninguno descubre la majestad y grandeza que traerá el Verbo humanado para manifestarse a los hombres y obligará a todos los mortales que le adoren y ofrezcan sacrificios y reverencia. Y ésta será la señal infalible de su venida al mundo, en que reconoceremos su persona y en que no le tocará la culpa ni los efectos que causan los pecados en los mortales hijos de Adán.”

936. “Por estas razones - prosiguió Lucifer - es mayor mi confusión; porque si no ha bajado al mundo el Verbo eterno, no puedo alcanzar la causa de estas novedades que sentimos, ni conozco de quién sale esta virtud y fuerza que nos quebranta. ¿Quién nos desterró y arrojó de todo Egipto? ¿Quién derribó aquellos templos y arruinó a los ídolos de aquella tierra donde estábamos adorados de sus moradores? ¿Quién ahora nos oprime en tierra de Galilea y sus confines y nos impide que no lleguemos a pervertir muchos hombres a la hora de su muerte? ¿Quién levanta del pecado a tantos como se salen de nuestra jurisdicción y hace que otros mejoren sus vidas y traten del reino de Dios? Si este daño persevera para nosotros, gran ruina y tormento se nos puede seguir de esta causa que no alcanzamos. Necesario es atajarle y reconocer de nuevo si en el mundo hay algún gran Profeta o Santo que nos comienza a destruir; pero yo no he descubierto alguno a quien atribuir tanta virtud; sólo con aquella mujer, nuestra enemiga, tengo un mortal odio, y más después que la perseguimos en el templo y después en su casa de Nazaret, porque siempre hemos quedado vencidos y aterrados de la virtud que la guarnece y con ella nos ha resistido invencible y superior a nuestra malicia y jamás he podido rastrear su interior ni tocarla en su persona. Esta tiene un hijo, y los dos asistieron a él muerte de su padre y no pudimos todos nosotros llegar adonde estaban. Gente pobre es y desechada y ella es una mujercilla escondida y desvalida, pero sin duda presumo que hijo y madre son justos, porque siempre he procurado inclinarlos a los vicios comunes a los hombres y jamás he podido conseguir de ellos el menor desorden ni movimiento vicioso, que en todos los demás son tan ordinarios y naturales. Y conozco que el poderoso Dios me oculta el estado de estas dos almas, y el haberme celado si son justas o pecadoras, sin duda tiene algún misterio oculto contra nosotros; y aunque también en algunas ocasiones nos ha sucedido con otras almas escondérsenos el estado que tienen, pero han sido muy raras y no tanto como ahora; y cuando este hombre no sea el Mesías prometido, por lo menos serán justos y enemigos nuestros y esto basta para que los persigamos y procuremos derribar y descubrir quiénes son. Seguidme todos en esta empresa con grande esfuerzo, que yo seré el primero contra ellos.”

937. Con esta exhortación remató Lucifer su largo razonamiento, en que propuso a los demonios otras muchas razones y consejos de maldad que no es necesario referir, pues en esta Historia trataré más de estos secretos, sobre lo que dejó dicho, para conocer la astucia de la venenosa serpiente. Salió luego del infierno este príncipe de las tinieblas siguiéndole innumerables legiones de demonios, y derramándose por todo el mundo le rodearon muchas veces discurriendo por él e inquiriendo con su malicia y astucia los justos que había y tentando los que conocieron y provocándolos a ellos y a otros a maldades fraguadas en la malicia de estos enemigos; pero la sabiduría de Cristo Señor nuestro ocultó su persona y la de su Madre Santísima muchos días de la soberbia de Lucifer y no permitió que las vieses ni conociesen, hasta que Su Majestad fue al desierto, donde disponía y quería ser tentado después de su largo ayuno, y entonces le tentó Lucifer, como diré adelante en su lugar (Cf. infra n.995).

938. Y cuando en el infierno se congregó este conciliábulo, como todo era patente a Cristo nuestro divino Maestro, hizo Su Majestad especial oración al Padre eterno contra la malicia del dragón; y en esta ocasión, entre otras peticiones, rogó y pidió diciendo: “Eterno Dios altísimo y Padre mío, yo te adoro y engrandezco tu ser infinito e inmutable y te confieso por inmenso y sumo bien, a cuya divina voluntad me ofrezco en sacrificio para vencer y quebrantar las fuerzas infernales y sus consejos de maldad contra mis criaturas; yo pelearé por ellas contra mis enemigos y suyos y con mis obras y victorias del dragón les dejaré esfuerzo y ejemplo de lo que contra él han de obrar, y su malicia quedará más débil para ofender a los que me sirvieren de corazón. Defiende, Padre mío, a las almas de los engaños y crueldad antigua de la serpiente y sus secuaces y concede a los justos la virtud poderosa de tu diestra, para que por mi intercesión y muerte alcancen victoria de sus tentaciones y peligros.” Nuestra gran Reina y Señora tuvo al mismo tiempo conocimiento de la maldad y consejos de Lucifer y vio en su Hijo Santísimo todo lo que pasaba y la oración que hacía, y como coadjutora de estos triunfos hizo la misma oración y peticiones con su Hijo al eterno Padre. La concedió el Altísimo, y en esta ocasión alcanzaron Jesús y María dulcísimos grandes auxilios y premios que prometió el Padre para los que pelearan contra el demonio, invocando el nombre de Jesús y de María; de suerte que el que los pronunciare con reverencia y fe oprimirá a los enemigos infernales y los ahuyentará y arrojará de sí en virtud de la oración y de las victorias y triunfos que alcanzaron Jesucristo nuestro Salvador y su Madre Santísima. Y de la protección que nos ofrecieron y dejaron contra este soberbio gigante y con este remedio y tantos como acrecentó este Señor en su Santa Iglesia, ninguna excusa tenemos si no peleamos legítima y esforzadamente, venciendo al demonio, como enemigo de Dios eterno y nuestro, siguiendo a nuestro Salvador e imitando su ejemplar vencimiento respectivamente.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

939. "Hija mía, llora siempre con amargura de dolor la dura pertinacia y ceguedad de los mortales, para entender y conocer la protección amorosa que tienen en mi Hijo dulcísimo y en mí para todos sus trabajos y necesidades. No perdonó mi Señor diligencia alguna, no perdió ocasión en que pudiera granjearles tesoros inestimables, que dejase de hacerlo; congregó les el valor infinito de sus merecimientos en la Santa Iglesia, el esencial fruto de sus dolores y muerte; les dejó las seguras prendas de su amor y de su gloria, fáciles y eficacísimos instrumentos para que todos estos bienes los gozasen y aplicasen a su utilidad y salud eterna. Les ofrece sobre esto su protección y mía, ámalos como a hijos, acarícialos como a sus queridos y amigos, llámalos con inspiraciones, convídalos con beneficios y riquezas verdaderas, espéralos como padre piadosísimo, búscalos como pastor, ayúdalos como poderoso, prémialos como infinito en riquezas, los gobierna como poderoso rey; y todos estos y otros innumerables favores que les enseña la fe, se los propone la Iglesia y los tienen a la vista; todos los olvidan y desprecian y como ciegos aman las tinieblas y se entregan al furor y saña que has conocido de tan crueles enemigos; escuchan sus fabulaciones, obedecen a su maldad, dan crédito a sus engaños y se fían y entregan a la insaciable y ardiente indignación con que los aborrece y procura su eterna muerte porque son hechuras del Altísimo, que venció y quebrantó a este cruelísimo dragón.

940. “Atiende, pues, carísima, a este lamentable error de los hijos de los hombres y desembaraza tus potencias, para que ponderes la diferencia de Cristo y de Belial. Mayor es la distancia que del cielo a la tierra: Cristo es luz, verdad, camino y vida eterna (Jn 14,6), y a los que le siguen los ama con amor indefectible y les ofrece su misma vista y compañía, y en ella eterno descanso que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni pudo venir en corazón humano (1 Cor 2,9); Lucifer es la misma tiniebla, error, engaño, infelicidad y muerte, y a sus seguidores aborrece y compele a todo mal, cuanto puede, y el fin será ardores sempiternos y penas crueles. Digan ahora los mortales si ignoran estas verdades en la Iglesia Santa, que cada día se les enseña y propone; y si les dan crédito y las confiesan, ¿dónde está el juicio?, ¿quién los ha dementado?, ¿quién los olvida del mismo amor que se tienen a sí mismos?, ¿quién los hace tan crueles

consigo propios? ¡Oh insania nunca bastante ponderada ni llorada de los hijos de Adán! ¡Que así trabajen y se desvelen toda la vida por enredarse en sus pasiones, desvanecerse en lo fabuloso y entregarse al fuego inextinguible y a la muerte y perdición eterna, como si fuera de burlas y no hubiera venido del cielo mi Hijo Santísimo a morir en una cruz para merecerles este rescate! Consideren el precio, y conocerán el peso y estimación de lo que tanto costó al mismo Dios, que sin engaño lo conoce.

911. En este infelicísimo error tiene menos gravedad la culpa de los idólatras y gentiles, ni la indignación del Altísimo se convierte tanto contra ellos como contra los fieles hijos de la Iglesia Santa que llegaron a conocer la luz de esta verdad; y si en el siglo presente la tienen tan oscurecida y olvidada, entiendan y conozcan que es por culpa suya y por haber dado tanta mano a su enemigo Lucifer, que con infatigable malicia en ninguna otra cosa trabaja más que en ésta, procurando quitar el freno a los hombres, para que olvidados de sus postrimerías y de los tormentos eternos que les aguardan se entreguen como brutos irracionales a los deleites sensibles, y olvidándose de sí mismos, gastando la vida en bienes aparentes, bajen en un punto al infierno, como dice Job (Job 21,13), y como sucede en hecho de verdad a infinitos necios que aborrecen esta ciencia y disciplina. Pero tú, hija mía, déjate enseñar de mi doctrina y apártate de tan pernicioso engaño y del común olvido de los mundanos, suene siempre en tus oídos aquel despecho lamentable de los condenados, que comenzará del fin de su vida y principio de su eterna muerte, diciendo: ¡Oh insensatos de nosotros, que juzgamos por insania la vida de los justos! ¡Oh, cómo están colocados entre los hijos de Dios y tienen parte con los santos! Luego nosotros erramos el camino de la verdad y justicia (Sab 5,4-6). Y no nació el sol para nosotros. Nos fatigamos en el camino de la maldad y perdición y buscamos sendas dificultosas, ignorando por nuestra culpa el camino del Señor. ¿Qué nos aprovechó la soberbia? ¿Qué nos valió la jactancia de las riquezas? Todo se acabó para nosotros como sombra. ¡Oh, nunca hubiéramos nacido! Esto es, hija mía, lo que has de temer y discurrir sobre ello en tu secreto, mirando, antes que vayas y no vuelvas a aquella tierra tenebrosa, como dijo Job (Job 10,21), de las cavernas eternas, lo que te conviene huir del mal y alejarte de él y obrar el bien. Ejecuta viandante y por amor lo que con despecho y condenados dicen los réprobos a fuerza del castigo.”

CAPITULO 21

[Regresar al Principio](#)

Habiendo recibido San Juan grandes favores de María Santísima, tiene orden del Espíritu Santo para salir a predicar y primero le envía a la divina Señora una cruz que tenía.

942. En esta segunda parte comencé a decir (Cf. supra n.676) algunos favores que hizo María Santísima estando en Egipto, y después a su prima Santa Isabel y a San Juan, luego que trató Herodes de quitar la vida a los niños inocentes, y cómo el futuro Precursor de Cristo, muerta su madre, perseveró en la soledad del desierto sin salir de él hasta el tiempo determinado por la divina Sabiduría, viviendo más vida angélica que humana, más de serafín que de hombre terreno. Su conversación fue con los ángeles y con el Señor de todo lo criado, y siendo éste sólo su trato y ocupación jamás estuvo ocioso, continuando el amor y ejercicio de las virtudes heroicas que comenzó en el vientre de su madre, sin que la gracia estuviese en él ociosa ni vacía un punto ni sin el lleno de perfección que con todo su empeño pudo comunicar a sus obras. Nunca le embarazaron los sentidos, retirados de los objetos terrenos, que suelen ser las ventanas por donde entra la muerte al alma, disimulada en las imágenes de la hermosura mentirosa de las criaturas. Y como el felicísimo santo fue tan dichoso que en él se anticipó la divina luz a la de este sol material, con aquélla puso en el olvido todo cuanto ésta le ofrecía y quedó su interior vista inmóvil y fijada en el objeto nobilísimo del ser de Dios y de sus infinitas perfecciones.

943. A todo humano pensamiento exceden y se levantan los favores que recibió San Juan en su soledad y retiro de la divina diestra, y su santidad y excelentísimos merecimientos se conocerán en el premio que recibió cuando lleguemos a la vista del Señor y no antes. Y porque no pertenece a esta Historia divertirme a lo que de estos misterios he conocido y los doctores santos y otros autores han escrito de las grandes prerrogativas del divino Precursor, sólo diré aquí lo que es forzoso para mi intento por lo que toca a la divina Señora, por cuya mano y su intercesión recibí grandiosos beneficios el solitario Juan. Y no fue el menor enviarle muchos días la comida por mano de los santos ángeles, como dije arriba (Cf. supra n.676), hasta que el niño Juan tuvo siete años, y desde esta edad hasta que tuvo nueve años le enviaba sólo pan, y a los nueve años cumplidos cesó este beneficio de la Reina; porque conoció en el Señor que era su voluntad divina y deseos del mismo santo que en lo restante comiese raíces, miel silvestre y langostas (Mt 3,4

(A.)), de que se sustentó hasta que salió a la predicación; pero aunque le faltó el regalo de la comida por mano de la Reina, siempre continuó enviarle a visitar con sus ángeles, para que le consolasen y diesen noticia de sus ocupaciones, empleos y de los misterios que el Verbo humanado obraba, aunque estas visitas no fueron más frecuentes que una vez cada ocho días.

944. Este gran favor, entre otros fines, fue necesario para que San Juan tolerase la soledad, no porque el horror de ella y su penitencia le causase hastío, que para hacérsela deseable y muy dulce era suficiente su admirable santidad y gracia, pero fue conveniente para que el amor ardentísimo que tenía a Cristo nuestro Señor y a su Madre Santísima no le hiciese tan molesta la ausencia y privación de su conversación y vista, que deseaba como santo y agradecido. Y no hay duda que le fuera de mayor mortificación y dolor detenerse en este deseo, que sufrir las inclemencias, ayunos, penitencias y horror de las montañas, si no le recompensara la divina Señora y amantísima tía esta privación con los continuos regalos de remitirle sus ángeles, que le diesen nuevas de su amado. Les preguntaba el gran solitario por el Hijo y por la Madre con las ansias amorosas de la esposa (Cant 1,6). Les enviaba íntimos afectos y suspiros del corazón herido de su amor y de su ausencia, y a la divina Princesa le pedía por mano de sus embajadores que en su nombre le suplicase le enviase su bendición y le adorase y diese humilde reverencia, y en el ínterin le adoraba el mismo Juan en espíritu y verdad desde la soledad en que vivía. También pedía esto mismo a los santos ángeles que le visitaban y a los demás que le asistían. Y con estas ordinarias ocupaciones llegó el gran Precursor a la edad perfecta de treinta años, preparándole el poder divino para el ministerio que le había elegido.

945. Llegó el tiempo destinado y aceptable de la eterna Sabiduría, en que la voz del Verbo humanado, que era Juan, se oyese clamar en el desierto, como dice Isaías (Is 40,3 (A.)) y lo refieren los evangelistas (Mt 3,3). Y en el año quince del imperio de Tiberio César, siendo príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás, fue hecha la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto (Lc 3,1). Y salió a la ribera del Jordán, predicando bautismo de penitencia para alcanzar remisión de los pecados y disponer y preparar los corazones para que recibiesen al Mesías prometido y esperado tantos siglos, y le señalase con el dedo para que todos pudiesen conocerle. Esta palabra y mandato del Señor entendió y conoció San Juan en un éxtasis que tuvo, donde por especial virtud o influjo del poder divino fue iluminado y prevenido con plenitud de nuevos dones de luz, gracia y ciencia del Espíritu Santo. Conoció en este raptó con más abundante sabiduría los misterios de la Redención y tuvo una visión de la divinidad abstractiva, pero tan admirable que le transformó y mudó en nuevo ser de santidad y gracia. Y en esta visión le mandó el Señor que saliese de la soledad a preparar los caminos de la predicación del Verbo humanado con la suya y que ejercitase el oficio de precursor y todo lo que a su cumplimiento le tocaba, porque de todo fue informado y para todo se le dio gracia abundantísima.

946. Salió de la soledad el nuevo predicador Juan, vestido de unas pieles de camellos, ceñido con una cinta o correa también de pieles, descalzo el pie por tierra, el rostro macilento y extenuado, el semblante gravísimo y admirable, y con incomparable modestia y humildad severa, el ánimo invencible y grande, el corazón inflamado en la caridad de Dios y de los hombres; sus palabras eran vivas, graves y abrasantes, como centellas de un rayo despedido del brazo poderoso de Dios y de su ser inmutable y divino, apacible para los mansos, amable para los humildes, terrible para los soberbios, admirable espectáculo para los ángeles y hombres, formidable para los pecadores, horrible para los demonios; y tal predicador, como instrumento del Verbo humanado y como le había menester aquel pueblo hebreo, duro, ingrato y pertinaz, con gobernadores idólatras, con sacerdotes avarientos y soberbios, sin luz, sin profetas, sin piedad, sin temor de Dios después de tantos castigos y calamidades a donde sus pecados le habían traído, y para que en tan miserable estado se le abriesen los ojos y el corazón para conocer y recibir a su Reparador y Maestro.

947. Había hecho el santo ermitaño Juan muchos años antes, una grande cruz que tenía en su cabecera, y en ella hacía algunos ejercicios penales y puesto en ella oraba de ordinario en postura de crucificado. No quiso dejar este tesoro en aquel yermo y antes de salir de él se la envió a la Reina del cielo y tierra con los mismos ángeles que en su nombre le visitaban, y que la dijese cómo aquella cruz había sido la compañía más amable y de mayor recreo que en su larga soledad había tenido, y que se la enviaba como rica joya por lo que en ella se había de obrar, que el motivo de haberla hecho era éste; y también que los mismos ángeles le habían dicho que su Hijo Santísimo y Salvador del mundo oraba muchas veces puesto en otra cruz que tenía en su oratorio para este intento. Los artífices de esta cruz que tenía San Juan fueron los ángeles, que a petición suya la formaron de un árbol de aquel desierto, porque ni el santo tenía fuerzas ni instrumentos, ni los ángeles los habían menester con el imperio que tienen sobre las cosas corporales. Con este presente y embajada volvieron los santos príncipes a su Reina y Señora y ella lo recibió con dulcísimo dolor y amarga dulzura en lo íntimo de su castísimo corazón, confiriendo los misterios que muy en breve se obrarían en aquel

durísimo madero, y hablando regaladamente con él le puso en su oratorio, donde le guardó toda la vida con la otra cruz que tenía del Salvador. Y después la prudentísima Señora dejó estas prendas con otras a los Apóstoles por herencia inestimable, y ellos las llevaron por algunas provincias donde predicaron el Evangelio.

948. Sobre este suceso misterioso se me ofreció una duda que propuse a la Madre de sabiduría, y la dije: “Reina del cielo y Señora mía, santísima entre los santos y escogida entre todas las criaturas para Madre del mismo Dios: en esto que dejo escrito se me ofrece una dificultad como a mujer ignorante y tarda y, si me dais licencia, deseo proponerla a vos, Señora, que sois maestra de la sabiduría y por vuestra dignación habéis querido hacer conmigo este oficio y magisterio, ilustrando mis tinieblas y enseñándome doctrina de vida eterna y saludable. Mi duda es por haber entendido que no sólo San Juan, pero vos mismo, Reina mía, teníais en reverencia la cruz antes que vuestro Hijo Santísimo muriese en ella, y siempre he creído que, hasta aquella hora en que se obró nuestra Redención en el sagrado madero, sería de patíbulo para castigar los delincuentes y por esta causa era la cruz reputada por ignominiosa y contentible, y la Santa Iglesia nos enseña que todo su valor y dignidad le vino a la santa cruz del contacto que tuvo con ella nuestro Redentor y del misterio de la reparación humana que obró en ella.”

Respuesta y doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

949. “Hija mía, con gusto satisfaré a tu deseo y responderé a tu duda. Verdad es lo que propones, que la cruz era ignominiosa (Dt 21,23) antes que mi Hijo y mi Señor la honrara y santificara con su pasión y muerte, y por esto se le debe ahora la adoración y reverencia altísima que le da la Santa Iglesia; y si algún ignorante de los misterios y razones que tuve yo, y también San Juan, pretendiera dar culto y reverencia a la cruz antes de la Redención humana, cometiera idolatría y error porque adoraba lo que no conocía por digno de adoración verdadera. Pero en nosotros hubo diferentes razones: la una, que teníamos infalible certeza de lo que en la cruz había de obrar nuestro Redentor; la otra, que antes de llegar a esta obra de la Redención había comenzado a santificar aquella sagrada señal con su contacto, cuando se ponía y oraba en ella, ofreciéndose a la muerte de su voluntad, y el eterno Padre había aceptado estas obras y muerte prevista de mi Hijo Santísimo con inmutable decreto y aprobación; y cualquier obra y contacto que tuvo el Verbo humanado era de infinito valor y con él santificó aquel sagrado madero y le hizo digno de reverencia; y cuando yo se la daba, y también San Juan, teníamos presente este misterio y verdad y no adorábamos a la cruz por sí misma y por lo material del madero, que no se le debía adoración latría hasta que se ejecutase en ella la Redención, pero atendíamos y respetábamos la representación formal de lo que en ella haría el Verbo encarnado, que era el término a donde miraba y pasaba la reverencia y adoración que dábamos a la cruz; y también ahora sucede así en la que le da la Santa Iglesia.

950. “Conforme a esta verdad debes ahora ponderar tu obligación, y de todos los mortales, en la reverencia y aprecio de la santa cruz; porque si antes de morir en ella mi Hijo Santísimo yo le imité y también su Precursor, así en el amor y reverencia como en los ejercicios que hacíamos en aquella santa señal, ¿qué deben hacer los fieles hijos de la Iglesia, después que a su Criador y Redentor le tienen crucificado a la vista de la fe y su imagen a los ojos corporales? Quiero, pues, hija mía, que tú te abrasces con la cruz con incomparable estimación, te la apliques como joya preciosísima de tu Esposo y te acostumbres a los ejercicios que en ella conoces y haces, sin que jamás por tu voluntad los dejes ni olvides, si la obediencia no te los impide. Y cuando llegares a tan venerables obras, sea con profunda reverencia y consideración de la muerte y pasión de tu Señor y de tu amado. Y esta misma costumbre procura introducir entre tus religiosas, amonestándolas a ello, porque ninguna es más legítima entre las esposas de Cristo, y ésta le será de sumo agrado hecha con devoción y digna reverencia. Junto con esto, quiero de ti que a imitación del Bautista prepares tu corazón para lo que el Espíritu Santo quisiere obrar en ti para gloria suya y beneficio de otros, y cuanto es en tu afecto ama la soledad y retira tus potencias de la confusión de las criaturas, y en lo que te obligare el Señor a comunicar con ellas procura siempre tu propio merecimiento y la edificación de los prójimos, de manera que en tus conversaciones resplandezca el celo y el espíritu que vive en tu corazón. Las eminentísimas virtudes que has conocido, te sirvan de estímulo y ejemplo que imites, y de ellas y de las demás que llegaren a tu noticia en otros santos procura como diligente abeja de las flores fabricar el panal dulcísimo de la santidad y pureza que en ti quiere mi Hijo Santísimo. Diferenciate en los oficios de esta avecita y de la araña, que la una su alimento convierte en suavidad y utilidad para vivos y difuntos y la otra en veneno dañoso. Coge de las flores y virtudes de los santos en el jardín de la Santa Iglesia cuanto con tus débiles fuerzas, ayudadas de la gracia, pudieres imitar, y oficiosa y argumentosa procura resulte en beneficio de los vivos y difuntos, y huye del veneno de la culpa dañosa para todos.

[Regresar al Principio](#)

Ofrece María Santísima al eterno Padre a su Hijo unigénito para la Redención humana, concédele en retorno de este sacrificio una visión clara de la divinidad y se despide del mismo Hijo para ir Su Majestad a predicar al desierto.

951. El amor que nuestra gran Reina y Señora tenía a su Hijo Santísimo era la regla por donde se medían otros afectos y operaciones de la divina Madre, y también las pasiones y efectos de gozo y de dolor que según diferentes causas y razones padecía. Pero para medir este ardiente amor no halla regla manifiesta nuestra capacidad, ni la pueden hallar los mismos ángeles, fuera de la que conocen con la vista clara del ser divino, y todo lo demás que se puede decir por alusiones, símiles y rodeos es lo menos que en sí comprende este divino incendio, porque le amaba como a Hijo del eterno Padre, igual con él en el ser de Dios y en sus infinitas perfecciones y atributos. Lo amaba como a Hijo propio y natural, y sólo Hijo suyo en el ser humano, formado de su misma carne y sangre. Le amaba, porque en este ser humano era el Santo de los Santos y causa meritoria de toda santidad. Era el especioso entre los hijos de los hombres (Sal 44,3). Era el más obediente y más Hijo de su Madre, el más glorioso honrador y bienhechor para ella, pues la levantó con ser su Hijo a la suprema dignidad entre las criaturas, la mejoró entre todas y sobre todas con los tesoros de la divinidad, con el señorío de todo lo criado, con los favores, beneficios y gracias que a ninguna otra se le pudieran dignamente conceder.

952. Estos motivos y estímulos del amor estaban depositados y como comprendidos en la sabiduría de la divina Señora, con otros muchos que sola su altísima ciencia penetraba. No tenía su corazón impedimento, porque era cándido y purísimo; no era ingrata, porque era profundísima en humildad y fidelísima en corresponder; no remisa, porque era vehemente en el obrar con la gracia y toda su eficacia; no era tarda sino diligentísima; no descuidada, porque era estudiosísima y solícita; no olvidada, porque su memoria era constante y fija en guardar los beneficios, razones y leyes del amor. Estaba en la esfera del mismo fuego en presencia del divino objeto y en la escuela del verdadero Dios de amor en compañía de su Hijo Santísimo, a la vista de sus obras y operaciones, copiando aquella viva imagen, y nada le faltaba a esta finísima amante para que no llegase al modo del amor que es amar sin modo y sin medida. Estando, pues, esta luna hermosísima en su lleno, mirando al Sol de justicia de hito en hito por espacio de casi treinta años; habiéndose levantado como divina aurora a lo supremo de la luz, a lo ardiente del amoroso incendio del día clarísimo de la gracia, enajenada de todo lo visible y transformada en su querido Hijo y correspondida de su recíproca dilección, favores y regalos; en el punto más subido, en la ocasión más ardua sucedió que oyó una voz del Padre eterno que la llamaba como en su figura había llamado al patriarca Abrahán, para que le ofreciese en sacrificio al depósito de su amor y esperanza, su querido Isaac. (Gen 22,1ss (A.))

953. No ignoraba la prudentísima Madre que corría el tiempo, porque ya su dulcísimo Hijo había entrado en los treinta años de edad, y que se acercaba el término y plazo de la paga en que había de satisfacer por la deuda de los hombres, pero con la posesión del bien que la hacía tan bienaventurada todavía miraba como de lejos la privación aún no experimentada. Pero llegando ya la hora y estando un día en éxtasis altísimo, sintió que era llamada y puesta en presencia del trono real de la Beatísima Trinidad, del cual salió una voz que con admirable fuerza la decía: “María, Hija y Esposa mía, ofrécame a tu Unigénito en sacrificio.” Con la fuerza de esta voz vino la luz y la inteligencia de la voluntad del Altísimo, y en ella conoció la beatísima Madre el decreto de la Redención humana por medio de la pasión y muerte de su Hijo Santísimo y todo lo que desde luego había de comenzar a preceder a ella con la predicación y magisterio del mismo Señor. Y al renovarse este conocimiento en la amantísima Madre sintió diversos efectos de su ánimo, de rendimiento, humildad, caridad de Dios y de los hombres, compasión, ternura y natural dolor de lo que su Hijo Santísimo había de padecer.

954. Pero sin turbación y con magnánimo corazón respondió al Muy Alto y le dijo: “Rey eterno y Dios omnipotente, de sabiduría y bondad infinita, todo lo que tiene ser, fuera de vos, lo recibió y lo tiene de vuestra liberal misericordia y grandeza y de todo sois Dueño y Señor independiente. Pues ¿cómo a mí, vil gusanillo de la tierra, mandáis que sacrifique y entregue a vuestra disposición divina, el Hijo que con vuestra inefable dignación he recibido? Vuestro es, eterno Dios y Padre, pues en vuestra eternidad antes del lucero fue engendrado y siempre lo engendráis y engendraréis por infinitos siglos; y si yo le vestí la forma de siervo en mis entrañas de mi propia sangre, si le alimenté a mis pechos, si le administré como Madre, también aquella humanidad santísima es toda vuestra, y yo lo soy, pues recibí de vosotros todo lo que soy y pude darle. Pues ¿qué me resta que ofreceros que no sea más vuestro que mío? Pero

confieso, Rey altísimo, que con tan liberal grandeza y benignidad enriquecéis a las criaturas con vuestros infinitos tesoros, que aun a vuestro mismo Unigénito, engendrado de vuestra sustancia y la misma lumbre de vuestra divinidad, le pedís por voluntaria ofrenda para obligaros de ella. Con él me vinieron todos los bienes juntos y por su mano recibí inmensos dones y honestidad (Sab 7,11 (A.)). Es virtud de mi virtud, sustancia de mi espíritu, vida de mi alma y alma de mi vida, con que me sustenta la alegría con que vivo; y fuera dulce ofrenda si le entregara sólo a vos que conocéis su estimación, pero ¡entregarle a la disposición de vuestra justicia y para que se ejecute por mano de sus crueles enemigos a costa de su vida, más estimable que todo lo criado fuera de ella! grande es, Señor altísimo, para el amor de madre la ofrenda que me pedís, pero no se haga mi voluntad sino la vuestra; consígase la libertad del linaje humano, quede satisfecha vuestra equidad y justicia, manifiéstese vuestro infinito amor, sea conocido vuestro nombre y magnificado de todas las criaturas. Yo entrego a mi querido Isaac para que con verdad sea sacrificado, ofrezco al Hijo de mis entrañas para que según el inmutable decreto de vuestra voluntad pague la deuda contraída, no por él sino por los hijos de Adán, y para que se cumpla en él todo lo que vuestros profetas por vuestra inspiración tienen escrito y declarado.”

955. Este sacrificio de María Santísima, con las condiciones que tuvo, fue el mayor y más aceptable para el eterno Padre de cuantos se habían hecho desde el principio del mundo, ni se harán hasta el fin, fuera del que hizo su mismo Hijo nuestro Salvador, con el cual fue uno mismo el de la Madre en la forma posible. Y si lo supremo de la caridad se manifiesta en ofrecer la vida por lo que se ama (Jn 15,13 (A.)), sin duda pasó María Santísima esta línea y término del amor con los hombres, tanto más cuanto amaba la vida de su Hijo Santísimo más que la suya propia, que esto era sin medida, pues para conservar la vida del Hijo, si fueran suyas las de todos los hombres, muriera tantas veces y luego infinitas más. Y no hay otra regla en las criaturas por donde medir el amor de esta divina Señora con los hombres más de la del mismo Padre eterno, y como dijo Cristo Señor nuestro a Nicodemus (Jn 3,16): que *“de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito para que no pereciesen todos los que creyesen en él.”* Esto mismo parece que en su modo y respectivamente hizo nuestra Madre de misericordia y le debemos proporcionadamente nuestro rescate, pues así nos amó, que dio a su Unigénito para nuestro remedio, y si no le diera cuando el eterno Padre en esta ocasión se le pidió, no se pudiera obrar la Redención humana con aquel decreto, cuya ejecución había de ser mediante el consentimiento de la Madre con la voluntad del Padre eterno. Tan obligados como esto nos tiene María Santísima a los hijos de Adán.

956. Admitida la ofrenda de esta gran Señora por la Beatísima Trinidad, fue conveniente que la remunerase y pagase de contado con algún favor tal que la confortase en su pena, la corroborase para las que aguardaba y conociese con mayor claridad la voluntad del Padre y las razones de lo que le había mandado. Y estando la divina Señora en el mismo éxtasis, fue levantada a otro estado más superior, donde, prevenida y dispuesta con las iluminaciones y cualidades que en otras ocasiones he dicho (Cf. supra p.I n.626ss), se le manifestó la divinidad con visión intuitiva y clara, donde en el sereno y luz del mismo ser de Dios conoció de nuevo la inclinación del sumo bien a comunicar sus tesoros infinitos a las criaturas racionales por medio de la Redención que obraría el Verbo humanado y la gloria que de esta maravilla resultaría entre las mismas criaturas para el nombre del Altísimo. Con esta nueva ciencia de los sacramentos ocultos que conoció la divina Madre, con nuevo júbilo ofreció otra vez al Padre el sacrificio de su Hijo unigénito; y el poder infinito del mismo Señor la confortó con aquel verdadero pan de vida y entendimiento, para que con invencible esfuerzo asistiese al Verbo humanado en las obras de la Redención y fuese coadjutora y cooperadora en ella, en la forma que lo disponía la infinita Sabiduría, como lo hizo la gran Señora en todo lo que adelante diré (Cf. infra n.990,991,1001,1219,1376).

957. Salió de este rapto y visión María Santísima; y no me detengo en declarar más las condiciones que tuvo, porque fueron semejantes a las que en otras visiones intuitivas he declarado tuvo; pero con la virtud y efectos divinos que en ésta recibió, pudo estar prevenida para despedirse de su Hijo Santísimo, que luego determinó salir al bautismo y ayuno del desierto. La llamó Su Majestad y la dijo hablándola como hijo amantísimo y con demostraciones de dulcísima compasión: “Madre mía, el ser que tengo de hombre verdadero recibí de sola vuestra sustancia y sangre, de que tomé forma de siervo en vuestro virginal vientre, y después me habéis criado a vuestros pechos y alimentándome con vuestro sudor y trabajo; por estas razones me reconozco por más Hijo y más vuestro que ninguno lo fue de su madre ni lo será. Dadme vuestra licencia y beneplácito para que yo vaya a cumplir la voluntad de mi eterno Padre. Ya es tiempo que me despida de vuestro regalo y dulce compañía y dé principio a la obra de la Redención humana. Se acaba el descanso y llega ya la hora de comenzar a padecer por el rescate de mis hermanos, los hijos de Adán. Pero esta obra de mi Padre quiero hacer con vuestra asistencia, y en ella seáis compañera y coadjutora mía, entrando a la parte de mi

pasión y cruz; y aunque ahora es forzoso dejaros sola, mi bendición eterna quedará con vosotros y mi cuidadosa, amorosa y poderosa protección, y después volveré a que me acompañéis y ayudéis en mis trabajos, pues los he de padecer en la forma de hombre que me disteis.”

958. Con estas razones echó el Señor los brazos en el cuello de la ternísima Madre, derramando entrambos muchas lágrimas con admirable majestad y severidad apacible, como maestros en la ciencia del padecer. Se arrodilló la divina Madre y respondió a su Hijo Santísimo y con incomparable dolor y reverencia le dijo: “Señor mío y Dios eterno, verdadero Hijo mío sois y en vos está empleado todo el amor y fuerzas que de vos he recibido y lo íntimo de mi alma está patente a vuestra divina sabiduría; mi vida fuera poco para guardar la vuestra, si fuera conveniente que muchas veces yo muriera para esto, pero la voluntad del Padre y la vuestra se han de cumplir y para esto ofrezco y sacrificio yo la mía; recibidla, Hijo mío y Dueño de todo mi ser, en aceptable ofrenda y sacrificio y no me falte vuestra divina protección. Mayor tormento fuera para mí, que les padeciera sin acompañaros en los trabajos y en la cruz. Merezca yo, Hijo, este favor, que como verdadera madre os pido en retorno de la forma humana que os di, en que vais a padecer.” Le pidió también la amantísima Madre llevase algún alimento de su casa, o que se le enviaría a donde estuviese, y nada de esto admitió el Salvador por entonces, dando luz a la Madre de lo que convenía. Salieron juntos hasta la puerta de su pobre casa, donde segunda vez le pidió ella arrodillada la bendición y le besó los pies, y el divino Maestro se la dio y comenzó su jornada para el Jordán, saliendo como buen pastor a buscar la oveja perdida y volverla sobre sus hombros al camino de la vida eterna que había perdido como engañada y errante.

959. En esta ocasión que salió nuestro Redentor a ser bautizado por San Juan, había entrado ya en treinta años de su edad, aunque fue al principio de este año, porque se fue *vía* recta a donde estaba bautizando el Precursor en la ribera del Jordán (Mt 3,13), y recibió de él el bautismo a los trece días después de cumplidos los veinte y nueve años, el mismo día que lo celebra la Iglesia. No puedo yo dignamente ponderar el dolor de María Santísima en esta despedida, ni tampoco la compasión del Salvador, porque todo encarecimiento y razones son muy cortas y desiguales para manifestar lo que pasó por el corazón de Hijo y Madre. Y como ésta era una de las partes de sus penas y aflicción, no fue conveniente moderar los efectos del natural amor recíproco de los Señores del mundo; dio lugar el Altísimo para que obrasen todo lo posible y compatible con la suma santidad de entrambos respectivamente. Y no se moderó este dolor con apresurar los pasos nuestro divino Maestro, llevado de la fuerza de su inmensa caridad a buscar nuestro remedio, ni el conocerlo así la amantísima Madre, porque todo esto aseguraba más los tormentos que le esperaban y el dolor de su conocimiento. ¡Oh amor mío dulcísimo!, ¿cómo no sale al encuentro la ingratitud y dureza de nuestros corazones para teneros?, ¿cómo el ser los hombres inútiles para vosotros, a más de su grosera correspondencia, no os embaraza? ¡Oh eterno bien y vida mía!, sin nosotros seréis tan bienaventurado como con nosotros, tan infinito en perfecciones, santidad y gloria, y nada podemos añadir a la que tenéis con solo vos mismo, sin dependencia y necesidad de criaturas. Pues ¿por qué, amor mío, tan cuidadoso las buscáis y solicitáis?, ¿por qué tan a costa de dolores y de cruz procuráis el bien ajeno? Sin duda que vuestro incomparable amor y bondad le reputa por propio y sólo nosotros le tratamos como ajeno para vos y nosotros mismos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

960. “Hija mía, quiero que ponderes y penetres más los misterios que has escrito y los levantes de punto en tu estimación para el bien de tu alma y llegar en alguna parte a mi imitación. Advierte, pues, que en la visión de la divinidad, que yo tuve en esta ocasión que has dicho, conocí en el Señor la estimación que su voluntad santísima hacía de los trabajos, pasión y muerte de mi Hijo, y de todos aquellos que le habían de imitar y seguir en el camino de la cruz. Y con esta ciencia no sólo le ofrecí de voluntad para entregarle a la pasión y muerte, sino que supliqué al Muy Alto me hiciera compañera y partícipe de todos sus dolores, penas y pasión, y me lo concedió el eterno Padre. Y después pedí a mi Hijo y Señor que desde luego careciese yo de sus regalos interiores, comenzando a seguir sus pasos de amargura, y esta petición me inspiró el mismo Señor, porque así lo quería, y me obligó y enseñó el amor. Estas ansias de padecer y el que me tenía Su Majestad como Hijo y como Dios, me encaminaban a desear los trabajos, y porque me amó tiernamente me los concedió; que a los que ama, corrige y aflige (Prov 2,12), y a mí como a Madre quiso no me faltase este beneficio y excelencia de ser en todo semejante a él, en lo que más estimaba en la vida humana. Luego se cumplió en mí esta voluntad del Altísimo y mi deseo y petición, y carecí de los favores y regalos que solía recibir y no me trató desde entonces con tanta caricia; y ésta fue una de las razones por que no me llamó Madre sino Mujer en las bodas de Caná y al pie de la cruz (Jn 2,4; 19,26), y en otras ocasiones que me ejercitó con esta severidad y negándome las palabras de caricia; y estaba tan lejos de ser esto desamor, que antes era la mayor fineza de amor

hacerme su semejante en las penas que elegía para sí, como herencia y tesoro.

961. “De aquí entenderás la común ignorancia y error de los mortales y cuán lejos van del camino y de la luz, cuando generalmente, casi todos, trabajan por no trabajar, padecen por no padecer y aborrecen el camino real y seguro de la cruz y mortificación. Con este peligroso engaño, no sólo aborrecen la semejanza de Cristo su ejemplar y la mía y se privan de ella, siendo el verdadero y sumo bien de la vida humana; pero junto con esto se imposibilitan para su remedio, pues todos están enfermos y dolientes con muchas culpas y su medicina ha de ser la pena. El pecado se comete con torpe deleite y se excluye con el dolor penal y en la tribulación los perdona el justo Juez. Con el padecer amarguras y aflicciones se enfrena la tentación del pecado, se quebrantan los bríos desordenados de las pasiones concupiscible e irascible, se humilla la soberbia y altivez, se sujeta la carne, se divierte el gusto de lo malo, sensible y terreno, se desengaña el juicio, se temple la voluntad y todas las potencias de la criatura se reducen a razón, y se moderan en sus desigualdades y movimientos las pasiones, y sobre todo se obliga el amor divino a compasión del afligido que abraza los trabajos con paciencia o los busca con deseo de imitar a mi Hijo Santísimo; y en esta ciencia están recopiladas todas las buenas dichas de la criatura; los que huyen de esta verdad son locos, los que ignoran esta ciencia son necios.

962. “Trabaja, pues, hija mía carísima, por adelantarte en ella y desvélate para salir al encuentro a la cruz de los trabajos y te despide de admitir jamás consolación humana. Y para que en las del espíritu no tropieces y caigas, te advierto que en ellas también esconde el demonio un lazo, que tú no puedes ignorar, contra los espirituales; porque como es tan dulce y apetecible el gusto de la contemplación y vista del Señor y sus caricias más o menos redundan tanto deleite y consuelo en las potencias del alma y tal vez en la parte sensitiva suelen algunas almas acostumbrarse a él tanto que se hacen como ineptas para otras ocupaciones necesarias a la vida humana, aunque sean de caridad y trato conveniente con las criaturas, y cuando hay obligación de acudir a ellas se afligen desordenadamente y se turban con impaciencia, pierden la paz y gozo interior, quedan tristes, intratables y llenas de hastío con los demás prójimos y sin verdadera humildad ni caridad. Y cuando llegan a sentir su propio daño e inquietud, luego cargan la culpa a las ocupaciones exteriores en que los puso el mismo Señor por la obediencia o por la caridad y no quieren confesar ni conocer que la culpa consiste en su poca mortificación y rendimiento a lo que Dios ordena, y por estar arraigadas a su gusto. Y todo este engaño les oculta el demonio con el color del buen deseo de su quietud y retiro y del trato del Señor en la soledad, porque en esto les parece no hay que temer, que todo es bueno y santo y que el daño les resulta de lo que se le impiden como lo desean.

963. “En esta culpa has incurrido tú algunas veces y quiero que desde hoy quedes advertida en ella, pues para todo hay tiempo, como dice el Sabio (Ecl 3,5); para gozar de los abrazos y para abstenerse de ellos; y el determinar el trato íntimo del Señor a tiempos señalados por gusto de la criatura, es ignorancia de imperfectos y principiantes en la virtud. Y lo mismo el sentir mucho que le falten los regalos divinos. No te digo por esto que de voluntad busques las distracciones y ocupaciones, ni en ellas tengas tu beneplácito, que esto es lo peligroso, sino que cuando los prelados te lo ordenaren obedezcas con igualdad y dejes al Señor en tu regalo para hallarle en el trabajo útil y en el bien de tus prójimos; y esto debes anteponer a tu soledad y consolaciones ocultas que en ella recibes y sólo por éstas no quiero que la ames tanto, porque en la solicitud conveniente de prelada sepas creer, esperar y amar con fianza, Y por este medio hallarás al Señor en todo tiempo y lugar. Y ocupaciones, como lo has experimentado; y nunca quiero te des por despedida de su vista y presencia dulcísima y suavísima conversación, ignorando párvulamente que fuera del retiro puedes hallar y gozar del Señor, porque todo está lleno de su gloria (Eclo 42,16), sin haber espacio vado, y en Su Majestad vives, eres y te mueves (Act 17,28) y cuando no te obligare él mismo a estas ocupaciones, gozarás de tu deseada soledad.

964. “Todo lo conocerás mejor en la nobleza del amor que de ti quiero para la imitación de mi Hijo Santísimo y mía; pues con él unas veces te has de regalar en su niñez, otras acompañarle en procurar la salud eterna de los hombres, otras imitándole en el retiro de su soledad, otras transfigurándote con él en nueva criatura, otras abrazando las tribulaciones y la cruz. Y siguiendo sus caminos y la doctrina que como divino Maestro enseñó en ella; y, en una palabra, quiero que entiendas cómo en mí fue el ejercicio o el intento más alto imitarle siempre en todas sus obras; ésta fue en mí la que mayor perfección y santidad comprendió y en esto quiero que me sigas según tus flacas fuerzas alcancen ayudadas de la gracia. Y para hacerlo has de morir primero a todos los efectos de hija de Adán, sin reservar en ti quiero o no quiero, admito o repruebo por éste o por aquel título, porque tú ignoras lo que te conviene y tu Señor y Esposo que lo sabe y te ama más que tú misma, quiere cuidar de ello si te dejas toda a su voluntad. Y sólo para amarle y quererle imitar en padecer te doy licencia, pues en lo demás aventuras el apartarte de su gusto y del mío y lo

harás siguiendo tu voluntad y las inclinaciones de tus deseos y apetitos. Degüellalos y sacrificialos todos, levántate a ti sobre ti y ponte en la habitación alta y encumbrada de tu Dueño y Señor; atiende a la luz de sus influencias y a la verdad de sus palabras de vida eterna y para que la consigas toma tu cruz, sigue sus pisadas, camina al olor de sus ungüentos v sé oficiosa hasta alcanzarle y en teniéndole no le dejes”.

CAPITULO 23

[Regresar al Principio](#)

Las ocupaciones que la Madre Virgen tenía en ausencia de su Hijo Santísimo y los coloquios con sus santos ángeles.

965. Despedido el Redentor del mundo de la presencia corporal de su amantísima Madre, quedaron los sentidos de la purísima Señora como eclipsados y en oscura sombra, por habérseles transpuesto el claro sol de justicia que los alumbraba y llenaba de alegría, pero la interior vista de su alma santísima no perdió ni un solo grado de la divina luz que la bañaba toda y levantaba sobre el supremo amor de los más encendidos serafines. Y como todo el empleo principal de sus potencias, en ausencia de la humanidad santísima, había de ser sólo el objeto incomparable de la divinidad, dispuso todas sus ocupaciones de manera que, retirada en su casa sin trato ni comercio de criaturas, pudiese vacar a la contemplación y alabanzas del Señor y entregarse toda a este ejercicio, oraciones y peticiones, para que la doctrina y semilla de la palabra que el Maestro de la vida había de sembrar en los corazones humanos, no se malograra por la dureza de su ingratitud, sino que diese copioso fruto de vida eterna y salud de sus almas. Y con la ciencia que tenía de los intentos que llevaba el Verbo humanado, se despidió la prudentísima Señora de hablar a criatura humana, para imitarle en el ayuno y soledad del desierto, como adelante diré (Cf. infra n.990), porque en todo fue viva estampa de sus obras, ausente y presente.

966. En estos ejercicios se ocupó la divina Señora, sola en su casa, los días que su Hijo Santísimo estuvo fuera de ella. Y eran sus peticiones tan fervorosas que derramaba lágrimas de sangre, llorando los pecados de los hombres. Hacía genuflexiones y postraciones en tierra más de doscientas veces cada día, y este ejercicio amó y repitió grandemente toda su vida, como índice de su humildad y caridad, reverencia y culto incomparables, y de esto hablaré muchas veces en el discurso de esta Historia (Cf. supra n.152,180; infra p.III n.614, etc.). Con estas obras ayudaba y cooperaba con su Hijo Santísimo y nuestro Reparador en la obra de la Redención, cuando estaba ausente, y fueron tan poderosas y eficaces con el eterno Padre, que por los méritos de esta piadísima Madre y por estar ella en el mundo olvidó el Señor - a nuestro modo de entender - los pecados de todos los mortales, que entonces desmerecían la predicación doctrina de su Hijo Santísimo. Este impedimento quitó María Santísima con sus clamores y ferviente caridad. Ella fue la medianera que nos granjeó y mereció el ser enseñados de nuestro Salvador y Maestro y que se nos diese y recibiésemos la ley del Evangelio de la misma boca del Redentor.

967. El tiempo que le quedaba a la gran Reina después que descendía de lo más alto y eminente de la contemplación y peticiones, gastaba en conferencias y coloquios con sus santos ángeles, a quienes el mismo Salvador había mandado de nuevo que la asistiesen en forma corporal todo el tiempo que estuviese ausente y en aquella forma sirviesen a su tabernáculo y guardasen la ciudad santa de su habitación. En todo obedecían los ministros diligentísimos del Señor y servían a su Reina con admirable y digna reverencia. Pero como el amor es tan activo y poco paciente de la ausencia y privación del objeto que tras de sí le lleva, no tiene mayor alivio que hablar de su dolor y repetir sus justas causas, renovando las memorias de lo amado, refiriendo sus condiciones y excelencias; y con estas conferencias entretiene sus penas y engaña o divierte su dolor, sustituyendo por su original las imágenes que dejó en la memoria el bien amado. Esto mismo le sucedía a la amantísima Madre del sumo y verdadero bien, su Hijo Santísimo, porque, mientras estaban anegadas sus potencias en el inmenso piélago de la divinidad, no sentía la falta de la presencia corporal de su Hijo y Señor, pero cuando volvía al uso de los sentidos, acostumbrados a tan amable objeto y que se hallaban sin él, sentía luego la fuerza impaciente del amor más intenso, casto y verdadero que puede imaginar ninguna criatura; porque no fuera posible a la naturaleza padecer tanto dolor y quedar con vida, si no fuera divinamente confortada.

968. Y para dar algún ensanche al natural dolor del corazón se convertía a los santos ángeles y les decía: “Ministros diligentes del Altísimo, hechuras de las manos de mi amado, amigos y compañeros míos, dadme noticia de mi Hijo querido y de mi Dueño; decidme dónde vive y decidle también cómo yo muero por la ausencia de mi propia vida. ¡Oh

dulce bien y amor de mi alma! ¿Dónde está vuestra forma preciosa sobre los hijos de los hombres? ¿Dónde reclinaréis vuestra cabeza? ¿Dónde descansará de sus fatigas vuestra delicadísima y santísima humanidad? ¿Quién os servirá ahora, lumbre de mis ojos? Y ¿cómo cesarán las lágrimas de los míos sin el claro sol que los alumbraba? ¿Dónde, Hijo mío, tendréis algún reposo? Y ¿dónde le hallará esta sola y pobre avecilla? ¿Qué puerto tomará esta navecilla combatida en soledad de las olas del amor? ¿Dónde hallaré tranquilidad? ¡Oh Amado de mis deseos, olvidar vuestra presencia que me daba vida no es posible! Pues ¿cómo lo será el vivir con su memoria sin tener la posesión? ¿Qué haré? ¡Oh! ¿Quién me consolará y hará compañía en mi amarga soledad? Pero ¿qué busco y qué hallaré entre las criaturas, si sólo vos me faltáis, que sois el todo y solo a quien ama mi corazón? Espíritus soberanos, decidme qué hace mi Señor y mi querido, contadme sus ocupaciones exteriores y de las interiores no me ocultéis nada de lo que os fuere manifiesto en el espejo de su ser divino y de su cara; referidme todos sus pasos para que yo los siga y los imite.”

969. Obedecieron los santos ángeles a su Reina y Señora y la consolaron en el dolor de sus endechas amorosas, hablándole del Muy Alto y repitiéndole grandiosas alabanzas de la humanidad santísima de su Hijo y sus perfecciones, y luego le daban noticia de todas las ocupaciones, obras y lugares donde estaba; y esto hacían iluminando su entendimiento al mismo modo que un ángel superior a otro inferior, porque éste era el orden y forma espiritual con que confería y trataba con los ángeles interiormente, sin embarazo del cuerpo y sin uso de los sentidos; y de esta manera la informaban los divinos espíritus cuándo el Verbo humanado oraba retirado, cuándo enseñaba a los hombres, cuándo visitaba a los pobres y hospitales y otras acciones que la divina Señora ejecutaba a su imitación, en la forma que le era posible, y hacía magníficas y excelentes obras, como adelante diré (Cf. infra n.971), y con esto descansaba en parte su dolor y pena.

970. Enviaba también algunas veces a los mismos ángeles para que en su nombre visitasen a su dulcísimo Hijo y les decía prudentísimas razones de gran peso y reverencial amor y solía darles algún paño o lienzo aliñado de sus manos, para que limpiasen el venerable rostro del Salvador, cuando en la oración le veían fatigado y sudar sangre; porque conocía la divina Madre que tendría esta agonía y más cuanto se iba más empleando en las obras de la Redención. Y los ángeles obedecían en esto a su Reina con increíble reverencia y temor, porque conocían era voluntad del mismo Señor, por el deseo amoroso de su Madre Santísima. Otras veces, por aviso de los mismos ángeles o por especial visión y revelación del Señor, conocía que Su Majestad oraba en los montes y hacía peticiones por los hombres, y en todo le acompañaba la misericordiosísima Señora desde su casa y oraba en la misma postura y con las mismas razones. En algunas ocasiones también le enviaba por mano de los ángeles algo de alimento que comiese, cuando sabía no había quien se lo diese al Señor de todo lo criado; aunque esto fue pocas veces, porque Su Majestad Santísima, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n.958), no consintió que siempre lo hiciese su Madre Santísima como lo deseaba, y en los cuarenta días del ayuno no lo hizo, porque así era voluntad del mismo Señor.

971. Se ocupaba otras veces la gran Señora en hacer cánticos de alabanza y loores al Muy Alto, y éstos los hacía o por sí sola en la oración o en compañía de los santos ángeles alternando con ellos, y todos estos cánticos eran altísimos en el estilo y profundísimos en el sentido. Acudía otras veces a las necesidades de los próximos a imitación de su Hijo: visitaba los enfermos, consolaba a los tristes y afligidos y alumbraba a los ignorantes, y a todos los mejoraba y llenaba de gracia y de bienes divinos. Y sólo en el tiempo del ayuno del Señor estuvo cerrada y retirada sin comunicar a nadie, como diré adelante (Cf. infra n.990). En esta soledad y retiro que estaba nuestra Reina y Maestra divina, sin compañía de humana criatura, fueron los éxtasis más continuos y repetidos, y con ellos recibió incomparables dones y favores de la divinidad, porque la mano del Señor escribía en ella y pintaba, como en un lienzo preparado y dispuesto, admirables formas y dibujos de sus infinitas perfecciones. Y con todos estos dones y gracias trabajaba de nuevo por la salud de los mortales y todo lo aplicaba y convertía a la imitación más llena de su Hijo Santísimo y ayudarle como coadjutora en las obras de la Redención. Y aunque estos beneficios y trato íntimo del Señor no podían estar sin grande y nuevo júbilo y gozo del Espíritu Santo, mas en la parte sensitiva padecía juntamente por lo que había deseado y pedido a imitación de Cristo nuestro Señor, como arriba dije (Cf. supra n.960). Y en este deseo de seguirle en el padecer era insaciable y lo pedía al Padre eterno con incesante y ardentísimo amor, renovando el sacrificio tan aceptable de la vida de su Hijo y de la suya, que por la voluntad del mismo Señor había ofrecido, y en este acto de padecer por el Amado era incesante su deseo y ansias en que estaba enardecida y padeciendo porque no padecía.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

972. “Hija mía carísima, la sabiduría de la carne ha hecho a los hombres ignorantes, necios y enemigos de Dios,

porque es diabólica, fraudulenta y terrena (Sant 3,15 (A.)) y no se sujeta a la divina ley (Rom 8,7 (A.)); y cuanto más estudian y trabajan los hijos de Adán por penetrar los malos fines de sus pasiones carnales y animales y los medios para conseguirlos, tanto más ignoran las cosas divinas del Señor para llegar a su verdadero y último fin. Esta ignorancia y prudencia carnal en los hijos de la Iglesia es más lamentable y más odiosa en los ojos del Altísimo. ¿Por qué título quieren llamarse los hijos de este siglo hijos de Dios, hermanos de Cristo y herederos de sus bienes? El hijo adoptivo ha de ser en todo lo posible semejante al natural, un hermano no es de linaje ni calidades contrarias a otro, el heredero no se llama así por cualquier parte que le toque de los bienes de su padre si no goza de los bienes y herencia principal. Pues ¿cómo serán herederos con Cristo los que sólo aman, desean y buscan los bienes terrenos y se complacen en ellos? ¿Cómo serán sus hermanos los que degeneran tanto de sus condiciones, de su doctrina y de su ley santa? ¿Cómo serán semejantes y conformes a su imagen los que la borran tantas veces y se dejan sellar muchas con la imagen de la infernal bestia? (Ap 13,9 (A.))

973. “En la divina luz conoces, hija mía, estas verdades y lo que yo trabajé por asimilarme a la imagen del Altísimo, que es mi Hijo y mi Señor. Y no pienses que de balde te he dado este conocimiento tan alto de mis obras, porque mi deseo es que este memorial quede escrito en tu corazón y esté pendiente siempre delante de tus ojos y con él compongas tu vida y regules tus obras todo el tiempo que te restare de vivir, que no puede ser muy larga. Y en la comunicación y trato de criaturas no te embaraces ni enredes para retardarte en mi seguimiento, déjalas, desvíalas, desprécialas en cuanto pueden impedirte, y para adelantarte en mi escuela te quiero pobre, humilde, despreciada, y abatida y en todo con alegre rostro y corazón. No te pagues de los aplausos y afectos de nadie, ni admitas voluntad humana, que no te quiere el Muy Alto para atenciones tan inútiles ni ocupaciones tan bajas e incompatibles con el estado a donde te llama. Considera con atención humilde las demostraciones de amor que de su mano has recibido y que para enriquecerte ha empleado grandes tesoros de sus dones. No lo ignoran esto Lucifer, sus ministros y secuaces, y están armados de indignación y astucia contra ti y no dejarán piedra que no muevan para destruirte, y la mayor guerra será contra tu interior, adonde asientan la batería de su astucia y sagacidad. Vive prevenida y vigilante y cierra las puertas de tus sentidos y reserva tu voluntad, sin darle salida a cosa humana por buena y honesta que parezca, porque si en algo sustrae tu amor de como Dios le quiere, ese poco que le amares menos, abrirá puerta a tus enemigos. Todo el reino de Dios está dentro de ti (Lc 17,21), allí lo tienes y lo hallarás, y el bien que deseas, y no olvides el de mi disciplina y enseñanza, escóndela en tu pecho y advierte que es grande el peligro y daño de que deseo apartarte, y que participes de mi imitación e imagen es el mayor bien que tú puedes desear, y yo estoy inclinada con entrañas de clemencia para concedértelo si te dispones con pensamientos altos, palabras santas y obras perfectas que te lleven al estado en que el Todopoderoso y yo te queremos poner.”

CAPITULO 24

[Regresar al Principio](#)

Llega el Salvador Jesús a la ribera del Jordán, donde le bautizó San Juan y pidió también ser bautizado del mismo Señor.

974. Dejando nuestro Redentor a su amantísima Madre en Nazaret y en su pobre morada, sin compañía de humana criatura pero ocupada en los ejercicios de encendida caridad que he referido (Cf. supra n.971), prosiguió Su Majestad las jornadas hacia el Jordán, donde su precursor Juan estaba predicando y bautizando cerca de Betania, la que estaba de la otra parte del río y por otro nombre se llamaba Betabara. Y a los primeros pasos que dio nuestro divino Redentor desde su casa levantó los ojos al eterno Padre y con su ardentísima caridad le ofreció todo lo que de nuevo comenzaba a obrar por los hombres: los trabajos, dolores, pasión y muerte de cruz que por ellos quería padecer, obedeciendo a la voluntad eterna del mismo Padre, y el natural dolor que sintió, como Hijo verdadero y obediente a su Madre, en dejarla y privarse de su dulce compañía que por veinte y nueve años había tenido. Iba el Señor de las criaturas solo, sin aparato, sin ostentación ni compañía, el supremo Rey de los reyes y Señor de los señores, desconocido y no estimado de sus mismos vasallos, y tan suyos que por sola su voluntad tenían el ser y conservación, y su real recámara era la extrema y suma pobreza y desabrigo.

975. Como los sagrados evangelistas dejaron en silencio estas obras del Salvador y sus circunstancias tan dignas de atención, no obstante que con efecto sucedieron, y nuestro grosero olvido está tan mal acostumbrado a no agradecer las que nos dejaron escritas, por esto no discurremos ni consideramos la inmensidad de nuestros beneficios y de aquel

amor sin tasa ni medida que tan copiosamente nos enriqueció y con tantos vínculos de oficiosa caridad nos quiso atraer a sí mismo. ¡Oh amor eterno del Unigénito del Padre! ¡Oh bien mío y vida de mi alma!, ¡qué mal conocida y peor agradecida es esta vuestra ardentísima caridad! ¿Por qué, Señor y dulce amor mío, tantas finezas, desvelos y penalidades por quien no sólo no habéis menester, pero ni ha de corresponder ni atender a vuestros favores más que si fueran engaño y burla? ¡Oh corazón humano, más rústico y feroz que de una fiera! ¿Quién te endurece tanto? ¿Quién te detiene? ¿Quién te oprime y te hace tan grave y pesado para no caminar al agradecimiento de tu Bienhechor? ¡Oh encanto y fascinación lamentable de los entendimientos de los hombres! ¿Qué letargo tan mortal es éste que padecéis? ¿Quién ha borrado de vuestra memoria verdades tan infalibles y beneficios tan memorables y vuestra propia y verdadera felicidad? Si somos de carne, y tan sensible, ¿quién nos ha hecho más insensibles y duros que los mismos riscos y peñascos inanimados? ¿Cómo no despertamos y recuperamos algún sentido con las voces que dan los beneficios de vuestra redención? A las palabras de un profeta, Ezequiel (Ez 37,1ss), revivieron los huesos secos y se movieron, y nosotros resistimos a las palabras y a las obras del que da vida y ser a todo. Tanto puede el amor terreno, tanto nuestro olvido.

976. Recibid, pues, ahora, oh Dueño mío y lumbre de mi alma, a este vil gusanillo que arrastrando por la tierra sale al encuentro de los hermosos pasos que dais para buscarle, con ellos levantáis en esperanza cierta de hallar en vos verdad, camino, fineza y vida eterna. No tengo, amado mío, qué ofreceros en retorno sino vuestra bondad y amor y el ser que por él he recibido, menos que vos mismo no puede ser paga de lo infinito que por mi bien habéis hecho. Sedienta de vuestra caridad salgo al camino, no queráis, Señor y Dueño mío, divertir ni apartar la vista de vuestra real clemencia de la pobre a quien buscáis con diligencias solícitas y amorosas. Vida de mi alma y alma de mi vida, ya que no fui tan dichosa que mereciese gozar de vuestra vista corporal en aquel siglo felicísimo, soy a lo menos hija de vuestra Santa Iglesia, soy parte de este cuerpo místico y congregación santa de fieles. En vida peligrosa, en carne frágil, en tiempos de calamidad y tribulaciones vivo, pero clamo del profundo, suspiro de lo íntimo del corazón por vuestros infinitos merecimientos, y, para tener parte en ellos, la fe santa me los certifica, la esperanza me los asegura y la caridad me da derecho a ellos. Mirad, pues, a esta humilde esclava para hacerme agradecida a tantos beneficios, blanda de corazón, constante en el amor y toda a vuestro agrado y mayor beneplácito.

977. Prosiguió nuestro Salvador el camino para el Jordán, derramando en diversas partes sus antiguas misericordias, con admirables beneficios que hizo en cuerpos y almas de muchos necesitados, pero siempre con modo oculto, porque hasta el bautismo no se dio testimonio público de su poder divino y grande excelencia. Antes de llegar a la presencia del Bautista, envió el Señor al corazón del santo nueva luz y júbilo que mudó y elevó su espíritu, y reconociendo San Juan estos nuevos efectos dentro de sí mismo, admirado dijo: “¿Qué misterio es éste y qué presagios de mi bien?, porque desde que conocí la presencia de mi Señor en el vientre de mi madre, no he sentido tales efectos como ahora. ¿Si viene por dicha o está cerca de mí el Salvador del mundo?” A esta nueva ilustración se siguió en el Bautista una visión intelectual, donde conoció con mayor claridad el misterio de la unión hipostática en la persona del Verbo, y otros de la Redención humana. Y en virtud de esta nueva luz dio los testimonios que refiere el evangelista San Juan, mientras estaba Cristo nuestro Señor en el desierto y después que salió de él y volvió al Jordán: uno a la pregunta de los judíos y otro cuando dijo: “*Ecce Agnus Dei*” (Jn 1,36), etc., como adelante diré (Cf. infra n.1010,1017). Y aunque el Bautista había conocido antes grandes sacramentos cuando le mandó el Señor salir a predicar y bautizar, pero en esta ocasión y visión se renovaron y manifestaron con mayor claridad y abundancia y conoció que venía el Salvador del mundo al bautismo.

978. Llegó, pues, Su Majestad entre los demás y pidió a San Juan le bautizase como a uno de los otros, y el Bautista le conoció y postrado a sus pies deteniéndole le dijo: “*Yo he de ser bautizado, ¿y usted, Señor, viene a pedirme el bautismo?*” como lo refiere el evangelista San Mateo (Mt 3,14 (A.)). Respondió el Salvador: “*Déjame ahora hacer lo que deseo, que así conviene cumplir toda justicia*” (Mt 3,15). En esta resistencia que intentó el Bautista de bautizar a Cristo nuestro Señor y pedirle el bautismo, dio a entender que le conoció por verdadero Mesías. Y no contradice a esto lo que del mismo Bautista refiere San Juan (Jn 1,33 (A.)), que dijo a los judíos: “*Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar en agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que viene el Espíritu Santo y está sobre él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo vi y di testimonio de que éste es el Hijo de Dios*”. La razón de no haber contradicción en estas palabras de San Juan con lo que dice San Mateo es, porque el testimonio del cielo y la voz del Padre que vino en el Jordán sobre Cristo nuestro Señor fue cuando San Juan Bautista tuvo la visión y conocimiento que queda dicho (Cf. supra n.977), y hasta entonces no había visto a Cristo ocularmente, y así negó que hasta entonces no le había conocido como entonces le conoció; pero como no sólo le vio corporalmente, sino con la luz de la revelación al mismo tiempo, por eso

se postró a sus pies pidiendo el bautismo.

979. Acabando de bautizar San Juan a Cristo nuestro Señor, se abrió el cielo y descendió el Espíritu Santo en forma visible de paloma sobre su cabeza y se oyó la voz del Padre que dijo: *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo yo mi agrado y complacencia”* (Mt 3,15). Esta voz del cielo oyeron muchos de los circunstantes que no desmerecieron tan admirable favor y vieron a si mismo el Espíritu Santo en la forma que vino sobre el Salvador; y fue este testimonio el mayor que pudo darse de la divinidad de nuestro Redentor, así por parte del Padre que le confesaba por Hijo, como por la de la misma testificación, pues por todo se manifestaba que Cristo era Dios verdadero, igual a su eterno Padre en la sustancia y perfecciones infinitas. Y quiso el Padre ser el primero que desde el cielo testificase la divinidad de Cristo, para que en virtud de su testificación quedasen autorizadas todas cuantas después se habían de dar en el mundo. Tuvo también otro misterio esta voz del Padre, que fue como desempeño que hizo volviendo por el crédito de su Hijo y recompensándole la obra de humillarse al bautismo, que servía al remedio de los pecados, de que el Verbo humanado estaba libre, pues era impecable.

980. Este acto de humillarse Cristo nuestro Redentor a la forma de pecador, recibiendo el bautismo con los que lo eran, ofreció al Padre con su obediencia, y por ella para reconocerse inferior en la naturaleza humana común a los demás hijos de Adán y para instituir con este modo el sacramento del bautismo, que en virtud de sus merecimientos había de lavar los pecados del mundo; y humillándose el mismo Señor el primero al bautismo de las culpas, pidió y alcanzó del eterno Padre un general perdón para todos los que le recibiesen y que saliesen de la jurisdicción del demonio y del pecado y fuesen reengendrados en el nuevo ser espiritual y sobrenatural de hijos adoptivos del Altísimo y hermanos del mismo Reparador Cristo nuestro Señor. Y porque los pecados de los hombres, así los pretéritos, presentes y futuros, que tenía presentes el eterno Padre en la presencia de su sabiduría, impidieran este remedio tan suave y fácil, lo mereció Cristo nuestro Señor de justicia, para que la equidad del Padre le aceptase y aprobase dándose por satisfecho, aunque conocía cuántos de los mortales en el siglo presente y futuro habían de malograr el bautismo y otros innumerables que no le admitirían. Todos estos impedimentos y obstáculos removió Cristo nuestro Señor y como satisfizo, por lo que habían de desmerecer, con sus méritos y humillándose a mostrar forma de pecador siendo inocente y recibiendo el bautismo. Y todos estos misterios comprendieron aquellas palabras que respondió al Bautista: *“Deja ahora, que así conviene cumplir toda justicia”* (Mt 3,15). Y para acreditar al Verbo humanado y recompensar su humillación y aprobar el bautismo y sus efectos que había de tener, descendió la voz del Padre y la persona del Espíritu Santo y fue confesado y manifestado por Hijo de Dios verdadero, y conocieron a todas tres Personas, en cuya forma se había de dar el bautismo.

981. El gran Bautista Juan fue a quien de estas maravillas y de sus efectos alcanzó entonces la mejor parte, que no sólo bautizó a su Redentor y Maestro y vio al Espíritu Santo y el globo de la luz celestial que descendió del cielo sobre el Señor con innumerable multitud de ángeles que asistían al bautismo, oyó y entendió la voz del Padre y conoció otros misterios en la visión y revelación que queda dicha; pero sobre todo esto fue bautizado por el Redentor. Y aunque el Evangelio no dice más de que lo pidió (Mt 3,14 (A.)) pero tampoco lo niega, porque sin duda Cristo nuestro Señor, después de haber sido bautizado dio a su Precursor el bautismo que le pidió y el que Su Majestad instituyó desde entonces, aunque su promulgación general y el uso común lo ordenó después y mandó a los apóstoles después de resucitado (Mt 28,19; Me 16,15 (A.)). Y como adelante diré (Cf. infra n.1030ss), también bautizó el Señor a su Madre Santísima antes de esta promulgación en que declaró la forma del bautismo que había ordenado. Así lo he entendido, y que San Juan fue el primogénito del bautismo de Cristo nuestro Señor y de la nueva Iglesia que fundaba debajo de este gran sacramento, y por él recibió el Bautista el carácter de cristiano y gran plenitud de gracias, aunque no tenía pecado original que se le perdonase, porque ya le había justificado el Redentor antes que naciera el Bautista, como en su lugar queda declarado (Cf. supra n.218). Y aquellas palabras que respondió el Señor: *“Deja ahora, que conviene cumplir toda justicia,”* no fue negarle el bautismo, sino dilatarle hasta que Su Majestad fuese bautizado primero y cumpliera con la justicia en la forma que se ha dicho, y luego le bautizó y dio su bendición para irse la Majestad divina al desierto.

982. Volviendo ahora a mi intento y a las obras de nuestra gran Reina y Señora, luego que fue bautizado su Hijo Santísimo, aunque tenía luz divina de las acciones de Su Majestad, le dieron noticia de todo lo sucedido en el Jordán los santos ángeles que asistían al mismo Señor; y fueron de aquellos que dije en la primera parte (Cf. supra p.I n.373) llevaban las señales o divisas de la pasión del Salvador. Por todos estos misterios del bautismo que había recibido y ordenado y la testificación de su divinidad, hizo la prudentísima Madre nuevos himnos y cánticos de alabanza del Altísimo y del Verbo humanado y de incomparable agradecimiento; y por los actos de humildad y peticiones que hizo el divino

Maestro, imitóle ella haciendo otros muchos, acompañándole y siguiéndole en todos. Pidió con fervorosísima caridad por los hombres, para que se aprovecharan del sacramento del bautismo y para su propagación por todo el mundo, y sobre estas peticiones y cánticos, que por sí misma hizo, convidó luego a los cortesanos celestiales para que la ayudasen a engrandecer a su Hijo Santísimo por haberse humillado a recibir el bautismo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

983. “Hija mía, en las muchas y repetidas veces que te manifiesto las obras de mi Hijo Santísimo que hizo por los hombres, lo que yo las agradecía y apreciaba, entenderás cuán agradable es al Muy Alto este fidelísimo cuidado y correspondencia de tu parte y los ocultos y grandes bienes que en él se encierran. Pobre eres en la casa del Señor, pecadora, párvula y desvalida como el polvo; mas con todo eso quiero de ti que tomes por tu cuenta el dar incesantes gracias al Verbo humanado por el amor que tuvo a los hijos de Adán y por la ley santa e inmaculada, eficaz y perfecta que les dio para su remedio, y en especial por la institución del santo bautismo, con cuya eficacia quedan libres del demonio y reengendrados en hijos del mismo Señor y con gracia que los hace justos y los ayuda para no pecar. Obligación común es ésta de todos, pero cuando las criaturas casi la olvidan, te la intimo yo a ti para que a imitación mía tú la procures agradecer por todos, o como si fueras tú sola deudora; pues a lo menos en otras obras del Señor lo eres, porque con ninguna otra nación se ha mostrado más liberal que lo es contigo, y en la fundación de su ley evangélica y sacramentos estuviesen presente en su memoria y en el amor con que te llamó y eligió para hija de su Iglesia y alimentarte en ella con el fruto de su sangre.

984. “Y si el autor de la gracia, mi Hijo Santísimo, para fundar como prudente y sabio artífice su Iglesia evangélica y asentar la primera base de este edificio con el sacramento del bautismo, se humilló, oró, pidió y cumplió toda justicia, reconociendo la inferioridad de su humanidad santísima, y siendo Dios por la divinidad no se dignó de en cuanto hombre abatirse a la nada, de que fue criada su purísima alma y formado el ser humano, ¿cómo te debes humillar tú que has cometido culpas y eres menos que el polvo y la ceniza despreciada? Confiesa que de justicia sólo mereces el castigo y el enojo e ira de todas las criaturas, y que ninguno de los mortales que ofendieron a su Criador y Redentor puede con verdad decir que se le hace agravio o injusticia aunque le sucedan todas las tribulaciones y aflicciones del mundo desde su principio hasta el fin; y pues todos en Adán pecaron, ¿cuánto se deben humillar y sufrir cuando los toque la mano del Señor? Y si tú padecieras todas las penas de los vivientes con humilde corazón y sobre eso ejecutaras con plenitud todo lo que te amonesto, enseño y mando, siempre debes juzgarte por sierva inútil y sin provecho. Pues ¿cuánto debes humillarte de todo corazón cuando faltas en cumplir lo que debes y quedas tan atrasada en dar este retorno? Y si yo quiero que le des por ti Y por los demás, considera bien tu obligación y prepara tu ánimo humillándote hasta el polvo, para no resistir ni darte por satisfecha hasta que el Altísimo te reciba por hija suya y te declare por tal en su divina presencia y vista eterna en la celestial Jerusalén triunfante. Camina nuestro Redentor del bautismo al desierto, donde se ejercita en grandes victorias de las virtudes contra nuestros vicios; tiene noticia su Madre Santísima y le imita en todo perfectamente.

CAPITULO 25

[Regresar al Principio](#)

Camina nuestro Redentor del Bautismo al desierto, donde se ejercita en grandes victorias de las virtudes contra nuestros vicios; tiene noticia su Madre santísima y le imita perfectamente.

985. Con el testimonio que la suma verdad había dado en el Jordán de la divinidad de Cristo nuestro Salvador y Maestro (Cf. supra n.979), quedó tan acreditada su persona y doctrina que había de predicar, que luego pudo comenzar a enseñarla y darse a conocer con ella y con los milagros, obras y vida que le habían de confirmar, para que todos le conocieran por Hijo natural del eterno Padre y por Mesías de Israel y Salvador del mundo. Con todo, no quiso el divino Maestro de la santidad comenzar la predicación ni ser reconocido por nuestro Reparador, sin haber alcanzado primero el triunfo de nuestros enemigos, mundo, demonio y carne, para que después triunfase de los engaños que siempre fraguan, y con las obras de sus heroicas virtudes nos diese las primeras lecciones de la vida cristiana y espiritual y nos enseñase a pelear y vencer en sus victorias, habiendo quebrantado primero con ellas las fuerzas de estos comunes enemigos, para que nuestra flaqueza los hallase más debilitados, si no queríamos entregarnos a ellos y restituírselas con nuestra propia voluntad. Y no obstante que Su Majestad en cuanto Dios era superior infinitamente al

demonio y en cuanto hombre tampoco tenía falta ni pecado (Pe 2,22) sino suma santidad y señorío sobre todas las criaturas, quiso como hombre santo y justo vencer los vicios y a su autor, ofreciendo su humanidad santísima al conflicto de la tentación disimulando para esto la superioridad que tenía a los enemigos invisibles.

986. Con el retiro venció Cristo nuestro Señor y nos enseñó a vencer al mundo; que si bien es verdad suele dejar a los que no ha menester para sus fines terrenos y cuando no le buscan tampoco él se va tras ellos, con todo eso el que de veras le desprecia lo ha de mostrar en alejarse con el afecto y con las obras lo que le fuere posible. Venció también Su Majestad a la carne y nos enseñó a vencerla con la penitencia de tan prolijo ayuno con que afligió su cuerpo inocentísimo, aunque no tenía rebeldía para el bien, ni pasiones que le inclinasen al mal. Y al demonio venció con la doctrina y verdad, como adelante diré (Cf. infra n.997), porque todas las tentaciones de este padre de la mentira suelen venir disfrazadas y vestidas con doloso engaño. Y el salir a la predicación y darse a conocer al mundo, no antes sino después de estos triunfos que alcanzó nuestro Redentor, es otra enseñanza y desengaño del peligro que corre nuestra fragilidad en admitir las honras del mundo, aunque sean por favores recibidos del cielo, cuando no estamos muertos a las pasiones y tenemos vencidos a nuestros comunes enemigos; porque si el aplauso de los hombres nos halla mortificados, vivos y con enemigos domésticos dentro de nosotros, poca seguridad tendrán los favores y beneficios del Señor, pues hasta los más pesados montes suele trasegar este viento de la vanagloria del mundo. Lo que a todos nos toca es conocer que tenemos el tesoro en vasos frágiles (2 Cor 4,7 (A.)), que cuando Dios quisiere engrandecer la virtud de su nombre en nuestra flaqueza él sabe con qué medios la ha de asegurar y sacar a luz sus obras; a nosotros sólo el recato nos incumbe y pertenece.

987. Prosiguió Cristo nuestro Señor desde el Jordán su camino al desierto, sin detenerse en él, después que se despidió del Bautista, y solos le asistieron y acompañaron los ángeles, que como a su Rey y Señor le servían y veneraban con cánticos de loores divinos por las obras que iba ejecutando en remedio de la humana naturaleza. Llegó al puesto que en su voluntad llevaba prevenido, que era un despoblado entre algunos riscos y peñas secas, y entre ellas estaba una caverna o cueva muy oculta donde hizo alto y la eligió por su posada para los días de su santo ayuno. Se postró en tierra con profundísima humildad y se pegó con ella, que era siempre el proemio de que usaban Su Majestad y la beatísima Madre para comenzar a orar; confesó al eterno Padre y le dio gracias por las obras de su divina diestra y haberle dado por su beneplácito aquel puesto y soledad acomodado para su retiro, y al mismo desierto agradeció en su modo, con aceptarle, el haberle recibido para guardarle escondido del mundo el tiempo que convenía lo estuviese. Continuó Su Majestad la oración puesto en forma de cruz, y ésta fue la más repetida ocupación que en el desierto tuvo, pidiendo al eterno Padre por la salud humana, y algunas veces en estas peticiones sudaba sangre, por la razón que diré cuando llegue a la oración del huerto.

988. Muchos animales silvestres de aquel desierto vinieron a donde estaba su Criador, que algunas veces salía por aquellos campos, y allí con admirable instinto le reconocían y como en testimonio de esto daban bramidos y hacían otros movimientos; pero muchas más demostraciones hicieron las aves del cielo, que vinieron gran multitud de ellas a la presencia del Señor, y con diversos y dulces cantos le manifestaban gozo y le festejaban a su modo e insinuaban agradecimiento de verse favorecidas con tenerle por vecino del yermo y que le dejase santificado con su presencia real y divina. Comenzó Su Majestad el ayuno sin comer cosa alguna por los cuarenta días que perseveró en él, y le ofreció al eterno Padre para recompensa de los desórdenes y vicios que los hombres habían de cometer con el de la gula, aunque tan vil y abatido pero muy admitido y aun honrado en el mundo a cara descubierta; y al modo que Cristo nuestro Señor venció este vicio, venció todos los demás y recompensó las injurias que con ellos recibía el supremo Legislador y Juez de los hombres. y según la inteligencia que se me ha dado, para entrar nuestro Salvador en el oficio de predicador y maestro y para hacer el de medianero y redentor acerca del Padre, fue venciendo todos los vicios de los mortales y recompensando sus ofensas con el ejercicio de las virtudes tan contrarias al mundo, que con el ayuno recompensó nuestra gula, y aunque esto hizo por toda su vida santísima con su ardentísima caridad, pero especialmente destinó sus obras de infinito valor para este fin mientras ayunó en el desierto.

989. Y como un amoroso padre de muchos hijos que han cometido todos grandes delitos, por los cuales merecían horribles castigos, va ofreciendo su hacienda para satisfacer por todos y reservar a los hijos delincuentes de la pena que debían recibir, así nuestro amoroso Padre y Hermano Jesús pagaba nuestras deudas y satisfacía por ellas: singularmente, en recompensa de nuestra soberbia ofreció su profundísima humildad; por nuestra avaricia, la pobreza voluntaria y desnudez de todo lo que era propio suyo; por las torpes delicias de los hombres ofreció su penitencia y aspereza, y por la ira y venganza, su mansedumbre y caridad con los enemigos; por nuestra pereza y tardanza, su

diligentísima solicitud, y por las falsedades de los hombres y sus envidias ofreció en recompensa la candidísima y columbina sinceridad, verdad y dulzura de su amor y trato. Y a este modo iba aplacando el justo Juez y solicitando el perdón para los hijos bastardos inobedientes, y no sólo les alcanzó el perdón sino que les mereció nueva gracia, dones y auxilios, para que con ellos mereciésemos su eterna compañía y la vista de su Padre y suya, en la participación y herencia de su gloria por toda la eternidad. Y cuando todo esto lo pudo conseguir con la menor de sus obras, no hizo lo que nosotros hiciéramos, antes superabundó su amor en tantas demostraciones, para que no tuviera excusa nuestra ingratitud y dureza.

990. Para dar noticia de todo lo que hacía el Salvador, a su beatísima Madre pudiera bastar la divina luz y continuas visiones y revelaciones que tenía, pero sobre ellas añadía su amorosa solicitud las ordinarias legacías que con los santos ángeles enviaba a su Hijo Santísimo. Y esto disponía el mismo Señor para que por medio de tan fieles embajadores oyesen recíprocamente los sentidos de los dos las mismas razones que formaban sus corazones, y así las referían los ángeles y con las mismas palabras que salían de la boca de Jesús para María y de ella para Jesús, aunque por otro modo las tenía ya entendidas y sabidas el mismo Señor y también su Santísima Madre. Luego que la gran Señora tuvo noticia de que estaba nuestro Salvador en el camino del desierto y de su intento, cerró las puertas de su casa, sin que nadie entendiera que estaba en ella, y fue tal su recato en este retiro, que los mismos vecinos pensaron se había ausentado como su Hijo Santísimo. Se recogió a su oratorio y en él estuvo cuarenta días y cuarenta noches sin salir de allí y sin comer cosa alguna, como sabía que tampoco lo hacía su Hijo Santísimo, guardando entrambos la misma forma y rigor del ayuno. En las demás operaciones, oraciones, peticiones, postraciones y genuflexiones imitó y acompañó también al Señor sin dejar alguna; y lo que es más, que las hacía todas al mismo tiempo, porque para esto se desocupó de todo y fuera de los avisos que le daban los ángeles lo conocía con aquel beneficio, que otras veces he referido (Cf. supra n.481,534,etc.), de conocer todas las operaciones del alma de su Hijo Santísimo que éste le tuvo cuando estaba presente y ausente y las acciones corporales, que antes conocía por los sentidos cuando estaban juntos, después las conocía por visión intelectual estando ausente o se las manifestaban los ángeles santos.

991. Mientras nuestro Salvador estuvo en el desierto hacía cada día trescientas genuflexiones y postraciones y otras tantas hacía la Reina Madre en su oratorio, y el tiempo que le restaba le ocupaba de ordinario en hacer cánticos con los ángeles, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n.982). Y en esta imitación de Cristo nuestro Señor cooperó la divina Reina a todas las oraciones e impetraciones que hizo el Salvador y alcanzó las mismas victorias de los vicios y respectivamente los recompensó con sus heroicas virtudes y con los triunfos que ganó con ellas; de manera que si Cristo como Redentor nos mereció tantos bienes y recompensó y pagó nuestras deudas condignísimamente, María Santísima como su coadjutora y Madre nuestra interpuso su misericordiosa intercesión con él y fue medianera cuanto era posible a pura criatura.

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora nuestra.

992. “Hija mía, las obras penales del cuerpo son tan propias y legítimas a la criatura mortal, que la ignorancia de esta verdad y deuda y el olvido y desprecio de la obligación de abrazar la cruz tiene a muchas almas perdidas y a otras en el mismo peligro. El primer título por que los hombres deben afligir y mortificar su carne es por haber sido concebidos en pecado, y por él quedó toda la naturaleza humana depravada, sus pasiones rebeldes a la razón, inclinadas al mal y repugnando al espíritu (Rom 7,23), y dejándolas seguir su propensión llevan al alma precipitándola de un vicio en otros muchos; pero si esta fiera se refrena y sujeta con el freno de la mortificación y penalidades, pierde sus bríos y tiene superioridad la razón y la luz de la verdad. El segundo título es, porque ninguno de los mortales ha dejado de pecar contra Dios eterno y a la culpa indispensablemente ha de corresponder la pena y el castigo o en esta vida o en la otra; y, pecando juntos alma y cuerpo, en toda rectitud de justicia han de ser castigados entrambos y no basta el dolor interior si por no padecer se excusa la carne de la pena que le corresponde, y como la deuda es tan grande y la satisfacción del reo tan limitada y escasa y no sabe cuándo tendrá satisfecho al Juez aunque trabaje toda la vida, por eso no debe descansar hasta el fin de ella.

993. “Y aunque sea tan liberal la divina clemencia con los hombres, que si quieren satisfacer por sus pecados con la penitencia en lo poco que pueden, no sólo se da Su Majestad por satisfecho de las ofensas recibidas, sino que sobre esto se quiso obligar con su palabra a darles nuevos dones y premios eternos, pero los siervos fieles y prudentes que de verdad aman a su Señor han de procurar añadir otras obras voluntarias; porque el deudor que sólo trata de pagar y no hacer más de lo que debe, si nada le sobra, aunque pague queda pobre y sin caudal, pues ¿qué deben hacer o

esperar los que ni pagan ni hacen obras para esto? El tercer título, y que más debía obligar a las almas, es imitar y seguir a su divino Maestro y Señor; y aunque sin tener culpas ni pasiones mi Hijo Santísimo y yo nos sacrificamos al trabajo y fue toda nuestra vida una continua aflicción de la carne y mortificación, y así convenía que el mismo Señor entrase en la gloria (Lc 24,26 (A.)) de su cuerpo y de su nombre y que yo le siguiese en todo; pues si esto hicimos nosotros, porque era razón, ¿cuál es la de los hombres en buscar otro camino de vida suave y blanda, deleitosa y gustosa, y dejar y aborrecer todas las penas, afrentas, ignominias, ayunos y mortificaciones, y que sea sólo para padecerlas Cristo mi Hijo y Señor, y para mí, y que los reos, deudores y merecedores de las penas, estén mano sobre mano entregados a las feas inclinaciones de la carne, y que las potencias que recibieron para emplearlas en servicio de Cristo mi Señor y su imitación las apliquen al obsequio de sus deleites y del demonio que los introdujo? Este absurdo tan general entre los hijos de Adán tiene muy irritada la indignación del justo Juez.

994. “Verdad es, hija mía, que con las penas y aflicciones de mi Santísimo Hijo se recuperaron las menguas de los merecimientos humanos, y para que yo, que era pura criatura, cooperase con Su Majestad como haciendo las veces de todas las demás, ordenó que le imitase perfecta y ajustadamente en sus penas y ejercicios; pero esto no fue para excusar a los hombres de la penitencia, antes para provocarlos a ella, pues para sólo satisfacer por ellos no era necesario padecer tanto. Y también quiso mi Hijo Santísimo, como verdadero padre y hermano, dar valor a las obras y penitencias de los que le siguiesen, porque todas las operaciones de las criaturas son de poco aprecio en los ojos de Dios si no le recibieran de las que hizo mi Hijo Santísimo. Y si esto es verdad en las obras enteramente virtuosas y perfectas, ¿qué será de las que llevan consigo tantas faltas y menguas, y aunque sean materia de virtudes, como de ordinario las hacéis los hijos de Adán, pues aun los más espirituales y justos tienen mucho que suplir y enmendar en sus obras? Todos estos defectos llenaron las de Cristo mi Señor, para que el Padre las recibiese con las suyas; pero quien no trata de hacer algunas, sino que se está mano sobre mano ocioso, tampoco puede aplicarse las de su Redentor, pues con ellas no tiene qué llenar y perfeccionar, sino muchas que condenar. Y no te digo ahora, hija mía, el execrable error de algunos fieles que en las obras de penitencia han introducido la sensualidad y vanidad del mundo, de manera que merecen mayor castigo por la penitencia que por otros pecados, pues juntan a las obras penales fines vanos e imperfectos, olvidando los sobrenaturales que son los que dan mérito a la penitencia y vida de gracia al alma. En otra ocasión, si fuere necesario, te hablaré en esto; ahora queda advertida para llorar esta ceguera y enseñada para trabajar, pues cuando fuera tanto como los apóstoles, mártires y confesores, todo lo debes, y siempre has de castigar tu cuerpo y extenderte a más y pensar que te falta mucho, y más siendo la vida tan breve y tú tan débil para pagar.”

CAPITULO 26

[Regresar al Principio](#)

Permite Cristo nuestro Salvador ser tentado de Lucifer después del ayuno, véncelo Su Majestad y tiene noticia de todo su Madre Santísima.

995. En el capítulo 20 de este libro, número 937, queda advertido cómo Lucifer salió de las cavernas infernales a buscar a nuestro divino Maestro para tentarle, y que Su Majestad se le ocultó hasta el desierto, donde después del ayuno de casi cuarenta días dio permiso para que llegase el tentador, como dice el Evangelio (Mt 4,1 (A.)). Llegó al desierto y viendo solo al que buscaba se alborozó mucho, porque estaba sin su Madre Santísima a quien él y sus ministros de tinieblas llamaban su enemiga por las victorias que contra ellos alcanzaba; y como no habían entrado en batalla con nuestro Salvador, presumía la soberbia del dragón que, ausente la Madre Santísima, tenía el triunfo del Hijo seguro. Pero llegando a reconocer de cerca al combatiente, sintieron todos gran temor y cobardía, no porque le reconociesen por Dios verdadero, que de esto no tenían sospechas viéndole tan despreciado, ni tampoco por haber probado con él sus fuerzas, que sólo con la divina Señora las habían estrenado; pero el verle tan sosegado, con semblante tan lleno de majestad y con obras tan cabales y heroicas, les puso gran temor y quebranto, porque no eran aquellas acciones y condiciones como las ordinarias de los demás hombres, a quienes tentaban y vencían fácilmente. Y confiriendo este punto Lucifer con sus ministros, les dijo: “¿Qué hombre es éste tan severo para los vicios de que nosotros nos valemos contra los demás? Si tiene tan olvidado el mundo, tan quebrantada y sujeta su carne, ¿por dónde entraremos a tentarle? ¿O cómo esperaremos la victoria, si nos ha quitado las armas con que hacemos la guerra a los hombres? Mucho desconfío de esta batalla.” Tanto vale y tanto puede como esto el desprecio de lo terreno y el rendimiento de la carne, que da terror al demonio y a todo el infierno, y no se levantara tanto su soberbia, si no hallara a los hombres rendidos a estos infelices tiranos antes que llegara a tentarlos.

996. Dejó Cristo nuestro Salvador a Lucifer en su engaño de que le juzgase por puro hombre, aunque muy justo y santo, para que con esto adelantase su esfuerzo y malicia para la batalla, como lo hace cuando reconoce estas ventajas en los que quiere tentar. Y esforzándose el dragón con su misma arrogancia, se comenzó el duelo en aquella campaña del desierto con la mayor valentía que antes ni después se verá otro en el mundo entre hombres y demonios; porque Lucifer y sus aliados estrenaron todo su poder y malicia, provocándoles su misma ira y furor contra la virtud superior que reconocía en Cristo nuestro Señor; aunque Su Majestad altísima atemperó sus acciones como suma sabiduría y bondad infinita, y con equidad y peso ocultó la causa original de su poder infinito, y manifestando el que bastaba con la santidad de hombre para ganar las victorias de sus enemigos. Y para entrar como hombre en la batalla hizo oración al Padre en lo superior del espíritu, a donde no llega la noticia del demonio, y dijo a Su Majestad: “Padre mío y Dios eterno, con mi enemigo entro en la batalla para quebrantar sus fuerzas y soberbia contra vos y contra mis queridas las almas; y por vuestra gloria y su bien quiero sujetarme a sufrir la osadía de Lucifer y quebrantarle la cabeza de su arrogancia, para que la hallen vencida los mortales cuando sean tentados de esta serpiente, si por su culpa no se entregaren a él. Os suplico, Padre mío, os acordéis de mi pelea y victoria, cuando los mortales sean afligidos del enemigo común, y que alentéis su flaqueza para que en virtud de este triunfo le consigan ellos y con mi ejemplo se animen y conozcan el modo de resistir y vencer a sus enemigos.”

997. A la vista de esta batalla estaban los espíritus soberanos ocultos por la disposición divina, para que no los viese Lucifer y entendiéndose ni rastrease entonces algo del poder divino de Cristo Señor nuestro, y todos daban gloria y alabanza al Padre y al Espíritu Santo, que en las admirables obras del Verbo humanado se complacían; y también de su oratorio lo miraba la beatísima María Señora nuestra, como diré luego (Cf. infra n.1001). Y cuando comenzó la tentación era el día treinta y cinco del ayuno y soledad de nuestro Salvador y duró hasta que se cumplieron los cuarenta que dice el Evangelio. Se manifestó Lucifer, representándose en forma humana, como si antes no le hubiera visto y conocido, y la forma que tomó para su intento fue transformándose en apariencia muy refulgente como ángel de luz; y reconociendo y pensando que el Señor con tan largo ayuno estaba hambriento, le dijo: “Si eres Hijo de Dios, convierte estas piedras en pan con tu palabra” (Mt 4,3). Le propuso si era Hijo de Dios, porque esto era lo que más cuidado le podía dar y deseaba algún indicio para reconocerlo, pero el Salvador del mundo le respondió sólo a las palabras: “*No vive el hombre con solo pan, sino también con la palabra que procede de la boca de Dios*” (Mt 4,4); y tomó el Salvador estas palabras del capítulo 8 del Deuteronomio (Dt 8,3). Pero el demonio no penetró el sentido en que las dijo el Señor, porque las entendió Lucifer que sin pan ni alimento corporal podía Dios sustentar la vida del hombre. Pero aunque esto era verdad y también lo significaban las palabras, el sentido del divino Maestro comprendió más, porque fue decirle: “Este hombre con quien tú hablas vive en la Palabra de Dios, que es Verbo divino, a quien hipostáticamente está unido;” y aunque deseaba saber esto mismo el demonio, no mereció entenderlo, porque no quiso adorarle.

998. Se halló atajado Lucifer con la fuerza de esta respuesta y con la virtud que llevaba oculta, pero no quiso mostrar flaqueza ni desistir de la pelea. Y el Señor con su permisión dio lugar a que prosiguiese en ella y le llevase a Jerusalén, donde le puso sobre el pináculo del templo, donde se descubría gran número de gente, sin ser visto el Señor de ninguno. Y le propuso a la imaginación que si le viesen caer de tan alto sin recibir lesión, le aclamaran por grande, milagroso y santo; y luego, valiéndose también de la Escritura, le dijo: “*Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo; que está escrito: Los ángeles te llevarán en palmas, como se lo ha mandado Dios, y no recibirás daño alguno*” (Mt 4,6). Acompañaban a su Rey los espíritus soberanos, admirados de la permisión divina en dejarse llevar corporalmente por manos de Lucifer, sólo por beneficio que de ello había de resultar a los hombres. Con el príncipe de las tinieblas fueron innumerables demonios a aquel acto, porque este día quedó el infierno casi despoblado de ellos para acudir a esta empresa. Respondió el Autor de la sabiduría: “*También está escrito: No tentarás a tu Dios y Señor*” (Mt 4,7). En estas respuestas estaba el Redentor del mundo con incomparable mansedumbre, profundísima humildad y tan superior al demonio en la majestad y entereza, que con esta grandeza y no verle en nada turbado, se turbó más aquella indomesticada soberbia de Lucifer y le fue de nuevo tormento y opresión.

999. Pero con todo eso intentó otro nuevo ingenio de acometer al Señor del mundo por ambición, ofreciéndole alguna parte de su dominio; y para esto le llevó a un alto monte, donde se descubrían muchas tierras, y alevosa y atrevidamente le dijo: “Todas estas cosas que están a tu vista te daré, si postrado en tierra me adorares” (Mt 4,9). ¡Exorbitante arrogancia y más que insania, mentira y alevosía falsa!, porque ofreció lo que no tenía, ni podía dar a nadie; pues la tierra, los orbes, los reinos, principados, tesoros y riquezas, todo es del Señor, y Su Majestad lo da y lo quita a quien y cuando es servido y conviene; pero nunca pudo ofrecer Lucifer bien alguno que fuera suyo, aun de los bienes terrenos y temporales, y por esto son falaces todas sus promesas. A ésta que le hizo a nuestro Rey y Señor,

respondió Su Majestad con imperioso poder: “*Vete de aquí, Satanás, que escrito está: A tu Dios y Señor adorarás y a él sólo servirás*” (Mt 4,10). En aquella palabra, vete Satanás, que dijo Cristo nuestro Redentor, quitó al demonio el permiso que le había dado para tentarle y con imperio poderoso dio con Lucifer y todas sus cuadrillas de mal en lo más profundo del infierno, y allí estuvieron pegados y amarrados en las más hondas cavernas por espacio de tres días sin moverse, porque no podían. Y después que se les permitió levantarse, hallándose tan quebrantados y sin fuerzas, comenzaron a sospechar que quien los había aterrado y vencido daba indicios de ser el Hijo de Dios humanado, y en estos recelos perseveraron con variedad, sin atinar del todo con la verdad hasta la muerte del Salvador. Pero se despechaba Lucifer por lo mal que se había entendido en esta demanda y en su propio furor se deshacía.

1000. Nuestro divino vencedor Cristo confesó al eterno Padre y le engrandeció con divinos cánticos, con loores y hecho de gracias por el triunfo que le había dado del enemigo común del linaje humano; y con gran multitud de espíritus soberanos, que le cantaban dulces cánticos por esta victoria, fue restituido al desierto, y entonces le llevaban en sus palmas, aunque no lo había menester usando de su propia virtud, pero le era debido aquel obsequio de los ángeles, como en recompensa de la audacia de Lucifer en atreverse a llevar al pináculo del templo y al monte aquella humanidad santísima, donde estaba la divinidad sustancial y verdaderamente. No pudiera caer en humano pensamiento que Cristo nuestro Señor hubiera dado tal permiso a Satanás, si no lo dijera el Evangelio; pero no sé cuál sea causa de mayor admiración para nosotros, que consintiese ser traído de una parte a otra por Lucifer que no le conocía, o ser vendido por Judas y dejarse recibir sacramentado de aquel mal discípulo y de tantos fieles pecadores, que conociéndole por su Dios y Señor le reciben tan injuriosamente. Lo que de cierto debe admirarnos es que lo uno y lo otro lo permitiese y lo permita ahora por nuestro bien y por obligarnos y traernos a sí con la mansedumbre y paciencia de su amor. ¡Oh dulcísimo Dueño mío, y qué suave, benigno y misericordioso sois para las almas! Con amor bajasteis del cielo a la tierra por ellas, padecisteis y disteis la vida para su salud; con misericordia las aguardáis y toleráis, las llamáis, buscáis y recibís, entráis en su pecho y sois todo para ellas y las queréis para vos; y lo que me traspassa el alma y rompe el corazón es que, atrayéndonos vuestro verdadero afecto, huimos de vos y a tan grande fineza correspondemos con ingratitudes. ¡Oh amor inmenso de mi dulce Dueño tan mal pagado y agradecido! Dad, Señor, lágrimas a mis ojos para llorar causa tan digna de ser lamentada y ayúdenme todos los justos de la tierra. Restituido Su Majestad al desierto, dice el Evangelio (Mt 4,11) que los ángeles le administraban y servían, porque al fin de estas tentaciones y del ayuno le sirvieron un manjar celestial para que comiese, como lo hizo, y cómo con este divino alimento recobró nuevas fuerzas naturales su sagrado cuerpo; y no sólo le asistieron a esta comida los santos ángeles y le dieron la enhorabuena, pero las aves de aquel desierto acudieron también a recrear los sentidos de su Criador humanado con cánticos y vuelos muy graciosos y concertados, y a su modo lo hicieron también las fieras de la montaña, desnudándose de su fiereza y formando agradables meneos y bramidos en reconocimiento de su Señor.

1001. Volvamos a Nazaret donde en su oratorio estaba la Princesa de los ángeles atenta al espectáculo de las batallas de su Hijo Santísimo, mirándolas con divina luz por el modo que he dicho (Cf. supra n.982), y recibiendo juntamente continuas embajadas con sus mismos ángeles, que iban y venían con ellas al Salvador del mundo. Hizo la divina Señora las mismas oraciones que su Hijo Santísimo y al mismo tiempo, para entrar en el conflicto de la tentación, y peleó juntamente con el dragón, aunque invisiblemente y en espíritu, y desde su retiro, anatematizó a Lucifer y sus secuaces y los quebrantó, cooperando en todo con las acciones de Cristo nuestro Señor en favor nuestro. Y cuando conoció que el demonio llevaba al Señor de una parte a otra, lloró amargamente, porque la malicia del pecado obligaba a tal permisión y dignación del Rey de los reyes y Señor de los señores. Y en todas las victorias que alcanzaba del demonio hizo nuevos cánticos y loores a la divinidad y humanidad santísima, y estos mismos le cantaron los ángeles al Señor, y con ellos le envió la gran Reina la enhorabuena del vencimiento y beneficio que con él hacía a todo el linaje humano, y Su Majestad por medio de los mismos embajadores la consoló y dio también la enhorabuena de lo que había hecho y trabajado con Lucifer, imitando y acompañando a Su Majestad.

1002. Y porque, habiendo sido compañera fiel y partícipe del trabajo y del ayuno, era justo que lo fuese también en el consuelo, la envió el amantísimo Hijo de la comida que los ángeles le habían servido, y les mandó la llevasen y administrasen a su Madre Santísima; y fue cosa admirable que gran multitud de las mismas aves que asistían a la vista del Señor se fueron tras los ángeles a Nazaret, aunque con más tardo vuelo pero muy ligero, y entraron en casa de la gran Reina y Señora del cielo y tierra, y cuando estaba comiendo el manjar que su Hijo Santísimo le había remitido con los ángeles, se presentaron a ella con los mismos cánticos y gorjeos que habían hecho en presencia del Salvador. Comió la divina Señora de aquel manjar celestial, ya mejorado en todo, por venir de mano del mismo Cristo y bendito por ella, y con este alimento quedó recreada y fortalecida en los efectos de tan largo y abstigente ayuno. Dio gracias al

Todopoderoso y se humilló hasta la tierra, y fueron tales y tantos los actos heroicos de virtudes en que se ejerció esta gran Reina en el ayuno y en las tentaciones de Cristo, que no es posible reducir a palabras lo que vence a nuestro discurso y capacidad; lo veremos en el Señor cuando le gocemos, y entonces le daremos la gloria y alabanza por tan inefables beneficios que le debe todo el linaje humano.

Pregunta que hice a la Reina del cielo María Santísima.

1003. Reina de todos los cielos y Señora del universo, la dignación de vuestra clemencia me da confianza para que como a mi Maestra y Madre de la sabiduría os proponga una duda que se me ofrece, sobre lo que en éste y otros capítulos (Cf. supra n.634,706) me ha manifestado vuestra divina luz y enseñanza de este manjar celestial que los santos ángeles administraron a nuestro Salvador en el desierto, que entiendo sería de la misma condición de otros de quien tengo entendido y escrito sirvieron a Su Majestad y a vos en algunas ocasiones que por la disposición del mismo Señor os faltaba el alimento común de la tierra. Y le he llamado manjar celestial, porque no he tenido otros términos para explicarme; y no sé si éstos son a propósito, porque dudo de dónde venía esta comida y qué calidad tenía, y en el cielo no entiendo haya manjares para alimentar los cuerpos, pues allá no será necesario este modo de vida y alimento terreno. Y aunque los sentidos tengan en los bienaventurados algún objeto deleitable y sensible, y el gusto sienta algún sabor como los demás, juzgo que no es esto por comida ni alimento, sino por otro modo de redundancia de la gloria del alma, que participará el cuerpo y sus sentidos, por admirable modo cada uno, según su natural condición sensitiva, sin la imperfección y grosería que tienen ahora en la vida mortal los sentidos y las operaciones y sus objetos. De todo esto deseo ser enseñada, como ignorante, de vuestra piadosa y maternal dignación.

Respuesta y doctrina de la divina Señora.

1004. “Hija mía, bien has dudado, porque es verdad que en el cielo no hay manjares ni alimento material, como lo has entendido y declarado, pero el manjar que los ángeles administraron a mi Hijo Santísimo y a mí en la ocasión que has escrito con propiedad le llamas celestial; y este término te di yo para que lo declarases, porque la virtud de aquel alimento se la dieron del cielo y no de la tierra, donde todo es grosero, muy material y limitado. Y para que entiendas la condición de aquel manjar y el modo con que le forma la divina Providencia, debes advertir que cuando su dignación disponía alimentarnos y suplir la falta de otra comida con ésta que milagrosamente nos enviaba con los santos ángeles por voluntad del mismo Señor, usaba de alguna cosa material, que la más ordinaria era agua, por su claridad y simplicidad y porque el Señor para estos milagros no quiere cosas muy compuestas, otras veces era pan y algunas frutas; y a cualquiera de estas cosas daba el poder divino tal virtud y sabor, que excedía como el cielo de la tierra a todos los manjares, regalos y gustos de la tierra, y no hay en ella a qué compararlo, porque todo es insípido y sin virtud en comparación de este manjar del cielo. Y para que lo entiendas mejor te servirán los ejemplos siguientes: el primero, del pan subcinericio (3 Re 19,6 (A.)) que dio a Elías, y era de tal virtud que le confortó para caminar hasta el monte Oreb. El segundo, del maná, que se llama pan de ángeles, porque ellos le preparaban cuajando el vapor de la tierra (Ex 16,14 (A.)) y así condensado y dividido en forma de granos le derramaban en ella, y tenía tanta variedad de sabores, como dicen las Escrituras, y su virtud era muy poderosa para alimentar el cuerpo. El tercer ejemplo es el milagro que hizo mi Hijo Santísimo en las bodas de Caná, convirtiendo el agua en vino y dando tan excelente sabor y virtud al vino, como parece de la admiración que tuvieron los que le gustaron (Jn 2,10 (A.)).

1005. “A este modo el poder divino daba virtud y gusto o sabor sobrenatural al agua, o la convertía en otro licor suavísimo y delicado, y la misma virtud daba al pan o fruta, dejándolo todo más espiritualizado; y esta comida alimentaba el cuerpo y deleitaba el sentido y reparaba las fuerzas con admirable modo, dejando a la flaqueza humana corroborada, ágil y pronta para las obras penales, y esto era sin hastío ni gravamen del cuerpo. De esta condición fue la comida que sirvieron los ángeles a mi Hijo Santísimo después del ayuno y la que entonces y en otras ocasiones recibimos con mi esposo San José, que también la participaba; y con algunos amigos y siervos del Altísimo ha mostrado Su Majestad esta liberalidad, regalándolos con semejantes manjares, aunque no tan frecuentemente ni con tantas circunstancias milagrosas como sucedió con nosotros. Con esto respondo a tu duda. Advierte ahora la doctrina perteneciente a este capítulo.

1006. “Y para que mejor se entienda lo que en él has escrito, quiero que adviertas tres motivos que tuvo mi Hijo Santísimo, entre otros, para entrar en batalla con Lucifer y sus ministros infernales, porque esta inteligencia te dará mayor luz y esfuerzo contra ellos. El primero fue destruir el pecado y la semilla que por la caída de Adán sembró este

enemigo en la naturaleza humana con los siete vicios capitales, soberbia, avaricia, lujuria y los demás, que son las siete cabezas de este dragón. Y porque fue arbitrio de Lucifer que para cada uno de estos siete pecados estuviese destinado un demonio que fuese como presidente de los demás, para hacer guerra a los hombres con estas armas, distribuyéndolas entre sí mismos y destinándose los mismos enemigos a tentar con ellas y pelear con este orden confuso de que hablaste en la primera parte (Cf. supra p.I n.103), por esto mi Hijo Santísimo entró en batalla con todos estos príncipes de tinieblas y los venció y quebrantó las fuerzas a todos con el poder de sus virtudes. Y aunque en el Evangelio sólo de tres tentaciones se hace mención, porque fueron más visibles y manifiestas, pero a más se extendió la batalla y el triunfo, porque a todos estos principales demonios y sus vicios venció Cristo mi Señor; y a sus vicios, la soberbia con su humildad, la ira con su mansedumbre, la avaricia con el desprecio de las riquezas, y a este modo los otros vicios y pecados capitales. Y el mayor quebranto y cobardía que cobraron estos enemigos la tuvieron después que conocieron al pie de la cruz con certeza que era Verbo humanado el que los había vencido y oprimido; y con esto desconfiaron mucho como diré adelante (Cf. infra n.1419, 1423) de entrar en batalla con los hombres, si ellos se aprovecharan de la virtud y victorias de mi Hijo Santísimo.

1007. “El segundo motivo de su pelea fue obedecer al eterno Padre, que no sólo le mandó morir por los hombres y redimirlos con su pasión y muerte, sino también que entrase en este conflicto con los demonios y los venciese con la fuerza espiritual de sus incomparables virtudes. El tercero, y consiguiente a éstos, fue dejar a los hombres el ejemplar y enseñanza para vencer y triunfar de sus enemigos, y que ninguno de los mortales extrañase el ser tentado y perseguido de ellos, y todos tuviesen ese consuelo en sus tentaciones y peleas, que primero las padeció su Redentor y Maestro en sí mismo, aunque en algún modo fueron diferentes, pero en sustancia fueron las mismas y con mayor fuerza y malicia de Satanás. Permitió Cristo mi Señor que Lucifer estrenase el furor de sus fuerzas con Su Majestad, para que su potencia divina se las quebrantase y quedasen más débiles para las guerras que habían de hacer a los hombres, y ellos le venciesen con más facilidad si se aprovechaban del beneficio que en esto les hacía su Redentor.

1008. “Todos los mortales necesitan de esta enseñanza, si han de vencer al demonio, pero tú, hija mía, más que muchas generaciones, porque la indignación de este dragón es grande contra ti, y tu naturaleza flaca para resistir si no te vales de mi doctrina y de este ejemplar. En primer lugar has de tener vencidos al mundo y a la carne: a ésta, mortificándola con prudente rigor, y al mundo, huyendo y retirándote de criaturas al secreto de tu interior; y entrambos juntos estos dos enemigos los vencerás con no salir de él, ni perder de vista el bien y luz que allí recibes y no amar cosa alguna visible más de lo que permite la caridad bien ordenada. Y en esto te renuevo la memoria y el precepto estrechísimo que muchas veces te he puesto (Cf. supra p.I n.644; p.II n.230,253,303,487,680.etc); porque te dio el Señor natural para no amar poco, y queremos que esta condición se consagre toda por entero y con plenitud a nuestro amor, y a un solo movimiento de los apetitos no has de consentir con la voluntad por más leve que parezca, ni una acción de tus sentidos has de admitir si no fuere para la exaltación del Altísimo y para hacer o padecer algo por su amor y bien de tus próximos. Y si en todo me obedeces, yo haré que seas guarnecida y fortalecida contra este cruel dragón, para que pelees las guerras del Señor, y penderán de ti mil escudos (Cant 4,4) con que puedas defenderte y ofenderle. Pero siempre estarás advertida de valerte contra él de las palabras sagradas y de la divina Escritura, no atravesando razones ni muchas palabras con tan astuto enemigo; porque las criaturas flacas no han de introducir conferencias ni palabras con su mortal enemigo y maestro de mentiras, pues mi Hijo Santísimo, que era poderoso y de infinita sabiduría, no lo hizo, para que con su ejemplo las almas aprendieran este recato y modo de proceder con el demonio. Te arma con fe viva, esperanza cierta y caridad fervorosa de profunda humildad, que son las virtudes que quebrantan y aniquilan a este dragón, y a ellas no les osa hacer cara, huye de ellas, porque son poderosas armas para su arrogancia y soberbia.

CAPITULO 27

[Regresar al Principio](#)

Sale Cristo nuestro Redentor del desierto, vuelve a donde estaba San Juan y se ocupa en Judea en algunas obras hasta la vocación de los primeros discípulos; todo lo conocía e imitaba María Santísima.

1009. Habiendo conseguido Cristo Redentor nuestro gloriosamente los ocultos y altos fines de su ayuno y soledad en el desierto, con las victorias que alcanzó del demonio triunfando de él y de todos sus vicios, determinó Su Divina Majestad de salir del desierto a proseguir las obras de la Redención humana que su eterno Padre le había encomendado. Y para despedirse de aquel yermo se postró en tierra, confesando y dando gracias a su Padre eterno por

todo lo que allí había obrado por la humanidad santísima en gloria de la divinidad y en beneficio del linaje humano. Y luego hizo una ferventísima oración y petición para todos aquellos que a imitación suya se retirasen, o para toda la vida o por algún tiempo, a las soledades para seguir sus pisadas y vacar a la contemplación y ejercicios santos, retirándose del mundo y de sus embarazos. Y el altísimo Señor le prometió favorecerlos y hablarles al corazón (Os 2,14) palabras de vida eterna y prevenirlos con especiales auxilios y bendiciones de dulzura (Sal 20,4), si ellos de su parte se disponen para recibirlos y corresponder a ellos. Y hecha esta oración, pidió licencia al mismo Señor, como hombre verdadero, para salir de aquel desierto, y asistiéndole sus santos ángeles salió de él.

1010. Encaminó sus hermosísimos pasos el divino Maestro hacia el Jordán, donde su gran precursor Juan continuaba su bautismo y predicación, para que con su vista y presencia diese el Bautista nuevo testimonio de su divinidad y ministerio de Redentor. Y también condescendió Su Majestad con el afecto del mismo San Juan, que deseaba de nuevo verle y hablarle, porque con la primera vista y presencia del Salvador, cuando le bautizó San Juan, quedó el corazón del santo Precursor inflamado y herido de aquella oculta y divina fuerza que atraía a sí a todas las cosas, y en los corazones más dispuestos, como lo estaba el de San Juan, prendía este fuego con mayor fuerza y violencia del amor. Llegó el Salvador a la presencia de San Juan, y fue ésta la segunda vez que se vieron; y antes de hablar otra palabra el Bautista, viendo que se llegaba el Señor, dijo aquéllas que refiere el evangelista (Jn 1,29): *“Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi”*: “Mirad al Cordero del Señor, mirad al que quita el pecado del mundo.” Este testimonio dio el Bautista señalando a Cristo nuestro Señor y hablando con la gente que asistía con el mismo San Juan para ser bautizada y a oír su predicación, y añadió y dijo: *“Este es de quien he dicho que tras de mí venía un varón que era más que yo, porque era primero que yo fuese; y yo no le conocía, y vine a bautizar en agua para manifestarle.”* (Jn 1,30-31)

1011. Dijo el Bautista estas palabras, porque antes de llegar Cristo Señor nuestro al bautismo no le había visto, ni tampoco había tenido la revelación de su venida que tuvo allí, como queda declarado en el capítulo 24 de este libro (Cf. supra n.978). Y luego añadió el Bautista cómo había visto el Espíritu Santo descender sobre Cristo en el bautismo (Jn 1,32) y que había dado testimonio de la verdad, que Cristo era Hijo de Dios. Porque mientras Su Majestad estuvo en el desierto, le enviaron los judíos de Jerusalén la embajada que refiere San Juan en el capítulo 1 preguntándole quién era, y lo demás que el evangelista dice (Jn 1,19ss); y entonces respondió el Bautista que él bautizaba en agua y que en medio de ellos había estado el que no conocían, porque había estado entre ellos en el Jordán, y que venía tras de él y no era digno de desatar el lazo de su calzado. De manera que cuando nuestro Salvador volvió del desierto a verse la segunda vez con el Bautista, entonces le llamó Cordero de Dios y refirió el testimonio que poco antes había dado a los fariseos y añadió lo demás, de que había visto al Espíritu Santo sobre su cabeza, como se lo había revelado que lo vería; y San Mateo añade lo de la voz del Padre que vino juntamente del cielo (Mt 3,17 (A.)), y también lo dijo San Lucas (Lc 3,22 (A.)), aunque San Juan sólo refiere lo del Espíritu Santo en forma de paloma (Jn 1,32 (A.)), porque el Bautista no declaró a los judíos más que esto.

1012. Esta fidelidad que tuvo el Precursor en confesar que no era Cristo y en dar los testimonios de su divinidad que se han dicho, conoció la Reina del cielo desde su retiro, y en retorno pidió al Señor los premiase y pagase a su fidelísimo siervo San Juan, y así lo hizo el Todopoderoso con liberal mano, porque en su divina aceptación quedó el Bautista levantado sobre todos los nacidos de las mujeres; porque no admitió la honra que le ofrecían de Mesías, determinó el Señor darle la que sin serlo era capaz de recibir entre los hombres y, en esta misma ocasión que se vieron Cristo Redentor nuestro y San Juan, fue el gran Precursor lleno de nuevos dones y gracias del Espíritu Santo. Y porque algunos de los circunstantes, cuando oyeron decir: *“Ecce Agnus Dei”*, advirtieron mucho en las razones del Bautista y le preguntaron quién era aquel de quien así hablaba, dejándole el Salvador informando a los oyentes de la verdad con las razones arriba referidas, se desvió Su Majestad y se fue de aquel lugar encaminándose a Jerusalén y habiendo estado muy poco tiempo en presencia del Bautista; pero no fue vía recta a la ciudad santa, antes anduvo muchos días primero por otros lugares pequeños, enseñando disimuladamente a los hombres y dándoles noticia de que el Mesías estaba en el mundo y encaminándolos con su doctrina a la vida eterna, y a muchos al bautismo de San Juan, para que se preparasen con la penitencia para recibir la Redención.

1013. No dicen los evangelistas dónde estuvo nuestro Salvador en este tiempo después del ayuno, ni qué obras hizo, ni el tiempo que se ocupó en ellas, pero lo que se me ha declarado es que estuvo Su Majestad casi diez meses en Judea, sin volver a Nazaret a ver a su Madre Santísima ni entrar en Galilea, hasta que llegando en otra ocasión a verse con el Bautista, le dijo segunda vez: *“Ecce Agnus Dei”*, y le siguieron San Andrés y los primeros discípulos que oyeron al

Bautista estas palabras y luego llamó a San Felipe, como lo refiere San Juan evangelista. Estos diez meses gastó el Señor en ilustrar las almas y prevenirlas con auxilios, doctrina y admirables beneficios, para que despertasen del olvido en que estaban y después, cuando comenzase a predicar y hacer milagros, estuviesen más prontos para recibir la fe del Redentor y le siguiesen; como sucedió a muchos de los que dejaba ilustrados y catequizados. Verdad es que en este tiempo no habló con los fariseos y letrados de la ley, porque éstos no estaban tan dispuestos para dar crédito a la verdad de que el Mesías había venido, pues aún después no la admitieron, confirmada con la predicación, milagros y testimonios tan manifiestos de Cristo nuestro Señor. Pero a los humildes y pobres, que por esto merecieron ser primero evangelizados e ilustrados, habló el Salvador en aquellos diez meses, y con ellos hizo liberales misericordias en el reino de Judea, no sólo con la particular enseñanza y ocultos favores, sino con algunos milagros disimulados, con que le admitían por gran profeta y varón santo. Y con este reclamo despertó y movió los corazones de innumerables hombres para salir del pecado y buscar el reino de Dios, que ya se les acercaba con la predicación y Redención que luego quería Su Majestad obrar en el mundo.

1014. Nuestra gran Reina y Señora estaba siempre en Nazaret, donde conocía las ocupaciones de su Hijo Santísimo y todas sus obras, así por la divina luz que ya he declarado, como por las noticias que le daban sus mil ángeles, y siempre la asistían en forma visible, como queda dicho (Cf. supra n.481,967,990), en la ausencia del Redentor. Y para imitarle en todo con plenitud, salió de su retiro al mismo tiempo que Cristo nuestro Salvador del desierto; y como Su Majestad, aunque no pudo crecer en el amor, le manifestó con mayor fervor después de vencido el demonio con el ayuno y todas las virtudes, así la divina Madre, con nuevos aumentos que adquirió de gracia, salió más ardiente y oficiosa para imitar las obras de su Hijo Santísimo en beneficio de la salud humana y hacer de nuevo el oficio de precursora para manifestación del Salvador. Salió la divina Maestra de su casa de Nazaret a los lugares circunvecinos, acompañada de sus ángeles, y con la plenitud de su sabiduría y con la potestad de Reina y Señora de las criaturas hizo grandes maravillas, aunque disimuladamente, al modo que obraba en Judea el Verbo humanado. Dio noticia de la venida del Mesías, sin manifestar quién era, enseñó a muchos el camino de la vida, los sacaba de pecado, arrojaba los demonios, ilustraba las tinieblas de los engañados e ignorantes, los prevenía para que admitiesen la Redención creyendo en su Autor; y entre estos beneficios espirituales hacía muchos corporales, sanando enfermos, consolando los afligidos, visitando a los pobres y, aunque eran más frecuentes estas obras con las mujeres, también hizo muchas con los varones, que si eran despreciados y pobres no perdían estos socorros y felicidad de ser visitados de la Señora de los ángeles y de todas las criaturas.

1015. En estas salidas ocupó la divina Reina el tiempo que su Hijo Santísimo andaba en Judea y siempre le imitó en todas sus obras, hasta en andar a pie como Su Divina Majestad, y aunque algunas veces volvía a Nazaret luego continuaba sus peregrinaciones. Y en estos diez meses comió muy poco, porque de aquel manjar celestial que le envió su Hijo Santísimo del desierto, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n.1002), quedó tan alimentada y confortada, que no sólo tuvo fuerzas para andar a pie por muchos lugares y caminos, sino también para no sentir tanto la necesidad de otro alimento. Tuvo a si misma la beatísima Señora noticia de lo que San Juan hacía predicando y bautizando en las riberas del Jordán, como se ha dicho (Cf. supra n.1010). Y también le envió algunas veces muchos de sus ángeles a que le consolasen y gratificasen la lealtad que mostraba a su Dios y Señor. Entre estas cosas padecía la amorosa Madre grandes deliquios de amor con el natural y santo afecto que apetecía la vista y presencia de su Hijo Santísimo, cuyo corazón estaba herido de aquellos divinos y castísimos clamores. Y antes de volver Su Majestad a verla y consolarla y dar principio a sus maravillas y predicación en lo público, sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

1016. Hija mía, en dos importantes documentos te doy la doctrina de este capítulo: El primero, que ames la soledad y la procures guardar con singular aprecio, para que te alcancen las bendiciones y promesas que mi Santísimo Hijo mereció y prometió a los que en esto le imitaren; procura siempre estar sola, cuando por virtud de la obediencia no te hallares obligada a conversar con las criaturas, y entonces, si sales de tu soledad y retiro, llévale contigo en el secreto de tu pecho, de manera que no le alejen de él los sentidos exteriores ni el uso de ellos; en los negocios sensibles has de estar de paso, y en el retiro y desierto del interior muy de asiento; y para que allí tengas soledad, no des lugar a que entren imágenes ni especies de criaturas, que tal vez ocupan más que ellas mismas y siempre embarazan y quitan la libertad del corazón; indigna cosa sería que tú le tuvieras en alguna ni alguna estuviera en él, sólo le quiere mi Hijo Santísimo y yo quiero lo mismo. El segundo documento es que en primer lugar atiendas al aprecio de tu alma, para conservarla en toda pureza y candidez, y sobre esto, aunque es mi voluntad que trabajes por la justificación de todas,

pero en particular quiero que imites a mi Hijo Santísimo y a mí en lo que hicimos con los más pobres y despreciados del mundo. Estos párvulos piden muchas veces el pan del consejo y doctrina y no hallan quien se le comunique y reparta (Lam 4,4), como a los más válidos y ricos del mundo, que tienen muchos ministros que los aconsejen. De estos pobres y despreciados llegan muchos a ti; admítelos con la compasión que sientes, consuelalos y acarícialos, para que con su sinceridad admitan la luz y el consejo, que a los más sagaces se ha de dar diferentemente, y procura granjear aquellas almas que entre las miserias temporales son preciosas en los ojos de Dios; y para que ellos y los demás no malogren el fruto de la Redención, quiero que trabajes sin cesar ni darte por satisfecha hasta morir, si fuere necesario, en esta demanda.

CAPITULO 28

[Regresar al Principio](#)

Comienza Cristo Redentor nuestro a recibir y llamar sus discípulos en presencia del Bautista y da principio a la predicación. Manda el Altísimo a la divina Madre que le siga.

1017. A los diez meses después del ayuno que nuestro Salvador andaba en los pueblos de Judea obrando como en secreto grandes maravillas, determinó manifestarse en el mundo, no porque antes hubiese hablado en oculto de la verdad que enseñaba, sino porque no se había declarado por Mesías y Maestro de la vida, y llegaba ya el tiempo de hacerlo, como por la Sabiduría infinita estaba determinado. Para esto volvió Su Majestad a la presencia de su precursor y bautista Juan, porque mediante su testimonio, que le tocaba de oficio darle al mundo, se comenzase a manifestar la luz en las tinieblas (Jn 1,5 (A.)). Tuvo inteligencia el Bautista por revelación divina de la venida del Salvador y que era tiempo de darse a conocer por Redentor del mundo y verdadero Hijo del eterno Padre, y estando prevenido San Juan con esta ilustración vio al Salvador que venía para él y, exclamando con admirable júbilo de su espíritu en presencia de sus discípulos, dijo: “*Ecce Agnus Dei: Mirad al Cordero de Dios*” (Jn 1,29), éste es. Correspondió este testimonio y suponía, no sólo al otro que con las mismas palabras había dado otras veces el mismo precursor de Cristo, pero también a la doctrina que más en particular había enseñado a sus discípulos que asistían más a la enseñanza del Bautista; y fue como decirles: “Veis ahí al Cordero de Dios, de quien os he dado noticia, que ha venido a redimir el mundo y abrir el camino del cielo.” Esta fue la última vez que vio el Bautista a nuestro Salvador por el orden natural, aunque por otro le vio en su muerte y tuvo su presencia, como después diré en su lugar (Cf. infra n.1073).

1018. Oyeron a San Juan dos de los primeros discípulos que con él estaban y, en virtud de su testimonio y de la luz y gracia que interiormente recibieron de Cristo nuestro Señor, le fueron siguiendo, y convirtiéndose a ellos Su Majestad amorosamente les preguntó qué buscaban y respondieron ellos que saber dónde tenía su morada; y con esto los llevó consigo y estuvieron con él aquel día, como lo refiere el evangelista San Juan. El uno de estos dos dice que era San Andrés, hermano de San Pedro, y no declara el nombre del otro, pero, según lo que he conocido, era el mismo San Juan Evangelista, aunque no quiso declarar su nombre por su gran modestia. Pero él y San Andrés fueron las primicias del apostolado en esta primera vocación, porque fueron los que primero siguieron al Salvador, sólo por testimonio exterior del Bautista, de quien eran discípulos, sin otra vocación sensible del mismo Señor. Luego San Andrés buscó a su hermano Simón y le dijo cómo había topado al Mesías, que se llamaba Cristo, y le llevó a él, y mirándole Su Majestad le dijo: “*Tú eres Simón, hijo de Joná, y te llamarás Cejas, que quiere decir Pedro*” (Jn 1,42). Sucedió todo esto en los confines de Judea, y determinó el Señor entrar el día siguiente en Galilea, y halló a San Felipe y le llamó diciéndole que le siguiese, y luego Felipe llamó a Natanael y le dio cuenta de lo que le había sucedido y cómo habían hallado al Mesías que era Jesús de Nazaret y le llevó a su presencia; y habiendo pasado con Natanael las pláticas que refiere San Juan en el fin del capítulo 1 de su evangelio (Jn 1,43-51), entró en el discipulado de Cristo nuestro Señor en el quinto lugar.

1019. Con estos cinco discípulos, que fueron los primeros fundamentos para la fábrica de la nueva Iglesia, entró Cristo nuestro Salvador predicando y bautizando públicamente por la provincia de Galilea. Y ésta fue la primera vocación de estos apóstoles, en cuyos corazones, desde que llegaron a su verdadero Maestro, encendió nueva luz y fuego del divino amor y los previno con bendiciones de dulzura. No es posible encarecer dignamente lo mucho que le costó a nuestro divino Maestro la vocación y educación de éstos y de los demás discípulos para fundar la Iglesia. Los buscó con solicitud y grandes diligencias, los llamó con poderosos, frecuentes y eficaces auxilios de su gracia, los ilustró e iluminó sus corazones con dones y favores incomparables, los admitió con admirable clemencia, los crió con tan

dulcísima leche de su doctrina, los sufrió con invencible paciencia, acariciólos como amantísimo padre a hijos tiernos y pequeñuelos. Y como la naturaleza es torpe y ruda para las materias altas, espirituales y delicadas del interior, en que no sólo habían de ser perfectos discípulos sino consumados maestros del mundo y de la Iglesia, venía a ser grande la obra para formarlos y pasarlos del estado terreno al celestial y divino, a donde los levantaba con su doctrina y ejemplo. Altísima enseñanza de paciencia, mansedumbre y caridad dejó Su Majestad en esta obra para los prelados, príncipes y cabezas que gobiernan súbditos, de lo que deben hacer con ellos. Y no fue menor la confianza que nos dio a los pecadores de su paternal clemencia, pues no se acabó en los apóstoles y discípulos sufriendo sus faltas y menguas, sus inclinaciones y pasiones naturales, antes bien se estrenó en ellos con tanta fuerza y admiración para que nosotros levantemos el corazón y no desmayemos entre las innumerables imperfecciones de nuestra condición terrena y frágil.

1020. Todas las obras y maravillas que nuestro Salvador hacía en la vocación de los apóstoles y discípulos y en la predicación, conocía la Reina del cielo por los medios que dejó repetidos (Cf. supra n.990). Y luego daba gracias al eterno Padre por los primeros discípulos y en su espíritu los reconocía y admitía por hijos espirituales, como lo eran de Cristo nuestro Señor, y los ofrecía a Su Majestad divina con nuevos cánticos de alabanza y júbilo de su espíritu. Y en esta ocasión de los primeros discípulos tuvo una visión particular, en que le manifestó el Altísimo de nuevo la determinación de su voluntad santa y eterna sobre la disposición de la Redención humana y el modo como se había de comenzar y ejecutar por la predicación de su Hijo Santísimo, y la dijo el Señor: “Hija mía y paloma mía escogida entre millares, necesario es que acompañes y asistas a mi Unigénito y tuyo en los trabajos que ha de padecer en la obra de la Redención humana. Ya se llega el tiempo de su aflicción y de abrir yo por este medio los archivos de mi sabiduría y bondad, para enriquecer a los hombres con mis tesoros. Por medio de su Reparador y Maestro quiero redimirlos de la servidumbre del pecado y del demonio, y derramar abundancia de mi gracia y dones sobre todos los corazones de los mortales que se dispusieron para conocer a mi Hijo humanado y seguirle como cabeza y guía de sus caminos para la eterna felicidad que les tengo preparada. Quiero levantar del polvo, enriquecer a los pobres, derribar los soberbios, ensalzar a los humildes, alumbrar a los ciegos en las tinieblas de la muerte, y quiero engrandecer a mis amigos y escogidos y dar a conocer mi grande y santo nombre. Y en la ejecución de esta mi santa voluntad eterna quiero que tú, electa y querida mía, cooperes con tu amado Hijo y le acompañes, sigas y le imites, que yo seré contigo en todo lo que hicieres.”

1021. “Rey supremo de todo el universo - respondió María Santísima, - de cuya mano reciben todas las criaturas el ser y la conservación, aunque este vil gusanillo sea polvo y ceniza, hablaré por vuestra dignación divina en vuestra real presencia. Recibid, pues, oh altísimo Señor y Dios eterno, el corazón de vuestra sierva, que aparejado ofrezco para el cumplimiento de vuestro beneplácito. Recibid el sacrificio y holocausto, no sólo de mis labios, sino de lo más íntimo de mi alma, para obedecer al orden de vuestra eterna sabiduría que manifestáis a vuestra esclava. Aquí estoy postrada ante vuestra presencia y majestad suprema, hágase en mí enteramente vuestra voluntad y gusto. Pero si fuera posible, oh poder infinito, que yo muriera y padeciera, o para morir con vuestro Hijo y mío o para excusarle de la muerte, éste fuera el cumplimiento de todos mis deseos y la plenitud de mi gozo, y que la espada de vuestra justicia hiciera en mí la herida, pues fui más inmediata a la culpa. Su Majestad es impecable por naturaleza y por los dones de su divinidad. Conozco, Rey justísimo, que siendo vos el ofendido por la injuria de la culpa, pide vuestra equidad satisfacción de persona igual a Vuestra Majestad, y todas las puras criaturas distan infinito de esta dignidad. Pero también es verdad que cualquiera de las obras de vuestro Unigénito humanado es sobreabundante para la Redención, y Su Majestad ha obrado muchas por los hombres. Y si con esto es posible que yo muera porque su vida de inestimable precio no se pierda, preparada estoy para morir; y si vuestro decreto es inmutable, concededme, Padre y Dios altísimo, si es posible, que yo emplee mi vida con la suya. En esto admitiré vuestra obediencia, como la admito en lo que me mandáis que le acompañe y siga en sus trabajos. Asístame el poder de vuestra mano para que yo acierte a imitarle y cumplir vuestro beneplácito y mi deseo.”

1022. No puedo con mis razones manifestar más lo que se me ha dado a entender de los actos heroicos y admirables que hizo nuestra gran Reina y Señora en esta ocasión y mandato del Altísimo y el fervor ardentísimo con que deseó morir y padecer, o para excusar la pasión y muerte de su Hijo Santísimo o para morir con él. Y si los actos fervorosos del amor afectivo, aun en las cosas imposibles, obligan tanto a Dios, que se da por servido y por pagado de ellos cuando nacen de verdadero y recto corazón y los acepta para premiarlos en alguna manera como si fueran obras ejecutadas, ¿qué tanto sería lo que mereció la Madre de la gracia y del amor con el que tuvo en este sacrificio de su vida? No alcanzan el pensamiento humano ni el angélico a comprender tan alto sacramento de amor, pues le fuera dulce padecer y morir y vino a ser en ella mucho mayor el dolor de no morir con su Hijo que el quedar con vida

viéndole morir a él y padecer, de que diré más en su lugar (Cf. infra n.1376). Pero de esta verdad se viene a entender la semejanza que tiene la gloria de María Santísima con la de Cristo y la que tuvo su gracia y santidad de esta gran Señora con su ejemplar, porque todo correspondía a este amor y él se extendió a lo sumo que en pura criatura es imaginable. Con esta disposición salió nuestra Reina de la visión dicha, y el Altísimo mandó de nuevo a los ángeles que le asistían la gobernasen y sirviesen en lo que había de obrar, y ellos lo ejecutaron como fidelísimos ministros del Señor, y la asistían de ordinario en forma visible, acompañándola en todas partes y sirviéndola.

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora.

1023. “Hija mía, todas las obras de mi Hijo Santísimo manifiestan el amor divino con las criaturas y cuán diferente es del que ellas tienen entre sí mismas; porque como son tan escasas, coartadas y avarientas y sin eficacia, no se mueven de ordinario para amarse si no las provoca algún bien que suponen en lo que aman, y así el amor de una criatura nace del bien que halla en el objeto. Pero el amor divino, como se origina de sí mismo y es eficaz para hacer lo que quiere, no busca a la criatura suponiéndola digna, antes la ama para hacerla con amarla; y por esta razón ninguna alma debe desconfiar de la bondad divina, pero tampoco por esta verdad, y suponiéndola, ha de fiar vana y temerariamente esperando que el amor divino obre en ella los efectos de gracia que desmerece; porque en este amor y dones guarda el Altísimo un orden de equidad ocultísima a las criaturas y, aunque a todas las ama y quiere que sean salvas, pero en la distribución de estos dones y efectos de su amor, que a nadie niega, hay cierta medida y peso del santuario con que se dispensan. Y como la criatura no puede investigar ni alcanzar este secreto, ha de procurar que no pierda ni deje vacía la primera gracia y vocación, porque no sabe si por esta ingratitud desmerecerá la segunda, y sólo puede saber que no se le negará si no se hiciere indigna. Comienzan estos efectos del amor divino en el alma por la interior ilustración, para que en presencia de la luz sean los hombres redargüidos y convencidos de sus pecados y mal estado y del peligro de la eterna muerte; pero la soberbia humana los hace tan necios y graves de corazón, que son muchos los que resisten a la luz; otros son tardos en moverse y nunca acaban de responder, y por esto malogran la primera eficacia del amor de Dios y se imposibilitan para otros efectos. Y como sin el socorro de la gracia no puede la criatura evitar el mal ni hacer el bien ni conocerle, de aquí nace el arrojarse de un abismo en otros muchos, porque, malogrando y echando de sí la gracia y desmereciendo otros auxilios, viene a ser inexcusable la ruina en abominables pecados despeñándose de unos en otros.

1024. “Atiende, pues, carísima, a la luz que en tu alma ha obrado el amor del Muy Alto, pues por la que has recibido en la noticia de mi vida, cuando no tuvieras otra, quedabas tan obligada que, si no correspondes a ella, serás en los ojos de Dios y míos y en presencia de los ángeles y hombres, más reprehensible que ninguno otro de los nacidos. Te sirva también de ejemplo lo que hicieron los primeros discípulos de mi Santísimo Hijo y la prontitud con que le siguieron y le imitaron; y aunque el tolerarlos, sufrirlos y criarlos, como Su Majestad lo hizo, fue especialísima gracia, ellos también correspondieron y ejecutaron la doctrina de su Maestro; y aunque eran frágiles en la naturaleza, no se imposibilitaban para recibir otros mayores beneficios de la divina diestra y extendían sus deseos a mucho más de lo que alcanzaban sus fuerzas. Y en obrar estos afectos de amor con verdad y fineza, quiero que me imites a mí en lo que para este fin te he declarado de mis obras y los deseos que tuve de morir por mi Hijo Santísimo y con él, si me fuera concedido. Prepara tu corazón para lo que te mostraré adelante de la muerte de Su Majestad y lo demás de mi vida, con que obrarás lo más perfecto y santo. Y te advierto, hija mía, que tengo una queja del linaje humano, y es muy general, que otras veces te la he insinuado (Cf. supra n.701,930,919,939), por el olvido y poca atención de los mortales para entender y saber lo que mi Hijo y yo trabajamos por ellos; y se consuelan con creerlo por mayor, y como ingratos no pesan el beneficio que de cada obra reciben, ni el retorno que merece. No me des tú este disgusto, pues te hago capaz y participante de tan venerables secretos y magníficos sacramentos, en los cuales hallarás luz, doctrina, enseñanza y la práctica de la perfección más alta y encumbrada. Levántate a ti sobre ti, obra diligente, para que se te dé gracia y más gracia, y correspondiendo a ella congregues muchos merecimientos y premios eternos.”

CAPITULO 29

[Regresar al Principio](#)

Vuelve Cristo nuestro Salvador con los primeros cinco discípulos a Nazaret, bautiza a su Madre Santísima y lo que en todo esto sucedió.

1025. El místico edificio de la Iglesia militante, que se levanta hasta lo más alto y escondido de la misma divinidad, todo se funda en la firmeza incontestable de la santa fe Católica que nuestro Redentor y Maestro, como prudente y sabio arquitecto, asentó en ella. Y para asegurar en esta firmeza a las primeras piedras fundamentales, que fueron los primeros discípulos que llamó, como queda dicho (Cf. supra n.1018), desde luego comenzó a informarlos de las verdades y misterios que tocaban a su divinidad y humanidad santísima. Y porque dándose a conocer por verdadero Mesías y Redentor del mundo, que por nuestra salud había bajado del seno del Padre a tomar carne humana, era como necesario y consiguiente les declarase el modo de su encarnación en el vientre virginal de su Madre Santísima y convenía que la conociesen y venerasen por verdadera Madre y Virgen, les dio noticia de este divino misterio entre los demás que tocaban a la unión hipostática y Redención. Y con este catecismo y doctrina celestial fueron alimentados estos nuevos hijos primogénitos del Salvador. Antes que llegasen a la presencia de la gran Reina y Señora, concibieron de ella divinas excelencias, sabiendo que era virgen antes del parto, en el parto y después del parto, y les infundió Cristo nuestro Señor una profundísima reverencia y amor, con que deseaban desde luego llegar a verla y conocer tan divina criatura. Y esto hizo el Señor, como quien celaba tanto la honra de su Madre y por lo que a los mismos discípulos les importaba tenerla en tan alto concepto y veneración. Y aunque todos, en este favor quedaron divinamente ilustrados, quien más se señaló en este amor fue San Juan, y desde que oyó a su divino Maestro hablar de la dignidad y excelencia de su Madre purísima, fue creciendo en el aprecio y estimación de su santidad, como quien era señalado y prevenido para gozar de mayores privilegios en el servicio de su Reina, como adelante diré (Cf. infra n.1334, 1455; p.III n.5, 6, 7,10ss), y consta de su evangelio.

1026. Pidieron estos cinco primeros discípulos al Señor que les diese aquel consuelo de ver a su Madre y reverenciarla, y concediéndoles esta petición caminó vía recta a Nazaret después que entró en Galilea, aunque siempre fue predicando y enseñando en público, declarándose por Maestro de la verdad y vida eterna. Y muchos comenzaron a oírle y acompañarle, llevados de la fuerza de su doctrina y de la luz y gracia que derramaba en los corazones que le admitían, aunque no llamó por entonces a su séquito más de a los cinco discípulos que llevaba. Y es digno de advertencia que, con haber sido tan ardiente la devoción que éstos concibieron con la divina Señora y tan manifiesta para ellos la dignidad que tenía entre las criaturas, con todo eso todos callaron su concepto y, para no publicar lo que sentían y conocían, eran como mudos e ignorantes de tantos misterios, disponiéndolo así la Sabiduría del cielo, porque entonces no convenía esta fe en el principio de la predicación de Cristo, ni hacerla común entre los hombres. Nacía entonces el sol de justicia a las almas y era necesario que su resplandor se extendiese por todas las naciones, y aunque la luna de su Madre Santísima estaba en el lleno de toda santidad, era conveniente que se reservase oculta para lucir en la noche que dejaría en la Iglesia la ausencia de este sol, subiendo al Padre. Y todo sucedió así, que entonces resplandeció la gran Señora, como diré en la tercera parte (Cf. infra p.III n.18-28); sólo se manifestó su santidad y excelencia a los apóstoles, para que la conociesen y venerasen y oyesen como a digna Madre del Redentor del mundo y Maestra de toda virtud y santidad.

1027. Prosiguió su camino nuestro Salvador a Nazaret, informando a sus nuevos hijos y discípulos, no sólo en los misterios de la fe sino en todas las virtudes, con doctrina y con ejemplo, como lo hizo en todo el tiempo de su predicación evangélica. Y para esto visitaba a los pobres y afligidos, consolaba a los tristes y enfermos, en los hospitales y en las cárceles, y con todos hacía obras admirables de misericordia en los cuerpos y en las almas, aunque no se declaró por autor de ningún milagro hasta las bodas de Caná, como diré en el capítulo siguiente. Al mismo tiempo que hacía este viaje nuestro Salvador, estaba su Madre Santísima previniéndose para recibirle con los discípulos que Su Majestad llevaba; porque de todo tuvo noticia la gran Señora, y para todos hizo hospicio, aliñó su pobre morada .y previno solícita la comida necesaria, porque en todo era prudentísima y advertida.

1028. Llegó a su casa el Salvador del mundo, y la beatísima Madre le aguardaba en la puerta, donde entrando Su Majestad a ella se postró en tierra y le adoró besándole el pie y después la mano, pidiéndole la bendición. Y luego hizo una confesión a la Santísima Trinidad, altísima y admirable, y a la humanidad, y todo en presencia de los nuevos discípulos; no sin gran misterio y prudencia de la soberana Reina, porque, a más de dar a su Hijo Santísimo el culto y adoración que se le debía como verdadero Dios y hombre, le dio también el retorno de la honra con que le había engrandecido antes con los apóstoles o discípulos; y así como el mismo Hijo estando ausente les había enseñado la dignidad de su Madre y la veneración con que debían tratarla y respetarla, así también la prudentísima y fidelísima Madre en presencia del mismo Hijo quiso enseñar a sus discípulos el modo y veneración con que habían de tratar a su divino Maestro, como a su Dios y Redentor. Y así fue que las acciones de tan profunda humildad y culto, con que la gran Señora trató y recibió a Cristo como Salvador, infundió en los discípulos nueva admiración, devoción y

reverencial temor con el divino Maestro, y para adelante les sirvió de ejemplar y dechado de religión; con que vino a ser María Santísima desde luego Maestra y Madre espiritual de los discípulos de Cristo, en la materia más importante del trato familiar con su Dios y Redentor. Con este ejemplo los nuevos discípulos quedaron más devotos de su Reina y luego se pusieron de rodillas en su presencia y la pidieron los recibiese por hijos y por esclavos suyos. Y el primero que hizo este ofrecimiento y reverencia fue San Juan, que desde entonces en la estimación y veneración de María Santísima se aventajó a todos los apóstoles, y la divina Señora le admitió con especial caridad, porque el santo era apacible, manso y humilde, a más del don de su virginidad.

1029. Hospedó la gran Señora a todos los discípulos y les sirvió la comida, estando siempre advertida a todas las cosas con solicitud de Madre y modestia y majestad de Reina, que su incomparable sabiduría lo juntaba todo con admiración de los mismos ángeles. Y a su Hijo Santísimo servía hincadas las rodillas en tierra con grandiosa reverencia, y a estas devotas acciones añadía algunas razones de gran peso que decía a los apóstoles de la majestad de su Maestro y Redentor, para catequizarlos en la doctrina verdaderamente cristiana. Aquella noche, retirados los nuevos huéspedes a su recogimiento, el Salvador se fue al oratorio de su Madre purísima como solía, y la humildísima entre los humildes se postró a sus pies, como otras veces lo acostumbraba y, aunque no tenía culpas que confesarse, pidió a Su Majestad la perdonase lo poco que le servía y correspondía a sus inmensos beneficios; porque en la humildad de la gran Reina todo lo que hacía le parecía poco y menos de lo que debía al amor infinito y a los dones que de él había recibido, y así se confesaba por inútil como el polvo de la tierra. El Señor la levantó del suelo y la habló palabras de vida y salud eterna, pero con majestad y serenidad, porque en este tiempo la trataba con más severidad, para dar lugar al padecer, como advertí arriba (Cf. supra n.960) cuando se despidió para ir el Salvador al bautismo y al desierto.

1030. Le pidió también la beatísima Señora a su Hijo Santísimo que le diese el sacramento del Bautismo que había instituido, como ya se lo tenía prometido, y dije en su lugar (Cf. supra n.831). Y para celebrarle con la digna solemnidad del Hijo y de la Madre por la divina disposición y ordenación descendieron del cielo innumerable multitud de los coros angélicos en forma visible, y con su asistencia el mismo Cristo bautizó a su purísima Madre, y luego se oyó una voz del eterno Padre, que dijo: “Esta es mi Hija querida, en quien yo me recreo.” Y el Verbo humanado dijo: “Esta es mi Madre muy amada, a quien yo elegí, y me asistirá en todas mis obras.” Y otra voz del Espíritu Santo dijo: “Esta es mi Esposa escogida entre millares.” Sintió y recibió la purísima Señora tantos y tan divinos efectos en su alma, que no caben en humano discurso, porque fue realzada en la gracia y retocada la hermosura de su alma purísima y subió toda a nuevos grados y quilates. Recibió la iluminación del carácter que causa este sacramento, señalando a los hijos de Cristo en su Iglesia, y a más de los efectos que por sí comunica el sacramento, fuera de la remisión del pecado, que no le tenía ni le tuvo, mereció altísimos grados de gracia por la humildad de recibir el sacramento que se ordenó para la purificación; y en la divina Señora sucedió al modo que arriba dije (Cf. supra n.980) de su Hijo Santísimo en el mérito, aunque sola ella recibió aumento de gracia, porque Cristo no podía recibirle. Hizo luego la humilde Madre un cántico de alabanza con los santos ángeles por el bautismo que había recibido y postrada ante su Hijo Santísimo le dio por él afectuosísimas gracias.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

1031. “Hija mía, veo tu cuidado y emulación santa de la gran dicha de los discípulos de mi Hijo Santísimo, y más de San Juan, mi siervo y favorecido. Cierto es que yo le amé especialmente, porque era purísimo y candidísimo como una sencilla paloma y en los ojos del Señor era muy agradable por esto y por el amor que me tenía. Este ejemplar quiero que te sirva de estímulo para lo que deseo que obres con el mismo Señor y conmigo. No ignoras, carísima, que yo soy Madre piadísima y que admito y recibo con maternales entrañas a todos los que con ferviente y devoto afecto quieren ser mis hijos y siervos de mi Señor, y con los impulsos de caridad que Su Majestad me comunicó y los brazos abiertos los abrazaré y seré su intercesora y abogada. Y tú, por más inútil, pobre y desvalida, serás mayor motivo para que se manifieste más mi liberalísima piedad, y así te llamo y te convido para que seas mi hija carísima y señalada por mi devota en la Iglesia.

1032. “Pero esta promesa se cumplirá con una condición que quiero de tu parte, y ésta es que, si tienes verdaderamente santa emulación de lo que yo amé a mi hijo Juan y del retorno que me dio su amor santo, le imites con toda perfección conforme a tus fuerzas, y así me lo has de prometer y cumplir, sin faltar a lo que te ordeno; pero antes quiero que trabajes hasta que en ti muera el amor propio y todos efectos del primer pecado y que se extingan las inclinaciones terrenas que siguen a la concupiscencia, y te restituyas al estado de sinceridad columbina y sencillez que destruye toda

malicia y duplicidad. Y en todas tus operaciones has de ser ángel, pues la dignación del Altísimo para contigo es tan liberal, que te ha dado luz e inteligencia de ángel más que de criatura humana, y yo te solicito estos grandes beneficios y es razón que corresponda el obrar con el entender; y conmigo has de tener un incesante afecto y amoroso cuidado de darme gusto y servirme, estando siempre atenta a mis consejos y puestos los ojos en mis manos, para saber lo que te ordeno y ejecutarlo al punto. Con esto serás mi hija verdadera y yo tu Protectora y Madre amorosa.”

MISTICA CIUDAD DE DIOS

VIDA DE LA VIRGEN MARIA

María de Jesús Agreda

LIBRO VI

CAPITULO 1

Comienza Cristo nuestro Salvador a manifestarse con el primer milagro que hizo en las bodas de Caná a petición de su Madre Santísima.

CAPITULO 2

Acompaña María Santísima a nuestro Salvador en la predicación, trabaja mucho en esto y cuida de las mujeres que le seguían y en todo procede con suma perfección.

CAPITULO 3

La humildad de María Santísima en los milagros que obraba Cristo nuestro Salvador y la que enseñó a los apóstoles, para los que ellos habían de obrar en la virtud divina, y otras advertencias.

CAPITULO 4

Con los milagros y obras de Cristo y con los de San Juan Bautista se turba y equivoca el demonio, Herodes prende y degüella a San Juan y lo que sucedió en su muerte.

CAPITULO 5

Los favores que recibieron los apóstoles de Cristo nuestro Redentor por la devoción con su Madre Santísima, y por no tenerla Judas caminó a su perdición.

CAPITULO 6

Se transfigura Cristo nuestro Señor en el Tabor, en presencia de su Madre Santísima; suben de Galilea a Jerusalén, para acercarse a la pasión; lo que sucedió en Betania con la unción de la Magdalena.

CAPITULO 7

El oculto sacramento que precedió al triunfo de Cristo en Jerusalén, y cómo entró en ella y fue recibido de sus moradores.

CAPITULO 8

Se juntan los demonios en el infierno a conferir sobre el triunfo de Cristo Salvador nuestro en Jerusalén y lo que resultó de esta junta, y otra que hicieron los pontífices y fariseos en Jerusalén.

CAPITULO 9

Se despide Cristo nuestro Salvador de su Madre Santísima en Betania para ir a padecer el jueves de la cena, pídele la gran Señora la comunión para su tiempo y le sigue a Jerusalén con la Magdalena y otras santas mujeres.

CAPITULO 10

Celebra Cristo nuestro Salvador la última cena legal con sus discípulos y lávalos los pies; tiene su Madre Santísima inteligencia y noticia de todos estos misterios.

CAPITULO 11

Celebra Cristo nuestro Salvador la cena sacramental, consagrando en la Eucaristía su sagrado y verdadero cuerpo y sangre, las oraciones y peticiones que hizo, comulgó a su Madre Santísima y otros misterios que sucedieron en esta ocasión.

CAPITULO 12

La oración que hizo nuestro Salvador en el huerto y sus misterios y lo que de todos conoció su Madre Santísima.

CAPITULO 13

La entrega y prendimiento de nuestro Salvador por la traición de Judas y lo que en esta ocasión hizo María Santísima y algunos misterios de este paso.

CAPITULO 14

La fuga y división de los apóstoles con la prisión de su Maestro, la noticia que tuvo su Madre Santísima y lo que hizo en esta ocasión, la condenación de Judas y turbación de los demonios con lo que iban conociendo.

CAPITULO 15

Llevan a nuestro Salvador Jesús atado y preso a casa del pontífice Anás; lo que sucedió en este paso y lo que padeció en él su beatísima Madre.

CAPITULO 16

Fue llevado Cristo nuestro Salvador a casa del pontífice Caifás, donde fue acusado y preguntado si era Hijo de Dios; y San Pedro le negó otras dos veces; lo que María Santísima hizo en este paso y otros misterios ocultos.

CAPITULO 17

Lo que padeció nuestro Salvador Jesús después de la negación de San Pedro hasta la mañana y el dolor grande de su Madre Santísima.

CAPITULO 18

Se junta el concilio viernes por la mañana, para sustanciar la causa contra nuestro Salvador Jesús, le remiten a Pilatos y sale al encuentro María Santísima con San Juan Evangelista y las tres Marías.

CAPITULO 19

Remite Pilatos a Herodes la causa y persona de nuestro Salvador y esús, le acusan ante Herodes y él le desprecia y envía a Pilatos; le sigue María Santísima y lo que en este paso sucedió.

CAPITULO 20

Por mandado de Pilatos fue azotado nuestro Salvador Jesús, coronado de espinas y escarnecido, y lo que en este paso hizo María Santísima.

CAPITULO 21

Pronuncia Pilatos la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, lleva Su Majestad la cruz a costas en que ha de morir, síguele su Madre Santísima y lo que hizo la gran Señora en este paso contra el demonio y otros sucesos.

CAPITULO 22

Cómo nuestro Salvador Jesús fue crucificado en el monte Calvario y las siete palabras que habló en la cruz y le asistió María Santísima su Madre con gran dolor.

CAPITULO 23

El triunfo que Cristo nuestro Salvador alcanzó del demonio en la cruz y de la muerte, y la profecía de Habacuc, y un conciliábulo que hicieron los demonios en el infierno.

CAPITULO 24

La herida que dieron con la lanza en el costado de Cristo ya difunto, su descendimiento de la cruz y sepultura y lo que en estos pasos obró María Santísima hasta que volvió al cenáculo.

CAPITULO 25

Cómo la Reina del cielo consoló a San Pedro y a otros apóstoles y la prudencia con que procedió después del entierro de su Hijo, cómo vio descender su alma santísima al limbo de los santos padres.

CAPITULO 26

La Resurrección de Cristo nuestro Salvador y el aparecimiento que hizo a su Madre Santísima con los santos padres del Limbo.

CAPITULO 27

Algunas apariciones de Cristo nuestro Salvador resucitado a las Marías y a los apóstoles, la noticia que todos daban a la Reina y la prudencia con que los oía.

CAPITULO 28

Algunos ocultos y divinos misterios que a María Santísima sucedieron después de la Resurrección del Señor y cómo se le dio título de Madre y Reina de la Iglesia y el aparecimiento de Cristo antes y para la Ascensión.

CAPITULO 29

La Ascensión de Cristo Redentor nuestro a los cielos con todos los santos que le asistían, y lleva a su Madre Santísima consigo para darla la posesión de la gloria.

LIBRO VI

[Regresar al Principio](#)

CONTIENE LAS BODAS DE CANÁ DE GALILEA; CÓMO ACOMPAÑÓ MARÍA SANTÍSIMA AL REDENTOR DEL MUNDO EN LA PREDICACIÓN; LA HUMILDAD QUE MOSTRABA LA DIVINA REINA EN LOS MILAGROS QUE HACÍA SU HIJO SANTÍSIMO; SU TRANSFIGURACIÓN; LA ENTRADA DE SU MAJESTAD EN JERUSALÉN; SU PASIÓN Y MUERTE; EL TRIUNFO QUE ALCANZÓ EN LA CRUZ DE LUCIFER Y SUS SECUACES; LA SANTÍSIMA RESURRECCIÓN DEL SALVADOR Y SU ADMIRABLE ASCENSIÓN A LOS CIELOS.

CAPITULO 1

Comienza Cristo nuestro Salvador a manifestarse con el primer milagro que hizo en las bodas de Caná a petición de su Madre Santísima.

1033. El evangelista San Juan, que al fin del capítulo 1 refiere la vocación de Natanael, que fue el quinto discípulo de Cristo, comienza el segundo capítulo de la Historia evangélica, diciendo (Jn 1,1-2): “*Y el día tercero se hicieron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús. Y también fue llamado Jesús y sus discípulos a las bodas.*” De donde parece que la divina Señora estaba en Caná antes que fuese llamado su Hijo Santísimo a estas bodas. Y para concordar esto con lo que dejo dicho en el capítulo pasado y entender qué día fue éste, hice algunas preguntas por orden de la obediencia. A las cuales me fue respondido que, no obstante las opiniones diferentes de los expositores, la Historia de la Reina y del Evangelio se conforman y que el suceso fue en esta forma: Cristo nuestro Señor con sus cinco apóstoles o discípulos en entrando en Galilea fue derecho a Nazaret predicando y enseñando; en este viaje tardó algunos días aunque no muchos, pero fueron más de tres. Llegando a Nazaret bautizó a su beatísima Madre, como queda dicho (Cf. supra n.1030), y luego con sus discípulos salió a predicar a unos lugares vecinos. En el ínterin fue la divina Señora a Caná, convidada a las bodas que dice el evangelista, porque eran de unos deudos suyos en cuarto grado por la línea de Santa Ana. Y estando la gran Reina en Caná tuvieron los novios noticia de la venida del Salvador del mundo y que tenía ya discípulos, y por disposición de su Madre Santísima y del mismo Señor, que ocultamente lo disponía para sus altos fines, fue llamado y convidado a las bodas con sus discípulos.

1034. El día tercero, que dice el evangelista se hicieron estas bodas, fue el tercero de la semana de los hebreos; y aunque no lo dice expresamente, tampoco dice que fue el tercero después de la vocación de los discípulos o entrada en Galilea, y si hablara de esto, lo dijera; pero moralmente era imposible que estas bodas sucediesen el tercero día después de la vocación de los discípulos, ni de la entrada en Galilea, porque Caná está en los confines del tribu de Zabulón hacia la parte de Fenicia y septentrional, donde estaba el tribu de Aser, respecto de Judea, y dista mucho desde todos los términos de Judea y Galilea por donde entró el Salvador del linaje humano; y si al día tercero fueron las bodas, no quedaban más de dos días para llegar de Judea a Caná, que hay tres jornadas, y también estaría cerca de

Caná primero que le convidasen, y para esto era necesario más tiempo. Y a más de todo esto, para pasar de Judea a Caná de Galilea estaba primero Nazaret, porque Caná está más adelante hacia el mar Mediterráneo y vecina del tribu de Aser, como he dicho, y el Salvador del mundo primero fuera a visitar a su Madre Santísima, que no ignorando su venida, como es cierto que la sabía, le aguardara sin salir de ella al tiempo que se acercaba. Y si el evangelista no dijo esta venida, ni el bautismo de la divina Señora, no fue porque no sucedió, sino porque sólo dijo él y los demás lo que pertenecía a su intento. Y también confiesa el mismo San Juan que se dejaron de saber muchos milagros que hizo nuestro divino Maestro (Jn 20,30), porque no fue necesario escribirlos todos. Y con este orden queda entendido el Evangelio y confirmada con él esta Historia en el lugar citado.

1035. Estando la Reina del mundo en Caná, fue convidado su Hijo Santísimo con los discípulos que tenía a las bodas, y su dignación, que lo ordenaba todo, aceptó el convite. Y fue luego a él para santificar el matrimonio y acreditarle y dar principio a la confirmación de su doctrina con el milagro que sucedió, declarándose por autor de él; porque dándose ya por maestro en admitir discípulos, era necesario confirmarlos en su vocación y autorizar su doctrina, para que la creyesen y admitiesen. Y por esta razón, aunque Su Divina Majestad había hecho otras maravillas ocultamente, pero no se había declarado ni señalado por autor de ellas en público como hasta aquella ocasión, que por eso llamó el evangelista (Jn 2,11) a este milagro “*Principio de las señales que hizo Jesús en Caná de Galilea;*” y el mismo Señor dijo a su Madre Santísima que hasta entonces no había llegado su hora (Jn 2,4). Y sucedió esta maravilla el mismo día que se cumplió un año del bautismo de Cristo nuestro Salvador y correspondió a la adoración de los Reyes, como lo tiene la Santa Iglesia Romana, que celebra en un día estos tres misterios a seis de enero; y la edad de Cristo nuestro Señor era cumplidos treinta años y entrado en treinta y uno los trece días *que* hay de su natividad santísima a la Epifanía.

1036. Entró el Maestro de la vida en la casa de las bodas y saludó a los moradores, diciendo: “La paz del Señor y la luz sea con vosotros;” como verdaderamente estaba, asistiendo Su Majestad con ellos. Y luego hizo una exhortación de vida eterna al novio, enseñándole las condiciones de su estado, para ser perfecto y santo en él, y lo mismo hizo la Reina del cielo con la esposa, a quien con razones dulcísimas y eficaces la amonestó de sus obligaciones; y entrambos cumplieron perfectamente con ellas en el estado que dichosamente recibieron con asistencia de los Reyes del cielo y tierra. Y no puedo detenerme a declarar que este novio no era San Juan Evangelista; basta saber que, como dije en el capítulo pasado (Cf. *supra* n.1018), venía ya con el Salvador por discípulo; y en esta ocasión no pretendió el Señor disolver el matrimonio, sino que vino a las bodas para autorizarlas y acreditarlas y hacer santo y sacramento al matrimonio, y no era consiguiente a este intento disolverle luego, ni el evangelista tuvo jamás intento de ser casado. Antes bien, nuestro Salvador, habiendo exhortado a los desposados, hizo luego una ferviente oración y petición al eterno Padre, suplicándole que en la nueva ley de gracia echase su bendición sobre la propagación humana y desde entonces diese virtud al matrimonio para santificar a los que en la Santa Iglesia lo recibiesen y fuese uno de sus sacramentos.

1037. La beatísima Virgen conocía la voluntad y oración que su Hijo Santísimo hacía y le acompañó en ella, cooperando a esta obra como a las demás que hacía en beneficio del linaje humano; y como tenía por su cuenta el retorno que los hombres no daban por estos beneficios, hizo un cántico de alabanza y loores al Señor, convidando a los santos ángeles que la acompañasen en él, y así lo hicieron, aunque sólo era manifiesto al mismo Señor y Salvador nuestro, que se recreaba en la sabiduría y obras de su purísima Madre, como ella en las del mismo Hijo. En lo demás hablaban y conversaban con los que concurrían a las bodas, pero con la sabiduría y peso de razones dignas de tales personas y ordenándolas a ilustrar los corazones de todos los circunstantes. La prudentísima Señora hablaba muy pocas palabras y sólo cuando era preguntada o muy forzoso, porque siempre oía y atendía a las del Señor y a sus obras, para guardarlas y conferirles en su castísimo corazón. Raro ejemplo de prudencia, de recato y modestia fueron las obras, palabras y todo el proceder de esta gran Reina en el discurso de su vida; y en esta ocasión no sólo para las religiosas, pero en especial a las mujeres del siglo, si pudieran tenerle presente en tales actos como el de las bodas, para que en él aprendieran a callar, a moderarse y componer el interior y medir las acciones exteriores sin liviandad y soltura; pues nunca es tan necesaria la templanza como cuando es mayor el peligro y siempre en las mujeres es mayor gala, hermosura y bizarría el silencio, detenimiento y encogimiento, con que se cierra la entrada a muchos vicios y se coronan las virtudes de la mujer casta y honesta.

1038. En la mesa comieron el Señor y su Madre Santísima de algunos regalos de los que servían, pero con suma templanza y disimulación de su abstinencia. Y aunque a solas no comían de estos manjares, como antes he dicho (cf. *supra* n.898), pero los Maestros de la perfección, que no querían reprobar la vida común de los hombres, sino perfeccionarla con sus obras, se acomodaban a todos sin extremos ni singularidad pública, en lo que por otra parte no

era reprehensible y se podía hacer con perfección. Y como el Señor lo enseñó por ejemplo, lo dejó también por doctrina a sus apóstoles y discípulos, ordenándoles que comiesen de lo que les fuese dado cuando iban a predicar (Mt 10,10; Lc 10,8 (A.)) y no se hiciesen singulares, como imperfectos y poco sabios en el camino de la virtud y porque el verdadero pobre y humilde no ha de elegir manjares. Sucedió que faltó vino en la mesa, por dispensación divina, para dar ocasión al milagro, y la piadosa Reina dijo al Salvador: “*Señor, el vino ha faltado en este convite.*” La respondió Su Majestad: “*Mujer, ¿qué me toca a mí y a ti? Aún no es llegada mi hora.*” (Jn 2,3-4) Esta respuesta de Cristo no fue de reprensión, sino de misterio; porque la prudentísima Reina y Madre no pidió el milagro casualmente, antes bien con luz divina conoció que era tiempo oportuno de manifestarse el poder divino de su Hijo Santísimo y no pudo tener ignorancia de esto la que estaba llena de sabiduría y ciencia de las obras de la Redención y del orden que en ellas había de guardar nuestro Salvador, a qué tiempos y en qué ocasiones las había de ejecutar. Y también es de advertir que Su Divina Majestad no pronunció estas palabras con semblante de reprender, sino con magnificencia y serenidad apacible. Y aunque no llamó a la Virgen madre sino mujer, era porque, como arriba dije (Cf. supra n.960), no la trataba entonces con tanta dulzura de palabras.

1039. El misterio de la respuesta de Cristo nuestro Señor fue confirmar a los discípulos en la fe de la divinidad y comenzar a manifestarla a todos, mostrándose Dios verdadero e independiente de su Madre en el ser divino y potestad de hacer milagros. Y por esta causa tampoco la llamó madre, callando este nombre, y llamándola mujer, diciendo: “¿Qué te toca o qué tenemos que ver tú y yo en esto?” Que fue decir: “la potestad de hacer milagros no la recibí yo de ti, aunque me diste la naturaleza humana en que los he de obrar, porque sólo a mi divinidad toca el hacerlos y para ella no es llegada mi hora.” Y en esta palabra dio a entender que la determinación de las maravillas no era de su Madre Santísima, sino de la voluntad de Dios, no obstante que la prudentísima Señora lo pedía en tiempo oportuno y conveniente; pero junto con esto quiso el Señor se entendiese que había en él otra voluntad más que la humana, y que aquella era divina y superior a la de su Madre y que no estaba subordinada a ella, mas antes la de la Madre estaba sujeta a la que tenía como verdadero Dios. Y en consecuencia de esto, al mismo tiempo infundió Su Majestad en el interior de sus discípulos nueva luz con que conocieron la unión hipostática de las dos naturalezas en la persona de Cristo, y que la humana la había recibido de su Madre y la divina por la generación eterna de su Padre.

1040. Conoció la gran Señora todo este sacramento, y con severidad apacible dijo a los criados que servían a la mesa: “*Haced lo que mi Hijo ordenare*” (Jn 2,5), En las cuales palabras, a más de la sabiduría que suponen de la voluntad de Cristo que conocía la prudentísima Madre, habló como maestra de todo el linaje humano, enseñando a los mortales, que para remediar todas nuestras necesidades y miserias es necesario y suficiente de nuestra parte hacer todo lo que manda el Señor y los que están en su lugar. Tal doctrina no pudo salir menos que de tal Madre y Abogada que, deseosa de nuestro bien y como quien conocía la causa que suspende o impide el poder divino para que no haga muchas y muy grandes maravillas, quiso proponernos y enseñarnos el remedio de nuestras menguas y desdichas, encaminándonos a la ejecución de la voluntad del Altísimo, en que consiste todo nuestro bien. Mandó el Redentor del mundo a los ministros de las mesas que llenasen de agua sus hidrias o tinajillas, que según las ceremonias de los hebreos tenían para estos ministerios. Y habiéndolas llenado todas, mandó el mismo Señor que sacasen de ellas el vino en que las convirtió y lo llevasen al architriclino, que era el principal en la mesa y hacía cabecera en ella, y era uno de los sacerdotes de la ley. Y como gustase del milagroso vino, admirado llamó al novio y le dijo: “*Cualquiera hombre cuerdo pone primero el mejor vino para los convidados y cuando están ya satisfechos pone lo peor, pero tú lo has hecho al revés, que guardaste lo más generoso para lo último de la comida.*”

1041. No sabía el architriclino entonces el milagro, cuando gustó el vino, porque estaba en la cabecera de la mesa y Cristo nuestro Maestro con su Madre Santísima y discípulos en los lugares inferiores y de abajo, enseñando con la obra lo que después había de enseñar con la doctrina (Lc 14,8-10 (A.)), que en los convites no echemos el ojo al mejor lugar, sino que por nuestra voluntad elijamos el ínfimo. Pero luego se publicó la maravilla de haber convertido nuestro Salvador el agua en vino y “*se manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos*”, como dice el evangelista (Jn 2,11), porque de nuevo creyeron y se confirmaron más en la fe. Y no solos creyeron ellos, pero otros muchos de los que estuvieron presentes creyeron que era el verdadero Mesías y le siguieron, acompañándole hasta la ciudad de Cafarnaúm (Mt 4,13 (A.)), a donde con su Madre y discípulos dice el evangelista que fue Su Majestad desde Caná, y allí dice San Mateo que comenzó a predicar, declarándose ya por maestro de los hombres. Y lo que dice San Juan, que con esta señal o milagro manifestó el Señor su gloria, no es negar que hizo otros primero en oculto, sino suponerlo, y que en este milagro manifestó su gloria que no había manifestado antes en otros, porque no quiso ser conocido por autor de ellos, que no era tiempo oportuno ni el determinado por la Sabiduría divina. Y es cierto que en Egipto hizo muchos y

admirables, cual fue la ruina de los templos y sus ídolos, como dije en su lugar (Cf. supra n.643,646,665). En todas estas maravillas hacía María Santísima actos de insigne virtud en alabanza del Altísimo y hecho de gracias de que su santo nombre se fuese manifestando. Y acudía al consuelo de los nuevos creyentes y al servicio de su Hijo Santísimo y todo lo llenaba con su incomparable sabiduría y oficiosa caridad. La ejercitaba fervorosísima, clamando al eterno Padre y suplicándole dispusiese los ánimos y corazones de los hombres para que las palabras y luz del Verbo humanado los iluminase y desterrase de ellos las tinieblas de su ignorancia.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora del cielo.

1042. “Hija mía, olvido y descuido es sin disculpa el que tienen generalmente los hijos de la Iglesia en no procurar todos y cada uno de ellos que se dilate y manifieste la gloria de su Dios por todas las criaturas racionales, dando a conocer su nombre santo. Y esta negligencia es más culpable después que el Verbo eterno encarnó en mis entrañas, enseñó al mundo y le redimió para este fin. Por eso fundó Su Majestad la Santa Iglesia y le enriqueció de bienes y tesoros espirituales, de ministros y también de otros bienes temporales; que todo esto no sólo ha de servir para conservar la misma Iglesia con los hijos que tiene, sino también para amplificarla y traer otros de nuevo a la regeneración de la fe Católica. Todos deben ayudar a esto, para que se logre más el fruto de la muerte de su Reparador. Unos pueden hacerlo con oraciones y peticiones, con fervorosos deseos de la dilatación del santo nombre de Dios, otros con limosnas y otros con diligencias y exhortaciones y otros con su trabajo y solicitud. Pero si en esta remisión y negligencia son menos culpables los ignorantes y pobres y acaso no hay quien se lo ponga en la memoria, son muy reprobables los ricos y poderosos y mucho más los ministros de la Iglesia y sus prelados, a quien toca esta obligación más de lleno, y olvidados de tan terrible cargo como les espera, muchos convierten la verdadera gloria de Cristo en gloria suya propia y vana. Gastan el patrimonio de la sangre del Redentor en obras y fines que no son dignos de ser nombrados, y por cuenta suya perecen infinitas almas que con los medios oportunos pudieran venir a la Santa Iglesia, o a lo menos ellos tuvieran este merecimiento y el Señor la gloria de tener tan fieles ministros en su Iglesia. Y el mismo cargo se les hará a los príncipes y señores poderosos del mundo, que recibieron de la mana de Dios honra, hacienda y otros bienes temporales para convertirlos en gloria de Su Majestad, y ninguna cosa menos advierten que esta obligación.

1043. “De todos estos daños quiero que te duelas y que trabajes cuanto alcanzaren tus fuerzas, para que sea manifestada la gloria del Altísimo y conocido de todas las naciones y que de las piedras resuciten hijos de Abrahán (Mt 3,9), pues para toda es poderosa. Y para traerlas al suave yugo del Evangelio, pídele que envíe obreros (Lc 10,2) y ministros idóneos a su Iglesia, que es grande y mucha la mies y pocos los fieles trabajadores y celosos de granjearla. Sea para ti ejemplar vivo lo que te he manifestado de mi solicitud y maternal amor, con que trabajaba con mi Hijo y Señor en granjearle las almas y conservarlas en su doctrina y séquito, y nunca en el secreto de tu pecho se apague la llama de esta caridad y celo. Y también quiero que mi silencio y modestia, que has conocido tuve en las bodas, sea arancel inviolable para ti y tus religiosas, con que medir siempre las acciones exteriores, el recato, moderación y pocas palabras, en especial cuando estáis en presencia de hombres, porque estas virtudes son las galas que componen y asean a la esposa de Cristo, para que halle gracia en sus divinos ojos.”

CAPITULO 2

[Regresar al Principio](#)

Acompaña María Santísima a nuestro Salvador en la predicación, trabaja mucho en esto y cuida de las mujeres que le seguían y en todo procede con suma perfección.

1044. No fuera lejos del intento de esta Historia, cuando en ella pretendiera escribir los milagros y heroicas obras de Cristo nuestra Redentor y Maestro, porque casi en todas concurrió y tuvo alguna parte su beatísima y Santísima Madre. Mas no pueda intentar negocio tan ardua y sobre las fuerzas y capacidad humana, pues el evangelista San Juan, después de haber escrito tantas maravillas de su Maestro divino, dice en el fin de su evangelio que otras muchas hizo Jesús, las cuales, si se escribieran en singular, no podían caber los libros en todo el mundo (Jn 21,25). Y si le pareció tan imposible al evangelista, ¿qué puede presumir una mujer ignorante y más inútil que el polvo de la tierra? Lo que fue necesario y conveniente, la superabundante y suficiente para fundar y conservar la Iglesia, lo escribieron todos cuatro evangelistas y no es necesario repetirlo en esta Historia, aunque para tejerla y no dejar en silencio tantas obras de la gran Reina que

ellos no escribieron será forzoso tocar algunas particulares; que tenerlas escritas y en memoria juzgo será de consuelo y utilidad para mi aprovechamiento. Y lo demás que no escribieron los evangelistas en los Evangelios, ni yo tengo orden para escribirlo, se reserva para la vista beatífica, donde con especial gozo de los santos les será manifiesto en el Señor, y allí le alabarán por tan magníficas obras eternamente.

1045. Desde Caná de Galilea tomó Cristo Redentor nuestro el camino para Cafarnaum, ciudad grande y poblada cerca del mar de Tiberías, donde estuvo algunos días, como dice el evangelista San Juan (Jn 2,12 (A.)), aunque no muchos, porque llegándose el tiempo de la Pascua se fue acercando a Jerusalén, para celebrarla a los catorce de la luna de marzo. Le acompañó desde entonces su Madre Santísima, despedida por entonces de su casa de Nazaret, para seguirle en su predicación, como lo hizo siempre hasta la cruz; salvo en algunas ocasiones que por pocos días se apartaban, como cuando el Señor se fue al Tabor, o para acudir a otras conversiones particulares como a la samaritana, o porque la divina Señora se quedaba con algunas personas acabando de informarlas y catequizarlas, pero luego volvía a la compañía de su Hijo y Maestro, siguiendo al sol de justicia hasta el ocaso de su muerte. En estas peregrinaciones caminaba a pie la Reina del cielo, como su Hijo Santísimo. Y si el mismo Señor se fatigó en los caminos como consta del Evangelio (Jn 4,6 (A.)), ¿qué trabajo sería el de la purísima Señora y qué fatigas padecería en tantas jornadas y en todos tiempos sin diferencia? Con este rigor trató la Madre de misericordia su delicadísimo cuerpo. Y fue tanto lo que en solo esto trabajó por nosotros, que jamás podrán satisfacer esta obligación todos los mortales. Algunas veces llegó a sentir tantos dolores y quebrantos, disponiéndolo así el Señor, que era necesario aliviarla milagrosamente, como lo hacía Su Majestad, otras la mandaba descansar en algún lugar por algunos días, otras veces la aligeraba el cuerpo de manera que pudiera moverse sin dificultad tanto como si volara.

1046. Tenía la divina Maestra en su corazón escrita toda la doctrina y ley evangélica, como arriba está declarado (cf. supra n.714,776), y con ser esto así, era tan solícita y atenta en oír la predicación y doctrina de su Hijo Santísimo como si fuera nueva discípula, y tenía ordenado a sus ángeles santos que la ayudasen especialmente y si fuese menester la avisasen, para que no faltase jamás de la predicación del divino Maestro, salvo cuando estaba ausente. Y siempre que predicaba o enseñaba Su Majestad, le oía la gran Señora puesta de rodillas, dándole sola ella la reverencia y culto que se debía a la persona y a la doctrina, según sus fuerzas alcanzaban. Y porque siempre conocía, como he dicho en otros lugares (Cf. supra n.481, 990,1014), las operaciones del alma santísima de su Hijo, y que al mismo tiempo que predicaba estaba orando al Padre interiormente, para que la semilla de su santa doctrina cayese en corazones buenos y diese fruto de vida eterna, hacía la piadosísima Madre esta misma oración y peticiones por los oyentes de su divino Maestro y les daba las mismas bendiciones con ardentísima caridad y lágrimas. Y con su profunda reverencia y atención movía y enseñaba a todos el aprecio que debían hacer de la enseñanza y palabras del Salvador del mundo. Conoció a si mismo todos los interiores de los que asistían a la predicación de su Hijo Santísimo y el estado de gracia o pecado, de vicios o virtudes que tenían. Y la variedad de estos objetos ocultos a la capacidad humana causaban en la divina Madre diferentes y admirables efectos y todos de altísima caridad y otras virtudes, porque se inflamaba en el celo de la honra del Señor y de que el fruto de su Redención y obras no se perdiese en las almas, y el peligroso daño de ellas mismas en el pecado la movía a pedir su remedio con incomparable fervor. Sentía íntimo y lastimoso dolor de que Dios no fuese conocido, adorado y servido de todas sus criaturas, y este dolor era igual al conocimiento de las razones que para esto había y ella alcanzaba sobre todo entendimiento humano. De las almas que no admitían la gracia y virtud divina, se dolía con amargura inexplicable, porque solía llorar sangre en este sentimiento. Y en lo que padeció nuestra gran Reina en estas obras y cuidado excedió sin comparación a las penas que padecieron todos los mártires del mundo.

1047. A todos los discípulos que seguían al Señor y Su Majestad recibía para este ministerio, los trataba con incomparable sabiduría y prudencia, y a los que fueron señalados para apóstoles tenía en mayor veneración y aprecio, pero de todos cuidaba como Madre y a todos acudía como poderosa Reina, procurándoles para la vida corporal la comida y otras cosas necesarias. Y algunas veces ordenaba a los ángeles, cuando no había otro modo de buscarla, que para ellos y algunas mujeres de que cuidaba la trajesen de comer; pero de estas maravillas no daba más noticia de la que era necesaria para confirmarlos en la piedad y fe del Señor. Para ayudarles y adelantarlos en la vida espiritual, trabajó la gran Señora más de lo que se puede comprender, no sólo con las oraciones continuas y peticiones fervorosas que siempre hacía por ellos, pero con el ejemplo, consejo y advertencias que les daba los alimentó y crió como prudentísima Madre y Maestra. Y disponiéndolo así el Señor, cuando se hallaban los apóstoles y discípulos con alguna duda que tuvieron muchas a los principios o sentían alguna oculta tentación, luego acudían a la gran Señora para ser enseñados y aliviados de aquella incomparable luz y caridad que en ella resplandecía; y con la dulzura de sus palabras eran dignamente recreados y consolados, con su sabiduría quedaban enseñados y doctos, con su humildad rendidos,

con su modestia compuestos, y todos los bienes juntos hallaron en aquella oficina del Espíritu Santo y sus dones. Y por todos estos beneficios, por la vocación de los discípulos, por la conversión de cualquiera alma, por la perseverancia de los justos y por cualquiera obra de virtud y gracia, daba el retorno y era para la divina Señora día festivo y hacía nuevos cánticos por ello.

1048. Seguían también a Cristo nuestro Redentor en su predicación algunas mujeres desde Galilea, como lo dicen los evangelistas. San Mateo, San Marcos y San Lucas dicen (Mt 17,55; Mc 15,40; Lc 8,2 (A.)) que le acompañaban y servían algunas que había curado del demonio y de otras enfermedades; porque el Maestro de la vida a ningún sexo excluyó de su séquito, imitación y doctrina, y así le fueron asistiendo y sirviendo algunas mujeres desde el principio de la predicación, disponiéndolo su divina sabiduría, entre otros fines, para que su Madre Santísima tuviese compañía con ellas por la mayor decencia. De estas mujeres santas y piadosas tenía cuidado especial nuestra Reina y las congregaba, enseñaba y catequizaba, llevándolas a los sermones de su Hijo Santísimo. Y aunque para enseñarlas el camino de la vida eterna estaba ella tan ilustrada de la sabiduría y doctrina del Evangelio, con todo eso, disimulando en parte su gran secreto, se valía siempre de lo que todos habían oído a su Hijo Santísimo y con esto daba principio a las exhortaciones y pláticas que hacía a estas mujeres y a otras muchas que en diferentes lugares iban a ella después o antes de oír al Salvador del mundo. Y aunque no todas la seguían, pero la divina Madre las dejaba capaces de la fe y misterios que era necesario informarlas. Y fueron innumerables las mujeres que trajo al conocimiento de Cristo y al camino de la salud eterna y perfección del Evangelio; aunque en ellos no se habla de esto más que suponiendo seguían algunas a Cristo nuestro Señor, porque no era necesario para el intento de los evangelistas escribir estas particularidades. Hizo la poderosa Señora entre estas mujeres admirables obras, y no sólo las informaba en la fe y virtudes por palabras, sino que con ejemplo las enseñaba a usar y ejercitar la piedad visitando enfermos, pobres, hospitales, encarcelados y afligidos, curando por sus manos propias a los llagados, consolando a los tristes, socorriendo a los necesitados. En las cuales obras, si todas se hubieran de referir, era necesario gastar mucha parte de esta Historia o añadirla.

1049. Tampoco están escritos en la historia del Evangelio, ni en otras eclesiásticas, los innumerables y grandiosos milagros que hizo la gran Reina en el tiempo de la predicación de Cristo nuestro Señor, porque sólo escribieron de los que hizo el mismo Señor en cuanto convenía para la fe de la Iglesia, y era necesario que estuviese ya fundada y confirmada en ella primero que se manifestasen las grandezas particulares de su Madre Santísima. Pero, según lo que se me ha dado a entender, es cierto que no sólo hizo muchas conversiones milagrosas, pero que resucitó muertos, curó ciegos y dio salud a muchos. Y esto fue conveniente por muchas razones: lo uno, porque fue como coadjutora de la mayor obra a que vino el Verbo del eterno Padre a tomar carne al mundo, que fue la predicación y redención, y por ella abrió los tesoros de su omnipotencia y bondad infinita, manifestándola por el Verbo humanado y por su digna Madre; lo otro, porque en estas maravillas fue gloria de entrambos que la misma Madre fuese semejante al Hijo y llegase ella al colmo de todas las gracias y merecimientos correspondientes a su dignidad y premio, y porque con este modo de obrar acreditase a su Hijo Santísimo y su doctrina, y así la ayudase en su ministerio con mayor alteza, eficacia y excelencia. Y el estar ocultas estas maravillas de María Santísima fue disposición del mismo Señor y petición de la prudentísima Madre; y así las hacía con tanta disimulación y sabiduría, que de todo se le diese la gloria al Redentor, en cuyo nombre y virtud eran hechas. Y este modo guardaba también en enseñar a las almas: porque no predicaba en público ni en los puestos y lugares determinados para los que lo hacían por oficio, como maestros y ministros de la palabra divina, porque este oficio no ignoraba la gran Señora que no era para las mujeres (1 Cor 14,34), pero en pláticas y conversaciones privadas hacía estas obras con celestial sabiduría, eficacia y prudencia. Y por este modo y sus oraciones hizo más conversiones que todos los predicadores del mundo han hecho.

1050. Esto se entenderá mejor sabiendo que, a más de la virtud divina que tenían sus palabras, sabía y conocía los naturales, las condiciones, inclinaciones y costumbres de todos, el tiempo, disposición y ocasión más oportuna para reducirlos al camino de la luz, y a esto se juntaban sus oraciones, peticiones y la dulzura de sus prudentísimas razones. Y gobernados todos estos dones por aquella caridad ardentísima con que deseaba reducir a todas las almas al camino de la salud y llevarlas al Señor, era consiguiente que la obra de tales instrumentos fuese grandiosa y rescatase infinitas almas y las ilustrase y moviese; porque nada pedía al Señor que se le negase, y ninguna obra hacía vacía y sin el lleno de santidad que pedía, y siendo ésta de la Redención la principal, sin duda cooperó a ella más de lo que en la vida mortal podemos conocer. En todas estas obras procedía la divina Señora con rara mansedumbre, como una paloma sencillísima, y con extremada paciencia y sufrimiento, sobrellevando las imperfecciones y rudeza de los nuevos fieles y alumbrando sus ignorancias, porque era multitud grande los que acudían a ella en determinándose a la fe del Redentor.

Siempre guardaba la serenidad de su magnificencia de gran Reina, pero junto con ella era tan suave y humilde, que sola Su Alteza pudo juntar estas perfecciones en sumo grado, a imitación del mismo Señor. Y entrambos trataban a todos con tanta humanidad y llaneza de perfectísima caridad, que a nadie se le pudo admitir excusa de no ser enseñado de tales maestros. Hablaban, conversaban y comían con los discípulos y mujeres que les seguían, con la medida y peso que convenía para que nadie se extrañase, ni pensase que el Señor no era hombre verdadero, hijo natural de María Santísima, y por esto admitía el Señor otros convites con tanta afabilidad, como consta de los Evangelios santos.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

1051. “Hija mía, verdad es que yo trabajé más de lo que piensan y conocen los mortales en acompañar y seguir a mi Hijo Santísimo hasta la cruz, y después no fueron menores mis cuidados, como entenderás para escribir la tercera parte de mi vida. Pero entre las molestias de mis trabajos era de incomparable gozo para mi espíritu ver que el Verbo humanado iba obrando la salud de los hombres y abriendo el libro cerrado con siete sellos (Ap 5,1) de los misterios ocultos de su divinidad y humanidad santísima; y no me debe menos el linaje humano por lo que me alegraba del bien de cada uno, que por el cuidado con que se le procuraba, porque todo nacía de un mismo amor. En éste quiero que me imites, como frecuentemente te amonesto. Y aunque no oyes con el cuerpo la doctrina de mi Hijo Santísimo, ni su voz y predicación, también puedes imitarme en la reverencia con que yo le oía, pues él mismo es el que te habla al corazón y una misma es la verdad y enseñanza; y así te ordeno que cuando reconoces esta luz y voz de tu Esposo y Pastor, te arrodilles con reverencia para atender a ella y con hecho de gracias le adora y escribe sus palabras en tu pecho; y si estuvieres en lugar público, donde no puedas hacer esta humillación exterior, la harás con el afecto. Y en todo le obedece como si te hallaras presente a su predicación, pues así como el oírla entonces con el cuerpo sin obrarla no te hiciera dichosa, ahora lo serás si obras lo que oyes en el espíritu, aunque no sea con los oídos exteriores. Grande es tu obligación, porque es grande contigo la liberalísima piedad y misericordia del Altísimo y la mía. No seas tarda de corazón, ni te halles pobre entre tantas riquezas de la divina luz.

1052. “Y no sólo a la voz interior del Señor has de oír con reverencia, sino también a sus ministros, sacerdotes y predicadores, cuyas voces son los ecos de la del altísimo Dios y los acueductos por donde se encamina la doctrina sana de vida, derivada de la fuente perenne de la verdad divina. En ellos habla Dios y resuena la voz de su divina ley; óyelos con tanta reverencia, que jamás halles defecto en ellos ni los juzgues; para ti todos han de ser sabios y elocuentes y en cada uno has de oír a Cristo mi Hijo y mi Señor. Y con esto estarás advertida para no caer en la osadía loca de los mundanos, que con vanidad y soberbia muy reprehensible y odiosa en los ojos de Dios desprecian a sus ministros y predicadores, porque no les hablan a satisfacción de su depravado gusto. Como no van a oír la verdad divina, sólo juzgan de los términos y del estilo, como si la palabra de Dios no fuera sencilla y eficaz, sin tanto adorno y compostura de razones, ajustadas al oído enfermo de los que asisten a ella. No tengas en poco este aviso, y atiende a todos cuantos te diere en esta Historia, que como Maestra quiero informarte en lo poco y en lo mucho, en lo grande y en lo pequeño, porque el obrar en todo con perfección siempre es cosa grande. Asimismo te advierto que para los pobres y ricos que te hablan seas igual, sin diferencia ni acepción de personas, que ésta es otra falta común entre los hijos de Adán, y mi Hijo Santísimo y yo la condenamos y reprobamos, mostrándonos a todos igualmente afables y más con los más despreciados, afligidos y necesitados. La humana sabiduría atiende a las personas, no al ser de las almas ni a sus virtudes, sino a la ostentación mundana, pero la prudencia del cielo mira a la imagen de Dios en todos. Tampoco debes extrañar de que tus hermanos y próximos entiendan de ti que padeces los defectos de la naturaleza, que son pena del primer pecado, como las enfermedades, cansancio, hambre y otras pensiones. Tal vez el ocultar estos defectos es hipocresía o poca humildad, y los amigos de Dios sólo han de temer el pecado y desear morir por no cometerle; todos los otros defectos no manchan la conciencia, ni es necesario ocultarlos.

CAPITULO 3

[Regresar al Principio](#)

La humildad de María Santísima en los milagros que obraba Cristo nuestro Salvador y la que enseñó a los apóstoles, para los que ellos habían de obrar en la virtud divina, y otras advertencias.

1053. El principal argumento de toda la Historia de María Santísima, si con atención se considera, es una demostración clarísima de la humildad de esta gran Reina y Señora de los humildes; virtud tan inefable en ella, que ni

puede ser dignamente alabada, ni con proporción encarecida, porque ni de los hombres ni de los ángeles fue suficientemente comprendida en su impenetrable profundidad. Pero así como en todas las confecciones y medicinas saludables entra la suavidad y dulzura del azúcar y a todas les da su punto, acomodándose a ellas aunque sean más diferentes, así en todas las virtudes de María Santísima y en sus obras entra la humildad, levantándolas de punto y acomodándolas al gusto del altísimo Señor y de los hombres, de suerte que por la humildad la miró Su Majestad y la eligió, y por ella misma todas las naciones la llaman bienaventurada (Lc 1,48). No perdió la prudentísima Señora un punto, ni ocasión, ni tiempo ni lugar en toda su vida, que dejase perder sin obrar las virtudes que podía, pero mayor maravilla fue que no hiciese obra de virtud sin que entrase en ella su rara humildad. Esta virtud la levantó sobre todo lo que no fue el mismo Dios; pero así como en humildad venció María Santísima a todas las criaturas, también por ella venció en su modo al mismo Dios, para hallar tanta gracia en sus ojos (Eclo 3,20-21 (A.)) que ninguna gracia le negó el Señor para sí ni para otros, si ella la pidiese. Venció la humildísima Señora a todas las criaturas en humildad, porque en su casa, como queda dicho en la primera parte (Cf. supra p.I n.400, 473: p.II n.419,900; p.III n.560ss), convenció a su madre Santa Ana y sus domésticos para que la dejaran ser humilde; en el templo, a todas las doncellas y compañeras; en el matrimonio, a San José; en los ministerios humildes, a los ángeles; en las alabanzas, a los apóstoles y evangelistas para que las ocultasen; al Padre y al Espíritu Santo los venció con la humildad para que le ordenasen; y a su Hijo Santísimo, para que la tratase de suerte que no diese motivo a ser alabada de los hombres con sus milagros y doctrina.

1054. Este linaje de humildad tan generosa de que ahora trato fue sola para la humildísima entre los humildes, porque ni los demás hijos de Adán ni los mismos ángeles pueden llegar a ella por la circunstancia de las personas, cuando por otras causas no desfalleciéramos tanto en esta virtud. Entenderemos esta verdad, advirtiendo que en los demás mortales con la mordedura de la antigua serpiente quedó tan entrañado el veneno de la soberbia, que para echarle fuera ordenó la divina sabiduría que sirviese de medicina el efecto del mismo pecado, para que el conocimiento de los propios defectos, y tan propios de cada uno, nos dieran a conocer nuestra bajeza, que no conocimos en el ser que tuvimos. Claro está que aunque tenemos alma espiritual, pero en este orden tiene el inferior grado, como Dios tiene el supremo y la naturaleza angélica el medio, y por la parte del cuerpo no sólo somos del ínfimo elemento, que es tierra, pero de lo inmundo de ella, que es el barro. Y todo esto no fue ocioso en la sabiduría y poder divino, sino con acuerdo grande, para que el barro tomase su lugar y siempre se reputase para el ínfimo asiento y estuviese en él, aunque se viese más aliñado y adornado de gracias, porque estaban en vaso frágil de barro y polvo. Pero todos perdimos el juicio y desatinamos en esta virtud y humildad tan legítima del ser del hombre, y para restituírnos a otra es necesario que experimentemos, en el deseo sensual y sus pasiones y en nuestras desconcertadas acciones, que somos viles y contentibles. Y aun no basta experimentarlo cada día, para que nos vuelva el seso y confesemos que es inicua perversidad apetecer honra y excelencia humana, quien por naturaleza es polvo y barro y por sus obras indigno aun de tan bajo y terreno ser.

1055. Sola María Santísima, sin haberle tocado la culpa de Adán ni sus efectos peligrosos y feos, conoció el arte de la mayor humildad y la llevó a su punto, y sólo porque conoció el ser de la criatura se humilló más que todos los hijos de Adán, conociendo ellos sobre el ser terreno sus pecados propios. Los demás, si fueron humildes, fueron primero humillados, y por la humillación entraron como compelidos en la humildad, y han de confesar con David (Sal 118,67.71 (A.)): “Antes que me humillara delinquí;” y en otro verso: “Bueno fue, Señor, para mí que me humillaste para venir a conocer tus justificaciones.” Pero la Madre de la humildad no entró en ella por la humillación, y antes fue humilde que humillada, y nunca humillada con culpas ni pasiones, sino siempre generosamente humilde. Y si los ángeles no entran en cuenta con los hombres, porque son de superior jerarquía y naturaleza, sin pasiones ni culpas, con todo eso no pudieron estos soberanos espíritus alcanzar la humildad de María Santísima, aunque también se humillaron ante su Criador por ser hechuras suyas. Pero lo que tuvo María Santísima de ser terreno y humano, eso le fue motivo para aventajarse a los ángeles por esa parte, que no les pudo mover tanto a ellos su propio ser espiritual para abatirse tanto como esta divina Señora. Y sobre esto se añade la dignidad de ser Madre de Dios y Señora de todas las criaturas y de los mismos ángeles, que ninguno de ellos pudo reconocer en sí dignidad ni excelencia que levantase tanto de punto la virtud de la humildad, como se hallaba en nuestra divina Maestra.

1056. En esta excelencia fue singular y única; que siendo Madre del mismo Dios y Reina de todo lo criado, no ignorando esta verdad, ni los dones de gracia que para ser digna Madre había recibido, ni las maravillas que por ellos obraba, y que todos los tesoros del cielo depositaba el Señor en sus manos y a su disposición, con todo eso, ni por madre, ni por inocente, ni por poderosa y favorecida, ni por sus obras milagrosas, ni por las de su Hijo Santísimo, se

levantó jamás su corazón del lugar más ínfimo entre todas las criaturas. ¡Oh rara humildad! ¡Oh fidelidad nunca vista entre los mortales! ¡Oh sabiduría que ni los ángeles pudieron alcanzar entre sí mismos! ¿Quién hay que siendo conocido de todos por el mayor, se desconozca él solo y repunte por el más pequeño? ¿Quién supo esconder de sí mismo lo que todos publican de él? ¿Quién para sí fue contentible, siendo para todos admirable? ¿Quién entre la suma excelencia y alteza no perdió de vista la bajeza y convidado con el lugar supremo eligió el ínfimo, y esto no por necesidad ni tristeza, no con impaciencia y forzada, sino con todo corazón, verdad y fidelidad? ¡Oh hijos de Adán, qué tardos y qué torpes somos en esta ciencia divina! ¡Cómo es necesario que nos oculte muchas veces el Señor nuestros bienes propios, o que con ellos nos cargue algún lastre o contrapeso, para que no demos al través con todos sus beneficios y no meditemos ocultamente alguna rapiña de la gloria que se le debe como autor de todo! Entendamos, pues, cuán bastarda es nuestra humildad y cuán peligrosa, aunque alguna vez la tengamos, pues el Señor lo digamos así a nuestro modo ha menester tanto tiento y cuidado en fiarnos algún beneficio o virtud, por la delicadeza de nuestra humildad, y pocas veces nos fía sus dones sin que en ellos eche alguna sisa nuestra ignorancia, a lo menos de complacencia y liviana alegría.

1057. Admiración fue para los ángeles de María Santísima, en los milagros de Cristo nuestro Señor, ver el proceder y humildad que en ellos tenía la gran Señora, porque no estaban acostumbrados a ver en los hijos de Adán, ni aun entre sí mismos, aquel modo de abatimiento entre tanta excelencia y obras tan gloriosas; ni se admiraban tanto los divinos espíritus de las maravillas del Salvador, porque ya habían conocido y experimentado en ellas su omnipotencia, como de la fidelidad incomparable con que la beatísima Señora reducía todas aquellas obras en gloria del mismo Dios, reputándose a sí misma por tan indigna como si fuera beneficio suyo no dejarlas de hacer su Hijo Santísimo por estar ella en el mundo. Y este género de humildad caía sobre ser ella el instrumento que casi en todas las obras milagrosas movía con sus peticiones al Salvador actualmente para que las hiciese; a más de que, como en otras partes he dicho (cf. supra n.788), si María Santísima no interviniera entre los hombres y Cristo, no llegara el mundo a tener la doctrina del Evangelio ni mereciera recibirla.

1058. Eran los milagros y obras de Cristo nuestro Señor tan nuevas en el mundo, que no podía dejar de resultar para su Madre Santísima gran gloria y estimación, porque no sólo era conocida de los discípulos y apóstoles, sino que los nuevos fieles acudían casi todos a ella, confesándola por Madre del verdadero Mesías, y le daban muchos parabienes de las maravillas que hacía su Hijo Santísimo. Y todos estos sucesos eran un nuevo crisol de su humildad, porque se pegaba con el polvo y se deshacía en su estimación sobre todo pensamiento criado. Y no se quedaba en este abatimiento tarda y desagradecida, porque junto con humillarse por todas las obras admirables de Cristo daba dignas gracias al eterno Padre por cada una de ellas y llenaba el vado de la ingratitud humana. Y con la oculta correspondencia que su alma purísima tenía con la del mismo Salvador, le prevenía para que divirtiese la gloria que los oyentes de su divina palabra la daban a ella, como sucedió en algunas ocasiones de las que cuentan los evangelistas. La una, cuando dio salud al endemoniado mudo, y porque los judíos lo atribuyeron al mismo demonio, despertó el Señor aquella mujer fiel que a voces dijo: *“Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que te dieron leche.”* (Lc 11,27). Oyendo estas razones la humilde y advertida Madre, pidió en su interior a Cristo nuestro Señor que divirtiese de ella aquella alabanza, y condescendió Su Majestad con ella de tal manera, que la alabó más por otro modo entonces oculto, porque dijo el Señor: *“Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan”* (Lc 11,28; Mt 12,50 (A.)). Y con estas palabras deshizo la honra que a María purísima le daban por Madre y se la dio por santa, enseñando a los oyentes de camino lo esencial de la virtud común a todos, en que su Madre era singular y admirable, aunque por entonces no lo entendieron.

1059. El otro suceso fue, cuando refiere San Lucas que estando predicando nuestro Salvador le dijeron que venían a él su Madre y hermanos y no podían llegar a donde estaba por la multitud de la gente; y la prudentísima Virgen, previniendo algún aplauso de los que la conocían por Madre del Salvador, pidió a Su Majestad lo divirtiese, como lo hizo respondiendo: *Mi Madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre, oyen su palabra y la cumplen* (Lc 8,21 (A.)). Y en estas razones tampoco excluyó el Señor a su Madre de la honra que merecía por su santidad, antes bien la comprendió más que a todos; pero se la dio de suerte que no fuese celebrada entre los circunstantes, y ella consiguiese su deseo de que sólo el Señor fuese conocido y alabado por sus obras. En estos sucesos advierto que los digo como diferentes, porque así lo he entendido, y que fueron en diferentes lugares y ocasiones, como lo refiere San Lucas en los capítulos 8 y 11. Y porque San Mateo en el capítulo 12 refiere el mismo milagro de la cura del endemoniado mudo y luego dice que avisaron al Salvador que su Madre estaba fuera con sus hermanos y le querían hablar y lo demás que acabo de referir, por esto algunos expositores sagrados han juzgado que todo lo dicho en estos

dos sucesos fue junto y sola una vez. Pero habiéndolo yo preguntado de nuevo por orden de la obediencia, me fue respondido que fueron casos diferentes los que cuenta San Lucas en diversas ocasiones, como se puede colegir de lo demás que contienen los dos capítulos del evangelista antes de las palabras referidas; porque después del milagro del endemoniado refiere San Lucas (Lc 11,27 (A.)) el suceso de la mujer que dijo: *Beatus venter*, etcétera. Y el otro suceso refiere en el capítulo 8, después que predicó el Señor la parábola de la semilla, y el uno y otro suceso fue inmediato a lo que acababa de referir.

1060. Para que mejor se entienda que no discordar los evangelistas, y la razón por qué fue la Reina Santísima a buscar a su Hijo en las ocasiones que dicen, advierto que para dos fines iba de ordinario la divina Madre a donde predicaba Cristo nuestro Salvador y Maestro. El uno por oírle, como arriba dije (Cf. supra n.1046); el otro, porque era necesario pedirle algún beneficio para las almas, por la conversión de algunas y salud de los enfermos y necesitados; porque estas causas y el remedio de ellas las tomaba por su cuenta la piadosísima Señora, como sucedió en las bodas de Caná. Y para estos y otros fines bien ordenados iba a buscarle, o avisada de los santos ángeles o movida por la luz interior, y ésta fue la razón de ir a donde estaba Su Majestad en las ocasiones que refieren los evangelistas. Y como no sucedía esto sola una vez sino muchas, y el concurso de la gente que seguía la predicación del Salvador era tan grande, por esto sucedió que las dos veces que refieren los evangelistas, y otras que no dicen, fuese avisado de que su Madre y hermanos le buscaban, y en estas dos ocasiones respondió las palabras que dicen San Mateo y San Lucas. Y no es maravilla que en diferentes partes y lugares repitiese las mismas, como lo hizo de aquella sentencia: *Todo aquel que se ensalzare será humillado; y el que se humillare será ensalzado*; que la dijo el Señor una vez en la parábola del publicano y fariseo y otra en la de los convidados a las bodas, como lo refiere San Lucas en los capítulos 14 y 18 (Lc 14,11; 18,14), y aun San Mateo (Mt 23,12 (A.)) lo cuenta en otra ocasión.

1061. Y no sólo fue humilde para sí María Santísima, sino que fue gran maestra de los apóstoles y discípulos en esta virtud, porque era necesario que se fundasen y arraigasen en ella para los dones que habían de recibir y las maravillas que con ellos habían de obrar, no sólo adelante en la fundación de la Iglesia, sino también desde luego en su predicación. Los sagrados evangelistas dicen que nuestro celestial Maestro envió delante de sí primero a los apóstoles (Mt 10,5; Lc 9,2 (A.)) y después a los setenta y dos discípulos (Lc 10,1 (A.)), y les dio potestad de hacer milagros expeliendo demonios y curando enfermos. Y la gran Maestra de los humildes les advirtió y exhortó con ejemplo y palabras de vida cómo se habían de gobernar en obrar estas maravillas. Y con su enseñanza y peticiones se les infundió a los apóstoles nuevo espíritu de profunda humildad y sabiduría para conocer con más claridad cómo aquellos milagros los hacían en virtud del Señor y que a su poder y bondad sola se le debía toda la gloria de aquellas obras, porque ellos eran unos puros instrumentos; y como al pincel no se le debe la gloria de la pintura, ni a la espada de la victoria, y todo se le atribuye al pintor y al capitán o soldado que lo mueve o gobierna, así la honra y alabanza de las maravillas que harían, toda la habían de remitir a su Señor y Maestro, de quien todo bien se deriva. Y es de advertir que nada de esta doctrina se halla en los Evangelios que les dijese el Señor a los apóstoles antes que fuesen a la predicación, porque esto lo hizo la divina Maestra. Y con todo eso, cuando volvieron los discípulos a la presencia de Cristo nuestro Señor y muy alegres le dijeron que en su nombre se les habían sujetado los demonios (Lc 10,17 (A.)), entonces el Señor les advirtió que les había dado aquella potestad, pero que no se holgasen por aquellas obras, sino porque sus nombres estaban escritos en el cielo. Tan delicada como esto es nuestra humildad, que aun en los mismos discípulos del Señor tuvo necesidad de tantos magisterios y preservativos.

1062. Para fundar después la Santa Iglesia, fue más importante esta ciencia de la humildad que Cristo nuestro Maestro y su Madre Santísima enseñaron a los apóstoles, por las maravillas que obraron en virtud del mismo Señor, en confirmación de la fe y predicación del Evangelio; porque los gentiles, acostumbrados a dar ciegamente divinidad a cualquiera cosa grande y nueva, viendo los milagros que los apóstoles hacían, los quisieron adorar por dioses, como sucedió a San Pablo y San Bernabé en Licaonia, por ver curado un tullido desde su nacimiento (Act 14,9), y a San Pablo le llamaban Mercurio y a San Bernabé Júpiter. Y después en la isla de Malta, porque San Pablo no murió de la picadura de una víbora como sucedía a todos los que estas serpientes mordían, le llamaron Dios (Act 28,6). Todos estos misterios y razones prevenía María Santísima con la plenitud de su ciencia, y como coadjutora de su Hijo Santísimo concurría en la obra de Su Majestad y de la fundación de la ley de gracia. En el tiempo de la predicación, que fue tres años, subió Cristo nuestro Señor a celebrar la Pascua a Jerusalén tres veces, y siempre le acompañó su beatísima Madre y se halló presente cuando a la primera ocasión sacó del templo con el azote a los que vendían ovejas, palomas y bueyes en aquella casa de Dios. En estas obras y en las demás que hizo el Salvador ofreciéndose al Padre en aquella ciudad y lugares donde había de padecer, en todas le siguió y acompañó la gran Señora, con admirables afectos de encumbrado

amor y acciones de virtudes heroicas, según y como le tocaba, sin perder alguna, y dando a todas la plenitud de perfección que cada una pedía en su orden y ejercitando principalmente la caridad ardentísima que tenía derivada del ser de Dios, que, como estaba en Su Majestad y Dios en ella, era caridad del mismo Señor la que ardía en su pecho y la encaminaba a solicitar el bien de los prójimos con todas sus fuerzas y conato.

Doctrina que me dio la misma Reina del cielo.

1063. “Hija mía, toda su maldad y astucia estrenó la antigua serpiente en borrar del corazón humano la ciencia de la humildad, que como semilla santa sembró en él la clemencia de su Hacedor, y en su lugar derramó este enemigo la impía cizaña de la soberbia. Para arrancar ésta y restituirse el alma al bien perdido de la humildad, es necesario que consienta y quiera ser humillada de otras criaturas y que pida al Señor con incesantes deseos y verdadero corazón esta virtud y los medios para conseguirla. Muy contadas son las almas que se aplican a esta sabiduría y alcanzan la humildad con perfección, porque requiere un vencimiento lleno y total de toda la criatura, a que llegan muy pocos, aun de los que profesan la virtud; porque este contagio ha penetrado tanto las potencias humanas, que casi en todas las obras se refunde, y apenas hay alguna en los hombres que no salga con algún sabor de soberbia, como la rosa con espinas y el grano con la arista. Por esta razón hace el Altísimo tanto aprecio de los verdaderos humildes, y aquellos que alcanzan por entero el triunfo de la soberbia los levanta y coloca con los príncipes de su pueblo y los tiene por hijos regalados y los exime en cierto modo de la jurisdicción del demonio, ni él se les atreve tanto, porque teme a los humildes y sus victorias le atormentan más que las llamas del fuego que padece.

1064. “El tesoro inestimable de esta virtud deseo yo, carísima, que llegues a poseer con plenitud y que entregues al Muy Alto todo tu corazón dócil y blando, para que como cera fácil imprima sin resistencia en él la imagen de mis operaciones humildes. Y habiéndote manifestado tan ocultos secretos de este sacramento, es grande la deuda que tienes de corresponder a mi voluntad y no perder punto ni ocasión que te puedas humillar y adelantar en esta virtud que dejes de hacerlo, como conoces que yo lo hice, siendo Madre del mismo Dios y en todo llena de pureza y gracia, y con mayores dones me humillé más, porque en mi estimación excedían más a mis merecimientos y crecían mis obligaciones. Todos los demás hijos de Adán sois concebidos en pecado y ninguno hay que por sí mismo no peque. Y si nadie puede negar esta verdad de su naturaleza infecta, ¿qué razón hay para que no se humille a Dios y a los hombres? El abatirse hasta la tierra y ponerse en el último lugar después del polvo, no es grande humildad para quien ha pecado, porque siempre tiene más honra de la que merece, y el humilde verdadero ha de bajar a menos lugar del que le toca. Si todas las criaturas le desprecian y aborrecen o le ofenden, si se reputa por digno del infierno, todo esto será justicia más que humildad, porque todo es darle su merecido. Pero la profunda humildad se extiende a desear mayor humillación de la que le corresponde de justicia al humilde. Y por esto es verdad que ninguno de los mortales puede llegar al género de humildad que yo tuve, como lo has entendido y escrito, pero el Altísimo se da por servido y obligado de que se humillen en lo que pueden y deben de justicia.

1065. “Vean ahora los pecadores soberbios su fealdad y entiendan son monstruos del infierno en imitar a Lucifer en la soberbia. Porque este vicio le halló hermoso y con grandes dones de gracia y naturaleza, y aunque se desvaneció de los bienes recibidos, pero en efecto los poseía y los tenía como por suyos; mas el hombre, que es barro, y sobre eso ha pecado y está lleno de fealdad y abominaciones, monstruo es si se quiere engrer y desvanecer, y por este desatino excede al mismo demonio, porque ni tiene la naturaleza tan noble, ni la gracia y hermosura que tenía Lucifer. Y este enemigo y sus secuaces desprecian y hacen burla de los hombres que con tan bajas condiciones se ensoberbecen, porque conocen su locura y delirio contentible y vano. Atiende, pues, hija, a este desengaño y humíllate más que la tierra, sin mostrar más sentimiento que ella cuando el Señor por sí o por las criaturas te humilla. De ninguna te juzgues agraviada ni te des por ofendida; y si aborreces la ficción y mentira, advierte que la mayor es apetecer honra y lugar alto el que por cualquiera pecado, aunque sea leve, merece estar debajo de todo lo visible y más ínfimo del mundo. No atribuyas a las criaturas lo que Dios hace para humillarte a ti y a ellas con aflicciones y tribulaciones, porque esto es quejarse de los instrumentos, y es orden de la divina misericordia afligir con castigos, para reducir a los hombres a su humillación. Y así lo hace hoy Su Majestad con los trabajos que padecen estos reinos, si acabasen de conocerlo. Humíllate en la divina presencia por ti y por todos tus hermanos para aplacar su enojo, como si tú sola fueras culpada y como si no hubieras satisfecho, pues en la vida nadie puede saber si lo ha hecho, y procura aplacarle como si tú sola le hubieras ofendido. Y en los dones y favores que has recibido y recibieres muéstrate agradecida, como quien menos merece y tanto debe, y con este estímulo humíllate más que todos y trabaja sin cesar para que en parte satisfagas a la divina piedad, que tan liberal se ha mostrado contigo.

CAPITULO 4

[Regresar al Principio](#)

Con los milagros y obras de Cristo y con los de San Juan Bautista se turba y equivoca el demonio, Herodes prende y degüella a San Juan y lo que sucedió en su muerte.

1066. Prosiguiendo el Redentor del mundo en su predicación y maravillas, salió de Jerusalén por la tierra de Judea, donde se detuvo algún tiempo bautizando como dice el evangelista San Juan en el Capítulo 3 (Jn 3,22), aunque luego en el 4 (Jn 4,2) declara bautizaba por mano de sus discípulos y al mismo tiempo estaba su precursor Juan bautizando también en Enón, ribera del Jordán cerca de la ciudad de Salín. Y no era uno mismo el bautismo, porque el Precursor bautizaba en sola agua y con el bautismo de penitencia, pero nuestro Salvador daba su bautismo propio, que era la justificación y eficaz perdón de los pecados, como ahora lo hace el mismo Bautismo, infundiendo la gracia con las virtudes. Y a más de esta oculta eficacia y efectos del bautismo de Cristo, se juntaba la eficacia de sus palabras y predicación y la grandeza de los milagros con que todo lo confirmaba. Y por esto concurrieron a él más discípulos y seguidores que al Bautista, cumpliéndose lo que el mismo santo dijo, que convenía creciese Cristo y que él fuese menguado (Jn 3,30). Al bautismo de Cristo nuestro Señor asistía de ordinario su Madre Santísima, conociendo los efectos divinos que causaba en las almas aquella nueva regeneración, y como si ella los recibiera por medio del sacramento, los agradecía y daba el retorno a su Autor con cánticos de alabanza y grandes actos de las virtudes; con que en todas estas maravillas granjeaba incomparables y nuevos merecimientos.

1067. Cuando la disposición divina dio lugar a que se levantasen Lucifer y sus ministros de la ruina que padecían con el triunfo de Cristo nuestro Redentor en el desierto, volvió este dragón a reconocer las obras de la humanidad santísima, y dio lugar su Providencia divina para .que, quedando siempre oculto a este enemigo el principal misterio, conociese algo de lo que convenía para ser del todo vencido en su misma malicia. Conoció el grande fruto de la predicación, milagros y bautismo de Cristo Señor nuestro y que por este medio innumerables almas se apartarían de su jurisdicción, saliendo de pecado y reformando sus vidas. Y también conoció, en su modo, lo mismo en la predicación de San Juan y de su bautismo, aunque siempre ignoraba la oculta diferencia de los maestros y sus bautismos; pero del suceso conjeturó la perdición de su imperio, si pasaban adelante las obras de los nuevos predicadores Cristo nuestro bien y San Juan. Y con esta novedad se halló turbado y confuso Lucifer, porque se reconocía con flacas fuerzas para resistir al poder del cielo, que sentía contra sí por medio de aquellos nuevos hombres y doctrina. Turbado, pues, en su misma soberbia con estos recelos, juntó de nuevo otro conciliábulo con los demás príncipes de sus tinieblas y les dijo: “Grandes novedades son éstas que hallamos en el mundo estos años, y cada día van creciendo, y con ellas también mis recelos de que ya ha venido a él el Verbo divino, como lo tiene prometido, y aunque he rodeado todo el orbe, no acabo de conocerle. Pero estos dos hombres nuevos, que predicán y me quitan cada día tantas almas, me ponen en sospechoso cuidado; y al uno nunca le he podido vencer en el desierto y el otro nos venció y oprimió a todos cuando estuvo en él y nos ha dejado cobardes y quebrantados; y si pasan adelante con lo que han comenzado, todos nuestros triunfos se volverán en confusión. No pueden ser entrambos Mesías, ni tampoco entiendo si lo es alguno de ellos; pero el sacar tantas almas de pecado es negocio tan arduo, que ninguno lo ha hecho como ellos hasta ahora, y supone nueva virtud, que nos importa investigar y saber de dónde nace, y que acabemos con estos dos hombres. Y para todo me seguid y ayudadme con vuestras fuerzas y poder, astucia y sagacidad, y porque sin esto se vendrán a postrar nuestros intentos.

1068. Con este razonamiento determinaron aquellos ministros de maldad perseguir de nuevo a Cristo Salvador nuestro y a su gran precursor Juan; pero como no alcanzaban los misterios escondidos en la Sabiduría increada, aunque daban muchos arbitrios y sacaban grandes consecuencias, todas eran disparatadas y sin firmeza, porque estaban alucinados y confusos de ver por una parte tantas maravillas y por otra tan desiguales señales de las que ellos habían concebido de la venida del Verbo humanado. Y para que se entendiese más la malicia que él llevaba y todos sus aliados se hiciesen capaces de los intentos de su príncipe Lucifer, que eran de inquirir y descubrir lo que ignoraba, sintiendo quebranto sin saber por dónde venía, hacía juntas de demonios, para que manifestasen lo que habían visto y entendido, y les ofrecía grandes premios de imperios en su república de maldad. Y para que se enredase más la malicia de estos infernales ministros en su confusa indignación, permitió el Maestro de la vida que tuviesen mayor noticia de la santidad del Bautista. Y aunque no hacía los milagros que Cristo nuestro Redentor, pero las señales de su santidad eran grandiosas y en las virtudes exteriores era muy admirable. Y también le ocultó Su Majestad algunas extraordinarias maravillas de

las suyas al dragón, y en lo que él llegaba a conocer hallaba gran similitud entre Cristo y Juan, con que se vino a equivocarse, sin determinar sus sospechas a quién de los dos daría el oficio y dignidad de Mesías. Entrambos decía son grandes santos y profetas; la vida del uno es común, pero extraordinaria y peregrina; el otro hace muchos milagros, la doctrina es casi una misma; entrambos no pueden ser Mesías, pero, sean lo que fueren, yo los reconozco por grandes enemigos míos y santos y los he de perseguir hasta acabar con ellos.

1069. Comenzaron estos recelos en el demonio desde que vio a San Juan en el desierto con tan prodigioso y nuevo orden de vida desde su niñez, y le pareció era aquella virtud más que de puro hombre. Y por otra parte conoció también algunas obras y virtudes de la vida de Cristo nuestro Señor no menos admirables y las confería el dragón unas con otras. Pero como el Señor vivía con el modo más ordinario entre los hombres, siempre Lucifer investigaba cuanto podía quién sería San Juan. Y con este deseo incitó a los judíos y fariseos de Jerusalén, para que enviasen por embajadores a los sacerdotes y levitas que preguntasen al Bautista quién era (Jn 1,19), si era Cristo, como ellos pensaban con sugestión del enemigo. Y se deja entender que fue muy vehemente, pues pudieron entender que el Bautista, siendo de la tribu de Leví, notoriamente no podía ser Mesías, que conforme a las Escrituras había de ser de la tribu de Judá, y ellos eran sabios en la ley que no ignoraban estas verdades. Pero el demonio los turbó y obligó a que hiciesen aquella pregunta con doblada malicia del mismo Lucifer, porque su intento era que respondiese si lo era; y si no lo era, que se desvaneciese con la estimación en que estaba acerca del pueblo que lo pensaba y se complaciese vanamente en ella, o usurpase en todo o en parte la honra que le ofrecían. Y con esta malicia estuvo Lucifer muy atento a la respuesta de San Juan.

1070. Pero el santo Precursor respondió con admirable sabiduría, confesando la verdad de tal manera, que con ella dejase vencido al enemigo y más confuso que antes. Respondió que no era Cristo y replicándole si era Elías; porque los judíos eran tan torpes, que no sabían discernir entre la primera y segunda venida del Mesías, y como de Elías estaba escrito había de venir antes, por esto le preguntaron si era Elías; respondió, que no era él, sino que era la voz que clamaba en el desierto, como lo dijo Isaías, para que enderezasen los caminos del Señor (Jn 1,20-23). Todas las instancias que hicieron estos embajadores se las administró el enemigo, porque le parecía que si San Juan era justo diría la verdad, y si no, descubriría claramente quién era; pero cuando oyó que era voz quedó turbado, ignorando y sospechando si quería decir que era el Verbo eterno. Y creció le la duda, advirtiéndole en que San Juan no había querido manifestar a los judíos con claridad quién era. Y con esto engendró sospecha de que llamarse voz había sido disimulación, porque si dijera que era palabra de Dios, manifestaba que era el Verbo y por ocultarlo no se había llamado palabra sino voz; tan deslumbrado como esto andaba Lucifer en el misterio de la Encarnación. Y cuando pensó que los judíos quedaban ilusos y engañados, lo quedó él mucho más con toda su depravada teología.

1071. Con aquel engaño se enfureció más contra el Bautista; pero acordándose cuán mal había salido de las batallas que con el Señor tuvo a solas y que tampoco a San Juan le había derribado en culpa de alguna gravedad, determinó hacerle guerra por otro camino. Le halló muy oportuno, porque el Bautista santo reprendía a Herodes por el torpísimo adulterio que públicamente cometía con Herodías, mujer de Filipo, su mismo hermano, a quien se la había quitado, como dicen los evangelistas (Mt 14,3; Mc 6,17; Lc 3,19 (A.)). Conocía Herodes la santidad y razón de San Juan y le tenía respeto y temor y le oía de buena gana, pero esto, que obraba en el mal rey la fuerza de la razón y luz, pervertía la execrable y desmedida ira de aquella torpísima Herodías y su hija, parecida y semejante en costumbres a su madre. Estaba la adúltera arrebatada de su pasión y sensualidad y con esto bien dispuesta para ser instrumento del demonio en cualquiera maldad. Incitó al rey para que degollase al Bautista, instigándola primero a ella el mismo enemigo para que lo negociase por diferentes medios. Y habiendo echado preso al que era voz del mismo Dios y el mayor entre los nacidos, llegó el día que celebraba Herodes el cumplimiento de sus infelices años con un convite y festejo que hizo a los magistrados y caballeros de Galilea, donde era rey. Y como en la fiesta introdujese la deshonesta Herodías a su hija para que bailase delante los convidados, lo hizo a satisfacción del ciego rey y adúltero, con que se obligó y le ofreció a la saltatriz que pidiese cuanto deseaba, que todo se lo daría, aunque pidiese la mitad de su reino. Ella, gobernada por su madre y entrambos por la astucia de la serpiente, pidió más que el reino y que muchos reinos, que fue la cabeza del Bautista, y que luego se la diesen en un plato; y así lo mandó el rey por habérselo jurado y haberse sujetado a una deshonesto y vil mujer que le gobernase en sus acciones. Por ignominia afrentosa juzgan los hombres que les llamen mujer, porque les priva este nombre de la superioridad y nobleza que tiene el ser varones; pero mayor mengua es ser menos que mujeres dejándose mandar y gobernar de sus antojos, porque menos es y más inferior el que obedece y mayor es quien le manda. Y con todo eso hay muchos que cometen esta vileza sin reputarla por mengua, siendo tanto mayor y más indigna cuanto es más vil y execrable una mujer deshonesto, porque perdida esta virtud nada le queda que

no sea muy despreciable y aborrecible en los ojos de Dios y de los hombres.

1072. Estando preso el Bautista a instancia de Herodías, fue muy favorecido de nuestro Salvador y de su divina Madre por medio de los santos ángeles, con quien la gran Señora le envió a visitar muchas veces, y algunas le envió de comer mandándoles se lo preparasen y llevasen; y el Señor de la gracia le hizo grandes beneficios interiores. Pero el demonio, que quería acabar con San Juan, no dejaba sosegar el corazón de Herodías hasta verle muerto y se aprovechaba de la ocasión del festejo. Puso en el ánimo del rey Herodes aquella necia promesa y juramento que hizo a la hija de Herodías, y así le cegó más, para que impiamente juzgase por mengua y descrédito no cumplir el inicuo juramento con que había confirmado la promesa; y así mandó quitar la cabeza al precursor San Juan, como consta del Evangelio (Mc 6,27). Al mismo tiempo la Princesa del mundo conoció en el interior de su Hijo Santísimo, por el modo que solía, que se llegaba la hora de morir el Bautista por la verdad que había predicado. Se postró la purísima Madre alas pies de Cristo nuestro Señor y con lágrimas le pidió asistiese en aquella hora a su siervo y precursor Juan y le amparase y consolase, para que fuese más preciosa en sus ojos la muerte, que por su gloria y en defensa de la verdad había de padecer.

1073. Le respondió el Salvador con agrado de su petición y dijo quería cumplirla con toda plenitud y mandó a la beatísima Madre le siguiese. Y luego por la divina virtud Cristo nuestro Redentor y María Santísima fueron movidos milagrosa e invisiblemente y entraron en la cárcel, donde estaba el Bautista amarrado con cadenas y maltratado con muchas llagas; porque la impiadísima adúltera, deseando acabarle, había mandado a unos criados que fueron seis en tres ocasiones le azotasen y maltratasen, como de hecho lo hicieron por complacer a su ama. Y por este medio pretendió aquella tigre quitar la vida al Bautista antes que sucediera la fiesta y convite, donde lo mandó Herodes. Y el demonio incitó a los crueles ministros, para que con grande ira le maltratasen de obra y de palabra, con grandes contumelias y blasfemias contra su persona y doctrina que predicaba, porque eran hombres perversísimos, como criados y privados de tan infeliz mujer, adúltera y escandalosa. Pero con la presencia corporal de Cristo y de su Madre Santísima se llenó de luz aquel lugar de la cárcel donde estaba el Bautista y todo quedó santificado, asistiendo con los Reyes del cielo gran multitud de ángeles, cuando los palacios del adúltero Herodes eran habitación de inmundos demonios y más culpados ministros que cuantos estaban encarcelados por la justicia.

1074. Vio el santo Precursor al Redentor del mundo y a su Santísima Madre con gran refulgencia y muchos coros de ángeles que les acompañaban, y al punto se le soltaron las cadenas con que estaba preso y sus llagas y heridas fueron sanas y lleno de incomparable júbilo se postró en tierra con profunda humildad y admirable devoción. Pidió la bendición al Verbo encarnado y a su Madre Santísima, se la dieron y estuvieron algún rato en divinos coloquios con su siervo y amigo, que no me detengo en referirlos, sólo diré lo que movió más mis tibios afectos. Dijo el Señor al Bautista con amigable semblante y humanidad: “Juan, siervo mío, ¿cómo os adelantáis a vuestro Maestro en ser primero azotado, preso y afligido y en ofrecer la vida y padecer muerte por la gloria de mi Padre, antes que yo padezca? Mucho van caminando vuestros deseos, pues gozáis tan presto el premio en padecer tribulaciones, y tales como yo las tengo prevenidas para mi humanidad; pero en esto remunera mi eterno Padre el celo con que habéis hecho el oficio de precursor mío. Se cumplan vuestras ansias afectuosas y entregad el cuello al cuchillo, que yo lo quiero así y que llevéis mi bendición y bienaventuranza de padecer y morir por mi nombre. Yo ofrezco vuestra muerte a mi Padre, con lo que se dilata la mía.”

1075. Con la virtud y suavidad de estas razones fue penetrado el corazón del Bautista y prevenido de tanta dulzura del amor divino, que en algún espacio no pudo pronunciar palabra; pero, confortándole la divina gracia, pudo con abundancia de lágrimas responder a su Señor y Maestro, agradeciéndole aquel inefable e incomparable beneficio entre los demás grandes que de su liberal mano tenía recibidos, y con suspiros de lo íntimo del alma dijo: “Eterno bien y Señor mío, no pude yo merecer penas y tribulaciones que fuesen dignas de tal favor y consuelo, como gozar de vuestra real presencia y de su digna Madre y mi Señora; indigno soy de este nuevo beneficio. Para que más quede engrandecida vuestra misericordia sin medida, dadme, Señor, licencia para que muera antes que usted, porque vuestro santo nombre sea más conocido, y recibid el deseo de que fuera por él más penosa y dilatada la muerte que he de padecer. Triunfen de mi vida Herodes y los pecados y el mismo infierno, que yo la entrego por vosotros, amado mío, con alegría; recibidla, Dios mío, en agradable sacrificio. Y usted, Madre de mi Salvador y Señora mía, convierta a vuestro siervo los ojos clementísimos de su dulcísima piedad y tenedme siempre en su gracia como Madre y causa de todo nuestro bien. Toda mi vida abracé el desprecio de la vanidad, amé a la cruz que ha de santificar mi Redentor y deseo sembrar con lágrimas, pero nunca pude merecer esta alegría, que en mis tormentos ha hecho dulce el padecer, mis prisiones suaves y la misma muerte apetecible y más amable que la vida.”

1076. Entre estas y otras razones que dijo el Bautista, entraron en la cárcel tres criados de Herodes con un verdugo, que sin dilación hizo prevenirlo todo la implacable ira de aquella tan cruel como adúltera mujer; y ejecutando el impío mandato de Herodes, rindió su cuello el santísimo Precursor, y el verdugo le degolló y cortó la cabeza. Al mismo tiempo que se iba a ejecutar el golpe, el sumo sacerdote Cristo, que asistía al sacrificio, recibió en sus brazos al cuerpo del mayor de los nacidos y su Madre Santísima recibió en sus manos la cabeza, ofreciendo entrambos al eterno Padre la nueva hostia en la sagrada ara de sus divinas manos. Dio lugar a todo esto, no sólo el estar allí los sumos Reyes invisibles para los circunstantes, sino una disputa que trabaron los criados de Herodes sobre cuál de ellos había de lisonjear a la infame saltatriz y a su impiadísima madre llevándoles la cabeza de San Juan. Y en esta competencia se embarazaron tanto, que sin atender de dónde, cogió uno la cabeza de manos de la Reina del cielo, y los demás le siguieron a entregarla en un plato a la hija de Herodías. A la santísima alma del Bautista envió Cristo nuestro Redentor al limbo con gran multitud de ángeles que la llevaron, y con su llegada se renovó la alegría de los santos padres que allí estaban. Y los Reyes del cielo se volvieron al lugar donde estaban antes que fueran a visitar a San Juan. De la santidad y excelencias de este gran Precursor está mucho escrito en la Santa Iglesia, y aunque faltan otras cosas que decir, y yo he entendido algo, no puedo detenerme en escribirlo, por no divertirme de mi intento ni alargar más esta divina Historia. Y sólo digo que recibió el feliz y dichoso Precursor muy grandes favores de Cristo nuestro Señor y su Santísima Madre, por todo el discurso de su vida, en su nacimiento dichoso y en el desierto, en la predicación y santa muerte; con ninguna nación hizo la diestra divina tal.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

1077. “Hija mía, mucho has ceñido los misterios de este capítulo, pero en ellos se encierra grande enseñanza para ti y para todos los hijos de la luz, como lo has entendido. Escríbela en tu corazón y atiende mucho a la distancia que había entre la santidad y pureza del Bautista, pobre, desnudo, afligido, perseguido y encarcelado, y la fealdad abominable de Herodes, rey poderoso, rico, regalado, servido y entregado a delicias y torpezas. Todos eran de una misma naturaleza humana, pero diferentes en condiciones, por haber usado mal o bien de su libertad, de la voluntad y de las cosas visibles. A Juan nuestro siervo llevaron la penitencia, pobreza, humildad, desprecio, tribulaciones y celo de la gloria de mi Hijo Santísimo a morir en sus manos y en las mías, que fue un singular beneficio sobre todo humano encarecimiento. A Herodes, por el contrario, el fausto, soberbia, vanidad, tiranías y torpezas le llevaron a morir infelizmente por medio de un ministro del Señor, para ser castigado con penas eternas. Esto mismo has de pensar que sucede ahora y siempre en el mundo, aunque los hombres ni lo advierten ni lo temen. Y así unos aman y otros temen la vanidad y potencia de la gloria del mundo, y no consideran su fin y que se desvanece más que la sombra y es corruptible más que el heno.

1078. “Tampoco atienden los hombres al principal fin y al profundo que los derriban los vicios, aun en la vida presente, pues aunque el demonio no les puede quitar la libertad, ni tiene jurisdicción inmediata contra la voluntad y sobre ella, pero, entregándosela con tan repetidos y graves pecados, llega a cobrar sobre ella tanto dominio que la hace como instrumento sujeto, para usar de él en cuantas maldades le propone. Y con tener tantos y tan lamentables ejemplos, no acaban los hombres de conocer este formidable peligro y a donde pueden llegar por justos juicios del Señor, como llegó Herodes, mereciéndolo sus pecados, y lo mismo sucedió a su adúltera. Para llevar las almas a este abismo de maldad, encamina Lucifer a los mortales por la vanidad, por la soberbia, por la gloria del mundo y sus deleites torpes, y sólo esto les propone y representa por grande y apetecible. Y los ignorantes hijos de perdición sueltan las riendas de la razón para seguir sus inclinaciones y torpezas de la carne y ser esclavos de su mortal enemigo. Hija mía, el camino de la humildad y desprecio, del abatimiento y aflicciones es el que enseñó Cristo mi Hijo Santísimo, y yo con él. Este es camino real de la vida, y el que anduvimos primero nosotros y nos constituimos por especiales maestros y protectores de los afligidos y trabajados. Y cuando nos llaman en sus necesidades les asistimos por un modo maravilloso y con especiales favores, y de este amparo y beneficio se privan los seguidores del mundo y de sus vanas delectaciones que aborrecen el camino de la cruz. Para él fuiste llamada y convidada y eres traída con la suavidad de mi amor y doctrina. Sígueme y trabaja para imitarme, pues hallaste el tesoro escondido y la margarita preciosa, por cuya posesión debes privarte de todo lo terreno y de tu misma voluntad, en cuanto fuere contraria a la del altísimo Señor y mío.”

CAPITULO 5

[Regresar al Principio](#)

Los favores que recibieron los apóstoles de Cristo nuestro Redentor por la devoción con su Madre Santísima, y por no tenerla Judas caminó a su perdición.

1079. Milagro de milagros de la Omnipotencia divina y maravilla de maravillas era el proceder de la prudentísima María Señora nuestra con el sagrado colegio de los sagrados apóstoles y discípulos de Cristo nuestro Señor y su Hijo Santísimo. Y aunque esta rara sabiduría es indecible, pero si intentara manifestar todo lo que de ella se me ha dado a entender, fuera necesario escribir un gran volumen de solo este argumento. Diré algo en este capítulo y en todo lo restante que falta, como se fuere ofreciendo, y todo será muy poco; de aquí se podrá colegir lo suficiente para nuestra enseñanza. A todos los discípulos que recibía el Señor en su divina escuela, les infundía en el corazón especial devoción y reverencia con su Madre Santísima, como convenía, habiéndola de ver y tratar tan familiarmente en su compañía. Pero aunque esta semilla santa de la divina luz era común a todos, no era igual en cada uno con el otro, porque, según la dispensación del Señor y las condiciones de los sujetos y los ministerios y oficios a que los destinaba, distribuía Su Majestad estos dones. Y después, con el trato y conversación dulcísima y admirable de la gran Reina y Señora, fueron creciendo en su reverencial amor y veneración, porque a todos los hablaba, amaba, consolaba, acudía, enseñaba y remediaba en todas sus necesidades, sin que jamás de su presencia y pláticas saliesen sin plenitud de alegría interior, de gozo y consuelo mayor del que su mismo deseo le pedía. Pero el fruto bueno o mejor de estos beneficios era conforme a la disposición del corazón donde se recibía esta semilla del cielo.

1080. Salían todos llenos de admiración y formaban conceptos altísimos de esta gran Señora, de su prudencia y sabiduría, santidad, pureza y grandiosa majestad, junta con una suavidad tan apacible y humilde, que ninguno hallaba términos para explicarla. Y el Altísimo también lo disponía así, porque, como dije arriba, libro V, capítulo 28, no era tiempo de que se manifestase al mundo esta arca mística del Nuevo Testamento. Y como el que mucho desea hablar y no puede manifestar su concepto, le reconcentra más en su corazón, así los sagrados apóstoles, violentados dulcemente del silencio propio, reducían sus fervores en mayor amor de María Santísima y en alabanza oculta de su Hacedor. Y como la gran Señora en el depósito de su incomparable ciencia conocía los naturales de cada uno, su gracia, su estado y ministerio a que estaba diputado, en correspondencia de esta inteligencia procedía con ellos en sus peticiones al Señor y en la enseñanza y palabras y en los favores que convenían a cada uno según su vocación. Y este modo de proceder y obrar en pura criatura, tan medido al gusto del Señor, fue en los santos ángeles de nueva y grande admiración; y por la oculta providencia hacía el Todopoderoso que los mismos apóstoles correspondiesen también a los beneficios y favores que por su Madre recibían. Y todo esto hacía una divina armonía oculta a los hombres y sólo a los celestiales espíritus patente.

1081. En estos favores y sacramentos fueron señalados San Pedro y San Juan: el primero, porque había de ser vicario de Cristo y cabeza de la Iglesia militante, y por esta excelencia prevenida del Señor amaba su Madre Santísima a San Pedro y le reverenciaba con especial respeto; y al segundo, porque había de quedar en lugar del mismo Señor por Hijo suyo y para compañía y asistencia de la purísima Señora en la tierra. De manera que estos dos apóstoles, en cuyo gobierno y custodia se habían de repartir la Iglesia mística, María Santísima, y la militante de los fieles, fueron singularmente favorecidos de esta gran Reina del mundo; pero como San Juan era elegido para servirla y llegar a la dignidad de hijo suyo adoptivo y singular, recibió el santo particulares dones en orden al obsequio de María Santísima y desde luego se señaló en él. Y aunque todos los apóstoles en esta devoción excedieron a nuestra capacidad y concepto, el evangelista Juan alcanzó más de los ocultos misterios de esta ciudad mística del Señor y recibió por ella tanta luz de la divinidad, que excedió en esto a todos los apóstoles, como lo testifica su evangelio; porque toda aquella sabiduría se le concedió por medio de la Reina del cielo, y la excelencia que tuvo este evangelista entre todos los apóstoles de llamarse el Amado de Jesús (Jn 21,20), la alcanzó por el amor que él tuvo a su Madre Santísima, y por la misma razón fue también correspondido de la divina Señora, que por excelencia fue el discípulo amado de Jesús y de María.

1082. Tenía el santo evangelista algunas virtudes, a más de la castidad y virginal pureza, que para la Reina de todas eran de mayor agrado, y entre ellas una sinceridad columbina como de sus escritos se conoce y una humildad y mansedumbre pacífica, que le hacía más apacible y tratable; y a todos los pacíficos y humildes de corazón llamaba la divina Madre retratos de su Hijo Santísimo. Y por estas condiciones señaladas entre todos los apóstoles se le inclinó más la Reina y él estuvo más dispuesto para que se imprimiese en su corazón reverencial amor y afecto de servirla. Y desde la primera vocación, como arriba dije (Cf. supra n.1028), comenzó San Juan a señalarse entre todos en la veneración de

María Santísima y a obedecerla con reverencia de humildísimo esclavo. La asistía con más continuación que todos y, cuanto era posible, procuraba estar en su presencia y aliviarla de algunos trabajos corporales que la Señora del mundo hacía por sus manos. Y alguna vez le sucedió al dichoso apóstol ocuparse en estas obras humildes, compitiendo en ellas con porfía santa con los ángeles de la misma Reina; y a los unos y otros los vencía ella y las hacía por sí misma, porque en esta virtud siempre triunfó de todos, sin que nadie la pudiese vencer ni igualar en el menor acto. Era también muy diligente el amado discípulo en dar cuenta a la gran Señora de todas las obras y maravillas del Salvador, cuando ella no estaba presente, y de los nuevos discípulos y convertidos a su doctrina. Siempre estaba atento y estudioso para conocer en lo que más la serviría y daría gusto, y como lo entendía así lo ejecutaba todo.

1083. Se señaló también San Juan en la reverencia con que trataba de palabra a María Santísima, porque en presencia siempre la llamaba Señora o mi Señora, y en ausencia la nombraba Madre de nuestro Maestro Jesús; y después de la Ascensión del mismo Señor, la llamó el primero Madre de Dios y del Redentor del mundo, y en presencia, Madre y Señora. Le daba también otros títulos: Restauradora del pecado, Señora de las gentes; y en particular fue San Juan el primero que la llamó María de Jesús, como se nombró muchas veces en la primitiva Iglesia; y le dio este nombre porque conoció que en su alma santísima de nuestra gran Señora hacían dulcísima consonancia estas palabras cuando las oía. Y en la mía deseo alabar con júbilo al Señor, porque, sin poderlo merecer, me llamó a la luz de la Santa Iglesia y fe y a la vocación de la religión que profeso debajo de este mismo nombre. Conocían los demás apóstoles y discípulos la gracia que San Juan tenía con María Santísima y muchas veces le pedían a él que fuese intercesor con Su Majestad en algunas cosas que le querían proponer o pedir; y la suavidad del santo apóstol intervenía por sus ruegos como quien conocía tanto de la piedad amorosa de la dulcísima Madre. Otras cosas sobre este intento diré adelante, en especial en la tercera parte (Cf. infra p.III n.590), y se pudiera hacer una larga historia sólo de los favores y beneficios que San Juan Evangelista recibió de la Reina y Señora del mundo.

1084. Después de los dos apóstoles San Pedro y San Juan, fue muy amado de la Madre Santísima el apóstol Santiago, hermano del evangelista, y recibió este apóstol admirables favores de mano de la gran Señora, como de algunos veremos en la tercera parte (Cf. infra p.III n.325,352,384,399). Y también San Andrés fue de los carísimos de la Reina, porque conocía que este gran apóstol había de ser especial devoto de la pasión y cruz de su Maestro y había de morir a imitación suya en ella. Y aunque no me detengo en los demás apóstoles, pero a unos por unas virtudes y a otros por otras, y a todos por su Hijo Santísimo, los amaba y respetaba con rara prudencia, caridad y humildad. En este orden entraba también la Magdalena, a quien miró nuestra Reina con amoroso afecto, por el amor que tenía ella a su Hijo Santísimo y porque conoció que el corazón de esta eminente penitente era muy idóneo para que la diestra del Todopoderoso se magnificase en ella. La trató María Santísima muy familiarmente entre las demás mujeres y la dio luz de altísimos misterios, con que la enamoró más de su Maestro y de la misma Señora. Consultó la santa con nuestra Reina los deseos de retirarse a la soledad para vacar al Señor en continua penitencia y contemplación, y la dulcísima Maestra le dio una grandiosa instrucción de la vida que en el yermo guardó después la santa, y fue a él con su beneplácito y bendición, y allí la visitó por su persona una vez, y muchas por medio de los ángeles que la enviaba para animarla y consolarla en aquel horror de la soledad. Las otras mujeres que seguían al Maestro de la vida fueron también muy favorecidas de su Madre Santísima; y a ellas y a todos los discípulos hizo incomparables beneficios, y todos fueron intensamente devotos y aficionados de esta gran Señora y Madre de la gracia, porque todos y todas la hallaron con abundancia en ella y por ella, como en su oficina y depósito, donde la tenía Dios para todo el linaje humano. Y no me alargó más en esto; porque a más de no ser necesario, por la noticia que hay en la Santa Iglesia, era menester mucho tiempo para esta materia.

1085. Sólo del mal apóstol Judas diré algo de lo que tengo luz, porque lo pide esta Historia y de ella hay menor noticia, y será de alguna enseñanza para los pecadores y de escarmiento para los obstinados y aviso para los poco devotos de María Santísima; si hay alguno que lo sea poco con una criatura tan amable, que el mismo Dios con amor infinito la amó sin tasa ni medida, los ángeles con todas sus fuerzas espirituales, los apóstoles y santos con íntimo y cordial afecto y todas las criaturas deben amarla con contenciosa porfía y todo será menos de lo que debe ser amada. Este infeliz apóstol comenzó a errar este camino real de llegar al amor divino y a sus dones. Y la inteligencia que de ello se me ha dado para escribirlo con lo demás, es como se sigue.

1086. Vino Judas a la escuela de Cristo nuestro Maestro, movido de la fuerza de su doctrina en lo exterior y en lo interior del buen espíritu que movía a otros. Y traído con estos auxilios pidió al Salvador le admitiese entre sus discípulos, y el Señor le recibió con entrañas de amoroso padre, que a ninguno desecha si con verdad le buscan.

Recibió Judas en los principios otros mayores favores de la divina diestra, con que se adelantó a algunos de los demás discípulos, y fue señalado por uno de los doce apóstoles; porque el Señor le amaba según la presente justicia, conforme al estado de su alma y obras santas que hacía como los demás. La Madre de la gracia y de misericordia le miró también con ella por entonces, aunque desde luego conoció con su ciencia infusa la traición que alevosamente había de cometer en el fin de su apostolado. Pero no por esto le negó su intercesión y caridad maternal, antes con mayor celo y atención tomó la divina Señora por su cuenta justificar en cuanto le era posible la causa de su Hijo Santísimo con este infeliz apóstol, para que su maldad no tuviese achaque ni disculpa aparente ni humana cuando la intentase. Y conociendo que aquel natural no se vencería con rigor, antes llegaría más presto a su obstinación. Cuidaba la prudentísima Señora que nada le faltase a Judas de lo necesario y conveniente, y con mayores demostraciones de caricia y suavidad le acudía, le hablaba y trataba entre todos. Y esto fue de manera que llegando alguna vez los discípulos a tener entre sí sus emulaciones sobre quién había de ser más privado de la Reina purísima como también con el Hijo lo dice el Evangelio (Lc 22,24) nunca Judas pudo tener estos recelos ni achaques, porque siempre esta Señora le favoreció mucho en los principios y él se mostró tal vez agradecido a estos beneficios.

1087. Pero como su disposición naturaleza le ayudaba poco a Judas, y entre los discípulos y apóstoles había algunas faltas de hombres no del todo confirmados en la perfección, ni por entonces en la gracia, comenzó el imprudente discípulo a pagarse de sí mismo más de lo que debía y a tropezar en los defectos de sus hermanos, notándolos más que a los propios. Y admitido este primer engaño sin reparo ni enmienda, fue creciendo tanto la viga en sus propios ojos, cuanto con más indiscreta presunción miraba las pajuelas en los ajenos y murmuraba de ellas, pretendiendo enmendar en sus hermanos, con más presunción que celo, las faltas más leves y cometiéndolas él mucho mayores. Y entre los demás apóstoles notó y juzgó a San Juan por entremetido con su Maestro y con su Madre Santísima, aunque él era tan favorecido de entrambos. Con todo eso, hasta aquí no pasaban los desórdenes de Judas más que a culpas veniales, sin haber perdido la gracia justificante; pero éstas eran de mala condición y muy voluntarias, porque a la primera, que fue de alguna vana complacencia, le dio entrada muy libre, y ésta llamó luego a la segunda, de alguna envidia, y de aquí resultó la tercera, que fue calumniar en sí mismo y juzgar con poca caridad las obras que sus hermanos hacían, y tras éstas se abrió puerta para otras mayores; porque luego se le entibió el fervor de la devoción, se le resfrió la caridad con Dios y con los prójimos y se le fue remitiendo y extinguiendo la luz del interior, y ya miraba a los apóstoles y a la Santísima Madre con algún hastío y poco gusto de su trato y obras santísimas.

1088. Todo este desconcierto de Judas iba conociendo la prudentísima Señora; y procurando su remedio y curarle en salud, antes que se entregase a la muerte del pecado, le hablaba y amonestaba como a hijo carísimo, con extremada suavidad y fuerza de razones. Y aunque alguna vez sosegaba aquella tormenta que se comenzaba a levantar en el inquieto corazón de Judas, pero no perseveraba en su tranquilidad y luego se desazonaba y turbaba de nuevo. Y dando más entrada al demonio, llegó a enfurecerse contra la mansísima paloma, y con hipocresía afectada intentaba ocultar sus culpas o negarlas y darles otras salidas, como si pudiera engañar a sus divinos maestros o recelarles el secreto de su pecho. Perdió con esto la reverencia interior a la Madre de misericordia, despreciando sus amonestaciones y dándole en rostro aquella dulzura de sus palabras y documentos. Con este ingrato atrevimiento perdió la gracia, y el Señor se indignó gravemente y mereciéndolo sus desmesurados desacatos le dejó en manos de su consejo (Eclo 15,14), porque él mismo, desviándose de la gracia e intercesión de María Santísima, cerró las puertas de la misericordia y de su remedio. Y de este aborrecimiento, que admitió con la dulcísima Madre, pasó luego a indignarse con su Maestro y aborrecerle, descontentándose de su doctrina y juzgando por muy pesada la vida de los apóstoles y su comunicación.

1089. Con todo esto no le desamparó luego la divina Providencia y siempre le enviaba auxilios interiores a su corazón, aunque éstos eran más comunes y ordinarios de los que antes recibía, pero suficientes si quisiera obrar con ellos. Y a más de éstos se juntaban las exhortaciones dulcísimas de la clementísima Señora, para que se redujese y humillase a pedir perdón a su divino Maestro y Dios verdadero; y le ofreció de parte del mismo Señor la misericordia y de la suya que le acompañaría y rogaría por él y haría la misma Señora penitencia por sus pecados con obras penales, y sólo quería de él que se doliese de ellos y se enmendase. A todos estos partidos se le ofreció la Madre de la gracia, para remediar en sus principios la caída de Judas, como quien conocía que no era el mayor mal el caer, sino no levantarse y perseverar en el pecado. No podía negar el soberbio discípulo a su conciencia el testimonio que le daba de su mal estado, pero comenzando a endurecerse temió la confusión que le podía adquirir gloria y cayó en la que le aumentó su pecado. Y con esta soberbia no admitió los consejos saludables de la Madre de Cristo, antes negó su daño, protestando con palabras fingidas que amaba a su Maestro y a los demás y que no tenía en esto de qué enmendarse.

1090. Admirable ejemplo de caridad y paciencia fue el que nos dejaron Cristo Salvador nuestro y su Madre Santísima en el proceder que tuvieron con Judas después de su caída en pecado, porque de tal manera lo toleraron en su compañía, que jamás le mostraron el semblante airado ni mudado, ni dejaron de tratarle con la misma suavidad y agrado que a los demás. Y ésta fue la causa de ocultárseles tanto a los apóstoles el mal interior de Judas, no obstante que su ordinaria conversación y trato daba grandes indicios de su mala conciencia y espíritu; porque no es fácil ni casi posible violentar siempre las inclinaciones para ocultarlas y disimularlas, y en las cosas que no son muy deliberadas siempre obramos conforme al natural y costumbres, y entonces por lo menos las damos a conocer a quien nos trata mucho. Esto mismo sucedía con Judas en el apostolado. Pero como todos conocían la afabilidad y amor con que le trataban Cristo nuestro Redentor y su Madre Santísima, sin hacer mudanza en esto, desmentían sus sospechas y los malos indicios que él les daba de su caída. Por esta misma razón se hallaron todos atajados y dudosos cuando en la última cena legal les dijo el Señor que uno de ellos le había de entregar, y cada uno preguntaba de sí si era él mismo. Y porque San Juan, con la mayor familiaridad, llegó a tener alguna luz de las maldades de Judas y vivía en esto con más recelos, por esto se lo declaró el mismo Señor, aunque con señas, como consta del Evangelio (Jn 13,26); pero hasta entonces nunca Su Majestad dio indicio de lo que en Judas pasaba. Y en María Santísima es más admirable esta paciencia, por la parte de ser Madre y pura criatura, y que estaba mirando ya de cerca la traición que aquel desleal discípulo había de cometer contra su Hijo Santísimo, a quien amaba como Madre y no como sierva.

1091. ¡Oh ignorancia!, ¡oh estulticia nuestra! ¡Qué diferentemente procedemos los hijos de los hombres, si alguna pequeña injuria recibimos mereciendo tantas! ¡Qué pesadamente sufrimos las flaquezas ajenas, queriendo que todos toleren las nuestras! ¡Qué dificultoso se nos hace el perdonar una ofensa, pidiendo cada día y cada hora que nos perdone el Señor las nuestras! ¡Qué prontos y qué crueles somos en publicar las culpas de nuestros hermanos y qué resentidos y airados de que alguno hable de las nuestras! A nadie medimos con la medida que queremos ser medidos y no queremos ser juzgados con el juicio que hacemos de los otros (Lc 6,37-38 (A.)). Todo esto es perversidad y tinieblas y aliento de la boca del dragón infernal, que quiere oponerse a la excelentísima virtud de la caridad y desconcertar el orden de la razón humana y divina; y porque Dios es caridad y el que la ejercita perfectamente está en Dios y Dios en él (1 Jn 4,16), Lucifer es ira y venganza y el que la ejecuta está en él y él le gobierna en todos los vicios que se oponen al bien del próximo. Confieso que la hermosura de la virtud de la caridad me ha llevado siempre todos mis deseos de tenerla por amiga, pero también veo, en el claro espejo de estas maravillas de caridad con el ingratisimo apóstol, que jamás he llegado al principio de esta nobilísima virtud.

1092. Y porque no me reprenda el Señor de haber callado, añadiré a lo dicho otra causa que tuvo Judas en su ruina. Desde que fue creciendo el número de los apóstoles y discípulos, determinó luego Su Majestad que alguno de ellos se encargase de recibir las limosnas y dispensarlas como síndico o mayordomo para las necesidades comunes y pagar los tributos imperiales, y sin señalar Cristo nuestro Señor ninguno se lo propuso a todos. Al punto le apeteció y codició Judas, temiéndole todos y huyendo de este oficio en su interior. Y para alcanzarle el codicioso discípulo, se humilló a pedir a San Juan lo tratase con la Reina Santísima, para que ella lo concertase con el mismo Señor. Lo pidió San Juan como lo deseaba Judas, pero la prudentísima Madre, como conocía que la petición no era justa ni conveniente, sino de ambicioso y odioso afecto, no quiso proponerla al divino Maestro. Hizo la misma diligencia Judas por medio de San Pedro y otros apóstoles para que lo pidiesen y tampoco se le lograba, porque la clemencia del Altísimo quería impedirlo o justificar su causa cuando lo permitiese. Con esta resistencia el corazón de Judas, poseído ya de la avaricia, en lugar de sosegar y entibiarse en ella, se encendió más en la llama que infelizmente le abrasaba, instigándole Satanás con pensamientos ambiciosos y feos, aun para cualquier persona de otro estado. Y si en los demás fueran indecentes y culpables el admitirlos, mucho más en Judas, que era discípulo en la escuela de mayor perfección y a la vista de la luz del sol de justicia Cristo y de la luna María. Ni en el día de la abundancia y de la gracia pudo dejar de conocer el delito de admitir tales sugerencias cuando el sol de su divino Maestro le iluminaba, ni en la noche de la tentación, pues en ella la luna de María le influía lo que le convenía para librarse del veneno de la serpiente. Pero como huía de la luz y se entregaba a las tinieblas, corría tras el precipicio y se arrojó a pedir él mismo a María Santísima el ministerio que pretendía, perdiendo el miedo y disimulando su codicia con color de virtud. Se llegó a ella y la dijo que la petición de Pedro y Juan, sus hermanos, que en su nombre le habían propuesto, era con deseo de servirla a ella y a su Hijo con toda diligencia, porque no todos acudían a esto con el cuidado que era justo; que le suplicaba lo alcanzase de su Maestro.

1093. La gran Señora del mundo con gran mansedumbre le respondió: “Considera bien, carísimo, lo que pides y examina si es recta la intención con que lo deseas, y advierte si te conviene apeteer lo que todos tus hermanos los

discípulos temen y no lo admitirán si no son compelidos de la obediencia de su Maestro y Señor. El te ama más que tú a ti mismo y sabe sin engaño lo que te conviene; déjate a su santísima voluntad y muda de intento y procura atesorar la humildad y pobreza. Levántate de donde has caído, que yo te daré la mano, y mi Hijo usará contigo de su amorosa misericordia.” ¿A quién no rindieran estas dulcísimas palabras y fuertes razones, oídas de tan divina y amable criatura como María Santísima? Pero no se ablandó ni movió aquel corazón fiero y diamantino, antes se indignó interiormente y se dio por ofendido de la divina Señora, que le ofrecía el remedio de su mortal dolencia; porque un ímpetu desenfrenado de ambición y codicia en la concupiscible luego irrita a la irascible contra quien le impide y los sanos consejos reputa por agravios. Pero la mansísima y amable paloma disimuló con Judas, no hablándole más entonces, por su obstinación.

1094. Despedido de María Santísima, no sosegaba Judas en su avaricia, y desnudándose del pudor y vergüenza natural, y aun de la fe interior, se resolvió en acudir él mismo a Cristo su divino Maestro y Salvador. Y vestida su furia con piel de oveja, como fino pretendiente, llegó a Su Majestad y le dijo: “Maestro, yo deseo hacer vuestra voluntad y serviros con ser despensero y depositario de las limosnas que recibimos, y acudiré con ellas a los pobres, cumpliendo con vuestra doctrina de hacer con los prójimos lo mismo que con nosotros queremos se haga, y procuraré dispensar con orden y razón y a vuestra voluntad, mejor que hasta ahora se hacía.” Estas y otras razones dijo el fingido hipócrita a su Dios y Maestro, cometiendo enormes pecados y muchos de una vez; porque, en primer lugar, mentía y tenía otra intención segunda y oculta; a más de esto, se fingía lo que no era, como ambicioso de la honra que no merecía, no queriendo parecer lo que era, ni ser lo que deseaba parecer; murmuró también de sus hermanos, desacreditándolos y alabándose a sí mismo, que todas son jornadas muy trilladas de los ambiciosos. Pero, lo que más es de ponderar, perdió la fe infusa que tenía, pretendiendo engañar a Cristo su celestial Maestro con la fingida hipocresía que mostró en lo de afuera. Porque si creyera entonces con firmeza que Cristo era Dios verdaderamente como verdadero hombre, no pudiera hacer juicio de que le había de engañar, pues como Dios conociera lo más oculto de su corazón (Jn 6,65 (A.)), que le era patente; y no sólo como Dios con su ciencia infinita, pero como hombre con la ciencia infusa y beatífica, advirtiera y creyera lo podía conocer, como de hecho lo conocía, desistiera de su doloso intento. Todo esto descreyó Judas, y a los demás pecados añadió el de la herejía.

1095. Se cumplió en este desleal discípulo a la letra lo que dijo (1 Tim 6,9-10 (A)) después el apóstol: Que los que desean ser ricos vienen a caer en la tentación, y se enredan en los lazos del demonio y en deseos inútiles y vanos, que arrojan a los hombres a la perdición y eterna muerte; porque la codicia es raíz de todos los males, y muchos por irse tras ella erraron en la fe y se introdujeron en muchos dolores. Todo esto sucedió al avariento y pérfido apóstol, cuya codicia fue tanto más vil y reprehensible, cuanto era más vivo y admirable el ejemplo de la alta pobreza que tenía presente en Cristo nuestro Señor y su Madre Santísima y todo el apostolado, donde sólo había algunas moderadas limosnas. Pero imaginó el mal discípulo que, con los grandes milagros de su Maestro y con los muchos que le seguían y se le allegaban, crecerían las limosnas y ofrendas en que pudiese meter las manos. Y como no lo conseguía conforme sus deseos, se atormentaba con ellos mismos, como lo manifestó en la ocasión que la Magdalena gastó los preciosos aromas para unguir al Salvador, donde la codicia de cogerlos le hizo tasador de su precio y dijo que valían más de trescientos reales y que se les quitaban a los pobres, a quien se podían repartir. Y esto decía porque le dolía mucho no haberlos cogido para sí, que de los pobres no tenía cuidado, antes se indignaba mucho con la Madre de misericordia, porque daba tantas limosnas, y con el mismo Señor, porque no admitía y recibía más para entregarse de ello, y con los apóstoles y discípulos, porque no pedían, y con todos estaba enfadado y se mostraba ofendido. Y algunos meses antes de la muerte del Salvador se comenzó a desviar muchos ratos de los demás apóstoles, alejándose de ellos y del Señor, porque le atormentaba su compañía y sólo venía a coger las limosnas que podía. Y en estas salidas le puso el demonio en el corazón que acabase del todo con su Maestro y le entregase a los judíos, como sucedió.

1096. Pero volvamos a la respuesta que le dio el Maestro de la vida, cuando le pidió Judas el oficio de despensero, para que en este suceso se manifieste cuán ocultos y formidables son los juicios del Altísimo. Deseaba el Salvador del mundo desviarle del peligro que conocía en su petición y que en ella buscaba este codicioso apóstol su final perdición. Y para que no se llamase a engaño, le respondió y dijo Su Majestad: “¿Sabes, oh Judas, lo que deseas y pides? No seas tan cruel contra ti mismo, que tú busques y solicites el veneno y las armas con que te puedes causar la muerte.” Replicó Judas: “Yo, Maestro, deseo serviros, empleando mis fuerzas en beneficio de vuestra congregación y por este camino lo haré mejor que por otro alguno, como lo ofrezco sin falta.” Con esta porfía de Judas en buscar y amar el peligro, justificó Dios su causa para dejarle entrar y perecer en él. Porque resistió a la luz y se endureció contra ella, y mostrándole el agua y el fuego (Eclo 15,17 (A)), la vida y la muerte, extendió la mano y eligió su perdición, quedando

justificada la justicia y engrandecida la misericordia del Altísimo, que tantas veces se le fue a convidar y entrar por las puertas de su corazón, de donde le arrojó y admitió al demonio. Otras cosas diré más adelante (Cf. infra n.1110, 1133, 1199, 1205,1226), de las infelices maldades de Judas, para escarmiento de los mortales, por no alargar más este capítulo y porque pertenecen a otro lugar de la Historia donde sucedieron. ¿Quién de los hombres sujetos a pecar no temerá con gran pavor, viendo otro de su misma naturaleza, que en la escuela de Cristo y de su Santísima Madre, criado a los pechos de su doctrina y milagros, en tan breve tiempo pasase del estado de apóstol santo, justo, y que hacía los mismos milagros y maravillas que los demás, a otro estado de demonio, y que de sencilla oveja se convirtiese en lobo carnicero y sangriento? Por pecados veniales comenzó Judas y de ellos pasó a los gravísimos y más horrendos. Se entregó al demonio, que ya tenía sospechas de que Cristo nuestro Señor era Dios, y la ira que tenía contra él descargó en este infeliz discípulo separado de la pequeña rey. Pero si ahora es el mismo y mayor el furor de Lucifer, después que a su pesar conoció a Cristo por verdadero Dios y Redentor, ¿qué puede esperar el alma que se entrega a tan inhumano y cruel enemigo, tan ansioso y vehemente para nuestra condenación eterna?

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

1097. “Hija mía, todo lo que has escrito en este capítulo es un aviso de los más importantes para todos los que viven en carne mortal y con peligro de perder el bien eterno, porque en solicitar la intercesión de mis ruegos y clemencia y en temer con discreción los juicios del Altísimo, se reduce el eficaz medio de la salvación y adelantarse en el premio. Y quiero que de nuevo entiendas cómo, entre los secretos divinos que mi Hijo Santísimo reveló a su amado y mío Juan en la noche de la cena, fue uno de que este amor le había adquirido por el que me tenía y que Judas había caído por haber despreciado la piedad que yo mostré con él. Y entonces entendió el evangelista grandes sacramentos de los que la divina diestra me comunicó y obró conmigo, y en lo que me había de ejercitar en la pasión, trabajar y padecer, y le mandó el Señor que tuviese especial cuidado de mí. Carísima, la pureza del alma que de ti quiero ha de ser más que de ángel, y si te dispones para alcanzarla conseguirás también el ser mi hija carísima como Juan y esposa muy amada y regalada de mi Hijo y Señor. Este ejemplo y la ruina de Judas te servirán siempre de estímulo y de escarmiento, para que solicites mi amor y agradezcas el que sin merecerlo te manifiesto.

1098. “Y quiero también que entiendas otro secreto ignorado del mundo, que uno de los pecados más feos y aborrecidos del Señor es que sean poco estimados los justos y amigos de la Iglesia y en especial yo que fui escogida para Madre suya y remedio universal de todos. Y si el no amar a los enemigos y despreciarlos es tan odioso al Señor y a los santos del cielo, ¿cómo sufrirá que se haga esto con sus amigos carísimos, donde tiene puestos sus mismos ojos y amor? Este consejo monta mucho más de lo que puedes conocer en la vida mortal y es una de las señales de reprobación aborrecer a los justos. Guárdate de este peligro y no juzgues a nadie, y menos a los que te reprenden y enseñan; no te dejes inclinar a cosa terrena, y menos a los oficios de gobierno, donde lo sensible y humano arrastra a los que sólo atienden a ello, turba el juicio y oscurece la razón; a nadie envidies la honra ni otras cosas aparentes, ni apetezcas ni pidas al Señor otra cosa más que su amor y amistad santa, porque la criatura está llena de inclinaciones muy ciegas y, si no las detiene, suele desear y pedir lo que ha de ser su perdición, y alguna vez se lo concede el Señor por castigo de aquellos y otros pecados y por sus ocultos juicios, como sucedió a Judas, y en estos bienes temporales que tanto codician reciben el premio de alguna buena obra si la hicieron. Y en esto entenderás el engaño de muchos amadores del mundo, que se juzgan por dichosos y afortunados cuando todo lo que desean lo consiguen a satisfacción de sus terrenas inclinaciones. Esta es su mayor infelicidad, porque no les queda que recibir del premio eterno, como a los justos que despreciaron el mundo y en él muchas veces les suceden adversidades, y el Señor tal vez les niega sus deseos en cosas temporales, para excusarlos y apartarlos de peligro. Y porque no caigas tú en él, te amonesto y mando que jamás te inclines ni apetezcas cosa humana: aparta tu voluntad de todo, consévala libre y señora, líbrala del cautiverio y esclavitud que se le sigue a su peso e inclinación, no quieras más de lo que fuere voluntad del Altísimo, que Su Majestad tiene cuidado de los que se dejan a su divina Providencia.”

CAPITULO 6

[Regresar al Principio](#)

Se transfigura Cristo nuestro Señor en el Tabor, en presencia de su Madre Santísima; suben de Galilea a Jerusalén, para acercarse a la pasión; lo que sucedió en Betania con la unción de la Magdalena.

1099. Corrían ya más de dos años y medio de la predicación y maravillas de nuestro Redentor y Maestro Jesús, y se iba acercando el tiempo destinado por la eterna sabiduría para volverse al Padre por medio de su pasión y muerte y con ella dejar satisfecha la divina justicia y redimido el linaje humano. Y porque todas sus obras eran ordenadas a nuestra salud y enseñanza, llenas de divina sabiduría, determinó Su Majestad prevenir algunos de sus apóstoles para el escándalo que con su muerte habían de padecer (Mt 26,31) y manifestárseles primero glorioso en el cuerpo pasible que habían de ver después azotado y crucificado, para que primero le viesen transfigurado con la gloria que desfigurado con las penas. Y esta promesa había hecho poco antes en presencia de todos, aunque no para todos sino para algunos, como lo refiere el evangelista San Mateo (Mt 16,21.17, 1ss (A.)). Para esto eligió un monte alto, que fue el Tabor, en medio de Galilea y dos leguas de Nazaret hacia el Oriente, y subiendo a lo más alto de él con los tres apóstoles Pedro, Jacobo y Juan su hermano, se transfiguró en su presencia, como lo cuentan los tres evangelistas San Mateo (Mt 17,1ss. (A.)), San Marcos (Mc 9,2-7 (A.)) y San Lucas (Lc 9,28-36 (A.)); también se hallaron presentes a la transfiguración de Cristo nuestro Señor los dos profetas Moisés y Elías, hablando con Jesús de su pasión. Y estando transfigurado vino una voz del cielo en nombre del eterno Padre, que dijo: *“Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me agrado; a él debéis oír.”* (Mt 17,5)

1100. No dicen los evangelistas que se hallase María Santísima a la maravilla de la transfiguración, ni tampoco lo niegan, porque esto no pertenecía a su intento, ni convenía en los Evangelios manifestar el oculto milagro con que se hizo; pero la inteligencia que se me ha dado para escribir esta Historia es que la divina Señora, al mismo tiempo que algunos ángeles fueron a traer el alma de Moisés y a Elías de donde estaban, fue llevada por mano de sus santos ángeles al monte Tabor, para que viese transfigurado a su Hijo Santísimo, como sin duda le vio; y aunque no fue necesario confortar en la fe a la Madre Santísima como a los apóstoles, porque en ella estaba confirmada e invencible, pero tuvo el Señor muchos fines en esta maravilla de la transfiguración, y en su Madre Santísima había otras razones particulares para no celebrar Cristo nuestro Redentor tan gran misterio sin su presencia. Y lo que en los apóstoles era gracia, en la Reina y Madre era como debido, por compañera y coadjutora de las obras de la Redención, y lo había de ser hasta la cruz; y convenía confortarla con este favor para los tormentos que su alma santísima había de padecer, y que habiendo de quedar por Maestra de la Iglesia Santa fuese testigo de este misterio y no le ocultase su Hijo Santísimo lo que tan fácilmente le podía manifestar, pues le hacía patentes todas las operaciones de su alma santísima. Y no era el amor del Hijo para la divina Madre de condición que le negase este favor, cuando ninguno dejó de hacer con ella de los que manifestaban amarla con ternísimo afecto, y para la gran Reina era de excelencia y dignidad. Y por estas razones, y otras muchas que no es necesario referir ahora, se me ha dado a entender que María Santísima asistió a la transfiguración de su Hijo Santísimo y Redentor nuestro.

1101. Y no sólo vio transfigurada y gloriosa la humanidad de Cristo nuestro Señor, pero el tiempo que dura este misterio vio María Santísima la divinidad intuitivamente y con claridad, porque el beneficio con ella no había de ser como con los apóstoles, sino con mayor abundancia y plenitud. Y en la misma visión de la gloria del cuerpo, que a todos fue manifiesta, hubo gran diferencia entre la divina Señora y los apóstoles; no sólo porque ellos al principio, cuando se retiró Cristo nuestro Señor a orar, estuvieron dormidos y somnolientos, como dice San Lucas (Lc 9,32), sino también porque con la voz del cielo fueron oprimidos de gran temor y cayeron los apóstoles sobre sus caras en tierra, hasta que el mismo Señor les habló y levantó, como lo cuenta San Mateo (Mt 17,6); pero la divina Madre estuvo a todo inmóvil, porque, a más de estar acostumbrada a tantos y tan grandes beneficios, estaba entonces llena de nuevas cualidades, iluminación y fortaleza para ver la divinidad, y así pudo mirar de hito en hito la gloria del cuerpo transfigurado, sin padecer el temor y defecto que los apóstoles en la parte sensitiva. Otras veces había visto la beatísima Madre al cuerpo de su Hijo Santísimo transfigurado, como arriba se ha dicho (Cf. supra n.695,851); pero en esta ocasión con nuevas circunstancias y de mayor admiración y con inteligencias y favores más particulares, y así lo fueron también los efectos que causó en su alma purísima esta visión, de que salió toda renovada, inflamada y deificada. Y mientras vivió en carne mortal, nunca perdió las especies de esta visión, que tocaba a la humanidad gloriosa de Cristo nuestro Señor; y aunque le sirvió de gran consuelo en la ausencia de su Hijo, mientras no se le renovó su imagen gloriosa con otros beneficios que en la tercera parte veremos, pero también fue causa de que sintiese más las afrentas de su pasión, habiéndole visto Señor de la gloria, como se le representaba.

1102. Los efectos que causó en su alma santísima esta visión de todo Cristo glorioso no se pueden explicar con ninguna ponderación humana; y no sólo ver con tanta refulgencia aquella sustancia que había tomado el Verbo de su misma sangre y traído en su virginal vientre y alimentado a sus pechos, pero el oír la voz del Padre que le reconocía por Hijo, al que también lo era suyo y natural, y que le daba por Maestro a los hombres; todos estos misterios penetraba y ponderaba agradecida y alababa dignamente la prudentísima Madre al Todopoderoso, e hizo nuevos

cánticos con sus ángeles, celebrando aquel día tan festivo para su alma y para la humanidad de su Hijo Santísimo. No me detengo en declarar otras cosas de este misterio y en qué consistió la transfiguración del cuerpo sagrado de Jesús; basta saber que su cara resplandeció como el sol y sus vestiduras estuvieron más blancas que la nieve (Mt 17,2), y esta gloria resultó en el cuerpo de la que siempre tenía el Salvador en su alma divinizada y gloriosa; porque el milagro que se hizo en la Encarnación, suspendiendo los efectos gloriosos que de ella habían de resultar en el cuerpo permanentemente, cesó ahora de paso en la transfiguración y participó el cuerpo purísimo de aquella gloria del alma, y éste fue el resplandor y claridad que vieron los que asistían a ella, y luego se volvió a continuar el mismo milagro, suspendiéndose los efectos del alma gloriosa; y como ella estaba siempre beatificada, fue también maravilla que el cuerpo recibiese de paso lo que por orden común había de ser perpetuo en él como en el alma.

1103. Celebrada la transfiguración, fue restituida la beatísima Madre a su casa de Nazaret, y su Hijo Santísimo bajó del monte y luego vino a donde ella estaba, para despedirse de su patria y tomar el camino para Jerusalén, donde había de padecer en la primera Pascua, que sería para Su Majestad la última. Y pasados no muchos días, salió de Nazaret acompañado de su Madre Santísima, de los apóstoles y discípulos que tenía y otras santas mujeres, discurriendo y caminando por medio de Galilea y Samaría, hasta llegar a Judea y Jerusalén. Y escribe esta jornada el evangelista San Lucas, diciendo que el Señor afirmó su cara para ir a Jerusalén (Lc 9,51), porque esta partida fue con alegre semblante y fervoroso deseo de llegar a padecer y con voluntad propia y eficaz de ofrecerse por el linaje humano, porque él mismo lo quería, y así no había de volver más a Galilea, donde tantas maravillas había obrado. Con esta determinación al salir de Nazaret confesó al eterno Padre y le dio gracias en cuanto hombre, porque en aquella casa y lugar había recibido la forma y ser humano, que por el remedio de los hombres ofrecía a la pasión y muerte que iba a recibir. Y entre otras razones que dijo Cristo Redentor nuestro en aquella oración, que yo no puedo explicar con las mías, fueron éstas:

1104. “Eterno Padre mío, por cumplir vuestra obediencia voy con alegría y buena voluntad a satisfacer vuestra justicia y padecer hasta morir y reconciliar con vos a todos los hijos de Adán, pagando la deuda de sus pecados y abriéndoles las puertas del cielo que con ellos están cerradas. Voy a buscar los que se perdieron aborreciéndome y se han de reparar con la fuerza de mi amor. Voy a buscar y congregar los derramados de la casa de Jacob, a levantar los caídos, enriquecer a los pobres y refrigerar los sedientos, derribar los soberbios y ensalzar a los humildes. Quiero vencer al infierno y engrandecer el triunfo de vuestra gloria contra Lucifer y los vicios que sembró en el mundo. Quiero enarbolar el estandarte de la cruz, debajo del cual han de militar todas las virtudes y cuantos la siguieren. Quiero saciar mi corazón sediento de los oprobios y afrentas que son en vuestros ojos tan estimables. Quiero humillarme hasta recibir la muerte por mano de mis enemigos, para que nuestros amigos y escogidos sean honrados y consolados en sus tribulaciones y sean ensalzados con eminentes y copiosos premios cuando a ejemplo mío se humillaren a padecerlas. Oh cruz deseada, ¿cuándo me recibirás en tus brazos? Oh dulces oprobios y afrentas dolorosas, ¿cuándo me llevaréis a la muerte para dejarla vencida en mi carne que en todo fue inculpable? Dolores, afrentas e ignominias, azotes, espinas, pasión, muerte, venid, venid a mí que os busco; dejad hallaros luego de quien os ama y conoce vuestro valor. Si el mundo os aborreció, yo os codicio. Si él con ignorancia os desprecia, yo, que soy la verdad y sabiduría, os procuro porque os amo. Venid, pues, a mí, que si como hombre os recibiere, como Dios verdadero os daré la honra que os quitó el pecado y quien le hizo. Venid a mí, y no frustréis mis deseos, que si soy todopoderoso y por eso no llegáis, licencia os doy para que en mi humanidad empleéis todas vuestras fuerzas. No seréis de mí arrojados ni aborrecidos, como lo sois de los mortales. Destiérrese ya el engaño y fascinación mentirosa de los hijos de Adán, que sirven a la vanidad y mentira, juzgando por infelices a los pobres afligidos y afrentados del mundo; que si vieren al que es su verdadero Dios, su Criador y Maestro y Padre, padecer oprobios afrentosos, azotes, ignominias, tormentos y muerte de cruz y desnudez, ya cesará el error y tendrán por honra seguir a su mismo Dios crucificado.”

1105. Estas son algunas razones de las que se me ha dado inteligencia formaba en su corazón el Maestro de la vida nuestro Salvador, y el efecto y obras manifestaron lo que no alcanzan mis palabras para acreditar los trabajos de la pasión, muerte y cruz, con los afectos de amor que las buscó y padeció. Pero todavía los hijos de la tierra somos de corazón pesado y no dejamos la vanidad. Estando pendiente a nuestros ojos la misma vida y verdad, siempre nos arrastra la soberbia, nos ofende la humildad y arrebatada lo deleitable y juzgamos aborrecible lo penoso. ¡Oh error lamentable! ¡Trabajar mucho por no trabajar un poco, fatigarse demasiado por no admitir una pequeña molestia, resolverse neciamente a padecer una ignominia y confusión eterna por no sufrir una muy leve, y aun por no carecer de una honra vana y aparente! ¿Quién dirá, si tiene sano juicio, que esto es amarse a sí mismo? Pues ¿no le puede ofender más su mortal enemigo, con lo que le aborrece, que él con lo que obra en desagrado de Dios? Por enemigo tenemos al que nos lisonjea y regala, si debajo de esto nos arma la traición, y loco sería el que sabiéndolo se entregase

en ella por aquel breve regalo y deleite. Si esta es verdad, como lo es, ¿qué diremos del juicio de los mortales seguidores del mundo? ¿Quién se le ha bebido?, ¿quién les embaraza el uso de la razón? ¡Oh cuán grande es el número de los necios!

1106. Sola María Santísima, como imagen viva de su Unigénito entre los hijos de Adán, se ajustó con su voluntad y vida, sin disonar un ápice de todas sus obras y doctrina. Ella fue la prudentísima, la científica y llena de sabiduría, que pudo recompensar las menguas de nuestra ignorancia o estulticia y granjearnos la luz de la verdad en medio de nuestras pesadas tinieblas. Sucedió en la ocasión de que voy hablando, que la divina Señora en el espejo del alma santísima de su Hijo vio todos los actos y afectos interiores que obraba, y como aquel era el magisterio de sus acciones, conformándose con él hizo juntamente oración al eterno Padre y en su interior decía: “Dios altísimo y Padre de las misericordias, confieso tu ser infinito e inmutable; te alabo y glorifico eternamente, porque en este lugar, después de haberme criado, tu dignación engrandeció el poder de tu brazo, levantándome a ser Madre de tu Unigénito con la plenitud de tu espíritu y antiguas misericordias, que conmigo, tu humilde esclava, magnificaste, y porque después, sin merecerlo yo, tu Unigénito, y mío en la humanidad que recibió de mi sustancia, se dignó de tenerme en su compañía tan deseable por treinta y tres años, que la he gozado con las influencias de su gracia y magisterio de su doctrina, que ha iluminado el corazón de tu sierva. Hoy, Señor y Padre eterno, desamparo mi patria y acompaño a mi Hijo y mi Maestro por tu divino beneplácito, para asistirle al sacrificio que de su vida y ser humano se ha de ofrecer por el linaje humano. No hay dolor que se iguale a mi dolor (Lam 1,12), pues he de ver al Cordero que quita los pecados del mundo entregado a los sangrientos lobos, al que es imagen viva y figura de tu sustancia, al que es engendrado *ab aeterno* (desde toda la eternidad) en igualdad con ella y lo será por todas las eternidades, al que yo di el ser humano en mis entrañas, entregado a los oprobios y muerte de cruz y borrada con la fealdad de los tormentos la hermosura de su rostro, que es la lumbre de mis ojos y alegría de los ángeles. ¡Oh si fuera posible que recibiera yo las penas y dolores que le esperan y me entregara a la muerte para guardar su vida! Recibe, Padre altísimo, el sacrificio que con mi Amado te ofrece mi doloroso afecto, para que se haga tu santísima voluntad y beneplácito. ¡Oh qué apresurados corren los días y las horas para que llegue la noche de mi dolor y amargura! Día será dichoso para el linaje humano, pero noche de aflicción para mi corazón tan contristado con la ausencia del sol que le ilustraba. ¡Oh hijos de Adán, engañados y olvidados de vosotros mismos! Despertad ya de tan pesado sueño y conoced el peso de vuestras culpas, en el efecto que hicieron en vuestro mismo Dios y Criador. Miradle en mi deliquio, dolor y amargura. Acabad ya de ponderar los daños de la culpa.”

1107. No puedo yo manifestar dignamente todas las obras y conceptos que la gran Señora del mundo hizo en esta despedida última de Nazaret, las peticiones y oraciones al eterno Padre, los coloquios dulcísimos y dolorosos que tuvo con su Hijo Santísimo, la grandeza de su amargura y los méritos incomparables que adquirió; porque entre el amor santo y natural de madre verdadera, con que deseaba la vida de Jesús y excusarle los tormentos que había de padecer, y en la conformidad que tenía con la voluntad suya y del eterno Padre, era traspasado su corazón de dolor y del cuchillo penetrante que le profetizó Simeón (Lc 2,35). Y con esta aflicción decía a su Hijo razones prudentísimas y llenas de sabiduría, pero muy dulces y dolorosas, porque no le podía excusar de la pasión, ni morir en ella acompañándole. Y en estas penas excedió sin comparación a todos los Mártires que han sido y serán hasta el fin del mundo. Con esta disposición y afectos ocultos a los hombres prosiguieron los Reyes del cielo y tierra esta jornada desde Nazaret para Jerusalén por Galilea, a donde no volvió más en su vida el Salvador del mundo. Y según que se le acababa ya el tiempo de trabajar por la salud de los hombres, fueron mayores las maravillas que hizo en estos últimos meses antes de su pasión y muerte, como las cuentan los sagrados evangelistas (Mt 13; Mc 10; Lc 9; Jn 7 (A.)), y desde esta partida de Galilea hasta el día que entró triunfando en Jerusalén, como adelante diré (Cf. infra n.1121). Y hasta entonces, después de celebrada la fiesta o pascua de los tabernáculos, discurrió el Salvador y se ocupó en Judea aguardando la hora y tiempo determinado en que se había de ofrecer al sacrificio, cuando y como él mismo quería.

1108. Le acompañó en esta jornada continuamente su Madre Santísima, salvo algunos ratos que se apartaron por acudir los dos a diferentes obras y beneficios de las almas. Y en este ínterin quedaba San Juan asistiéndola y sirviéndola, y desde entonces observó el sagrado evangelista grandes misterios y secretos de la purísima Virgen y Madre y fue ilustrado en altísima luz para entenderlos. Entre las maravillas que obraba la prudentísima y poderosa Reina, eran las más señaladas y con mayores realces de caridad cuando encaminaba sus afectos y peticiones a la justificación de las almas, porque también ella, como su Hijo Santísimo, hizo mayores beneficios a los hombres, reduciendo muchos al camino de la vida, curando enfermos, visitando a los pobres y afligidos, a los necesitados y desvalidos, ayudándoles en la muerte, sirviéndoles por su misma persona, y más a los más desamparados, llagados y doloridos. Y de todo era

testigo el amado Discípulo, que ya tenía por su cuenta el servirla. Pero como la fuerza del amor había crecido tanto en María purísima con su Hijo y Dios eterno y le miraba en la despedida de su presencia para volverse al Padre, padecía la beatísima Madre tan continuos vuelos del corazón y deseos de verle, que llegaba a sentir unos deliquios amorosos en ausentarse de su presencia, cuando se dilataba mucho rato el volver a ella. Y el Señor, como Dios e Hijo miraba lo que sucedía en su amantísima Madre, se obligaba y la correspondía con recíproca fidelidad, respondiéndola en su secreto aquellas palabras que aquí se verificaron a la letra: “*Vulneraste mi corazón, hermana mía, le heriste con uno de tus ojos.*” (Cant 4,9 (A.)) Porque como herido y vencido de su amor le traía luego a su presencia. Y según lo que en esto se me ha dado a entender, no podía Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, estar lejos de la presencia de su Madre, si daba lugar a la fuerza del afecto que como a Madre, y que tanto le amaba, la tenía, y naturalmente le aliviaba y consolaba con su vista y presencia; y la hermosura de aquella alma purísima de su Madre le recreaba y hacía suaves los trabajos y penalidades, porque la miraba como fruto suyo único y singular de todos, y la dulcísima vista de su persona era de gran alivio para las penas sensibles de Su Majestad.

1109. Continuaba nuestro Salvador sus maravillas en Judea, donde estos días entre otras sucedió la resurrección de Lázaro en Betania (Jn 11,17), a donde vino llamado de las dos hermanas Marta y María. Y porque estaba muy cerca de Jerusalén se divulgó luego en ella el milagro, y los pontífices y fariseos irritados con esta maravilla hicieron el concilio (Jn 11,54) donde decretaron la muerte del Salvador y que si alguno tuviese noticia de él le manifestase; porque después de la resurrección de Lázaro se retiró Su Divina Majestad a una ciudad de Efrén, hasta que llegase la fiesta de la Pascua, que no estaba lejos. Y cuando fue tiempo de volver a celebrarla con su muerte, se declaró más con los doce discípulos, que eran los apóstoles, y les dijo a ellos solos que advirtiesen subían a Jerusalén (Mt 20,17; Mc 10,32; Lc 18,31; Jn 11-12 (A.)), donde el Hijo del Hombre, que era él, sería entregado a los príncipes de los fariseos y sería prendido, azotado y afrentado hasta morir crucificado. Y en el ínterin los sacerdotes estaban cuidadosos espíandole si subía a celebrar la Pascua. Y seis días antes llegó otra vez a Betania, donde había resucitado a Lázaro, y donde fue hospedado de las dos hermanas, y le hicieron una cena muy abundante para Su Majestad y María Santísima su Madre y todos los que los acompañaban para la festividad de la Pascua; y entre los que cenaron uno fue Lázaro, a quien pocos días antes había resucitado.

1110. Estando recostado el Salvador del mundo en este convite, conforme a la costumbre de los judíos, entró María Magdalena llena de divina luz y altos y nobilísimos pensamientos, y con ardentísimo amor, que a Cristo su divino Maestro tenía, le ungió los pies y derramó sobre ellos y su cabeza un vaso o pomo de alabastro lleno de licor fragantísimo y precioso, de confección de nardos y otras cosas aromáticas; y los pies limpió con sus cabellos, al modo que otra vez lo había hecho en su conversión y en casa del fariseo, que cuenta San Lucas (Lc 7,38). Y aunque esta segunda unción de la Magdalena la cuentan los otros tres evangelistas (Mt 26,6; Mc 14,3; Jn 12,3 (A.)) con alguna diferencia, pero no he entendido que fuesen dos unciones, ni dos mujeres, sino una sola la Magdalena, movida del divino Espíritu y del encendido amor que tenía a Cristo nuestro Salvador. De la fragancia de estos ungüentos se llenó toda la casa, porque fueron en cantidad y muy preciosos, y la liberal enamorada quebró el vaso para derramarlos sin escasez y en obsequio de su Maestro. Y el avariento apóstol Judas, que deseaba se le hubiesen entregado para venderlos y coger el precio, comenzó a murmurar de esta unción misteriosa y a mover a algunos de los otros apóstoles con pretexto de pobreza y caridad con los pobres, a quienes decía se les defraudaba la limosna, gastando sin provecho y con prodigalidad cosa de tanto valor, siendo así que todo eso era con disposición divina, y él hipócrita, avariento y desmesurado.

1111. El Maestro de la verdad y vida disculpó a la Magdalena, a quien Judas reprendía de pródiga y poco advertida, y el Señor le dijo a él y a los demás que no la molestasen, porque aquella acción no era ociosa y sin justa causa, y a los pobres no por esto se les perdía la limosna que quisiesen hacerles cada día, y con su persona no siempre se podía hacer aquel obsequio, que era para su sepultura, la que prevenía aquella generosa enamorada con espíritu del cielo, testificando en la misteriosa unción que ya el Señor iba a padecer por el linaje humano, y que su muerte y sepultura estaban muy vecinas; pero nada de esto entendía el pérfido discípulo, antes se indignó furiosamente contra su Maestro, porque justificó la obra de la Magdalena. Y viendo Lucifer la disposición de aquel depravado corazón, le arrojó en él nuevas flechas de codicia, indignación y mortal odio contra el autor de la vida. Y desde entonces propuso de maquinarle la muerte y en llegando a Jerusalén dar cuenta a los fariseos y desacreditarle con ellos con audacia como en efecto lo cumplió. Porque ocultamente se fue a ellos y les dijo que su Maestro enseñaba nuevas leyes contrarias a la de Moisés y de los emperadores, que era amigo de convites, de gente perdida y profana, y a muchos de mala vida admitía, a hombres y mujeres, y los traía en su compañía; que tratasen de remediarlo, porque no les sucediese alguna ruina que después no pudiesen recuperar. Y como los fariseos estaban ya del mismo acuerdo, gobernándolos a ellos y a Judas el príncipe de las tinieblas, admitieron el aviso, y de él salió el concierto de la venta de Cristo nuestro Salvador.

1112. Todos los pensamientos de Judas eran patentes, no sólo al divino Maestro, sino también a su Madre Santísima. Y el Señor no habló palabras a Judas, ni cesó de hablarle como padre amoroso y enviarle inspiraciones santas a su obstinado corazón. Pero la Madre de clemencia añadió a ellas nuevas exhortaciones y diligencias para detener al precipitado discípulo; y aquella noche del convite, que fue sábado antes del domingo de Ramos, le llamó y habló a solas, y con dulcísimas y eficaces palabras y copiosas lágrimas le propuso su formidable peligro y le pidió mudase de intento, y si tenía enojo con su Maestro, tomase contra ella la venganza, que sería menor mal porque era pura criatura y él su Maestro y verdadero Dios; y para saciar la codicia de aquel avariento corazón le ofreció algunas cosas que para este intento la divina Madre había recibido de mano de la Magdalena. Pero ninguna de estas diligencias fueron poderosas con el ánimo endurecido de Judas, ni tan vivas y dulces razones hicieron mella en su corazón más duro que diamante. Antes por el contrario, como no hallaba qué responder y le hacían fuerza las palabras de la prudentísima Reina, se enfureció más y calló mostrándose ofendido. Pero no por eso tuvo vergüenza de tomar lo que le dio, porque era igualmente codicioso y pérfido. Con esto le dejó María Santísima y se fue a su Hijo y Maestro, y llena de amargura y lágrimas se arrojó a sus pies, y le habló con razones prudentísimas, pero muy dolorosas, de compasión o de algún sensible consuelo para su amado Hijo, que miraba en su humanidad santísima, que padecía algunas tristezas por las mismas razones que después dijo a los discípulos que estaba triste su alma hasta la muerte. Y todas estas penas eran por los pecados de los hombres, que habían de malograr su pasión y muerte, como adelante diré (Cf. infra n.1210, 1215, 1395).

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

1113. “Hija mía, pues en el discurso de mi vida que escribes, cada día vas entendiendo más y declarando el amor ardentísimo con que mi Señor y tu Esposo, y yo con él, abrazamos el camino de la cruz y del padecer y que sólo éste elegimos en la vida mortal, razón será que como recibes esta ciencia, y yo te repito su doctrina, camines tú en imitarla. Esta deuda crece en ti desde el día que te eligió por esposa, y siempre va aumentándose, y no te puedes desempeñar si no abrazas los trabajos y los amas con tal afecto que para ti sea la mayor pena el no padecerlos. Renueva cada día este deseo en tu corazón, que te quiero muy sabia en esta ciencia que ignora y aborrece el mundo; pero advierte asimismo que no quiere Dios afligir a la criatura sólo por afligirla, sino por hacerla capaz y digna de los beneficios y tesoros que por este medio le tiene preparados sobre todo humano pensamiento. Y en fe de esta verdad y como en prendas de esta promesa se quiso transfigurar en el Tabor en presencia mía y de algunos discípulos; y en la oración que allí hizo al Padre, que yo sola conocí y entendí, habiéndose humillado su humanidad santísima, confesándole por verdadero Dios, infinito en perfecciones y atributos, como lo hacía siempre que quería hacer alguna petición, le suplicó que todos los cuerpos mortales que por su amor se afligiesen y trabajasen en su imitación en la nueva ley de gracia participasen después de la gloria de su mismo cuerpo, y para gozar de ella en el grado que a cada uno le correspondiese, resucitasen en el mismo cuerpo el último día del juicio final unidos a sus propias almas. Y porque el eterno Padre concedió esta petición, quiso que se confirmase como contrato entre Dios y los hombres, con la gloria que recibió el cuerpo de su Maestro y Salvador, dándole en rehenes la posesión de lo que pedía para todos sus seguidores. Tanto peso como éste tiene el momentáneo trabajo que toman los mortales en privarse de las viles delectaciones terrenas y mortificar su carne y padecer por Cristo mi Hijo y Señor.

1114. “Y por los merecimientos infinitos que él interpuso en esta petición, es corona de justicia para la criatura esta gloria que le toca, como miembro de la cabeza Cristo que se la mereció; pero esta unión ha de ser por la gracia e imitación en el padecer, a que corresponde el premio. Y si padecer cualquiera de los trabajos corporales tiene su corona, mucho mayor será padecer, sufrir y perdonar las injurias y dar por ellas beneficios, como lo hicimos nosotros con Judas; pues no sólo no lo despidió el Señor del apostolado, ni se mostró indignado con él, sino que le aguardó hasta el fin, que por su malicia se acabó de imposibilitar para el bien, con entregarse al demonio. En la vida mortal camina el Señor con pasos muy lentos a la venganza, pero después recompensará la tardanza con la gravedad del castigo. Y si Dios sufre y espera tanto, ¿cuánto debe sufrir un vil gusano a otro que es de su misma naturaleza y condición? Con esta verdad, y con el celo de la caridad de tu Señor y Esposo, has de regular tu paciencia, tu sufrimiento y el cuidado de la salvación de las almas. Y no te digo en esto que has de sufrir lo que fuere contra la honra de Dios, que eso no fuera ser verdadera celadora del bien de tus prójimos, pero que ames a la hechura del Señor y aborrezcas el pecado, que sufras y disimules lo que a ti te toca y trabajes porque todos se salven en cuanto fuere posible. Y no desconfíes luego cuando no veas el fruto, antes presentes al eterno Padre los méritos de mi Hijo Santísimo y mi intercesión y la de los ángeles y santos, que como Dios es caridad y están en Su Majestad los bienaventurados la ejercitan con los viandantes.”

CAPITULO 7

[Regresar al Principio](#)

El oculto sacramento que precedió al triunfo de Cristo en Jerusalén, y cómo entró en ella y fue recibido de sus moradores.

1115. Entre las obras de Dios que se llaman *ad extra*, porque las hizo fuera de sí mismo, la mayor fue la de tomar carne humana, padecer y morir por el remedio de los hombres. Este sacramento no le pudo alcanzar la sabiduría humana, si el mismo autor no le revelara por tantos argumentos y testimonios; y con todo eso, a muchos sabios según la carne se les hizo dificultoso de creer su propio beneficio y remedio. Y otros, aunque le han creído, no con las condiciones y verdad que sucedió. Otros, que son los católicos, creen, confiesan y conocen este sacramento en el grado de la luz que de él tiene la Santa Iglesia. Y en esta fe explícita de los misterios revelados, confesamos implícitamente los que en sí encierran y no ha sido necesario manifestarse al mundo, porque no son precisamente necesarios o los reserva Dios para el tiempo oportuno, otros para el último día, cuando se revelarán todos los corazones en la presencia del justo Juez. El intento del Señor en mandarme escribir esta Historia, como otras veces he dicho y muchas he entendido (Cf. supra p.I n.10; p.II n.678), es manifestar algunos de estos ocultos sacramentos sin opiniones ni conjeturas humanas, y así dejo escritos muchos que se me han declarado y conozco restan muchos de grande admiración y veneración. Para los cuales quiero prevenir la piedad y la fe Católica de los fieles, pues a quien lo fuere no se le hará dificultoso lo accesorio, confesando con fe divina lo principal de las verdades católicas, sobre que se funda todo lo que dejo escrito y lo que escribiré en lo restante de este argumento, en especial de la pasión de nuestro Redentor.

1116. El sábado que sucedió la unción de la Magdalena en Betania, acabada la cena, como en el capítulo pasado dije, se retiró nuestro divino Maestro a su recogimiento; y su Madre Santísima, dejando a Judas en su obstinación, se fue a la presencia de su Hijo amantísimo, acompañándole, como solía, en la oración y ejercicios que hacía. Estaba ya Su Majestad cerca de entrar en el mayor conflicto de su carrera, que, como dice David (Sal 18,7 (A.)) había tomado desde lo supremo del cielo para volver a él, dejando vencido al demonio, al pecado y a la muerte. Y como el obedientísimo Hijo iba de voluntad a la pasión y cruz, estando ya tan cerca, se ofreció de nuevo al eterno Padre y, postrado en tierra sobre su rostro, le confesó y alabó, haciendo una profunda oración y altísima resignación, en que aceptaba las afrentas de su Pasión, las penas, ignominias y la muerte de cruz por la gloria del mismo Señor y por el rescate de todo el linaje humano. Estaba su beatísima Madre retirada un poco a un lado del dichoso oratorio y acompañando a su querido Hijo y Señor en la oración que hacían, y entrambos, Hijo y Madre, con lágrimas de lo íntimo de sus almas santísimas.

1117. En esta ocasión antes de la media noche apareció el eterno Padre en forma humana visible con el Espíritu Santo y multitud de ángeles innumerables que asistían al espectáculo. Y el Padre aceptó el sacrificio de Cristo su Santísimo Hijo y que en él se ejecutase el rigor de su justicia para perdonar al mundo. Y luego, hablando el mismo Padre eterno con la beatísima Madre, la dijo: “María, Hija y Esposa nuestra, quiero que de nuevo entregues a tu Hijo para que me sea sacrificado, pues yo le entrego por la Redención humana” - Respondió la humilde y cándida paloma: “Aquí está, Señor, el polvo y ceniza, indigna de que vuestro Unigénito y Redentor del mundo sea mío. Pero rendida a vuestra inefable dignación, que le dio forma humana en mis entrañas, le ofrezco y me ofrezco yo con él a vuestro divino beneplácito, y os suplico, Señor y Padre eterno, me recibáis para que yo padezca juntamente con vuestro Hijo y mío.” Admitió también el eterno Padre la oblación de María Santísima y la aceptó por agradable sacrificio. Y levantando del suelo a Hijo y Madre, dijo: “Este es el fruto de la tierra bendito que desea mi voluntad.” Y luego levantó al Verbo humanado al trono de Su Majestad en que estaba y le puso el eterno Padre a su diestra, con la misma autoridad y preeminencia que él tenía.

1118. Quedó María Santísima en su lugar donde estaba, pero transformada y elevada toda en admirable júbilo y resplandor. Y viendo a su Unigénito sentado a la diestra de su eterno Padre, pronunció y dijo aquellas primeras palabras del salmo 109, en que misteriosamente había profetizado David este sacramento escondido: “*Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra*” (Sal 109,1) Y sobre estas palabras, como comentándolas, hizo la divina Reina un cántico misterioso en alabanza del eterno Padre y del Verbo humanado. Y en cesando ella de hablar, prosiguió el Padre todo lo restante del salmo, como quien ejecutaba y obraba con su inmutable decreto todo lo que contienen aquellas misteriosas y profundas palabras hasta el fin del salmo inclusive. Muy dificultoso es para mí reducir a mis cortos términos la inteligencia que tengo de tan alto misterio, pero diré algo, como el Señor me lo concediere, porque se entienda en parte

tan oculto sacramento y maravilla del Todopoderoso y lo que a María Santísima y a los espíritus soberanos que asistían les dio a entender el Padre eterno.

119. Prosiguió y dijo: *“Hasta que ponga yo a tus enemigos por peana de tus pies* (Ib. 1b). Porque habiéndote humillado tú por mi voluntad eterna, has merecido la exaltación que te doy sobre todas las criaturas y que en la naturaleza humana que recibiste reines a mi diestra por sempiterna duración que no puede desfallecer y que por toda ella ponga yo a tus enemigos debajo de tus pies y dominio, como de su Dios y Reparador de los hombres, para que los mismos que no te obedecían ni admitieron vean a tu humanidad, que son tus pies, levantada y engrandecida. Y mientras no lo ejecuto, porque llegue a su fin el decreto de la Redención humana, quiero que vean ahora mis cortesanos lo que después conocerán los demonios y los hombres: que te doy la posesión de mi diestra, al mismo tiempo que tú te has humillado a la muerte ignominiosa de la cruz; y que si te entrego a ella y a la disposición de su malicia, es por mi gloria y beneplácito, y para que después llenos de confusión sean puestos debajo de tus pies.

“Para esto enviará el Señor la vara de tu virtud desde Sión, que domine en medio de tus enemigos (Ib. 2). Porque yo, como Dios omnipotente y que soy el que soy verdadera y realmente (Ex 3,14), enviaré y gobernaré la vara y cetro de tu virtud invencible, de manera que no sólo después que hayas triunfado de la muerte con la Redención humana consumada, te reconozcan por su Reparador, Guía, Cabeza y Señor de todo, pero desde luego quiero que hoy, antes de padecer la muerte, alcances admirablemente este triunfo, cuando los hombres tratan de tu ruina y te desprecian. Quiero que triunfes de su maldad y de la muerte y que en la fuerza de tu virtud sean compelidos a honrarte libremente y te confiesen y adoren dándote culto y veneración, y que los demonios sean vencidos y confundidos de la vara de tu virtud, y los profetas y justos, que te esperan en el limbo, reconozcan con mis ángeles esta maravillosa exaltación que tienes merecida en mi aceptación y beneplácito.

“Contigo está el principio en el día de tu virtud, en los resplandores de los santos te engendré yo, antes del lucero de la fecundidad (Sal 109,3). En el día de esta virtud y poder que tienes para triunfar de tus enemigos, estoy yo en ti y contigo, como principio de quien procedes por eterna generación de mi fecundo entendimiento, antes que el lucero de la gracia, con que decretamos manifestarnos a las criaturas, fuese formado, y en los resplandores que gozarán los santos, cuando fueren beatificados con nuestra gloria. Y también está contigo tu principio en cuanto hombre, y fuiste engendrado en el día de tu virtud, porque, desde el instante que recibiste el ser humano por la generación temporal de tu Madre, tuviste las obras del mérito que ahora está contigo y te hace digno de la gloria y honra que te han de coronar tu virtud en este día y en el de mi eternidad.

“Juró el Señor, y no le pesará: tú eres para siempre sacerdote según el orden de Melquisedech’ (Ib. 4). Yo, que soy el Señor y Todopoderoso para cumplir lo que prometo, determiné con firmeza, como de inmutable juramento, que tú fueses el sumo sacerdote de la nueva Iglesia y ley del Evangelio, según el antiguo orden del sacerdote Melquisedech, porque serás el verdadero sacerdote que ofrecerás el pan y vino que figuró la oblación de Melquisedech (Gen 14,18). Y no me pesará de este decreto, porque esta oblación será limpia y aceptable y sacrificio de alabanza para mí.

“El Señor a tu diestra quebrantará a los reyes en el día de su ira’ (Sal 109,5). Por las obras de tu humanidad, cuya diestra es la divinidad con ella unida y en cuya virtud las has de obrar, y con el instrumento de tu humanidad quebrantaré yo, que soy un Dios contigo, la tiranía y poder que han mostrado los rectores y príncipes de las tinieblas y del mundo, así ángeles apostatas como hombres, en no adorarte, reconocerte y servirte como a su Dios, Superior y Cabeza. Y este castigo ejecuté cuando no te reconoció Lucifer y sus secuaces, que fue para ellos el día de mi ira, y después llegará el de la que ejecutaré con los hombres que no te hubieren recibido y seguido tu ley santa. A todos los quebrantaré y humillaré con mi justa indignación.

“Juzgará en las naciones, llenará las ruinas; y en la tierra quebrantará las cabezas de muchos’ (Ib. 6). Justificada tu causa contra todos los nacidos hijos de Adán que no se aprovecharen de la misericordia que usas con ellos, redimiéndolos graciosamente del pecado y de la eterna muerte, el mismo Señor, que soy yo, juzgará en equidad y justicia a todas las naciones y, entresacando a los justos y escogidos de los pecadores y réprobos, llenará el vacío de las ruinas que dejaron los ángeles apostatas que no conservaron su gracia y domicilio. Y con esto quebrantará en la tierra la cabeza de los soberbios, que serán muchos, por su depravada y obstinada voluntad.

“Del torrente beberá en el camino; por eso levantará la cabeza’ (Ib. 7). Y la engrandecerá el mismo Señor y Dios de

las venganzas, para juzgar la tierra y dar su retribución a los soberbios se levantará y, como si bebiera el torrente de su indignación, embriagará sus flechas en la sangre de sus enemigos y con la espada de su castigo los confundirá en el camino por donde habían de llegar y conseguir su felicidad. Así levantará tu cabeza y la ensalzará sobre tus enemigos inobedientes a tu ley, infieles a tu verdad y doctrina. Y esto será justificado con haber tú bebido el torrente de los oprobios y afrentas hasta la muerte de cruz, en el tiempo que obraste su redención.”

1120. Estas inteligencias y otras muchas altísimas y ocultas tuvo María Santísima de las palabras misteriosas de este salmo que pronunció el eterno Padre. Aunque algunas habla en tercera persona, pero las decía de la suya y del Verbo humanado. Y todos estos misterios se reducían principalmente a dos puntos: el uno, las amenazas que contienen contra los pecadores, infieles y malos cristianos, porque o no admiten al Redentor del mundo o no guardaron su divina ley; el otro comprende las promesas que el eterno Padre hizo a su Hijo humanado de glorificar su santo nombre contra y sobre sus enemigos. Y como en arras o prendas y señal de esta exaltación universal de Cristo después de su Ascensión, y más en el juicio final, ordenó el Padre que recibiese en la entrada de Jerusalén aquel aplauso y gloria que le dieron sus moradores el día siguiente que sucedió esta visión tan misteriosa. Y, acabada, desapareció el Padre y Espíritu Santo y los ángeles que admirados asistieron en este oculto sacramento, y Cristo Redentor nuestro y su beatísima Madre quedaron en divinos coloquios todo lo restante de aquella felicísima noche.

1121. Llegado el día, que fue el que corresponde al domingo de Ramos, salió Su Majestad con sus discípulos para Jerusalén, asistiéndole muchos ángeles que le alababan por verle tan enamorado de los hombres y solícito de su salud eterna. Y habiendo caminado dos leguas, poco más o menos, en llegando a Betfagé, envió dos discípulos a la casa de un hombre poderoso que estaba cerca, y con su voluntad le trajeron dos jumentillos; el uno, que nadie había usado ni subido en él. Nuestro Salvador caminó para Jerusalén, y los discípulos aderezaron con sus vestidos y capas al jumentillo y también la jumentilla; porque de entrambos se sirvió el Señor en este triunfo, conforme a las profecías de Isaías (Is 62,11 (A.)) y Zacarías (Zac 9,9 (A.)) que muchos siglos antes lo dejaron escrito, para que no tuviesen ignorancia los sacerdotes y sabios de la ley. Todos los cuatro evangelistas sagrados escribieron también este maravilloso triunfo de Cristo (Mt 21,4; Mc 11,1; Lc 19,30; Jn 12,13 (A.)) y cuentan lo que fue visible y patente a los ojos de los circunstantes. Sucedió en el camino que los discípulos, y con ellos todo el pueblo, pequeños y grandes, aclamaron al Redentor por verdadero Mesías, Hijo de David, Salvador del mundo y Rey verdadero. Unos decían: *“Paz sea en el cielo y gloria en las alturas, bendito sea el que viene como Rey en el nombre del Señor;”* otros decían: *“Hosanna Filio David”*: *“Sálvanos, Hijo de David, bendito sea el reino que ya ha venido de nuestro padre David.”* Y unos y otros cortaban palmas y ramos de los árboles en señal de triunfo y alegría y con las vestiduras los arrojaban por el camino donde pasaba el nuevo triunfador de las batallas, Cristo nuestro Señor.

1122. Todas estas obras y demostraciones nobles de culto y adoración, que daban los hombres al Verbo divino humanado, manifestaban el poder de su divinidad, y más en la ocasión que sucedieron, cuando los sacerdotes y fariseos le aguardaban y buscaban para quitarle la vida en la misma ciudad. Porque si no fueran movidos interiormente con su virtud divina sobre los milagros que había obrado, no fuera posible que tantos hombres juntos, y muchos de ellos gentiles, otros enemigos declarados, le aclamaran por verdadero Rey, Salvador y Mesías, y se rindieran a un hombre pobre, humilde y perseguido, y que no venía con aparato de armas ni potencia humana, no en carros triunfantes, no en caballos soberbios y lleno de riquezas. A lo aparente todo le faltaba, y entraba en jumentillo humilde y contentible para el fausto y vanidad mundana, fuera de su semblante, porque éste era grave, sereno y lleno de majestad, correspondiente a la dignidad oculta; pero todo lo demás era fuera y contra lo que el mundo aplaude y solemniza. Y así era manifiesta en los efectos la virtud divina que movía con su fuerza y voluntad los corazones humanos para que se rindiesen a su Criador y Reparador.

1123. Pero, a más de la conmoción universal que se conoció en Jerusalén con la divina luz que envió el Señor a los corazones de todos para que reconocieran a nuestro Salvador, se extendió este triunfo a todas las criaturas, o a muchas, más capaces de razón, para que se cumpliese lo que el Padre eterno había prometido a su Unigénito, como queda dicho (Cf. supra n.1119). Porque, al entrar Cristo nuestro Salvador en Jerusalén, fue despachado el ángel San Miguel a dar noticia de este misterio a los santos Padres y Profetas del limbo y junto con esto tuvieron todos una visión particular de la entrada del Señor y de lo que en ella sucedía, y desde aquella caverna donde estaban reconocieron, confesaron y adoraron a Cristo nuestro Maestro y Señor por verdadero Dios y Redentor del mundo y le hicieron nuevos cánticos de gloria y alabanza por el admirable triunfo que recibía de la muerte, del pecado y del infierno. Se extendió también el poder divino a mover los corazones de otros muchos vivientes en todo el mundo, porque los que tenían fe o noticia de

Cristo Señor nuestro, no sólo en Palestina y sus confines, sino en Egipto y otros reinos, fueron excitados y movidos para que en aquella hora adorasen en espíritu a su Redentor y nuestro; como lo hicieron con especial júbilo de sus corazones que les causó la visitación e influencia de la divina luz que para esto recibieron; aunque no conocieron expresamente la causa ni el fin de aquel movimiento, pero no fue en vano para sus almas, porque los efectos las adelantaron mucho en el creer y obrar el bien. Y para que el triunfo de la muerte que nuestro Salvador ganaba en este suceso fuese más glorioso, ordenó el Altísimo que aquel día no tuviese fuerzas contra la vida de ninguno de los mortales, y así no murió nadie en el mundo aquel día, aunque naturalmente murieran muchos si no lo impidiera el poder divino, para que en todo fuese admirable el triunfo.

1124. A esta victoria de la muerte se siguió la del infierno, que fue más gloriosa aunque más oculta. Porque al punto que comenzaron los hombres a invocar y aclamar a Cristo nuestro Maestro por Salvador y Rey que venía en el nombre del Señor, sintieron los demonios contra sí el poder de su diestra, que los derribó a todos cuantos estaban en el mundo de sus lugares, y los arrojó a los profundos calabozos del infierno. Y por aquel breve tiempo que Cristo prosiguió esta jornada, ningún demonio quedó sobre la tierra, sino que todos cayeron al profundo con grande rabia y terror. Y desde entonces sospecharon que el Mesías estaba ya en el mundo con más certeza que hasta allí habían tenido y luego confirieron entre sí este recelo, como diré en el capítulo siguiente. Prosiguió el Salvador del mundo su triunfo hasta entrar en Jerusalén, y los santos ángeles, que lo miraban y acompañaban, le cantaron nuevos himnos de loores y divinidad con admirable armonía. Y entrando en la ciudad con júbilo de todos los moradores, se apeó del jumentillo y encaminó sus pasos hermosos y graves al templo, donde con admiración de todos sucedió lo que refieren los evangelistas de las maravillas que allí obró (Mt 21,12; Lc 19,45). Y derribó las mesas de los que vendían y compraban en el templo, celando la honra de la casa de su Padre, y echó fuera a los que la hacían casa de negociación y cueva de ladrones. Pero al punto que cesó el triunfo, suspendió la diestra del Señor el influjo que daba a los corazones de aquellos moradores de Jerusalén, aunque los justos quedaron mejorados y muchos justificados, otros se volvieron al estado de sus vicios y malos hábitos y ejercicios imperfectos, porque no se aprovecharon de la luz ni de las inspiraciones que les envió la disposición divina, y aunque tantos habían aclamado y reconocido a Cristo nuestro Señor por Rey de Israel, no hubo quien le hospedase ni recibiese en su casa (Mc 11,11).

1125. Estuvo Su Majestad en el templo enseñando y predicando hasta la tarde. Y en confirmación de la veneración y culto que se le había de dar a aquel lugar santo y casa de oración, no consintió que le trajesen un vaso de agua para beber; y sin recibir éste ni otro refrigerio, volvió aquella tarde a Betania, de donde había venido, y después los días siguientes hasta su pasión volvió a Jerusalén. La divina Madre y Señora María Santísima estuvo aquel día en Betania retirada a solas, para ver desde allí con una particular visión todo lo que sucedía en el admirable triunfo de su Hijo y Maestro. Vio lo que hacían los espíritus soberanos en el cielo, los hombres en la tierra y lo que sucedió a los demonios en el infierno, y cómo el eterno Padre en todas estas maravillas ejecutaba y cumplía las promesas que antes había hecho a su Unigénito humanado dándole la posesión del imperio y dominio de todos sus enemigos. Vio también cuánto hizo nuestro Salvador en esta ocasión y en el templo, y entendió aquella voz del Padre que descendió del cielo en presencia de los circunstantes, y respondiendo a Cristo nuestro Salvador le dijo: “Yo te clarificaré, y otra vez te clarificaré.” (Jn 12,28) En donde dio a entender que, a más de la gloria y triunfo que el Padre había dado al Verbo humanado aquel día, y en los demás que se han referido, le clarificaría y ensalzaría en lo futuro después de su muerte, porque todo lo comprenden las palabras del eterno Padre, y así lo entendió y penetró su beatísima Madre, con admirable júbilo de su espíritu purísimo.

Doctrina de la misma Reina y señora María Santísima.

1126. “Hija mía, algo has escrito y más has conocido de los ocultos misterios del triunfo de mi Hijo Santísimo el día que entró en Jerusalén y lo que precedió a él, pero mucho más es lo que conocerás en el mismo Señor, porque en la vida mortal no lo podéis penetrar los peregrinos de la tierra; pero con todo eso tienen bastante doctrina y desengaño en lo que se les ha manifestado para conocer cuán levantados son los juicios del Señor y cuán diferentes de los pensamientos de los hombres. El Altísimo mira al corazón de las criaturas y al interior, donde está la hermosura de la hija del rey (Sal 44,14), y los hombres a lo aparente y sensible; y por eso en los ojos de su sabiduría los justos y escogidos son estimados y levantados, cuando se abaten y humillan, y los soberbios son humillados y aborrecidos, cuando se levantan. Esta ciencia, hija mía, es de pocos entendida, y por eso los hijos de las tinieblas no saben apetecer ni buscar otra honra ni exaltación más de la que les da el mundo. Y aunque los hijos de la Iglesia Santa confiesan y conocen que ésta es vana y sin sustancia y que no permanece más que la flor y el heno, con todo eso no practican esta verdad. Y

como no les da su conciencia el testimonio fiel de las virtudes y luz de la gracia, solicitan el crédito de los hombres y el aplauso y gloria que les pueden dar; aunque todo es falso, engañoso y lleno de mentira, porque solo Dios es el que sin engaño honra y levanta al que lo merece, y el mundo de ordinario trueca las suertes y da sus honras a quien menos las merece o a quien más ambicioso y sagaz las procura y solicita.

1127. “Aléjate, hija mía, de este engaño, y no te aficiones al gusto de las alabanzas de los hombres, ni admitas sus lisonjas y agasajos. Da a cada cosa el nombre y la estimación que merece, que en esto andan muy a ciegas los hijos de este siglo. Ninguno de los mortales pudo merecer la honra y aplauso de las criaturas como mi Hijo Santísimo y, con todo eso, la que le dieron en la entrada de Jerusalén la dejó y despreció, porque sólo era para manifestar su poder divino y para que después fuese más ignominiosa su pasión, y para enseñar en esto a los hombres que las honras visibles del mundo nadie las debe admitir por sí mismas, si no hay otro fin más alto de la gloria y exaltación del Altísimo a donde reducirlas; que sin esto son vanas e inútiles, sin fruto ni provecho, pues no está en ellas la felicidad verdadera de las criaturas capaces de la eterna. Y porque te veo deseosa de saber la razón por que yo no me hallé presente con mi Hijo Santísimo en este triunfo, quiero responder a tu deseo, acordándote lo que muchas veces has escrito en esta Historia de la visión que yo tenía de las obras interiores de mi amado Hijo en el espejo purísimo de su interior. Con esta visión conocía en su voluntad cuándo y para qué se quería ausentar de mí, luego puesta a sus pies le suplicaba me declarase su voluntad y gusto en lo que yo debía hacer y Su Majestad algunas veces me lo mandaba y declaraba determinadamente y con expreso orden, otras veces lo dejaba y remitía a mi elección, para que yo la hiciese con el uso de la divina luz y prudencia que me había dado. Esto hizo en la ocasión que determinaba entrar en Jerusalén triunfando de sus enemigos y dejó en mi mano el acompañarle o quedarme en Betania, y yo le pedí licencia para no hallarme presente a esta misteriosa obra y le supliqué me llevase después consigo cuando volviese a padecer y morir; porque juzgué por más acertado y agradable a sus ojos ofrecerme a padecer las ignominias y dolores de su pasión, que participar de la honra visible que le daban los hombres, de que a mí, como a su Madre, me tocaría algo hallándome presente y conociéndome los que le bendecían y alababan; y porque este aplauso, a más de que para mí no era apetecible, conocía que le ordenaba el Señor para demostración de su divinidad y poder infinito, en que yo no tenía parte, ni con la honra que a mí me dieran entonces aumentaba la que se le debía como a Salvador único del linaje humano. Y para gozar yo a solas de este misterio y glorificar al Muy Alto en sus maravillas, tuve en mi retiro la inteligencia y visión de todo lo que has escrito. Esto será para ti doctrina y enseñanza en mi imitación; sigue mis pasos humildes, abstrae tu afecto de todo lo terreno, levántate a las alturas, con que huirás de las honras humanas y las aborrecerás conociendo a la luz divina que son vanidad de vanidades y aflicción de espíritu” (Ecl 1,14)

CAPITULO 8

[Regresar al Principio](#)

Se juntan los demonios en el infierno a conferir sobre el triunfo de Cristo Salvador nuestro en Jerusalén y lo que resultó de esta junta, y otra que hicieron los pontífices y fariseos en Jerusalén.

1128. Todos los misterios que en sí contiene el triunfo de nuestro Salvador fueron grandes y admirables, como queda dicho, pero no es de menor admiración en su género el oculto secreto de lo que sintió el infierno oprimido del poder divino, cuando los demonios fueron arrojados a él, entrando Su Majestad en Jerusalén. Estuvieron desde el domingo, que les sucedió esta ruina, hasta el martes, dos días enteros en el aterramiento que les causó la diestra del Altísimo, llenos de penoso y confuso furor, y con aullidos horribles lo manifestaban a todos los condenados, y toda aquella turbulenta república recibió nuevo asombro y tormento sobre lo acostumbrado. y el príncipe de aquellas tinieblas Lucifer, más confuso que todos, congregó en su presencia a cuantos demonios estaban en el infierno y tomando un lugar más eminente como superior les habló y dijo:

1129. “No es posible que no sea más que profeta este hombre que así nos persigue y arruina nuestro poder y quebranta mis fuerzas; porque Moisés, Elías y Eliseo y otros antiguos enemigos nuestros nunca nos vencieron con tanta violencia, aunque hacían otras maravillas, ni tampoco se me han ocultado tantas obras de los otros como de éste, en particular de las de su interior, de que alcanzo a conocer muy poco. Y uno que solo es hombre, ¿cómo pudiera hacer esto y manifestar tan supremo poder sobre todas las cosas, como generalmente publican? Y sin inmutarse ni engreírse recibe las alabanzas y gloria que por ellas le dan los hombres. Y en este triunfo que ha tenido entrando en Jerusalén ha mostrado nuevo poder contra nosotros y el mundo, pues yo me hallo con inferiores fuerzas para lo que deseo, que es

destruirle y borrar su nombre de la tierra de los vivientes (Jer 11,19). Y en esta ocasión que tenemos presente, no solamente los suyos le han celebrado y aclamado por bienaventurado, pero muchos que yo tenía en mi dominio hicieron lo mismo, y aun le llamaron Mesías y el prometido de su ley, y a todos los rindió a su veneración y adoración. Mucho es esto para solo puro hombre, y si éste no es más, ninguno otro tuvo tan de su parte el poder de Dios, y con él nos hace y hará grandes daños, porque, después que fuimos arrojados del cielo, nunca tales ruinas hemos padecido ni conocido tal virtud como después que vino este hombre al mundo. Y si acaso es el Verbo humanado, como sospechamos, pide grande acuerdo este negocio; porque si consentimos que viva, con su ejemplo y doctrina se llevará tras de sí a todos los hombres; y por el odio que con él tengo, he procurado quitarle la vida algunas veces y no lo he conseguido, porque en su patria, que procuré le despeñasen de un monte, él con su poder burló de los que iban a ejecutarle (Lc 4,30; Jn 10,39 (A.)); otra vez dispuse que le apedreasen en Jerusalén y se les desapareció a los fariseos.

1130. “Ahora tengo la materia mejor dispuesta con su discípulo y nuestro amigo Judas, porque le he arrojado al corazón una sugestión de que venda y entregue a su Maestro a los fariseos, a los cuales tengo también prevenidos con furiosa envidia, que sin duda le darán la muerte muy cruel, como lo desean. Y sólo aguardan ocasión oportuna, y ésta la voy disponiendo con toda mi diligencia y astucia, porque Judas y los escribas y pontífices harán todo cuanto yo les propusiere. Pero con todo eso hallo en esto un gran tope, que pide mucha atención; porque, si este hombre es el Mesías que esperan los de su pueblo, ofrecerá la muerte y sus trabajos por la Redención de los hombres y satisfará y merecerá por todos y para todos infinitamente. Abrirá el cielo y subirán los mortales a gozar los premios que Dios nos ha quitado a nosotros, y será éste nuevo y duro tormento, si no lo prevenimos para impedirlo. Y a más de esto dejará este hombre en el mundo, padeciendo y mereciendo, nuevo ejemplo de paciencia para los demás, porque es mansísimo y humilde de corazón y jamás le hemos visto impaciente ni turbado, y esto mismo enseñará a todos, que es lo más aborrecible para mí, porque me ofenden grandemente estas virtudes y a todos los que siguen mi dictamen y pensamientos. Por estas razones conviene para nuestros intentos conferir lo que debemos hacer en perseguir a este Cristo y nuevo hombre, y que todos me digáis lo que entendáis en este negocio.”

1131. Sobre esta propuesta de Lucifer tuvieron largas conferencias aquellos príncipes de las tinieblas, enfureciéndose contra nuestro Salvador con increíble saña y lamentándose del engaño que ya juzgaban habían padecido en pretender su muerte con tanta astucia y malicia; y con ella misma reduplicada pretendieron desde entonces retractar lo hecho y atajar que no muriese, porque ya estaban confirmados en la sospecha de que era el Mesías, aunque no acababan de conocerlo con firmeza. Pero este recelo fue para Lucifer de tanto escándalo y tormento, que aprobando el nuevo decreto de impedir la muerte del Salvador, concluyó el conciliábulo y dijo: “Creedme, amigos, que si este hombre es también Dios verdadero, con su padecer y morir salvará a todos los hombres, y nuestro imperio quedará destruido, y los mortales serán levantados a nuevas dichas y potestad contra nosotros. Muy errados andamos en procurarle la muerte. Vamos luego a reparar nuestro propio daño.”

1132. Con este acuerdo salió Lucifer y todos sus ministros a la tierra y ciudad de Jerusalén, y de aquí resultaron algunas de las diligencias que hicieron con Pilatos y su mujer, como consta de los evangelistas (Mt 27,19; Lc 23,4ss; Jn 18,38), para excusar la muerte del Señor, y otras que no están en la historia del Evangelio, pero fueron ciertas. Porque ante todas cosas emprendieron a Judas y con nuevas sugerencias procuraron disuadirle la venta que tenía concertada de su divino Maestro. Y como no se movió a revocar sus intentos y desistir de ellos, se le apareció el demonio en forma corporal y visible y le habló, procurando con razones inducirle a que no tratase de quitar la vida a Cristo por medio de los fariseos. Y conociendo el demonio la desmedida codicia del avariento discípulo, le ofreció mucho dinero, porque no le entregase a sus enemigos. Y en todo esto puso Lucifer más cuidado que antes había puesto para inducirle al pecado de vender a su mansísimo y divino Maestro.

1133. Pero ¡ay dolor de la miseria humana, que habiéndose rendido Judas al demonio para obedecerle en la maldad, no pudo hacerlo para retractarla! Porque no estaba de parte del enemigo la fuerza de la divina gracia, y sin ella son vanas todas las persuasiones y diligencias extrañas para dejar el pecado y seguir el verdadero bien. No era imposible para Dios reducir a la virtud el corazón de aquel alevoso discípulo, pero no era medio conveniente para este fin la persuasión del demonio que le había derribado de la gracia. Y para no darle el Señor otros auxilios, tenía justificada la causa de su equidad inefable, pues había llegado Judas a tan dura obstinación en medio de la escuela del divino Maestro, resistiendo tantas veces a su doctrina, inspiraciones y grandes beneficios, despreciando con formidable temeridad sus consejos, los de su Santísima Madre y dulcísima Señora, el ejemplo vivo de sus vidas y conversación, y de todos los demás apóstoles. Contra todo esto había forcejado el impío discípulo con pertinacia más que de demonio y

que de hombre libre para el bien; y habiendo corrido tan larga carrera en el mal, llegó a estado que el odio concebido contra su Salvador y contra la Madre de misericordia le hizo inepto para buscarla, indigno de luz para conocerla y como insensible para la misma razón y ley natural que le pudiera retardar en ofender al Inocente de cuyas manos había recibido tan liberales beneficios. Raro ejemplo y escarmiento para la fragilidad y estulticia de los hombres, que con ella pueden en semejantes peligros caer y perecer, porque no los temen, y llegar a tan infeliz y lamentable ruina.

1134. Dejaron los demonios a Judas desconfiados de reducirle y se fueron a los fariseos, intentando la misma demanda por medio de muchas sugerencias y pensamientos que les arrojaron para que no persiguieran a Cristo nuestro bien y Maestro. Pero sucedió lo mismo que con Judas, por las mismas razones; que no pudieron traerlos a que retractasen su intento y revocasen la maldad que tenían fraguada. Aunque por motivos humanos se movieron algunos de los escribas a reparar si les estaría bien lo que determinaban, pero, como no eran asistidos de la gracia, luego les volvió a vencer el odio y envidia que contra el Señor habían concebido. De aquí resultaron las diligencias que hizo Lucifer con la mujer de Pilatos y con él mismo, porque a ella la incitaron, como consta del Evangelio, para que con piedad mujeril previniese y escribiese a Pilatos no se metiese en condenar aquel hombre Justo (Mt 27,19). Y con esta persuasión, y otras que representaron al mismo Pilatos, le obligaron los demonios a tantos reparos como hizo para excusar la sentencia de muerte contra el inocente Señor, de que adelante hablaré lo que fuere necesario (Cf., infra n. 1308,1322,1346,1349). Y como ninguna de estas diligencias se le logró a Lucifer y a sus ministros, reconociéndoles desconfiados, mudaron el medio y se enfurecieron de nuevo contra el Salvador de la vida y movieron a los fariseos y a los verdugos y ministros, para que no pudiendo impedir su muerte, se la diesen atropelladísima y le atormentasen con la impía crueldad que lo hicieron, para irritar su invencible paciencia. Y a esto dio lugar el mismo Señor para los altos fines de la Redención humana, aunque impidió que no ejecutasen los verdugos algunas atrocidades menos decentes, que los demonios les administraban contra la venerable persona y humanidad del Salvador, como diré adelante (Cf. infra n.1290).

1135. El miércoles siguiente a la entrada de Jerusalén, que fue el día que Cristo nuestro Señor se quedó en Betania sin volver al templo, se juntaron de nuevo en casa del pontífice Caifás los escribas y fariseos (Mt 26,3-4 (A.)), para maquinare dolosamente la muerte del Redentor del mundo; porque los había irritado con mayor envidia el aplauso que en la entrada de Jerusalén habían hecho con Su Majestad todos los moradores de la ciudad, y esto cayó sobre el milagro de resucitar a Lázaro y las otras maravillas que aquellos días había obrado Cristo nuestro Señor en el templo. Y habiendo resuelto que convenía quitarle la vida, endulzando esta impía crueldad con pretexto del bien público, como lo dijo Caifás, profetizando lo contrario de lo que pretendió, el demonio, que los vio resueltos, puso en la imaginación de algunos que no ejecutasen este acuerdo en la fiesta de la Pascua, porque no se alborotase el pueblo, que veneraba a Cristo nuestro Señor como Mesías o gran profeta. Esto hizo Lucifer, para ver si con dilatar la muerte del Señor podría impedirla. Pero como Judas estaba ya entregado a su misma codicia y maldad y destituido de la gracia que para revocarla era menester, acudió al concilio de los pontífices muy azorado e inquieto y trató con ellos de la entrega de su Maestro y se remató la venta con treinta dineros, contentándose con ellos por precio del que encierra en sí todos los tesoros del cielo y tierra; y por no perder los pontífices la ocasión, atropellaron con el inconveniente de ser Pascua. Y así estaba dispuesto por la sabiduría infinita, cuya providencia lo disponía.

1136. Al mismo tiempo sucedió lo que refiere San Mateo (Mt 26,2) que dijo nuestro Redentor a los discípulos: “*Sabed que después de dos días, sucederá, que el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.*” No estaba Judas presente a estas palabras, y con el furor de la traición volvió luego a los apóstoles y como pérfido y descreído andaba inquiriendo y preguntando a sus compañeros, y al mismo Señor y su beatísima Madre, a qué lugar habían de ir desde Betania y qué determinaba su Maestro hacer aquellos días. Y todo esto preguntaba e inquiría dolosamente el pérfido discípulo, para disponer mejor la entrega de su Maestro, que dejaba contratada con los príncipes de los fariseos. Y con estos fingimientos y disimulaciones pretendía Judas paliar su alevosía, como hipócrita. Pero no sólo el Salvador, sino también la prudentísima Madre, conocía su redoble y depravada intención, porque los santos ángeles le dieron luego cuenta del contrato que dejaba hecho con los pontífices, para entregársele por treinta dineros. Y aquel día se llegó el traidor a preguntar a la gran Señora a dónde determinaba ir su Hijo Santísimo para la Pascua. Y ella con increíble mansedumbre le respondió: “¿Quién podrá entender, oh Judas, los juicios y secretos del Altísimo? Y desde entonces le dejó de amonestar y exhortar para que se retractase de su pecado, aunque siempre el Señor y su Madre le sufrieron y toleraron, hasta que él mismo desesperó del remedio y salud eterna. Pero la mansísima paloma, conociendo la ruina irreparable de Judas, y que ya su Hijo Santísimo sería luego entregado a sus enemigos, hizo tiernos llantos en compañía de los ángeles, porque no podía con otra alguna criatura conferir su íntimo dolor; y con estos espíritus celestiales soltaba el mar de su amargura y decía palabras de gran peso, sabiduría y sentimiento, con admiración de los

mismos ángeles, viendo en una humana criatura tan nuevo modo de obrar con perfección tan alta, en medio de aquella tribulación y dolor tan amargo.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo María Santísima.

1137. “Hija mía, todo lo que has entendido y escrito en este capítulo contiene grande enseñanza y misterios en beneficio de los mortales, si con atención los consideran. Lo primero, debes ponderar con discreción que, como mi Hijo Santísimo vino a deshacer las obras del demonio y vencerle para que no tuviese tantas fuerzas contra los hombres, fue consiguiente para este intento que, dejándole en el ser de su naturaleza de ángel y en la ciencia habitual que le correspondía, con todo eso le ocultase muchas cosas - como en otras partes has escrito (Cf. supra n.501,648,937,1067,1124) - para que no llegando a conocerlas se reprimiese la malicia de este dragón con el modo más conveniente a la suave y fuerte providencia del Altísimo. Por esto se le ocultó la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana, y anduvo tan alucinado en este misterio que se confundió y anduvo variando en discursos y determinaciones fabulosas hasta que a su tiempo le hizo mi Hijo Santísimo que le conociese, y que su alma divinizada había sido gloriosa desde el instante de su concepción. Y a si mismo le ocultó algunos milagros de su vida santísima y le dejaba conocer otros. Y esto mismo sucede ahora con algunas almas, que no consiente mi Hijo santísimo conozca el enemigo todas sus obras, aunque naturalmente las pudiera conocer, porque se las esconde Su Majestad, para conseguir sus altos fines en beneficio de las almas; y después suele dejarle que las conozca, para mayor confusión del mismo demonio, como sucedió en las obras de la Redención, cuando para su tormento y mayor opresión dio lugar el Señor a que las conociese. Y por esta razón anda la serpiente y dragón infernal acechando a las almas para rastrear sus obras, no sólo interiores, sino también las exteriores.

1138. Tanto es el amor que tiene mi Hijo Santísimo a las almas, después que nació y murió por ellas. Y este beneficio fuera más general y continuo con muchas, si ellas mismas no le impidieran desmereciéndole y entregándose a su enemigo, escuchando sus falsas sugerencias y consejos llenos de malicia y engaño. Y como los justos y señalados en la santidad vienen a ser instrumentos en la mano del Señor, que los gobierna y rige él mismo y no consiente que otro alguno los mueva, porque del todo se entregan a su divina disposición; así por el contrario sucede a muchos réprobos y olvidados de su Criador y Reparador, que entregándose por medio de repetidos pecados en manos del demonio, los arrastra y mueve a toda maldad y se sirve de ellos para todo lo que desea su depravada malicia, como sucedió al pérfido discípulo y a los fariseos homicidas de su mismo Redentor. Y ninguno de los mortales tiene disculpa en este daño, pues así como Judas y los pontífices no consintieron con su libre voluntad en el consejo del demonio, para dejar de perseguir a Cristo nuestro Señor, pudieran mucho mejor no consentir con él en la determinación de perseguirle, que les persuadió el mismo demonio; pues para resistir esta tentación les asistió el auxilio de la gracia, si quisieran cooperar con ella, y para no retroceder del pecado sólo se valieron de su libre albedrío y malos hábitos. Y si les faltó entonces la gracia y moción del Espíritu Santo, fue porque de justicia se les debía negar, por haberse rendido y sujetado ellos al demonio, para obedecerle en toda maldad y para dejarse gobernar de sola su perversa voluntad, sin respeto a la bondad y poder de su Criador.

1139. “De aquí entenderás cómo esta serpiente infernal nada puede para mover al bien obrar y mucho para inducir y llevar al pecado, si las almas no advierten y previenen su peligroso estado. Y de verdad te digo, hija mía, que si los mortales le conocieran con la ponderación digna que pide, les causara grande asombro; porque entregada un alma al pecado, no hay potencia criada que la pueda revocar ni detener para que no se despeñe de un abismo en otro; y el peso de la naturaleza humana, después del pecado de Adán, inclina al mal como la piedra al centro, mediante las pasiones de la concupiscible e irascible; y juntando a esto las inclinaciones de los malos hábitos y costumbres y el dominio y fuerza que cobra el demonio contra el que peca y la tiranía con que lo ejecuta, ¿quién habrá tan enemigo de sí mismo que no tema este peligro? Sólo el poder infinito le librará, y sólo a su diestra está reservado el remedio. Y siendo esto así que no hay otro, con todo eso viven los mortales tan seguros y descuidados en su perdición, como si estuviera en su mano revocarla y repararla cuando quisieren. Y aunque muchos confiesan y conocen la verdad de que no pueden levantarse de su ruina sin el brazo del Señor, pero con este conocimiento habitual y remiso, en lugar de obligarle a que les dé la mano de su poder, le desobligan, irritan y quieren que Dios les esté aguardando con su gracia, para cuando ellos se cansaren de pecar o no pudieren extender más su malicia y estulticia llena de ingratitud.

1140. “Teme, carísima, este formidable peligro y guárdate del primer pecado, que con él resistirás menos al segundo y tu enemigo cobrará fuerzas contra ti. Advierte que tu tesoro es grande y el vaso frágil (2 Cor 4,7) y con un yerro puedes

perderlo todo. La cautela y sagacidad de la serpiente contra ti es grande y tú eres menos astuta. Y por esto te conviene recoger tus sentidos y cerrarlos a todo lo visible, retirar tu corazón al castillo murado de la protección y refugio del Altísimo, de donde resistirás a la inhumana batería con que te procura perseguir. Y para que temas, como debes, baste contigo el castigo a donde llegó Judas, como lo has entendido. En lo demás que has advertido de mi imitación, para perdonar a los que te persiguen y aborrecen, amarlos y tolerarlos con caridad y paciencia y pedir por ellos al Señor con verdadero celo de su salvación, como yo lo hice con el traidor Judas, ya estás advertida muchas veces; y en esta virtud quiero que seas extremada y señalada y que la enseñes y platiques con tus religiosas y con todos los que trates, porque a vista de la paciencia y mansedumbre de mi Hijo Santísimo y mía, será de intolerable confusión para los malos y todos los mortales que no se hayan perdonado unos a otros con fraternal caridad. Y los pecados de odio y venganza serán castigados en el juicio con mayor indignación, y en la vida presente son los que más alejan de los hombres la misericordia infinita para su perdición eterna, si no se enmiendan con dolor. Y los que son blandos y suaves con los que los ofenden y persiguen y olvidan los agravios, tienen una particular similitud respectivamente con el Verbo humanado, que siempre andaba buscando, perdonando y beneficiando a los pecadores. Imitándole en esta caridad y mansedumbre de cordero, se dispone el alma y tiene una como cualidad engendrada de la caridad y amor de Dios y del próximo, que la hace materia dispuesta para recibir los influjos de la gracia y favores de la diestra divina.

CAPITULO 9

[Regresar al Principio](#)

Se despide Cristo nuestro Salvador de su Madre Santísima en Betania para ir a padecer el jueves de la cena, pídele la gran Señora la comunión para su tiempo y le sigue a Jerusalén con la Magdalena y otras santas mujeres.

1141. Para continuar el discurso de esta Historia dejamos en Betania al Salvador del mundo, después que volvió del triunfo de Jerusalén, acompañado de sus apóstoles. Y en el capítulo precedente he dicho (Cf. supra n.1132ss) anticipadamente lo que antes de la entrega de Cristo hicieron los demonios y otras cosas que resultaron de su infernal arbitrio y de la traición de Judas y concilio de los fariseos. Volvamos ahora a lo que sucedió en Betania, donde la gran Reina asistió y sirvió a su Hijo Santísimo aquellos tres días que pasaron desde el domingo de los Ramos hasta el jueves. Todo este tiempo gastó el Autor de la vida con su divina Madre, salvo el que ocupó en volver a Jerusalén y enseñar en el templo los dos días lunes y martes; porque el miércoles no subió a Jerusalén, como ya he dicho (Cf. supra n.1135). En estos últimos viajes informó a sus discípulos con más abundancia y claridad de los misterios de su pasión y redención humana. Pero con todo esto, y aunque oían la doctrina y avisos de su Dios y Maestro, respondían cada uno según la disposición con que la oían y recibían, y según los efectos que en ellos causaba y los afectos que movía; siempre estaban algo tardos, y como flacos no cumplieron en la pasión lo que antes ofrecieron, como el suceso lo manifestó y adelante veremos (Cf. infra n.1240).

1142. Con la beatísima Madre comunicó y trató nuestro Salvador aquellos días inmediatos a su pasión tan altos sacramentos y misterios de la Redención humana y de la nueva ley de gracia, que muchos de ellos estarán ocultos hasta la vista del Señor en la patria celestial. Y de los que yo he conocido puedo manifestar muy poco, pero en el prudentísimo pecho de nuestra gran Reina depositó su Hijo Santísimo todo lo que llamó David incierto y oculto de su sabiduría (Sal 50,8 (A.)), que fue el mayor de los negocios que el mismo Dios tenía por su cuenta en las obras *ad extra*, cual fue nuestra reparación, glorificación de los predestinados, y en ella la exaltación de su santo nombre. Le ordenó Su Majestad todo lo que había de hacer la prudentísima Madre en el discurso de la pasión y muerte que por nosotros iba a recibir y la previno de nueva luz y enseñanza. Y en todas estas conferencias la habló el Hijo Santísimo con nueva majestad y grandiosa severidad de Rey, conforme la importancia de lo que trataban, porque entonces de todo punto cesaron los regalos y las caricias de Hijo y Esposo. Pero como el amor natural de la dulcísima Madre y la caridad encendida de su alma purísima había llegado a tan alto grado sobre toda ponderación criada y se acercaba el término de la conversación y trato que había tenido con el mismo Dios e Hijo suyo, no hay lengua que pueda manifestar los afectos tiernos y dolorosos de aquel candidísimo corazón de la Madre y los gemidos que de lo más íntimo de él despedía, como tórtola misteriosa que ya comenzaba a sentir su soledad, que todo lo restante de cielo y tierra entre las criaturas no podían recompensar.

1143. Llegó el jueves, víspera de la pasión y muerte del Salvador, y este día antes de salir la luz llamó el Señor a su amantísima Madre, y ella respondió postrada a sus pies, como lo tenía de costumbre, y le dijo: “Hablad, Señor y

Dueño mío, que vuestra sierva oye.” La levantó su Hijo Santísimo del suelo donde estaba postrada y hablándola con grande amor y serenidad le dijo: “Madre mía, llegada es la hora determinada por la eterna sabiduría de mi Padre para obrar la salud y Redención humana, que me encomendó su voluntad santa y agradable; razón es que se ejecute el sacrificio de la nuestra, que tantas veces la habemos ofrecido. Dadme licencia para irme a padecer y morir por los hombres y tened por bien, como verdadera madre, que me entregue a mis enemigos para cumplir con la obediencia de mi eterno Padre, y por ella misma cooperad conmigo en la obra de la salud eterna, pues recibí de vuestro virginal vientre la forma de hombre pasible y mortal, en que se ha de redimir el mundo y satisfacer a la divina justicia. Y como vuestra voluntad dio el *fiat* para mi encarnación, quiero que le deis ahora para mi pasión y muerte de cruz; y el sacrificarme de vuestra voluntad a mi eterno Padre será el retorno de haberos hecho Madre mía, pues él me envió para que por medio de la pasibilidad de mi carne recobrase las ovejas perdidas de su casa, que son los hijos de Adán.”

1144. Estas y otras razones que dijo nuestro Salvador traspasaron el amantísimo corazón de la Madre de la vida y le pusieron de nuevo en la prensa más ajustada de dolor que jamás hasta entonces había padecido, porque llegaba ya aquella hora y no hallaba apelación su dolorosa pena, ni al tiempo, ni a otro superior tribunal, sobre el decreto eficaz del eterno Padre, que destinaba aquel plazo para la muerte de su Hijo. Y como la prudentísima Madre le miraba como a Dios infinito en atributos y perfecciones y como a verdadero hombre, unida su humanidad a la persona del Verbo y santificada con sus efectos y debajo de esta dignidad inefable, confería la obediencia que le había mostrado cuando Su Alteza le criaba como Madre, los favores que de su mano había recibido en tan larga compañía, y que luego carecería de ellos y de la hermosura de su rostro, de la dulzura eficaz de sus palabras, y que no sólo le faltaría junto todo esto en una hora, pero que le entregaba a los tormentos e ignominias de su pasión y al cruento sacrificio de la muerte y de la cruz y le daba en manos de tan impíos enemigos. Todas estas noticias y consideraciones, que entonces eran más vivas en la prudentísima Madre, penetraron su amoroso y tierno corazón con dolor verdaderamente inexplicable. Pero con la grandeza de Reina, venciendo a su invencible pena, se volvió a postrar a los pies de su Hijo y Maestro divino y besándolos con suma reverencia le respondió y dijo:

1145. “Señor y Dios altísimo, autor de todo lo que tiene ser, esclava vuestra soy, aunque sois hijo de mis entrañas, porque vuestra dignación de inefable amor me levantó del polvo a la dignidad de Madre vuestra; razón es que este vil gusanillo sea reconocido y agradecido a vuestra liberal clemencia y obedezca a la voluntad del eterno Padre y vuestra. Yo me ofrezco y me resigno en su divino beneplácito, para que en mí como en vos, Hijo y Señor mío, se cumpla y ejecute su voluntad eterna y agradable. El mayor sacrificio que puedo yo ofrecer, será el no morir con vos y que no se truequen estas suertes, porque el padecer en vuestra imitación y compañía será grande alivio de mis penas, y todas dulces a vista de las vuestras. Me bastara por dolor el no poderos aliviar en los tormentos que por la salud humana habéis de padecer. Recibid, oh bien mío, el sacrificio de mis deseos y que os vea yo morir quedando con la vida, siendo vos cordero inocentísimo y figura de la sustancia de vuestro eterno Padre. Recibid también el dolor de que yo vea la inhumana crueldad de la culpa del linaje humano ejecutada por mano de vuestros crueles enemigos en vuestra dignísima persona. ¡Oh cielos y elementos con todas las criaturas que estáis en ellos, espíritus soberanos, santos patriarcas y profetas, ayudadme todos a llorar la muerte de mi Amado que os dio el ser y llorad conmigo la infeliz miseria de los hombres, que serán la causa de esta muerte y perderán después la eterna vida, la cual les ha de merecer, y ellos no se aprovecharán de tan gran beneficio! ¡Oh infelices réprobos y dichosos predestinados, que se lavaron vuestras estolas en la sangre del Cordero! (Ap 7,14) Vosotros, que supisteis aprovecharos de este bien, alabad al Todopoderoso. Oh Hijo mío y bien infinito de mi alma, dad fortaleza y virtud a vuestra afligida Madre y admitidla por vuestra discípula y compañera, para que participe de vuestra pasión y cruz y con vuestro sacrificio reciba el eterno Padre el mío como Madre vuestra.”

1146. Con estas y otras razones, que no puedo explicar con palabras, respondía la Reina del cielo a su Hijo Santísimo y se ofreció a la imitación y participación de su pasión, como cooperadora y coadjutora de nuestra redención. Y luego le pidió licencia para proponerle otro deseo y petición, prevenida muy de lejos con la ciencia que tenía de todos los misterios que el Maestro de la vida había de obrar en el fin de ella; y dándole licencia Su Majestad añadió la purísima Madre y dijo: “Amado de mi alma y lumbre de mis ojos, no soy digna, Hijo mío, de lo que anhela mi corazón a pedir, pero vos, Señor, sois aliento de mi esperanza y en esta fe os suplico me hagáis participante, si sois servido, del inefable sacramento de vuestro sagrado cuerpo y sangre, como tenéis determinado de instituirle por prenda de vuestra gloria, y para que volviendo a recibirnos en mi pecho se me comuniquen los efectos de tan admirable y nuevo sacramento. Bien conozco, Señor mío, que ninguna de las criaturas puede dignamente merecer tan excesivo beneficio, prevenido sobre vuestras obras por sola vuestra magnificencia, y para obligarla ahora, sólo tengo que ofrecer a vos

mismo con vuestros merecimientos infinitos. Y si la humanidad santísima en que los vinculáis por haberla recibido de mis entrañas induce algún derecho, éste no será tanto en mí para que seáis mío en este sacramento, como para que yo sea vuestra con la nueva posesión de recibiros, en que puedo restituirme a vuestra dulce compañía. Mis obras y deseos dediqué a esta dignísima y divina comunión desde la hora que vuestra dignación me dio noticia de ella, y de la voluntad y decreto de quedaros en vuestra Iglesia Santa en especies de pan y vino consagrados. Volved, pues, Señor y bien mío, a la primera y antigua habitación de vuestra Madre, de vuestra amiga y vuestra esclava, a quien para recibiros en su vientre hicisteis libre y exenta del común contagio. En mi pecho recibiré ahora la humanidad que de mi sangre os comuniqué y en él estaremos juntos con estrecho y nuevo abrazo que aliente mi corazón y encienda mis afectos, para no estar de vos jamás ausente, que sois infinito bien y amor de mi alma.”

1147. Muchas palabras de incomparable amor y reverencia dijo la gran Señora en esta ocasión, porque habló con su Hijo Santísimo con admirable afecto del corazón, para pedirla la participación de su sagrado cuerpo y sangre. Y Su Majestad le respondió también con más caricia, concediéndole su petición, y la ofreció que la daría el favor y beneficio de la comunión que le pedía, en llegando la hora de celebrar su institución. Desde luego la purísima Madre con nuevo rendimiento hizo grandiosos actos de humildad, agradecimiento, reverencia y viva fe, para estar dispuesta y preparada para la deseada comunión de la Eucaristía; y sucedió lo que diré adelante (Cf. infra n.1197).

1148. Mandó luego Cristo Salvador nuestro a los santos ángeles de su Madre Santísima que la asistiesen desde entonces en forma visible para ella y la sirviesen y consolasen en su dolor y soledad, como en efecto lo cumplieron. Le ordenó también a la gran Señora que, en partiendo Su Majestad a Jerusalén con sus discípulos, ella le siguiese por algún breve espacio con las mujeres santas que venían acompañándolos desde Galilea y que las informase y animase, para que no desfalleciesen con el escándalo que tendrían viéndole padecer y morir con tantas ignominias y muerte de cruz afrentosísima. Y dando fin a esta conferencia el Hijo del eterno Padre, dio su bendición a su amantísima Madre, despidiéndose para la última jornada en que había de padecer y morir. El dolor que en esta despedida penetró los corazones de Hijo y Madre excede a todo humano pensamiento, porque fue correspondiente al amor recíproco de entrambos y éste era proporcionado a la condición y dignidad de las personas. Y aunque de ello podemos declarar tan poco, no por esto quedamos excusados de ponderarlo en nuestra consideración y acompañarlos con suma compasión, conforme a nuestras fuerzas y capacidad, para no ser reprendidos como ingratos y de pesado corazón.

1149. Despedido nuestro Salvador de su amantísima Madre y dolorosa Esposa, salió de Betania para la última jornada a Jerusalén el jueves, que fue el de la cena, poco antes de mediodía, acompañado de los apóstoles que consigo tenía. A los primeros pasos que dio Su Majestad en este viaje, que ya era el último de su peregrinación, levantó los ojos al eterno Padre y, confesándole con alabanza y hecho de gracias, se ofreció de nuevo a sí mismo con lo ardentísimo de su amor y obediencia para morir y padecer por la Redención de todo el linaje humano. Esta oración y ofrecimiento hizo nuestro Salvador y Maestro con tan inefable afecto y fuerza de su espíritu, que como éste no se puede escribir, todo lo que dijere parece desdice de la verdad y de mi deseo. “Eterno Padre y Dios mío - dijo Cristo nuestro Señor - voy por vuestra voluntad y amor a padecer y morir por la libertad de los hombres mis hermanos y hechura de vuestras manos. Voy a entregarme para su remedio y a congregar en uno los que están derramados y divisos por la culpa de Adán. Voy a disponer los tesoros con que las almas criadas a vuestra imagen y semejanza han de ser adornadas y enriquecidas, para que sean restituidas a la dignidad de vuestra amistad y felicidad eterna y para que vuestro santo nombre sea conocido y engrandecido de todas las criaturas. Cuanto es de vuestra parte y de la mía, ninguna de las almas quedará sin remedio abundantísimo, y vuestra inviolable equidad quedará justificada en los que despreciaren esta copiosa redención.”

1150. En seguimiento del autor de la vida partió luego de Betania la beatísima Madre, acompañada de la Magdalena y de las otras mujeres santas que asistían y seguían a Cristo nuestro Señor desde Galilea. Y como el divino Maestro iba informando a sus apóstoles y previniéndolos con la doctrina y fe de su pasión, para que no desfalleciesen en ella por las ignominias que le viesan padecer, ni por las tentaciones ocultas de Satanás, así también la Reina y Señora de las virtudes iba consolando y previniendo a su congregación santa de discípulas, para que no se turbasen cuando viesan morir a su Maestro y ser azotado afrentosamente. Y aunque en la condición feménea eran estas santas mujeres de naturaleza más enferma y frágil que los apóstoles, con todo eso fueron más fuertes que algunos de ellos en conservar la doctrina y documentos de su gran Maestra y Señora. Y quien más se adelantó en todo fue Santa María Magdalena, como los evangelistas enseñan (Mt 27,56; Mc 15,40; Lc 24,10; Jn 19,25), porque la llama de su amor la llevaba toda enardecida y por su misma condición natural era magnánima, esforzada y varonil, de buena ley y respetos. Y entre todos los del

apostolado tomó por su cuenta acompañar a la Madre de Jesús y asistirle sin desviarse de ella todo el tiempo de la pasión, y así lo hizo como amante fidelísima.

1151. En la oración y ofrecimiento que hizo nuestro Salvador en esta ocasión, le imitó y siguió también su Madre Santísima, porque todas las obras de su Hijo Santísimo iba mirando en el espejo claro de aquella luz divina con que las conocía, para imitarlas, como muchas veces queda dicho (Cf. supra n.481,990,etc). Y a la gran Señora iban sirviendo y acompañando los ángeles que la guardaban, manifestándosele en forma humana visible, como el mismo Señor se lo había mandado. Con estos espíritus soberanos iba confiriendo el gran sacramento de su Santísimo Hijo, que no podían percibir sus compañeras, ni todas las criaturas humanas. Ellos conocían y ponderaban dignamente el incendio de amor que sin modo ni medida ardía en el corazón purísimo y candidísimo de la Madre y la fuerza con que llevaban tras de sí los unguentos olorosos (Cant 1,3) del amor recíproco de Cristo, su Hijo, Esposo y Redentor. Ellos presentaban al eterno Padre el sacrificio de alabanza y expiación que le ofrecía su Hija única y primogénita entre las criaturas. Y porque todos los mortales ignoraban de este beneficio y de la deuda en que los ponía el amor de Cristo nuestro Señor y de su Madre Santísima, mandaba la Reina a los santos ángeles que le diesen gloria, bendición y honra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y todo lo cumplían conforme a la voluntad de su gran Princesa y Señora.

1152. Me faltan dignas palabras y digno sentimiento y dolor para decir lo que entendí en esta ocasión de la admiración de los santos ángeles, que de una parte miraban al Verbo humanado y a su Madre santísima encaminando sus pasos a la obra de la Redención humana con la fuerza del ardentísimo amor que a los hombres tenían y tienen, y por otra parte miraban la vileza, ingratitud, tardanza y dureza de los mismos hombres para conocer esta deuda y obligarse del beneficio que a los demonios obligara si fueran capaces de recibirle. Esta admiración de los ángeles no era con ignorancia, sino con reprensión de nuestra intolerable ingratitud. Mujer flaca soy y menos que un gusanillo de la tierra, pero en esta luz que se me ha dado quisiera levantar la voz, que se oyera por todo el orbe, para despertar a los hijos de la vanidad y amadores de la mentira (Sal 4,3) y acordarles esta deuda a Cristo nuestro Señor y a su Santísima Madre y pedir a todos, postrada sobre mi rastra, que no seamos graves de corazón y tan crueles enemigos para nosotros mismos, y sacudamos este sueño tan olvidadizo, que nos sepulta en el peligro de la eterna muerte y aparta de la vida celestial y bienaventurada que nos mereció Cristo nuestro Redentor y Señor con muerte tan amarga de cruz.

Doctrina que me dio la Reina María Santísima.

1153. “Hija mía, de nuevo te llamo y convido, para que, ilustrada tu alma con especiales dones de la divina luz, entres en el profundo piélagos de los misterios de la pasión y muerte de mi Hijo Santísimo. Prepara tus potencias y estrena todas las fuerzas de tu corazón y alma, para que en alguna parte seas digna de conocer, ponderar y sentir las ignominias y dolores que el mismo Hijo del eterno Padre se dignó de padecer, humillándose a morir en una cruz para redimir a los hombres, y todo lo que yo hice y padecí, acompañándole en su acerbísima pasión. Esta ciencia tan olvidada de los mortales quiera que tú, hija mía, la estudies y aprendas para seguir a tu Esposo y para imitarme a mí, que soy tu Madre y Maestra. Y escribiendo y sintiendo juntamente lo que yo te enseñaré de estos sacramentos, quiero que de todo punto te desnudes de todo humano y terreno afecto y de ti misma, para que alejada de lo visible sigas pobre y desvalida nuestras pisadas. Y porque ahora con especial gracia te llamo a ti a solas para el cumplimiento de la voluntad de mi Hijo Santísimo y mía y en ti queremos enseñar a otros, es necesario que de tal manera te des por obligada de esta copiosa redención, como si fuera beneficio para ti sola y como si se hubiera de perder no aprovechándote tú sola. Tanto como esto lo debes apreciar, pues con el amor con que murió y padeció mi Hijo Santísimo por ti, te miró con tanto afecto como si fueras tú sola la que necesitabas de su pasión y muerte para tu remedio.

1154. “Con esta regla debes medir tu obligación y tu agradecimiento. Y cuando conoces el pesado y peligroso olvido que hay en los hombres de tan excesivo beneficio, como haber muerto por ellos su mismo Dios y Criador hecho hombre, procura tú recompensarle esta injuria amándole por todos, como si el retorno de esta deuda estuviera remitido a solo tu agradecimiento y fidelidad. Y te duele a si mismo de la ciega estulticia de los hombres en despreciar su eterna felicidad y en atesorar la ira del Señor contra sí mismos, frustrándole los mayores afectos de su infinito amor para con el mundo. Para esto te doy a conocer tantos secretos y el dolor tan sin igual que yo padecí desde la hora que me despedí de mi Hijo Santísimo para ir al sacrificio de su sagrada pasión y muerte. No hay términos con que significar la amargura de mi alma en aquella ocasión, pero a su vista ningún trabajo reputarás por grande, ni podrás apetecer descanso ni delectación terrena y sólo codiciarás padecer y morir con Cristo. Y compadécete conmigo, que es

debido a lo que te favorezco esta fiel correspondencia.

1155. Quiero también que adviertas cuán aborrecible es en los ojos del Señor y en los míos y de todos los bienaventurados el desprecio y olvido de los hombres en frecuentar la Sagrada Comunión y el no llegar a ella con disposición y fervor de devoción. Para que entiendas y escribas este aviso, te he manifestado lo que yo hice (Cf. supra n.835), disponiéndome tantos años para el día que llegase a recibir a mi Santísimo Hijo sacramentado, y lo demás, que escribirás adelante (Cf. infra n.1197; p.III n.109,583), para enseñanza y confusión vuestra; porque si yo, que estaba inocente y sin alguna culpa que me impidiese y con tanto lleno de todas las gracias, procuré añadir nueva disposición de ferviente amor, humildad y agradecimiento, ¿qué debes hacer tú y los demás hijos de la Iglesia, que cada día y cada hora incurren en nuevas culpas y fealdades, para llegar a recibir la hermosura de la misma divinidad y humanidad de mi Hijo Santísimo y mi Señor? ¿Qué descargo darán los hombres en el juicio, de haber tenido consigo al mismo Dios sacramentado en la iglesia, esperando que vayan a recibirle para llenarlos de la plenitud de sus dones y han despreciado este inefable amor y beneficio por emplearse y divertirse en deleites mundanos y servir a la vanidad aparente y engañosa? Y admírate, como lo hacen los ángeles y santos, de tal locura y guárdate de incurrir en ella.”

CAPITULO 10

[Regresar al Principio](#)

Celebra Cristo nuestro Salvador la última cena legal con sus discípulos y lávalos los pies; tiene su Madre Santísima inteligencia y noticia de todos estos misterios.

1156. Proseguía su camino para Jerusalén nuestro Redentor, como queda dicho (Cf. supra n.1149), el jueves a la tarde que precedió a su pasión y muerte, y en las conferencias que tenía con sus discípulos sobre los misterios de que los iba informando, le preguntaron algunas dudas en lo que no entendían y a todas respondió como Maestro de la sabiduría y Padre amoroso con palabras llenas de dulcísima luz que penetraba los corazones de los apóstoles, porque habiéndolos amado siempre, ya en aquellas horas últimas de su vida, como cisne divino, manifestaba con más fuerza la suavidad de su voz y la dulzura de su amor. Y no sólo no le impedía para esto lo inmediato de su pasión y la ciencia prevista de tantos tormentos, sino que, como el calor reconcentrado con la oposición del frío vuelve a salir con toda su eficacia, de este modo el incendio del divino amor, que sin límite ardía en el corazón de nuestro amoroso Jesús, salía con mayores finezas y actividad a inflamar a los mismos que le querían extinguir, comenzando a herir a los más cercanos con la eficacia de su incendio. A los demás hijos de Adán, fuera de Cristo y de su Madre Santísimos, de ordinario sucede que la persecución nos impacienta, las injurias nos irritan, las penas nos destemplan y todo lo adverso nos conturba, desmaya y desazona con quien nos ofende y tenemos por grande hazaña no tomar venganza de contado; pero el amor de nuestro divino Maestro no se estragó con las injurias que miraban en su pasión, no se cansó con las ignorancias de sus discípulos y con la deslealtad que luego había de experimentar en ellos.

1157. Le preguntaron dónde quería celebrar la Pascua del cordero. Que aquella noche cenaban los judíos como fiesta muy célebre y solemne en aquel pueblo y era la figura más expresa en su ley del mismo Señor de los misterios que él mismo y por él se habían de obrar, aunque entonces no estaban los apóstoles hartos capaces para conocerlos. Les respondió el divino Maestro enviando a San Pedro y a San Juan que se adelantasen a Jerusalén y preparasen la cena del Cordero pascual en casa de un hombre donde viesen entrar un criado con un cántaro de agua, pidiéndole al dueño de la casa que le previniese aposento para cenar con sus discípulos. Era este vecino de Jerusalén hombre rico, principal y devoto del Salvador y de los que habían creído en su doctrina y milagros, y con su piadosa devoción mereció que el autor de la vida eligiera su casa para santificarla con los misterios que obró en ella, dejándola consagrada en templo santo para otros que después sucedieron. Fueron luego los dos apóstoles y con las señas que llevaban pidieron al dueño de la casa que admitiese en ella al Maestro de la vida y tuviese por su huésped para celebrar la gran *solemnidad de los Azimos*, que así se llamaba aquella Pascua.

1158. Fue ilustrado con especial gracia el corazón de aquel padre de familias y liberalmente ofreció su casa con todo lo necesario para la cena legal, y luego señaló para ella una cuadra muy grande (Lc 22,12), colgada y adornada con mucha decencia, cual convenía aunque él y los doce apóstoles lo ignoraban para los misterios tan venerables que en ella quería obrar nuestro Salvador. Prevenido todo esto, llegó Su Majestad a la posada con los demás discípulos y en breve espacio fue también su Madre Santísima con su congregación de las santas mujeres que la seguían. Y luego la

humildísima Reina postrada en tierra adoró a su Hijo Santísimo, como acostumbraba, y le pidió la bendición y que la mandase lo que debía hacer. Ordenó la Su Majestad que se retirase a un aposento de la casa que para todo era capaz y allí estuviese a la vista de lo que la divina Providencia había determinado hacer en aquella noche y que confortase y diese luz a las mujeres que la acompañaban de lo que convenía advertirlas. Obedeció la gran Señora y se retiró con su compañía. Las ordenó que todas perseverasen en fe y oración, y continuando ella sus afectos fervorosos para esperar la comunión, que sabía se acercaba la hora, y atendiendo siempre con la vista interior a todas las obras que su Hijo Santísimo iba ejecutando.

1159. Nuestro Salvador y maestro Jesús, en retirándose su purísima Madre, entró en el aposento prevenido para la cena con todos los doce apóstoles y otros discípulos y con ellos celebró la cena del cordero, guardando todas las ceremonias de la ley (Ex 13,3ss), sin faltar a cosa alguna de los ritos que él mismo había ordenado por medio de Moisés. Y en esta cena última dio inteligencia a los apóstoles de todas las ceremonias de aquella ley figurativa, como se las habían dado a los antiguos padres y profetas, para significar la verdad de lo que el mismo Señor iba cumpliendo y había de obrar como Reparador del mundo, y que la ley antigua de Moisés y sus figuras quedarían evacuadas con la verdad figurada, y no podían durar más las sombras llegando en él la luz y principio de la nueva ley de gracia, en la cual sólo quedarían permanentes los preceptos de la ley natural, que era perpetua; aunque éstos quedarían más realzados y perfeccionados con otros preceptos divinos y consejos que él mismo enseñaba y con la eficacia que daría a los nuevos sacramentos de su nueva ley y todos los antiguos cesarían, como ineficaces y sólo figurativos, y que para todo esto celebraba con ellos aquella cena, con que daba fin y término a sus ritos y obligación de la ley, pues toda se había encaminado a prevenir y representar lo que Su Majestad estaba obrando, y conseguido el fin cesaba el uso de los medios.

1160. Con esta nueva doctrina entendieron los apóstoles grandes secretos de los profundos misterios que su divino Maestro iba obrando, pero los discípulos que allí estaban no entendieron tantas cosas de las obras del Señor como los apóstoles. Judas fue quien atendió y entendió menos, o nada en ellas, porque estaba poseído de la avaricia y sólo atendía a la traición alevosa que tenía fraguada y le ocupaba el cuidado de ejecutarla con secreto. Se le guardaba también el Señor, porque así convenía a su equidad y a la disposición de sus juicios altísimos. Y no quiso excluirle de la cena ni de los otros misterios, hasta que él mismo se excluyó por su mala voluntad, pero el divino Maestro siempre le trató como a su discípulo, apóstol y ministro y le guardó su honra. Enseñando con este ejemplo a los hijos de la Iglesia en cuánta veneración han de tener a los ministros de ella y a los sacerdotes y cuánto han de celar su honra, sin publicar sus pecados y flaquezas que en ellos vieren, como en hombres de frágil naturaleza. Ninguno será peor que Judas, y así lo debemos entender, ni ninguno tampoco será como Cristo nuestro Señor, ni tendrá tanta autoridad ni potestad, que eso lo enseña la fe. Pues no será razón que, si todos los hombres son infinitamente menos que nuestro Salvador, hagan con sus ministros, mejores que Judas aunque sean malos, lo que no hizo el mismo Señor con aquel pésimo discípulo y apóstol, y para esto no importa que sean prelados, que también lo era Cristo nuestro Señor, y sufrió a Judas y le guardó su honra.

1161. Hizo nuestro Redentor en esta ocasión un misterioso cántico en alabanza del eterno Padre, por haberse cumplido en sí mismo las figuras de la antigua ley y por la exaltación de su nombre que de ella redundaba, y postrado en tierra, humillándose según su humanidad santísima, confesó, adoró y alabó a la divinidad como a superior infinitamente y, hablando con el eterno Padre, hizo interiormente una altísima oración y fervorósima exclamación diciendo:

1162. “Eterno Padre mío y Dios inmenso, vuestra divina y eterna voluntad determinó criar mi humanidad verdadera y que en ella fuese cabeza de todos los predestinados para vuestra gloria y felicidad interminable y que por medio de mis obras se dispusieran para conseguir su verdadera bienaventuranza. Para este fin y redimir a los hijos de Adán de su caída, he vivido con ellos treinta y tres años. Ya, Señor y Padre mío, llegó la hora oportuna y aceptable de vuestra voluntad eterna, para que se manifieste a los hombres vuestro santo nombre y sea de todas las naciones conocido y exaltado por la noticia de la santa fe que manifieste a todos vuestra divinidad incomprendible. Tiempo es que se abra el libro (Ap 5,7) cerrado con siete sellos, que vuestra sabiduría me entregó, y que se dé fin dichoso a las antiguas figuras (Heb 10,1) y sacrificios de animales que han significado el que yo de mí mismo voluntariamente quiero ya ofrecer por mis hermanos los hijos de Adán, miembros de este cuerpo de quien soy cabeza y ovejas de vuestra rey, por quien os suplico ahora los miréis con ojos de misericordia. Y si los antiguos sacrificios y figuras que voy con la verdad ejecutando, por lo que significaban aplacaban vuestro enojo, justo es, Padre mío, que tenga fin, pues yo me ofrezco en sacrificio con voluntad pronta para morir por los hombres en la cruz y me sacrifico como holocausto en el fuego de mi propio amor. El, Señor, témplese ya el rigor de vuestra justicia y mirad al linaje humano con los ojos de vuestra

clémencia. Y demos ley saludable a los mortales con que se abran las puertas del cielo cerradas hasta ahora por su inobediencia. Hallen ya camino cierto y puerta franca para entrar conmigo a la vista de vuestra divinidad, si ellos me quisieren imitar y seguir mi ley y pisadas.”

1163. Esta oración de nuestro Salvador Jesús aceptó el eterno Padre y luego despachó de las alturas innumerables ejércitos angélicos sus cortesanos, para que en el cenáculo asistiesen a las obras maravillosas que el Verbo humanado había de obrar en él. En el ínterin que sucedía todo esto en el cenáculo, estaba María Santísima en su retiro levantada en altísima contemplación, donde lo miraba todo con la misma distinción y clara visión que si estuviera presente, y a todas las obras de su Hijo nuestro Salvador cooperaba y correspondía en la forma que su admirable sabiduría la dictaba, como coadjutora de todas ellas. Y hacía actos heroicos y divinos de todas las virtudes con que había de corresponder a las de Cristo nuestro Señor, porque todas resonaban en el pecho castísimo de la Madre, donde con misterioso y divino eco se repetían, replicando la dulcísima Señora las mismas oraciones y peticiones en su modo. Y sobre todo esto hacía nuevos cánticos y admirables alabanzas por lo que la humanidad santísima en la persona del Verbo iba obrando en cumplimiento de la voluntad divina y en correspondencia y lleno de las antiguas figuras de la ley escrita.

1164. Grande maravilla y digna de toda admiración fuera para nosotros, como lo fue para los ángeles y lo será a todos en el cielo, si conociéramos ahora aquella divina armonía de las virtudes y obras que en el corazón de nuestra gran Reina, como en un coro, estaban ordenadas, sin confundirse ni impedirse unas a otras, cuando todas y cada una obraban en esta ocasión con mayor fuerza. Estaba llena de las inteligencias que he dicho y a un mismo tiempo conocía cómo en su Hijo Santísimo se iban cumpliendo y evacuando las ceremonias y figuras legales, sustituyendo la nueva ley y sacramentos más nobles y eficaces: Miraba el fruto tan abundante de la Redención en los predestinados, la ruina de los réprobos, la exaltación del nombre del mismo Dios y de la santísima humanidad de su Hijo Jesús, la noticia y fe universal que se prevenía de la divinidad para el mundo, que se abría el cielo cerrado por tantos siglos para que desde luego entrasen en él los hijos de Adán por el estado y progreso de la nueva Iglesia evangélica y todos sus misterios y que de todo esto era su Hijo Santísimo admirable y prudentísimo artífice, con alabanza y admiración de todos los cortesanos del cielo. Y por estas magníficas obras, sin omitir un ápice, bendecía al eterno Padre y le daba gracias singularmente y en todo se gozaba y consolaba la divina Señora con admirable júbilo.

1165. Pero junto con esto miraba que todas estas obras inefables habían de costarle a su mismo Hijo los dolores, ignominias, afrentas y tormentos de su pasión y al fin muerte de cruz tan dura y amarga, y todo lo había de padecer en la humanidad que de ella había recibido; y que tanto número de los hijos de Adán, por quienes lo padecía, le serían ingratos y perderían el copioso fruto de su redención. Esta ciencia llenaba de amargura dolorosa el candidísimo corazón de la piadosa Madre, pero, como era estampa viva y proporcionada a su Hijo Santísimo, todos estos movimientos y operaciones cabían a un tiempo en su magnánimo y dilatado pecho. Y no por esto se turbó ni alteró, ni faltó al consuelo y enseñanza de las mujeres santas que la asistían, sino que, sin perder la alteza de las inteligencias que recibía, descendía en lo exterior a instruir las y confortarlas con saludables consejos y palabras de vida eterna. ¡Oh admirable Maestra y ejemplar más que humano a quien imitemos! Verdad es que nuestro caudal, en comparación de aquel piélagos de gracia y luz, es imperceptible. Pero también es verdad que nuestras penalidades y dolores en comparación de aquellos son casi aparentes y nada, pues ella padeció sola más que todos juntos los hijos de Adán. Y con todo eso, ni por su imitación y amor, ni por nuestro bien eterno, sabemos padecer con paciencia la menor adversidad que nos sucede. Todas nos conturban, alteran y les ponemos mala cara, soltamos las pasiones, resistimos con ira y nos impacientamos con tristeza, desamparamos la razón como indóciles y todos los movimientos malos se desconciertan y están prontos para el precipicio. También lo próspero nos deleita y destruye, nada se puede fiar de nuestra naturaleza infecta y manchada. Acordémonos de nuestra divina Maestra en estas ocasiones, para componer nuestros desórdenes.

1166. Acabada la cena legal y bien informados los apóstoles, se levantó Cristo nuestro Señor, como dice San Juan (Jn 13,4 (A.)), para lavarles los pies. Y primero hizo otra oración al Padre postrándose en su presencia, al modo que la había hecho en la cena, como queda dicho arriba (Cf. supra n.1162). No fue vocal esta oración, sino mentalmente habló y dijo: “Eterno Padre mío, Criador de todo el universo, imagen vuestra soy, engendrado por vuestro entendimiento y figura de vuestra sustancia; y habiéndome ofrecido por la disposición de vuestra santa voluntad a redimir al mundo con mi pasión y muerte, quiero, Señor, por vuestro beneplácito, entrar en estos sacramentos y misterios por medio de mi humillación hasta el polvo, para que la soberbia altiva de Lucifer sea confundida con mi humildad, que soy vuestro

Unigénito. Y para dejar ejemplo de esta virtud a mis apóstoles y a mi Iglesia, que se ha de fundar en este seguro fundamento de la humildad, quiero, Padre mío, lavar los pies de mis discípulos, hasta los del menor de todos, Judas, por su maldad que tiene fabricada, y postrándome ante él con humildad profunda y verdadera le ofreceré mi amistad y su remedio. Siendo el mayor enemigo que tengo entre los mortales, no le negaré mi piedad ni el perdón de su traición, para que, si no le admite, conozca el cielo y la tierra que yo le abrí los brazos de mi clemencia y él la despreció con obstinada voluntad.”

1167. Esta oración hizo nuestro Salvador para lavar los pies de los discípulos. Y para declarar algo del ímpetu con que su divino amor disponía y ejecutaba estas obras, no hay términos ni símiles adecuados en todas las criaturas, porque es tarda la actividad del fuego y pesado el corriente del mar y el movimiento de la piedra para su centro y todos cuantos quisiéremos imaginar que tienen los elementos dentro y fuera de su esfera. Pero no podemos ignorar que sólo su amor y sabiduría pudieron inventar tal linaje de humildad, que lo supremo de la divinidad y humanidad se humillasen hasta lo más ínfimo del hombre, que son los pies, y éstos del peor de los nacidos, que fue Judas, y allí pusiera su boca en lo más inmundo y contentible, el que era la palabra del eterno Padre y el Santo de los Santos y por esencia la misma bondad, Señor de los señores y Rey de los reyes, se postrase ante el pésimo de los hombres para justificarle, si él entendiera y admitiera este beneficio, nunca hartó ponderado ni encarecido.

1168. Se levantó nuestro divino Maestro de la oración que hizo y con semblante hermosísimo, sereno y apacible, puesto en pie, mandó Su Majestad sentar con orden a sus discípulos, como haciéndolos a ellos grandes y ser Su Alteza ministro suyo. Luego se quitó un manto que traía sobre la túnica inconsútil, y ésta le llegaba a los pies aunque no los cubría. Y en esta ocasión tenía sandalias, porque algunas veces las dejaba para andar descalzo en la predicación y otras las usaba, desde que su Madre Santísima se las calzó en Egipto, que fueron creciendo en sus hermosos pasos con la edad, como crecían los pies, y queda dicho en su lugar (Cf. supra n.691). Despojado del manto, que son las vestiduras que dice el evangelista (Jn 13,4), recibió una toalla o mantel largo y con la una parte se ciñó el cuerpo, dejando pendiente el otro extremo. Y luego echó agua en una vacía (Jn 13,5 (A.)) para lavar los pies de los apóstoles, que con admiración estaban atentos a todo lo que su divino Maestro iba ejecutando.

1169. Llegó a la cabeza de los apóstoles, San Pedro, para lavarle; y cuando el fervoroso apóstol vio postrado a sus pies al mismo Señor que había conocido y confesado por Hijo de Dios vivo y renovando en su interior esta fe con la nueva luz que le ilustraba y conociendo con humildad profunda su propia bajeza, turbado y admirado dijo: “¿Tú, Señor, me lavas a mí los pies?” Respondió Cristo nuestro bien, con incomparable mansedumbre: “*Tú ignoras ahora lo que yo hago, pero después lo entenderás.*” (Jn 13,6-7) Que fue decirle: “obedece ahora primero a mi dictamen y voluntad y no antepongas el tuyo propio, con que perviertes el orden de las virtudes y las divides. Primero has de cautivar tu entendimiento y creer que conviene lo que yo hago, y después de haber creído y obedecido entenderás los misterios ocultos de mis obras, a cuya inteligencia has de entrar por la puerta de la obediencia, y sin ésta, no puede ser verdaderamente humilde sino presuntuosa. Ni tampoco tu humildad se puede anteponer a la mía; yo me humillé hasta la muerte (Flp 2,8) y para humillarme tanto padecí, y tú, que eres mi discípulo, no sigues mi doctrina y con color de humillarte eres inobediente y pervirtiendo el orden te privas de la humildad y de la obediencia, siguiendo la presunción de tu propio juicio.”

1170. No entendió San Pedro esta doctrina, encerrada en la primera respuesta de su Señor y Maestro, porque aunque estaba en su escuela no había llegado a experimentar los divinos efectos de su lavatorio y contacto, y embarazado con el indiscreto afecto de su humildad replicó al Señor y le dijo: “Jamás consentiré, Señor, que Tú me laves los pies.” Le respondió con más severidad el autor de la vida: “Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo” (Jn 13,8). Con esta respuesta y amenaza dejó el Señor canonizada la seguridad de la obediencia, porque, al juicio de los hombres, alguna disculpa parece que tenía San Pedro en resistir a una obra tan inaudita y que la capacidad humana la tuviera por muy desigual, como consentir un hombre terreno y pecador que a sus pies estuviera postrado el mismo Dios, a quien estaba conociendo y adorando. Pero no se le admitió esta disculpa, porque su divino Maestro no podía errar en lo que hacía; y cuando no se conoce con evidencia este engaño en el que manda, ha de ser la obediencia ciega y sin buscar otra razón para resistir a ella. y en este misterio quería nuestro Salvador soldar la inobediencia (Rom 5,19) de nuestros primeros padres Adán y Eva, por donde había entrado el pecado en el mundo, y por la semejanza y participación que con ella tenía la inobediencia de San Pedro, le amenazó Cristo Señor nuestro con el amago de otro semejante castigo, diciendo que si no obedecía no tendría parte en él, que fue excluirle de sus merecimientos y fruto de la Redención, por la cual somos capaces y dignos de su amistad y participación de la gloria. También le amenazó con negarle la participación de

su cuerpo y sangre, que luego había de sacramentar en las especies de pan y vino, donde, aunque se quería dar el Señor no por partes sino por entero y deseaba ardentísimamente comunicarse por este misterioso modo, con todo eso la inobediencia pudiera privar al apóstol de este amoroso beneficio si en ella perseverase.

1171. Pero con la amenaza de Cristo nuestro bien quedó San Pedro tan castigado y enseñado, que con excelente rendimiento respondió luego: “Señor, no sólo doy los pies, sino las manos y la cabeza (Jn 13,9), para que todo me lavéis.” Que fue decir: “Ofrezco mis pies para correr a la obediencia y mis manos para ejercitarla y mi cabeza para no seguir mi propio juicio contra ella.” Admitió el Señor este rendimiento de San Pedro y le dijo: “Vosotros estáis limpios, aunque no todos - porque estaba entre ellos el inmundísimo Judas - y el que está limpio no tiene que lavarse más de los pies” (Jn 13,10). Esto dijo Cristo Señor nuestro, porque los discípulos, fuera de Judas, estaban justificados y limpios de pecado con su doctrina y sólo necesitaban lavar las imperfecciones y culpas leves o veniales para llegar a la comunión con mayor decencia y disposición, como se requiere para recibir sus divinos efectos y conseguir más abundante gracia y con mayor plenitud y eficacia, que para esto impiden mucho los pecados veniales, distracciones y tibieza en recibirla. Con esto se lavó San Pedro y obedecieron los demás llenos de asombro y lágrimas, porque todos iban recibiendo con este lavatorio nueva luz y dones de la gracia.

1172. Pasó el divino Maestro a lavar a Judas, cuya traición y alevosía no pudieron extinguir la caridad de Cristo para que dejase de hacer con él mayores demostraciones que con los otros apóstoles. Y sin manifestarles Su Majestad estas señales, se las declaró a Judas en dos cosas: la una, en el semblante agradable y caricia exterior con que se le puso a sus pies y se los lavó, besó y llegó al pecho; la otra, en las grandes inspiraciones con que tocó su interior, conforme a la dolencia y necesidad que tenía aquella depravada conciencia, porque estos auxilios fueron mayores en sí mismos con Judas que con otro de los apóstoles. Pero como su disposición era pésima, los hábitos viciosos intensísimos, su obstinación endurecida con muchas determinaciones, el entendimiento y las potencias turbadas y debilitadas y de todo punto se había alejado de Dios y entregado al demonio y le tenía en su corazón como en trono y silla de su maldad, con esto resistió a todos los favores e inspiraciones que recibía en el lavatorio de los pies. Se juntó el temor que tuvo a los escribas y fariseos de faltarles a lo contratado con ellos. Y como a la presencia de Cristo exterior y a la fuerza interior de los auxilios quería la luz del entendimiento moverle, se levantó en su tenebrosa conciencia una borrasca turbulenta que le llenó de confusión y amargura y le encendió en ira y le despechó y apartó de su mismo Maestro y Médico que le quería aplicar la medicina saludable, y toda la convirtió en veneno mortal y hiel amarguísima de maldad, que le tenía repleto y poseído.

1173. Resistió la maldad de Judas a la virtud y contacto de aquellas manos divinas, en que el eterno Padre había depositado todos los tesoros y virtud de hacer maravillas y enriquecer a todas las criaturas. Y aunque no hubiera recibido otros auxilios la pertinacia de Judas, sino los ordinarios que obraba en las almas la presencia y vista del autor de la vida y los que naturalmente podía causar su santísima persona, fuera la malicia de este infeliz discípulo sobre toda ponderación. Era la persona de Cristo nuestro bien en el cuerpo perfectísima y agraciada, el semblante grave y sereno de una hermosura apacible y dulcísima, el cabello nazareno uniforme, el color entre dorado y castaño, los ojos rasgados y de suma gracia y majestad, la boca, la nariz y todas las partes del rostro proporcionadas en extremo y en todo se mostraba tan agradable y amable. A los que le miraban sin malicia de intención, los atraía a su veneración y amor, y sobre esto causaba con su vista gozo interior, con admirable ilustración de las almas, engendrando en ellas divinos pensamientos y otros efectos. Esta persona de Cristo tan amable y venerable tuvo Judas a sus pies y con nuevas demostraciones de agrado y mayores impulsos que los ordinarios, pero tal fue su perversidad, que nada le pudo inclinar ni ablandar su endurecido corazón, antes se irritó de la suavidad del Señor y no le quiso mirar al rostro ni atender a su persona, porque desde que perdió la fe y la gracia tuvo este odio con Su Majestad y con su Madre Santísima y nunca los miraba a la cara. Mayor fue en alguna manera el terror que tuvo Lucifer de la presencia de Cristo nuestro Salvador, porque, como he dicho (Cf. supra n.1172), estaba este enemigo asentado en el corazón de Judas, y no pudiendo sufrir la humildad que ejercitaba con los apóstoles el divino Maestro, pretendió Lucifer salirse de Judas y del Cenáculo, pero Su Majestad con la virtud de su brazo poderoso no consintió que se fuese, porque allí quedase entonces quebrantada su soberbia, aunque después le arrojaron de allí como diré adelante (Cf. infra n.1189) lleno de furor y sospechas de que Cristo era Dios verdadero.

1174. Dio fin nuestro Salvador al lavatorio de los pies y volviendo a tomar su manto se asentó en medio de sus discípulos y les hizo aquel gran sermón que refiere el evangelista San Juan, comenzando por aquellas palabras: “¿Sabéis lo que yo he hecho y obrado con vosotros? Me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si

yo, que soy vuestro Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, también debéis vosotros lavaros unos los de los otros; porque yo os he dado este ejemplo, para que lo hagáis como yo lo acabo de hacer; pues no ha de ser el discípulo más que el Maestro, ni el siervo más que el Señor, ni el apóstol ha de ser mayor que quien le envía.” (Jn 13,12-16). Y prosiguió Su Majestad enseñando, amonestando, y previniendo a los apóstoles de grandes misterios y doctrina, que no me detengo a repetirla, remitiéndome a los evangelistas. Este sermón ilustró de nuevo a los apóstoles del misterio de la Santísima Trinidad, Encarnación y los previno con nueva gracia para el de la Eucaristía y los confirmó en la noticia que habían recibido de la alteza y profundidad de su predicación y milagros. Entre todos fueron más ilustrados San Pedro y San Juan, porque cada uno recibió mayor o menor ciencia, según su disposición y la voluntad divina. Y lo que refiere San Juan de las preguntas que a instancia de San Pedro hizo a Cristo nuestro Señor sobre quién era el traidor que le había de vender, según le dio a entender Su Majestad mismo, sucedió en la cena, donde San Juan estuvo reclinado en el pecho de su divino Maestro. Y San Pedro lo deseó saber para vengarlo o impedirlo, con los fervores que ardían en su pecho y solía manifestar sobre todos en el amor de Cristo. Pero no se lo declaró San Juan, aunque él lo conoció por las señas del bocado que dio Su Majestad a Judas, en que dijo al evangelista le conocería, y lo conoció para sí solo y lo guardó en el secreto de su pecho, ejercitando la caridad que se le había comunicado y enseñado en la escuela de su divino Maestro.

1175. En este favor y otros muchos fue privilegiado San Juan, cuando estuvo reclinado en el pecho de Jesús nuestro Salvador, porque allí conoció altísimos misterios de su divinidad y humanidad y de la Reina del cielo Su Madre Santísima. En esta ocasión se la encomendó para que cuidase de ella, y porque en la cruz no le dijo ella será tu Madre ni él será tu Hijo, sino “veis ahí a tu Madre” (Jn 19,27), porque no lo determinaba entonces, sino que fue como manifestar en público lo que antes le tenía encomendado y ordenado. De todos estos sacramentos que se obraban en el lavatorio de los pies y de las palabras y sermón del divino Maestro, tenía su purísima Madre clara noticia y visión, como otras veces he dicho, y por todo hizo cánticos de loores y gloria al Altísimo. Y cuando se iban obrando después las maravillas del Señor, las miraba no como quien conocía de nuevo lo que ignoraba, sino como quien veía ejecutar y obrar lo que antes sabía y tenía escrito en su corazón, como en las tablas de Moisés lo estaba la ley. Y de todo lo que convenía informal a las santas discípulas que consigo tenía les daba luz y reservaba lo que ellas no eran capaces de entender.

Doctrina que me dio la gran Señora del mundo María Santísima.

1176. “Hija mía, en tres virtudes principales de mi Hijo y Señor, de que has hablado en este capítulo, quiero que seas extremada, para imitarle en ellas como su esposa y mi discípula carísima. Son la caridad, la humildad y la obediencia, en que Su Majestad se quiso señalar más en lo último de su vida santísima. Cierto es que por toda ella manifestó el amor que tenía a los hombres, pues por ellos y para ellos hizo todas y tan admirables obras, desde el instante que en mi vientre fue concebido por el Espíritu Santo. Pero en el fin de su vida, cuando dispuso la ley evangélica y Nuevo Testamento, salió con más fuerza la llama de la encendida caridad y amoroso fuego que ardía en su pecho. En esta ocasión obró con toda su eficacia la caridad de Cristo nuestro Señor con los hijos de Adán, porque concurrieron de su parte los dolores de la muerte que le cercaban (Sal 114,3) y de parte de los hombres la adversidad al padecer y admitir el bien, la suma ingratitud y perversidad, tratando de quitar la honra y vida a quien les estaba dando la suya misma y disponiéndoles la salud eterna. Con esta contradicción subió de punto el amor, que no se había de extinguir (Cant 8,7), y así fue más ingenioso para conservarse en sus mismas obras y dispuso cómo quedarse entre los hombres, habiéndose de alejar de ellos, y les enseñó con ejemplo, doctrina y obras los medios ciertos y eficaces por donde participasen de los efectos de su divino amor.

1177. “En este arte de amar por Dios a tus prójimos quiero que seas muy sabia e industriosa. Y esto harás, si las mismas injurias y penalidades que te dieran, te despiertan la fuerza de la caridad, advirtiéndote que entonces es segura y sin sospecha cuando de parte de la criatura no obligan ni los beneficios ni las lisonjas. Porque amar a quien te hace bien, aunque sea debido, pero no sabes, si no lo adviertes, si le amas por Dios o por el útil que recibes, que será amar al interés o a ti misma más que a tu prójimo por Dios; y quien ama por otros fines o motivos de lisonja, éste no conoce el amor de la caridad, porque está poseído del ciego amor propio de su deleite. Pero si amas al que no te obliga por estos medios, tendrás entonces por motivo y principal objeto al mismo Señor, a quien amas en su criatura, sea ella la que fuere. Y porque tú puedes ejercitar la caridad corporal menos que la espiritual, aunque entrambos las debes abrazar conforme a tus fuerzas y las ocasiones que tuvieres, pero en la caridad y beneficios espirituales has de obrar siempre extendiéndote a grandes cosas, como el Señor lo quiere, con oraciones, peticiones, ejercicios y también con

exhortaciones prudentes y santas, procurando por estos medios la salud espiritual de las almas. Acuérdate que mi Hijo y Señor a ninguno hizo beneficio temporal, que dejase de hacérsele espiritual, y fuera menor perfección de sus divinas obras no hacerlas con esta plenitud. Y de esto entenderás cuánto se deben preferir los beneficios del alma a los del cuerpo, y éstos has de pedir siempre con atención y condición de ponerlos en primer lugar, aunque los hombres terrenos de ordinario piden a ciegas los bienes temporales, olvidando los eternos y los que tocan a la verdadera amistad y gracia del Altísimo.

1178. Las virtudes de la humildad y obediencia quedaron engrandecidas en mi Hijo Santísimo con lo que hizo y enseñó lavando los pies de sus discípulos. Y si con la luz interior que tienes de este raro ejemplo no te humillares más que el polvo, muy duro será tu corazón y muy indócil a la ciencia del Señor. Queda, pues, entendida desde ahora, que nunca digas ni imagines te has humillado dignamente, aunque seas despreciada y te halles a los pies de todas las criaturas, por pecadores que sean, pues ninguna será peor que Judas, ni tú puedes ser como tu Maestro y Señor. Con todo esto, si merecieras que te favorezca y honre con esta virtud de la humildad, será darte un género de perfección y proporción con que sea digna del título de esposa suya y participes alguna igualdad con él mismo. Y sin esta humildad ninguna alma puede ser levantada a tal excelencia y participación, porque lo alto antes se debe abatir y lo humillado es lo que se puede y debe levantar (Mt 23,12), y siempre es levantada el alma en correspondencia de lo que se humilla y aniquila.

1179. “Porque no pierdas esta joya de la humildad cuando piensas que la guardas, te advierto que su ejercicio ni se ha de anteponer a la obediencia, ni se ha de regular entonces por el propio dictamen, sino por el superior; porque si antepones tu propio juicio al de quien te gobierna, aunque lo hagas con color de humillarte, vendrás a ser soberbia, pues no sólo no te pones en el ínfimo lugar, sino que te levantas sobre el juicio de quien es tu superior. De aquí quedarás advertida del engaño que puedes padecer encogiéndote, como San Pedro, para no admitir los favores y beneficios del Señor, con que te privas no sólo de los dones y tesoros que resistes sino de la misma humildad, que es el mayor y que tú pretendes, y del agradecimiento que debes de los altos fines que el Señor tiene siempre en estas obras y de la exaltación de su nombre. No te toca a ti entrar a la parte de sus juicios ocultos e inescrutables, ni a corregirlos por tus razones y causas, por las que te juzgas indigna de recibir tales favores o hacer tales obras. Todo esto es semilla de la soberbia de Lucifer, simulada con aparente humildad, con que pretende hacerte incapaz de la participación del Señor, de sus dones y amistad, que tanto tú deseas. Sea, pues, ley inviolable que, en aprobándote tus confesores y prelados los beneficios y favores del Señor, los creas y admitas, los estimes y agradezcas con digna reverencia y no andes vacilando con nuevas dudas ni temores, sino obra con fervor y serás humilde, obediente y mansa.”

CAPITULO 11

[Regresar al Principio](#)

Celebra Cristo nuestro Salvador la cena sacramental, consagrando en la Eucaristía su sagrado y verdadero cuerpo y sangre, las oraciones y peticiones que hizo, comulgó a su Madre Santísima y otros misterios que sucedieron en esta ocasión.

1180. Cobarde llego a tratar de este misterio de misterios de la inefable Eucaristía y lo que sucedió en su institución, porque levantando los ojos del alma a recibir la luz divina que me encamina y gobierna en esta obra, con la inteligencia que participo de tantas maravillas y sacramentos juntos, me recelo de mi pequeñez, que en ella misma se me manifiesta. Se turban mis potencias, y no hallo ni puedo formar razones adecuadas para explicar lo que veo y manifiesta mi concepto, aunque tan inferior al objeto del entendimiento. Pero hablaré como ignorante en los términos y como inhábil en las potencias, por no faltar a la obediencia y para tejer la Historia continuando lo que en estas maravillas obró la gran Señora del mundo María Santísima. Y si no hablare con la propiedad que pide la materia, discúlpeme mi condición y admiración, que no es fácil descender a las palabras exteriores y propias cuando sólo con afectos desea la voluntad suplir el defecto de su entender y gozar a solas de lo que ni puede manifestar ni conviene.

1181. La cena legal celebró Cristo nuestro bien recostado en tierra con los apóstoles, sobre una mesa o tarima que se levantaba del suelo poco más de seis o siete dedos, porque ésta era la costumbre de los judíos. Y acabado el lavatorio, mandó Su Majestad preparar otra mesa alta como ahora usamos para comer, dando fin con esta ceremonia a las cenas

legales y cosas ínfimas y figurativas y principio al nuevo convite en que fundaba la nueva ley de gracia; y de aquí comenzó el consagrar en mesa o altar levantado que permanece en la Iglesia Católica. Cubrieron la nueva mesa con una toalla muy rica y sobre ella pusieron un plato o salvilla y una copa grande de forma de cáliz, bastante para recibir el vino necesario, conforme a la voluntad de Cristo nuestro Salvador, que con su divino poder y sabiduría lo prevenía y disponía todo. Y el dueño de la casa le ofreció con superior moción estos vasos tan ricos y preciosos de piedra como esmeralda. Y después usaron de ellos los sagrados apóstoles para consagrar cuando pudieron y fue tiempo oportuno y conveniente. Se sentó a la mesa Cristo nuestro bien con los doce apóstoles y algunos otros discípulos y pidió le trajesen pan cenceño sin levadura y lo puso sobre el plato, y vino puro de que preparó el cáliz con lo que era menester.

1182. Hizo luego el Maestro de la vida una plática regaladísima a sus apóstoles, y sus palabras divinas, que siempre eran penetrantes hasta lo íntimo del corazón, en esta plática fueron como rayos encendidos del fuego de la caridad que los abrasaba en esta dulce llama. Les manifestó de nuevo altísimos misterios de su divinidad y humanidad y obras de la Redención. Les encomendó la paz y unión de la caridad y se la dejó vinculada en aquel sagrado misterio que disponía obrar. Les ofreció que amándose unos a otros los amaría su eterno Padre como le amaba a Él. Les dio inteligencia de esta promesa y que los había escogido para fundar la nueva Iglesia y ley de gracia. Les renovó la luz interior que tenían de la suprema dignidad, excelencia y prerrogativas de su purísima Madre Virgen. Y de todos estos misterios fue más ilustrado San Juan, por el oficio a que estaba destinado. Pero la gran Señora desde su retiro y divina contemplación miraba todo lo que su Hijo Santísimo iba obrando en el Cenáculo y con profunda inteligencia lo penetraba y entendía más que todos los apóstoles y los ángeles juntos, que asistían, como arriba queda dicho (Cf. *supra* n.1163), en figura corpórea adorando a su verdadero Señor, Rey y Criador suyo. Fueron traídos por los mismos ángeles al Cenáculo Enoc y Elías del lugar donde estaban, disponiendo el Señor que estos dos Padres de la ley natural y escrita se hallasen presentes a la nueva maravilla y fundación de la ley evangélica y participasen de sus misterios admirables.

1183. Estando juntos todos los que he dicho (Cf. *supra* n.979,1099), esperando con admiración lo que hacía el Autor de la vida, apareció en el Cenáculo la persona del eterno Padre y la del Espíritu Santo, como en el Jordán y en el Tabor. Y de esta visión, aunque todos los apóstoles y discípulos sintieron algún efecto, sólo algunos la vieron, en especial el evangelista San Juan, que siempre tuvo vista de águila penetrante y privilegiada en los divinos misterios. Se trasladó todo el cielo al Cenáculo de Jerusalén, que tan magnífica fue la obra con que se fundó la Iglesia del Nuevo Testamento, se estableció la ley de gracia y se previno nuestra salud eterna. Y para entender las acciones que hacía el Verbo humanado, advierto que, como tenía dos naturalezas, la divina y la humana, entrambos en una persona, que era la del Verbo, por esto las acciones de entrambos naturalezas se atribuyen y se dicen o predicán de una misma persona, como también la misma se llama Dios y hombre; y conforme a esto, cuando digo que hablaba y oraba el Verbo humanado a su eterno Padre, no se entiende que hablaba ni oraba con la naturaleza divina, en que era igual con el Padre, sino en la humana, en que era menor, porque consta como nosotros de alma y cuerpo. En esta forma Cristo nuestro bien en el Cenáculo confesó con alabanza y magnificencia a su eterno Padre por su divinidad y ser infinito y pidiendo luego por el linaje humano oró y dijo:

1184. “Padre mío y Dios eterno, yo te confieso, te alabo y magnifico en el ser infinito de tu divinidad incomprendible, en la cual soy una misma cosa contigo y con el Espíritu Santo, engendrado *ab aeterno* por tu entendimiento como figura de tu sustancia y tu imagen de tu misma individua naturaleza. La obra de la Redención humana, que me encomendaste en la misma naturaleza que tomé en el vientre virginal de mi Madre, quiero consumir y darle la suma perfección y plenitud de tu divino beneplácito y pasar de este mundo a tu diestra y llevar a ti a todos aquellos que me diste (Jn 17,12), sin que se pierda alguno en cuanto a nuestra voluntad y suficiencia de su remedio. Mis delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8,31) y en mi ausencia quedarán huérfanos y solos si los dejas sin mi asistencia no quedándome con ellos. Quiero, Padre mío, dejarles prendas ciertas y seguras de mi inextinguible amor y de los premios eternos que les tienes aparejados. Quiero dejarles memoria indefectible de lo que por ellos he obrado y padecido. Quiero que hallen en mis merecimientos remedio fácil y eficaz del pecado que participaron en la inobediencia del primer hombre y restaurar copiosamente el derecho que perdieron a la felicidad eterna para que fueron criados.

1185. “Y porque serán pocos los que se conservarán en esta justicia, es necesario que les queden otros remedios con que la puedan restaurar y acrecentar, recibiendo de nuevo altísimos dones y favores de tu inefable clemencia, para justificarlos y santificarlos por diversos medios y caminos en el estado de su peligrosa peregrinación. Nuestra voluntad eterna, con que determinamos su creación de la nada para ser y tener existencia, fue para comunicarles nuestra divinidad, perfecciones y eterna felicidad, y tu amor, que fue el que a mí me obligó a nacer pasible y humillarme por

ellos hasta la muerte de cruz (Flp 2,8), no se contenta ni satisface si no inventa nuevos modos de comunicarse a los hombres según su capacidad y nuestra sabiduría y poder. Esto ha de ser en señales visibles y sensibles, proporcionadas a la sensible condición de los hombres, y que tengan efectos invisibles, que participe su espíritu invisible e inmaterial.

1186. “Para estos altísimos fines de vuestra exaltación y gloria pido, Señor y Padre mío, el *fiat* de vuestra voluntad eterna en mi nombre y de todos los pobres y afligidos hijos de Adán. Y si provocan sus culpas a vuestra justicia, su miseria y necesidad llama a vuestra infinita misericordia. Y con ella interpongo yo todas mis obras de la humanidad unida con lazo indisoluble a mi divinidad: la obediencia con que acepté ser pasible hasta morir, la humildad con que me sujeté a los hombres y a sus depravados juicios y la pobreza y trabajos de mi vida, mis afrentas y pasión, la muerte y el amor con que todo lo he admitido por tu gloria y porque seas conocido y adorado de todas las criaturas capaces de tu gracia y de tu gloria. Tú, Señor y Padre mío, me hiciste hermano de los hombres y su cabeza y de todos los electos que de nuestra divinidad han de gozar con nosotros para siempre, para que como hijos sean herederos conmigo de tus bienes eternos y como miembros participasen el influjo de la cabeza que les quiero comunicar, según el amor que como a hermano les tengo; y quiero, cuanto es de mi parte, traerlos conmigo a tu amistad y participación en que fueron formados en su cabeza natural el primer hombre.

1187. “Con este inmenso amor dispongo, Señor y Padre mío, que todos los mortales desde ahora puedan ser reengendrados con el sacramento del Bautismo en tu amistad y gracia con plenitud y le puedan recibir luego que participen de la luz y sin propia voluntad, manifestándola por ellos otros .para que renazcan en la de tu aceptación. Sean desde luego herederos de tu gloria, queden señalados por hijos de mi Iglesia con interior señal que no la pierdan, queden limpios de la mácula del pecado original, reciban los dones de las virtudes fe, esperanza y caridad, con que puedan obrar como hijos, conociéndote, esperando y amándote por ti mismo. Reciban también las virtudes con que detengan y gobiernen las pasiones desordenadas por el pecado y conozcan sin engaño el bien y el mal. Sea este sacramento la puerta de mi Iglesia y el que los haga capaces para los demás sacramentos y para nuevos favores y beneficios de nuestra gracia. Dispongo también que tras este sacramento reciban otro en que sean ratificados y confirmados en la fe santa que han profesado y han de profesar y la puedan defender con fortaleza llegando al uso de la razón. Y porque la fragilidad humana desfallecerá fácilmente en la observancia de mi ley y no sufre mi caridad dejarla sin remedio fácil y oportuno, quiero que sirva para esto el sacramento de la Penitencia, donde reconociendo sus culpas con dolor y confesándolas se restituyan al estado de la justicia y continúen los merecimientos de la gloria que les tengo prometida y no queden triunfando Lucifer y sus secuaces de haberlos apartado luego del estado y seguridad en que los puso el Bautismo.

1188. “Justificados los hombres por medio de estos sacramentos, estarán capaces de la suma participación y amor que conmigo pueden tener en el destierro de su vida mortal, y ésta ha de ser recibíendome sacramentado en su pecho por inefable modo en especies de pan y vino, y en las del pan dejaré mi cuerpo y en las del vino dejaré mi sangre. En cada uno estaré todo real y verdaderamente, aunque así dispongo este sacramento misterioso de la Eucaristía, porque me doy en forma de alimento proporcionado a la condición humana y al estado de los peregrinos terrenales, por quien obro estas maravillas y con quienes estaré por este modo hasta el fin de los siglos venideros. Y para que tengan otro sacramento que los purifique y defienda cuando los mismos hombres lleguen al término de vida, les ordeno el sacramento de la Unción Extrema, que también será alguna prenda de su Resurrección en los mismos cuerpos señalados con este sacramento. Y porque todos se ordenan a santificar los miembros del cuerpo místico de mi Iglesia, en la cual se ha de guardar sumo concierto y orden dando a cada uno el grado conveniente a su ministerio, y quiero que los ministros de estos sacramentos tengan orden en otro que los pongo en el supremo grado de sacerdotes, respecto de todos los otros fieles, y que sirva para esto el sacramento de la orden, que los señale, distinga y santifique con particular excelencia; y aunque todos la recibirán de mí, quiero que sea por medio de una cabeza que sea mi Vicario y represente mi Persona y sea el supremo Sacerdote, en cuya voluntad deposito las llaves del cielo y todos le obedezcan en la tierra. Y para más perfección de mi Iglesia ordeno el último sacramento, de Matrimonio, que santifique el vínculo natural que se ordena a la propagación humana, y queden todos los grados de la Iglesia ricos y adornados de mis infinitos merecimientos. Esta es, eterno Padre, mi última voluntad, en que hago herederos a todos los mortales de mis merecimientos, vinculándolos en mi nueva Iglesia, donde los dejo depositados.”

1189. Esta oración hizo Cristo nuestro Redentor en presencia de los apóstoles, pero sin demostración exterior. Pero la beatísima Madre, que desde su retiro le miraba y acompañaba en ella, se postró en tierra y ofreció al eterno Padre como Madre las peticiones de su Hijo. Y aunque no podía añadir intensivamente cosa meritoria a las obras de su

Santísimo Hijo, con todo eso, como era su coadjutora, se extendió a ella esta petición, como en otras ocasiones, fomentando de su parte a la misericordia para que el eterno Padre no mirase a su Unigénito sólo, pero siempre en compañía de su Madre. Y así los miró a entrambos y aceptó las oraciones y peticiones respectivamente de Hijo y Madre por la salud de los hombres. Hizo otra cosa la Reina en esta ocasión, porque se la remitió a ella su Hijo Santísimo. Y para entenderla, se advierta que Lucifer estuvo presente al lavatorio de los apóstoles, como queda dicho en el capítulo pasado, y de lo que vio hacer a Cristo nuestro bien y que no le permitió a él salir del Cenáculo, colegía su astucia que disponía el Señor alguna obra grande en beneficio de los apóstoles; y aunque se reconocía este dragón muy debilitado y sin fuerzas contra el mismo Redentor, con todo esto con implacable furor y soberbia quiso investigar aquellos misterios para intentar contra ellos alguna maldad. Vio la gran Señora esta intención de Lucifer y que le remitía su Hijo Santísimo esta causa; encendida con el celo y amor de la gloria del Muy Alto y con potestad de Reina, mandó al dragón y a todas sus cuadrillas que al punto saliesen del Cenáculo y descendiesen al profundo del infierno.

1190. Le dio nueva virtud a María Santísima para esta hazaña el brazo del Omnipotente, por la rebeldía de Lucifer, que ni él ni sus demonios pudieron resistir y así fueron lanzados a las cavernas infernales hasta que se les dio nuevo permiso para que saliesen y se hallasen a la pasión y muerte de nuestro Redentor, donde con ella habían de quedar del todo vencidos y desengañados de que Cristo era el Mesías y Redentor del mundo, Dios y hombre verdadero. Y de aquí se entenderá cómo Lucifer y los demonios estuvieron presentes a la cena legal y lavatorio de los pies de los apóstoles y después a toda la pasión, pero no estuvieron en la institución de la sagrada Eucaristía, ni en la Comunión que entonces hicieron y dio Cristo nuestro Señor. Se levantó luego la gran Reina a más alto ejercicio y contemplación de los misterios que se prevenían, y los santos ángeles, como a valerosa y nueva Judit, le cantaron la gloria de este gran triunfo contra el dragón infernal. Al mismo tiempo hizo Cristo nuestro bien otro cántico, confesando y dando gracias al eterno Padre por las peticiones que le había concedido en beneficio de los hombres.

1191. Precediendo todo lo que he dicho, tomó en sus manos venerables Cristo bien nuestro el pan que estaba en el plato y, pidiendo interiormente licencia y dignación para obligar al Altísimo a que entonces y después en la Santa Iglesia, en virtud de las palabras que había de pronunciar, se hiciese presente real y verdaderamente en la hostia como quien las obedecía, levantó los ojos al cielo con semblante de tanta majestad, que a los apóstoles, a los ángeles y a la misma Madre Virgen les causó nuevo temor reverencial. Y luego pronunció las palabras de la consagración sobre el pan, dejándole convertido transubstancialmente en su verdadero cuerpo, y la consagración del vino pronunció sobre el cáliz y convirtiéndole en su verdadera sangre. Al mismo punto que acabó Cristo Señor nuestro de pronunciar las palabras, respondió el eterno Padre: “Este es mi Hijo dilectísimo, en quien yo tengo mi agrado y le tendré hasta el fin del mundo, y estará él con los hombres el tiempo que les durare su destierro.” Esto mismo confirmó también la persona del Espíritu Santo. Y la humanidad santísima de Cristo en la persona del Verbo hizo profunda reverencia a la divinidad en el sacramento de su cuerpo y sangre. Y la Madre Virgen desde su retiro se postró en tierra y adoró a su Hijo sacramentado con incomparable reverencia. Luego le adoraron los ángeles de su custodia y con ellos hicieron lo mismo todos los ángeles del cielo, y tras los santos espíritus le adoraron Enoc y Elías en su nombre y en el de los antiguos patriarcas y profetas de las leyes natural y escrita, cada uno respectivamente.

1192. Todos los apóstoles y discípulos, porque tuvieron fe de este gran misterio, excepto el traidor Judas, le adoraron con ella con profunda humildad y veneración, cada uno según su disposición. Luego nuestro gran sacerdote Cristo levantó en alto su mismo cuerpo y sangre consagrados, para que de nuevo le adorasen todos los que asistían a esta misa nueva, y así lo hicieron todos. Y en esta elevación fue más ilustrada su purísima Madre, y San Juan, Enoc y Elías, para conocer por especial modo cómo en las especies del pan estaba el sagrado cuerpo y en las del vino la sangre, y en entrambos todo Cristo vivo y verdadero, por la unión inseparable de su alma santísima y su cuerpo y sangre, y cómo estaba la divinidad, y en la persona del Verbo la del Padre y del Espíritu Santo, y por estas uniones y existencias, inseparables concomitancias, quedaban en la Eucaristía todas las tres personas, con la perfecta humanidad de Cristo Señor nuestro. Esto conoció con más alteza la divina Señora y los demás en sus grados. Conocieron también la eficacia de las palabras de la consagración y cómo tenían ya virtud divina para que, pronunciadas con la intención de Cristo por cualquiera de los sacerdotes presentes y futuros en la debida materia, convirtiesen la sustancia del pan en su cuerpo y la del vino en su sangre, dejando a los accidentes sin sujeto y con nuevo modo de subsistir sin perderse; y esto con tal certeza y tan infalible, que antes faltará el cielo y la tierra, que falte la eficacia de esta forma de consagrar, debidamente pronunciada por el ministro y sacerdote de Cristo.

1193. Conoció también por especial visión nuestra divina Reina cómo estaba el sagrado cuerpo de Cristo nuestro

Señor escondido debajo de los accidentes del pan y vino, sin alterarlos, ni ellos a él, porque ni el cuerpo puede ser sujeto suyo, ni ellos pueden ser formas del cuerpo. Ellos están con la misma extensión y calidades antes y después, ocupando el mismo lugar, como se conoce en la hostia consagrada; y el cuerpo sagrado está con modo indivisible, aunque tiene toda su grandeza, sin confundirse una parte con otra, y está todo en toda la hostia y todo en cualquiera parte, sin que la hostia le ensanche ni limite, ni el cuerpo a la hostia; porque ni la extensión propia del cuerpo tiene respecto a la de las especies accidentales, ni la de las especies pende del cuerpo santísimo, y así tienen diferente modo de existencia, y el cuerpo se penetra con la cantidad de los accidentes sin que le impidan. Y aunque naturalmente con su extensión pedía diferente lugar y espacio la cabeza de las manos y éstas del pecho y así las demás, pero con el poder divino se pone el cuerpo consagrado con esta grandeza en un mismo lugar, porque entonces no tiene respecto al espacio extendido que naturalmente ocupa, y de todos estos respectos se absuelve, porque sin ellos puede ser cuerpo cuantitativo. Y tampoco está en un lugar sólo ni en una hostia, sino en muchas juntamente, aunque sean sin número las hostias consagradas.

1194. Entendió asimismo que el sagrado cuerpo, aunque no tenía dependencia natural de los accidentes en el modo que he dicho, pero con todo eso no se conservaría en ellos sacramentado más del tiempo que durasen sin corromperse los accidentes del pan y del vino, porque así lo ordenó la voluntad santísima de Cristo, autor de estas maravillas. Y ésta fue como una dependencia voluntaria y moral de la existencia milagrosa de su cuerpo y sangre con la existencia incorrupta de los accidentes. Y cuando ellos se corrompen y destruyen por las causas naturales que pueden alterarlos, como sucede después de recibido el sacramento, que el calor del estómago los altera y corrompe, o por otras causas que pueden hacer lo mismo, entonces cría Dios de nuevo otra sustancia en el último instante en que las especies están dispuestas para recibir la última transmutación, y con aquella nueva sustancia, faltando ya la existencia del cuerpo sagrado, se hace la nutrición del cuerpo que se alimenta y se introduce la forma humana que es el alma. Y esta maravilla de criar nueva sustancia que reciba los accidentes alterados y corruptos, es consiguiente a la determinación de la voluntad divina de no permanecer el cuerpo con la corrupción de los accidentes, y también al orden de la naturaleza, porque la sustancia del hombre que se alimenta, no puede acrecentarse sino con otra sustancia que se le añada de lluevo, y los accidentes no pueden continuarse en esta sustancia.

1195. Todos estos y otros milagros recopiló la diestra del Omnipotente en este augustísimo sacramento de la Eucaristía, y todos los entendió la Señora del cielo y tierra y los penetró profundamente, y en su modo San Juan y los Padres que allí estaban de la ley antigua y los apóstoles entendieron muchos de ellos. Conociendo este beneficio común y tan grande la purísima Madre, conoció también la ingratitud que los mortales habían de tener de tan inefable misterio, fabricado para su remedio, y tomó por su cuenta desde entonces recompensar y suplir con todas sus fuerzas nuestra grosería y desagradecimiento, dando ella las gracias al eterno Padre y a su Hijo Santísimo por tan rara maravilla y favor del linaje humano. Y esta atención le duró toda la vida y muchas veces lo hacía derramando lágrimas de sangre de su ardentísimo corazón para satisfacer nuestro reprehensible y torpe olvido.

1196. Mayor admiración me causa lo que sucedió al mismo Jesús nuestro bien, que habiendo levantado el santísimo sacramento para que le adorasen los discípulos, como he dicho (Cf. supra n.1192), le dividió con sus sagradas manos y se comulgó a sí mismo el primero, como primero y sumo sacerdote. Y reconociéndose, en cuanto hombre, inferior a la divinidad que recibía en su mismo cuerpo y sangre consagrados, se humilló, encogió y tuvo como un temblor en la parte sensitiva, manifestando dos cosas: la una, la reverencia con que se debía recibir su sagrado cuerpo; la otra, el dolor que sentía de la temeridad y audacia con que muchos de los hombres llegarían a recibir y tratar este altísimo y eminente sacramento. Los efectos que hizo la comunión en el Cuerpo de Cristo nuestro bien fueron divinos y admirables, porque por un breve espacio redundaron en él los dotes de gloria de su alma santísima como en el Tabor, pero esta maravilla sólo fue manifiesta a su purísima Madre y algo conocieron San Juan, Enoc y Elías. Y con este favor se despidió la humanidad santísima de recibir descanso y gozo hasta la muerte en la parte inferior. También vio la Virgen Madre con especial visión cómo se recibía Cristo su Hijo Santísimo a sí mismo sacramentado y cómo estuvo en su divino pecho el mismo que se recibía. Y todo esto hizo grandiosos efectos en nuestra Reina y Señora.

1197. Hizo Cristo nuestro bien en comulgándose un cántico de alabanzas al eterno Padre y se ofreció a sí mismo sacramentado por la salud humana, y luego partió otra partícula del pan consagrado y la entregó al arcángel San Gabriel, para que la llevase y comulgase a María Santísima. Quedaron los santos ángeles con este favor como satisfechos y recompensados de que la dignidad sacerdotal tan excelente les tocara a los hombres y no a ellos, y sólo el haber tenido en sus manos en forma humana el cuerpo sacramentado de su Señor y verdadero Dios les causó grande y

nuevo gozo a todos. Esperaba la gran Señora y Reina con abundantes lágrimas el favor de la Sagrada Comunión, cuando llegó San Gabriel con otros innumerables ángeles, y de la mano del santo príncipe la recibió la primera después de su Hijo Santísimo, imitándole en la humillación, reverencia y temor santo. Quedó depositado el Santísimo Sacramento en el pecho de María Santísima y sobre el corazón, como legítimo sagrario y tabernáculo del Altísimo. Y duró este depósito del sacramento inefable de la Eucaristía todo el tiempo que pasó desde aquella noche hasta después de la Resurrección, cuando consagró San Pedro y dijo la primera misa, como diré adelante (Cf. infra p.III n.112); porque ordenó el todopoderoso Señor esta maravilla así, para consuelo de la gran Reina y también para cumplir de antemano por este modo la promesa hecha después a su Iglesia, que estaría con los hombres hasta el fin del siglo (Mt 28,20), porque después de su muerte no podía estar su humanidad santísima en la Iglesia por otro modo, mientras no se consagraba su cuerpo y sangre. Y en María purísima estuvo depositado este maná verdadero como en arca viva, con toda la ley evangélica, como antes las figuras en el arca de Moisés. Y en todo el tiempo que pasó hasta la nueva consagración no se consumieron ni alteraron las especies sacramentales en el pecho de esta Señora y Reina del cielo. Dio gracias al eterno Padre y a su Hijo Santísimo con nuevos cánticos a imitación de lo que el Verbo divino encarnado había hecho.

1198. Después de comulgada la divina Princesa, dio nuestro Salvador el pan sacramentado a los apóstoles y les mandó que entre sí lo repartiesen y recibiesen, como lo recibieron, y les dio en estas palabras la dignidad sacerdotal, que comenzaron a ejercer comulgándose cada uno a sí mismo con suma reverencia, derramando copiosas lágrimas y dando culto al cuerpo y sangre de nuestro Redentor que habían recibido. Quedaron con preeminencia de antigüedad en la potestad de sacerdotes, como fundadores que habían de ser de la Iglesia evangélica. Luego San Pedro, por mandado de Cristo nuestro Señor, tomó otras partículas consagradas y comulgó a los dos padres antiguos Enoc y Elías. Y con el gozo y efectos de esta comunión quedaron estos dos santos confortados de nuevo para esperar la visión beatífica, que tantos siglos se les dilataba por la voluntad divina y esperar hasta el fin del mundo. Dieron los dos Patriarcas fervientes alabanzas y humildes gracias al Todopoderoso por este beneficio y fueron restituidos a su lugar por ministerio de los santos ángeles. Esta maravilla ordenó el Señor, para dar prendas y participación de su Encarnación, Redención y Resurrección general a las leyes antiguas, natural y escrita, porque todos estos misterios encierra en sí el sacramento de la Eucaristía, y dándoseles a los dos varones santos Enoc y Elías, que estaban vivos en carne mortal, se extendió esta participación a los dos estados de la ley natural y escrita, porque los demás que le recibieron pertenecían a la nueva ley de gracia, cuyos padres eran los apóstoles. Así lo conocieron los dos santos Enoc y Elías y en nombre de los demás santos de sus leyes dieron gracias a su Redentor y nuestro por este oculto beneficio.

1199. Otro milagro muy secreto sucedió en la comunión de los apóstoles, y esto fue que el pérfido y traidor Judas, viendo lo que su divino Maestro disponía mandándoles comulgar, determinó como infiel no hacerlo, sino reservar el sagrado cuerpo, si pudiese ocultamente, para llevarle a los pontífices y fariseos y decirles que quién era su Maestro, pues decía que aquel pan era su mismo cuerpo y ellos lo acriminasen por gran delito, y si no pudiese conseguir esto, intentaba hacer algún otro vituperio del divino sacramento. La Señora y Reina del cielo, que por visión clarísima estaba mirando todo lo que pasaba y la disposición con que interior y exteriormente recibían los apóstoles la Sagrada Comunión y sus efectos y afectos, vio también los execrables intentos del obstinado Judas. Se encendió toda en el celo de la gloria de su Señor, como Madre, como Esposa y como Hija y, conociendo, era voluntad suya que usase en aquella ocasión de la potestad de Madre y Reina, mandó a sus ángeles que sucesivamente sacasen a Judas de la boca el pan y vino consagrado y lo restituyesen a donde estaba lo demás sacramentado, porque en aquella ocasión le tocaba defender la honra de su Hijo Santísimo, para que Judas no le injuriase como intentaba con aquella nueva ignominia que maquinaba. Obedecieron los ángeles y cuando llegó a comulgar el pésimo de los vivientes Judas le sacaron las especies sacramentales, una tras de otra, de la boca y, purificándolas de lo que habían recibido en aquel inmundísimo lugar, las redujeron a su primera disposición y las colocaron ocultamente entre las demás, celando siempre el Señor la honra de su enemigo y obstinado apóstol. Después recibieron estas especies los que fueron comulgando tras de Judas por sus antigüedades, porque ni él fue el primero ni el último que comulgó, y los ángeles santos lo ejecutaron en brevísimo espacio. Hizo nuestro Salvador gracias al eterno Padre y con esto dio fin a los misterios de la cena legal y sacramental y principio a los de su pasión, que diré en los capítulos siguientes. La Reina de los cielos continuaba en la atención, admiración de todos y en los cánticos de alabanza y magnificencia al altísimo Señor.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

1200. “¡Oh hija mía, si los profesores de la Santa Fe Católica abriesen los corazones endurecidos y pesados, para recibir la verdadera inteligencia del sagrado misterio y beneficio de la Eucaristía! ¡Oh, si desahogados y abstraídos de

los afectos terrenos y moderando sus pasiones, aplicasen la fe viva para entender en la divina luz su felicidad, en tener consigo a Dios eterno sacramentado y poderle recibir y frecuentar, participando los efectos de este divino maná del cielo, si dignamente conociesen esta gran dádiva, si estimasen este tesoro, si gustasen su dulzura, si participasen en ella la virtud oculta de su Dios omnipotente, nada les quedaba que desear ni que temer en su destierro! No deben querellarse los mortales en el dichoso siglo de la ley de gracia, que les afligen su fragilidad y sus pasiones, pues en este pan del cielo tienen a la mano la salud y la fortaleza; no de que son tentados y perseguidos del demonio, pues con el buen uso de este sacramento inefable le vencerán gloriosamente, si para esto dignamente le frecuentan. Culpa es de los fieles no atender a este misterio y valerse de su virtud infinita para todas sus necesidades y trabajos, que para su remedio le ordenó mi Hijo Santísimo. Y de verdad te digo, carísima, que tienen Lucifer y sus demonios tal temor a la presencia de la Eucaristía, que el acercarse a ella les causa mayores tormentos que estar en el infierno. Y aunque entran en los templos para tentar a las almas, esto hacen como violentándose a padecer crueles penas, a trueque de derribar una alma y obligarla o atraerla a que cometa un pecado, y más en los lugares sagrados y presencia de la Eucaristía. Y por alcanzar este triunfo los compele su indignación, que tienen contra Dios y contra las almas, para que se expongan a padecer aquel nuevo tormento de estar cerca de Cristo mi Hijo Santísimo sacramentado.

1201. “Y cuando le llevan en procesión por las calles, de ordinario huyen y se alejan a toda prisa, y no se atrevieran a acercarse a los que le van acompañando, si no fuera por la confianza que tienen, con tan larga experiencia, de que vencerán a algunos, para que pierdan la reverencia al Señor. Y por esto trabajan mucho en tentar en los templos, porque saben cuánta injuria se hace en esto al mismo Señor que está sacramentado por amor, para aguardar a santificar los hombres y a que le den el retorno de su amor dulcísimo y demostrativo con tantas finezas. Por esto entenderás el poder que tiene quien dignamente recibe este pan sagrado de los ángeles contra los demonios y cómo temerían a los hombres si le frecuentasen con devoción y pureza, procurándose conservar en ella hasta otra comunión. Pero son muy pocos los que viven con este cuidado y el enemigo está alerta acechando y procurando que luego se olviden, entibien y distraigan, para que no se valgan contra ellos de armas tan poderosas. Escribe esta doctrina en tu corazón, y porque, sin merecerlo tú, ha ordenado el Altísimo, por medio de la obediencia, que cada día participes de este sagrado Sacramento recibéndole, trabaja por conservarte en el estado que te pones para una comunión hasta que hagas otra, porque la voluntad de mi Señor y la mía es que con este cuchillo pelees las guerras del Altísimo en nombre de la Santa Iglesia contra los enemigos invisibles, que hoy tienen afligida y triste a la Señora de las gentes (Lam 1,1), sin haber quien la consuele ni dignamente lo considere. Lloro por esta causa y divídase tu corazón de dolor, porque estando el omnipotente y justo Juez tan indignado contra los católicos, por haber irritado su justicia con los pecados tan desmedidos y repetidos debajo de la santa fe que profesan, no hay quien considere, pese y tema tan grande daño, ni se disponga al remedio que pudieran solicitar con el buen uso del divino sacramento de la Eucaristía y llegando a él con corazones contritos y humillados y con mi intercesión.

1202. “En esta culpa, que en todos los hijos de la Iglesia es gravísima, son más reprobables los indignos y malos sacerdotes, porque de la irreverencia con que ellos tratan al Santísimo Sacramento del altar han tomado ocasión los demás católicos para despreciarle. Y si el pueblo viera que los sacerdotes se llegaban a los divinos misterios con temor y temblor reverencial, conocieran que con el mismo habrían de tratar todos y recibir a su Dios sacramentado. Y los que así lo hacen, resplandecen en el cielo como el sol entre las estrellas, porque de la gloria de mi Hijo Santísimo en su humanidad, a los que le trataron y recibieron con toda reverencia, les redonda especial luz y resplandor de gloria, el cual no tienen los que no han frecuentado con devoción la sagrada Eucaristía. Y a más de esto tendrán después sus cuerpos gloriosos unas señales o divisas en el pecho, donde le recibieron, muy brillantes y hermosísimas, en testimonio de que fueron dignos tabernáculos del Santísimo Sacramento cuando lo recibieron. Esto será de gran gozo accidental para ellos y júbilo de alabanza para los ángeles y admiración para todos. Recibirán también otro premio accidental, porque entenderán y verán con especial inteligencia el modo con que está mi Hijo Santísimo en la Eucaristía y todos los milagros que en ella se encierran, y será tan grande el gozo, que sólo él bastará para recrearlos eternamente cuando no tuvieran otro en el cielo. Pero la gloria esencial de los que con digna devoción y pureza recibieron la Eucaristía igualará y en muchos excederá a la que tienen algunos mártires que no le recibieron.

1203. “Quiero también, hija mía, que de mi boca oigas lo que yo juzgaba de mí, cuando en la vida mortal había de recibir a mi Hijo y Señor sacramentado. Y para que mejor lo entiendas renueva en tu memoria todo lo que has entendido y conocido de mis dones, gracia, obras y merecimientos de mi vida, como te la he manifestado (Cf. supra p.I n.229, 237 y passim) para que lo escribas. Fui preservada en mi concepción de la culpa original y en aquel instante tuve la noticia y visión de la divinidad que muchas veces has repetido, tuve mayor ciencia que todos los santos, excedí en amor a los

supremos serafines, nunca cometí culpa actual, siempre ejercité todas las virtudes heroicamente y la menor de ellas fue más que lo supremo de los otros muy santos en lo último de su santidad, los fines de todas mis obras fueron altísimos, los hábitos y dones sin medida y tasa, imité a mi Hijo Santísimo con suma perfección, trabajé fielmente, padecí animosa y cooperé con todas las obras del Redentor en el grado que me tocaba y jamás cesé de amarle y merecer aumentos de gracia y gloria en grado eminentísimo. Pues todos estos méritos juzgué que se me habían pagado dignamente con sola una vez que recibí su sagrado cuerpo en la Eucaristía, y aun no me juzgaba digna de tan alto beneficio. Considera tú ahora, hija mía, lo que tú y los demás hijos de Adán debéis pensar llegando a recibir este admirable sacramento. Y si para el mayor de los santos fuera premio superabundante sola una comunión, ¿qué deben sentir y hacer los sacerdotes y los fieles que la frecuentan? Abre tú los ojos entre las densas tinieblas y ceguedad de los hombres y levántalos a la divina luz, para conocer estos misterios. Juzga tus obras por desiguales y párvulas, tus méritos por muy limitados, tus trabajos por levísimos y tu agradecimiento por muy inferior y corto para tan raro beneficio como tener la Iglesia Santa a Cristo mi Hijo Santísimo sacramentado y deseoso de que todos le reciban para enriquecerlos. Y si no tienes digna retribución que ofrecerle por este bien y los que recibes, por lo menos humíllate hasta el polvo y pégate con él y confíesate indigna con toda la verdad del corazón, magnifica al Altísimo, bendícele y alábale, estando siempre preparada para recibirle con fervientes afectos y padecer muchos martirios por alcanzar tan grande bien.”

CAPITULO 12

[Regresar al Principio](#)

La oración que hizo nuestro Salvador en el huerto y sus misterios y lo que de todos conoció su Madre Santísima.

1204. Con las maravillas y misterios que nuestro Salvador Jesús obró en el Cenáculo dejaba dispuesto y ordenado el reino que el eterno Padre con su voluntad inmutable le había dado. Y entrada ya la noche que sucedió al jueves de la cena, determinó salir a la penosa batalla de su pasión y muerte, en que se había de consumir la Redención humana. Salió. Su Majestad del aposento donde había celebrado tantos misterios milagrosos y al mismo tiempo salió también su Madre Santísima de su retiro para encontrarse con él. Llegaron a encontrarse el Príncipe de las eternidades y la Reina, traspassando el corazón de entrambos la penetrante espada de dolor que a un tiempo les hirió penetrantemente sobre todo pensamiento humano y angélico. La dolorosa Madre se postró en tierra, adorándole como a su verdadero Dios y Redentor. Y mirándola Su Divina Majestad con semblante majestuoso y agradable de Hijo suyo, le habló y la dijo solas estas palabras: “Madre mía, con vos estaré en la tribulación, hagamos la voluntad de mi eterno Padre y la salvación de los hombres.” La gran Reina se ofreció con entero corazón al sacrificio y pidió la bendición. Y habiéndola recibido se volvió a su retiro, de donde le concedió el Señor que estuviese a la vista de todo lo que pasaba y lo que su Hijo Santísimo iba obrando, para acompañarle y cooperar en todo en la forma que a ella le tocaba. El dueño de la casa, que estaba presente a esta despedida, con impulso divino ofreció luego la misma casa que tenía y lo que en ella había a la Señora del cielo, para que se sirviese de ello mientras estuviesen en Jerusalén, y la Reina lo admitió con humilde agradecimiento. Y con Su Alteza quedaron los mil ángeles de guarda, que la asistían siempre en forma visible para ella, y también la acompañaron algunas de las piadosas mujeres que consigo había traído.

1205. Nuestro Redentor y Maestro salió de la casa del Cenáculo en compañía de todos los hombres que le habían asistido en las cenas y celebración de sus misterios, y luego se despidieron muchos de ellos por diferentes calles, para acudir cada uno a sus ocupaciones. Y Su Majestad, siguiéndole solos los doce apóstoles, encaminó sus pasos al monte Olivete, fuera y cerca de la ciudad de Jerusalén a la parte oriental. Y como la alevosía de Judas le tenía tan atento y solícito de entregar al divino Maestro, imaginó que iba a trasnochar en la oración, como lo tenía de costumbre. Le pareció aquella ocasión muy oportuna para ponerle en manos de sus confederados los escribas y fariseos. Y con esta infeliz resolución se fue deteniendo y dejando alargar el paso a su divino Maestro y a los demás apóstoles, sin que ellos lo advirtiesen por entonces, y al punto que los perdió de vista partió a toda prisa a su precipicio y destrucción. Llevaba gran sobresalto, turbación y zozobra, testigos de la maldad que iba a cometer, y con este inquieto orgullo, como mal seguro de conciencia, llegó corriendo y azorado a casa de los pontífices. Sucedió en el camino que, viendo Lucifer la prisa que se daba Judas en procurar la muerte de Cristo nuestro bien y sospechando este dragón que era el verdadero Mesías, como queda dicho en el capítulo 10, le salió al encuentro en figura de un hombre muy malo y amigo del mismo Judas, con quien él había comunicado su traición. En esta figura le habló Lucifer a Judas sin ser conocido por él y le dijo que aquel intento de vender a su Maestro, aunque al principio le había parecido bien por las maldades

que de él le había dicho, pero que pensando sobre ello había tomado mejor acierto en su dictamen y acuerdo para él y le parecía no le entregase a los pontífices y fariseos, porque no era tan malo como el mismo Judas pensaba, ni merecía la muerte, y que sería posible que hiciese algunos milagros con que se libraría y después le podría suceder a él gran trabajo.

1206. Este enredo hizo Lucifer, retractando con nuevo temor las sugerencias que primero había enviado al corazón pérfido del traidor discípulo contra el autor de la vida. Pero le salió en vano su nueva malicia, porque Judas, que había perdido la fe voluntariamente y no temía las violentas sospechas del demonio, quiso aventurar antes la muerte de su Maestro que aguardar la indignación de los fariseos si le dejaba con vida. Y con este miedo y su abominable codicia no hizo caso del consejo de Lucifer, aunque le juzgó por el hombre que representaba. Y como estaba desamparado de la gracia divina, ni quiso ni pudo persuadirse por la instancia del demonio para retroceder en su maldad. Y como el Autor de la vida estaba en Jerusalén, y también los pontífices consultaban cuando llegó Judas cómo les cumpliría lo prometido de entregarse en sus manos, en esta ocasión entró el traidor y les dio cuenta cómo dejaba a su Maestro con los demás discípulos en el monte Olivete, que le parecía la mejor ocasión para prenderle aquella noche, como fuesen con cautela y prevenidos para que no se les fuese de entre las manos con las artes y mañas que sabía. Se alegraron mucho los sacrílegos pontífices y quedaron previniendo gente armada para salir luego al prendimiento del inocentísimo Cordero.

1207. Estaba en el ínterin Su Majestad divina con los once apóstoles tratando de nuestra salvación eterna y de los mismos que le maquinaban la muerte. Inaudita y admirable porfía de la suma malicia humana y de la inmensa bondad y caridad divina, que si desde el primer hombre se comenzó esta contienda del bien y del mal en el *mundo*, en la muerte de nuestro Reparador llegaron los dos extremos a lo sumo que pudieron subir; pues a un mismo tiempo obró cada uno a vista del otro lo más que le fue posible: la malicia humana quitando la vida y honra a su mismo Hacedor y Reparador, y Su Majestad dándola por ellos con inmensa caridad. Fue como necesario en esta ocasión a nuestro modo de entender que el alma santísima de Cristo nuestro bien atendiese a su Madre purísima, y lo mismo su divinidad, para que tuviese algún agrado entre las criaturas en que descansase su amor y se detuviese la justicia. Porque en sola aquella pura criatura miraba lograda dignísimamente la pasión y muerte que se le prevenía por los hombres, y en aquella santidad sin medida hallaba la justicia divina alguna recompensa de la malicia humana, y en la humildad y caridad fidelísima de esta gran Señora quedaban depositados los tesoros de sus merecimientos, para que después como de cenizas encendidas renaciese la Iglesia, como nueva fénix, en virtud de los mismos merecimientos de Cristo nuestro Señor y de su muerte. Este agrado que recibía la humanidad de nuestro Redentor con la vista de la santidad de su digna Madre, le daba esfuerzo y como aliento para vencer la malicia de los mortales y reconocía por bien empleada su paciencia en sufrir tales penas, porque tenía entre los hombres a su amantísima Madre.

1208. Todo lo que iba sucediendo conocía la gran Señora desde su recogimiento, y vio los pensamientos del obstinado Judas y el modo como se desvió del colegio apostólico y cómo le habló Lucifer en forma de aquel hombre su conocido y todo lo que pasó con él cuando llegó a los príncipes de los sacerdotes y lo que trataban y prevenían para prender al Señor con tanta presteza. El dolor que con esta ciencia penetraba el castísimo corazón de la Madre virgen, los actos de virtudes que ejercitaba a la vista de tales maldades y cómo procedía en todos estos sucesos, no cabe en nuestra capacidad el explicarlo; basta decir que todo fue con plenitud de sabiduría, santidad y agrado de la Beatísima Trinidad. Se compadeció de Judas y lloró la pérdida de aquel perverso discípulo. Recompensó su maldad adorando, confesando, amando y alabando al mismo Señor que él vendía con tan injuriosa y desleal traición. Estaba preparada y dispuesta a morir por él, si fuera necesario. Pidió por los que estaban fraguando la prisión y muerte de su divino Cordero, como prendas que se habían de comprar y estimar con el valor infinito de tan preciosa sangre y vida, que así los miraba, estimaba y valoraba la prudentísima Señora.

1209. Prosiguió nuestro Salvador su camino pasando el torrente Cedrón para el monte Olivete, y entró en el huerto de Getsemaní y hablando con todos los apóstoles que le seguían les dijo: *“Esperadme y asentaos aquí, mientras yo me alejo un poco a la oración”* (Mt 26,36); *y orad también vosotros para que no entréis en tentación”* (Lc 22,40) Dioles este aviso el divino Maestro, para que estuviesen constantes en la fe contra las tentaciones, que en la cena los había prevenido que todos serían escandalizados aquella noche por lo que le verían padecer, y que Satanás los embestiría para ventilarlos y turbarlos con falsas sugerencias, porque el Pastor, como estaba profetizado (Zac 13,7), había de ser maltratado y herido y las ovejas serían derramadas. Luego el Maestro de la vida, dejando a los ocho apóstoles juntos, llamó a San Pedro, a San Juan y a Santiago, y con los tres se retiró de los demás a otro puesto donde no podía ser visto ni oído de

ellos. Y estando con los tres apóstoles levantó los ojos al eterno Padre y le confesó y alabó como acostumbraba, y en su interior hizo una oración y petición en cumplimiento de la profecía de Zacarías ^(1b), dando licencia a la muerte para que llegase al inocentísimo y sin pecado, y mandando a la espada de la justicia divina que despertase sobre el pastor y sobre el varón que estaba unido con el mismo Dios y ejecutase en él todo su rigor y le hiriese hasta quitarle la vida. Para esto se ofreció Cristo nuestro bien de nuevo al Padre en satisfacción de su justicia por el rescate de todo el linaje humano y dio consentimiento a los tormentos de la pasión y muerte, para que en él se ejecutase en la parte que su humanidad santísima era pasible, y suspendió y detuvo desde entonces el consuelo y alivio que de la parte impasible pudiera redundarle, para que con este desamparo llegasen sus pasiones y dolores al sumo grado de padecer; y el eterno Padre lo concedió y aprobó, según la voluntad de la humanidad santísima del Verbo.

1210. Esta oración fue como una licencia y permiso con que se abrieron las puertas al mar de la pasión y amargura, para que con ímpetu entrasen hasta el alma de Cristo, como lo había dicho por David ^(Sal 68,2). Y así comenzó luego a congojarse y sentir grandes angustias y con ellas dijo a los tres apóstoles: *“Triste está mi alma hasta la muerte”* ^{Music (Mc 14,34)}. Y porque estas palabras y tristeza de nuestro Salvador encierran tantos misterios para nuestra enseñanza, diré algo de lo que se me ha declarado, como yo lo entiendo. Dio lugar Su Majestad para que esta tristeza llegase a lo sumo natural y milagrosamente, según toda la condición pasible de su humanidad santísima. Y no sólo se entristeció por el natural apetito de la vida en la porción inferior de ella, sino también según la parte superior, con que miraba la reprobación de tantos por quienes había de morir y la conocía en los juicios y decretos inescrutables de la divina justicia. Y esta fue la causa de su mayor tristeza, como adelante veremos ^(Cf. infra n.1395). Y no dijo que estaba triste por la muerte, sino hasta la muerte, porque fue menor la tristeza del apetito natural de la vida, por la muerte que le amenazaba de cerca. Y a más de la necesidad de ella para la Redención, estaba pronta su voluntad santísima para vencer este natural apetito para nuestra enseñanza, por haber gozado, por la parte que era viador, de la gloria del cuerpo en su transfiguración. Porque con este gozo se juzgaba como obligado a padecer, para dar el retorno de aquella gloria que recibió la parte de viador, para que hubiese correspondencia en el recibo y en la paga, y quedásemos enseñados de esta doctrina en los tres apóstoles, que fueron testigos de aquella gloria y de esta tristeza y congojas; que por esto fueron escogidos para el uno y otro misterio, y así lo entendieron en esta ocasión con luz particular que para esto se les dio.

1211. Fue también como necesario, para satisfacer al inmenso amor con que nos amó nuestro Salvador Jesús, dar licencia a esta tristeza misteriosa para que con tanta profundidad le anegase, porque si no padeciera en ella lo sumo a que pudo llegar, no quedara saciada su caridad, ni se conociera tan claramente que era inextinguible por las muchas aguas de tribulaciones ^(Cant 8,7). Y en el mismo padecer la ejercitó esta caridad con los tres apóstoles que estaban presentes y turbados con saber que ya se llegaba la hora en que el divino Maestro había de padecer y morir, como él mismo se lo había declarado por muchos modos y prevenciones. Y esta turbación y cobardía que padecieron, los confundía y avergonzaba en sí mismos, sin atreverse a manifestarla. Pero el amantísimo Señor los alentó manifestándoles su misma tristeza, que padecería hasta la muerte, para que viéndole a él afligido y congojado, no se confundiesen de sentir ellos sus penas y temores en que estaban. Y tuvo juntamente otro misterio esta tristeza del Señor para los tres apóstoles Pedro, Juan y Diego ^(Diego, o sea Santiago), porque entre todos los demás ellos tres habían hecho más alto concepto de la divinidad y excelencia de su Maestro, así por la grandeza de su doctrina, santidad de sus obras y potencia de sus milagros, que en todo esto estaban más admirados y más atentos al dominio que tenían sobre las criaturas. Y para confirmarlos en la fe de que era hombre verdadero y pasible, fue conveniente que de su presencia conociesen y vieses estaba triste y afligido como hombre verdadero, y en el testimonio de estos tres apóstoles, privilegiados con tales favores, quedase la Iglesia Santa informada contra los errores que el demonio pretendería sembrar en ella sobre la verdad de la humanidad de Cristo nuestro Salvador, y también los demás fieles tuviésemos este consuelo, cuando nos aflijan los trabajos y nos posea la tristeza.

1212. Ilustrados interiormente los tres apóstoles con esta doctrina, añadió el autor de la vida y les dijo: *Esperadme aquí, y velad y orad conmigo* ^(Mt 26,38). Que fue enseñarles la práctica de todo lo que les había prevenido y advertido y que estuviesen con él constantes en su doctrina y fe y no se desviasen a la parte del enemigo, y para conocerle y resistirle estuviesen atentos y vigilantes, esperando que después de las ignomias de la pasión verían la exaltación de su nombre. Con esto se apartó el Señor de los tres apóstoles algún espacio del lugar de donde los dejó. Y postrado en tierra sobre su divino rostro oró al Padre eterno, y le dijo: *“Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz”* ^(Mt 26,39). Esta oración hizo Cristo nuestro bien después que bajó del cielo con voluntad eficaz de morir y padecer por los hombres, después que despreciando la confusión de su pasión ^(Heb 12,2) la abrazó de voluntad y no admitió el gozo de su

humanidad, después que con ardentísimo amor corrió a la muerte, a las afrentas, dolores y aflicciones, después que hizo tanto aprecio de los hombres que determinó redimirlos con el precio de su sangre. Y cuando con su divina y humana sabiduría y con su inextinguible caridad sobrepujaba tanto al temor natural de la muerte, no parece que sólo él pudo dar motivo a esta petición. Así lo he conocido en la luz que se me ha dado de los ocultos misterios que tuvo esta oración de nuestro Salvador.

1213. Y para manifestar lo que yo entiendo, advierto que en esta ocasión entre nuestro Redentor Jesús y el eterno Padre se trataba del negocio más arduo que tenía por su cuenta, que era la Redención humana y el fruto de su pasión y muerte de cruz, para la oculta predestinación de los santos. Y en esta oración propuso Cristo nuestro bien sus tormentos, su sangre preciosísima y su muerte al eterno Padre, ofreciéndola de su parte por todos los mortales, como precio superabundantísimo para todos y para cada uno de los nacidos y de los que después habían de nacer hasta el fin del mundo. Y de parte del linaje humano presentó todos los pecados, infidelidades, ingraticudes y desprecios que los malos habían de hacer para malograr su afrentosa muerte y pasión, por ellos admitida y padecida, y los que con efecto se habían de condenar a pena eterna, por no haberse aprovechado de su clemencia. Y aunque el morir por los amigos y predestinados era agradable y como apetecible para nuestro Salvador, pero morir y padecer por la parte de los réprobos era muy amargo y penoso, porque de parte de ellos no había razón final para sufrir el Señor la muerte. A este dolor llamó Su Majestad cáliz, que era el nombre con que los hebreos significaban lo que era muy trabajoso y grande pena, como lo significó el mismo Señor hablando con los hijos del Zebedeo, cuando les dijo si podrían beber el cáliz como Su Majestad le había de beber (Mt 20,22). Y este cáliz fue tanto más amargo para Cristo nuestro bien, cuanto conoció que su pasión y muerte para los réprobos no sólo sería sin fruto, sino que sería ocasión de escándalo (1 Cor 1,23) y redundaría en mayor pena y castigo para ellos, por haberla despreciado y malogrado.

1214. Entendí, pues, que la oración de Cristo nuestro Señor fue pedir al Padre pasase de él aquel cáliz amarguísimo de morir por los réprobos, y que siendo ya inexcusable la muerte, ninguno, si era posible, se perdiese, pues la Redención que ofrecía era superabundante para todos y cuanto era de su voluntad a todos la aplicaba para que a todos aprovechase, si era posible, eficazmente y, si no lo era, resignaba su voluntad santísima en la de su eterno Padre. Esta oración repitió nuestro Salvador tres veces por intervalos orando prolijamente con agonía, como dice San Lucas (Lc 22,43), según lo pedía la grandeza y peso de la causa que se trataba. Y, a nuestro modo de entender, en ella intervino una como altercación y contienda entre la humanidad santísima de Cristo y la divinidad. Porque la humanidad, con íntimo amor que tenía a los hombres de su misma naturaleza, deseaba que todos por su pasión consiguieran la salvación eterna, y la divinidad representaba que por sus juicios altísimos estaba fijo el número de los predestinados y, conforme a la equidad de su justicia, no se debía conceder el beneficio a quien tanto le despreciaba y de su voluntad libre se hacían indignos de la vida de las almas, resistiendo a quien se la procuraba y ofrecía. Y de este conflicto resultó la agonía de Cristo y la prolija oración que hizo, alegando el poder de su eterno Padre, y que todas las cosas le eran posibles a su infinita majestad y grandeza.

1215. Creció esta agonía en nuestro Salvador con la fuerza de la caridad y con la resistencia que conocía de parte de los hombres para lograr en todos su pasión y muerte, y entonces llegó a sudar sangre, con tanta abundancia de gotas muy gruesas que corría hasta llegar al suelo. Y aunque su oración y petición fue condicionada y no se le concedió lo que debajo de condición pedía, porque faltó por los réprobos, pero alcanzó en ella que los auxilios fuesen grandes y frecuentes para todos los mortales y que se fuesen multiplicando en aquellos que los admitiesen y no pusieren óbice y que los justos y santos participasen en el fruto de la Redención y con grande abundancia y les aplicasen muchos dones y gracias de que los réprobos se harían indignos. Y conformándose la voluntad humana de Cristo con la divina aceptó la pasión por todos respectivamente: para los réprobos como suficiente y para que se les diesen auxilios suficientes, si ellos querían aprovecharlos, y para los predestinados como eficaz, porque ellos cooperarían a la gracia. Y así quedó dispuesta y como efectuada la salud del cuerpo místico de la Santa Iglesia, debajo de su cabeza y de su artífice Cristo nuestro bien.

1216. Y para el lleno de este divino decreto, estando Su Majestad en la agonía de su oración, tercera vez envió el eterno Padre al Santo arcángel Miguel, que le respondiese y confortase por medio de los sentidos corporales, declarándole en ellos lo mismo que el mismo Señor sabía por la ciencia de su santísima alma, porque nada le pudo decir el ángel que el Señor no supiera ni tampoco podía obrar en su interior otro efecto para este intento. Pero, como arriba se ha dicho (Cf. supra n. 1209), tenía Cristo nuestro bien suspendido el alivio que de su ciencia y amor podía redundar en su humanidad santísima, dejándola, en cuanto pasible, a todo padecer en sumo grado, como después lo dijo en la

CRUZ (Cf. *infra* n.1395); y en lugar de este alivio y confortación recibió alguna con la embajada del santo arcángel por parte de los sentidos, al modo que obra la ciencia o noticia experimental de lo que antes se sabía por otra ciencia, porque la experiencia es nueva y mueve los sentidos y potencias naturales. Y lo que le dijo San Miguel de parte del Padre eterno fue representarle e intimarle en el sentido que no era posible, como Su Majestad sabía, salvarse los que no querían ser salvos, porque en la aceptación divina valía mucho el número de los predestinados, aunque fuese menor que el de los réprobos, y que entre aquéllos estaba su Madre Santísima, que era digno fruto de su redención, y que se lograría en los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, vírgenes y confesores, que serían muy señalados en su amor, y obrarían cosas admirables para ensalzar el santo nombre del Altísimo; y entre ellos le nombró el ángel algunos, después de los apóstoles, como fueron los patriarcas fundadores de las religiones, con las condiciones de cada uno. Otros grandes y ocultos sacramentos manifestó o refirió el ángel, que ni es necesario declararlos, ni tengo orden para hacerlo, porque basta lo dicho para seguir el discurso de esta Historia.

1217. En los intervalos de esta oración que hizo nuestro Salvador, dicen los evangelistas (Mt 26,41; Mc 14,38; Lc 22,42) que volvió a visitar a los apóstoles y a exhortarlos que velasen y orasen y no entrasen en tentación. Esto hizo el vigilantísimo pastor, para dar forma a los prelados de su Iglesia del cuidado y gobierno que han de tener de sus ovejas, porque si para cuidar de ellas dejó Cristo Señor nuestro la oración, que tanto importaba, dicho está lo que deben hacer los prelados, posponiendo otros negocios e intereses a la salud de sus súbditos. Y para entender la necesidad que tenían los apóstoles, advierto que el dragón infernal, después que arrojado del cenáculo, como se dijo arriba (Cf. *supra* n.1189), estuvo algún tiempo oprimido en las cavernas del profundo, dio el Señor permiso para que saliese por lo que había de servir su malicia a la ejecución de los decretos del Señor. Y de golpe fueron muchos a embestir a Judas para impedir la venta, en la forma que se ha declarado (Cf. *supra* n.1205). Y como no le pudieron disuadir, se convirtieron contra los demás apóstoles, sospechando que en el cenáculo habían recibido algún favor grande de su Maestro, y lo deseaba rastrear Lucifer, para conocerlo y destruirlo si pudiera. Esta crueldad y furor del príncipe de las tinieblas y de sus ministros vio nuestro Salvador, y como Padre amantísimo y Prelado vigilante acudió a prevenir los hijos pequeñuelos y súbditos principiantes, que eran sus apóstoles, y los despertó y mandó que orasen y velasen contra sus enemigos, para que no entrasen en la tentación que ocultamente los amenazaba y ellos no prevenían ni advertían.

1218. Volvió, pues, a donde estaban los tres apóstoles, que por más favorecidos tenían más razones que los obligasen a estar en vela y a imitar a su divino Maestro, pero los halló durmiendo, a que se dejaron vencer del tedio y tristeza que padecían y con ella vinieron a caer en aquella negligencia y tibieza de espíritu, en que los venció el sueño y pereza. Y antes de hablarles ni despertarles estuvo Su Majestad mirándolos y lloró un poco sobre ellos, viéndolos por su negligencia y tibieza sepultados y oprimidos de aquella sombra de la muerte, en ocasión que Lucifer se desvelaba tanto contra ellos. Habló con Pedro y le dijo: “*Simón, ¿así duermes y no pudiste velar una hora conmigo?*” Y luego replicó a él y a los demás y les dijo: “*Velad y orad, para que no entréis en tentación;* (Mc 14,37-38) que mis enemigos y los vuestros no se duermen como vosotros.” La razón porque reprendió a San Pedro no sólo fue porque él era cabeza y elegido para prelado de todos y porque entre ellos se había señalado en las protestas y esfuerzos de que moriría por el Señor y no le negaría, cuando todos los demás escandalizados le dejasen y negasen, sino que también le reprendió, porque con aquellos propósitos y ofrecimientos, que entonces hizo de corazón, mereció ser reprendido y advertido entre todos; porque sin duda el Señor a los que ama corrige y los buenos propósitos siempre le agradan, aunque después en la ejecución desfallezcamos, como le sucedió al más fervoroso de los apóstoles, San Pedro, la tercera vez que volvió Cristo nuestro Redentor a despertar a todos los apóstoles, cuando ya Judas venía cerca a entregarle a sus enemigos, como diré en el capítulo siguiente (Cf. *infra* n.1225,1231).

1219. Volvamos al cenáculo, donde estaba la Señora de los cielos retirada con las mujeres santas que le acompañaban y mirando con suma claridad en la divina luz todas las obras y misterios de su Hijo Santísimo en el huerto, sin ocultársele cosa alguna. Al mismo tiempo que se retiró el Señor con los tres apóstoles, Pedro, Juan y Diego, se retiró la divina Reina de la compañía de las mujeres a otro aposento y, dejando a las demás y exhortándolas a que orasen y velasen para no caer en tentación, llevó consigo a las tres Marías, señalando a María Magdalena como por superiora de las otras. Y estando con las tres, como más familiares suyas, suplicó al eterno Padre que se suspendiese en ella todo el alivio y consuelo que podía impedir, en la parte sensitiva y en el alma, el sumo padecer con su Hijo Santísimo y a su imitación, y que en su virginal cuerpo participase y sintiese los dolores de las llagas y tormentos que el mismo Jesús había de padecer. Esta petición aprobó la Beatísima Trinidad, y sintió la Madre los dolores de su Hijo Santísimo respectivamente, como adelante diré (Cf. *infra* n.1236). Y aunque fueron tales que con ellos pudiera morir muchas veces si la diestra del Altísimo con milagro no la preservara, pero por otra parte estos dolores dados por la mano del Señor fueron

como fiadores y alivio de su vida, porque en su ardiente amor tan sin medida fuera más violenta la pena de ver padecer y morir a su Hijo benditísimo y no padecer con él las mismas penas respectivamente.

1220. A las tres Marías señaló la Reina para que en la pasión la acompañasen y asistiesen, y para esto fueron ilustradas con mayor gracia y luz de los misterios de Cristo que las otras mujeres. Y en retirándose con las tres comenzó la purísima Madre a sentir nueva tristeza y congojas y hablando con ellas las dijo: “Mi alma está triste, porque ha de padecer y morir mi amado Hijo y Señor y no he de morir yo con él y sus tormentos. Orad, amigas mías, para que no os comprenda la tentación.” Y dichas estas razones, se alejó de ellas un poco y, acompañando la oración que hacía nuestro Salvador en el huerto, hizo la misma súplica, como a ella le tocaba y conforme a lo que conocía de la voluntad humana de su Hijo Santísimo, y volviendo por los mismos intervalos a exhortar a las tres mujeres, porque también conoció la indignación del dragón contra ellas, continuó la oración y petición y sintió otra agonía como la del Salvador. Lloró la reprobación de los réprobos, porque se le manifestaron grandes sacramentos de la eterna predestinación y reprobación. Y para imitar en todo al Redentor del mundo y cooperar con él, tuvo la gran Señora otro sudor de sangre semejante al de Cristo nuestro Señor, y por disposición de la Beatísima Trinidad le fue enviado el arcángel San Gabriel que la confortase, como San Miguel a nuestro Salvador Jesús. Y el santo príncipe la propuso y declaró la voluntad del Altísimo, con las mismas razones que San Miguel habló a su Hijo Santísimo, porque en entrambos era una misma la petición y la causa del dolor y tristeza que padecieron; y así fueron semejantes en el obrar y conocer, con la proporción que convenía. Entendí en esta ocasión, que la prudentísima Señora estaba prevenida de algunos paños para lo que en la pasión de su amantísimo Hijo le había de suceder y entonces envió algunos de sus ángeles con una toalla al huerto, donde el Señor estaba sudando sangre, para que le enjugasen y limpiasen su venerable rostro, y así lo hicieron los ministros del Altísimo, que por el amor de Madre y por su mayor merecimiento condescendió Su Majestad a este piadoso y tierno afecto. Cuando llegó la hora de prender a nuestro Salvador, se lo declaró la dolorosa Madre a las tres Marías y todas se lamentaban con amarguísimo llanto, señalándose la Magdalena como más inflamada en el amor y piedad fervorosa.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

1221. “Hija mía, todo lo que en este capítulo has entendido y escrito es un despertador y aviso para ti y para todos los mortales de suma importancia, si en él cargas la consideración. Atiende, pues, y confiere en tus pensamientos, cuánto pesa el negocio de la predestinación o reprobación eterna de las almas, pues le trató mi Hijo Santísimo con tanta ponderación, y la dificultad o imposibilidad de que todos los hombres fuesen salvos y bienaventurados le hizo tan amarga la pasión y muerte que para remedio de todos admitía y padecía. Y en este conflicto manifestó la importancia y gravedad de esta empresa y por esto multiplicó las peticiones y oraciones a su eterno Padre, obligándole el amor de los hombres a sudar copiosamente su sangre de inestimable precio, porque no se podía lograr en todos su muerte, supuesta la malicia con que los réprobos se hacen indignos de su participación. Justificada tiene su causa mi Hijo y mi Señor, con haber procurado la salvación de todos sin tasa ni medida de su amor y merecimientos, y justificada la tiene el eterno Padre con haber dado al mundo este remedio y haberle puesto en manos de cada uno, para que la extienda a la muerte o a la vida, al agua o al fuego (Eclo 17,18), conociendo la distancia que hay de lo uno y de lo otro.

1222. “Pero ¿qué descargo o qué disculpa pretenderán los hombres, de haber olvidado su propia y eterna salvación, cuando mi Hijo y yo con Su Majestad se la deseamos y procuramos con tanto desvelo y afecto de que la admitiesen? Y si ninguno de los mortales tiene excusa de su tardanza y estulticia, mucho menos la tendrán en el juicio los hijos de la Santa Iglesia, que han recibido la fe de estos admirables sacramentos, y se diferencian poco en la vida de los infieles y paganos. No entiendas, hija mía, que está escrito en vano: “*Muchos son los llamados y pocos los escogidos*” (Mt 20,16). Teme esta sentencia y renueva en tu corazón el cuidado y celo de tu salvación, conforme a la obligación que en ti ha crecido con la ciencia de tan altos misterios. Y cuando no interesaras en esto la vida eterna y tu felicidad, debías corresponder a la caricia con que yo te manifiesto tantos y divinos secretos y, dándote el nombre de hija mía y esposa de mi Señor, debes entender que tu oficio ha de ser amar y padecer, sin otra atención a cosa alguna visible, pues yo te llamo para mi imitación, que siempre ocupé mis potencias en estas dos cosas con suma perfección; y para que tú la alcances, quiero que tu oración sea continua sin intermisión y que veles una hora conmigo, que es todo el tiempo de la vida mortal; porque comparada con la eternidad menos es que una hora y un punto. Y con esta disposición quiero que prosigas los misterios de la pasión, que los escribas y sientas e imprimas en tu corazón.”

[Regresar al Principio](#)

La entrega y prendimiento de nuestro Salvador Jesús por la traición de Judas y lo que en esta ocasión hizo María Santísima y algunos misterios de este paso.

1223. Al mismo tiempo que nuestro Salvador Jesús estaba en el monte Olivete orando a su eterno Padre y solicitando la salud espiritual de todo el linaje humano, el pérfido discípulo Judas apresuraba su prisión y entrega a los pontífices y fariseos. Y como Lucifer y sus demonios no pudieron disuadir aquellas perversas voluntades de Judas y los demás del intento de quitar la vida a su Hacedor y Maestro, mudó el ingenio su antigua soberbia, añadiendo nueva malicia, y administró impías sugerencias a los judíos para que con mayor crueldad y torpísimas injurias atormentasen a Cristo. Estaba ya el dragón infernal muy lleno de sospechas, como hasta ahora he dicho (Cf. supra n.999,1129), que aquel hombre tan nuevo era el Mesías y Dios verdadero, y quería hacer nuevas pruebas y experiencias de esta sospecha por medio de las atrocísimas injurias que puso en la imaginación de los judíos y sus ministros contra el Señor, comunicándoles también su formidable envidia y soberbia, como lo dejó escrito Salomón en la Sabiduría (Sab 2,17 (A.)) y se cumplió a la letra en esta ocasión. Porque le pareció al demonio que si Cristo no era Dios, sino puro hombre, desfallecería en la persecución y tormentos y así le vencería, y si lo era, lo manifestaría librándose de ellos y obrando nuevas maravillas.

1224. Con esta impía temeridad se movió también la envidia de los pontífices y escribas y con la instancia de Judas juntaron con presteza mucha gente, para que llevándole por caudillo, él y los soldados gentiles, un tribuno y otros muchos judíos fuesen a prender al inocentísimo Cordero que estaba esperando el suceso y mirando los pensamientos y estudio de los sacrílegos pontífices, como lo había profetizado Jeremías (Jer 11,19 (A.)) expresamente. Salieron todos estos ministros de maldad de la ciudad hacia el monte Olivete, armados y prevenidos de sogas y de cadenas, con hachas encendidas y linternas, como el autor de la traición lo había prevenido, temiendo como alevoso y pérfido que su mansísimo Maestro, a quien juzgaba por hechicero y mago, no hiciese algún milagro con que escapársele. Como si contra su divina potencia valieran las armas y prevenciones de los hombres si quisiera usar de ella como pudiera y como lo había hecho en otras ocasiones, antes que llegara aquella hora determinada para entregarse de su voluntad a la pasión, afrentas y muerte de cruz.

1225. En el ínterin que llegaban, volvió Su Majestad tercera vez a sus discípulos y hallándolos dormidos les dijo: *Bien podéis dormir y descansar, que ya llegó la hora en que veréis al Hijo del Hombre entregado en manos de los pecadores. Pero basta; levantaos, y vamos, que ya está cerca el que me ha de entregar, porque me tiene ya vendido.*” (Mc 14,41-42) Estas razones dijo el Maestro de la santidad a los tres apóstoles más privilegiados, sin reprenderlos con más rigor, sino con suma paciencia, mansedumbre y suavidad. Y hallándose confusos, dice el texto que no sabían qué responder al Señor (Mc 14,40 (A.)). Se levantaron luego y volvió con los tres a juntarse con los otros ocho donde los había dejado y también los halló durmiendo, vencidos y oprimidos del sueño por la gran tristeza que padecían. Y ordenó el divino Maestro que todos juntos debajo de su cabeza, en forma de congregación y de un cuerpo místico, saliesen al encuentro de los enemigos; enseñándoles en esto la virtud de una comunidad perfecta para vencer al demonio y sus secuaces y no ser vencida de él, porque el cordel tresdoblado, como dice el Eclesiastés (Ecl 4,12 (A.)), difícil es de romper, y al que contra uno es poderoso dos le podrán resistir, que éste es el emolumento de vivir en compañía de otros. Amonestó de nuevo el Señor a todos los apóstoles juntos y los previno para el suceso, y luego se descubrió el estrépito de los soldados y ministros que venían a prenderle. Y Su Majestad adelantó el paso para salirles al encuentro y en su interior, con incomparable afecto, valor majestuoso y deidad suprema, habló y dijo: “Pasión deseada de mi alma, dolores, llagas, afrentas, penalidades, aflicciones y muerte ignominiosa, llegad, llegad presto, que el incendio del amor que tengo a la salud de los mortales os aguarda; llegad al inocente entre las criaturas, que conoce vuestro valor y os ha buscado, deseado y solicitado y os recibe de su propia voluntad con alegría; os he comprado con mis ansias de poseeros y os aprecio por lo que merecéis. Quiero remediar y acreditar vuestro desprecio, levantándoos al lugar y dignidad muy eminente. Venga la muerte, para que admitiéndola sin merecerla, alcance de ella el triunfo y merecer la vida de los que la recibieron por castigo del pecado. Permito que me desamparen mis amigos, porque yo solo quiero y puedo entrar en la batalla, para ganarles a todos el triunfo y la victoria.”

1226. Entre estas y otras razones que decía el Autor de la vida, se adelantó Judas para dar a sus ministros la seña con que los dejaba prevenidos, que su Maestro era aquel a quien él se llegase a saludarle, dándole el ósculo fingido de paz que acostumbraba, que le prendiesen luego y no a otro por yerro. Hizo todas estas prevenciones el infeliz discípulo, no sólo por la avaricia del dinero y por el odio que contra su divino Maestro había concebido, sino también por el temor

que tuvo. Porque le pareció al desdichado, que si Cristo nuestro bien no muriera en aquella ocasión, era inexcusable volver a su presencia y ponerse en ella; y temiendo esta confusión más que la muerte del alma y que la de su divino Maestro, deseaba, para no verse en aquella vergüenza, apresurar el fin de su traición y que el Autor de la vida muriese a manos de sus enemigos. Llegó, pues, el traidor al mansísimo Señor y como insigne artífice de la hipocresía, disimulándose enemigo, le dio paz en el rostro y le dijo: “Dios te salve, Maestro;” (Mc 14,45) y en esta acción tan alevosa se acabó de sustanciar el proceso de la perdición de Judas y se justificó últimamente la causa de parte de Dios, para que desde entonces más le desamparase la gracia y sus auxilios. De parte del pérfido discípulo llegó la desmesura y temeridad contra Dios a lo sumo de la malicia, porque, negando interiormente o descreyendo la sabiduría increada y creada que Cristo nuestro Señor tenía para conocer su traición y el poder para aniquilarle, pretendió ocultar su maldad con fingida amistad de discípulo verdadero, y esto para entregar a tan afrentosa muerte y crueldades a su Criador y Maestro, de quien se hallaba tan obligado y beneficiado. (LIBRO VI. CAP. 13) Y en una traición encerró tantos pecados y tan formidables, que no hay ponderación igual a su malicia, porque fue infiel, homicida, sacrílego, ingrato, inhumano, inobediente, falso, mentiroso, codicioso, impío y maestro de todos los hipócritas, y todo lo ejecutó con la persona del mismo Dios humanado.

1227. De parte del Señor se justificó también su inefable misericordia y equidad de su justicia, con que cumplió con eminencia aquellas palabras de David (Sal 119,7 (A.)): “*Con los que aborrecieron la paz, era yo pacífico; y cuando les hablaba, me impugnaban de balde y sin causa.*” Y esto lo cumplió Su Majestad tan altamente, que al contacto de Judas y con aquella dulcísima respuesta que le dijo: “*Amigo, ¿a qué veniste?*” (Mt 26,50), por intercesión de su Madre Santísima envió al corazón del traidor discípulo nueva y clarísima luz, con que conoció la maldad atrozísima de su traición y las penas que por ella le esperaban, si no se retractaba con verdadera penitencia y que, si la quería hacer, hallaría misericordia y perdón en la divina clemencia. Y lo que en estas palabras de Cristo nuestro bien, entendió Judas fue como si le pusiera éstas en el corazón: “*Amigo, advierte que te pierdes y malogras mi liberal mansedumbre con esta traición. Si quieres mi amistad, no te la negaré por esto, como te duelas de tu pecado. Pondera tu temeridad, entregándome con fingida paz y ósculo de reverencia y amistad. Acuérdate de los beneficios que de mi amor has recibido y que soy Hijo de la Virgen, de quien también has sido muy regalado y favorecido en mi apostolado con amonestaciones y consejos de amorosa madre. Por ella sola debías no cometer tal traición como venderle y entregar a su Hijo, pues nunca te desobligó, ni lo merece su dulcísima caridad y mansedumbre, ni que le hagas tan desmedida ofensa. Pero aunque la has cometido no desprecies su intercesión, que sola ella será poderosa conmigo, y por ella te ofrezco el perdón y la vida que para ti muchas veces me ha pedido. Asegúrate que te amamos, porque estás aún en lugar de esperanza y no te negaremos nuestra amistad si tú la quieres. Y si no, merecerás nuestro aborrecimiento y tu eterna pena y castigo.*” No prendió esta semilla tan divina en el corazón de este desdichado e infeliz discípulo, más duro que un diamante y más inhumano que de fiera, y resistiendo a la divina clemencia llegó a la desesperación que diré en el capítulo siguiente.

1228. Dada la señal del beso por Judas, llegaron a carearse el Autor de la vida y sus discípulos con la tropa de los soldados que venían a prenderle, y se presentaron cara a cara, como dos escuadrones los más opuestos y encontrados que jamás hubo en el mundo. Porque de la una parte estaba Cristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, como capitán y cabeza de todos los justos, acompañado de once apóstoles, que eran y habían de ser los mejores hombres y más esforzados de su Iglesia, y con ellos le asistían innumerables ejércitos de espíritus angélicos que admirados del espectáculo le bendecían y adoraban. De la otra parte venía Judas como autor de la traición, armado de la hipocresía y de toda maldad, con muchos ministros judíos y gentiles, para ejecutarla con mucha crueldad. Y entre este escuadrón venía Lucifer con gran número de demonios, incitando y adiestrando a Judas y a sus aliados, para que intrépidos echasen sus manos sacrílegas en su Criador. Habló con los soldados Su Majestad y con increíble afecto al padecer y grande esfuerzo y autoridad les dijo: “*¿A quién buscáis? - Respondieron ellos: A Jesús Nazareno. Replicó el Señor, y dijo: Yo soy.*” (Jn 18,4-5). En esta palabra de incomparable precio y felicidad para el linaje humano se declaró Cristo por nuestro Salvador y Reparador, dándonos prendas ciertas de nuestro remedio y esperanzas de salud eterna, que sólo estaba librada en que fuese Su Majestad quien se ofrecía de voluntad a redimirnos con su pasión y muerte.

1229. No pudieron entender este misterio los enemigos, ni percibir el sentido legítimo de aquella palabra: “Yo soy”; pero le entendió su beatísima Madre, los ángeles y también entendieron mucho los apóstoles. Y fue como decir: “Yo soy el que soy, y lo dije a mi profeta Moisés (Ex 3,14), porque soy por mí mismo y todas las criaturas tienen por mí su ser y existencia; soy eterno, inmenso, infinito, una sustancia y atributos, y me hice hombre ocultando mi gloria, para que, por medio de la pasión y muerte que me queréis dar, redimiese al mundo.” Y como el Señor dijo aquella palabra en

virtud de su divinidad, no la pudieron resistir los enemigos, y al entrar en sus oídos cayeron todos en tierra de cerebro y hacia atrás. Y no sólo fueron derribados los soldados, pero los perros que llevaban y algunos caballos en que iban, todos cayeron en tierra, quedando inmóviles como piedras. Y Lucifer con sus demonios también fueron derribados y aterrados entre los demás, padeciendo nueva confusión y tormento. Y de esta manera estuvieron casi medio cuarto de hora, sin movimiento de vida más que si fueran muertos. ¡Oh palabra misteriosa en la doctrina y más que invencible en el poder! No se gloríe en tu presencia el sabio en su sabiduría y astucia, no el poderoso en su valentía (Jer 9,23), humíllese la vanidad y arrogancia de los hijos de Babilonia, pues una sola palabra de la boca del Señor, dicha con tanta mansedumbre y humildad, confunde, aniquila y destruye todo el poder y arrogancia de los hombres y del infierno. Entendamos también los hijos de la Iglesia que las victorias de Cristo se alcanzan confesando la verdad, dando lugar a la ira, profesando su mansedumbre y humildad de corazón, venciendo, siendo vencidos, con sinceridad de palomas, con pacificación y rendimiento de ovejas, sin resistencia de lobos iracundos y carniceros.

1230. Estuvo nuestro Salvador con los once apóstoles mirando el efecto de su divina palabra en la ruina de aquellos ministros de maldad. Y Su Majestad divina, con semblante doloroso contempló en ellos el retrato del castigo de los réprobos y oyó la intercesión de su Madre Santísima para dejarlos levantar, que por este medio lo tenía dispuesto su divina voluntad. Y cuando fue tiempo de que volviesen en sí, oró al eterno Padre y dijo: “Padre mío y Dios eterno, en mis manos pusiste todas las cosas y en mi voluntad la Redención humana que tu justicia pide. Yo quiero con plenitud de toda mi voluntad satisfacerla y entregarme a la muerte, para merecerles a mis hermanos la participación de tus tesoros y eterna felicidad que les tienes preparada.” Con esta voluntad eficaz dio permiso el Muy Alto para que toda aquella canalla de hombres, demonios y los demás animales, se levantasen restituidos al primer estado que tenían antes que cayeran en tierra. Y nuestro Salvador les dijo segunda vez: “¿A quién buscáis?” Respondieron ellos otra vez: “A Jesús Nazareno.” Replicó Su Majestad mansísimamente: “Ya os he dicho que yo soy; y si me buscáis a mí, dejad ir libres a éstos que están conmigo.” (Jn 18,7-8) Y con estas palabras dio licencia a los ministros y soldados para que le prendiesen y ejecutasen su determinación, que sin entenderlo ellos era cargar en su persona divina todos nuestros dolores y enfermedades (Is 53,4).

1231. El primero que se adelantó descomedidamente a echar mano del Autor de la vida para prenderlo, fue un criado de los pontífices llamado Maleo. Y aunque todos los apóstoles estaban turbados y afligidos del temor, con todo eso San Pedro se encendió más que los otros en el celo de la honra y defensa de su divino Maestro. Y sacando una espada corta que tenía le tiró un golpe a Maleo y le cercenó una oreja derribándosela del todo. Y el golpe fue encaminado a mayor herida, si la providencia divina del Maestro de la paciencia y mansedumbre no le divirtiera. Pero no permitió Su Majestad que en aquella ocasión interviniese muerte de otro alguno más que la suya y sus llagas, sangre y dolores, cuando a todos, si la admitieran, venía a dar la vida eterna y rescatar el linaje humano. Ni tampoco era según su voluntad y doctrina que su persona fuese defendida con armas ofensivas, ni quedase este ejemplar en su Iglesia, como de principal intento para defenderla. Y para confirmar esta doctrina, como la había enseñado, tomó la oreja cortada y se la restituyó al siervo Maleo, dejándosela en su lugar con perfecta sanidad mejor que antes. Y primero se volvió a reprender a San Pedro y le dijo: “Vuelve la espada a su lugar, porque todos los que la tomaron para matar, con ella perecerán. ¿No quieres que beba yo el cáliz que me dio mi Padre? ¿Y piensas tú que no le puedo yo pedir muchas legiones de ángeles en mi defensa, y me los daría luego? Pero ¿cómo se cumplirán las Escrituras y profecías?” (Jn 18,11; Mt 26,52-54)

1232. Con esta amorosa corrección quedó advertido e ilustrado San Pedro, como cabeza de la Iglesia, que sus armas para establecerla y defenderla habían de ser de potestad espiritual y que la ley del Evangelio no enseñaba a pelear ni vencer con espadas materiales, sino con la humildad, paciencia, mansedumbre y caridad perfecta, venciendo al demonio, al mundo y a la carne; que mediante estas victorias triunfa la virtud divina de sus enemigos y de la potencia y astucia de este mundo; y que el ofender y defenderse con armas no es para los seguidores de Cristo nuestro Señor, sino para los príncipes de la tierra, por las posesiones terrenas, y el cuchillo de la Santa Iglesia ha de ser espiritual, que toque a las almas antes que a los cuerpos. Luego se volvió Cristo nuestro Señor a sus enemigos y ministros de los judíos y les habló con grandeza de majestad y les dijo: “Como si fuera ladrón venís con armas y con lanzas a prenderme, y nunca lo habéis hecho cuando estaba cada día con vosotros, enseñando y predicando en el templo; pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas” (Mt 26,55; Mc 14,48; Lc 22,53). Todas las palabras de nuestro Salvador eran profundísimas en los misterios que encerraban, y no es posible comprenderlos todos ni declararlos, en especial las que habló en la ocasión de su pasión y muerte.

1233. Bien pudieran aquellos ministros del pecado ablandarse y confundirse con esta reprensión del divino Maestro, pero no lo hicieron, porque eran tierra maldita y estéril, desamparada del rocío de las virtudes y piedad verdadera. Pero con todo eso, quiso el autor de la vida reprenderles y enseñarles la verdad hasta aquel punto, para que su maldad fuese menos excusable y porque en la presencia de la suma santidad y justicia no quedasen sin reprensión y doctrina aquel pecado y pecados que cometían y que no volviesen sin medicina para ellos, si la querían admitir, y para que junto con esto se conociera que él sabía todo lo que había de suceder y se entregaba de su voluntad a la muerte y en manos de los que se la procuraban. Para todo esto y otros fines altísimos dijo Su Majestad aquellas palabras, hablándoles al corazón, como quien le penetraba y conocía su malicia y el odio que contra él habían concebido y la causa de su envidia, que era haberles reprendido los vicios a los sacerdotes y fariseos y haber enseñado al pueblo la verdad y el camino de la vida eterna, y porque con su doctrina, ejemplo y milagros se llevaba la voluntad de todos los humildes y piadosos y reducía a muchos pecadores a su amistad y gracia; y quien tenía potencia para obrar estas cosas en lo público, claro estaba que la tuviera para que sin voluntad no le pudieran prender en el campo, pues no le habían preso en el templo ni en la ciudad donde predicaba, porque él mismo no quería ser preso entonces, hasta que llegase la hora determinada por su voluntad para dar este permiso a los hombres y a los demonios. Y porque entonces se le había dado para ser abatido, afligido, maltratado y preso, por eso les dijo: “Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.” Como si les dijera: “Hasta ahora ha sido necesario que estuviera con vosotros como maestro para vuestra enseñanza y por eso no he consentido que me quitéis la vida. Pero ya quiero consumir con mi muerte la obra de la Redención humana que me ha encomendado mi Padre eterno, y así os permito que me llevéis preso y ejecutéis en mí vuestra voluntad.” Con esto le prendieron, embistiendo como tigres inhumanos al mansísimo Cordero y le ataron y aprisionaron con sogas y cadenas, y así le llevaron a casa del pontífice, como adelante diré (Cf. infra n.1257).

1234. A todo lo que sucedía en la prisión de Cristo nuestro bien estaba atentísima su purísima Madre con la visión clara que se le manifestaba, más que si estuviera presente con el cuerpo, que con la inteligencia penetraba todos los sacramentos que encerraban las palabras y obras que su Hijo Santísimo ejecutaba. Y cuando vio que partía de casa del pontífice aquel escuadrón de soldados y ministros, previno la prudentísima Señora las irreverencias y desacatos con que tratarían a su Criador y Redentor, y para recompensarlas en la forma que su piedad alcanzó, convidó a sus santos ángeles y a otros muchos para que todos juntos con ella diesen culto de adoración y alabanza al Señor de las criaturas, en vez de las injurias y denuestos con que había de ser tratado de aquellos malos ministros de tinieblas. El mismo aviso dio a las mujeres santas que con ella estaban orando, y las manifestó cómo en aquella hora su Hijo Santísimo había dado permiso a sus enemigos para que le prendiesen y maltratasen, y que se iba ejecutando con lamentable impiedad y crueldad de los pecadores. Y con la asistencia de los santos ángeles y mujeres piadosas hizo la religiosa Reina admirables actos de fe, amor y religión interior y exteriormente, confesando, adorando, alabando y magnificando la divinidad infinita y la humanidad santísima de su Hijo y su Criador. Las mujeres santas la imitaban en las genuflexiones y postraciones que hacía, y los príncipes la respondían a los cánticos con que magnificaba y confesaba el ser divino y humano de su amantísimo Hijo. Y al paso que los hijos de la maldad le iban ofendiendo con injurias e irreverencias, lo iba ella recompensando con loores y veneración. Y de camino aplacaba a la divina justicia para que no se indignase contra los perseguidores de Cristo y los destruyese, porque sólo María Santísima pudo detener el castigo de aquellas ofensas.

1235. Y no sólo pudo aplacar la gran Señora el enojo del justo Juez, pero pudo alcanzar favores y beneficios para los mismos que le irritaban y que la divina clemencia les diese bien por mal, cuando ellos daban a Cristo nuestro Señor mal por bien en retribución de su doctrina y beneficios. Esta misericordia llegó a lo sumo en el desleal y obstinado Judas; porque viendo la piadosa Madre que le entregaba con el beso de fingida amistad y que en aquella inmutadísima boca había estado poco antes el mismo Señor sacramentado y entonces se le daba consentimiento para que con ella llegase a tocar inmediatamente el venerable rostro de su Hijo Santísimo, traspasada de dolor y vencida de la caridad, le pidió al mismo Señor diese nuevos auxilios a Judas, para que, si él los admitiese, no se perdiese quien había llegado a tal felicidad como tocar en aquel modo la cara en que desean mirarse los mismos ángeles. Y por esta petición de María Santísima envió su Hijo y Señor aquellos grandes auxilios que recibió el traidor Judas, como queda dicho (Cf. supra n.1227), en lo último de su traición y entrega. Y si el desdichado los admitiera y comenzara a responder a ellos, esta Madre de misericordia muchos más le alcanzara y finalmente el perdón de su maldad, como lo hace con otros grandes pecadores que a ella le quieren dar esta gloria y para sí granjean la eterna. Pero Judas no alcanzó esta ciencia y lo perdió todo, como diré en el capítulo siguiente.

1236. Cuando vio también la gran Señora que en virtud de la divina palabra cayeron en tierra todos los ministros y

soldados que le venían a prender, hizo con los ángeles otro cántico misterioso, engrandeciendo el poder infinito y la virtud de la humanidad santísima, y renovando en él la victoria que tuvo el nombre del Altísimo, anegando en el mar Rubro a Faraón y sus tropas y alabando a su Hijo y Dios verdadero, porque siendo Señor de los ejércitos y victorias, se quería entregar a la pasión y muerte, para rescatar por más admirable modo al linaje humano de la cautividad de Lucifer. Y luego pidió al Señor que dejase levantar y volver en sí mismos a todos aquellos que estaban derribados y aterrados. Y se movió a esta petición, por su liberalísima piedad y fervorosa compasión que tuvo de aquellos hombres criados por la mano del Señor a imagen y semejanza suya; lo otro, por cumplir con eminencia la ley de la caridad en perdonar a los enemigos y hacer bien a los que nos persiguen, que era la doctrina enseñada (Mt 5,44) y practicada por su mismo Hijo y Maestro; y finalmente, porque sabía que se habían de cumplir las profecías y Escrituras en el misterio de la Redención humana. Y aunque todo esto era infalible, no por eso implica que lo pidiese María Santísima y que por sus ruegos se moviese el Altísimo para estos beneficios, porque en la sabiduría infinita y decretos de su voluntad eterna todo estaba previsto y ordenado por estos medios o peticiones, y este modo era el más conveniente a la razón y providencia del Señor, en cuya declaración no es necesario detenerme ahora. Al punto que prendieron y ataron a nuestro Salvador, sintió la purísima Madre en sus manos los dolores de las sogas y cadenas, como si con ellas fuera atada y constreñida, y lo mismo sucedió de los golpes y tormentos que iba recibiendo el Señor, porque se le concedió a su Madre este favor, como arriba queda dicho (Cf. supra n.1219), y veremos en el discurso de la pasión (Cf. infra n.1264, 1274, 1287,1341). Y esta pena en lo sensitivo fue algún alivio en la del alma, que le diera el amor si no padeciera con su Hijo Santísimo por aquel modo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

1237. “Hija mía, en todo lo que vas escribiendo y entendiendo por mi doctrina, vas fulminando el proceso contra ti y todos los mortales, si tú no salieres de su parvulez y vencieres su ingratitud y grosería, meditando de día y de noche en la pasión, dolores y muerte de Jesús crucificado. Esta es la ciencia de los santos que ignoran los mundanos, es el pan de la vida y entendimiento que sacia a los pequeños y les da sabiduría, dejando vacíos y hambrientos a los soberbios amadores del siglo. Y en esta ciencia te quiero estudiosa y sabia, que con ella te vendrán todos los bienes (Sab 7,11). Y mi Hijo y mi Señor enseñó el orden de esta sabiduría oculta, cuando dijo: “*Yo soy camino, verdad y vida; ninguno viene a mi Padre, si no es por mí.*” (Jn 14,6 (A.)) Pues, dime, carísima, si mi Señor y Maestro se hizo camino y vida de los hombres por medio de la pasión y muerte que padeció por ellos, ¿no es forzoso que para andar este camino y profesar esta verdad han de pasar por Cristo crucificado, afligido, azotado y afrentado? Atiende, pues, ahora la ignorancia de los mortales que quieren llegar al Padre sin pasar por Cristo, porque sin haber padecido ni haberse compadecido con él, quieren reinar con Su Majestad; sin haberse acordado de su pasión y muerte, ni para gustarla en algo ni agradecerla de veras, quieren que les valga para que en la vida presente y en la eterna gocen ellos de deleites y de gloria, habiendo padecido su Criador acerbísimos dolores y pasión para entrar en ella y dejarles este ejemplo y abrirles el camino de la luz.

1238. “No es compatible el descanso con la confusión de no haber trabajado quien le debía adquirir por este camino. No es verdadero hijo el que no imita a su padre, ni fiel siervo el que no acompaña a su señor, ni discípulo el que no sigue a su maestro, ni yo reputo por mi devoto al que no se compadece con mi Hijo y conmigo de lo que padecemos. Pero el amor con que procuramos la salud eterna de los hombres nos obliga, viéndolos tan olvidados de esta verdad y tan adversos a padecer, a enviarles trabajos y penalidades, para que si no los aman de voluntad a lo menos los admitan y sufran forzosamente y por este modo entren en el camino cierto del descanso eterno que desean. Y con todo esto no basta, porque la inclinación y amor ciego a las cosas visibles y terrenas los detiene y embaraza y los hace tardos y pesados de corazón y les roba toda la memoria, atención y afectos para no levantarse sobre sí mismos y sobre lo transitorio. Y de aquí nace que en las tribulaciones no hallan alegría, ni en los trabajos alivio, ni en las penas consuelo, ni en las adversidades gozo ni quietud alguna; porque todo esto aborrecen y nada desean que sea penoso para ellos, como lo deseaban los santos y por eso se gloriaban en las tribulaciones, como quien llegaba a la posesión de sus deseos. Y en muchos fieles pasa esta ignorancia más adelante, porque algunos piden ser abrasados en amor de Dios, otros que se les perdonen muchas culpas, otros que se les concedan grandes beneficios, y nada se les puede dar porque no lo piden en nombre de Cristo mi Señor, imitándole y acompañándole en su pasión.

1239. “Abraza, pues, hija mía, la cruz, y sin ella no admitas consolación alguna en tu vida mortal. Por la pasión sentida y meditada subirás a lo alto de la perfección y granjearás el amor de esposa. Imítame en esto según tienes la luz y la obligación en que te pongo. Bendice y magnifica a mi Hijo Santísimo por el amor con que se entregó a la pasión por la

salud humana. Poco reparan los mortales en este misterio, pero yo como testigo de vista te advierto que en la estimación de mi Hijo Santísimo, después de subir a la diestra del eterno Padre, ninguna cosa fue más estimable ni deseada de todo su corazón que ofrecerse a padecer y morir y entregarse para esto a sus enemigos. Y también quiero que te lamente con íntimo dolor que Judas tenga en sus maldades y alevosías más seguidores que Cristo. Muchos son los infieles, muchos los malos católicos, muchos los hipócritas que con nombre de cristianos le venden y entregan y de nuevo le quieren crucificar. Lloro por todos estos males que entiendes y conoces, para que también en esto me imites y sigas.”

CAPITULO 14

[Regresar al Principio](#)

La fuga y división de los apóstoles con la prisión de su Maestro, la noticia que tuvo su Madre Santísima y lo que hizo en esta ocasión, la condenación de Judas y turbación de los demonios con lo que iban conociendo.

1240. Ejecutada la prisión de nuestro Salvador Jesús como queda dicho, se cumplió el aviso que a los apóstoles había dado en la cena, que aquella noche padecerían todos grande escándalo sobre su persona (Mt 26,31) y que Satanás los acometería para zarandarlos como al trigo (Lc 22,31). Porque cuando vieron prender y atar a su divino Maestro y que ni su mansedumbre y palabras tan dulces y poderosas, ni sus milagros y doctrina sobre tan inculpable conversación de vida no habían podido aplacar la ira de los ministros, ni templar la envidia de los pontífices y fariseos, quedaron muy turbados los afligidos apóstoles. Y con el natural temor se acobardaron, perdiendo el ánimo y el consejo de su Maestro, y comenzando a vacilar en la fe cada uno de ellos imaginaba cómo se pondría en salvo del peligro que los amenazaba, viendo lo que con su Maestro y Capitán iba sucediendo. Y como todo aquel escuadrón de soldados y ministros acometió a prender y encadenar al mansísimo Cordero Jesús, con quien todos estaban irritados y ocupados, entonces los apóstoles, aprovechando la ocasión, huyeron sin ser vistos ni atendidos de los judíos; que cuanto era de su parte, si lo permitiera el Autor de la vida, sin duda prendieran a todo el apostolado y más viéndolos huir como cobardes o reos, pero no convenía que entonces fueran presos y padecieran. Y esta voluntad manifestó nuestro Salvador cuando dijo que si buscaban a Su Majestad dejasen ir libres a los que le acompañaban (Jn 18,8), y así lo dispuso con la fuerza de su divina providencia. Pero el odio de los pontífices y fariseos también se extendía contra los apóstoles, para acabar con todos ellos si pudieran, y por eso le preguntó el pontífice Anás al divino Maestro por sus discípulos y doctrina (Jn 18,19 (A.)).

1241. Anduvo también Lucifer en esta fuga de los apóstoles, ya alucinado y perplejo, ya redoblando la malicia con varios fines. Por una parte deseaba extinguir la doctrina del Salvador del mundo y a todos sus discípulos, para que no quedara memoria de ellos, y para esto era conforme a su deseo que fuesen presos y muertos por los judíos. Y este acuerdo no le pareció fácil de conseguir al demonio y reconociendo la dificultad procuró incitar a los apóstoles y turbarlos con sugerencias, para que huyesen y no viesen la paciencia de su Maestro en la pasión, ni fuesen testigos de lo que en ella sucediese. Temió el astuto dragón que con la nueva doctrina y ejemplo quedarían los apóstoles más confirmados y constantes en la fe y resistirían a las tentaciones que contra ella les arrojaba, y le pareció que si entonces comenzasen a titubear los derribaría después con nuevas persecuciones que les levantaría por medio de los judíos, que siempre estarían prontos para ofenderles por la enemiga de su Maestro. Con este mal consejo se engañó a sí mismo el demonio, y cuando conoció que los apóstoles estaban tímidos, cobardes y muy caídos de corazón con la tristeza, juzgó este enemigo que aquella era la peor disposición de la criatura y para sí la mejor ocasión de tentarlos y les acometió con rabioso furor proponiéndoles grandes dudas y celos contra el Maestro de la vida y que le desamparasen y huyesen. Y en cuanto a la fuga no resistieron como en muchas de las sugerencias falsas contra la fe, aunque también desfallecieron en ella unos más y otros menos, porque en esto no fueron todos igualmente turbados ni escandalizados.

1242. Se dividieron unos de otros huyendo a diferentes partes, porque todos juntos era dificultoso ocultarse, que era lo que entonces pretendían. Solos Pedro y Juan se juntaron para seguir de lejos a su Dios y Maestro hasta ver el fin de su pasión. Pero en el interior de cada uno de los once apóstoles pasaba una contienda de sumo dolor y tribulación, que les prensaba el corazón sin dejarles consuelo ni descanso alguno. Peleaban de una parte la razón, la gracia, la fe, el amor y la verdad; de otra las tentaciones, sospechas, temor y natural cobardía y tristeza. La razón y la luz de la verdad les reprendían su inconstancia y deslealtad en haber desamparado a su Maestro, huyendo como cobardes del peligro, después de están avisados y haberse ofrecido ellos tan poco antes a morir con él si fuera necesario. Se acordaban de su negligente inobediencia y descuido en orar y prevenirse contra las tentaciones, como su mansísimo Maestro se lo había

mandado. El amor que le tenían por su amable conversación y dulce trato, por su doctrina y maravillas, y el acordarse que era Dios verdadero, les animaba y movía para que volviesen a buscarle y se ofreciesen al peligro y a la muerte como fieles siervos y discípulos. A esto se juntaba acordarse de su Madre Santísima y considerar su dolor incomparable y la necesidad que tendría de consuelo, y deseaban ir a buscarle y asistirle en su trabajo. Por otra parte pugnaban en ellos la cobardía y el temor para entregarse a la crueldad de los judíos y a la muerte, a la confusión y persecución. Para ponerse en presencia de la dolorosa Madre, les afligía y turbaba que los obligaría a volver donde estaba su Maestro, y si con ella estarían menos seguros porque los podían buscar en su casa. Sobre todo esto eran las sugerencias de los demonios impías y terribles. Porque les arrojaba el dragón en el pensamiento terribles imaginaciones de que no fuesen homicidas de sí mismos entregándose a la muerte, y que su Maestro no se podía librar a sí y menos podría sacarlos a ellos de las manos de los pontífices, y que en aquella ocasión le quitarían la vida y con eso se acabaría toda la dependencia que de él tenían, pues no le verían más, y que no obstante que su vida parecía inculpable, con todo eso enseñaba algunas doctrinas muy duras y algo ásperas hasta entonces nunca vistas y que por ellas le aborrecían los sabios de la ley y los pontífices y todo el pueblo estaba indignado contra él, y que era fuerte cosa seguir a un hombre que había de ser condenado a muerte infame y afrentosa.

1243. Esta contienda y lucha interior pasaba en el corazón de los fugitivos apóstoles, y entre unas y otras razones pretendía Satanás que dudasen de la doctrina de Cristo y de las profecías que hablaban de sus misterios y pasión. Y como en el dolor de este conflicto no hallaban esperanza de que su Maestro saliese con vida del poder de los pontífices, llegó el temor a pasar en una tristeza y melancolía profunda, con que eligieron el huir del peligro y salvar sus vidas. Y esto era con tal pusilanimidad y cobardía, que en ningún lugar se juzgaban aquella noche por seguros y cualquiera sombra o ruido los sobresaltaba. Y les añadió mayor temor la deslealtad de Judas, porque temían irritaría también contra ellos la ira de los pontífices, por no volver a verse con ninguno de los once, después de perpetrada su alevosía y traición. San Pedro y San Juan, como más fervientes en el amor de Cristo, resistieron al temor y al demonio más que los otros y quedándose los dos juntos determinaron seguir a su Maestro con algún retiro. Y para tomar esta resolución les ayudó mucho el conocimiento que tenía San Juan con el pontífice Anás, entre el cual y Caifás andaba el pontificado, alternando los dos; y aquel año lo era Caifás, que había dado el consejo profético en el concilio, de que importaba muriese un hombre para que todo el mundo no pereciese (Jn 11,49). Este conocimiento de San Juan se fundaba en que el apóstol era tenido por hombre principal, y en su linaje noble, en su persona afable y cortés, y de condiciones muy amables. Con esta confianza fueron los dos apóstoles siguiendo a Cristo nuestro Señor con menos temor. A la gran Reina del cielo tenían en su corazón los dos apóstoles, lastimados de su amargura y deseosos de su presencia para aliviarla y consolarla cuanto fuera posible, y particularmente se señaló en este afecto devoto el evangelista San Juan.

1244. La divina Princesa desde el cenáculo en esta ocasión estaba mirando por inteligencia clarísima no sólo a su Hijo santísimo en su prisión y tormentos, sino junto con esto conocía y sabía todo cuanto pasaba por los apóstoles interior y exteriormente. Porque miraba su tribulación y tentaciones, sus pensamientos y determinaciones, y dónde estaba cada uno de ellos y lo que hacía. Pero aunque todo le fue patente a la candidísima paloma, no sólo no se indignó con los apóstoles, ni jamás les dio en rostro con la deslealtad que habían cometido, antes bien ella fue el principio y el instrumento de su remedio, como adelante diré (Cf. infra n.1457,1458). Y desde entonces comenzó a pedir por ellos, y con dulcísima caridad y compasión de madre dijo en su interior: “Ovejas sencillas y escogidas, ¿por qué dejáis a vuestro amantísimo Pastor que cuidaba de vosotros y os daba pasto y alimento de vida eterna? ¿Por qué, siendo discípulos de tan verdadera doctrina, desamparáis a vuestro Bienhechor y Maestro? ¿Cómo olvidáis aquel trato tan dulce y amoroso que atraía a sí vuestros corazones? ¿Por qué escucháis al maestro de la mentira, al lobo carnicero que pretende vuestra ruina? ¡Oh amor mío dulcísimo y pacientísimo, qué manso, qué benigno y misericordioso os hace el amor de los hombres! Alargad vuestra piedad a esta pequeña rey a quien el furor de la serpiente ha turbado y derramado. No entreguéis a las bestias las almas que os han confesado (Sal 73,19). Grande espera tenéis con los que elegís para vuestros siervos y grandes obras habéis hecho con vuestros discípulos. No se malogre tanta gracia, ni reprobéis a los que escogió vuestra voluntad para fundamentos de vuestra Iglesia. No se gloríe Lucifer de que triunfó a vuestra vista de lo mejor de vuestra casa y familia. Hijo y Señor mío, mirad a vuestro amado discípulo Juan, a Pedro y Jacobo favorecidos de vuestro singular amor y voluntad. A todos los demás también volved los ojos de vuestra clemencia y quebrantad la soberbia del dragón, que con implacable crueldad los ha turbado.”

1245. A toda capacidad humana y angélica excede la grandeza de María Santísima en esta ocasión y las obras que hizo y plenitud de santidad que manifestó en los ojos y beneplácito del Altísimo. Porque sobre los dolores sensibles y espirituales que padeció de los tormentos de su Hijo Santísimo y de las injurias afrentosas que padeció su divina

persona, cuya veneración y ponderación estaba en lo sumo en la prudentísima Madre, sobre todo esto se le juntó el dolor de la caída de los apóstoles, que sola Su Majestad sabía ponderarla. Y miraba su fragilidad y el olvido que habían mostrado de los favores, doctrina, avisos y amonestaciones de su Maestro, y esto en tan breve tiempo, después de la cena, del sermón que en ella hizo y de la comunión que les había dado, con la dignidad de sacerdotes en que los dejaba tan levantados y obligados. Conocía también su peligro de caer en mayores pecados, por la sagacidad con que Lucifer y sus ministros de tinieblas trabajaban por derribarlos y la inadvertencia con que el temor tenía poseídos los corazones de todos los apóstoles más o menos. Y por todo esto multiplicó y acrecentó las peticiones hasta merecerles el remedio y que su Hijo Santísimo los perdonase y se acelera sus auxilios, para que luego volviesen a la fe y amistad de su gracia, que de todo esto fue María el instrumento eficaz y poderoso. En el ínterin recopiló esta gran Señora en su pecho toda la fe, la santidad, el culto y veneración de toda la Iglesia, que estuvo toda en ella como en arca incorruptible, conservando y encerrando la ley evangélica, el sacrificio, el templo y el santuario. Y sola María Santísima era entonces toda la Iglesia, y sola ella creía, amaba, esperaba, veneraba y adoraba al objeto de la fe por sí, por los apóstoles y por todo el linaje humano. Y esto de manera que recompensaba, cuanto era posible a una pura criatura, las menguas y falta de fe de todo lo restante de los miembros místicos de la Iglesia. Hacía heroicos actos de fe, esperanza, amor, veneración y culto de la divinidad y humanidad de su Hijo y Dios verdadero y con genuflexiones y postraciones le adoraba y con admirables cánticos le bendecía, sin que el dolor íntimo y amargura de su alma destemplasen el instrumento de sus potencias, concertado y templado con la mano poderosa del Altísimo. No se entendía de esta gran Señora lo que dijo el Eclesiástico (Eclo 22,6), que la música en el dolor es importuna, porque sola María Santísima pudo y supo en medio de sus penas aumentar la dulce consonancia de las virtudes.

1246. Dejando a los once apóstoles en el estado que se ha dicho, vuelvo a contar el infelicísimo término del traidor Judas, anticipando algo este suceso para dejarle en su lamentable y desdichada suerte y volver al discurso de la pasión. Llegó, pues, el sacrílego discípulo con el escuadrón que llevaba preso a nuestro Salvador Jesús, a casa de los pontífices, Anás primero y después a Caifás, donde le esperaban con los escribas y fariseos. Y como el divino Maestro a vista de su pérfido discípulo era tan maltratado y atormentado con blasfemias y con heridas y todo lo sufría con silencio, mansedumbre y paciencia tan admirable, comenzó Judas a discurrir sobre su propia alevosía, conociendo que sola ella era la causa de que un hombre tan inculpable y bienhechor suyo fuese tratado con tan injusta crueldad sin merecerlo. Se acordó de los milagros que había visto, de la doctrina que le oyó, de los beneficios que le hizo y también se le representó la piedad y mansedumbre de María Santísima y la caridad con que había solicitado su remedio y la maldad obstinada con que ofendió a Hijo y Madre por un vilísimo interés, y todos los pecados juntos que había cometido se le pusieron delante como un caos impenetrable y un monte inhabitable y grave.

1247. Estaba Judas, como arriba se dijo (Cf. supra n.1226), desamparado de la divina gracia después de la entrega que hizo con el ósculo y contacto de Cristo nuestro Salvador. Y por ocultos juicios del Altísimo, aunque estaba entregado en manos de su consejo, hizo aquellos discursos, permitiéndolo la justicia y equidad divina en la razón natural y con muchas sugerencias de Lucifer que le asistía. Y aunque discurría Judas y hacía juicio verdadero en lo que se ha dicho, pero, como estas verdades eran administradas por el padre de la mentira, juntaba a ellas otras proposiciones falsas y mentirosas, para que viniese a inferir, no su remedio y confianza de conseguirle, sino que aprehendiese la imposibilidad y desesperase de él, como sucedió. Le despertó Lucifer íntimo dolor de sus pecados, pero no por buen fin ni motivos de haber ofendido a la Verdad divina, sino por la deshonra que padecería con los hombres y por el daño que su Maestro, como poderoso en milagros, le podía hacer y que no era posible escaparse de él en todo el mundo, donde la sangre del Justo clamaría contra él. Con estos y otros pensamientos que le arrojó el demonio, quedó lleno de confusión, tinieblas y despechos muy rabiosos contra sí mismo. Y retirándose de todos, estuvo para arrojarse de muy alto en casa de los pontífices y no lo pudo hacer. Se salió fuera y como una fiera, indignado contra sí mismo, se mordía de los brazos y manos y se daba desatinados golpes en la cabeza, tirándose del pelo, y hablando desentonadamente se echaba muchas maldiciones y execraciones, como infelicísimo y desdichado entre los hombres.

1248. Viéndole tan rendido Lucifer, le propuso que fuese a los sacerdotes y confesando su pecado les volviese su dinero. Lo hizo Judas con presteza y a voces les dijo aquellas palabras: *“Pequé entregando la sangre del Justo”* (Mt 27,4). Pero ellos no menos endurecidos le respondieron que lo hubiera mirado primero. El intento del demonio era, si pudiera impedir la muerte de Cristo nuestro Señor, por las razones que dejo dichas (Cf. supra n.1130ss) y diré más adelante. Con esta repulsa que le dieron los príncipes de los sacerdotes, tan llena de impiadísima crueldad, acabó Judas de desconfiar, persuadiéndose que no sería posible excusar la muerte de su Maestro. Lo mismo juzgó el demonio, aunque hizo más diligencias por medio de Pilatos. Pero como Judas no le podía servir ya para su intento, le aumentó la tristeza y

despechos y le persuadió que para no esperar más duras penas se quitase la vida. Admitió Judas este formidable engaño y saliéndose de la ciudad se colgó de un árbol seco, haciéndose homicida de sí mismo el que se había hecho deicida de su Criador. Sucedió esta infeliz muerte de Judas el mismo día del viernes a las doce, que es al mediodía, antes que muriera nuestro Salvador, porque no convino que su muerte y nuestra consumada redención cayese luego sobre la execrable muerte del traidor discípulo que con suma malicia le había despreciado.

1249. Recibieron luego los demonios el alma de Judas y la llevaron al infierno, pero su cuerpo quedó colgado y reventadas sus entrañas con admiración y asombro de todos, viendo el castigo tan estupendo de la traición de aquel pésimo y pérfido discípulo. Perseveró el cuerpo ahorcado tres días en lo público, y en este tiempo intentaron los judíos quitarle del árbol y ocultamente enterrarle, porque de aquel espectáculo redundaba grande confusión contra los sacerdotes y fariseos que no podían contradecir aquel testimonio de su maldad. Pero no pudieron con industria alguna derribar ni quitar el cuerpo de Judas de donde se había colgado, hasta que pasados tres días, por dispensación de la justicia divina, los mismos demonios le quitaron de la horca y le llevaron con su alma, para que en lo profundo del infierno pagase en cuerpo y alma eternamente su pecado. Y porque es digno de admiración temerosa lo que he conocido del castigo y penas que se le dieron a Judas, lo diré como se me ha mostrado y mandado. Entre las oscuras cavernas de los calabozos infernales estaba desocupada una muy grande y de mayores tormentos que las otras, porque los demonios no habían podido arrojar en aquel lago a ningún alma, aunque la crueldad de estos enemigos lo había procurado desde Caín hasta aquel día. Esta imposibilidad admiraba al infierno, ignorante del secreto, hasta que llegó el alma de Judas, a quien fácilmente arrojaron y sumergieron en aquel calabozo nunca antes ocupado de otro alguno de los condenados. Y la razón era, porque desde la creación del mundo quedó señalada aquella caverna de mayores tormentos y fuego que lo restante del infierno para los cristianos que recibido el Bautismo se condenasen por no haberse aprovechado de los sacramentos, doctrina, pasión y muerte del Redentor y la intercesión de su Madre Santísima. Y como Judas fue el primero que había participado de estos beneficios con tanta abundancia para su remedio y formidablemente los despreció, por esto fue también el que primero estrenó aquel lugar y tormentos aparejados para él y los que le imitaren y siguieren.

1250. Este misterio se me ha mandado escribir con particularidad para aviso y escarmiento de todos los cristianos, y en especial de los sacerdotes, prelados y religiosos, que tratan con más frecuencia el sagrado cuerpo y sangre de Jesucristo Señor nuestro y por oficio y estado son más familiares suyos, que por no ser reprendida quisiera hallar términos y razones con que darle la ponderación y sentido que pide nuestra insensible dureza, para que en este ejemplo todos tomáramos escarmiento y temiéramos el castigo que nos aguarda a los malos cristianos según el estado de cada uno. Los demonios atormentaron a Judas con inexplicable crueldad, porque no había desistido de vender a su Maestro, con cuya pasión y muerte ellos quedarían vencidos y desposeídos del mundo; y la indignación que por esto cobraron de nuevo contra nuestro Salvador y contra su Madre Santísima, la ejecutan en el modo que se les permite contra todos los que imitan al traidor discípulo y cooperan con él en despreciar la doctrina evangélica, los sacramentos de la ley de gracia y fruto de la Redención. Y es justa razón que estos malignos espíritus tomen venganza en los miembros del cuerpo místico de la Iglesia, porque no se unieron con su cabeza Cristo y porque voluntariamente se apartaron de ella y se entregaron a ellos, que con implacable soberbia la aborrecen y maldicen y como instrumentos de la justicia divina castigan las ingratitudes que tienen los redimidos contra su Redentor. Y los hijos de la Santa Iglesia consideren esta verdad atentamente, que si la tuvieran presente no es posible dejase de moverles el corazón y les diese juicio para desviarse de tan lamentable peligro.

1251. Entre los sucesos de todo el discurso de la pasión andaba Lucifer con sus ministros de maldad muy desvelado y atento para acabarse de asegurar si Cristo nuestro Señor era el Mesías y Redentor del mundo. Porque unas veces le persuadían los milagros, y otras le disuadían las acciones y padecer de la flaqueza humana que tomó por nosotros nuestro Salvador; pero donde más crecieron las sospechas del dragón fue en el huerto, donde sintió la fuerza de aquella palabra que dijo el Señor: “Yo soy” (Jn 18,5), y fue arruinado el mismo demonio, cayendo con todos en la presencia de Cristo nuestro Señor. Había poco rato entonces que salió del infierno acompañado de sus legiones, después que habían sido arrojados desde el cenáculo a lo profundo. Y aunque fue María Santísima la que de allí los derribó, como arriba se dijo (Cf. supra n.1198), con todo eso confirió Lucifer consigo y con sus ministros que aquella virtud y fuerza de Hijo y Madre eran nuevas y nunca vistas contra ellos. Y en dándole permiso que se levantase en el huerto, habló con los demás y les dijo: “No es posible que sea este poder de hombre solo, sin duda éste es Dios juntamente con ser hombre. Y si muere, como lo disponemos, por este camino hará la Redención y satisfará a Dios, y queda perdido nuestro imperio y frustrado nuestro deseo. Mal hemos procedido procurándole la muerte. Y si no podemos impedir que muera,

probemos hasta dónde llega su paciencia y procuremos con sus mortales enemigos que le atormenten con crueldad impía. Irritémosles contra él, arrojémosles sugerencias de desprecios, afrentas, ignominias y tormentos que ejecuten en su persona, compelámoslos a que empleen su ira en irritarle y atendamos a los efectos que hacen todas estas cosas en él. Todo lo intentaron los demonios como lo propusieron, aunque no todo lo consiguieron, como en el discurso de la pasión se manifiesta, por los ocultos misterios que diré (Cf. infra n.1290, 1338,1342) y he referido arriba. Provocaron a los verdugos para que intentasen atormentar a Cristo nuestro bien con algunos tormentos menos decentes a su real y divina persona de los que le dieron, porque no consintió Su Majestad otros más de los que quiso y convino padecer, dejándoles ejecutar en estos toda su inhumana sevicia y furor.

1252. Intervino también en impedir la malicia insolente de Lucifer la gran Señora del cielo María Santísima, porque le fueron patentes todos los designios de este infernal dragón. Y unas veces con imperio de Reina le impedía muchos intentos, para que no se los propusiese a los ministros de la pasión; otras veces en los que les proponía pedía la divina Princesa a Dios no se los dejase ejecutar y por medio de sus santos ángeles concurría a desvanecerlos y estorbarlos. Y en los que su gran sabiduría conocía era voluntad de su Hijo Santísimo padecerlos, cesaba en estas diligencias, y en todo se ejecutaba la permisión de la divina voluntad. Conoció a si mismo todo lo que sucedió en la infeliz muerte y tormentos de Judas y el lugar que le daban en el infierno, el asiento de fuego que ha de tener por toda la eternidad, como maestro de la hipocresía y precursor de todos los que habían de negar a Cristo nuestro Redentor con la mente y con las obras, desamparando, como dice Jeremías (Jer 17,13), las venas de las aguas vivas, que son el mismo Señor, para ser escritos y sellados en la tierra y alejados del cielo, donde están escritos los predestinados. Todo esto conoció la Madre de misericordia y lloró sobre ellos amargamente y oró al Señor por la salud de los hombres y suplicándole los apartase de tan gran ceguera, precipicio y ruina, pero conformándose con los ocultos y justos juicios de su providencia divina.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

1253. “Hija mía, admirada estás, y no sin causa, de lo que has entendido y escrito de la infeliz suerte de Judas y de la caída de los apóstoles, estando todos en la escuela de Cristo mi Hijo Santísimo, criados a los pechos de su doctrina, vida, ejemplo y milagros, y favorecidos de su dulcísima mansedumbre y trato, de mi intercesión y consejos y otros beneficios que recibían por mi medio. Pero de verdad te digo que, si todos los hijos de la Iglesia tuvieran la atención y admiración que este raro ejemplo les puede causar, en él hallaran saludable aviso y escarmiento para temer el estado peligroso de la vida mortal, por más favores y beneficios que reciban las almas de la mano del Señor, pues todo parecerá menos que verle, oírle, tratarle y tenerle por dechado vivo de santidad. Y lo mismo te digo de mí, pues a los apóstoles di amonestaciones, y fueron testigos de mi santa e inculpable conversación, y de mi piedad recibieron grandes beneficios, les comuniqué la caridad que de estar en Dios se dimanaba de Su Majestad a mí. Y si en la tentación, a vista de su mismo Señor y Maestro, olvidaron tantos favores y la obligación de corresponder a ellos, ¿quién será tan presuntuoso en la vida mortal, que no tema el peligro de la ruina por más beneficios que haya recibido? Aquellos eran apóstoles escogidos por su divino Maestro, que era Dios verdadero, y con todo eso el uno llegó a caer más infelizmente que todos los hombres y los otros a desfallecer en la fe, que es el fundamento de toda la virtud, y fue conforme a la justicia y juicios inescrutables del Altísimo. Pues ¿por qué no temerán los que ni son apóstoles, ni han obrado tanto como ellos en la escuela de Cristo mi Hijo Santísimo y su Maestro y no merecen tanto mi intercesión?

1254. “De la ruina y perdición de Judas y de su justísimo castigo, dejas escrito lo que basta para que se entienda a cuál estado pueden llegar y llevar los vicios y la mala voluntad a un hombre que se entrega a ellos y al demonio y desprecia los llamamientos y auxilios de la gracia. Y lo que te advierto sobre lo que has escrito es que, no sólo los tormentos que padece el traidor discípulo Judas, sino también el de muchos cristianos que con él se condenan y bajan al mismo lugar de las penas, que para ellos fue señalado desde el principio del mundo, excede a los tormentos de muchos demonios. Porque mi Hijo Santísimo no murió por los ángeles malos sino por los hombres, ni a los demonios les tocó el fruto y efectos de la Redención, los cuales reciben los hijos de la Iglesia con efecto en los sacramentos, y despreciar este incomparable beneficio no es culpa del demonio tanto como de los fieles y así les corresponde nueva y diferente pena por este desprecio. Y el engaño que Lucifer y sus ministros padecieron, no conociendo a Cristo por verdadero Dios y Redentor hasta la muerte, siempre atormenta y penetra las potencias de aquellos malignos espíritus, y de este dolor les resulta nueva indignación contra los redimidos, y mayor contra los cristianos, a quienes más se les aplica la Redención y sangre del Cordero. Y por esto se desvelan tanto los demonios en hacer que los fieles olviden la obra de la

Redención y la malogren, y después en el infierno se muestran más airados y rabiosos contra los malos cristianos, y sin piedad alguna les darían mayores tormentos si la justicia divina no dispusiese con equidad que las penas fuesen ajustadas a las culpas, no dejando esto a la voluntad de los demonios, sino tasándolo con su poder y sabiduría infinita, que aun hasta aquel lugar alcanza la bondad del Señor.

1255. En la caída de los demás apóstoles quiero, carísima, que adviertas el peligro de la fragilidad humana, que aun en los mismos beneficios y favores que recibe del Señor fácilmente se acostumbra a ser grosera, tarda y desagradecida, como les sucedió a los once apóstoles, cuando huyeron de su Maestro celestial y le dejaron con la incredulidad. Este peligro se origina en los hombres de ser tan sensibles e inclinados a todo lo sensitivo y terreno y haber quedado estas inclinaciones depravadas por el pecado y acostumbrarse a vivir y obrar según lo terreno, carnal y sensible más que según el espíritu. Y de aquí nace que aun a los mismos beneficios y dones del Señor los tratan y aman sensiblemente y cuando les faltan por este modo luego se divierten a otros objetos sensibles y se mueven por ellos y pierden el tino de la vida espiritual, porque la trataban y recibían como sensible, con baja estimación del espíritu. Por esta inadvertencia o grosería cayeron los apóstoles, aunque estaban tan favorecidos de mi Hijo Santísimo y de mí, porque los milagros, la doctrina y ejemplos que tenían presentes eran sensibles; y como ellos, aunque perfectos o justos, eran terrenos y aficionados a solo aquello sensitivo que recibían, en faltándoles esto se turbaron con la tentación y cayeron en ella, como quien había penetrado poco los misterios y espíritu de lo que habían visto y oído en la escuela de su Maestro. Con este ejemplo y doctrina quedarás, hija mía, enseñada a ser mi discípula espiritual y no terrena y a no acostumbrarte a lo sensible, aunque sean los favores del Señor y míos. Y cuando los recibieres, no detenerte en lo material y sensible, sino levantar tu mente a lo alto y espiritual, que se percibe con la luz y ciencia interior y no con el sentido animal (1 Cor 2,14). Y si lo sensible puede embarazar a la vida espiritual, ¿qué será lo que pertenece a la vida terrena, animal y carnal? Claro está que de ti quiero olvides y borres de tus potencias toda imagen y especies de criaturas, para que estés idónea y capaz de mi imitación y doctrina saludable.”

CAPITULO 15

[Regresar al Principio](#)

Llevan a nuestro Salvador Jesús atado y preso a casa del pontífice Anás; lo que sucedió en este paso y lo que padeció en él su beatísima Madre.

1256. Digna cosa fuera hablar de la pasión, afrentas y tormentos de nuestro Salvador Jesús con palabras tan vivas y eficaces, que pudieran penetrar más que la espada de dos filos, hasta dividir con íntimo dolor lo más oculto de nuestros corazones (Heb 4,12). No fueron comunes las penas que padeció, no se hallará dolor semejante como su dolor (Lam 1,12), no era su persona como las demás de los hijos de los hombres, no padeció Su Majestad por sí mismo ni por sus culpas, sino por nosotros y por las nuestras; pues razón es que las palabras y términos con que tratamos de sus tormentos y dolores no sean comunes y ordinarios, sino con otros vivos y eficaces se la propongamos a nuestros sentidos. Pero ¡ay de mí, que ni puedo dar fuerza a mis palabras, ni hallo las que mi alma desea para manifestar este secreto! Diré lo que alcanzare, hablaré como pudiere y se me administrare, aunque la cortedad de mi talento coarte y limite la grandeza de la inteligencia y los improporcionados términos no alcancen a declarar el concepto escondido del corazón. Supla el defecto de las razones la fuerza y viveza de la fe que profesamos los hijos de la Iglesia. Y si las palabras son comunes, sea extraordinario el dolor y el sentimiento, el dictamen altísimo, la comprensión vehemente, la ponderación profunda, el agradecimiento cordial y el amor fervoroso, pues todo será menos que la verdad del objeto y de lo que nosotros debemos corresponder como siervos, como amigos y como hijos adoptados por medio de su pasión y muerte santísima.

1257. Atado y preso el mansísimo cordero Jesús, fue llevado desde el huerto a casa de los pontífices, y primero a la de Anás. Iba prevenido aquel turbulento escuadrón de soldados y ministros con las advertencias del traidor discípulo, que no se fiasen de su Maestro si no le llevaban muy amarrado y atado, porque era hechicero y se les podría salir de entre las manos. Lucifer y sus príncipes de tinieblas ocultamente los irritaban y provocaban, para que impía y sacrílegamente tratasen al Señor sin humanidad ni decoro. Y como todos eran instrumentos obedientes a la voluntad de Lucifer, nada que se les permitió dejaron de ejecutar contra la persona de su mismo Criador. Le ataron con una cadena de grandes eslabones de hierro con tal artificio, que rodeándosela a la cintura y al cuello sobran los dos extremos, y en ellos había unas argollas o esposas con que encadenaron también las manos del Señor que fabricó los cielos y los ángeles y todo el universo, y así argolladas y presas se las pusieron no al pecho sino a las espaldas. Esta cadena llevaron de la

casa de Anás el pontífice, donde servía de levantar la puerta de un calabozo que era levadiza, y para el intento de aprisionar a nuestro divino Maestro la quitaron y la acomodaron con aquellas argollas y cerraduras, como candados, con llaves de golpe. Y con este modo de prisión nunca oída no quedaron satisfechos ni seguros, porque luego sobre la pesada cadena le ataron dos sogas harto largas: la una echaron sobre la garganta de Cristo nuestro Señor y cruzándola por el pecho le rodearon el cuerpo, atándole con fuertes nudos, y dejaron dos extremos largos de la sogas para que dos de los ministros o soldados fuesen tirando de ellos y arrastrando al Señor. La segunda sogas sirvió para atarle los brazos, rodeándola también por la cintura y dejaron pendientes otros dos cabos largos a las espaldas donde llevaba las manos, para que otros dos tirasen de ellos.

1258. Con esta forma de ataduras se dejó aprisionar y rendir el Omnipotente y Santo, como si fuera el más facineroso de los hombres y el más flaco de los nacidos, porque había puesto sobre sí las iniquidades de todos nosotros (Is 53,6) y la flaqueza o impotencia para el bien en que por ellas incurrimos. Le ataron en el huerto, atormentándole no sólo con las manos, con las sogas y cadenas, sino con las lenguas, porque como serpientes venenosas arrojaron la sacrílega ponzoña que tenían, con blasfemias, contumelias y nunca oídos oprobios contra la persona que adoraban los ángeles y los hombres y le magnifican en el cielo y en la tierra. Partieron todos del monte Olivete con gran tumulto y vocería, llevando en medio al Salvador del mundo, tirando unos de las sogas de adelante y otros de las que llevaba a las espaldas asidas de las muñecas, y con esta violencia nunca imaginada unas veces le hacían caminar aprisa atropellándole, otras le volvían atrás y le detenían, otras le arrastraban a un lado y a otro, a donde la fuerza diabólica los movía. Muchas veces le derribaban en tierra y, como llevaba las manos atadas, daba en ella con su venerable rostro, lastimándose y recibiendo en él heridas y mucho polvo. Y en estas caídas arremetían a él, dándole de puntillazos y coces, atropellando y pisándole, pasando sobre su real persona y hallándole la cara y la cabeza y, celebrando estas injurias con algazara y mofa, le hartaban de oprobios, como lo lloró antes Jeremías (Lam 3,30 (A.)).

1259. En medio del furor tan impío que Lucifer encendía en aquellos sus ministros, estaba muy atento a las obras y acciones de nuestro Salvador, cuya paciencia pretendía irritar y conocer si era puro hombre, porque esta duda y perplejidad atormentaba su pésima soberbia sobre todas sus grandes penas. Y como reconoció la mansedumbre, tolerancia y suavidad que mostraba Cristo entre tantas injurias y tormentos y que los recibía con semblante sereno y de majestad, sin turbación ni mudanza alguna, con esto se enfureció más el infernal dragón y, como si fuera un hombre furioso y desatinado, pretendió tomar una vez las sogas que llevaban los sanguinarios verdugos para tirar él y otros demonios con mayor violencia que lo hacían ellos, para provocar con más crueldad la mansedumbre del Señor. Este intento impidió María Santísima, que desde el lugar donde estaba retirada miraba por visión clara todo lo que se iba ejecutando con la persona de su Hijo Santísimo, y cuando vio el atrevimiento de Lucifer, usando de la autoridad y poder de Reina, le mandó no llegase a ofender a Cristo nuestro Salvador como intentaba. Y al punto desfallecieron las fuerzas de este enemigo y no pudo ejecutar su deseo, porque no era conveniente que su maldad se interpusiese por aquel modo en la pasión y muerte del Redentor. Pero se le dio permiso para que provocase a sus demonios contra el Señor y todos ellos a los judíos cómplices de la muerte del Salvador, porque tenían libre albedrío para consentir o disentir en ella. Así lo hizo Lucifer, que volviéndose a sus demonios les dijo: “¿Qué hombre es éste que ha nacido en el mundo, que con su paciencia y sus obras así nos atormenta y destruye? Ninguno hasta ahora tuvo tal igualdad y sufrimiento en los trabajos desde Adán acá. Nunca vimos entre los mortales semejante humildad y mansedumbre. ¿Cómo sosegamos viendo en el mundo un ejemplo tan raro y poderoso para llevarle tras sí? Si éste es el Mesías, sin duda abrirá el cielo y cerrará el camino por donde llevamos a los hombres a nuestros eternos tormentos y quedaremos vencidos y frustrados nuestros intentos. Y cuando no sea más que puro hombre, no puedo sufrir que deje a los demás tan fuerte ejemplo de paciencia. Venid, pues, ministros de mi altiva grandeza y persigámosle por medio de sus enemigos, que como obedientes a mi imperio han admitido contra él la furiosa envidia que les he comunicado.”

1260. A toda la desapiadada indignación que Lucifer despertó y fomentó en aquel escuadrón de los judíos se sujetó el autor de nuestra salud, ocultando el poder con que los pudiera aniquilar o reprimir, para que nuestra redención fuese más copiosa. Y llevándolo atado y maltratado, llegaron a casa del pontífice Anás, ante quien le presentaron como malhechor y digno de muerte. Era costumbre de los judíos presentar así atados a los delincuentes que merecían castigo capital, y aquellas prisiones eran como testigos del delito que merecía la muerte, y así le llevaban como intimándole la sentencia antes que se la diese el juez. Salió el sacrílego sacerdote Anás a una gran sala, donde se asentó en el estrado o tribunal que tenía, muy lleno de soberbia y arrogancia. Y luego se puso a su lado el príncipe de las tinieblas Lucifer, rodeándole gran multitud de demonios, de los ministros y soldados. Le presentaron a Jesús atado y preso y le dijeron: “Ya, señor, traemos aquí este mal hombre que con sus hechizos y maldades ha inquietado a toda Jerusalén y Judea, y

esta vez no le ha valido su arte mágica para escaparse de nuestras manos y poder.”

1261. Estaba nuestro Salvador Jesús asistido de innumerables ángeles que le adoraban y confesaban, admirados de los incomprensibles juicios de su sabiduría, porque Su Majestad consentía ser presentado como reo y pecador, y el inicuo sacerdote se manifestaba como justo y celoso de la honra del Señor, a quien sacrílegamente pretendía quitarla con la vida. Callaba el amantísimo Cordero sin abrir su boca, como lo había dicho Isaías (Is 53,7 (A.)), y el pontífice con imperiosa autoridad le preguntó por sus discípulos y qué doctrina era la que predicaba y enseñaba. Esta pregunta hizo para calumniar la respuesta, si decía alguna palabra que motivase acusarle. Pero el Maestro de la santidad, que encamina y enmienda a los más sabios (Sab 7,15 (A.)), ofreció al eterno Padre aquella humillación de ser presentado como reo ante el pontífice y preguntado por él como criminoso y autor de falsa doctrina. Y respondió nuestro Redentor con humilde y alegre semblante a la pregunta de su doctrina: *“Yo siempre he hablado en público, enseñando y predicando en el templo y sinagoga, donde concurren los judíos, y nada he dicho en oculto. ¿Qué me preguntas a mí? Pues ellos te dirán, si les preguntas, lo que yo les he enseñado.”* (Jn 18,20-21) Porque la doctrina de Cristo nuestro Señor era de su eterno Padre, respondió por ella y por su crédito, remitiéndose a sus oyentes, así porque a Su Majestad no le darían crédito, antes bien le calumniarían su testimonio, como también porque la verdad y la virtud ella misma se acredita y abona entre los mayores enemigos.

1262. No respondió por los apóstoles, porque no era entonces necesario, ni ellos estaban en disposición que podían ser alabados de su Maestro. Y con haber sido esta respuesta tan llena de sabiduría y tan conveniente a la pregunta, con todo eso uno de los ministros que asistían al pontífice fue con formidable audacia, levantó la mano y dio una bofetada en el sagrado y venerable rostro del Salvador, y junto con herirle le reprendió diciendo: *“¿Así respondes al pontífice?”* (Jn 18,22). Recibió el Señor esta desmedida injuria, rogando al Padre por quien así le había ofendido y estando preparado y con disposición de volver a ofrecer la otra mejilla, si fuera necesario, para recibir otra bofetada, cumpliendo en todo esto con la doctrina que él mismo había enseñado (Mt 5,39). Y para que el necio y atrevido ministro no quedase ufano y sin confusión por tan inaudita maldad, le replicó el Señor con grande serenidad y mansedumbre: *“Si yo he hablado mal, da testimonio y di en qué está el mal que me atribuyes; y si hablé como debía, ¿por qué me has herido?”* (Jn 18,23) ¡Oh espectáculo de nueva admiración para los espíritus soberanos! ¡Cómo de solo oírte pueden y deben temblar las columnas del cielo y todo el firmamento estremecerse! (Job 26,11 (A.)) Este Señor es aquel de quien dijo Job (Job 9,4ss) que es sabio de corazón y tan robusto y fuerte que nadie le puede resistir y con esto tendrá paz, que trasiega los montes con su furor antes que puedan ellos entenderlo, el que mueve la tierra en su lugar y sacude una con otra sus columnas, el que manda al sol que no nazca y cubre las estrellas con signáculo, el que hace cosas grandes e incomprensibles, el que a su ira nadie puede resistir y ante quien doblan la rodilla los que sustentan todo el orbe, y este mismo es el que por amor de los mismos hombres sufre de un impío ministro ser herido en el rostro de una bofetada.

1263. Con la respuesta humilde y eficaz que dio Su Majestad al sacrílego siervo, quedó confuso en su maldad, pero ni esta confusión, ni la que pudo recibir el pontífice de que en su presencia se cometiese tal crimen y desacato, le movió a él ni a los judíos para reprimirse en algo contra el autor de la vida. Y en el ínterin que se continuaban sus oprobios, llegaron a casa de Anás San Pedro y el otro discípulo, que era San Juan. Y éste como muy conocido en ella entró fácilmente, quedando fuera San Pedro, hasta que la portera, que era una criada del pontífice, a petición de San Juan le dejó entrar, para ver lo que sucedía con el Redentor. Entraron los dos apóstoles en el zaguán de la casa antes de la sala del pontífice, y San Pedro se llegó al fuego que allí tenían los soldados, porque hacía la noche fría. Y la portera miró y reconoció a San Pedro con algún cuidado como discípulo de Cristo y llegándose a él le dijo: *“¿Tú acaso no eres de los discípulos de este Hombre?”* (Jn 18,17). Esta pregunta de la criada fue con algún desprecio y baldón, de que San Pedro se avergonzó con gran flaqueza y pusilanimidad. Y poseído del temor respondió y dijo: *“Yo no soy discípulo suyo.”* Y con esta respuesta se deslizó de la conversación y salió fuera de la casa de Anás, aunque luego siguiendo a su Maestro fue a la de Caifás, donde le negó otras dos veces, como adelante diré (Cf. , infra n.1278).

1264. Mayor fue para el divino Maestro el dolor de la negación de Pedro que el de la bofetada, porque a su inmensa caridad la culpa era contraria y aborrecible y las penas eran amables y dulces por vencer con ellas nuestros pecados. Hecha la primera negación. Oró Cristo al eterno Padre por su apóstol y dispuso que por medio de la intercesión de María Santísima se le previniese la gracia y el perdón para después de las tres negaciones. Estaba la gran Señora a la vista desde su oratorio a todo lo que iba sucediendo, como queda dicho (Cf. supra 1204). Y como en su pecho tenía el propiciatorio y el sacrificio, a su mismo Hijo y Señor sacramentado, se convertía a él para sus peticiones y afectos amorosos, donde ejercitaba heroicos actos de compasión, agradecimiento, culto y adoración. Cuando la piadosísima

Reina conoció la negación de San Pedro, lloró con amargura y nunca cesó en este llanto hasta que entendió no le negaría el Altísimo sus auxilios y que le levantaría de su caída. Sintió a sí mismo la purísima Madre todos los dolores de las heridas y tormentos de su Hijo, y en las mismas partes de su virginal cuerpo, donde el Señor era lastimado. Y cuando Su Majestad fue atado con las sogas y cadenas sintió ella en las muñecas tantos dolores, que saltó la sangre por las uñas en sus virginales manos, como si fueran atadas y apretadas, y lo mismo sucedió en las demás heridas. Y como a esta pena se juntaba la del corazón, de ver padecer a Cristo nuestro Señor, vino la amantísima Madre a llorar sangre viva, siendo el brazo del Señor el artífice de esta maravilla. Sintió también el golpe de la bofetada de su Hijo Santísimo, como si a un mismo tiempo aquella mano sacrílega hubiera herido a Hijo y Madre juntos. Y en esta injuriosa contumelia y en las blasfemias y desacatos llamó a los santos ángeles para que con ella engrandecieran y adoraran a su Criador en recompensa de los oprobios que recibía de los pecadores, y con prudentísimas razones, pero muy lamentables y dolorosas, confería con los mismos ángeles la causa de su amarga compasión y llanto.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora del cielo.

1265. “Hija mía, a grandes cosas te llama y te convida la divina luz que recibes de los misterios de mi Hijo Santísimo y míos, en lo que padecemos por el linaje humano y en el mal retorno que nos da desagradecido e ingrato a tantos beneficios. Tú vives en carne mortal y sujeta a estas ignorancias y flaquezas y, con la fuerza de la verdad que entiendes, se engendran en ti y despiertan muchos movimientos de admiración, de dolor, aflicción y compasión por el olvido, poca aplicación y atención de los mortales a tan grandes sacramentos y por los bienes que pierden en su flojedad y tibieza. Pues ¿cuál será la ponderación que de esto harán los ángeles y santos y la que yo tendré a la vista del Señor, de ver al mundo y el estado de los fieles en tan peligroso estado y formidable descuido, después que mi Hijo Santísimo murió y padeció y después que me tienen por Madre, por intercesora y su vida purísima y mía por ejemplo? De verdad te digo, carísima, que sola mi intercesión y los méritos que represento al eterno Padre de su Hijo y mío pueden suspender el castigo y aplacar su justa indignación, para que no destruya al mundo y azote rigurosamente a los hijos de la Iglesia que saben la voluntad del Señor y no la cumplen (Lc 12,47 (A.)). Pero yo estoy muy desobligada de hallar tan pocos que se contristen conmigo y consuelen a mi Hijo en sus penas, como dijo David (Sal 68,21 (A.)). Esta dureza será el cargo de mayor confusión contra los malos cristianos el día del juicio, porque conocerán entonces con irreparable dolor que no sólo fueron ingratos sino inhumanos y crueles con mi Hijo Santísimo, conmigo y consigo mismos.

1266. “Considera, pues, carísima, tu obligación y levántate sobre todo lo terreno y sobre ti misma, porque yo te llamo y te elijo para que me imites y acompañes en lo que me dejan tan sola las criaturas, a quien mi Hijo Santísimo y yo tenemos tan beneficiadas y obligadas. Pondera con todas tus fuerzas lo mucho que le costó a mi Señor el reconciliar con su Padre a los hombres y merecerles su amistad. Lloro y aflígete de que tantos vivan en este olvido y que tantos trabajen con todo su empeño por destruir y perder lo que costó sangre y muerte del mismo Dios y lo que yo desde mi concepción les procuré y procuro solicitar y granjear para su remedio. Despierta en tu corazón lastimoso llanto de que en la Iglesia Santa tengan muchos sucesores los pontífices hipócritas y sacrílegos que con título fingido de piedad condenaron a Cristo; estando la soberbia y fausto con otras graves culpas autorizada y entronizada, y la humildad, la verdad, la justicia y las virtudes tan oprimidas y abatidas, sólo prevalecen la codicia y la vanidad. La pobreza de Cristo pocos la conocen y menos son los que la abrazan; la santa fe está impedida y no se dilata, por la desmedida ambición de los poderosos del mundo, y en los católicos está muerta y ociosa, y todo lo que ha de tener vida está muerto y se dispone para la perdición; los consejos del Evangelio están olvidados, los preceptos quebrantados, la caridad casi extinguida. Mi Hijo y Dios verdadero dio sus mejillas con paciencia y mansedumbre para ser herido (Lam 3,30). ¿Quién perdona una injuria por imitarle? Al contrario ha hecho leyes el mundo, y no sólo los infieles sino los mismos hijos de la fe y de la luz.

1267. “En la noticia de estos pecados, quiero que imites lo que hice en la pasión y toda mi vida, que por todos ejercitaba los actos de las virtudes contrarias: por las blasfemias le bendecía, por los juramentos le alababa, por las infidelidades le creía y lo mismo por todas las demás ofensas. Esto quiero que tú hagas en el mundo que vives y conoces. Huye también de los peligros de las criaturas con el ejemplo de Pedro, que no eres tú más fuerte que el apóstol y discípulo de Cristo, y si alguna vez cayeres como flaca llora luego con él y busca mi intercesión. Recompensa tus faltas y culpas ordinarias con la paciencia en las adversidades, recíbelas con alegre semblante sin turbación y sin diferencia, sean las que fueren, así de enfermedades como de molestias de criaturas, y también las que siente el espíritu por la contradicción de las pasiones y por la lucha de los enemigos invisibles y espirituales. En todo esto puedes padecer y lo debes tolerar con fe, esperanza y magnanimidad de corazón y ánimo, y te advierto que no hay

ejercicio más provechoso y útil para el alma que el del padecer, porque da luz, desengaña, aparta el corazón humano de las cosas terrenas y le lleva al Señor, y Su Majestad le sale al encuentro, porque está con el atribulado y le libra y ampara.” (Sal 90,15).

CAPITULO 16

[Regresar al Principio](#)

Fue llevado Cristo nuestro Salvador a casa del pontífice Caifás, donde fue acusado y preguntado si era Hijo de Dios; y San Pedro le negó otras dos veces; lo que María Santísima hizo en este paso y otros misterios ocultos.

1268. Luego que nuestro Salvador Jesús recibió en casa de Anás las contumelias y bofetada, le remitió este pontífice, atado y preso como estaba, al pontífice Caifás, que era su suegro y aquel año hacía el oficio de príncipe y sumo sacerdote; y con él estaban congregados los escribas y señores del pueblo, para sustanciar la causa del inocentísimo Cordero. Con la invencible paciencia y mansedumbre que mostraba el Señor de las virtudes (Sal 23,10) en las injurias que recibía, estaban como atónitos los demonios y llenos de confusión y furor grande, que no se puede explicar con palabras; y como no penetraban las obras interiores de la santísima humanidad, y en las exteriores, por donde en los demás hombres rastrear el corazón, no hallaban movimiento alguno desigual, ni el mansísimo Señor se quejaba, ni suspiraba, ni daba este pequeño alivio a su humanidad, de toda esta grandeza de ánimo se admiraba y atormentaba el dragón como de cosa nueva y nunca vista entre los hombres de condición pasible y flaca. Y con este furor irritaba el enemigo a todos los príncipes, escribas y ministros de los sacerdotes, para que ofendiesen y maltratasen al Señor con abominables oprobios, y en todo lo que el demonio les administraba estaban prontos para ejecutarlo, si la divina voluntad lo permitía.

1269. Partió de casa de Anás toda aquella canalla de ministros infernales y de hombres inhumanos, y llevaron por las calles a nuestro Salvador a casa de Caifás, tratándole con su implacable crueldad ignominiosamente. Y entrando con escandaloso tumulto en casa del sumo sacerdote, él y todo el concilio recibieron al Criador y Señor de todo el universo con grande risa y mofa de verle sujeto y rendido a su poder y jurisdicción, de quien les parecía que ya no se podría defender. ¡Oh secreto de la altísima sabiduría del cielo! ¡Oh estulticia de la ignorancia diabólica y ceguísima torpeza de los mortales! ¡Qué distancia tan inmensa veo entre vosotros y las obras del Altísimo! Cuando el Rey de la gloria poderoso en las batallas (Sal 28 (A.)) está venciendo a los vicios, a la muerte y al pecado con las virtudes de paciencia, humildad y caridad, como Señor de todas ellas, entonces piensa el mundo que le tiene vencido y sujeto con su arrogante soberbia y presunción. ¡Qué distancia de pensamientos eran los que tenía Cristo nuestro Señor, de los que poseían aquellos ministros operarios de la maldad! Ofrecía el Autor de la vida a su eterno Padre aquel triunfo que su mansedumbre y humildad ganaba del pecado, rogaba por los sacerdotes, escribas y ministros que le perseguían, presentando su misma paciencia y dolores y la ignorancia de los ofensores. Y la misma petición y oración hizo en aquel mismo punto su beatísima Madre, rogando por sus enemigos y de su Hijo Santísimo, acompañándole e imitándole en todo lo que Su Majestad iba obrando, porque le era patente, como muchas veces he repetido (Cf. supra n.481,990,etc.). Y entre Hijo y Madre había una dulcísima y admirable consonancia y correspondencia agradable a los ojos del eterno Padre.

1270. El pontífice Caifás estaba en su cátedra o silla sacerdotal encendido en mortal envidia y furor contra el Maestro de la vida. Le asistía Lucifer con todos los demonios que vinieron a casa de Anás. Y los escribas y fariseos estaban como sangrientos lobos con la presa del manso corderillo, y todos juntos se alegraban como lo hace el envidioso cuando ve deshecho y confundido a quien se le adelanta. Y de común acuerdo buscaron testigos que sobornados con dádivas y promesas dijese algún falso testimonio contra Jesús nuestro Salvador. Vinieron los que estaban prevenidos, y los testimonios que dijeron ni convenían entre sí mismos, ni menos podían ajustarse con el que por naturaleza era la misma inocencia y santidad. Y para no hallarse confusos trajeron otros dos testigos falsos que depusieron contra Jesús, testificando haberle oído decir que era poderoso para destruir aquel templo de Dios hecho por manos de hombres y edificar otro en tres días (Mc 14,58) que no fuese fabricado por ellas. Y tampoco pareció conveniente este falso testimonio, aunque por él pretendían hacer cargo a nuestro Salvador que usurpaba el poder divino y se lo apropiaba a sí mismo. Pero cuando esto fuera así, era verdad infalible y nunca podía ser falso ni presuntuoso, pues Su Majestad era Dios verdadero. Pero el testimonio era falso, porque no había dicho el Señor las palabras como los testigos las referían, entendiéndolas del templo material de Dios; y lo que había dicho en cierta ocasión que expelió del templo a los

compradores y vendedores, preguntándole ellos en qué virtud lo hacía, respondió (Jn 2,19 (A.)) y fue decirles que desatasen aquel templo, entendiendo el de su santísima humanidad, y que al tercero día resucitaría, como lo hizo en testimonio de su poder divino.

1271. No respondió nuestro Salvador Jesús palabra alguna a todas las calumnias y falsedades que contra su inocencia testificaban. Y viendo Caifás el silencio y paciencia del Señor se levantó de la silla y le dijo: “¿Cómo no respondes a lo que tantos testifican contra ti?” (Mc 14,60-61) Tampoco a esta pregunta respondió Su Majestad, porque Caifás y los demás, no sólo estaban indispuestos para darle crédito, pero su duplicado intento era que respondiese el Señor alguna razón que le pudiesen calumniar, para satisfacer al pueblo en lo que intentaban contra el Señor y que no conociese le condenaban a muerte sin justa causa. Con este humilde silencio de Cristo nuestro Señor, que podía ablandar el corazón del mal sacerdote, se enfureció mucho más, porque se le frustraba su malicia. Y Lucifer, que movía a Caifás y a todos los demás, estaba muy atento a todo lo que el Salvador del mundo obraba; aunque el intento de este dragón era diferente que el del pontífice, y sólo pretendía irritar la paciencia del Señor, o que hablase alguna palabra por donde pudiera conocer si era Dios verdadero.

1272. Con este intento Lucifer movió la imaginación de Caifás para que con grande saña e imperio hiciese a Cristo nuestro bien aquella nueva pregunta: “Yo te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios bendito.” (Mt 26,63) Esta pregunta de parte del pontífice fue arrojada y llena de temeridad e insipiencia; porque en duda si Cristo era o no era Dios verdadero, tenerle preso como reo en su presencia, era formidable crimen y temeridad, pues aquel examen se debiera hacer por otro modo, conforme a razón y justicia. Pero Cristo nuestro bien, oyéndose conjurar por Dios vivo, le adoró y reverenció, aunque pronunciado por tan sacrílega lengua. Y en virtud de esta reverencia respondió y dijo: “Tú lo dijiste, y yo lo soy. Pero yo os aseguro que desde ahora veréis al Hijo del Hombre, que soy yo, asentado a la diestra del mismo Dios y que vendrá en las nubes del cielo” (Mt 26,64). Con esta divina respuesta se turbaron los demonios y los hombres con diversos accidentes. Porque Lucifer y sus ministros no la pudieron sufrir, antes bien sintieron una fuerza en ella que los arrojó hasta el profundo, sintiendo gravísimo tormento de aquella verdad que los oprimía. Y no se atreviera a volver a la presencia de Cristo nuestro Salvador, si no dispusiera su altísima providencia que Lucifer volviera a dudar si aquel Hombre Cristo había dicho verdad o no la había dicho para librarse de los judíos. Y con esta duda se esforzaron de nuevo y salieron otra vez a la estacada, porque se reservaba para la cruz el último triunfo, que de ellos y de la muerte había de ganar el Salvador, como adelante veremos (Cf. infra n.1423), y según la profecía de Habacuc (Hab 3,2-5).

1273. Pero el pontífice Caifás, indignado con la respuesta del Señor, que debía ser su verdadero desengaño, se levantó otra vez y, rompiendo sus vestiduras en testimonio de que celaba la honra de Dios, dijo a voces: “Blasfemado ha, ¿qué necesidad hay de más testigos? ¿No habéis oído la blasfemia que ha dicho? ¿Qué os parece de esto?” (Mt 26,65) Esta osadía loca y abominable de Caifás fue verdaderamente blasfemia, porque negó a Cristo el ser Hijo de Dios, que por naturaleza le convenía, y le atribuyó el pecado, que por naturaleza repugnaba a su divina persona. Tal fue la estulticia de aquel inicuo sacerdote, a quien por oficio tocaba conocer la verdad Católica y enseñarla, que se hizo execrable blasfemo, cuando dijo que blasfemaba el que era la misma santidad. Y habiendo profetizado poco antes con instinto del Espíritu Santo, en virtud de su dignidad, que convenía muriese un hombre para que toda la gente no pereciese (Jn 11:50), no mereció por sus pecados entenderla misma verdad que profetizaba. Pero como el ejemplo y juicio de los príncipes y prelados es tan poderoso para mover a los inferiores y al pueblo, inclinado a la lisonja y adulación de los poderosos, todo aquel concilio de maldad se irritó contra el Salvador Jesús y respondiendo a Caifás dijeron en altas voces: “Digno es de muerte (Mt 26,66); muera, muera.” Y a un mismo tiempo irritados del demonio arremetieron contra el mansísimo Maestro y descargaron sobre él su furor diabólico: unos le dieron de bofetadas, otros le hirieron con puntillazos, otros le mesaron los cabellos, otros le escupieron en su venerable rostro, otros le daban golpes o pescozones en el cuello, que era un linaje de afrenta vil con que los judíos trataban a los hombres que reputaban por muy viles.

1274. Jamás entre los hombres se intentaron ignominias tan afrentosas y desmedidas como las que en esta ocasión se hicieron contra el Redentor del mundo. Y dicen San Lucas (Lc 22,64 (A.)) y San Marcos (Mc 14,65 (A.)) que le cubrieron el rostro y así cubierto le herían con bofetadas y pescozones y le decían: “Profetiza ahora, profetízanos, pues eres profeta, di quién es el que te hirió.” La causa de cubrirle el rostro fue misteriosa; porque del júbilo con que nuestro Salvador padecía aquellos oprobios y blasfemias como luego diré le redundó en su venerable rostro una hermosura y resplandor extraordinario, que a todos aquellos operarios de maldad los llenó de admiración y confusión muy penosa, y

para disimularla atribuyeron aquel resplandor a hechicería y arte mágica y tomaron por arbitrio cubrirle al Señor la cara con paño inmundo, como indignos de mirarla, y porque aquella luz divina los atormentaba y debilitaba las fuerzas de su diabólica indignación. Todas estas afrentas, baldones y abominables oprobios que padecía el Salvador, los miraba y sentía su Santísima Madre con el dolor de los golpes y de las heridas en las mismas partes y al mismo tiempo que nuestro Redentor las recibía. Sólo había diferencia, que en Cristo nuestro Señor los dolores eran causados de los golpes y tormentos que le daban los judíos y en su Madre purísima los obraba la mano del Altísimo por voluntad de la misma Señora. Y aunque naturalmente con la fuerza de los dolores y angustias interiores llegaba a querer desfallecer la vida, pero luego era confortada con la virtud divina, para continuar en el padecer con su amado Hijo y Señor.

1275. Las obras interiores que el Salvador hacía en esta ocasión de tan inhumanas y nuevas afrentas, no pueden caer debajo de razones y capacidad humana. Sólo María Santísima las conoció con plenitud, para imitarlas con suma perfección. Pero como el divino Maestro en la escuela de la experiencia de sus dolores iba desprendiendo la compasión de los que habían de imitarle y seguir su doctrina (Heb 5,8 (A.)), se convirtió más a santificarlos y bendecirlos en la misma ocasión que con su ejemplo les enseñaba el camino estrecho de la perfección. Y en medio de aquellos oprobios y tormentos, y en los que después se siguieron, renovó Su Majestad sobre sus escogidos y perfectos las bienaventuranzas que antes les había ofrecido y prometido (Mt 5,3ss). Miró a los pobres de espíritu, que en esta virtud le habían de imitar, y dijo: “Bienaventurados seréis en vuestra desnudez de las cosas terrenas, porque con mi pasión y muerte he de vincular el reino de los cielos como posesión segura y cierta de la pobreza voluntaria. Bienaventurados serán los que con mansedumbre sufrieren y llevaren las adversidades y tribulaciones, porque, a más del derecho que adquieren a mi gozo por haberme imitado, poseerán la tierra de las voluntades y corazones humanos con la apacible conversación y suavidad de la virtud. Bienaventurados los que sembrando con lágrimas lloraren (Sal 125,5), porque en ellas recibirán el pan de entendimiento y vida y cogerán después el fruto de la alegría y gozo sempiterno.”

1276. “Benditos serán también los que tuvieron hambre y sed de la justicia y verdad, porque yo les merezco satisfacción y hartura que excederá a todos sus deseos, así en la gracia como en el premio de la gloria. Benditos serán los que se compadecieren con misericordia de aquellos que los ofenden y persiguen, como yo lo hago, perdonándolos y ofreciéndoles mi amistad y gracia, si la quieren admitir, que yo les prometo en nombre de mi Padre larga misericordia. Sean benditos los limpios de corazón, que me imitan y crucifican su carne para conservar la pureza del espíritu; yo les prometo la visión de paz y que lleguen a la de mi divinidad por mi semejanza y participación. Benditos sean los pacíficos, que sin buscar su derecho no resisten a los malos y los reciben con corazón sencillo y quieto sin venganza; ellos serán llamados hijos míos, porque imitaron la condición de su Padre celestial y yo los concibo y escribo en mi memoria y en mi mente para adoptarlos por míos. Y los que padecieren persecución por la justicia, sean bienaventurados y herederos de mi reino celestial, porque padecieron conmigo, y donde yo estaré quiero que estén eternamente conmigo (Jn 12,26). Alegraos, pobres; recibid consolación los que estáis y estaréis tristes; celebrad vuestra dicha los pequeñuelos y despreciados del mundo; los que padecéis con humildad y sufrimiento, padeced con interior regocijo; pues todos me seguís por las sendas de la verdad. Renunciad la vanidad, despreciad el fausto y arrogancia de la soberbia de Babilonia falsa y mentirosa, pasad por el fuego y las aguas de la tribulación hasta llegar a mí, que soy luz, verdad y vuestra guía para el eterno descanso y refrigerio.”

1277. En estas obras tan divinas y otras peticiones por los pecadores, estaba ocupado nuestro Salvador Jesús, mientras el concilio de los malignantes le rodeaba, y como rabiosos canes según dijo David (Sal 21,17) le embestían y cargaban de afrentas, oprobios, heridas y blasfemias. Y la Madre Virgen, que a todo estaba atenta, le acompañaba en lo que hacía y padecía; porque en las peticiones hizo la misma oración por los enemigos, y en las bendiciones que dio su Hijo Santísimo a los justos y predestinados se constituyó la divina Reina por su Madre, amparo y protectora, y en nombre de todos hizo cánticos de alabanza y agradecimiento porque a los despreciados del mundo y pobres les dejaba el Señor tan alto lugar de su divina aceptación y agrado. Y por esta causa y las que conoció en estas obras interiores de Cristo nuestro Señor, hizo con incomparable fervor nueva elección de los trabajos y desprecios, tribulaciones y penas para lo restante de la pasión y de su vida santísima.

1278. A nuestro Salvador Jesús había seguido San Pedro desde la casa de Anás a la de Caifás, aunque algo de lejos, porque siempre le tenía acobardado el miedo de los judíos, pero le vencía en parte con el amor que a su Maestro tenía y con el esfuerzo connatural de su corazón. Y entre la multitud que entraba y salía en casa de Caifás, no fue dificultoso introducirse el apóstol, abrigado también de la oscuridad de la noche. En las puertas del zaguán le miró otra criada, que era portera como la de la casa de Anás, y acercándose a los soldados, que también allí estaban al fuego, les dijo:

“Este hombre es uno de los que acompañaban a Jesús Nazareno.” Y uno de los circunstantes le dijo: “Tú verdaderamente eres galileo y uno de ellos.” (Mc 14,67,71; Lc 22,58) Lo negó San Pedro, afirmando con juramento que no era discípulo de Jesús, y con esto se desvió del fuego y conversación. Pero aunque salió fuera del zaguán, no se fue ni se pudo apartar hasta ver el fin del Salvador, porque lo detenía el amor y compasión natural de los trabajos en que le dejaba. Y andando el apóstol rodeando y acechando por espacio o tiempo de una hora en la misma casa de Caifás, le conoció un pariente de Maleo, a quien él había cortado la oreja, y le dijo: “Tú eres galileo y discípulo de Jesús, y yo te vi con él en el huerto.” (Lc 22,59; Jn 18,26). Entonces San Pedro cobró mayor miedo viéndose conocido y comenzó a negar y maldecirse de que no conocía aquel Hombre. Y luego cantó el gallo segunda vez y se cumplió puntualmente la sentencia y prevención que su divino Maestro había hecho, de que le negaría aquella noche tres veces antes que cantase el gallo dos.

1279. Anduvo el dragón infernal muy codicioso contra San Pedro para destruirle, y el mismo Lucifer movió a las criadas de los pontífices primero, como más livianas, y después a los soldados, para que unos y otros afligiesen al apóstol con su atención y preguntas, y a él le turbó con grandes imaginaciones y crueldad, después que le vio en el peligro, y más cuando comenzaba a blandear. Y con esta vehemente tentación, la primera negación fue simple, la segunda con juramento y a la tercera añadió anatemas y execraciones contra sí mismo; que por este modo, de un pecado menor se viene a otro mayor, oyendo a la crueldad de nuestros enemigos. Pero San Pedro oyendo el canto del gallo se acordó del aviso de su divino Maestro, porque Su Majestad le miró con su liberal misericordia. Y para que le mirase intervino la piedad de la gran Reina del mundo, porque en el cenáculo, donde estuvo, conoció las negaciones y el modo y causas con que el apóstol las había hecho, afligido del temor natural y mucho más de la crueldad de Lucifer. Se postró luego en tierra la divina Señora y con lágrimas pidió por San Pedro, representando su fragilidad con los méritos de su Hijo Santísimo. El mismo Señor despertó el corazón de Pedro y le reprendió benignamente, mediante la luz que le envió para que conociese su culpa y la llorase. Al punto se salió el apóstol de la casa del pontífice, rompiendo su corazón con íntimo dolor y lágrimas por su caída, y para llorarla con amargura se fue a una cueva, que ahora llaman del Gallicanto, donde lloró con confusión y dolor vivo; y dentro de tres horas volvió a la gracia y alcanzó perdón de sus delitos, aunque los impulsos y santas inspiraciones se continuaron siempre. Y la purísima Madre y Reina del cielo envió uno de sus ángeles que ocultamente le consolase y moviese con esperanza al perdón, porque con el desmayo de esta virtud no se le retardase. Fue el santo ángel con orden de que no se le manifestase, por haber tan poco que el apóstol había cometido su pecado. Todo lo ejecutó el ángel sin que San Pedro le viese, y quedó el gran penitente confortado y consolado con las inspiraciones del ángel y perdonado por intercesión de María Santísima.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora.

1280. “Hija mía, el sacramento misterioso de los oprobios, afrentas y desprecios que padeció mi Hijo Santísimo, es un libro cerrado que sólo se puede abrir y entender con la divina luz, como tú lo has conocido y en parte se te ha manifestado, aunque escribes mucho menos de lo que entiendes, porque no lo puedes todo declarar. Pero como se te despliega y hace patente en el secreto de tu corazón, quiero que quede en él escrito y que en la noticia de este ejemplar vivo y verdadero estudies la divina ciencia que la carne ni la sangre no te pueden enseñar, porque ni la conoce el mundo ni merece conocerla. Esta filosofía divina consiste en aprender y amar la felicísima suerte de los pobres, de los humildes, de los afligidos, despreciados y no conocidos entre los hijos de la vanidad. Esta escuela estableció mi Hijo Santísimo y amantísimo en su Iglesia, cuando en el monte predicó y propuso a todos las ocho bienaventuranzas. Y después, como catedrático que ejecuta la doctrina que enseña, la puso en práctica, cuando en la pasión y oprobios renovó los capítulos de esta ciencia que en sí mismo ejecutaba, como lo has escrito (Cf. supra n.1275). Pero con todo eso, aunque la tienen presente los católicos y está pendiente ante ellos este libro de la vida, son muy pocos y contados los que entran en esta escuela y estudian en este libro, e infinitos los estúpidos y necios que ignoran esta ciencia, porque no se disponen para ser enseñados en ella.

1281. “Todos aborrecen la pobreza y están sedientos de las riquezas, sin que les desengañe su falacia. Infinitos son los que siguen a la ira y la venganza y desprecian la mansedumbre. Pocos lloran sus miserias verdaderas, y trabajan muchos por la consolación terrena; apenas hay quien ame la justicia y quien no sea injusto y desleal con sus próximos. La misericordia está extinguida, la limpieza de los corazones violada y oscurecida, la paz estragada: nadie perdona, ni quiere padecer, no sólo por la justicia, pero mereciendo de justicia padecer muchas penas y tormentos huyen todos injustamente de ellos. Con esto, carísima, hay pocos bienaventurados a quien les alcancen las bendiciones de mi Hijo Santísimo y las mías. Y muchas veces se te ha manifestado el enojo y justa indignación del Altísimo contra los

profesores de la fe, porque, a vista de su ejemplar y Maestro de la vida, viven casi como infieles; y muchos son más aborrecibles porque ellos son los que de verdad desprecian el fruto de la Redención que confiesan y conocen y en la tierra de los santos obran la maldad con impiedad y se hacen indignos del remedio que con mayor misericordia se les puso en las manos.

1282. “De ti, hija mía, quiero trabajos por llegar a ser bienaventurada, siguiéndome por imitación perfecta, según las fuerzas de la gracia que recibes, para entender esta doctrina escondida de los prudentes y sabios del mundo. Cada día te manifiesto nuevos secretos de mi sabiduría, para que tu corazón se encienda y te alientes extendiendo tus manos a cosas fuertes. Y ahora te añado un ejercicio que yo hice, que en parte puedas imitarme. Ya sabes que desde el primer instante de mi concepción fui llena de gracia, sin la mácula del pecado original y sin participar sus efectos; y por este singular privilegio fui desde entonces bienaventurada en las virtudes sin sentir la repugnancia ni contradicción que vencer, ni hallarme deudora de qué pagar ni satisfacer por culpas propias mías. Con todo esto, la divina ciencia me enseñó que por ser hija de Adán en la naturaleza que había pecado, aunque no en la culpa cometida, debía humillarme más que el polvo. Y porque yo tenía sentidos de la misma especie de aquellos con que se había cometido la inobediencia y sus malos efectos que entonces y después se sienten en la condición humana, debía yo por solo este parentesco mortificarlos, humillarlos y privarlos de la inclinación que en la misma naturaleza tenían. Y procedía como una hija fidelísima de familias, que la deuda de su padre y de sus hermanos, aunque a ella no la alcanza, la tiene por propia y procura pagarla y satisfacer por ella con tanto más diligencia, cuanto ama a su padre y hermanos y ellos menos pueden pagarla y desempeñarse, y nunca descansa hasta conseguirlo. Esto mismo hacía yo con todo el linaje humano, cuyas miserias y delitos lloraba; y porque era hija de Adán mortificaba en mí los sentidos y potencias con que él pecó y me humillaba como corrida y rea de su pecado e inobediencia, aunque no me tocaba, y lo mismo hacía por los demás que en la naturaleza son mis hermanos. No puedes tú imitarme en las condiciones dichas, porque eres participante de la culpa. Pero eso mismo te obliga a que me imites en lo demás que yo obraba sin ella, pues al tenerla, y la obligación de satisfacer a la divina justicia, te ha de compeler a trabajar sin cesar por ti y los próximos y a humillarte hasta el polvo, porque el corazón contrito y humillado inclina a la verdadera piedad para usar de misericordia.”

CAPITULO 17

[Regresar al Principio](#)

Lo que padeció nuestro Salvador Jesús después de la negación de San Pedro hasta la mañana y el dolor grande de su Madre Santísima.

1283. Este paso dejaron en silencio los sagrados evangelistas sin haber declarado dónde y qué padeció el autor de la vida después de la negación de San Pedro y oprobios que Su Majestad recibió en casa de Caifás y en su presencia hasta la mañana, cuando todos refieren la nueva consulta que hicieron para presentarle a Pilatos, como se verá en el capítulo siguiente. Yo dudaba en proseguir este paso y manifestar lo que de él se me ha dado a entender, porque juntamente se me ha mostrado que no todo se conocerá en esta vida, ni conviene se diga a todos, porque el día del juicio se harán patentes a los hombres éste y otros sacramentos de la vida y pasión de nuestro Redentor. Y para lo que yo puedo manifestar, no hallo razones adecuadas a mi concepto, y menos al objeto que concibo, porque todo es inefable y sobre mi capacidad. Pero obedeciendo diré lo que alcanzo, para no ser reprendida porque callé la verdad, que tanto confunde y condena nuestra vanidad y olvido. Yo confieso en presencia del cielo mi dureza, pues no muerdo de confusión y dolor por haber cometido culpas que costaron tanto al mismo Dios que me dio el ser y vida que tengo. No podemos ya ignorar la fealdad y peso del pecado, pues hizo tal estrago en el mismo autor de la gracia y de la gloria. Yo seré la más ingrata de todos los nacidos, si desde hoy no aborriere la culpa más que a la muerte y como al mismo demonio, y esta deuda intimo y amonesto a todos los católicos hijos de la Iglesia Santa.

1284. Con los oprobios que recibió Cristo nuestro bien en presencia de Caifás quedó la envidia del ambicioso pontífice y la ira de sus coligados y ministros muy cansada aunque no saciada. Pero, como ya era pasada la media noche, determinaron los del concilio, que mientras dormían quedase nuestro Salvador a buen recado y seguro de que no huyese hasta la mañana. Para esto le mandaron encerrar atado como estaba en un sótano que servía de calabozo para los mayores ladrones y facinerosos de la república. Era esta cárcel tan oscura que casi no tenía luz y tan inmundada y de mal olor que pudiera infestar la casa, si no estuviera tan tapada y cubierta, porque había muchos años que no la habían

limpiado ni purificado, así por estar muy profunda como porque las veces que servía para encerrar tan malos hombres no reparaban en meterlos en aquel horrible calabozo, como a gente indigna de toda piedad y bestias indómitas y fieras.

1285. Se ejecutó lo que mandó el concilio de maldad, y los ministros llevaron y encarcelaron al Criador del cielo y de la tierra en aquel inmundo y profundo calabozo. Y como siempre estaba aprisionado en la forma que vino del huerto, pudieron estos obradores de la iniquidad continuar a su salvo la indignación que siempre el príncipe de las tinieblas les administraba, porque llevaron a Su Majestad tirando de las sogas y casi arrastrándole con inhumano furor y cargándole de golpes y blasfemias execrables. En un ángulo de lo profundo de este sótano salía del suelo un escollo o punta de un peñasco tan duro, que por eso no le habían podido romper. Y en esta peña, que era como un pedazo de columna, ataron y amarraron a Cristo nuestro bien con los extremos de las sogas, pero con un modo desapiadado; porque dejándole en pie, le pusieron de manera que estuviese amarrado y juntamente inclinado el cuerpo, sin que pudiera estar sentado, ni tampoco levantado derecho el cuerpo para aliviarse, de manera que la postura vino a ser nuevo tormento y en extremo penoso. Con esta forma de prisión le dejaron y le cerraron las puertas con llave, entregándola a uno de aquellos pésimos ministros que cuidase de ella.

1286. Pero el dragón infernal en su antigua soberbia no sosegaba y siempre deseaba saber quién era Cristo, e irritando su inmutable paciencia inventó otra nueva maldad, revistiéndose en aquel depravado ministro y en otros. Puso en la imaginación del que tenía la llave del divino preso y del mayor tesoro que posee el cielo y la tierra, que convidase a otros de sus amigos de semejantes costumbres que él, para que todos juntos bajasen al calabozo donde estaba el Maestro de la vida a tener con él un rato de entretenimiento, obligándole a que hablase y profetizase, o hiciese alguna cosa inaudita, porque tenían a Su Majestad por mágico y adivino. Y con esta diabólica sugestión convidó a otros soldados y ministros, y determinaron ejecutarlo. Pero en el ínterin que se juntaron, sucedió que la multitud de ángeles que asistían al Redentor en su pasión, luego que le vieron amarrado en aquella postura tan dolorosa y en lugar tan indigno e inmundo, se postraron ante su acatamiento, adorándole por su Dios y Señor verdadero, y dieron a Su Majestad tanto más profunda reverencia y culto cuanto era más admirable en dejarse tratar con tales oprobios por el amor que tenía a los mismos hombres. Le cantaron algunos himnos y cánticos de los que su Madre purísima había hecho en alabanza suya, como arriba dije (Cf. supra n.1277). Y todos los espíritus celestiales le pidieron en nombre de la misma Señora que, pues no quería mostrar el poder de su diestra en aliviar su humanidad santísima, les diese a ellos licencia para que le desatasen y aliviasen de aquel tormento y le defendiesen de aquella cuadrilla de ministros que instigados del demonio se prevenían para ofenderle de nuevo.

1287. No admitió Su Majestad este obsequio de los ángeles y les respondió diciendo: “Espíritus y ministros de mi eterno Padre, no es mi voluntad recibir ahora alivio en mi pasión, y quiero padecer estos oprobios y tormentos, para satisfacer a la caridad ardiente con que amo a los hombres y dejar a mis escogidos y amigos este ejemplo, para que me imiten y en la tribulación no desfallezcan, y para que todos estimen los tesoros de la gracia, que les merecí con abundancia por medio de estas penas. Y quiero a si mismo justificar mi causa, para que el día de mi indignación sea patente a los réprobos la justicia con que son condenados por haber despreciado mi acerbísima pasión, que recibí para buscarles el remedio. A mi Madre diréis que se consuele en esta tribulación, mientras llega el día de la alegría y descanso, que me acompañe ahora en el obrar y padecer por los hombres, que de su afecto compasivo y de todo lo que hace recibo agrado y complacencia. Con esta respuesta fueron los santos ángeles a su gran Reina y Señora y con la embajada sensible la consolaron, aunque por otra noticia no ignoraba la voluntad de su Hijo Santísimo y todo lo que sucedía en casa del pontífice Caifás. Y cuando conoció la nueva crueldad con que dejaron amarrado al Cordero del Señor y la postura de su cuerpo santísimo tan penosa y dura, sintió la purísima Madre el mismo dolor en su purísima persona, como también sintió el de los golpes, bofetadas y oprobios que hicieron contra el autor de la vida; porque todo resonaba como un milagroso eco en el virginal cuerpo de la candidísima paloma, y un mismo dolor y pena hería al Hijo y a la Madre, y un cuchillo los traspasaba, diferenciándose en que padecía Cristo como Hombre Dios y Redentor único de los hombres y María Santísima como pura criatura y coadjutora de su Hijo Santísimo.

1288. Cuando conoció que Su Majestad daba permiso para que entrase en la cárcel aquella vilísima canalla de ministros, incitados por el demonio, hizo la amorosa Madre amargo llanto por lo que había de suceder. Y previniendo los intentos sacrílegos de Lucifer, estuvo muy atenta para usar de la potestad de Reina y no consentir se ejecutase contra la persona de Cristo nuestro bien acción alguna indecente, como la intentaba el dragón por medio de la crueldad de aquellos infelices hombres. Porque si bien todas eran indignas y de suma irreverencia para la persona divina de nuestro Salvador, pero en algunas podía haber menos decencia, y éstas las procuraba introducir el enemigo para

provocar la indignación del Señor, cuando con las demás que había intentado no podía irritar su mansedumbre. Fueron tan raras y admirables, heroicas y extraordinarias las obras que hizo la gran Señora en esta ocasión y en todo el discurso de la pasión, que ni se pueden dignamente referir ni alabar, aunque se escribieran muchos libros de solo este argumento, y es fuerza remitirlo a la visión de la divinidad, porque en esta vida es inefable para decirlo.

1289. Entraron, pues, en el calabozo aquellos ministros del pecado, solemnizando con blasfemias la fiesta que se prometían con las ilusiones y escarnios que determinaban ejecutar contra el Señor de las criaturas. Y llegándose a él comenzaron a escupirle asquerosamente y darle de bofetadas con increíble mofa y desacato. No respondió Su Majestad ni abrió su boca, no alzó sus soberanos ojos, guardando siempre humilde serenidad en su semblante. Deseaban aquellos ministros sacrílegos obligarle a que hablase o hiciese alguna acción ridícula o extraordinaria, para tener más ocasión de celebrarle por hechicero y burlarse de él, y como vieron aquella mansedumbre inmutable se dejaron irritar más de los demonios que asistían con ellos. Desataron al divino Maestro de la peña donde estaba amarrado y le pusieron en medio del calabozo, vendándole los sagrados ojos con un paño, y puesto en medio de todos le herían con puñadas, pescozones y bofetadas, uno a uno, cada cual a porfía, con mayor escarnio y blasfemia, mandándole que adivinase y dijese quién era el que le daba. Este linaje de blasfemias replicaron los ministros en esta ocasión, más que en presencia de Anás, cuando refieren San Mateo (Mt 26,67), San Marcos (Mc 14,65) y San Lucas (Lc 22,64) este caso, comprendiendo tácitamente lo que sucedió después.

1290. Callaba el Cordero mansísimo a esta lluvia de oprobios y blasfemias, y Lucifer, que estaba sediento de que hiciese algún movimiento contra la paciencia, se atormentaba de verla tan inmutable en Cristo nuestro Señor, y con infernal consejo puso en la imaginación de aquellos sus esclavos y amigos que le desnudasen de todas sus vestiduras y le tratasen con palabras y acciones fraguadas en el pecho de tan execrable demonio. No resistieron los soldados a esta sugestión y quisieron ejecutarla. Este abominable sacrilegio estorbó la prudentísima Señora con oraciones, lágrimas y suspiros y usando del imperio de Reina, porque pedía al eterno Padre no concurriese con aquellas causas segundas para tales obras, y a las mismas potencias de los ministros mandó no usasen de la virtud natural que tenían para obrar. Con este imperio sucedió que nada pudieron ejecutar aquellos sayones de cuanto el demonio y su malicia en esto les administraban, porque muchas cosas se les olvidaban luego, otras que deseaban no tenían fuerzas para ejecutarlas, porque quedaban como helados y pasmados los brazos hasta que retrataban su inicua determinación. Y en mudándola volvían a su natural estado, porque aquel milagro no era entonces para castigarlos, sino para sólo impedir las acciones más indecentes y consentir las que menos lo eran, o las de otra especie de irreverencia que el Señor quería permitir.

1291. Mandó también la poderosa Reina a los demonios que enmudeciesen y no incitasen a los ministros en aquellas maldades indecentes que Lucifer intentaba y quería proseguir. Y con este imperio quedó el dragón quebrantado en cuanto a lo que se extendía la voluntad de María Santísima y no pudo irritar más la indignación necia de aquellos depravados hombres, ni ellos pudieron hablar ni hacer cosa indecente, más de en la materia que se les permitió. Pero con experimentar en sí mismos aquellos efectos tan admirables como desacostumbrados, no merecieron desengañarse ni conocer el poder divino, aunque unas veces se sentían como baldados y otras libres y sanos, y todo de improviso, y lo atribuían a que el Maestro de la verdad y de la vida era hechicero y mágico. Y con este error diabólico perseveraron en hacer otros géneros de burlas injuriosas y tormentos a la persona de Cristo, hasta que conocieron corría ya muy adelante la noche y entonces volvieron a amarrarle de nuevo al peñasco y dejándole atado se salieron ellos y los demonios. Fue orden de la divina Sabiduría cometer a la virtud de María Santísima la defensa de la honestidad y decencia de su Hijo purísimo en aquellas cosas que no convenía ser ofendida del consejo de Lucifer y sus ministros.

1292. Quedó solo otra vez nuestro Salvador en aquel calabozo, asistido de los espíritus angélicos, llenos de admiración de las obras y secretos juicios de Su Majestad en lo que había querido padecer, y por todo le dieron profundísima adoración y le alabaron magnificando y exaltando su santo nombre. Y el Redentor del mundo hizo una larga oración a su eterno Padre, pidiendo por los hijos futuros de su Iglesia evangélica y dilatación de la fe y por los apóstoles, especialmente por San Pedro, que estaba llorando su pecado. Pidió también por los que le habían injuriado y escarnecido, y sobre todo convirtió su petición para su Madre Santísima y por los que a su imitación fuesen afligidos y despreciados del mundo y por todos estos fines ofreció su pasión y muerte que esperaba. Al mismo tiempo le acompañó la dolorosa Madre con otra larga oración y con las mismas peticiones por los hijos de la Iglesia y por sus enemigos, y sin turbarse ni recibir indignación ni aborrecimiento contra ellos; sólo contra el demonio le tuvo, como incapaz de la gracia por su irreparable obstinación. Y con llanto doloroso habló con el Señor y le dijo:

1293. “Amor y bien de mi alma, Hijo y Señor mío, digno sois de que todas las criaturas os reverencien, honren y alaben, que todo os lo deben, porque sois imagen del eterno Padre y figura de su sustancia, infinito en vuestro ser y perfecciones, sois principio y fin de toda santidad. Si ellas sirven a vuestra voluntad con rendimiento, ¿cómo ahora, Señor y bien eterno, desprecian, vituperan, afrentan y atormentan vuestra persona digna de supremo culto y adoración? , ¿cómo se ha levantado tanto la malicia de los hombres?, ¿cómo se ha desmandado la soberbia hasta poner su boca en el cielo?, ¿cómo ha sido tan poderosa la envidia? Vos sois el único y claro sol de justicia que alumbra y destierra las tinieblas del pecado. Sois la fuente de la gracia, que a ninguno se niega si la quiere. Sois el que por liberal amor dais el ser y movimiento a los que le tienen en la vida y conservación a las criaturas, y todo pende y necesita de vos sin que nada hayáis menester. Pues ¿qué han visto en vuestras obras? ¿Qué han hallado en vuestra persona, para que así la maltraten y vituperen? ¡Oh fealdad atrozísima del pecado, que así has podido desfigurar la hermosura del cielo y oscurecer los claros soles de su venerable rostro! ¡Oh cruenta fiera que tan sin humanidad tratas al mismo Reparador de tus daños! Pero ya, Hijo y Dueño mío, conozco que sois vos el Artífice del verdadero amor, el Autor de la salud humana, el Maestro y Señor de las virtudes, que en vos mismo ponéis en práctica la doctrina que enseñáis a los humildes discípulos de vuestra escuela. Humilláis la soberbia, confundís la arrogancia y para todos sois ejemplo de salud eterna. Y si queréis que todos imiten vuestra inefable paciencia, a mí me toca la primera, que administré la materia y os vestí de carne pasible en que sois herido, escupido y abofeteado. ¡Oh si yo sola padeciera tantas penas y vos, inocentísimo Hijo mío, estuvierais sin ellas! Y si esto no es posible, padezca yo con vos hasta la muerte. Y vosotros, espíritus soberanos, que admirados de la paciencia de mi amado conocéis su deidad inmutable y la inocencia y dignidad de su verdadera humanidad, recompensad las injurias y blasfemias que recibe de los hombres. Dadle magnificencia y gloria, sabiduría, honor, virtud y fortaleza (Ap 5,12). Convidad a los cielos, planetas, estrellas y elementos para que todos le conozcan y confiesen; y ved si por ventura hay otro dolor que se iguale al mío (Lam 1,12). Estas razones tan dolorosas y otras semejantes decía la purísima Señora, con que descansaba algún tanto en la amargura de su pena y dolor.”

1294. Fue incomparable la paciencia de la divina Princesa en la muerte y pasión de su amantísimo Hijo y Señor, porque jamás le pareció mucho lo que padecía, ni la balanza de los trabajos igualaba a la de su afecto, que medía con el amor y con la dignidad de su Hijo Santísimo y sus tormentos, ni en todas las injurias y desacatos que se hacían contra el mismo Señor se hizo parte para sentirlos por sí misma, ni los reputó por propios, aunque todos los conoció y lloró en cuanto eran contra la divina persona y en daño de los agresores, y por todos oró y rogó, para que el Muy Alto los perdonase y apartase de pecado y de todo mal y los ilustrase con su divina luz para conseguir el fruto de la Redención.

Doctrina de la Reina del cielo María Santísima.

1295. “Hija mía, escrito está en el Evangelio (Jn 5,27 (A.)) que el Padre eterno dio a su Unigénito y mío la potestad para juzgar y condenar a los réprobos el último día del juicio universal. Y esto fue muy conveniente, no sólo para que entonces vean todos los juzgados y reos al Juez supremo que conforme a la voluntad y rectitud divina los condenará, sino también para que vean y conozcan aquella misma forma de su humanidad santísima en que fueron redimidos y se le manifiesten en ella los tormentos y oprobios que padeció para rescatarlos de la eterna condenación; y el mismo Señor y Juez que los ha de juzgar les hará este cargo. Al cual así como no podrán responder ni satisfacer, así será esta confusión el principio de la pena eterna que merecieron con su ingratitude obstinada, porque entonces se hará notoria y patente la grandeza de la misericordia piadosísima con que fueron redimidos y la razón de la justicia con que son condenados. Grande fue el dolor, acerbísimas las penas y amarguras que había padecido mi Hijo Santísimo, porque no habían de lograr todos el fruto de la Redención, y esto traspasó mi corazón al tiempo que le atormentaban, juntamente el verle escupido, abofeteado, blasfemado y afligido con tan impíos tormentos, que no se pueden conocer en la vida presente y mortal. Yo lo conocí digna y claramente, y a la medida de esta ciencia fue mi dolor, como lo era el amor y reverencia de la persona de Cristo, mi Señor y mi Hijo. Pero después de estas penas fueron las mayores por conocer que, con haber padecido Su Majestad tal muerte y pasión por los hombres, se habían de condenar tantos a vista de aquel infinito valor.

1296. “En este dolor también quiero que me acompañes y me imites y te lastimes de esta lamentable desdicha, que entre los mortales no hay otra digna de ser llorada con llanto lastimoso, ni dolor que se compare a éste. Pocos hay en el mundo que adviertan en esta verdad con la ponderación que se debe. Pero mi Hijo y yo admitimos con especial agrado a los que nos imitan en este dolor y se afligen por la perdición de tantas almas. Procura tú, carísima, señalarte

en este ejercicio y pide, que no sabes cómo lo aceptará el Altísimo. Pero has de saber sus promesas, que al que pidiere le darán y a quien llamare le abrirán la puerta de sus tesoros infinitos. Y para que tengas qué ofrecerle, escribe en tu memoria lo que padeció mi Hijo Santísimo y tu Esposo por mano de aquellos ministros viles y depravados hombres y la invencible paciencia, mansedumbre y silencio con que se sujetó a su inicua voluntad. Y con este dechado, desde hoy trabaja para que en ti no reine la irascible, ni otra pasión de hija de Adán, y se engendre en tu pecho un aborrecimiento eficaz del pecado de la soberbia, de despreciar y ofender al prójimo. Y pide y solicita con el Señor la paciencia, mansedumbre, apacibilidad y amor a los trabajos y cruz del Señor. Abrázate con ella, tómala con piadoso afecto y sigue a Cristo tu esposo, para que le alcances.”

CAPITULO 18

[Regresar al Principio](#)

Se junta el concilio viernes por la mañana, para sustanciar la causa contra nuestro Salvador Jesús, le remiten a Pilatos y sale al encuentro María Santísima con San Juan Evangelista y las tres Marías.

1297. El viernes por la mañana en amaneciendo, dicen los evangelistas (Mt 27,1; Mc 15,1; Lc 22,66; Jn 18,28), se juntaron los más ancianos del gobierno con los príncipes de los sacerdotes y escribas, que por la doctrina de la ley eran más respetados del pueblo, para que de común acuerdo se sustanciara la causa de Cristo y fuera condenado a muerte como todos deseaban, dándole algún color de justicia para cumplir con el pueblo. Este concilio se hizo en casa del pontífice Caifás, donde Su Majestad estaba preso. Y para examinarle de nuevo mandaron que le subiesen del calabozo a la sala del concilio. Bajaron luego a traerle atado y preso aquellos ministros de justicia y, llegando a soltarle de aquel peñasco que queda dicho (Cf. *supra* n.1285), le dijeron con gran risa y escarnio: “Ea, Jesús Nazareno, y qué poco te han valido tus milagros para defenderte. No fueran buenos ahora para escaparte aquellos artes con que decías que en tres días edificarías el templo, mas aquí pagarás ahora tus vanidades, y se humillarán tus altos pensamientos; ven, ven, que te aguardan los príncipes de los sacerdotes y escribas para dar fin a tus embustes y entregarte a Pilatos, que acabe de una vez contigo.” Desataron al Señor y le subieron al concilio, sin que Su Majestad desplegara su boca. Pero de los tormentos, bofetadas y salivas de que, como estaba, atadas las manos, no se había podido limpiar, estaba tan desfigurado y flaco, que causó espanto, pero no compasión, a los del concilio. Tal era la ira que contra el Señor habían contraído y concebido.

1298. Le preguntaron de nuevo que les dijese si él era Cristo, que quiere decir el ungido. Y esta segunda pregunta fue con intención maliciosa, como las demás, no para oír la verdad y admitirla, sino para calumniarla y ponérsela por acusación. Pero el Señor, que así quería morir por la verdad, no quiso negarla, ni tampoco confesarla de manera que la despreciasen y tomase la calumnia algún color aparente, porque aun éste no podía caber en su inocencia y sabiduría. Y así templó la respuesta de tal suerte, que si tuvieran los fariseos alguna piedad tuvieran también ocasión de inquirir con buen celo el sacramento escondido en sus razones, y si no la tenían se entendiese que la culpa estaba en su mala intención y no en la respuesta del Salvador. Les respondió y dijo: “*Si yo afirmo que soy el que me preguntáis, no daréis crédito a lo que dijere, y si os preguntare algo tampoco me responderéis ni me soltaréis. Pero digo que el Hijo del Hombre, después de esto, se asentará a la diestra de la virtud de Dios.*” - Replicaron los pontífices: “¿Luego tú eres Hijo de Dios?” Respondió el Señor: “*Vosotros decís que yo soy*” (Lc 22,67-70) y fue lo mismo que decirles: Muy legítima es la consecuencia que habéis hecho, que yo soy Hijo de Dios, porque mis obras y doctrina y vuestras Escrituras y todo lo que ahora hacéis conmigo testifican que yo soy Cristo, el prometido en la ley.

1299. Pero como aquel concilio de malignantes no estaba dispuesto para dar asenso a la verdad divina, aunque ellos mismos la colegían por buenas consecuencias y la podían creer, ni la entendieron ni le dieron crédito, antes la juzgaron por blasfemia digna de muerte. Y viendo que se ratificaba el Señor en lo que antes había confesado, respondieron todos: “¿Qué necesidad tenemos de más testigos, pues él mismo nos lo confiesa por su boca?” (Lc 22,71) Y luego de común acuerdo decretaron, que como digno de muerte fuese llevado y presentado a Poncio Pilatos, que gobernaba la provincia de Judea en nombre del emperador romano, como señor de Palestina en lo temporal. Y según las leyes del imperio romano, las causas de sangre o de muerte estaban reservadas al senado o emperador, o a sus ministros que gobernaban las provincias remotas, y no se las dejaban a los mismos naturales; porque negocios tan graves, como quitar la vida, querían que se mirase con mayor atención y que ningún reo fuese condenado sin ser oído y darle tiempo y lugar para su defensa y descargo, porque en este orden de justicia se ajustaban los romanos más que otras naciones a

la ley natural de la razón. Y en la causa de Cristo nuestro bien se holgaron los pontífices y escribas de que la muerte que deseaban darle fuese por sentencia de Pilatos, que era gentil, para cumplir con el pueblo con decir que el gobernador romano le había condenado y que no lo hiciera si no fuera digno de muerte. Tanto como esto les oscurecía el pecado y la hipocresía, como si ellos no fueran los autores de toda la maldad y más sacrílegos que el juez de los gentiles; y así ordenó el Señor que se manifestase a todos con lo mismo que hicieron con Pilatos, como luego veremos.

1300. Llevaron los ministros a nuestro Salvador Jesús de casa de Caifás a la de Pilatos, para presentársele atado, como digno de muerte, con las cadenas y sogas que le prendieron. Estaba la ciudad de Jerusalén llena de gente de toda Palestina, que había concurrido a celebrar la gran *Pascua del cordero y de los Ázimos*, y con el rumor que ya corría en el pueblo y la noticia que todos tenían del Maestro de la vida concurrió innumerable multitud a verle llevar preso por las calles, dividiéndose todo el vulgo en varias opiniones. Unos a grandes voces decían: “Muera, muera este mal hombre y embustero que tiene engañado al mundo;” otros respondían, “no parecían sus doctrinas tan malas ni sus obras, porque hacía muchas buenas a todos;” otros, de los que habían creído, se afligían y lloraban; y toda la ciudad estaba confusa y alterada. Estaba Lucifer muy atento y sus demonios también a cuanto pasaba, y con insaciable furor, viéndose ocultamente vencido y atormentado de la invencible paciencia y mansedumbre de Cristo nuestro Señor, le desatinaba su misma soberbia e indignación, sospechando que aquellas virtudes que tanto le atormentaban no podían ser de puro hombre. Por otra parte, presumía que dejarse maltratar y despreciar con tanto extremo y padecer tanta flaqueza y como desmayo en el cuerpo no podía ajustarse con Dios verdadero, porque si lo fuera decía el dragón la virtud divina y su naturaleza comunicada a la humana le influyera grandes efectos para que no desfalleciera, ni consintiera lo que en ella se hace. Esto decía Lucifer, como quien ignoraba el divino secreto de haber suspendido Cristo nuestro Señor los efectos que pudieran redundar de la divinidad en la naturaleza humana, para que el padecer fuese en sumo grado, como queda dicho arriba (Cf. *supra* n.1209). Pero con estos celos se enfurecía más el soberbio dragón en perseguir al Señor, para probar quién era el que así sufría los tormentos.

1301. Era ya salido el sol cuando esto sucedía; y la dolorosa Madre, que todo lo miraba, determinó salir de su retiro para seguir a su Hijo Santísimo a casa de Pilatos y acompañarle hasta la cruz. Y cuando la gran Reina y Señora salía del cenáculo, llegó San Juan a darle cuenta de todo lo que pasaba, porque ignoraba entonces el amado discípulo la ciencia y visión que María Santísima tenía de todas las obras y sucesos de su amantísimo Hijo. Y después de la negación de San Pedro, se había retirado San Juan, atalayando más de lejos lo que pasaba. Reconociendo también la culpa de haber huido en el huerto y llegando a la presencia de la Reina, la confesó por Madre de Dios con lágrimas y le pidió perdón y luego le dio cuenta de todo lo que pasaba en su corazón, había hecho y visto siguiendo a su divino Maestro. Le pareció a San Juan era bien prevenir a la afligida Madre, para que llegando a la vista de su Hijo Santísimo no se hallase tan lastimada con el nuevo espectáculo. Y para representársele desde luego, le dijo estas palabras: “¡Oh Señora mía, qué afligido queda nuestro divino Maestro! No es posible mirarle sin romper el corazón de quien le viere, porque de las bofetadas, golpes y salivas está su hermosísimo rostro tan afeado y desfigurado, que apenas le conoceréis por la vista.” Oyó la prudentísima Madre esta relación con tanta espera, como si estuviera ignorante del suceso, pero estaba toda convertida en llanto y transformada en amargura y dolor. Lo oyeron también las mujeres santas que salían en compañía de la gran Señora y todas quedaron traspasados los corazones del mismo dolor y asombro que recibieron. Mandó la Reina del cielo al apóstol Juan que fuese acompañándola con las devotas mujeres, y hablando con todas las dijo: “Apresuremos el paso, para que vean mis ojos al Hijo del eterno Padre, que tomó la forma de hombre en mis entrañas; y veréis, carísimas, lo que con mi Señor y Dios pudo el amor que tiene a los hombres, lo que le cuesta redimirlos del pecado y de la muerte y abrirles las puertas del cielo.”

1302. Salió la Reina del cielo por las calles de Jerusalén acompañada de San Juan y otras mujeres santas, aunque no todas la asistieron siempre, fuera de las tres Marías y algunas otras muy piadosas, y los ángeles de su guarda, a los cuales pidió que obrasen de manera que el tropel de la gente no la impidiese para llegar a donde estaba su Hijo Santísimo. La obedecieron los santos ángeles y la fueron guardando. Por las calles donde pasaba oía varias razones y sentimientos de tan lastimoso caso que unos a otros se decían, contando la novedad que había sucedido a Jesús Nazareno. Los más piadosos se lamentaban, y éstos eran los menos, otros decían cómo le querían crucificar, otros contaban dónde iba y que le llevaban preso como hombre facineroso, otros que iba maltratado; otros preguntaban qué maldades había cometido, que tan cruel castigo le daban. Y finalmente muchos con admiración o con poca fe decían: “¿En esto han venido a parar sus milagros? Sin duda que todos eran embustes, pues no se ha sabido defender ni librar.” Y todas las calles y plazas estaban llenas de corrillos y murmuraciones. Pero en medio de tanta turbación de los

hombres estaba la invencible Reina, aunque llena de incomparable amargura, constante y sin turbarse, pidiendo por los incrédulos y malhechores, como si no tuviera otro cuidado más que solicitarles la gracia y el perdón de sus pecados, y los amaba con tan íntima caridad, como si recibiera de ellos grandes favores y beneficios. No se indignó ni airó contra aquellos sacrílegos ministros de la pasión y muerte de su amantísimo Hijo, ni tuvo señal de enojo. A todos miraba con caridad y les hacía bien.

1303. Algunos de los que la encontraban por las calles la conocían por Madre de Jesús Nazareno y movidos de natural compasión la decían: “¡Oh triste Madre! ¿Qué desdicha te ha sucedido? ¡Qué lastimado y herido de dolor estará tu corazón! ¿Qué mala cuenta has dado de tu Hijo? ¿Por qué le consentías que intentase tantas novedades en el pueblo? Mejor fuera haberle recogido y detenido; pero será escarmiento para otras madres, que aprendan en tu desdicha cómo han de enseñar a sus hijos.” Estas razones y otras más terribles oía la candidísima paloma, y a todas daba en su ardiente caridad el lugar que convenía admitiendo la compasión de los piadosos y sufriendo la impiedad de los incrédulos, no maravillándose de los ignorantes y rogando respectivamente al Muy Alto por los unos y los otros.

1304. Entre esta variedad y confusión de gentes encaminaron los santos ángeles a la Emperatriz del cielo a la vuelta de una calle, donde encontró a su Hijo Santísimo, y con profunda reverencia se postró ante su Real persona y le adoró y con la más alta y fervorosa veneración que jamás le dieron ni le darán todas las criaturas. Se levantó luego, y con incomparable ternura se miraron Hijo y Madre; se hablaron con los interiores traspasados de inefable dolor. Se retiró luego un poco atrás la prudentísima Señora y fue siguiendo a Cristo nuestro Señor, hablando con Su Majestad en su secreto y también con el eterno Padre tales razones, que no caben en lengua mortal y corruptible. Decía la afligida Madre: “Dios altísimo e Hijo mío, conozco el amoroso fuego de vuestra caridad con los hombres, que os obliga a ocultar el infinito poder de vuestra divinidad en la carne y forma pasible que de mis entrañas habéis recibido. Confieso vuestra sabiduría incomprensible en admitir tales afrentas y tormentos y en entregaros a vos mismo, que sois el Señor de todo lo criado, para rescate del hombre, que es siervo, polvo y ceniza. Digno sois de que todas las criaturas os alaben y bendigan, confiesen y engrandezcan vuestra bondad inmensa; pero yo, que soy vuestra Madre, ¿cómo dejaré de querer que sola en mí se ejecutaran vuestros oprobios y no en vuestra divina persona, que sois hermosura de los ángeles y resplandor de la gloria de vuestro Padre eterno? ¿Cómo no desearé vuestros alivios en tales penas? ¿Cómo sufrirá mi corazón veros tan afligido, y afeado vuestro hermosísimo rostro, y que sólo con el Criador y Redentor falte la compasión y la piedad en tan amarga pasión? Pero si no es posible que yo os alivie como Madre, recibid mi dolor y sacrificio de no hacerlo, como Hijo y Dios santo y verdadero.”

1305. Quedó en el interior de nuestra Reina del cielo tan fija y estampada la imagen de su Hijo Santísimo, así lastimado y afeado, encadenado y preso, que jamás en lo que vivió se le borraron de la imaginación aquellas especies, más que si le estuviera mirando. Llegó Cristo nuestro bien a la casa de Pilatos, siguiéndole muchos del concilio de los judíos y gente innumerable de todo el pueblo. Y presentándole al juez, se quedaron los judíos fuera del pretorio o tribunal, fingiéndose muy religiosos por no quedar irregulares e inmundos para celebrar la Pascua de los panes ceremoniales, para la cual habían de estar muy limpios de las inmundicias cometidas contra la ley; y como hipócritas estultísimos no reparaban en el inmundo sacrilegio que les contaminaba las almas, homicidas del Inocente. Pilatos, aunque era gentil, condescendió con la ceremonia de los judíos y, viendo que reparaban en entrar en su pretorio, salió fuera y, conforme al estilo de los romanos, les preguntó: “¿Qué acusación es la que tenéis contra este hombre?” Respondieron los judíos: “Si no fuera grande malhechor, no te le trajéramos (Jn 18,29-30) así atado y preso como te le entregamos.” Y fue decir: Nosotros tenemos averiguadas sus maldades y somos tan atentos a la justicia y a nuestras obligaciones, que a menos de ser muy facineroso no procediéramos contra él. Con todo eso les replicó Pilatos: “Pues ¿qué delitos son los que ha cometido?” - “Está convencido, - respondieron los judíos, - que inquieta a la república y se quiere hacer nuestro rey y prohíbe que se le paguen al César los tributos, se hace Hijo de Dios y ha predicado nueva doctrina, comenzando por Galilea y prosiguiendo por toda Judea hasta Jerusalén” (Lc 23,2-5). “Pues tomadle allá vosotros, - dijo Pilatos, - y juzgadle conforme a vuestras leyes; que yo no hallo causa justa para juzgarle.” Replicaron los judíos: “A nosotros no se nos permite condenar a alguno con pena de muerte, ni tampoco dársela.” (Jn 18,31).

1306. A todas estas y otras demandas y respuestas estaba presente María Santísima con San Juan y las mujeres que la seguían, porque los santos ángeles la acercaron a donde todo lo pudiese ver y oír; y cubierta con su manto lloraba sangre en vez de lágrimas con la fuerza del dolor que dividía su virginal corazón, y en los actos de las virtudes era un espejo clarísimo en que se retrataba el alma santísima de su Hijo, y los dolores y penas se retrataban en el sentimiento del cuerpo. Pidió al Padre eterno la concediese no perder a su Hijo de vista, cuanto fuese posible, por el orden común,

hasta la muerte, y así lo consiguió mientras el Señor no estuvo preso. Y considerando la prudentísima Señora que convenía se conociese la inocencia de nuestro Salvador Jesús entre las falsas acusaciones y calumnias de los judíos y que le condenaban a muerte sin culpa, pidió con fervorosa oración que no fuese engañado el juez y que tuviese verdadera luz de que Cristo era entregado a él por envidia de los sacerdotes y escribas. En virtud de esta oración de María Santísima tuvo Pilatos claro conocimiento de la verdad y alcanzó que Cristo era inculpable y que le habían entregado por envidia, como dice San Mateo (Mt 27,18); y por esta razón el mismo Señor se declaró más con él, aunque no cooperó Pilatos a la verdad que conoció, y así no fue de provecho para él sino para nosotros y para convencer la perfidia de los pontífices y fariseos.

1307. Deseaba la indignación de los judíos hallar a Pilatos muy propicio, para que luego pronunciara la sentencia de muerte contra el Salvador Jesús; y como reconocieron que reparaba tanto en ello, comenzaron a levantar las voces con ferocidad, acusándole y repitiendo que se quería alzar con el reino de Judea y para esto engañaba y conmovía los pueblos y se llamaba Cristo, que quiere decir ungido Rey. Esta maliciosa acusación propusieron a Pilatos, porque se moviese más con el celo del reino temporal, que debía conservar debajo del imperio romano. Y porque entre los judíos eran los reyes ungidos, por eso añadieron que Jesús se llamaba Cristo, que es ungido como rey, y porque Pilatos, como gentil, cuyos reyes no se unguían, entendiéndose que llamarse Cristo era lo mismo que llamarse rey ungido de los judíos. Le preguntó Pilatos al Señor: “¿Qué respondes a estas acusaciones que te oponen?” (Mc 15,4-5) No respondió Su Majestad palabra en presencia de los acusadores, y se admiró Pilatos de ver tal silencio y paciencia. Pero deseando examinar más si era verdaderamente rey, se retiró el mismo juez con el Señor adentro del pretorio, desviándose de la vocería de los judíos. Y allí a solas le preguntó Pilatos: “Dime, ¿eres tú Rey de los judíos?” (Jn 18,33ss) No pudo pensar Pilatos que Cristo era rey de hecho, pues conocía que no reinaba, y así lo preguntaba para saber si era rey de derecho y si le tenía al reino. Le respondió nuestro Salvador: “Esto que me preguntas ¿ha salido de ti mismo, o te lo ha dicho alguno hablándote de mí?” Replicó Pilatos: “¿Yo acaso soy judío para saberlo? Tu gente y tus pontífices te han entregado a mi tribunal; dime lo que has hecho y qué hay en esto.” Entonces respondió el Señor: “Mi reino no es de este mundo, porque si lo fuera, cierto es que mis vasallos me defendieran, para que no fuera entregado a los judíos, mas ahora no tengo aquí mi reino.” Creyó el juez en parte esta respuesta del Señor y así le replicó: “¿Luego tú eres rey, pues tienes reino?” No lo negó Cristo y añadió diciendo: “Tú dices que yo soy rey; y para dar testimonio de la verdad nací yo en el mundo; y todos los que son nacidos de la verdad oyen mis palabras.” Se admiró Pilatos de esta respuesta del Señor, y le volvió a preguntar: “¿Qué cosa es la verdad?” Y sin aguardar más respuesta salió otra vez del pretorio y dijo a los judíos: “Yo no hallo culpa en este hombre para condenarle. Ya sabéis que tenéis costumbre de que por la fiesta de la Pascua dais libertad a un preso; decidme si gustáis que sea Jesús o Barrabás;” que era un ladrón y homicida, que a la sazón tenían en la cárcel por haber muerto a otro en una pendencia. Levantaron todos la voz y dijeron: “A Barrabás pedimos que sueltes, y a Jesús que crucifiques.” Y en esta petición se ratificaron, hasta que se ejecutó como lo pedían.

1308. Quedó Pilatos muy turbado con las respuestas de nuestro Salvador Jesús y obstinación de los judíos; porque por una parte deseaba no desgraciarse con ellos, y esto era dificultosa cosa, viéndolos tan embarcados en la muerte del Señor, si no consentía con ellos; por otra parte conocía claramente que le perseguían por envidia mortal que le tenían y que las acusaciones de que turbaba al pueblo eran falsas y ridículas. Y en lo que le imputaban de que pretendía ser rey, había quedado satisfecho con la respuesta del mismo Cristo y verle tan pobre, tan humilde y sufrido a las calumnias que le oponían. Y con la luz y auxilios que recibió, conoció la verdadera inocencia del Señor, aunque esto fue por mayor, ignorando siempre el misterio y la dignidad de la persona divina. Y aunque la fuerza de sus vivas palabras movió a Pilatos para hacer concepto grande de Cristo y pensar que en él se encerraba algún particular secreto y por esto deseaba soltarle y le envió a Herodes, como diré en el capítulo siguiente, pero no llegaron a ser eficaces los auxilios porque lo desmereció su pecado y se convirtió a fines temporales, gobernándose por ellos y no por la justicia, más por sugestión de Lucifer, como arriba dije (Cf. supra n.1134), que por la noticia de la verdad que conocía con claridad. Y habiéndola entendido, procedió como mal juez en consultar más la causa del inocente con los que eran enemigos suyos declarados y le acusaban falsamente. Y mayor delito fue obrar contra el dictamen de la conciencia, condenándole a muerte y primero a que le azotasen tan inhumanamente, como veremos, sin otra causa más de para contentar a los judíos.

1309. Pero aunque Pilatos por estas y otras razones fue iniquísimo e injusto juez condenando a Cristo, a quien tenía por puro hombre, aunque inocente y bueno, con todo fue menor su delito en comparación de los sacerdotes y fariseos. Y esto no sólo porque ellos obraban con envidia, crueldad y otros fines execrables, sino también porque fue gran culpa

el no conocer a Cristo por verdadero Mesías y Redentor, hombre y Dios, prometido en la ley que los hebreos profesaban y creían. Y para su condenación permitió el Señor que, cuando acusaban a nuestro Salvador, le llamasen Cristo y Rey ungido, confesando en las palabras la misma verdad que negaban y descreían. Pero las debían creer, para entender que Cristo nuestro Señor era verdaderamente ungido, no con la unción figurativa de los reyes y sacerdotes antiguos, sino con la unción que dijo David (Sal 44,8 (A.)), diferente de todos los demás, como lo era la unción de la divinidad unida a la humana naturaleza, que la levantó a ser Cristo Dios y hombre verdadero, y ungida su alma santísima con los dones de gracia y gloria correspondientes a la unión hipostática. Toda esta verdad misteriosa significaba la acusación de los judíos, aunque ellos por su perfidia no la creían y con envidia la interpretaban falsamente, acumulándole al Señor que se quería hacer rey y no lo era; siendo verdad lo contrario, y no lo quería mostrar, ni usar de la potestad de rey temporal, aunque de todo era Señor; pero no había venido al mundo a mandar a los hombres, sino a obedecer (Mt 20,28). Y era mayor la ceguedad judaica, porque esperaban al Mesías como a rey temporal y con todo eso calumniaban a Cristo de que lo era, y parece que sólo querían un Mesías tan poderoso rey que no le pudiesen resistir, y aun entonces le recibirían por fuerza y no con la voluntad piadosa que pide el Señor.

1310. La grandeza de estos sacramentos ocultos entendía profundamente nuestra gran Reina y Señora y los confería en la sabiduría de su castísimo pecho, ejercitando heroicos actos de todas las virtudes. Y como los demás hijos de Adán, concebidos y manchados con pecados, cuando más crecen las tribulaciones y dolores tanto más suelen conturbarlos y oprimirlos, despertando la ira con otras desordenadas pasiones, por el contrario sucedía en María Santísima, donde no obraba el pecado, ni sus efectos, ni la naturaleza, tanto como la excelente gracia. Porque las grandes persecuciones y muchas aguas de los dolores y trabajos no extinguían el fuego de su inflamado corazón en el amor divino (Cant 8,7), antes eran como fomentos que más le alimentaban y encendían aquella divina alma, para pedir por los pecadores, cuando la necesidad era suma por haber llegado a su punto la malicia de los hombres, ¡Oh Reina de las virtudes, Señora de las criaturas y dulcísima Madre de misericordia! ¡Qué dura soy de corazón, qué tarda y qué insensible, pues no le divide y le deshace el dolor de lo que conoce mi entendimiento de vuestras penas y de vuestro único y amantísimo Hijo! Si en presencia de lo que conozco tengo vida, razón será que me humille hasta la muerte. Delito es contra el amor y la piedad ver padecer tormentos al inocente y pedirle mercedes sin entrar a la parte de sus penas. ¿Con qué cara o con qué verdad diremos las criaturas que tenemos amor de Dios, de nuestro Redentor y a vos, Reina mía, que sois su Madre, si, cuando entramos bebéis el cáliz amarguísimo de tan acerbos dolores y pasión, nosotros nos recreamos con el cáliz de los deleites de Babilonia? ¡Oh si yo entendiese esta verdad! ¡Oh si la sintiese y penetrase, y ella penetrase también lo íntimo de mis entrañas a la vista de mi Señor y de su dolorosa Madre, padeciendo inhumanos tormentos! ¿Cómo pensaré yo que me hacen injusticia en perseguirme, que me agravan en despreciarme, que me ofenden en aborrecerme? ¿Cómo me querellaré de que padezco, aunque sea vituperada, despreciada y aborrecida del mundo? ¡Oh gran Capitana de los mártires, Reina de los esforzados, Maestra de los imitadores de vuestro Hijo!, si soy vuestra hija y discípula, como vuestra dignación me lo asegura y mi Señor me lo quiso merecer, no me neguéis mis deseos de seguir vuestras pisadas en el camino de la cruz. Y si como flaca he desfallecido, alcanzadme vos, Señora y Madre mía, la fortaleza y corazón contrito y humillado por las culpas de mi pesada ingratitud. Granjeadme y pedidme el amor a Dios eterno, que es don tan precioso, que sola vuestra poderosa intercesión le puede alcanzar y mi Señor y Redentor merecerme.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo.

1311. “Hija mía, grande es el descuido y la inadvertencia de los mortales en ponderar las obras de mi Hijo Santísimo y penetrar con humilde reverencia los misterios que encerró en ellas para el remedio y salud de todos. Por esto ignoran muchos, y se admiran otros, de que Su Majestad consintiese ser traído como reo ante los inicuos jueces y ser examinado por ellos como malhechor y criminoso, que le tratasen y reputasen por hombre necio e ignorante y que con su divina sabiduría no respondiera por su inocencia y convenciera la malicia de los judíos y todos sus adversarios, pues con tanta facilidad lo pudiera hacer. En esta admiración lo primero se han de venerar los altísimos juicios del Señor, que así dispuso la Redención humana obrando con equidad y bondad, rectitud y como convenía a todos sus atributos, sin negar a cada uno de sus enemigos los auxilios suficientes para bien obrar, si quisieran cooperar con ellos, usando de los fueros de su libertad para el bien; porque todos quiso que fuesen salvos, si no quedaba por ellos, y ninguno tiene justicia para querellarse de la piedad divina, que fue superabundante.

1312. “Pero a más de esto quiero, carísima, que entiendas la enseñanza que contienen estas obras, porque ninguna hizo mi Hijo Santísimo que no fuese como de Redentor y Maestro de los hombres. Y en el silencio y paciencia que guardó

en su pasión, sufriendo ser reputado por inicuo y necio, dejó a los hombres una doctrina tan importante, cuanto poco advertida y menos practicada de los hijos de Adán. Y porque no consideran el contagio que les comunicó Lucifer por el pecado y que le continúa siempre en el mundo, por esto no buscan en el médico la medicina de su dolencia, pero Su Majestad por su inmensa caridad dejó el remedio en sus palabras y en sus obras. Considérense, pues, los hombres concebidos en pecado y vean cuán apoderada está hoy de sus corazones la semilla que sembró el dragón, de soberbia, de presunción, vanidad y estimación propia, de codicia, hipocresía y mentira, y así de los otros vicios. Todos comúnmente quieren adelantarse en honra y vanagloria: quieren ser preferidos y estimados los doctos y que se reputan por sabios, quieren ser aplaudidos y celebrados y jactarse de la ciencia; los indoctos quieren parecer sabios; los ricos se glorían de las riquezas y por ellas quieren ser venerados; los pobres quieren ser ricos y parecerlo y ganar su estimación; los poderosos quieren ser temidos, adorados y obedecidos; todos se adelantan en este error y procuran parecer lo que no son en la virtud y no son lo que quieren parecer; disculpan sus vicios, desean encarecer sus virtudes y calidades, se atribuyen los bienes y beneficios, como si no los hubieran recibido, los reciben como si no fueran ajenos y se los dieran de gracia; en vez de agradecerlos, hacen de ellos armas contra Dios y contra sí mismos; y generalmente todos están entumecidos con el mortal veneno de la antigua serpiente y más sedientos de beberle, cuanto más heridos y dolientes de este lamentable achaque; y el camino de la cruz y la imitación de Cristo por la humildad y sinceridad cristiana está desierto, porque pocos son los que caminan por él.

1313. “Para quebrantar esta cabeza de Lucifer y vencer la soberbia de su arrogancia fue la paciencia y silencio que tuvo mi Hijo en su pasión, consintiendo que le tratasen como a hombre ignorante y necio malhechor. Y como Maestra de esta filosofía y Médico que venía a curar la dolencia del pecado, no quiso disculparse ni defenderse, justificarse, ni desmentir a los que le acusaban, dejando a los hombres este vivo ejemplo de proceder y obrar contra el intento de la serpiente. Y en Su Majestad se puso en práctica aquella doctrina del Sabio: Más preciosa es a su tiempo la pequeña estulticia, que la sabiduría y gloria (Ecl 10,1 (A.)), porque mejor le está a la fragilidad humana ser a tiempos reputado el hombre por ignorante y malo, que hacer ostentación vana de la virtud y sabiduría. Infinitos son los que están comprendidos en este peligroso error, y deseando parecer sabios hablan mucho y multiplican las palabras como necios (Ecl 10,14) y vienen a perder lo mismo que pretenden, porque son conocidos por ignorantes. Todos estos vicios nacen de la soberbia radicada en la naturaleza. Pero tú, hija, conserva en tu corazón la doctrina de mi Hijo y mía y aborrece la ostentación humana, sufre, calla y deja al mundo que te repunte por ignorante, pues él no conoce en qué lugar vive la verdadera sabiduría.” (Bar 3,15),

CAPITULO 19

[Regresar al Principio](#)

Remite Pilatos a Herodes la causa y persona de nuestro Salvador Jesús, le acusan ante Herodes y él le desprecia y envía a Pilatos; le sigue María Santísima y lo que en este paso sucedió.

1314. Una de las acusaciones que los judíos y sus pontífices presentaron a Pilatos contra Jesús Salvador nuestro fue que había predicado, comenzando de la provincia de Galilea a conmover el pueblo. De aquí tomó ocasión Pilatos para preguntar si Cristo nuestro Señor era galileo. Y como le informasen que era natural y criado en aquella provincia, pareció tomarle de aquí algún motivo para inhibirse en la causa de Cristo nuestro bien, a quien hallaba sin culpa, y exonerarse de la molestia de los judíos que tanto instaban le condenase a muerte. Se hallaba en aquella ocasión Herodes en Jerusalén celebrando la Pascua de los judíos. Este era hijo del otro rey Herodes que antes había degollado a los Inocentes, persiguiendo a Jesús recién nacido, y por haberse casado con una mujer judía se pasó al judaísmo haciéndose israelita prosélito. Por esta ocasión su hijo Herodes guardaba también la ley de Moisés y había venido a Jerusalén desde Galilea, donde era gobernador de aquella provincia. Pilatos estaba encontrado con Herodes, porque los dos gobernaban las dos principales provincias de Palestina, Judea y Galilea, y poco tiempo antes había sucedido que Pilatos, celando el dominio del imperio romano, había degollado a unos galileos cuando hacían ciertos sacrificios como consta del capítulo 13 de San Lucas (Lc 13,1) mezclando la sangre de los reos con la de los sacrificios, y de esto se había indignado Herodes. Y para darle Pilatos de camino alguna satisfacción determinó remitirle a Cristo nuestro Señor, como vasallo o natural de Galilea, para que examinase su causa y la juzgase, aunque siempre esperaba Pilatos que Herodes le daría por libre como a inocente y acusado por maliciosa envidia de los pontífices y escribas.

1315. Salió Cristo nuestro bien de casa de Pilatos para la de Herodes, atado y preso como estaba, acompañado de los

escribas y sacerdotes, que iban para acusarle ante el nuevo juez, y gran número de soldados y ministros, para llevarle tirando de las sogas y despejar las calles, que con el gran concurso y novedad estaban llenas de pueblo. Pero la milicia rompía por la multitud y, como los ministros y pontífices estaban tan sedientos de la sangre del Salvador para derramarla aquel día, apresuraban el paso y llevaban a Su Majestad por las calles casi corriendo y con desordenado tumulto. Salió también María Santísima con su compañía de casa de Pilatos para seguir a su dulcísimo Hijo Jesús y acompañarle en los pasos que le restaban hasta la cruz. Y no fuera posible que la gran Señora siguiera este camino a vista de su Amado, si los santos ángeles no lo dispusieran como Su Alteza quería, de manera que siempre fuese tan cerca de su Hijo que pudiese gozar de su presencia, para con esto participar con mayor plenitud de sus tormentos y dolores. Y todo lo consiguió con su ardentísimo amor, porque caminando por las calles a vista del Señor oía juntamente los oprobios que los ministros le decían, los golpes que le daban y las murmuraciones del pueblo, con los varios pareceres que cada cual tenía o refería de otros.

1316. Cuando Herodes tuvo aviso que Pilatos le remitía a Jesús Nazareno, se alegró grandemente. Sabía era muy amigo de Juan, a quien él había mandado degollar, y estaba informado de la predicación que hacía, y con necia y vana curiosidad deseaba que en su presencia obrase alguna cosa extraordinaria y nueva de que admirarse y hablar con entretenimiento. Llegó, pues, el autor de la vida a la presencia del homicida Herodes, contra quien estaba clamando ante el mismo Señor la sangre de San Juan Bautista, más que la del justo Abel (Gen 4,10). Pero el infeliz adúltero, como quien ignoraba los terribles juicios del Altísimo, le recibió con risa, juzgándole por encantador y mágico. Y con este formidable error le comenzó a examinar y hacerle diversas preguntas, pensando que con ellas le provocaría para hacer alguna cosa maravillosa, como lo deseaba. Pero el Maestro de la sabiduría y prudencia no le respondió palabra, estando siempre con severidad humilde y en presencia del indignísimo juez, que tan merecido tenía por sus maldades el castigo de no oír las palabras de vida eterna que debieran salir de la boca de Cristo, si Herodes estuviera dispuesto para admitirlas con reverencia.

1317. Asistían allí los príncipes de los sacerdotes y escribas acusando a nuestro Salvador constantemente con las mismas acusaciones y cargos que ante Pilatos le habían puesto. Pero tampoco respondió palabra a estas calumnias, como lo deseaba Herodes; en cuya presencia, ni para responder a las preguntas, ni para desvanecer las acusaciones, no despegó el Señor sus labios, porque Herodes de todas maneras desmerecía oír la verdad, que fue su justo castigo y el que más deben temer los príncipes y poderosos del mundo. Se indignó Herodes con el silencio y mansedumbre de nuestro Salvador, que frustraban su vana curiosidad, y casi confuso el inicuo juez lo disimuló, burlándose del inocentísimo Maestro, y despreciándole con todo su ejército le mandó remitir otra vez a Pilatos. Y habiéndose reído con mucho escarnio de la modestia del Señor todos los criados de Herodes, para tratarle como a loco y menguado de juicio, le vistieron una ropa blanca con que señalaban a los que perdían el seso, para que todos huyesen de ellos. Pero en nuestro Salvador esta vestidura fue símbolo y testimonio de su inocencia y pureza, ordenándolo la oculta providencia del Altísimo, para que estos ministros de maldad, con las obras que no conocían, testificasen la verdad que pretendían oscurecer con otras maravillas, que de malicia ocultaban, que había obrado el Salvador.

1318. Herodes se mostró agradecido con Pilatos por la cortesía con que le había remitido la causa y persona de Jesús Nazareno. Y le volvió por respuesta, que no hallaba en él causa alguna, que antes le parecía hombre ignorante y de ninguna estimación. Y desde aquel día se reconciliaron Herodes y Pilatos y quedaron amigos, disponiéndolo así los ocultos juicios de la divina Sabiduría. Volvió segunda vez nuestro Salvador de Herodes a Pilatos, llevándole muchos soldados de entrambos gobernadores con mayor tropel, gritería y alboroto de la gente popular. Porque los mismos que antes le habían aclamado y venerado por Salvador y Mesías bendito del Señor, entonces, pervertidos ya con el ejemplo de los sacerdotes y magistrados, estaban de otro parecer y condenaban y despreciaban al mismo Señor a quien poco antes habían dado gloria y veneración; que tan poderoso como esto es el error de las cabezas y su mal ejemplo para llevar al pueblo tras de sí. En medio de estas confusas ignominias iba nuestro Salvador repitiendo dentro de sí mismo con inefable amor, humildad y paciencia aquellas palabras que tenía dichas por la boca de David (Sal 21,7-8 (A.)): *Yo soy gusano y no soy hombre, soy el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo. Todos los que me vieron hicieron burla de mí, hablaron con los labios y movieron la cabeza.* Era Su Majestad gusano y no hombre no sólo porque no fue engendrado como los demás hombres, ni era solo y puro hombre, sino Hombre y Dios verdadero; mas también porque no fue tratado como hombre, sino como gusano vil y despreciable. Y a todos los vituperios con que era hollado y abatido no hizo más ruido ni resistencia que un humilde gusanillo a quien todos pisan y desprecian y le reputan por oprobio y vilísimo. Todos los que miraban a Cristo nuestro Redentor, que eran sin número, hablaban y movían la cabeza, como retratando el concepto y opinión en que le tenían.

1319. A los oprobios y acusaciones que hicieron los sacerdotes contra el autor de la vida en presencia de Herodes y a las preguntas que él mismo le propuso, no estuvo presente corporalmente su afligida Madre, aunque todas las vio por otro modo de visión interior, porque estaba fuera del tribunal donde entraron al Señor. Pero cuando salió fuera de la sala donde le habían tenido, topó con ella y se miraron con íntimo dolor y recíproca compasión, correspondiente al amor de tal Hijo y de tal Madre. Y fue nuevo instrumento para dividirle el corazón aquella vestidura blanca que le habían puesto, tratándole como a hombre insensato y sin juicio, aunque sola ella conocía entre todos los nacidos el misterio de la inocencia y pureza que aquel hábito significaba. Le adoró en él con altísima reverencia y le fue siguiendo por las calles a la casa de Pilatos, a donde otra vez le volvían, porque en ella se debía ejecutar la divina disposición para nuestro remedio. En este camino de Herodes a Pilatos, sucedió que, con la multitud del pueblo y con la prisa que aquellos ministros impiadísimos llevaban al Señor, atropellándole y derribándole algunas veces en el suelo y tirando con suma crueldad de las sogas, le hicieron reventar la sangre de sus sagradas venas y como, no se podía fácilmente levantar por llevar atadas las manos, ni el tropel de la gente se podía ni quería detenerse, daban sobre Su Divina Majestad y le hollaban y pisaban y le herían con muchos golpes y puntillazos, causando gran risa a los soldados en vez de la natural compasión, de que por industria del demonio estaban totalmente desnudos como si no fueran hombres.

1320. A la vista de tan desmedida crueldad creció la compasión y sentimiento de la dolorosa y amorosa Madre y, convirtiéndose a los santos ángeles que la asistían, les mandó cogiesen la divina sangre que derramaba su Rey y Señor por las calles, para que no fuese de nuevo conculcada y hollada de los pecadores; y así lo hicieron los ministros celestiales. Les mandó también la gran Señora que si otra vez sucediese caer en tierra su Hijo y Dios verdadero, le sirviesen, impidiendo a los obradores de la maldad para que no le hollasen ni pisasen su divina persona. Y porque en todo era prudentísima, no quiso que este obsequio ejecutasen los ángeles sin voluntad del mismo Señor y así les ordenó que de su parte se lo propusiesen y le pidiesen licencia y le representasen las angustias que como Madre padecía, viéndole tratar con aquel linaje de irreverencia entre los pies inmundos de aquellos pecadores. Y para obligar más a su Hijo Santísimo le pidió por medio de los mismos ángeles que aquel acto, de humillarse a ser pisado y conculcado de aquellos malos ministros, lo conmutase Su Majestad en el de obedecer o rendirse a los ruegos de su afligida Madre, que también era su esclava y formada del polvo. Todas estas peticiones llevaron los santos ángeles a Cristo nuestro bien en nombre de su Santísima Madre, no porque Su Majestad las ignorase, pues todo lo conocía y obraba él mismo con su divina gracia, sino porque estos modos de obrar quiere el Señor que en ellos se guarde el orden de la razón, que la gran Señora conocía entonces con altísima sabiduría, usando de las virtudes por diversos modos y operaciones, porque esto no se impide por la ciencia del Señor, que todo lo tiene previsto.

1321. Admitió nuestro Salvador Jesús los deseos y peticiones de su beatísima Madre y dio licencia a sus ángeles para que como ministros de su voluntad ejecutasen lo que ella deseaba. Y en lo restante hasta llegar a casa de Pilatos, no permitieron que Su Majestad fuese derribado en tierra y atropellado ni pisado como antes había sucedido algunas veces; aunque en las demás injurias se dio permiso y consentimiento a los ministros de la justicia y a la ceguedad y malicia popular para que todos las ejecutasen con su loca indignación. Todo lo miraba y oía su Madre Santísima con invicto pero lastimado corazón. Y lo mismo respectivamente vieron las Marías y San Juan, que con llanto irreparable seguían al Señor en compañía de su purísima Madre. Y no me detengo en referir las lágrimas de estas santas mujeres y otras devotas que con ellas asistían a la Reina, porque sería necesario divertirme mucho, y más para decir lo que hizo la Magdalena, como más ardiente y señalada en el amor y más agradecida a Cristo nuestro Redentor, como el mismo Señor lo dijo cuando la justificó: que más ama a quien mayores culpas se le perdonan (Lc 7,43 (A.)).

1322. Llegó nuestro Salvador Jesús segunda vez a casa de Pilatos, y de nuevo le comenzaron a pedir los judíos que le condenase a muerte de cruz. Pilatos, que conocía la inocencia de Cristo y la mortal envidia de los judíos, sintió mucho que le restituyese Herodes la causa de que él deseaba eximirse. Y viéndose obligado como juez, procuró aplacar a los judíos por diversos caminos. Y uno fue hablar en secreto a algunos ministros y amigos de los pontífices y sacerdotes, para que pidiesen la libertad de nuestro Redentor y le soltasen con alguna corrección que le daría y no pidiesen más al malhechor Barrabás. Esta diligencia había hecho Pilatos cuando le volvieron a presentar otra vez a Cristo nuestro Señor para que le condenase. Y el proponerles que escogiesen a Jesús o a Barrabás no fue una sola vez, sino dos y tres: la una antes de llevar al Señor a Herodes y la otra después; y por esto lo refieren los evangelistas con alguna diferencia, aunque sin contradecirse en la verdad. Habló Pilatos a los judíos y les dijo: “Me habéis presentado a este Hombre, acusándole que dogmatiza y pervierte al pueblo; y habiéndole examinado en vuestra presencia, no ha sido

convencido de lo que le acusáis. Ni tampoco Herodes, a quien le remití, le ha condenado a muerte, aunque ante él le habéis acusado. Bastará por ahora corregirle y castigarle para que adelante se enmiende. Y habiendo de soltar algún malhechor por la solemnidad de la Pascua, soltaré a Cristo si le queréis dar libertad y castigaré a Barrabás.” Conociendo los judíos que Pilatos deseaba mucho soltar a Cristo Señor nuestro, respondieron todos los de la turba: *“Quita allá, deja a Cristo y danos libre a Barrabás.”* (Lc 23,18)

1323. La costumbre de dar libertad a un malhechor y preso en aquella gran solemnidad de la Pascua se introdujo entre los judíos como en memoria y agradecimiento de la libertad que tal día como aquel habían alcanzado sus padres, rescatándolos el Señor del poder de Faraón, degollando los primogénitos de los gitanos aquella noche (Ex 12,29) y después anegando a él y a sus ejércitos en el mar rubro (Ex 14,28). Por este memorable beneficio hacían otros los hebreos al mayor delincuente, perdonándole sus delitos, y castigaban otros que no eran tan malhechores. Y en los pactos, que tenían con los romanos, era condición que se les guardase esta costumbre, y así lo cumplían los gobernadores. Aunque éstos la pervirtieron en esta ocasión en cuanto a las circunstancias, según el juicio que hacían de Cristo nuestro Señor; porque habiendo de soltar al más criminoso y confesando ellos que Jesús Nazareno lo era, con todo eso lo dejaron a él y eligieron a Barrabás, a quien reputaban por menos malo. Tan ciegos y pervertidos los tenía la ira del demonio con su propia envidia, que en todo se deslumbraban aun contra sí mismos.

1324. Estando Pilatos en el pretorio con estas altercaciones de los judíos, sucedió que sabiéndolo su mujer que se llamaba Prócula, le envió un recado diciéndole: “¿Qué tienes tú que ver con ese hombre justo? Déjale, porque te hago saber que por su causa he tenido hoy algunas visiones” (Mt 27,19). El motivo de esta advertencia de Prócula fue que Lucifer y sus demonios, viendo lo que se iba ejecutando en la persona de nuestro Salvador y la inmutable mansedumbre con que llevaba tantos oprobios, se hallaron más deslumbrados y desatinados en su furor rabioso. Y aunque su altiva soberbia no acababa de ajustar cómo se compadecía haber divinidad y consentir tales y tantos oprobios y sentir en la carne sus efectos, y con esto no podía entender si era o no era hombre y Dios, con todo eso juzgaba el dragón que allí había algún misterio grande para los hombres y que siempre sería para él y su maldad de mucho daño y estrago si no atajaba el suceso de cosa tan nueva en el mundo. Y con este acuerdo que tomó con sus demonios envió muchas sugerencias a los fariseos para que desistiesen de perseguir a Cristo. Estas ilusiones no aprovecharon, como introducidas por el mismo demonio y sin virtud divina en corazones obstinados y depravados. Y despedidos de reducirlos se fueron a la mujer de Pilatos y la hablaron en sueños y la propusieron que aquel hombre era justo y sin culpa, y que si le condenaba su marido sería privado de la dignidad que poseía, y a ella le sucederían grandes trabajos; que le aconsejase a Pilatos soltase a Jesús y castigase a Barrabás, si no querían tener un mal suceso en su casa y en sus personas.

1325. Con esta visión recibió Prócula grande espanto y temor, y, cuando entendió lo que pasaba entre los judíos y su marido Pilatos, le envió el recado que dice San Mateo (Mt 27,19 (A.)), para que no se metiese en condenar a muerte al que miraba y tenía por justo. Le puso también el demonio otros temores semejantes en la imaginación al mismo Pilatos, y con el aviso de su mujer fueron mayores; aunque, como todos eran mundanos y políticos y no había cooperado a los auxilios verdaderos del Señor, no duró más este miedo de en cuanto no concibió otro que le movió más, como se vio en el efecto. Pero entonces insistió tercera vez con los judíos, como dice San Lucas (Lc 23,22 (A.)), defendiendo a Cristo nuestro Señor como inculpable y testificando que no hallaba en él crimen alguno ni causa de muerte, que le castigaría y soltaría. Y de hecho le castigó, para ver si con esto quedarían satisfechos, como diré en el capítulo siguiente. Pero los judíos, dando voces, respondieron que le crucificase. Entonces Pilatos pidió que le trajesen agua y mandó soltar a Barrabás como lo pedían. Se lavó las manos en presencia de todos, diciendo: “Yo no tengo parte en la muerte de ese hombre justo a que vosotros le condenáis. Mirad lo que hacéis, que en testimonio de esto lavo mis manos, para que se entienda no quedan manchadas con la sangre del Inocente.” Le pareció a Pilatos que con aquella ceremonia se disculpaba con todos y prohibía la muerte de Cristo nuestro Señor a los príncipes de los judíos y a todo el pueblo que la pedía. Y fue tan loca y ciega la indignación de los judíos que, a trueque de ver crucificado al Señor, condescendieron con Pilatos y cargaron sobre sí el delito y sobre sus descendientes y, pronunciando aquella formidable sentencia y execración, dijeron: *“Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.”* (Mt 27,25)

1326. ¡Oh ceguedad estultísima y cruelísima! ¡Oh temeridad nunca imaginada! La injusta condenación del Justo y la sangre del Inocente, a quien el mismo juez declara por inculpable, ¿queréis cargar sobre vosotros y sobre vuestros hijos, para que siempre y contra todos vosotros esté clamando hasta el fin del mundo? ¡Oh pérfidos y sacrílegos judíos, tan poco pesa la sangre del Cordero que lava los pecados del mundo y la vida de un hombre que juntamente es Dios

verdadero! ¿Que es posible que así queréis cargarla sobre vosotros y sobre vuestros hijos? Cuando sólo fuera vuestro hermano, vuestro bienhechor y maestro, fuera vuestra audacia tremenda y execrable vuestra maldad. Justo es por cierto vuestro castigo que padecéis y que el peso de la sangre de Cristo, que con vuestra voluntad cargasteis sobre vosotros y vuestros hijos, no os deje sosegar ni descansar en todo el mundo y que os oprima y quebrante esta carga que pesa más que los mismos cielos y la tierra. Mas ¡ay dolor! que habiendo de caer esta sangre deificada sobre todos los hijos de Adán para lavarlos y purificarlos a todos, que para esto se ha derramado sobre todos los hijos de la Santa Iglesia, y con eso hay muchos en ella que cargan sobre sí mismos con sus obras esta sangre, como los judíos la cargaron con obras y con palabras; ellos ignorando y no creyendo que era sangre de Cristo y los católicos conociendo y confesando que lo es.

1327. Su lengua tienen los pecados de los cristianos y sus depravadas obras con que hablan contra la sangre y muerte de Cristo nuestro Señor, cargándola sobre sí mismos. Sea Cristo afrentado, escupido, abofeteado, escarpado en una cruz, despreciado y muerto y pospuesto a Barrabás; sea atormentado, azotado y coronado de espinas por nuestros pecados, que nosotros no queremos tener más parte en esta sangre, que ser causa que se derrame afrentosamente y que se nos impute eternamente. Padezca y muera el mismo Dios humanado, y nosotros gocemos de los bienes aparentes. Aprovechemos la ocasión, usemos de la criatura (Sab 2,6-8 (A.)), coronémonos de rosas, vivamos con alegría, valgámonos del poder, nadie se nos adelante; despreciemos la humildad, aborrezcamos la pobreza, atesoremos riquezas, engañemos a todos, no perdonemos agravios, entreguémonos al deleite de las delicias torpes, nada vean nuestros ojos que no codicien y todo lo que alcancen nuestras fuerzas; ésta sea nuestra ley sin otro algún respeto. Y si con todo esto crucificamos a Cristo, venga sobre nosotros su sangre y sobre nuestros hijos.

1328. Preguntemos ahora a los réprobos que están en el infierno, si fueron éstas las voces de sus obras que les atribuye Salomón en la sabiduría y si porque hablaron en su corazón consigo mismos tan neciamente se llaman impíos y lo fueron. ¿Qué pueden esperar los que malogran la sangre de Cristo y la cargan sobre sí mismos, no como quien la desea para su remedio, sino como quien la desprecia para su condenación? ¿Quién se hallará entre los hijos de la Iglesia que sufra ser pospuesto a un ladrón facineroso? Tan mal practicada anda esta doctrina, que ya se hace admirable el que consiente que le preceda otro tan bueno y benemérito o más que él, y ninguno se hallará tan bueno como Cristo ni tan malo como Barrabás. Pero son sin número los que a la vista de este ejemplo se dan por ofendidos y se juzgan por desgraciados si no son preferidos y mejorados en la honra, en las riquezas, dignidades y en todo lo que tiene ostentación y aplauso del mundo. Esto se solicita, se litiga y se busca, y en esto se ocupan los cuidados de los hombres y todas sus fuerzas y potencias, desde que principian a usar de ellas hasta que las pierden. Y la mayor lástima y dolor es que no se libran de este contagio los que por su profesión y estado renunciaron el mundo y le volvieron las espaldas y, mandándoles el Señor que olviden su pueblo y la casa de su padre, se vuelven a ella con lo mejor de la criatura humana, que es la atención y cuidado para gobernarlos, la voluntad y deseo para solicitarles cuanto posee el mundo y les parece poco y se introducen en la vanidad. Y en lugar de olvidar la casa de su padre, olvidan la de Dios en que viven, donde reciben los auxilios divinos para conseguir la salvación, la honra y estimación que jamás en el mundo alcanzaran y el sustento sin afán ni cuidado. Y a todos estos beneficios se hacen ingratos, dejando la humildad que por su estado deben profesar. La humildad de Cristo nuestro Salvador y su paciencia, sus afrentas, los oprobios de la cruz, la imitación de sus obras, la escuela de su doctrina, todo se remite a los pobres, a los solitarios, a los desvalidos del mundo y humildes, y los caminos de Sión están desiertos y llorando (Lam 1,4), porque hay tan pocos que vengan a la solemnidad de la imitación de Cristo nuestro Señor.

1329. No fue menor la insipiente de Pilatos en pensar que con lavar sus manos y haber imputado a los judíos la sangre de Cristo quedaba justificado en su conciencia y con los hombres, a quienes pretendía satisfacer con aquella ceremonia llena de hipocresía y mentira. Verdad es que los judíos fueron los principales actores, y más reos en condenar al Inocente, y se cargaron sobre sí mismos esta formidable culpa. Pero no por eso quedó Pilatos libre de ella, pues, conociendo la inocencia de Cristo Señor nuestro, no debía posponerle a un ladrón y homicida, castigarle, ni enmendarle a quien nada tenía que corregir ni enmendar, y mucho menos debiera condenarle y entregarle a la voluntad de sus mortales enemigos, cuya envidia y crueldad le era manifiesta. Pero no puede ser justo juez el que conociendo la verdad y justicia la puso en una balanza con respetos y fines humanos de su propio interés, porque este peso arrastra la razón de los hombres que tienen corazón cobarde y, como no tienen caudal, ni el lleno de las virtudes que han menester los jueces, no pueden resistir a la codicia ni al temor mundano, y cegándolos la pasión desamparan la justicia para no aventurar sus comodidades temporales, como sucedió a Pilatos.

1330. En casa de Pilatos estuvo nuestra gran Reina y Señora, de manera que con el ministerio de sus santos ángeles pudo oír las altercaciones que tenía el inicuo juez con los escribas y pontífices sobre la inocencia de Cristo nuestro bien, sobre posponerle a Barrabás. Y todos los clamores de aquellos inhumanos tigres los oyó con silencio y admirable mansedumbre, como estampa viva de su Santísimo Hijo. Pero aunque su honestísima modestia era inmutable, todas las voces de los judíos penetraban como cuchillos de dos filos su lastimado corazón. Mas los clamores de su doloroso silencio resonaban en el pecho del eterno Padre con mayor agrado y dulzura que los llantos de la hermosa Raquel, con que según dice Jeremías (Jer 31,15 (A.)), lloraba a sus hijos sin consuelo, porque no los pudo restaurar; que nuestra hermosísima Raquel María purísima no pedía venganza, sino perdón para los enemigos que le quitaban el Unigénito del Padre y suyo. Y en todos los actos que hacía el alma santísima de Cristo le imitaba y acompañaba, obrando con tanta plenitud de santidad y perfección, que ni la pena suspendía sus potencias, ni el dolor impedía la caridad, ni la tristeza remitía su fervor, ni el bullicio distraía su atención, ni las injurias y tumulto de la gente le eran embarazo para estar recogida dentro de sí misma, porque a todo daba el lleno de las virtudes en grado eminentísimo.

Doctrina que me dio la gran Señora del cielo María Santísima.

1331. “Hija mía, de lo que has escrito y entendido te veo admirada, reparando en que Pilatos y Herodes no se mostraron tan inhumanos y crueles en la muerte de mi Hijo Santísimo como los sacerdotes, pontífices y fariseos; y ponderas mucho que aquéllos eran jueces seculares y gentiles y éstos eran ministros de la ley y sacerdotes del pueblo de Israel que profesaban la verdadera fe. A este pensamiento te quiero responder con una doctrina que no es nueva, y tú la has entendido otras veces, mas ahora quiero que la renueves y no la olvides por todo el discurso de tu vida. Advierte, pues, carísima, que la caída de más alto lugar es en extremo peligrosa y su daño o es irreparable o muy dificultoso el remedio. Eminente lugar en la naturaleza y en los dones de la luz y gracia tuvo Lucifer en el cielo, porque en su hermosura excedía a todas las criaturas, y por la caída de su pecado descendió a lo profundo de la fealdad y miseria y a la mayor obstinación de todos sus secuaces. Los primeros padres del linaje humano, Adán y Eva, fueron puestos en altísima dignidad y encumbrados beneficios, como salidos de la mano del Todopoderoso, y su caída perdió a toda su posteridad con ellos mismos, y su remedio fue tan costoso como lo enseña la fe, y fue inmensa misericordia remediarlos a ellos y a sus descendientes.

1332. “Otras muchas almas han subido a la cumbre de la perfección y de allí han caído infelicísimamente, hallándose después casi desconfiadas o imposibilitadas para levantarse. Este daño por parte de la misma criatura nace de muchas causas. La primera es el despecho y confusión desmedida que siente el que ha caído de mayores virtudes; porque no sólo perdió mayores bienes, pero tampoco fía de los beneficios futuros más que de los pasados y perdidos y no se promete más firmeza de los que puede adquirir con nueva diligencia que en los adquiridos y malogrados por su ingratitud. De esta peligrosa desconfianza se sigue el obrar con tibieza, sin fervor y sin diligencia, sin gusto y sin devoción, porque todo esto extingue la desconfianza, así como animada y alentada la esperanza vence muchas dificultades, corrobora y vivifica a la flaqueza de la criatura humana para emprender magníficas obras. Otra razón hay, y no menos formidable, y es que las almas acostumbradas a los beneficios de Dios, o por oficio como los sacerdotes y religiosos, o por ejercicios de virtudes y favores como otras personas espirituales, de ordinario pecan con desprecio de los mismos beneficios y mal uso de las cosas divinas; porque con la frecuencia de ellas incurren en esta peligrosa grosería de estimar en poco los dones del Señor, y con esta irreverencia y poco aprecio impiden los efectos de la gracia para cooperar con ella y pierden el temor santo, que despierta y estimula para el bien obrar, para obedecer a la divina voluntad y aprovecharse luego de los medios que ordenó Dios para salir del pecado y alcanzar su amistad y la vida eterna. Este peligro es manifiesto en los sacerdotes tibios, que sin temor y reverencia frecuentan la Eucaristía y otros sacramentos, en los doctos y sabios y en los poderosos del mundo, que con dificultad se corrigen y enmiendan sus pecados, porque han perdido el aprecio y veneración de los remedios de la Iglesia, que son los santos sacramentos, la predicación y doctrina. Y con estas medicinas, que son en otros pecadores saludables y sanan los ignorantes, enferman ellos, que son los médicos de la salud espiritual.

1333. “Otras razones hay de este daño, que miran al mismo Señor. Porque los pecados de aquellas almas, que por estado o virtud se hallan más obligadas a Dios, se pesan en la balanza de su justicia muy diferentemente que los de otras almas menos beneficiadas de su misericordia. Y aunque los pecados de todos sean de una misma materia, por las circunstancias son muy diferentes: porque los sacerdotes y maestros, los poderosos y prelados y los que tienen lugar o nombre de santidad, hacen gran daño con el escándalo de la caída y pecados que cometen. Es mayor su audacia y temeridad en atreverse contra Dios, a quien más conocen y deben, ofendiéndole con mayor luz y ciencia, y por esto

con más osadía y desacato que los ignorantes; con que le desobligan tanto los pecados de los católicos, y entre ellos los de los más sabios e ilustrados, como se conoce en todo el corriente de las Escrituras sagradas. Y como en el término de la vida humana, que está señalado a cada uno de los mortales para que en él merezca el premio eterno, también está determinado hasta qué número de pecados le ha de aguardar y sufrir la paciencia del Señor a cada uno, pero este número no se computa sólo según la cantidad y multitud, sino también según la calidad y peso de los pecados en la divina justicia; y así puede suceder que en las almas de mayor ciencia y beneficios del cielo, la calidad supla la multitud de los pecados y con menos en número sean desamparados y castigados que otros pecadores con más. No a todos puede suceder lo que a David y a San Pedro, porque no en todos habrán precedido tantas obras buenas antes de su caída, a que tenga atención el Señor. Ni tampoco el privilegio de algunos es regla general para todos, porque no todos son elegidos para un ministerio, según los juicios ocultos del Señor.

1334. “Con esta doctrina quedará, hija mía, satisfecha tu duda y entenderás cuán malo y lleno de amargura es ofender al Todopoderoso, cuando a muchas almas que redimió con su sangre las pone en el camino de la luz y las lleva por él, y cómo de alto estado puede caer una persona a más perversa obstinación que otras inferiores. Esta verdad testifica el misterio de la muerte y pasión de mi Hijo Santísimo, en que los pontífices, sacerdotes, escribas y todo aquel pueblo en comparación de los gentiles, estaba más obligado a Dios, y sus pecados los llevaron a la obstinación, ceguera y crueldad más abominable y precipitada que a los mismos gentiles, que ignoraban la verdadera religión. Quiero también que esta verdad y ejemplo te avisen de tan terrible peligro, para que prudente le temas y con el temor santo juntes el humilde agradecimiento y alta estimación de los bienes del Señor. En el tiempo de la abundancia no te olvides de la penuria (Eclo 18,25). Confiere lo uno y lo otro en ti misma, considerando que el tesoro lo tienes en vaso quebradizo y le puedes perder, y que el recibir tantos beneficios no es merecerlos, ni el poseerlos es derecho de justicia sino gracia y liberalidad, y el haberte hecho el Altísimo tan familiar suya no es asegurarte de que no puedes caer o que vivas descuidada o pierdas el temor y reverencia. Todo ha de caber en ti al paso y peso de los favores, porque también ha crecido la ira de la serpiente y se desvela contra ti más que contra otras almas, porque ha conocido que con muchas generaciones no ha mostrado el Altísimo su liberal amor tanto como lo hace contigo; y si cayese tu ingratitud sobre tantos beneficios y misericordias, serías infelicísima y digna de riguroso castigo y tu culpa sin descargo.”

CAPITULO 20

[Regresar al Principio](#)

Por mandado de Pilatos fue azotado nuestro Salvador Jesús, coronado de espinas y escarnecido, y lo que en este paso hizo María Santísima.

1335. Conociendo Pilatos la porfiada indignación de los judíos contra Jesús Nazareno y deseando no condenarle a muerte porque le conocía inocente, le pareció que mandándole azotar con rigor aplacaría el furor de aquel ingratisimo pueblo y la envidia de los pontífices y escribas, para que dejasen de perseguirle y pedir su muerte, y si acaso en algo hubiese faltado Cristo a las ceremonias y ritos judaicos quedaría bastante castigado. Y este juicio hizo Pilatos, porque en el discurso del proceso se informó y le dijeron que le imputaban a Cristo que no guardaba el sábado ni otras ceremonias, de que vana y neciamente le calumniaban, como consta del discurso de su predicación, que refieren los sagrados evangelistas. Pero siempre discurría en esto Pilatos como ignorante, pues ni al Maestro de la santidad podía caber defecto alguno contra la ley que había venido no a quebrantarla sino a cumplirla y llenarla toda (Mt 5,17), ni tampoco, cuando fuera verdadera la calumnia, no le debía castigar por esto con pena tan desigual pues tenían los mismos judíos en su ley otros medios con que se purificaban de las transgresiones, que cada paso cometían contra su ley con tal impiedad y pena de azotes. Y mayor engaño padeció este juez pensando que los judíos tenían algún linaje de humanidad y compasión natural, porque su indignación y furor contra el mansísimo Maestro no era de hombres que naturalmente suelen moverse y aplacarse cuando ven rendido y humillado al enemigo, porque tienen corazones de carne y el amor de su semejante es natural y causa de alguna compasión; pero aquellos pérfidos judíos estaban revestidos y como transformados en demonios, que contra el más rendido y afligido se enfurecen más y cuando le ven más desvalido entonces dicen: “persigámosle ahora que no tiene quien le defienda y libre de nosotros.”

1336. Tal como ésta era la implacable saña de los pontífices y fariseos, sus confederados, contra el Autor de la vida, porque Lucifer, desconfiando de impedirle la muerte que los mismos judíos pretendían, los irritaba con su espantosa malicia, para que se la diesen con desmedida crueldad. Pilatos estaba entre la luz de la verdad que conocía y entre los

motivos humanos y terrenos que le gobernaban, y, siguiendo el error que ellos administran a los que gobiernan, mandó azotar con rigor al mismo que protestaba hallarle sin culpa. Para ejecutar este aviso y persuasión del demonio y acto tan injusto, fueron señalados seis ministros de justicia o verdugos robustos y de mayores fuerzas, que, como hombres viles, réprobos y sin piedad, admitieron muy gustosos el oficio de verdugos, porque el airado y envidioso siempre se deleita en ejecutar su furor, aunque sea con acciones inhonestas, crueles y feas. Luego estos ministros del demonio con otros muchos llevaron a nuestro Salvador Jesús al lugar de aquel suplicio, que era un patio o zaguán de la casa donde solían dar tormento a otros delincuentes para que confesaran sus delitos. Este patio era de un edificio no muy alto y rodeado de columnas, que unas estaban cubiertas con el edificio que sustentaban y otras descubiertas y más bajas. A una columna de éstas, que era de mármol, le ataron fuertemente, porque siempre le juzgaban por mágico y temían no se les fuese de entre las manos.

1337. Desnudaron a Cristo nuestro Redentor primero la vestidura blanca, no con menor ignominia que en casa del adúltero y homicida Herodes se la habían vestido. Y para desatarle las sogas y cadenas que debajo tenía desde la prisión del huerto, le maltrataron impiamente, rompiéndole las llagas que las mismas prisiones por estar tan apretadas le habían abierto en los brazos y muñecas. Y dejándole sueltas las manos divinas, le mandaron con ignominioso imperio y blasfemias que el mismo Señor se despojase de la túnica inconsútil que iba vestido. Esta era la misma en número que su Madre Santísima le había vestido en Egipto, cuando al dulce Jesús niño le puso en pie, como en su lugar queda advertido (Cf. n.691). Sola esta túnica tenía entonces el Señor, porque en el huerto, cuando le prendieron, le quitaron un manto o capa que solía traer sobre la túnica. Obedeció el Hijo del eterno Padre a los verdugos y comenzó a desnudarse, para quedar en presencia de tanta gente con la afrenta de la desnudez de su sagrado y honestísimo cuerpo. Y los ministros de aquella crueldad, pareciéndoles que la modestia del Señor tardaba mucho a despojarse, le asieron de la túnica con violencia; para desnudarle muy aprisa y, como dicen, a rodapelo. Quedó Su Majestad totalmente desnudo, salvo unos paños de honestidad que traía debajo la túnica, que también eran los mismos que su Madre Santísima le vistió en Egipto con la tunicela; porque todo había crecido con el sagrado cuerpo, sin habérselos desnudado ni esta ropa ni el calzado que la misma Señora le puso, salvo en la predicación, como entonces dije (Cf. supra n.1168), que muchas veces andaba pie por tierra.

1338. Algunos doctores entiendo que han dicho o meditado que a nuestro Salvador Jesús, en esta ocasión de los azotes y para ser crucificado, le desnudaron del todo, permitiendo Su Majestad aquella confusión para mayor tormento de su persona; pero habiendo inquirido la verdad, con nuevo orden de la obediencia, se me ha declarado que la paciencia del divino Maestro estuvo aparejada para padecer todo lo que fuera decente y sin resistencia a ningún oprobio. Y que los verdugos intentaron este agravio de la total desnudez de su cuerpo santísimo y llegaron a querer despojarle de aquellos paños de honestidad con que sólo había quedado, pero no lo pudieron conseguir, porque en llegando a tocarlos se les quedaban los brazos yertos y helados, como sucedió en casa de Caifás cuando pretendieron desnudar al Señor del cielo, y queda dicho en el capítulo 17 (Cf. supra n.1290). Y aunque todos los seis verdugos llegaron a probar sus fuerzas en esta injuria, les sucedió lo mismo; no obstante que después, para azotar al Señor con más crueldad, estos ministros del pecado le levantaron algo los paños de la honestidad, y a esto dio lugar Su Majestad, mas no a que le despojasen del todo y se los quitasen. Tampoco el milagro de verse impedidos y entorpecidos para aquel desacato movió ni ablandó los corazones de aquellas fieras humanas, pero con insania diabólica lo atribuyeron a la hechicería y arte mágica que imputaban al Autor de la verdad y vida.

1339. En esta forma quedó Su Majestad desnudo en presencia de mucha gente, y los seis verdugos le ataron crudamente a una columna de aquel edificio para castigarle más a su salvo. Luego por su orden de dos en dos le azotaron con crueldad tan inaudita, que no pudo caer en condición humana, si el mismo Lucifer no se hubiera revestido en el impío corazón de aquellos sus ministros. Los dos primeros azotaron al inocentísimo Señor con unos ramales de cordeles muy retorcidos, endurecidos y gruesos, estrenando en este sacrilegio todo el furor de su indignación y las fuerzas de sus potencias corporales. Y con estos primeros azotes levantaron en el cuerpo deificado de nuestro Salvador grandes cardenales y verdugos, de que le cuajaron todo, quedando entumecido y desfigurado por todas partes para reventar la preciosísima sangre por las heridas. Pero cansados estos flageladores, entraron de nuevo y a porfía los otros dos segundos, y con los segundos ramales de correas como riendas durísimas le azotaron sobre las primeras heridas, rompiendo todas las ronchas y cardenales que los primeros habían hecho y derramando la sangre divina, que no sólo bañó todo el sagrado cuerpo de Jesús nuestro Salvador, sino que salpicó y cubrió las vestiduras de los ministros sacrílegos que le atormentaban y corrió hasta la tierra. Con esto se retiraron los segundos verdugos y comenzaron los terceros, sirviéndoles de nuevos instrumentos unos ramales de nervios de animales, casi duros como

mimbres ya secas. Estos azotaron al Señor con mayor crueldad, no sólo porque ya no herían a su virginal cuerpo sino a las mismas heridas que los primeros habían dejado, sino también porque de nuevo fueron ocultamente irritados por los demonios, que de la paciencia de Cristo estaban más enfurecidos.

1340. Y como en el sagrado cuerpo estaban ya rotas las venas y todo él era una llaga continuada, no hallaron estos terceros verdugos parte sana en que abrirlas de nuevo. Y repitiendo los inhumanos golpes rompieron las inmaculadas y virgíneas carnes de Cristo nuestro Redentor, derribando al suelo muchos pedazos de ella y descubriendo los huesos en muchas partes de las espaldas, donde se manifestaban patentes y rubricados con la sangre, y en algunas se descubrían en más espacio del hueso que una palma de la mano. Y para borrar del todo aquella hermosura que excedía a todos los hijos de los hombres, le azotaron en su divino rostro, en los pies y manos, sin dejar lugar que no hiriesen, donde pudieron extender su furor y alcanzar la indignación que contra el inocentísima Cordero habían concebido. Corrió su divina sangre por el suelo, rebasándose en muchas partes con abundancia. Y estos golpes que le dieron en pies y manos y en el rostro fueron de incomparable dolor, por ser estas partes más nerviosas, sensibles y delicadas. Quedó aquella venerable cara entumecida y llagada hasta cegarle los ojos con la sangre y cardenales que en ella hicieron. Y sobre todo esto le llenaron de salivas inmundísimas, que a un mismo tiempo le arrojaban, hartándole de oprobios. El número ajustado de los azotes que dieron al Salvador fue cinco mil ciento y quince, desde las plantas de los pies hasta la cabeza. Y el gran Señor y autor de toda criatura, que por su naturaleza divina era impasible, quedó por nosotros, y en la condición de nuestra carne, hecho varón de dolores, como lo había profetizado Isaías (Is 53,3 (A.)), y muy sabio en la experiencia de nuestras enfermedades, el novísimo de los hombres y reputado por el desprecio de todos.

1341. La multitud del pueblo que seguía a Jesús Nazareno nuestro Salvador tenía ocupados los zaguanes de la casa de Pilatos hasta las calles, porque todos esperaban el fin de aquella novedad, discurrendo y hablando con un tumulto confusísimo, según el juicio que cada uno concebía del suceso. Y entre toda esta confusión la Madre Virgen padeció incomparables denuestos y tribulaciones de los oprobios y blasfemias que los judíos y otros gentiles decían contra su Hijo Santísimo. Y cuando le llevaban al lugar de los azotes, se retiró la prudentísima Señora a un rincón del zaguán con las Marías y San Juan, que la asistían y acompañaban en su dolor. Retirada en aquel puesto vio por visión clarísima todos los azotes y tormentos que padecía nuestro Salvador, y aunque no los vio con los ojos del cuerpo, nada le fue oculto más que si estuviera mirándole muy de cerca. Y no puede caer en humano pensamiento cuáles y cuántos fueron los dolores y aflicciones que en esta ocasión padeció la gran Reina y Señora de los ángeles, y con otros misterios ocultos se conocerán en la divinidad, cuando allí se manifiesten a todos para gloria del Hijo y de la Madre. Pero ya he dicho en otros lugares de esta Historia, y más en el discurso de la pasión del Señor (Cf. supra n.1219,1236,1264), que sintió María Santísima en su cuerpo todos los dolores que con las heridas sentía y recibía el Hijo. Y este dolor tuvo también en los azotes, sintiéndolos en todas las partes de su virginal cuerpo, donde se los daban a Cristo nuestro bien. Y aunque no derramó sangre más de la que vertía con las lágrimas, ni se trasladaron las llagas a la candidísima paloma, pero el dolor la transformó y desfiguró de manera que San Juan y las Marías le llegaron a desconocer por su semblante. A más de los dolores del cuerpo fueron inefables los que padeció en su purísima alma, porque allí fue donde añadiendo la ciencia se añadió el dolor (Ecl 1,18). Y sobre el amor natural de madre y el de la suprema caridad de Cristo, ella sola supo y pudo ponderar sobre todas las criaturas la inocencia de Cristo, la dignidad de su divina persona y el peso de las injurias que recibía de la perfidia judaica y de los mismos hijos de Adán, a quienes redimía de la eterna muerte.

1342. Ejecutada la sentencia de los azotes, los mismos verdugos con imperioso desacato desataron a nuestro Salvador de la columna y renovando las blasfemias le mandaron se vistiese luego su túnica que le habían quitado. Pero uno de aquellos ministros, incitado del demonio, mientras azotaban al mansísimo Maestro había escondido sus vestiduras, para que no pareciesen y perseverase desnudo para mayor irrisión y afrenta de su divina persona. Este mal intento del demonio conoció la Madre del Señor y, usando de potestad de Reina, mandó a Lucifer se desviase de aquel lugar con todos sus demonios, y luego se alejaron compelidos de la virtud y poder de la gran Señora. Y ella dio orden que por mano de los santos ángeles fuese restituida la túnica de su Hijo Santísimo a donde Su Majestad pudiese tomarla, para vestir su sagrado y lastimado cuerpo. Todo se ejecutó al punto, aunque los sacrílegos ministros no entendieron este milagro, ni cómo se había obrado, pero todo lo atribuían a la hechicería y arte del demonio. Se vistió nuestro Salvador, habiendo padecido sobre sus llagas el nuevo dolor que le causaba el frío, porque de los evangelistas (Mc 14,54; Lc 22,55; Jn 18,18) consta que le hacía, y Su Majestad había estado desnudo grande rato; con que la sangre de las heridas se le había helado y comprimían las llagas, estaban entumecidas y más dolorosas, las fuerzas eran menos para tolerarle, porque el frío las debilitaba, aunque el incendio de su infinita caridad las esforzaba a padecer y desear más y más. Y con ser la

compasión tan natural en las criaturas racionales, no hubo quien se compadeciese de su aflicción y necesidad, si no es la dolorosa Madre, que por todo el linaje humano lloraba, se lastimaba y compadecía.

1343. Entre los sacramentos del Señor, ocultos a la humana sabiduría, causa grande admiración que la indignación de los judíos, que eran hombres sensibles de carne y sangre como nosotros, no se aplacase viendo a Cristo nuestro bien tan lastimado y herido de sus azotes, y que un objeto tan lastimoso no les moviese a compasión natural; antes bien le quedó a la envidia materia para arbitrar nuevos modos de injurias y de tormentos contra quien estaba tan lastimado. Pero tan implacable era su furor, que luego intentaron otro nuevo e inaudito género de tormento. Fueron a Pilatos y en el pretorio en presencia de los de su consejo le dijeron: “Este seductor y engañador del pueblo, Jesús Nazareno, ha querido con sus embustes y vanidad que le tuvieran todos por Rey de los judíos y, para que se humille su soberbia y se desvanezca más su presunción, queremos que permitas le pongamos las insignias reales que mereció su fantasía.” Consintió Pilatos con la injusta demanda de los judíos, para que la ejecutasen como lo desearon.

1344. Llevaron luego a Jesús nuestro Salvador al pretorio, donde le desnudaron de nuevo con la misma crueldad y desacato y le vistieron una ropa de púrpura muy lacerada y manchada, como vestidura de rey fingido, para irrisión de todos. Le pusieron también en su sagrada cabeza un seto de espinas muy tejido, que le sirviese de corona. Era este seto de juncos espinosos, con puntas muy aceradas y fuertes, y se le apretaban de manera que muchas le penetraron hasta el casco y algunas hasta los oídos y otras hasta los ojos, y por esto fue uno de los mayores tormentos el que padeció Su Majestad con la corona de espinas. En vez de cetro real le pusieron en la mano derecha una caña contentible y sobre todo esto le arrojaron sobre los hombros un manto de color morado, al modo de las capas que se usan en la Iglesia, porque también este vestido pertenecía al adorno de la dignidad y persona de los reyes. Con toda esta ignominia armaron rey de burlas los pérfidos judíos al que por naturaleza y por todos títulos era verdadero Rey de los reyes y Señor de los señores (Ap 19,16). Se juntaron luego todos los de la milicia en presencia de los pontífices y fariseos y cogiendo en medio a nuestro Salvador Jesús, con desmedida irrisión y mofa le llenaron de blasfemias; porque unos le hincaban las rodillas y con burla le decían: “Dios te salve, Rey de los judíos;” otros le daban bofetadas, otros con la misma caña que tenía en sus manos herían su divina cabeza dejándola lastimada, otros le arrojaban inmundísimas salivas, y todos le injuriaban y despreciaban con diferentes contumelias, administradas del demonio por medio de su furor diabólico.

1345. ¡Oh caridad incomprensible y sin medida! ¡Oh paciencia nunca vista ni imaginada entre los hijos de Adán! ¿Quién, Señor y bien mío, pudo obligar a tu grandeza para que te humillaras, siendo verdadero y poderoso Dios en tu ser y en tus obras, a padecer tan inauditos tormentos, oprobios y blasfemias? Pero ¿quién, oh Bien infinito, dejó de desobligarte entre todos los hombres, para que nada hicieras ni padecieras por ellos? ¿Quién tal pensara ni creyera si no conociéramos tu bondad infinita? Pero ya que la conocemos y con la firmeza de la santa fe miramos tan admirables beneficios y maravillas de tu amor, ¿dónde está nuestro juicio?, ¿qué hace la luz de la verdad que confesamos?, ¿qué encanto es éste que padecemos, pues a vista de tus dolores, azotes, espinas, oprobios y contumelias, buscamos sin vergüenza ni temor los deleites, el regalo, el descanso, las mayorías y vanidades del mundo? Verdaderamente es grande el número de los necios (Ecl 1,15), pues la mayor estulticia y fealdades conocer la deuda y no pagarla, recibir el beneficio y nunca agradecerle, tener a los ojos el mayor bien y despreciarle, apartarle de nosotros y no lograrle, dejar la vida, huir de ella y seguir la eterna muerte. No despegó su boca el inocentísimo cordero Jesús entre tales y tantos oprobios, ni tampoco se aplacó la indignación furiosa de los judíos, ni con la irrisión y escarnios que hizo del divino Maestro, ni con los tormentos que añadió a los desprecios de su sobre dignísima persona.

1346. Parecióle a Pilatos que un espectáculo tan lastimoso como estaba Jesús Nazareno movería y confundiría los corazones de aquel ingrato pueblo, y le mandó sacar del pretorio a una ventana donde todos le viesan así como estaba azotado, desfigurado y coronado de espinas con las vestiduras ignominiosas de fingido rey. Y hablando el mismo Pilatos al pueblo, les dijo: “*Ecce Homo*” (Jn 19,5). “Veis aquí el hombre que tenéis por vuestro enemigo. ¿Qué más puedo hacer con él que haberle castigado con tanto rigor y severidad? No tendréis ya que temerle. Yo no hallo en él causa de muerte.” Verdad cierta y segura era la que decía el juez, pero con ella misma condenaba su injustísima piedad, pues a un hombre que conocía y confesaba por justo y sabía que no era digno de muerte le había hecho atormentar y consentido de manera que le pudieran quitar los tormentos una y muchas vidas. ¡Oh ceguera del amor propio y maldad de contemplar con los que dan o quitan las dignidades! ¡Cómo oscurecen la razón estos motivos y tuercen el peso de la justicia, y la adulteraron en la verdad mayor y en la condenación del Justo de los justos! Temblad, jueces que juzgáis la tierra, y mirad que los pesos de vuestros juicios y dictámenes no sean engañosos, porque los

juzgados y condenados en una injusta sentencia vosotros sois. Como los pontífices y fariseos deseaban quitar la vida a Cristo nuestro Salvador con efecto e ira insaciable, nada menos que la muerte de Su Majestad les contentaba ni satisfacía, y así respondieron a Pilatos: “*Crucifícale, crucifícale.*” (Jn 19,6)

1347. La bendita entre las mujeres María Santísima vio a su benditísimo Hijo, cuando Pilatos le manifestó y dijo: “Ecce Homo,” y puesta de rodillas le adoró y confesó por verdadero Dios-Hombre. Y lo mismo hicieron San Juan y las Marías y todos los ángeles que asistían a su gran Reina y Señora; porque ella, como Madre de nuestro Salvador y como Reina de todos, les ordenó que lo hiciesen así, a más de la voluntad que los santos ángeles conocían en el mismo Dios. Habló la prudentísima Señora con el eterno Padre y con los santos ángeles, y mucho más con su amantísimo Hijo, palabras llenas de gran peso, de dolor, compasión y profunda reverencia, que en su inflamado y castísimo pecho se pudieron concebir. Consideró también con su altísima sabiduría que en aquella ocasión en que su Hijo Santísimo estaba tan afrentado y burlado, despreciado y escarnecido de los judíos, convenía en el modo más oportuno conservar el crédito de su inocencia. Y con este prudentísimo acuerdo renovó la divina Madre las peticiones que arriba dije (Cf, supra n.1306) hizo por Pilatos, para que continuase en declarar como juez que Jesús nuestro Redentor no era digno de muerte, ni malhechor, como los judíos pretendían que el mundo lo entendiese.

1348. En virtud de esta oración de María Santísima sintió Pilatos grande compasión de ver al Señor tan lastimado de los azotes y oprobios y le pesó que le hubiesen castigado con tanta impiedad. Y aunque a todos estos movimientos le ayudó algo el ser de condición más blanda y compasiva, pero lo más obraba en él la luz que recibía por intercesión de la gran Reina y Madre de la gracia. Y de esta misma luz se movió el injusto juez, para tener tantas demandas y respuestas con los judíos sobre soltar a Jesús nuestro Salvador, como lo refiere el evangelista San Juan (Jn 19,4) en el capítulo 19, después de la coronación de espinas. Y pidiéndole ellos que le crucificase, respondió Pilatos: “Tomadle allá vosotros y crucificadle, que yo no hallo causa justa para hacerlo.” Replicaron los judíos: “Conforme a nuestra ley es digno de muerte, porque se hace Hijo de Dios.” Esta réplica puso mayor miedo a Pilatos, porque hizo concepto que podía ser verdad que Jesús era Hijo de Dios, en la forma que él sentía de la divinidad. Y por este miedo se retiró al pretorio, donde a solas habló con el Señor y le preguntó de dónde era. No respondió Su Majestad a esta pregunta, porque no estaba Pilatos en estado de entender la respuesta, ni la merecía. Y con todo eso volvió a instar y dijo al Rey del cielo: “Pues ¿a mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte o para darte por libre?” Pretendió Pilatos obligar a Jesús con estas razones a que se disculpase y le respondiese algo de lo que deseaba saber, y le pareció que un hombre tan afligido y atormentado admitiría cualquiera favor que le ofreciese el juez.

1349. Pero el Maestro de la verdad respondió a Pilatos sin excusarse y con mayor alteza que él pedía, y así le dijo Su Majestad: “No tuvieras tú potestad alguna contra mí, si de lo alto no te fuera concedido, y por esto el que me entregó en tus manos cometió mayor pecado.” Con esta sola respuesta no pudiera este juez tener disculpa en condenar a Cristo, pues debía entender por ella que sobre aquel Hombre Jesús no tenía él potestad, ni el César; que por orden más alto era permitido que le entregasen a su jurisdicción contra razón y justicia y que por esto Judas y los pontífices habían cometido mayor pecado que el mismo Pilatos en no soltarle, pero que también él era reo de la misma culpa, aunque no tanto como los otros. No llegó a conocer Pilatos esta misteriosa verdad, pero con todo eso se atemorizó mucho con las palabras de Cristo nuestro bien y puso mayor esfuerzo en soltarle. Los pontífices, que conocieron el intento de Pilatos, le amenazaron con la desgracia del emperador, en que incurría y caería de ella si le soltaba y no quitaba la vida a quien se levantaba por rey. Y le dijeron: “Si a este hombre dejas libre, no eres amigo del César, pues el que se hace rey contraviene a sus órdenes y mandatos.” Dijeron esto, porque los emperadores romanos no consentirían que sin su voluntad se atreviese nadie en todo el imperio a usurpar la vestidura o título de rey, y si Pilatos lo consintiera no guardara los decretos del César. Se turbó mucho con esta maliciosa amenaza y advertencia de los judíos y, sentándose en su tribunal a la hora de sexta para sentenciar al Señor, volvió a instar otra vez diciendo a los judíos: “*Veis aquí a vuestro Rey.*” Respondieron todos: “*Quítale, quítale allá, crucifícale.*” Les replicó Pilatos: “*¿Pues a vuestro Rey he de crucificar?*” Dijeron todos a voces: “*No tenemos otro rey fuera del César.*”

1350. Se dejó vencer Pilatos de la porfía y malicia de los judíos. Y estando en su tribunal que en griego se llama *Lithostrotos* y en hebreo *Gabatha* día de Parasceve, pronunció la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, como diré en el capítulo siguiente. Y los judíos salieron de la sala con grande orgullo y alegría, publicando la sentencia del inocentísimo Cordero, en que ignorándolo ellos consistía nuestro remedio. Todo le fue notorio a la dolorosa Madre, que por visión expresa lo miraba desde fuera. Y cuando salieron los pontífices y fariseos publicando la condenación de su Hijo Santísimo a muerte de cruz, se renovó el dolor de aquel castísimo corazón, quedó dividido con el cuchillo de

amargura que le penetró y traspasó sin piedad alguna. Y porque excede a todo humano pensamiento el dolor que aquí padeció María Santísima, no puedo hablar en él, sino remitirlo a la piedad cristiana. Ni tampoco es posible referir los actos interiores que ejerció de adoración, culto, reverencia, amor, compasión, dolor y conformidad.

Doctrina que me dio la gran Señora y Reina del cielo.

1351. “Hija mía, con admiración discurre sobre la dureza y malicia de los judíos y facilidad de Pilatos, que la conoció y se dejó vencer de ella contra la inocencia de mi Hijo y mi Señor. De esta admiración quiero sacarte con la enseñanza y avisos que te convienen para ser cuidadosa en el camino de la vida. Ya sabes que las profecías antiguas de los misterios de la Redención y todas las Santas Escrituras habían de ser infalibles, pues antes faltaría el cielo y tierra que se dejasen de cumplir (Mt 24,35) como en la mente divina estaban determinadas; y para ejecutarse la muerte torpísima, que estaba profetizada darían a mi Señor (Sab 2,20 (A.)), era necesario que hubiera hombres que le persiguiesen, pero que éstos, fuesen los judíos y sus pontífices y el injusto juez Pilatos que le condenó fue desdicha y suma infelicidad suya y no elección del Altísimo, que a todos quisiera salvar. Quien llevó a estos ministros a tanta ruina fueron sus propias culpas y suma malicia, con que resistieron a la gracia de los mayores beneficios de tener consigo a su Redentor y Maestro, tratarle, conocerle, oír su predicación y doctrina, ver sus milagros y recibir tantos favores, que ninguno de los antiguos padres los alcanzaron, aunque lo desearon (Mt 13,17). Con esto se justificó la causa del Señor y se conoció que cultivó su viña por su mano y la llenó de beneficios, y ella le dio en retorno espinas y abrojos y quitó la vida al Dueño que la plantó y no quiso reconocerle, como debía y podía más que los extraños (Mt 21,33ss).

1352. Esto que sucedió en la cabeza Cristo mi Señor e Hijo, ha de suceder hasta el fin del mundo en los miembros de este cuerpo místico, que son los justos y predestinados, porque fuera monstruosidad que los miembros no correspondieran con la Cabeza y los hijos al Padre y los discípulos al Maestro. Y aunque siempre han de ser necesarios los escándalos (Mt 18,7), porque siempre han de estar juntos en el mundo los justos y pecadores, los predestinados y los réprobos, siempre quien persiga y quien sea perseguido, quien dé la muerte y quien la padezca, quien mortifique y quien sea mortificado, pero estas suertes se dividen por la malicia o bondad de los hombres y será desdichado aquel que por su culpa y mala voluntad hace que venga el escándalo que ha de venir al mundo y para esto se hace instrumento del demonio. Esta obra comenzaron en la nueva Iglesia los pontífices y fariseos y Pilatos, que todos labraron la cabeza de este hermosísimo cuerpo místico, y en el discurso del mundo imitan y siguen a los judíos y al demonio los que labran los miembros, que son los santos y predestinados.

1353. Advierte, pues, ahora, carísima, cuál de estas suertes quieres elegir en presencia de mi Señor y mía. Y si cuando tu Redentor, tu Esposo y tu Cabeza fue atormentado, afligido, coronado de espinas y lleno de ignominias, quieres tú ser parte suya y miembro de este cuerpo místico, no es conveniente ni posible que vivas en regalo según la carne. Tú has de ser la perseguida y no perseguir, la oprimida y no oprimir, la que lleves la cruz y sufras el escándalo y no le causes, tú la que padezcas y no hagas padecer a ninguno de tus próximos; antes bien, debes procurarles su remedio y salvación en cuanto a ti fuere posible continuando la perfección de tu estado y vocación. Esta es la parte de los amigos de Dios y la herencia de sus hijos en la vida mortal y en ella se contiene la participación de la grada y de la gloria que, con los tormentos y oprobios y con la muerte de cruz, les adquirió mi Hijo y mi Señor; y yo también cooperé en esta obra, costándome los dolores y aflicciones que tú has entendido, cuyas especies y memoria nunca quiero que de tu intención se borren. Poderoso era el Altísimo para hacer grandes en lo temporal a sus predestinados, para darles riquezas, regalos y excelencia entre todos, y hacerlos fuertes como leones y que todo lo rindieran a su invencible poder. Pero no convenía llevarlos por este camino, porque los hombres no se engañasen, pensando que en la grandeza de lo visible y terreno consistía su felicidad y desampararan las virtudes, oscurecieran la gloria del Señor y no conocieran la eficacia de la divina gracia, ni aspiraran a lo espiritual y eterno. En esta ciencia quiero que estudies continuamente y te aproveches cada día, obrando y ejecutando todo lo que con ella entiendes y conoces.

CAPITULO 21

[Regresar al Principio](#)

Pronuncia Pilatos la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, lleva Su Majestad la cruz a costas en que ha de morir, síguele su Madre Santísima y lo que hizo la gran Señora en este paso contra el demonio y otros sucesos.

1354. Decretó Pilatos la sentencia de muerte de cruz contra la misma vida, Jesús nuestro Salvador, a satisfacción y

gusto de los pontífices y fariseos. Y habiéndola intimado y notificado al inocentísimo reo, retiraron a Su Majestad a otro lugar en la casa del juez, donde le desnudaron la púrpura ignominiosa que le habían puesto como a rey de burlas y fingido. Y todo fue con misterio de parte del Señor; aunque de parte de los judíos fue acuerdo de su malicia, para que fuese llevado al suplicio de la cruz con sus propias vestiduras y por ellas le conociesen todos, porque de los azotes, salivas y corona estaba tan desfigurado su divino rostro, que sólo por el vestido pudo ser conocido del pueblo. Le vistieron la túnica inconsútil, que los ángeles con orden de su Reina administraron, trayéndola ocultamente de un rincón, a donde los ministros la habían arrojado en otro aposento en que se la quitaron, cuando le pusieron la púrpura de irrisión y escándalo. Pero nada de esto entendieron los judíos, ni tampoco atendieron a ello, por la solicitud que traían en acelerarle la muerte.

1355. Por esta diligencia de los judíos corrió luego por toda Jerusalén la voz de la sentencia de muerte que se había pronunciado contra Jesús Nazareno, y de tropel concurrió todo el pueblo a la casa de Pilatos para verle sacar a justiciar. Estaba la ciudad llena de gente, porque a más de sus innumerables moradores habían concurrido de todas partes otros muchos a celebrar la Pascua, y todos acudieron a la novedad y llenaron las calles hasta el palacio de Pilatos. Era viernes, día de Parasceve, que en griego significa lo mismo que preparación o disposición, porque aquel día se prevenían y disponían los hebreos para el siguiente del sábado, que era su gran solemnidad, y en ella no hacían obras serviles ni para prevenir la comida y todo se hacía el viernes. A vista de todo este pueblo sacaron a nuestro Salvador con sus propias vestiduras, tan desfigurado y encubierto su divino rostro en las llagas, sangre y salivas, que nadie le reputara por el mismo que antes habían visto y conocido. Apareció, como dijo Isaías (Is 53,4), como leproso y herido del Señor, porque la sangre seca y los cardenales le habían transfigurado en una llaga. De las inmundas salivas le habían limpiado algunas veces los santos ángeles, por mandárselo la afligida Madre, pero luego las volvían a repetir y renovar con tanto exceso, que en esta ocasión apareció todo cubierto de aquellas asquerosas inmundicias. A la vista de tan doloroso espectáculo se levantó en el pueblo una tan confusa gritería y alboroto, que nada se entendía ni oía más del bullicio y eco de las voces. Pero entre todas resonaban las de los pontífices y fariseos, que con descompuesta alegría y escarnio hablaban con la gente para que se quietasen y despejasen la calle por donde habían de sacar al divino sentenciado y para que oyeran su capital sentencia. Todo lo demás del pueblo estaba dividido en juicios y lleno de confusión, según los dictámenes de cada uno. Y las naciones diferentes que al espectáculo asistían, los que habían sido beneficiados y socorridos de la piedad y milagros del Salvador y los que habían oído y recibido su doctrina y eran sus aliados y conocidos, unos lloraban con lastimosa amargura, otros preguntaban qué delitos había cometido aquel hombre para tales castigos. Otros estaban turbados y enmudecidos, y todo era confusión y tumulto.

1356. De los once apóstoles sólo San Juan se halló presente, que con la dolorosa Madre y las Marías estaba a la vista, aunque algo retirados de la multitud. Y cuando el santo apóstol vio a su divino Maestro de quien consideraba era amado que le sacaron en público, fue tan lastimada su alma del dolor, que llegó a desfallecer y perder los pulsos, quedando con un mortal semblante. Las tres Marías desfallecieron con un desmayo muy helado. Pero la Reina de las virtudes estuvo invicta y su magnánimo corazón, con lo sumo del dolor sobre todo humano discurso, nunca desfalleció ni desmayó, no padeció las imperfecciones de los desalientos y deliquios que los demás. En todo fue prudentísima, fuerte y admirable, y de las acciones exteriores dispuso con tanto peso, que sin sollozos ni voces confortó a las Marías y a San Juan, y pidió al Señor las fortaleciese y asistiese con su diestra, para que con él y con ellas tuviese compañía hasta el fin de la pasión. Y en virtud de esta oración fueron consolados y animados el apóstol y las Marías para volver en sí y hablar a la gran Señora del cielo. Y entre tanta confusión y amargura no hizo obra, ni tuvo movimiento desigual, sino con serenidad de Reina derramaba incesantes lágrimas. Atendía a su Hijo y Dios verdadero, oraba al eterno Padre, le presentaba los dolores y pasión, acompañando a las mismas obras con que nuestro Salvador lo hacía. Conocía la malicia del pecado, penetraba los misterios de la Redención humana, convidaba a los ángeles, rogaba por los amigos y enemigos y, dando el punto al amor de Madre y al dolor que le correspondía, llenaba juntamente todo el coro de sus virtudes con admiración de los cielos y sumo agrado de la divinidad. Y porque no es posible reducir a mis términos las razones que formaba esta gran Madre de la sabiduría en su corazón, y tal vez en sus labios, lo remito a la piedad cristiana.

1357. Procuraban los pontífices y los ministros de justicia sosegar al pueblo y que tuviesen silencio para oír la sentencia de Jesús Nazareno, que después de habérsela notificado en su persona la querían leer en público y a su presencia. Y quietándose la turba, estando Su Majestad en pie como reo, comenzaron a leerla en alta voz, que todos la entendiesen, y después la fueron repitiendo por las calles y últimamente al pie de la cruz. La sentencia anda vulgar impresa, como yo la he visto y, según la inteligencia que he tenido, en sustancia es verdadera, salvo algunas palabras

que se le han añadido. Yo no las pondré aquí, porque a mí se me han dado las que sin añadir ni quitar escribo, y fue como se sigue:

Tenor de la sentencia de muerte que dio Pilatos contra Jesús Nazareno nuestro Salvador.

1358. “Yo, Poncio Pilato, presidente de la inferior Galilea, aquí en Jerusalén regente por el imperio romano, dentro del palacio de archipresidencia, juzgo, sentencio y pronuncio que condeno a muerte a Jesús, llamado de la plebe Nazareno, y de patria galileo, hombre sedicioso, contrario de la ley y de nuestro Senado y del grande emperador Tiberio César. Y por la dicha mi sentencia determino que su muerte sea en cruz, fijado con clavos a usanza de reos. Porque aquí, juntando y congregando cada día muchos hombres pobres y ricos, no ha cesado de remover tumultos por toda Judea, haciéndose Hijo de Dios y Rey de Israel, con amenazarles la ruina de esta tan insigne ciudad de Jerusalén y su templo, y del sacro Imperio, negando el tributo al César, y por haber tenido atrevimiento de entrar con ramos y triunfo con gran parte de la plebe dentro de la misma ciudad de Jerusalén y en el sacro templo de Salomón. Mando al primer centurión, llamado Quinto Cornelio, que le lleve por la dicha ciudad de Jerusalén a la vergüenza, ligado así como está, azotado por mi mandamiento. Y le sean puestas sus vestiduras para que sea conocido de todos, y la propia cruz en que ha de ser crucificado. Vaya en medio de los otros dos ladrones por todas las calles públicas, que a sí mismo están condenados a muerte por hurtos y homicidios que han cometido, para que de esta manera sea ejemplo de todas las gentes y malhechores.

“Quiero a sí mismo y mando por esta mi sentencia, que, después de haber así traído por las calles públicas a este malhechor, le saquen de la ciudad por la puerta Pagora, la que ahora es llamada Antoniana, y con voz de pregonero, que diga todas estas culpas en esta mi sentencia expresadas, le lleven al monte que se dice Calvario, donde se acostumbra a ejecutar y hacer la justicia de los malhechores facinerosos, y allí fijado y crucificado en la misma cruz que llevare, como arriba se dijo, quede su cuerpo colgado entre los dichos dos ladrones. Y sobre la cruz, que es en lo más alto de ella, le sea puesto el título de su nombre en las tres lenguas que ahora más se usan, conviene a saber, hebrea, griega y latina, y que en todas ellas y cada una diga: *Este es Jesús Nazareno Rey de los Judíos*, para que todos lo entiendan y sea conocido de todos. A sí mismo mando, so pena de perdición de bienes y de la vida y de rebelión al imperio romano, que ninguno, de cualquier estado y condición que sea, se atreva temerariamente a impedir la dicha justicia por mí mandada hacer, pronunciada, administrada y ejecutada con todo rigor, según los decretos y leyes romanas y hebreas. Año de la creación del mundo cinco mil doscientos y treinta y tres, día veinticinco de *marzo*.” - *Pontius Pilatus Judex et Gubernator Galilaeae inferioris pro Romano Imperio qui supra propria manu.*

1359. Conforme a este cómputo, la creación del mundo fue en marzo, y del día que fue criado Adán hasta la Encarnación del Verbo pasaron cinco mil ciento y noventa y nueve años, y añadiendo los nueve meses que estuvo en el virginal vientre de su Madre Santísima, y treinta y tres años que vivió, hacen los cinco mil doscientos y treinta y tres, y los tres meses que conforme al cómputo romano de los años restan hasta veinte y cinco del mes de marzo; porque según esta cuenta de la Iglesia romana, al primer año del mundo no le tocan más de nueve meses y siete días, para comenzar el segundo año del primero de enero. Y entre las opiniones de los doctores he entendido que la verdadera es la de la Santa Iglesia en el Martirologio romano, como lo dije también en el capítulo de la Encarnación de Cristo nuestro Señor, en el libro 1 de la segunda parte, capítulo 11 (Cf. *supra* n.138).

1360. Leída la sentencia de Pilatos contra nuestro Salvador, que dejó referida, con alta voz en presencia de todo el pueblo, los ministros cargaron sobre los delicados y llagados hombros de Jesús la pesada cruz en que había de ser crucificado. Y para que la llevase le desataron las manos con que la tuviese, pero no el cuerpo, para que pudiesen ellos llevarle asido tirando de las sogas con que estaba ceñido, y para mayor crueldad le dieron con ellas a la garganta dos vueltas. Era la cruz de quince pies en largo, gruesa, y de madera muy pesada. Comenzó el pregón de la sentencia, y toda aquella multitud confusa y turbulenta de pueblo, ministros y soldados, con gran estrépito y vocería se movió con una desconcertada procesión, para encaminarse por las calles de Jerusalén desde el palacio de Pilatos para el monte Calvario. Pero el Maestro y Redentor del mundo Jesús, cuando llegó a recibir la cruz, mirándola con semblante lleno de júbilo y extremada alegría, cual suele mostrar el esposo con las ricas joyas de su esposa, habló con ella en su secreto y la recibió con estas razones:

1361. “Oh cruz deseada de mi alma, prevenida y hallada de mis deseos, ven a mí, amada mía, para que me recibas en tus brazos y en ellos como en altar sagrado reciba mi eterno Padre el sacrificio de la eterna reconciliación con el linaje

humano. Para morir en ti bajé del cielo en vida y carne mortal y pasible, porque tú has de ser el cetro con que triunfaré de todos mis enemigos, la llave con que abriré las puertas del paraíso a mis predestinados, el sagrado donde hallen misericordia los culpados hijos de Adán y la oficina de los tesoros que pueden enriquecer su pobreza. En ti quiero acreditar las deshonras y oprobios de los hombres, para que mis amigos los abracen con alegría y los soliciten con ansias amorosas, para seguirme por el camino que yo les abriré contigo. Padre mío y Dios eterno, yo te confieso Señor del cielo y tierra, y obedeciendo a tu querer divino cargo sobre mis hombros la leña del sacrificio de mi pasible humanidad inocentísima y le admito de voluntad por la salud eterna de los hombres. Recíbele, Padre mío, como aceptable a vuestra justicia, para que de hoy más no sean siervos sino hijos y herederos conmigo de vuestro reino.”

1362. A la vista de tan sagrados misterios y sucesos, estaba la gran Señora del mundo María Santísima sin que alguno se le ocultase, porque de todos tenía altísima noticia y comprensión sobre los mismos ángeles, y los sucesos que no podía ver con los ojos corporales los conocía con la inteligencia y ciencia de la revelación, que se los manifestaba con las operaciones interiores de su Hijo Santísimo. Y con esta luz divina conoció el valor infinito que redundó en el madero santo de la cruz, al punto que recibió el contacto de la humanidad deificada de Jesús nuestro Redentor. Y luego la prudentísima Madre la adoró y veneró con el debido culto, y lo mismo hicieron todos los espíritus soberanos que asistían al mismo Señor y a la Reina. Acompañó también a su Hijo Santísimo en las caricias con que recibió la cruz, y la habló con otras semejantes palabras y razones que a ella tocaban como coadjutora del Redentor. Y lo mismo hizo orando al eterno Padre, imitando en todo altísimamente como viva imagen a su original y ejemplar sin perder un punto. Y cuando la voz del pregonero iba publicando y repitiendo la sentencia por las calles, oyéndola la divina Madre, compuso un cántico de loores y alabanzas de la inocencia impecable de su Hijo y Dios Santísimo, contraponiéndolos a los delitos que contenía la sentencia y como quien glosaba las palabras en honra y gloria del mismo Señor. Y a este cántico le ayudaron los santos ángeles con quienes lo iba ordenando y repitiendo cuando los habitantes de Jerusalén iban blasfemando de su mismo Criador y Redentor.

1363. Y como toda la fe, la ciencia y el amor de las criaturas estaba resumido en esta ocasión de la pasión en el gran pecho de la Madre de la sabiduría, sola ella hacía el juicio rectísimo y el concepto digno de padecer y morir Dios por los hombres. Y sin perder la atención a todo lo que exteriormente era necesario obrar, confería y penetraba con su sabiduría todos los misterios de la Redención humana y el modo como se iban ejecutando por medio de la ignorancia de los mismos hombres que eran redimidos. Penetraba con digna ponderación quién era el que padecía, lo que padecía, de quién y por quién lo padecía. De la dignidad de la persona de Cristo nuestro Redentor, que contenía las dos naturalezas, divina y humana, de sus perfecciones y atributos de entrambos, sola María Santísima fue la que tuvo más alta y penetrante ciencia, después del mismo Señor. Y por esta parte sola ella entre las puras criaturas llegó a darle la ponderación debida a la pasión y muerte de su mismo Hijo y Dios verdadero. De lo que padeció no sólo fue testigo de vista la cándida paloma, sino también lo fue de experiencia, en que ocasiona santa emulación no sólo a los hombres mas a los mismos ángeles, que no alcanzaron esta gracia. Pero conocieron cómo la gran Reina y Señora sentía y padecía en el alma y cuerpo los mismos dolores y pasiones de su Hijo Santísimo y el agrado inexplicable que de ello recibía la Beatísima Trinidad, y con esto recompensaron el dolor que no pudieron padecer en la gloria y alabanza que le dieron. Algunas veces que la dolorosa Madre no tenía a la vista a su Hijo Santísimo, solía sentir en su virginal cuerpo y espíritu la correspondencia de los tormentos que daban al Señor, antes que por inteligencia se le manifestase. Y como sobresaltada decía: “¡Ay de mí, qué martirio le dan ahora a mi dulcísimo Dueño y mi Señor!” Y luego recibía la noticia clarísima de todo lo que con Su Majestad se hacía. Pero fue tan admirable en la fidelidad de padecer y en imitar a su dechado Cristo nuestro bien, que jamás la amantísima Madre admitió natural alivio en la pasión, no sólo del cuerpo porque ni descansó, ni comió, ni durmió, pero ni del espíritu, con alguna consideración que la diese refrigerio, salvo cuando se le comunicaba el Altísimo con algún divino influjo, y entonces le admitía con humildad y agradecimiento, para recobrar nuevo esfuerzo con que atender más ferviente al objeto doloroso y a la causa de sus tormentos. La misma ciencia y ponderación hacía de la malicia de los judíos y ministros y de la necesidad del linaje humano y su ruina y de la ingratisma condición de los mortales, por quienes padecía su Hijo Santísimo; y así lo conoció todo en grado eminente y perfectísimo y lo sintió sobre todas las criaturas.

1364. Otro misterio oculto y admirable obró la diestra del Omnipotente en esta ocasión por mano de María Santísima contra Lucifer y sus ministros infernales, y sucedió en esta forma: Que como este dragón y los suyos asistían atentos a todo lo que iba sucediendo en la pasión del Señor, que ellos no acababan de conocer, al punto que Su Majestad recibió la cruz sobre sus hombros, sintieron todos estos enemigos un nuevo quebranto y desfallecimiento, que con la ignorancia y novedad les causó grande admiración y una nueva tristeza llena de confusión y despecho. Con el

sentimiento de estos nuevos e invencibles efectos se receló el príncipe de las tinieblas de que por aquella pasión y muerte de Cristo nuestro Señor le amenazaba alguna irreparable destrucción y ruina de su imperio. Y para no esperarle en presencia de Cristo nuestro bien, determinó el dragón hacer fuga y retirarse con todos sus secuaces a las cavernas del infierno. Pero cuando intentaba ejecutar este deseo se lo impidió nuestra gran Reina y Señora de todo lo criado, porque el Altísimo al mismo tiempo la ilustró y vistió de su poder, dándole conocimiento de lo que debía hacer. Y la divina Madre, convirtiéndose contra Lucifer y sus escuadrones con imperio de Reina, los detuvo para que no huyesen y les mandó esperasen el fin de la pasión y que fuesen a la vista de toda ella hasta el monte Calvario. Al imperio de la poderosa Reina no pudieron resistir los demonios, porque conocieron y sintieron la virtud divina que obraba en ella. Y rendidos a sus mandatos fueron como atados y presos acompañando a Cristo nuestro Señor hasta el Calvario, donde por la eterna sabiduría estaba determinado que triunfase de ellos desde el trono de la cruz, como adelante lo veremos (Cf. *infra* n.1412). No hallo ejemplo con que manifestar la tristeza y desaliento con que desde este punto fueron oprimidos Lucifer y sus demonios. Pero, a nuestro modo de entender, iban al Calvario como los condenados que son llevados al suplicio y el temor del castigo inevitable los desmaya, debilita y entristece. Y esta pena en el demonio fue conforme a su naturaleza y malicia y correspondiente al daño que hizo en el mundo introduciendo en él la muerte y el pecado, por cuyo remedio iba a morir el mismo Dios.

1365. Prosiguió nuestro Salvador el camino del monte Calvario, llevando sobre sus hombros, como dijo Isaías (Is 9,6 (A.)), su mismo imperio y principado, que era la santa cruz, donde había de reinar y sujetar al mundo, mereciendo la exaltación de su nombre sobre todo nombre y rescatando a todo el linaje humano de la potencia tiránica que ganó el demonio sobre los hijos de Adán. Llamó el mismo Isaías (Is 9,4 (A.)) yugo y cetro del cobrador y ejecutor, y con imperio y vejación cobraba el tributo de la primera culpa. Y para vencer este tirano y destruir el cetro de su dominio y el yugo de nuestra servidumbre, puso Cristo nuestro Señor la cruz en el mismo lugar que se lleva el yugo de la servidumbre y el cetro de la potencia real, como quien despojaba de ella al demonio y le trasladaba a sus hombros, para que los cautivos hijos de Adán, desde aquella hora que tomó su cruz, le reconociesen por su legítimo Señor y verdadero Rey, a quien sigan por el camino de la cruz, por la cual redujo a todos los mortales a su imperio y los hizo vasallos y esclavos suyos comprados con el precio de su misma sangre y vida.

1366. Mas ¡ay dolor de nuestro ingratisimo olvido! Que los judíos y ministros de la pasión ignorasen este misterio escondido a los príncipes del mundo, que no se atreviesen a tocar la cruz del Señor, porque la juzgaban por afrenta ignominiosa, culpa suya fue y muy grande; pero no tanta como la nuestra, cuando ya está revelado este sacramento y en fe de esta verdad condenamos la ceguera de los que persiguen a nuestro bien y Señor. Pues si los culpamos porque ignoraron lo que debían conocer, ¿qué culpa será la nuestra, que conociendo y confesando a Cristo Redentor nuestro le perseguimos y crucificamos como ellos ofendiéndole? ¡Oh dulcísimo amor mío Jesús, luz de mi entendimiento y gloria de mi alma!, no fíes, Señor mío, de mi tardanza y torpeza, el seguirte con mi cruz por el camino de la tuya. Toma por tu cuenta hacerme este favor, llévame, Señor, tras de ti y correré en la fragancia de tu ardentísimo amor, de tu inefable paciencia, de tu eminentísima humildad, desprecio y angustias, y en la participación de tus oprobios, afrentas y dolores. Esta sea mi parte y mi herencia en esta mortal y pesada vida, ésta mi gloria y descanso, y fuera de tu cruz e ignominias no quiero vida ni consuelo, sosiego ni alegría. Como los judíos y todo aquel pueblo ciego se desviaban en las calles de Jerusalén de no tocar la cruz del inocentísimo reo, el mismo Señor hacía calle y despejaba el puesto donde iba Su Majestad, como si fuera contagio su gloriosa deshonra, en que le imaginaba la perfidia de sus perseguidores, aunque todo lo demás del camino estaba lleno de pueblo y confusión, gritos y vocería, y entre ella iba resonando el pregón de la sentencia.

1367. Los ministros de la justicia, como desnudos de toda humana compasión y piedad, llevaban a nuestro Salvador Jesús con increíble crueldad y desacato. Tiraban unos de las sogas adelante, para que apresurase el paso, otros para atormentarle tiraban atrás, para detenerle, y con estas violencias y el grave peso de la cruz le obligaban y compelián a dar muchos vaivenes y caídas en el suelo. y con los golpes que recibía de las piedras se le abrieron llagas, y particular dos en las rodillas, renovándosele todas las veces que repetía las caídas; y el peso de la cruz le abrió de nuevo otra llaga en el hombro que se la cargaron. Y con los vaivenes, unas veces topaba la cruz contra la sagrada cabeza y otras la cabeza contra la cruz y siempre las espinas de la corona le penetraban de nuevo con el golpe que recibía, profundándose más en lo que no estaba herido de la carne. A estos dolores añadían aquellos instrumentos de maldad muchos oprobios de palabras y contumelias execrables, de salivas inmundísimas y polvo que arrojaban en su divino rostro, con tanto exceso que le cegaban los ojos que misericordiosamente los miraban, con que se condenaban por indignos de tan graciosa vista. Y con la prisa que se daban, sedientos de conseguir su muerte, no dejaban al mansísimo

Maestro que tomase aliento, antes, como en tan pocas horas había cargado tanta lluvia de tormentos sobre aquella humanidad inocentísima, estaba desfallecida y desfigurada y, al parecer de quien le miraba, quería ya rendir la vida a los dolores y tormento.

1368. Entre la multitud de la gente partió la dolorosa y lastimada Madre de casa de Pilatos en seguimiento de su Hijo Santísimo, acompañada de San Juan y la Magdalena y las otras Marías. Y como el tropel de la confusa multitud los embarazaba para llegarse más cerca de Su Majestad, pidió la gran Reina al eterno Padre que le concediese estar al pie de la cruz en compañía de su Hijo y Señor, de manera que pudiese verle corporalmente, y con la voluntad del Altísimo ordenó también a los santos ángeles que dispusiesen ellos cómo aquello se ejecutase. La obedecieron los ángeles con grande reverencia y con toda presteza encaminaron a su Reina y Señora por el atajo de una calle, por donde salieron al encuentro de su Hijo Santísimo y se vieron cara a cara Hijo y Madre, reconociéndose entrambos y renovándose recíprocamente el dolor de lo que cada uno padecía; pero no se hablaron vocalmente, ni la fiereza de los ministros diera lugar para hacerlo. Pero la prudentísima Madre adoró a su Hijo Santísimo y Dios verdadero, afligido con el peso de la cruz, y con la voz interior le pidió que, pues ella no podía descansarle de la carga de la cruz, ni tampoco permitía que los ángeles lo hicieran, que era a lo que la compasión la inclinaba, se dignase su potencia de poner en el corazón de aquellos ministros le diesen alguno que le ayudase a llevarla. Esta petición admitió Cristo nuestro bien, y de ella resultó el conducir a Simón Cireneo para que llevase la cruz con el Señor, como adelante diré (Cf. infra n.1371). Porque los fariseos y ministros se movieron para esto, unos de alguna natural humanidad, otros de temor que no acabase Cristo nuestro Señor la vida antes de llegar a quitársela en la misma cruz, porque iba Su Majestad muy desfallecido, como queda dicho.

1369. A todo humano encarecimiento y discurso excede el dolor que la candidísima paloma y Madre Virgen sintió en este viaje del monte Calvario, llevando a su vista el objeto de su mismo Hijo, que sola ella sabía dignamente conocer y amar. Y no fuera posible que no desfalleciera y muriera, si el poder divino no la confortara, conservándole la vida. Con este amarguísimo dolor habló al Señor y le dijo en su interior: “Hijo mío y Dios eterno, lumbré de mis ojos y vida de mi alma, recibid, Señor, el sacrificio doloroso de que no puedo aliviaros del peso de la cruz y llevarla yo, que soy hija de Adán, para morir en ella por vuestro amor, como vos queréis morir por la ardentísima caridad del linaje humano. ¡Oh amantísimo Medianero entre la culpa y la justicia! ¿Cómo fomentáis la misericordia con tantas injurias y entre tantas ofensas? ¡Oh caridad sin término ni medida, que para mayor incendio y eficacia dais lugar a los tormentos y oprobios! ¡Oh amor infinito y dulcísimo, si los corazones de los hombres y todas las voluntades estuvieran en la mía para que no dieran tan mala correspondencia a lo que por todos padecéis! ¡Oh quién hablara al corazón de los mortales y les intimara lo que os deben, pues tan caro os ha costado el rescate de su cautiverio y el remedio de su ruina!” Otras razones prudentísimas y altísimas decía con éstas la gran Señora del mundo que no puedo yo reducir a las mías.

1370. Seguían asimismo al Señor como dice el evangelista San Lucas (Lc 23,27 (A.)) con la turba de la gente popular otras muchas mujeres que se lamentaban y lloraban amargamente. Y convirtiéndose a ellas el dulcísimo Jesús las habló y dijo: “*Hijas de Jerusalén, no queráis llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos; porque días vendrán en que dirán: Bienaventuradas las estériles, que nunca tuvieron hijos, ni les dieron leche de sus pechos. Y entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados, enterradnos. Porque si estas cosas pasan en el madero verde, ¿qué será en el que está seco?*” (Lc 23,28-31) Con estas razones misteriosas acreditó el Señor las lágrimas derramadas por su pasión santísima y en algún modo las aprobó, dándose por obligado de su compasión, para enseñarnos en aquellas mujeres el fin que deben tener nuestras lágrimas, para que vayan bien encaminadas. Y esto ignoraban entonces aquellas compasivas discípulas de nuestro Maestro y lloraban sus afrentas y dolores y no la causa por que los padecía, de que merecieron ser enseñadas y advertidas. Y fue como si les dijera el Señor: “Llorad sobre vuestros pecados y de vuestros hijos lo que yo padezco, y no por los míos, que no los tengo ni es posible. Y si el compadeceros de mí es bueno y justo, más quiero que lloréis vuestras culpas que mis penas padecidas por ellas, y con este modo de llorar pasará sobre vosotras y sobre vuestros hijos el precio de mi sangre y redención que este ciego pueblo ignora. Porque vendrán días, que serán los del juicio universal y del castigo, en que se juzgarán por dichas las que no hubieren tenido generación de hijos, y los réprobos pedirán a los montes y collados que los cubran, para no ver mi indignación. Porque si en mí, que soy inocente, han hecho estos efectos sus culpas de que yo me encargué, ¿qué harán en ellos, que estarán tan secos, sin fruto de gracia ni merecimientos?”

1371. Para entender esta doctrina fueron ilustradas aquellas dichas mujeres en premio de sus lágrimas y compasión. Y cumpliéndose lo que María Santísima había pedido, determinaron los pontífices, fariseos y los ministros conducir

algún hombre que ayudase a Jesús nuestro Redentor en el trabajo de llevar la cruz hasta el Calvario. Llegó en esta ocasión Simón Cireneo, llamado así porque era natural de Cirene, ciudad de Libia, y venía a Jerusalén; era padre de dos discípulos del Señor, llamados Alejandro y Rufo (Mc 15,21). A este Simón obligaron los judíos a que llevase la cruz parte del camino, sin tocarla ellos, porque se afrentaban de llegar a ella, como instrumento del castigo de un hombre a quien ajusticiaban por malhechor insigne; que esto pretendían que todo el pueblo entendiese con aquellas ceremonias y cautelas. Tomó la cruz el Cirineo y fue siguiendo a Jesús, que iba entre los dos ladrones, para que todos creyesen era malhechor y facineroso como ellos. Iba la Madre de Jesús nuestro Salvador muy cerca de Su Majestad, como lo había deseado y pedido al eterno Padre, con cuya voluntad estuvo tan conforme en todos los trabajos y martirios de la pasión de su Hijo, que participando y comunicando sus tormentos tan de cerca por todos sus sentidos, jamás tuvo movimiento ni ademán en su interior ni el exterior con que se inclinase a retractar la voluntad de que su Hijo y Dios no padeciese. Tanta fue su caridad y amor con los hombres y tanta la gracia y santidad de esta Reina en vencer la naturaleza.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora.

1372. “Hija mía, el fruto de la obediencia, por quien escribes la Historia de mi vida, quiero que sea formar en ti una verdadera discípula de mi Hijo Santísimo y mía. A esto se ordena en primer lugar la divina luz que recibes de tan altos y venerables sacramentos, y los documentos que tantas veces te repito, de que te desvíes, desnudes y alejes tu corazón de todo afecto de criaturas, ni para tenerle, ni para admitirle de ninguna. Con este desvío vencerás los impedimentos del demonio en tu blando natural peligroso, y yo que le conozco te aviso y te encamino como Madre y Maestra que te corrige y enseña. Con la ciencia del Altísimo conoces los misterios de su pasión y muerte y el único y verdadero camino de la vida, que es el de la cruz, y que no todos los llamados son escogidos para ella. Muchos son los que dicen desean seguir a Cristo y muy pocos los que verdaderamente se disponen a imitarle, porque en llegando a sentir la cruz del padecer la arrojan de sí y retroceden. El dolor de los trabajos es muy sensible y violento para la naturaleza humana por parte de la carne, y el fruto del espíritu es más oculto, y pocos se gobiernan por la luz. Por esto hay tantos entre los mortales que olvidados de la verdad escuchan a su carne y siempre la quieren muy regalada y consentida. Son ardientes armadores de la honra y despreciadores de las afrentas, codiciosos de la riqueza y execradores de la pobreza, sedientos del deleite y tímidos de la mortificación. Todos estos son enemigos de la cruz de Cristo (Flp 3,18) y con formidable horror huyen de ella, juzgándola por ignominiosa, como los que le crucificaron.

1373. “Otro engaño se introduce en el mundo; que muchos piensan siguen a Cristo su Maestro sin padecer, sin obrar y sin trabajar, y se dan por contentos con no ser muy atrevidos en cometer pecados, y remiten toda la perfección a una prudencia o amor tibio con que nada se niegan a su voluntad ni ejecutan las virtudes que son costosas a la carne. De este engaño saldrían, si advirtiesen que mi Hijo Santísimo no sólo fue Redentor y Maestro y no sólo dejó en el mundo el tesoro de sus merecimientos como remedio de su condenación, sino la medicina necesaria para la dolencia de que enfermó la naturaleza por el pecado. Nadie más sabio que mi Hijo y mi Señor, nadie pudo entender la condición del amor como Su Majestad, que fue la misma sabiduría y caridad, y lo es, y a sí mismo era poderoso para ejecutar toda su voluntad. Y con todo esto, aunque pudo lo que quería, no eligió vida blanda y suave para la carne, sino trabajosa y llena de dolores, porque no era bastante o cumplido magisterio redimir a los hombres si no les enseñara a vencer al demonio, a la carne y a sí mismos, y que esta magnífica victoria se alcanza con la cruz, por los trabajos, penitencia, mortificación y desprecios, que son el índice y testimonio del amor y la divisa de los predestinados.

1374. “Tú, hija mía, pues conoces el valor de la santa cruz y la honra que por ella recibieron las ignominias y tribulaciones, abraza tu cruz y llévala con alegría en seguimiento de mi Hijo y tu Maestro. Tu gloria en la vida mortal sean las persecuciones, desprecios, enfermedades, tribulaciones, pobreza, humillación y cuanto es penoso y adverso a la condición de la carne mortal. Y para que en todos estos ejercicios me imites y me des gusto, no quiero que busques ni que admitas alivio ni descanso en cosa terrena. No has de ponderar contigo misma lo que padeces, ni manifestarlo con cariño de aliviarte. Menos has de encarecer ni agravar las persecuciones ni molestias que te dieran las criaturas, ni en tu boca se ha de oír que es mucho lo que padeces, ni compararlo con otros que trabajan. Y no te digo que será culpa recibir algún alivio honesto y moderado y querrellarte con sufrimiento. Pero en ti, carísima, este alivio será infidelidad contra tu Esposo y Señor, porque te ha obligado a ti sola más que a muchas generaciones, y tu correspondencia en padecer y amar no admite defecto ni descargo, si no fuere con plenitud de toda fineza y lealtad. Tan ajustada te quiere consigo mismo este Señor, que ni un suspiro has de dar a tu naturaleza flaca sin otro más alto fin que sólo descansar y tomar consuelo. Y si el amor te compeliere, entonces te dejarás llevar de su fuerza suave, para descansar amando, y luego el amor de la cruz despedirá este alivio, como conoces que yo lo hacía con humilde

rendimiento. Y sea en ti regla general que toda consolación humana es imperfección y peligro, y sólo debes admitir lo que te enviare el Altísimo por sí o por sus santos ángeles. Y de los regalos de su divina diestra has de tomar con advertencia lo que te fortalezca para más padecer y abstraerte de lo gustoso que puede pasar a lo sensitivo.”

CAPITULO 22

[Regresar al Principio](#)

Cómo nuestro Salvador Jesús fue crucificado en el monte Calvario y las siete palabras que habló en la cruz y le asistió María Santísima su Madre con gran dolor.

1375. Llegó nuestro verdadero y nuevo Isaac, Hijo del eterno Padre, al monte del sacrificio, que fue el mismo donde precedió el ensayo y la figura en el hijo del patriarca Abrahán (Gen 22,9), y donde se ejecutó en el inocentísimo Cordero el rigor que se suspendió en el antiguo Isaac que le figuraba. Era el monte Calvario lugar inmundo y despreciado, como destinado para el castigo de los facinerosos y condenados, de cuyos cuerpos recibía mal olor y mayor ignominia. Llegó tan fatigado nuestro amantísimo Jesús, que parecía todo transformado en llagas y dolores, cruentazo, herido y desfigurado. La virtud de la divinidad, que deificaba su santísima humanidad por la unión hipostática, le asistió, no para aliviar sus tormentos sino para confortarle en ellos, y que quedase su amor inmenso saciado en el modo conveniente, conservándole la vida, hasta que se le diese licencia a la muerte de quitársela en la cruz. Llegó también la dolorosa y afligida Madre llena de amargura a lo alto del Calvario, muy cerca de su Hijo corporalmente, pero en el espíritu y dolores estaba como fuera de sí, porque se transformaba toda en su amado y en lo que padecía. Estaban con ella San Juan y las tres Marías, porque para esta sola y santa compañía había pedido y alcanzado del Altísimo este gran favor de hallarse tan vecinos y presentes al Salvador y su cruz.

1376. Y como la prudentísima Madre conocía que se iban ejecutando los misterios de la Redención humana, cuando vio que trataban los ministros de desnudar al Señor para crucificarle, convirtió su espíritu al eterno Padre y oró de esta manera: “Señor mío y Dios eterno, Padre sois de vuestro unigénito Hijo, que por la eterna generación Dios verdadero nació de Dios verdadero, que sois vos, y por la humana generación nació de mis entrañas, donde le di la naturaleza de hombre en que padece. Con mis pechos le di leche y sustenté, y como al mejor hijo que jamás pudo nacer de otra criatura le amo como Madre verdadera, y como Madre tengo derecho natural a su humanidad santísima en la persona que tiene, y nunca vuestra providencia se le niega a quien le tiene y pertenece. Ahora, pues, ofrezco este derecho de Madre y le pongo en vuestras manos de nuevo, para que vuestro Hijo y mío sea sacrificado para la Redención del linaje humano. Recibid, Señor mío, mi aceptable ofrenda y sacrificio, pues no ofreciera tanto si yo misma fuera sacrificada y padeciera, no sólo porque mi Hijo es verdadero Dios y de vuestra sustancia misma, sino también de parte de mi dolor y pena. Porque si yo muriera y se trocaran las suertes, para que su vida santísima se conservara, fuera para mí de grande alivio y satisfacción de mis deseos.” Esta oración de la gran Reina aceptó el eterno Padre con inefable agrado y complacencia. Y no se le consintió al patriarca Abrahán más que la figura y ademán del sacrificio de su Hijo (Gen 22,12 (A.)), porque la ejecución y verdad la reservaba el Padre eterno para su Unigénito. Ni tampoco a su madre Sara se le dio cuenta de aquella mística ceremonia, no sólo por la pronta obediencia de Abrahán, sino también porque aun esto sólo no se fiaba del amor maternal de Sara, que acaso intentaría impedir el mandato del Señor, aunque era santa y justa. Pero no fue así con María Santísima, que sin recelo le pudo fiar el eterno Padre su voluntad eterna, porque con proporción cooperase en el sacrificio del Unigénito con la misma voluntad del Padre.

1377. Acabó esta oración la invictísima Madre y conoció que los impíos ministros de la pasión intentaban dar al Señor la bebida del vino mirado con hiel, que dicen San Mateo (Mt 27,34 (A.)) y San Marcos (Mc 15,23 (A.)). Para añadir este nuevo tormento a nuestro Salvador, tomaron ocasión los judíos de la costumbre que tenían de dar a los condenados a muerte una bebida de vino fuerte y aromático, con que se confortasen los espíritus vitales, para tolerar con más esfuerzo los tormentos del suplicio, derivando esta piedad de lo que Salomón dejó escrito en los Proverbios (Prov 31,6 (A.)): Dales sidra a los que están tristes y el vino a los que padecen amargura del corazón. Esta bebida, que en los demás ajusticiados podía ser algún socorro y alivio, pretendió la pérfida crueldad de los impíos judíos conmutar en mayor pena con nuestro Salvador (Am 2,8 (A.)), dándosela amarguísima y mezclada con hiel y que no tuviese en él otros efectos más que el tormento de la amargura. Conoció la divina Madre esta inhumanidad y con maternal compasión y lágrimas oró al Señor pidiéndole no la bebiese. Y Su Majestad, condescendió con la petición de su Madre, de manera que, sin negarse del todo a este nuevo dolor, gustó la poción amarga y no la bebió (Mt 37,34).

1378. Era ya la hora de sexta, que corresponde a la de mediodía, y los ministros de justicia, para crucificar desnudo al Salvador, le despojaron de la túnica inconsútil y vestiduras. Y como la túnica era cerrada y larga, se la desnudaron, para sacarla por la cabeza, sin quitarle la corona de espinas, y con la violencia que hicieron arrancaron la corona con la misma túnica con desmedida crueldad, porque le rasgaron de nuevo las heridas de su sagrada cabeza, y en algunas se quedaron las puntas de las espinas, que con ser tan duras y aceradas se rompieron con la fuerza que los verdugos arrebataron la túnica, llevando tras de sí la corona; la cual le volvieron a fijar en la cabeza con impiadísima crueldad abriendo llagas sobre llagas. Renovaron junto con esto las de todo su cuerpo santísimo, porque en ellas estaba ya pegada la túnica, y el despegarla fue, como dice David (Sal 68,27), añadir de nuevo sobre el dolor de sus heridas. Cuatro veces desnudaron y vistieron en su pasión a nuestro bien y Señor: la primera, para azotarle en la columna; la segunda, para ponerle la púrpura afrentosa; la tercera, cuando se la quitaron y le volvieron a vestir de su túnica; la cuarta fue ésta del Calvario, para no volverle a vestir; y en ésta fue más atormentado, porque las heridas fueron más, y su humanidad santísima estaba debilitada, y en el monte Calvario más desabrigado y ofendido del viento, que también tuvo licencia este elemento para afligirle en su muerte la destemplanza del frío.

1379. A todas estas penas se añadía el dolor de estar desnudo en presencia de su Madre Santísima y de las devotas mujeres que la acompañaban y de la multitud de gente que allí estaba. Sólo reservó en su poder los paños interiores que su Madre Santísima le había puesto debajo la túnica en Egipto, porque ni cuando le azotaron se los pudieron quitar los verdugos, como queda dicho, ni tampoco se los desnudaron para crucificarle, y así fue con ellos al sepulcro; y esto se me ha manifestado muchas veces (Cf. supra n.1338). No obstante que, para morir Cristo nuestro bien en suma pobreza y sin llevar ni tener consigo cosa alguna de cuantas era Criador y verdadero Señor, por su voluntad muriera totalmente desnudo y sin aquellos paños, si no interviniera la voluntad y petición de su Madre Santísima, que fue la que así lo pidió, y lo concedió Cristo nuestro Señor, porque satisfacía con este género de obediencia de hijo a la suma pobreza en que deseaba morir. Estaba la santa cruz tendida en tierra, y los verdugos prevenían lo demás necesario para crucificarle, como a los otros dos que juntamente habían de morir. Y en el ínterin que todo esto se disponía, nuestro Redentor y Maestro oró al Padre y dijo:

1380. “Eterno Padre y Señor Dios mío, a tu majestad incomprendible de infinita bondad y justicia ofrezco todo el ser humano y obras que en él por tu voluntad santísima he obrado, bajando de tu seno en esta carne pasible y mortal, para redimir en ella a mis hermanos los hombres. Te ofrezco, Señor, conmigo a mi amantísima Madre, su amor, sus obras perfectísimas, sus dolores, sus penas, sus cuidados y prudentísima solicitud en servirme, imitarme y acompañarme hasta la muerte. Te ofrezco la pequeña rey de mis apóstoles, la Santa Iglesia y congregación de fieles, que ahora es y será hasta el fin del mundo, y con ella a todos los mortales hijos de Adán. Todo lo pongo en tus manos, como de su verdadero Dios y Señor omnipotente; y cuanto es de mi parte por todos padezco y muero de voluntad, y con ella quiero que todos sean salvos, si todos me quisieren seguir y aprovecharse de mi redención, para que de esclavos del demonio pasen a ser hijos tuyos y mis hermanos y coherederos por la gracia que les dejo merecida. Especialmente, Señor mío, te ofrezco los pobres, despreciados y afligidos, que son mis amigos y me siguieron por el camino de la cruz. Y quiero que los justos y predestinados estén escritos en tu memoria eterna. Te suplico, Padre mío, que detengas el castigo y levantes el azote de tu justicia con los hombres, no sean castigados como lo merecen sus culpas, y desde esta hora seas su Padre como lo eres mío. Te suplico a si mismo por los que con pío afecto asisten a mi muerte, para que sean ilustrados con tu divina luz, y por todos los que me persiguen, para que se conviertan a la verdad, y sobre todo te pido por la exaltación de tu inefable y santo nombre.”

1381. Esta oración y peticiones de nuestro Salvador Jesús conoció su Santísima Madre, y la imitó y oró al Padre respectivamente como a ella le tocaba. Nunca olvidó ni omitió la prudentísima Virgen el cumplimiento de aquella palabra primera que oyó de la boca de su Hijo y Maestro recién nacido: “Asímílate a mí, amiga mía.” (Cf. supra n. 480) Y siempre se cumplió la promesa, que le hizo el mismo Señor, de que, en retorno del nuevo ser humano que dio al Verbo eterno en su virginal vientre, la daría su omnipotencia otro nuevo ser de gracia divino y eminente sobre todas las criaturas. Y a este beneficio pertenecía la ciencia y luz altísima con que conocía la gran Señora todas las operaciones de la humanidad santísima de su Hijo, sin que ninguna se le ocultase ni la perdiese de vista. Y como las conoció, las imitó; de manera que siempre fue cuidadosa en atenderlas, profunda en penetrarlas, pronta en la ejecución y fuerte y muy intensa en las operaciones. Ni para esto la turbó el dolor, ni la impidió la congoja, ni la embarazó la persecución, ni la entibió la amargura de la pasión. Y si bien fue admirable en la gran Reina esta constancia, pero lo fuera menos si a la pasión y tormentos de su Hijo asistiera con los sentidos y dolor interior, al modo que los demás justos. Mas no sucedió así, porque fue única y singular en todo, que, como se ha dicho arriba (Cf. supra n.1341), sintió en su virgíneo cuerpo

los dolores que padecía Cristo nuestro bien en su persona interiores y exteriores. Y en cuanto a esta correspondencia, podemos decir que también la divina Madre fue azotada, coronada, escupida y abofeteada, y llevó la cruz a cuestas y fue clavada en ella, porque sintió todos estos tormentos y los demás en su purísimo cuerpo, aunque por diferente modo pero con suma similitud, para que en todo fuese la Madre retrato vivo de su Hijo. Y a más de la grandeza que debía corresponder en María Santísima y su dignidad a la de Cristo, con toda la proporción posible que tuvo, encerró esta maravilla otro misterio, que fue satisfacer en algún modo al amor de Cristo y a la excelencia de su pasión y beneplácito quedando para todo esto copiada en alguna pura criatura, y ninguna tenía tanto derecho a este beneficio como su misma Madre.

1382. Para señalar los barrenos de los clavos en la cruz, mandaron los verdugos con imperiosa soberbia al Criador del universo ¡oh temeridad formidable! que se tendiese en ella, y el Maestro de la humildad obedeció sin resistencia. Pero ellos con inhumano y cruel instinto señalaron los agujeros, no iguales al sagrado cuerpo, sino más largos, para lo que después hicieron. Esta nueva impiedad conoció la Madre de la luz, y fue una de las mayores aflicciones que padeció su corazón castísimo en toda la Pasión, porque penetró los intentos depravados de aquellos ministros del pecado y previno el tormento que su Hijo Santísimo había de padecer para clavarle en la cruz; pero no lo pudo remediar, porque el mismo Señor quería padecer también aquel trabajo por los hombres. Y cuando se levantó Su Majestad para que barrenasen la cruz, acudió la gran Señora y le tuvo de un brazo y le adoró y besó la mano con suma reverencia. Dieron lugar a esto los verdugos, porque juzgaron que a la vista de su Madre se afligiría más el Señor, y ningún dolor que le pudieran dar le perdonaron. Pero no entendieron el misterio, porque no tuvo Su Majestad en su pasión otra causa de mayor consuelo y gozo interior como ver a su Madre Santísima y la hermosura de su alma y en ella el retrato de sí mismo y el entero logro del fruto de su pasión y muerte; y este gozo en algún modo confortó a Cristo nuestro bien en aquella hora.

1383. Formados en la santa cruz los tres barrenos, mandaron los verdugos a Cristo Señor nuestro segunda vez que se tendiese sobre ella para clavarle. Y el sumo y poderoso Rey, como artífice de la paciencia, obedeció y se puso en la cruz, extendiendo los brazos sobre el feliz madero a la voluntad de los ministros de su muerte. Estaba Su Majestad tan desfallecido, desfigurado y exangüe, que, si en la impiedad ferocísima de aquellos hombres tuvieran algún lugar la natural razón y humanidad, no era posible que la crueldad hallara objeto en que obrar entre la mansedumbre, humildad, llagas y dolores del inocente Cordero. Pero no fue así, porque ya los judíos y ministros ¡oh juicios terribles y ocultísimos del Señor! estaban transformados en el odio mortal y mala voluntad de los demonios y desnudos de los afectos de hombres sensibles y terrenos, y así obraban con indignación y furor diabólico.

1384. Luego cogió la mano de Jesús nuestro Salvador uno de los verdugos, y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la clavó en él, penetrando a martilladas la palma del Señor con un clavo esquinado y grueso. Se rompieron con él las venas y los nervios, y se quebraron y desconcertaron los huesos de aquella mano sagrada que fabricó los cielos y cuanto tiene ser. Para clavarle la otra mano no alcanzaba el brazo al agujero, porque los nervios se le habían encogido y de malicia le habían alargado el barreno, como arriba se dijo (Cf. supra n.1382); y para remediar esta falta tomaron la misma cadena con que el mansísimo Señor había estado preso desde el huerto y, argollándole la muñeca con el un extremo donde tenía una argolla como esposas, tiraron con inaudita crueldad del otro extremo y ajustaron la mano con el barreno y la clavaron con otro clavo. Pasaron a los pies y, puesto el uno sobre el otro, amarrándolos con la misma cadena y tirando de ella con gran fuerza y crueldad, los clavaron juntos con el tercer clavo, algo más fuerte que los otros. Quedó aquel sagrado cuerpo, en quien estaba unida la divinidad, clavado y fijo en la santa cruz, y aquella fábrica de sus miembros, deificados y formados por el Espíritu Santo, tan disuelta y desencuadrada, que se le pudieron contar los huesos (Sal 21,18), porque todos quedaron dislocados y señalados, fuera de su lugar natural; se desencajaron los del pecho y de los hombros y espaldas, y todos se movieron de su lugar, cediendo a la violenta crueldad de los verdugos.

1385. No cabe en lengua ni discurso nuestro la ponderación de los dolores de nuestro Salvador Jesús en este tormento y lo mucho que padeció; sólo el día del juicio se conocerá más, para justificar su causa contra los réprobos y para que los santos le alaben y glorifiquen dignamente. Pero ahora que la fe de esta verdad nos da licencia y nos obliga a extender el juicio, si es que le tenemos, pido, suplico y ruego a los hijos de la Santa Iglesia consideremos a solas cada uno tan venerable misterio; ponderémosle y le pesemos con todas sus circunstancias y hallaremos motivos eficaces para aborrecer al pecado y no volverle a cometer, como causa de tanto padecer el autor de la vida; ponderemos y miremos tan oprimido el espíritu de su Madre Virgen y rodeado de dolores su purísimo cuerpo, que por esta puerta de

la luz entraremos a conocer el sol que nos ilumina el corazón. ¡Oh Reina y Señora de las virtudes! ¡Oh Madre verdadera del inmortal Rey de los siglos humanado! Verdad es, Señora mía, que la dureza de nuestros ingratos corazones nos hace ineptos y muy indignos de sentir vuestros dolores, y de vuestro Hijo Santísimo nuestro Salvador, pero vénganos por vuestra clemencia este bien que desmerecemos; purificad y apartad de nosotros tan pesada torpeza y grosería. Si nosotros somos la causa de tales penas, ¿qué razón hay y qué justicia es que se queden en vos y en vuestro amado? Pase el cáliz de los inocentes a que le beban los reos que le merecieron. Mas ¡ay de mí!, ¿dónde está el seso?, ¿dónde la sabiduría y la ciencia?, ¿dónde la lumbre de nuestros ojos?, ¿quién nos ha privado del sentido?, ¿quién nos ha robado el corazón sensible y humano? Cuando no hubiera recibido, Señor mío, el ser que tengo a vuestra imagen y semejanza, cuando vos no me dierais la vida y movimiento, cuando todos los elementos y criaturas, formadas por vuestra mano para mi servicio, no me dieran noticia tan segura de vuestro amor inmenso, el infinito exceso de haberos clavado en la cruz con tan inauditos dolores y tormentos me dejara satisfecha y presa con cadenas de compasión y agradecimiento, de amor y de confianza en vuestra inefable clemencia. Pero si no me despiertan tantas voces, si vuestro amor no me enciende, si vuestra pasión y tormentos no me mueven, si tales beneficios no me obligan, ¿qué fin esperaré de mi estulticia?

1386. Fijado el Señor en la cruz, para que los clavos no soltasen al divino cuerpo, arbitraron los ministros de la justicia redoblarlos por la parte que traspasaban el sagrado madero, y para ejecutarlo comenzaron a levantar la cruz para volverla, cogiendo debajo contra la tierra al mismo Señor crucificado. Esta nueva crueldad alteró a todos los circunstantes y se levantó grande gritaría en aquella turba movida de compasión, pero la dolorosa y compasiva Madre ocurrió a tan desmesurada impiedad y pidió al eterno Padre no la permitiese como los verdugos la intentaban, y luego mandó a los santos ángeles acudiesen y sirviesen a su Criador con aquel obsequio, y todo se ejecutó como la gran Reina lo ordenó; porque volviendo los verdugos la cruz, para que el cuerpo clavado cayera el rostro contra la tierra, los ángeles le sustentaron cerca del suelo, que estaba lleno de piedras e inmundicia, y con esto no tocó el Señor con su divino rostro en él ni en los guijarros. Y los ministros redoblaron las puntas de los clavos, sin haber conocido el misterio y maravilla, porque se les ocultó, y el cuerpo estuvo tan cerca de la tierra y la cruz tan fija sustentada de los ángeles, que los malignos judíos creyeron estaba en el duro suelo.

1387. Luego arrimaron la cruz con el Crucificado divino al agujero donde se había de enarbolar. Y llegándose unos con los hombros y otros con alabardas y lanzas, levantaron al Señor en la cruz, fijándola en el hoyo que para esto habían abierto en el suelo. Y quedó nuestra verdadera salud y vida en el aire pendiente del sagrado madero, a vista de innumerable pueblo de diversas gentes y naciones. y no quiero omitir otra crueldad, que he conocido usaron con Su Majestad cuando le levantaron, que con las lanzas e instrumentos de armas le hirieron, haciéndole debajo los brazos profundas heridas, porque le fijaron los hierros en la carne, para ayudar a levantarlo en la cruz. Se renovó al espectáculo la vocería del pueblo con mayores gritos y confusión: los judíos blasfemaban, los compasivos se lamentaban, los extranjeros se admiraban; unos a otros se convidaban al espectáculo, otros no le podían mirar con el dolor; unos ponderaban el escarmiento en cabeza ajena, otros le llamaban justo; y toda esta variedad de juicios y palabras eran flechas para el corazón de la afligida Madre. Y el sagrado cuerpo derramaba mucha sangre de las heridas de los clavos, que con el peso y el golpe de la cruz se estremeció, y se rompieron de nuevo las llagas, quedando más patentes las fuentes a que nos convidó por Isaías (Is 12,3 (A.)), para que fuésemos a coger de ellas con alegría las aguas con que apagar la sed y lavar las manchas de nuestras culpas. Y nadie tiene excusa, si no se diere prisa llegando a beber en ellas, pues se venden sin conmutación de plata ni oro y se dan de balde sólo por la voluntad de recibirlas.

1388. Crucificaron luego a los dos ladrones y fijaron sus cruces, la una a la mano derecha y la otra a la siniestra de nuestro Redentor, dándole el lugar de medio como a quien reputaban por principal malhechor. Y olvidándose los pontífices y fariseos de los dos facinerosos, convirtieron todo su furor contra el Impecable y Santo por naturaleza. Y moviendo las cabezas con escarnio y mofa, arrojaron piedras y polvo contra la cruz del Señor y contra su real persona, y decían: *Ah, tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate ahora a ti mismo; a otros hizo salvos y a sí mismo no se puede salvar. Otros decían: Si éste es Hijo de Dios, descienda ahora de la cruz y le crearemos.* Los dos ladrones también entrambos se burlaban de Su Divina Majestad al principio, y decían: *“Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y a nosotros.”* (Mt 27,42-44) Y estas blasfemias de los ladrones fueron para el Señor de tanto mayor sentimiento, cuanto a ellos estaba más próxima la muerte y perdían aquellos dolores con que morían y podían satisfacer en parte por sus delitos castigados por la justicia; como luego lo hizo el uno de ellos, aprovechando la ocasión más oportuna que tuvo pecador ninguno del mundo.

1389. Cuando la gran Reina de los ángeles María Santísima conoció que los judíos con su páfida y obstinada envidia intentaban deshonrar más a Cristo crucificado, y que todos le blasfemaban y juzgaban por el pésimo de los hombres, y deseaban se borrara y olvidara su nombre de la tierra de los vivientes, como Jeremías (Jer 11,19 (A.)) lo dejó profetizado, fue de nuevo enardecido su corazón fidelísimo en el celo de la honra de su Hijo y Dios verdadero. Y postrada ante su real persona crucificada, donde le estaba adorando, pidió al eterno Padre volviese por la honra de su Unigénito con señales tan manifiestas que la perfidia judaica quedara confusa y frustrada su maliciosa intención. Presentada esta petición al Padre, con el mismo celo y potestad de Reina del universo se convirtió a todas las criaturas irracionales de él y dijo: “Insensibles criaturas, criadas por la mano del Todopoderoso, manifestad vosotras el sentimiento que por su muerte le niegan neciamente los hombres capaces de razón. Cielos, sol, luna, estrellas y planetas, detened vuestro curso, suspended vuestras influencias con los mortales. Elementos, alterad vuestra condición, y pierda la tierra su quietud, rómpanse las piedras y peñascos duros. Sepulcros y monumentos de los muertos, abrid vuestros ocultos senos para confusión de los vivos. Velo del templo místico y figurativo, divídetes en dos partes y con tu rompimiento intima su castigo a los incrédulos y testifica la verdad, que ellos pretenden oscurecer, de la gloria de su Creador y Redentor.”

1390. En virtud de esta oración e imperio de María Madre de Jesús crucificado, tenía dispuesto la omnipotencia del Altísimo todo lo que sucedió en la muerte de su Unigénito. Ilustró Su Majestad y movió los corazones de muchos circunstantes al tiempo de las señales de la tierra, y a otros antes, para que confesaran al crucificado Jesús por santo, justo y verdadero Hijo de Dios, como lo hizo el centurión, y otros muchos que dicen los evangelistas (Mt 27,54; Lc 23,48) se volvían del Calvario hiriendo sus pechos de dolor. Y no sólo le confesaron los que antes le habían oído y creído su doctrina, pero también otros muchos que ni le habían conocido, ni visto sus milagros. Por la misma oración fue inspirado Pilatos para que no mudara el título de la cruz, que ya le habían puesto sobre la cabeza del Señor en las tres lenguas, hebrea, griega y latina. Y aunque los judíos reclamaron al juez y le pidieron que no escribiese, “Jesús Nazareno Rey de los judíos,” sino que antes escribiese: “Este dijo era Rey de los judíos,” respondió Pilatos: “Lo que está escrito será escrito”, y no quiso mudarlo (Jn 19,21-22). Todas las otras criaturas insensibles por voluntad divina obedecieron al imperio de María Santísima, y de la hora de mediodía hasta las tres de la tarde, que era la de nona, cuando expiró el Salvador, hicieron el sentimiento y novedad que dicen los sagrados evangelistas (Lc 23,45; Mt 27,51-52): el sol escondió su luz, los planetas mudaron el influjo, los cielos y la luna sus movimientos, los elementos se turbaron, tembló la tierra y muchos montes se rompieron, se quebrantaron las piedras unas con otras, abrieron su seno los sepulcros, para que después salieran de ellos algunos difuntos vivos, y fue tan insólita y nueva la alteración de todo lo visible y elemental, que se sintió en todo el orbe. Y los judíos, por toda Jerusalén, quedaron atónitos y asombrados, aunque su inaudita perfidia y malicia los impidió y desmereció que llegasen al conocimiento de la verdad que todas las criaturas insensibles les predicaban.

1391. Los soldados que crucificaron a Jesús nuestro Salvador, como ministros a quien tocaban los despojos del justiciado, trataron de dividir los vestidos del inocente Cordero. Y la capa o manto superior, que por divina dispensación la llevaron al Calvario, la hicieron partes ésta era la que se desnudó en la cena para lavar los pies a los apóstoles la dividieron entre sí mismos (Jn 19,23-24), que eran cuatro. Pero la túnica inconsútil no quisieron dividirla, ordenándolo así la providencia del Señor con gran misterio, y echaron suertes sobre ella y la llevó a quien le tocó, cumpliéndose a la letra la profecía de David en el salmo 21 (Sal 21,19 (A.)). Los misterios de no romper esta túnica declaran los santos y doctores; y uno de ellos fue significar cómo este hecho de los judíos, aunque rompieron con tormentos y heridas la humanidad santísima de Cristo nuestro bien, con que estaba cubierta la divinidad, pero a ésta no pudieron ofenderla con la pasión ni tocar en ella; y a quien tocara la suerte de justificarse por su participación, éste la poseerá y gozará por entero.

1392. Y como el madero de la santa cruz era el trono de la majestad real de Cristo y la cátedra de donde quería enseñar la ciencia de la vida, estando ya Su Majestad levantado en ella y confirmando la doctrina con el ejemplo, dijo aquella palabra en que comprendió la suma de la caridad y perfección: “Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen” (Lc 23,34). Este principio de la caridad y amor fraternal se vinculó el divino Maestro, llamándole suyo propio (Jn 15,12 (A.)). Y en prueba de esta verdad que nos había enseñado, le practicó y ejecutó en la cruz, no sólo amando y perdonando a sus enemigos, pero disculpándolos con su misma ignorancia, cuando su malicia había llegado a lo supremo que pudo subir en los hombres, persiguiendo, crucificando y blasfemando de su mismo Dios y Redentor. Esto hizo la ingratitud humana después de tanta luz, doctrina y beneficios, y esto hizo nuestro Salvador Jesús con su ardentísima caridad, en retorno de los tormentos, de las espinas, clavos, cruz y blasfemias. ¡Oh amor incomprensible!, ¡oh suavidad inefable!, ¡oh paciencia nunca imaginada de los hombres, admirable a los ángeles y temida de los demonios! Conoció algo de

este sacramento el uno de los ladrones llamado Dimas y, obrando al mismo tiempo la intercesión y oración de María Santísima, fue ilustrado interiormente para conocer a su Reparador y Maestro en esta primera palabra que habló en la cruz. Y movido con verdadero dolor y contrición de sus culpas, se convirtió a su compañero y le dijo: “¿Ni tú tampoco temes a Dios, que con estos blasfemos perseveras en la misma condición? Nosotros pagamos nuestro merecido, pero éste, que padece con nosotros, no ha cometido culpa alguna. Y hablando luego a nuestro Salvador, le dijo: Señor, acuérdate de mí cuando llegares a tu reino.” (Lc 23,40,42)

1393. En este felicísimo ladrón y en el centurión, y en los demás que confesaron a Cristo en la cruz, se comenzaron a estrenar los efectos de la Redención. Pero el mejor afortunado fue Dimas, que mereció oír la segunda palabra que dijo el Señor: “De verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso” (Lc 23,43). ¡Oh bienaventurado ladrón, que tú solo alcanzaste para ti tal palabra deseaba de todos los justos y santos de la tierra! No la pudieron oír los antiguos patriarcas y profetas, juzgándose por muy dichosos en bajar al limbo y esperar largos siglos el paraíso, que tú ganaste en un punto, en que mudaste felizmente el oficio. Acabas ahora de robar la hacienda ajena y terrena, y luego arrebatas el cielo de las manos de su dueño. Pero tú le robas de justicia, y él te le da de gracia, porque fuiste el último discípulo de su doctrina en su vida y el primero en practicarla después de haberla oído. Amaste y corregiste a tu hermano, confesaste a tu Criador, reprendiste a los que le blasfemaban, le imitaste en padecer con paciencia, le rogaste con humildad como a Redentor, para que en lo futuro no se acordase de tus miserias, y él como glorificador premió de contado tus deseos, sin dilatar el galardón que te mereció a ti y a todos los mortales.

1394. Justificado el buen ladrón volvió Jesús la amorosa vista a su afligida Madre, que con San Juan estaba al pie de la cruz, y hablando con entrambos, dijo primero a su Madre: “*Mujer, ves ahí a tu hijo;*” y al apóstol dijo también: “*Hijo, veis ahí a tu madre*” (Jn 19,26-27). La llamó Su Majestad mujer y no madre, porque este nombre era de regalo y dulzura y que sensiblemente le podía recrear el pronunciarle, y en su pasión no quiso admitir esta consolación exterior, conforme a lo que arriba se dijo (Cf. supra n.960), por haber renunciado en ella todo consuelo y alivio. Y en aquella palabra mujer, tácitamente y en su aceptación dijo: “Mujer bendita entre todas las mujeres, la más prudente entre los hijos de Adán, mujer fuerte y constante, nunca vencida de la culpa, fidelísima en amarme, indefectible en servirme y a quien las muchas aguas de mi pasión no pudieron extinguir ni contrastar. Yo me vaya mi Padre y no puedo desde hoy acompañarte; mi discípulo amado te asistirá y servirá como a madre y será tu hijo.” Todo esto entendió la divina Reina. Y el santo apóstol en aquella hora la recibió por suya, siendo de nuevo ilustrado su entendimiento para conocer y apreciar la prenda mayor que la divinidad había criado después de la humanidad de Cristo nuestro Señor. Y con esta luz la veneró y sirvió en lo restante de la vida de nuestra gran Reina, como diré adelante (Cf. infra n.1455; p.III n.175, 369, etc.). Le admitió también Su Majestad por Hijo con humilde rendimiento y obediencia. Y desde entonces se la prometió, sin que los inmensos dolores de la pasión embarazasen su magnánimo y prudentísimo corazón, que siempre obraba lo sumo de la perfección y santidad, sin omitir acción alguna.

1395. Se llegaba ya la hora de nona del día, aunque por la oscuridad y turbación más parecía confusa noche, y nuestro Salvador Jesús habló la cuarta palabra desde la cruz en voz grande y clamorosa, que los circunstantes pudieron oír, y dijo: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” (Mt 27,46) Estas palabras, aunque las dijo el Señor en su lengua hebrea, no todos las entendieron. Y porque la primera dicción dice: “*Eli, Eli,*” pensaron algunos que llamaba a Elías; y otros burlando de su clamor decían: “*Veamos si vendrá Elías a librarlo ahora de nuestras manos.*” Pero el misterio de estas palabras de Cristo nuestro bien fue tan profundo como escondido de los judíos y gentiles, y en ellas caben muchos sentidos que los doctores sagrados les han dado. Lo que a mí se me ha manifestado es que el desamparo de Cristo no fue que la divinidad se apartase de la humanidad santísima, disolviéndose la unión sustancial hipostática, ni cesando la visión beatífica de su alma, que entrambos uniones tuvo la humanidad con la divinidad desde el instante que por obra del Espíritu Santo fue concebido en el tálamo virginal y nunca dejó a lo que una vez se unió. Esta doctrina es la Católica y verdadera, y también es cierto que la humanidad santísima fue desamparada de la divinidad en cuanto a no defenderla de la muerte y de los dolores de la pasión acerbísima. Pero no le desamparó del todo el Padre eterno en cuanto a volver por su honra, pues la testificó con el movimiento de todas las criaturas, que mostraron sentimiento en su muerte. Otro desamparo manifestó Cristo Salvador nuestro con esta querella, originada de su inmensa caridad con los hombres, y éste fue el de los réprobos y condenados, y de éstos se dolió en la última hora, como en la oración del huerto, donde se entristeció su alma santísima hasta la muerte, como allí se dijo (Cf. supra n.1210); porque ofreciéndose por todo el linaje humano tan copiosa y superabundante redención, no sería eficaz en los condenados y se hallaría desamparado de ellos en la eterna felicidad para donde los crió y redimió, y como éste era decreto de la voluntad eterna del Padre, amorosa y dolorosamente se querelló y dijo: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué*

me desamparaste?”, entendiendo de la compañía de los réprobos.

1396. En mayor testificación de esto añadió luego el Señor la quinta palabra y dijo: “*Sed tengo*” (Jn 19,28). Los dolores de la pasión y congojas pudieron causar en Cristo nuestro bien natural sed, pero no era tiempo entonces de manifestarla ni apagarla, ni Su Majestad hablara para esto sin más alto sacramento, sabiendo estaba tan inmediato a expirar. Sediento estaba de que los cautivos hijos de Adán no malograsen la libertad que les merecía y ofrecía, sediento, ansioso y deseoso de que le correspondieran todos con la fe y con el amor que le debían, de que admitiesen sus méritos y dolores, su gracia y amistad, que por ellos podían adquirir, y que no perdiesen su eterna felicidad que les dejaba por herencia, si la quisieran admitir y merecer; ésta era la sed de nuestro Salvador y Maestro. Y sola María Santísima la conoció perfectamente entonces, y con íntimo afecto y caridad convidó y llamó en su interior a los pobres, a los afligidos, a los humildes, despreciados y abatidos, para que llegasen al Señor y mitigasen aquella sed en parte, pues no era posible en todo. Pero los pérfidos judíos y verdugos, en testimonio de su infeliz dureza, ofrecieron al Señor con irrisión una esponja de vinagre y hiel sobre una caña y se la llegaron a la boca para que bebiese, cumpliendo la profecía de David, que dijo: (Sal 68,22) “*En mi sed me dieron a beber vinagre.*” Lo gustó nuestro pacientísimo Jesús y tomó algún trago en misterio de lo que toleraba la condenación de los réprobos; pero a petición de su Madre Santísima lo rehusó luego y lo dejó, porque la Madre de la gracia había de ser la puerta y medianera para los que se aprovecharan de la pasión y Redención humana.

1397. Luego con el mismo misterio pronunció el Salvador la sexta palabra: “*Consummatum est*” (Jn 19,30). “Ya está consumada esta obra de mi legacía del cielo y redención de los hombres y la obediencia con que me envió el eterno Padre a padecer y morir por la salud de los hombres; ya están cumplidas las Escrituras, profecías y figuras del Antiguo Testamento, y el curso de la vida pasible y mortal que admití en el vientre virginal de mi Madre; ya queda en el mundo mi ejemplo, doctrina, sacramentos y remedios para la dolencia del pecado; ya queda satisfecha la justicia de mi eterno Padre para la deuda de la posteridad de Adán; ya queda enriquecida mi Iglesia para el remedio de los pecados que los hombres cometieren; y toda la obra de mi venida al mundo queda en suma perfección, por la parte que me tocaba como su Reparador, y para la fábrica de la Iglesia triunfante queda puesto el seguro fundamento en la militante, sin que nadie le pueda alterar ni mudar. Todos estos misterios contienen aquellas palabras breves: “*Consummatum est.*”

1398. Acabada y puesta la obra de la Redención humana en su última perfección, era consiguiente que, como el Verbo humanado por la vida mortal salió del Padre y vino al mundo, por la muerte de esta vida volviese al Padre con la inmortalidad. Para esto dijo Cristo nuestro Salvador la última y séptima palabra: “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*” (Lc 23,46) Exclamó y pronunció el Señor estas palabras en voz alta y sonora, que la oyeron los presentes, y para decir las levantó los ojos al cielo, como quien hablaba con su eterno Padre, y en el último acento le entregó su espíritu, volviendo a inclinar la cabeza. Con la virtud divina de estas últimas palabras fue arruinado y arrojado Lucifer con todos sus demonios en las profundas cavernas del infierno, donde quedaron todos apegados, como diré en el capítulo siguiente. La invencible Reina y Señora de las virtudes penetró altamente todos estos misterios sobre todas las criaturas, como Madre del Salvador y coadjutora de su pasión. Y para que en todo la participase, así como había sentido los dolores correspondientes a los tormentos de su Hijo Santísimo, padeció y sintió, quedando viva, los dolores y tormentos que tuvo el Señor en el instante de la muerte. Y aunque ella no murió con efecto, pero fue porque milagrosamente, cuando se había de seguir la muerte, le conservó Dios la vida, siendo este milagro mayor que los demás con que fue confortada en todo el discurso de la pasión. Porque este último dolor fue más intenso y vivo, y todos cuantos han padecido los mártires y los hombres justiciados desde el principio del mundo no llegan a los que María Santísima padeció y sufrió en la pasión. Perseveró la gran Señora al pie de la cruz hasta la tarde, que fue enterrado el sagrado cuerpo, como adelante diré, y en retorno de este último dolor en especial quedó la purísima Madre más espiritualizada en lo poco que su virginal cuerpo sentía del ser terreno.

1399. Los sagrados evangelistas no escribieron otros sacramentos y misterios ocultos que obró Cristo nuestro Salvador en la cruz, ni los católicos tenemos de ellos más que las prudentes conjeturas que deducen de la infalible certeza de la fe. Pero entre los que se me han manifestado en esta Historia y en este lugar de la pasión, es una oración que hizo al eterno Padre antes de hablar las siete palabras referidas por los evangelistas. Y la llamo oración, porque fue hablando con el eterno Padre, aunque es como última disposición y testamento que hizo como verdadero y sapientísimo Padre de la familia que le entregó el suyo, que fue todo el linaje humano. Y como la misma razón natural enseña que quien es cabeza de alguna familia y señor de muchos o pocos bienes, no sería prudente despensero, ni atento a su oficio o

dignidad, si no declarase a la hora de la muerte la voluntad con que dispone de sus bienes y familia, para que los herederos y sucesores conozcan lo que a cada uno le toca sin litigio y después lo adquiera de justicia en herencia y posesión pacífica; por esta razón y para morir desocupados de lo terreno hacen los hombres del siglo sus testamentos. Y hasta los religiosos se desapropian porque en aquella hora pesa mucho lo terreno y sus cuidados, para que no se levante el espíritu a su Criador. Y aunque a nuestro Salvador no le pudieran embarazar éstas, porque ni las tenía, ni cuando las tuviera estorbaran su poder infinito, pero convenía que dispusiese en aquella hora de los tesoros espirituales y dones que había merecido para los hombres en el discurso de su peregrinación.

1400. De estos bienes eternos hizo el Señor en la cruz su testamento, determinando a quién tocaba y quiénes habían de ser legítimos herederos y cuáles desheredados y las causas de lo uno y de lo otro, y todo lo hizo confiriéndolo con su eterno Padre, como Señor supremo y justísimo Juez de todas las criaturas. Y porque en este testamento y disposición estaban resumidos los secretos de la predestinación de los santos y de la reprobación de los condenados, fue testamento cerrado y oculto para los hombres, y sola María Santísima lo entendió, porque a más de serle patentes todas las operaciones del alma santísima de Cristo, era su universal heredera, constituida por Señora de todo lo criado, y como coadjutora de la Redención, había de ser también como testamentaria, por cuyas manos, en que su Hijo puso todas las cosas, como el Padre en las del Hijo (Jn 13,3), se ejecutase su voluntad y esta gran Señora distribuyese los tesoros adquiridos y debidos a su Hijo por ser quien es y por sus infinitos merecimientos. Esta inteligencia se me ha dado como parte de esta Historia, para que se declare más la dignidad de nuestra Reina y acudan los pecadores a ella como a depositaria de las riquezas que su Hijo y nuestro Redentor se hace cargo con su eterno Padre; porque todos nuestros socorros se han de librar en María Santísima y ella los ha de distribuir por sus piadosas y liberales manos.

Testamento que hizo Cristo nuestro Salvador, orando a su eterno Padre en la cruz.

1401. Enarbolado el madero de la cruz santa en el monte Calvario con el Verbo humanado que estaba crucificado en ella, antes de hablar ninguna de las siete palabras, habló con su eterno Padre interiormente y dijo: “Padre mío y Dios eterno, yo te confieso y te engrandezco desde este árbol de mi cruz y te alabo con el sacrificio de mis dolores, pasión y muerte, porque con la unión hipostática de la naturaleza divina levantaste mi humanidad a la suprema dignidad de ser Cristo, Dios-hombre, unguido con tu misma divinidad. Confiéstrate por la plenitud de dones posibles de gracia y gloria que desde el instante de mi Encarnación comunicaste a mi humanidad, y porque para la eternidad desde aquel punto me diste el pleno dominio universal de todas las criaturas en el orden de gracia y de naturaleza, me hiciste Señor de los cielos y de los elementos, del sol, luna y estrellas, del fuego, del aire, de la tierra y de los mares y de todas las criaturas sensibles e insensibles que en ellos viven, de la disposición de los tiempos, de los días y las noches, dándome señorío y potestad sobre todo, a mi voluntad y disposición; y porque me hiciste Cabeza y Rey, Señor de todos los ángeles y de los hombres, para que los gobierne y mande, para que premie a los buenos y castigue a los malos; y para todo me diste la potestad y llaves del abismo, desde el supremo cielo hasta el profundo de las cavernas infernales; y porque pusiste en mis manos la justificación eterna de los hombres, sus imperios, reinos y principados, a los grandes y pequeños, a los pobres y a los ricos; y de todos los que son capaces de tu gracia y gloria me hiciste Justificador, Redentor y Glorificador universal de todo el linaje humano, Señor de la muerte y de la vida, de todos los nacidos, de la Iglesia Santa y sus tesoros, de las Escrituras, misterios y sacramentos, auxilios, leyes y dones de la gracia; todo lo pusiste, Padre mío, en mis manos y lo subordinaste a mi voluntad y disposición, y por esto te alabo y engrandezco, te confieso y magnifico.

1402. “Ahora, Señor y Padre eterno, cuando vuelvo de este mundo a tu diestra por medio de mi muerte de cruz, y con ella y mi pasión dejo cumplida la Redención de los hombres que me encomendaste, quiero, Dios mío, que la misma cruz sea el tribunal de nuestra justicia y misericordia; y estando clavado en ella quiero juzgar a los mismos por quien doy la vida, y justificando mi causa quiero dispensar y disponer de los tesoros de mi venida al mundo y de mi pasión y muerte, para que desde ahora quede establecido el galardón que a cada uno de los justos o réprobos le pertenece, conforme a sus obras con que me hubieren amado o aborrecido. A todos los mortales he buscado y llamado a mi amistad y gracia, y desde el instante que tomé carne humana, sin cesar he trabajado por ellos: he padecido molestias, fatigas, afrentas, ignominias, oprobios, azotes, corona de espinas, y padezco muerte acerbísima de cruz; he rogado por todos a tu inmensa piedad, he orado con vigiliias, ayunado y peregrinado, enseñándoles el camino de la eterna vida; y cuanto es de mi parte y de mi voluntad, para todos la quiero, como para todos la he merecido, sin exceptuar ni excluir alguno, y para todos he puesto y fabricado la ley de gracia, y siempre la Iglesia, donde fueren salvos, será estable y permanente.

1403. “Pero con nuestra ciencia y previsión conocemos, Dios y Padre mío, que por la malicia y rebeldía de los hombres no todos quieren nuestra salvación eterna, ni valerse de nuestra misericordia y del camino que yo les he abierto con mi vida, obras y muerte, sino que quieren seguir sus pecados hasta la perdición. Justo eres, Señor y Padre mío, y rectísimos son tus juicios, y justo es que, pues me hiciste juez de los vivos y muertos, entre los buenos y malos, dé a los justos el premio de haberme servido y seguido y a los pecadores el castigo de su perversa obstinación, y aquéllos tengan parte conmigo de mis bienes y estos otros sean privados de mi herencia, pues ellos no la quisieron admitir. Ahora, pues, eterno Padre mío, en tu nombre y mío, engrandeciéndote, dispongo por mi última voluntad humana, que es conforme a la tuya eterna y divina, y quiero que en primer lugar sea nombrada mi purísima Madre, que me dio el ser humano, porque la constituyo por mi heredera única y universal de todos los bienes de naturaleza, gracia y gloria, que son míos, para que ella sea Señora con dominio pleno de todos; y los que ella en sí puede recibir de la gracia, siendo pura criatura, todos se los concedo con efecto, y los de gloria se los prometo para su tiempo; y quiero que los ángeles y los hombres sean suyos, y que en ellos tenga entero dominio y señorío, que todos la obedezcan y sirvan; y los demonios la teman y le estén sujetos, y lo mismo hagan todas las criaturas irracionales, los cielos, astros y planetas, los elementos, y todos los vivientes, aves, peces y animales que en ellos se contienen; de todo la hago Señora, para que todos la santifiquen y glorifiquen conmigo; y quiero a si mismo que ella sea depositaria y dispensadora de todos los bienes que se encierran en los cielos y en la tierra; lo que ella ordenare y dispusiere en la Iglesia con mis hijos los hombres, será confirmado en el cielo por las tres divinas personas, y todo lo que pidiere para los mortales ahora, después y siempre, lo concederemos a su voluntad y disposición.

1404. “A los ángeles que obedecieron tu voluntad santa y justa, declaro que les pertenece el supremo cielo por habitación propia y eterna, y en ella el gozo de la visión clara y fruición de nuestra divinidad; y quiero que la gocen en posesión interminable y en nuestra amistad y compañía; y les mando que reconozcan por su legítima Reina y Señora a mi Madre y la sirvan, acompañen y asistan, la lleven en sus manos en todo lugar y tiempo, obedeciendo a su imperio y a todo lo que les quisiere mandar y ordenar. A los demonios, como rebeldes a nuestra voluntad perfecta y santa, los arrojé y aparté de nuestra vista y compañía, de nuevo los condeno a nuestro aborrecimiento y privación eterna de nuestra amistad y gloria y de la vista de mi Madre y de los santos y justos mis amigos; y les determino y señalo por habitación sempiterna el lugar más distante de nuestro real trono, que serán para ellos las cavernas infernales, el centro de la tierra, con privación de luz y horror de sensibles tinieblas; y declaro que ésta es su parte y herencia elegida por su soberbia y obstinación, con que se levantaron contra el ser divino y sus órdenes; y en aquellos calabozos de oscuridad sean atormentados con eterno fuego inextinguible.

1405. “De toda la humana naturaleza con la plenitud de toda mi voluntad llamo y elijo y entresaco a todos los justos y predestinados que por mi gracia e imitación han de ser salvos, cumpliendo mi voluntad y obedeciendo a mi santa ley. A éstos en primer lugar, después de mi Madre purísima, los nombro por herederos de todas mis promesas y misterios, bendiciones y tesoros de mis sacramentos y secretos de mis Escrituras, como en ellas están encerrados; de mi humildad y mansedumbre de corazón; de las virtudes, fe, esperanza y caridad; de la prudencia, justicia, fortaleza y templanza; de mis divinos dones y favores; de mi cruz, trabajos, oprobios y desprecios, pobreza y desnudez. Esta sea su parte y su herencia en la vida presente y mortal, y porque ellos con el bien obrar la han de elegir, para que lo hagan y con alegría, se la señalo por prenda de mi amistad, porque yo la elegí para mí mismo. Y les ofrezco mi protección y defensa, mis inspiraciones santas, mis favores y auxilios poderosos, mis dones y justificación, según su disposición y amor; que para ellos seré padre, hermano y amigo, y ellos serán mis hijos, mis electos y carísimos, y como a tales hijos los nombro por herederos de todos mis merecimientos y tesoros, sin limitación alguna de mi parte. Y quiero que de mi Santa Iglesia y sacramentos participen y reciban cuanto de ellos se dispusieren a recibir, y que puedan recuperar la gracia y bienes, si la perdieren, y volver a mi amistad, renovados y lavados ampliamente con mi sangre; y que para todo les valga la intercesión de mi Madre y de mis santos, y que ella los reconozca por hijos y los ampare y tenga por suyos; que mis ángeles los defiendan, los guíen, patrocinen y los traigan en las palmas para que no tropiecen, y si cayeren les den favor para levantarse.

1406. “Y quiero a si mismo que estos mis justos y escogidos sean superiores en excelencia a los réprobos y a los demonios, y que los teman y se les sujeten mis enemigos, y que todas las criaturas racionales e irracionales los sirvan; que los cielos y planetas, los astros y sus influencias los conserven y den vida con sus influjos; la tierra y elementos y todos sus animales los sustenten; todas las criaturas que son mías y me sirven, sean suyas y les sirvan como a mis hijos y amigos; y sea su bendición en el rocío del cielo y grosura de la tierra. Quiero también tener con ellos mis delicias, comunicarles mis secretos, conversar íntimamente y vivir con ellos en la Iglesia militante debajo de las especies de

pan y vino, en arras y prendas infalibles de la eterna felicidad y gloria que les prometo, y de ella les hago participantes y herederos, para que conmigo la gocen en el cielo en posesión perpetua y gozo inamisible.

1407. “A los réprobos y reprobados de nuestra voluntad, aunque fueron criados para otro más alto fin, les señalo y permito que su parte y herencia en esta vida mortal sea la concupiscencia de la carne y de los ojos y la soberbia con todos sus efectos, y que coman y sean saciados de la arena de la tierra, que son sus riquezas, y del humo y corrupción de la carne y sus deleites, de la vanidad y presunción mundana. Por adquirir esta posesión han trabajado y en esta diligencia emplearon su voluntad y sus sentidos, a ella convirtieron sus potencias y los dones y beneficios que les dimos, y ellos mismos han hecho voluntaria elección del engaño, aborreciendo la verdad que yo les enseñé en mi ley santa. Renunciaron la que yo escribí en sus luismos corazones y la que les inspiró mi gracia, despreciaron mi doctrina y beneficios, oyeron a mis enemigos y suyos propios, admitieron sus engaños, amaron la vanidad, obraron las injusticias, siguieron la ambición, se deleitaron en la venganza, persiguieron a los pobres, humillaron a los justos, baldonaron de los sencillos e inocentes, apotecieron su propia exaltación y desearon levantarse sobre los cedros del Líbano en la ley de la injusticia que guardaron.

1408. Y porque todo esto lo hicieron contra la bondad de nuestra divinidad y permanecieron obstinados en su malicia, renunciando el derecho de hijos que yo les he adquirido, los desheredo de mi amistad y gloria; y como Abrahán apartó de sí a los hijos de las esclavas con algunos dones y reservó su principal hacienda para Isaac, el hijo de la libre Sara, así yo desví a los réprobos de mi herencia con los bienes transitorios y terrenos que ellos mismos escogieron y, apartándolos de nuestra compañía y de mi Madre y la de los ángeles y santos, los condeno a las eternas cárceles y fuego del infierno en compañía de Lucifer y sus demonios, a quien de voluntad sirvieron, y los privo por nuestra eternidad de la esperanza del remedio. Esta es, Padre mío, la sentencia que pronuncio como juez y cabeza de los hombres y los ángeles y el testamento que dispongo para mi muerte y efecto de la Redención humana, remunerando a cada uno lo que de justicia le pertenece, conforme a sus obras y al decreto de tu incomprendible sabiduría, con la equidad de tu rectísima justicia.” Hasta aquí habló Cristo Salvador nuestro en la cruz con su eterno Padre, y quedó este misterio y sacramento sellado y guardado en el corazón de María Santísima, como testamento oculto y cerrado, para que por su intercesión y disposición a su tiempo y desde luego se ejecutase en la Iglesia, como hasta entonces se había comenzado a ejecutar por la ciencia y previsión divina, donde todo lo pasado y lo futuro está junto y presente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

1409. “Hija mía, procura con todo tu afecto no olvidar en tu vida la noticia de los misterios que en este capítulo te he manifestado. Yo, como tu Madre y Maestra, pediré al Señor que con su virtud divina imprima en tu corazón las especies que te he dado, para que permanezcan fijas y presentes en él, mientras vivieres. Con este beneficio quiero que perpetuamente tengas en tu memoria a Cristo crucificado, mi Hijo Santísimo y Esposo tuyo, y nunca olvides los dolores de la cruz y la doctrina que enseñó y practicó Su Majestad en ella. En este espejo has de componer tu hermosura, y en ella tendrás tu gloria interior, como la hija del príncipe (Sal 44,14), para que atiendas, procedas y reines como esposa del supremo Rey. Y porque este honroso título te obliga a procurar con todo esfuerzo su imitación y proporción igual, en cuanto te es posible con su gracia, y éste ha de ser el fruto de mi doctrina, así quiero que desde hoy vivas crucificada con Cristo y te asimiles a tu ejemplar y dechado, quedando muerta a la vida terrena. Quiero que se consuman en ti los efectos de la primera culpa y sólo vivas a las operaciones y efectos de la virtud divina y renuncies todo lo que tienes heredado como hija del primer Adán, para que en ti se logre la herencia del segundo, que es Cristo Jesús, tu Redentor y Maestro.

1410. “Para ti ha de ser tu estado muy estrecha cruz donde estés clavada, y no ancha senda, con dispensaciones y explicaciones que la hagan espaciosa, dilatada y acomodada, y no segura ni perfecta. Este es el engaño de los hijos de Babilonia y de Adán, que procuran en sus obras buscar ensanches en la ley de Dios, cada uno en su estado, y recatean la salvación de sus almas, para comprar el cielo muy barato, o aventurarse a perderle, si les ha de costar el estrecharse y ajustarse al rigor de la divina ley y sus preceptos. De aquí nace el buscar doctrinas y opiniones que dilaten las sendas y caminos de la vida eterna, sin advertir que mi Hijo Santísimo les enseñó que eran muy angostos (Mt 7,14) y que Su Majestad fue por ellos, para que nadie imagine que puede ir por otros más espaciosos a la carne y a las inclinaciones viciadas por el pecado. Este peligro es mayor en los eclesiásticos y religiosos, que por su estado deben seguir a su divino Maestro y ajustarse a su vida y pobreza, y para esto eligieron el camino de la cruz, y quieren que la dignidad o la religión sea para comodidad temporal y aumento de mayores honras de su estimación y aplauso, que tuvieran en

otro estado. Y para conseguirlo ensanchan la cruz que prometieron llevar, de manera que vivan en ella muy holgados y ajustados a la vida carnal, con opiniones y explicaciones engañosas. Y a su tiempo conocerán la verdad de aquella sentencia del Espíritu Santo, que dice: *‘A cada uno le parece seguro su camino, pero el Señor tiene en su mano el peso de los corazones humanos’* (Prov 21,2 (A.)).

1411. “Tan lejos te quiero, hija mía, de este engaño, que has de vivir ajustada al rigor de tu profesión en lo más estrecho de ella, de manera que en esta cruz no te puedas extender ni ensanchar a una ni otra parte, como quien está clavada en ella con Cristo; y por el menor punto de tu profesión y perfección has de posponer todo lo temporal de tu comodidad. La mano derecha has de tener clavada con la obediencia, sin reservar movimiento, ni obra, ni palabra y pensamiento que no se gobierne en ti con esta virtud. No has de tener además que sea obra de tu propia voluntad, sino de la ajena, ni has de ser sabia contigo misma en cosa alguna (Prov 3,7 (A.)), sino ignorante y ciega, para que te guíen los superiores. El que promete dice el Sabio (Prov 6,1 (A.)) clavó su mano, y con sus palabras queda atado y preso. Tu mano clavaste con el voto de la obediencia, y con este acto quedaste sin libertad ni propiedad de querer o no querer. La mano siniestra tendrás clavada con el voto de la pobreza, sin reservar inclinación ni afecto a cosa alguna que suelen codiciar los ojos, porque en el uso y en el deseo has de seguir ajustadamente a Cristo pobre y desnudo en la cruz. Con el tercer voto, de la castidad, han de estar clavados tus pies, para que tus pasos y movimientos sean puros, castos y hermosos. Y para esto no has de consentir en tu presencia palabra que disuene de la pureza, ni admitir especie ni imagen en tus sentidos, mirar, ni tocar a criatura humana; tus ojos y todos tus sentidos han de estar consagrados a la castidad, sin dispensar de ellos más de para ponerlos en Jesús crucificado. El cuarto voto, de la clausura, guardarás segura en el costado y pecho de mi Hijo Santísimo, donde yo te la señalo. Y para que esta doctrina te parezca suave y este camino menos estrecho, atiende y considera en tu pecho la imagen que has conocido de mi Hijo y Señor lleno de llagas, tormentos y dolores, y al fin clavado en la cruz, sin dejar en su sagrado cuerpo alguna parte que no estuviese herida y atormentada. Y Su Majestad y yo éramos más delicados y sensibles que todos los hijos de los hombres, y por ellos padecimos y sufrimos tan acerbos dolores, para que ellos se animasen a no recusar otros menores por su bien propio y eterno y por el amor que tanto les obligó; a que debían los mortales ser agradecidos, entregándose al camino de las espinas y abrojos y a llevar la cruz por imitar y seguir a Cristo y alcanzar la eterna felicidad, pues es el camino derecho para ella.”

CAPITULO 23

[Regresar al Principio](#)

El triunfo que Cristo nuestro Salvador alcanzó del demonio en la cruz y de la muerte, y la profecía de Habacuc, y un conciliábulo que hicieron los demonios en el infierno.

1412. “Los ocultos y venerables misterios de este capítulo corresponden a otros muchos que en todo el discurso de esta Historia he tratado o insinuado. Uno de ellos es que Lucifer y sus demonios en el discurso de la vida y milagros de nuestro Salvador nunca pudieron acabar de conocer con firmeza infalible que Su Majestad era Dios verdadero y Redentor del mundo, y por consiguiente tampoco conocían la dignidad de María Santísima. Así lo dispuso la providencia de la divina Sabiduría, para que más convenientemente se ejecutase todo el misterio de la Encarnación y Redención del linaje humano. Y para esto, aunque Lucifer sabía que Dios tomaría carne humana, ignoraba el modo y circunstancias de la Encarnación; y como de ellas le consintieron hiciese el juicio conforme su soberbia, por eso anduvo tan alucinado, ya afirmando que Cristo era Dios por los milagros que hacía, ya negándolo porque le veía pobre, humillado, afligido y fatigado. Y deslumbrándose el dragón con esta variedad de luces, perseveraba en la duda y en las pruebas o inquisición hasta la hora determinada de la cruz, donde con el conocimiento de los misterios de Cristo había de quedar juntamente desengañado y vencido, en virtud de la pasión y muerte que a su humanidad santísima le había procurado.

1413. Se ejecutó este triunfo de Cristo nuestro Salvador con modo tan alto y admirable, que yo me hallo insuficiente y tarda para explicarlo, porque fue espiritual y oculto a los sentidos con que se ha de declarar. Para decirlo y entenderlo, quisiera yo que nos habláramos y noticiáramos unos a otros como hacen los ángeles con aquella simple locución y vista con que se entienden; que tal como ésta es necesaria para manifestar y penetrar esta gran maravilla de la omnipotencia divina. Yo diré lo que pudiere, y la inteligencia será con la ilustración de la fe más que significaren mis palabras.

1414. En el capítulo precedente queda dicho (Cf. supra n.1364) cómo Lucifer con sus demonios intentaron desviarse de Cristo nuestro Salvador y arrojarse al infierno, luego que Su Majestad recibió la cruz sobre sus sagrados hombros, porque en aquel punto sintieron contra sí el poder divino, que con mayor fuerza los comenzaba a oprimir. Con este nuevo tormento reconocieron, permitiéndolo así el Señor, que les amenazaba gran ruina con la muerte de aquel Hombre inocente que ellos habían maquinado, y que no era puro hombre. Y deseaban retirarse y no asistir más a los judíos y ministros de justicia, como lo habían hecho hasta aquella hora. Pero el poder divino los detuvo y encadenó como a dragones ferocísimos, compeliéndolos por medio del imperio de María Santísima, para que no huyesen, sino que fuesen siguiendo a Cristo hasta el Calvario. El extremo de esta cadena se le dio a la gran Reina, para que con las virtudes de su Hijo Santísimo los sujetase y argollase y, aunque muchas veces forcejaban intentando la fuga y despedazándose de furor, no pudieron vencer la fuerza con que la divina Señora los detenía y obligaba a llegar al Calvario y rodearse a la cruz, donde les mandó estuviesen inmóviles hasta el fin de tan altos misterios como allí se obraban, de remedio para los hombres y ruina para los demonios.

1415. Con este imperio estuvo Lucifer con sus cuadrillas infernales tan oprimidos de la pena y temor que sentían con la presencia de Cristo nuestro Señor y su Madre Santísima y de lo que les amenazaba, que les fuera alivio arrojarse en las tinieblas del infierno. Y como no les era permitido, se pegaban y revolcaban unos con otros como un hormiguero alterado y como sabandijas que temerosas se procuran esconder en algún abrigo, aunque el furor rabioso que padecían no era de animales, sino de demonios más crueles que dragones. Allí se vio de todo punto humillado el soberbio orgullo de Lucifer y desvanecidos sus pensamientos altivos de levantar su silla sobre las estrellas del cielo (Is 14,13 (A.)) y beberse las aguas puras del Jordán (Job 40,18 (A.)). ¡Qué desvalido y debilitado estaba el que en tantas ocasiones presumió trasegar a todo el orbe!, ¡qué abatido y confuso el que a tantas almas ha engañado con promesas falsas o amenazas!, ¡qué turbado estaba el infeliz Amán a la vista del patíbulo donde procuró poner a su enemigo Mardoqueo!, ¡qué ignominia recibió cuando vio a la verdadera Ester María Santísima, que pedía el rescate de su pueblo y al traidor le derribasen de su antigua grandeza y castigasen con la pena de su gran soberbia! Allí le oprimió y degolló nuestra invencible Judit, allí le quebrantó su altiva cerviz. Desde hoy conoceré ¡oh Lucifer! que tu soberbia y arrogancia es más que tus fuerzas, en vez de resplandores te visten ya gusanos, ya tu cadáver le consume y rodea la carcoma. Tú, que vulnerabas a las gentes, estás herido más que todas, atado y oprimido, ya no temeré tus fingidas amenazas, no escucharé tus dolos, porque te veo rendido, debilitado y sin poder alguno (Is 16,6; Jer 48,29 (A.)).

1416. Ya era el tiempo de que esta antigua serpiente fuese vencida por el Maestro de la vida. Y porque había de ser con el desengaño y no le había de valer a este venenoso áspid taparse los oídos (Sal 57,5) al encantador, comenzó el Señor a hablar en la cruz las siete palabras dando permiso a Lucifer y a sus demonios para que oyéndolas entendiesen los misterios que encerraban; porque con esta inteligencia quería Su Majestad triunfar de ellos, del pecado y de la muerte, y despojarlos de la tiranía con que tenían sujeto a todo el linaje humano. Pronunció Su Majestad la primera palabra: “Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen” (Lc 23,34). En estas razones conocieron los príncipes de las tinieblas con certeza que Cristo nuestro Señor hablaba con el eterno Padre y que era su Hijo natural y verdadero Dios con él y con el Espíritu Santo y divino; y que en su humanidad santísima de perfecto hombre unida a la divinidad admitía la muerte de su propia voluntad para redimir a todo el linaje humano, y que por sus merecimientos de infinito valor ofrecía el perdón general de todos los pecados a los hijos de Adán que se valieran de su redención y la aplicaran para su remedio sin exceptuar a los mismos reos que le crucificaban. De este desengaño concibieron tanta ira y despecho Lucifer y sus demonios, que al punto se quisieron lanzar impetuosamente en el profundo del infierno y forcejaban con todas sus fuerzas para hacerlo, pero la poderosa Reina los detenía.

1417. En la segunda palabra que habló el Señor con el dichoso ladrón: “*La verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso*” (Lc 23,43), entendieron los demonios el fruto de la Redención en la justificación de los pecadores y el fin último en la glorificación de los justos, y que desde aquella hora comenzaban a obrar con nueva fuerza y virtud los merecimientos de Cristo y que con ellos se abrían las puertas del paraíso que con el primer pecado se cerraron, y que desde entonces entrarían los hombres a gozar la felicidad eterna y ocupar las sillas del cielo que para ellos estaban imposibilitadas. Conocieron en esto la potestad de Cristo Señor nuestro para llamar a los pecadores, justificarlos y glorificarlos, y los triunfos que en su vida santísima habían conseguido de todos ellos con las virtudes eminentísimas que habían ejercitado de humildad, paciencia, mansedumbre y todas las demás. La confusión y tormento de Lucifer, cuando conoció esta verdad, no se puede explicar con lengua humana, pero fue tal, que humilló su soberbia a pedir a nuestra reina María Santísima que les permitiese bajar al infierno y los arrojase de su presencia; pero no lo consintió la gran Reina, porque aún no era tiempo.

1418. Con la tercera palabra que habló Jesús dulcísimo con su Madre: “*Mujer, ves ahí a tu hijo*” (Jn 19,26), conocieron los demonios que aquella divina Mujer era Madre verdadera de Dios humanado, y la misma que se les había manifestado en el cielo en imagen y señal cuando fueron criados, y la que les quebrantaría la cabeza, como el Señor se lo había dicho en el paraíso terrenal (Gen 3,15). Conocieron la dignidad y excelencia de esta gran Señora sobre todas las criaturas y la potestad que contra ellos tenía, como la estaban experimentando. Y como desde el principio del mundo, cuando fue criada la primera mujer, todos los demonios habían buscado con su astucia quién sería aquella gran Mujer señalada en el cielo, y en esta ocasión conocieron que hasta entonces la habían perdido de vista sin conocerla, fue inexplicable el furor de estos dragones, porque este desengaño desatinó su arrogancia sobre todo lo que les atormentaba, y se enfurecían contra sí mismos como unos leones sangrientos, y contra la divina Señora renovaron su indignación aunque sin provecho. A más de esto conocieron que San Juan era señalado por Cristo nuestro Salvador como ángel de guarda de su Madre, con la potestad de sacerdote. Y esto conocieron como amenaza contra la indignación que tenían con la gran Señora, y también lo entendió San Juan. Y no sólo conoció Lucifer la potestad del evangelista contra los demonios, sino también la que se les daba a todos los sacerdotes por su dignidad y participación de la misma de nuestro Redentor, y que los demás justos, aunque no fuesen sacerdotes, estarían debajo de una especial protección del Señor y serían poderosos contra el infierno. Y todo esto debilitaba las fuerzas de Lucifer y sus demonios.

1419. La cuarta palabra de Cristo nuestro Salvador fue con el eterno Padre, diciendo: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?*” (Mt 27,46) Conocieron en ella los malignos espíritus que la caridad de Cristo con todos los hombres era inmensa y sin término, y que misteriosamente para satisfacerla se le había suspendido a su humanidad santísima el influjo de la divinidad, para que con el sumo rigor de la pasión fuese la Redención copiosísima, y que sentía y se querellaba amorosamente de que no fuesen salvos todos los hombres, de quien se hallaba desamparado, y con ánimo de padecer más, si el eterno Padre lo ordenara. Esta felicidad de los hombres de ser tan amados del mismo Dios aumentó la envidia de Lucifer y sus ministros, y sintieron todos la omnipotencia divina para ejecutar con los hombres aquella infinita caridad sin limitación. Y esta noticia quebrantó el orgullo y malignidad de los enemigos, reconociéndose flacos y débiles para oponerse a ello con eficacia, si los hombres no la querían malograr.

1420. La quinta palabra que habló Cristo: “*Sed tengo*” (Jn 19,28), adelantó más este triunfo del demonio y sus secuaces, y se enfurecieron en rabia y despecho, porque la encaminó Su Majestad más claramente contra ellos. Y entendieron que les decía: “Si os parece mucho lo que por los hombres padezco y el amor que les tengo, quiero entendáis que siempre mi caridad queda sedienta y anhelando por su eterna salud y no la han extinguido las muchas aguas de mis tormentos y dolores de mi pasión; muchos más padeciera por ellos, si fuera necesario, para redimirlos de vuestra tiranía y hacerlos poderosos y fuertes contra vuestra malicia y soberbia.”

1421. En la sexta palabra del Señor: “*Consummatum est*” (Jn 19,30), acabaron de conocer Lucifer y sus demonios el misterio de la Encarnación y Redención humana, ya concluida con el orden de la sabiduría divina en todo su cumplimiento y perfección. Porque se les manifestó cómo Cristo nuestro Redentor había cumplido con la obediencia del Padre eterno, y cómo había llenado las promesas y profecías hechas al mundo de los antiguos padres, y que la humildad y obediencia de nuestro Redentor había recompensado su soberbia y la inobediencia que tuvieron en el cielo no queriendo sujetarse y reconocerle por superior en la carne humana; y que por esto, con suma sabiduría y equidad eran humillados y vencidos por aquel mismo Señor que ellos despreciaron. Y como a la dignidad grande y méritos infinitos de Cristo era consiguiente que en aquella hora ejecutase el oficio y potestad de juez de los ángeles y de los hombres, como el eterno Padre se lo había cometido, usando de su virtud y como intimando la sentencia a Lucifer en la misma ejecución, le mandó a él y a todos los demonios que como condenados al fuego eterno bajasen luego todos a lo más profundo de aquellos calabozos infernales. Y luego a un mismo tiempo pronunció la séptima palabra: “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc 23,46). Concurrió la poderosa Reina y Madre de Jesús con la voluntad de su Hijo Santísimo y mandó también a Lucifer y sus aliados que al punto descendiesen al profundo. Y a la fuerza de este imperio del supremo Rey y de la Reina, salieron los espíritus malignos del monte Calvario y fueron precipitados hasta lo más ínfimo del infierno con mayor violencia y presteza que sale el rayo despedido de las nubes.

1422. Cristo nuestro Salvador, como victorioso triunfador, ya rendido el mayor enemigo, para entregar su espíritu al Padre, dio licencia a la muerte para que llegase, inclinando la cabeza, venciendo también a la misma muerte con este consentimiento, en que también se halló engañada la misma muerte como el demonio. La razón de esto es, porque la

muerte no pudiera herir a los hombres ni tener jurisdicción sobre ellos, si no es por el primer pecado, a quien se le intimó este castigo; y por eso el Apóstol dijo que las armas o estímulo de la muerte es el pecado, que abrió la herida por donde entró ella en el mundo del linaje humano; y como nuestro Salvador pagó la deuda del pecado y no le pudo cometer, por esto, cuando la muerte le quitó la vida sin tener derecho contra Su Majestad, perdió el que tenía contra los demás hijos de Adán, para que desde entonces ni la muerte ni el demonio pudiesen ofenderlos como antes, si los mismos hombres, valiéndose de la victoria de Cristo, no se les volviesen a sujetar de su propia voluntad. Si nuestro primer padre Adán no pecara y no hubiéramos pecado todos en él, no hubiera pena de muerte, sino un tránsito de aquel feliz estado al felicísimo de la eterna patria. Pero el pecado nos hizo súbditos de la muerte y esclavos del demonio, que nos la procuró, para que valiéndose de ella nos privase del tránsito a la vida eterna, y primero de la gracia, dones y amistad de Dios; y quedamos en servidumbre del pecado y del demonio y sujetos a su tirano e inicuo imperio. Todas estas obras del demonio disolvió Cristo nuestro Señor y, muriendo sin culpa y satisfaciendo por las nuestras, hizo que la muerte sólo fuese corporal y no del alma; que nos quitase la vida corporal y no la eterna, la natural y no la espiritual, antes bien fuese puerta para pasar a la última felicidad, si nosotros no queremos perderla. Así cumplió Su Majestad la pena y el castigo del primer pecado, disponiendo también que con la muerte corporal y natural, admitida por su amor, fuese la recompensa que de nuestra parte podíamos ofrecer. De esta manera absorbió Cristo nuestro Señor la muerte (1 Cor 15,54 (A.)), y la suya fue el bocado con que le engañó (Os 13,14 (A.)) y con su muerte santísima le quitó las fuerzas y la vida y la dejó vencida y muerte.

1423. Se cumplió en este triunfo de nuestro Salvador la profecía de Habacuc en su cántico y oración, de que sólo tomaré las palabras que bastan para mi intento. Conoció el Profeta este misterio y el poder de Cristo contra la muerte y el demonio, y con temor santo pidió al Señor que vivificase su obra, que es el hombre, y profetizó que lo haría; y cuando más indignado se acordaría de su misericordia; que la gloria de esta maravilla llenaría los cielos y su alabanza a la tierra; su resplandor sería como la luz; y que en sus manos tendría los cuernos, que son los brazos de la cruz, y que en ella estaba su fortaleza escondida; que la muerte iría delante de su cara como cautiva y vencida; que delante de sus pies saldría el demonio y mediría la tierra (Hab 3,2-5). Y todo se ejecutó a la letra; porque Lucifer salió como hollado y quebrantada su cabeza de los pies de Cristo y de su Madre Santísima, que en el Calvario le conculcaron y pisaron con su pasión y poder. Y porque bajó hasta el centro de la tierra que es lo ínfimo del infierno y lo más lejos de la superficie por esto dije que midió la tierra. Todo lo demás del cántico pertenece al triunfo de Cristo Señor nuestro en el suceso de la Iglesia hasta el fin y no es necesario repetirlo ahora. Pero lo que es justo que todos los hombres entendamos es que Lucifer y sus demonios quedaron con la muerte de Cristo nuestro Salvador atados, quebrantados y debilitados para tentar a las criaturas racionales, si ellas con sus culpas y por su voluntad no le hubieran desatado y alentado su soberbia para volver con nuevos bríos a perder el mundo. Todo se conocerá mejor del conciliábulo que hizo en el infierno y de lo que diré en lo restante de esta Historia.

1424. Conciliábulo que hizo Lucifer con sus demonios en el infierno, después de la muerte de Cristo nuestro Señor. La caída de Lucifer con sus demonios desde el monte Calvario al profundo del infierno fue más turbulenta y furiosa que cuando fue arrojado del cielo. Y aunque siempre aquel lugar es tierra tenebrosa y cubierta de las sombras de la muerte, de caliginosa confusión, de miserias, tormentos y desorden, como dice el Santo Job (Job 10,21), pero en esta ocasión fue mayor su infelicidad y turbación, porque los condenados recibieron nuevo horror y accidental pena con la ferocidad y encuentros que bajaron los demonios y el despecho que rabiosos manifestaban. Cierto es que no tienen potestad en el infierno para poner las almas a su voluntad en lugares de mayor o menor tormento, porque esto lo dispensa el poder de la divina justicia según los deméritos de cada uno de los condenados, porque con esta medida sean atormentados; pero, a más de la pena esencial, dispone el justo Juez que puedan sucesivamente padecer otras penas accidentales en algunas ocasiones, porque sus pecados dejaron en el mundo raíces y muchos daños para otros que por su causa se condenan y el nuevo efecto de sus pecados no retratados les causa estas penas. Atormentaron los demonios a Judas con nuevas penas, por haber vendido y procurado la muerte a Cristo. Y conocieron entonces que aquel lugar de tan formidables penas, donde le habían puesto de que hablé arriba (Cf. supra n.1249) era destinado para castigo de los que se condenasen con fe y sin obras y los que despreciasen de intento el culto de esta virtud y el fruto de la Redención humana. Y contra éstos manifiestan los demonios mayor indignación, como la concibieron contra Jesús y María.

1425. Luego que Lucifer tuvo permiso para esto y para levantarse del aterramiento en que estuvo algún tiempo, procuró intimar a los demonios su nueva soberbia contra el Señor. Para esto los convocó a todos y puesto en lugar eminente les habló y dijo: “A vosotros, que por tantos siglos habéis seguido y seguiréis mi justa parcialidad en venganza de mis agravios, es notorio el que ahora he recibido de este nuevo Hombre y Dios y cómo por espacio de

treinta y tres años me ha traído engañado, ocultándome el ser divino que tenía y encubriendo las operaciones de su alma y alcanzando de nosotros el triunfo que ha ganado con la misma muerte que para destruirle le procuramos. Antes que tomara carne humana le aborrecí y no me sujeté a reconocerle por más digno que yo de que todos le adorasen como superior. Y aunque por esta resistencia fui derribado del cielo con vosotros y convertido en la fealdad que tengo, indigna de mi grandeza y hermosura, pero más que todo esto me atormenta hallarme tan vencido y oprimido de este Hombre y de su Madre. Desde el día que fue criado el primer hombre los he buscado con desvelo para destruirlos y, si no a ellos, a todas sus hechuras, y que ninguna le admitiese por su Dios ni le siguiese, y que sus obras no resultasen en beneficio de los hombres. Estos han sido mis deseos, estos mis cuidados y conatos, pero en vano, pues me venció con su humildad y pobreza, me quebrantó con su paciencia y al fin me derribó del imperio que tenía en el mundo con su pasión y afrentosa muerte. Esto me atormenta de manera, que si a él le derribara de la diestra de su Padre, donde ya estará triunfante, y a todos sus redimidos los trajera a estos infiernos, aun no quedara mi enojo satisfecho, ni se aplacara mi furor.

1426. “¿Es posible que la naturaleza humana, tan inferior a la mía, ha de ser tan levantada sobre todas las criaturas, que ha de ser tan amada y favorecida de su Criador que la juntase a sí mismo en la persona del Verbo eterno, que antes de ejecutarse esta obra me hiciese guerra y después me quebrantase con tanta confusión mía? Siempre la tuve por enemiga cruel, siempre me fue aborrecible e intolerable. ¡Oh hombres tan favorecidos y regalados del Dios que yo aborrezco y amados de su ardiente caridad! ¿Cómo impediré vuestra dicha?, ¿cómo os haré infelices cual yo soy, pues no puedo aniquilar al mismo ser que recibisteis? ¿Qué hacemos ahora, oh vasallos míos?, ¿cómo restauraremos nuestro imperio?, ¿cómo cobraremos fuerzas contra el hombre?, ¿cómo podremos ya vencerle? Porque si de hoy más no son los mortales insensibles e ingratisimos, si no son peores que nosotros contra este hombre y Dios que con tanto amor los ha redimido, claro está que todos le seguirán a porfía, todos le darán el corazón y abrazarán su suave ley, ninguno admitirá nuestros engaños, aborrecerán las honras que falsamente les ofrecemos y amarán el desprecio, querrán la mortificación de su carne y conocerán el peligro de los deleites, dejarán los tesoros y riquezas y amarán la pobreza que tanto honró su Maestro y a todo cuanto nosotros pretendamos aficionar sus apetitos les será aborrecible por imitar a su verdadero Redentor. Con esto se destruye nuestro reino, pues nadie vendrá con nosotros a este lugar de confusión y tormento, y todos alcanzarán la felicidad que nosotros perdimos, todos se humillarán hasta el polvo y padecerán con paciencia, y no se logrará mi indignación y soberbia.

1427. “¡Oh infeliz de mí, y qué tormento me causa mi propio engaño! Si le tenté en el desierto, fue darle ocasión para que con aquella victoria dejase ejemplo a los hombres y que en el mundo le hubiese tan eficaz para vencerme. Si le perseguí, fue ocasionar la enseñanza de su humildad y paciencia. Si persuadí a Judas que le vendiese y a los judíos que con mortal odio le atormentasen y pusiesen en la cruz, con estas diligencias solicité mi ruina y el remedio de los hombres y que en el mundo quedase aquella doctrina que yo pretendí extinguir. ¿Cómo se pudo humillar tanto el que era Dios? ¿Cómo sufrió tanto de los hombres siendo tan malos? ¿Cómo yo mismo ayudé tanto para que la Redención humana fuese tan copiosa y admirable? ¡Oh qué fuerza tan divina la de este Hombre, que así me atormenta y debilita! Y aquella mi enemiga, Madre suya, ¿cómo es tan invencible y poderosa contra mí? Nueva es en pura criatura tal potencia y sin duda la participa del Verbo eterno, a quien vistió de carne. Siempre me hizo grande guerra el Todopoderoso por medio de esta mujer tan aborrecible a mi altivez, desde que la conocí en su señal o idea. Pero si no se aplaca mi soberbia indignación, no me despido de hacer perpetua guerra a este Redentor, a su Madre y a los hombres. Es, demonios de mi séquito, ahora es el tiempo de ejecutar la ira contra Dios. Llegad todos a conferir conmigo por qué medios lo haremos, que deseo en esto vuestro parecer.”

1428. A esta formidable propuesta de Lucifer respondieron algunos demonios de los más superiores, animándole con diversos arbitrios que fabricaron para impedir el fruto de la Redención en los hombres. Y convinieron todos en que no era posible ofender a la persona de Cristo, ni menguar el valor inmenso de sus merecimientos, ni destruir la eficacia de los sacramentos, ni falsificar ni revocar la doctrina que Cristo nuestro Señor había predicado; pero no obstante todo esto convenía que, conforme a las nuevas causas, medios y favores que Dios había ordenado para el remedio de los hombres, se inventasen allí nuevos modos de impedirlos, pervirtiéndolos con mayores tentaciones y falacias. Y para esto algunos demonios de mayor astucia y malicia dijeron: “Verdad es que los hombres tienen ya nueva doctrina y ley muy poderosa, tienen nuevos y eficaces sacramentos, nuevo ejemplar y maestro de las virtudes y poderosa intercesora y abogada en esta nueva Mujer; pero las inclinaciones y pasiones de su carne y naturaleza siempre es una misma y las cosas deleitables y sensibles no se han mudado. Por este medio, añadiendo nueva astucia, desharemos, en cuanto es de nuestra parte, lo que este Dios y Hombre ha obrado por ellos, y les haremos poderosa guerra procurando atraerlos con

sugestiones, irritando sus pasiones, para que con grande ímpetu las sigan sin atender a otra cosa, y la condición humana, tan limitada, embarazada en un objeto, no puede atender al contrario.”

1429. Con este arbitrio comenzaron de nuevo a repartir oficios entre los demonios, para que con nueva astucia se encargasen como por cuadrillas de diferentes vicios en que tentar a los hombres. Determinaron que se procurase conservar en el mundo la idolatría, para que los hombres no llegasen al conocimiento del verdadero Dios ni de la Redención humana. Y si esta idolatría faltaba, arbitraron que se inventasen nuevas sectas y herejías en el mundo, y que para todo esto buscasen los hombres más perversos y de inclinaciones depravadas que primero las admitiesen y fuesen maestros y cabezas de los errores. Y allí fueron fraguadas en el pecho de aquellas venenosas serpientes la secta de Mahoma, las herejías de Arrio, de Pelagio, de Nestorio y cuantas se han conocido en el mundo desde la primitiva Iglesia hasta ahora, y otras que tienen maquinadas, que ni es necesario ni conveniente referirlas. Y este infernal arbitrio aprobó Lucifer, porque se oponía a la divina verdad y destruía el fundamento de la salud humana, que consiste en la fe divina; y a los demonios que lo intentaron y se encargaron de buscar hombres impíos para introducir estos errores, los alabó y acarició y los puso a su lado.

1430. Otros demonios tomaron por su cuenta pervertir las inclinaciones de los niños, observando las de su generación y nacimiento. Otros, de hacer negligentes a sus padres en la educación y doctrina de los hijos o por demasiado amor o aborrecimiento, y que los hijos aborreciesen a sus padres. Otros se ofrecieron a poner odio entre los maridos y mujeres y facilitarlos los adulterios y despreñar la justicia y fidelidad que se deben. Y todos convinieron en que sembrarían entre los hombres rencillas, odios, discordias y venganzas, y para esto los moviesen con sugestiones falsas, con inclinaciones soberbias y sensuales, con avaricia y deseo de honras y dignidades, y les propusiesen razones aparentes contra todas las virtudes que Cristo nuestro Señor había enseñado, y sobre todo divirtiesen a los mortales de la memoria de su pasión y muerte y del remedio de la Redención, de las penas del infierno y de su eternidad. Y por estos medios les pareció a todos los demonios que los hombres ocuparían sus potencias y cuidados en las cosas deleitables y sensibles y no les quedaría atención ni consideración de las espirituales, ni de su propia salvación.

1431. Oyó Lucifer éstos y otros arbitrios de los demonios y respondiendo dijo: “Con vuestros pareceres quedo muy obligado y todos los admito y apruebo, y todo será fácil de alcanzar con los que no profesaren la ley que este Redentor ha dado a los hombres; pero en los que la admitan y abracen, dificultosa empresa será, mas en ella y contra éstos pretendo estrenar mi saña y furor y perseguir acérrimamente a los que oyeren la doctrina de este Redentor y le siguieren, y contra ellos ha de ser nuestra guerra sangrienta hasta el fin del mundo. En esta nueva Iglesia he de procurar sobresembrar mi cizaña, las ambiciones, la codicia, la sensualidad y los mortales odios, con todos los vicios de que soy cabeza. Porque si una vez se multiplican y crecen los pecados entre los fieles, con estas injurias y su pesada ingratitud irritarán a Dios para que les niegue con justicia los auxilios de la gracia que les deja su Redentor tan merecidos, y si con sus pecados se privan de este camino de su remedio, segura tendremos la victoria contra ellos. También es necesario trabajemos en quitarles la piedad y todo lo que es espiritual y divino, que no entiendan la virtud de los sacramentos, o que los reciban en pecado, y cuando no le tengan que sea sin fervor ni devoción; que como estos beneficios son espirituales, es menester admitirlos con afecto de voluntad, para que tenga más fruto quien los usare. Y si una vez llegaren a despreñar la medicina, tarde recuperarán la salud y resistirán menos a nuestras tentaciones, no conocerán nuestros engaños, olvidarán los beneficios, no estimarán la memoria de su propio Redentor ni la intercesión de su Madre, y esta feísima ingratitud los hará indignos de la gracia, e irritado su Dios y Salvador se la niegue. Y en esto quiero que todos me ayudéis con grande esfuerzo, no perdiendo tiempo ni ocasión de ejecutar lo que os mando.”

1432. No es posible referir los arbitrios que maquinó el dragón y sus aliados en esta ocasión contra la Santa Iglesia y sus hijos, para que estas aguas del Jordán entrasen en su boca (Job 40,18). Basta decir que les duró esta conferencia casi un año entero después de la muerte de Cristo y considerar el estado que ha tenido el mundo y el que tiene después de haber crucificado a Cristo nuestro bien y maestro y haber manifestado Su Majestad la verdad de su fe con tantas luces de milagros, beneficios y ejemplos de varones santos. Y si todo esto no basta para reducir a los mortales al camino de la salud, bien se deja entender cuánto ha podido Lucifer con ellos y que su ira es tan grande, que podemos decir con San Juan (Ap 22,12 (A.)): ¡Ay de la tierra, que baja a vosotros Satanás lleno de indignación y furor! Mas ¡ay dolor, que verdades tan infalibles como éstas y tan importantes para conocer nuestro peligro y excusarle con todas nuestras fuerzas, estén hoy tan borradas de la memoria de los mortales con tan irreparables daños del mundo! El enemigo astuto, cruel y vigilante, ¡nosotros dormidos, descuidados y flacos! ¿Qué maravilla es que Lucifer se haya apoderado tanto del mundo, si muchos le oyen, le admiten y siguen sus engaños y pocos le resisten, porque se olvidan de la eterna

muerte que con implacable indignación y malicia les procura? Pido yo a los que esto leyeren, no quieran olvidar tan formidable peligro, y si no le conocen por el estado del mundo y sus desdichas y por los daños que cada uno experimenta en sí mismo, conózcanlo a lo menos por la medicina y remedios tantos y tan poderosos que dejó en la Iglesia nuestro Salvador y Maestro, pues no aplicara tan abundante antídoto si nuestra dolencia y peligro de morir eternamente no fuera tan grande y formidable.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

1433. “Hija mía, gran inteligencia has recibido con la divina luz del glorioso triunfo que mi Hijo y mi Señor alcanzó en la cruz de los demonios y de la opresión con que los dejó vencidos y rendidos. Pero debes entender que ignoras mucho más de lo que has conocido de misterios tan inefables, porque viviendo en carne mortal no tiene disposición la criatura para penetrarlos como ellos son en sí mismos, y la divina providencia reserva su total conocimiento para premio de los santos del cielo y a su vista beatífica, donde se alcanzan estos misterios con perfecta penetración, y también para confusión de los réprobos en el grado que lo conocerán al fin de su carrera. Pero basta lo que has entendido para quedar enseñada del peligro de la vida mortal y alentada con la esperanza de vencer a tus enemigos. Y quiero también que adviertas mucho la nueva indignación que contra ti ha concebido el dragón por lo que dejas escrito en este capítulo. Siempre la ha tenido y procurado impedirte para que no escribieras mi Vida, y tú lo has conocido en todo su discurso. Pero ahora se ha irritado su soberbia de nuevo por lo que has manifestado, la humillación, quebranto y ruina que recibió en la muerte de mi Hijo Santísimo y el estado en que le dejó y los arbitrios que fabricó con sus demonios para vengar su caída en los hijos de Adán y más en los de la Santa Iglesia. Todo esto le ha turbado y alterado de nuevo, por ver que se manifiesta a los que lo ignoraban. Y tú sentirás esta indignación en los trabajos que moverá contra ti, con varias tentaciones y persecuciones, que ya has comenzado a reconocer y a experimentar la saña y crueldad de este enemigo; y te aviso para que estés muy advertida.

1434. Admiración te causa, y con razón, haber conocido por una parte el poder de los merecimientos de mi Hijo y redención humana y la ruina y debilitación que causó en los demonios, y por otra parte verlos tan poderosos y señoreando al mundo con formidable osadía. Y aunque a esta admiración te responde la luz que se te ha dado en lo que dejas escrito, quiero añadirte más, para que tu cuidado sea mayor contra enemigos tan llenos de malicia. Cierto es que cuando conocieron el sacramento de la Encarnación y Redención y que mi Hijo Santísimo había nacido tan pobre, humilde y despreciado, su vida, milagros, pasión y muerte misteriosa, y todo lo demás que obró en el mundo para traer a sí a los hombres, quedó Lucifer y sus demonios debilitados y sin fuerzas para tentar a los fieles, como solían a los demás, y como siempre deseaban. En la primitiva Iglesia perseveró muchos años este terror de los demonios y el temor que tenían a los bautizados y seguidores de Cristo nuestro Señor, porque resplandecía en ellos la virtud divina por medio de la imitación y fervor con que profesaban su santa fe, seguían la doctrina del Evangelio, ejecutaban las virtudes con heroicos y ferventísimos actos de amor, de humildad, paciencia y desprecio de las vanidades y engaños aparentes del mundo; y muchos derramaban su sangre y daban la vida por Cristo nuestro Señor y hacían obras excelentes y admirables por la exaltación de su santo nombre. Esta invencible fortaleza les redundaba de estar tan inmediatos a la pasión y muerte de su Redentor y tener más presente el prodigioso ejemplar de su grandiosa paciencia y humildad, y por ser menos tentados de los demonios, que no pudieron levantarse del pesado aterramiento en que los dejó el triunfo del divino Crucificado.

1435. Esta imagen viva e imitación de Cristo, que reconocían los demonios en aquellos primeros hijos de la Iglesia, temían de manera que no se atrevían a llegar a ellos y luego huían de su presencia, como sucedía con los apóstoles y los demás justos que gozaron de la doctrina de mi Hijo Santísimo. Ofrecían al Altísimo en su perfectísimo obrar las primicias de la gracia y redención. Y lo mismo sucediera hasta ahora, como se ve y experimenta en los perfectos y santos, si todos los católicos admitieran la gracia, obraran con ella, no la tuvieran vacía y siguieran el camino de la cruz, como el mismo Lucifer lo temió, y lo dejas escrito. Pero luego con el tiempo se comenzó a resfriar la caridad, el fervor y devoción en muchos fieles, y fueron olvidando el beneficio de la Redención, admitieron las inclinaciones y deseos carnales, amaron la vanidad y la codicia y se han dejado engañar y fascinar de las fabulaciones falsas de Lucifer, con que han oscurecido la gloria del Señor y se han entregado a sus mortales enemigos. Con esta fea ingratitud ha llegado el mundo al infelicísimo estado que tiene, y los demonios han levantado su soberbia contra Dios, presumiendo apoderarse de todos los hijos de Adán, por el olvido y descuido de los católicos. Y llega su osadía a intentar la destrucción de toda la Iglesia, pervirtiendo a tantos que la nieguen, y a los que están en ella que la desestimen o que no se aprovechen del precio de la sangre y muerte de su Redentor. Y la mayor calamidad es que no

acaban de conocer este daño muchos católicos, ni cuidan del remedio, aunque pueden presumir han llegado a los tiempos que mi Hijo Santísimo amenazó cuando habló a las hijas de Jerusalén (Lc 23,28 (A.)), que serían dichosas las estériles y muchos pedirían a los montes y collados que los enterrasen y cayesen sobre ellos, para no ver el incendio de tan feas culpas como van talando a los hijos de perdición, como maderos secos y sin fruto y sin ninguna virtud. En este mal siglo vives, oh hija mía, y para que no te comprenda la perdición de tantas almas, llórala con amargura de corazón y nunca olvides los misterios de la Encarnación, Pasión y Muerte de mi Hijo Santísimo, que quiero los agradezcas tú por muchos que los desprecian. Y te aseguro que sola esta memoria y meditación es de gran terror para el infierno y atormenta y aleja a los demonios, y ellos huyen y se apartan de los que con agradecimiento se acuerdan de la vida y misterios de mi Hijo Santísimo.

CAPITULO 24

[Regresar al Principio](#)

La herida que dieron con la lanza en el costado de Cristo ya difunto, su descendimiento de la cruz y sepultura y lo que en estos pasos obró María Santísima hasta que volvió al cenáculo.

1436. El evangelista San Juan dice (Jn 19,25) que cerca de la cruz estaba María Santísima Madre de Jesús, acompañada de María Cleofás y María Magdalena; y aunque esto lo refiere de antes que expirase nuestro Salvador, se ha de entender que perseveró la invicta Reina después, estando siempre en pie, arimada a la cruz, adorando en ella a su difunto Jesús y a la divinidad que siempre estaba unida al sagrado cuerpo. Estaba la gran Señora constantísima, inmóvil en sus inefables virtudes, entre las olas impetuosas de dolores que entraban hasta lo íntimo de su castísimo corazón, y con su eminente ciencia confería en su pecho los misterios de la Redención humana y la armonía con que la sabiduría divina disponía todos aquellos sacramentos; y la mayor aflicción de la Madre de misericordia era la desleal ingratitud que los hombres con tanto daño propio mostrarían a beneficio tan raro y digno de eterno agradecimiento. Estaba asimismo cuidadosa cómo daría sepultura al sagrado cuerpo de su Hijo Santísimo, quién se le bajaría de la cruz, a donde siempre tenía levantados sus divinos ojos. Con este doloroso cuidado se convirtió a sus santos ángeles que la asistían y les dijo: “Ministros del Altísimo y amigos míos en la tribulación, vosotros conocéis que no hay dolor como mi dolor; decidme, pues, cómo bajaré de la cruz al que ama mi alma, cómo y dónde le daré honorífica sepultura, que como madre me toca este cuidado; decidme qué haré y ayudadme en esta ocasión con vuestra diligencia.”

1437. La respondieron los santos ángeles: “Reina y Señora nuestra, dilátese vuestro afligido corazón para lo que resta de padecer. El Señor todopoderoso ha encubierto de los mortales su gloria y su potencia para sujetarse a la impía disposición de los crueles malignos y siempre quiere consentir que se cumplan las leyes puestas por los hombres, y una es que los sentenciados a muerte no se quiten de la cruz sin licencia del mismo juez. Prestos y poderosos fuéramos nosotros en obedeceros y en defender a nuestro verdadero Dios y Criador, pero su diestra nos detiene, porque su voluntad es justificar en todo su causa y derramar la parte de sangre que le resta en beneficio de los hombres, para obligarlos más al retorno de su amor que tan copiosamente los redimió (Sal 129,7). Y si de este beneficio no se aprovecharen como deben, será lamentable su castigo, y su severidad será la recompensa de haber caminado Dios con pasos lentos en su venganza.” Esta respuesta de los ángeles acrecentó el dolor de la afligida Madre, porque no se le había manifestado que su Hijo Santísimo había de ser herido con la lanzada, y el recelo de lo que sucedería con el sagrado cuerpo la puso en nueva tribulación y congoja.

1438. Vio luego el tropel de gente armada que venía encaminándose al monte Calvario, y creciendo el temor de algún nuevo oprobio que harían contra el Redentor difunto, habló con San Juan y las Marías y dijo: “¡Ay de mí, que llega ya el dolor a lo último y se divide mi corazón en el pecho! ¿Por ventura no están satisfechos los ministros y judíos de haber muerto a mi Hijo y Señor? ¿Si pretenden ahora alguna nueva ofensa contra su sagrado cuerpo ya difunto?” Era víspera de la gran fiesta del sábado de los judíos y para celebrarla sin cuidado habían pedido a Pilatos licencia para quebrantar las piernas a los tres justiciados, con que acabasen de morir, y los bajasen aquella tarde de las cruces y no quedasen en ellas el día siguiente. Con este intento llegó al Calvario aquella compañía de soldados que vio María Santísima, y en llegando, como hallaron vivos a los dos ladrones, les quebrantaron las piernas, con que acabaron la vida; pero llegando a Cristo nuestro Salvador, como le hallaron difunto, no le quebrantaron las piernas; cumpliéndose la misteriosa profecía del Exodo (Ex 12,42 (A.)) en que mandaba Dios no quebrantasen los huesos del cordero figurativo, que comían la Pascua. Pero un soldado que se llamaba Longinos, arimándose a la cruz de Cristo nuestro Salvador, le

hirió con una lanza penetrándole su costado, y luego salió de la herida sangre y agua, como lo afirma San Juan (Jn 19,34-35) que lo vio y dio testimonio de la verdad.

1439. Esta herida de la lanzada, que no pudo sentir el cuerpo sagrado y ya difunto, sintió su Madre Santísima, recibiendo en su castísimo pecho el dolor, como si recibiera la herida. Pero a este tormento sobreexcedió el que recibió su alma santísima, viendo la nueva crueldad con que habían roto el costado de su Hijo ya difunto; y movida de igual compasión y piedad, olvidando su propio tormento, dijo a Longinos: “El Todopoderoso te mire con ojos de misericordia por la pena que has dado a mi alma.” Hasta aquí no más llegó su indignación o, para decirlo mejor, su piadosísima mansedumbre, para doctrina de todos los que fuésemos ofendidos. Porque en la estimación de la candidísima paloma, esta injuria que recibió Cristo muerto fue muy ponderable, y el retorno que le dio al delincuente fue el mayor de los beneficios, que fue mirarle Dios con ojos de misericordia, dándole bendiciones y dones por agravios al ofensor. Y sucedió así: porque obligado nuestro Salvador de la petición de su Madre Santísima, ordenó que de la sangre y agua que salió de su divino costado salpicasen algunas gotas a la cara de Longinos y por medio de este beneficio le dio vista corporal, que casi no la tenía, y al mismo tiempo se la dio en su alma para conocer al Crucificado, a quien inhumanamente había herido. Con este conocimiento se convirtió Longinos y llorando sus pecados los lavó con la sangre y agua que salió del costado de Cristo, y lo conoció y confesó por verdadero Dios y Salvador del mundo. Y luego lo predicó en presencia de los judíos, para mayor confusión y testimonio de su dureza y perfidia.

1440. La prudentísima Reina conoció el misterio de la lanzada y cómo en aquella última sangre y agua que salió del costado de su Hijo Santísimo salía de él la nueva Iglesia lavada y renovada en virtud de su pasión y muerte, y que del sagrado pecho salían como de raíz los ramos que por todo el mundo se extendieron con frutos de vida eterna. Confirió a sí mismo en su pecho interiormente el misterio de aquella piedra herida con la vara de la justicia del eterno Padre (Ex 17,6 (A.)), para que despidiese agua viva con que mitigar la sed de todo el linaje humano, refrigerando y recreando a cuantos de ella fuesen a beber. Consideró la correspondencia de estas cinco fuentes de pies, manos y costado, que se abrieron en el nuevo paraíso de la humanidad santísima de Cristo nuestro Señor, más copiosas y eficaces para fertilizar el mundo que las del paraíso terrestre divididas en cuatro partes por la superficie de la tierra (Gen 2,10 (A.)). Estos y otros misterios recopiló la gran Señora en un cántico de alabanza que hizo en gloria de su Hijo Santísimo, después que fue herido con la lanza. Y con el cántico hizo ferventísima oración, para que todos aquellos sacramentos de la Redención se ejecutasen en beneficio de todo el linaje humano.

1441. Corría ya la tarde de aquel día de Parasceve y la Madre piadosísima aún no tenía certeza de lo que deseaba, que era la sepultura para su difunto Hijo Jesús; porque Su Majestad daba lugar a que la tribulación de su amantísima Madre se aliviase por los medios que su divina providencia tenía dispuestos, moviendo el corazón de José de Arimatea y Nicodemus para que solicitasen la sepultura y entierro de su Maestro. Eran entrambos discípulos del Señor y justos, aunque no del número de los setenta y dos; porque eran ocultos por el temor de los judíos, que aborrecían como a sospechosos y enemigos a todos cuantos seguían la doctrina de Cristo nuestro Señor y le reconocían por Maestro. No se le había manifestado a la prudentísima Virgen el orden de la voluntad divina sobre lo que deseaba de la sepultura para su Hijo Santísimo, y con la dificultad que se le representaba crecía el doloroso cuidado de que no hallaba salida con su propia diligencia. Y estando así afligida levantó los ojos al cielo y dijo: “Eterno Padre y Señor mío, por la dignación de vuestra bondad y sabiduría infinita fui levantada del polvo a la dignidad altísima de Madre de vuestro eterno Hijo, y con la misma liberalidad de Dios inmenso me concedisteis que le criase a mis pechos, le alimentase y le acompañase hasta la muerte; ahora me toca como a Madre dar a su sagrado cuerpo honorífica sepultura y sólo llegan mis fuerzas a desearlo y dividírseme el corazón de que no lo consigo. Suplico a vuestra Majestad, Dios mío, dispongáis con vuestro poder los medios para que yo lo ejecute.”

1442. Esta oración hizo la piadosa Madre después que recibió el cuerpo de Jesús difunto la lanzada y en breve espacio reconoció que venía hacia el Calvario otra tropa de gente con escalas y aparato de otras cosas que pudo imaginarse venían a quitar de la cruz su inestimable tesoro; pero como no sabía el fin, se afligió de nuevo en el recelo de la crueldad judaica, y volviéndose a San Juan le dijo: “Hijo mío, ¿qué será este intento de los que vienen con tanta prevención?” El apóstol respondió: “No temáis, Señora mía, a los que vienen, que son José y Nicodemus con otros criados suyos y todos son amigos y siervos de vuestro Hijo Santísimo y mi Señor.” Era José justo en los ojos del Altísimo y en la estimación del pueblo noble y decurión (Decuria: En la antigua milicia romana, escuadra de diez soldados gobernada por un cabo) con oficio de gobierno y del Consejo, como lo da a entender el Evangelio, que dice no consintió José en el consejo ni obras

de los homicidas de Cristo, a quien reconocía por verdadero Mesías. Y aunque hasta su muerte era José discípulo encubierto, pero en ella se manifestó, obrando estos nuevos efectos la eficacia de la Redención. Y rompiendo José el temor que antes tenía a la envidia de los judíos y no reparando en el poder de los romanos, entró con osadía a Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús, difunto en la cruz, para bajarle de ella y darle honrosa sepultura, afirmando que era inocente y verdadero Hijo de Dios, y que esta verdad estaba testificada con los milagros de su vida y muerte.

1443. Pilatos no se atrevió a negar a José lo que pedía, antes le dio licencia para que dispusiese del cuerpo difunto de Jesús todo lo que le pareciese bien. Y con este permiso salió José de casa del juez y llamó a Nicodemus, que también era justo y sabio en las letras divinas y humanas y en las Sagradas Escrituras, como se colige de lo que le sucedió cuando de noche fue a oír la doctrina de Cristo nuestro Señor, como lo cuenta San Juan (Jn 3,2). Estos dos varones santos, con valeroso esfuerzo se resolvieron en dar sepultura a Jesús crucificado. Y José previno la sábana y sudario en que envolverle y Nicodemus compró hasta cien libras de las aromas con que los judíos acostumbraban a ungir los difuntos de mayor nobleza. Y con esta prevención, y de otros instrumentos, caminaron al Calvario, acompañados de sus criados y de algunas personas pías y devotas, en quienes también obraba ya la sangre del divino Crucificado, por todos derramada.

1444. Llegaron a la presencia de María Santísima, que con dolor incomparable asistía al pie de la cruz, acompañada de San Juan y las Marías, y en vez de saludarla, con la vista del divino y lamentable espectáculo se renovó en todos el dolor con tanta fuerza y amargura, que por algún espacio estuvieron José y Nicodemus postrados a los pies de la gran Reina, y todos al de la cruz, sin contener las lágrimas y suspiros, sin hablar palabra; lloraban todos con clamores y lamentos de amargura, hasta que la invicta Reina los levantó de tierra y los animó y confortó, y entonces la saludaron con humilde compasión. La advertidísima Madre les agradeció su piedad y el obsequio que hacían a su Dios, Señor y Maestro, en darle sepultura a su cuerpo difunto, en cuyo nombre les ofreció el premio de aquella obra. José de Arimatea respondió y dijo: “Ya, Señora nuestra, sentimos en el secreto de nuestros corazones la dulce y suave fuerza del divino Espíritu, que nos ha movido con afectos tan amorosos, que ni los pudimos merecer, ni los sabemos explicar.” Luego se quitaron las capas o mantos que tenían y por sus manos José y Nicodemus arrimaron las escalas a la santa cruz y subieron a desenclavar el sagrado cuerpo, estando la dolorosa Madre muy cerca, y San Juan con la Magdalena asistiéndola. Le pareció a José que se renovarían el dolor de la divina Señora, llegando a tocar el sagrado cuerpo cuando le bajasen, y advirtió al apóstol que la retirase un poco de aquel acto, para divertirla. Pero San Juan, que conocía más el invencible corazón de la Reina, respondió que desde el principio de la pasión había asistido a todos los trabajos del Señor y que no le dejaría hasta el fin, porque le veneraba como a Dios y le amaba como a Hijo de sus entrañas.

1445. Con todo esto le suplicaron tuviese por bien de retirarse un poco mientras ellos bajaban de la cruz a su Maestro. Respondió la gran Señora y dijo: “Señores míos carísimos, pues me hallé a ver clavar en la cruz a mi dulcísimo Hijo, tened por bien me halle a desenclavarle, que este acto tan piadoso, aunque lastime de nuevo el corazón, cuanto más tratado y visto, dará mayor aliento en el dolor.” Con esto comenzaron a disponer el descendimiento. Y quitaron lo primero la corona de la sagrada cabeza, descubriendo las heridas y roturas que dejaba en ella muy profundas, la bajaron con gran veneración y lágrimas y la pusieron en manos de la dulcísima Madre. La recibió estando arrodillada y con admirable culto y la adoró, llegándola a su virginal rostro y regándola con abundantes lágrimas, recibiendo con el contacto alguna parte de las heridas de las espinas. Pidió al Padre eterno hiciese cómo aquellas espinas consagradas con la sangre de su Hijo fuesen tenidas en digna reverencia por los fieles a cuyo poder viniesen en el tiempo futuro.

1446. Luego, a imitación de la Madre, las adoraron San Juan y la Magdalena con las Marías y otras piadosas mujeres y fieles que allí estaban; y lo mismo hicieron con los clavos. Los entregaron primero a María Santísima y ella los adoró, y después todos los circunstantes. Para recibir la gran Señora el cuerpo difunto de su Hijo Santísimo, puesta de rodillas extendió los brazos con la sábana desplegada. San Juan asistió a la cabeza y la Magdalena a los pies, para ayudar a José y Nicodemus, y todos juntos con gran veneración y lágrimas le pusieron en los brazos de la dulcísima Madre. Este paso fue para ella de igual compasión y regalo; porque el verle llagado y desfigurada aquella hermosura, mayor que la de todos los hijos de los hombres, renovó los dolores del castísimo corazón de la Madre, y el tenerle en sus brazos y en su pecho le era de incomparable dolor y juntamente de gozo, por lo que descansaba su ardentísimo amor con la posesión de su tesoro. Le adoró con supremo culto y reverencia, vertiendo lágrimas de sangre. Y tras de Su Majestad le adoraron en sus brazos toda la multitud de ángeles que le asistían, aunque este acto fue oculto a los circunstantes; pero todos, comenzando San Juan, fueron adorando al sagrado cuerpo por su orden, y la prudentísima

Madre le tenía en sus brazos asentada en el suelo, para que todos le diesen adoración.

1447. Se gobernaba en todas estas acciones nuestra gran Reina con tan divina sabiduría y prudencia, que a los hombres y a los ángeles era de admiración, porque sus palabra eran de gran ponderación, dulcísimas por la caricia y compasión de su difunta hermosura, tiernas por la lástima, misteriosas por lo que significaban y comprendían. Ponderaba su dolor sobre todo lo que puede causarle a los mortales, movía los corazones a compasión y lágrimas, ilustraba a todos para conocer el sacramento tan divino que trataba. Y sobre todo esto, sin exceder ni faltar en lo que debía, guardaba en el semblante una humilde majestad entre la serenidad de su rostro y dolorosa tristeza que padecía. Y con esta variedad tan uniforme hablaba con su amabilísimo Hijo, con el eterno Padre, con los ángeles, con los circunstantes y con todo el linaje humano, por cuya redención se había entregado a la pasión y muerte. No me detengo más en particularizar las prudentísimas y dolorosas razones de la gran Señora en este paso, porque la piedad cristiana pensará muchas y no es posible detenerme en cada uno de estos misterios.

1448. Pasado algún espacio que la dolorosa Madre tuvo en su seno al difunto Jesús, porque corría ya la tarde la suplicaron San Juan y José diese lugar para el entierro de su Hijo y Dios verdadero. Lo permitió la prudentísima Madre, y sobre la misma sábana fue ungido su sagrado cuerpo con las especies y unguentos aromáticos que trajo Nicodemus, gastando en este religioso obsequio todas las cien libras que se habían comprado. Y así ungido fue colocado el cuerpo deífico en un féretro, para llevarle al sepulcro. La divina Señora, advertidísima en todo, convocó del cielo muchos coros de ángeles que con los de su guarda acudiesen al entierro del cuerpo de su Criador, y al punto descendieron de las alturas en cuerpos visibles, aunque no para los demás circunstantes, sino para su Reina y Señora. Se ordenó una procesión de ángeles y otra de hombres y levantaron el sagrado cuerpo San Juan, José, Nicodemus y el centurión que asistió a la muerte y le confesó por Hijo de Dios; seguían la divina Madre acompañada de la Magdalena y las Marías y las otras piadosas mujeres sus discípulas. Se juntó a más de estas personas otro gran número de fieles, que movidos de la divina luz vinieron al Calvario después de la lanzada. Todos así ordenados caminaron con silencio y lágrimas a un huerto que estaba cerca, donde José tenía labrado un sepulcro nuevo, en el cual nadie se había depositado ni enterrado. En este felicísimo sepulcro pusieron el sagrado cuerpo de Jesús. Y antes de cubrirle con la lápida, le adoró de nuevo la prudente y religiosa Madre, con admiración de todos, ángeles y hombres. Y luego unos y otros la imitaron, y todos adoraron al crucificado y sepultado Señor y cerraron el sepulcro con la lápida, que como dice el Evangelio (Mt 27,60) era muy grande.

1449. Cerrado el sepulcro de Cristo, al mismo punto se volvieron a cerrar los que en su muerte se abrieron, porque entre otros misterios estuvieron como aguardando si les tocara la feliz suerte de recibir en sí a su Criador humanado difunto, que es lo que le podían ofrecer, cuando los judíos no le recibían vivo y bienhechor suyo. Quedaron muchos ángeles en guarda del sepulcro, mandándoselo su Reina y Señora, como quien dejaba en él depositado el corazón. Y con el mismo silencio y orden que vinieron todos del Calvario, se volvieron a él. Y la divina Maestra de las virtudes se llegó a la santa cruz y la adoró con excelente veneración y culto. Y luego la siguieron en este acto San Juan, José y todos los que asistían al entierro. Era ya tarde y caído el sol, y la gran Señora desde el Calvario se fue a recoger a la casa del Cenáculo, a donde la acompañaron los que estuvieron al entierro; y dejándola en el cenáculo con San Juan y las Marías y otras compañeras se despidieron de ella los demás y con grandes lágrimas y sollozos la pidieron les diese su bendición. Y la humildísima y prudentísima Señora les agradeció el obsequio que a su Hijo Santísimo habían hecho y el beneficio que ella había recibido, y los despidió llenos de otros interiores y ocultos favores y de bendiciones de dulzura de su amable natural y piadosa humildad.

1450. Los judíos, confusos y turbados de lo que iba sucediendo, fueron a Pilatos el sábado por la mañana y le pidieron mandase guardar el sepulcro; porque Cristo, a quien llamaron seductor, había dicho y declarado que después de tres días resucitaría, y sería posible que sus discípulos robasen el cuerpo y dijese que había resucitado. Pilatos contemporizó con esta maliciosa cautela y les concedió las guardas que pedían, y las pusieron en el sepulcro. Pero los pérfidos pontífices sólo pretendían oscurecer el suceso que temían, como se conoció después cuando sobornaron a las guardas para que dijese que no había resucitado Cristo nuestro Señor sino que le habían robado sus discípulos. Y como no hay consejo contra Dios (Prov 21,30), por este medio se divulgó más y se confirmó la Resurrección.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

1451. “Hija mía, la herida que recibió mi Hijo Santísimo en el costado con la lanza fue sólo para mí muy cruel y

dolorosa, pero sus efectos y misterios son suavísimos para las almas santas que saben gustar de su dulzura. A mí me afligió mucho, mas a quien se encaminó este favor misterioso, sírvele de gran regalo y alivio en sus dolores. Y para que tú lo entiendas y participes, debes considerar que mi Hijo y Señor, por el amor ardentísimo que tuvo a los hombres, sobre las llagas de los pies y manos, quiso admitir la del costado sobre el corazón, que es el asiento del amor, para que por aquella puerta entrasen como a gustarle y participarle en su misma fuente y allí tuviesen las almas su refrigerio y refugio. Este sólo quiero yo que busques tú en el tiempo de tu destierro y que le tengas por habitación segura sobre la tierra. Allí aprenderás las condiciones y leyes del amor en que imitarme y entenderás cómo en retorno de las ofensas que recibieres has de volver bendiciones a quien las hiciere contra ti o contra alguna cosa tuya, como has conocido que yo lo hice, cuando fui lastimada con la herida que recibió mi Hijo Santísimo en el pecho ya difunto. Y te aseguro, carísima, que no puedes hacer otra obra más poderosa para alcanzar con eficacia la gracia que deseas con el Altísimo. Y no sólo para ti, sino también para el ofensor es poderosa la oración que se hace perdonando las injurias, porque se conmueve el corazón piadoso de mi Hijo Santísimo, viendo que le imitan las criaturas en perdonar y orar por quien ofende, por lo que en esto participan de su excelentísima caridad que manifestó en la cruz. Escribe en tu corazón esta doctrina y ejecútala para imitarme y seguirme en la virtud de que hice mayor estimación. Mira por aquella herida el corazón de Cristo tu esposo y a mí en él, amando tan dulce y eficazmente a los ofensores y a todas las criaturas.

1452. “Advierte también la providencia tan puntual y atenta con que el Altísimo acude oportunamente a las necesidades de las criaturas que le llaman con verdadera confianza, como lo hizo Su Majestad conmigo cuando me hallé afligida y desamparada para dar sepultura a mi Hijo Santísimo, como debía hacerlo. Para socorrerme en este aprieto, dispuso el Señor con piadosa caridad y afecto los corazones de José y Nicodemus y de los otros fieles que acudieron a enterrarle. Y fue tanto lo que estos varones justos me consolaron en aquella tribulación, que por esta obra y mi oración los llenó el Altísimo de admirables influencias de su divinidad, con que fueron regalados el tiempo que duró el entierro y el descendimiento de la cruz, y desde aquella hora quedaron renovados e ilustrados de los misterios de la Redención. Este es el orden admirable de la suave y fuerte providencia del Altísimo, que para obligarse de unas criaturas pone en trabajo a otras y mueve la piedad de quien puede hacer bien al necesitado, para que el bienhechor, por la buena obra que hace y por la oración del pobre que la recibe, sea remunerado con la gracia que por otro camino no mereciera. Y el Padre de las misericordias, que inspira y mueve con sus auxilios la obra que se hace, la paga después como de justicia, porque correspondemos a sus inspiraciones con lo poco que de nuestra parte cooperamos, en lo que por ser bueno es todo de su mano (Sant 1,17).

1453. Considera también el orden rectísimo de esta providencia en la justicia que ejecuta, recompensando los agravios que se reciben con paciencia; pues habiendo muerto mi Hijo Santísimo despreciado, deshonrado y blasfemado de los hombres, ordenó el Altísimo luego que fuese honrosamente sepultado y movió a muchos para que le confesasen por verdadero Dios y Redentor y le aclamasen por santo, inocente y justo, y que en la misma ocasión, cuando acababan de crucificarle afrentosamente, fuese adorado y venerado con supremo culto como Hijo de Dios, y hasta sus mismos enemigos sintiesen dentro de sí mismos el horror y confusión del pecado que cometieron en perseguirle. Aunque no todos se aprovecharon de estos beneficios, pero todos fueron efectos de la inocencia y muerte del Señor. Y yo también concurrí con mis peticiones, para que Su Majestad fuese conocido y venerado de los que conocía.”

CAPITULO 25

[Regresar al Principio](#)

Cómo la Reina del cielo consoló a San Pedro y a otros apóstoles y la prudencia con que procedió después del entierro de su Hijo, cómo vio descender su alma santísima al limbo de los santos padres.

1454. La plenitud de sabiduría que ilustraba el entendimiento de nuestra gran Reina y señora María Santísima, no admitía defecto ni vacío alguno para que dejase de advertir y atender entre sus dolores a todas las acciones que la ocasión y el tiempo le pedían. Y con esta divina prudencia lo llevaba todo y obraba lo más santo y perfecto de todas las virtudes. Se retiró, como queda dicho (Cf. supra n.1449), después del entierro de Cristo nuestro bien a la casa del cenáculo. y estando en el aposento donde se celebraron las cenas, acompañada de San Juan y de las Marías y otras mujeres santas que seguían al Señor desde Galilea, habló con ellas y con el apóstol, dándoles las gracias con profunda humildad y lágrimas por la perseverancia con que hasta aquel punto la habían acompañado en el discurso de la pasión de su amantísimo Hijo, en cuyo nombre les ofrecía el premio de su constante piedad y afecto con que la habían seguido, y

asimismo se ofrecía por sierva y amiga de aquellas santas mujeres. Y todas ellas con San Juan reconocieron este gran favor y la besaron la mano, pidiéndola su bendición. La suplicaron también descansase un poco y recibiese alguna corporal refección. Respondió la Reina: “Mi descanso y mi aliento ha de ser ver a mi Hijo y Señor resucitado. Vosotras, carísimas, satisfied a vuestra necesidad como conviene, mientras yo me retiro a solas con mi Hijo.”

1455. Fuese luego a recoger acompañándola San Juan, y estando con él a solas puesta de rodillas le dijo: “No es razón que olvidéis las palabras que mi Hijo Santísimo nos habló desde la cruz. Su dignación os nombró por hijo mío, a mí por madre vuestra. Y vosotros, señor, sois sacerdote del Altísimo. Por esta gran dignidad es razón que os obedezca en todo lo que hubiere de hacer y desde esta hora quiero que me lo mandéis y ordenéis, advirtiéndome que siempre fui sierva, y toda mi alegría está puesta en obedecer hasta la muerte. Esto dijo la Reina con muchas lágrimas, y el apóstol con otras copiosas la respondió: “Señora mía y Madre de mi Redentor y Señor, yo soy quien ha de estar sujeto a vuestra obediencia, porque el nombre de hijo no dice autoridad sino rendimiento y sujeción a su madre, y el que a mí me hizo sacerdote os hizo a vos su Madre y estuvo sujeto a vuestra voluntad y obediencia, siendo Criador de todo el universo. Razón será que yo lo esté, y trabaje con todas mis potencias en corresponder dignamente al oficio que me ha dado de servir como hijo, en que deseara ser más ángel que terreno para cumplir con él.” Esta respuesta del apóstol fue muy prudente, pero no bastante para vencer la humildad de la Madre de las virtudes, que con ella le replicó y dijo: “Hijo mío Juan, mi consuelo será obedeceros como a cabeza, pues lo sois. Yo en esta vida siempre he de tener superior a quien rendir mi voluntad y parecer; para esto sois ministro del Altísimo y como hijo me debéis este consuelo en mi trabajosa soledad.” “Hágase, Madre mía, vuestra voluntad, - respondió San Juan, - que en ella está mi acierto.” Y sin replicar más, pidió licencia la divina Madre para quedarse sola en la meditación de los misterios de su Hijo Santísimo, y le pidió también saliese a prevenir alguna refección para las mujeres que la acompañaban y que las asistiese y consolase; sólo reservó a las Marías, porque deseaban perseverar en el ayuno hasta ver al Señor resucitado, y a éstas, dijo a San Juan, las permitiese que cumpliesen su devoto afecto.

1456. Salió San Juan a consolar a las Marías y ejecutó el orden que la gran Señora le había dado. Y habiendo satisfecho la necesidad de aquellas mujeres piadosas, se recogieron todas y gastaron aquella noche dolorosas y en amargas meditaciones de la pasión y misterios del Salvador. Con esta ciencia tan divina obraba María Santísima entre las olas de sus angustias y dolores, sin olvidar por esto el cumplimiento de la obediencia, de la humildad, caridad y providencia tan puntual, con todo lo necesario. No se olvidó de sí misma por atender a la necesidad de aquellas piadosas discípulas, ni por ellas estuvo inadvertida para todo lo que convenía a su mayor perfección. Admitió la abstinencia de las Marías como más fuertes y fervientes en el amor, atendió a la necesidad de las más flacas, dispuso al apóstol, advirtiéndole lo que con ella misma debía hacer, y en todo obró como gran Maestra de la perfección y Señora de la gracia, y todo esto hizo cuando las aguas de la tribulación habían inundado hasta su alma (Sal 68,2). Porque en quedando a solas en su retiro, soltó el corriente impetuoso de sus afectos dolorosos y toda se dejó poseer interior y exteriormente de la amargura de su alma, renovando las especies de todos los tormentos y afrentosa muerte de su Hijo Santísimo, de los misterios de su vida, predicación y milagros, del valor infinito de la Redención humana, de la nueva Iglesia que dejaba fundada con tanta hermosura y riquezas de sacramentos y tesoros de gracia, de la felicidad incomparable de todo el linaje humano, tan copiosa y gloriosamente redimido, de la inestimable suerte de los predestinados a quienes alcanzaría eficazmente, de la formidable desdicha de los réprobos que por su voluntad se harían indignos de la eterna gloria que les dejaba su Hijo merecida.

1457. En la ponderación digna de tan altos y ocultos sacramentos pasó la gran Señora toda aquella noche llorando, suspirando, alabando y engrandeciendo las obras de su Hijo, su pasión, sus juicios ocultísimos y otros altísimos misterios de la divina sabiduría y oculta providencia del Señor; y sobre todos pensaba y entendía como Madre única de la verdadera sabiduría, confirmando a veces con los santos ángeles y otras con el mismo Señor lo que su luz divina le daba a sentir en su castísimo corazón. El sábado de mañana, después de las cuatro, entró San Juan deseoso de consolar a la dolorosa Madre, y puesta de rodillas le pidió ella que le diese la bendición como sacerdote y superior suyo. El nuevo hijo se la pidió también con lágrimas, y se la dieron uno a otro. Ordenó la divina Reina que luego saliese a la ciudad, donde encontraría con brevedad a San Pedro que venía a buscarle y que le admitiese, consolase y llevase a su presencia, y lo mismo hiciese con los demás apóstoles que encontrase, dándoles esperanza del perdón y ofreciéndoles su amistad. Salió San Juan del cenáculo y a pocos pasos encontró a San Pedro, lleno de confusión y lágrimas, que iba muy temeroso a la presencia de la gran Reina. Venía de la cueva donde había llorado su negación, y el evangelista le consoló y dio algún aliento con el recado de la divina Madre. Luego los dos buscaron a los demás apóstoles y hallaron algunos, y todos juntos se fueron al cenáculo, donde estaba su remedio. Entró Pedro el primero y solo a la presencia de

la Madre de la gracia y arrojándose a sus pies dijo con gran dolor: “Pequé, Señora, pequé delante de mi Dios, ofendí a mi Maestro y a vos.” No pudo hablar otra palabra, oprimido de las lágrimas, suspiros y sollozos que despedía de lo íntimo de su afligido corazón.

1458. La prudentísima Virgen, viendo a Pedro postrado en tierra y considerándole por una parte penitente de su reciente culpa y por otra cabeza de la Iglesia elegido por su Hijo Santísimo para vicario suyo, no le pareció conveniente postrarse ella a los pies del pastor que tan poco antes había negado a su Maestro, ni sufría tampoco su humildad dejar de darle la reverencia que se le debía por el oficio. Y para satisfacer a entrambos obligaciones, juzgó que convenía darle reverencia y ocultarle el motivo. Para esto se le hincó de rodillas, venerándole con esta acción, y para disimular su intento le dijo: “Pidamos perdón de vuestra culpa a mi Hijo y vuestro Maestro.” Hizo oración y alentó al apóstol confortándole en la esperanza y acordándole las obras y misericordias que el Señor había hecho con los pecadores reconocidos, y la obligación que él tenía como cabeza del colegio apostólico para confirmar con su ejemplo a todos en la constancia y confesión de la fe. Y con estas y otras razones de gran fuerza y dulzura confirmó a Pedro en la esperanza del perdón. Entraron luego los otros apóstoles en la presencia de María Santísima y postrados también a sus pies la pidieron los perdonase su cobardía y haber desamparado a su Hijo Santísimo en su pasión. Lloraron todos amargamente su pecado, moviéndoles a mayor dolor la presencia de la Madre llena de lastimosa compasión, pero su semblante tan admirable les causaba divinos efectos de contrición de sus culpas y amor de su Maestro. Y la gran Señora los levantó y animó, prometiéndoles el perdón que deseaban y su intercesión para alcanzarle. Luego comenzaron todos por su orden a contar lo que a cada uno había sucedido en su fuga, como si algo de ello ignorara la divina Señora. Pero dioles grata audiencia a todo, tomando ocasión de lo que decían para hablarles al corazón y confirmarlos en la fe de su Redentor y Maestro y despertar en ellos su divino amor. Y todo lo consiguió María Santísima eficazmente, porque de su presencia y conferencia salieron todos fervorizados y justificados con nuevos aumentos de gracia.

1459. En estas obras se ocupó nuestra divina Reina parte del sábado. Y cuando se hizo tarde se retiró otra vez a su recogimiento, dejando a los apóstoles renovados en el espíritu y llenos de consuelo y gozo del Señor, pero siempre lastimados de la pasión de su Maestro. En el retiro de esta tarde convirtió la gran Señora su mente a las obras que hacía el alma santísima de su Hijo después que salió de su sagrado cuerpo. Porque desde entonces conoció la beatísima Madre cómo aquella alma de Cristo unida a la divinidad descendía al limbo de los santos Padres para sacarlos de aquella cárcel soterránea, donde estaban detenidos desde el primer justo que murió en el mundo esperando la venida del universal Redentor de los hombres. Y para declarar este misterio, que es uno de los artículos de la santísima humanidad de Cristo nuestro Señor, me ha parecido dar noticia de todo lo que a mí se me ha dado a entender sobre aquel lugar del limbo y su asiento. Digo, pues, que la tierra y su globo tiene de diámetro, pasando por el centro de una superficie a otra, dos mil quinientas y dos leguas, y hasta la mitad, que es el centro, hay mil doscientas cincuenta y una, y respecto del diámetro se ha de medir la redondez de este globo. En el centro está el infierno de los condenados como en el corazón de la tierra, y este infierno es una caverna o caos que contiene muchas estancias tenebrosas con diversidad de penas, todas formidables y espantosas, y de todas se formó un globo al modo de una tinaja de inmensa magnitud, con su boca o entrada muy espaciosa y dilatada. En este horrible calabozo de confusión y tormentos estaban los demonios y todos los condenados, y estarán en él por toda la eternidad mientras Dios fuere Dios, porque en el infierno no hay ninguna redención.

1460. A un lado del infierno está el purgatorio, donde las almas de los justos purgan y se purifican, cuando en esta vida no acabaron de satisfacer por sus culpas, ni salen de ella tan limpios de sus defectos que puedan luego llegar a la visión beatífica. Esta caverna también es grande, pero mucho menos que el infierno, y aunque en el purgatorio hay grandes penas, pero no se comunican con el infierno de los condenados. A otro lado está el limbo con dos estancias diferentes: una para los niños que mueren con solo el pecado original y sin obras buenas ni malas del propio albedrío; otra servía para depositar las almas de los justos, purgados ya sus pecados, porque no podían entrar en el cielo ni gozar de Dios hasta que se hiciese la Redención humana y Cristo nuestro Salvador abriese las puertas que cerró el pecado de Adán. Esta caverna del limbo también es menor que el infierno y no se comunica con él, ni tiene penas del sentido como el purgatorio, porque ya llegaban a él las almas purificadas desde el purgatorio y sólo carecían de la visión beatífica, que es pena de daño, y allí estaban todos los que habían muerto en gracia hasta que murió el Salvador. A este lugar del limbo bajó su alma santísima con la divinidad, cuando decimos que bajó a los infiernos, porque este nombre de infierno significa cualquiera parte de aquellas inferiores que están en lo profundo de la tierra; aunque en el común modo de hablar por el nombre de infierno entendemos el de los demonios y condenados, porque aquél es el

más famoso significado, como por nombre de cielo entendemos el empíreo ordinariamente, donde están los santos, y donde permanecerán para siempre, como los condenados en el infierno, aunque el limbo y purgatorio tienen otros nombres particulares. Y después del juicio final sólo el cielo y el infierno serán habitados, porque el purgatorio no será necesario y del limbo han de salir también los niños a otra habitación diferente.

1461. A esta caverna del limbo llegó el alma santísima de Cristo nuestro Señor, acompañada de innumerables ángeles que como a su Rey victorioso y triunfador le iban alabando, dando gloria, fortaleza y divinidad. Y para representar su grandeza y majestad, mandaban que se abriesen las puertas de aquella antigua cárcel, para que el Rey de la gloria, poderoso en las batallas y Señor de las virtudes, las hallase francas y patentes en su entrada. Y en virtud de este imperio se quebrantaron y rompieron algunos peñascos del camino, aunque no era necesario para entrar el Rey y su milicia, que todos eran espíritus sutilísimos. Con la presencia del alma santísima aquella oscura caverna se convirtió en cielo, porque toda se llenó de admirable resplandor, y las almas de los justos que allí estaban fueron beatificadas con visión clara de la divinidad, y en un instante pasaron del estado de tan larga esperanza a la eterna posesión de la gloria y de las tinieblas a la luz inaccesible que ahora gozan. Reconocieron todos a su verdadero Dios y Redentor y le dieron gracias y alabanzas con nuevos cánticos de loores y decían: “Digno es el Cordero que fue muerto de recibir divinidad, virtud y fortaleza. Nos redimiste, Señor, con tu sangre de todos los tribus, pueblos y naciones; nos hiciste reino para nuestro Dios, y reinaremos. Tuya es, Señor, la potencia, tuyo el reino y tuya es la gloria de tus obras.” (Ap 5,9-12) Mandó luego Su Majestad a los ángeles que sacasen del purgatorio todas las almas que en él estaban padeciendo y al punto fueron traídas todas a su presencia. Y como en estrenas de la Redención humana fueron todas absueltas por el mismo Redentor de las penas que les faltaban de padecer y fueron glorificadas como las demás almas de los justos con la visión beatífica. De manera, que aquel día en la presencia del Rey quedaron desiertas las dos cárceles limbo y purgatorio.

1462. Para solo el infierno de los condenados fue terrible este día, porque fue disposición del Altísimo que todos conociesen y sintiesen el descender al limbo el Redentor, y también que los santos Padres y justos conociesen el terror que puso este misterio a los condenados y demonios. Estaban éstos aterrados y oprimidos con la ruina que padecieron en el monte Calvario, como se dijo arriba (Cf. supra n.1421), y como oyeron en el modo que hablan y oyen las voces de los ángeles que iban delante de su Rey al limbo, se turbaron y atemorizaron de nuevo y como serpientes cuando las persiguen se escondían y pegaban a las cavernas infernales más remotas. A los condenados sobrevino nueva confusión sobre confusión, conociendo con mayor despecho sus engaños y que por ellos perdieron la Redención de que los justos se aprovecharon. Y como Judas y el mal ladrón eran más recientes en el infierno y señalados mucho más en esta desdicha, así fue mayor su tormento, y los demonios se indignaron más contra ellos; y cuanto era de su parte propusieron los malignos espíritus perseguir y atormentar más a los cristianos que profesasen su fe católica, y a los que la negasen o cayesen darles mayor castigo, porque juzgaban que todos éstos merecían mayores penas que los infieles a quien no se les predicó la fe.

1463. De todos estos misterios y otros secretos del Señor que no puedo yo declarar, tuvo noticia y singular visión la gran Señora del mundo desde su retiro. Y aunque esta noticia en la porción o parte superior del espíritu, donde la recibía, le causó admirable gozo, no lo participó en su virginal cuerpo, sentidos y parte sensitiva, como naturalmente pudiera redundar en ella, antes bien, cuando sintió que se extendía algo este júbilo a la parte inferior del alma, pidió al eterno Padre se le suspendiese esta redundancia, porque no la quería admitir en su cuerpo mientras el de su Hijo Santísimo estaba en el sepulcro y no era glorificado. Tan advertido y fiel amor fue el de la prudentísima Madre con su Hijo y Señor, como imagen viva, adecuada y perfecta de aquella humanidad deificada. Y con esta atenta fineza quedó llena de gozo en el alma y de dolores y congoja en el cuerpo, al modo que sucedió en Cristo nuestro Salvador. Pero en esta visión hizo cánticos de alabanza, engrandeciendo el misterio de este triunfo, y la amantísima y sabia providencia del Redentor, que como Padre amoroso y Rey omnipotente quiso bajar por sí mismo a tomar la posesión de aquel nuevo reino que por sus manos le entregó su Padre, y quiso rescatarlos con su presencia para que en el mismo comenzasen a gozar el premio que les había merecido. Y por todas estas razones y las demás que conocía de este sacramento se gozaba y glorificaba al Señor como Coadjutora y Madre del triunfador.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

1464. “Hija mía, atiende a la enseñanza de este capítulo, como más legítima y necesaria para ti en el estado que te ha puesto el Altísimo y para lo que de ti quiere en correspondencia de su amor. Esto ha de ser, que entre las operaciones,

ejercicios y comunicación con las criaturas, ahora sean como prelada o como súbdita, gobernando, mandando u obedeciendo, por ninguna de éstas o de otras ocupaciones exteriores pierdas la atención y vista del Señor en lo íntimo y superior del alma, ni te distraigas de la luz del Espíritu Santo, que te asistirá para la incesante comunicación; que quiere mi Hijo Santísimo en el secreto de tu corazón aquellas sendas que quedan ocultas al demonio y no alcanzan a ellas las pasiones, porque guían al santuario, donde entra sólo el sumo sacerdote (Heb 9,7), y donde el alma goza de los ocultos abrazos del Rey y del Esposo, cuando toda y desocupada le previene el tálamo de su descanso. Allí hallarás propicio a tu Señor, liberal al Altísimo, misericordioso a tu Criador y amoroso a tu dulce Esposo y Redentor, y no temerás la potestad de las tinieblas, ni los efectos del pecado, que se ignoran en aquella región de luz y de verdad. Pero cierra estos caminos el amor desordenado de lo visible, los descuidos en la guarda de la divina ley, embarázalos cualquier apego y desorden de las pasiones, impídelos cualquiera inútil atención y mucho más la inquietud del ánimo y no guardar serenidad y paz interior, que todo se requiere solo, puro y despejado de lo que no es verdad y luz.

1465. Bien has entendido y experimentado esta doctrina y sobre eso te la he manifestado en práctica como en claro espejo. El modo de obrar que tenía entre los dolores, congojas y aflicciones de la pasión de mi Hijo Santísimo, y entre los cuidados, atención, ocupaciones y desvelo con que acudí a los apóstoles, al entierro, a las mujeres santas, y en todo el resto de mi vida has conocido lo mismo y cómo juntaba estas operaciones con las de mi espíritu, sin que se encontrasen ni impidiesen. Pues para imitarme en este modo de obrar, como de ti lo quiero, necesario es que ni por el trato forzoso de las criaturas, ni por el trabajo de tu estado, ni por las penalidades de la vida de este destierro, ni por las tentaciones ni malicia del demonio, admitas en tu corazón afecto alguno que te impida ni atención que te divierta el interior. Y te advierto, carísima, que si en este cuidado no eres muy vigilante, perderás mucho tiempo, malograrás infinitos y extraordinarios beneficios y frustrarás los altísimos y santos fines del Señor, y me contristarás a mí y a los ángeles, que todos queremos sea tu conversación con nosotros; y tú perderás la quietud de tu espíritu y consuelo de tu alma y muchos grados de gracia y aumentos del amor divino que deseas y al fin copiosísimo premio en el cielo. Tanto te importa oírme y obedecerme en lo que te enseño con dignación de Madre. Considéralo, hija mía, pónedalo y atiende a mis palabras en tu interior, para que las pongas por obra con mi intercesión y con la divina gracia. Advierte asimismo a imitarme en la fidelidad del amor con que excusé el regalo y júbilo, por imitar a mi Señor y Maestro y alabarle por esto y por el beneficio que hizo a los santos del limbo, bajando su alma santísima a rescatarlos y llenarlos del gozo de su vista, que todas fueron obras de su infinito amor.”

CAPITULO 26

[Regresar al Principio](#)

La Resurrección de Cristo nuestro Salvador y el aparecimiento que hizo a su Madre Santísima con los santos padres del Limbo.

1466. Estuvo el alma santísima de Cristo nuestro Salvador en el limbo desde las tres y media del viernes a la tarde hasta después de las tres de la mañana del domingo siguiente. A esta hora volvió al sepulcro, acompañado como príncipe victorioso de los mismos ángeles que llevó y de los santos que rescató de aquellas cárceles inferiores como despojos de su victoria y prendas de su glorioso triunfo, dejando postrados y castigados sus rebeldes enemigos. En el sepulcro estaban otros muchos ángeles que le guardaban, venerando el sagrado cuerpo unido a la divinidad. Y algunos de ellos, por mandado de su Reina y Señora, habían recogido las reliquias de la sangre que derramó su Hijo Santísimo, los pedazos de carne que le derribaron de las heridas y los cabellos que arrancaron de su divino rostro y cabeza, y todo lo demás que pertenecía al ornato y perfecta integridad de su humanidad santísima; que de todo esto cuidó la Madre de la prudencia, y los ángeles guardaban estas reliquias, gozoso cada uno con la parte que le alcanzó a cogerla. Y primero que otra cosa se hiciese, se les manifestó a los santos padres el cuerpo de su Reparador, llagado, herido y desfigurado, como le puso la crueldad de los judíos. Y reconociéndole así muerto le adoraron todos los patriarcas y profetas con los otros santos y confesaron de nuevo cómo verdaderamente el Verbo humanado tomó sobre sí nuestras enfermedades y dolores (Is 53,4) y pagó con exceso nuestra deuda, satisfaciendo a la justicia del eterno Padre lo que nosotros merecíamos, siendo Su Majestad inocentísimo y sin culpa. Allí vieron los primeros padres Adán y Eva el estrago que hizo su inobediencia y el costoso remedio que había tenido y la inmensa bondad del Redentor y su gran misericordia. Los patriarcas y profetas conocieron y vieron cumplidos sus vaticinios y esperanzas de las promesas divinas. Y como en la gloria de sus almas sentían el efecto de la copiosa redención, alabaron de nuevo al Omnipotente y Santo de los Santos que por tan maravilloso orden de su sabiduría la había obrado.

1467. Después de esto, a vista de todos aquellos santos, por ministerio de los ángeles fueron restituidas al sagrado cuerpo difunto todas las partes y reliquias que tenían recogidas, dejándole con su natural integridad y perfección. Y al mismo instante el alma santísima del Señor se reunió al cuerpo y juntamente le dio inmortal vida y gloria. Y en lugar de la sábana y unciones con que le enterraron, quedó vestido de los cuatro dotes de gloria, claridad, impassibilidad, agilidad y sutileza. Estos dotes redundan en el cuerpo deificado de la inmensa gloria del alma de Cristo nuestro bien. Y aunque se le debían como por herencia y natural participación desde el instante de su concepción, porque desde entonces fue glorificada su alma santísima y estaba unida a la divinidad toda aquella humanidad inocentísima, pero se suspendieron entonces sin redundar en el cuerpo purísimo, para dejarle pasible y que mereciese nuestra gloria, privándose de la de su cuerpo, como en su lugar queda dicho (Cf. supra n.147). Y en la Resurrección se le restituyeron de justicia estos dotes en el grado y proporción correspondiente a la gloria del alma y a la unión que tenía con la divinidad. Y como la gloria del alma santísima de Cristo nuestro Señor es incomprensible e inefable para nuestra corta capacidad, también es imposible explicar enteramente con palabras y con ejemplos la gloria y dotes de su cuerpo deificado; porque respecto de su pureza es oscuro el cristal, la luz que contenía y despedía excede a los demás cuerpos gloriosos, como el día a la noche y más que mil soles a una estrella, y toda la hermosura de las criaturas, si se juntara en una, pareciera fealdad en su comparación, y no hay símil para ella en todo lo criado.

1468. Excedió grandemente la excelencia de estos dotes en la Resurrección a la gloria que tuvieron en la transfiguración y en otras ocasiones que Cristo Señor nuestro se transfiguró, como en el discurso de esta Historia se ha dicho (Cf. supra n.695, 851, 1099); porque entonces la recibió de paso y como convenía para el fin que se transfiguraba, pero ahora la tuvo con plenitud para gozarla eternamente. Y por la impassibilidad quedó invencible de todo el poder criado, porque ninguna potencia le podía alterar ni mudar. Por la sutilidad quedó tan purificada la materia gruesa y terrena, que sin resistencia de otros cuerpos se podía penetrar con ellos como si fuera espíritu incorpóreo, y así penetró la lápida del sepulcro sin moverla ni dividirla, el que por semejante modo había salido del virginal vientre de su purísima Madre. La agilidad le dejó tan libre del peso y tardanza de la materia, que excedía a la que tienen los ángeles inmatriciales, y por sí mismo podía moverse con más presteza que ellos de un lugar a otro, como lo hizo en las apariciones de los apóstoles y en otras ocasiones. Las sagradas llagas que antes afeaban su santísimo cuerpo quedaron en pies, manos y costado tan hermosas, refulgentes y brillantes, que le hacían más vistoso y agraciado, con admirable modo y variedad. Con toda esta belleza y gloria se levantó nuestro Salvador del sepulcro y en presencia de los santos y patriarcas prometió a todo el linaje humano la Resurrección universal como efecto de la suya en la misma carne y cuerpo de cada uno de los mortales y que en ella serían glorificados los justos. Y en prendas de esta promesa y como en rehenes de la Resurrección universal, mandó Su Majestad a las almas de muchos santos que allí estaban se juntasen con sus cuerpos y los resucitasen a inmortal vida. Al punto se ejecutó este divino imperio y resucitaron los cuerpos que anticipando el misterio refiere San Mateo (Mt 27,52). Y entre ellos fueron Santa Ana, San José y San Joaquín, y otros de los antiguos padres y patriarcas que fueron más señalados en la fe y esperanza de la Encarnación y con mayores ansias la desearon y pidieron al Señor. Y en retorno de estas obras se les adelantó la Resurrección y gloria de sus cuerpos.

1469. ¡Oh cuán poderoso y admirable, cuán victorioso y fuerte se manifestaba ya este león de Judá, hijo de David! Ninguno se desembarazó del sueño con más presteza que Cristo de la muerte. Y luego a su imperiosa voz se juntaron los huesos secos y esparcidos de aquellos envejecidos difuntos, y la carne que ya estaba convertida en polvo se renovó, y unida con los huesos restauró su antiguo ser, mejorándolo todo los dotes de la gloria que participó el cuerpo del alma glorificada que les dio vida. Quedaron en un instante todos aquellos santos resucitados en compañía de su Reparador, más claros y refulgentes que el mismo sol, puros, hermosos, transparentes y ligeros para seguirle a todas partes, y nos aseguraron con su dicha la esperanza de que en nuestra misma carne y con nuestros ojos y no con otros veríamos a nuestro Redentor, como lo profetizó Job (Job 19,26) para nuestro consuelo. Todos estos misterios conocía la gran Reina del cielo y participaba de ellos con la visión que tenía en el cenáculo. Y en el mismo instante que el alma santísima de Cristo entró en su cuerpo y le dio vida, correspondió en el de la purísima Madre la comunicación del gozo, que en el capítulo pasado dije (Cf. supra n.1463) estaba detenido en su alma santísima y como represado en ella aguardando la Resurrección de su Hijo Santísimo. Y fue tan excelente este beneficio, que la dejó toda transformada de la pena en gozo, de la tristeza en alegría y de dolor en inefable júbilo y descanso. Sucedió que en aquella ocasión el evangelista San Juan fue a visitarla, como el día de antes lo había hecho (Cf. supra n.1057), para consolarla en su amarga soledad, y la encontró repentinamente llena de resplandor y señales de gloria a la que antes apenas conocía por su tristeza. Se admiró el Santo apóstol y, habiéndola mirado con grande reverencia, juzgó que ya el Señor sería resucitado, pues la divina Madre estaba renovada en alegría.

1470. Con este nuevo júbilo y las operaciones tan divinas que la gran Señora hacía en la visión de tan soberanos misterios, comenzó a disponerse para la visita, que estaba ya muy cerca. Y entre los actos de alabanzas, cánticos y peticiones que hacía nuestra Reina, sintió luego otra novedad en sí misma sobre el gozo que tenía, y fue un género de júbilo y alivio celestial, correspondiente por admirable modo a los dolores y tribulaciones que en la pasión había sentido; y este beneficio era diferente y más alto que la redundancia de gozo que de su alma resultaba como naturalmente en el cuerpo. Y tras de estos admirables efectos sintió luego otro tercero y diferente beneficio que la daban, de nuevos y divinos favores. Y para esto sintió que la infundían nuevo lumen de cualidades que preceden a la visión beatífica, en cuya declaración no me detengo, por haberlo hecho hablando de esta materia en la primera parte (cf. supra p.1 n.623). Y en esta segunda sólo añadido que recibió la Reina estos beneficios en esta ocasión con más abundancia y excelencia que en otras, porque ahora había precedido la pasión de su Hijo Santísimo y los méritos que la divina Madre adquirió en ella, y según la multitud de los dolores correspondía el consuelo de la mano de su Hijo omnipotente.

1471. Estando así prevenida María Santísima, entró Cristo nuestro Salvador resucitado y glorioso, acompañado de todos los santos y patriarcas. Se postró en tierra la siempre humilde Reina y adoró a su Hijo Santísimo, y Su Majestad la levantó y llegó a sí mismo. Y con este contacto mayor que el que pedía la Magdalena de la humanidad y llagas santísimas de Cristo (Jn 20,17) recibió la Madre Virgen un extraordinario favor, que sola ella le mereció, como exenta de la ley del pecado. Y aunque no fue el mayor de los favores que tuvo en esta ocasión, con todo eso no pudiera recibirle si no fuera confortada de los ángeles y por el mismo Señor para que sus potencias no desfallecieran. El beneficio fue que el glorioso cuerpo del Hijo encerró en sí mismo al de su purísima Madre, penetrándose con ella o penetrándole consigo, como si un globo de cristal tuviera dentro de sí al sol, que todo lo llenara de resplandores y hermoseara con su luz. Así quedó el cuerpo de María Santísima unido al de su Hijo por medio de aquel divinismo contacto, que fue como puerta para entrar a conocer la gloria del alma y cuerpo santísimo del mismo Señor. Y por estos favores, como por grados de inefables dones, fue ascendiendo el espíritu de la gran Señora a la noticia de ocultísimos sacramentos. Y estando en ellos oyó una voz que le decía: “Amiga, asciende más alto.” (Lc 14,10) Y en virtud de esta voz quedó del todo transformada y vio la divinidad intuitiva y claramente, donde halló el descanso y el premio, aunque de paso, de todos sus trabajos y dolores. Forzoso es aquí el silencio, donde de todo punto. Faltan las razones y el talento para decir lo que pasó a María Santísima en esta visión beatífica, que fue la más alta y divina que hasta entonces había tenido. Celebremos este día con admiración de alabanza, con parabienes, con amor y humildes gracias de lo que nos mereció y ella gozó y fue ensalzada.

1472. Estuvo algunas horas la divina Princesa gozando del ser de Dios con su Hijo Santísimo, participando su gloria como había participado de sus tormentos. Y luego descendió de esta visión por los mismos grados que ascendió a ella, y al fin de este favor quedó de nuevo reclinada sobre el brazo izquierdo de la humanidad santísima y regalada por otro modo de la diestra de su divinidad (Cant 2,6). Tuvo dulcísimos coloquios con el mismo Hijo sobre los altísimos misterios de su pasión y de su gloria. Y en estas conferencias quedó de nuevo embriagada en el vino de la caridad y amor que bebió en su misma fuente sin medida. Y todo cuanto pudo recibir una pura criatura todo se le dio a María purísima abundantemente en esta ocasión, porque, a nuestro modo de entender, quiso la equidad divina recompensar el como agravio - lo digo así porque no me puedo explicar mejor - que había recibido una criatura tan pura y sin mácula de pecado padeciendo los dolores y tormentos de la pasión, que, como arriba he dicho muchas veces (Cf. supra n.1236,1264,1274,12,87,1341), eran los mismos que padeció Cristo nuestro Salvador, y en este misterio correspondió el gozo y favor a las penas que la divina Madre había padecido.

1473. Después de todo esto, y siempre en altísimo estado, se convirtió la gran Señora a los santos patriarcas y justos que allí estaban y a todos juntos y a cada uno de por sí reconoció por su orden y les habló respectivamente, gozándose y alabando al Todopoderoso en lo que su liberal misericordia había obrado con cada uno de ellos. Con sus padres San Joaquín y Santa Ana, con su esposo José y con el Bautista tuvo singular gozo y les habló particularmente, luego con los patriarcas y profetas y con los primeros padres Adán y Eva. Y todos juntos se postraron ante la divina Señora, reconociéndola por Madre del Redentor del mundo, por causa de su remedio y coadjutora de su redención, y como a tal la quisieron adorar con digno culto y veneración, disponiéndolo así la divina Sabiduría. Pero la Reina de las virtudes y Maestra de la humildad se postró en tierra y dio a los santos la reverencia que se les debía, y el Señor dio permiso para esto, porque los santos, aunque eran inferiores en la gracia, eran superiores en el estado de bienaventurados con gloria inamisible y eterna, y la Madre de la gracia quedaba en vida mortal y viadora y no había llegado al estado de comprende Cristo nuestro Salvador. Y María Santísima convidó a todos los ángeles y santos que

allí asistían, para que alabasen al triunfador de la muerte, del pecado y del infierno, y todos le cantaron nuevos cánticos, salmos, himnos de gloria y magnificencia, y con esto llegó la hora en que el Salvador resucitado hizo otras apariciones, como diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la gran Señora María Santísima.

1474. “Hija mía, alégrate en el mismo cuidado que tienes de que no alcanzan tus razones a explicar lo que tu interior conoce de tan altos misterios como has escrito. Victoria es de la criatura y gloria del Altísimo, darse por vencida de la grandeza de los sacramentos tan soberanos como éstos, y en la carne mortal se pueden penetrar mucho menos. Yo sentí los dolores de la pasión de mi Hijo Santísimo y, aunque no perdí la vida, experimenté los dolores de la muerte misteriosamente, y a este género de muerte le correspondió en mí otra admirable y mística Resurrección a más levantado estado de gracia y operaciones. Y como el ser de Dios es infinito, aunque la criatura participe mucho, le queda más que entender, que amar y gozar. Y para que ahora ayudada del discurso puedas rastrear algo de la gloria de Cristo mi Señor, de la mía y de los santos, discurriendo por los dotes del cuerpo glorioso, te quiero proponer la regla por donde en esto puedas pasar a los del alma. Ya sabes que éstos son: visión, comprensión y fruición. Los del cuerpo son los que dejas repetidos (Cf. supra n.1468) claridad, impassibilidad, sutilidad y agilidad.

1475. A todos estos dotes corresponde algún aumento por cualquiera buena obra meritoria que hace el que está en gracia, aunque no sea mayor que mover una pajueta por amor de Dios y dar un jarro de agua. Por cualquiera de estas mínimas obras granjeará la criatura, para cuando sea bienaventurada, mayor claridad que la de muchos soles. Y en la impassibilidad se aleja de la corrupción humana y terrena más de lo que todas las diligencias y fuerzas de las criaturas pueden resistirla y apartar de sí lo que las puede ofender o alterar. En la sutilidad se adelanta para ser superior a todo lo que le puede resistir y cobra nueva virtud sobre todo lo que quiere penetrar. En el dote de la agilidad le corresponde a cualquiera obra meritoria más potencia para moverse que la tienen las aves y los vientos y todas las criaturas activas, como el fuego y los demás elementos para caminar a sus centros naturales. Por el aumento que se merece en estos dotes del cuerpo, entenderás el que tienen los dotes del alma, a quien corresponden y de quien se derivan. Porque en la visión beatífica adquiere cualquier mérito mayor claridad y noticia de los atributos y divinas perfecciones que cuanto han alcanzado en esa vida mortal todos los doctores y sabios que ha tenido la Iglesia. También se aumenta el dote de la comprensión o tención del objeto divino, porque de la posesión y firmeza con que se comprende aquel sumo e infinito bien se le concede al justo nueva seguridad y descanso más estimable que si poseyera todo lo precioso y rico, deseable y apetecible de las criaturas, aunque todo lo tuviera por suyo sin temer perderlo. Y en el dote de la fruición, que es el tercero del alma, por el amor con que el justo hace aquella pequeñuela obra, se le conceden en el cielo por premio grados de amor frutivo tan excelentes, que jamás llegó a compararse con este aumento el mayor afecto que tienen los hombres en la vida a lo visible, ni el gozo que de él resulta tiene comparación con todo el que hay en la vida mortal.

1476. Levanta ahora, hija mía, la consideración y de estos premios tan admirables, que corresponden a una obra por Dios hecha, pondera bien cuál será el premio de los santos, que por el amor divino hicieron tan heroicas y magníficas obras y padecieron tormentos y martirios tan crueles como la Iglesia Santa conoce. Y si en los santos sucede esto con ser puros hombres y sujetos a culpas e imperfecciones que retardan el mérito, considera con toda la alteza que pudieres cuál será la gloria de mi Hijo Santísimo, y sentirás cuán limitada es la capacidad humana, y más en la vida mortal, para comprender dignamente este misterio y para hacer concepto proporcionado de tan inmensa grandeza. El alma santísima de mi Señor estaba unida sustancialmente a la divinidad en su divina persona, y por la unión hipostática era consiguiente que se le comunicase el océano infinito de la misma divinidad, beatificándola como a quien tenía comunicado su mismo ser de Dios por inefable modo. y aunque no mereció esta gloria, porque se le dio desde el instante de su concepción en mi vientre, consiguiente a la unión hipostática, pero las obras que hizo después en treinta y tres años, naciendo en pobreza, viviendo con trabajos, amando como viador, trabajando en todas las virtudes, predicando, enseñando, padeciendo, mereciendo, redimiendo a todo el linaje humano, fundando la Iglesia y cuanto la fe Católica enseña, estas obras merecieron la gloria del cuerpo purísimo de mi Hijo y ésta corresponde a la del alma, y todo es inefable y de inmensa grandeza, reservado para manifestarse en la vida eterna. Y en correspondencia de mi Hijo y Señor hizo conmigo magníficas obras el brazo poderoso del Altísimo en el ser de pura criatura, con que olvidé luego los trabajos y dolores de la pasión; y lo mismo sucedió a los padres del limbo, y a los demás santos cuando reciben el premio. Olvidé la amargura y el trabajo que yo padecí, porque el sumo gozo desterró la pena, pero nunca perdí la vista de lo que mi Hijo padeció por el linaje humano.

CAPITULO 27

[Regresar al Principio](#)*Algunas apariciones de Cristo nuestro Salvador resucitado a las Marías y a los apóstoles, la noticia que todos daban a la Reina y la prudencia con que los oía.*

1477. Después que nuestro Salvador Jesús resucitado y glorioso visitó y llenó de gloria a su Madre Santísima, determinó Su Majestad como amoroso padre y pastor congrega las ovejas de su rebaño, que el escándalo de su pasión había turbado y derramado. Le acompañaban siempre los santos padres y todos los que sacó del limbo y purgatorio, aunque no se manifestaban en las apariciones, porque sola nuestra gran Reina los vio y conoció y habló a todos en el tiempo que pasó hasta la Ascensión de su Hijo Santísimo. Y cuando no se aparecía a otros, siempre asistía con la amantísima Madre en el cenáculo, de donde no salió la divina Señora aquellos cuarenta días continuos. Allí gozaba de la vista del Redentor del mundo y del coro de los profetas y santos con quien el mismo Rey y Reina estaban acompañados. Y para manifestarse a los apóstoles comenzó por las mujeres, no por más flacas, sino por más fuertes en la fe y confianza de su resurrección, que por esto merecieron ser las primeras en el favor de verle resucitado.

1478. Hizo memoria el evangelista San Marcos (Mc 15,47 (A.)) del cuidado con que María Magdalena y María José advirtieron dónde quedaba puesto el cuerpo difunto de Jesús en el sepulcro. Con esta prevención el sábado por la tarde con otras mujeres santas salieron de la casa del cenáculo a la ciudad y compraron nuevos unguentos aromáticos, para madrugar el día siguiente y volver al sepulcro a visitar y adorar el sagrado cuerpo de su Maestro, con ocasión de ungirle de nuevo. El domingo por la mañana, antes de amanecer, madrugaron para ejecutar su piadoso afecto, ignorando que el sepulcro estaba sellado y con guardas por orden de Pilatos, y en el camino dificultaban solamente quién les volvería la gran lápida con que ellas habían advertido quedaba cerrado el monumento, pero el amor las daba esfuerzo para vencer esta dificultad, sin saber cómo. Cuando salieron de la casa del cenáculo era de noche y cuando llegaron al sepulcro había ya amanecido y nacido el sol, porque aquel día se anticipó las tres horas que se oscureció en la muerte de nuestro Salvador. Y con este milagro se concuerdan los evangelistas San Marcos (Mc 16,2 (A.)) y San Juan (Jn 20,1 (A.)), que el uno dice vinieron las Marías salido el sol y el otro que había tinieblas, porque todo es verdad, que salieron muy de mañana y antes de amanecer, y con la prisa y diligencia del sol las alcanzó cuando llegaban, aunque no se detuvieron en el camino. Era el monumento una pequeña bóveda como cueva, cuya puerta cerraba una grande losa, y dentro tenía a un lado el sepulcro algo levantado del suelo y en él estuvo el cuerpo de nuestro Salvador.

1479. Poco antes que llegasen las Marías a reconocer la dificultad que iban confiriendo de mover la lápida, fue hecho un gran temblor o terremoto muy espantoso, y al mismo tiempo un ángel del Señor abrió el sepulcro y arrojó la losa que le cubría y cerraba la puerta. Las guardas del monumento con este grande estrépito y movimiento de la piedra cayeron en tierra, desmayados del temor que les causó, dejándolos como difuntos, aunque ni vieron al Señor ni entonces estaba allí su cuerpo, porque ya había resucitado y salido del monumento antes que el ángel quitase la piedra. Las Marías, aunque sintieron algún temor, se animaron, y confortándolas el mismo Dios llegaron y entraron al monumento y cerca de la puerta vieron al ángel que revolvió la piedra, sentado sobre ella, y su rostro refulgente, los vestidos como la nieve, que las habló y dijo: *“No temáis, que sé cómo buscáis a Jesús Nazareno. No está aquí, que ya ha resucitado. Entrad, y veréis el lugar donde le pusieron.”* Entraron las Marías y vieron el sepulcro vacío. Recibieron gran tristeza, porque aún estaban más atentas a su afecto de verle que a la fe del ángel. Y luego vieron otros dos asentados a los dos lados del sepulcro, que las dijeron: *“¿Para qué buscáis entre los muertos al que ya está vivo y resucitado? Acordaos que él mismo os dijo en Galilea, que había de resucitar el día tercero. Id luego y dad noticia a los discípulos y a Pedro que vayan a Galilea, donde le verán.”*

1480. Con esta advertencia de los ángeles se acordaron las Marías de lo que su divino Maestro había dicho. Y seguras de su resurrección, se volvieron del sepulcro con gran prisa y dieron cuenta a los once discípulos y a otros de los que seguían al Señor, muchos de los cuales juzgaron por delirio lo que decían las Marías. Tan turbados estaban en la fe y tan olvidados de las palabras de su Maestro y Redentor. En el ínterin que las Marías llenas de gozo y pavor contaban a los apóstoles lo que habían visto, revivieron los guardas del sepulcro y volvieron en sus sentidos. Y como le vieron abierto y sin el cuerpo difunto, fueron a dar cuenta del suceso a los príncipes de los sacerdotes. Se hallaron confusos y juntaron concilio para determinar lo que podrían hacer para desmentir la maravilla tan patente que no se podía ocultar. Y acordaron ofrecer a los guardas mucho dinero, con que sobornados dijese cómo estando ellos durmiendo habían

venido los discípulos de Jesús y habían hurtado su cuerpo del sepulcro. Y asegurándoles los sacerdotes a los guardas que los sacarían a paz y a salvo de esta mentira, la publicaron entre los judíos, y muchos de ellos fueron tan necios que le dieron crédito, y algunos más obstinados y ciegos se le dan hasta ahora, creyendo el testimonio de los que confesaron se dormían, cuando dicen que vieron el hurto.

1481. Los discípulos y apóstoles, aunque tuvieron por desvarío lo que decían las Marías, con todo eso San Pedro y San Juan, deseando certificarse por sus ojos, partieron a toda prisa al monumento, y tras ellos volvieron las Marías. Y llegó San Juan el primero y, sin entrar en el monumento, vio desde la puerta los sudarios apartados del sepulcro y aguardó a que llegase San Pedro, el cual entró primero y tras de él San Juan, y vieron lo mismo y que el sagrado cuerpo no estaba en el sepulcro. Y San Juan dice que creyó entonces (Jn 20,8) y se aseguró de lo que había comenzado a creer cuando vio mudada a la Reina del cielo, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n.1469). Y los dos apóstoles se volvieron a dar cuenta a los demás de lo que admirados habían visto en el sepulcro. Las Marías se quedaron en él a la parte de afuera, confiriendo con admiración todo lo que sucedía. Y la Magdalena con mayor fervor y lágrimas volvió a entrar otra vez a reconocer el sepulcro. Y aunque los apóstoles no vieron a los ángeles, violos la Magdalena, y ellos le preguntaron: “Mujer, ¿por qué lloras?” Respondió María: “Porque me han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto.” Con esta respuesta salió fuera al huerto donde estaba el sepulcro y luego topó con el Señor, aunque no le conoció, antes le juzgó por hortelano. Y Su Majestad le preguntó también: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” La Magdalena, no conociendo a Cristo nuestro Señor, le respondió como si fuera hortelano de aquel huerto, y sin más acuerdo, vencida del amor, le dijo: “Señor, si vos le habéis tomado, decidme dónde le tenéis, que yo le volveré y le traeré.” Entonces replicó el amantísimo Maestro y la dijo: “María.” Y con haberla nombrado, se dejó conocer por la voz (Jn 20,11-16).

1482. Cuando la Magdalena conoció que era Jesús, se enardeció toda en amor y gozo y respondió y dijo: “Maestro mio;” y arrojándose a sus divinos pies fue a quererlos tocar y besar, como acostumbrada a este favor. Pero el Señor la previno y dijo: “No me toques, porque no he subido a mi Padre, a donde estoy de camino; vuelve y diles a mis hermanos los apóstoles cómo estoy de paso para mi Padre y suyo” (Jn 20,16-18). Partió luego la Magdalena, llena de consolación y júbilo, y a pequeña distancia alcanzó a las otras Marías. Y acabándolas de referir lo que a ella le había sucedido y cómo había visto a Jesús resucitado, estando admiradas, llorosas y cariñosas de alegría, se les apareció estando juntas y las dijo: “Dios os salve.” Y conociéndole todas, dice el evangelista San Mateo (Mt 28,9 (A.)) que adoraron sus sagrados pies, y el Señor las mandó otra vez que fuesen a los apóstoles y les dijese lo que habían visto y que se fuesen ellos a Galilea, donde le verían resucitado. Desapareció el Señor, y las Marías apresurando el paso volvieron al cenáculo y contaron a los apóstoles todo cuanto les había sucedido, y siempre estaban tardos en darles crédito. Y luego entraron las Marías a dar noticia de lo que pasaba a la Reina del cielo, y como si lo ignorara las oyó con admirable caricia y prudencia, aunque todo lo sabía por la visión intelectual con que lo conocía. Como iba conociendo y tomando ocasión de lo que las Marías le contaron, las confirmó en la fe de los misterios y altos sacramentos de la Encarnación y Redención y de las divinas Escrituras que de ellos trataban. Pero no les dijo lo que a la divina Reina le había sucedido, aunque fue la Maestra de estas fieles y devotas discípulas, como el Señor de los apóstoles, para restituirlos a la fe.

1483. No refieren los evangelistas cuándo apareció el Señor a San Pedro, aunque lo supone San Lucas (Lc 24,34); pero fue después de las Marías, y más ocultamente a solas, como a Cabeza de la Iglesia, antes que a todos juntos y que a otro alguno de los apóstoles, y fue aquel mismo día, después que las Marías le dieron noticia de haberle visto. Y luego sucedió el aparecimiento que refieren, y que largamente cuenta San Lucas (Lc 24,34 (A.)), de los dos discípulos que aquella tarde iban de Jerusalén al castillo de Emaús, que estaba sesenta estadios de la ciudad, y hacían cuatro millas de Palestina y casi dos leguas de España. El uno de los dos se llamaba Cleofás y el otro era el mismo San Lucas, y sucedió en esta manera: “Salieron de Jerusalén los dos discípulos, después que oyeron lo que las Marías contaron, y en el camino continuaron la plática de los sucesos de la pasión y santidad de su Maestro y la crueldad de los judíos. Y se admiraban de que el Todopoderoso hubiese permitido que padeciese tales oprobios y tormentos un hombre santo y tan inocente. El uno decía: “¿Cuándo se vio tal suavidad y dulzura?” El otro repetía: “¿Quién jamás oyó ni vio tal paciencia, sin querellarse, ni mudar el semblante tan apacible y de majestad? Su doctrina era santa, su vida inculpable, sus palabras de salud eterna, sus obras en beneficio de todos; pues ¿qué vieron en él los sacerdotes, para cobrarle tanto aborrecimiento?” Respondía el otro: “Verdaderamente fue admirable en todo, y nadie puede negar que era gran profeta: hizo muchos milagros, alumbró ciegos, sanó enfermos, resucitó muertos y a todos hizo admirables beneficios; pero dijo que resucitaría al tercero día de su muerte, que es hoy, y no lo vemos cumplido.” Replicó el otro: “También dijo que le habían de crucificar y se ha cumplido como lo dijo.”

1484. En medio de éstas y otras pláticas se les apareció Jesús en hábito de peregrino, como que los alcanzaba en el camino, y les dijo, después de saludarlos: “¿De qué habláis, que me parece os veo entristecidos?” Respondió Cleofás: “¿Tú solo eres peregrino en Jerusalén, que no sabes lo que ha sucedido estos días en la ciudad?” Dijo el Señor: “Pues ¿qué ha sucedido?” Replicó el discípulo: “¿No sabes lo que han hecho los príncipes y sacerdotes con Jesús Nazareno, varón santo y poderoso en palabras y obras, cómo le han condenado y crucificado? Nosotros teníamos esperanzas que había de redimir a Israel resucitando de los muertos, y se pasa ya el día tercero de su muerte y no sabemos lo que ha hecho. Aunque unas mujeres de los nuestros nos han atemorizado, porque fueron muy de mañana al sepulcro y no hallaron el cuerpo y afirman que vieron unos ángeles que las dijeron cómo ya había resucitado. Y luego acudieron otros compañeros nuestros al sepulcro y vieron ser verdad lo que las mujeres contaron. Pero nosotros vamos a Emaús para esperar allí a ver en qué paran estas novedades.” Les respondió el Señor: “Verdaderamente sois necios y tardos de corazón, pues no entendéis que convenía así, que padeciese Cristo todas esas penas y muerte tan afrentosa para entrar en su gloria.”

1485. Y prosiguiendo el divino Maestro, les declaró los misterios de su vida y muerte para la Redención humana, comenzando de la figura del cordero, que mandó sacrificar y comer Moisés rubricando los umbrales con su sangre; y lo que figuraba la muerte del sumo sacerdote Aarón, la muerte de Sansón por los amores de su esposa Dalila; y muchos salmos de David, donde profetizó el concilio, la muerte y división de las vestiduras y que su cuerpo no vería la corrupción; lo que dijo la Sabiduría y más claro Isaías y Jeremías de su pasión, que parecería un leproso desfigurado, varón de dolores, que sería llevado como oveja al matadero, sin abrir su boca; y Zacarías, que le vio traspasado de muchas heridas; y otros lugares de los Profetas les dijo, que claramente dicen los misterios de su vida y muerte. Con la eficacia de este razonamiento fueron los discípulos poco a poco recibiendo el calor de la caridad y la luz de la fe que se les había eclipsado. Y cuando ya se acercaban al castillo de Emaús, el divino Maestro les dio a entender pasaba adelante en su jornada, pero ellos le rogaron con instancia se quedase con ellos, porque ya era tarde. Lo admitió el Señor, y convidado de los discípulos se reclinaron para cenar juntos, conforme la costumbre de los judíos. Tomó el Señor el pan y como también solía lo bendijo y partió, dándoles con el pan bendito el conocimiento infalible de que era su Redentor y Maestro.

1486. Le conocieron, porque les abrió los ojos del alma, y al punto que los dejó ilustrados se les desapareció de los del cuerpo y no le vieron más entonces. Pero quedaron admirados y llenos de gozo, confirmando el fuego de caridad que sintieron en el camino, cuando les hablaba su Maestro y les declaraba las Escrituras. Y luego sin dilación se volvieron a Jerusalén ya de noche. Entraron en la casa donde se habían retirado los demás apóstoles por temor de los judíos y los hallaron confirmando las noticias que tenían de haber resucitado el Salvador y cómo ya se había aparecido a San Pedro. Y a esto añadieron los dos discípulos todo cuanto en el camino les sucedió y cómo ellos le habían conocido cuando les partió el pan en el castillo de Emaús. Estaba entonces presente Santo Tomás, y aunque oyó a los dos discípulos y que San Pedro confirmaba lo que decían asegurando que también él había visto a su Maestro resucitado, con todo estuvo tardo y dudoso, sin dar crédito al testimonio de tres discípulos, fuera de las mujeres. Y con algún despecho, efecto de su incredulidad, se salió y se fue de la compañía de los demás. Y en pequeño espacio, después que Tomás se había despedido y cerradas las puertas, entró el Señor y apareció a los demás. Y estando en medio de todos les dijo: “Paz sea con vosotros. Yo soy, no queráis temer.”

1487. Con este repentino aparecimiento se turbaron los apóstoles, temiendo si era espíritu o fantasma lo que veían, y el Señor les dijo: “¿De qué os turbáis y admitís tan varios pensamientos? Mirad mis pies y manos y conoced que yo soy vuestro Maestro. Tocad con vuestras manos mi cuerpo verdadero, que los espíritus no tienen carne ni huesos, como veis que yo los tengo.” Estaban tan turbados y confusos los apóstoles que, viendo y tocando las manos llagadas del Salvador, aun no acababan de creer que era él a quien hablaban y tocaban. Y el amantísimo Maestro, para asegurarlos más, les dijo: “Dadme si tenéis algo de comer.” Le ofrecieron muy gozosos parte de un pez asado y de un panal de miel y comió parte de ello y lo demás les repartió a todos, diciendo: “¿No sabéis que todo lo que por mí ha pasado es lo mismo que lo que de mí estaba escrito en Moisés y en los Profetas, en los Salmos y Escrituras sagradas y que todo se debía cumplir así como estaba profetizado?” Y con estas palabras les abrió los sentidos, y le conocieron y entendieron las Escrituras que hablaban de su pasión, muerte y resurrección al tercero día. Y habiéndolos así ilustrado, les dijo otra vez: “Paz sea con vosotros. Como me envió a mí mi Padre, así os envió yo para que enseñéis al mundo la verdad y conocimiento de Dios y de la vida eterna, predicando penitencia de los pecados y remisión de ellos en mi nombre” (Jn 20,21). Y derramando en ellos su divino aliento o sopro, añadió y dijo: “Recibid al Espíritu Santo, para que los pecados que perdonareis sean perdonados, y los que no perdonareis no lo sean. Predicaréis a todas las gentes,

comenzando de Jerusalén.” (Jn 20,22-23) Y con esto desapareció el Señor, dejándolos consolados y asegurados en la fe, y con potestad de perdonar pecados ellos y los demás sacerdotes.

1488. Todo esto sucedió como se ha dicho, no estando Santo Tomás presente, pero luego, disponiéndolo el Señor, volvió a la congregación de donde se había ausentado y le contaron los apóstoles todo cuanto en su ausencia les había sucedido. Pero aunque los halló tan trocados con el nuevo gozo que recibieron, con todo eso estuvo incrédulo y porfiado, afirmando que no daba crédito a lo que todos aseguraban si primero no viese por sus ojos las llagas y tocase la del costado con su mano y dedos y las demás. En esta dureza perseveró el incrédulo Tomás ocho días, hasta que pasados volvió el Señor otra vez, cerradas las puertas, y se apareció en medio de los mismos apóstoles y del incrédulo. Los saludó como solía, diciendo: “Paz sea con vosotros.” Y llamando luego a Tomás, le reprendió con amorosa suavidad y le dijo: *“Llegad, Tomás, con vuestras manos y tocad los agujeros de las mías y de mi costado, y no queráis ser tan incrédulo, sino rendido y fiel.”* Tocó las divinas llagas Tomás y fue ilustrado interiormente para creer y conocer su ignorancia. Y postrándose en tierra dijo: *“Señor mío y Dios mío.”* Replicó Su Majestad: *“Porque me viste, Tomás, me has creído; pero serán bienaventurados los que no me vieren y me creyeren.”* (Jn 20,26-28) Desapareció el Señor, quedando los apóstoles y Tomás llenos de luz y de alegría. Y luego fueron todos a dar cuenta a María Santísima de lo que había sucedido, como lo hicieron del primer aparecimiento.

1489. No estaban entonces los apóstoles capaces de la gran sabiduría de la Reina del cielo, y mucho menos de las noticias que tenía de todo lo que a ellos les sucedía y de las obras de su Hijo Santísimo, y así le daban cuenta de lo que iba sucediendo, y ella los oía con suma prudencia y mansedumbre de Madre y de Reina. Y después de la primera aparición la contaron algunos apóstoles la obstinación de Tomás y que no les quería dar crédito a todos juntos, aunque le afirmaban haber visto a su Maestro resucitado, y en aquellos ocho días, como perseveraba en su incredulidad, creció más contra él la indignación de algunos apóstoles. Y luego iban a la gran Señora y le culpaban en su presencia de culpado y terco, arrimado a su parecer, como hombre grosero y desalumbrado. La piadosa Princesa los oía con pacífico corazón, y viendo que crecía el enojo de los apóstoles, que aún estaban todos imperfectos, habló a los más indignados y los quietó con decirles que los juicios del Señor eran muy ocultos y que de la incredulidad de Tomás sacarían grandes bienes para otros y gloria para sí mismo y que esperasen y no se turbasen tan presto. Hizo la divina Madre ferventísima oración y peticiones por Tomás, y por ella aceleró el Señor su remedio y se le dio al incrédulo apóstol. Y luego que se redujo y dieron todos noticia a su Maestra y Señora, los confirmó en su fe, amonestándolos y corrigiéndolos, y les ordenó que con ella diesen gracias al Muy Alto por aquel beneficio y que fuesen constantes en las tentaciones, pues todos estaban sujetos a los peligros de caer. Otras muchas y dulces razones les dijo de corrección, enseñanza, advertencia y de doctrina, previniéndolos para lo que les restaba de trabajar en la nueva Iglesia.

1490. Otras apariciones y señales hizo nuestro Salvador, como supone el evangelista San Juan (Jn 20,30 (A.)), y solamente se escribieron las que bastan para la fe de su resurrección. Pero luego el mismo evangelista (Jn 21,1ss. (A.)) escribe la aparición que hizo Su Majestad en el mar de Tiberías a San Pedro, Tomás, Natanael, a los hijos del Zebedeo y otros dos discípulos, que por ser tan misteriosa me ha parecido no omitirla en este capítulo. Sucedió la aparición en esta forma: Fueron los apóstoles a Galilea, después de lo que en Jerusalén les había sucedido, porque el Señor se lo mandó, prometiéndoles que allá le verían. Y hallándose los siete apóstoles y discípulos cerca de aquel mar, les dijo San Pedro que para tener alguna cosa con que pasar quería ir a pescar, que lo sabía hacer de oficio. Le acompañaron todos en él y pasaron aquella noche arrojando las redes sin coger solo un pez. A la mañana se apareció nuestro Salvador Jesús en la ribera, sin darse entonces a conocer. Y estaba cerca la barquilla en que pescaban, y les preguntó el Señor: *“¿Tenéis algo que comer?”* Y ellos respondieron: *“Nada tenemos.”* Replicó Su Majestad: *“Arrojad la red a la diestra de la navicilla y cogeréis.”* Lo hicieron, y se llenó la red de pescado, de manera que no la podían levantar. Entonces San Juan con el milagro conoció a Cristo nuestro Señor y llegándose a Pedro le dijo: *“El Señor es quien nos habla de la ribera.”* Con este aviso lo conoció también San Pedro, y todo inflamado en sus acostumbrados fervores, se vistió muy aprisa la túnica de que estaba desnudo y se arrojó al mar, caminando sobre las aguas hasta donde estaba el Maestro de la vida, y los demás se fueron acercando con la barquilla donde estaban.

1491. Saltaron en tierra y hallaron que ya el Señor les tenía prevenida la comida, porque vieron lumbré y pan y un pez sobre las brasas, pero Su Majestad les dijo que trajesen de los que ya habían pescado, y tirando San Pedro halló que tenía ciento y cincuenta y tres peces, y con ser tantos no se había roto la red. Les mandó el Señor que comiesen. Y aunque estaba con ellos tan familiar y afable, ninguno se atrevía a preguntarle quien era, porque los milagros y majestad les causó gran temor de reverencia con el Señor. Les repartió los peces y pan y luego que acabaron de comer

se volvió a San Pedro y le dijo: “*Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?*” Respondió San Pedro: “*Sí, Señor, tú sabes que yo te amo.*” Replicó el Señor: “*Apacienta mis corderos.*” Y luego le preguntó otra vez: “*Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*” Y San Pedro respondió lo mismo: “*Señor, tú sabes que te amo.*” Hizo el Señor tercera vez la misma pregunta: “*Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*” Y con esta tercera vez se entristeció San Pedro y respondió: “*Señor, tú sabes todas las cosas, y que yo te amo.*” Le respondió Cristo nuestro Señor tercera vez: “*Apacienta mis ovejas.*” Con que a él solo lo hizo cabeza de su Iglesia única y universal, dándole la suprema autoridad de Vicario suyo sobre todos los hombres. Y para esto le examinó tantas veces en el amor que le tenía, como si con aquel solo se hubiera hecho capaz de la suprema dignidad y él solo le bastara para administrarla dignamente.

1492. Luego el mismo Señor intimó a San Pedro la carga del oficio que le daba y le dijo: “De verdad te aseguro que cuando seas ya viejo, no te has de ceñir como cuando eres mozo, ni has de ir a donde tú quisieres, porque te ceñirá otro y te llevará a donde no quieras.” Entendió San Pedro que le prevenía el Señor la muerte de cruz con que le imitaría y seguiría. Pero como amaba tanto a San Juan, deseando saber lo que sería de él, preguntó al Señor: “¿Qué determinas hacer de este tan amado vuestro?” Le respondió Su Majestad: “¿Qué te importa a ti saberlo? Si quiero que él se quede así hasta que venga otra vez al mundo, en mi mano estará. Sígueme tú y no cuides de lo que yo quiero hacer de él.” De estas razones se levantó entre los apóstoles un rumor, que San Juan no había de morir, pero el mismo evangelista advierte que Cristo no dijo que no moriría afirmativamente, como consta de las palabras referidas, antes parece que ocultó de intento la voluntad que tenía de la muerte del evangelista, reservando entonces para sí el secreto. De todos estos misterios y apariciones tuvo María Santísima clara inteligencia por la revelación que muchas veces he dicho (Cf. supra n.990, 534, etc). Y como archivo de las obras del Señor y depositaria de sus misterios en la Iglesia, los guardaba y confería en su castísimo y prudentísimo pecho. Y luego los apóstoles, en especial el nuevo hijo San Juan, la informaba de todos los sucesos que se ofrecían. Pero la gran Señora perseveraba en su recogimiento los cuarenta días continuos después de la Resurrección, y allí gozaba de la vista de su Hijo Santísimo y de los santos y ángeles, y éstos cantaban al Señor los himnos y alabanzas que la amantísima Madre le hacía y como de su boca los cogían los ángeles, para celebrar las glorias del Señor de las victorias y virtudes.

Doctrina que me dio la Reina María Santísima.

1493. “Hija mía, la enseñanza que te doy en este capítulo será también la respuesta del deseo que tienes de entender por qué mi Hijo Santísimo se apareció una vez de peregrino, otra como hortelano y por qué no se daba a conocer siempre a la primera vista. Advierte, pues, carísima, que las Marías y los apóstoles, aunque ya eran discípulos del Señor, y entonces los mejores y más perfectos en comparación de los otros hombres del mundo, con todo eso en el grado de la perfección y santidad eran párvulos y no tan adelantados como debían en la escuela de tal Maestro. Y así estaban flacos en la fe, y en otras virtudes eran menos constantes y fervorosos de lo que pedía su vocación y beneficios recibidos de la mano del Señor; y las culpas menores de las almas favorecidas y escogidas para la amistad de Dios y su familiar trato pesan en los ojos de su justísimo equidad más que algunas culpas graves de otras almas que no son llamadas a esta gracia. Por estas causas los apóstoles y las Marías, aunque eran amigos del Señor, no estaban dispuestos, con sus culpas y flaqueza, tibieza y flojedad de amor, para que el divino Maestro les comunicase luego los efectos celestiales de su conocimiento y presencia, pero con su paternal amor les hablaba, primero de manifestarse, palabras de vida con que los disponía, ilustrándolos y fervorizándolos. Y cuando en sus corazones renovaba la fe y el amor, entonces se les daba a conocer y les comunicaba la abundancia de su divinidad que sentían y otros admirables dones y gracias con que eran renovados y levantados sobre sí mismos. Y cuando comenzaban a gozar de estos favores, se les desaparecía, para que le codiciasen de nuevo con más ardientes deseos de su comunicación y trato dulcísimo. Este fue el misterio de aparecerse disimulado a la Magdalena y a los apóstoles y discípulos del camino de Emaús. Y lo mismo hace respectivamente con muchas almas que elige para su íntimo trato y comunicación.

1494. Con este orden admirable de la divina Providencia quedarás enseñada y reprendida de las dudas o incredulidad que tantas veces has incurrido en los beneficios y favores que recibes de la divina clemencia de mi Hijo Santísimo, en que ya es tiempo moderes los temores que siempre has padecido, porque no pases de humilde a ingrata y de dudosa a pertinaz y tarda de corazón para darles crédito. Y también te servirá de doctrina el ponderar dignamente la prontitud de la inmensa caridad del Altísimo en responder luego a los humildes y contritos de corazón y asistir al punto a los que con amor le buscan y desean y a los que meditan y hablan de su pasión y muerte; todo esto conocerás en Pedro y la Magdalena y en los discípulos. Imita, pues, hija mía, el fervor de la Magdalena en buscar a su Maestro, sin detenerse con los mismos ángeles, sin alejarse del sepulcro con todos los demás, sin descansar un punto hasta que le halló tan

amoroso y suave. Y esto le granjeó también el haberme acompañado a mí en toda la pasión con ardentísimo corazón. Y lo mismo hicieron las otras Marías, con que merecieron las primeras el gozo de la Resurrección. Tras ellas le alcanzó la humildad y dolor con que San Pedro lloró su negación, y luego se inclinó el Señor a consolarle y mandar a las Marías que señaladamente le diesen a él nuevas de la Resurrección, y luego le visitó y confirmó en la fe y lo llenó de gozo y dones de su gracia. A los dos discípulos, aunque dudaban, porque trataban de su muerte y se compadecían de ella, se les apareció luego antes que a otros. y te aseguro, hija mía, que ninguna buena obra de las que hacen los hombres con recta intención y corazón se queda sin gran premio de contado, porque ni el fuego en su grande actividad enciende tan presto la estopa muy dispuesta, ni la piedra quitado el impedimento se mueve tan presto para el centro, ni el mar corre en su ímpetu ni va con tanta fuerza como la bondad del Altísimo y su gracia se comunica a las almas cuando ellas se disponen y quitan el óbice de las culpas que detiene como violento al amor divino. Y esta verdad es una de las cosas que mayor admiración causa en los bienaventurados, que la conocen en el cielo. Alábale por esta infinita bondad y también porque con ella saca de los males grandiosos bienes, como lo hizo de la incredulidad de los apóstoles, en que manifestó el Señor este atributo de su misericordia con ellos; y para todos hizo más creíble su Santa Resurrección y patente el perdón de los pecados y su benignidad, perdonando a los apóstoles y como olvidando sus culpas, para buscarlos y aparecérselos, y humanándose con ellos como verdadero padre, alumbrándoles y dándoles doctrina según su necesidad y poca fe.

CAPITULO 28

[Regresar al Principio](#)

Algunos ocultos y divinos misterios que a María Santísima sucedieron después de la Resurrección del Señor y cómo se le dio título de Madre y Reina de la Iglesia y el aparecimiento de Cristo antes y para la Ascensión.

1495. En todo el discurso de esta divina Historia me ha hecho pobre de palabras la abundancia y grandeza de los misterios. Es mucho lo que al entendimiento se le ofrece en la divina luz y poco lo que alcanzan las razones, y en esta desigualdad y defecto he sentido siempre gran violencia, porque la inteligencia es fecunda y la palabra estéril, con que no corresponde el parto de las razones a la preñez del concepto, y quedo siempre con recelo de los términos que elijo y muy descontenta de lo que digo, porque todo es menos y no puedo suplir este defecto ni llenar el vacío entre el hablar y entender. Ahora me hallo en este estado, para declarar lo que se me ha dado a conocer de los misterios ocultos y sacramentos altísimos que tuvo María Santísima en los cuarenta días después de la Resurrección de su Hijo y nuestro Redentor hasta que subió a los cielos. El estado en que la puso el poder divino fue nuevo y más levantado después de la pasión y resurrección, las obras fueron más ocultas, los favores proporcionados a su eminentísima santidad y a la voluntad ocultísima del que los obraba, porque ella era la regla por donde los medía. Y si todo lo que se me ha manifestado lo hubiera de escribir, fuera necesario extender mucho esta Historia en copiosos libros. Por lo que dijere se podrá rastrear algo de tan divinos sacramentos, para la gloria de esta gran Reina y Señora.

1496. Ya queda dicho arriba, en el principio del capítulo pasado (Cf. supra n.1477), que en los cuarenta días después de la Resurrección del Señor asistía Su Majestad en el cenáculo en compañía de su Madre Santísima, cuando no se ausentaba para hacer algunas apariciones, de donde volvía luego a su presencia. Y a cualquiera juicio prudente se deja entender que aquel tiempo, cuando los dos Señores del mundo estaban juntos, le gastarían en obras divinas y admirables sobre todo humano pensamiento. Y lo que de estos sacramentos se me ha dado a conocer es inefable, porque muchos ratos gastaban en coloquios dulcísimos de incomparable sabiduría, que para la amantísima Madre eran de un linaje de gozo inferior al de la visión beatífica, pero sobre todo júbilo y consuelo imaginable. Otras veces se ocupaban la gran Reina, los patriarcas y santos que allí asistían glorificados en alabar y engrandecer al Muy Alto. Tuvo María Santísima noticia y ciencia de todas las obras y merecimientos de los mismos santos, de los beneficios, favores y dones que cada uno había recibido de la diestra del Omnipotente, de los misterios, figuras y profecías que en los antiguos padres habían precedido. Y de todo estaba tan capaz, y lo tenía más presente en su memoria para mirarlo que nosotros para decir el Ave María. Y consideró la prudentísima Señora estos grandes motivos que todos aquellos santos tenían para bendecir y alabar al autor de todos los bienes, y no obstante que siempre lo hacían y lo hacen los santos glorificados con la visión beatífica, con todo eso, por la parte que hablaba con ellos la divina Princesa y la respondían, les dijo que por todos aquellos beneficios y obras del Señor, que en ellos conocía, quería que todos con Su Alteza le magnificasen y alabasen.

1497. Condescendió con la Reina todo aquel sagrado coro de los santos y ordenadamente comenzaron y prosiguieron este divino ejercicio, de manera que todos hacían un coro y decían un verso cada uno de los bienaventurados y la Madre de la Sabiduría les respondía con otro. Y frecuentando estos alternados y dulces cánticos, decía la gran Señora tantos loores y alabanzas por sí sola, como todos los santos juntos y ángeles, que también entraban en esto cánticos nuevos y admirables para ellos y para los demás bienaventurados, porque la sabiduría y reverencia que la divina Princesa manifestaba en carne mortal excedía a todos los que estaban fuera de ella y gozando de la visión beata. Todo lo que en estos días hizo María Santísima excede a la capacidad y juicio de los hombres. Pero los altos pensamientos y motivos de su divina prudencia fueron dignos de su fidelísimo amor, porque, conociendo que su Hijo Santísimo se detenía en el mundo principalmente por ella, para asistirle y consolarla, determinó recompensarle este amor en la forma que le era posible. Y por esto ordenó que no le faltasen al mismo Señor en la tierra las continuas alabanzas y loores que los mismos santos le dieran en el cielo. Y concurriendo ella misma a esta veneración y loores de su Hijo, los levantó de punto, y de la casa del cenáculo hizo cielo.

1498. En estos ejercicios gastó lo más de aquellos cuarenta días, y en ellos hicieron más cánticos e himnos que todos los santos y profetas nos dejaron. Y algunas veces interponían los salmos de David y las mismas profecías de la Escritura, como glosando y manifestando sus misterios tan profundos y divinos; y con los santos padres que los habían dicho y profetizado señalaban más nuestra Reina, reconociendo aquellos dones y favores que de la divina diestra recibieron, cuando se les revelaron tantos y tan venerables sacramentos. También era admirabilísimo el gozo que recibía cuando respondía a su madre santísima, a su padre San Joaquín, San José y el Bautista y los grandes patriarcas; y en carne mortal no puede imaginarse otro estado más inmediato a la fruición beatífica que el que entonces tuvo nuestra gran Reina y Señora. Otra gran maravilla sucedió en aquel tiempo, y fue que todas las almas de los justos que acabaron en gracia en aquellos cuarenta días, todas iban al cenáculo, y las que no tenían deuda que pagar eran allí beatificadas. Pero las que debían ir al purgatorio aguardaban allí sin ver al Señor, unos tres, otros cinco, otros más o menos días. Y en este tiempo la Madre de misericordia satisfacía por ellos con genuflexiones y postraciones y alguna otra penal obra y mucho más con el ardentísimo amor de caridad con que oraba por ellos y les aplicaba los méritos infinitos de su Hijo por satisfacción; y con este socorro se les abreviaba y recompensaba la pena de no ver al Señor, que del sentido no la tenían, y luego eran beatificados y colocados en el coro de los santos. Y por cada uno que de nuevo entraba en él, hacía la gran Reina otros cánticos altísimos al Señor.

1499. Entre todos estos ejercicios y júbilos de que gozaba la piadosísima Madre con inefable abundancia, no se olvidaba de la miseria y pobreza de los hijos de Eva y desterrados de la gloria, antes como Madre de misericordia, convirtiendo sus ojos al estado de los mortales, hizo por todos ferventísima oración. Pidió al eterno Padre dilatase la nueva ley de gracia por todo el mundo, multiplicase los hijos de la Iglesia, la defendiese y amparase, y que el valor de la Redención fuese eficaz para todos. Y aunque esta petición la regulaba en el efecto por los eternos decretos de la sabiduría y voluntad divina, pero en cuanto al afecto de la amantísima Madre a todos se extendía el fruto de la Redención, deseándoles la vida eterna. Y fuera de esta petición general la hizo particular por los apóstoles, y entre ellos señaladamente por San Juan y San Pedro, porque al uno tenía por hijo y al otro por cabeza de la Iglesia. Pidió también por la Magdalena y las Marías, y por todos los demás fieles que entonces pertenecían a la Iglesia, y por la exaltación de la fe y nombre de su Hijo Santísimo Jesús.

1500. Pocos días antes de la Ascensión del Señor, estando su Madre Santísima en uno de los ejercicios que he dicho en el cenáculo, apareció el Padre eterno y el Espíritu Santo en un trono de inefable resplandor sobre los coros de los ángeles y santos que allí asistían y otros espíritus que de nuevo acompañaban a las divinas personas, luego la del Verbo humanado subió al trono con las otras dos, y la humilde siempre y Madre del Altísimo se postró en tierra retirada a un rincón, donde adoró con suma reverencia a la Beatísima Trinidad y en ella a su mismo Hijo humanado. Mandó luego el eterno Padre a dos de los supremos ángeles que llamasen a María Santísima, y al punto obedecieron y llegaron a ella y con voces dulcísimas le intimaron la voluntad divina. Se levantó del polvo con profunda humildad, encogimiento y veneración, y acompañada de los ángeles se llegó a los pies del trono, donde se humilló de nuevo. Y el eterno Padre la dijo: “Amiga, asciende más alto;” y obrando estas palabras lo que significaban, con virtud divina fue levantada y puesta en el trono de la Majestad real con las tres divinas personas. Les causó nueva admiración a los santos ver una pura criatura levantada a tan excelente dignidad. Y conociendo la equidad y santidad de las obras del Altísimo, le dieron nueva gloria y alabanza confesándole por Grande, Justo, Poderoso, Santo y Admirable en todos sus consejos.

1501. Habló el Padre con María Santísima y le dijo: “Hija mía, la Iglesia que mi Unigénito ha fundado y la nueva ley

de gracia que ha enseñado en el mundo y el pueblo que ha redimido, todo lo fío de ti y te lo encomiendo.” - Dijo luego el Espíritu Santo: “Esposa mía, escogida entre todas las criaturas, mi sabiduría y gracia te comunico, con que se depositen en tu corazón los misterios, obras y doctrina y lo que el Verbo humanado ha hecho en el mundo.” El mismo Hijo habló y dijo: “Madre mía amantísima, yo me voy a mi Padre, en mi lugar te dejo y encargo el cuidado de mi Iglesia; te encomiendo a sus hijos y mis hermanos, como mi Padre me los encargó a mí.” Convirtieron luego las tres divinas personas sus palabras al coro de los santos ángeles y hablando con ellos y con los demás justos y santos dijeron: Esta es la Reina de todo lo criado en el cielo y en la tierra, es la Protectora de la Iglesia, Señora de las criaturas, Madre de piedad, Intercesora por los fieles, Abogada de los pecadores, Madre del amor hermoso y de la santa esperanza y la poderosa para inclinar nuestra voluntad a la clemencia y misericordia. En ella quedan depositados los tesoros de nuestra gracia y su corazón fidelísimo será las tablas donde queda escrita y grabada nuestra ley. En ella se encierran los misterios que nuestra omnipotencia ha obrado para la salud del linaje humano. Es la obra perfecta de nuestras manos, donde se comunica y descansa la plenitud de nuestra voluntad, sin algún impedimento, con el corriente de nuestras divinas perfecciones. Quien de corazón la llamare no perecerá, quien alcanzare su intercesión conseguirá la eterna vida. Lo que nos pidiere, le será concedido, y siempre haremos su voluntad, oyendo sus ruegos y deseos, porque con plenitud se dedicó toda a nuestro beneplácito.” Oyendo María Santísima estos favores tan inefables, se humilló y bajó hasta el polvo, tanto más cuanto la diestra del Altísimo la exaltaba sobre todas las criaturas humanas y angélicas. Y como si fuera la menor de todas, adorando al Señor, se ofreció con prudentísimas razones y ardentísimos afectos para trabajar como fiel sierva en la Santa Iglesia y obedecer con prontitud a la divina voluntad en lo que se le ordenaba. Y desde aquella hora admitió de nuevo el cuidado de la Iglesia evangélica, como Madre amorosa de todos sus hijos; y las peticiones que por ellos había hecho hasta entonces, las renovó desde aquel punto, de manera que por el discurso de su vida fueron incesantes y ferventísimas, como veremos en la tercera parte, donde se conocerá más claro lo que la Iglesia debe a esta gran Reina y Señora y los beneficios que la mereció y alcanzó. Y de este beneficio y de los que adelante diré, quedó María Santísima con un linaje de participación del ser de su Hijo, que no hallo términos para explicarlo, porque le dio una comunicación de sus atributos y perfecciones, correspondiente al ministerio de Madre y Maestra de la Iglesia en lugar del mismo Cristo, y la elevó a otro nuevo ser de ciencia y potestad, con que así de los misterios divinos como de los corazones humanos nada le fue oculto. Y supo y conoció cuándo y cómo había de usar del poder divino que participaba con los hombres, con los demonios y todas las criaturas; y en una palabra, cuanto pudo caber en una pura criatura, todo lo recibió y tuvo con plenitud y dignamente nuestra Reina y Señora. De estos sacramentos se le dio alguna luz a San Juan, para que conociera el grado en que le convenía apreciar y estimar el inestimable valor del tesoro que se le había encomendado, y desde aquel día atendió a la gran Señora con nuevo cuidado a venerarla y servirla.

1502. Otras maravillas y favores obró el Altísimo con María Santísima en todos aquellos cuarenta días, sin pasar alguno en que no se mostrase poderoso y santo en algún singular beneficio, como quien la quería enriquecer de nuevo antes de su partida para los cielos. Y como ya se cumpliese el tiempo determinado por la misma sabiduría para volverse a su eterno Padre, habiendo manifestado su resurrección con evidentes apariciones y muchos argumentos, como dice San Lucas (Act 1,3 (A.)), últimamente determinó Su Majestad aparecerse y manifestarse de nuevo a toda aquella congregación de apóstoles y discípulos y discípulas estando todos juntos; eran ciento y veinte personas. Esta aparición fue en Jerusalén en el cenáculo el mismo día de la Ascensión, tras de la que refiere San Marcos en el último capítulo (Mc 16,14ss), que todo sucedió en un día. Porque los apóstoles, después de haber estado en Galilea, a donde les mandó el Señor que fuesen (Mt 28,10 (A.)), y después de haberles aparecido allí en el mar de Tiberías, como arriba se dijo (Cf. supra n.1490), Y en el monte que San Mateo dice le adoraron (Mt 28,17), y que le vieron juntos quinientos discípulos, como dice San Pablo (Cor 15,6 (A.)); después de estas apariciones volvieron a Jerusalén, disponiéndolo así el Señor, para que se hallasen a su admirable Ascensión. Y estando los once apóstoles juntos y reclinados para comer, entró el Señor, como dicen San Marcos (Mc 16,14) y San Lucas en los Actos apostólicos (Act 1,4), y comió con ellos con admirable dignación y afabilidad, templando los resplandores y brillantes hermosos de su gloria, para dejarse ver de todos. Y acabada la comida les habló con majestad severa y agradable y les dijo:

1503. “Advertid, discípulos míos, que mi eterno Padre me ha dado toda la potestad en el cielo y en la tierra, y la quiero comunicar a vosotros, para que plantéis mi nueva Iglesia por todo el mundo. Incrédulos y tardos de corazón habéis sido en acabar de creer mi resurrección, pero ya es tiempo que como fieles discípulos míos seáis maestros de la fe para todos los hombres. Predicando mi evangelio como de mí le habéis oído, bautizaréis a todos los que creyeren, dándoles el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo, que soy yo, y del Espíritu Santo. Y los que creyeren y fueren bautizados serán salvos y los que no creyeren serán condenados. Enseñad a los creyentes a que guarden todo lo que

toca a mi santa ley. Y en su confirmación los creyentes harán señales y maravillas: lanzarán los demonios de donde estuvieren, hablarán nuevas lenguas, curarán de las mordeduras de las serpientes, y si ellos bebieren mortal veneno no les ofenderá, y darán salud a los enfermos con poner sus manos sobre ellos.” Estas fueron las maravillas que prometió Cristo nuestro Salvador para fundar su Iglesia con la predicación del Evangelio, y todas se cumplieron en los apóstoles y en los fieles de la primitiva Iglesia. Y para su propagación en lo que falta del mundo y para su conservación donde está plantada, continúa las mismas señales, cuando y como su providencia conoce ser necesario, porque nunca desampara su Santa Iglesia, que es su esposa dilectísima.

1504. Este mismo día por dispensación divina, mientras el Señor estaba con los once discípulos, se fueron juntando en la casa del cenáculo otros fieles y piadosas mujeres hasta el número de ciento y veinte, que arriba dije; porque el divino Maestro determinó que se hallasen presentes a su Ascensión y primero quiso informar a toda aquella congregación, respectivamente como a los once apóstoles, de lo que les convenía saber antes de su subida a los cielos y despedirse de todos juntos. Estando así congregados, y unidos en paz y caridad en una sala, que era la en que se celebró la cena, se les manifestó el autor de la vida a todos, y con semblante apacible les habló como padre amoroso y les dijo.

1505. “Hijos míos dulcísimos, yo me subo a mi Padre, de cuyo seno descendí para salvar y redimir a los hombres. Por amparo, madre, consoladora y abogada vuestra os dejo en mi lugar a mi Madre, a quien habéis de oír y obedecer en todo. Y así como os tengo dicho que quien a mí me viere verá a mi Padre: (Jn 14,9) y el que me conoce le conocerá también a él, ahora os aseguro que quien conociere a mi Madre me conocerá a mí, y el que a ella oye a mí oye, y el que la obedeciere me obedecerá a mí, y me ofenderá quien la ofendiere y me honrará quien la honrare a ella. Todos vosotros la tendréis por madre, por superior y cabeza, y también vuestros sucesores. Ella responderá a vuestras dudas, disolverá vuestras dificultades; y en ella me hallaréis siempre que me buscareis, porque estaré en ella hasta el fin del mundo, y ahora lo estoy, aunque el modo es oculto para vosotros.” Y dijo esto Su Majestad, porque estaba sacramentado en el pecho de su Madre, conservándose las especies que recibió en la cena, hasta que se consagró en la primera misa, como adelante diré (Cf. infra p.III n.125); y cumplió el Señor lo que refiere San Mateo (Mt 28,20 (A.)) que les dijo en esta ocasión: “Con vosotros estoy hasta el fin del mundo.” Añadió más el Señor y dijo: “Tendréis a Pedro por suprema cabeza de mi Iglesia, donde le dejo por mi vicario, y como a pontífice supremo le obedeceréis. A Juan tendréis por hijo de mi Madre, como yo lo nombré y señalé desde la cruz.” Miraba el Señor a su Madre Santísima que estaba presente y la manifestaba una voluntad como inclinada a mandar a toda aquella congregación que la adorasen y venerasen con el culto que su dignidad de Madre pedía, dejando esto debajo de algún precepto en la Iglesia. Pero la humildísima Señora suplicó a su Unigénito se sirviese de no darle más honra de la que era precisa para ejecutar todo lo que la dejaba encargado, y que los nuevos hijos de la Iglesia no la diesen más veneración que hasta entonces, porque todo el sagrado culto se encaminase inmediatamente al mismo Señor y sirviese a la propagación del Evangelio y exaltación de su nombre. Admitió Cristo nuestro Salvador esta prudentísima petición de su Madre, reservando el darla más a conocer para el tiempo conveniente y oportuno, aunque ocultamente la hizo tan extremados favores, como diremos en lo restante de esta Historia.

1506. Con la amorosa exhortación que les hizo el divino Maestro a toda aquella congregación, con los misterios que les manifestó y con ver que se despedía para dejarlos, fue incomparable la conmoción que todos sintieron en sus corazones, porque en ellos se encendió la llama del divino amor con viva fe de los misterios de su divinidad y humanidad. Con la memoria de su doctrina y palabras de vida que le habían oído, con el cariño de su agradable vista y conversación, con el dolor de carecer en un punto de tantos bienes juntos, lloraban todos tiernamente, suspiraban de lo íntimo del alma. Le quisieran detener y no podían, porque tampoco convenía, se quisieran despedir y no acertaban. Formaban todos en su pecho razones dolorosas entre suma alegría y piadosa pena. Decían: “¿Cómo viviremos sin tal Maestro? ¿Quién nos hablará palabras de vida y de consuelo como las tuyas? ¿Quién nos recibirá con tan amoroso y amable semblante? ¿Quién será nuestro Padre y nuestro amparo? Pupilos quedamos y huérfanos en el mundo.” Rompieron algunos el silencio y dijeron: “¡Oh amantísimo Señor y Padre nuestro! ¡Oh alegría y vida de nuestras almas! Ahora que te conocemos por nuestro Reparador, ¿te alejas y nos desamparas? Llévanos, Señor, tras de ti, no nos arrojes de tu vista. Oh esperanza nuestra, ¿qué haremos sin tu presencia? ¿A dónde iremos si nos dejas? ¿A dónde encaminaremos nuestros pasos, si no te seguimos como a Padre, Caudillo y Maestro nuestro?” A estas y otras dolorosas razones les respondió Su Majestad que no se apartasen de Jerusalén y perseverasen en oración hasta que les enviase el Espíritu Santo consolador, prometido del Padre, como en el cenáculo se lo había dicho a los apóstoles. Y tras esto sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

1507. “Hija mía, justo es que admirándote de los ocultos favores que yo recibí de la diestra del Omnipotente, se despierte tu afecto para bendecirle y darle eternos loores por tan admirables obras. Y aunque te reservo muchas, que conocerás fuera de la carne mortal, pero en ella quiero que desde hoy tengas como por oficio propio tuyo alabar y engrandecer al Señor, porque siendo yo formada de la común masa de Adán, me levantó del polvo y manifestó conmigo el poder de su brazo y obró tan grandes cosas con quien no se las pudo dignamente merecer. Para ejercitarte en estas alabanzas del Altísimo, en mi nombre repite muchas veces el cántico que yo hice de *Magnificat* (Lc 1,46-55), en que las encerré brevemente. Y cuando estuvieres a solas, lo dirás postrada en tierra y con otras genuflexiones, y sobre todo ha de ser con íntimo afecto de amor y veneración. Este ejercicio señalado por mí será muy agradable y acepto en mis ojos, y le presentaré en los del mismo Señor, si le haces como yo de ti le deseo.

1508. “Y porque de nuevo te admiras de que los evangelistas no escribiesen estas obras del Señor conmigo, te respondo también de nuevo, aunque otras veces te lo he manifestado (Cf. supra n.1026, 1049; p.III n.560, 562,564), porque deseo lo tengan en su memoria todos los mortales. Yo misma ordené a los evangelistas que no escribiesen de mí más excelencias de las que eran menester para fundar la Iglesia en los artículos de la fe y mandamientos de la divina ley, porque como Maestra de la Iglesia conocí, con la ciencia que el Muy Alto me infundió para este oficio, que esto era entonces así conveniente para sus principios. Y la declaración de mis prerrogativas que estaban encerradas en ser Madre del mismo Dios, y para ésta ser llena de gracias, se reservó por la divina providencia para el tiempo oportuno y conveniente, cuando la fe estuviese más declarada y fundada. Y por los tiempos pasados se han ido manifestando algunos misterios que me pertenecen a mí, pero la plenitud de esta luz se te ha dado a ti, que eres una pobre y vil criatura, por la necesidad del infeliz estado del mundo, en que la divina piedad quiere dar a los hombres este medio tan oportuno, para que todos busquen el remedio y la salud eterna por mi intercesión. Esto has entendido siempre y más lo conocerás adelante. Pero en primer lugar quiero de ti que te ocupes toda en la imitación de mi vida y en la continua meditación de mis virtudes y obras, para que alcances la victoria que deseas de mis enemigos y tuyos.

CAPITULO 29

[Regresar al Principio](#)

La Ascensión de Cristo Redentor nuestro a los cielos con todos los santos que le asistían, y lleva a su Madre Santísima consigo para darla la posesión de la gloria.

1509. Llegó la hora felicísima en que el Unigénito del eterno Padre, que por la Encarnación humana bajó del cielo, había de subir a él con admirable y propia Ascensión para asentarse a la diestra que le tocaba como heredero de sus eternidades, engendrado de su sustancia en igualdad y unidad de naturaleza y gloria infinita. Subió tanto porque descendió primero hasta lo inferior de la tierra, como lo dice el Apóstol (Ef 4,9 (A.)), dejando llenas todas las cosas que de su venida al mundo, de su vida, muerte y redención humana estaban dichas y escritas, habiendo penetrado como Señor de todo hasta el centro de la tierra y echado el sello a todos sus misterios con éste de su Ascensión, en que dejó prometido el Espíritu Santo, que no viniera si primero no subiera a los cielos el mismo Señor, que con el Padre le había de enviar a su nueva Iglesia. Para celebrar día tan festivo y misterioso eligió Cristo nuestro bien por especiales testigos las ciento y veinte personas, a quien juntó y halló en el cenáculo, como en el capítulo pasado se dijo, que eran María Santísima y los once apóstoles, los setenta y dos discípulos, María Magdalena, Marta y Lázaro, hermano de las dos, y las otras Marías y algunos fieles, hombres y mujeres, hasta cumplir el número sobredicho (Cf. supra n.1504) de ciento y veinte.

1510. Con esta pequeña grey salió del cenáculo nuestro divino pastor Jesús, llevándolos a todos delante por las calles de Jerusalén y a su lado a la beatísima Madre. Y luego los apóstoles y todos los demás por su orden caminaron hacia Betania, que distaba menos de media legua a la falda del monte Olivete. La compañía de los ángeles y santos que salieron del limbo y purgatorio seguían al Triunfador victorioso con nuevos cánticos de alabanza, aunque de su vista sólo gozaba María Santísima. Estaba ya divulgada por toda Jerusalén y Palestina la Resurrección de Jesús Nazareno, aunque la pérfida malicia de los príncipes de los sacerdotes procuraba que se asentase el falso testimonio de que los discípulos le habían hurtado, pero muchos no lo admitieron, ni dieron crédito. Y con todo eso dispuso la divina providencia que ninguno de los moradores de la ciudad, o incrédulos o dudosos, reparasen en aquella santa procesión

que salía del cenáculo ni los impidiesen el camino, porque todos estuvieron justamente inadvertidos, como incapaces de conocer aquel misterio tan maravilloso, no obstante que el capitán y maestro Jesús iba invisible para todos los demás, fuera de los ciento y veinte justos que eligió para que le viesen subir a los cielos.

1511. Con esta seguridad que les previno el poder del mismo Señor, caminaron todos hasta subir a lo más alto del monte Olivete, y llegando al lugar determinado se formaron tres coros, uno de ángeles, otro de los santos y el tercero de los apóstoles y fieles, que se dividieron en dos alas, y Cristo nuestro Salvador hacía cabeza. Luego la prudentísima Madre se postró a los pies de su Hijo y le adoró por verdadero Dios y Reparador del mundo, con admirable culto y humildad, y le pidió su última bendición. Y todos los demás fieles que allí estaban a imitación de su gran Reina hicieron lo mismo, y con grandes sollozos y suspiros preguntaron al Señor si en aquel tiempo había de restaurar el reino de Israel, y Su Majestad les respondió que aquel secreto era de su eterno Padre y no les convenía saberlo y que por entonces era necesario y conveniente que en recibiendo al Espíritu Santo predicasen en Jerusalén, en Samaría y en todo el mundo los misterios de la Redención humana.

1512. Despedido Su Divina Majestad de aquella santa y feliz congregación de fieles con semblante apacible y majestuoso, juntó las manos y en su propia virtud se comenzó a levantar del suelo, dejando en él las señales o vestigios de sus sagradas plantas. Y con un suavísimo movimiento se fue encaminando por la región del aire, llevando tras de sí los ojos y el corazón de aquellos hijos primogénitos, que entre suspiros y lágrimas le seguían con el afecto. Y como al movimiento del primer móvil se mueven también los cielos inferiores que comprende su dilatada esfera, así nuestro Salvador Jesús llevó tras de sí mismo los coros celestiales de ángeles y santos padres y los demás que le acompañaban glorificados, unos en cuerpo y alma, otros en solas las almas, y todos juntos y ordenados subieron y se levantaron de la tierra acompañando y siguiendo a su Rey, Capitán y Cabeza. El nuevo y oculto sacramento que la diestra del Altísimo obró en esta ocasión fue llevar consigo a su Madre Santísima para darla en el cielo la posesión de la gloria y del lugar que como a Madre verdadera le tenía señalado, y ella con sus méritos adquirido, y para adelante prevenido. De este favor estaba ya capaz la gran Reina antes que sucediese, porque su Hijo Santísimo se lo había ofrecido en los cuarenta días que la acompañó después de su milagrosa Resurrección. Y porque a ninguna otra criatura humana y viviente se le manifestase este sacramento por entonces, y para que en la congregación de los apóstoles y demás fieles asistiese su divina Maestra, perseverando con ellos en oración hasta la venida del Espíritu Santo, como se dice en los Actos de los apóstoles (Act 1,14), obró el poder divino por milagroso y admirable modo que María Santísima estuviese en dos partes, quedando con los hijos de la Iglesia siguiéndoles al cenáculo y asistiendo con ellos, y subiendo en compañía del Redentor del mundo, y en su mismo trono, a los cielos, donde estuvo tres días con el más perfecto uso de las potencias y sentidos, y al mismo tiempo en el cenáculo con menos ejercicio de ellos.

1513. Fue la beatísima Señora levantada con su Hijo Santísimo y colocada a su diestra, cumpliéndose lo que dijo David (Sal 44,10 (A.)), que estuvo la Reina a su diestra con vestido dorado de resplandores de gloria y rodeada de variedad de dones y gracias a vista de los ángeles y santos que ascendían con el Señor. Y para que la admiración de este gran misterio despierte más la devoción, inflame la viva fe de los fieles y los incline a engrandecer al autor de tan rara y no pensada maravilla, advierto a los que leyeren este milagro que, desde que el Muy Alto me declaró su voluntad de que escribiese esta Historia y me intimó mandato para ejecutarlo, repetidísimas veces y en dilatado tiempo y largos años que han pasado me ha manifestado Su Majestad diversos misterios y descubiertos grandes sacramentos de los que dejo escritos y diré adelante, porque la alteza del argumento pedía esta prevención y disposición. No lo recibía todo junto, porque no es capaz la limitación de la criatura de tanta abundancia, pero para escribirlo se me renueva la luz por otro modo de cada misterio en particular; y las inteligencias de todos han sido ordinariamente en los días festivos de Cristo nuestro Salvador y de la gran Reina del cielo, y singularmente este sacramento grande, de llevar el Hijo Santísimo a su purísima Madre el día de la Ascensión consigo al cielo y quedando en el cenáculo por modo admirable y milagroso, le he conocido consecutivamente algunos años en los mismos días.

1514. La firmeza que trae consigo la verdad divina no deja duda para el entendimiento que la conoce y mira en el mismo Dios, donde todo es luz sin mezcla de tinieblas (1 Jn 1,5 (A.)) y se conoce el objeto y la razón; pero para quien oye en relación estos misterios, necesario es dar motivos a la piedad para pedir el crédito de lo que es oscuro, y por esta causa me hallara dudosa en escribir el oculto sacramento de esta subida a los cielos de nuestra Reina si no fuera tan grande falta negarle a esta Historia maravilla y prerrogativa que tanto la engrandece. A mí se me ofreció la duda cuando conocí este misterio la primera vez, pero ahora que le escribo no la tengo, después que dije en la primera parte (Cf. supra p.I n.331) cómo en naciendo la Princesa de las alturas fue llevada niña al cielo empíreo, y en esta segunda parte dije

(Cf. supra n.72, 90) que sucedió lo mismo dos veces en los nueve días que precedieron a la Encarnación del Verbo, para disponerla dignamente para tan alto misterio. Y si el poder divino hizo con María Santísima estos favores tan admirables antes de ser Madre del Verbo, disponiéndola para que lo fuese, mucho más creíble es que los repetiría después que ya estaba consagrada con haberle tenido en su virginal tálamo, dándole forma humana de su purísima sangre, alimentándole a sus pechos con su leche y criándole como a Hijo verdadero, y después de haberle servido treinta y tres años, siguiéndole e imitándole en su vida, pasión y muerte con la fidelidad que ninguna lengua puede explicar.

1515. En estos favores y misterios de María Santísima, muy diferente cosa es investigar la razón por qué el Altísimo los obró en ella, o por qué los ha tenido ocultos tantos siglos en su Iglesia. Lo primero se ha de regular con el poder divino y el amor inmenso que tuvo a su Madre y por la dignidad que la dio sobre todas las criaturas. Y como los hombres en carne mortal no llegan a conocer cabalmente ni la dignidad de Madre, ni el amor que la tuvo y tiene su Hijo y toda la Beatísima Trinidad, ni los méritos y santidad a donde la levantó su omnipotencia, por esta ignorancia limitan el poder divino en obrar con su Madre todo lo que pudo, que fue todo lo que quiso. Pero si a ella sola se dio a sí mismo con tan especial modo como hacerse hijo de su sustancia, consiguiente era en el orden de gracia hacer con ella singularmente lo que con ningún otro ni con todo el linaje humano se debía hacer ni convenía; y con ella no solamente han de ser singulares los favores, beneficios y dones que hizo el Altísimo con su Madre Santísima, pero la regla general es que ninguno le negó de cuantos pudo hacer con ella que redundase en su gloria y santidad, después de la de su humanidad santísima.

1516. Pero en manifestar Dios estas maravillas a su Iglesia concurren otras razones de su altísima providencia, con que la gobierna y le va dando nuevos resplandores según los tiempos y necesidades que con ellos se ofrece. Porque el dichoso día de la gracia, que amaneció al mundo con la Encarnación del Verbo humanado y Redención de los hombres, tiene su mañana y meridiano como tendrá su ocaso, y todo lo dispone la eterna sabiduría como y cuando oportunamente conviene. Y aunque todos los misterios de Cristo y su Madre estén revelados en las divinas Escrituras, mas no todos se manifiestan igualmente a un mismo tiempo, sino poco a poco ha ido corriendo el Señor la cortina de las figuras y metáforas o enigmas con que se revelaron muchos sacramentos, como encerrados y reservados para su tiempo, como lo están los rayos del sol después de haber salido debajo de la nube que los oculta hasta que se retira. Y no es maravilla que a los hombres se les vaya comunicando por partes alguno de los muchos rayos de esta divina luz, pues los mismos ángeles, aunque conocieron desde su creación el misterio de la Encarnación en sustancia y como en general, como fin a donde se ordenaba todo el ministerio que tienen con los hombres, pero no se les manifestaron a los divinos espíritus todas las condiciones, efectos y circunstancias de este misterio, antes han conocido muchas de ellas después de cinco mil y doscientos y más años de la Creación del mundo. Y este nuevo conocimiento de lo que no sabían en particular, les causaba nueva admiración de alabanza y gloria, que daban al autor, como en todo el discurso de esta Historia muchas veces repito (Cf. supra n.631, 692, 997, 1261,1286). Y con este ejemplo respondo a la admiración que puede causar a quien oyere de nuevo el misterio que aquí escribo de María Santísima, oculto hasta que el Altísimo lo ha querido manifestar, con los demás que dejo escritos y escribiré adelante.

1517. Antes que yo estuviera capaz de estas razones, cuando comencé a conocer este misterio de haber llevado Cristo nuestro Salvador a su Madre Santísima consigo en su Ascensión, no fue pequeña mi admiración, no tanto en mi nombre como en los demás a cuya noticia llegara. Y entre otras cosas que entendí entonces del Señor, fue acordarme lo que San Pablo de sí mismo dejó escrito en la Iglesia, cuando refirió el rapto que tuvo hasta el tercero cielo (2 Cor 12,2), que fue el de los bienaventurados, donde dejó en duda si fue arrebatado en cuerpo o fuera de él, sin afirmar o negar alguno de estos dos modos, antes suponiendo que pudo ser por cualquiera de ellos. Y entendí luego que si al apóstol en el principio de su conversión le sucedió esto, de manera que pudiese ser llevado al cielo empíreo corporalmente, cuando no habían precedido en él méritos sino culpas, y concederle este milagro al poder divino no tiene peligro ni inconveniente en la Iglesia, ¿cómo se ha de dudar que haría el mismo Señor este favor a su Madre y más sobre tan inefables merecimientos y santidad? Añadió más el Señor: que si a otros santos de los que resucitaron en el cuerpo con la Resurrección de Cristo se les concedió subir en cuerpo y alma con Su Majestad, más razón había para concederle a su Madre purísima este favor, pues, aunque a ninguno de los mortales se le hiciera este beneficio, a María Santísima se le debía en algún modo por haber padecido con el Señor. Y era puesto en razón que con él mismo entrase a la parte del triunfo y del gozo con que llegaba a tomar la posesión de la diestra de su eterno Padre, para que de la suya la tomase también su propia Madre, que le había dado de su misma sustancia aquella naturaleza humana en que subía triunfante a los cielos. Y así como era conveniente que en esta gloria no se apartasen Hijo y Madre, también lo era que

ningún otro del linaje humano en cuerpo y alma llegase primero a la posesión de aquella eterna felicidad que María Santísima, aunque fueran su padre y madre y su esposo José y los demás, que a todos y al mismo Señor e Hijo Santísimo Jesús les faltara esta parte de gozo accidental en aquel día sin María Santísima y si no entrara con ellos en la patria celestial como Madre de su Reparador y Reina de todo lo criado, a quien ninguno de sus vasallos se debía anteponer en este favor y beneficio.

1518. Estas congruencias me parecen bastantes para que la piedad católica se alegre y consuele con la noticia de este misterio y de los que diré adelante de esta condición en la tercera parte. Y volviendo al discurso de la Historia, digo que nuestro Salvador llevó consigo a su Madre Santísima en la subida a los cielos, llena de resplandor y gloria a vista de los ángeles y santos, con increíble júbilo y admiración de todos. Y fue muy conveniente por entonces que los apóstoles y los demás fieles ignorasen este misterio, porque si vieran ascender a su Madre y Maestra con Cristo, los afligiera el desconsuelo sin medida ni recurso de algún alivio, pues no les quedaba otro mayor que imaginar tenían consigo a la beatísima Señora y Madre piadosísima. Con todo eso, fueron grandes los suspiros, lágrimas y clamores que daban de lo íntimo del alma, cuando vieron que su amantísimo Maestro y Redentor se iba alejando por la región del aire. Y cuando ya le iban perdiendo de vista, se interpuso una nube refulgentísima entre el Señor y los que quedaban en la tierra, y con esta nube se les ocultó de todo punto para dejar de verle. Venía en ella la persona del eterno Padre, que descendió del supremo cielo a la región del aire a recibir a su Unigénito humanado y a la Madre que le dio el nuevo ser humano en que volvía. Y llegándolos el Padre a sí mismo, los recibió con un abrazo inseparable de infinito amor y nuevo gozo para los ángeles, que en ejércitos innumerables venían del cielo asistiendo a la persona del eterno Padre. Luego en breve espacio y penetrando los elementos y los orbes celestiales les llegó toda esta divina procesión al lugar supremo del empíreo. Los ángeles que subían de la tierra con sus reyes Jesús y María, y los que volvieron de la región del aire, hablaron a la entrada con los demás que quedaron en las alturas y repitieron aquellas palabras de David (Sal 23,7 (A.)), añadiendo otras que declaran el misterio, y dijeron:

1519. Abrid, príncipes, abrid vuestras puertas eternas; levántense y estén patentes, para que entre en su morada el gran Rey de la gloria, el Señor de las virtudes, el poderoso en las batallas y fuerte y vencedor, que viene victorioso y triunfador de todos sus enemigos. Abrid las puertas del soberano paraíso, y siempre estén patentes y franqueadas, que sube el nuevo Adán, reparador de todo su linaje humano, rico en misericordias, abundante en los tesoros de sus propios merecimientos, cargado de despojos y primicias de la copiosa redención que con su muerte obró en el mundo. Ya restauró la ruina de nuestra naturaleza y levantó la humana a la suprema dignidad de su mismo ser inmenso. Ya vuelve con el reino que le dio su Padre de los electos y redimidos. Ya su liberal misericordia les deja a los mortales la potestad para que de justicia pueden adquirir el derecho que perdieron por el pecado, para merecer con la observancia de su ley la vida eterna como hermanos suyos y herederos de los bienes de su Padre; y para mayor gloria suya y gozo nuestro trae consigo y a su lado a la Madre de piedad, que le dio la forma de hombre en que venció al demonio, y viene nuestra Reina tan agradable y especiosa, que deleita a quien la mira. Salid, salid, divinos cortesanos, veréis a nuestro Rey hermosísimo con la diadema que le dio su Madre, y a su Madre coronada con la gloria que le da su Hijo.

1520. Con este júbilo y el que excede a nuestro pensamiento llegó al cielo empíreo aquella nueva procesión tan ordenada y, puestos a dos coros ángeles y santos, pasaron Cristo nuestro Redentor y su beatísima Madre, y todos por su orden les dieron suprema adoración a cada uno y a los dos respectivamente, cantando nuevos cánticos de loores a los autores de la gracia y de la vida. El eterno Padre asentó a su diestra en el trono de la divinidad al Verbo humanado con tanta gloria y majestad, que puso en nueva admiración y temor reverencial a todos los moradores del cielo, que conocían con visión clara e intuitiva la divinidad de infinita gloria y perfecciones, encerrada y unida sustancialmente en una persona a la humanidad santísima, hermosea y levantada a la preeminencia y gloria que de aquella inseparable unión le resultaba, que ni ojos le vieron, ni oídos lo oyeron, ni jamás pudo caber en pensamiento criado.

1521. En esta ocasión subió de punto la humildad y sabiduría de nuestra prudentísima Reina, porque entre tan divinos y admirables favores quedó como a la peana del trono real, deshecha en su propio conocimiento de pura y terrena criatura, y postrada adoró al Padre y le hizo nuevos cánticos de alabanza por la gloria que comunicaba a su Hijo, levantando en él su humanidad deificada en tan excelsa grandeza y gloria. Fue para los ángeles y santos nuevo motivo de admiración y gozo al ver la prudentísima humildad de su Reina, de quien como de un dechado vivo copiaban con santa emulación sus virtudes de adoración y reverencia. Se oyó luego una voz del Padre que la decía: “Hija mía, asciende más adelante.” Y su Hijo Santísimo también la llamó, diciendo: “Madre mía, levántate y llega al lugar que yo te debo por lo que me has seguido e imitado.” Y el Espíritu Santo dijo: “Esposa mía y amiga mía, llega a mis eternos

brazos.” Y luego se manifestó a todos los bienaventurados el decreto de la Beatísima Trinidad, con que señalaba por lugar y asiento de la felicísima Madre la diestra de su Hijo para toda la eternidad, por haberle dado el ser humano de su misma sangre y por haberle criado, servido, imitado y seguido con plenitud de perfección posible a pura criatura, y que ninguna otra de la humana naturaleza tomase la posesión de aquel lugar y estado inamisible en el grado que le correspondía, antes que la Reina la tuviese y fuese colocada en el que se le señalaba de justicia para después de su vida, como superior en suma distancia a todo el resto de los santos.

1522. En cumplimiento de este decreto fue colocada María Santísima en el trono de la Beatísima Trinidad a la diestra de su Hijo Santísimo, conociendo ella misma y los demás santos que se le daba la posesión de aquel lugar, no sólo por todas las eternidades, sino también dejando en la elección de su voluntad si quería permanecer en él, sin dejarle desde entonces ni volver al mundo. Porque ésta era como voluntad condicionada de las divinas personas, que cuanto era de parte del Señor se quedase en aquel estado. Y para que ella eligiese se le manifestó de nuevo el que tenía la Iglesia Santa militante en la tierra y la soledad y necesidad de los fieles, cuyo amparo se le dejaba a su elección. Este orden de la admirable providencia del Altísimo fue dar ocasión a la Madre de misericordia para que sobreexcediese y aventajase a sí misma y obligase al linaje humano con un acto de piedad y clemencia como el que hizo, semejante al de su Hijo en admitir el estado pasible, suspendiendo la gloria que pudo y debía recibir en el cuerpo para redimirnos. Le imitó en esto también su beatísima Madre, para que en todo fuese semejante al Verbo humanado, y conociendo la gran Señora sin engaño todo lo que se le proponía, se levantó del trono y postrada ante el acatamiento de las tres personas habló y dijo: “Dios eterno y todopoderoso, Señor mío, el admitir luego este premio, que vuestra dignación me ofrece, ha de ser para descanso mío. El volver al mundo y trabajar más en la vida mortal entre los hijos de Adán, ayudando a los fieles de vuestra Santa Iglesia, ha de ser de gloria y beneplácito de Vuestra Majestad y en beneficio de mis hijos los desterrados y viadores. Yo admito el trabajo y renuncio por ahora este descanso y gozo que de vuestra presencia recibo. Bien conozco lo que poseo y recibo y lo sacrifico al amor que tenéis a los hombres. Admitid, Señor y Dueño de todo mi ser, mi sacrificio, y vuestra virtud divina me gobierne en la empresa que me habéis fiado. Dilátense vuestra fe, sea ensalzado vuestro santo nombre y multiplíquese vuestra Iglesia, adquirida con la sangre de vuestro Unigénito y mío, que yo me ofrezco de nuevo a trabajar por vuestra gloria y granjear las almas que pudiere.”

1523. Esta resignación nunca imaginada hizo la piadosísima Madre y Reina de las virtudes y fue tan agradable en la divina aceptación, que luego se la premió el Señor, disponiéndola con las purificaciones e iluminaciones que otras veces he referido (Cf. *supra* p.I n.626ss) para ver la divinidad intuitivamente; que hasta entonces en esta ocasión no la había visto más de por visión abstractiva, con todo lo que había precedido. Y estando así elevada, se le manifestó en visión beatífica y fue llena de gloria y bienes celestiales, que no se pueden referir ni conocer en esta vida.

1524. Renovó en ella el Altísimo todos los dones que hasta entonces la había comunicado y los confirmó y selló de nuevo en el grado que convenía, para enviarla otra vez por Madre y Maestra de la Santa Iglesia, y el título que antes le había dado de Reina de todo lo criado, de Abogada y Señora de los fieles, y como en la cera blanda se imprime el sello, así en María Santísima por virtud de la omnipotencia divina se reimprimió de nuevo el ser humano y la imagen de Cristo, para que con esta señal volviese a la Iglesia militante, donde había de ser huerto verdaderamente cerrado y sellado (Cant 4,12) para guardar las aguas de la vida. ¡Oh misterios tan venerables cuanto levantados! ¡Oh secretos de la Majestad altísima, dignos de toda reverencia! ¡Oh caridad y clemencia de María Santísima, nunca imaginada de los ignorantes hijos de Eva! No fue sin misterio poner Dios en su elección de esta única y piadosa Madre el socorro de sus hijos los fieles, traza fue para manifestarnos en esta maravilla aquel maternal amor que acaso en otras y en tantas obras no acabaríamos de conocer. Orden divino fue, para que ni a ella le faltase esta excelencia, ni a nosotros esta deuda, y nos provocase ejemplo tan admirable. ¿A quién le pareciera mucho, a vista de esta fineza, lo que hicieron los santos y padecieron los mártires, privándose de algún momentáneo contentamiento para llegar al descanso, cuando nuestra amantísima Madre se privó del gozo verdadero para volver a socorrer a sus hijuelos? ¿Y cómo excusaremos nuestra confusión, cuando ni por agradecer este beneficio, ni por imitar este ejemplo, ni por obligar a esta Señora, ni por adquirir su eterna compañía y la de su Hijo, aun no queremos carecer de un leve y engañoso deleite, que nos granjea su enemistad y la misma muerte? Bendita sea tal mujer, alábenla los mismos cielos y llámenla dichosa y bienaventurada todas las generaciones.

1525. A la primera parte de esta Historia puse fin con el capítulo 31 de las Parábolas de Salomón, declarando con él las excelentes virtudes de esta gran Señora, que fue la única mujer fuerte de la Iglesia, y con el mismo capítulo puedo cerrar esta segunda parte, porque todo lo comprendió el Espíritu Santo en la fecundidad de misterios que encierran las

palabras de aquel lugar. Y en este gran sacramento de que he tratado aquí se verifica con mayor excelencia, por el estado tan supremo en que María Santísima quedó después de este beneficio. Pero no me detengo en repetir lo que allí dije, porque con ello se entenderá mucho de lo que aquí podré decir y se declara cómo esta Reina fue la mujer fuerte, cuyo valor y precio vino de lejos y de los últimos fines del cielo empíreo, de la confianza que de ella hizo la Beatísima Trinidad, y no se halló frustrado el corazón de su varón, porque nada le faltó de lo que esperaba de ella. Fue la nave del mercader que desde el cielo trajo el alimento de la Iglesia a la que con el fruto de sus manos la plantó, la que se ciñó de fortaleza, la que corroboró su brazo para cosas grandes, la que extendió sus palmas a los pobres y abrió sus manos a los desamparados, la que gustó y vio cuán buena era esta negociación a la vista del premio en la bienaventuranza, la que vistió a sus domésticos con dobladas vestiduras, la que no se le extinguió la luz en la noche de la tribulación, ni pudo temer en el rigor de las tentaciones. Para todo esto, antes de bajar del cielo, pidió al eterno Padre la potencia, al Hijo la sabiduría, al Espíritu Santo el fuego de su amor, y a todas tres Personas su asistencia y para descender su bendición. Se la dieron estando postrada ante su trono y la llenaron de nuevas influencias y participación de la divinidad. La despidieron amorosamente, llena de tesoros inefables de su gracia. Los santos ángeles y justos la engrandecieron con admirables bendiciones y loores con que volvió a la tierra, como diré en la tercera parte (Cf. infra p.III n.3). Y lo que obró en la Iglesia Santa el tiempo que convino asistir en ella, que todo fue admiración del cielo y beneficio de los hombres, que trabajó y padeció siempre porque consiguiesen la felicidad eterna. Y como había conocido el valor de la caridad en su origen y principio, en Dios eterno, que es caridad, quedó enardecida en ella, y su pan de día y noche fue caridad, y como abejita oficiosa bajó de la Iglesia triunfante a la militante, cargada de las flores de la caridad, a labrar el dulce panal de miel del amor de Dios y del prójimo, con que alimentó a los hijos pequeñuelos de la primitiva Iglesia y los crió tan robustos y consumados varones en la perfección, que fueron fundamentos bastantes para los altos edificios de la Iglesia Santa.

1526. Y para dar fin a este capítulo, y con él a esta segunda parte, volveré a la congregación de los fieles, que dejamos tan llorosos en el monte Olivete. No los olvidó María Santísima en medio de sus glorias, y viendo su tristeza y llanto y que todos estaban casi absortos mirando a la región del aire, por donde su Redentor y Maestro se les había escondido, volvió la dulce Madre sus ojos desde la nube en que ascendía y desde donde los asistía. Y viendo su dolor, pidió a Jesús amorosamente consolase aquellos hijuelos pobres que dejaba huérfanos en la tierra. Inclinado el Redentor del linaje humano con los ruegos de su Madre, despachó desde la nube dos ángeles con vestiduras blancas y refulgentes, que en forma humana aparecieron a todos los discípulos y fieles y hablando con ellos les dijeron: “Varones galileos, no perseveréis en mirar al cielo con tanta admiración, porque este Señor Jesús, que se alejó de vosotros y ascendió al cielo, otra vez ha de volver con la misma gloria y majestad que ahora le habéis visto.” Con estas razones, y otras que añadieron, consolaron a los apóstoles y discípulos y a los demás, para que no desfalleciesen y esperasen retirados la venida y consolación que les daría el Espíritu Santo prometido por su divino Maestro.

1527. Pero advierto que estas razones de los ángeles, aunque fueron de consuelo para aquellos varones y mujeres, fueron también reprensión de su poca fe. Porque si ella estuviera bien informada y fuerte con el amor puro de la caridad, no era necesario ni útil estar mirando al cielo tan suspensos, pues ya no podían ver a su Maestro, ni detenerle con aquel amor y cariño tan sensible que les obligaba a mirar el aire por donde había ascendido al cielo, antes bien con la fe le podían ver y buscar a donde estaba y con ella le hallaran seguramente. Y lo demás era ya ocioso e imperfecto modo de buscarle, pues para obligarle a que los asistiese con su gracia, no era menester que corporalmente le vieran y le hablaran, y el no entenderlo así, en varones tan ilustrados y perfectos era defecto reprehensible. Mucho tiempo cursaron los apóstoles y discípulos en la escuela de Cristo nuestro bien y bebieron la doctrina de la perfección en su misma fuente, tan pura y cristalina, que pudieran estar ya muy espiritualizados y capaces de la más alta perfección. Pero es tan infeliz nuestra naturaleza en servir a los sentidos y contentarse con lo sensible, que aun lo más divino y espiritual quiere amar y gustar sensiblemente; y acostumbrada a esta grosería, tarda mucho en sacudirse y purificarse de ella, y tal vez se engaña, cuando con más seguridad y satisfacción ama al mejor objeto. Esta verdad para nuestra enseñanza se experimentó en los apóstoles, a quienes el Señor había dicho que de tal manera era verdad y luz que juntamente era camino y que por él habían de llegar al conocimiento de su eterno Padre; que la luz no es para manifestarse a sí sola, ni el camino es para quedarse en él.

1528. Esta doctrina tan repetida en el Evangelio y oída de la boca del autor mismo y confirmada con el ejemplo de su vida, pudiera levantar el corazón y entendimiento de los apóstoles a su inteligencia y práctica. Pero el mismo gusto espiritual y sensible que recibían de la conversación y trato de su Maestro y la seguridad con que le amaban de justicia, les ocupó todas las fuerzas de la voluntad atada al sentido, de manera que aún no sabían pasar de aquel estado,

ni advertir que en aquel gusto espiritual se buscaban mucho a sí mismos, llevados de la inclinación al deleite espiritual, que viene por los sentidos. Y si no los dejara su mismo Maestro subiéndose a los cielos, fuera muy difícil apartarlos de su conversación sin grande amargura y tristeza, y con ella no estuvieran idóneos para la predicación del Evangelio, que se debía extender por todo el mundo a costa de mucho trabajo y sudor y de la misma vida de los que le predicaban. Este era oficio de varones no párvulos, sino esforzados y fuertes en el amor, no aficionados ni cariñosos al regalo sensible del espíritu, sino dispuestos a padecer abundancia y penuria, a la infamia y a la buena fama (2 Cor 6,8), a las honras y deshonras, a la tristeza y alegría, conservando en esta variedad el amor y celo de la honra de Dios, con corazón magnánimo y superior a todo lo próspero y adverso. Con esta reprehensión de los ángeles se volvieron del monte Olivete al cenáculo con María Santísima, donde perseveraron con ella en oración, aguardando la venida del Espíritu Santo, como en la tercera parte veremos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

1529. “Hija mía, a esta segunda parte de mi vida darás dichoso fin con quedar muy advertida y enseñada de la suavidad efficacísima del divino amor y de su liberalidad inmensa con las almas que no le impiden por sí mismas. Más conforme es a la inclinación del sumo bien y su voluntad perfecta y santa regalar a las criaturas que afligirlas, darles consuelos más que aflicciones, premiarlas más que castigarlas, dilatarlas más que contristarlas. Pero los mortales ignoran esta ciencia divina, porque desean que de la mano del sumo bien les vengan las consolaciones, deleites y premios terrenos y peligrosos, y los anteponen a los verdaderos y seguros. Este pernicioso error enmienda el amor divino en ellos, cuando los corrige con tribulaciones y los aflige con adversidades, los enseña con castigos, porque la naturaleza humana es tarda, grosera y rústica, y si no se cultiva y rompe su dureza no da fruto sazonado, ni con sus inclinaciones está bien dispuesta para el trato amabilísimo y dulce del sumo bien. Y así, es necesario ejercitarla y pulirla con el martillo de los trabajos y renovar en el crisol de la tribulación, con que se haga idónea y capaz de los dones y favores divinos, enseñándose a no amar los objetos terrenos y falaces, donde está escondida la muerte.

1530. “Poco me pareció lo que yo trabajé cuando conocí el premio que la bondad eterna me tenía prevenido, y por esto dispuso con admirable providencia que volviese a la Iglesia militante por mi propia voluntad y elección, porque venía a ser este orden de mayor gloria para mí y de exaltación al santo nombre del Altísimo, y se conseguía el socorro de la Iglesia y de sus hijos por el modo más admirable y santo. A mí me pareció muy debido carecer aquellos años que viví en el mundo de la felicidad que tenía en el cielo y volver a granjear en el mundo nuevos frutos de obras y agrado del Altísimo, porque todo lo debía a la bondad divina que me levantó del polvo. Aprende, pues, carísima, de este ejemplo y anímate con esfuerzo para imitarme en el tiempo que la Santa Iglesia se halla tan desconsolada y rodeada de tribulaciones, sin haber de sus hijos quien procure consolarla. En esta causa quiero que trabajes con esfuerzo, orando, pidiendo y clamando de lo íntimo del corazón al Todopoderoso por sus fieles y padeciendo y, si fuere necesario, dando por ella tu propia vida, que te aseguro, hija mía, será muy agradable tu cuidado en los ojos de mi Hijo Santísimo y en los míos. Todo sea para gloria y honra del Altísimo, Rey de los siglos, inmortal e invisible, y de su Madre Santísima María, por todas sus eternidades.”